JULIO
1913

PACIFICO
MAGAZINE

Precio:
Un Peso





Aquí tiene Ud. un ejemplar de una hermosa dueña de casa, rebosando felicidad por haber encontrado un aceite con el cual no hay guiso que falle!—Agentes: Passalacqua y Cía., Valparaíso, Santiago.

C. KIRSINGER & Co



Auto - Solodant - Piano

MARCAS

HUPFELD, SCHIEDMAYER, IBACH

EXÇELLENTE Tocador. EXCELLENTE Piano
VENTAS CON FACILIDADES DE PAGO

En SANTIAGO: Casa de ADOLFO CONRADS, Calle Estado
En CONCEPCION: Casa de F. RETTIG, Calle Barros Arana



VIÑA
CONCHA Y TORO

Vinos Tinto y Blanco
Reservados, especiales
para Banquetes

Se recomiendan las clases PARA FAMILIA

CABERNET

Y

SEMILLON BLANCO

Ventas en cajones, javas, barriles
y damajuanas

AGENTES GENERALES:

BESA & Co.

SANTIAGO - VALPARAISO - CONCEPCION

Bodega:
Manuel Rodriguez 42
Teléfono 1003

Oficina.
Bandera número 170
eléfono 1007

SANTIAGO
AHUMADA, NUMERO 248
CASILLA 1192
TELEFONO INGLES 776

PEREZ & SWINBURN

CONCEPCION
BARROS ARANA NUM. 435
CASILLA 226

AUTOMOVILES "WHITE"

Compañías de Vapores { R. W. James & Co. - Vapor "Flora"
Nelson Steam Navigation Co. Ltd.
Vapores de Buenos Aires a Europa

COMPAÑIA DE SEGUROS: LONDON & LANCASHIRE

MATERIALES para construcciones.
ID. para Alcantarillado.
ID. y artículos Sanitarios.
FIERRO galvanizado, acanalado inglés y americano.
FIERRO en planchas, negro y en barras.
ALAMBRE galvanizado y negro.
"QUEMADORES DELTA" incinerador de basuras.
SILLAS inglesas: Champion y Parker.

CEMENTOS extranjeros y del país.
PINTURAS "Glidden": Stucolor, Velvalac, Japalac y varias clases de pinturas y barnices.
PINTURA Zinc en pasta.
AGUARRAS.
ACEITE de linaza.
NAFTA para Automóviles.

TIROS NOBEL'S - BALLESTITE - SACOS VACIOS

Salvador Molina G.

BANDERA 115 — Corredor de Comercio — BANDERA 115

Compra-venta de propiedades, acciones mineras, salitreras, bonos, etc.

PRESTAMOS HIPOTECARIOS

con Bancos y particulares

Conversiones de deudas con anticipo de fondos, conformación de títulos de bienes raices

SEGUROS

Toda clase de operaciones comerciales y bursátiles

SALITRE el mejor abono para las agricultores, jardines, parques, etc., vendo en pequeñas y grandes partidas a precios fuera de competencia.



BANCO ITALIANO

Huérfanos 830, SANTIAGO

Capital Pagado: $ 10.000,000

Oficinas Principales:

VALPARAISO

LUIS WINTER
Gerente

ARTURO LORCA P.
Sub-Gerente

SANTIAGO

ENRIQUE DUVAL
Gerente

RAFAEL VALENZUELA V.
Sub-Gerente

Sucursales:

VALPARAISO (Almendral), SANTIAGO (Estación), IQUIQUE, TALTAL, CALERA Y PARRAL

Agencias en el extrangero:

ITALIA
INGLATERRA
ALEMANIA
FRANCIA
URUGUAY
PERU
ECUADOR
y BRASIL
REPUBLICA ARGENTINA

Ejecuta toda clase de operaciones bancarias, despacha giros telegráficos, otorga cartas de crédito y se encarga de la compra-venta de acciones y bonos, etc.



La sembradora de discos "DEERING IDEAL" trabajando en la chacra Valparaiso de Ñuñoa de don Ramón Cruz Montt.

Las sembradoras de discos "DEERING IDEAL" constituyen en todas sus partes el tipo más moderno de máquinas sembradoras, lo que prueban los certificados de centenares de agricultores de Chile que tienen estas Máquinas.

Referente a la capacidad, lijereza de trabajo y sencillez, la sembradora "DEERING" no tiene igual y nunca lo tendrá:

Convidamos a todos los Señores Hacendados de pasar por nuestra oficina para conocer nuestro gran surtido de sembradoras "DEERING" y para imponerse personalmente de las ventajas y perfecciones que tienen estas máquinas sobre otras marcas.

Hoy por hoy día la sembradora "DEERING IDEAL" es reconocida como la Mejor Sembradora del Mundo.

Oficina en Santiago: Bandera 419

SAAVEDRA BENARD y Cía.

Importadores de Máquinas afamadas y modernas

Banco de la República



Capital totalmente pagado:

$ 14.000,000

Dividido en 140.000 acciones de cien pesos cada una

Setenta mil de estas acciones forman la serie B suscritas por capitales franceses y se cotizan en la Bolsa de París

FONDO DE RESERVA: **$ 3.000,000**

OFICINA PRINCIPAL: SANTIAGO

CONSEJO DIRECTIVO

Presidente

Señor GREGORIO DONOSO

Vice-Presidente

Sr. SALVADOR IZQUIERDO

CONSEJEROS:

Señores: Marcelo Benard, Eduardo Charme, Antonio Huneeus, Abraham A. Ovalle, Mauricio D'Orival, Ricardo Perez Eastman, Cárlos Riesco, Antonio Valdés Cuevas, Rafael Tagle Jordán,

Director Gerente

Señor LUIS PHILLIPS

Co-Gerente:

Sr. ALBERTO STOBER

Sub-Gerente

Sr. CARLOS A. ORREGO S.

CONSEJO LOCAL EN PARÍS

Señores Teodoro Mottet, Juan Gunsburg y Georges Benard

SUCURSALES

Valparaíso: Gerente, señor Carlos Soublette. *Rancagua:* Agente, señor Javier Gumucio. *San Fernando:* Agente, señor Agustín Marín

Agencias en el estranjero:

Londres: J. Henry Schröders & Co., Anglo & South American Bank Ltd. Emile Erlanger & Co., Swiss Bankverein

Hamburgo: Vorwerk Gebruder y Ca.

París: Heine et Cie., Benard y Jarislowski, De Neuflize et Cie. Comptoir National D'Escompte

Buenos Aires: Portalis y Cia.

Bolivia: Banco Nacional de Bolivia. Representante del Banco Hipotecario-Valparaíso

EL BANCO DE LA REPUBLICA gira letras y acepta cobranzas sobre cualquier plaza del país y del extranjero, donde haya oficina de Banco.

Recibe en custodia Bonos y demás valores, sin cobrar comisión alguna a sus Accionistas y Comitentes.

Recibe carga a bodegaje y consignación. Anticipa fondos sobre productos y mercaderías depositadas en las bodegas del Banco ubicadas frente a la Estación Central de los Ferrocarriles del Estado.

Hace toda clase de transacciones sobre productos agrícolas, maderas y animales, para lo cual ofrece a los agricultores sus secciones Tattersal y Feria de Productos y Feria de Maderas.

En general ejecuta toda clase de operaciones bancarias.

La carga debe dirigirse a los desvíos del Banco de la República.

Grand Garage

Manuel Guilisasti R.

Alameda de las Delicias 2664, Telf. Inglés 609, central



Importación de Automiles de todas marcas

Fabricación y Reparacion
en general por personal técnico francés

Completo surtido de Repuestos y Accesorios

Automoviles nuevos
últimos modelos recibe constantemente

Reparaciones garantidas, precios muy bajos

Espléndidos Boxes particulares
completamente cerrados, $ 40 por mes

Viaje de lujo por Europa

Pacífico Magazine puede ofrecer a sus lectores, de acuerdo con la importante casa de Thos. Cook & Son, la realización de un viaje por Europa

a precios absolutamente excepcionales

Nuestro pasaje comprende: boleto de vapor y ferrocarriles, en primera clase, ida y vuelta, alojamiento en **hoteles sólo de primera clase,** incluído aposento, luz, servicio, desayuno, almuerzo y comida; comidas durante los viajes y excursiones, traslado de las estaciones a los hoteles y vice-versa, coches, automóviles, guías, entradas a los monumentos, museos y curiosidades, etc., etc.

El viajero es absolutamente independiente en su viaje, y puede escoger, **entre centenares de hoteles de primera clase,** aquellos que prefiera en las diferentes ciudades y puntos de recreo en Europa; pero en todos encontrará a su servicio, absolutamente gratis, coches, guías y automóviles, según se especifica en el itinerario adjunto

No es un viaje económico sino de lujo y en espléndidas condiciones

Cada viajero puede partir en el vapor que crea más conveniente, y modificar el itinerario escogido en la forma que prefiera.

ITINERARIO RECOMENDADO POR PACIFICO MAGAZINE

63 DIAS

Llegada a Liverpool:

1 Días Salida para Londres.
2|4 " En Londres.—Dos días visita de la ciudad en coche con guía. Otro día excursión en automóvil a Hampton Court.
5 " Salida para Bruselas.
6 " En Bruselas.— Visita de la ciudad en coche con guía.
7 " Salida para Lieja.
8 " Salida para Colonia.
9 " En Colonia. — Visita de la ciudad en coche con guía.
10 " Salida para Coblenza.
11 " Salida para Francoforte, vía Mayenza.
12 " En Francoforte.—Visita de la ciudad en coche con guía.
13 " Salida para Heidelberg.
14 " En Heidelberg por la mañana y por la tarde salida para Basilea.
15 " En Basilea por la mañana y por la tarde salida para Lucerna.
16|7 " En Lucerna.—Un día subida a la cima del Rigi en Funicular. Otro día excursión en vapor sobre el lago hasta Fluelen.
18 " Salida para Milano, vía San Gotardo.
19|20 " En Milano. — Un día visita de la ciudad en coche con guía, incluído una visita a la catedral.
21 Días Salida para Venecia.
22|3 " En Venecia.—Un día visita de la ciudad y excursiones en góndola, con guía.
24 " Salida para Bolonia.
25 " Salida para Florencia.
26|8 " En Florencia.—Dos días visita de la ciudad en coche con guía.
29 " Salida para Roma.
30|5 " En Roma.—Cuatro días visita de la ciudad, en coche con guía.
36 " Salida para Pisa.
37 " En Pisa. — Por la mañana visita de la ciudad en coche con guía y por la tarde salida para Génova.
38 " En Génova. — Visita de la ciudad en coche con guía incluído una visita al Cementerio.
39 " Salida para Montreux.
40 " En Montreux. — Excursión en funicular al Rocher de Naye.
41 " Salida para Ginebra.
42 " En Ginebra. — Excursiones sobre el lago
43 " Salida para París
44|62 " En París.— Cuatro días visita de la ciudad en coche con guía. Otro día excursión en automóvil a Versailles.
Otro día excursión en automóvil a Fontainebleau.
63 " Salida para La Pallice.

Precio total con vapor de ida y vuelta

189 Libras Esterlinas

Todos los viajeros, desde los más ricos hasta los más pobres, aprovechan hoy de las facilidades que proporcionan estos viajes.

Absolutamente independientes y de todo lujo

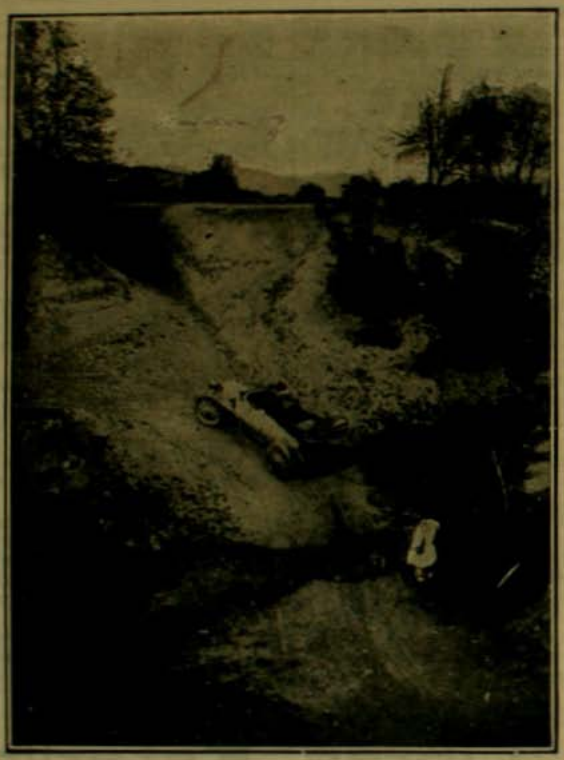
VIAJES ECONOMICOS

Próximamente podremos contar viajes económicos a precios fuera de toda competencia.

No parta para Europa, sin imponerse de las facilidades y economía que podemos proporcionar. Nada les cuesta.

De 3 a 4 P. M.: **Empresa Zig-Zag.—Teatinos 666.—Santiago**

MINERVA DE 16 H.P.



SUBIENDO LA CUESTA DE LOS QUILLAYES
(Según fotografía).

Unicos Agentes:

COMPTOIR DE LA COSTA DEL PACIFICO

CALLE SAN ANTONIO 355

NUESTRA PORTADA

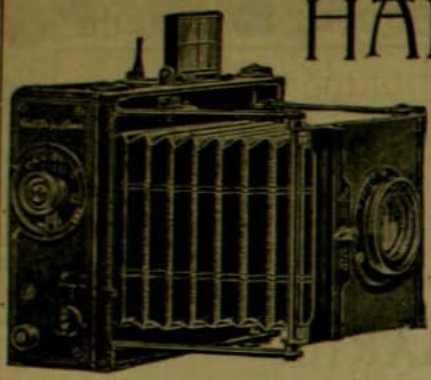
Adorna el presente número de "Pacífico" una reproducción del sentido cuadro original de don Pedro Subercaseaux, titulado: "El amor en la colonia". Representa una graciosa chilenita del siglo XVIII, "pelando la pava" con el novio, al través del enrejado balcón. Hay en esta tela suave poesía y una admirable evocación de nuestro pasado.

SUMARIO

CENTENARIO DEL INSTITUTO NACIONAL 1
LA SELVA MALDITA . . . . . *Miguel de Fuenzalida* 7
Ilustraciones de Pedro Subercaseaux
KARL ZEISS 18
LA MÁSCARA . . . . . *Paul Arène* 29
Ilustraciones de Gordon
CIEGOS Y SORDO-MUDOS 28
EL COPIHUE 32
PROBLEMA SOCIAL . . . . . *Joaquín Díaz Garcés* 33
Ilustraciones de Martín
CANIBALISMO EN VIAJE . . . . . *Mark Twain* 37
Ilustraciones de Pedro Subercaseaux
EL FIERRO . . . . . *Carlos G. Avalos* 43
LAS HIJAS DE MILTON . . . . . *A. de Villien* 53
LA VIDA CARA . . . . . *Angel Pino* 59
Ilustraciones de Martín
PARTIDA AL CIELO . . . . . *P. Vicente Olivier* 63
APTITUDES MENTALES DE LOS NIÑOS . . . . . *Dr. Horacio Guzmán* 65
UN MODELO DE HOMBRE Y DE FUNCIONARIO 77
EL PROBLEMA DEL SALITRE . . . . . *J. B. C.* 81
EL FACTOTUM . . . . . *J. M. Ortega* 94
EL CABALLO CHILENO 97
UNA VISITA A LOS BOSQUES DE LOS GUINDOS . . 106
LOS ESCÁNDALOS DE PANAMÁ . . *J. M. Echenique G.* 113
EL CAPITAN CONQUISTADOR . . . . . *W. W. Jacobs* 126

—La mejor manera de estimular y propender al progreso de una publicación es favorecerla incesantemente, comprándola y recomendándola a sus amigos y relaciones.

—El PACIFICO MAGAZINE irá en cada número perfeccionando la realización de su programa.



HANS FREY

VALPARAISO

Materiales y Utiles para la

Fotografía

SIEMPRE GRAN SURTIDO

PIDASE CATALOGO

Agentes para el Sur:
Casilla 943, Concepción

Kock & Wolf

EXPEDICION AL POLO NORTE

Entre el Estado Mayor que acompañará a Mr. Jules de Payer en su expedición al Polo Norte figura un oficial y un miembro de la marina. Estos dos oficiales, como van encargados de una misión del Gobierno, decidió el Ministro de Marina de Francia concederles el sueldo de campaña. Pero se presentaba una dificultad por exigir los reglamentos que para tener derecho a tales prerrogativas un oficial tiene que estar inscrito en el escalafón de algún buque del Estado que se encuentre en campaña. Se ha solucionado el conflicto nombrando a estos dos oficiales para el estado mayor de un antiguo barco del Gobierno que se encuentra en el Senegal. Mientras que sufran los rigores del invierno polar, pueden esos dos marinos consolarse pensando que administrativamente al menos deberían estar soportando los calores del Senegal.

R



Por reducir el negocio realizo un gran surtido de OBJETOS PARA REGALOS a precios sumamente ventajosos. — Casilla 526. — 323 AHUMADA, 323. — J. HUBER.

Ferrocarril de Santiago a Serena y Copiapó

Por

Santiago Marín Vicuña

Ilustraciones fotográficas.

Toca ya a su término esta importante y transcendental obra, cuyos efectos en la prosperidad nacional empiezan ya a palparse y no tardará, quizás, el presente año sin que se pueda recorrer en ferrocarril los 972 kilómetros que separan a Santiago, la capital de la República, y Copiapó, ciudad tan rica y floreciente en otra época, capital de la provincia de Atacama.

La versión profética y de encumbrados estadistas de los presidentes Balmaceda y Montt, que tan porfiadas batallas libraron por su realización, tiene hoy su mas espléndida manifestación, cuando, a diario, se leen y reproducen las informaciones de la prensa del norte, dando cuenta de la vitalidad industrial y comercial que ese ferrocarril viene significando para las provincias de Coquimbo y Atacama.

Pero ese ferrocarril, apesar que toca ya a su término, es casi desconocido para los del centro del país, lo que me ha movido a redactar estas páginas, que consignan muchos datos interesantes y útiles de conocer, dividiendo el ferrocarril en dos grandes tramos: el de Santiago a Serena, ya en explotación y el de Serena a Vallenar en activo trabajo.

* *

Para los efectos de una mejor explicación divido la sección en explotación de Santiago a Serena en siete secciones:

1a.)	Santiago a Calera.....	119 kms.
2a.)	Calera a Cabildo.....	72 „
3a.)	Cabildo a Limáhuida...	102 „
4a.)	Limáhuida a Illapel....	26 „
5a.)	Illapel a San Marcos....	104 „
6a.)	San Marcos a Puntilla (Ovalle).....	62 „
7a.)	Puntilla a Serena.....	105 „
	Total. . . .	590 kms.

que es algo como la distancia que media entre Santiago y Collipulli en el longitudinal hacia el sur; gran desarrollo que se debe, en parte, a lo accidentado del terreno y a los numerosos cordones de cerros que ha sido necesario atravesar.

1o.) La sección Santiago-Calera es demasiado conocida para que me detenga en analizarla. Forma parte del ferrocarril a Valparaíso, tiene 119 kms. de desarrollo, trocha de 1.68 y su explotación data desde 1861.

2.o) Viene enseguida otro tramo de Calera a Cabildo, de 72 kms. de desarrollo y con 1.00 de trocha, que, puede decirse, es el comienzo del **longitudinal** del norte, ya que desde ahí el longitudinal seguirá con trocha de 1.00 hasta Arica.

3.o) Tenemos después un tramo de igual trocha, recientemente construído por el Sindicato Howard, que tiene 102 kms. de desarrollo o sea el que media entre Cabildo y Limáhuida.

Esta es la sección mas difícil y costosa del longitudinal, pues en ella se encuentran cuatro **túneles**, que suman 3 mil 213 mts. y quince trozos de **cremayera Abt.**, con un desarrollo total de 43.7 kms. o sea el 40% de su largo y gradientes máximas de 3% en la parte por adherencia y de 6% en la de cremayera.

Los túneles a que me refiero son: uno

de 115 mts., que hay a 5 kms. mas allá de Cabildo y los de **La Grupa** de 1,276 mts., el de **Las Palmas** de 1,034 mts. y el de **Las Astas** de 788 mts., cuya altura sobre el mar y ubicación doy en lista de mas adelante.

Esta sección fué contratada por el Sindicato Howard en la suma de £ 973,800, lo que da un costo kilométrico medio de £ 9,555 o sea como $ 230,000 de nuestra moneda.

4.o) Respecto a la pequeña sección que media entre Limáhuida e Illapel diré que fué construída por el Estado, que está en explotación desde hace unos diez años y que tiene la misma trocha de 1.00.

La única obra de arte digna de llamar la atención dentro de ella, es el puente de 80 mts. de luz sobre el río Choapa, que construí en 1905, cuando era contratista de la sección de 19 kms. que median entre las estaciones de Choapa a Illapel.

5.o) Siguiendo hacia el norte, llegamos a la sección de 104 kms. que media entre Illapel y San Marcos; sección recientemente construída por el Sindicato Howard y en la que se ha tenido que vencer, igualmente, grandes dificultades opuestas por la naturaleza. Fué contratada por la suma de £ 872,500, lo que da un costo kilométrico medio de £ 8,390 o sea como $ 200,000 de nuestra moneda. Su trocha también es de 1.00.

La principal obra de arte con que cuenta es el túnel del **Espino**, hecho para salvar el contra-fuerte de Los Hornos, ubicado a 43 kms. de Illapel y que tiene una longitud de 1,470 mts. La gradiente máxima en este tramo es de 3% en la parte por adherencia y de 6% en la de cremayera, compuesta esta última de 11 kms., divididos en cinco trozos.

Deben también citarse, como obras de arte de alguna importancia, el puente de Ancó, de cuatro tramos de 30 mts. cada uno, ubicado a 11 kms. de Illapel; los puentes sobre las quebradas de Chillán y Alcaparrosa y Espino de 20 mts. de luz cada uno; el puente Valle hermoso de 40 mts., de luz; el viaducto de concreto reforzado, cuya fotografía doy, compuesto de siete arcos de 10 mts., cada uno ubicado en la quebrada Colorada, a 85 kms. de Illapel; El puente Cogotí, de tres tramos de 30 mts. cada uno y por último, el puente de la Patona de 20 de luz.

6.o) Viene, enseguida, un tramo de 62 kms. comprendido entre San Marcos y Puntilla, pequeña estación que dista unos tres kms. de Ovalle. La construcción de esta sección fué iniciada en 1888 y solo terminada en 1911, por causas y retardos que no es del caso citar.

Su trocha es, igualmente, de 1.00 y sus obras de arte principales son: el túnel **San Marcos** de 110 mts.; el puente Cárcamo de 130 mts. de cinco tramos y el puente sobre el río Grande, de 10 tramos de 30 mts cada uno.

7.o) Y por último, la sección de 105 kms. que media entre Puntilla (que llega hasta Ovalle) y Serena, que fué construída por una Compañía particular (1861-1873) y comprado en 1889 por el fisco, en la suma de £ 245,000 o sea en $ 5.880,000 de nuestra actual moneda.

Es digno de citarse en esta sección el desarrollo del trazado en la cuesta de las Cardas, donde hay, en adherencia, gradientes de 4%.

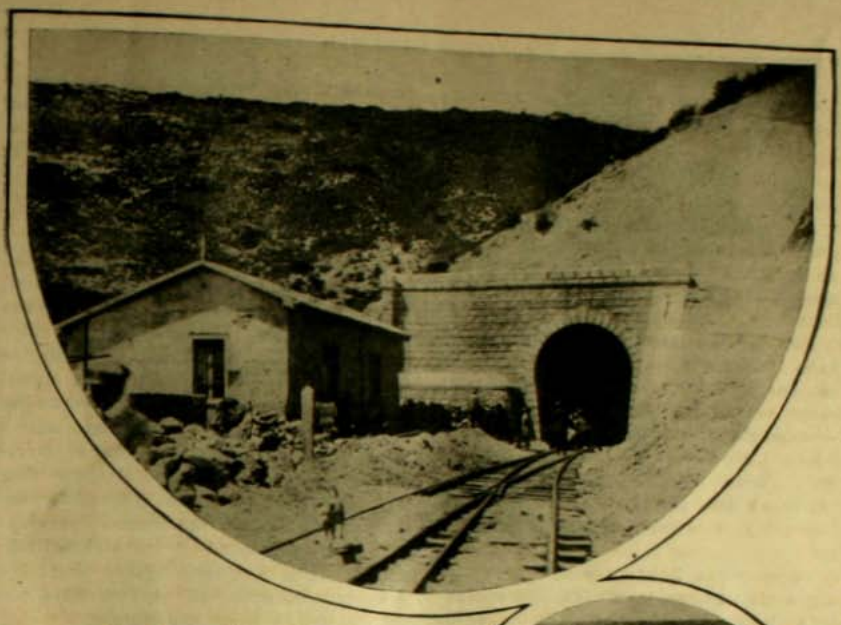
La trocha de este ferrocarril entre Puntilla y Coquimbo (92 kms.) es de 1.68, la que pronto se ha de transformar en la de 1.00 y el resto tiene las dos trochas combinadas.

Tenemos así que entre Santiago y Serena tiene el ferrocarril un desarrollo de 590 kms. y que las dos últimas secciones construídas por el Sindicato Howard (o sea las de Cabildo a Limáhuida e Illapel a San Marcos) de 206 kms. de longitud, le significan al Estado un desembolso de £ 1.846,300 o sean 44 millones de pesos de nuestra moneda, los que debe pagar, en conformidad al decreto de 14 de Mayo de 1910, garantizando a ese capital un interés de 5% y una amortización de 2% anuales.

Todos los cuales, excepción hecha del que va a Valparaíso, tienen trocha de 1.00, pues, como se sabe, el Gobierno se formó desde hace años el programa de construír de esa trocha todos los ferrocarriles que se hicieran de Calera al norte.

* *

Esta es la parte hoy terminada y en actual explotación: pues los trabajos con-



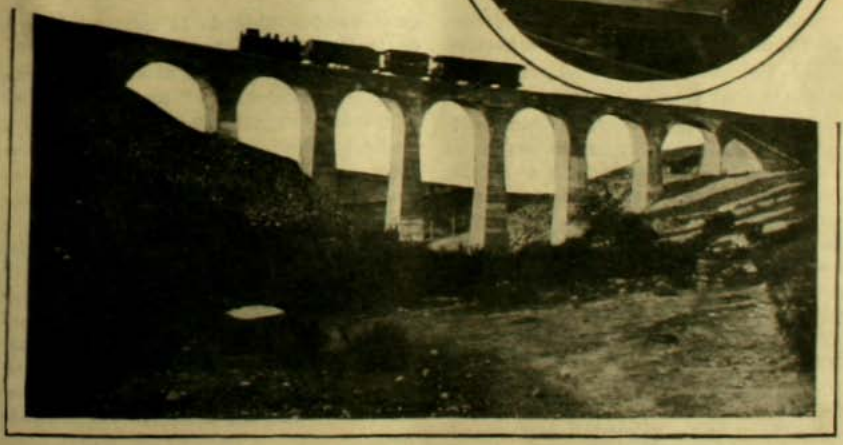
Boca Norte túnel de Las Palmas

tratados con el Sindicato Howard se extienden hasta Copiapó.

Este otro tramo, en actual construcción con 1.00 de trocha y cuya entrega al servicio público, se hará en el presente año, se puede dividir en dos secciones:



Estación de Vallenar



K. 82 al Norte Illapel Viaducto en curva de cemento armado

1.a La de Serena a Vallenar de 219 kms
2.a) La de Vallenar a Copiapó de 163 kms

Total. . . . . 382 kms

La primera ha sido contratada por el precio alzado de £ 1.579,700, lo que da un promedio de £ 7,218 por km. o sea unos $ 175,000 de nuestra actual moneda.

Esta sección está ya terminada con unos 166 kms. y los 53 kms restantes están enrrielándose, y como sus principales obras de arte pueden citarse los puentes sobre el río Huasco, de 250 mts. de largo y sobre el río Choros de 200 mts. de largo. En Vallenar cuenta con el ferrocarril trasversal, de igual trocha y 49 kms. de longitud, que va a la costa, al puerto de Huasco.

En cuanto a la otra sección de Vallenar a Copiapó, ya terminada, fué contratada en £ 600,000. lo que da un costo kilométrico de £ 3,680, o sea unos $ 90,000 de nuestra moneda.

En Copiapó empalma con el antiguo ferrocarril que va a la costa, al puerto de Caldera y con el que va al norte, hasta Pintados en la Provincia de Tarapacá, del cual se ocupó El Pacífico en el número del mes de Mayo último.

* *

Estos ligeros apuntes nos manifiestan que las diversas secciones del ferrocarril longitudinal contratadas por el Sindicato Howard, suman 588 kms. con un costo total de £ 4.026,000 o sea alrededor de cien millones de pesos de nuestra actual moneda, los que los trabajos verán su término en el curso del presente año y como otro tanto sucederá con el ferrocarril que sigue de Copiapó al norte. Chile podrá, en breve, enorgullecerse de contar con una de las vías férreas continuas mas largas del mundo o sea el longitudinal de Arica a Puerto Montt de 3,400 kms. de desarrollo, del cual en 1914 habrá ya un 95% en explotación.

SANTIAGO MARIN VICUÑA.
Ingeniero—Cienfuegos 87.

EL PIE DEL CRIMINAL

Mucho se nos ha hablado de los defectos físicos a los cuales debería achacarse una morfología especial en los criminales. El rostro y sobre todo la mano presenta al parecer a este respecto características, evidentes. El pie por el contrario, según las minuciosas medidas tomadas por M. Ch. Perrier parece que nada nos demuestra en este sentido. Y aún algunas de las correluciones del eminente médico legista nos parecen talvez poco fundadas. No nos es violento figurarnos al criminal como un ser desproporcionado, sobre todo en sus extremidades toscas y pesadas. Nos agrada pensar que el pie pequeño sea y haya sido siempre en signo evidente de distinción y honrades. Y sin embargo M. Perrier viene en la lógica de sus números a demostrar lo contrario. El preso de 25 a 30 años tiene regularmente el pie más chico que cualquier hombre libre de la misma edad, y de igual estatura. Las observaciones de Ottolenghi y Rossi que atestiguaban que entre los criminales el pie izquierdo es el mayor, han sido desmentidas por las medidas verificadas en Nines, que demostraron que en un 35% de los casos era mayor el pie derecho y ambos eran iguales en un 46%.

La desigualdad de dimensiones de los dedos no tienen la importancia que algunos quieren atribuirla. En 58 casos de 100 es el primer dedo el mayor y sólo en un 15% de los criminales examinados era mayor el segundo. Donde está, pues, el famoso "pié de ladrón" delatado por la largura anormal del segundo dedo.

R.



DESDE EL CERRO SAN CRISTOBAL

PACIFICO MAGAZINE

— Que ayer

VOL. II—Santiago de Chile, Julio de 1913.—NUM. 7.

— Que mañana

Centenario del Instituto Nacional

La historia de nuestro principal establecimiento público de Educación, el Instituto Nacional, está íntimamente ligado, con el desarrollo de la nación misma. Casi podría decirse que sus vicisitudes han sido las de la República.

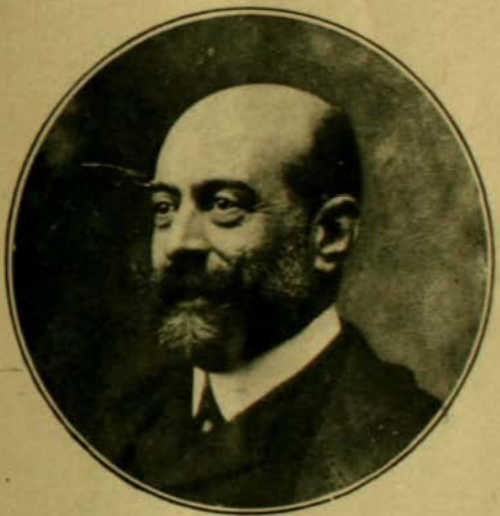
Nació el Instituto casi con la libertad, en aquellos grandes y trágicos días de la Patria Vieja, mediante la fusión de dos de los principales establecimientos educativos que nos había legado la Colonia: el Colegio Seminario y el Convictorio Carolino.

La inauguración fué celebrada con gran pompa el 10 de Agosto de 1813. Según el Ministro Arauco que describe inmensamente la ceremonia, el doctor Echaurren "pronunció un discurso sabio y patriótico en el idioma y con las gracias de Cicerón". La fiesta terminó con el canto de un himno compuesto ad-hoc, por don Bernardo Vera y Pintado, el autor de nuestra primera Canción Nacional.

Extraña sensación de terror y deslumbramiento a la vez debió experimentar aquella sociedad, que venía apenas saliendo de la colonia, al escuchar las estrofas de Vera.

"La patria nos convoca
con noble y suave voz
A rendir a las ciencias
El merecido honor".

Según parece el plan de estudios del primitivo Instituto fué muy vasto para la época. Según se desprende de la planta de profesores que tenemos a la vista se enseñaban las siguientes asignaturas: Elocuencia Doctrinal, Oratoria y Panegírica, Sagrada Escritura, Teología Dogmática, Historia Eclesiástica, Derecho Natural de Gastos y Economía Política, Leyes Patrias y Derecho Canónico, Física Experimental, Química, Ciencias Militares y Geografía Matemáticas puras, Dibujo, Lógica, Metafísica y Filosofía Moral, Latinidad, etc., etc.



Don Juan Nepomuceno Espejo

Actual rector del Instituto Nacional

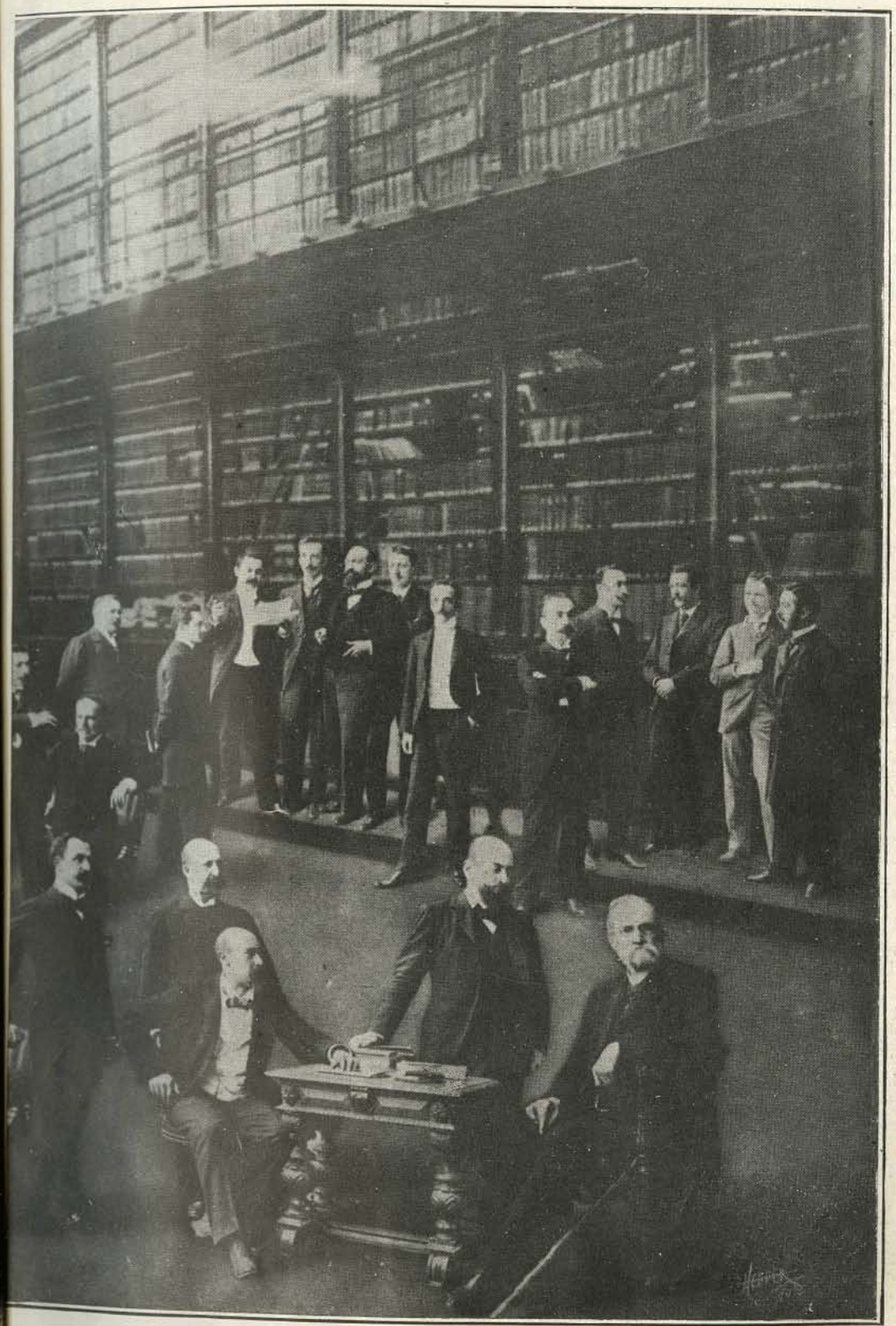
¿Qué efecto podría producir la enseñanza de alguno de estos ramos, en una ciudad en que pocos años antes, el doctor Rojas cobró fama de brujo por haber tomado un laboratorio de física en su casa particular?

La reconquista dió fin al Instituto. El decreto de clausura merece pasar a la historia:

"Santiago, 17 de Diciembre de 1814.



LOS PROFESORES D



INSTITUTO NACIONAL EN 1900

Suprímase el Instituto Nacional inventado por el gobierno intruso con trastorno de los regulares planes y establecimientos de estudios adoptados por leyes reales y eclesiásticas y práctica general de los países más ilustrado"

II

El Instituto volvió a la vida con la libertad. El 20 de Julio de 1819 fué reabierto. En esta ceremonia habló uno de los alumnos entonces de 13 años de edad, y fué este el después célebre filósofo don Ventura Marín.

Durante sus primeros años, el Instituto conservó en gran parte la tradición colonial en materia de enseñanza. Pero entonces, con fuerza, y progreso vació de la libre competencia. Don José Joaquín de Mora, el célebre poeta español, y revolucionario fundó con el nombre de Liceo de Chile, un establecimiento de educación, con un plan moderno, en que se debe al estudio de las ciencias, toda la extensión computable con las ideas de la época. Esta iniciativa de carácter privada tuvo una inmensa influencia en el Instituto que comenzó desde entonces a sacudir poco a poco el polvo del pasado.

Ya en 1824 contaba el colegio con más de cuatrocientos alumnos.

Los rectorados de don Manuel Montt (1835-1840) y de don Antonio Varas (1842-1845) fueron particularmente provechosos para el Instituto. Entonces comenzó a dejarse sentir sobre nuestra educación, la influencia decisiva y benéfica del eminente Bello. Este grande hombre no es ya discutido. Hubo un tiempo en que se le acusó de retrógrado o por lo menos de ultraconservador, por ciertos espíritus que hubieran deseado convertir la enseñanza pública, en la cátedra de determinados principios políticos y filosóficos. Sin embargo la tendencia de Bello, ante todo conciliadora y liberal, en el más amplio y honroso sentido de esta palabra.

De las transformaciones en el plan educativo del Instituto, la más transcendental fué la que substituyó a la enseñanza fundada en el estudio del latín y de la metafísica, la fundada en las ciencias físicas y matemáticas, que revolucionaron al mundo en el siglo XIX. Los honores de esta jornada corresponden a los hermanos Amunátegui, después de la desaparición de Bello. Más tarde la campaña se acentuó definitivamente, merced en buena parte a los perseverantes esfuerzos del ilustre y malogrado señor don Pedro Montt, ministro durante muchos años del Consejo de Instrucción Pública. A él correspondió la iniciativa del plan concéntrico de estudios y la introducción de profesores alemanes.

III

Apenas existe en Chile un nombre ilustre en las letras o en las ciencias que no figure en el rol de los profesores del Instituto.

Don Juan Egaña, don Andrés Bello, don José Victorino Lastarria, los hermanos Amunátegui, don Ventura Marín, don Manuel Montt, don Antonio Varas, don Antonio García Reyes, don Ignacio Domeiko, don Diego Barros Arana, don Ramón Sotomayor Valdés, don José Hipólito Salas, don Rodulfo Armando Philippi, y cien más.

Casi podría decirse que la historia del Instituto es la de la cultura nacional.

Allí también se han educado, la mayoría de los hombres que han tenido influencia en el desarrollo político del país, sin distinción de partido.

IV

El instituto, como es natural ha sido influenciado en el curso de su larga existencia, por el medio ambiente en el seno del cual ha debido desarrollarse, sin dejar por eso de irradiar a su vez sus influencias sobre ese medio.

Conservador, o mejor dicho colonial en su origen, participó más tarde de ese espíritu amplio, de progreso puro, sin mezcla segura de sectarismo ni hostilidad a las creencias, que tan benéfico fué a nuestro país, en la gran época de Bulnes y de Montt.

Más tarde el eco de las luchas religiosas se dejó sentir a la vez en los establecimientos de enseñanza del estado y en los particulares. De las contraversias de aquella época, no logró independisarse el Instituto. Fué entonces liberal, en un sentido nuevo, político digámoslo así, o al menos se le consideraba como tal, que los amigos y los adversarios de todo un



Se ven en esta fotografía los retratos de más de cuarenta profesores de hace medio siglo. Entre ellos pueden distinguirse don Ramón Briceño, don José María Barceló, don Luis Izquierdo, (padre del gran parlamentario liberal) don Rodulfo Armando Philippi, don J. M. Olavarrieta, don José Tocornal, etc., etc.

orden de ideas en el terreno político y social.

Desde entonces el Instituto tuvo amigos y enemigos de un nuevo género. Antes era el patrimonio común de todos los chilenos, después fué el patrimonio de un partido o grupo de partidos.

Felizmente ese tiempo ha pasado también, y hoy día el Instituto Nacional ha vuelto a ser lo que fué en sus mejores tiempos, un establecimiento que dá todo género de garantías a los padres de familia y a la sociedad en general. Es un instituto de educación científica, eminentemente neutral, un campo abierto para todas las inteligencias y todas las iniciativas.

Esta evolución benéfica, se debe en buena parte a los perseverantes esfuerzos, al criterio recto y desapasionado, al exquisito tacto social de su actual rector, don Juan Espejo Varas, que por más de veinticinco años ha estado al frente del establecimiento.

Gracias a ello podemos hoy todos los chilenos celebrar jubilosamente el primer centenario del Instituto Nacional, que no solo ha sido en el pasado el principal centro de cultura de la República, sino que es en el presente, un establecimiento, modelo, orgullo del país, motivo de admiración para los extranjeros, y una de nuestras más hermosas tradiciones nacionales.

LA RISA DEL PERRO

A menudo dicen los aficionados a los perros:—"Mi perro se ríe. ¿A ver? ¡Ríase Neptuno!" Y Neptuno recoge el extremo de su labio, dejando ver el colmillo.

¿Pero se trata realmente de una risa formada? No lo creo. "Yo he leído—no sé donde—dice un escritor,—que en los perros hay una verdadera alegría manifestada por movimientos semejantes a los de la risa del hombre". Entonces ya no tendría el menor interés la observación de aquel propagandista del goce honesto que decía: "Cultivad la alegría, dad rienda suelta a la risa, que es lo que más distingue al hombre del animal!"

"Pelagia me acaba de contar—dice un periodista francés que ella conoce un perro que ha visto reirse francamente, como puedo reirme yo y como puede reirse ella. Y la historia es graciosa. Este perro es el perro del vendedor de diarios de aquí cerca. Es un viejo mastín al cual se le dá frecuentemente un purgante, de sulfato de soda. Su figura de perro toma el aspecto más triste y abatido cuando vé a su amo revolver la porción. Un día en que vió vaciar la sal en el gran recipiente con agua y agitarla en seguida, el perro fijóle sus grandes ojos desolados en el amo. De pronto, cuando la cosa estuvo hecha, vió que el hombre se la zampaba él mismo de un sorbo, Y el perro estalló de risa, de la risa más humana posible, de una risa verdaderamente nerviosa".

Si en Chile no hemos podido sorprender perros capaces de reir, es por la sencilla razón de que el perro no ha visto nunca reirse al hombre ni le ve hacer nada gracioso. ¿De qué podría reirse un perro en Chile?

✤✤✤✤✤✤



Por

MIGUEL DE FUENZALIDA

Ilustraciones de Pedro Subercaseaux

I

En el punto en que el río Claro, después de bañar las risueñas campiñas de Yumbel, mezcla sus aguas con las del romántico y majestuoso Laja, se alzaba a principios del siglo XVII, un vasto edificio, mitad casa de campo y mitad fortaleza.

La tierra era de guerra, semi-virgen todavía, cubierta de enmarañadas selvas y de vegas pantanosas. La vida era allí trágica e insegura. El indómito araucano acababa de destruir hasta los últimos vestigios de la dominación española al sur del Bío-Bío, y las temibles bandas de Pelantaru y Paillamachu, llevaban continuamente la desolación y la guerra, hasta los muros mismos de Chillán.

Aquel caserón se levantaba aún de pié, como un islote en un vasto océano de ruinas. Había resistido incontables asaltos, defendido por un pequeño grupo de valerosos aventureros. Ahora la guerra y el estrago llevaban a otra comarca su devastaciones, y las desiertas comarcas del Laja, abandonadas por indios y españoles gozaban de una tregua mal segura y efímera.

Algo quedaba defendiendo allí el encomendero don Diego de Aguilar; no era por cierto sus campos, ni sus indios, ni sus ganados, sino la vieja honra castellana, que prefiere perderlo todo antes

de retroceder y confesar su derrota. Había ido a buscar fama y fortuna en ese remoto rincón del mundo, en que la tierra y el poder se conquistaban con la punta del sable... Nada le pertenecía ahora fuera de los ruinosos muros de su vasto caserón, nada sino su voluntad indomable.

Era una tarde obscura y tempestuosa; espesos nubarrones preñados de amenazas, corrían velozmente sobre el melancólico paisaje, empujados por el viento del norte.

Adentro, en la sala desmantelada, oyendo el chisporrotear del enorme tronco de roble que ardía en la chimenea, don Diego, acompañado solo por una media docena de perros gigantescos, dejaba vagar sus pensamientos sobre su pasado y sobre su porvenir.

¡Qué ruina aquella la de su vida y de sus esperanzas! Noble, apuesto, gentil, mecido desde la cuna por doradas ilusiones, se veía ahora solo, abandonado en aquella trágica tierra, sin una luz que le guiara en un futuro sombrío... La suerte le había vencido, arrojándolo allí donde solo podía esperar la muerte después de una lucha sin gloria.

Su alma sin embargo, como la de los demás hombres había sido creada para la dicha o al menos para la esperanza. El también había amado y sentido: su corazón no era solo de hierro... dentro de él se encerraban incomprensibles misterios... La mujer se le había aparecido no solo como el objeto de un culto caballerezco, sino como algo más tierno, más hondo, capaz de satisfacer sus insaciables aspiraciones de dicha y de paz.

Hubo un día en que don Diego, capitán entonces de guardias en la corte del marqués de Montesclaros, virrey del Perú, sintió nacer un hombre nuevo dentro de sí mismo. Ella se llamaba Beatriz y era hija de don Pedro de Ceballos, opulento señor de minas en Huancavelica. Aquella mujer no era como las que nos pintan en sus obras inmortales, Lope y Calderón, una de esas beldades esquivas, caprichosas, de corazón indefinible, nacidas para la galantería y el agasajo, sin ternura ni sencillez en el alma. Beatriz era una virgen de América, de ojos lánguidos y soñadores, toda ella fuego y recato, la mujer en que se adivina la paz bendita, el amor ignorado y culto, la dulce señora del hogar.

Don Diego experimentó por ella una de esas pasiones a la vez tranquilas y volcánicas que llenan toda el alma porque nos lo prometen todo.

Entonces comenzó la gran tragedia de su vida. El señor de Ceballos acababa de fundar un mayorazgo y a falta de hijos varones quiso que sus riquezas, y estirpe se perpetuaran junto con su nombre. Beatriz fué por voluntad de su padre la prometida de un español desconocido, de un rico señor de Extremadura, lejano pariente suyo, y desde ese día para don Diego no hubo ya ni mundo, ni esperanza, ni interés en la vida.

Solo la guerra y la lucha pueden reemplazar a medias en el corazón humano el vacío que deja el amor. Don Diego de Aguilar se lanzó pues a aquella temible frontera de Arauco, donde no se conocía el reposo, donde el fragor de las batallas no dejaba tiempo a los combates del alma, donde era acaso posible olvidar que existían la paz y la dicha.

Y allí peleó, sin tregua, hasta que la tierra quedó sembrada de ruinas a su alrededor, y ahora esa paz de desolación y muerte que sucedía al estrépito de la guerra, le había dejado de nuevo desnudo y sin amparo, a merced de las terribles tormentas de su alma.

II

La ronca voz de un hombre trajo de nuevo al señor de Aguilar al mundo de las realidades... El recién venido era un viejo cubierto de sucios harapos, de mirar salvaje y hosco cuyo rostro desaparecía entre una verdadera selva de cabellos grises.

—Se ha visto la huella de un león junto al vado de Tholguaca, dijo el viejo.

En los ojos de don Diego brilló un relámpago fugitivo... La caza es también una guerra y un olvido.

Llamó a sus perros, y después de ponerse sus arreos de montar, salió al patio. Allí un muchacho indio tenía de la brida dos corceles.

—Vamos allá, fueron las únicas palabras de don Diego.

El y el viejo montaron a caballo y juntos



Don Diego, acompañado solo por una media docena de perros gigantescos, dejaba vagar su pensamiento

emprendieron el camino de la selva solitaria y llena de misterios.

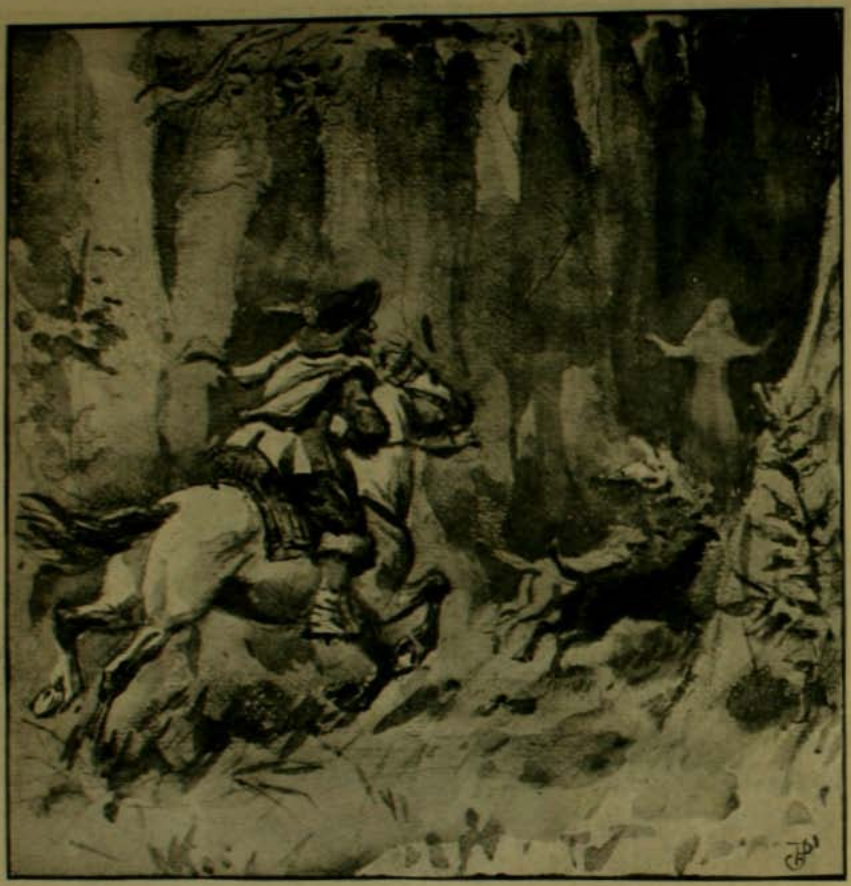
No tardaron en llegar a las orillas del Laja. El río, hinchado por las lluvias, corría murmurando en medio de la vasta llanura, coronada por tempestuosos nubarrones y barrida por el viento. Más allá de la ribera opuesta, se extendía la tierra sagrada de Arauco, protegida por la espesura de sus bosques melancólicos... El huracán silbaba con un rumor extraño, capaz de infundir en el corazón de los más fuertes, ese miedo de lo desconocido y misterioso, que el hombre siente sin poder definir.

Don Diego y el viejo no vacilaron sin embargo y con sus caballos a nado, pusieron pie, dentro de pocos minutos en la pedregosa ribera que por el lado del sur, limitaba la corriente del Laja.

No tardaron los perros en encontrar el rastro; seguía éste por un sendero sombrío, abierto por los animales semi-silvestres que hasta poco tiempo antes habían mantenido los encomenderos en aquella comarca, reconquistada ahora por la barbarie... El rugir del viento, el melancólico murmullo de las aguas del río, el pisar de los corceles sobre las secas hojarascas, los penetrantes ladridos de los perros, todo ello sólo parecía hacer más aterradoras aquellas lúgubres soledades.

El sol, invisible, tras el velo ceniciento de las nubes, debía estar ya muy cerca de su ocaso.

Los cazadores habían llegado a un claro del bosque, sembrado de árboles muertos, medio carbonizados, que se elevaban hasta las nubes, como esqueletos gigantescos. Negras aves de rapiña permanecían inmóviles



Se lanzó al galope en seguimiento de los perros

sobre las ramas descarnadas... El estrago del hombre había pasado allí, en otro tiempo, por sobre las pompas de la naturaleza.

Al otro extremo del claro, comenzaba una selva nueva, extraña, de un aspecto siniestro... la formaban árboles de follaje lívido y azulados reflejos... Eran canelos, el árbol santo a cuya sombra los viejos hechiceros de la tierra de Arauco, celebraban sus misteriosos aquelarres.. De esas impenetrables sombras húmedas, salieron siempre la venganza y la guerra... En ellas encontró su último refugio el odio al invasor extranjero... Allí, bajo los canelos, palpitó hasta lo último el corazón de Arauco....

Los perros, dando espantosos alaridos, se precipitaron bajo la cenicienta espesura, sedientos de sangre...

El viejo detuvo su caballo...

—No iremos más allá, dijo a su compañero...

—¿Y por qué nó? repuso don Diego... Nos queda aún más de una hora de luz.

—Aquel monte, continuó el viejo como hablando consigo mismo, es la morada del demonio, del espíritu de esta tierra maldita... Ningún español puede salir vivo de allí... Es el monte de la muerte...

—¡La muerte!.. murmuró don Diego con acento sombrío.. ¿Qué me importa a mí la muerte?...

Y espoloneando furiosamente a su caba-

gadura, se lanzó al galope, en seguimiento de los perros.

El viejo se quedó contemplándolo como petrificado por el terror... En seguida, torciendo bridas a su cabalgadura, emprendió lentamente el camino de regreso.

III

Aquella noche fué horrible. La lluvia no dejó por un sólo instante de caer. La vetusta morada de don Diego de Aguilar crugía hasta sus cimientos agitada por el temporal. En la cocina, a la luz de un desvencijado candil, y acurrucados al rededor del fuego, los sirvientes del encomendero escuchaban atónitos las lúgubres narraciones de Peredo, que tal era el nombre del viejo y extraño cazador que acompañara a don Diego hasta el linde de la selva maldita.

—No ha vuelto, ni volverá, decía Peredo... Jamás se ha oído de nadie que salga vivo de aquel monte donde habita el demonio... Si conoceré yo los misterios de esta tierra... Hace cuarenta años que peleo aquí sin descanso por el rey... Arauco está maldito... Nunca los españoles volverán a dominar esta nación rebelde... Los espíritus del infierno la protegen.

En otro tiempo, cuando no era yo todavía viejo, siete ciudades cristianas se levantaban entre los bosques de Arauco... Yo mismo tuve una encomienda en Imperial, a las orillas del más hermoso río del mundo. Todo eso era entonces España... A muchas leguas de la ciudad fundada en honor del gran césar Carlos V, se extendían los campos de cultivo, las faenas mineras, la abundancia, la paz y la dominación del rey... Yo era entonces rico y feliz... Vine de España, a luchar como los soldados del poema de Ercilla, por conservar lo que conquistaron Valdivia y Hurtado de Mendoza, y también por amor al dinero, porque noble y todo, allá en la vieja España me moría de hambre... Todo lo alcancé y nada soy ahora.

Un día de verano, hace ya no pocos años, salió de Angol para la Imperial, el gobernador Oñez de Loyola, el marido de una princesa del Perú, el sobrino de San Ignacio, fundador de los jesuitas... Yo iba en su séquito... Debíamos atravesar la ciénaga de Purén, fatal siempre a los ejércitos de España... No encontramos allá un sólo indio de guerra... Era la tranquilidad que precede a la tormenta...

Acampamos en la tarde junto a una alta



Allí reside el bravo de los bravo, el joven encomendero don Diego de Aguilar

barranca del río Lumaco, en un sitio llamado Curalava. La noche era tibia y tranquila, iluminada por la luna llena... Yo que siempre fuí poeta, me dormí muy tarde, recordando los romances de España...

El despertar fué horrible... Los indios cayeron sobre nosotros de sorpresa, y de los cien hombres que iban con el gobernador, yo fuí el único que escapé con vida... Cuarenta días tardé en llegar a la Imperial, oculto entre los bosques...

Entonces se levantó toda la tierra.... Una a una cayeron las ciudades españolas en manos de los bárbaros... De lo que yo tenía no me quedó nada, de lo que España tuvo en Arauco, nada quedó tampoco. El diablo mismo parecía conducir las hordas de Pelantaro... Y no... no me engaño... Ya es inutil luchar por más tiempo... Ni Rivera, ni Jaraquemada, ni García Ramón, ni ninguno de los grandes campeones de Flandes que el rey ha enviado o envíe en adelante aquí, lograrán vengar este desastre. Arauco está defendido por una fuerza del otro mundo. En esos bosques de canelos, lívidos y húmedos, se esconde un espíritu poderoso y fatal para nuestra raza. Los hechiceros de los bárbaros, saben poner ese espíritu a su servicio... Nunca más volverá don Diego de Aguilar, y si vuelve, entendedlo, volverá poseído por el demonio.

Los rústicos auditores de aquel siniestro discurso, temblaban de espanto, mientras escuchaban las palabras proféticas de aquel viejo extraño, que sabía usar de un lenguaje, para ellos incomprensible.

¿Quién era Peredo?... De él se sabía muy poco más de lo que él mismo refiriera... Era ya viejo, cuando llegó prófugo y harapiento, algunos meses después de la ruina de Imperial a las márgenes del Laja... Más tarde le acogió don Diego de Aguilar, más como compañero que como criado... Su vida entera fué una lucha, un desastre y un misterio... El mismo decía que había aprendido la ciencia del bien y del mal...

.....

Don Diego de Aguilar volvió sin embargo, y como para desvirtuar las trágicas predicciones de Peredo, nada en él anunciaba que pudiera estar poseído del demonio. Nunca dijo una palabra sin embargo de lo que le aconteciera en el temido monte de los canelos, y su conducto de allí en adelante dió mucho que pensar a los supersticiosos de su servidumbre.

Con mucha frecuencia, casi todas las tardes, se alejaba sin más compañía que la de sus gigantescos mastines en dirección del vado de Tholguaca... Nadie se atrevió jamás a seguirle... Volvía cerca de la media noche, callado y pensativo, pero dulce y sereno como jamás lo había sido.

Entre tanto, la paz parecía haber sentado en definitiva sus reales en aquel rincón de la abrasada frontera y los campos de don Diego volvieron a verse poblados de rebaños... Pero esa tranquilidad no era sólo de la tierra: el alma del misterioso encomendero tambien parecía haber encontrado su reposo... Se le veía sonreír

Las gentes se decían en voz baja que don Diego había hecho pacto con el diablo...

IV

Pasaron dos años.

Don Alonso de Rivera, el bravo capitán de Flandes, iba a hacer un último y desesperado esfuerzo para reconquistar la Araucanía. Jamás pisó el suelo de Chile un ejército tan lucido y numeroso.

Aquella tarde los tercios españoles avistaron en el horizonte, las tranquilas aguas del Laja, y allá medio escondido entre los matorrales, el soberbio reducto de Aguilar, único monumento de la civilización en los confines de la barbarie.

Al frente de sus tropas, Rivera, cubierto de pies a cabeza por férrea armadura, contemplaba pensativo, el salvaje y melancólico panorama. A su lado cabalgaban un hombre de edad madura, cercana a la vejez, y un arrogante mozo, en toda la fuerza de la edad.

—Allá en aquel río comienza la tierra, dijo por fin el gobernador: esos bosques sombríos que se extienden al sur, esconden la bárbara y misteriosa pujanza que vamos a combatir... El suelo que pisamos desde Chillán está todo cubierto de minas... Sólo aquel fortín que blanquea en la espesura, ha resistido a las hordas de Pelantaro... Allí reside el bravo de los bravos, el joven encomendero don Diego de Aguilar.

Los dos acompañantes del gobernador hicieron al mismo tiempo un gesto de sorpresa. Sin duda, el nombre de Aguilar, no les era desconocido.

—Conocí un don Diego de Aguilar en el Perú, dijo el más joven, y me honré con su amistad. Era por cierto un valiente...

—Fué capitán de guardias del señor marqués de Montesclaros, agregó el viejo.

—Pues entonces váis a encontrar un antiguo amigo, dijo el gobernador... Sin duda es él... Vino del Perú y pertenecía a la casa de los virreyes... Mucho me temo, sin embargo que no halleis al mismo hombre que entonces vino.

—¿Quién vive? preguntaron desde adentro.

—Gente de paz. Abrid en nombre del rey, contestó el criado.

El viejo portalón giró sobre sus enmohecidos gosnes, la comitiva penetró en el patio.

Bajo el alero del corredor, con la espada al cinto y lujosamente ataviado, esperaba de pie don Diego de Aguilar.

El gobernador y sus dos ayudantes se



Cayeron de improviso sobre los españoles

Y el famoso adalid del rey en tierras de Chile comenzó a narrar a sus asombrados compañeros la misteriosa historia del encomendero.

—Dicen, agregó por último que lo trajo a la guerra un amor desgraciado.

La frente del viejo, se contrajo, pero no pronunció una palabra.

Los tres hombres continuaron en silencio su camino. Una hora después, la cabeza de la columna llegó a las puertas de la casa fortaleza de Aguilar. Un criado del gobernador golpeó la puerta.

—¡Ah de la gente!... Ave María Purísima, gritó.

apearon de sus cabalgaduras; el encomendero se adelantó a recibirlos.

—Sed bien venido a esta mi humilde casa, señor gobernador, dijo don Diego... Aunque no fuerais, como sois el representante de su majestad, siempre me honraría recibiendo en ella, a tan ilustre soldado.

El gobernador inclinó casi imperceptiblemente la cabeza.

Sus dos acompañantes se adelantaron entonces.

La mirada de Aguilar se posó entonces por primera vez sobre el más viejo de ellos... Entonces un estremecimiento indefinible, mezcla de odio y de miedo, reco-

rrió las venas del que hasta entonces no aprendiera a temblar.

Aquel hombre que tenía delante, era el que años atrás había cortado el hilo de su ventura y hécholo desear la muerte... Era don Pedro de Ceballos, el padre de Beatriz.

La vacilación del encomendero no duró sin embargo sino un segundo... En su pecho, combatido por los más furiosos y encontrados sentimientos, venció la hidalguía del castellano.

—Sed también vos bien venido, señor de Ceballos, dijo con sencillez, alargándole la mano...

El viejo se la estrechó con triste majestad.

—Y tú, Martín de Torres, querido amigo mío, continuó don Diego, felices son mis ojos porque te vuelven a ver...

... ...

Aquella noche la desmantelada sala del encomendero, resonó con los ecos de belicosas esperanzas... Alrededor de la tosca mesa de la cena, se brindó y se juró por el rey y por la cruz.

El gobernador y don Pedro de Ceballos se retiraron temprano a descansar. Los dos jóvenes permanecieron solos al lado del brasero, acompañados por un par de botellas de vino generoso de ultra-Maule.

—¿Y Beatriz? preguntó don Diego, dando así forma a un pensamiento que toda la tarde le había taladrado el alma.

—¿Para qué recordar el amor y el pasado, cuando tenemos por delante el porvenir y la guerra, fué la respuesta de don Martín.

—¿Pero nada sabes de ella?

—Nada...

—¿Es feliz?...

—Te digo que nada sé.

—¿Acaso tú?... exclamó don Diego, sintiendo atravesar por su alma una horrible sospecha, que no se atrevía a formular.

—No, amigo, no es eso que tú piensas... Abandoné el Perú muy pocos días después que tú... Mi vida ha transcurrido luchando por el rey en el Gran Chaco del Oriente... No he vuelto a saber nada de Beatriz.

Don Diego respiró...

—Esa es la verdadera vida, prosiguió su amigo... ¿A qué entristecernos con la vana sombra de los tiempos que fueron? Vamos a luchar por Dios y el rey... El honor y la fama nos esperan...

Don Diego permanecía en silencio.

—¿Acaso tú, el león invicto de las fronteras de Arauco, vacilarás ahora? continuó don Martín... Bajo las banderas de España está el camino del deber y del honor.

Una honda tristeza mezclada de angustia contraía las bellas y enérgicas facciones de don Diego. Allá afuera, en los alrededores de la casa, resonaban los alegres rumores del campamento... Todo parecía tocar llamada en el corazón del misterioso encomendero... Poco a poco, su rostro comenzó a iluminarse...

—Iré, dijo por fin... a la muerte... a doquiera vosotros vayais... No se dirá que un Aguilar ha renegado de su sangre... aunque el infierno mismo lo haya dispuesto de otra suerte.

Y como agobiado bajo el peso de una fatalidad ignorada, se dejó caer casi desfallecido en un sillón.

V

Terrible fué ese año la campaña. Los tercios del rey no tuvieron que luchar tan solo contra los hombres y los elementos, sino con el horrible terror de lo desconocido, contra la sorpresa inesperada y la pérfida astucia.

Los bárbaros no presentaban batalla. Delante de las tropas de España, sólo se abría la selva húmeda y obscura, morada del misterio. Sólo de cuando en cuando se divisaba allá a lo lejos, en la cima de una loma y destacándose entre el cielo lívido de la tarde, la negra silueta de un jinete indígena... Después venía la emboscada oculta y la muerte sin gloria...

Así pasaba como un fantasma esa legión de hombres vestidos de hierro, haciendo crugir bajo el casco de sus caballos, el seco ramaje que tapiza las eternas selvas de Arauco. La tierra enemiga vencía sin luchar.

Don Alonso de Rivera quiso reconocer el camino que conducía al sitio donde en otro tiempo fué la Imperial. Cincuenta hombres escogidos al mando de don Pedro de Ceballos, quedaron encargados de la aventurada exploración. Don Diego de Aguilar y don Martín de Torres fueron sus tenientes.

La pequeña columna atravesó la temida ciénaga de Purén y se internó en los montuosos campos que riega el Cholchol. Allí el mismo espectáculo: chozas quemadas, sembrados de maíz reducidos a cenizas y ni un solo hombre con quien combatir...

silencio más aterrador que el estruendo de cien batallas.

Una noche acamparon junto a un espeso bosque de canelos de follaje lívido...

Muy cerca ya del alba, mientras los expedicionarios dormían, descansando de sus fatigas, una turba innumerable de hombres de piel cobriza, semi-desnudos, respirando odio y venganza, lograron arrastrarse ocultos por entre los matorrales y cayeron de improviso sobre los españoles.

Aquéllo fué como en Curalava... Muy pocos alcanzaron a montar a caballo... La mayor parte perecieron antes de despertar siquiera, bajo la lanza de los bárbaros.

Don Diego de Aguilar, don Martín de Torres y hasta una media docena más de hombres resueltos lograron abrirse paso por entre la turba enemiga, confundida también por las tinieblas de la noche.

Sólo de la rapidez de sus corceles podían esperar la salvación.

Don Diego, embargado por el pesar y la cólera, apenas se decidía a abandonar ese campo siniestro, donde yacían cadáveres tantos de sus valerosos compañeros... Penetraba ya bajo el obscuro follaje de los canelos, cuando sintió a su diestra un lastimero quejido... Un hombre herido, agonizante acaso, imploraba su auxilio...

El encomendero detuvo su caballo y escuchó.



Alzando al herido con sus brazos de acero, le colocó sobre su montura



Cerca de mí una mujer de hermosura divina me mirada sonriendo

—Si eres cristiano, decía una voz que hizo vibrar todas las fibras de su pecho, te ruego que me des la muerte... No quiero ser trofeo de esos bárbaros, conducidos por el demonio. Sin pronunciar una palabra don Diego se desmontó, y echando al herido con sus brazos de acero, le colocó sobre su montura... Tomó en seguida el caballo de la brida, y emprendió lentamente la marcha al traves de la selva sombría.

VI

Uno tras otros fueron llegando al campamento del gobernador los pocos sobrevivientes del desastre.

Cinco días más tarde, los soldados que montaban la guardia, vieron venir hacia ellos un hombre armado que llevaba de la brida su caballo, sobre el cual se sostenía penosamente, un jinete ya anciano y cu-

bierto de sangre. Eran don Diego de Aguilar y don Pedro de Ceballos.

Las heridas del anciano caballero eran crueles pero no mortales. Al llegar a su tienda de campaña, acostado ya en su lecho, sus primeras palabras fueron para hacer llamar a su libertador...

—Don Diego, le dijo, habeis expuesto la vida por salvar la mía... Perdonadme en nombre de Cristo crucificado el mal que os he hecho... Ahora Beatriz es vuestra.

Una palidez mortal cubrió el rostro del encomendero... Y sollozando se arrojó a los pies del anciano...

—Yo soy, señor, balbuceó, quien debe demandar perdón a los hombres y a Dios... Don Pedro de Ceballos, escuchad mi confesión...

Y entonces el atónito anciano hubo de oir lo que hasta entonces no había llegado a los oídos de ningún mortal.

Supo que en una tarde tempestuosa, triste y abandonado de los hombres y de la esperanza, don Diego de Aguilar había penetrado en cierto bosque maldito, más allá del vado de Tholguaca... Iba en seguimiento de un león, acompañado de sus mastines.

—No quise escuchar, decía el infeliz entre sollozos, la voz del viejo guerrero cristiano que me mandaba detenerme en los umbrales de esa morada del demonio. Bajo la espesura, mis perros dando espantosos alaridos, corrían detrás de la salvaje bestia de Arauco... Llegó la noche y no sabía cómo encontrar mi camino... De pronto llegó a mis oídos el murmullo de las aguas del Laja... Me creí salvado, y, rendido de fatiga, me eché a dormir bajo la sombra de un canelo gigantesco...

Desperté a los primeros resplandores del alba...A la tormenta había sucedido la aurora más bella y serena que jamás hubiera yo contemplado... Cerca de mí, una mujer de hermosura divina, me miraba sonriendo... ¡Ah, señor!... Era ella... Era Beatriz... como yo la hubiera soñado entre los ángeles del cielo... Sus mismos ojos tiernos de mirar dulcísimo, sus negros cabellos, en que lucían como perlas, las gotas del rocío de la mañana, su voz celestial, con cuyos acentos soñé durante largos años de ausencia y de dolor.

Y a ella, señor, a la virgen cristiana, a Beatriz, a vuestra hija, amé yo... en esa sombra del infierno... Un juramento terrible me liga a ese fantasma... evocado por el demonio... Ella me ofreció la paz en la tierra, y la dicha que no esperaba ya... Bien lo veis, señor, no soy sino un réprobo... un pacto nefando me liga con las potencias infernales que reinan en esta tierra maldita.

El anciano escuchaba a don Diego, presa de mudo terror.

—Hijo querido, le dijo por fin... Infinita es la misericordia de Dios... Jamás rechaza nuestro padre celestial a quien le invoca con el corazón contrito... Estais arrepentido, y el demonio ya no tiene sobre vos poder alguno... Id y sed feliz, que harto lo habeis merecido... Beatriz os espera... El cielo quiso que no fuese de otro... don Ignacio de Ceballos, su prometido esposo, murió antes de arribar a América...

Don Diego, venciendo la terrible turbación que combatía en su alma, con la felicidad de ese instante solemne, se arrodilló de nuevo a los pies del padre de Beatriz.

El anciano tomó entonces un anillo que llevaba en la mano y lo puso en uno de los dedos de don Diego...

—Id y sed feliz, le repitió... Este anillo fué la primera prenda de amor que recibí de su madre, de un ángel que ahora está en el cielo y velará por vos... Aguardadme juntos en mi viejo hogar... Allí espero expirar en paz rodeado de vosotros, cuando Dios sea servido de llamarme a sí.

... ...

Era también una tarde tempestuosa y lóbrega... Como dos años antes silbaba el viento del norte, doblando las elevadas cimas de los robles de Arauco.

Don Diego de Aguilar galopaba hacia el vado de Tholguaca. De pronto el corazón le dió un vuelco... A su izquierda se alzaba un bosque de canelos de lívido follaje...

Cierta fascinación incomprensible parecía arrastrarle a ese lugar maldito... Medio loco, sin ser dueño de sí mismo ni de su caballo, se internó entonces bajo la selva sombría...

Nunca se volvió a saber de él...

El viejo Peredo repitió hasta su muerte, que el demonio había sabido recobrar su presa.

Sólo la pobre Beatriz, oró hasta su último momento por el alma del que la amó en la triste celda de un convento de Lima.

MIGUEL DE FUENZALIDA.

KARL ZEISS

Modestos comienzos de una poderosa industria. —Los grandes telescopios.—Máquinas lilliputienses.—Un año en pulir una lente.—La fundación Karl Zeiss y los estatutos del doctor Abbe.—La firma Karl Zeiss se pertenece a sí misma.—Sabio, filósofo filantrópico.

Ilustraciones fotográficas

En 1846 se instalaba en Jena un mecánico joven y pobre a quien se le concedió por su habilidad el trabajo de reparaciones menudas en los instrumentos de física de la universidad, oficio poco lucrativo al parecer puesto que en 1848, año de la revolución, se le ve trabajando en transformar en fusiles de aguja los fusiles de chispa de los guardia nacionales de Sajonia-Weimar.

Vuelta la tranquilidad, el mecánico se dedicó de nuevo a sus aparatos de la universidad y fundó además un reducido taller destinado a la fabricación de instrumentos de óptica. Tal fué el punto de partida de Carlos Zeiss.

Una fábrica que abarca un barrio entero, que ocupa más de dos mil operarios entre hombres y mujeres, trescientos ochenta empleados o especialistas, y por sobre todo esto, cuarenta profesionales entre doctores, matemáticos, astrónomos, físicos, ingenieros; instrumentos y productos que se llevan la palma en el mundo entero, con una demanda tan crecida, que hasta en esta época de crisis industrial, la casa se ve obligada a ocupar su personal en horas extraordinarias. Tal es el punto de llegada.

Nada más instructivo que visitar el establecimiento "Karl Zeiss", recorrer su historia y estudiar su asombrosa organización.

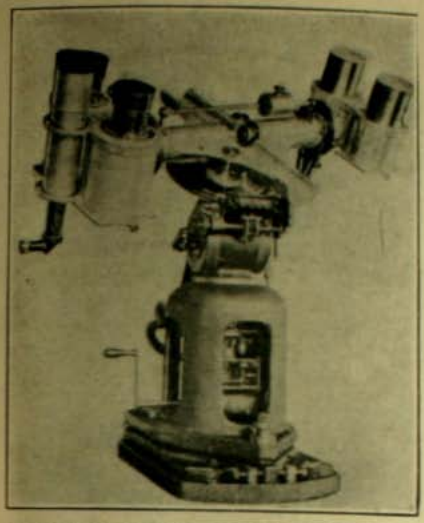
Entramos en él; en ninguna parte se puede ser mejor recibido. Decir lo que allí se fabrica es tan superfluo como contar lo que se forja donde Krupp. Aun cuando los telescopios, los catalegos, los teolitos y los microscopio de Zeiss no han amenazado nunca la vida de nadie.

Contrúyense aquí instrumentos que aumentan un millón de veces el tamaño superficial de los microbios (ciertos microscopios aumentan hasta 1600 diametros, es decir, cerca más de dos millones y medio de veces) y se construyen también lentes astronómicas que acercan la luna a cien kilómetros de la tierra.

La sala de montaje de estos telescópios es un observatorio completo e independiente, cuyo techo de láminas de fierro puede arrollarse sobre rodillos. En ella han sido armados y ensayados los más perfectos aparatos de óptica que se conocen. La casa toma a su cargo no solamente la fabricación de instrumentos de observación astronómica, sino también la instalación completa de las cúpulas que los abrigan.

Entran en la fabricación de los accesorios de los instrumentos de óptica toda clase de metales y aleaciones: latón, cobre, bronce, estaño, cinc, plomo, aluminio. Todo se hace dentro de la fábrica. Desde el dintel de la fundición, uno se asombra de las disposiciones adoptadas para quitarle este trabajo lo que pueda tener de insalubre, principalmente con ayuda de cuvetas movibles ingeniosamente articuladas.

Las piezas recién salidas del molde son desbastadas con la sierra y luego pulidas en el torno a esmeril. Noto una vez en estos talleres el reemplazo de la lima por el molejón.



Instrumento destinado especialmente a la astrofotografía

Después se entra en un cañón de talleres en que funcionan centenares de centenares de pequeñas máquinas manuales, que comparadas con las de Haniel o Krupp, son enanos al lado de jigantes.

Un cuerpo de edificio está enteramente consagrado a la fabricación de estuches y cajas para instrumentos. La recogida de las limaduras se hace por aspiración con éxito absoluto.

Pasamos al taller de grabado, luego al de engranaje y en seguida al de calibramiento de las piezas metálicas. Aquí se hallan los útiles de mayor presición que existen: gradúan un centésimo de milímitro! Cada uno de estos instrumentos es una obra maestra de mecánica.

Aquí se halla una máquina que traza el hilo de un tornillo sobre filamentos de acero del grosor de un alfiler de peinado; otra talla engranajes de algunos milímetros de diámetro siguiedo un corte epicéntrico que con el lente se reconoce matemátiticamente exacto. Más allá, unos ocho taladros giratorios de aplicación múltiple: toman un cilindro de latón, lo cortan en rodelas y de cada uno frabrican un ocular de anteojo completo, comprendido el atornillado. La operación dura treinta segundos, y vale la pena ver ejecutarla.

¿De dónde vienen esas maquinarias? Algunas de Norte-América, la mayor parte de las fábricas berlinesas y cierto número de los propios talleres de Zeiss. Los alemanes no hacen más que pacotilla.

Me abren una puerta cuidadosamente cerrada. En unos estantes se ven alineados infinidad de objetos, cada uno con su etiqueta, su letrero y su número hay veinticinco mil. Este museo es la colección de los modelos de la casa. Si un incendio devorara este rincon de la fábrica, destruiría la labor de medio siglo de las mejores inteligencias de la región.

Hasta hace un momento hemos estado entre los metales. Henos ahora en el verdadero elemento de la casa: el vidrio. Todos los entendidos en la industria han oído hablar del cristal de Jena; saben, por ejemplo, que un tubo de nivel de agua para caldera, encargado a Jena, importa un 20 por ciento más que el vidrio corriente.

Para explicar lo que es el crital de Jena, se impone antes una breve historia de la fábrica de Carlos Zeiss. Precisa saber que en 1866, Zeiss, que no tenía nada de erudito, asoció a un profesor de la universidad de Jena, el doctor Abbe, encontrándose con que había dado con un hombre de genio. Abbe



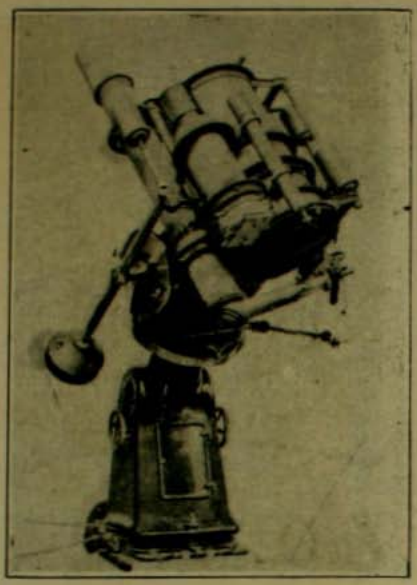
El monte Cervin visto desde la Riffelalps (Suiza)

completó, o más bien dicho revolucionó las teorías de óptica conocidas e hizo de sus cálculos el punto de partida para un nuevo sistema de fabricación del microscopio Zeiss tuvo el raro mérito de dejar en libertad de obrar a su colaborador, aunque no comprendía la transcendencia de sus trabajos.

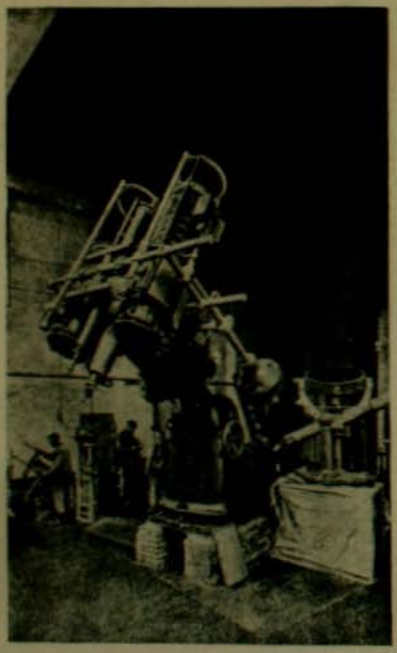
A lo largo de las investigaciones y de la experimentación de sus conclusiones, Abbe, se veía constantemente estorbado por la imperfección del vidrio que el comercio le proporcionaba.

Así como Leverrier fijaba la situación y las dimensiones de un planeta sin haberlo visto. Abbe construía microscopios hipotéticos a los que no faltaba sino la materia prima para verlos fabricados, y pedía en vano a los fabricantes del mundo entero cristales que llenaran los requisitos que él pedía.

Por fin un día encontró en la persona de Otto Schott de Wetten, doctor de la universidad de Leipzig, el hombre que aceptara intentar esa fabricación. Esto ocurría el año de 1881. La vidriería entró a funcionar



Montaje paralláctico con dispositivo Meyer



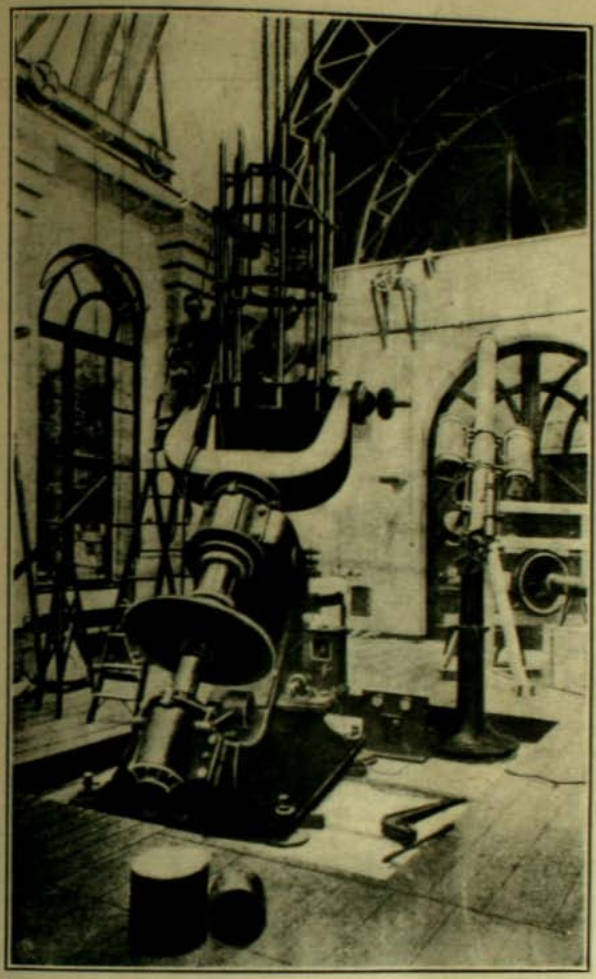
El taller de instrumentos astronómicos en la fábrica Zeiss

en 1884, y fabricó, desde sus comienzos, una variedad de cristales a base de borax, de ácido fosfórico, de conductibilidad, de refracción de dureza, etc. variaban hasta el infinito. Puede compararceles a las nuevas aleaciones de acero y metales raros que han cambiado de algunos años a esta parte las condiciones de la mecánica.

El cristal de Jena no es, por lo demás, un vidrio especial uniforme: es una colección de muchos centenares de variedades de vidrio, cuyo secreto no ha salvado los muros de la vidriería Schot y de la fábrica Zeiss los cuales son, por lo demás, dos negocios asociados pero diversos.

Se apreciará hasta qué punto de perfección alcanza en esta fábrica el trabajo de laminación, toda una serie de instrumentos medida basadas en fenómenos luminosos: de ahí una sección más en la fábrica, la de los aparatos de mensura infinitesimal.

El trabajo de ajustamiento y pulimiento de los vidrios de óptica exige mucho más de la mano del obrero que de los aparatos mecánicos. Las lentes más grandes alcanzan a un metro de diametro (lo que ocupa un año en pulirlas) y las mas chicas un milímetro y 3 de décimos. Se ha calculado que un kilo de estas últimas costaría por



Taller de montaje de los instrumentos astronómicos (Vista interior)

lo menos doce millones de pesos, pero los que las hacen, sus hijos, sus nietos y biznietos habrían muerto antes de enterar el kilógramo, pues éste contendría más de 300,000!

Después de los talleres, las oficinas: en la sala de dibujo hay sesenta dibujantes ocupados todo el año. Lo mismo que en la fábrica de Krause, trabajan de pie ante unos chivalletes, y esta constalación demuestra que es el procedimiento mejor, ya que nada se hace en la fábrica Zeiss sin haber pesado el pro y el contra. Tal fué según parecer unánime la característica de la inteligencia del doctor Abbe y la tradición que ha transmitido a sus sucesores.

Cuando después de la vista se piensa en este prodigioso acopio de ciencia, de experiencia, de modelos, de material de destreza, de secretos de fabricación, se comprende que no haya en el mundo sino una sola fábrica Zeiss.

Pero no se ha llegado aún al límite de lo asombroso. Si preguntamos a quién pertenecen todo esto, ¿al señor Zeiss? murió en 1888; ¿a sus herederos? se les ha desinteresado; ¿al doctor Abbe? tampoco: ¿es propiedad de accionistas, de comanditarios? nada de eso. La sociedad, y mejor dicho, la fundación Karl Zeiss se pertenece a sí misma. La religión que aquí se profesa es una especie de pateismo industrial que tiene por decálogo los estatutos redactados e impuesto por el único hombre que podía hacerlo, el doctor Abbe.

Trataré de explicar en algunas palabras esta situación extraordinaria, por más que me parezca casi tan difícil como exponer el Corán o la Mónita de Loyola en una página y media. A cada línea encontraréis obscuridades u obgeciones que hacer. Podéis creer que Abbe responde de eso y que su genio complicado pero lógico lo ha previsto todo.

A la muerte de Carls Zeiss, su hijo permaneció apenas un año con el doctor Abbe, quién le dió su parte y quedó como único

dueño de todo el negocio, exceptuando parcialmente la vidriería. Pero él mismo no tardó en ceder la colosal propiedad a la empresa misma, sin hacer intervenir en esta donación ni la palabra ni la cosa que se designa legalmente con el nombre de capital. Bautizó el objeto cedido con el nombre de **Fundación Karl Zeiss** y enumeró a los que tendrían derecho obligatorio. Estos son la comuna de Jena, la universidad, los colaboradores y los obreros de la casa, sin nombrar a nadie especialmente. Es en cierto modo una asociación de producción cuyos estatutos fijan estrictamente el fin perseguido: en primer lugar, que la ciencia y la industria estén íntimamente ligadas en la fabricación, y desde el punto de vista comercial, que se atienda casa Karl Zeiss esta condenada por su fundador a ensancharse indefinidamente en tanto que obtenga utilidades.

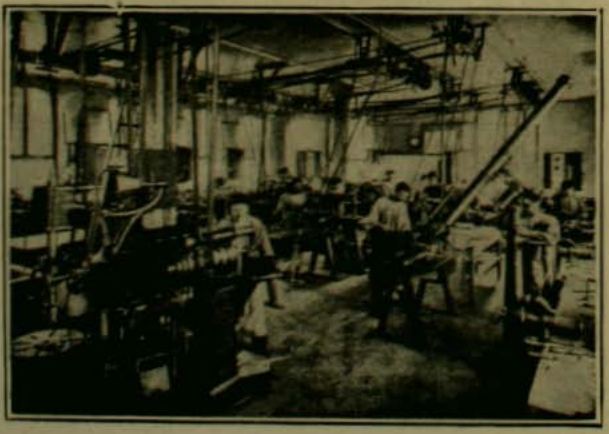


Taller de Carlos Zeiss para el montaje de instrumentos astronómicos

Al lado de estos poseedores, o depositarios, de la fundación Karl Zeiss, Abbe ha querido que ciertas personalidades determinadas estén encargadas de la explotación, pues es de notar que los giros de la fundación no están regidos, por los depositarios, sino por los estatutos. Los administradores de la fundición no deben vigilar sino una cosa, la observación de los estatutos. Los directores de la empresa pueden ser de dos o cuatro.

Todo el personal menos los directores reciben una participación en los beneficios con el nombre de suplemento al sueldo o al salario. Su monto depende de los beneficios realizados, cuyo porcentaje está rigurosamente previsto y especificado. La exclusión de los directores de esa participación, es una de las cláusulas más extraordinarias de los estatutos del doctor Abbe. El motivo es éste: la dirección establece el presupuesto y los balance; podría por lo mismo tener influencia sobre ellos y hacer aumentar las ganancias, de las cuales ella se aprovecharía en perjuicio de los salarios y de las necesidades de la empresa. Era preciso que no tuviera esta tentación. Como compensación, Abbe ha destinado primas importantes a todo empleado de la casa que con su actividad o especial ingenio le procure un beneficio.

Desde el punto de vista netamente obrero, la fundación Karl Zeiss ha dado motivo



Taller astronómico



Observatorio de Carlos Zeiss en Jena

a discusiones apasionadas, por haber fijado espontáneamente en 8 horas la jornada de trabajo.

Esta determinación ha sido consecuencia de un experimento concluyente realizado por Abbe en sus propios talleres, y naturalmente inaplicable a otros, ya que es muy diferente la fatiga que procura el trabajo de calibrar piezas por centésimos de milímetros a la que proporciona, por ejemplo, el de empujar una vagoneta al través de un aserradero.

Aunque no sea mas que en esto, se comprobó que la suma de trabajo ejecutado en ocho horas, en un total de muchos centenares de obreros mecánicos, durante un año, era superior a la ejecutada en nueve horas, tiempo que duraba anteriormente la jornada.

El doctor Abbe ha llevado aún más lejos sus experimentos, y con un rigor científico irrefutable ha buscado y circunscrito entre estrechos límites el máximum de rendimiento del obrero en funciones en tal y cuál trabajo, con tal o cuál alimentación, en tales condiciones higiénicas, y sobre este último punto ha llegado a esta memorable conclusión: que un taller espacioso, bién abrigado en invierno, con buena ventilación, sin polvo en su ambiente, es tan provechoso a la caja del patrón como a la salud del obrero.

Apesar de esta situación, que confina con el ideal acariciado por el socialismo, faltó poco para que los obreros se declararan en huelga en 1904, fundándose en que el dividendo de 1903 había sido menor que los anteriores. La psicología de las multitudes es ciega e irracional, y uno de los teoremas más delicados que se impulsó a Abbe al final de su carrera, fué el de demostra a sus beneficiados que una participación en las ganancias no es lo mismo que un salario invariable.

Si el doctor Abbe hubiera esperado su hora suprema para negar en forma de testamento la fundación Karl Zeiss y sus estatutos, es de creer que las dificultades hubieran sobrepasado a los medios de realización; pero desde el año 1900 él presidía en persona la realización de sus concepciones, haciendo de propio, ejecutor testamentario, y la obra ha triunfado tan magnificamente, que el número de los obreros, que era de un mil en 1900, es hoy más del doble, ha sido necesario también estender otro tanto los locales y nunca los pedidos habían llegado a las cifras actuales.

El doctor Abbe murió a principio de 1905 a los sesenta y cinco años de edad. Sabio de primera fila, audaz hombre de acción, filósofo y psicólogo carovidente, filántropo, innovador y generoso, es considerado como una de las personalidades más eminentes de la Alemania moderna.

Sus experimentos sobre el trabajo humano, sus conferencias, sus resoluciones, los estatutos de su (Fundación): en una palabra, la demostración de las ideas de toda su vida, si alguna véz son publicadas en conjunto, serán uno de los más preciosos monumentos de la sociología.





El director y el cuerpo de profesores

CIEGOS Y SORDO-MUDOS

"No necesitamos pan ni consuelo; necesitamos ciencia!" ha dicho un ciego ilustre, el doctor Augusto Romagnali, profesor de la Universidad de Bolonia.

Es este un bello gesto de orgullo, un gesto que tiene quizás más de desesperación que de convicción tranquila. Pero, no obstante, la humanidad, colocada frente a un ciego, seguirá diciendo ¡Pobrecito!

Con los privados de la luz y del espectáculo de la Naturaleza, seguirá sintiendo la muy humana compasión que se experimenta ante una desgracia enorme e irreparable.

No ver! ser como un niño toda la vida; estar expuesto a todos los peligros, a todos los engaños; no gozar jamás con la maravilla de los colores, de los cielos, de la luz, de los panoramas, de la belleza humana!

Y por esto es que en un ciego se desarrolla una portentosa vida interior. Los sentimientos se afinan y el alma percibe las más delicadas sensaciones. El oído agudizado hasta lo increíble, percibe las más finas tonalidades de la voz, los más imperceptibles cambios de acento; el tacto se extrema en sencibilidad y mata los más ligeros indicios, diríase que ve las cosas en su exterior; que penetra en su constitución a la sola aplicación de los dedos; el olfato se hace más fino y percibe el olor más débil. Y todas estas agudezas de los sentidos fortifican la vida reconcentrada que se desarrolla en el alma de los ciegos.

¿Son felices por no ver? ¿Son degraciados? ¡Quién lo sabe! No han visto nunca, ¿qué saben de las bellezas que les han sido negadas? ¿Qué saben de lo que han perdido? ¿Qué saben de su desgracia si no saben apreciarla?

Y para los que ven ¡cuántas veces más les valdría ser ciegos!

Quizás tenga razón el doctor Romagnali. Pero siempre tendremos una frase de compasión para cada ciego con quien nos encontremos.

Hemos visitado la Escuela de Ciegos que

funciona unida al Instituto de Sordo-Mudos en una calle atravesada del barrio de Lira.

No obstante nuestras reflexiones, al salir de ella sentimos que una gran congoja nos subía lágrimas a los ojos. Y como todos, decíamos una vez más: ¡Pobrecitos!

Los hemos visto felices en la inconsciencia de su desgracia; los hemos visto lejos del mundo, llevados por la rica vida interior de sus imaginaciones hacia fantasías arrulladoras; los hemos visto trémulos siguiendo las notas sollozantes de sus violines, y hemos pensado que es necesario que tengan en su eterna obscuridad las compensaciones de grandes goces secretos para que puedan seguir viviendo y no mueran de desesperación.

Era casi medio día. Entramos al amplio patio principal; por los corredores se agrupaban algunos ciegos buscando el calor de un amarillo sol de invierno. Se hablaban calladamente, con lentitud. Después se hacían largos silencios. Las cabezas bajas, las manos extendidas, los dedos, como tentáculos, buscaban, se agitaban, tocaban, veían.

La amabilidad del sub-director del establecimiento nos conducía por todo el local; una vieja casa que no hace mucho fué asilo y que el Gobierno arrienda al Arzobispado. Las muchas reparaciones que se le han hecho no le quitan aún su vetustez. Las señales que delatan ruinas adonosadas, están manifiestas.

Y vamos andando. En el primer patio, las oficinas de la dirección, las salas de clases y de dibujo. En los altos los dormitorios. En el segundo patio, el comedor pobrísimo. En los dos patios interiores, los talleres y dependencias. Talleres de tipografía, de carpintería y de zapatería para los sordo-mudos.

—¿Cuántos son? preguntamos.

—Ciegos, 18; sordo-mudos, 36.

—Y ¿a cuánto asciende el presupuesto del establecimiento?

—A cerca de $ 60.000, de los cuales 10 mil pesos se invierten en arriendo del local. Es muy poco dinero, casi nada se puede hacer con él. Se carece de material de enseñanza, de buena biblioteca, de muchos elementos necesarios.

Luego nos sigue hablando de varias co-



Clase de lenguaje de Sordo-mudos



Clase de escritura de ciegos

sas diversas, mientras avanzamos en una rápida visita. Los alumnos observan buena conducta. Los ciegos ocupan un cuerpo del edificio, los sordo-mudos otro. Todos son tranquilos, no se pelean. Los hay de todos puntos del país y llegan al establecimiento en una ignorancia absoluta. Los profesores necesitan una paciencia extraordinaria para enseñarlos. Hay algunos que demuestran rara inteligencia: los ciegos para la música; los sordo-mudos para el dibujo y los trabajos manuales. En unos y en otros los hay de diversas edades: desde 10 a 24 años. Pero todos son igualmente niños.

Nos acercamos a un grupo de ciegos que leen. Es un libro grande en el cual no hay un sólo rasgo de tinta. untos en relieve forman las letras. Las cuencas vacías o los ojos apagados se dirigen hacia arriba; pero los dedos hábiles y nerviosos ruedan sobre la cartulina de las páginas; siguen inquietos; las dos manos se posan en la hoja blanca, se juntan, avanzan, retroceden, palpan las desigualdades de la superficie, interrogan ávidos el pensamiento escrito y siguen hacia adelante con rapidez, de una línea a otra, de una página a la siguiente. Los labios se agitan en silencio: es que leen.

Uno dice al vecino:

—**Mira** lo que dice aquí. Y alargando mano, coge la del compañero y la posa en la línea que con la otra ha continuado marcando.

Ante esa escena casi muda, profundamente dolorosa, sentimos una angustia enorme, una pena amarga que nos invade con malestar de fatiga.

El sub-director, que nos acompaña, nos dice:

—Haré que le toquen una pieza.

Reune a cinco o seis en un grupo: violines, guitarras, mandolinos.

Y tocan. Tocan una marcha. Los ejecutantes inclinan la cabeza, inclinan el oído a las voces de las cuerdas; fríos o sangrientos, los ojos se dirigen a un punto indeterminado y lejano.

La música es viva, alegre; pero oída allí, frente a ese grupo de ciegos, toma un no sé qué de amargo, de lloroso, como si las notas fueran quejas, como si las cuerdas gimieran. Tocan balanceando los cuerpos,



Grupo de Sordo-mudos

acercando más aún el oído a la caja del instrumento. Toda el alma de los ejecutantes está puesta en la mano que rasguea las cuerdas o en el arco que se desliza sobre ellas.

Cuando terminan, alargan hacia nosotros sus cabezas esperando oír una palabra, un rumor. Decimos un elogio y damos las gracias. Sonríen; están satisfechos de haber agradado.

Seguimos; quedan ellos comentando la incidencia de la visita de un extraño.

Los sordo-mudos están en otro patio o en los talleres. Unos pocos juegan. Sus juegos no tienen el bullicio que en las demás escuelas. Uno que otro chillido desagradable, muchos gestos, las manos agitadas rápidamente hablan con un abecedario escrito por los dedos que conbinan figuras.

A modo de observación, el sub-director nos dice:

—La moyoría de e tos, son hijos de padres que tienen entre sí grados cercanos de parentezco. Muchos de estos niños son hermanos.

En el taller de tipografía trabajan unos ocho o diez. Componen o sacan pruebas. A uno de ellos, moreno, de cara fina, pelo crespo, que está frente a un chivalete, se le acerca el sub-director y le pregunta marcando exageradamente las sílabas con el movimiento de los labios:

—¿Cómo te llamas?

Y el niño responde haciendo un gran esfuerzo:

Gus-tav-o-Morr-a-ga-Fon-sal-f-da.

—¿Como se llama esto?

—Com-pon-e-dor.

Luego nuestro acompañante nos explica la forma en que se les enseña a pronunciar las palabras. Primero se les muestra el objeto; se les pronuncia el nombre con movimientos exagerados de labios, obligando al alumno a que corresponde, necesariamente, un sonido. No lo oyen, pero aprenden a imitirlo mecánicamente.

Del Instituto salen buenos tipógrafos, carpinteros, dibujantes, que después ganan holgadamente su vida.

Los ciegos tienen un campo de acción más reducido.

Casi únicamente el de la música .Después de salir de la escuela, tocan en los restaurants de 3.o ó 4.o orden y en las fiestas populares.

Duramente, podría decirse dolorosamente,



Estudiantina de ciegos

ganan su vida. Por ellos podría repetirse lo que dijo Rubén Darío:

"La vida es dura, amarga y pesa..."

Y pensar que son tantos!

En este establecimiento no hay ni la milésima parte de los que son, de los que van por ahí en un extremo y otro del país, recelosos y amedrentados, temiéndolo todo, exponiéndose a todo. Son muchos los que no han visto ni verán jamás.

Salimos del viejo caserón, doloridos con tanta desgracia, profundamente tristes con la tristeza que se adivina en esas vidas de caracol escondidas dentro de un cuerpo defectuoso, y, maquinalmente, la pena que nos invadía nos llevó a decir, no obstante la protesta orgullosa de Romaguali:

¡Pobrecitos!

X

TRANSACCION DE UN DESESPERADO

Cuenta Edward de Concout en uno de los volúmenes de su mejor obra literaria, el "Diario", lo siguente:

"En el día he pasado registrando grabados en la tienda de un comerciante de cosas viejas y exquisitas.

Entra un joven de aire inocente que coloca sobre el mesón un paquete de grabados y pregunta cuanto le ofrecen por ellos. Yo, la cabeza inclinada, la nariz en una cartera con imágenes y pepeles, apercibo con el rabo del ojo seis estampas en color, seis Yaninet avant la letre. (Los coleccionistas aprecian, como es natural, mucho más el grabado antes de la impresión de la lectura, porque se trata generalmente de la prueba única tirada por el grabador, mismo con cuidados especiales en su prensa de mano. N. del T.) Eran seis estampas frescas como si salieran de la imprenta. Entre otras divisaba La Comparaison, de Lawreince por lo cual hace muy poco ofrecían 1,500 francos. Estas seis láminas valían por lo menos, para dejar grandes utilidades a un comerciante, 2.000 a 2.500 francos.

Hubo cierto silencio. El comerciante palpaba las imágenes, media las necesidades del pobre mozo y, después de toda suerte de batallas interiores, y con esa voz balbuciente que encubre la canallería en un negocio, ocultando bajo la máscara de la inbecilidad la perturbación de su mirada, el comerciante dijo: "Puedo dar hasta 120 francos!"

Yo me contenía para no gritar al joven:

—Sér ignorante y sencillo, recoge tus grabados y anda a pedir mil doscientos en la tenducha del frente o en la del lado y te los darán creyendo haberte robado!

—Me parece demasiado barato, dijo el joven ruborizándose.—¿No se podría conseguir ciento cincuenta francos que necesito mucho?

El comerciante agitó rotundamente la cabeza. Parecía aún arrepentido de haber ofrecido ciento veinte. El mozo los recogió nerviosamente y salió.

No he visto nunca un degüello cometido con mayor apariencias de negocio claro y de conveniencias mutuas.

¡El comercio! Que alto pensamiento tuvo la sociedad antigua al pretender prohibírselo a la nobleza!"

X.

UNA MASCARA

Por

PAUL ARENE

Una máscara original sin nada de canallesco pintoresca sin dejar de ser sencilla, he ahí cosa rara de encontrar, y me felicito de haber tenido la suerte inaudita de descubrir semejante pájaro azul entre las vulgares curiosidades parisienses.

Mi pájaro azul era blanco.—sí he de comprobarlo.—blanco de la cabeza a los pies y desde los borceguíes hasta la toca, con traje de una tela parecida a la que usan los pinches de cocina.

Una botella vacía bajo el brazo ¿por qué esta botella vacía? con mascarilla de cartón cuyos grandes ojos redondo como una bola de billar y la nariz alargada melancolicamente sobre un espeso mostacho de crespa como a lo Bergamasco, que le daban un aspecto al mismo tiempo tímido y formidable; el marmitón se paseaba solitario y silencioso en medio del bullicio.

Acabábamos un amigo y yo de tomar asiento en la terraza de un café en donde las sillas en doble hilera, protegidas por reja provisoria, formaban una península que interceptaba la ancha acera, obligando a la muchedumbre a describir una curva suave, como un río al encuentro de una roca. La corriente humana dejaba un ángulo vacío detras de la reja y el marmitón, encontrándose el abrigo propicio, se colocó allí, muy erguido: su botella vacía bajo el brazo, los ojos saltados, inmóvil y fijo.

Perfectamente ageno a los raros rumores que lo redeaban, esperaba el desarrollo de los acontecimientos.

Y los acontecimientos no tardaron demasiado en venir.

La curiosa máscara comenzaba a llamar la atención. Gentes disfrazadas o simples transeuntes, se volvían al pasar para contemplar su extraña figura de inquietante imposibilidad. No tardaron en detenerse algunos y en formar círculo hasta que, ante la invasión de la acera, la muchedumbre tumultuosa y alegre, debió refluir a la calle.

No demoraron en aparecer los chuscos: ¿se divierte el buen mozo?... Te has bebido ya el punzante de la botella?....

¡Acaba de perder su suegra y lleva luto de blanco... Está muerto!... ¡Si es un hombre de cara!... ¡Alguién lo ha puesto cerca de la luz para que se derrita!

De pronto, un gran silencio.

El marmitón—estatua blanca—se había movido! lentamente, dulcemente, levantó la cabeza hacia la franja de cielo, azul y puntillada de oro, brillante como dosel satinado entre los techos paralelos de las casas del boulevard, y la vista en lo alto, contemplaba una estrella.

En seguida, sin que se supiera de donde provenía, estalló un canto de risueñor, vibrante, estridente y melancólico, como si, engañado por el buen tiempo que se adelantaba, algún ruiseñor verdadero hubiese venido a posarse sobre los castaños de la avenida, a cantar sus endechas bajo los reflejos verdes azules de las hojas levemente iluminadas por los mecheros de gas.

Era el marmitón—se adivinaba en el imperceptible temblor de sus bigotes—era el marmitón que, con la inspiración de una ingeniosa fantasía, y desesperado poder traducir sus pensamientos en frases humanas, había tomado el partido de adoptar el lenguaje ideal de las aves.

La batahola de la calle, gritos y trompetas, pareció acallarse; y nunca noche de Mayo embalsamada de perfume de rosas, ahora que las parejas, para escuchar mejor, amortiguaban el ruido de sus pasos, escuchó



Sin que supiera de donde provenía,

serenata de ruiseñor mas divinamente estática.

Por mi parte, admiraba y envidiaba al feliz mortal. Lo sentí tan cerca de mí como a un hermano, había tenido la ocurrencia de inventar en plena locura carnavalesca, un modo tan nuevo, tan precioso y delicado para divertirse. Yo me decía: solo un enamorado y un poeta puede aislarse así en medio de los banales goces de la vulgaridad para evocar a su antojo, desdeñoso y solitario, la visión del sueño que llena su alma: bosques verdosos, pendientes de praderas sembrada de innumerables flores, y valles de misterio en donde, sobre lecho de limpios guijarros, corren dulcemente aguas murmuradoras. Porque había todo esto en su canto, y muchas otras cosas mas. Tan es verdad, que en la mesa del lado, subitamente transportado, olvidando el invierno, dos enamorados suspiraban:

—Después del baile por el primer tren, partiremos al campo: será delicioso caminar sobre las yerbas tiernas y coger violetas y castañas.

Aplaudieron, y el marmitón se calló después de haber dicho, sin duda, todo lo que tenía que contarle a la estrella.

Pero los hombres en muchedumbre se convierten fácilmente en brutos y bestias. Pasado el primer asombro, los bromistas volvieron a la carga, excitando, zahiriendo al marmitón, esperando hacerlo salir de su contemplación inofensiva. Las máscaras, sobretodo, celosas del éxito y furiosas de ver que algunos "tio... tio... tio... tio... tinx..." obscurecían sus "he mascarita!" y sus "¡olé, Uds!" exhumados de Gavarni,

Se colocó allí, muy erguido



estalló un canto de ruiseñor

las máscaras, mataperros deplorables y lamentables mosqueteros, aguzaron el ingenio para interpelarlo.

Un mono enhollinado, saltarín y gesticulante, quería cogerle el bigote, un militar de opereta le llamó "chorlito" El marmitón no se incomodaba con indulgente dulzura, sin salir del papel que había escogido, volviendo con movimiento de pajaro sus ojos redondos y su nariz pienda, hácia los infortunios que lo asaltaban, dejaba escapar, por toda respuesta, un trino, según la circunstancia y la gravedad de la injuria, melancólico o irritado; y cada réplica gorjeada caía tan a tiempo, era de tal manera significativa y cómica, que generalmente el agresor se batía en retirada y no volvía por otra. Entonces, tranquilo por un momento, despues de dos o tres arpégios alegremente lanzados a media voz, el marmitón se replegó en su ensueño.

Este individuo me interesaba. Mi amigo dijo:

El ruiseñor debe de tener sed, si no le ofreciera algo de beber?... Un poco de cerveza inglesa podría esta noche reemplazar al rocío. Y lo más finamente, lo más afectuosamente posible, le alargó un vaso por encima de la reja. El marmitón sacudió la cabeza, desdeñoso; con movimiento rápido hizo sonar la botella vacia bajo el brazo, y dejando de ser ruiseñor, imitó con asombroza perfección el grito del zorzal cuando en el Otoño, época en que maduran las uvas, se emborrachan con el jugo de las viñas.

Habiamos comprendido, nos inclinamos.



Emprendieron el vuelo súbitamente...

Por lo demas, el desenlace se aproximaba.

Desde hacia algunos instantes una muchacha despeinada, de pierrot amarillo, blusa de grandes botones y largas mangas, se habia detenido delante del marmitón, en primera fila, como fascinada, fijando en él miradas llenas de ingenua admiración.

El marmitón se dirigió hacia la niña; y directamente, para ella sola a quema ropa, le dirigió una declaración de amor en lenguaje de ruiseñor. Primero, un llamado imperioso, desbordante y breve; luego, súplicas brillantes y melodiosamente moduladas; y por fin, para coronar el total, fuego de artificio y notas que expresaban el deseo todo poderoso, adelantando, en desbordamiento de acentos ebrios y delirantes, la certeza del tiempo.

La niña sonrió, el marmitón le ofreció el brazo (aquel que no llevaba la botella), y habiéndose comprendido sin palabras los dos juntos, ella roja de placer, él lanzando por adiós una última escala insolente y burlona, emprendieron el vuelo subitamente, la cabeza baja, a través de la muchedumbre.

PAUL ARENE

UNA INNOVACION

Dice un diario de París:

Desde hace días puede verse los muros de la Facultad de Medicina en gran cartel prospecto en que se anuncia para el próximo mes de Mayo un curso de Partos, que se explicará en español en la clínica de la calle Assas. Esta innovación hace grande honor al joven catedrático, suficientemente seguro de su profundo conocimiento de la lengua de Cervantes para proponerse exponer en esta forma los misterios de la Distoquia y las reglas de la puericultura, bien entendido, que aunque explicada en un idioma extraño, siempre será ciencia francesa la que se explique y que esta no puede sino ganar de esta forma.

Pero, un peligro sin embargo nos inquieta. Nuevamente un curso de esta Naturaleza debe estar exclusivamente reservado para los doctores extranjeros, que vienen a París en un corto periodo de vacaciones, para perfeccionar en las aulas parisienses su instrucción obtétrica.

Otros no menos eruditos en español, en ruso, en inglés, podrían sentir la tentación de explicar en estas lenguas cursos para estudiantes eslavos, anglo-sajonés, etc., cursos que tendrían desde luego una asistencia numerosa. Para jóvenes, que vienen a París de todas las partes del globo a estudiar las ciencias médicas para asimilarse con toda la amplitud necesaria, nuestra cultura científica, deben vivir con nosotros y hallar nuestra lengua. Es preciso evitar, al generalizar esta interesante tentativa que se establezca sectas que recuerden demasiado los colegios de naciones de otro tiempo. Conservemos nuestro París y no vayamos a la creación del Cosmopolitismo.



EL COPIHUE

El copihue es el mejor adorno de nuestras selvas australes. Es sabido que el clima seco de las provincias centrales no le conviene. Hasta no hace muchos años era un lujo el lograr aclimatar una de estas plantas en los jardines de Santiago. En Europa por el contrario el copihue es bastante común, y se vende en todos los criaderos de cierta importancia a mucho menos precio del que alcanza en su país de origen.

La variedad roja, que es la más común fué llevada a Inglaterra en 1847; la blanca solo fué conocida allá algunos años más tarde en 1854. Además los horticultores europeos han logrado producir por selección algunas variedades nuevas, muy superiores a las primitivas, y hasta ahora no conocidas en Chile.

Los botánicos llaman el copihue **Lapageria** en honor de Josefina Tascher de Lapagerie, la bella criolla de la Martinica que fué esposa de Napoleón Bonaparte y emperatriz de los franceses.

¿Hasta qué punto de Chile se produce el copihue silvestre? Según Gay solo alcanza por el norte hasta el grado 34° de latitud, esto es hasta la costa de Colchagua. Sin embargo, más tarde se ha observado mucho más al norte, en los alrededores de Valparaíso.

Según nuestras noticias la planta de copihue silvestre más septentrional que se ha observado, lo ha sido en una quebrada cubierta de bosque virgen de la hacienda de los Perales, perteneciente a los padres franceses en el valle de Marga-Marga a pocos kilómetros de la estación de Quilpué.

en el ferrocarril de Santiago a Valparaíso.

No es raro que pueda vivir en estado silvestre una planta, en los mismos parajes en que su cultivo es ya difícil. El hombre no puede crear artificialmente las condiciones de sombra y humedad propias de una selva virgen. Además conviene notar que la susodicha quebrada de los Perales se encuentra en las vertientes marítimas de la cordillera de la costa, y por tanto en una zona muy húmeda.

Las lluvias en Chile no aumentan, en efecto, solo con la latitud. En todo el país se observan lo que podríamos llamar zonas transversales de humedad. La costa es por lo general abundante en nieblas y no muy escasa de lluvias; estas aumentan aún más en las vertientes occidentales de la cordillera litoral, para disminuir bruscamente en las faldas orientales de esos mismos cerros. Este fenómeno es muy fácil de explicar. Los vientos cargados de humedad, vienen del mar y depositan una buena parte del agua que contienen en los cerros altos expuestos al mar, y llegan mucho más secos al valle central. La cordillera de la costa hace así las veces de un gigantesco paraguas cuyos efectos podemos notar por ejemplo en los áridos paramos de Montenegro y el Tabon.

Por eso en ciertos parajes de la provincia de Valparaíso existen selvas que ceden en poco en exhuberancia a las de la Araucanía y Valdivia, en tanto que en la zona situada a la sombra de las lluvias, solo existen bosques de algarrobos y espinos, árboles indicadores de un clima seco.

Esta sombra de la cordillera marítima no se proyecta hasta la cordillera de los Andes. Así en Santiago llueve una tercera parte que en Valparaíso, pero ya en Apoquindo cae tanta agua como en la costa. En las faldas de la cordillera y hasta cierta altura, las lluvias aumentan aún en intensidad, y en el volcán (cajón de Maipo) los pluviómetros recogen casi tanta agua como en Valdivia. Si en la vegetación, no se observa igual exhuberancia que en el sur, se debe a los veranos del centro que siguen siendo secos, aún en la cordillera.

Se comprende así que el copihue, completamente desconocido en el valle central, hasta mucho más al sur de Santiago, exista silvestre, aún al norte de la capital, en las vertientes de la cordillera marítima.

Estas mismas observaciones podrían aplicarse a otras plantas como el belloto, el laurel y el canelo.

Pero la espléndida Lapageria, no es solo una planta de adorno, sino una enredadera frutal. Produce unas bayas de unos 4 centímetros de largo y de color verde aceitunado, cuando están maduras. En los mercados del Sur suelen venderse en otoño con el nombre de **Copiú**, y son, dice Gay, muy gratos al paladar y refrescantes.

Hace muchos años tuvimos ocasión de observar en la bahía de Corral, un espléndido arbustito a que daban el nombre de **cocopihue**, que traducido del mapuche significa **copihue de agua**. Este arbusto, que es la **Philesia buxifolia** de los botánicos, posee un follaje y aspecto análogo al del boj, como lo indica su nombre. Pertenece a la misma familia del copihue (**Esmiláceas**, y sus flores se le parecen mucho, si bien son más pequeñas, delicadas y de un color rosa pálido.

Más exigente en materia de humedad que el copihue verdadero, el **cocopihue** solo se encuentra en las provincias más lluviosas del país. El ejemplar que vimos en Corral, era cultivado y se le mantenía en una atmósfera literalmente empapada, recibiendo la lluvia fina de una pequeña caída de agua. Aún en el húmedo Corral se creían necesarias tales precauciones. Sin embargo aquel ejemplar fué transportado al norte, vivió y dió flores por espacio de algunos años en Limache, si bien en análogas condiciones de humedad y sombra.



UN PROBLEMA SOCIAL

Por

JOAQUIN DIAZ GARCES

Ilustraciones de Pedro Subercaseaux

—No puedo retener a mis hijos en la casa. Acabando de comer se escapan y eso, cuando se ha logrado que lleguen a la comida, porque generalmente cuando ya estamos en la mesa suena el teléfono: "dice don fulano que se queda en el Club". Es imposible conseguir a los hombres en la casa, por las noches. Parece que les expulsaran a la calle.

—¿Aún en el invierno?

—Lo mismo que en el verano.

—¿Y qué atractivos les ofrece usted?

—¿Y le parece poco? ¿No deben los hijos quedarse con su madre, con sus hermanas, para conversar un rato?

—Parece natural; pero... .

—Pero es que la juventud hoy día no quiere el hogar ni la familia. Prefieren irse al Club, rodar por los teatros y uno no sabe más o no debe saber más.

Y ha venido el agrado, o desagrado, de conocer por las noches el hogar en el cual esta buena y distinguida señora lamenta cada día la deserción de sus hijos. Y estoy por dar la razón a los hijos. A decir verdad ese es un hogar sin fuego, es decir, un hogar muerto. La madre se ha dejado envejecer antes de tiempo, es decir ha envejecido de espíritu antes de cesar de ser mujer. No trata de colocarse en la edad de sus hijos, en la concepción de la vida que tienen sus hijos, en el mundo que frecuentan sus hijos para poder influir sobre ellos y guiarles con corazón y con talento. Nada de eso. Ella les presenta un dilema sin salida: **o conmigo o contra mí**, y como los jóvenes no pueden estar en todo con ella, les obliga a estar contra ella.

—¿Y no habría un término medio, señora?

—Ninguno; yo no transijo. Quiero que mis hijos piensen como yo pienso, porque a mí me educaron en el temor de Dios y en el cumplimiento de mis deberes, sin contemporizaciones.

—Excelente! Pero recuerde Ud. si a los veinte años usted pensaba como hoy. No es posible que vuelva usted a los veinte años; pero trate de volver a los treinta señora, créame usted!

Acabando de comer, el padre se queja de los negocios y de la mala cosecha y del gobierno; la madre cabecea y se duerme. Las chicas pretextan un dolor de cabeza, cuando no hay cinematógrafo en perspectiva, y se van a acostar por poder leer en la cama. ¿Que hacen las muchachas? ¿Qué pueden hacer? No hay una luz en el salón o en el hall y... y esto es lo principal, no hay una chimenea ni una estufa en toda la casa. Es necesario andar y vuelan a la calle. Necesitan luz, movimiento, alegría y van a buscarla.

En materias de intimidad doméstica faltan, en la generalidad de los casos, muchas cosas indispensables: muebles cómodas, revistas, conversación femenina agradable, música y **fuego**. Si señoras, fuego material, tizones encendidos, carbones y, si esto no es posible, aunque sea una modesta estufa belga de parafina.

En pocas cuestiones la rutina resultaría hablar más alto, que en la calefacción de las casas, oigamos las objeciones de esas señoras que tienen ideas formadas y arraigadas sobre todos los asuntos de la vida, ignorándolos todos. "Calentar las casas es un hábito pernicioso, da origen a las pulmonías, porque se sale bruscamente del aire caliente al frío. Una persona sana no necesita fuego en las piezas, porque tiene el calor natural. El fuego hace delicada a la gente porque se habitúa a no poder resistir al invierno. En Chile no hace tanto frío como otros países y no hay necesidad de encender chimeneas. Cuando lo pide un enfermo, basta con una pequeña lámpara de petróleo".

Estas señoras que sostienen que nuestro clima es suave y que se goza de mejor salud exponiéndose al crudo frío de la estación invernal, andan dentro de las piezas

entrapojadas y con los pies helados; duermen por la noche bajo una montaña de frazadas, abrigos y reciben en su salón mucho más helado, por regla general, que la calle misma, con la nariz amoratada y una gota de romadizo en su extremidad.

Las personas civilizadas que mantienen sus casas en una temperatura tibia y uniforme van con blusas, con los brazos descubiertos con las mangas de encajes, con aire limpio y sano, duermen con la misma ropa la calle se abrigan especialmente. ¿No es esto más lógico? Quien vive en su casa abrigado durante el invierno no sufre de los pies helados, no se resfría, no teme al baño matinal, resiste mucho mayor la temperatura exterior porque hace reserva de calor en su cuerpo. En el salón de la casa helada las visitas están cubiertas por sus abrigos, no pueden despojarse de ellos porque, obligados a permanecer inmóviles en una atmósfera de hielo, se resfriarían. En cambio los que llegan a la casa tibia, dejan las pieles, capas y sobretodos en el vestíbulo temperado y entran al salón en cuerpo, como la buena crianza lo manda. Es falso de toda falsedad que la persona que sale de una atmósfera tibia a una helada se resfría, ya que está en su mano evitarlo y si no lo hace no hay que echar la culpa de la enfermedad a la calefacción sino a la utilidad de quien no ha tomado las precauciones elementales. En la pieza abrigada uno está con poca ropa; al salir a la calle se coloca el abrigo y se abotona. Sentirá entonces un gran bienestar, y mientras a su lado van temblando los que pasan el día entero en habitaciones heladas, él sufrirá mucho menos de la temperatura exterior. Es falso de toda falsedad que el clima de Chile no necesita calefacción en las habitaciones. En todas las ciudades del país que no están en la costa, o en la parte norte, hace mucho, muchísimo frío, con la circunstancia agravante de que los cambios de temperatura son bruscos, grandes y muy frecuentes. Si la casa de Chile es abierta y helada, ha sido a causa de la pobreza del país, que edificó más para el verano que para el invierno, ya que el verano es entre nosotros más largo que el invierno; pero el brasero de plata o cobre no ha dejado de usarse años en ciertas casas de pobres. En Chile hace frío, y tanto, como en países que mantienen los interiores en altas temperaturas en el invierno. Es falso, de toda falsedad, que las personas habituadas a tener fuego en sus casas se hagan delicadas y poco aptas para resistir a los rigores del frío. En los países en que se mantienen más calientes los interiores, es donde jóvenes y viejos hacen más ejercicio en las nieves y alcanzan vida más larga sin endurecimiento de las arterias y enfermedades cardíacas. Donde el hogar es más tibio y abrigado, es donde se patina más y se desarrolla el turismo en las montañas; tareas que darían atroces neuralgias a los hombres y mujeres de este país que se han criado en casas abiertas, húmedas e inhospitalarias. Son muy diversos fríos, el que debe soportarse inactivo en el interior, o el que se afronta en pleno movimiento al aire libre. Aquel enmohece, enerva paraliza, entorpece la circulación; ésta la estimula, la azota, la acelera. Por esto también es falso,



La madre se ha dejado envejecer antes de tiempo



Las personas civilizadas que mantienen sus casas en una temperatura tibia y uniforme

de toda falsedad que una persona sana no necesita del fuego porque tiene el calor natural.

Si la persona sana se mueve puede estar desnudo en la nieve sin peligro; pero si debe permanecer sentado entre cuatro paredes terminará su vida antes que cualquiera otra. El calor es la vida; es inútil negarlo. Cuando se quiere decir que un hombre ha muerto, se dice: "está ya frío".

Los extranjeros, principalmente esos que no han sido obreros o cargadores en su tierra, sufren lo indecible en los primeros tiempos de su estadía entre nosotros. Las pobres damas del cuerpo diplomático que son invitadas a comer y deben hacerlo con vestidos decotados entran dando diente con diente a la lujosa casa donde les hacen el honor de matarles a frío lento. En cada sala se ostenta una hermosa chimenea de mármol; pero está fría, paralizada desde el día de su colocación, sirve de mesa de adorno para colocar encima el reloj y los candelabros que no sería posible colocar en otra parte: Si alguno de los invitados desliza una insinuación sobre el fuego en las casas, la señora aprovecha para pronunciar el consabido discurso sobre el dulce clima de Chile, sobre lo mal que hace el fuego a las personas y sobre una prima

que se murió en dos días a consecuencia de tan perversa costumbre.

Entretanto es un hecho que los hombres viejos de nuestra tierra van acelerar sus últimos años por el rigor de los inviernos contra el cual no toman las debidas precauciones. En todas nuestras casas tenemos un abuelo, un tío, un padre que se queja de su mala circulación, que ven llegar con terror cada invierno, y cada comienzo de primavera porque saben que están expuestos a sus dolencias anginosas o arteriales. Creyéndose haceries un servicio, se les priva del fuego. Y así se les mata.

¿Qué atractivo puede entonces tener un hogar donde no hay fuego en el invierno y donde a menudo falta esa "pieza para estar" que es el centro de toda casa europea o norte-americana? ¿Alguien conoce en Chile una familia que se reuna en la noche para estar a solas con ella misma, para leer en voz alta, para oir la música o recibir algún íntimo amigo? No; la familia se teme, desconfía de la paz sino hay testigos extraños, creer ver surgir de un momento a otro la discordia, la disputa, la escena desagradable en un objeto de exclusiva índole familiar. Generalmente en nuestros hogares falta la galantería y la educación del marido en su trato con la mujer, y por consiguiente la de los hermanos con las hermanas, y la de los hijos con sus padres. Ya lo hemos dicho en una conferencia en el hall de El Mercurio, sobre diversos puntos de socialidad: cuando un hombre se ha habilitado a imponer su voluntad, con razones o sin ellas, sobre la de las mujeres que lo rodean, pierde todo hábito de conciliación y de prudencia y vá por todas partes dando pruebas de mal carácter y poca disciplina de espíritu. Esto tiene una explicación inmediata en las relaciones de la familia, la discusión y la disputa, la falta de prudencia y de educación, estallan inmediatamente por los más mezquinos asuntos.

La vida familiar está gravemente resentida entre nosotros. La escuela y la cátedra eclesiástica deberían ocuparse con más intensidad de este tópico que a base elemental de civilización y de cristianismo. La familia es la primera silueta del Estado, y si ella se resiente, la colectividad no puede marchar con más perfección.

Cuando echamos de menos una idea cívica más intensa en la juventud, estamos lamentando en realidad los defectos que el individuo adquiere en el hogar. Si desde los primeros años se vence la inclinación del niño a ocuparse exclusivamente de aquello que le conviene a él solo, y entrar a apasionarse por lo que interesa a toda la familia, habremos puesto en su alma la semilla de la abnegación por la colectividad sin la cual no hay vida pública progresista y honrada. Si, por el contrario, la familia se inclina ante el egoismo del niño que se preocupa de sí mismo y que exige aún que los demás contribuyan a la satisfacción de sus caprichos, se habrá formado un ciudadano inútil, antipático, loco, que no sentirá respeto por la comunidad y que solamente se ocupará de sus ambiciones y de coronarlos con el éxito, la influencia y la fortuna.

La vida de familia debe enseñarse en la escuela y debe practicarse en la casa. Para que aquella la enseñe debe conocerla. Para que ésta la fecunde en la práctica debe contar con una madre inteligente, un padre educado y galante con ella, un centro común hospitalario a luz y fuego durante las noches y los inviernos.

En Europa son esas ricas familias las que han creado los grandes artistas, los sabios, los músicos, los héroes. En esa atmósfera tibia, aún en la rudeza de los grandes pensadores y de los creadores del arte y de la ciencia. Ese niño que en vez de rodar por la calle, reclina la cabeza en el pecho de la madre está creciendo noblemente; ese adolescente que en vez de ir al Club, abre un libro sobre la mesa y recorre los términos del viaje misterioso, se nutre para la vida; ese hombre maduro que entorna los ojos y sonríe al cuadro de paz de su hogar, descansa y se reposa de su jornada de trabajo.

J. DIAZ GARCES.

Canibalismo en viaje

Por

Mark Twain

Ilustraciones de Pedro Subercaseaux

Volvía no ha mucho de una excursión a San Luis, cuando en el paradero y empalme de Highland (Indiana) subió a mi compartimento, tomando asiento a mi lado, un hombre de unos cuarenta o cincuenta años, de fisonomía simpática y modales afables e insinuantes. Charlamos con él lo bastante, para permitirme apreciar su inteligencia y el agrado de su conversación. Cuando en el curso de nuestro diálogo, supo él que yo era de Wáshington, se apresuró a interrogarme sobre los hombres públicos y los negocios de gobierno. Muy luego pude persuadirme de que el sujeto en cuestión, estaba muy al corriente de los detalles e interioridades de la política, y que sabía bastante acerca de los hechos y dichos de los senadores y diputados en las Cámaras Legislativas.

En una de las estaciones siguientes, dos individuos se detuvieron cerca de nosotros, y el uno de ellos dijo al otro:

—Harris, si haces esto en favor mío, no lo olvidaré jamás.

Al oír esto, los ojos de mi compañero despidieron un brillo singular. Sin duda, aquellas sencillas palabras acababan de evocar su memoria, algún antiguo recuerdo. Enseguida su rostro se serenó, pero mostrando siempre un resto de preocupación...

—Permita Ud., me dijo por fin, que le refiera una historia. Voy a revelarle un capítulo secreto del libro de mi vida, una página que había creído enterrar para siempre en lo más profundo de mi ser... Escúcheme Ud. con paciencia y no me interrumpa.

Prometí escucharle, y entonces él me contó la siguiente aventura, con alternativas de animación y melancolía, pero siempre con tono persuasivo e inquebrantable seriedad.

Narración de mi compañero de viaje

"El 19 de Diciembre de 1853, dejé a San Luis por el tren que parte en la tarde para Chicago. Eramos en todo 24 viajeros varones; no iban con nosotros mujeres ni niños. Pronto hicimos mutuamente conocimiento, y como nos encontrábamos todos de buen humor, no tardó en establecerse entre nosotros cierta intimidad.

"El viaje se iniciaba bien, y ninguno de nosotros podía presentir los horribles instantes que nos aguardaban.

"A las once de la noche, nevaba furiosamente. Poco más allá de la aldea de Welden, el tren penetró en las interminables praderas desiertas que se extienden con insoportable monotonía, por leguas y leguas. El viento soplaba con furia, sin encontrar obstáculo alguno, ni árboles, ni colinas, ni siquiera una roca aislada. A su impulso la nieve caía como en raudales, formando delante de nuestros ojos una especie de siniestro tapiz... Enorme, aterradora era la cantidad de nieve, y la lentitud del tren nos indicaba que la locomotora apenas podía luchar contra la resistencia creciente de los elementos. El convoy se detuvo varias veces, y al fin vimos por encima de nuestras cabezas un doble baluarte de nieve, de fulgurante blancura, que nos tenía encerrados como dentro de las murallas de una prisión.

"Las conversaciones cesaron, y la angustia reemplazó a la alegría: la perspectiva de quedar emparedados por la nieve, en medio de la pradera desierta, a cincuenta leguas de toda habitación humana, se levantaba



Déjeme contarle un capítulo secreto de mi vida...

como un espectro delante de cada uno de nosotros, arrojando una nota de tristeza en nuestra tertulia, un poco antes tan alegre.

"A las dos de la mañana fuí despertado por un brusco sacudón. La horrible verdad se me apareció entonces en toda su espantosa realidad: estábamos bloqueados por la nieve:—"Todos a la obra" gritó alguien entonces... Nos apresuramos a obedecer. Cada cual redobló sus esfuerzos, en el seno de la obscura noche y bajo la tormenta de nieve, perfectamente convencidos de que un minuto de retardo, podía causar la muerte de todos. Palas, tablas, manos, cuanto podía servir para remover la nieve, fué puesto en acción, en un momento.

"Extraño espectáculo, el que presentaban esos hombres, luchando con las nieves amontonadas, sumergidos los unos en la obscuridad, y alumbrados los otros por el rojizo resplandor de la linterna de la locomotora.

"Al cabo de una hora quedamos convencidos de la inutilidad de nuestros esfuerzos, porque la tormenta llenaba con creces, las brechas que nosotros practicábamos. Para colmo de desgracia, se descubrió que las bielas de la locomotora se habían roto, en el último y desesperado intento de romper la nieve. Aunque el camino hubiese estado libre, no podíamos continuar el viaje.

"Volvimos al tren, fatigados, tristes y sin esperanza. Nos reunimos alrededor de la estufa, para examinar el estado de nuestra situación. No teníamos provisiones de boca; esta era la parte peor y más evidente del desastre. felizmente no carecíamos de leña, y así no corríamos riesgo de morir de frío. Al fin esto era un consuelo.

"Después de larga deliberación, reconocimos que el conductor del tren estaba en lo cierto. A la verdad cualquiera que se hubiera atrevido a intentar un viaje a pie, al través de las cincuenta leguas que nos separaban de la aldea más próxima, habría encontrado una muerte segura. También era imposible pedir socorro, y aunque lo hubiéramos pedido, nadie habría podido llegar hasta nosotros... No nos quedaba otro recurso que el de esperar pacientemente la llegada de un auxilio problemático, o la muerte por el hambre... Puedo asegurar, que esta triste expectativa, bastaba para amilanar el corazón más estoico.

"Nuestra charla, aunque animada, producía el efecto de un vago murmullo que se distinguía apenas, en medio de las ráfagas de viento. La claridad de las lámparas disminuía poco a poco, y la mayor parte de los náufragos se callaron, para reflexionar los unos, y los otros para buscar en el sueño el olvido de una situación tan trágica.

"Aquella noche nos pareció eterna; al fin una fría y gris aurora de invierno, comenzó a despuntar por el oriente. A medida que el día avanzaba, los viajeros iban despertando; los unos en pos de los otros, estiraban sus miembros entumecidos por el frío, y echaban al través de las ventanas, una mirada sobre el espectáculo horrible que se ofrecía a sus ojos... ¡Horrible! Esta es en verdad la palabra... Ni una casa, ni un átomo viviente en torno nuestro... Por todas partes el desierto, blanco como una sábana... La nieve, arrastrada en todos sentidos por el huracán, se arremolineaba en el espacio.

"Durante todo el día, erramos por los vagones hablando poco, absorvidos en nuestros pensamientos. Después vino una segunda noche, larga, monótona, durante la cual comenzó a hacerse sentir el hambre.

"Reapareció el día; silenciosos y tristes, acechábamos un socorro que no podía venir. Otra noche vino en seguida, agitada por

sueños fantásticos, durante los cuales desfilaban ante nuestros ojos suntuosos festines, y báquicas fiestas... El despertar fué así, aún más horrible... Pasaron el cuarto y el quinto día.. ¡Cinco días de verdadera cautividad. El hambre se veía en todos esos semblantes deprimidos que acusaban la obsesión de una misma idea fija, de un pensamiento que nadie se atrevía a formular. Pasó el sexto día, y el séptimo se levantó en fin sobre nuestra pequeña caravana jadeante, terrificada por la idea de la muerte ya próxima... Era necesario, sin embargo, concluir de una vez y hablar. Los labios de cada uno estaban próximos a entreabrirse para expresar el sombrío pensamiento que germinaba en nuestros cerebros. La naturaleza, por largo tiempo comprimida, pedía su desquite, y hacía sentir un llamado imperioso.

"Richard H. Gaston, de Minnesota, individuo alto, de una palidez de expectro, se levantó... Sabíamos lo que iba a salir de su boca; una gran calma, una expectativa casi religiosa, habían reemplazado a la excitación ficticia de los días precedentes.

"Señores, dijo, es imposible esperar más tiempo. La hora ha sonado. Es preciso decidir cuál de nosotros ha de morir para servir de alimento a los demás.

"Mr. J. Williams, de Illinois, se levantó a su vez.

—"Caballeros, dijo, propongo para el sacrificio al Reverendo James Sawyer, de Tennessee.

—"Yo propongo a Mr. Daniel Hote, de Nueva York, repuso Mr. R. Adams, de Indiana..

—"Mr. Charles Langdon: —Qué dirían Uds. de Mr. Samuel Bowen, de San Luis?

— "Señores, interrumpió Mr. Hote, yo opino más bien en favor del joven John A. Van Nostrand, de New-Jersey.

—"Mr. H. Gaston... —Si no hay objeción, podría accederse a los deseos de Hr. Hote.

"Habiendo protestado Mr. Van Nostrand, la proposición de Mr. Hote se dió por rechazada... No tuvieron mayor fortuna la de los señores Sawyer y Bowen.

"Mr. A. L. Bacon, de Ohío, se levantó:

—"Soy de opinión, dijo de cerrar la lista de las candidaturas y dejar a la asamblea proceder a las elecciones, por voto.

"Mr. Sawyer:—Señores: protesto enérgicamente contra estos procedimientos irregulares e inaceptables. Propongo que se nombre un presidente de la asamblea... Podremos entonces continuar en nuestras tareas, sin violar los inmutables principios de la equidad.

"Mr. Bell, de Iowa.—Señores: protesto. No es el momento de detenernos en formalidades absurdas. Hace ocho días que no comemos; y cada minuto perdido en discusiones vagas, hace aún más crítica nuestra situación. Las indicaciones precedentes me satisfacen plenamente (creo que lo mismo les sucederá a mis demás colegas). Por mi parte, no veo por qué no habíamos de decidirnos por una de ellas. Es necesario concluir de una vez.

"Mr. Gaston.—En todo caso, la elección nos demandaría veinticuatro horas, y es justamente este retardo el que deseamos evitar... El ciudadano de New-Jersey...

"Mr. Van Nostrand.—Señores: yo soy un extraño entre vosotros; no tengo pues derecho alguno al honor que deseais hacerme, y experimento cierto embarazo en...

"Mr. Morgan, de Alabama (interrumpien-



¡Qué extraño espectáculo era ver a aquellos hombres luchar contra la nieve!

do).—Pido que el asunto sea puesto en votación general.

"Así se hizo, y el debate terminó. Fué constituída una mesa directiva, compuesta de Mr. Gastón, como presidente, y de Mr. Blake como secretario. Los señores Holcomb, Baldwin y Dyer, fueron nombrados miembros de la "comisión de candidaturas". Mr. R. A. Howland en su calidad de proveedor, debía ayudar a hacer la elección.

La mesa acordó un receso de media hora, antes de entrar a la orden del día. Reunida nuevamente la asamblea, el comité presentó algunos candidatos. Fueron estos los Sres: George Fergusson, de Kentucky, Lucien Herman, de la Luisiana, y Mr. Messick, de Colorado. Esta elección fué ratificada.

"Mr. Rogers, de Missouri.—Señor Presidente: Habiéndose tomado las anteriores decisiones conforme a las reglas propongo la modificación siguiente, en el sentido de substituír el nombre de Mr. Herman, al de Mr. Lucien Harris, de San Luis, que es honorablemente conocido de todos aquí. No es mi intento desconocer en lo menor, las grandes cualidades de aquel ciudadano de la Luisiana... muy lejos de esto... Tengo por él toda la estima y consideración que merecen sus virtudes. Pero a nadie se ocultará que este candidato ha enflaquecido extraordinariamente, desde que estamos encerrados aquí. Esta consideración me lleva a afirmar que el comité se ha equivocado al proponer a nuestros sufragios un candidato, cuyo valor moral, soy el primero en reconocer, pero cuyas cualidades nutritivas...

"El Presidente.—Me permito llamar al orden al ciudadano de Missouri. El Presidente no puede admitir que las discusiones del comité sean atacadas en esa forma... ¿Qué acogida hará la asamblea a una proposición semejante".

"Mr. Halliday, de Virginia.—Propongo una segunda modificación, en el sentido de substituír por Mr. Harvey Davis, de Oregón, a Mr. Messick. Supondreis, sin duda, que los trabajos y privaciones de la vida de frontera, han debido hacerlo un poco duro y coriáceo; pero, señores... ¿podemos acaso en tan trágico momento, engolfarnos en cuestiones bizantinas, sobre la calidad de la carne humana? ¿Podemos discutir sobre nimiedades? ¿Tenemos el derecho de detenernos en discusiones sin importancia? No, señores: ¡la corpulencia! eso es lo único que pedimos... la gordura, el peso son a nuestros ojos las principales cualidades requeridas: el talento el genio, la buena educación, todo esto nos es indiferente... Llamo vuestra atención hacia estos puntos esenciales, que justifican mi indicación.

Mr. Morgan (muy agitado).—Señor Presidente: en principio, me opongo en absoluto a la anterior indicación. El ciudadano de Oregón es viejo; a más de esto parece muy huesudo y poco suculento. ¿Acaso la asamblea prefiere una buena cazuela a una alimentación substanciosa? ¿Se contentarían con ese expectro del Oregón, para saciar su hambre? Demandaría yo a Mr. Halliday, de Virginia, mi honorable contradictor, si la vista de nuestros rostros desencajados, y de nuestros ojos cadavéricos no le producen un sentimiento de horror? ¿Tendrá el valor de asistir por más tiempo a nuestro suplicio, prolongando el hambre que nos destroza las entrañas, ofreciéndonos el fardo de huesos que representa el ciudadano en cuestión? ¿Le demando, si reflexionando en nuestra triste situación, en nuestras angustias pasa



¡No, no se atreverá!



Mr. Harris fué elegido

das, en nuestro espantoso porvenir, va a persistir en arrojarnos esa materia, ese jirón, ese vagabundo miserable y encanijado de las riberas inhospitalarias del Oregón?... ¡No!... No se atrevería. (Aplausos).

"La indicación fué votada y rechazada después de un violento debate. Mr. Harris quedaba designado, de acuerdo con la indicación primera. Se abrió el escrutinio. Hubo cinco votaciones sin resultado. A la sexta, Mr. Harris fué elegido: todos los votos, salvo el suyo, se habían inclinado a su favor. Entonces fué propuesto para que se ratificara la elección por un voto unánime, pero la unanimidad no llegó a obtenerse, porque Mr. Harris persistía en votar en contra de sí mismo.

"Mr. Radiway propuso entonces que la asamblea eligiese entre los candidatos derrotados, para el almuerzo siguiente. La indicación resultó aprobada.

"En el primer escrutinio hubo exisión: los unos se inclinaban en favor de un candidato joven; los otros preferían un hombre de buena estatura. El voto del Presidente inclinó la balanza en favor de este último, Mr. Messick. Esta solución desagradó fuertemente a los partidarios de Mr. Fergusson, el candidato vencido. Hasta se pensó en pedir un nuevo escrutinio. En resumen, todos decidieron aplazar la solución, y se levantó la sesión.

"Los preparativos de la comida distrajeron la atención del partido Fergusson, y en el momento en que iba a reabrirse el debate, se anunció con gran pompa que "*Mr. Harris estaba en la mesa*". Esta nueva produjo un alivio general.

Las mesas habían sido improvisadas con los respaldos de los asientos, y a ellas nos sentamos, lleno el corazón de alegría, pensando en el regalo porque habíamos suspirado una larga semana. Nuestras fisonomías eran muy otras... Un momento antes se pintaban en los rostros, la desesperación, la miseria, el hambre, la angustia febril; ahora reinaban entre nosotros, la serenidad y la alegría... Desbordábamos de dicha. Declaro, sin falsa vergüenza, que esa hora de alivio figura entre las más hermosas de mi vida.

"El viento rugía hacia afuera, y arremolineaba la nieve en nuestro derredor, pero nada teníamos ya.

"Siempre estimé a Harris. Pudieron haberlo cocido mejor, sin duda alguna, pero, en extricta justicia, debo reconocer que ningún hombre me ha agradado tanto como Harris, ni me ha procurado una mayor satisfacción... Messick no fué precisamente malo, aunque de un gusto demasiado fuerte... Pero, por lo que respecta a sabor y delicadeza de carnes, ninguno como Harris.

"Messick tenía cualidades que no le disputo, pero no valía para un almuerzo más que una momia (sea esto dicho sin intención de ofenderlo). ¡Qué fiacura! ¡Dios mío!... Y no puede Ud. imaginarse hasta qué punto era coriáceo... ¡No me hable Ud.!

—¿Quiére Ud. darme a entender que realmente?....

—No me interrumpa, se lo suplico...

"Después de este frugal almuerzo, era necesario pensar en la comida... Elegimos a un tal Walker, originario de Detroit... ¡Excelente! Así se lo he escrito a su viuda, un poco después... ¡Ese Walker! no lo olvidaré en mi vida. ¡Delicioso bocado! Un poco flaco, pero suculento a pesar de todo. Al día siguiente nos desayunamos a Mr. Morgan, del Alabama. Era uno de los más bellos sujetos que he conocido: bien puesto, elegante, de maneras distinguidas; hablaba

corrientemente varios idiomas... En suma un mozo cumplido, que nos proporcionó un jugo substancioso y lleno de sabor... Para la comida nos sirvieron el viejo patriarca de Oregón. Aquí recibimos un soberbio desengaño: viejo, desecado, imposible de comer... ¡Fué un penoso rato para todos nosotros, hasta el punto que yo concluí por declarar a mis compañeros:—Señores, hagan Uds. lo que gusten, pero yo prefiero ayunar, en espera de algo mejor.

—"Caballeros, agregó Grimés, de Illinois, yo también espero. Cuando hayan elegido Uds. un candidato "comestible" tendré el gusto de sentarme a la mesa con Uds.

Era evidente que la elección del hombre del Oregón había procurado general descontento. Era indispensable no quedar bajo el peso de esa mala impresión, sobre todo después del buen recuerdo que nos había dejado Harris. Los votos de la Asamblea favorecieron a Mr. Baker, de Georgia.

"¡Famoso bocado! Nos regalábamos en seguida con Doolitle, Hawkins, Mac-Elwy,—este último, demasiado pequeño y flaco, nos valió algunas protestas. Después desfilaron Penrol, los dos Smith y Bailey; la pierna de palo de este último no sirvió para nada, pero en general la calidad era excelente; en seguida un joven de Indiana, un tal Bukminster, pobre diablo de vagabundo: casi no tenía carne; era verdaderamente indigno de figurar en nuestra mesa.

"Como consuelo de tan pobre almuerzo, recordaré que éste precedió poco a nuestra salvación...

—¿Al fin sonó para Uds. la hora de la libertad?

—Sí, una hermosa mañana de sol, en el momento en que acabábamos de inscribir a John Murphy en nuestro menu. Estoy cierto de que el tal Murphy, debía ser un bocado de rey... Lo juraría sobre mi cabeza. El destino quiso que John Murphy se volviese con nosotros en el tren que vino en nuestro socorro. Algún tiempo después casó con la viuda de Harris.

—¿La víctima de...?

—Sí: la víctima de nuestra primera elección. Se casó con ella, y ahora es muy feliz, muy considerado y goza de una excelente posición. ¡Ah! Esta historia es una verdadera novela, se lo aseguro... Pero he aquí que debo bajarme del tren... me veo en la precisión de dejarle. No lo olvide, cuando tenga un rato desocupado, pase a verme... Tendré de ello muchísimo gusto. Experimento por Ud. una verdadera simpatía. Me parece que acabaré de quererlo tanto como a Harris. Adiós señor, buen viaje.

Descendió del vagón: yo me quedé solo, absorto, suspenso, casi aliviado con su partida. A pesar de su amabilidad, no podía menor de experimentar un involuntario temblor, al sentir sus ojos, en que se leía el apetito, posarse sobre mi persona. De igual manera, cuando supe que había llegado a concebir por mí un afecto sincero, y que me ponía en su estima al mismo nivel de Harris, la sangre se me heló en las venas.

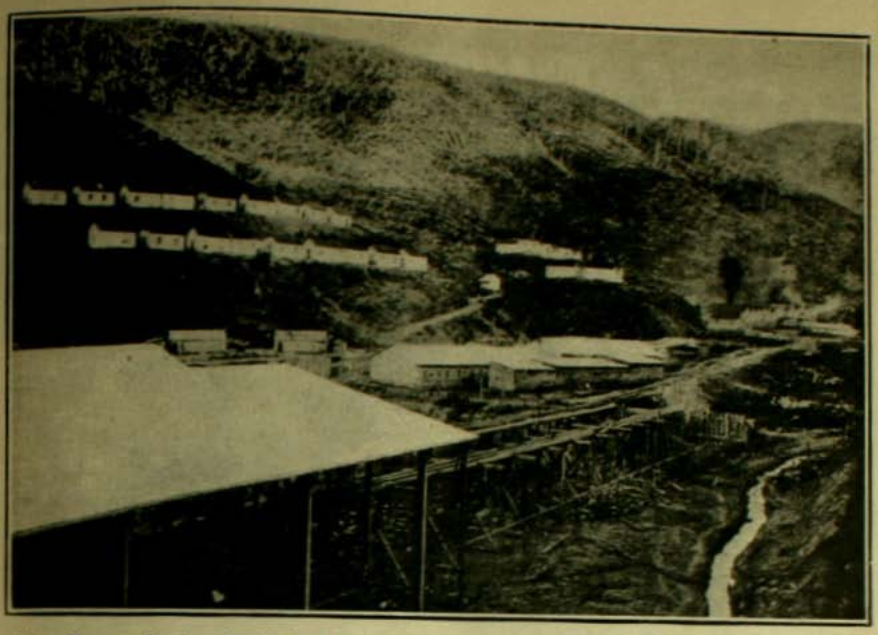
Estaba literalmente transido de terror. Yo no podía dudar de su veracidad; hubiera sido por otra parte una impertinencia, interrumpir con preguntas inoportunas un relato tan dramático, presentado bajo los auspicios de la mayor sinceridad. A pesar mío, aquellos horribles detalles me perseguían, obsesionaban mi espíritu con mil ideas confusas. Vi que el conductor me observaba.

—¿Quién era ese hombre? le pregunté.

Supe que había sido en un tiempo miembro del Congreso, y además un hombre excelente. Un día, sorprendido por una tormenta de nieve, y a dos dedos de morir de hambre, fué hasta tal punto sacudido por el frío, y revolucionado, que dos o tres meses después del incidente, perdió por completo el juicio. Ahora está mejor, pero su monomanía persiste, y en sus accesos, no se detiene, hasta haber devorado, con el pensamiento, a todos sus compañeros de viaje. En la presente ocasión, no habría perdonado a ninguno, sino hubiese debido descender en aquella estación. Tiene el nombre de cada uno de ellos en la punta de la lengua. Cuando ha concluído de comérselos a todos, no deja nunca de agregar: "Habiendo llegado la hora de almuerzo, a falta de otros candidatos, fuí elegido... por unanimidad... Yo me resignaba... Y heme aquí...

Lo mismo da... Yo experimento un famoso alivio, al saber que acababa de escuchar las elucubraciones insensatas de un desequilibrado, y no el relato de las proezas de un caníbal, ávido de sangre.

MARK-TWAIN.



Altos Hornos de Corral.—Arriba: habitaciones para obreros. Abajo: ferrocarril que trae la leña desde el plano inclinado hasta el Alto Horno

EL FIERRO

Por

Carlos G. Avalos

Ilustraciones fotográficas.

Su conocimiento por el hombre y su uso, aunque en proporción muy restringida, data desde la más remota antigüedad.

Los egipcios lo tomaron de los pueblos primitivos de la India.

Del Egipto su conocimiento pasó a la Grecia, a pesar de que los griegos tuvieron alguna vez la pretensión de haber dado origen a su empleo. De la voz griega **sideros** con que designaba al fierro nace la de **Siderurgia** con que hasta hoy se denomina la industria metalúrgica que transforma el mineral y produce el metal.

Del latín de ferrion viene la palabra con que se nombra al metal en los pueblos de ese origen.

A Roma llegó al conocimiento del fierro a la vez que de la Grecia, de España, donde los pueblos cantábricos lo producían desde época anterior a la conquista romana.

Se anticipó en España el conocimiento del fierro por alta ley y abundancia del mineral que lo contiene, en su región norte.

A pesar de la remota antigüedad, casi prehistórica de que data el conocimiento del fierro por el hombre, transcurrieron siglos antes de que su empleo se generalizara y pudiera presumirse siquiera el dominante empleo entre todos los metales a que lo destinaba la época contemporánea.

El fierro es muy abundante en la naturaleza, y sin duda lo es en mayor grado que todos los demás metales densos.

Unido simplemente al oxígeno, al agua,

constituye yacimientos minerales de considerable magnitud, y unido a otros elementos entra en la composición de muchas rocas en las que a primera vista no se presumiría su existencia. Sin duda, alguna vez podrán reducirse o agotarse los primeros; pero no los segundos que entran en la estructura o composición del planeta mismo. No existe, pues, el temor de que alguna ocasión futura la humanidad quede detenida en su desarrollo por falta de ese metal.

A pesar de su abundancia no se le encuentra libre en la naturaleza; su metalurgia, es decir el procedimiento para separarlo de los cuerpos que lo acompañan aunque simple es costoso, y de ahí es que su aprovechamiento y empleo tardaron en desarrollarse.

No se le usó hasta el siglo XIV en la fabricación de utensilios domésticos, que son hoy de empleo casi universal.

Antes no se conocía el empleo de los humildes tenedores para conducir los alimentos. Los opulentos romanos y señores posteriores tomaban con la mano los alimentos sólidos. Sin duda para los líquidos se usaba cucharas de estaño o de madera.

Recién en el siglo XVI vino a conocerse el uso de las agujas de acero en la economía doméstica.

Este empleo de los metales en la sociedad es siempre un barómetro seguro para juzgar del progreso de la civilización en el pasado, del estado de adelanto en que ella se encuentra entre las diferentes nacionalidades hoy día.

Así en Inglaterra, Alemania y Estados Unidos, el consumo de fierro hoy por individuo debe acercarse a una tonelada al año y seguramente en España y Rusia no llegará a la décima parte de esa cifra.

Sin embargo, fué España la primera nacionalidad europea que produjo fierro en proporción considerable relativamente hablando.

Datan sólo del siglo XI los primeros establecimientos siderúrgicos en Alemania, Inglaterra, Francia e Italia, época en que ya en España los hábiles artífices moros producían fierro desde época anterior.

Los reyes católicos expulsando los moros dieron golpe mortal a la industria nacional, postración de la que todavía no sale.

La unidad religiosa perseguida y obtenida por esos monarcas, aseguró sin duda a los españoles las ventajas de la vida futura, pero en desmedro de la vida terrenal que pasaron a otras nacionalidades, como están hasta hoy día.

Ese mismo ideal de la unidad religiosa, llevado implacablemente a la práctica, fué el que impuso en Francia la revocación del Edicto de Nantes, en el siglo XVII, obligando a la expatriación de los obreros hugonotes, entendidos en la industria del fierro, que pasaron a desarrollarla en Alemania e Inglaterra.

Cualquiera que sea el punto de vista que se eleja para considerar la producción y la influencia de los metales en el pasado, no proporciona éste mucho material para estimarla como considerable hasta llegar a la época contemporánea, denominada con verdad la edad del fierro.

El fierro químicamente puro en su aspecto físico se asemeja a la plata, y es como ésta capaz de recibir un bello pulido.

En este estado es tenaz, dúctil, blando, flexible y de estructura fibrosa.

Estas propiedades se alteran substancialmente con la agregación a su masa de algún cuerpo extraño aunque sea en mínima proporción.

La agregación de menos de 1% de carbón basta para que el fierro se convierta en acero, es decir de cuerpo blando, maleable, flexible, en cuerpo duro y elástico. Su estructura de fibrosa pasa a ser cristalina.

Conviene recordar que por dureza en química se entiende la mayor o menor aptitud de un cuerpo para rayar a otros.

Como se sabe, la dureza del acero adquiere mayor fuerza con el temple, es decir, con la acción rápida del agua fría sobre un cuerpo caliente. Se conoce bien el efecto de esa acción sin conocer bien la naturaleza del fenómeno.

II

Producción y consumo del fierro

El primer producto de la industria metalúrgica del fierro, es decir de su separación de los compañeros con que se encuentra en la naturaleza, es el fierro fundido colado, Peg Fron de los ingleses o Tonte en Francia.

Sometida una mezcla de minerales de fierro, de fundentes y de carbón en algún aparato adecuado, a la acción del calor, resulta el fierro colado líquido separado fácil-

mente de los elementos térreos que le acompañan, transformados en escorias también líquidas. Por la diferencia de densidad entre el fierro y las escorias la separación se practica fácilmente.

La proporción de carbón que contiene este producto varía entre 2 y 5%.

El caracter distintivo de este primer producto relativamente a los que después se derivan consiste en la fusibilidad, y por consiguiente en recibir la forma que se desee de darle, según el molde en que se le reciba líquido.

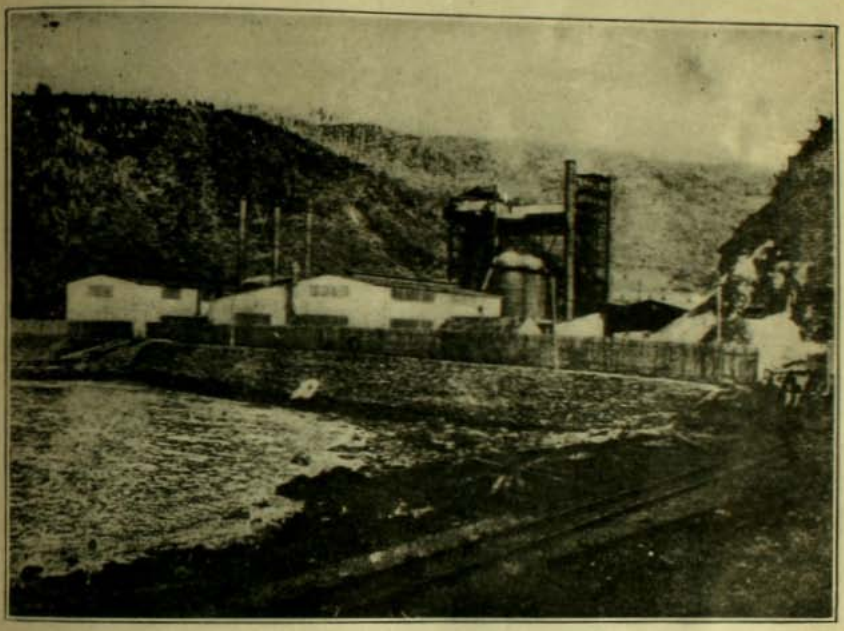
Su empleo en la práctica en esta composición, fierro fundido, es considerable, pero no comparable al mucho mayor que recibe como fierro dulce o acero, es decir sin mezcla con carbón o reducida proporción de él.

Eliminando por color la proporción de carbón que contiene el fierro fundido o deteniendo esa eliminación en el límite que convenga, se llega al fierro dulce, o batido, o al acero.

En éste la proporción de carbón varía entre ½ a 1½%.

Según esto, el fierro dulce o el acero son los derivados inmediatos del primer producto que se obtiene del tratamiento de los minerales que lo contengan, del fierro fundido o colado.

En la fabricación de éste el carbón obra en doble manera, como reductor de los minerales oxidados de fierro tomándoles su oxígeno y como fuente de calor tomando el oxígeno del aire para liquidar la masa y hacer posible la separación del fierro de sus compañeros.



Altos Hornos de Corral.—Varios edificios: Laboratorio, piezas para ingenieros, alto horno y recuperador

De esta circunstancia resulta en la práctica una consecuencia desfavorable para el costo de producción del fierro, por la elevada proporción de combustible que se necesita para verificarla.

Se calcula que la producción de una tonelada de fierro exige el consumo de otro tanto peso de carbón o coke.

Esto quiere decir que en el costo de producción de una tonelada de fierro entra casi en igual proporción el costo de adquisición del mineral y del combustible.

Según esta observación no se podría decir que algún territorio goce de algún pri-



Altos Hornos de Corral.—Alto horno con leña cruda y los siete recuperadores

vilegio natural para la producción de fierro, sino cuando a la vez contenga los dos elementos mineral y combustible y a corta distancia los yacimientos de uno y otro.

Es sin duda al privilegio natural de que bajo este punto de vista gozan Inglaterra y Estados Unidos a que se debe el desarrollo preponderante entre las diversas variaciones que ha adquirido en esos países la industria del fierro. Generalizando podríamos decir que acaso la principal causa natural de la superioridad económica mundial que favorece a Inglaterra y Estados Unidos está en la abundancia y magnífica calidad de sus yacimientos de combustible mineral.

Es el combustible barato el elemento primordial y más eficaz para mantener fletes terrestres y marítimos reducidos, luego para adquirir ventajosamente la materia prima y finalmente para transformarla por medio de la industria.

Es así como en la época actual la verdadera riqueza nacional no está tanto en su dilatada superficie, en su clima, como en lo que contenga de subsuelo.

Una hectárea de buen terreno carbonífero y en su sub-suelo importa más para la economía de una nación que miles de suelo solo capaces de la industria agrícola.

Nada más concluyente para comprobar esta aserción que la prosperidad de la reducida superficie de la Bélgica.

En Chile el precio del carbón es tres a cuatro veces más alto que en Inglaterra y Estados Unidos y de ahí principalmente la lentitud de nuestro progreso industrial y en elementos de transportes marítimos y terrestres.

Esta observación detiene un poco el lirismo de los que con mejores deseos y razones declaran que nuestro continente sud-americano es el privilegiado en el universo y que el porvenir le depara una función preponderante en la vida humana olvidando que nuestro continente carece del principal factor del progreso y de vida, de combustible.

Afortunadamente los chilenos poseemos en nuestro territorio algún carbón y lo que vale más la fuerza motriz de nuestros numerosos ríos, distribuídos de Norte a Sur.

Volviendo a la producción de fierro, volvemos a decir que la colosal actual es obra de los últimos treinta años.

De 21 millones de toneladas a que ascendió al principiar ese período, ha llegado en el año último a 61 millones.

Desde 1889 ocupa Estados Unidos el primer lugar entre los países productores de fierro, supremacía que antes perteneció a la Gran Bretaña.

De la producción mundial de 1912, correspondió la mitad a los Estados Unidos.

Por lo demás, la producción sigue en creciente ascenso, a razón por lo menos de más de un millón de toneladas al año.

El desarrollo gigantesco de la producción en los Estados Unidos se debe principalmente a la abundancia y excelente calidad de su carbón en Pennsylvania.

En este país, favorecido por esa circunstancia el mineral de fierro, ha acudido aún de considerables distancias en su propio territorio, a la región en que se encuentra el combustible a bajo precio.

El 80% de la producción de minerales de fierro en los Estados Unidos procede de los grandes yacimientos del Lago Superior, de donde para llegar a su transformación en metal en Pennsylvania, en Pittsburg principalmente tienen que recorrer una larga distancia.

Desde su extracción a las riberas del Lago, unos 60 kimts., de éstos por navegación hasta llegar a Cleveland en el lago Erie, unos 1,000 a 1,300 kimts, y de Cleveland a Pittsburg por ferrocarril, 250 kimts.

Sólo es explicable esta situación de considerable longitud de transporte de substancias de tan escaso como los minerales de fierro, en Estados Unidos por el reducido precio del combustible.

El mineral de 55% tiene como precio la tonelada, en las riberas del Lago Superior, de 15 a 18 francos y sólo 22 francos al final en Pennsylvania.

Es esta consideraciónn de los fletes lo que limita el movimiento de la producción de minerales de fierro desde los sitios en que se encuentren hasta los de su empleo, y es ella la que habría atardado indefinidamente la explotación de nuestras minas de fierro, si no se esperase el acontecimiento próximo de la apertura del canal de Panamá, cuya influencia desarrollaremos más adelante.

El alza mundial de los fletes marítimos impide hoy que lleguen a Estados Unidos minerales de procedencia española o sueca como antes sucedía.

Hoy, Estados Unidos sólo interna mineral de Cuba, de alta ley, lo que se explica por pertenecer a americanos no sólo las minas que lo producen sino los elementos de transporte, líneas de navegación, muelles, y los elementos posteriores de tratamiento.

Es en su variedad de acero la que se efectúa hoy el enorme consumo de fierro en el mundo. Son muy limitados los consumos industriales como fierro fundido o dulce.

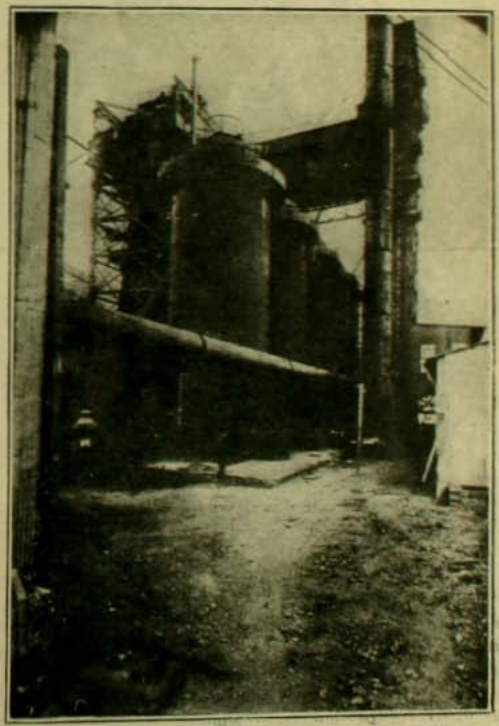
La fabricación de rieles es exclusivamente de acero y es también de esta composición el empleo en las construcciones, vigas, planchas, etc.

Son también de aceros nuestros utensilios domésticos, tijeras, cuchillos tenedores, etc., acero cubierto a veces con un ligero baño de plomo o estaño.

La incorporación al fierro de algunos metales como el manganeso el tungsteno, hace producir un acero de condiciones especiales de gran dureza, muy estimado en construcciones de cierto género.

Propiamente, pues, la época actual debiera ser denominada como la del acero, nó del fierro.

Sin duda fué este antecedente el que indujo a llamarse "United States Steel Corporation" a la corporación que maneja la industria del fierro en los Estados Unidos.



Altos Hornos de Corral.—Los recuperadores y el sube-carga

III

United States Steel Corporation

Es esta sin duda la empresa industrial de mayor magnitud en el mundo.

Posee numerosas minas de fierro y de carbón en la región oriental de los Estados Unidos, y 114 establecimientos de fundición para la producción de fierro y de acero.

Capital en acciones.....	£ 128 millones.
" en bonos	173 millones.
	301

Trescientos millones de libras esterlinas.

En 1912 obtuvo como venta de sus productos: ..... £ 152 millones

Gastos..... 128 millones

.1 millones



Altos Hornos de Corral—Taller de mecánica y reparaciones

En los Estados Unidos funcionan 298 hornos de fundición de fierro, de manera que la corporación a pesar de sus esfuerzos no llega ni a la mitad de la producción total en ese país.

La Steel Corporation trató en el año último 26 millones de toneladas de mineral, produciendo 12 y medio millones de toneladas de acero.

La consideración de su enorme capital y de sus recursos perturba el espíritu no habituado entre nosotros a la reflexión sobre cifras tan colosales.

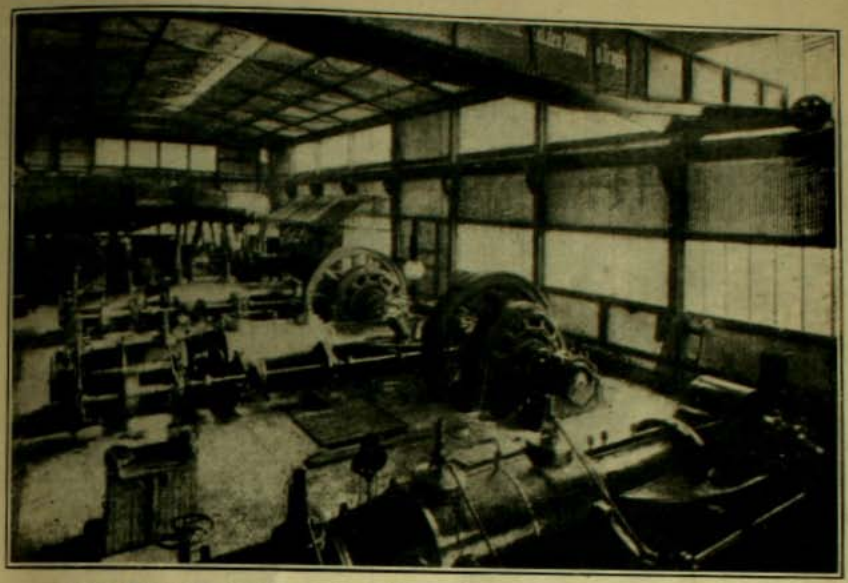
Su capital, como en toda compañía americana de esta naturaleza, está constituído por aportes en acciones y en bonos.

o sea aproximadamente un 7% como renta para distribución entre sus accionistas o tenedores de bonos.

La Compañía ocupó 221 mil individuos, entre empleados y operarios, pagándoles como salario anual 38 millones de libras, lo que da para cada individuo 170 libras.

Recuérdese que en Chile el número total de individuos ocupados en las salitreras, minas metálicas y de carbón sólo llega a 82 mil, un tercio de una sola corporación en los Estados Unidos. Igualmente en ella el jornal es casi tres veces más alto que en Chile.

Por otra parte, parece que hoy la situación de la "Steel Corporation" se encuentra



Altos Hornos de Corral.—Taller de los ventiladores para dar viento al alto horno

algo perturbada por gestiones contrarias a los trust que se atribuyen al Gobierno de los Estados Unidos.

IV

Valor comparativo de los yacimientos de fierro en Chile en frente de los que poseen otros países.

El valor o mejor dicho el precio de las cosas depende en el mundo de la escasez o abundancia con independencia del empleo a que se destinen, ya sea para satisfacer consumos necesarios, de simple comodidad o de verdadero lujo.

Con este criterio decimos que el mineral de fierro es abundante en el mundo y es por consiguiente reducido su precio, y que lo será por largo tiempo todavía.

La producción total de fierro es de sesenta millones de toneladas, cifra que se divide por mitad entre Europa y Estados Unidos. Semejante producción exige la explotación de ciento veinte millones de toneladas de mineral de fierro, ya que la práctica actual trata en término medio minerales de 50% de ley.

El consumo o empleo de fierro en el mundo se ha triplicado en los últimos treinta años. De veinte millones de toneladas a que ascendió en 1883, alcanzó a 60 en el año último.

Continuando esta misma escala de aumento de consumo o de empleo del fierro, tendrá el mundo en pocos años más la necesidad de explotar doscientos o más millones de toneladas de minerales de fierro.

Esta situación de inmediato porvenir explica el interés con que los entendidos y estadistas europeos han tratado de darse cuenta de los recursos mundiales a este respecto, de la existencia de minerales de fierro.

Se estima que en Europa las reservas de minerales de fierro a la vista se acercan a 20 mil millones de toneladas, sin apelar a expectativas de posibles descubrimientos de otro tanto.

Además, Europa tiene como vecinos a dos continentes: el Africa y Asia, no reconocidos todavía bajo este punto de vista, y se mantiene la expectativa de encuentros de yacimientos considerables como ha sucedido en Marruecos.

No parece, pues, muy fundada la expectativa de que Europa tenga que buscar fuera de su propio territorio y el de sus con-

tinentes vecinos minerales de fierro para sus necesidades, y llegar a tomarlo en Chile como alguna vez se ha creído.

En el día, tal pretensión nuestra sería absurda.

Mineral de fierro de tan buena calidad como el nuestro se cotiza a bordo en los puertos del norte de España, Bilbao, a 10 chelines la tonelada, de manera que ese mineral no podrá importar más que el doble, con costo y flete, en los sitios de su tratamiento en Inglaterra y Alemania, es decir una £.

Alrededor de una £ fluctúa también el precio del mineral de fierro en la costa del Atlántico de los Estados Unidos.

Con el flete marítimo actual de más de una £ por tonelada ¿sería posible pensar en la exportación a Europa o Estados Unidos de mineral de fierro de Chile? Talvez en algún descenso extraordinario de fletes y siempre transitoriamente sería después posible pensar en ello, es decir en exportar a Europa.

Pero bajo este punto de vista como en el de muchos otros tenemos los chilenos tendida la mirada a los Estados Unidos, a las relaciones que se establecerán con ese país con la apertura de Panamá, y son especialmente fundadas las expectativas que ellas se desarrollarán en provecho nuestro en la explotación y comercio de minerales de fierro.

Como hemos indicado, la explotación de minerales de fierro de los Estados Unidos, de sesenta millones de toneladas al año se elevará dentro de poco a cien millones, si como es natural pretende conservar la supremacía de que hoy goza en la producción de ese metal.

Mientras tanto los recursos de ese mineral en su propio territorio, son bien modestos. Alcanzan sólo a cuatro mil millones de mineral. Antes que Europa se producirá, pues, en los Estados Unidos la necesidad vital de importar mineral de fierro.

Y en esta emergencia, natural es que se acuda a los territorios relativamente inmediatos de Centro y Sud-América. En Méjico abunda el mineral de fierro, pero la distancia que tendría que recorrer para llegar a los centros de tratamiento, costa oriental de los Estados Unidos, es comparable, abierto Panamá, al flete marítimo que produciría de Sud-Amrica, de Chile por ejemplo. Ya en previsión de estos acontecimientos los americanos se han movido tras de yacimientos de fierro en Venezuela, a orillas del Orinoco, en el Brasil y recientemente en Chile.

Sin duda el primer paso de este movimiento lo tenemos en el convenio apostado entre la compañía del Corral de venta de una crecida parte de la producción de su única de fierro de Coquimbo. El Tofo a la firma de Bethlehen y Cía de Pensilvania.

Como ya se preveía en los Estados Unidos esta intervención de minerales de fierro, por la vía marítima, para transitarlos ahí traerá como consecuencia, la transladación a la costa de parte de los *establecimientos* que funcionan al interior en Pittsburg y lugares anexos. Como éstos son en su mayor parte de la Steel Corporatión, se vé en ello una contrariedad para con la corporación.

Abierto Panamá se calcula fundadamente que el flete marítimo, de la costa de Cnile a los Estados del E. de los Estados Unidos se reducirá a poco menos de 10 chelines por tonelada.

Con este flete en explotación en Chile de minerales de fierro de 60 % daría para hacerla lucrativa.

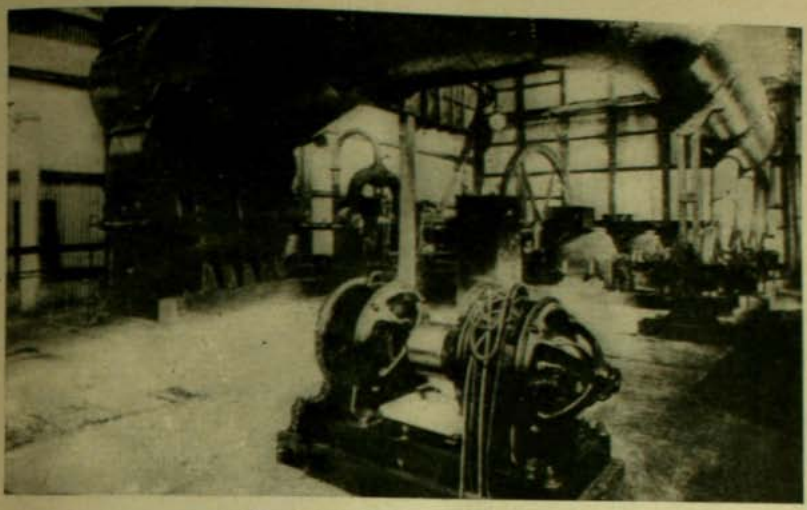
Desde tiempo atrás es bien conocida en Chile la abundancia y alta ley de nuestros yacimientos mineros de ese metal.

Se les encuentra a la vista en toda la considerable región de nuestro territorio *comprendido entre Mejillones y el valle de* Aconcagua. Naturalmente los de este caracter, a la vista, más valiosos han pasado ya a ser propiedad de particulares. Queda la tarea de ubicarlos, de tomar datos para apreciar su magnitud sondeándolos, y aún de sugerir investigaciones en otros terrenos para apreciar debidamente la innartación efectiva de nuestro suelo en esta materia.

Será esta tarea una de las principales que abarcará el cuerpo de Ingenieros de Minas, en proyecto.

Está destinado a dar vida y forma convenientes a los desembolsos que hace el Estado en favor de la minería del país espera desde hace algún tiempo la consideración legislativa.

Naturalmente la explotación de minerales de fierro en nuestro país principiará por la de aquellos inmediatos a la costa que permitan llevar con una sola operación, como la mina del Tofo, el mineral desde las canteras de arranque a la bodega del bu-



Altos Hornos de Corral.—Sala de dinamos

que. En esta situación hay algunos otros, en las costas de Taltal y Aconcagua.

En poco tiempo más, Chile pues, principiará a ser materia de un considerable movimiento de explotación de minerales de fierro.

Pasará a valorizarse una substancia que tenemos en abundancia y que hasta hoy no ha dado al país provecho de importancia.

Esta expectativa explica y justifica la iniciativa de nuestro Senado, de última hora, de procurar reservar para el Estado, para el Fisco alguna parte de la riqueza nacional en yacimiento de fierro, autorizándolo para adquirirlos y para invertir algún dinero en las diligencias respectivas.

Sin duda que el propósito que se ha tenido en vista al indicar esa medida no es el de constituir al Estado en industrial, sino el que pueda al enagenar al extranjero las minas que quiera establecer. Condiciones que satisfagan el autero público con mayor amplitud que el que a que ajustaría un particular al practicar esa enagenación.

Al hacer esa enagenación el Estado podría convenir como condición de la venta que el industrial extranjero comprador se comprometiera a ocupar en la dirección de la explotación, a alguna proporción, algún personal nacional. Con esta disposición se salvaría la parte más odiosa que envuelve para los países latinos la introducción del capital sajón, en la adquisición por éste de bienes reales. Anima generalmente al sajón, al americano sobre todo un desdén supremo e irritante para todo individuo que no sea de su raza, de manera que apenas a los agenos a ellos los cree aptos para un mediano trabajo físico y los considera del todo incapaces para todo trabajo intelectual o moral.

El indígena apenas es apto de manejar débilmente el combo o la pala, pero para nada más.

Tal es la práctica de los americanos en Cerro de Pasco, en el Perú, en El Teniente entre nosotros, y tal es también la práctica de los ingleses en Tarapacá.

En alguna parte corresponde al Estado prevenir o corregir tan deprimente situación para nuestra nacionalidad.

Somos ardientes partidarios del hermoso principio de la solidaridad humana, pero creemos que su proclamación y su práctica corresponde de preferencia a los fuertes, individuos o colectividades, correspondiendo a los débiles por dignidad y decoro un papel secundario en su propaganda.

Mientras tanto en los Estados Unidos mismo la práctica actual es muy distinta en contra de esa solidaridad, a pesar de la elevación de miras de hombres como Willson y Bryan.

Se tiene primeramente las restricciones para limitar la inmigración general a los letrados, luego las medidas tomadas en California, impidiendo a los japoneses adquirir bienes raíces, y finalmente la disposi-

ción por tomarse en el Estado de Arizona según los últimos telegramas de El Mercurio, prohibiendo a individuos extraños a su nacionalidad ocupación en minas de su territorio.

¿Cabe una disposición más restrictiva de un nacionalismo más exagerado?

Aún sin considerar estas exageraciones se encontrará razonable y justificada nuestra pretensión de exigir que alguna parte del personal directivo de obreros industriales extranjeros sea nacional.

La práctica de nuestros ideales nacionales debe consistir no solo en apresurarnos a formar parte efectiva del concierto de las sociedades civilizadas del mundo sino también el de legar y de formar parte de ese concierto, con fondo y fisonomía propios, originales, no como producto de un cosmopolitismo sin antecedentes propios.

Volviendo a la influencia que ejercerá en nuestra minería nacional la apertura de Panamá, apenas necesitamos decir que con influencia no se limitará solamente a la explotación de minerales de fierro a que nos hemos referido, sino también en los productos de esa naturaleza.

Los establecimientos metalúrgicos de los Estados Unidos trabajan con mayor perfección que en Europa y de ahí es que podrán ofrecer mejores tarifas de compra apenas se verifique tal acontecimiento, que nos acercará a los Estados Atlánticos de aquel país.

Esta influencia será particularmente eficaz en los minerales de estaño de producción boliviana en la que Chile tiene interés considerable aunque indirecto.

De mayor importancia será la influencia que obrará en el consumo del salitre nuestro la apertura de Panamá.

La combinación de fletes marítimos que facilitará el movimiento marítimo por esa vía, permitirá la introducción de salitre en la región oriental de Estados Unidos, con reducción considerable sobre el costo actual, y los buques que los conduzcan traerán de retorno el carbón tan abundante ahí y de tan alto precio entre nosotros.

Como se sabe es hoy, Estados Unidos, con su inmenso territorio, el país que ofrece de inmediato, mayor espectativa de aumento de salitre, y tiene a la mano el retorno necesario para mantener fletes moderados en uno y otro sentido.

Esta misma convencible situación económica que esperamos se produzca con la apertura del Istmo, debe inducirnos a procurar que se establezca luego en Chile la Siderurgia, fabricación de fierro y de acero.

Afortunadamente la marcha de los acontecimientos está ya favoreciendo a la acción mutua del Estado y de la Compañía del Corral en esta materia. Para la venta que ésta ha hecho del excedente de su producción de mineral de fierro a Bet va a entrar a gozar de rentas independientes de su propia industria siderúrgica aliviándose en su situación económica y por consiguiente haciendo más llevaderas las garantías que el Estado tiene otorgadas.

Suponemos ya terminadas las dificultades que han impedido la entrega de bosques a la Compañía para seguir en sus trabajos, de manera que más de improviso se restablecedán éstos en breve tiempo.

Las instalaciones de la compañía son de primer orden, sería bien sensible que a continuar inactivos pudiera el transcurso del tiempo maltratarlos.

Hasta hoy en la América Latina solo se ha producido fierro en Méjico y en Brasil, en pequeña escala, y suponemos que hoy no se practica producción alguna.

Propiamente, más, le va a corresponder a Chile el insigne honor de ser la primera nacionalidad de la América Latina que entre resueltamente con la producción, en alguna proporción de fierro y de acero, lo que en lenguaje moderno quiere decir propiamente entrar en la civilización moderna.

Pero no es únicamente satisfacción moral la que se producirá en Chile con la implantación de la Siderurgia, sino alguna más concreta, económica.

En 1911 se internaron en Chile 150 mil toneladas de fierro, en planchas, vigas, rieles, es decir de los primeros productos de la Siderurgía. El importe de dos millones de libras de esa internación, a funcionar la Fábrica de Corral, habría quedado en Chile.

El funcionamiento de esa Fábrica producirá fierro con materiales de procedencia nacional, exclusiva, mineral de fierro, fundentes y combustibles, leña de nuestros bosques.

En estas condiciones no habría producto alguno de nuestra industria que llevara más propiamente carácter nacional que el fierro y el acero procedente de Corral.

CARLOS G. AVALOS.

Santiago, 30 de Junio de 1913.

LAS HIJAS DE MILTON

Por

A. de Villiers de l'Isle-Adam

Ilustraciones de Gordon

De repente la joven levantó ligeramente la vista, y sin que ningún otro movimiento alterara su actitud, fija la mirada de sus ojos empapados en dulce y penetrante melancolía, dijo con voz desfalleciente:

—Por último, madre mía, cuando un hombre debilitado de cuerpo y espíritu, insufrible por carácter, ya no se encuentra en estado de ser util a los suyos ni a nadie; cuando su vanidad senil, de suficiencia que hace sonreir a los transeuntes, parece aumentarse a la aproximación de una segunda infancia, ¿puede ser criminal la plegaria en que se ruegue a Dios... que se apiade de él... y aun que le llame lo más pronto posible a la luz... a la vida eterna?

La anciana tuvo un extremecimiento y volvió la cabeza sin responder.

—La verdad es que se me ocurren unas ideas... peligrosas, añadió Déborah Milton con la misma voz suave, clara y lenta; y que a veces me cuesta reprimirme para no escapar de esta casa, para venir en seguida, madre mía, trayéndote ayuda, a ofrecerte pan y lumbre. ¡Qué importa el precio a que los hubiera pagado.

¡Cállate! Dios lo prohibe. Ganarse la salvación por la fé en medio a los sufrimientos y no quejarse nunca, eso es todo lo que hay que hacer.

—Pero olvidas acaso, en ocasiones... que tengo veinte años, madre.

—Mañana tendrás mi edad. Lo verás... si alcanzas.

Esta noche no es mañana.

—Cállate.

Una pausa.

—Eres bonita. Te casarás con algún joven caballero... confía en ello, hija mía.

—Al oir esto, Déborah Milton se levanta friamente y se queda de pie, con rígida severidad.

—¡Un joven caballero ¡Ah! no quiero reír entre estas paredes color de sangre. ¿Cuál de ellos querría por esposa a la hija de un viejo versificador sin fortuna, que votó la muerte de su rey? No espero siquiera a un pobre ministro de Dios, un pastor... a quién el riesgo de incurrir en el desprecio del último de los súbditos de Carlos II apartaría de mi mano...

—Tu padre ha cumplido con el deber que le señalaba su conciencia.

—Los hombres austeros no deberían tener hijos, murmuró la joven.

—¡Déborah!... eres cruel para alguién más.

—¡Oh! perdóname, madre mía!

Con su mano pequeñita golpeó la desnuda cubierta de la mesa.

—Porque en fin, también es horrible eso; siempre visiones... cielos... ángeles, demonios que toman forma de nubes. El tono en que hablan, ataviados con los cascabeles de sus rimas sonoras, hace dudar de su realidad; permanece muda la realidad en cuestión. Vaya que valía la pena quedarse ciego, para ver pasar al fondo de las eternas tinieblas tantos vanos fantásmas! La fé se anula en una frase demasiado cadenciosa, y la niega quién llama la atención sobre ella, elejándola del espíritu de lo que expresa. Dígase ¡creo! y basta. Pintar el cielo y el infierno! Y el paraíso terrenal! Oh! el repiqueteo insoportable de palabras sin sentido. Vana tarea. Y debemos nosotras, mi hermana y yo, ponernos a la obra, escribir en selencio esas divagaciones absurdas,

esperando a veces una hora para copiar un verso que con frecuencia hay que borrar... Y si llegamos a dormirnos sobre lo escrito, es para despertar en ayunas, y vuelta a manejar la pluma... y una y otra vez ir ennegreciendo las carillas... y gastar en ellas nuestra juventud perdida, mientras que allá lejos, en Londres, hay buen techo y buena mesa y hermosos jóvenes que nos harían una acogida encantadora.

Se calló.

—Malos pensamientos. Resígnate.

—¡Palabras! Tú tienes hambre: yo también: esa es la verdad.

—También él pasa hambres, sin quejarse, y además sufre de veros en la miseria por su causa.

—¡Vaya! A él lo alimentan dos cosas, el orgullo y la fé en su obra. Son los poetas seres que toman un pasatiempo como fin, sin cuidarse de sus penurias ni de las que obligan a soportar a quienes los rodean. Nada les alcanza allá al fondo de sus sueños. ¡Qué vanidad! y pensar que se figura que este **Paraíso Perdido** subyugará las almas de la Posteridad. Es para reir! El editor no pagará el costo de estos papeles que nuestro padre prefiere a nuestro pan. Muy pronto nos quedaremos en harapos; pero como él está ciego, y cifra su orgullo, no en sus hijas, sino en sus versos... Y violentos hasta llegar a maltratarnos No, es demasiado, yo no obedeceré más.

—¿Qué quieres que haga?

—¡Dejar de existir! Así una podría cambiar de nombre, expatriarse, vivir. Mi hermana es bonita y yo soy bella. Qué importa lo demás!

¿Y tu honor, hija? cómo puedes hablar así?

—¿El honor de las hijas de un antiguo regicida?... Del hombre que ha contribuído a la muerte del único que da un significado a esta palabra, honor. Te burlas, madre mía. Nosotras tenemos derecho a la decencia, nada más... Puesto que se hereda todo, lo bueno y lo malo, de quienes nos engendraron... daríamos lástima a las gentes si pronunciáramos esta frase: "nuestro honor", en presencia de los que están incapacitados para apreciarlo y cuyo solo juicio se debe estimar.

—Hablas como él lo haría si pensara como tú; pero es de esos hombres que se sonreirían de lo que estás diciendo.

—Ellos mismos no pueden ser sino por sus censuras o de enorgullecerme con sus elógios. Al mirarlos se vé que son unos fracasados, y eso es todo.

—Se me ocurre que podríamos pedir prestado algún dinero, sea lo que fuera, a Mr. Lindson. A éste no le hemos pedido nunca nada.

—Sí, creo que trata ya de no reconocernos y que no se atreve a proceder con tanta villanía sin hallar antes un motivo. En la seguridad de no pagarse, nos haría el préstamo autorizándose con ello para no minarnos más. Tienes razón, ¿quieres que vaya, sola o contigo? Me figuro que compraría ese derecho... hasta por dos escudos.

Al mirar por la ventana, la anciana dice:

—Precisamente, ahora es tiempo; ahí está Mr. Lindson.

—Allá voy.

Vuelve Emma, cargada con un pesado haz de ramas secas.

—¡Uf!

Emma Milton corrió al arca, la abrió, hurgó bajo los platos de greda, y al cerrarla golpeó con rabia las maderas.

—¡Qué! ¿nada?... ¿Dónde está el pan?

Un silencio.

—.....

—Tu hermana ha ido a buscar algo...

—No, es a Mr. Lindson a quién se ha dirigido.

—¿Acaso el editor ha cedido?

—Bien, pero no es seguro que dé.

Vuelve Déborah.

—¡Dos chelines!

La anciana oculta la cara entre sus manos.

Un momento después dice:

—Es Dios quien nos los ofrece: démosle gracias por su misericordia y resignémonos, que mañana nos hará nuevas mercedes.

—Es poco menos que una limosna, dice Emma.

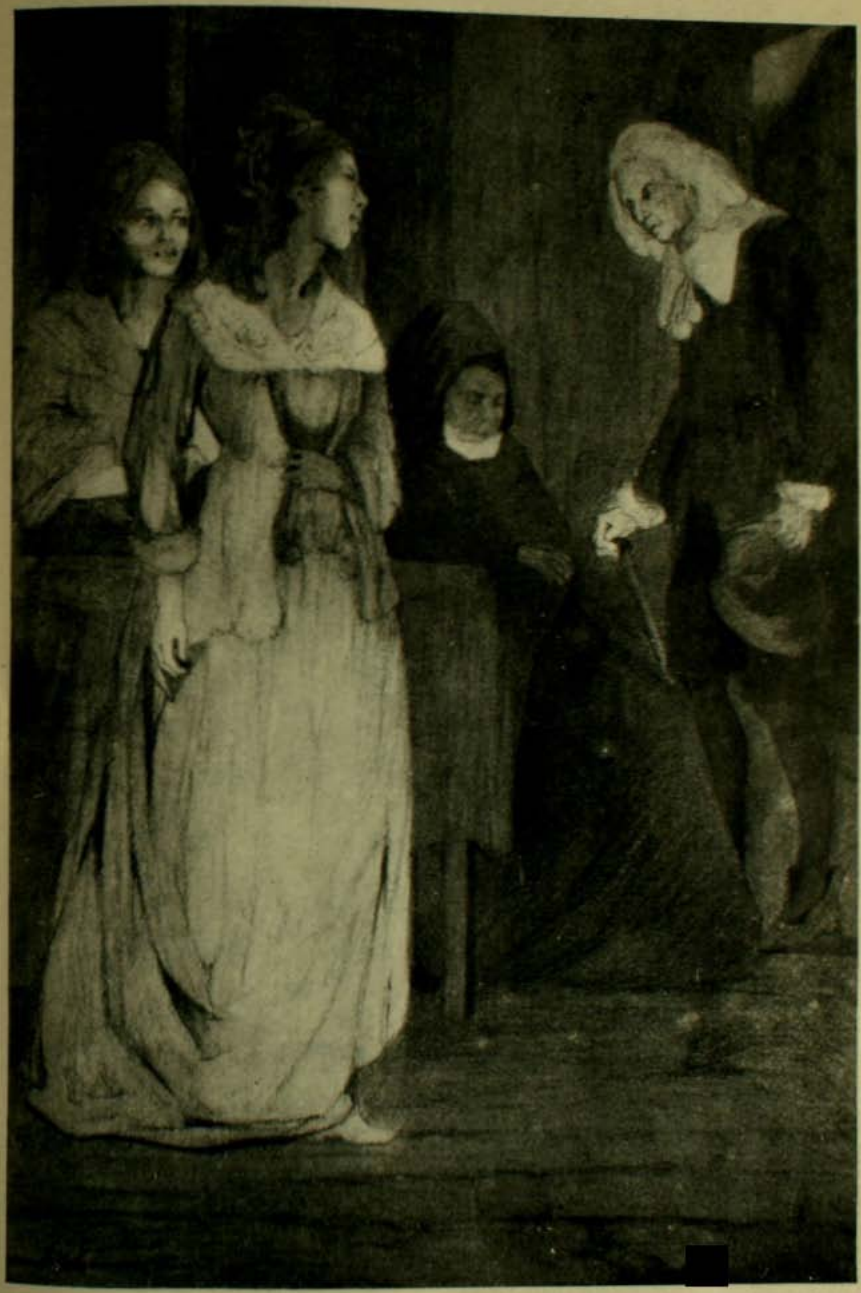
—No, dice Déborah, es menos todavía; te lo diré después.

—Dame al momento, que voy corriendo a buscar que comer.

Sale.

Milton se presentó.

El anciano rastreaba las paredes con el extremo de su bastón. Severas las líneas de su rostro descolorido por los pesares, ancha la frente cruzaba por tres arrugas



Obedéceme. Soy tu padre, ya me ves a tus plantas

largas y rectas, fija la mirada de sus ojos sin luz, los contornos de su cara de mística nobleza, y sus abundantes cabellos de albos mechones partidos en medio... Un viejo justillo de terciopelo castaño y guantes de lo mismo, cuello alto y sucio, aliado por dos borlas, su calzado de graciosos nudos y el sombrero a lo puritano de los tiempos de Cromwell...

Entró.

—¿Están aquí, verdad? dijo.

Por de pronto nadie respondió.

—Sí, amigo mío, dijo la anciana.

Déborah se encogió de hombros, Emma se sonrió.

Comencemos pero escriban claro o yo... Sobre todo, no cambiar las palabras que se me ocurren, y no me interrumpan si yo no me detengo... Es una manía la de soplarme palabras que al oírlas me parecen apropiadas por lo que me sorprenden... y que me suenan a hueco cuando las releen... La palabra que no parece justa aisladamente, es con frecuencia la más exacta en un conjunto: es que no hay palabras, en realidad. El más grande de los poetas es aquel que sólo consigue aullar magníficamente sus pensamientos... rugirlos, a veces; lanzarlos en un trueno, otras... Pero jamás se le oye sino es por ráfagas... Tanto peor para los que no entienden la lengua del país de donde sopla, en mis versos, el viento de la eternidad...

"...Y para hacer resaltar la cadencia del verso, las imágenes, las expresiones, las faces de la idea, la marcha del pensamiento, todo eso se adquiere fácilmente, sin saberlo. Con alguna destreza, se pasa de la copia a la parodia, empleándola en cualquiera variedad... que pasará inadvertida, pero que por hoy aparta la atención de la obra de donde procede esa burbuja de vida... y la única recompensada, ya que el mundo vano solo paga y estima lo vano. ¡No importa! sólo el pensamiento vivirá; las palabras cambian y caen pronto en desnudo; solo el pensamiento vivirá, pues en el fondo de las cosas no hay ni palabras ni frases, nada más que aquello que anima la envoltura. Solo el pensamiento aparecerá... solamente la emoción de la obra subsistirá... Entre esos falsos poetas yo soy como una criatura viviente entre los muertos un hombre entre los monos, un león devorado por las ratas. Jesucristo me señaló el camino: se como acogen los hombres a un Dios. Mi suerte será la de los profetas. Estoy resignado a que el hombre se burle a mi costa de mi pobreza... ¡Ah! si yo fuera rico, qué gran poeta no me creerían: el émulo, por lo demás, de Mr. Tom Craik, autor de.... no recuerdo el nombre inmortal...

"¡Vamos! El estómago ahora, Dios mío! ¿Será esto el hambre? Vaya! no es nada. Por otra parte, ¿no están ustedes también en ayunas, hijas mías? Como que, a lo que recuerdo, no queda ya nada? Por lo mismo demos gracias a Dios. Los santos vivieron de poco... Esto es menos penoso que la indigestión de los que su mísera socarronería nos roban lo necesario.... Vamos a escribir. ¿por qué callan? ¿Están aquí siquiera?

"Compadezcámosles de haber sido tan estúpidos como para indigestarse a fuerza de reirse de nuestra hambre. A cada cual su parte: esas gentes son de las que no encuentran cosa más agradable y divertida que arrebatar el pan de sus hermanos, para mofarse al verlos consumirse de necesidad. Solo no atienden a una cosa, y es que resulta tan ridículo morir de indigestión como de hambre, de obesidad como de flacura, y que en la hora de la agonía no se reirán, ni siquiera de nosotros.

Atiende, hija mía, te lo ruego, te lo suplico, no me hagas hablar más de nada que no sea... Obedéceme. Soy tu padre, y ya me vez a tus plantas.

—Padre mío, a qué esa exaltación ¿Hay razón para que precedas así? En vista de un acto semejante, cómo creer que tengas el tino necesario para dictarnos algo legible, al igual de cuanto escribías de tu mano? Te lo figuras? En interés de tu gloria te suplicamos que te vayas a la cama a descansar.

—Ah! hija cruel! Sea... no quiero maldecir a nadie, ni aun a aquel que... Has de saber que era el soplo de Dios. ¡Oh miseria de la humildad divina! Hay que contar la voluntad de estas mocosillas para que se oiga murmurar el soplo de Dios... ¡Viejo, ya ves como tu obra...

Las jóvenes no siempre desobedecían al irascible anciano.

En seguida, sondeando la obscuridad, fué



¡Ah! demasiado tarde, lo he olvidado

a sentarse junto a la mesa, y con las manos en las sienes, cerró los ojos.

...Y hé aquí la voz de Milton, con sublime calma, decía:

"¡Salve, sagrada luz, hija del cielo, su primogénita!....

Fué aquel un texto desconocido de las generaciones.

Era una explosión de imágenes en que los pensamientos se expresaban por grandes relámpagos, y aquella voz indiferente para la alta noche, sonaba vibrante, profunda, melodiosa. Al parecer, un angel pasó a través de su inspiración, pues diríase que se oyera el temblor de sus alas en las palabras sagradas que profería. Y las copas de los árboles del Eden fueron iluminadas por perdidas auroras; y el cántico matinal en que Eva oraba cerca de los manantiales primitivos, frente al Adan cándido y grave a quién odoraba en secreto; y los reflejos azulados del dragón enroscado en el árbol prohibido, y la impresión de la primera tentadora de nuestra raza,—todo cantaba en la transfiguración del viejo vidente.

A esas voces, cuyo aliento venía del más allá, las tres mujeres se presentaron en la sala, una de ellas sosteniendo la lámpara que con las manos estendidas protegían contra el viento que soplaba de las tinieblas, entre las cuales el vidente hablaba de las cosas divinas.

Registran los cajones, la mesa. Una voz contenida dice:

—¡No hay papel! Qué pluma, no tiene más que un punto!....

—Padre mío, aquí estamos tratando de escribir, pero hablas tan de prisa que no se te puede seguir... Debo reconocer que lo que ahora dices está muy bien.... Si quisieras volver a empesar, sin arrebatos, hablando lentamente... talvez...

Después de una larga pausa y un violento escalofrío, Milton respondió en voz baja, con un suspiro:

—¡Ah! demasiado tarde, lo he olvidado.

A DE VILLIERS DE l'ISLE-ADAN

LOS PRECURSORES

Día a día vamos cayendo en la cuenta de que muchos descubrimientos tirapéuticos, que se dan como una gran novedad, no son, en resumidas cuentas sino novedades viejas. Las más de las veces se trata de cualquier pretendido descubrimiento sensacional, que toma más nombradía por aquello de venir de fuera, y que en casa no hubiera tenido éxito de ninguna especie.

El tratamiento de la tifoidea por los baños frios es uno de estos decantados descubrimientos modernos.

Se ha atribuido generalmente la gloria de este descubrimiento al doctor alemán, Brand, que se dice lo descubrió en 1861. En Francia no fué conocido sino en 1875., año en que M. Glenard explicó en Lyon el método alemán. Sin embargo, en sus "Recuerdos de un viaje médico" (1), M. A. M. Bloch, nos demuestra que en el mismo tiempo en que M. Brand preconizaba en Alemania su sistema terapéutico, un médico francés, desde largo tiempo atrás le aplicaba sistemáticamente a la cura de la fiebre tifoidea. Era un viejo doctor llamado Frequet, antiguo médico del Ejército, que ya retirado en Lucre, en el Alto-Saona, pasaba por una especie de chiflado. No era evidentemente lo que contribuía a darle esta triste nombradía, su sistema peculiar de combatir el tifus. Era una "ridícula extravagancia", de la que colegas vecinos se reían de buena gana. Hoy en día, con ligeras y útiles modificaciones, aquellas **extravagancias** del bueno de Jacquet se ha convertido en axioma científico y ha salvado infinidad de enfermos.

Si el viejo doctor de Lure pudiese levantar la cabeza, gozaría lo indecible con esta innovación, aunque un injusto olvido ha pesado sobre su nombre. Pero mientras el arte de curar progrese, ¿qué significan realmente las cuestiones personales?

(1) **La Tribune Medicale.** Noviembre 1912.



La Vida Cara

Por

ANGEL PINO

Ilustraciones de Martín.

Pasó ya el tiempo o los tiempos pasaron, en que el sibarítico sueño del glotón podía representarse con la pesadilla de todos los animales que habían entrado en sus comidas de la jornada: buey, cerdo, cabro, gansos, gallinas, tortugas, cordero, pavo, liebres, langostas y hasta la delicada rana. ¡Qué ligero es hoy su reposo nocturno sobre el cual flotan los fideos, los rábanos, el maíz, el cochayuyo y los populares frejoles! ¡Qué cerca estamos de la verdadera higiene a causa del encarecimiento de la vida! La pobreza en efecto es la madre de la continencia.

Porque, la vida encarece. Si en Inglaterra se ordenan construir dos dreadnoughts y Alemania responde con otros tantos, si el Austria moviliza sus fuerzas sobre la frontera balkánica y la guerra búlgaro-turca se prolonga, en Chile suben los choros amarillos, las coliflores y los huevos frescos. Como en tiempos del sitio de París la cocinera subía violentamente la escalera, para gritar a la familia aterrada: "la carne ha subido todavía un franco por kilo!" nuestras sirvientas nos dan todos los días con esa voz indiferente, pausada y perezosa, de nuestro pueblo, la noticia de que sube todo.

¡Pero el señor Ministro de Hacienda ha hecho **tranquilizadoras declaraciones** en la Cámara! Sí señor; las ha hecho. Yo pensé también, junto con leer su discurso, que él iba a influir poderosamente en las cosas de mi estómago.—"Ya verás tú como sube el cambio y baja la mantequilla!"—decía confiadamente a mi mujer. "Tan pronto se enteren los carniceros de



Y recuerdo como algo mitológico, las famosas malayas al estanoarte

que el consumo del salitre no tiende a disminuir sino que faltan fletes y que el presupuesto de este año vá a cerrar sin **déficit**, nos darán mejor mercado y los bisteques serán mas suculentos". Y animándome yo mismo por las optimistas esperanzas de todos, agregaba: "La economía política es una cadena que comienza en la aduana de Valparaíso y termina en el sartén de la cocina: tanto mas entra llá, tanto mas y mas barato se fríe aquí".

Tocó la coincidencia que al bajar en la mañana para ir a la oficina, topé en la puerta de casa al lechero, al panadero, al vendedor de mariscos y a otros proveedores.

—Supongo—exclamé—que habrán leído ustedes el discurso del señor Alessandri.

Primero se miraron unos a otros y colectivamente después, como para ver a quien podía yo referirme con la palabra **ustedes**.

—Espero que si no lo han leído, habrán de imponerse de la verdadera situación. El Gobierno cree que no hay derecho alguno para subir los precios de las cosas. El salitre se vende como antes, el presupuesto no dejará **déficit**, el dinero no falta en el bolsillo de nadie. La situación del país es verdaderamente floreciente.

Y yo continuaba, agregando a la elocuencia del Ministro, la incomparable de mis propias necesidades, encareciendo la necesidad de poner atento oído a la verdad. Pero me pareció que todo era inútil. La presencia de la criada iluminó los ocho ojos de mis cuatro proveedores y comprendí que con tal intermediario había de seguir encareciéndoseme la vida.

Yo me lamento de la vida cara; pero declaro con honradez que echo mano de todos los recursos ingeniosos que la fantasía me sugiere para salvarla. Por ejemplo, he redactado una circular, modelo de consición y de vigor en el fondo, de claridad y sencillez en las palabras, para dirigirla a los agricultores que me honran con su amistad. Si se observa bien, he calculado las tres dimensiones de cada frase, altura, anchura y profundidad, para que ninguna sea perdida. Hé aquí esta pieza, modelo de la literatura de su género:

"Mi querido amigo:

He abierto en mi casa-habitación, que es también la suya, una **espaciosa** bodega para almacenar los víveres y demás provisiones de uso doméstico que mis amigos agricultores (sean estos propietarios, arrendatarios o administradores interesados), acostumbran enviarme o resuelvan comenzar a hacerlo. He consultado en ella un depósito para leña, carbón de espino, frejoles, papas, vino en damajuanas, barriles o botellas, charqui con preferencia de filete, quesos con ají o sin él, manteca en tarros, manzanas, naranjas, nueces, almendras garbanzos, chuchoca, huevos y aves muertas. Poseo un patio donde puedo tener capacidad para gallinas y hasta algunos pavos. Advierto, para no molestar inútilmente, que tengo ya el surtido necesario, para dos años, de luche y de cochayuyo. Puede enviárseme el boleto de los ferrocarriles a mi domicilio o a mi oficina, pues jamás ha dejado de llegar a mis manos hasta ahora, una sola carta que **realmente** se me haya enviado. De Ud. afectísimo seguro servidor.

Uno de los agricultores de mi relación, me dijo hace poco con aire inteligente:—"Me he dado cuenta de tu indirecta". Otro me detuvo para preguntarme.—"¿Aún hay lugar en tu bodega?"—"Dispón de los metros cúbicos que necesites".—le respondí. Un tercero, mas ladino, me golpeó el hombro y me dijo con aire triste—"¡Pero qué lástima que ya tengas cochayuyo!" "¡Ah! te conozco—pensé yo para mis aden-

tros—¡cuántos habrán querido salir del paso disparándome con fardos de cochayuyo y con *panes* de luche!" Pero debo reconocer que hay más de uno con buena voluntad dispuesto a surtir alguna de las secciones de mi espaciosa bodega. Ya me dijo alguien generoso y de buen corazón, con cierta timidez que le agradezco:—¿Te serviría de algo un saquito de morocho?—Mira, te diré con franqueza que no sé que cosa es morocho ni si se pela con cuchillo o a mano. Solo recuerdo que el pelado mocho que tocaba las ocho, comía morocho y ya eso me trae una ráfaga de la infancia, Mándame morocho!

Se dirá por algunos ingénuos que la vida cara golpea con igual fuerza *panperum taberna, regumque turres*, lo que viene a ser "desde la princesa altiva a la que pesca en ruin barca", o bien, desde el agricultor al empleado público; pero en cuestiones de comer no es verdad. Mientras en Santiago, los vecinos urbanos nos concretamos a las más modestas recetas de cocina, de esas en que, a defecto de gran precisión en las medidas, se emplean pocos y económicos materiales: "se toma un puñado de sal, un medio platillo de harina, una narigada de nuez noscada, se espolvorea todo con canela, etc." el vecino rural se hace traer de sus propiedades las más pantagruélicos manjares: huachalomos enteros salpresos, una ternera en escabeche, chanchitos rellenos con pavos o pavos rellenos con chanchitos, arrollados de malayas de tal dimensión que parecen rollos de tripe cortado y otras golosinas de igual consistencia. Conozco, por ejemplo, el caso auténtico de un hacendado que tenía arrimado a un poste de su parrón, a la entrada del huerto, una de esas enormes tinajas de greda donde cabían sus treinta arrobas de mosto o el cuerpo de un hombre según las necesidades del momento y que, hoy día, desalojadas de las bodegas por los fudres de roble, solo sirven para que los chicos canten en ellos introduciendo sus cabezas para escuchar el eco sordo y múltiple de sus voces. Pues bien, el hombre escojió esta tina, la hizo lavar con cuidado y la destinó a un escabeche de patos y perdices. He tenido curiosidad de conocer el material que ha entrado en esta preparación sin precedentes. Hélo aquí: "Dos barriles de vinagre de vino blanco de ocho arrobas cada uno, trescientas cebollas, trescientos pimentones, tres canastos de ají verde, cinco cuelgas de ajos, un kilo de clavos de olor,



El sueño del glotón podrá representarse con la pesadilla de todos los animales que habían entrado en sus comidas de la jornada.

tres kilos de canela, tres docenas de patos y ochenta perdices." ¿Se figuran ustedes en las vidrieras de Weir Scott la tinaja con una gran etiqueta: "Perdices y patos en escabeche, precio: cuatrocientos pesos por tina; cuatro mil pesos la docena"?

Y, mientras tanto, al lado de tal abundancia, hétenos aquí a los míseros santiaguinos entregados a un vegetarianismo obligatorio nada alentador. Los platos de antaño se han hecho microscópicos. Yo recuerdo como algo micológico las famosas *malayas al estandarte*, presentadas como la verdadera insignia de una sociedad, clavada en un fierro y de la cual se cortaba al rededor, con afilado cuchillo, una faja que podía ser de dos metros de largo. Hoy día nos contentamos con un decímetro.



Topé en la puerta de la casa al lechero, al panadero, al vendedor de mariscos

Por esta razón miramos con cierta simpatía la inmigración japonesa. Sabemos que el japonés, "que es un mortal—es el más feliz, el más jovial...", trabaja la tierra en tal forma que donde un chileno produce una mata de lechugas él cosecha dos sacos fanegueros, que, en materia de pesca, sacará congrios de los pisos mas bajos del mar, donde aún el pescador chileno no ha hecho exploraciones voluntarias, y, finalmente, que aprovechará los charcos de los caminos chilenos para darnos arroz a precios inverosímiles.

Nadie se ha muerto de hambre—dice la ciencia moderna—y muchos se enferman por comer demasiado. Es verdad; pero el estómago y el bolsillo no entienden de aforismos médicos. Ante un bostezo no hay cifra que valga.

ANGEL PINO.

PARTIDA AL CIELO

A la memoria de Anita Hunceus Salas

...Elle vécut ce que vivent les roses l'espace d' un matin...

MALHERBE.

Se fué una tarde aureolada de oro y azul, al través de la tibia luz de una tranquilidad infinitamente apacible y hermosa, a las regiones eternamente extranjeras del infinito... Se eclipsó, encantadora estrella de nuestra vida, con los resplandores de los rayos solares en esa tarde, diáfana, en el momento en que se dibujaban sobre la tierra y en el agreste de un triste y frío invierno, la sombra indecisa de los mundos crepusculares. Como el astro del día, en su ocaso, atrae al hombre a pensamientos severos y profundos, así aquel angel humano, hundió con su viaje prematuro al cielo, en los abismos de la amargura y del sentimiento, a esos seres queridos, siempre sensibles, que ella, como nosotros lo hicimos un día llamaba con tan infinita dulzura del bello y poético nombre de "papá" y "mamá".



Señorita Anita Hunceus Salas

Se fué aquella adolescente belleza, de ojos tiernos de azul y de topacio, de nariz aguileña, de labios delgados y finos, de mejillas purpurinas y suaves, de cejas de un rubio espeso y sombrío, de cabellos sedosos y dorados, de rostro de un óvalo perfecto y exquisito, de expresión infinitamente dulce de las vírgenes de Foligno, de hablar reflexivo, atrayente y mágico. Sí. ¡Ah! se fué para siempre, en el crepúsculo de aquella tarde, con la sonrisa en los labios y la mirada fija, como por encanto de una visión de querubines, de serafines y de una pléyade de todos esos seres divinos, que ella siempre amó tanto, durante su pequeño vuelo en los espinosos senderos de esta tierra... Esa bella sonrisa de adiós supremo, tenía, no obstante, el fuego abrasador de la santa y divina visión no se qué de ligeramente sombrío que nos hablaba de su sentimiento por haber pasado con demasiada rapidéz al más allá, sobre los encantos que, con todo, existen en las cosas de aquí abajo. Como estaba de bella Anita, en esa actitud encantadora de la partida. Nadie podría pintarle en este mundo... pero yo más dichoso, podré al menos, en el fondo del espejo de mi alma, contemplarla, así en su último genial gesto de infantil afecto. Estaba tan hermosa, en el brillo consumado a sus despojos mortales, por el arranque de su alma que les abandonaba tronchada de su capullo de botón de rosa... Era bella, como no lo fué jamás en su vida... ¡Qué hermoso cuadro! una sonrisa oceánica para dafanar nuestro dolor, y frajas de espumas violáceas, para castarnos su pena de dejarnos tan pronto... Así, también, llevaré tu imagen en la tra-

ma de mis recuerdos, para apaciguar, por su visión, los tormentos que, sin tregua, circularon en las horas del ocaso de mi vida.

Tengo aun, viva en el fondo gris velado de mis ojos, toda la vida de los cortos momentos pasados con ella, sea en dulces e inocentes conversaciones, en las suntuosas soleras de sus amados padres, sea a la cabecera de su lecho de enferma, divirtiéndonos en mirar, como dos viejos amigos, al través de los cristales de un celeidescopio, las celestes figuras de las bellas santas que ella idolatraba, y estos momentos de angélicos pasatiempos, con ese sér que es y fué algo más que humano, formarán también los horizontes de los panoramas en que fijaré mi mirada durante las tempestades que truenan con tanta frecuencia sobre nuestro penoso camino de viaje, en las llanuras de países eternos. De antemano estoy cierto que la vaga bondad que se exhalaba de la mirada límpida y profunda de sus ojos, continuará endulzándomelo todo, haciéndome amable y ligera la lucha por la vida.

Ahora, donde estás, divina visión... tú que fuiste dejándonos el dolor inefable de no poder gozar ya más del encanto de tú nostálgica languidéz. Todos los esfuerzos de la ciencia y de nuestras plegarias no bastaron ¡ay! para cerrarte el camino de tu postrer jornada. Haz revivido en un mundo mejor, digno de tu inocencia... Los ángeles hermosos sufrirían de verte en las pálidas regiones de la tierra. Ese último día, más felices, pudieron llevarte con ellos, al través de las dulzuras de un sueño encantador, para llevarte en el brillante carro de las donas, a la presencia del Eterno.

Que el cielo que te guarda no sea demasiado avaro del poco amor que nos dejaste. Que él te permita, en algunos de tus momentos, dejar a los céfiros hablarnos de tí, decirnos que tú piensas en todos nosotros que te conocimos, y que ya has comenzado tus dulces coloquios con el divino amante de las almas, para confiarla, sin duda, nuestras penas y el ardiente deseo que nos abrasa, de ir a reunirnos con él, sobre todo, angelical amiga, suplicadle muy dulcemente, en nombre de toda una falange de almas, que le dé aquí abajo, a tu joven padre, la fuerza del valor en la lucha y la resignación por tu pérdida.

P. VICENTE OLIVIER.

DE ULTRA-TUMBA

La poesía que publicamos en esta página fué comunicada a don Arturo del Río, senador por Tarapacá, en Punta de Lobos (cerca de Iquique) por una (medium), que a su vez dice haberlos recibido del poeta cuya firma lleva. La comunicación espiritista a que nos referimos, tuvo lugar en Mayo del presente año de 1913.

ULTIMAS PALABRAS DE UN MORIBUNDO

Entre amigos que el oro me produjo
Pasaba sin afán las horas yo:
Y de mi bolsa al poderoso influjo
Todos gozaban de esplendente lujo.
Pero mi madre, nó.

¡Pobre madre! Yo de ella me olvidaba
Cuando en brazos del vicio me dormía,
Un hermoso cortejo me rodeaba
A ninguno mi afecto le faltaba,
Pero a mi madre, sí.

"Hoy moribundo, en lágrimas deshecho,
Exclamo con dolor: todo pasó!"
Y al ver que jime mi angustiado pecho
Todos se alejan de mi pobre lecho,
Pero mi madre, nó.

Y cerca ya de mi postrer suspiro
Nadie se acuerda por mi mal de mí:
La vista en torno de mi lecho giro
Y en mi triste redor a nadie miro,
Pero a mi madre, sí.

G. MATTA

APTITUDES MENTALES DE LOS NIÑOS



Por el

Dr. Horacio Guzmán

Ilustraciones fotográficas.

I

Uno de los problemas más interesantes para el progreso intelectual y material de un país, es sin duda alguna el que se refiere al aprovechamiento conveniente de las aptitudes que muestran los niños, tanto en sus hogares como en los establecimientos de instrucción. Y es fácil comprender a primera vista, que de este factor dependerá seguramente el éxito o el fracaso futuro de su vida.

Por este motivo hemos considerado un deber de patriotismo, el llamar la atención de la sociedad y de los poderes públicos hacia este asunto que se puede llamar de porvenir nacional.

Todo el mundo sabe que rara vez se consultan como es debido, las aptitudes naturales de un niño, al elegir para él una profesión, una ocupación, un arte o un oficio, cualquiera que sea. Generalmente se procede siguiendo el criterio de conveniencia que se han formado sus padres o sus tutores: algunos piensan que deben escoger para sus hijos el mismo trabajo u ocupación que ellos tienen, a fin de que puedan aprovechar las condiciones mas o menos ventajosas que han logrado procurarse; otros, toman en cuenta la colocación que en ese momento está mas en boga y que puede por consiguiente asegurar un mejor resultado pecuniario; y no falta quienes se guían únicamente por el consejo de alguna persona extraña. Y así por el estilo.

A todo esto no se ha consultado lo principal, que en el caso presente viene a ser: ¿para qué sirve o para qué es apto este niño?

Y de este olvido o prescindencia viene

una elección caprichosa, que si no sale acertada por casualidad, trae como resultado ineludible, no solo la infelicidad futura del niño, sino también un verdadero perjuicio público, por cuanto se ha desperdiciado una inteligencia, que bien dirigida, pudo haber contribuido mas o menos a la prosperidad nacional.

Por de contado que (salvo excepciones) no se puede pedir la solución del problema al mismo interesado, porque es relativamente raro que un muchacho entre los quince o los dieciseis años, que es la edad en que hay que tomar estas resoluciones, tenga el suficiente criterio y conocimiento de sí mismo para apreciar correctamente sus verdaderas inclinaciones. Por consiguiente hay que buscar por otro lado. Pero antes necesitamos analizar, aunque sea sumariamente, porque los niños manifiestan siempre una tendencia intelectual dominante. Esto nos conduce al estudio general de **las aptitudes mentales.**

La facultad denominada Entendimiento, reside en esa parte del alma que se llama la Mente.

La Mente es asiento no solo de la inteligencia, o sea del razonamiento lógico, sino también en sus regiones superiores, de lo que se ha llamado la Intuición, o sea el conocimiento abstracto de las cosas invisibles y que están por encima de la razón. Con esta parte de la Mente es con la que se hacen esas creaciones geniales que son el asombro de la humanidad, en la metafísica, en el cálculo, en la música, en la pintura, en la escultura, en la poesía, etc.: de cosas que vienen a la conciencia del ser privilegiado que la posee, no por el encadenamiento razonado de la lógica, sino por la inspiración. Es por lo tanto el privilegio de muy pocos, todavía.

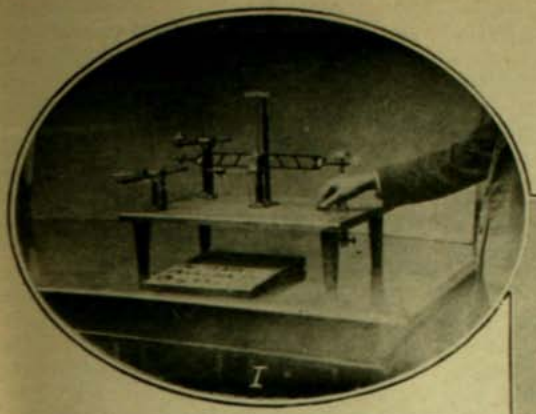
De esas altas regiones nos viene también lo que se llama ordinariamente la voz de la conciencia; y por la filosofía, el sentido moral. Estas finísimas vibraciones espirituales, son las que evitan en algunas personas las grandes caídas morales en ciertos momentos de prueba, y aunque sean ellas desigualmente persividas por los diferentes seres humanos, según sea su desarrollo evolutivo, no por eso dejan de iluminar la conciencia, haciéndola sentir remordimientos y felicidad, según haya sido su conducta adversa o favorable a la gran ley moral.

Para nuestro asunto presente no tenemos para qué ocuparnos sino de la mente revelante o común del hombre.

Como hemos dicho, la facultad pensante del alma humana reside en la mente: pero para que esos pensamientos se hagan manifiestos a la conciencia, se necesita del concurso del cerebro, que es su órgano material de expresión. Con la mente se piensa, pero por medio del cerebro se tiene conocimiento de lo que se ha pensado. Se vé pues que el viejo conflicto entre el espiritualismo filosófico y el materialismo de las ciencias físicas, es absurdo, como pasa con casi todos los conflictos de esta naturaleza: que contemplando unos y otros la misma cosa bajo un aspecto y desde un punto de vista diferentes, no pueden ver forzosamente sino un lado de la verdad y no podrán jamás ponerse de acuerdo.

En materia de inteligencia o de razonamiento se puede decir en general, que nadie (salvo los casos excepcionales de idiotismo) es perfectamente hábil ni completamente negado: uno y otro extremo del desarrollo intelectual es siempre relativo, como lo son todas las cosas humanas. Hay hombres de ciencia, verdaderos gigantes del razonamiento, que son casi unos infelices en materia de especulaciones mercantiles, hay artistas que son incapaces de pensar diez minutos seguidos en su razonamiento científico o filosófico, y ateniéndonos a lo que mas abunda, vemos muchos hombres de negocios con quienes dá lástima hablar de asuntos que no se refieran directa o indirectamente al dinero. Es verdad que han existido hombres como Picó de la Mirandola, Miguel Angel, Leonardo de Vinci y algunos otros, que tuvieron aptitudes mentales casi universales, pero aquí no tratamos del genio, que como hemos dicho ya, reciben sus inspiraciones de las regiones mas elevadas de la mente.—¿Qué significan estas divergencias de la mentalidad humana?

Simplemente que las aptitudes mentales verdaderas de un hombre (y con mas razón las de un niño, que no es capaz de grandes esfuerzos), están restringidas, y aún podríamos decir, localizadas a un cierto grupo de pensamientos, dentro del cual pueden talvés llegar a hacer maravillas, pero que saliendo de allí, encuentran verdaderas dificultades para producir algo que val-



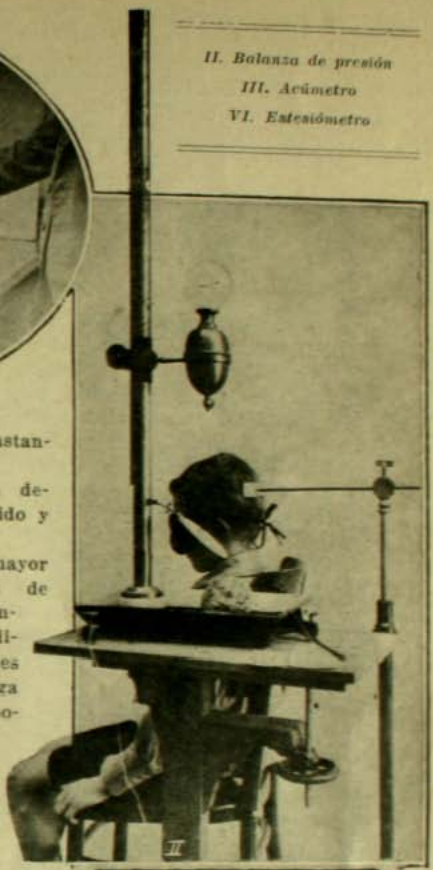
II. Balanza de presión
III. Acúmetro
VI. Estesiómetro

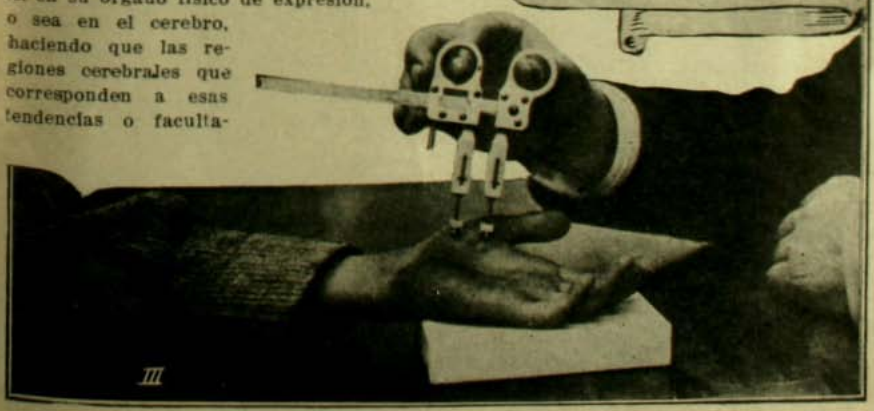
ga la pena: a lo menos en las circunstancias ordinarias de la vida.

Ahora bien, ¿por qué esta dirección determinada de la inteligencia en un sentido y o en otro?

Las aptitudes mentales, o sea la mayor o menor facilidad para la asimilación de un conocimiento cualquiera, tienen su punto de partida en los antecedentes hereditarios o sea, en las circunstancias pre-natales del ser humano, que cada cual se traiga a su nacimiento ciertas tendencias o disposiciones mentales y morales, que van a caracterizarlo y a distinguirlo de todos los demás seres, manifestando desde pequeño una especie de camino propio o de impulso anterior por decirlo así, en las expresiones de su mentalidad. Es el sello de su propia personalidad.

Y esta disposición mental y moral de cada ser, se refleja como es consiguiente, en su órgano físico de expresión, o sea en el cerebro, haciendo que las regiones cerebrales que corresponden a esas tendencias o faculta-





des, sean más desarrolladas y cuenten con un número mucho mayor de células grises, (que son las que sirven para la expresión del pensamiento), llegando aún a determinar ciertos cambios en la forma exterior del cráneo.

Así como hay en el cerebro regiones o localizaciones perfectamente determinadas por la ciencia, que corresponden al movimiento y a la sensibilidad del cuerpo físico, también las hay para las diversas manifestaciones de la inteligencia y de los instintos.

Son pues estas agrupaciones cerebrales, mas desarrolladas en ciertas partes del cerebro, y que corresponden a la tendencia o tendencias mentales dominantes, las que producen no solo esas variedades de formas en los cráneos humanos, de que acabamos de hablar, sino también esa variedad personal de expresiones en la fisonomía. La expresión habitual de la cara, y sobre todo de los ojos (que con razón se les considera como el espejo del alma) es la manifestación exterior de las tendencias o hábitos mentales dominantes. Día llegará en que se apliquen estos estudios fisio-orgánicos, en todos los establecimientos de instrucción.

Se comprende que siendo tan diferentes las condiciones hereditarias y pre-natales de cada ser humano, lo sean también las disposiciones o tendencias determinadas por aquellos.

Pero hay además otra razón: el hombre no es un ser aislado en la vida, ha nacido para vivir con los demás hombres, siendo solidario de la humanidad en general y de ciertas y determinadas personas en particular. Por consiguiente, debe su mente adaptarse al medio y a la época en que vá a vivir, contribuyendo con sus pensamientos y con sus acciones a la armonía general. Ahora bien, las necesidades actuales del progreso, han multiplicado casi hasta el infinito las manifestaciones de la actividad humana, estableciendo divisiones y subdivisiones nuevas en cada ramo a que el hombre se puede dedicar. De aquí es que el cerebro, o mas bien dicho, la mente moderna, tiene que seguir un camino progresivamente paralelo de división y subdivisión de facultades. Los atavismos hereditarios de las generaciones presentes, tienen invariablemente un poder general de asimilación a las distintas aplicaciones de la vida actual, mucho mas poderoso que los de las edades anteriores, en que todo era mas simple.

Pero, el que la intensidad de la vida moderna haya contribuido poderosamente al desarrollo de tendencias y aptitudes mentales nuevas, no quiere decir que deje de tener cada cual, una o mas aptitudes dominantes, que conviene explotar de preferencia, porque es de allí de donde se puede sacar el mayor beneficio con el menor esfuerzo.

Esta adaptación de la mente a las condiciones hereditarias personales y a las de la colectividad humana, no quiere decir de ninguna manera que quede ella sujeta de un modo fatal a seguir un camino fijo, como pre-determinado. Si así fuese, no habría desarrollo ni perfeccionamiento mental ni moral, posible. Sería ello la negación del progreso, un absurdo. No valdría la pena de vivir. Es cierto que por lo general, los niños, cuando se les abandona a sus propias tendencias, son incapaces de modificarlas, desarrollando así libremente algunas que pueden ser muy perjudiciales. Pero contra este peligro, tenemos la educacion de la familia y del medio social ambiente por una parte y la instrucción de las escuelas por la otra. Estos dos factores poderosos son los apoyos que impiden que el árbol se tuerza: de su buen empleo depende la suerte de todos los niños. Mas tarde, cuando el niño se ha hecho hombre, es decir, cuando ha llegado a la edad de veintiun años, ya se puede bastar a sí mismo: porque a esta edad empieza a funcionar la voluntad superior. Es el ejercicio de esta voluntad, el que permite al hombre modificar si él lo quiere, sus tendencias, sus hábitos, sus gustos; le es posible dar una nueva dirección a su inteligencia, cultivando aptitudes hasta entonces no modificadas: todo esto por su puesto, empleando mucho trabajo y perseverancia, por cuanto el desarrollo del alma humana no se puede conseguir sin grandes esfuerzos.

Pero como en el presente trabajo no estamos tratando de las vastas posibilidades del hombre dueño ya de sí mismo, sino de las aptitudes mentales naturales de los niños, en relación con la dirección que se les debe dar para allanarles el camino de la vida, no tenemos para qué ocuparnos especialmente de aquellas.

Decíamos pues, que por las razones ex-

presadas mas arriba, hay en la mente de cada niño una o varias tendencias o aptitudes intelectuales para adquirir fácilmente los conocimientos que les corresponden, y siempre que ese niño tenga la suerte de trabajar en el sentido de sus disposiciones, podrá llegar sin dificultad a resultados que otros, al parecer mucho mas inteligentes, pero desviados de su dirección natural, jamás podrán alcanzar. ¿Qué se desprende de esto? —Que el problema del aprovechamiento racional de las facultades particulares de cada niño, adquiere proporciones de un verdadero problema social, a cuyo estudio tendrán que dedicarse tarde o temprano todos los padres de familia que sean conscientes de sus deberes y todas las personas que tengan a su cargo establecimientos de instrucción.

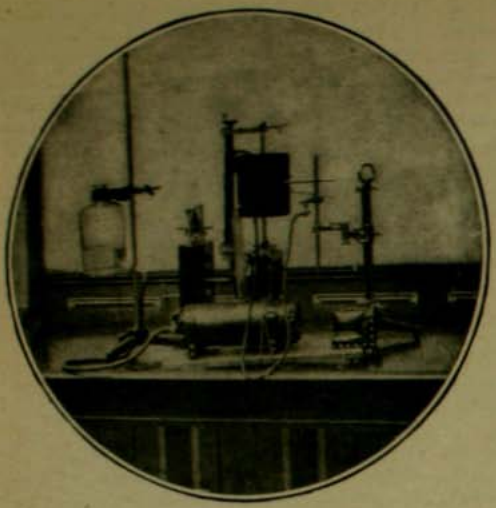
Un niño intelectualmente mal dirigido, es lisa y llanamente un desgraciado, y lo será mucho mas todavía cuando entre a luchar en el campo de batalla de la vida, en donde encontrará dificultades que le parecerán insuperables, y que no pudiéndolas vencer, le traerán pronto el desfallecimiento mental y quizás moral, que es uno de los peores lotes del destino.

Siempre recordamos con pena el caso de un pobre niño que conocimos en el colegio. Los profesores de aquella época que por cierto no revelaban cualidades pedagógicas muy sobresalientes, se esforzaban vanamente por hacerle comprender las áridas reglas de la gramática de Bello y los hechos de la Historia Romana: el pobre alumno estudiaba y volvía a estudiar sus lecciones, sin conseguir jamás retenerlos en una forma medianamente aceptable; llegaba a las clases, en que recibía diariamente su triste ración de castigos, por lo que los maestros llamaban su pereza. Estos esfuerzos infructuosos diarios acabaron por abatir su ánimo: él se sentía "incapaz para el estudio", según nos decía. Pero, cosa curiosa, ese mismo niño llegaba a las clases de matemáticas, y, había que verlo: las explicaciones mas difíciles del profesor del ramo, las encontraba no solo fáciles, sino evidentes, y como si esto fuera poco, les añadía de su propia cuenta razonamientos que reforzaban mas y mas el teorema en cuestión. Era el primero de su clase. Cuando se ocupaba del cálculo matemático, su cara se animaba, se ponía hasta alegre. Pero tiempo después, ese niño fué sacado del colegio en vista de las dificultades que encontraba para completar su curso de humanidades, y sus padres que deberían ser indudablemente tan capaces como los profesores de gramática y de historia, en materia de apreciaciones de facultades mentales, sepultaron en las faenas de la agricultura aquella prodigiosa nacida para el cálculo.

Por cierto que no siempre se observa esta facultad tan claramente marcada para una cosa y tan cerrada para las otras. Generalmente se nota en el mismo niño, una mediana disposición para cierto grupo de conocimientos, una dificultad mas o menos seria para otros, y una gran facilidad para un grupo mas restringido todavía. La cuestión está en seguir el rumbo de la facultad mas alta de ese cerebro o de esa mente, para poder obtener el máximum de rendimiento con el menor esfuerzo posible, haciendo de cada hombre un especialista en la facultad que posee. Lo repetimos: no se trata aquí de los casos extremos del Idiotismo ni del Genio, porque como hemos dicho al principio, ambos quedan afuera de las condiciones normales de la inteligencia: el uno por recibir su cerebro las vibraciones de las regiones superiores de la mente; y el otro por no tener un cerebro normal que sirva para la expresión de ella. Hablamos del término medio, y hablando de ellos, declaramos que el niño que parece aún menos favorecido en el orden intelectual, siempre posee alguna disposición mental que si se la dirige bien es susceptible de un desarrollo considerable, que puede llevarlo a ser, por lo menos, un hombre útil a la sociedad y a sí mismo.

Un niño intelectualmente bien dirigido, tiene forzosamente que sentirse feliz: como no lo hacen seguir una vía contraria a la construcción de su cerebro, trabaja con gusto; al hacerlo así, concentra su atención en sus estudios, evitando de este modo esas divagaciones o distracciones mentales tan comunes en el caso contrario. Siente la satisfacción legítima de ver que adelanta rápidamente en sus conocimientos, porque está asimilando aquellos con los cuales tiene verdadera afinidad. Llega por fin a sentir un amor real por su trabajo, que es una de las bases del éxito. En una palabra, es la aplicación práctica del acertado proverbio inglés: the right man in the right place.

A esto se añade que el ejercicio de una facultad mental ya existente, como toda



Pletismógrafo

gimnástica, hace desarrollar rápidamente la región cerebral correspondiente a esa facultad: las células grises que la componen, se multiplican, (del mismo modo que se engruesan los músculos con el ejercicio muscular), y esta multiplicación, mejora mas y más esa disposición o facultad. Los célebres experimentos hechos en perros por el profesor Elmer Gates de Washington, prueban la verdad de esta afirmación, de una manera irrefutable. Este ilustre hombre de ciencia, entre otros experimentos, hizo el de disponer tres grupos de perros **de la misma edad y de la misma raza**, todos sometidos al mismo régimen alimenticio. El primer grupo fué adiestrado, conforme a sus métodos especiales, a desarrollar el sentido de la vista, hasta llegar a hacerlos distinguir siete tonalidades de color rojo y otras tantas del color verde. El segundo grupo, fué dejado sin recibir ningún adiestramiento. Y el tercero, por el contrario, puesto en condiciones de no hacer ningún uso del sentido de la vista. Al cabo de algunos meses, sacrificó un número igual de perros de cada grupo, encontrando que en los del primero, había en la zona cerebral correspondiente al sentido visual, un número de células **mucho mayor** que el normal; en los del segundo grupo, encontró el número normal de células; y en los del tercero, uno mucho menor que el normal. Si esto pasa con los perros, ¿qué no podrá suceder con el cerebro humano dirigido no solo por la voluntad del maestro (como en el caso de los perros) sino también ayudado por la voluntad personal?—Esta enorme multiplicación de que son capaces las agrupaciones celulares del cerebro humano por el ejercicio mental correspondiente a esa agrupación, se explica por una doble causa: primero por la mayor afluencia de sangre a esa región cerebral, debida a la concentración mental, concentración que es originada por el interés y atención que solo se gasta en la adquisición de conocimientos con los cuales hay afinidad; y segunda, por la menor resistencia a la acción que presentan esas mismas agrupaciones celulares, aplicándose en este caso, (como en toda la mecánica del universo), la ley que expresa que las fuerzas dinámicas operan siempre en el sentido en que encuentran la menor resistencia. Y hay que hacer notar que la energía mental es una de las fuerzas mas dinámicas, de la naturaleza.

II

Reconocida pues la necesidad de ocuparnos de la solución de este problema social, ¿Cómo podremos llegar a ella?

Es cierto y muy cierto que la tarea es difícil, y que requiere mucha abnegación, mucho trabajo y mucho tiempo para llegar a dominarla. No se pueden modificar en un año, males que han durado siglos. Pero el que la empresa sea en sí difícil por razón de su misma magnitud, no quiere decir que sea imposible. Por otra parte, los esfuerzos y aún sacrificios que cuesten, serán nada en relación con los resultados: es un porvenir tan hermoso para nuestro país el poder llegar a quintuplicar el poder mental de sus hijos, aumentando así en igual proporción su capacidad productora, en todos los órdenes de la actividad humana.

Es verdad que nuestra raza, por los elementos excepcionalmente vigorosos que le dieron origen, tiene un poder tan notable de asimilación para los conocimientos mas variados, que, a pesar de no haber recibi-

do jamás la menor dirección en materia de selección mental, ha logrado llamar la atención de los extranjeros encargados de la enseñanza o de la dirección de fábricas y establecimientos industriales.

Pero el que nuestra raza, en razón de sus buenos atavismos, posea la cualidad general de una percepción fácil, no quiere decir que debemos dormirnos sobre estas ventajas naturales y no hacer nada para levantarla a ocupar el rango que merece y que necesita.

En los primeros tiempos de nuestra vida independiente, esas cualidades de resistencia física y de inteligencia despejada, fueron suficientes para que nuestra Patria pudiera sacar de ellas trabajadores esforzados y guerreros intrépidos; pero las necesidades mas y mas complicadas de la vida moderna, exigen sacar el mayor partido posible de la capacidad mental de los ciudadanos, a fin de que puedan luchar con éxito en la gran campaña de la competencia mundial; competencia que vá a tomar pronto un carácter agudo con la apertura del Canal de Panamá. No hay que olvidar que la ruina de una raza es la estagnación: el progreso necesita ser indefinido.

Entrando en malicia, podemos avanzar desde luego que la ejecución de este nuevo programa llamado a modificar por entero la situación del país, queda por razón natural en manos de los padres, apoderados y tutores de los niños, por una parte, y de los poderes que dirigen la instrucción fiscal y particular, por la otra.

Haremos un ligero análisis de la materia:

El niño, en su primera infancia, o sea, desde el nacimiento hasta los siete años, en las circunstancias ordinarias, no dá ningún indicio que valga la pena, de sus aptitudes mentales.

Durante la segunda infancia, o sea, desde los siete años a los catorce o quince años de edad, es la época en que el niño hace mas propiamente su instrucción. Esta, naturalmente, tendrá que variar según sea su situación en la vida: desde la mas elemental, que es la que recibe en nuestras escuelas públicas, hasta la mas completa de los establecimientos de instrucción secundaria.

No entra en la índole del presente trabajo, analizar las ventajas o inconvenientes de tal o cual sistema de enseñanza. Solo queremos establecer que la adquisición de estos conocimientos generales, es necesaria, porque además de servir de gimnástica mental o cerebral, (en razón de su desarrollo progresivo), gimnástica que robustece su cerebro, preparándolo para lanzarse mas tarde al ejercicio de sus verdaderas aptitudes mentales, le dá al mismo tiempo la ilustración necesaria para no ser un ignorante en todo lo que a ellas no se refiera. Perseguimos el éxito en la vida por el aprovechamiento científico de sus facultades dominantes, pero no pretendemos hacer de cada niño su esclavo. Solo deseamos que esta instrucción se haga en forma que resulte lo menos pesada para los tiernos cerebros de los niños, a fin de no agotar las grandes energías que vá a necesitar para la magna empresa de desarrollar sus cualidades sobresalientes.

Es en esta época precisamente en la que se le debe vigilar muy atentamente tomando nota de cualquier indicio que pueda dar luz respecto a sus **verdaderas** inclinaciones mentales. Pero hay que prevenir a los maestros y a los padres de familia, que deben tener el mayor cuidado en asegurarse que esos indicios sean **espontáneos**, porque de otro modo no tendrían ningún valor; el niño tiene en su cerebro una plasticidad y delicadeza tal, que es de lo mas apto para tomar las afirmaciones de sus padres o las sugestiones de las personas que lo rodean, como cosas propias. En otros términos, un niño creerá sinceramente tener las aptitudes que oye elogiar o comentar habitualmente, y esto sucederá aún tratándose de aquellos de inteligencia mas clara que el común. Hay en los niños cierto espíritu de imitación que se desarrolla tanto mas libremente cuanto que no está controlado por el razonamiento sólido.

Una vez que se tengan algunos indicios respecto a sus inclinaciones naturales, hace falta todavía otra cosa muy importante: esta es la **confirmación lenta y sostenida** de que esos indicios son verdaderos y no pueden conducir a un error, que podría tener amargas consecuencias.

Para esto, se hace necesario someter al niño a todas las pruebas y contrapruebas necesarias, poniéndolo, (sin que él lo advierta) en las circunstancias mas convenientes para la expresión de sus aptitudes. Todos estos pasos se deben dar con mucho tacto y circunspección, a fin de que el niño jamás llegue a darse cuenta de que se le

observa de un modo especial, pues desde el momento que germina en él el sentimiento de la desconfianza, se acaba la espontaneidad, y con ella desaparecen todas las posibilidades de formar un juicio recto de sus aptitudes.

Otra causa de error muy posible en este género de investigaciones, consiste en tomar por verdadera aptitud mental, algo que no es sino el efecto de una efímera curiosidad: los niños en toda su vida de tales y principalmente en la segunda infancia, son seres que están desarrollando las células grises de su cerebro y haciéndolas aptas para la expresión de sus facultades mentales, que van manifestándose mas y mas, a medida que el cerebro, su órgano de expresión adquiere la consistencia necesaria para su libre manifestación. De este hecho material, nace la gran curiosidad que manifiestan los niños por cada cosa nueva que van viendo. En niños vehementes, esta curiosidad puede llegar a un grado tal que puede hacerla confundir con una verdadera aptitud. Pero felizmente es fácil distinguir entre ambos, por la poca consistencia y duración de la primera. Pronto sigue a la efímera curiosidad, el cansancio y el olvido.

No sucede lo mismo, cuando se trata de una verdadera inclinación: talvés la atracción primera no es tan violenta, pero es mucho más persistente, y se va incrementando día por día, siempre que el niño esté en condiciones favorables para ello. En tal caso, se nota que el interés por esa cosa va aumentando paulatinamente en vez de decaer: cada día que pasa, el niño va percibiendo detalles nuevos que no había observado antes. Este nace de la facultad que se llama Atención y que permite enfocar por decirlo así, las facultades de la mente sobre una sola cosa, permitiendo verla con mucho más claridad.

El ejercicio de la Atención solo se verificará cuando va precedida por el interés: sentir interés por algo, implica mirarlo con atención. Ahora bien, así como el interés va seguido po. la atención, también viene precedido por el deseo, y como el deseo es una enorme fuerza dinámica que impulsa a la acción, podemos afirmar que el hecho de sentir por algo un fuerte deseo seguido por una firme atención, trae como consecuencia segura e inevitable una acción poderosa.

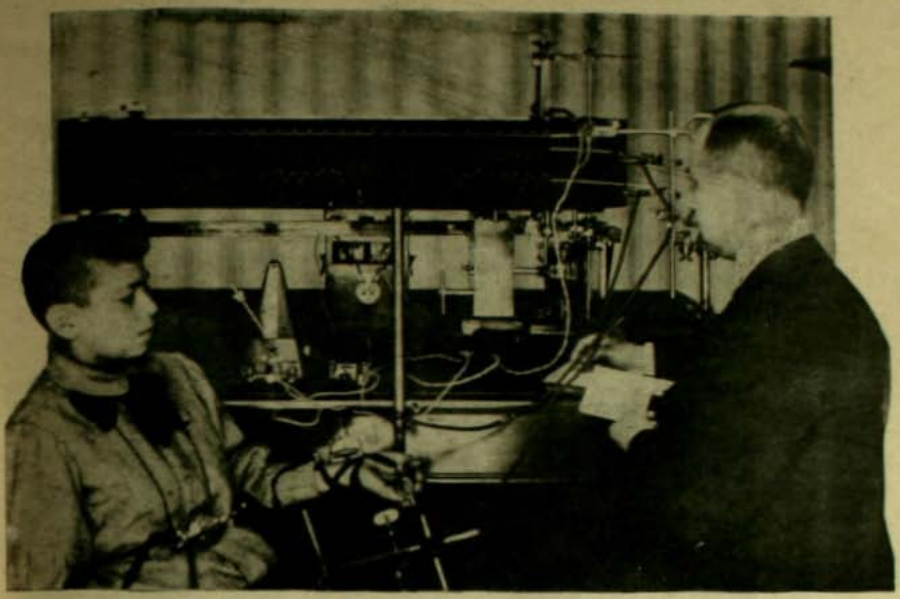
Esto es precisamente lo que necesitamos: hacer que el niño, al dedicar sus energías mentales a un trabajo o conocimiento con el cual tiene afinidad previa, desarrolle por las fuerzas combinadas de su deseo, de su interés y de su atención, la acción mas poderosa posible que le permita rendir la mayor producción con el menor esfuerzo.

En la técnica de la electricidad, se sabe que la resistencia al paso de la corriente, determinada por un conductor demasiado delgado, hace que se pierda inútilmente una enorme cantidad de fuerza. Lo mismo sucede con el trabajo mental: un esfuerzo de la inteligencia hecho sobre un asunto enteramente ageno o contrario a las aptitudes naturales, encuentra una resistencia tan seria, algunas veces, que se esteriliza por completo o da un resultado ínfimo.

Por entendido, que no negamos ni por un momento, la posibilidad de adquirir conocimientos, para los cuales no hay ninguna aptitud. Lejos de eso: esta posibilidad la tenemos todos, pero como demanda sacrificios muchas veces considerables con un resultado práctico muy deficiente, no conviene que los niños gasten en estos esfuerzos casi estériles, las energías mentales que va a necesitar mas tarde para abrirse paso en la lucha por la vida. De ahí la conveniencia de explotar la zona mas rica de su cerebro: del mismo modo que un minero explota de preferencia las vetas mas productivas, a fin de sacar pronto el mayor provecho posible.

Mas tarde, cuando ese niño se ha hecho todo un hombre y está gozando las ventajas del éxito, el mismo bienestar de que disfruta, lo hacen tener otras aspiraciones, o sea otros deseos, que lo impulsan, a crear nuevas aptitudes. Pero puesto en esta última situación la lucha no es ya desigual: asegurado la tranquilidad de su existencia, puede dedicar con entera comodidad las actividades de su voluntad, unido a los del deseo, a la satisfacción de sus aspiraciones. Ya no es una lucha humillante que acaba por debilitar el carácter, sino el deseo de un poderoso que quiere ser aún mas poderoso.

Como dijimos mas arriba, esta observación a que deben someterse todos los niños para sacar de ellos el mejor provecho, deben hacerla tanto los padres de familia y los tutores, como los maestros de los establecimiento de instrucción. Estos últimos,



Esfigmógrafo y neumógrafo

que los tienen constantemente bajo su vista y a su cargo, estarán en una situación excepcionalmente ventajosa para apreciar la mayor o menor facilidad que tiene cada niño para adquirir los diferentes conocimientos que los inculcan.

Ahora bien, los conocimientos que un niño puede adquirir, se dividen en teorías y practices o de aplicación. Los maestros, debidamente instruidos en estos nuevos deberes, pueden cumplir con la primera parte del programa (refente a los aptitudes en los estudios teóricos), llevando un registro mensual, por ejemplo, de las numerosas observaciones que ellos pueden recoger a ese respecto. Estos registros que deben quedar archivados tanto en las escuelas y liceos como en la Dirección de Instrucción Primaria y en el Consejo de Instrucción Pública, respectivamente, permitirían formar una Estadística bastante aproximada de los resultados de la instrucción nacional. Igual cosa podrían hacer todos los establecimientos de instrucción particular, conservando cuidadosamente sus archivos, lo que daría ademas excelentes datos respecto al mérito de los diferentes sistemas pedagógicos.

Comparados esos registros a fines de cada año, con los del anterior, y estos a su vez con los que siguen, sería fácil llegar a conocer el verdadero rumbo mental de cada niño, y en vista de ellos, darle la dirección que necesita.

Por supuesto que estas ideas no tienen la pretensión de formar por sí solos todo un sistema de instrucción. Unicamente queremos con ellas llamar la atención de los padres de familia y de los pedagogos hacia este grande y nuevo problema social, que puede darle un impulso enteramente inesperado a la prosperidad futura de la nación.

Respecto a la 2.a parte del programa de observación, la que se refiere a averiguar las aptitudes mentales de los niños para los conocimientos prácticos o de aplicación, es mucho mas difícil de cumplir, toda la enorme escasez de recursos que nos caracteriza. No es fácil reunir una cantidad de niños en un establecimiento que encierren, no diré las principales, sino unas pocas maquinarias y útiles mecánicos, que puedan servir de escuelas de prueba, con este objeto.

Para llenar esta necesidad, en la medida de nuestras fuerzas, se podría establecer en uno o mas museos de la república, en una forma modesta, algo que hay establecido en Inglaterra en una forma grandiosa.

En el Museo Británico de Londres, hay una enorme sección, propia de la magnificencia sin igual de aquel establecimiento, dedicado a presentar muestrarios reducido a una escala pequeña no solo todos los aparatos de mecánica conocido, sino tambien de todas las instalaciones imaginables de maquinarias y de establecimientos fabriles e industriales. Estos muestrarios no son meros facsímiles o juguetes que sirven solo para mirarios. Nada de eso, todos sus detalles y el público, principalmente el público escolar, tiene allí acceso libre sin restricción alguna. allí acceso libre sin restricción alguna.

Como si esto fuese poco, estos aparatos y estas instalaciones se prestan continuamente a las escuelas que lo solicitan, por un cierto número de días; viéndose continuamente vacíos en la sección, con un rótulo que expresa que el aparato tal o la instalación cual, falta por el momento porque se ha prestado a una escuela.

El maestro hace funcionar esos aparatos ante sus alumnos, quienes se inician con toda facilidad en las maravillas de la mecánica, manifestando pronto los escogidos su tendencia dominante. Imaginemos por un momento, cuántos moles de niños habrán sentido de ese modo despertarse rápidamente sus facultades creadoras en las innumerables aplicaciones mecánicas.

Otro tanto podría hacerse con las visitas escolares periódicas a los museos de Bellas Artes, en donde se podría tener reproducciones fotográficas, o también cromograbados de las principales obras de arte pictóricas, y también facsímiles en yeso, de tamaño reducido, de las mas grandes esculturas, con el objeto de prestarles a las escuelas a fin de que puedan manifestar sus disposiciones artísticas los que las posean. En cuanto a los que no las posean, siempre adquirirán cierto grado de cultura por el desarrollo del buen gusto, cultura que aleja mucho al hombre de las aficiones innobles.

También podrían y deberían las escuelas, tener acceso periódico al Conservatorio Nacional de Música, en días especiales, en los cuales reuniendo el establecimiento sus mejores elementos, se tocase música de cámara y aún grandes conciertos sinfónicos. De esta manera podríamos sacar de las filas de los niños, grandes talentos musicales, que por cierto no escasean en nuestra raza.

Se comprende fácilmente que los niños sometidos paciente e inteligentemente a estas numerosas pruebas, tanto teóricas como prácticas, durante el tiempo de su instrucción escolar, que lo es también el de su segunda infancia, puedan llegar a los diez y seis años, a un estado en el cual, por la reunión de todos los antecedentes de la escuela y del hogar, les sea posible a los padres, en pleno acuerdo con sus hijos, darles una dirección consciente respecto a la elección de una profesión, de un arte o de un oficio cualquiera: la elección caprichosa actual ya no tendría razón de ser y no se volvería a confiar su destino y su felicidad a los azares de la suerte!

Por supuesto que estas ideas generales que presentamos, no constituyen sino un bosquejo que puede servir para iniciar este gran movimiento, cuya ejecución quedaría naturalmente encargada al Gobierno, en particular, representado por los consejos directivos de enseñanza oficial y a todos los maestros en general.

Cuando termina la segunda infancia, es decir a los quince o dieciseis años, empieza la adolescencia. En esta época de la vida, hace su aparición una nueva fuerza, que hasta entonces había permanecido en estado latente: esta es la fuerza de las pasiones, que comunica a todos los sugetos, una nueva actividad. Las emociones, los sentimientos y sobre todo, los deseos, adquieren una intensidad desconocida hasta entonces; hay impulsos enérgicos que incitan a la acción con una vehemencia que suele ser peligrosa, cuando no es bien dirigida. Es la edad de los grandes anhelos y de los grandes entusiasmos. En ella todo toma un carácter agudo: lo bueno tanto como lo malo. Los peligros tan conocidos de esta edad, se explican por el desequilibrio natural que resulta de una enorme fuerza dinámica impulsiva, todavía mal dirigida por una mente y una voluntad que no han llegado aún a su límite más alto de expresión.

Pues bien, los inconvenientes propios de la adolescencia, se pueden convertir en ventajas: basta para ello dirigir o canalizar estas grandes energías, por el camino de un trabajo grato y fácil. El trabajo grato, que es únicamente el que se hace en armonía con las aptitudes mentales dominantes, ocupa en el alma del joven el lugar de las pasiones, o expresado en un lenguaje mas cien-

tífico, absorve y consume esa potencialidad, sirviendo como un poderoso elemento moderador que acaba por restablecer el equilibrio perdido entre el deseo pasional y la voluntad superior. De esta manera se aprovechan las fuerzas peligrosas de la adolescencia, haciéndolas condensarse en un trabajo agradable que le abrirá mas tarde el camino del éxito.

Es pues en esta época de la vida, en la cual deberá todo joven, tener ya tomada su resolución, respecto a la profesión, arte u oficio a que le conviene dedicarse. Es la época propicia, por cuanto ya ha hecho los estudios gnerales preparatorios, que le han dado, a la par que cierta instrucción, las oportunidades necesarias para que tanto sus padres y sus maestros, como él mismo, hayan tomado la decisión conveniente. De ahí en adelante, ya no habrán obstáculos serios: las energías de la mente, ayudadas por las fuerzas pasionales bien dirigidas, harán su obra bien y rápidamente; el joven estudiante sentirá que pisa sobre un terreno firme; mirará sin temor el porvenir y acabará por realizar la confianza de sí mismo, esperándolo todo de sus propios esfuerzos. Este sentimiento es el que forma el carácter; y la grandeza de una nación se puede medir por el carácter de sus hijos.

El desarrollo armonioso de las disposiciones mentales dominantes, que correspondan a la profesión, arte u oficio elegidos, deberán pues hacerse entre los dieciseis y los veintiun o veintidos años. Llegado el joven a esta edad, entra en la virilidad plena, en esa época de la vida en que el hombre es dueño (y del todo responsable) de sus acciones, porque ya su voluntad superior tiene bastante dominio para hacer el control de su mente haciendo de ella el uso que quiera.

Un hombre cuya instrucción ha sido racionalmente dirigida, entra a esta edad en las mejores condiciones posibles: es dueño de una ocupación, profesión, arte u oficio, o lo que sea, que ha podido dominar poderosamente con sus facultades innatas y para cuyo desarrollo no encontrará límites, porque trabajará siempre en el sentido natural de la menor resistencia; pudiendo al mismo tiempo llegar por medio del ejercicio al mas alto desenvolvimiento de sus disposiciones primitivas. Es así como se forman los colosos de la industria y los hombres notables de la humanidad.

Antes de terminar, diremos que sentimos plena confianza en el porvenir de nuestra patria. Esta confianza está fundada no solo en las inmenzas riquezas naturales del país, que aún no han sido tocadas, cuanto en el temple de la raza, que posee todas las energías necesarias para llegar a los mas altos destinos. Lo que le falta es dirección, dirección y mas dirección.

¿Necesitamos un ejemplo que sirva de término de comparación?—Pues ahí tenemos uno ya bien conocido, el Japón.

¿Qué era el Japón cincuenta o sesenta años atrás?—Una raza enérgica y guerrera, pero sumamente atrasada y que solo se hacía conocer en el extranjero por sus curiosas baratijas orientales y talvés por la habilidad de sus equilibristas, lo que no es mucho decir. No necesitamos lo que ha llegado a ser, pues es demasiado conocido el esfuerzo de sus hijos, hábilmente dirigido por algunos grandes patriotas como Yamagata y otros, lo han llevado en muy poco tiempo a una de las situaciones mas espectables a que es posible llegar. Actualmente no se puede hacer nada en el concierto de las grandes naciones sin tomarlo en cuenta: su supremacía en el oriente es tan incuestionable que ni aún los países mas poderosos de la Europa, se atreverían a disputársela.

Pues bien, esta temible colectividad de hombrecitos amarillos se ha desarrollado en gran parte siguiendo este plan: el de aprovechar debidamente las aptitudes mentales de sus hijos. Allí no solo ponen a estudiar a cada joven aquello para lo que es mas apto, sino que han ido todavía mas lejos: hicieron una verdadera selección anual, en todos los establecimientos de instrucción, de los jóvenes que manifestaban disposiciones sobresalientes para la adquisición de un conocimiento cualquiera que fuese. En seguida pasaban esos niños distinguidos a escuelas correspondientes que podían llamarse de perfeccionamiento, y todavía de entre ellos, escogían los sobresalientes para enviarlos a otros países, por cuenta del Estado, a profundizar sus conocimientos y a desarrollar al máximum las disposiciones naturales de su inteligencia. Y fué con esos jóvenes sometidos a esta ruda preparación, con los que el Japón llenó los mas altos cursos universitarios, los principales talleres y las grandes industrias del mundo Occidental, absorviendo como una esponja la

esencia de la civilización Europea, y llegando a superarla muchas veces. Hoy día tienen ahí inteligencias tan poderosas como bien cultivadas para todo lo que pueden necesitar. Es imposible encontrar una confirmación mas brillante de los resultados que trae consigo una hábil dirección de las aptitudes mentales.

Acaso no merece nuestro país un esfuerzo semejante de parte del Gobierno y de los instructores particulares?—Creemos que se lo merece de sobra: mas todavía, pensamos que tienen el deber moral de hacerlo.

Como ya hemos dicho, bastaría al principio con que los Directores de la instrucción tanto pública como particular, hicieran una campaña bien dirigida para inculcar en el gremio de profesores, el interés y dedicación necesarios para la ejecución de este patriótico programa. Habrían resistencias al principio, como las hay siempre para todo lo que salga de la rutina, pero al fin vencería la buena causa y no tardaríamos en palpar sus resultados.

Mas tarde, a medida de las exigencias que vaya trayendo el desarrollo de este sistema, se harán necesario crear nuevas instituciones que respondan mejor a las nuevas necesidades. Por ahora, todos los institutos de enseñanza técnica y práctica con que se cuenta actualmente, pueden servir para empezar desde luego, y ellos servirán al mismo tiempo de base para ensanchamientos futuros.

Como se vé a primera vista, el asunto es tan vasto que requerirá largos y concienzudos estudios para llevarlo a su perfeccionamiento. Pero insistimos en que debe empezarse desde luego con los escasos elementos de que se dispone, porque para llegar a un gran resultado hay que marchar siempre de un modo progresivo "desde lo simple hacia lo complicado", y no olvidar que el peor enemigo de lo bueno suele ser lo mejor.

EXPLICACION DE LAS LAMINAS APARATOS PARA MEDIR LAS APTITUDES DE LOS NIÑOS

Ergógrafo.—El individuo, cuyos dedos se encuentran fijados en el aparato, levanta de un modo continuo un peso mediante la flección de un músculo determinado de su dedo medio. La curva de su trabajo es inscripta en un cilindro rotante. La forma de la curva que se obtiene en cada serie de movimientos, permite conocer el grado de energía psíquica y por lo tanto descubrir la fatiga mental producida en el individuo que ejecuta el trabajo.

Balanza de presión.—Aparato destinado a medir el mínimum de presión o de la diferencia entre dos presiones que un individuo es capaz de percibir.

Acúmetro.—En el aparato se puede correr hácia arriba y hacia abajo un depósito de agua, del cual salen gotas que caen sobre un disco de aluminio y producen así un ruido que es tanto mas intenso, cuanto mayor sea la altura de la caída. El aparato permite determinar la agudesa de audición de un individuo, puesto que ella se expresa en la altura que se debe dar al depósito de agua que el individuo perciba el ruido producido por las gotas.

Estesiómetro.—Mediante la impresión de los dos puntos del aparato se mide la sensibilidad del tacto. Estas medidas sirven al mismo tiempo para determinar la fatiga intelectual puesto que a consecuencia de ella se disminuye la capacidad de distinguir los estímulos que se perciben mediante el sentido de la piel.

Esfigmógrafo y neumógrafo.—El aparato colocado sobre la muñeca del niño es un esfigmógrafo que recibe las pulsaciones. Estas se transmiten por tubo de goma a un aparato inscriptor que posee una pluma para inscribir los movimientos en la cinta de papel que circula alrededor de dos cilindros. Las alteraciones del pulso ofrecen interés psicológico puesto que en ellas se manifiestan determinados estados psíquicos.

En el mismo sentido sirve para constatar el grado de concentración de la atención, los sentimientos etc., la inscripción de los movimientos de respiración que se verifica mediante el neumógrafo aparato que se vé colocado en el cuerpo del individuo. Por este aparato está trazada la curva inferior que se vé en la cita negra.

El metrónomo con contactos eléctricos, colocado en la mesa, sirve para medir el tiempo que corresponde a cada fase de las curvas. Los intérvalos marcados por el metrómono se ven inscriptos en la curva superior de la cinta negra.

Pletismógrafo.—Con este aparato se miden las variaciones de volumen de los vasos sanguíneos, tales como se producen en relación con determinados procesos psíquicos.

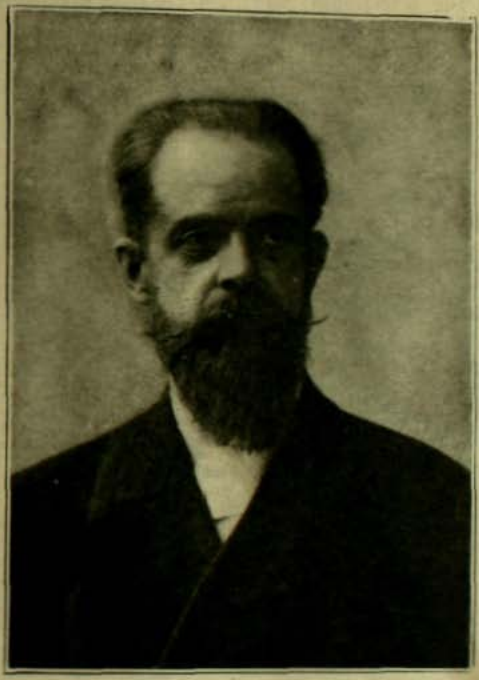
Dr. HORACIO GUZMAN.

Mayo 1913.



Un modelo de hombre y de funcionario

Nació en Valparaíso el 26 de Abril de 1860. Fué su padre don Atanasio Larrazábal, prestigioso caballero español, que, aunque pertenecía a una familia de marinos distinguidos, (dos de sus hermanos fueron capitanes de la marina mercante española, y había alcanzado él mismo el nombramiento oficial de piloto, muy apreciado entonces) se estableció como comerciante en Valparaíso.



Don Marcelino Larrazábal Wilson

† en Santiago el 20 de Junio próximo pasado.

Procedente de las provincias vascongadas, cuyos hijos tanta parte tuvieron en la formación de nuestra nacionalidad, fué el señor Larrazábal, padre, un hombre de bien a carta cabal, integérrimos y de gran corazón.

Constituyó durante muchos años el establecimiento de don Atanasio el verdadero centro de sus connacionales, respecto de quienes hacía las veces de la actual Junta de Beneficencia Española, ayudándolos o haciéndolos ayudar en sus necesidades.

Fué madre de don Marcelino doña Pascuala Wilson, virtuosa señora, hija de un respetable marino inglés.

No fué la suerte propicia a don Atanasio, quien, parte por el exceso de sus generosidades, y parte por la excepcional desgracia de haber visto su establecimiento consumido por el fuego tres veces consecutivas, vino a encotrarse hacia los fines de su laboriosa existencia cercano a la ruina, por lo demás, con no pocos hijos, y a la postre, enfermo y baldado.

En aquel hogar bondadoso, pero por fuerza, severo, se desarrollaron la infancia y la primera juventud de Larrazábal, quién sin duda, nació bueno enérgico y formal, pero a quien las circunstancias hicieron mejor, más enérgico y más formal: el vigoroso temple de su acero estuvo largo tiempo sometido a las altas temperaturas.

Cursó las primeras letras en la escuela gratuita que lleva en Valparaíso el nombre de Blas Cuevas, benefactor público en el importante ramo de la educación popular.

Distinguióse en esa escuela por su raro aprovechamiento, y merced a él obtuvo una única beca, costeada por el directorio del establecimiento para el colegio Inglés de Mackay, en el Cerro de la Concepción de Valparaíso, a donde ingresó a la edad de trece años.

Estuvo allí por un cuadrienio, en que se familiarizó con el inglés, y continuó

dando pruebas, las más positivas e irrecusables, dentro de su ingénita modestia, de las dotes de su inteligencia, corazón y voluntad.

Fué allí su maestro de curso don Tomás Somerscales, el celebrado marinista, quien le tuvo por su discípulo predilecto, no solo por sus cualidades de tal, sino por sus condiciones de niño bueno, con alma inocente y pura.

Hasta los últimos días de la vida de Larrazábal, fué edificante la relación de ese maestro con ese discípulo.

En el colegio de Mackay, le fué discernida también la más alta recompensa: una medalla de oro.

A los diez y siete años, ingresó al liceo de Valparaíso, en donde fué a un tiempo alumno e inspector de internos, y en donde manifestó como siempre, su rectitud y dedicación al estudio.

Estudió allí las bellas letras castellanas con tan reputado maestro como don Eduardo de la Barra, quien, por cierto, comprendió todo el valer de su discípulo, no obstante la austeridad del carácter y la casi excesiva parquedad de palabras de éste.

Allí se acrisoló el gusto de Larrazábal por el estudio de su propia lengua, que, no obstante algunas expansiones literarias de primera juventud, había de asilarse más tarde, por las condiciones propias de su inteligencia analítica, investigadora y profunda, en el estudio y en el magisterio de la gramática.

El cultivo de esta noble ciencia, superficial solo para los superficiales, porque arraiga en las profundidades del pensamiento, llegó hasta cierto punto a convertirse en él más, que en un medio, en un fin; y no dejaron sus amigos de reprocharle que no hiciese un mayor uso, práctica de los extensos conocimientos derivados de ese cultivo; pero, tal era su naturaleza, y, sobre todo, tal era su modestia.

Su permanencia en el Liceo coincidió con la época del despertar de las ilusiones, que había de infundir fuerzas nuevas a su animoso entendimiento, y a su ya bien templado carácter.

Recibióse de bachiller en humanidades hacia principios de 1881; y, a consecuencia del nombramiento supremo que se hizo recaer en su persona el 31 de Abril del mismo año, de miembro de la comision encargada de examinar las cuentas rezagadas de la Contaduría Mayor, hubo de transladarse a Santiago, con el ánimo de conciliar, hasta donde le fuere posible, con el desempeño de aquellas funciones el estudio del derecho, que se proponía profesar.

Fué un empleado excelente de la Contaduría Mayor, que por aquel tiempo dirigía don Santos Lira, padre del pintor don Pedro, que había presidido la Cámara de Diputados en las memorables sesiones de 1849, y que era a la sazón un bello anciano esbelto y elegantísimo, de cabello y favoritas blancas como la nieve, galante con las damas y harto severo con sus empleados.

Fué don Santos un ejemplo para nuestro joven; y si éste le profesó profundo respeto, pagóle aquel con la moneda de la más deferente y distinguida consideración.

El 19 de Enero de 1883, fué nombrado Larrazábal oficial auxiliar de otra de nuestras oficinas de hacienda, en que hubo también de desempeñarse a la más cumplida satisfacción de sus superiores.

Seguía mientras tanto estudiando el derecho, no sin las dificultades inherentes a la escasez de su tiempo y de sus sueldos; pero, merced a su formidable espíritu de orden y de economía, tuvo tiempo para todo, y no le faltaron recursos hasta para el despliegue de cierta discreta elegancia que sentaba maravillosamente a la distinción de su figura.

Recibió, por fin, su título de abogado el 7 de Marzo de 1886; y vino así a encontrarse frente a frente de la vida, en pos de una larga "vía crucis" de tenaces esfuerzos.

No había nacido, sin embargo, para el ejercicio militante de la profesión de abogado, de que le apartaban sus pocas palabras y acaso también la profunda sinceridad de su alma.

No fué pues extraño que su espíritu buscase, y a poco encontrara, otras direcciones en que espaciarse.

Desgraciadamente, por aquella época, y desde algún tiempo, la salud de Larrazábal padecía dolorosos quebrantos, de que al fin, se vió libre, pero que acaso influyeron en su delicadeza ulterior, y posiblemente en la fatalidad de su prematuro fallecimiento.

Por decreto supremo del 6 de Julio de 1887, fué nombrado profesor propietario de

Gramática Castellana de la Sección Preparatoria del Instituto Nacional; y por decreto Supremo de 3 de Octubre del mismo año, profesor suplente de Gramática Castellana del mismo establecimiento, durante la licencia de dos meses concedida al propietario don Luis Martiniano Rodríguez.

Empezaba así Larrazábal a satisfacer su doble tendencia de educar al pueblo y de enseñar la gramática.

Fué aquélla también la época de sus felices amores: el 15 de Junio de 1886 contrajo matrimonio con la distinguida señorita Sara Ossa y Borne, hija de aquel vigoroso industrial y explorador del desierto, que se llamó don José Santos Ossa, inteligente y noble mujer, que había de completar su personalidad, y de darle dos hijas que fueron solaz de su espíritu, y son ornamento de nuestra sociedad.

Casi a la raíz de su matrimonio, el 20 de Junio de dicho año, nombrósele profesor suplente de Geografía, Historia Antigua, Griega y Romana, y elementos de Historia de América en el Instituto Nacional.

El 18 de Noviembre del mismo año, por decreto supremo que lleva las firmas de don José Manuel Balmaceda y de don Julio Bañados Espinosa, se le nombró para ocupar una de las dos plazas, entonces recién creadas, de notario público de este departamento.

El 13 de Abril de 1889 nombrósele profesor propietario de los ramos últimamente nombrados, también en el Institutuo Nacional.

El propio Exmo. señor Balmaceda, que quiso honrarlo con estos nombramientos, dictó, hacia mediados de 1891, en plena entraña de la nube revolucionaria, un decreto para destituirlo de su puesto de notario, por recelar de sus opiniones, aunque Larrazábal no tomaba parte en la política activa: y, apesar de hallarse en lo más dulce de su vida doméstica, fuése el notario y profesor al norte, a contribuír, desde un cargo administrativo, a lo que él juzgaba el restablecimiento de las instituciones.

Triunfante la revolución, repuso a Larrazábal en su cargo, que continuó ejerciendo hasta la muerte.

Cuando, algunos años más tarde, se estableció el curso concéntrico en nuestros establecimientos de instrucción secundaria, por decreto del 16 de Enero de 1894, nombrósele profesor de Historia y Geografía de dicho curso, siempre en el Instituto Nacional.

Quedó con ello la vida de Larrazábal fijada en esferas de acción modestas, pero honorables y fecundas.

Copió en un tiempo el finado, y conservó siempre en la memoria, la máxima siguiente:

"Tú eres hombre, tú eres ciudadano del mundo, tú eres hermano de todos los hombres, tú eres senador o tienes alguna otra dignidad: padre o hijo, señor o dependiente, piensa en los deberes que todos estos nombres te imponen, y procura no deshonrar ninguno".

El tenía encarnado en su pensamiento este concepto de sus deberes, y de sus nombres no deshonró ninguno, los honró todos.

Su ilustración geeral, y su hidalga belidades que se vincularon en él de manera realmente extraordinaria, diéronle el perfil puro y severo de notario irreprochable.

Sus conocimientos en Derecho, si no extensos, sólidos, como todo lo suyo, hicieron de él un notario-abogado de primer orden.

Su ilustración general, y su hidalga benevolencia, hicieron de él un notario-caballero, también de primer orden.

El comercio, que vive del crédito, particularmente el alto comercio, y la valiosa clientela bancaria, dispensábanle su confianza al extremo de que el nombre de Larrazábal en un documento les valía más que los sellos y las estampillas, como estampa de honorabilidad y pureza.

Este perfume de honradez ahuyentaba a la fraudulencia y a la iniquidad; y si, por acaso, llegaban a deslizarse sigilosas hasta el escritorio del notario, oponíales allí mismo el criterio y la voluntad de ésta infranqueable valla, con cualquier sacrificio inmediato de sus intereses pecuniarios.

El pedagogo, que arraigaba allá en los lejanos tiempos de la Escuela Blas Cuevas y del Colegio de Mackay, se hizo amar y respetar por sus colegas y por sus alumnos, y condensó el resultado de sus investigaciones y experiencias en textos elementales, pero sabiamente dispuestos y rigurosamente escritos, que han merecido los más altos elogios de la crítica ilustrada, y que, sobre todo, han alcanzado la consagración práctica de adoptársele por un gran número de establecimientos de instrucción,

nacionales o extranjeros, y de las más diversas tendencias y doctrinas.

Prestó asimismo Larrazábal su ardorosa cooperación a las instituciones que, como la Sociedad de Instrucción Primaria y la Liga Protectora de Estudiantes Pobres, tienen por objeto favorecer, por medios diversos, pero siempre eficaces, la difusión de la luz intelectual entre los desheredados.

Tuvo como hombre características inconfundibles.

La calidad de su criterio era la del más perfecto rigor positivo: criterio que no se aventuraba jamás a congeturar lo que no podía conocer, que procuraba no juzgar sin el competente conocimiento de causa, pero que, cuando juzgaba, hacíalo de ordinario bien, y rara vez revocaba lo juzgado.

Era esto especialmente aplicable a su juicio sobre los hombres, seguro y conciso como una sentencia bien dictada. ¡Ay de aquéllos, por desgracia no pocos, a quienes fulminaba con el anatema!: esos no volvían a entrar jamás en su reino. Más pudo en él, respecto de los malvados, la justicia que la caridad.

Y, al contrario, un leve signo aprobativo de la cabeza solía para sus amigos hacer las veces de la más cariñosa lisonja.

El rigor de su criterio le privaba de ilusiones falaces, y, limitando cuerdamente sus expectativas, conformábale siempre con su situación, y hacíale prácticamente feliz.

Solía a menudo repetir, con el ignorado y egregio autor de la Epístola Moral, asombroso monumento en tercetos a la poética sabiduría:

"Iguala con la vida el pensamiento
y no te pasarás de hoy a mañana,
ni quizá de un momento a otro momento".

Mas no era su conformidad resignación estática, que sabía conciliarla con la lucha fecunda y la racional esperanza. Solía también, en prueba de ello, repetir con el épico Quintana:

"Y cuando llegue de la lucha el día,
ten fijo en la memoria
que nadie sin tesón y ardua porfía
logró arrancar las palmas de la gloria".

Lo grabado en su sentimiento permanecía en él como esculpido.

Sin poseer una ardorosa imaginación, con sus otras cualidades, fué su alma por demás impresionable a la belleza literaria, que talvez no se habría armonizado bien su gusto delicado, y su estilo purísimo.

Fué un gran cultivador de los ejercicios físicos. Pero, lo más notable en él fué su mundo moral: era espejo de veracidad, balanza de justicia, palanca de voluntad.

Las ternezas de su corazón, no siempre accesibles a primera vista, no se perjudicaban por aquellas profundas cualidades y la coexistencia de las unas y de las otras hizo como desprenderse de su original personalidad una atracción varonil, de que decía su rostro, a la par austero y bonancible.

Porque supo ser bueno y fuerte, hombre en una palabra, se recogen las lecciones de su vida.

Porque fué excepcionalmente honrado, es justo honrarle excepcionalmente.

¡Trágicas coincidencias del destino!: en las propias vísperas de sus bodas de plata, hiriólo como un rayo la última enfermedad, y murió cinco días después, en la época de su vida en que el sol lucía en el cenit, y en que el labrador engavillaba un mar de espigas.

Poco antes del trance último dirigió a su compañera el supremo elogio de haberle hecho la vida, elogio que pinta al esposo y a la esposa.

¡Paz en su tumba!

Santiago, a 12 de Julio de 1913.

El problema del Salitre

Por J. B. C.

Ilustraciones fotográficas

El salitre es nuestra caja de fondos y nuestra pesadilla. La naturaleza ha querido que este país tenga puestos, como se suele decir, todos sus huevos en una sola canasta. Del salitre saca el estado la mayor parte de los recursos que le permiten no solo sufragar los gastos públicos, sino también cometer todo género de locuras.... El salitre constituye más del ochenta por ciento del valor de nuestras exportaciones, lo que quiere decir que con él pagamos también la casi totalidad de nuestras importaciones... Mediante el salitre podemos hacer de gran potencia militar y administrar a lo gran señor fastuoso los ferrocarriles y demás servicios públicos, sin que nada le duela a nadie... sobre el salitre nos presta Rotschild... El es el **factótum de la gallina** de los huevos de oro de la economía nacional.

Por eso estamos en el caso de esos antiguos mineros de Copiapó, que fluctuaban entre la prosperidad y la miseria, según el estado de la mina, que constituía toda su fortuna. ¿Si esta se broceara? se decían, sin duda... pero acostumbraban gastar alegremente lo que sacaban de las entrañas de la tierra, como si fueran los réditos de un capital puesto a interés... Se daba el último barretazo en el alcance, y el millonario de ayer era al día siguiente un pobre diablo.

El salitre no es felizmente una mina expuesta a brocearse, pero no por eso deja de ser una mina.

Hace veinte años, en aquella época de negro pesimismo que siguió a la revolución de 1891, estuvo de moda echar cálculos sobre la duración probable de las calicheras.

Teníamos entonces muy presente la negra aventura del huano que ocasionó la ruina financiera y económica del Perú. ¡Cuántas fantasías y grandezas no se permitió nuestro vecino del Norte, con el producto de los depósitos de abono, acumulados en sus áridas costas por los patos **yecos**, en una incalculable serie de siglos!... Se gastaba sin contar... Aquello parecía eterno.

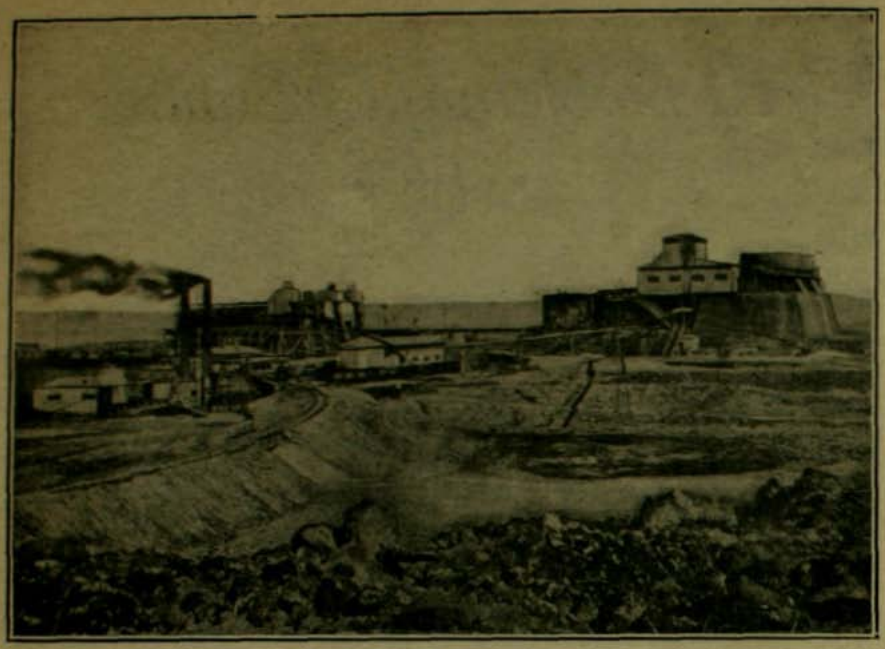
Era una industria sencillísima... El pájaro extraía los fosfatos del mar, comiéndose los pescaditos y en seguida iba a dejar sobre las islas Chinchas los residuos de su digestión. De allí no había más que sacarlos...

Muelles, puertos, ferrocarriles, agentes administrativos, gobiernos imprevisores, los resultados todos de la riqueza fácilmente adquirida, fueron el patrimonio del Perú.

Un día el Presidente Pardo tuvo la fantasía de hacer cubicar las huaneras cuyas riquezas se consideraban inagotables. El país supo entonces, "perplejo entre la incredulidad y el aturdimiento", que casi no podía contar con el huano en lo futuro.

El ejemplo era demasiado reciente, para no dejarnos alguna enseñanza. Hubo una época en que fué moda calcular aproximadamente el día en que nos ocurriera con el salitre lo que al Perú con el huano. Los más optimistas se atrevían á esperar medio siglo todavía de holganza y vacas gordas; los cálculos pesimistas pronosticaban para quince o veinte años más la temida catástrofe.

Ahora ya nadie piensa en esto. Es cosa averiguada que tenemos salitre por lo menos para esta generación, y para los hijos y los nietos de esta generación....



La maquinaria de elaboración

¿Después?... Después ¡que venga el diluvio!...

Pero si hemos salido de sustos, por lo que respecta al agotamiento de la maravillosa mina, otros peligros parecen amenazarla.

Cuando por primera vez oímos hablar de salitre artificial, nos pareció una fantasía, buena, a lo más, para tema de conversación.

¡Se obran tantos prodigios en los gabinetes de química! Allí se cristaliza el carbón, para fabricar diamantes casi microscópicos... ¿Por qué no habían de darse los sabios el gusto de fijar el ázoe, en una retorta eléctrica... Era una manera de perder el tiempo, mas inofensiva que otras muchas... Pero, pensar en que pudiera competir una substancia fabricada con procedimientos de laboratorio, con lo que aquí la Providencia nos daba ya hecho o poco menos, parecía un absurdo. Bien estaba que esos espíritus cavilosos, desconfiados, que todo lo ven negro, se dieran a divagar sobre los peligros del salitre químico, pero no parecía razonable preocuparse seriamente de ellos... pudiera ser, se agregaba, que allá en los siglos futuros, cuando se viaje por los aires y exista comunicación telegráfica con los planetas, se fabriquen también abonos con el aire... pero no en el estado actual del mundo.

No ha sucedido así por desgracia... Los experimentos de laboratorio se han transformado en una industria práctica, y hasta próspera; los abonos fabricados con el azoe del aire, no solo compiten con el salitre el dominio de los mercados, sino que ya le han puesto un límite, puede decirse, al alza del precio del artículo que forma la base de nuestra economía nacional.

Estas revoluciones no se producen repentinamente. Solo la imaginación de un novelista podría admitir una catástrofe súbita... Ayer el salitre reinando sin contrapeso... mañana proscrito y reemplazado en absoluto por algo nuevo.

Recuérdese lo que ocurrió con los colores vegetales. Hace medio siglo, el índigo, por ejemplo, substancia tintórea

extraída de algunas plantas leguminosas, constituía la principal riqueza de muchos países tropicales: Guatemala, Venezuela y la India. Descubrieron los químicos los colores de anilina, fabricados en el laboratorio, con substancias contenidas en la hulla o carbón de piedra. Entonces comenzó la lucha.

Esta ha sido larga y dolorosa. Ante la competencia de la alilina, el precio del índigo (en América añil), comenzó a declinar lentamente. Los países cuyos terrenos eran mas pobres, donde la mano de obra era mas cara y mas elevado el interés del dinero, fueron vencidos desde el principio... El cultivo del índigo se refugió en la India, favorecido por la baratura del trabajador y la fertilidad del terreno... Allí dá su última batalla... Y allí sufrirá también su última y definitiva derrota.

¿No será ésta la historia futura del salitre?

En el mercado mundial sufre ya las consecuencias del primer encuentro... Su precio tiene ya un límite que no puede exceder, un precio más allá del cual, el azoe artificial, aún en el actual estado de la industria, dominaría el mercado por entero.

Nuestro propio concepto de las conveniencias sociales en materia de cotización del salitre, se ha modificado ante el nuevo peligro. Ya no es nuestro ideal, una alza indefinida..... convenimos en que ella sería perjudicial, en que favorecería al competidor...

¡El monopolio se fué!... Esta es ahora una realidad, no una simple hipótesis, forjada por pensadores imaginativos y pesimistas.—Basta hojear las revistas agrícolas extranjeras para darse cuenta de que el salitre de Chile no está solo.

¿Y mañana?... La técnica industrial progresa, de día en día; la fuerza motriz existe en el mundo en cantidad prácticamente indefinida... Y su producción es tan o mas barata que la del salitre mismo. Los rayos del sol levántan vapores invisibles que se condensan sobre las mon-



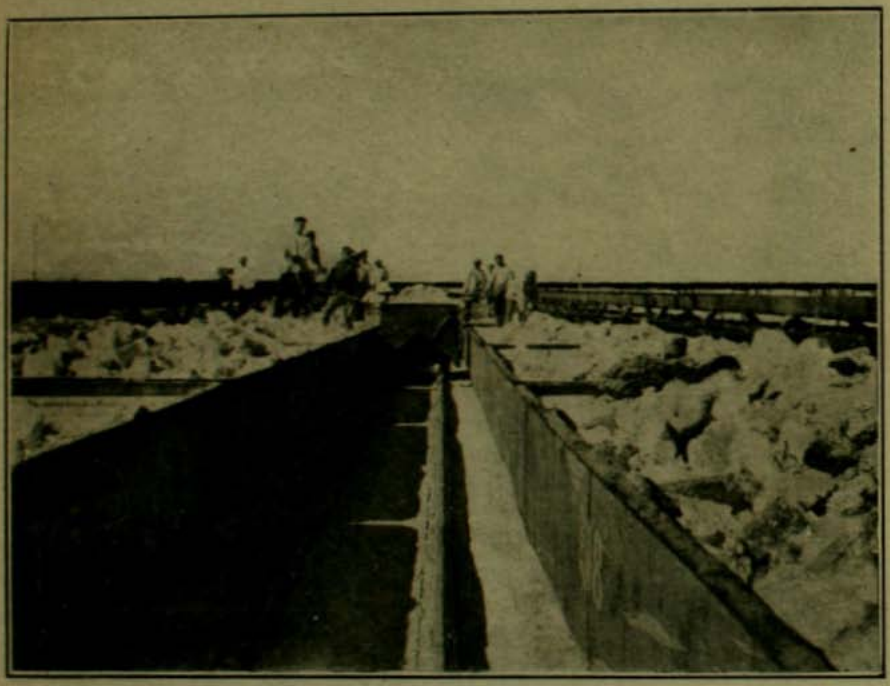
Los derripiadores

tañas, y bajan convertidos en torrentes, en manantales inagotables de energía... Primero fué una fábrica, después otra y ahora varias. No hace muchos días se supo que en Inglaterra acababa de formarse una sociedad, con capital enorme, para establecer nuevos ingenios de fijar azoe.

El capital no es loco, él sabe muy bien a donde vá. No es pues un mal negocio hacer competencia a nuestro salitre.

tiempos... cesará la orgía administrativa...

Pero entonces todavía no lo habremos perdido todo... Las angustias serán principalmente fiscales. Cargados con una deuda enorme, habiendo derrochado locamente el dinero de las vacas gordas, tendrá que reducirse, como los mineros en broceo del tiempo antiguo, a una vida de recuerdos melancólicos.



Los bateas

El espíritu de nacionalidad es hoy día mas poderoso que nunca. Los pueblos no desean depender, en cuanto les es posible sino de sí mismos, de su producción y de su industria... Cuando puedan fabricar salitre, procurarán protegerlo con tarifas aduaneras.... No querrán comprar al extranjero el necesario abono para sus tierras gastadas.

Ese día, que acaso no está lejano, la lucha se hará mas áspera... La primera víctima será el fisco chileno... El derecho de exportación será rebajado o suprimido... Volveremos a los viejos y sombríos

II

¿Cómo puede luchar el salitre chileno contra la cruda competencia que se divisa, y cuyos primeros frutos estamos ya experimentando?

No hay sino un remedio: el abaratamiento de la producción.

El año pasado, el senador don Gonzalo Búlnes, hizo aprobar en el Congreso, una ley que ofrecía una cuantiosa recompensa al sabio que descubriera un procedimiento mas económico para beneficiar el salitre.

Sin negar, la importancia de un probable descubrimiento científico en orden a mejorar la técnica de la industria salitrera, creemos que no es este el punto esencial del problema.

Con máquinas mas perfeccionadas, se podría, sin duda, conseguir, algún ahorro de agua o combustible, pero es preciso no olvidar que la industria del salitre, como la mayoría de las extractivas, depende ante todo del precio de la mano de obra.. El gasto total de carbón o petróleo, constituye una pequeña parte tan solo del costo de la elaboración del salitre. El salario del trabajador es el capítulo principal

En ninguna región de Chile, y en pocas del mundo, es mas elevado el salario, que en las calicheras.

Justo es agregar que ese alto salario es muy justo. Nada hay mas penoso que el trabajo del peón salitrero.

Transladémonos con la imaginación a una oficina de Tarapacá.

Allí en medio de la abrasada pampa árida y sufriendo los rayos casi verticales del sol de los trópicos, que reverbera sobre un suelo desnudo y salino, veremos al trabajador, minero o "particular", como allá dicen, romper la dura costra salitrosa a golpes de pico, destrozar uno a uno los bloques formados por la explosión de la dinamita y cargar con ellos a fuerza de brazos (ninguna máquina sino el hombre puede hacerlo) las carretas o vagones



Una calichera

que han de transportarlos hasta la maquinaria.

Allá en el vasto ingenio el espectáculo es el mismo. El caliche, chancado en los chanchos, especie de morteros gigantescos, es conducido al hirviente "cachucho" donde ha de disolverse. La temperatura es de mas de 100 grados.

Concluída la cocción, el agua en que se ha disuelto la preciosa substancia, corre a descargase y a depositarse por cristalización, en las bateas colocadas mas abajo.

Entonces puede el curioso visitante pre-

senciar un espectáculo casi dantesco. He allí esos hombres bronceados semi-desnudos, de formas vigorosas que se aprestan para penetrar en el hondo receptáculo recién abandonado por las aguas hirvientes. En el fondo de aquella vasta marmita sombría, reina un calor húmedo, mil veces mas insoportable que el que jamás hayan experimentado los humanos en los países mas siniestros de la tierra. Y allí han de trabajar, usando de todo su vigor corporal, vaciando pala en mano, el cachucho, de los ripios en él depositados, y que llenan su vasta concavidad.

Y esta es la labor diaria del salitrero.

¿Se le paga bien?... A primera vista parecería que sí, pero el dinero no lo es todo en la vida.

Allí en la pampa salitrera, el hombre de trabajo no goza ni de los placeres de la ciudad ni de los del campo. Vive en un campamento... Este nombre lo dice todo.

En medio del desierto, alineadas a cordel, sin un recreo para la vista, sin un consuelo para el alma, se extienden las habitaciones del trabajador... Come bien, duerme bajo techo, goza de algunos placeres groceros, pero ni se civiliza, ni adquiere propiedad, ni se arraiga a esa tarea ingrata... Es el eterno nómade, sin mas lazo con la sociedad humana, que el salario producto de su esfuerzo.

Aquel género de vida es antisocial por excelencia. Corrompe al hombre, ahoga en su gérmen la familia: destruye en una palabra el, móvil de todo progreso civilizador. El alma humana debe secarse allí.—Se trabaja duramente para gozar un poco en las horas de descanso. El trabajador nada ve por delante de su laborioso presente...



El polvorazo

Acá en las risueñas campiñas del sur, también el **huaso** trabaja duramente, pero al menos ve formar y crecer en su alrededor, una perspectiva que no es la ruda y grosera, de los placeres de cada día: un pequeño rebaño que le pertenece, una siembra cuyos productos mejorarán su condición. A su vista está el ejemplo de sus vecinos, pobres antes como él y enriquecidos después por el trabajo el ahorro y el buen sentido. Ejemplo civilizador si los hay.

El obrero de las ciudades, si no goza de estas venntajas, por lo menos adquiere en el ejercicio de su dura labor, alguna habili-



El acarreo

dad manual, alguna cultura inteletual, que le permitirá si es sobrio y honrado, subir mas y mas alto en la vida.

Allá en la pampa faltan tales perspectivas. Se trabaja al día y por el día. No es pues de extrañar que apesar, de los salarios relativamente elevados, de que goza el peón salitrero, sea cada día mas difícil el procurarse brazos para esta industria.

A medida que el trabajador se civiliza y percibe nuevos horizontes, ha de serle menos apetecible esa existencia del gañán, aventurero y sin arraigo, que tan grata fué y lo es todavía para esa población semi-nómade y abandonada a sí misma, que es la vergüenza y el peligro de nuestra sociabilidad.

Los "enganchadores" encuentran todavía en los campos y ciudades del sur, el alimento humano, necesario para poblar esa pampa devoradora que consume vidas sin producirlas. Se dice, aún, que el trabajador chileno se habitúa muy luego al trabajo rudo y a los placeres efímeros de la oficina salitrera . . Bien puede ser, pero no será allí donde logremos formar, aquello de que habemos menester, un pueblo culto, civilizado, con hogar, familia y propiedad, cuidadoso de su porvenir y del adelanto moral y económico de los suyos.

La solución del problema del trabajo en las salitreras no puede tener pues, dentro de Chile, una solución satisfactoria. Sacar brazos del centro, para llevarlos al norte, mediante la perspectiva de un alto salario, no solo constituye un perjuicio para las industrias y la agricultura de estas provincias, sino que es una obra antisocial, disolvente, dañina para la raza y para su progreso moral.

Con mayor razón, el elemento europeo es inadecuado para llenar esta gran necesidad nacional. Mas culto y regular en sus hábitos, dotado de un concepto superior de la vida y de aspiraciones mas amplias, el buen obrero o trabajador del occidente de Europa, difícilmente puede avenirse, a la vida ruda, y sin perspectivas, del gañán salitrero.

Así en 1907, de 28,219 extranjeros que



El comedor de fonda

habitaban la pampa de la provincia de Tarapacá, solo 1,185 entre hombres y mujeres en su mayoría jefes o empleados de pluma en las oficinas, o comerciantes, eran europeos. El caso de un trabajador salitrero oriundo de los países mejor civilizados del occidente debe ser rarísimo. Solo concurrían allí con el **roto**, peruanos y bolivianos, esto es individuos de un grado de cultura, aún inferior en número de 26,232.

Estos números no solo están probando la dificultad de conseguir brazos para la pampa, en los países que proporcionan en general, emigrantes, sino la especie de antinomia, que existe entre el trabajo salitrero, y una cultura superior

II

Un problema muy análogo a este, es el que han debido resolver los países de la América tropical.

Se sabe que en los países calientes, el blanco, sobre todo cuando es originario de climas templados, no puede soportar el trabajo material. La misma población indígena de la América, habituada al ocio, de constitución física, débil, hubo de perecer cuando los españoles intentaron emplearlas en las faenas agrícolas y mineras. Sin la importación de esclavos africanos, el desarrollo agrícola de las colonias europeas en las Antillas habría sido imposible.

Por desgracia, el negro, aunque sano y vigoroso, no se resigna al trabajo voluntariamente. Carece de necesidades y de ambición. En aquellos opulentos países del sol, un pequeño platanal, y algunas matas de tabaco, bastan a la subsistencia. El ideal de vida para el negro, consiste solo en vegetar en el ocio, metido en medio de su selva.

Cuando fué suprimida la esclavitud, los negros abandonaron en masa las plantaciones. Los abolicionistas habían esperado otra cosa. Creían que el esclavo, iba a convertirse del día a la noche en trabajador libre.

Esto no ocurrió sin embargo, sino en

la pequeña isla de Barbada, donde el territorio ocupado enteramente por plantaciones, carecía de refugios para la vida aventurera y vagabunda. Los negros hubieron allí de permanecer en las haciendas obligados, ya que no por el látigo de los mayorales, por una necesidad no menos apremiante. No tenían a donde realizar su bárbaro idilio de vida ociosa y montaraz. Este dilema de trabajo o muerte, base de lo que se ha llamado, no sin justicia, la esclavitud moderna, se presentó pues a los negros de la Barbada. Gracias a esta circunstancia la isla no pereció económicamente, después de la abolición de la esclavitud.

Muy diversas eran las condiciones de las islas grandes, aún imperfectamente colonizadas y desmontadas, como era el caso principalmente con Jamaica y la Trinidad.

Las selvas ocupaban y ocupan todavía la mayor parte del territorio de estas islas. Allí se refugian los negros, sin otro anhelo que el ocio y la vida salvaje. En Jamaica existían desde antiguo agrupaciones de cimarrones, negros huidos en la época de la esclavitud, y que habían encontrado en las montañas de la isla un refugio contra lo que mas temían: el trabajo. Autorizados por la ley de liberación, los esclavos siguieron en masa el mismo camino.

Es un espectáculo original el que ofrece a los viajeros el interior de la Jamaica. De trecho en trecho, surgen de entre la selva, miserables aldeas a cuyo alrededor no se divisan vestigios de cultivo ni de industria alguna. Allí viven, o mejor dicho, vegetan los cimarrones, alimentándose de plátanos y frutas silvestres, vestidos apenas, sin otra ambición que la holgazanería.

Así es como quedaron abandonadas las plantaciones de la Jamaica hace tres cuartos de siglo. La miseria económica fué la consecuencia de ello, si bien no alcanzó las proporciones que en la desdichada isla de Haití, esa república negra, donde la riqueza pública y privada, es hoy día veinte veces menor, que en la época de la dominación francesa y de la trata de esclavos.

El problema del trabajo en las Antillas presentaba mas de un rasgo de semejanza, con el de la industria salitrera. Allí como acá no podía pensarse en el europeo. Nos ha parecido pues interesante



Aldea de cimarrones en Jamaica



Una hermosa coolie

dar algunos datos sobre la forma como allí lo resolvieron.

La India y la China son vastos semilleros de hombres. Apesar de la fertilidad extraordinaria del suelo, aquellos países apenas pueden hoy alimentar su población excesiva. El trabajo humano vale allí tan poco, que es muy frecuente en los hoteles del Indostán el espectáculo de infelices empleados en mover "a mano" los ventiladores... La fuerza eléctrica sería demasiado cara... Todos los esfuerzos del hindú apenas bastan para proporcionarle el miserable puñado de arroz que constituye su alimento.

Originarios de un país tropical, los hindues parecían mas adecuados que los chinos para trabajar bajo el tórrido clima de las Antillas. Además pertenecen a la raza blanca, y esta circunstancia, unida a la costumbre que tienen de no cruzarse sino entre ellos, les recomendaban especialmente a los ojos de esos ingleses, tan celosos de la pureza de su raza.

La idea de traer inmigrantes hindúes (coolies, como hoy se les llama), tuvo su origen en la Trinidad, la grande y hermosa isla, descubierta por Colón junto a la desembocadura del Orinoco.

En 1839 el gobierno de la Trinidad nombró agentes especiales con residencia en Calcuta, con el objeto de vigilar y regular el movimiento inmigratorio, bajo ciertas y determinadas condicionesn. Estos agentes proporcionaban pasaje en buques construídos ad-hoc, a todos los coolies sanos y hábiles para el trabajo, que desearan atravesar el oceano, en busca de un bienestar que no encontraban en su propio país.

A su llegada a las colonias los inmigrantes son sometidos a la inspección de las autoridades sanitarias y a ninguno se le permite el desembarcar, sin que previamente se hayan comprometido a trabajar por un determinado espacio de tiempo en las plantaciones a que les asigna el gobierno.

Al desembarcarlos se cuida de no separar a los miembros de una misma familia, ni siquiera a los amigos de los amigos.

Los plantadores que necesitan brazos los contratan directamente con el gobierno, y se obligan a proporcionarles alimento, vestido, casa, asistencia médica y un pequeño salario (sesenta o setenta centavos de nuestra moneda).

Los coolies, por su parte se obligan a trabajar siete horas todos los días no feriados.

Hasta 1844, el término de los contratos era de tres años, pero después fué extendido a cinco años, obligándose los plantadores a proporcionar a los emi-

grantes, pasaje grátis de regreso, a los coolíes que hubieran cumplido su contrato. Desde 1853 se permitió prorrogar el plazo una vez vencido, y también redimirlo en dinero, antes de vencido.

El gobierno colonial se reserva el derecho de remover a los trabajadores hindúes, de las plantaciones en que son mal tratados, para colocarlos bajo patrones mas humanos. Se entiende el coolíe pertenece a la finca y no a su propietario. Este, no puede así venderlo sino con ella. Es un verdadero siervo de la tierra, se entiende, mientras dura su contrato.

Los beneficios sociales y económicos de la inmigración coolíe, han superado a los cálculos más halagüeños.

Y no son solo las colonias las que han obtenido estas ventajas, sino también los inmigrantes mismos.

Parece, en efecto, a primera vista, que esa esclavitud mal disimulada, aunque temporal y voluntaria, fuera una simple explotación de los miserables hindúes. No es así sin embargo. Aquellas gentes sobrias, económicas, esforzadas, habituadas a una vida dura y llena de privaciones, forman hoy en las Antillas inglesas una colonia próspera y numerosa, que ha adquirido propiedades, y un bienestar que nunca habían alcanzado en su país de origen. En la Trinidad, una buena parte de los imponentes en los bancos, y la mayoría de los de las cajas da ahorro son coolíes... Hoy se habla mucho en Chile de producir mas de lo que se consume. La introdución de individuos como estos, resolvería en buena parte el problema.

¿Cómo ha de ser inhumano, arrebatar a esos infelices del hambre y de la muerte, para proporcionarles trabajo y bienestar?

Para la economía de las colonias, los beneficios de la inmigración hindostana han sido, si cabe, mayores. No solo han salvado la crísis angustiosa que se siguió a la abolición de la esclavitud, sino que su prosperidad es aún mayor que antes de aquel acontecimiento. El hindú es mas barato que el antiguo esclavo y trabaja mejor y mas a conciencia. En la Trinidad la exportación de azúcar ha quintuplicado y la de cacao es tres veces mayor que entonces.



Coolíes recién llegados a Jamaica



Coolies trabajando en una plantación de caña de azúcar

III

Creemos de interés dar algunos datos sobre los hindúes en general y los coolíes en particular.

En lo físico, son bien constituíods y sus facciones regulares. Si se exceptúa el color, que es moreno aceitunado, tienen el mismo aspecto que los europeos, y en el hecho pertenecen a la raza blanca, y descienden de esos arios que oriundos de las altiplanicies de Persia, fueron el origen de todos los pueblos civilizados de Europa.

Muchas de las mujeres son verdaderamente hermosas. "Paseaba, dice un viajero, por las aceras de una animadísima calle de Puerto España (la capital de Trinidad), cuando una jovencita que iba adelante llamó mi atención. Procuré medir mis pasos a los suyos, y la seguí respetuosamente a cierta distancia, para poder admirar a mis anchas su traje, tan pintoresco y adecuado a su figura esbelta y graciosa."

"Aún cuando sus pequeñísimos pies iban descalzos, caminaba con firmeza, y casi con coquetería. De tiempo en tiempo, la doncella se detenía a contemplar las preciosidades de las vidrieras, con el interés propio de su sexo. En uno de estos altos, pasé adelante, y luego volví al encuentro del objeto de mi admiración. Entonces pude examinarla a mi sabor... Aquella niña era una verdadera preciosidad. Tenía los dientes blanquísimos y regulares, los labios gruesos pero bien dibujados, el rostro oval, la cabeza escultural de tipo enteramente griego; la nariz delicada, fina y recta; las orejas pequeñas y admirablemente formadas; el pelo negro como el ala del cuervo; ojos brillantes y soñadores... Y... ahora... debo confesar que esa hermosa niña de mi raza, pues era una **Ariana**, tenía un color tan cobrizo, como el de las demás **coolíes** de la isla. *t*. Apesar de todo, no era una hija de Cam, ni de Sem sino que como yo, descendía del padre Jafet. Era una hindostana de pura raza, aunque de baja casta. Sin el color habría sido un excelente tipo para el estudio de la belleza caucásica, el modelo de una Psiquis griega, de una

" Contarina italiana de una " Greschen germánica."

El coolíe apesar de que vive feliz en las Antillas, continúa siempre aislado orgulloso de su antiquísimo origen; sabe que su pueblo es el mas antiguamente civilizado del mundo, y desdeña mezclarse con las demás razas.

Muy pocos se casan en efecto sino con sus propias paisanas. Las preocupaciones de casta, aunque un tanto desvanecidas por el alejamiento de la patria, subsisten siempre.

Así los 80,000 coolíes qué habitan hoy la Trinidad, donde forman ya la tercera parte de la población, se encuentran divididos en un sinnúmero de castas.

Entre ellas la más elevada es la de los Brahunanes. Vienen en seguida los **Kastriyas**, a que pertenecen las principales familias y los guerreros; siguen los Vaisiya, agricultores y comerciantes, y los **Sudvas** o servidores. Estas castas se subdividen hasta lo infinito. Así los más despreciados Sudras, son los **chamars**, descendientes de los sacrílegos que mutilaron el toro sagrado. Aun hay infelices que no son admitidos en casta alguna; tales son los **parias**, o "fuera de costa"...



Hombre y mujer hindú

Los hindúes, por el hecho de cruzar el océano, abandonando el suelo sagrado de la India, se entienden degradados; pero no por eso las castas se confunden. La distancia entre ellas se conservan, pues todos pierden proporcionalmente en rango.

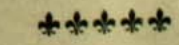
Entre los hindúes musulmanos o cristianos, que no son muchos, no existe la división de castas, pero su religión los aisla también dentro de sus compatriotas. Los musulmanes forman a su vez varias sectas: son las principales los Shitas que reverencian a Harsan y Hossein, los dos hijos de Alí, sobrino del profeta. Los Sunitas, consideran idolátrico este culto, aún cuando consideran a los mencionados hijos de Alí, como personas muy estimables.

Por otra parte las costumbres domésticas de los hindúes, en nada repugnan a las nuestras. Son monógamos, forman un hogar y lo respetan, y tienen en alto honor la fidelidad conyugal. Salvo la religión, son hombres civilizados.

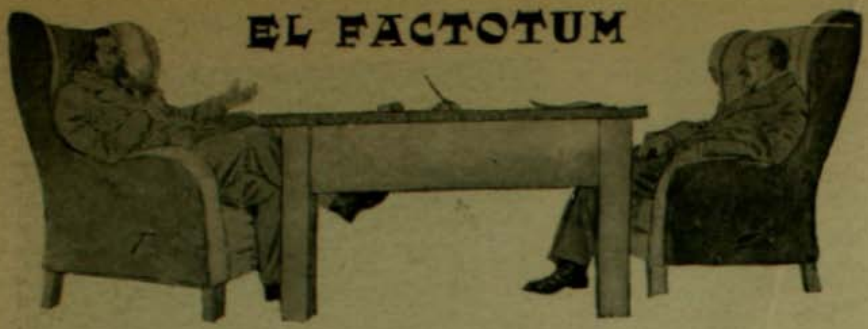
El cooli es laborioso, bastante fuerte, económico y frugal. Entre nosotros podía resolver el problema.

¿Por qué no se ensaya?

J. B. C.



EL FACTOTUM



Por

J. M. ORTEGA

Tengo yo un amigo que va a ser escritor. Todavía no ha publicado nada, pero ya ha pensado mucho sobre lo que va a escribir. Y este amigo me da siempre este sano consejo:—Hombre, no te apresures. Calma, calma y calma: "No escribas sino cuando las ideas te broten solas, cuando te vengan sin esfuerzo a los puntos de la pluma. Ya me ves tú a mí. Aún no he llevado a la imprenta ninguna de mis obras, porque todavía las tengo todas en la cabeza y quiero que no salgan antes de estar bien maduras". Y agrega en latín, a modo de conclusión: **Non multa sed multum**, lo que traduce por medio de este adagio castellano que ha inventado él solo: "No muchas brevas verdes, sino pocas en sazón".

El consejo de mi amigo es cuerdo a no poder mas, pero difícil de seguir. Es indudable que si uno no escribiera sino cuando las ideas se escurren solas del cerebro, como el suero de un requesón, no habría temor de que algo verde y prematuro saliera de él, sino a lo sumo de que resultasen añejos y trasnochados los productos del ingenio. Pero los compromisos por una parte y el amor propio por otra, le ponen al que escribe la pluma en la mano con mas frecuencia de lo que conviene, y le obligan muchas veces a echar al mundo hijos feos y contrahechos, para escarnio y desprecio de las jentes y para vergüenza del padre que los engendró.

Presiento que esto va a ocurrirme en esta ocasión. ¿Un artículo de costumbres? Bien puede que salga, bien puede que no. Lo primero es recortar el papel, y cambiar la pluma, y sacudir el tintero, y sentarse uno a sus anchas y con toda comodidad. En seguida hay que llamar solemnemente a los niños de la casa, para advertirles que no deben menearse ni meter bulla, porque papá va a escribir!... Y luego buscar el tema, y después, aunque no es indispensable, pensar sobre él. Para hallar el asunto hay que mirar al cielo raso, rascarse la barba, apoyar la frente en la palma de la mano y chupar la punta del lapicero. Y si, apesar de esto, no viene la inspiración, echar mano a los diarios, que deben estar sobre el escritorio, y recorrer sus columnas con ojo avizor... "Las manifestaciones estudiantiles", "¿Se irá Monseñor?" "Las sesiones del Senado," Los heraldos del negocio". "Un crimen en Pitrufquen"... ¡Nada, nada! Eche Ud. todo eso dentro del tintero, revuélvalo con la pluma y verá qué caldo sale. Decididamente, lo mejor será matar la luz y echarse a dormir...

—¿Le dieron de comer al gato? Apuesto a que se han olvidado. ¡Si yo no mas tengo que pensar en todo!

Quien así interrumpió mis reflexiones, con una voz chillona y un poco gangosa, fué mi vecino del lado, de cuyos dominios me separa sólo un débil tabique, lo que me obliga a oir todo lo que dice, porque todo se lo habla a gritos, y lo que le permite a él oir

mucho de lo que yo digo e imponerse de gran parte de lo que hago.

Este mi vecino es un prodigio de diligencia y actividad. Parece que tuviera en las venas azogue en lugar de sangre, y que sus piernas y sus brazos se movieran por medio de resortes. Madruga con el alba y se acuesta el último de su casa y de toda la vecindad, después de haber trabajado todo el día en las mas múltiples y variadas ocupaciones. Yo no sé cómo se arregla para hacerlo todo, y de dónde se saca paciencia, tiempo y voluntad para tomar sobre sí el peso entero de sus negocios y de las mas mínimas faenas del servicio doméstico. Y habla tanto como ejecuta, pues todo lo hace quejándose en voz alta de lo mucho que trabaja y reprendiendo el descuido y la pereza de los demás.

—¡Minino! Minino! ¡Cuchito! Cuchito! Gachicho, gachicho! Toma tu carne, gatito mío. Ya te habían echado en olvido ¿eh? Si no es por mí, te quedas sin comer. ¡Y esa Petrona, que no se acuerda de nada!

Nervioso y casi irritado como yo estaba, sentía crecer mi irritación al oir las ternezas que mi vecino prodigaba a su gato; así fué que tiré la pluma y me puse a silbar. Según mi parecer, estaba silbando **La donna e móbile**, pero tan bien lo estaría haciendo, que mi vecino creyó que era un llamado que le dirigía, y me contestó cuando apenas entraba yo al segundo compás:

—¿Es a mí, vecino? Pues allá voy.

Y saltando por sobre la muralla divisoria, cayó en mi patio, se coló en mi cuarto, se sentó frente a mí, encendió un cigarrillo de los que manejo sobre el escritorio, puso la pierna izquierda sobre la derecha, y me dirigió una sonrisa y una mirada que equivalían a decir:

—Aquí me tiene Ud. a su disposición.

—Vaya, vaya, don Ildefonso. A decir verdad, yo no quería distraerlo a Ud. de sus muchas ocupaciones, y solo pensaba dirigirle una pregunta al través del tabique. ¿Cuánto cobran ahora por el carbón?

—Cinco pesos cincuenta por el blanco y ocho por el de espino, ni un centavo menos. Esta mañana no mas tuve que ir al depósito por un par de sacos.

—¿También atiende Ud. a la compra de ese artículo?

—¿Y quién quiere Ud. que la haga?

—Yo creía que la señora...

—Nada, nada, señor vecino. "Sírvete tú mismo y estarás bien servido". Esta es mi máxima, y por nada de este mundo me aparto de ella. Por eso paso yo mi vida tan ocupado.

—De veras que será interesante saber cómo emplea Ud. las horas del día.

—¿Le interesa a Ud. el saberlo? Pues con decirle lo que he hecho hoy quedará satisfecha su curiosidad. Me levanté a las cinco y aproveché la madrugada para traer a casa la carne y las verduras, además del carbón, sin tener necesidad de que me acompañase la cocinera con el canasto, como lo hago cuando voy al mercado a horas mas concurridas. Luego de llegado, encendí la cocina y puse al fuego la tetera para el desayuno, y a las siete ya tenía yo vestidos a los dos chicos que van a la escuela y estaba lavándolos y fregándolos hasta dejarlos como una patena. A las ocho le serví a mi mujer a la cama el café con leche, después de haber discutido media hora con el panadero, que me cobraba quince centavos de mas en la cuenta de la semana. A las ocho y media, a ayudarle a la Petrona a sentar las ollas, porque la flojonaza había demorado como una hora en ponerse sus perifollos y darse su mano de gato. A las ocho y tres cuartos abrí el negocio y empecé a atender a mi clientela, sin que eso me impidiese dar unas vueltecitas por las piezas interiores para echar aquí un escobazo, para poner en orden lo de mas allá, para tender las camas de los chiquillos y para ayudarle a mi mujer a fajar la guagua.

Así pasé la mañana, hasta que me senté a la mesa para almorzar. Pero no me dejaron hacerlo a gusto, porque tuve que pararme a lavar las copas, a buscar una presa que echamos de menos y que la Petrona se había dejado para ella en el fondo de una cacerola, y a llevar a la cocina los platos usados, porque la Peta se enfurruñó por lo de la presa y no quiso seguir sirviendo.

No puedo decirle ordenadamente todo lo que hice durante la tarde; pero no fué poco, como Ud. verá. Fuera de las atenciones de mi negocio, hice una escapada para comprar unas cintas y unos miñaques por encargo de mi mujer; pasé donde el hojalatero para que me parchara unas cacerolas; fuí donde el herrero a encargarle el arreglo de una parrilla, alcancé donde el zapatero para que le echase un remiendo a los botines de uno de los chicos, y estuve en la librería para comprar un devocionario que vamos a

mandarle de regalo mi suegra para el día de su santo. De vuelta a casa escribí tres cartas, dispuse la comida, limpié el albañal, bañé a Jazmín para quitarle las pulgas, reprendí a la Petrona por su flojera y por aquello de la presa, y tomé en brazos a la guagua para hacerla dormir. Después de arreglar la mesa, comí con relativa tranquilidad, hasta que tuve que levantarme para darle de comer al gato, que era lo que hacía cuando Ud. me llamó...

Mientras hablaba mi vecino, yo en partes le oía y en partes pensaba en esos hombres escepcionales, para quienes la división del trabajo es desconocida, que toman a su cargo todos los quehaceres domésticos, convencidos de que nadie sino ellos pueden desempeñarlos; esos hombres a los cuales nadie en su casa presta ayuda porque todos están seguros de que ellos harán el trabajo de los demás; esos hombres que se duplican, se triplican, se multiplican para estar al mismo tiempo en todas partes y entregados con alma y vida a las mas heterogéneas ocupaciones: que son a la vez comerciantes, cocineros, directores de círculos o sociedades, bomberos, mozos de manos y amas de cría; que en las mañanas del domingo van a misa con sus señoras y en las noches a las manifestaciones en contra del Internuncio; que a todo el mundo prestan servicios, que asisten a todos los entierros, que en las sociedades a que pertenecen acaparan para sí todas las comisiones; que vociferan día y noche contra la pereza y la torpeza de sus sirvientes, sin pensar que ellos mismos los convierten en torpes y perezosos al no dejarles nada por hacer, y que hallan, en fin, malo y detestable todo lo que, a pesar suyo, se han visto obligados a confiar en manos de los demás.

—¿Otro cigarrillo, don Ildefonso?

—Bueno, vecino, pero será para llevarlo encendido.

—¿Tiene todavía mucho que hacer?

—Algo. Por de pronto, ir a lavar y guardar el plato en que comió el gatito; pegarle Ildefonsito, porque esta mañana se robó unos terrones de azúcar; escribir después una poesía para una señorita, por encargo de un amigo mío que anda enamorado, y ayudarle a la señora a limpiar y vestir al chiquillo que estamos criando.

—¿Lo amamanta la misma señora?

—Así es, desgraciadamente. Eso es lo único que yo no puedo hacer. ¡Ah, vecino! si yo lo criara, ya vería Ud. lo gordo y rollizo que el muchacho se ponía antes de dos meses.

Y se fué con paso precipitado, saltando de una zancada la muralla divisoria, y mientras yo copiaba su discurso, sentía en su casa el llanto de Ildefonsito, los maullidos del gato, ruido de trastos que cambian de sitio y otras mil bulliciosas señales de la incansable actividad de mi vecino don Ildefonso, a quien debo el inestimable favor de haberme dado materia para este artículo.

M. J. ORTEGA.





Alfil y grupo de yeguas en Aculeo

Es un fenómeno frecuente de la evolución de las sociedades nuevas que bregan en los diversos órdenes de la actividad por acercarse al nivel de las viejas y mas refinadas, imitar mas empeñosamente sus exterioridades, que sus virtudes que son el secreto de su progreso; en este afán se abandona mucho de lo bueno y práctico aunque modesto de la tierra criolla por lo exótico y mas alagador de la vanidad, que no logrará quizás llenar el vacío que deja lo primero; lo primero aplastado por la moda y el afán de imitación se pierde en el olvido o decae hasta un punto muy cercano de su completa ruina.

No es de otra suerte la crisis por que ha pasado la criolla raza caballar. Aquel caballo de mediana talla, fuerte como el que mas, austero y poco exigente de cuidados, que fué el lujo de nuestros abuelos en las ciudades, y en sus largos y penosos viajes desde allí hasta las apartadas haciendas, que fué su ayuda y su recreo en la vida campesina; que acompañó a nuestro ejército en jornadas de indiscutible gloria, sobrio y resistente en las fatigosas marchas a través del desierto, nervioso y osado en los combates, como si deseara amoldar su temperamento y su carácter al muy peculiar de nuestro roto, estaba hasta ayer olvidado, abandonado por casi todos los criadores del país. Apenas y algunos mantuvieron por él en aprecio y lo conservaron en su primitiva fuerza. La importación de productores de diferentes razas europeas, que algunos han sido un factor de verdadero progreso, todas de enorme talla, sedujo unanimemente a los aficionados del país, justificadamente a los que buscaban el caballo de tiro adaptable en las ciudades y el de labranza, fuera de toda razón a los que pretendieron hallar en éllas y en sus mestizos el caballo de silla apropiado a nuestro accidentado territorio.

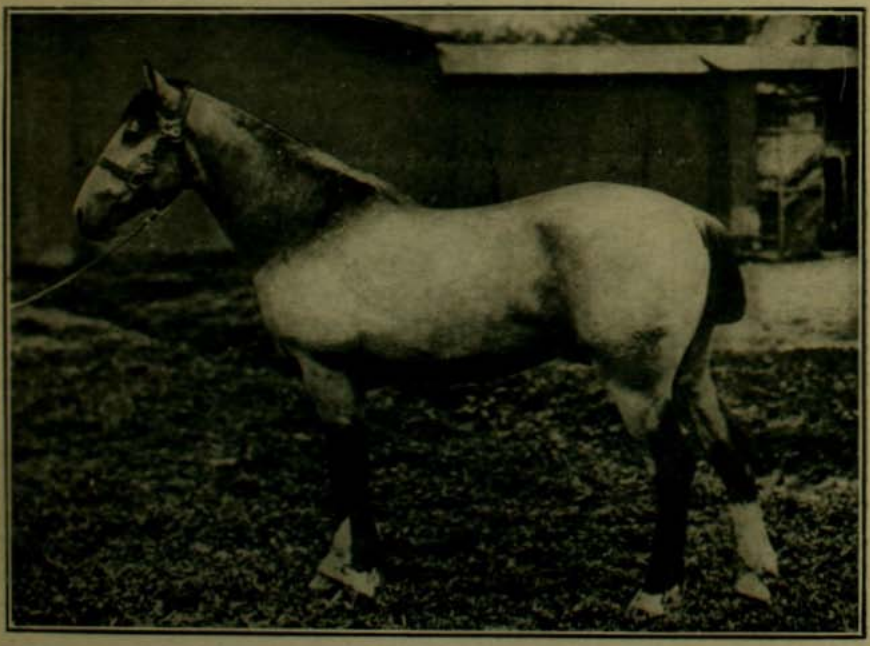
Desde entonces muy pocos fijaban sus ojos en el caballo criollo: el agradecimiento a que era acreedor por sus servicios, y la esperanza de lo que podría ser en lo venidero, si se aprovechaban sus cualidades inmejorables como lo habrían hecho los europeos con las razas con que nos encantaban, había sido apagado por la moda del animal exótico cualquiera que él fuese. Se justifica ahora su menosprecio, citando los defectos que en él había formado el descuido de varios años. Excepto dos o tres criaderos de la República, todos introdugeron algún reproductor mestizo. Era necesario levantar la raza caballar! Y a los reproductores improvisados se les perdonaba todo, las mas extrañas combinaciones de sangre, las confirmaciones menos apropia-

das para su adaptabilidad al trabajo que se deseaba obtener, las mas diversas condiciones de carácter, todo, con la sola condición de ser un animal grande, inmenso ante todo. Los reproductores exóticos fueron los mas mimados del criadero, el lujo del propietario, los únicos que se mostraban con orgullo, entre entusiastas ponderaciones al huésped o al amigo que visitaba la hacienda.

En mala hora los aficionados a las **topeaduras**, encontraron en el Cleveland, el Stun, el percherón, los elementos necesarios para obtener el caballo del peso y proporciones deseado en este extraño deporte nacional; desde ese instante estas razas se transformaron por encanto en las mas estimadas como caballos de silla! las más extrañas combinaciones de razas se hicieron con entusiasmo. En todos los criaderos se eligieron con especial esmero las mejores y mas hermosas madres para cruzarlas con reproductores finos o mestizos de dos y tres sangres. Para los excelentes potros de raza criolla que entonces existían, se conservaron para servir la broza de las madres de los criaderos, lo deforme, lo pequeño, lo mas ordinario. ¡Pobre raza alimentada por una selección negativa!

El mestizage realizado al azar y al capricho, ha dado muy pronto sus naturales resultados; la hetereogenidad de tipos, el gran número de individuos de derecho inadaptables a nuestro suelo y a nuestras necesidades, han puesto una vez mas en evidencia que solo en la conservación y adaptación bien estudiada de las sangres puras o de origen común, se puede buscar el progreso y mejoramiento de las razas.

Desde hace cinco o seis años, la reacción se ha conocido, paulatinamente al principio, con mejor entusiasmo después, primeramente algunos aficionados al caballo de silla, y después la Sociedad Nacional de Agricultura, han tomado a su cargo la restauración y mejoramiento de la raza, lo que no importa pequeños sacrificios. La S. N. de A. ha incrementado el número de sus secciones con la de libro de "Fomento al caballo chileno": esta ha tomado a su cargo el "Registro de la raza" su **stud book**, de escasísimo movimiento en los años an-



Tipo de reproductor chileno

teriores; ha tratado de despertar, entre los que aún conservaban algunos buenos animales criollos, interés por inscribirlos en el registro y no dejarlos desaparecer ignorados; la "comisión inscriptora" que tiene a su cargo esta tarea a recorrido numerosos criaderos en toda la República a petición de los interesados, y ha encontrado medianos potros y excelentes yeguas, que han sido anotados después de ser prolijamente examinados, y su ascendencia minuciosamente averiguado. Pero a cuántos ha tenido que cerrar la entrada en los registros, venciendo odiosas suceptibilidades...! En numerosísimas ocasiones la comisión ha tenido que sacar, a los criadores, de sus errores acerca de la pureza de sangre de hermosos reproductores.

Así se ha logrado librar de una pérdida segura y próxima para la raza numerosos y excelentes ejemplares.

En la Exposición de Animales de 1909, solo fué presentado un solo caballo chileno, en la de 1913, la categoría de "caballos de raza chilena" fué segunda en número, con 46 ejemplares, descontando de la categoría los Haskneys, sus productos mestizos.

El mayor entusiasmo que para esta raza han significado las últimas exposiciones, el alza considerable de los precios de los caballos chilenos en los últimos tiempos, pues varios han sido vendidos en mas de $ 4,000, y el interés que en todas las provincias agrícolas se ha despertados por ellos, son una ayuda poderosa para la obra empeñada.

El plan de esta es simple, aun cuando su realización exija varios desenios, prolijos cuidados, y vencer dificultades y prejuicios que impiden extender suficientemente el mercado. Se desea aumentar la alzada del caballo chileno, mejorar algunos elementos de su confirmación, y conservar sus excelentes cualidades de carácter y temperamento, su confirmación y sus proporciones; su rusticidad que lo hace el mas astuto y sano, capaz de alcanzar hasta una avanzada edad, de 20 o 22 años y aún mas, apto para desempeñar sus duros servicios.

Ese animal que se desea, no excedería en altura de 1.50 mts., deberá conservar todas las cualidades de la raza que lo hacen apta para resistir muchas jornadas consecutivas por las ásperas y abruptas cordilleras de nuestro país; sus cascos duros y resistentes hasta hacer innecesarias las herraduras, y no muy extendidos, sus cuartillas extremamente cortas y aplomadas, sus nudos fuertes, enjutos y bien conformados, que son sus garantías de duración y el secreto de su andar seguro y atinado, por los ásperos senderos de la montaña; **buen hueso** y musculatura en sus miembros delanteros. Su cuarto trasero de conformación muy fuerte, no aspira por cierto a las esbeltas potrancas del caballo de carrera cuyo único objetivo es la velocidad, aptitud que no ha sido cultivada en el caballo chileno, sino en algunas de las familias que ocuparon la atención en los mejores tiempos de D. Pedro Cuevas. La



Ejemplar de raza chileno

musculatura de sus piernas está destinada a repechar con seguridad y sin desfallecimientos durante horas y días las faldas de nuestros cerros. Su tronco será largo, principalmente conseguido por la pronunciada inclinación hacia atrás de su paleta y aumento en lo posible la distancia que media desde los riñones hasta el pomo del aplomo posterior. Su cincha y buen arqueo de las costillas deberá ser lo mayor posible, para no perder el aspecto proporcional que presentan entre esta y la lonjitud de sus patas los buenos ejemplares pequeños ahora frecuentes. La lonjitud de sus remos es solo perjudicial a las aptitudes que se desea conservar en el caballo criollo; tratar de aumentarla para conseguir mayor altura como en muchas razas y mas frecuentemente en el mestizo sería una falta imperdonable.

Se estima su paleta talvés pesada a jui-

cio del técnico escrupuloso, y la anchura de su pecho, peculiar de la raza, indicio a veces de su fuerza y de perfecto equilibrio. Esta sólida estructura terminará posteriormente en una cola bien poblada, que acompaña airosa los andares, y anteriormente por un cuello esbelto, fino, bien destacado, no exageradamente largo, como el de algunas de las mas apreciadas familias de la raza, y una cabeza graciosa, liviana, astutas orejas y viva mirada.

Mr. Hackling el excelente jurado de caballos de tiro en la Exposición Animal de 1912, el conocedor y técnico inteligente que telvés haya visitado este país, y muy aficionado al caballo de silla, mostró gran in-



Reproductor de pura raza chilena

terés por el caballo chileno y por pedido suyo, le fueron presentados los mejores que concurrieron a dicha exposición; manifestó, primeramente extrañeza, por algunas conformaciones peculiares de la raza; pero cuando se le explicó su objeto, las condiciones al trabajo y destinación de nuestra raza caballar, tuvo para él frases de sincero aplauso, y para los criadores atinadas observaciones y consejos, que confirmaron algunos de ellos los propósitos y aspiraciones de los que trabajan en pró de la raza: en su artículo "Chilian Kerses and Hackneys" publicado en el "Live Stock Journal" del 20 de Diciembre de 1912, repitió en forma clara y concisa lo que mas extensamente le habíamos oído verbalmente en sus simpáticas e interesantes conversaciones.

Los primeros pasos en el camino del mejoramiento de la raza han sido alagadores y efectivo estímulo para lo que resta aún por recorrer.

El criadero de "Aculeo"

es talvés el mas antiguo de los ahora existentes, pues cuenta mas de medio siglo de existencia. Supo conservar un grupo numeroso y escojido de yeguas de apreciada ascendencia, en la época de decaimiento y poca estimación de la raza; ellas y sus hijos son la base actual del criadero.

Las primeras madres, a mas de algunas, pocas, que allí dejó su antiguo dueño D. Patricio Larraín Gandarillas, fueron llevadas de Quillamuta, el año 1862 aproximadamente, y algunas llevadas del "Parral de las Cuevas" el año siguiente 1863. De Quillamuta, en esos mismos años, fueron también llevados a Aculeo los potros fundadores del criadero; no es pues de extrañar que los caballos de Aculeo, hayan encarnado el tipo del renombrado caballo quillamutano en los últimos tiempos, principalmente después que este desapareció definitivamente, ni es tampoco extraña la conservación por tantos años de este tipo afianzado por tantas generaciones, muchas de ellas realizadas en Quillamuta, anteriores a la época de nuestra independencia nacional. Según cuenta la tradición de personas dignas de fé, reproductores de antiguas razas (andaluza, berberisca o árabe, menos probable esta última) llegaron a Quillamuta hasta en los años de la guerra de la independencia; el último de que se guarda reproductor fué un potro, cuculí o barroso, que tanto no alcanza a precisar la tradición, dejado por el general Osorio, en el grupo de soldados que dejó abandonados mientras dormían en las casas de Bucalemu el 6 de Abril de 1818, para hacer mas espedita su desenfrenada fuga a lo largo del camino de la costa, acesorado por el general O'Brien. Algun soldado de O'Brien o mas probablemente alguno de los milicianos del guerrillero Juan Francisco Eguiluz, que ocasionalmente se reunió con O'Brien en Bucalemu, llevó a Quillamuta el último semental venido de España.

De Quillamuta sacó también el legendario D. Pedro Cuevas lo mejor de su criadero, y en tanto estimaba aquellos animales, que frecuentemente cambiaba potrillos

por otros quilamutanos, tal como es sabido lo hacía también con el criadero de Paine de D. Rafael Martínez.

Puro quilamutano era el Naranjo uno de los fundadores de la raza de Aculeo, cuya descendencia es ahora numerosísima; uno de sus mejores hijos fué el Cordero, padre del **Codicia** uno de los reproductores mas renombrados de la raza criolla, no porque fuera uno de los mejores **aculenanos** (1) por sus aptitud y conformación, pues muchos le aventajaban, sino por sus numerosos y excelentes hijos que existen diseminados en todo el país. El Codicia, tenía sobresalientes aptitudes, esforzado, robusto, bien conformado, pero de alzada muy pequeño, lo que motivó su salida de Aculeo, en 1890, después de haber dejado allí entre otros hijos el Nizperito, el Bronce (fundador del criadero de D. Diego Vial) y numerosas yeguas y muchas de las cuales viven aún, y son madres bien estimadas en el criadero. De una de ellas y de Angamos es hija la yegua Muselina, cuya fotografía acompaña entre otras este artículo, que obtuvo el gran premio en la Exposición de 1910, y el Arfil uno de los potros mas estimados actualmente en Aculeo. A Mr. Hickling como deseara ensayar un caballo chileno durante la Exposición de Animales de 1912, le fué presentado ensillado el Arfil, lo montó durante largo rato, lo galopó, hizo numerosas evoluciones, anduvo a la marcha. Los favorables conceptos que pudo formarse del caballo criollo como animal de silla los ha emitido en un artículo antes citado, en las siguientes palabras que corresponden pues principalmente al Arfil **"one of the best penies y ever had the pleasure to side"**.

De los mejores reproductores fué el "Duque" que unía a su escepcional musculatura una alzada envidiable aún en aquellos años (1875) en que no eran escasos caballos criollos de 1.50, y aún mas. Sus hijos se distinguen por su escepcional temperamento; para no ser demasiado prolijos nombraremos solamente uno bastante conocido por los aficionados de años anteriores. De vuelta de un viaje a la República Argentina, en el paso de la cordillera, montado por D. M. P. Espinola galopó once leguas en una hora y 45 minutos, sin sufrir lesión alguna, ni dar muestras de extraña fatiga.

El Pedregal vivió muchos años después de esta violenta jornada, y dió numerosas muestras de sus notables aptitudes. No fué bajo ningún punto de vista inferior la descendencia del "Painino", un potro negro que como su nombre lo indica, era del famoso criadero de D. Rafael Martínez, de la antigua hacienda de Paine. La característica peculiar de su color y de casi toda su descendencia, negro, frecuentemente con un pié blanco, hace suponer fuera hijo del Sato, de origen cuevano, que fué de gran estimación en su época.

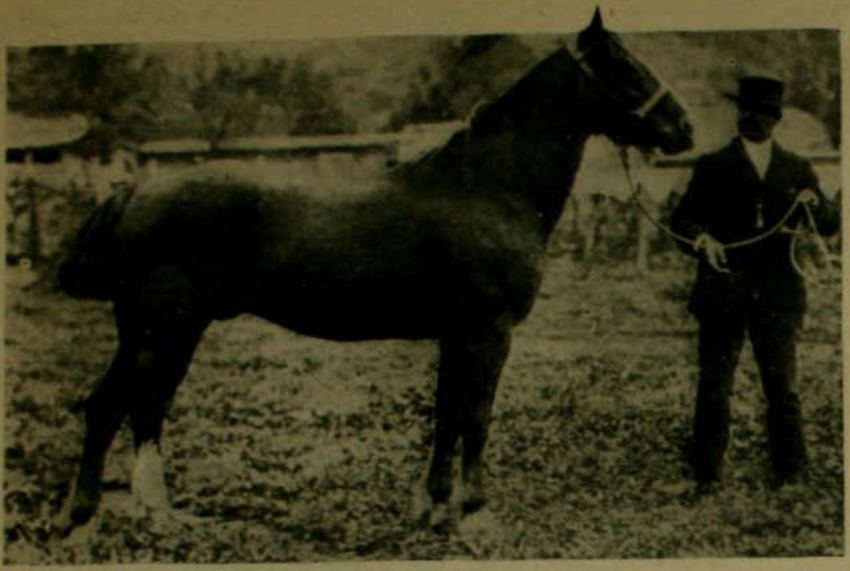
Escepción hecha del Painino no entró en Aculeo reproductor criollo alguno durante treinta y cinco años; la cruza no interrumpida entre animales de una misma familia, amenazaba una probable degeneración que empezaba a manifestarse en la vuelta o la pequeña alzada de los remotos ascendientes quilamutanos, que se había conseguido aumentar considerablemente. El famoso Codicia mostraba en su baja estatura los primeros indicios, y después de él muchos otros individuos del criadero. Llegó pues el momento de buscar sangres nuevas. Desgraciadamente esto pasaba por los años de 1903, cuando el caballo chileno pasaba por lo mas agudo de la crísis que amenazaba destruirlo.



Bureo, gran premio en 1911

En estas circunstancias llegó a Aculeo el "Angamos"; hijo de Arfil (que no ha de confundirse con su nieto nombrado más arriba), nieto del Chino biznieto del Coral, tataranieto del tan recordado potro de D. Pedro

(1) De *Aculeu* antiguo nombre de la hacienda.



Alicante, por Angamos y zanahoria

Cuevas el "Paldeado"; por su línea materna estaba también entroncado remotamente con los caballos aculenanos; su abuela la "Cabeza larga" era de estos. Pertenecía el Angamos a una familia de caballos inteligentemente seleccionada por D. Joaquín Rodríguez Rosas, en Trebulco, en la que no se descuidaron las aptitudes para correr que heredados de su estirpe cuevana y muy en especial del Caldeado, o trasmitido el reproductor de que nos ocupamos. Hace pocos años una de sus hijas, la Cachemira fué muchas veces ganadora en distancias de 800 metros en el Hipódromo Chile, compitiendo con animales de media sangre de carrera y mas.

El Angamos fué uno de los reproductores criollos que ha dejado mas profundas y benéficas huellas: su estatura era mediana, talvés un poco baja, pero la corrección y distinción de sus líneas, su armoniosa musculatura que fielmente transmitía a sus hijos, son méritos apreciables por cierto, pero muy distantes de otros él que le era peculiar, el de transmitir a sus hijos cualidades escepcionales de bondad de temperamento; la docilidad de estos excelentes animales raya en lo increíble, la rapidez para aprender cuanto pueda exigirse del esmerado amaestramiento del caballo criollo, su inteligencia no ha sido aventajada ni en los mejores tiempos que se recuerdan como los mejores del criadero de Aculeo. El Angamos conservó su vigor hasta una edad avanzadísima; su nombre acusa que era ya un potrillo digno de salir del obscuro anónimo en los días de la gloriosa jornada del 8 de Octubre de 1779; nació, por tanto, probablemente en 1776; murió en Enero de 1807, de 31 años de edad; hasta sus últimos días, no había pirca ni valla que le sujetara; sus últimos hijos nacieron diez meses después de su muerte. Algunos de sus hijos, criados en excelentes pastos han sobrepasado en mucho la altura del padre, pues algunos han llegado hasta 1.51 mts.

En 1906 ingresaron al criadero de Aculeo, lo mas escogido de las madres del justamente afamado criadero "El principal". Este criadero formado con esquisito gusto y esmero con D. Vicente G. Huidobro, caballero muy aficionado y conocedor del caballo criollo, a mediados del siglo pasado, tuvo como primer origen un grupo numeroso de las mejores yeguas de D. Pedro Cuevas, compradas después de la muerte de este, acaecida en el "Parral de los Cuevas", el día de Viernes Santo de 1863. A la base de yeguas cuevanas añadió D. Vicente G. Huidobro, lo mas granado de las nombradas

crianzas de la antigua hacienda de Catemu, cuya selección remonta hasta la mas antigua tradición de la hacienda, que pertenece a la familia G. Huidobro desde principios del siglo XVIII.

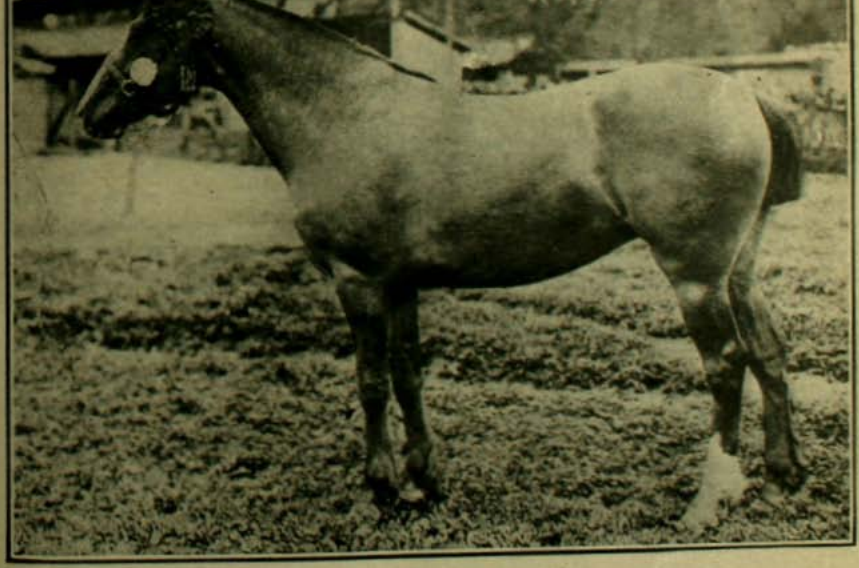
Entre las yeguas llevadas de "el principal" hay ejemplares excelentes de la raza, y buena alzada; el resultado obtenido con su cruzamiento con potros de Aculeo, son bajo muchos puntos de vista satisfactorios.

En Aculeo existe también otra familia de animales criollos, quizás la mas vulgarmente estimada ahora, por su fama de ser los mejores, sino de los mas hermosos: es la descendencia del Guante I, mas conocido con el nombre de el Guante de D. Agustín Edwards Ross. No están de los recuerdos muy contestes en asegurar si este caballo, que nació en Aculeo, fué comprado en este criadero por encargo de D. Agustín Edwards, o si lo adquirió en el remate de los animales de Santa Rita, en la liquidación de los bienes de D..... Figueroa, quien lo tuvo varios años. El potro fué el padre del muy conocido Guante II, de D. Miguel Campino, tan famoso como aquel. El Guante II cuenta entre sus hijos los caballos chilenos que se han vendido a mayor precio, el Cristal y el Charol (1), el primero nacido en Aculeo, el segundo ingresó a este criadero a la salida de aquel. La madre del Charol, la Dama, desciende por su madre (la Borrega) de la cria quilamutana, y por su padre, nieto del Chocolo, de la antigua raza catemina, y de las ramas de la familia cuevana de D. Vicente G. Huidobro, que se mezclaban frecuentemente con los animales de Catemu.

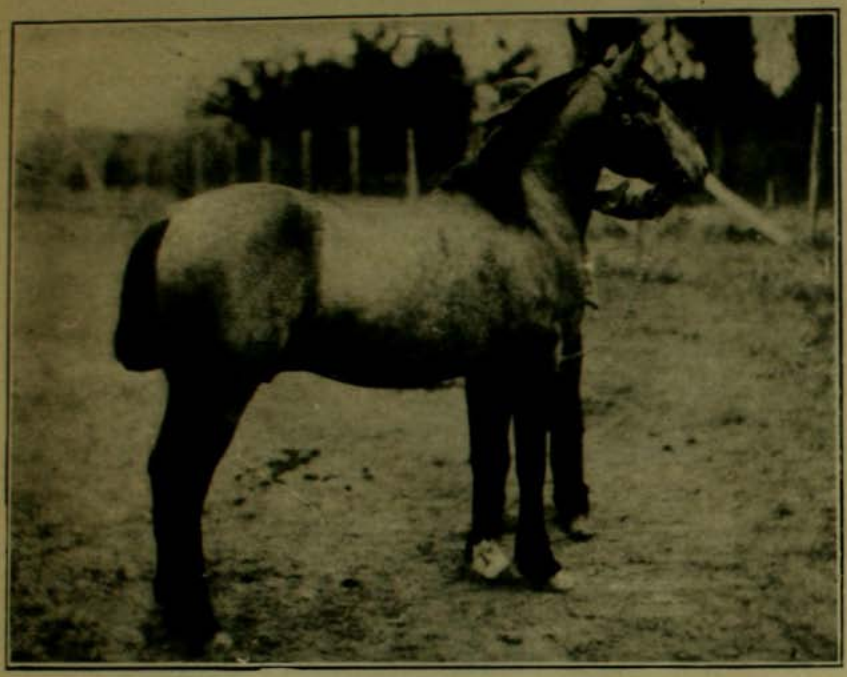
Las excelentes yeguas hijas del Guante que hasta hace poco conservaba D. Miguel Campino, se repartieron vendidas a excelentes precios, en diversos criaderos de la República; algunas las tiene D. Ernesto Lavín en Huemul, D. Alberto Correa, D. Luis y D. Manuel Correa Valenzuela, D. Tristán Valdés Varas, y las mas están actualmente en Aculeo.

Casi todas las antiguas haciendas, conservan con orgullo su vieja crianza caballar, cuidada con esmero hasta hace pocos años,

(1) $ 4.400 el primero y $ 5.000 el segundo.



Mucelino, gran premio en 1910



Codicia a los 18 años

casi olvidada después. Así se ha conservado el grupo de animales de "el Cardonal", de D. Alejandro y de D. Ambrosio G. Huidobro, representado ahora por un escasísimo número de hijos del Guanaco, muy apreciados y diligentemente recogidos y buscados por los actuales criaderos. Hijos del Guanaco son dos de las mejores yeguas criollas que ahora se conservan, la Gaviota y la Boquilla, (1), y las de mayor alzada existentes ahora. (2)

En Aculeo vivió hasta hace muy pocos años con gran estimación el potro Petizo, hijo también del Guanaco. Según los recuerdos de D. Ambrosio G. Huidobro, este era hijo del "Bajo Grande"; nieto de el "Burro" descendiente de la cria cuevana.

Parecerá talvés ertraño que salvo las primitivas madres aculenanas, casi todos los gudegrus de los mejores animales criollos tengan algún entroncamiento en el criadero del inteligente y recordado huaso D. Pedro Cuevas. Sin embargo es cierto que todos los animales de este criadero se repartieron hace ya 50 años, por toda la zona central del país, revestidos del prestigio de su bien acreditada bondad, entre las personas entendidas y aficionadas de aquella época, los mismos que nos han legado lo poco, de realmente puro criollo que era posible encontrar diez años atrás. Felizmente ninguna de las ramas antiguas, salvo la quilamutana y talvés ahora la catemina se han totalmente extinguido.

En Aculeo se ha cuidado muy en especial la selección de temperamento y bondad de los animales, tanto sino mas que la seleçción por conformación. Si el caballo perdiera su docilidad, su agilidad nerviosa, su resistencia en largas y mal acondicionadas jornadas, su boca inmejorable sobre todo, perderia su razón de existir, por bello y armonioso que se consiguiera construirlo. Desgraciadamente la selección por cualidades se descuida mucho en esta raza; criaderos hay en que los potros pasan toda su vida ociosa e inactiva, como si solo engordar y ser mirados fuera su único objetivo; su carácter y sus aptitudes son ab-

(1) De propiedad de Mr. Arthur Banphylde.
(2) La Gaviota mide 1.52 mets.

solutamente desconocidas o se trata de desconocer para encubrir defectos que amenazan aparecer; tampoco se trata de amaestrar esmeradamente los productos para confrontar en su progreso los resultados y mejoremientos conseguidos. Se dice que no existen ahora como antes **arregladores** aquellos huasos inteligentes pacienudos y atinados que hacían del caballo criollo un prodigio de amaestramiento. Esto no es exacto; a medida que la raza progresa, y mas frecuentemente encontrar animales apropiados al mas prolijo adiestramiento, nuevos arregladores se forman. Es muy cierto el vulgar aforismo de los aficionados que no hay **arreglo** posible sin caballo capaz de recibirlo.

En Aculeo se somete a todos los reproductores a la más ruda disciplina y al más duro trabajo. Después de ser esmeradamente amaestrados sirven a los vaqueros en sus habituales ocupaciones; conocen las privaciones de las largas jornadas por las cordilleras, y son los mas diestros y lucidos en nuestro nacional deporte "los rodeos". El descuido en seleccionar la raza por sus aptitudes constituye para ella el mas formal de los peligros, capaz de hacerlo desaparecer en días no remotos.

Cuanto podría esperarse de esta raza si en su mejoramiento se ocuparan otros elementos que el reducido grupo de criadores y aficionados que ahora lo aprecian! Es cierto que para ella son mejores los actuales tiempos que los últimos años del pasado siglo y los primeros del presente; pero sin embargo cuantos hay que solo estiman el caballo y juzgan de sus aptitudes y de su belleza, por el largo de sus patas y el brillo de su pelo...! El ejército mismo ha olvidado a su fiel servidor en la caballería, en duras jornadas que le cubrieron de gloria. También él busca ante todo un caballo grande en mestizajes de éxito dudoso, ya que no se preocupa ni de la conveniente selección de las madres, ni de la procedencia de sus remontas. Cuando le hemos visto buscar con afán del otro lado de los Andes ganado para su remonta, que cuestan dos y media veces de lo ofrecido a los criaderos del país, traído con grandes sacrificios y crecidos gastos, no hemos podido olvidar los conceptos que esos codiciados caballos argentinos merecieron a una comisión técnica francesa de especial preparación, después de los minuciosos ensayos a que los sometía a fines de 1910; y esos animales eran el orgullo del propio ejército argentino, lo mas seleccionado, lo estimado hasta el punto de creerlo un rico presente el mas eficaz de los reclame.



Hermoso ejemplar de yegua chilena

Si se concediera que el mejor caballo de ejército se encontraría en el media sangre de carrera y chileno, ¡qué se hace para fomentar la crianza de las madres que han de proporcionar ese cruzamiento!

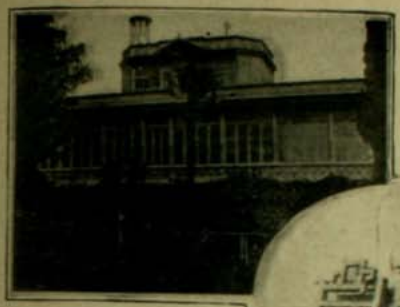
Cualquier mestizaje con caballo del país aminorará la excelencia de su boca, menos durable por peculiaridad de la sangre extraña aportada al cruzamiento, y porque desperfeccionara la construcción de las manos del caballo criollo que el secreto de su durabilidad. En cambio el caballo del país es suceptible de agrandarse hasta formar el perfecto caballo de guerra, como ha sido tantas veces reconocido por técnicos de innegable competencia; y este mejoramiento no es problemático, ya en gran parte está realizado, falta solo afianzarlo.

Una visita a los bosques de los Guindos

Ilustraciones fotográficas

Tomamos el tren de 8 de la mañana y llegamos en , mas o menos, ¾ de hora a la estación "Los Guindos" que está situada dentro del fundo del mismo nombre que pertenece al señor don Benjamín Matte. El fundo tiene 590.66 hectáreas de superficie de terreno regado, de las cuales ha dedicado 211 hectáreas á la plantación de bosques, 21 hectáreas a un criadero de árboles que tiene fama por su formalidad, buena calidad de las plantas y sus precios módicos; otras 20 hectáreas, mas o menos, se han dedicado a la plantación de árboles frutales y el resto del terreno está ocupado en distintos cultivos agrícolas.

Al salir de la estación nos llamó la atención un lindo bosque de Araucarias del Brasil, plantadas a larga distancia para que produzca piñones, que es el primero que vemos, pues hasta la fecha sólo las habíamos visto en avenidas y en grupos y aisladas en los parques. El coche nos llevó primero a un bosque de Aromos de Australia cuyos troncos lisos y derechos nos llamaron mucho la atención y observamos que las partes donde este bosque está mezclado con Cipreses tienen los árboles mucho mayor altura y mayor grueso; de allá pasamos un cuartel de gomeros azules y entramos en un bosque obscuro de Cipreses tupidos. Parece que nos hubiesen transladado de repente a otro país, pues a pesar del calor atroz que hacia, había aquí una temperatura muy fresca que hacía contraste con el calor del día, había aquí una sombra absoluta y aún la suave brisa, que hacía enardecer la cútis con su calor en el campo, se había convertido aquí en muy fresca, saturada del aroma de los cipreses y algo húmeda. El camino que atravesamos parecía un verdadero túnel labrado en un bosque obscuro y en cuyos extremos brillaba la luz ardiente del sol sobre los campos. Saliendo de este pseudo-túnel, entramos en cuarteles donde había pequeños grupos y árboles aislados gruesos de pinos insignis y una tupición de Cipreses y Sequoyas nuevas de distintos tamaños que hacía aparentar el bosque en forma de parque, pues, de trecho en trecho impedían los árboles nuevos la vista a lo lejos, formando lindos contrastes de parte algo asoleadas con partes obscuras, hojas de distintas formas y colores ahí vimos hojas largas, agudas, otras cortas, compactas, unas obscuras, otras verdes, frescas, otras plateadas, azulejas, etc., todo el suelo estaba tapizado con un colchón blando que se había formado de las hojas caídas. Este sitio elegimos para hacer once sentados sobre un árbol caído y entablamos conversación con nuestro acompañante.—Díganos, señor, ¿a quién se le ocurrió plantar un bosque tan caprichoso y pintoresco donde a cada vuelta que se da se descubre un nuevo paisaje pequeño?—Esto no se le ocurrió a nadie, señor, sino que este era un bosque de Pinos insignis y cuando se veían bonitos y se creía que ya iban a formar madera, empezaron a caer en grandes y pequeñas manchas y entonces hemos intercalado Cipreses y Sequoyas a medida que se producía el mal para afirmar los Pinos con las raíces de ellos. De allí viene que Ud. los vé de distintos tamaños y edades. Como Ud. vé, se ha conseguido el objeto porque los Pinos ya no se caen mas y los Cipreses y Sequoyas crecen muy bien a la sombra de los Pinos. Es admirable el desarrollo rápido de las Sequoyas aquí, porque crecen ahora casi tan ligero como



Casas del fundo vistas de frente



Sr. Benjamín Matte



Colección de 1,000 variedades de rosas

pasamos un pequeño bosque donde parecía que alguna mano grande hubiese revuelto y torcido los árboles, formando así un revoltijo casi impenetrable y le preguntamos—¿Que es esto?—Es Pino marítimo, señor, que no crece bien aquí, pues se cae y crece torcido en terreno regado, por esto cortaremos luego lo poco que tenemos.—Luego después atravesamos una parte de Pinos bien Cipreces, mientras que en otros cuarteles donde se plantaron en distancias de 4 × 4 metros, crecen muy despacio a causa de la sequedad del suelo.

Concluidas las once, seguimos andando y



derechos, de corteza roja, gruesa, de hoja larga, algo plateada, que secos estaban enganchados en pelotones en las junturas de las ramas ó pendían de ellas y aún en los troncos gruesos existían intactas, haciendo la impresión como si los troncos estuviesen revestidos de una especie de tul o gasa El andar en el bosque se asemejaba a la difícil marcha sobre un sofá, tan grueso era el colchón que formaban las hojas caídas. ¡Aquí no falta más que un ligero velo de neblina para la danza de las hadas!

—Qué especie es esta? Este, señor, es el Pino de las Canarias, el que más quiere el patrón, porque no se cae

ninguno, crece muy derecho y tiene muy buena madera. Que usted sienta el suelo tan blando viene de que hace meses que no hemos recogido el rastrojo del suelo, pues éste nos sirve para embalar ya que las hojas son tan largas y flexibles que hacen las veces de resortes. Además es necesario recogerlas donde se colinda con la línea férrea por las chispas de las máquinas. Ya ha sucedido varias veces que el suelo ha ardido, pero no les ha hecho nada a los Pinos porque la corteza gruesa los protege mucho contra los incendios.

Luego después pasamos por un camino del cual no vimos mas que plantaciones de Eucalyptus; en partes eran muy gruesos y grandes, en otras delgados y altos y en otras muy raquíticos y torcidos.—¿Por qué están los árboles en el mismo terreno tan disparejos?—Este es un plantel de estudio, señor, donde se han ensayado muchas clases de Eucalyptus y cada once hileras hay otra especie para ver cómo crecen plantados en bosques. El patrón ha plantado un sinnúmero de especies en la misma forma y no solo de Eucalyptus sino también de Pinos, Cipreses, Aromos, Cedros, Tuyas y muchas clases de árboles de hoja caduca para observar su crecimiento en plantaciones de bosques. También tiene grandes planteles de colecciones de árboles en forma aislada, para ver cómo se desarrollan así, y especies que se desarrollan muy bien aisladas pero en bosques no dan el mismo resultado, como Ud. ve aquí en los Eucalyptus riminalis, que están muy delgados en el interior del bosque, mientras que aislados son los que mas engruesan y crecen.

Así andando atravesamos un lindo bosque de Cipreses torulosa cuyas ramas parecían como grandes hojas de helechos y admiramos sus troncos cilíndricos y rectos. Luego nos vimos en medio de otro bosque de Cipreses cuya sombra negruzca formaba un lindo contraste con un plantel de árboles nuevos de un verde fresco y claro con puntas coloradas que parecían brillar en la luz del sol.—¿Qué especie es ésta?—Este, señor, es el Karri o Eucalyptus diversicolor, el Eucalyptus que mas estima el patrón por su rápido crecimiento y buena madera de construcción. Como Ud. vé aquí no se ha helado en absoluto, porque está rodeado de otros bosques, pero expuesto a todo aire como a orillas de la línea férrea puede ver Ud. que también se hiela aquí.

Ya nos sentíamos muy diestros con las lecciones recibidas y al ver un plantel de Pinos exclamamos altivos: ¡este es Pino de las Canarias!—No, señor, este es del Himalaya y se llama Pino longifolia, pero son tan iguales en aspecto con el de las Canarias que aun un botánito solo los distingue en el cono. El longifolia crece mas ligero que el de las Canarias, pero es muy difícil obtener semillas de él; aún las casas grandes de Europa engañan con la semilla de otras especies.

Al fin aceptamos nuestra clasificación con bosque de Cipreses siempre verde, piramidal, que nos hizo recordar nuestros viajes por Italia y cuyo aspecto tan severo, con sus columnas rectas y uniformes inspira un sentimiento de respeto y algo religioso. Al mirar las copas de estas columnas inmensas nos interrumpió nuestro acompañante:—¡Cuidado con los árboles! En realidad, en nuestros pies había una multitud de variedades de árboles chicos plantados.—Pero ¿por qué plantaron estos árboles aquí cuando este bosque es lindo así y los Cipreses no se caen como los Pinos insignis?—Esta, señor, es una de las tantas plantaciones de ensayo del patrón que ha hecho en los últimos años para estudiar cuáles son las mejores especies para resistir la sombra de bosques grandes y Ud. los puede encontrar en medio de Aromos, Pinos, Eucalyptus, Arces, Fresnos, Olmos, etc. Hasta aquí van bien así los Cipreses, Sequoyas y Tuyas; en cambio los Pinos Oregón, Abetos y Piceas se desarrollan a la sombra muy poco y las demás especies no prometen nada todavía, talvés con excepción de los Cedros.

Cansados de andar de a pié nos alegró la vista de la victoria y nos metimos adentro a ver desde ella y así atravesamos los bosques de Encina de Europa, y nos imaginábamos estar en Estados Unidos de Norte América, Francia, Alemania, Suiza, el Libanon, Brasil, Australia, Nueva Zelandia, China, Japón, Italia, los Pirineos, Austria, India, etc., a medida que avanzaba el coche, hasta que al fin entramos en un lindo parque donde abundaban las rosas y flores y que daba las mas hermosas vistas, perspectivas al gran canal de Viluco y los cerros de Lo Herrera y Chena que parecían formar parte del parque. Al fin paró el coche en el costado de la casa del fundo donde fuimos saludados cariñosamente por



Bosque a orillas de la línea

divisado en el trayecto una fábrica hoy día paralizada. Esta es la primera fábrica de azúcar de betarraga que se estableció en el país, que instalé con el propósito de demostrar no solo la posibilidad de hacer viable esta industria sino también los beneficios anexos que aporta para el país, como ser el aumento de la producción de carne, como ser crianza y engorda de animales, lechería, quesería, etc., para lo cual se puede utilizar



Eucalyptu de diverso color y de 19 años de edad

el dueño D. Benjamín Matte y la señora Carmela Garrido de Matte.

Bosque de cipreces

Ya que se nos presentaba la ocasión de hablar con el senor Matte y como nos interesaba mucho oir algo de la historia del fundo, le preguntamos a este respecto, siendo atendidos más o menos del modo siguiente:

—"Después de la muerte de mi padre me hice cargo del fundo que entonces todavía fué indiviso. Como tengo de qué vivir, mis anhelos eran de hacer algo útil para el país y así me dediqué á estudiar la producción del azúcar de la betarraga e hice venir también un práctico francés con este objeto. Ud. habrá



Bosque de cipreces Macrocarpa de 19 años, ya raleados

los distintos desperdicios y residuos de la frabricación de azúcar de la betarraga, sin contar la producción de alcohol, refinería de los azúcares impuros, etc., a lo cual me dedicaba mientras que había pasado la época de la betarraga.

"La industria llevaba una buena marcha y obtuvimos entradas regulares, que de año en año iban aumentando, hasta que llegó el año de la revolución en el cual tuve que irme a Santiago para hacerme cargo de la familia. En este tiempo se me fué la gente que tuve a mi disposición para la fábrica, el práctico se portó mal durante mi ausencia y desde entonces cerré la fábrica. Lo que comprueba que la fabricación del azúcar de la betarraga es viable en el país cuando se instala con todos los anexos necesarios, pero necesita una atención constante y muchos brazos. Como tengo de qué vivir no estaba dispuesto a sacrificar tanto y la escacez de brazos era un obstáculo con que no quería luchar mas. Además, ya había conseguido mi objeto de demostrar que la fabricación de la azúcar de la betarraga, era un negocio y una industria viable aún en el centro del país y aún sin ley que le conceda primas y franquicias, como la hoy día existente. Como dato ilustrativo le puedo decir que las primas por tonelada que se establecieron después de la clausura de mi fábrica son tan subidas que equivalen o superan los gastos de producción que yo tenía cuando estaba la fábrica en marcha. El centro del país no lo considero la mejor región para el cultivo de la betarraga, pues el clima tan caluroso y secante y el sistema de riego perjudican mucho, pues, a pesar de que la tierra estaba empapada en agua las hojas se ponían muy lacias a medio día, pero a pesar de este inconveniente era negocio hacerlo. Para obtener los mejores resultados en el país, creo necesario que se establezca esta industria en un clima que le sea mas favorable, como talvés en la provincia de Llanquihue, donde no se necesita regar la betarraga y que la misma fábrica se dedique no solo al cultivo de la betarraga sino también a todos los anexos que he enumerado anteriormente. Puede ser que mas tarde haya un industrial que quiera dedicarse allá a esta industria lucrativa en suelo apropiado para el cultivo, lo que significaría un gran adelanto para el país ya que no solo tendríamos azúcar chilena sino que también significaría un aumento de la producción de carne, leche, mantequilla y queso."

Le manifestamos nuestros agradecimientos por tan interesante e importante conversación para el país y le rogamos que nos contara la historia de los bosques de él.

—"Convencido de la necesidad que hay de plantar bosques en el país y viendo que no había la iniciativa suficiente, me propuse profundizar esta materia para llegar a conclusiones que podrían ser de beneficio para el país, además de que esto me proporcionaba un estudio y un trabajo que demandaba mucho menos atención personal que la fábrica que tengo. Cuando tomé posesión definitiva de mi hijuela no había mas que unos pocos Eucalyptus globulus, 4 Cipreses religiosa, que deben haber sido plantados de los españoles todavía, y un par de Gleditschias triacanthos, a mas de unos Alamos negros y Sauces llorones. Lo primero que planté yo fueron unos cincuenta Eucalyptus que me regaló don Ismaél Tocornal. En aquel tiempo no había nadie en el país que se dedicara exclusivamente al estudio de los árboles forestales y tuve que dejarme guiar de los consejos que se daban en la Quinta Normal a las personas que habían plantado unos árboles y de la cantidad de los libros que hice venir de Europa para estudiar la materia. Como no me satisfacían las explicaciones que me dieron y los libros hice el encargo a varias personas de ver lo que se había hecho en la Argentina y la comparaba con las recomendaciones hechas por la Quinta Normal. Naturalmente, tuve que incurrir así en algunos errores como la plantación de las Casuaribas que se recomendaba en todas partes. Al fin me dediqué a los estudios prácticos en mi propio fundo en 1892 planté una gran colección de árboles en forma aislada la que aumentaba todos los años a medida que podía obtener semillas de nuevas especies. Al mismo tiempo plantaba pequeños bosques de las más diversas especies, para observar su crecimiento en el conjunto. De 1893 a 1897 planté las 211 hectáreas de bosques que tengo. Desde entonces me cupo en la transformación de las plantaciones hechas suprimiendo las especies de poca utilidad o que no han dado resultados satisfactorios, reemplazándolos por los que me han dado mejores resultados en la práctica. Raleo los bosques a medida que pue-

do, hago la poda de las ramas, comparo las maderas que producen aquí con la que dan en los países de su origen, hago experimentos con sus productos maderables é industriales, ensayo la durabilidad de los postes de árboles nuevos en contacto con el suelo, estudio las exigencias de las especies en luz y sombra, las condiciones de suelo que más les convienen, su resistencia contra el fuego, ensayo cortezas tánicas, la producción de resinas, etc."

—¿Ud. tiene también un criadero de árboles para la venta al público á precios muy módicos?

—"Sí, señor, también lo tengo y llevo aquí la política de reducirlo todos los años á las especies y variedades más útiles, á fin de facilitar a los compradores la elección de las especies y variedades y de evitarles la compra de árboles que no les convienen industrialmente. En la colección de árboles frutales la reducción hecha por mí creo que ya no deja lugar a equivocaciones de parte de los interesados; en los árboles forestales no se ha podido reducir tanto porque hay necesidad de mantener un mayor número de especies para la plantación de avenidas y parques, por esta causa me veo también obligado a mantener un sinnúmero de arbustos, palmas, bambúes, rosas y otras plantas de adorno".

—La colección de rosas que Ud. tiene posee fama de ser una de las más completas del


I


IV


III


II




VI


VII

I. Colección de árboles forestales.—II. Bosque de pinos de las Canarias (15 años).—III. Bosque de aromos de Australia (14 años).—IV. A la izquierda un bosque arces; a la derecha bosques de eucaliptus y casuarinas.—V. Camino túnel con bosques de cipreces macrocarpa.—VI. Seguoyas y cipreces de 1 a 3 años debajo de un bosque de pinos de 15 años.—VII. Vivero de árboles frutales.

país, así es que ya no la aumentará más?

—"Cómo nó, señor, la aumento todos los años con las variedades nuevas del año, como también la colección de árboles frutales, forestales y toda clases de plantas de adorno. El mundo está progresando y todos los años hay una u otra cosa interesante."

—Ya le hemos molestado mucho con preguntas, pero quisiéramos que en un dos por tres nos dijese la esencia de sus experiencias. ¿Cuáles son las especies forestales que conviene plantar en el país?

—"Yo no le puedo hablar de experiencias propias sino de mi fundo que es de terreno regado y aquí tengo mi opinión bien formada y cimentada en la práctica. De los Eucalyptus doy la preferencia al Eucalyptus diversicolor por su rápido crecimiento, que es mayor al globulus y por su excelente madera y como se hiela sin abrigo le planto entre medio de otros bosques, donde extermino especies inútiles. En seguida me dedico al Eucalyptus resinifera por su excelente madera, su gran resistencia al frío y tengo una variedad que crece mas ligero que el globulus. A estos habría que agregar talvez el Eucalyptus gomphocephala que tiene un desarrollo satisfactorio, produce una madera amarilla aceitosa la cual estiman en Europa como la mejor para durmientes y traviesas de ferrocarriles. Cuando solo se trata de producir leña, plantaría el Eucalyptus viminalis, en forma de avenidas o hileras o también en largas distancias, pues, crece y engruesa mas que el globulus. Naturalmente, mantendría el Eucalyptus globulus para la plantación de bosques, ya que el viminalis no engruesa en estos.

De los Pinos, ya no planto mas Pinos insignis en cultivos limpios porque se caen con los vientos. El Pinus maritima también lo dejo por la misma razón, aunque aquí me ha producido 8 veces mas resina que el Pinus insignis y 3 veces mas que el Pinus canariensis. El Pinus canariensis es para mí el gran Pino, aunque se desarrolla muy poco en los primeros 3 años, después crece mas ligero, muy derecho y no se cae con los vientos; de las tres especies citadas tiene la mejor madera, aún muy nueva es firme, muy lisa y de un color y aspecto que la hace apta aún para muebles.

Tengo aquí un pedazo de una rama de un Pinus canariensis de mi parque que tendrá unos 20 años y que como Ud. ve ya tiene en el centro la misma madera madura de los Pinos en las Islas Canarias. A estos Pinos habría que agregar talvés el Pinus excelsa aunque crece mucho mas despacio, para la producción de Pino blanco.

De las otras coníferas habrá que plantar la Sequoya sempervivens que produce el Pino colorado. Necesito un suelo fresco, humífero y bien regado, pero a pesar de su desarrollo lento en los primeros años mas tarde crece mucho mas ligero y engruesa bastante. Los Cedros: Cedrus deodara, Cedrus atlántico y Cedrus libani como también la Tuya plicata pueden tener mas tarde una importancia forestal. El Pino Oregón Pseudotsuga taxifolia, Alerce del Japón Levix leptolepis y otras especies nuevas necesitan regiones mas al sur y todavía no se han experimentado lo suficiente.

El Aromo de Australia Acacia melanoxilon es un árbol forestal muy bueno, por su crecimiento rápido y derecho, su madera resistente y flexible que se asemeja al nogal y por ser un árbol contra incendio, como lo hemos experimentado aquí.

De los árboles de hoja caduca tendríamos que enumerar la Encina europea, Quercus pedunculata para duelas; la Acacia blanca, Robinia pseudacacia para los usos conocidos, plantándola con preferencia en avenidas o hileras; y los Alamos de mas ligero crecimiento cuyo uso se extiende de año en año, como el Alamo de las Carolinas, el siempreverde, el negro común, etc.

Al fin le preguntamos ¿Qué cree Ud. que debe hacer el Estado en materia de bosques?

—"Me ha parecido muy bien que el Estado tome a su cargo las hoyas hidrográficas del agua potable para evitar que se arrase con la vegetación arbórea que tenemos en ella. Habrá que proteger y fomentar la vegetación arbórea de las hoyas hidrográficas de las vertientes que sirven para el riego. A la reproducción de las dunas debe darse mayor incremento. Habrá que hacer reservas de bosques y el Estado debe legislar sobre bosques, aunque las medidas sean muy suaves para los dueños de terrenos y mas gravosa para el Estado, mas tarde tendrán que acostumbrarse los particulares a la ingerencia que toman los países europeos en los bosques de propiedad particular por medio de las guarderías y servicios forestales del Estado."

LOS ESCANDALOS DE PANAMA

Por

J. M. Echenique Gandarillas

Los anales de 1912 dieron testimonio de vivas discusiones en la prensa, en el Congreso y en las reuniones políticas santiaguinas sobre actos y doctrinas que tienen relación con la moralidad administrativa.

¿Se ha cometido en 1912 delitos que eran desconocidos en la historia de nuestro país? Talvez, nó. Lo que ha ocurrido, y ha sido una novedad, es el despertar del sentimiento patriótico y honrado de la inmensa mayoría chilena que ha creído llegado el momento de contener esa enfermedad que, desde que el mundo es mundo, ha sido la triste compañera de la prosperidad y de la abundancia de riquezas.

Los abusos administrativos de la última época son solamente un reflejo del desorden nacido hace diez años a la sombra de un resurgimiento artificial y destituído de bases sólidas.

La corrupción administrativa no se cura con leyes sino con la reforma del sentido moral momentáneamente perturbado. Cuando la mayoría de los ciudadanos de una nación repudian esos actos delictuosos, cuando el veredicto popular castiga con equidad a los culpables en la forma en que una sociedad sana y honesta puede hacerlo basta para la acción del Estado con el cumplimiento de las leyes existentes sin recurrir a reformas de carácter extraordinario y transitorio.

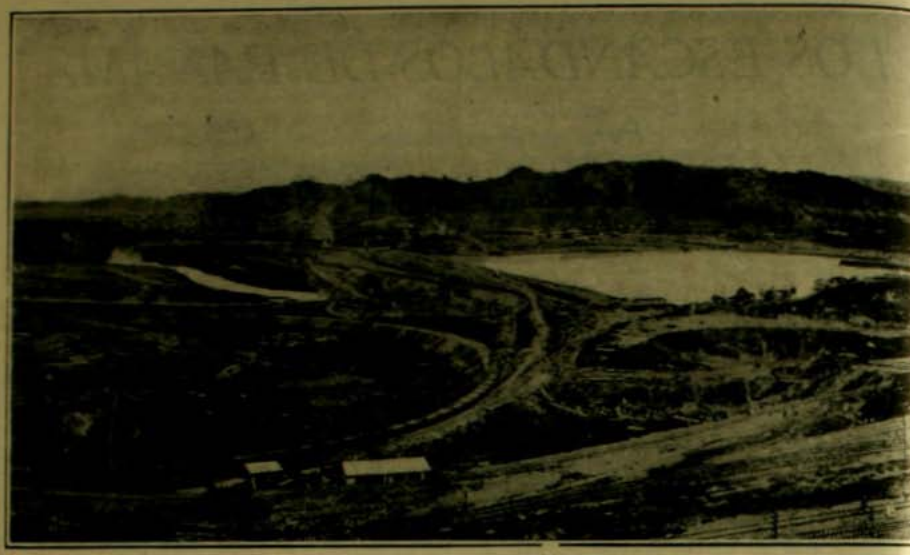
Las comunidades patriarcales de las edades primitivas no necesitaron de Códigos y les bastaba de la ley eterna de la moral inspirada por el Creador. Los habitantes de Cirene pidieron a Platón que les hiciera leyes que pudieran servirles para gobernarse en el futuro. Platón les contestó: "los habitantes de Cirene no necesitan leyes porque son felices y saben respetar los derechos de los demás".

Unicamente cuando la sociedad desconoce el cumplimiento del primero de sus deberes; cuando el egoismo individual arrastra a los ciudadanos hacia el silencio en los momentos en que debe protestar en contra las violaciones de la ley y de los escándalos públicos; cuando ellos permanecen encerrados dentro de sus casas y desoyen el mandato de su conciencia que les ordena salir a defender los ideales que constituyen la grandeza de una nación y la fortaleza de una raza, sólo entonces debe recurrirse a la reforma de las leyes y al aumento de las penas.

Una nación que con justicia puede enorgullecerse por la benignidad de sus leyes, la Inglaterra, la tierra clásica de las ideas liberales, ha restablecido hace pocos meses la pena de azotes para castigar a los hombres y mujeres que sean sorprendidos en el comercio conocido con el nombre de la trata de blancas.

La tercera República francesa pasó hace veinte años por una gravísima crisis motivada por actos de corrupción en que fueron sorprendidos numerosos miembros del Congreso y algunos Ministros de Estado. Descubierto el escandaloso delito, bastó que un solo Diputado, M. Jules Delahaye, cumpliese con el deber de pedir una investigación para que la parte sana de la prensa francesa secundara el movimiento en favor de la moralidad, revelando el nombre de los diputados culpables sin consideración a sus servicios, ni a sus relaciones de familia, ni a sus compromisos políticos. Todo fué lanzado a la publicidad y la República francesa se salvó en los momentos en que la relajación de las costumbres administrativas y el olvido de las sanas doctrinas amenazaban destruirla en su base única y verdadera, que es el respeto de la ley y de la moral.

Maurice Barrés ha escrito con el título



Vista general de los trab

de "Le Roman de l'energie nationale", tres volúmenes de gran interés, que encierran grandes lecciones que conviene dar a conocer en un país gobernado por el régimen parlamentario.

La Francia había sufrido una transformación social conjuntamente con la implantación del régimen republicano. Hanoteaux en su obra monumental de la "Historia de la Francia Contemporánea" nos ha pintado con mano de maestro la vida política de ese período de evolución. Mauricio Barrés y Arturo Mayer, han escrito la historia social y anecdótica de ese mismo período.

Nada hay más interesante que la lectura de esta crónica íntima conjuntamente con la gran historia destinada a fijar el juicio de la posteridad sobre una época que ha visto desaparecer un régimen que ha sido reemplazado por otro con hombres nuevos, ambiciones nuevas y un conjunto de ideas y de procedimentos antes desconocidos.

La campaña de Boulanger y el escándalo de la emisión de acciones por sorteo de la Compañía Constructora del Canal de Panamá son dos acontecimientos que llenan cinco años de la historia de la Francia republicana.

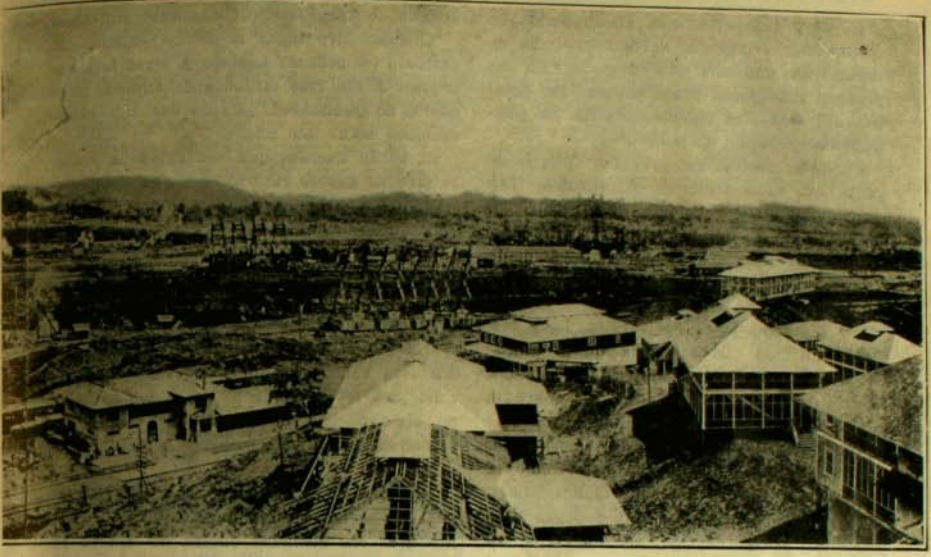
El escándalo de Panamá que dió a conocer la corrupción administrativa y parlamentaria de la gran República latina y permitió castigar a los principales culpables, destruyó hasta en sus raíces más profundas y ocultas un árbol que amenazaba cubrir con su perniciosa sombra el nacietne régimen republicano.

Para implantar ese régimen los jefes del partido republicano se vieron en la obligación de librar batallas muy encarnizadas en contra de los antiguos partidos monárquicos, formados por una sociedad aristocrática, rica en prestigio, en dinero y en servicios prestados a la nación.

En esa lucha debieron los republicanos recurrir a los servicios ocultos de gentes que proporcionaban la victoria mediante la entrega de grandes sumas de dinero.

Entre esos pescadores a río revuelto, figuraron en primera línea el barón Jacques Reinach, Cornelius Herz, Arton y demás protagonistas del escándalo de Panamá que envolvió en sus redes a hombres políticos tan distinguidos como Rouvier, Burdeau, Freycinet y Floquet y que envió a galeras a M. Baïhaut, Ministro de Obras Públicas del Presidente Carnot.

El barón de Reinach, jefe de la banda, era un judío nacido en Francfort y que se



del Canal de Panamá

transladó a París después de 1870. De uno de sus hermanos, Oscar de Reinach, casado con una señorita de Cessare, perteneciente a la aristocracia, hizo un gentilhombre francés, legitimista y candidato conservador en algunas elecciones. De su sobrino Joseph Reinach, que era al mismo tiempo su yerno hizo un diputado oportunista, un *bourgeois*, amigo de Gambetta y de los principales fundadores de la república.

Estos financistas alemanes, naturalizados franceses, han sido los hombres indispensables para los gobernantes de la república; ellos han sabido adjudicarse, como dice Barrés, el rol de *eclaireurs* en cada ocasión en que ha sido necesario recurrir al crédito, firmar grandes contratos o hacer importantes operaciones financieras. Ellos han prestado útiles servicios y se han hecho pagar fuertes sumas de dinero en retribución de esos servicios.

En los primeros días del mes de Noviembre de 1892 un rumor sordo circulaba por toda la ciudad de París y se anunciaba la revelación de un gran escándalo; se hablaba de conferencias secretas celebradas en el Ministerio de Justicia y de la enérgica actitud asumida por el Procurador de la República, M. Quesnay de Beaurepaire, ante las insinuaciones de M. Emilio Loubet, presidente del Consejo de Ministros, que deseaba impedir la iniciación de un juicio en el cual podían resultar comprometidos gran número de diputados.

La prensa se manifestaba prudente y reservada ante tales rumores; no se podía olvidar que, cuatro años antes, en 1888, Eduardo Drumont había publicado su "France Juive", libro que había fundado su reputación de gran escritor y del primer polemista francés. En una de sus páginas, en medio de revelaciones extraordinarias, había acusado al Ministro de Justicia de entonces, M. Humbert, de amparar un negocio fraudulento, en el cual era protagonista su hija política, la famosa Teresa Humbert. Drumont fué acusado como un calumniador, insultado en la prensa republicana, retado a duelo, llevado a los tribunales, condenado y puesto en prisión.

Drumont, como ocurre a los periodistas valientes, había lanzado una acusación verdadera sin tener pruebas para defenderse. La vindicación de Drumont vino mucho mas tarde y después de los sucesos a que dió lugar el descubrimiento de la concusión de los parlamentarios en el negocio de Panamá.

En 1892 los periodistas atemorizados no se atrevían a lanzarse en una campaña de tanta transcendencia sin disponer de las pruebas acusadoras y sin conocer los detalles del delito, ni los nombres de los políticos complicados.

Por esos motivos las primeras noticias de la prensa eran inciertas y confusas. Los culpables cuidaban de que ellas fueran contradictorias. El barón de Reinach tranquilizaba a sus amigos diciéndoles que él podía responder del silencio de la prensa, pero que el peligro estaba en la Cámara.

Un diputado joven, M. Julio Delahaye había iniciado una interpelación al Ministro de Justicia, Ricard, sobre "las lentitudes de los tribunales para hacer luz sobre la empresa del Canal de Panamá". Dos días después, M. Jorge Duval, secretario de la redacción de "La Libre Parole" recibió la visita del barón de Reinach; ambos habían colaborado años antes en una pequeña obra titulada "Guía de los aficionados a los *ballets*". Esta circunstancia autorizaba al financista para iniciar la conversación preguntándole si conocía al diputado Delahaye.

A la respuesta afirmativa de Duval, agregaba Reinach:

"¿Sabe Ud. si es hombre capaz de vender su silencio?"

"Creo que el señor barón me estima lo suficiente para creer que yo no pueda servirle de intermediario"|

"Evidentemente; me informo y nada más".

"Pues bien, tengo la convicción, por lo poco que conozco al señor Delahaye de que vá Ud. por mal camino".

¡Ah!—se limitó a exclamar el barón—admirado de encontrar obstáculos para su plan. El corruptor había errado un golpe. Reinach había comprado muchos hombres y no admitía fácilmente el encuentro con uno que fuera incorruptible.

***

Mientras tanto la acción de la justicia marchaba; el juez Prinet llamaba a declarar a los administradores de la Compañía de Panamá; tomaba nota de las fuertes sumas entregadas a Reinach "para gastos reservados" que los señores Lesseps y Cottu, no podían justificar.

El juez hace comparecer a Reinach y se entabló entre ellos el siguiente diálogo:

"Cuándo tuvo lugar la última emisión de acciones los señores Lesseps y otros han entregado a Ud. tres millones de francos para gastos de publicidad. ¿Puede dar Ud. explicaciones sobre su empleo?"

El barón declara que esa suma la reembolsaba de gastos anteriores y que había entregado un millón a Actón.

El juez pregunta: "¿Está Ud. seguro de que ese millón no haya sido empleado en subvenciones a personajes políticos?

El barón vacila, toma aire de un hombre que defiende su dignidad y responde:

"He rehusado categóricamente recibir confidencias sobre el empleo de esos fondos".

El juez lee a Reinach las cartas tomadas en el domicilio de Actón las cuales demuestran que se ha comprado a hombres de la política.

"Ud. mismo na hecho otras distribuciones; no se comprende qué servicios pueden justificar las elevadas sumas de dinero recibidas por Ud. en diversas ocasiones y que ascienden a nueve millones setecientos mil francos".

Reinach, contesta:

"Puedo hacer esa justificación".

"El momento de hacerlo ha llegado"—replica el íntegro magistrado.

Un juez, que ganaba ocho mil francos de sueldo al año, tenía entre sus manos al grave financista al gestor administrativo que lanzaba los grandes negocios, al tirano de la mayoría parlamentaria republicana.

El barón de Reinach sostenía como muchos políticos, que un hombre de Gobierno no es un moralista y que para gobernar es necesario contar con los elementos que la humanidad proporciona, tales como son y no como debieran serlo.

Esto ocurrió el 4 de Noviembe de 1892; al día siguiente toda la prensa publicó la noticia de que el barón, de Reinach ha sido estrechado por el juez sumariante.

Loubet, presidente del Consejo de Ministros se alarmó y llamó a su oficina a Quesnay de Beaurepaire procurador general, jefe de la administración de la República de Montevideo.

"Con semejante prensa, dice el Ministro, no es posible gobernar un país civilizado" y solicita la ayuda del magistrado para salvar al Gobierno.

El representante de la justicia da a Loubet un sabio consejo: "Si el Ministerio teme las consecuecias políticas del sumario ya iniciado, el camino de su salavción está trazado, ordenando que se someta a juicio a todos los diputados que se han dejado corromper, y que han prevaricado. Déme Ud. los nombres y la orden será cumplida con rigidez y energía".

Loubet se levanta de su asiento y exclama: "los nombres de los concusionarios: yo tengo la lista. El señor Cottu, miembro del Consejo de Administración ha dado a Constans, Ministro del Interior; Constans nos ha pedido que le permitan reflexionar hasta mañana antes de dar un paso de tanta gravedad".

El Presidente del Consejo insistía en que, mientras no se tomara por el Gobierno una resolución, no se siguiera adelante en el juicio iniciado. La lista, según Loubet era compuesta de republicanos; en ella había un sólo nombre de diputado reaccionario, el cual graciosamente fué revelado al Procurador General.

Quesnay de Beaurepaire, comprendiendo que la conferencia podía conducirlo a una situación inmoral, le puso término sin contraer ningún compromiso y llevando en lo íntimo del alma la resolución de cumplir su deber hasta el fin.

Si los jefes del Gobierno estaban empeñados en salvar a los culpables por medio del silencio de los tribunales, el representante de la justicia veía en ese empeño un síntoma evidente de que la currupción administrativa iba subiendo hasta las alturas y por ese mismo motivo era necesario para la salvación del país hacer un escarmiento.

El nombre de Quesnay de Beaurepaire se guarda en los anales del Palacio de Justicia de Francia al lado de aquellos miembros de los antiguos parlamentos que, entre una orden caprichosa de los reyes y la ley, preferían ser servidores fieles de la ley.

El hombre de carácter que en medio de un conflicto no se aparta del camino del deber, se hace acreedor a la estimación de sus amigos y de sus adversarios. Cicerón, que, poseyendo grandes cualidades, era víctima de la debilidad de su carácter, y defendía por compromisos causas buenas y malas, dijo en una ocasión: "feliz Catón a quien nadie se atreve á pedirle una bajeza".

El ejemplo del Procurador General de la República francesa negándose a secundar los propósitos de Emilio Loubet de ahogar en el silencio el escándalo de Panamá merece ser recordado para que sea seguido por los magistrados de la administración de justicia en circunstancias análogas.

La noticia de que el Procurador General se había negado a complacer al presidente del Consejo de Ministros cayó como un rayo del cielo en el círculo de diputados y senadores comprometidos en el negocio de Panamá.

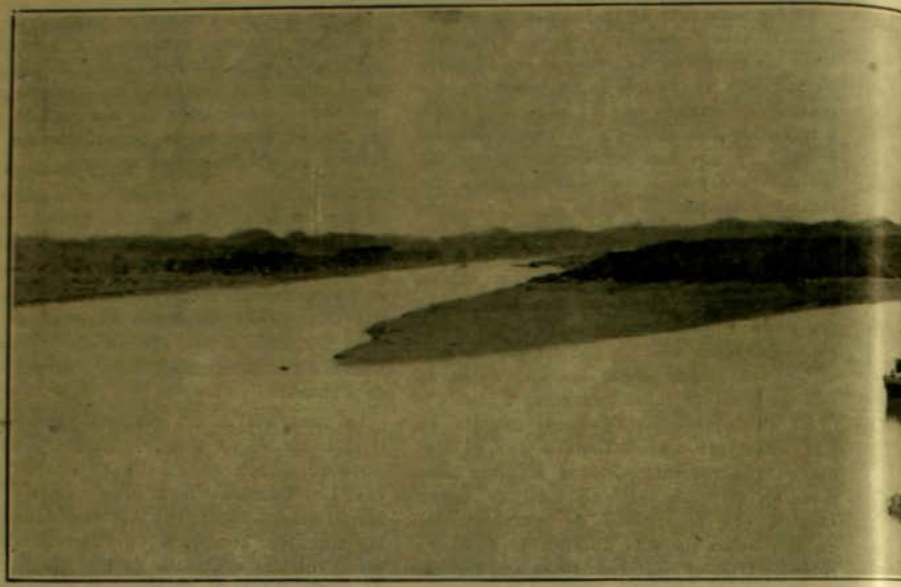
La gangrena de los gestores administrativos había, según Mauricio Barrés, cundido extraordinariamente en el parlamento francés. Los concusionarios eran una legión: algunos negociaban con las concesiones a las grandes compañías de ferrocarriles; otros con los contratos de los Ministerios de la Guerra y de la Marina; otros en la conversión de los títulos tunecinos o con el rescate de ciertas obligaciones de ferrocarriles: la constitución misma de una red del Estado era un "affaire".

Los nombres de los traficantes eran conocidos de todos, las pruebas faltaban para revelarlos en la prensa, como ocurre siempre en los negocios clandestinos; todos callaban y se estrechaba la mano de un concusionario con la misma confianza y el mismo afecto a que tienen derecho los hombres honrados.

El Procurador General recibió de manos del juez sumariante, Prinet, el *dossier* completo de Panamá y, de un estudio detenido deduce que existe un grave delito que debe perseguirse.

"La Libre Parole", el diario de Eduardo Drumont, anunció que cierto número de diputados y de senadores habían traficado con su voto al aprobar la ley de 1888 que permitió a la Campañía del Canal de Panamá emitir obligaciones de sorteo.

Entre los parlamentarios que no estaban comprometidos se hablaba de la necesidad imperiosa de hacer una depuración. Un diputado pesimista decía: ocurrirá ahora lo que ha sucedido siempre en estos casos, se hablará mucho y no se hará nada. Otro ponderaba las dificultades de la operación probatoria, porque el crimen de concusión es



Entrada al

imposible de pesquizar, siendo el más secreto de todos los crímenes y necesitándose de la confesión del corruptor o del corrompido.

El murmullo crecía por toda la ciudad de París y la prensa de provincias, que no tenía vinculaciones con los concusionarios, pedía la publicación de los nombres.

El Ministro de Marina, Augusto Burdeau, vino en auxilio de Loubet, visitó al Procurador General y en la forma más amistosa le hizo presente los peligros a que se exponía a la República con esa campaña. Según él, si del proceso resultaba el descubrimiento de que miembros de la mayoría republicana habían traficado con su voto, porque era de temer que los señores Lesseps y Cottu no ocultaran sus nombres, la institución de la República quedaría desconsiderada.

El argumento carecía de valor para el Procurador General; esos diputados perderían su mandato; en su lugar se eligirían otros más respetables, y más honrados, personas que teniendo medios de subsistencia conocidos, no irían al parlamento para enriquecerse, sino para servir al país. La República, según Quesnay de Beaurepaire, ganaría con el proceso en lugar de perder. El sumario seguiría adelante, sin consideraciones a razonamientos políticos: si el Gabinete le ordenaba suspenderlo, él presentaría su dimisión, dando a conocer las causas que la motivaban.

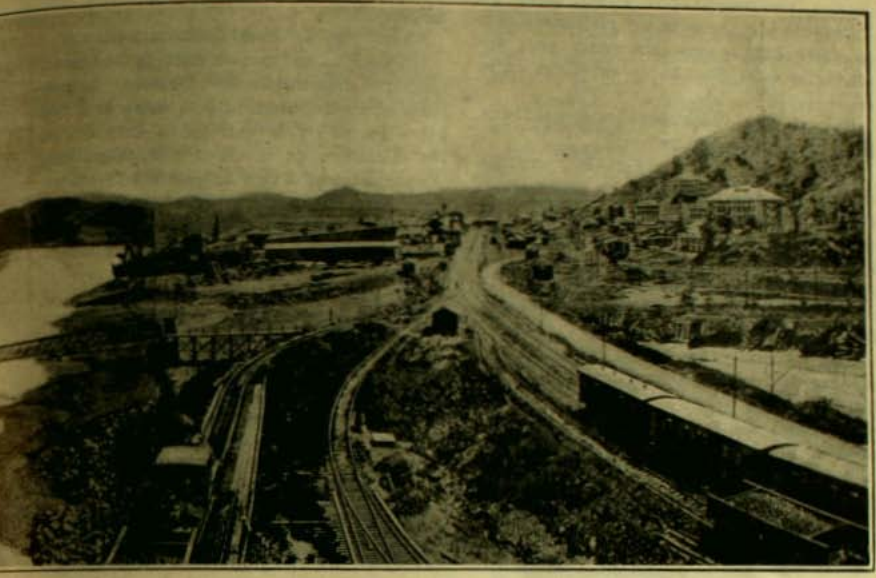
En esas circunstancias el anciano Fernando de Lesseps, visitó al Ministro Freycinet para revelarle que "un Ministro de Estado se había vendido al Consejo de la Compañía de Panamá; si hay proceso, todo se dirá".

Freycinet lo amenazó con tomar todos los papeles de la Compañía y hacer desaparecer las pruebas.

Lesseps le hizo presente que eso no era necesario, porque no existían escrituras, ni recibos firmados.

"Entonces—replicó Freycinet—las acusaciones de ustedes carecen de importancia; el acusado podrá, a su vez, acusar a ustedes por calumnia".

El Gabinete descansó varios días en esa seguridad. Esa tranquilidad podía ser perturbada únicamente por la interpelación de Delahaye o por algún acontecimiento imprevisto.



el Pacífico

Este acontecimiento vino a producirse como consecuencia de los grandes apuros en que el juez sumariante, Prinet, había puesto al barón de Reinach en su declaración del 4 de Noviembre.

Reinach debía ser citado dentro de un breve plazo para justificar el empleo de las grandes sumas de dinero que había recibido de los administradores de la Compañía.

Estos apuros se complicaban con las grandes intrigas políticas y las rivalidades que desgarraban los partidos de mayoría que gobernaban la República.

Loubet había dicho al Procurador General que Constans, Ministro del Interior, había pedido veinticuatro horas de plazo para contestar acerca de la actitud que debía asumir el Gobierno en esas circunstancias.

Constans aprovechó esas veinticuatro horas para hacer copiar y fotografiar la lista entregada por Cottu de los 104 diputados que habían recibido dinero de la Compañía de Panamá. Esas copias, en poder de un hombre poco escrupuloso, como Constans, serían de gran utilidad para su porvenir político. Ser dueño del honor de 104 congresales es un tesoro en la vida de una nación gobernada por esa ficción que se llama el parlamentarismo. Constans era un hombre capaz de estimar y de valorizar ese tesoro. Esa lista permitiría asegurar una mayoría fiel y compacta en los momentos difíciles de una crisis.

El abuso del parlamentarismo permite que el Gobierno de una nación, la responsabilidad de la defensa de sus intereses vitales descanse en un grupo de diputados comprometidos en una prevaricación.

Hay hombres de Estado que encuentran más cómodo y prefieren una mayoría de esa clase, aunque sea una máquina peligrosa y expuesta a dificultades imprevistas por nuevos actos de concusión que es necesario ocultar y defender.

Constans, dueño de esa lista, no pudo llegar a la presidencia de la República, como eran sus deseos, pero consiguió ocupar durante quince años una de las Embajadas más importantes.

Constans tenía un enemigo en Clemenceau, el jefe de los radicales; pero el barón de Reinach, amigo de Constans, mantenía las mejores relaciones con el judío Cornelius Herz, el amigo de Clemenceau.

Los dos judíos, Reinach y Herz se dedicaban al mismo giro de negocios y corrom-

pían a los funcionarios y empleados del Estado y a los miembros del parlamento para ayudarse en sus especulaciones; pero sus clientelas eran distintas y enemigas entre sí.

Reinach comerciaba entre los oportunistas, Herz entre los radicales.

El primero, hombre inteligente y experto, como pocos, había cometido un grave error, comunicando a Herz en la reserva de la amistad, la lista de los 104 y Herz a su vez, la había entregado a Clemenceau.

La famosa lista quedaba en manos de los dos rivales, de los dos jefes más audaces de los círculos parlamentarios.

Constans podía hacer uso de ella para afianzar su mayoría; Clemenceau, para destruirla.

En manos del segundo esa lista era un arma de gran valor en contra del primero si llegaba el caso de que el Ministerio tomara el acuerdo de suspender el sumario, provocando la renuncia del Procurador General.

Quedando libre la acción de la administración de Justicia, el barón de Reinach estaba irremediablemente perdido porque había constancia en el sumario de que había comprado el voto de miembros de las Cámaras en el proyecto de ley que autorizó la emisión de obligaciones de sorteo del Canal de Panamá.

Reinach lo comprendió así y, cuando supo que habían sido infructuosas las diligencias de Loubet y de Burdeau, comenzó su larga y dolorosa agonía.

Visitó a su amigo Rouvier; existen dos versiones de lo ocurrido en esta entrevista: la del mismo Rouvier, en su declaración ante la Comisión de investigación nombrada por la Cámara y la que dió Reinach a diversos amigos, que es la que, según Mauricio Barrés, es la más lógica y más aceptable.

Reinach tomó desde el primer momento la actitud de un hombre que amenaza y que acusa. Declaró a su amigo y asociado en diversas expeculaciones que él se consideraba perdido si el Gabinete no lo salvaba; que él no permitiría que se hiciese de su persona la única víctima y que, junto con él caerían todos los comprometidos; que la justicia tomaría posesión de todos sus papeles y que el Gabinete podía estar seguro de que no ocultaría ninguno y que, entre ellos, había algunos muy comprometentes.

Rouvier no se comprometió a nada.

Reinach va entonces a casa de Andrieux, enemigo encarnizado de Rouvier, le propone servir de intermediario entre él y "La Libre Parole" y le entrega la lista de los 104 miembros de la Cámara de Diputados comprometidos. Exige únicamente que Drumont suspenda los ataques a su persona y que su nombre no figure en las publicaciones del gran escándalo. Andrieux aceptó la comisión y la condición.

Este lleva a "La Libre Parole" la lista, pero incompleta; había amigos personales entre esas líneas; los nombres destinados a la publicidad eran suficientes para amedrentar. El día 8 de Noviembre comienza la campaña feroz y sin cuartel. El nombre del barón Reinach queda silenciado; su salvación dependía ahora de los diputados acusados o en peligro de ser acusados.

En la tarde de ese mismo día sale Reinach para el Mediodía de Francia.

El diario de Drumont hace cada día un nuevo denuncio; su tiraje aumenta hasta alcanzar las cifras más elevadas de la circulación parisiense; la conciencia pública se forma; los grandes políticos tiemblan, según Barrés; Floquet no se encuentra seguro de la presidencia de la Cámara; Rouvier, Burdeau y Freycinet miembros del Gabinete se consideran perdidos.

El 16 de Noviembre Reinach, encontrándose en el Casino de Monte Carlo, pudo leer en los diarios de París dos noticias que lo llenaron de zozobra.

La Cámara había fijado un día para la interpelación de Delahaye.

M. Quesnay de Beaurepaire había anunciado a la prensa que presentaría la renuncia de su alto cargo si el Gabinete le ordenaba suspender el sumario.

Los ministros radicales, siguiendo las inspiraciones de Clemenceau, en disidencia con sus demás colegas del Gabinete, habían prestado su apoyo al Procurador General y el juicio debía seguirse con energía y actividad.

Reinach teme las consecuencias del sumario, pero no le asusta la interpelación

porque Delahaye carece de pruebas en contra de su persona.

Sus cálculos estaban equivocados. En ese mismo día un diario de París, "La Cocarde", publicaba en gruesos caracteres el nombre del banquero judío que había corrompido a gran número de diputados.

El propietario de "La Cocarde" era un amigo de Constans. Este tenía conocimiento de que detrás de "La Libre Parole" estaban Andrieux y Reinach y fué derechamente en contra de estos.

Reinach regresó a París; entregó a uno de sus amigos un sobre cerrado con la indicación de que se abriera después de su muerte; visitó a Rouvier, para informarse; a Cornelius Herz para humillarse ante él y suplicarle que no lo sacrificara. Como buen judío, comprendió que Herz era su rival, que en lo sucesivo iba a monopolizar el negocio que hasta ese día habían hecho en común.

Cornelius pidió dinero, mucho dinero por su silencio.

Esa semana de Noviembre fué de una actividad furiosa para el barón de Reinach; era necesario impedir la interpelación Delahaye, obtener el silencio de "La Cocarde" y encontrar el dinero para hacer callar a Herz que mostraba la lista de los 104 de la manera más imprudente.

El día 19 de Noviembre el Procurador General envió al Ministro de Justicia la siguiente carta:

"París, 19 de Noviembre de 1892, a las 2 de la tarde.

Señor Guarda-sellos: tengo el honor de informar a Ud. de la citación que he ordenado hacer para que comparezcan "el día 24 los Sres. Fernando de Lesseps, Carlos de Lesseps, Fontane, Cottu, Eiffel y de Reinach, ante la primera cámara de la Corte de Apelaciones acusados de estafa y complicidad en la estafa y de abuso de confianza y de complicidad en ese abuso de confianza.

La Corte acordará, si lo tiene a bien, la entrega del sumario para el estudio y preparación de la defensa; pero de todos modos el juicio quedará así iniciado y fijado.

De un último exámen del proceso y de una conferencia con el juez Prinet he tomado la resolución de modificar el proyecto de citación y de completarlo de la manera siguiente: 1.o por abuso de confianza, en contra del Comité de Administración por haberse tomado de la Caja treinta y dos millones de francos para maniobras destinadas a asegurar el éxito de la emisión de 1888; 2.o en contra del señor de Reinach como cómplice en el abuso de confianza en razón de la enorme suma que él ha tomado de los treinta y dos millones disipados en esa operación.

Las citaciones serán enviadas a las cinco de la tarde de hoy.

(Firmado).—Quesnay de Beaurepaire".

En ese mismo día se iniciaba en la Cámara la interpelación de M. Delahaye.

En la tarde el barón de Reinach, como un hombre desesperado, tentaba los últimos recursos. En compañía de Rouvier visita a Clemenceau y a Constans a quienes pide que se haga cesar la campaña de "La Cocarde". Constans se manifiesta sorprendido de que pueda creerse que él tenga participación en esos asuntos...

Llegada la noche, Reinach se dirige a su domicilio; en el camino oye a los muchachos de los boulevares gritar con toda la fuerza de sus pulmones: Comprad "La Cocarde"; quinta edición, con la interpelación Delahaye sobre Panamá, Floquet comprometido, la demanda de estafa en contra del barón Reinach.

En las altas horas de la noche va a casa de su yerno, el influyente diputado de la mayoría, Joseph Reinach, y es recibido en la forma menos amistosa.

"Ud. deshonra a la familia—le dice el sobrino—y corta mi carrera política".

Las discusiones de familia, entre judíos, se arreglan a puertas cerradas.

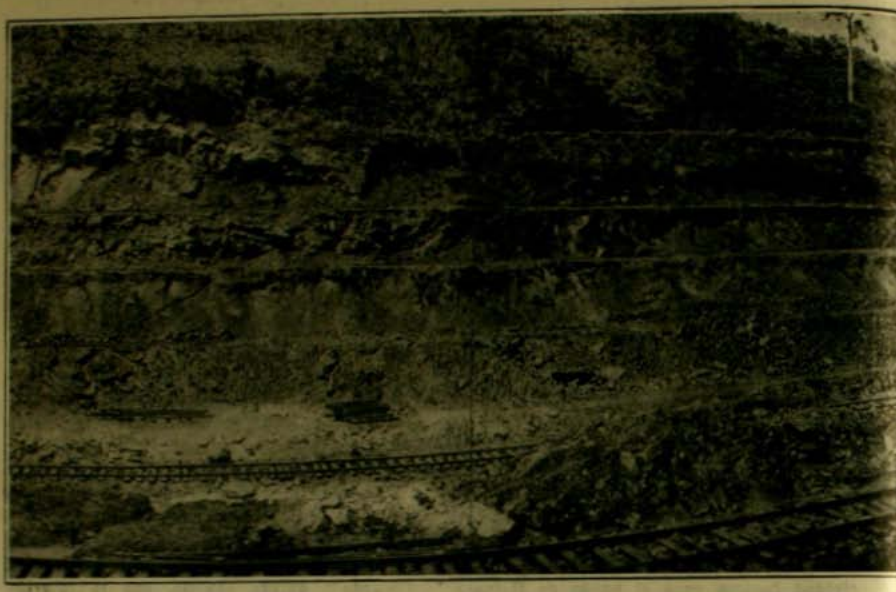
A la mañana siguiente, cuando el criado del barón se presentó en el dormitorio de su amo, un miembro de la familia salió y le dijo:

Podeis retiraros, el barón ha muerto.

La interpelación Delahaye había quedado iniciada únicamente, debía continuarse en la sesión del Lunes 21 de Noviembre.

El Sábado anterior, horas antes del suicidio del barón de Reinach el diputado interpelante recibió la visita misteriosa de dos personas cuyos nombres no fueron revelados en el proceso y que la crónica de la época mantuvo en reserva.

Dijeron que deseaban darle algunos datos que podía utilizar en la interpelación.



Vista a vuelo de pájaro d

pero que se abstendrían de dejarle ningún documento.

"En este negocio hay dos delitos: el de los concusionarios y el del corruptor. Este último está irremediablemente perdido y *desaparecerá* antes del Lunes, segundo todas las probabilidades. Los políticos comprometidos alcanzarán a 150; entre ellos 104 diputados, algunos senadores y no pocos periodistas muy influyentes en la mayoría; entre todos ellos se han repartido 3 y medio millones por medio de 172 cheques. El Ministro Barbe recibió 400,000 francos; Sans-Leroz, 200,000; Floquet, 300,000; el diario de Freycinet recibió 500,000; los demás cheques fueron por sumas pequeñas de 20,000 y de 50,000 francos. Fuera de esta suma se hicieron otras reparticiones por otros conductos; el Ministro de Obras Públicas, Baïhaut recibió separadamente 200,000 francos.

Delahaye comprendió que se encontraba en presencia de dos emisarios de la misma Compañía, que trataban de acusar para salvar a los administradores responsables de la entrega de ese dinero.

"Ruego a Uds. que se me den las pruebas", les dijo.

"No es necesario — le respondieron — las pruebas vendrán solas. Acuse Ud. sin dar nombres y pida una investigación parlamentaria".

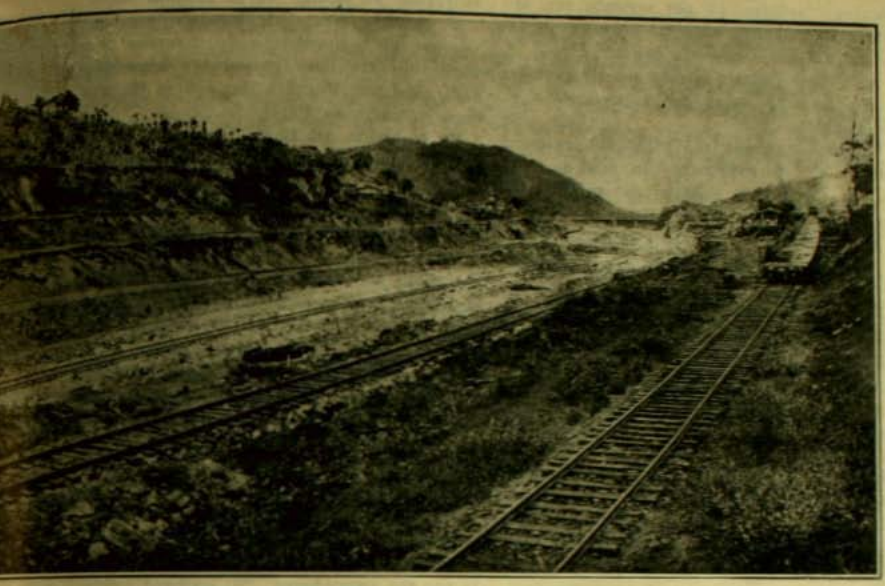
La sesión del 21 se abrió en medio de una batahola fenomenal; los empleados de la Cámara, para ver mejor los semblantes, aumentaron al máximum la fuerza de la luz de alumbrado.

Delahaye comenzó haciendo una comparación oportuna: "El caso de Wilson fué una imprudencia, el delito de un solo hombre; hoy traigo al conocimiento de la Cámara un caso de concusión cometido por un sindicato político; pero no temáis, señores diputados, no descenderé por ahora hasta nombrar a las personas que compusieron ese sindicato".

"Que se dén los nombres,—gritaban a la vez los culpables y sus amigos.

Estos adoptaron la táctica tan conocida de los gestores administrativos de todos los países y de todos los tiempos.

O el acusador denunciaba con nombres propios y acompañaba su denuncio de las pruebas notariadas correspondientes, o, en caso contrario, el mismo acusador era un calumniador.



La Culebra mirando hacia Paraíso

Nunca se vió en el Palacio Borbón, donde funciona la Cámara de Diputados, una sesón más tumultuosa. Presidió Floquet, uno de los acusados; en ese día perdió su gravedad y demostró que le faltaba la imparcialidad necesaria para dirigir ese debate.

"Los nombres, los nombres" era el grito de guerra con que se trataba de ahogar la voz del orador.

"La investigación dará esos nombres"—responda Delahaye.

En los momentos en que la mayoría dominaba vinieron en su ayuda los señores Derouléde y Cassagnac.

Derouléde dijo: "yo acompaño a Delahaye en su negativa para pronunciar nombres porque su interpelación tiene por único objeto buscar la verdad y la justicia".

"Votad la investigación y tendréis los nombres"—gritaba Paul de Cassagnac.

En medio del tumulto, Delahaye cambia de táctica y comienza a hacer una relación de la forma en que se cometió el delito de concusión y aún marcó con el dedo la cabeza de algunos culpables.

Los administradores de Panamá, según él, tuvieron necesidad de una ley que los autorizara para emitir obligaciones de lotería; la comisión informante se componía de once miembros; cinco estaban a favor y cinco en contra; el undécimo puso precio a su voto; pidió 200,000 francos; se le ofrecieron 100,000 ; la Comisión continuaba discutiendo; el agente de la Compañía lo hace salir fuera de la sala de funciones de la Comisión, le entrega un cheque por 200,000 francos y el informe con seis votos favorables es firmado en ese mismo día.

La palabra de Delahaye vibraba en el recinto de la Cámara; su tono era de un hombre convencido; su narración la de una persona que estaba bien informada y, talvez, bien documentada.

Su discurso era interrumpido por toda clase de inventivas.

"Si yo soy un calumniador, votad la investigación"—les contestaba.

En uno de esos momentos Flouquet perdió enteramente su tranquilidad e insultó a su vez. Quiso confundir al orador a quien el reglamento de la Cámara le obligaba a defender.

En ese instante Cassagnac grita a Delahaye que, no encontrándose defendido por el presidente, descienda de la tribuna.

Floquet, creyéndolo perdido, se dirige a la

Cámara: "señores, yo, por segunda vez, invito a M. Delahaye a que dé los nombres de los culpables del supuesto delito".

Ante tanta audacia el valeroso diputado se vuelve hacia la mesa de la presidencia y exclama:

"Estoy asombrado, señor Floquet, de que, estando Ud. personalmente en tela de juicio, no sea Ud. el primero en solicitar la investigación".

Esa frase fué un golpe de gracia.

"Considerándome aludido — respondió Flaquet—yo votaré la investigación".

Delahaye baja de la tribuna como un triunfador.

Entre los diputados que mayor trabajo daban a sus pulmones pidiendo que se dieran "los nombres' sobresalía el ex-Ministro Baïhaut, que había firmado la ley solicitada por la Compañía de Panamá y a quien la acción de la justicia condenó a trabajos forzados pocos meses después.

La investigación parlamentaria fué votada por una gran mayoría y el Ministerio fué derribado pocos días después por haberse podido comprobar que no se habían recogido ni sellado, con la debida diligencia los papeles del barón Reinach. Cuando esa operación se hizo, ocho días después del suicidio, ya no era tiempo; el yerno, el poderoso diputado Joseph Reinach, había podido ocultar y quemar los más importantes.

*

La acción del nuevo Ministerio que se veía en la necesidad de gobernar con la misma mayoría concusionaria, la pérdida de la parte más importante de los documentos y la huída de muchos cómplices impidió que la doble investigación parlamentaria y judicial diera resultados completos: muchos de los prevaricadores quedaron libres de la acción de la justicia.

Cornelius Herz huyó a Londres; en su retiro continuó amenazando y obtuvo salvo-conductos y condecoraciones.

Artón, el hombre de confianza de Reinach huyó a Venecia; cuando se obtuvo su extradición había partido para Grecia. El Gobierno no puso mayor diligencia para encontrarlo.

La Comisión de investigación logró comprobar la existencia misma del delito y el nombre de muchos de los culpables quedó entregado al castigo de la sanción social.

El sumario judicial siguió adelante y logró obtener el comprobante de diversos cheques cobrados por diputados y senadores y girados por Reinach, en contra de una casa bancaria de París.

En la sesión del 20 de Diciembre la Cámara recibió una petición del Procurador General, para proseguir la acusación que se había iniciado en contra de cinco diputados. La autorización fué otorgada después de una corta discusión.

Algunas semanas más tarde se descubrió el documento que constituía la plena prueba de la prevaricación del ex-Ministro Baïhaut.

Baïhaut confesó su delito y públicamente pidió perdón a la Francia. Sobre él cayeron todas las penas y los insultos y el abandono de sus cómplices y antiguos amigos.

Algunos años más tarde la pluma sarcástica de Eduardo Drumont, en sus "Figuras de bronce y Estátuas de nieve" estampó una frase vengadora para el miembro del sindicato prevaricador abandonado en su desgracia por sus compañeros: "Si Baïhaut hubiera negado, hoy sería Ministro de Estado así como lo han sido Rouvier, Rainal y Burdeau".

El Gobierno, prisionero durante muchos años de su mayoría, encontró su salvación en nuevos "affaires" que despertaron sucesivamente el interés de la curiosidad nacional: El "affaire" Dreyfus, el "affaire" de las congregaciones religiosas; el "affaire" de la separación; el "affaire" del antimilitarismo y el "affaire" de la enseñanza obligatoria, sectaria y laica.

Es el camino lógico de la piedra que se desprende de la montaña; en su camino hiere todo lo que encuentra. El olvido momentáneo de la ley eterna de la moral administrativa conduce al escándalo de Panamá, el peculado en contra del bolsillo, para llegar a la pérdida de la libertad y a la persecusión, que es el peculado en contra de la conciencia.

La reacción ha venido en Francia poco a poco y por sí sola. Los miembros del sindicato del barón de Reinach han ido desapareciendo: junto con ellos, sus cómplices y sus ahogados, como el jurisconsulto Weldeck-Rousseau.

La moralidad administrativa ha quedado sólidamente establecida en la gran república latina que marcha a la cabeza de la civili-

zación, y junto con la moralidad comienzan a surgir las ideas de libertad y el respeto debido a la conciencia de todos los ciudadanos.

El gran esfuerzo del diputado Delahaye y de los periodistas que lo secundaron no fué estéril. Hoy sería imposible formar en la Cámara francesa un sindicato de 104 diputados con fines especulativos.

Los concusionarios que no fueron arrastrados hasta los estrados de la justicia han quedado marcados ante la sociedad. De vez en cuando Drumont y sus discípulos les azotan el rostro sin levantar ni escándalo, ni protestas.

Mauricio Barrés ha podido escribir la verdadera historia de esos sucesos en "Le Roman de l'energie Nationale" encontrando la más favorable acogida en esa opinión pública parisiense, tan selecta y tan intelectual.

Una nación que soporte semejantes escándalos administrativos y parlamentarios es una nación perdida. Tendrá que descender día a día y sin cesar ¡la decadencia moral la arrastra inevitablemente a la decadencia material!

La lección que un pequeño grupo de ciudadanos franceses ha legado a la posteridad es una lección que no debe dejarse en el olvido.

El corruptor que se dió el castigo por su propia mano es un ejemplo vivo que debe detener en sus ambiciones de dinero a tantos sindicatos e individuos que hacen el papel de tentadores dentro del recinto de ciertos parlamentos afectados por los primeros síntomas de relajación.

La República francesa, exterminando de raíz esa mala semilla, ha indicado a las demás Repúblicas el procedimiento que debe seguirse para salvar las instituciones parlamentarias.

Entre las repúblicas amenazadas está desgraciadamente la nación chilena gobernada por el parlamentarismo.

El Presidente de la República vive y gobierna mediante el concurso que le prestan los miembros de su Gabinete y éstos viven mientras puedan contar con la mayoría parlamentaria.

La mayoría de las Cámaras pueden decir en Chile parodiando al rey absoluto: el Estado, somos nosotros.

Y, al pensar que esa mayoría se forma mediante hábitos electorales de dudosa corrección, en que el cohecho es aceptado como legítimo factor, están justificadas las zozobras que muchos ciudadanos previsores alimentan respecto del porvenir, que no se divisa, ni seguro ni risueño.

El cohecho hasta aquí ha sido un arma de los grandes propietarios, de los privilegiados de la fortuna que han tenido la noble ambición de ir a las Cámaras, desprendiéndose generosamente de su dinero, para servir ideales elevados y para impedir el predominio de los partidos que ellos consideran perjudiciales para los intereses públicos.

Y ¿si el dinero del cohecho viene de las grandes Compañías extranjeras, de los contratistas con el Estado, de los usufructuarios de los monopolios y hasta de los gobiernos extranjeros?

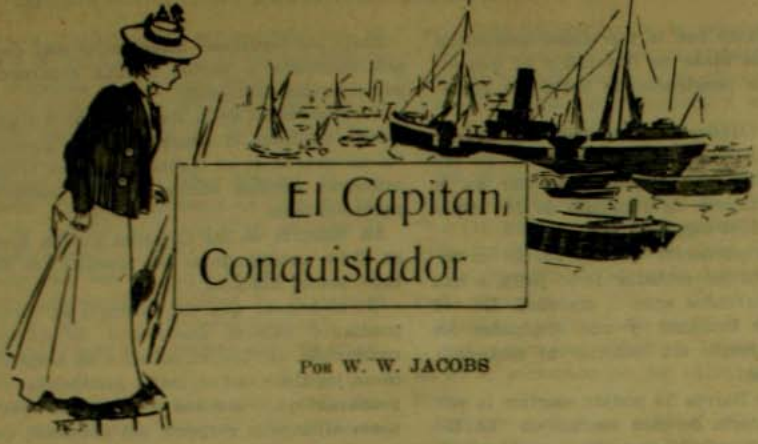
Y ¿si los representantes de esos intereses bastardos llegan a ser la mayoría en ambas ramas del Congreso?

Estos tristes vaticinios podrían llegar a ser una realidad si no existieran en Chile jefes de partidos envejecidos en el servicio de la nación, una prensa patriótica y honrada y una juventud valiente y educada en los principios sanos y dispuestos a defender las verdaderas teorías republicanas.

J. M. ECHENIQUE GANDARILLAS

San Vicente, Febrero de 1913.





El Capitan Conquistador

Por W. W. JACOBS

I

Una lindísima muchacha se encontraba sola aquella tarde, en el embarcadero de uno de los muelles de Wapping, contemplando el puente silencioso de una goleta amarrada a la orilla. En la embarcación no se notaban señales de vida: ambas escotillas permanecían herméticamente cerradas, y de la sucia y enhollinada chimenea del fogón, no se desprendía la mas ligera humareda. La calma del anochecer solo era interrumpida, por el murmullo del agua, agitada por algún vapor de pasajeros que cruzaba lentamente por el centro del río, o por el golpear de los remos de uno que otro pesado lanchón que descendía ayudado por el reflujo. Junto a la ribera se alineaban diversas embarcaciones, semi-acostadas sobre el fango del Támesis.

La niña permaneció pensativa por uno o dos minutos, y avanzó enseguida su pequeñísimo pié, como si intentase saltar a la goleta, distante unos pocos pies de la orilla. Era un salto algo arriesgado, y aún lo estaba la niña considerando, cuando sintió a sus espaldas ruido de pasos. Era un joven que se apresuró a reunirse con ella, en cuanto la vió.

—¿No es esta la Foam? preguntó la niña... Necesito ver al capitán Flower.

—Se fué a tierra, hace una media hora, contestó el otro.

La niña golpeó con su pié, impacientemente contra el suelo.

—¿No sabe Ud. cuándo volverá? dijo.

El joven movió la cabeza negativamente.

—Creo que ha salido por toda la noche, dijo en tono confidencial. Lo ví acicelarse con mucho cuidado.

La sombra de una sonrisa se dibujó en los labios de la niña.

—Debe haber ido a buscarme, dijo... Seguramente no me ha encontrado... No sé qué hacer...

—Espérelo a que vuelva, dijo el individuo, sin titubear.

La niña vaciló.

—Supongo que él sospechará que yo he venido, dijo pensativa.

—Seguro, dijo apresuradamente el otro.

—Está bastante lejos Poplar, balbuceó la niña. ¿Ud. es Mr. Fraser, el contramaestre, supongo? El capitán Flower me ha hablado de Ud.

—Sí, señorita, yo soy el contramaestre.

—Mi apellido es Tyrell, añadió la niña sonriendo. Probablemente Ud. habrá oído nombrarme, al capitán Flower.

—Puede ser, dijo Fraser, pero no lo recuerdo.

El mozo no se cansaba de contemplar a la niña, admirándose de que el capitán, ferviente admirador del bello sexo, como era, no hubiese jamás mencionado esa deliciosa chicuela, de pelo negro y ojos brillantes.

¿Quiere Ud. esperar a bordo? preguntó... Puedo subirle una silla a cubierta, si quiere.

La niña reflexionó un instante, pero, observando nuevamente la gran distancia



Si yo me cayera ahora al río. ¿Ud no sabe si se lanzaría ó nó a salvarme?

que había entre Poplar y Wapping, consintió en quedarse. El contramaestre después de saltar a la goleta, ofreció, pues galantemente su mano a la niña, y ambos se encontraron sobre el puente.

—Qué contenta estoy de verme otra vez en un buque, dijo la niña, observando con la vista cuánto la rodeaba, mientras el contramaestre subía una silla de tijera. En tiempo de mi padre, él me llevaba a bordo muchas veces, pero hace por lo menos dos años a que no venía a bordo.

El contramaestre no contestó nada. Pensaba que su sombrerito de paja con flores encarnadas, venían admirablemente con los ojos obscuros y el pelo negro que tenían debajo, y también que el puente de la goleta, jamás le había parecido antes, un sitio tan delicioso como ahora.

—El capitán Flower, cuida muy bien su buque, dijo la forastera, un tanto turbada con la inspección del marino.

—Pone en ello todo su orgullo, dijo, y como el buque es de su tío, no ahorra el dinero, para pintarlo o repararlo. Flower es un jefe tan bueno para sus subordinados, como no puede serlo mejor... Hace años a que tenemos siempre la misma tripulación.

—Es muy amable y alegre, dijo la niña.

—Es un excelente sugeto, dijo el contramaestre con entusiasmo... Me salvó una vez la vida, arrojándose al mar tras de mí, un día que tuve la desgracia de caerme de a bordo, mientras navegábamos a diez millas por hora.

—Fué una hermosa acción, dijo Miss Tyrell... Jamás me había él contado semejante cosa, y esto es por cierto un mérito mas... Me encantan los hombres valerosos... ¿Y Ud.? Se ha lanzado alguna vez al mar para salvar a alguien?

Fraser movió la cabeza negativamente.

—Soy todo, menos un buen nadador, dijo.

—¿Entonces no haría Ud. nada si viese ahogándose á alguien? insistió Miss Tyrell, con acento de sorpresa.

—No lo sé, dijo Fraser... pero creo que no me lanzaría a salvarlo.

—Entonces, observó nuevamente Miss Tyrell, si yo me cayera ahora al río... ¿Ud. no sabe si se lanzaría o nó a salvarme?

—Por cierto que sí, dijo Fraser con calor... Lo haría aunque no supiera nadar ni dos brazadas.

Miss Tyrell, encantada, murmuró algunas frases de agradecimiento.

—Me lanzaría tras de Ud., continuó el contramaestre que no deseaba abandonar el tema, aunque nos encontrásemos en medio de una espantosa tormenta, y el mar estuviese lleno de tiburones.

—Gracias a Dios no hay tiburones en nuestras costas, dijo Miss Tyrell, apresurándose a cortar las heróicas protestas del contramaestre... ¿Ha visto Ud. alguna vez tiburones?

—Sí, señorita, en el océano Indico, cuando era aprendiz, repuso Fraser.

—¿Entonces Ud. ha navegado en buques transatlánticos? dijo la niña... Me

admiro que se haya colocado ahora en esta goleta.

—Aquí estoy mejor, dijo Fraser; mi padre está muy viejo y quiere tenerme junto a sí. Mandaré un vaporcito, de que él es propietario, en cuanto falte su actual capitán, y es necesario que vaya aprendiendo a conocer estos mares.

Así se estuvieron conversando hasta que se hizo casi enteramente de noche, y la cubierta del Foam quedó sumergida en la sombra. En los malecones encendieron las luces, y los barcos que pasaban por el río comenzaron a iluminarse también. La niña se puso de pié.

—No puedo esperar mas tiempo, dijo. Debo irme.

—El capitán no tardará, se apresuró a observar el contramaestre.

—No... Mejor es que me vaya, repuso la niña... Vá haciéndose tarde, y no podría regresar sola a casa.

—La acompañaré, si Ud. me lo permite, dijo galantemente el joven marino.

—¿Todo el camino? dijo Miss Tyrell, con el acento de quien regatea.

—Por cierto, dijo Fraser.

—Bueno, lo esperaré entonces una media hora mas, dijo la niña con calma... ¿Quiére que entremos a la cámara? Está haciendo mucho frío aquí a la intemperie.

El contramaestre bajó con ella, alumbrando el camino. Sentados en la cámara, uno junto al otro, el joven marino entretuvo a su linda huéspeda, contándole algunas historias maravillosas de marinos, que aprendiera en sus tiempos de grumete.

Ella por su parte, refirióle algunas, oídas a su padre, por las cuales Fraser pudo formarse concepto de aquel estimable marino.

El último cuento fué muy humorístico, y las risas de entreambos tertulios, alcanzaron a impresionar extrañamente los oídos de un robusto y gentil marino, que en esos momentos subía a bordo... El recién llegado se detuvo sorprendido junto a la escotilla, y en seguida penetró rápidamente a la cámara.

—¡Rosita!... exclamó... La he estado esperando a Ud donde Wheeler, por lo menos un par de horas.

—El hecho es que no pude dar con Ud., dijo Miss Tyrell, con mucha calma. ¡Es lástima!...

El capitán de la Foam, asintió en ello, aunque hubiera querido una información mas amplia.

—No me imaginé que Ud. hubiera venido hasta aquí, dijo por fin.

—Como Ud. nunca me había invitado, vine sin invitación, dijo la niña suavemente. Es muy linda la goletita... estoy encantada y pienso venir aquí con mucha frecuencia.

Una ligera sombra pasó por la frente del capitán Flower, pero nada replicó.

—Ahora tiene Ud. que acompañarme a casa, dijo Miss Tyrell... Hasta otro día, Mr. Fraser.

Alargó su mano al contramaestre y después de despedirse, salió seguida por Flower.

El contramaestre los dejó abandonar el buque, y en seguida, descendiendo él mismo al malecón, les contempló alejarse, con las manos metidas en los bolsillos, y silbando muy bajito.

—¡Rosita Tyrell!... se dijo lentamente. ¡Rosita Tyrell! Es extraño que el capitán no la haya mencionado nunca. ¡Y como le dá el brazo!... Ella ignora probablemente que él está de novio con otra.

Sumido en sus pensamientos, recorrió una y otra vez el solitario muelle, vagan-



El capitán

do indiferentemente por entre los bultos apilados en el malecón frente a los almacenes. En una ojeada al través de las iluminadas ventanas de la oficina, vió al guarda medio dormido, a la luz de un mechero de gas. Regresó en seguida a la goleta y allí se detuvo a contemplar melancólicamente las obscuras aguas del río y las indecisas siluetas de los buques vecinos... Llegó hasta el sitio en que ella estuvo sentada, tratando de hacer revivir en su imaginación las deliciosas horas que acababan de transcurrir... En seguida, incierto sobre el sitio preciso de su desvanecido idilio se dirigió a la cámara donde pudo entregarse a sus ensueños con mayor comodidad... Allí fumando una pipa, se quedó profundamente dormido.

Soñaba con un pequeño tiburón, asediado por una legión de rosas hambrientas, cuando fué súbitamente despertado por la melodramática aparición del capitán Federico Flower. Los ojos del gentil marino echaban chispas, y su rostro indicaba fatiga. Abrió la puerta de su camarote, y con la mano en el pestillo, parecía desear leer en los ojos del contramaestre la solución de cierto inquietante problema.

—Está muy bien, Santiago, dijo secamente.

—Me alegro mucho, respondió con calma el contramaestre.

—He venido apresuradamente, dijo el capitán.

—Deseaba Ud. verme luego, lo supongo, dijo el contramaestre. ¿Qué estaba Ud. escuchando?

—Creí oír algo en el agua, al llegar a bordo, dijo Flower.

—¿Dónde ha estado Ud.? preguntó el otro con rapidez.

El capitán Flower miró a su compañero con aire de dignidad ofendida.

—¡Por Dios! No mire de esa suerte, dijo el contramaestre... Supongo que Ud. no acaba de arrojar a alguien al agua.

—Si alguna persona viene a este buque, dijo Flower sin dignarse contestar, y hace preguntas sobre el capitán, nadie aquí tiene derecho para satisfacer su inoportuna curiosidad. ¿Lo entiende Ud.?

—Contésteme mejor, qué estaba Ud. haciendo, insistió el contramaestre.

—Eso no le corresponde a Ud., dijo Flower con tono severo. No necesita Ud. preocuparse de ello.

Salió de la cámara, y se detuvo, como escuchando algo, junto a la escala de la escotilla. El contramaestre lo sintió pasear un momento sobre cubierta... Cuando regresó a la cámara su rostro estaba ya tranquilo y sonreía plácidamente.

—Volveré dentro de una hora, dijo muy amable... Buenas noches, Santiago.

—Buenas noches, dijo el curioso contramaestre... Pero, oiga Ud... Necesito saber algo, agregó mirando con ansiedad al capitán.

—¿Qué cosa? dijo el otro.

—Supongo, insistió el contramaestre, tosiendo maliciosamente, supongo que no se trata de nada referente a la niña que estuvo aquí.

—Por cierto que nó, dijo Flower en tono agrio... Y apagando su lámpara, entró en su camarote, y cerró la puerta con llave, mientras el contramaestre, en tanto que se afanaba por descubrir la significación de todo aquello, se durmió de nuevo.

II

Mientras el capitán y el contramaestre, dormían tranquilamente, el guarda del malecón, sentado en un poyo al extremo del muelle, filosofaba sobre la sociedad humana y dirigía medrosas miradas por el extenso y obscuro malecón.—Las dos lámparas de gas empotradas en los muros del almacén apenas lograban disipar a medias las sombras formadas por los bultos de todo género esparcidos en el malecón. Arrojó una mirada sobre la ancha escotadura abierta delante del almacén, imaginando que acaso lograría ver de nuevo cierta confusa figura humana que había creído discernir al través de la ventana, y que ante sus ojos horrorisados, desapareciera por un rincón cuya única salida era la reja del muelle. Aunque hombre reflexivo y de ninguna manera dispuesto a la ilusión, el guarda no pudo menos de peñiscarse creyendo ser el juguete de un sueño... Pero estaba despierto...

—Si hablara con ellos, y se los contara todo, se dijo, refiriéndose a la tripulación de la goleta, se burlarían.

Miró una vez mas a su alrededor, em-



Dirigía medrosas miradas por el extenso y obscuro malecón

pinándose cuanto pudo... y casi cayó cuan largo era sobre el muelle al divisar una negra figura entre la obscuridad, que muy luego desapareció como por encanto. Con mas actividad que la que hubiera sido de esperar en un hombre de su peso, tomándose de las garcias de la goleta, bajó a la embarcación.

La escotilla se hallaba abierta, y en sus oídos sonaron los fuertes ronquidos de la tripulación, como una música celestial... Descendió por la escalera, abanzando hacia la cámara de popa... Uno de los ronquidos dejó de oírse.

—¡Eh!... dijo una voz soñolienta. ¿De qué se trata? ¿Qué ruido es ese?...

—Quinto, José, repuso el guarda... No te fastidies.

—¿No he de fastidiarme, dijo el marinero con sequedad... Te vienes a obscuras a dar contra las narices de gente dormida... Casi me has dado un susto.

—No es pequeño el que yo he tenido, dijo fatidicamente el otro. Hay un fantasma en el muelle, José... ¿Por qué no me acompañas, para ver de qué se trata?

—¿Estás loco? dijo José, dándose vueltas en su coy, que crugió bajo su peso... Anda y déjame dormir en paz... Bastante trabajo tengo de día para ser dueño de mi reposo.

—¿Qué hay? preguntó otra vez medio dormido.

—Este viejo chocho de Jorge, sostiene que hay un fantasma en el malecón, dijo José.

—Lo he visto tres veces seguidas, dijo el guarda, tratando de despestar interes en sus interlocutores.

—Me imagino que eso debe ser una señal de muerte para tí, dijo la voz solemnemente... El último guarda murió de repente, como lo recordarás.

—Así es, dijo José.

—Pero estaba enfermo del corazón, desde muchos años atrás, objetó el guarda...

—En todo caso, nada podemos hacer por tí, dijo José con mucha amabilidad... No nos conviene subir, ni nada sacaríamos con ello... Tu fantasma solò es visible para tí, y no nos conviene a nosotros.

—¿Por qué diablos creen ustedes que se trata de un fantasma, exclamó impaciente una tercera voz... Acaso es un ladrón o ratero que merodea por el muelle.

José se estremeció y sentándose al borde del camarastrón tomó sus pantalones y comenzó a vestirse. Otras sombras hicieron lo mismo, y siguieron al guarda todavía medio dormidos.

—No me agradaría tener un guarda como tú, dijo el marinero joven que respondía al nombre de Tomás. Un fantasma puede hacer lo que le dé la gana, siempre que te encuentre solo.

Cuando llegaron a la oficina, vieron que todo estaba en orden... Después de detenerse solo el tiempo necesario para beberse el café del guarda que hervía sobre el anafe de gas, se dirigieron al muelle con la intención de inspeccionarlo a la luz de la linterna de José.

—¿Están allí todos ustedes? preguntó repentinamente Tomás.

—Sí... aquí estamos, repuso con énfasis el cocinero.

—Me parece sentir algo, detrás de aquellos sacos de azúcar, dijo el muchacho, allegándose al guarda y al cocinero.

José dirigió sus pasos hacia el sitio indicado, con la linterna... Un agudo chillido y una exclamación de triunfo se siguieron.

—Aquí le tenemos, gritó José.

Acudieron los demás y pudieron ver



Se dirigieron al muelle con intención de inspeccionarlo a la luz de la linterna

al temerario José, frente a frente de la aparición. A su vista, el cocinero se alisó furtivamente los cabellos, mientras Tomás se abrochaba la chaqueta, acaso por pudor.

Tomen la linterna, así podré agarrar la mejor, dijo José.

El cocinero cogió la linterna, y levantándola pudo ver el rostro de una hermosa y alta mujer de unos veintisiete o veintiocho años.

—¿Qué estaba Ud. haciendo aquí? preguntó el guarda con severidad oficial.

—Esperaba a un amigo, dijo la extraña aparición, mientras luchaba por desacirse de los brazos de José... Líbreme por Dios, de este hombre.

—José, dijo con severidad el guarda, estoy avergonzado de tí... ¿Quién es su amigo señorita?

—Su nombre es Róbinson, dijo la dama. Vino hasta quí, hace una hora, y le estoy esperando.

—Aquí no hay nadie, dijo el guarda, meneando la cabeza.

—Creo que ha entrado en ese buquecito pequeño de allá abajo, dijo la niña... Supongo que podré esperarlo hasta que salga... Ningun daño hay en ello.

—Ese buque zarpará dentro de una hora, dijo Tomás, pero no hay nadie a su bordo que se llame Róbinson.—Toda su tripulación somos nosotros... allá dentro solo quedan el capitán y el contramaestre.

—Ud. no debería engañarme, joven, ni tratar de hacerlo, dijo secamente la dama. Yo le seguí hasta aquí mismo, y estoy segura de que no ha salido porque la puerta del muelle ha permanecido cerrada.

—A la verdad no entiendo a esta señorita, dijo José. No he visto subir a nadie a bordo... Si alguien ha venido estará en la cámara.

—Entonces iré allá, dijo resueltamente la dama.

—Muy bien señorita, haga lo que le paresca, repuso José, pero en mi opinión Ud. solo encontrará, al capitán y al contramaestre.

—¿Sí?... De todos modos iré, dijo tomando su quitasol nerviosamente con ambas manos... Al fin, allá no han de comerme.

Dicho esto se dirigió hacia la Foam, seguida por la perpleja tripulación, y mediante la obsequiosa ayuda de cinco pares de manos, se encontró sobre la cubierta. La escotilla estaba abierta, y siguiendo las instrucciones de José, bajó de espaldas la empinada escalera de la cámara.

La obscuridad era profunda, pero cuando los ojos de la dama se acustumbraron a ella, pudo discernir los contornos de una

mesa... Una respiración suave y tranquila, anunciaba que alguien dormía allí cerca. La niña se acercó a la mesa, y cogiendo un cajón, tomó asiento y tosió suavemente... La respiración continuó tan tranquila como antes... La niña volvió entonces a toser con mayor fuerza.

La respiración cesó bruscamente.

—¿Quién diablos tose? preguntó una voz con acento de sorpresa.

—Perdone Ud., dijo la visitante, pero ¿Está aquí Mr. Róbinson?

La respuesta fué tan débil y confusa que ella no alcanzó a oírla. Era evidente que el dormido, sin duda como hombre pudoroso, hablaba desde debajo de la ropa de cama.

—¿Está aquí Mr. Róbinson? repitió ella en alta voz.

—No sé quién sea ese Mr. Róbinson, contestó la confusa voz.

—En mi opinión, dijo la dama, Ud. trata de engañarme... ¿Tiéne Ud. fósforos?

El propietario de la voz, dijo que no los tenía, y agregó que, aunque los tuviera no se los daría... Entonces la niña se levantó y buscando en la pequeña mesa de noche, encontró la caja y raspó uno... Había una lámpara sobre el armario... Ella la cogió con calma, y después de arreglar la mecha, la encendió.

Apareció entonces un rostro encendido, medio oculto entre las sábanas, que miraba a la intrusa con indecible admiración. En tanto la niña dirigía su vista tranquilamente alrededor de la pequeña cámara.

—¿A dónde conduce esta puerta? preguntó señalando la del camarote del capitán.

El contramaestre, recordando las misteriosas amenazas de Flower, tomó su partido.

—Esa puerta es la de la despensa, dijo, mintiendo a mas no poder.

La intrusa intentó abrir la puerta, pero esta se encontraba cerrada con llave...

—Supongo, dijo, volviéndose hacia el contramaestre, que la respiración que se siente allá detrás, debe ser la de alguna pierna de cordero, que se ha quedado dormida en la despensa.

—Puede Ud. suponer lo que quiera dijo el contramaestre con sequedad... ¿Por qué no se va Ud.?... Su conducta, es por cierto, bastante extraña.

—Ud. se extrañará mas aún, dentro de un momento, dijo la dama tristemente... Mi Federico está allí dentro, y Ud. lo sabe.

—¿Su Federico? dijo Fraser, muy sorprendido.

—Mr. Robinson, dijo la visitante corrigiéndose.

—Allí no hay nadie sino el capitán, dijo el contramaestre.

—Acaba Ud. de decirme que esa es la despensa, exclamó la intrusa secamente.

—Sí... pero el capitán duerme en la despensa, para vigilar así mejor los víveres, explicó Fraser.

La visitante miró con furia a su interlocutor.

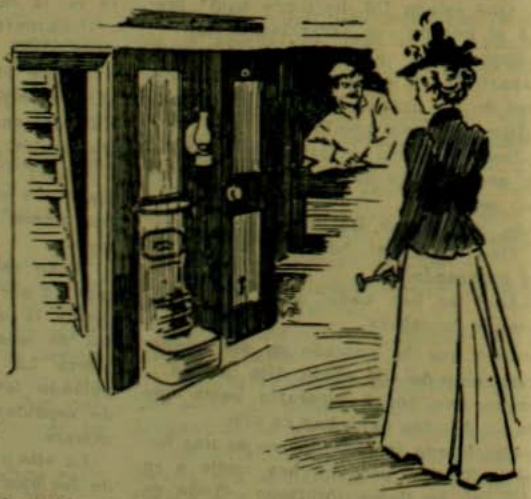
—¿Qué clase de hombre es el capitán? preguntó de pronto.

—Luego lo conocerá Ud. cuando salga, dijo el contramaestre... Es el individuo de peor carácter que haya pisado la cubierta de un buque. Si llega a salir y la encuentra a Ud. aquí, no respondo de lo que pueda suceder.

—Yo no tengo miedo, dijo la niña... ¿Cómo llaman aquí al capitán?

—Capitán, simplemente.

La intrusa golpeó con fuerza la puerta misteriosa.



Apareció entonces un rostro encendido medio oculto entre las sábanas

—¡Capitán!... gritó. ¡Capitán!

No se oyó ninguna respuesta. Ella repitió su grito con más fuerza que antes.

—Tiene el sueño muy pesado, dijo el embarazado Fraser... Mejor es que Ud. se vaya, señorita.

La dama, fingiendo no oirle, volvió a golpear la puerta, llamando al ocupante desconocido del camarote. Entonces, y a despecho de su seguridad, no pudo menos de retroceder medrosamente, al sentir un rumor parecido al del trueno, romper el silencio de la misteriosa cámara.

—¡Aló! Aló!..., rugía aquella horrible voz.

La niña, recobrada al fin un tanto, se atrevió a aproximarse a la puerta.

—¿Está allí un caballero llamado Mr. Róbinson? preguntó tímidamente.

—¿Un caballero llamado cómo?... dijo la voz de trueno.

—Róbinson, dijo la dama débilmente.

—¡Nó! ¡Nó!... continuó tronando la voz del camarote. ¡Idos afuera! Idos afuera!... rugió enseguida.

El eco de aquel sonido formidable resonaba al través de toda la cámara... Hasta el contramaestre debió sentirse atemorizado, porque la dama intrusa pudo verlo ocultándose nerviosamente bajo las ropas de cama y temblando al parecer de miedo.

—Por lo visto, su rugido es aun peor que su persona, dijo la extraña mujer, sobrecogida... De todos modos he de permanecer aquí... Con mis propios ojos he visto a Mr. Róbinson entrar a este buque y estoy cierta de que no ha salido.... Acaso... lo han muerto.

Y con la natural consternación del contramaestre, comenzó a reír primero, y enseguida a sollozar y a enternecerse, de manera que el joven marino, aunque poco al corriente de las costumbres del sexo débil, se dió cuenta de que iba a ser testigo de un ataque de histérica.

—Arrójese encima un poco de agua dijo señalando un jarro encima de la mesa... No me atrevo a levantarme, para arrojárselo yo mismo.

La dama no siguió el consejo, pero pronto pudo recobrar el dominio de sí misma... Se sentó en el cajón nuevamente, y cruzándose de brazos, mostró que estaba enteramente resuelta a permanecer allí.

Transcurrió una media hora... Por dos veces sollozó débilmente, y levantándose el velo se limpiaba las lágrimas con un delicado pañuelito

—¿Ud. cree que mi conducta es muy extraña? dijo, mirando al contramaestre, después de uno de estos episodios.

—No se preocupe Ud. de mí, dijo el contramaestre con estudiada política... pero no vaya a imaginarse que yo soy un individuo sin carácter

—¡Bah! dijo la intrusa, desdeñosamente, Ud. es un hombre, al fin de cuentas, y tenga o nó carácter, yo no me moveré de donde estoy, hasta que no haya visto lo que hay en esa pieza, aunque deba permanecer sentada aquí por tres semanas.

—¿Y qué hará Ud. para comer y beber durante todo ese tiempo? preguntó el contramaestre

—Lo mismo que haga Ud., dijo la dama. Ud. no podrá levantarse mientras yo esté aquí.

—Bueno, lo veremos, dijo vigorosamente el contramaestre.

—Por cierto que no es mi intención ofender a nadie, dijo la intrusa ya mas calmada... pero he sufrido mucho recientemente, y lo que es peor, se han burlado de mí. Un día como hoy, hace tres semanas yo debí casarme.

—Por cierto, Ud. debería haberse ya casado, murmuró el joven marino.

La dama no hizo caso de la interrupción.

—Mi novio viajaba por cuenta del gobierno, en servicio secreto, continuó. Siempre estaba ausente... Hoy aquí, en China mañana, y en América al día siguiente.

—¿Huía de Ud.? preguntó el interesado contramaestre.

—Lo temo, sollozó la niña... Nos íbamo a casar por especial licencia... Yo tenía listo mi **trousseau**. Todas mis amigas y parientes habían comprado vestidos buenos para la boda... El hasta fué conmigo a comprar la torta de novia.

—¿Había un mal en ello? preguntó el contramaestre.

—Pero no alcanzó a comprarlo, aunque ya la había escogido, continuó la dama recurriendo una vez mas a su pañue-

lo... Salió al lado afuera de la tienda para ver si había en la ventana una torta mejor, y cuando yo salí a buscarlo había desaparecido.

—Puede haber sido víctima de un accidente, dijo el contramaestre, con mucha política.

—Lo ví anoche, dijo la dama friamente. Una o dos veces lo había oído nombrar á Wapping en sus conversaciones... Este nombre me dió la clave del problema... Por quince días he rondado por este triste y lóbrego sitio... Por fin anoche lo ví... Entró en este muelle, y no ha salido... Estoy segura de que está en ese aposento.

Antes de que el contramaestre hubiera podido replicar, la tosca voz del guarda se dejó oír al través de la escotilla.

—Son mas de las once señor... La marea empieza a bajar.

—Muy bien, dijo el contramaestre.

Y se volvió en ademán suplicante hacia la dama.

—¿Quiére Ud. hacerme el favor, le dijo, de esperarme un minuto sobre cubierta?.

—¿Para qué? preguntó brevemente la intrusa.

—Necesito levantarme de la cama, dijo el contramaestre.

—No me moveré un segundo, repuso la dama.

—Pero yo necesito vestirme, dijo el contramaestre. Vamos a levar anclas dentro de diez minutos.

—¿Levar anclas? ¿Y para qué?...

—Zarpamos hoy... Ud. debe irse a tierra, si no quiere viajar en este buque.

—No me moveré, repitió la niña.

—Entonces, lo siento mucho, pero debo acudir a la violencia, dijo el contramaestre. ¡Jorge!....

—Señor... contestó el guarda desde arriba.

—Haga bajar un par de marineros, para que se lleven a tierra a esta señorita, dijo el contramaestre en tono de mando.

Gritaré con todas mis fuerzas que aquí hay ladrones y asesinos, dijo la dama sollozando... Haré venir a la policía y se armará un escándalo... Entonces, quieran o no quieran, se abrirá esa puerta. Ante semejante determinación, el contramaestre se sintió desfallecer, y con la ansiedad que es fácil suponer, llamó a la puerta del capitán en demanda de instrucciones.

—Déjala, no mas, tronó la poderosa voz... Si la querida de Ud. no quiere irse a tierra... seguirá viaje con nosotros... Ud. pagará su pasaje.

—Bien entonces, dijo á la intrusa, el infortunado contramaestre, si Ud. se decide a ir con nosotros, suba a la cubierta siquiera por unos minutos, mientras me visto.

La dama titubeó un momento, pero al fin salió de la cámara. En la cubierta, los hombres de la tripulación la miraban con curiosidad, pero no intentaron molestarla... Dos minutos después el contramaestre salió para mandar la maniobra.

—¿A dónde vamos? interrogó la dama, con un dejo de ansiedad en su voz.

—A Francia, repuso Fraser.

La extraña mujer, miró a su alrededor nerviosamente. En el vecino muelle, otro buque comenzaba también a ponerse en movimiento, y un gran vapor subía majestuosamente por el centro del río...



Se volvió a contestar, con las mentiras que creía demandaban las circunstancias, las ansiosas preguntas de su linda compañera

Entonces dió uno o dos pasos hacia la ribera...

—¡Largad todo! dijo Fraser al guarda, con impaciencia.

—Espere Ud. un minuto, dijo la dama apresuradamente... Necesito decidirme.

—¡Largad todo! replicó el contramaestre.

El guarda obedeció y la goleta empezo a retirarse lentamente del malecón.... La dama, nerviosa, excitada, desfallecida, dejó escapar un ligero grito y tomando la callosa mano del guarda, de un salto puso los pies en el malecón.

—Hasta mas ver, le gritó el contramaestre. Siento mucho que no se haya decidido a venir a Francia con nosotros... La niña tiene probablemente miedo a los extranjeros, Jorge... Si se hubiese tratado de Inglaterra—habría sido otra cosa.

...Ya... ya, dijo el guarda, con significativo acento, y, mientras la goleta, despidiese del muelle ponía proa al centro del río, se volvió a contestar, con las mentiras que creía demandaban las circunstancias, las ansiosas preguntas de su linda compañera.

III

El capitán Flower, impuesto por Tomás de que la costa se hallaba despejada, salió a la cubierta, frente a Limehouse y tomó la dirección del buque, con cierta afectada gravedad, indicio cierto de una conciencia no muy segura. Comprendió muy luego, con creciente indignación que la actitud del contramaestre era mas bien la de un cómplice que la de un subordinado, y que la tripulación estaba mas al corriente de la realidad de las cosas, que lo que era de desear.

—La dije que íbamos a Francia, dijo el contramaestre en tono burlón.

—¿La dije? dijo Flower... ¿A quién?...

—A la señorita que Ud. no deseaba ver, dijo Fraser tranquilamente.

—Ud. tiene por costumbre avanzar juicios prematuros, repuso Flower... No sé por qué había yo de vestirme para ver a esa damisela a quien Ud. tuvo la fantasía de invitar a bordo.

—Pero ¿para qué asustarla entonces, gritandola con la bocina? dijo Fraser, mirando maliciosamente a su jefe.

—¿Que especie de mujer era aquella? continuó Flower, haciéndose el que nada había oído.

—Tenía todo el aspecto de una niña que desea encontrar al hombre que busca, aunque debiera emplear diez años en ello, dijo el contramaestre. Le apostaría capitán, hasta cinco chelines, que esa mujer acabará por dar con ese Mr. Róbinson, antes de tres semanas... aunque Mr. Róbinson se cambie de nombre.

—Puede ser, repuso Flower con afectada indiferencia.

—Esta ha sido su primera visita a la Foam, pero no será la última, recuerde Ud., continuó Fraser solemnemente... Ella necesita a ese bribón de Róbinson.

—¿Cómo? interrumpió Flower.

—Digo que necesita a ese bribón de Róbinson, repitió el contramaestre acentuando cada sílaba... Volverá pues a ver si encuentra algún vestigio de él.

El capitán Flower dejó escapar un gruñido.

—Las mujeres, continuó el contramaestre, no saben lo que se pescan... El tal Róbinson debe ser un peje de muchas agallas.

—¿Sabe Ud. algo de él? preguntó el capitán.

—Sé lo que ella me dijo, repuso Fraser... ¿Cómo ha de ser un individuo capaz de abandonar a su novia en una pastelería?... Le han de castigar seguramente. Se trata por cierto de un sujeto inconsciente y desconsiderado... y aunque sea el mejor muchacho del mundo, estoy dispuesto a hacer lo que pueda, por contribuir a su escarmiento.

El capitán Flower, protegido por la obscuridad, frunció el entrecejo.

—Si en algo puedo contribuir a ello por mi parte, dijo, le ayudaré con mucho gusto. Hablaremos de esto a la hora de almorzar.

El contramaestre entendió la indirecta, y apartándose de su jefe, se cruzó de brazos frente al mar, embebido en sus pensamientos. Como el fariseo de la parábola, daba gracias al cielo de no ser él como los demás hombres y compadecía al capitán y a sus prosaicos enredos, mientras pensaba en la encantadora Rosita. Allá a sus

espaldas se extendía la gigantesca ciudad de Londres... Allá estaba ella entregada al sueño...

Los dos compañeros comenzaron a almorzar en silencio. El capitán engullía con un apetito que hizo recordar al contramaestre la última comida de un condenado a muerte.

—Cierra la ventana, Santiago, dijo el capitán al fin, después de vaciar su tercera taza de café.

Fraser lo hizo así, y se sentó nuevamente, esperando ansioso las prometidas revelaciones. El capitán echó un trozo de azúcar en el café, y adoptando una actitud meditabunda, suspiró suavemente.

—He sido un loco, Santiago, dijo al fin. Siempre he sido aficionado a las aventurillas; pero ésta va ya demasiado lejos, aun para mí.

—¿Pero cómo diablos ha venido a comprometerse con esa niña? preguntó Fraser.

Flower movió la cabeza.

—Se enamoró violentamente de mí, dijo melancólicamente. Dirige la oficina de correos de Chelsea... Su padre se la dejó...

Dirige también a su madrastra y a sus hermanos... Yo soy un niño en sus manos... Ud. conoce mi naturaleza suave y mi falta de carácter...

—Pero Ud. la hizo el amor, puntualizó el contramaestre.

—En cierto modo, creo que sí, admitió su interlocutor. No sé sin embargo si pueda considerarme comprometido, porque cuando me declaré me preguntándole: ¿Quiere ser la señora de Róbinson?... Y yo, no me llamo Róbinson... ¿Qué piensa Ud.?

—Me parece que tal engaño le perjudicará a Ud. más aún, dijo Fraser... Pero, cuando Ud. hizo esa pregunta, ¿no se acordaba acaso de la señorita Banks?

—Sí... hasta cierto punto... Pero después de haber estado comprometido con una mujer por nueve años, es bastante fácil olvidarlo, y cada día lo es más. Por otra parte yo era un niño entonces.

—Un niño de 28 años, dijo Fraser.

—Correcto, pero no tenía aún discernimiento alguno, dijo Flower, y mi tío y la vieja Banks lo arreglaron todo entre ellos, y yo no me atreví a ofender a esas personas respetables... Si yo me casara con Miss Tipping, este es el nombre de la niña



Estoy comprometido con una tercera novia

del correo, ellos me desheredarían; y si me casara con Isabel, Miss Tipping me perseguiría ante los tribunales, si lograra dar conmigo.

—Si Ud. no se anda con cuidado, dijo Fraser impresionado, puede perderlas a las dos.

El capitán bajó los ojos...

—Pues eso es precisamente lo que deseo dijo en voz muy baja... Estoy comprometido con una tercera novia.

—¡Cómo! exclamó el contramaestre. ¡Tres!...

—¡Tres! repitió el capitán... Sólo tres...

—Debía Ud. tener vergüenza, dijo Fraser severamente... Ud. no se sabe lo que hace.

—No necesito de predicadores, Santiago, dijo el capitán secamente... La verdad es que soy mas digno de compasión que de vituperio.

—Y la tercera niña ¿conoce a las demás? preguntó Fraser.

—No... ni las otras tampoco saben nada de sus rivales, repuso Flower. ¿Me toma usted por un tonto?

—¿Quién es la número tres? preguntó el contramaestre, de pronto.

—Rosita Tyrell, repuso el otro.

—¡Ah! dijo Fraser, procurando aparecer sereno... ¿La niña que vino ayer tarde?...

Flower asintió.

—Con ella es con la que me casaré en definitiva, dijo ruborizándose... Me casaré con ella, aunque debiera perder hasta el último penique de los que pueda heredar; pero espero no perder ni a ella ni el dinero... Necesito de ambas cosas.

El contramaestre vació el contenido de su taza, y la colocó en el platillo.

—Soy para ella una especie de angel tutelar, dijo Flower. Su padre, el capitán Tyrell, murió hace un año, dejándola a mi cargo... Yo le prometí casarme con ella... Se trata de un deber sagrado.

—Además que Ud. lo desea, dijo Fraser sin dar mucho crédito a las palabras de su superior...

—Ud. no me conoce, Santiago, dijo el capitán mas entristecido que encolerizado.

—Jamás creí que Ud. fuese tan malo, dijo el contramaestre con solemnidad... Y, Miss Tyrell, ¿también está enamorada de Ud.?

—¡Por cierto! repuso Flower indignado... Todas ellas lo están... Es lo peor de todo... ¿Ud. no ha gozado nunca de mucho favor con el bello sexo?

Fraser movió negativamente la cabeza.

—¿El capitán Tyrell dejó algún dinero? preguntó.

—He allí otro aspecto del asunto, repuso Flower. Yo le presté hace algún tiempo, cosa de cien libras esterlinas. Era un individuo en buena situación, pero se dió a la bebida, y hubo de perder cuanto tenía incluso al respeto de sí mismo... Solo dejó su baja y sus deudas.

—Por cierto que no es envidiable la situación de Ud., dijo Fraser en tono compasivo... No sé cómo va a salir de este enredo. Miss Typping ha encontrado la huella de Ud. y tarde o temprano acabará por atraparle... Si lo descubre no doy por Ud. un cuarto... Además, suponga que Mis Tyrell encuentre otro novio.

—No hay por qué alarmarse, dijo Flower calmosamente. Me he visto en peores trances y siempre he escapado bien... No me gusta la vida sin incidentes, ni me afano por las cosas, porque siempre he notado que la gente se afana por lo que nunca ha de sucederles.

—Si yo estuviese en su lugar, dijo el contramaestre, no podría pensar en otra cosa... Me acostaría preocupado en ello, y ni siquiera mi sueño sería tranquilo.

—Saldré de apuros, estoy cierto de eso, dijo Flower. El asunto no es fácil, lo concedo. Gibsen, por ejemplo, desea casarse con Isabel, pero ella no quiere oír hablar de él, mientras yo exista... He pensado encargarle a alguien que le cuente a Isabel todo género de bromas acerca de mí.

—¿Y por qué no le cuenta Ud. mismo la verdad? preguntó el contramaestre, sin el menor asomo de malicia. El capitán hizo como si nada hubiese oído.

—Pero ella, no querría creer nada en contra mía, continuó con melancólico orgullo, mientras se dirigía sobre cubierta. Tiene en mí una confianza ciega.



Sus ojos vagaban inconscientes por el triste panorama

Era sin embargo evidente, al contemplar su rostro enrojecido, que, a despecho de tanta confianza, la amable debilidad de Miss Banks no lo tenía del todo tranquilo.

—Todo concluirá bien, dijo Flower con apacible tranquilidad, al entrar la tarde siguiente, en el río en que se asienta el encantador pueblecito de Seabridge.

El contramaestre que comenzaba a sufrir los síntomas de una enfermedad, hasta entonces desconocida para él, no replicó. Sus ojos vagaban inconscientemente por el triste panorama, desde el campanario de la iglesia, a las viejas y pintarrajeadas casas de madera y el macilento cesped que crecia en las calles. Un par de botes medio destruídos yacían sobre el fango de la orilla, y el desmantelado armazón de un barco de pesca completaba el panorama. Por la primera vez, el joven marino, escontró todo aquello mustio y lóbrego.

Dos hombres, con esos movimientos lentos y calmosos, propios de los viejos marinos, se acercaron en la playa a amarrar la goleta recién llegada... Entonces el capitán Flower, después de bajar a la cámara y hacerse la toilette necesaria para la sociedad de Seabridge, se volvió a hacer sus últimos encargos al contramaestre.

—No me importa mucho lo que los demás piensen de mí, comenzó por vía de prefasio.

—Tanto mejor para Ud., repuso Fraser.

—Sin embargo, prefiero, téngalo entendido, que la tripulación no se ocupe de mis asuntos... Es preciso, pues que Ud. dé a entender a esa gente que la niña aquella, vino a verle a Ud... No me mezcle a mí en el asunto... ¿Entiende?

—¿No sería lo mismo, que dijese que fué Miss Tyrell la que vino por mí? preguntó el contramaestre, no sin emoción.

—Exactamente lo mismo, dijo Flower con sinceridad... El asunto no me preocupa.

Dicho esto saltó en tierra, y con paso firme se dirigió hácia la población. La tarde comenzaba a dar lugar a la noche, y una dulce tranquilidad reinaba en la atmósfera. Las gentes ocupadas en sus



Creo haberle conocido en alguna parte, dijo la señora Church

campos o jardines, saludaban a su paso al gallardo capitán como a un viejo conocido, y de cuando en cuando, al través de las ventanas, podía aún columbrarse un blanco rostro, cuya presencia era muestra de no mediano interes, de parte de las mas bellas hijas de Seabridge. A la entrada de un chalecito situado al extremo de la calle, el capitán se detuvo y golpeó la puerta.

Una mujer, acudió a abrir. Sin ser del todo una vieja había pasado ya con mucho su primera juventud, y vestía con cierto cuidado... Ante el ojo experto del capitán, hubiera sido clasificada de "buena moza".

—El capitán Barber está en el jardín, dijo la jamona sonriendo... Precisamente le estaba esperando a Ud.

El capitán la siguió en silencio, y después de dar un apretón de manos a un viejecillo, pequeño, colorado, de barba blanca y afeitados bigotes, que estaba sentado con un diario sobre las rodillas, se quedó de pié, y sin decir palabra, mientras el viejo, llenaba cuidadosamente su pipa y la encendía.

Los ojos de los dos hombres se encontraron, y entonces el tío guiñó los suyos, al sobrino.

—La señora Church, dijo pausadamente, mi sobrino, el capitán Federico Flower.

—Creo haberlo conocido en alguna parte, declaró la señora Church... La semejanza es admirable.

El capitán Barber se echó a reír.

—Hemos estado regando el jardín con la señora Church, dijo... Lo hemos hecho maravillosamente, a la verdad.

—No creía que fuera una cosa extraordinario regar flores, observó la señora Church.

—Hay un modo bueno y un modo malo de hacer todas las cosas, dijo el capitán Barber con solemnidad. La mayoría de las gentes escoge lo peor... De otra manera los que conseguimos algo, no lo habríamos conseguido.

—Esto es muy cierto, dijo la señora Church, moviendo la cabeza.

—Y los que nada han conseguido, lo habrían conseguido, continuó el filósofo, siguiendo el hilo de sus pensamientos... Si Ud. fuese a traer las cosas de que le hablé, Sra. Church, sería muy conveniente.

—¿Quién es? preguntó el sobrino, una vez que la jamona se hubo alejado. El capitán Barber, dió una mirada, en torno suyo, y por segunda vez aquella tarde, guiñó un ojo a su sobrino.

—¿Una alojada? dijo Flower.

El capitán Barber, volvió a guiñar su ojo, y se puso a reír, con la pipa en la boca, hasta que se le cayó al suelo.

—Es un pequeño plan mío, dijo cuando se hubo serenado... Ella es mi ama de llaves.

—¿Ama de llaves? repitió el asombrado Flower.

—Me encontraba solo y dí con esta maravilla. He tenido una gran idea... Lo raro es que no se me hubiera ocurrido antes.

—Pero. ¿Para qué necesita Ud. de ama de llaves?... ¿Y Leticia?

—Me zafé de ella, dijo el capitán Barber... y he tomado una ama de llaves, porque pensé que ya era tiempo de que tú te casaras. ¿Entiendes ahora?...

—Nó, dijo Flower, no lo entiendo.

El capitán Barber volvió a reirse, y después de recoger su pipa del suelo, se echó de espaldas en el asiento, y volvió a guiñar un ojo a su sobrino.

—La señora Banks, dijo maliciosamente.

Su sobrino, no entendía una palabra. Entonces el capitán Barber, se dignó iniciar una explicación.

—La señora Banks, no quiere que Isa-



La encontró entre diecisiete el Miércoles por la mañana

bel se case contigo mientras ella no se muera, dijo.

El sobrino asintió.

—He tratado de convencerla, dijo el viejo, pero todo ha sido inútil... He resuelto pues valerme de la astucia... Tomé una ama de llaves, bastante bien parecida... La escogí entre diesisiete, el Miércoles por la mañana, y ahora le estoy haciendo el amor.

—¡Haciéndole el amor!... murmuró el sobrino, mirando asombrado la venerable calva del viejo marino.

—Haciéndole el amor, repitió el capitán Barber con aire satisfecho. ¿Qué sucederá? La señora Banks para impedir que yo me case, dará su consentimiento a tu matrimonio con Isabel.

—Pero. ¿No sabe Ud que pueden procesarlo por engañar a una doncella? preguntó el sobrino.

—No hay cuidado por esto, dijo el capitán Barber, en tono de confidencia... Ella es viuda... y una viuda no es una doncella.

Era inútil argüir contra tan estupenda locura. El capitán Flower, tomó por otro camino.

—Pero y si la señora Church se enamora de Ud., dijo gravemente... No me parece bien hecho el jugar con los sentimientos de una mujer, en esa forma.

—No... no hay cuidado de que yo vaya demasiado lejos, repuso el viejo conquistador, en tono de seguridad.

—¿Isabel y su madre están aún ausentes, lo supongo? preguntó Flower después de una pausa.

Su tío asintió con la cabeza.

—Así, Ud. no necesita hacer demasiado el amor, hasta que no vuelvan, dijo el sobrino... Sería perder el tiempo.

—Obro con prudencia, dijo el capitán Barber pensativo... La cosa no es por otra parte muy desagradable.

Tío y sobrino se dispusieron a entrar en la casa.

—No te molestes, dijo el viejo, al ver que su sobrino se disponía a cargar con la silla y la tabaquera, a la señora Church le agrada cuidar ella misma de estas cosas, y le desagradaría que alguien metiese su mano en ellas.

Lo que ocurrió durante la comida, no dejó de alarmar al capitán Flower. No estaba acostumbrado a hacer el papel de



La familia Wheeler era numerosa y el lavado de su ropa una dura tarea

tonto, y cuando, la señora Church se levantó de la mesa con el único objeto de probar su afirmación de que el capitán Barber tenía mucho mejor aspecto, con su gorro de seda negra, que con el que tenía puesto, sus dudas no hicieron sino confirmarse.

De vuelta a bordo, tomó por confidente al contramaestre, y le preguntó qué pensaba de aquello. Fraser dijo que el amor, era sin duda en la familia, del capitán, cosa que estaba en la sangre.

—La cosa me parece mal, por cualquier lado que la considere, dijo Flower... O me caso yo con Isabel, o mi tío se casa con esa mujer.

—Bien puede que se hagan los dos matrimonios, dijo Fraser amablemente... ¿Es hermosa la señora Church?...

—No podría decirlo con certeza, dijo Flower vacilando.

—¿No es entonces bastante hermosa, para ponerle a Ud. mismo en cuidado? preguntó el contramaestre.

—Cuando Ud. hable en serio, dijo el

capitán sofocado, me dignaré contestarle... Ahora no estoy para burlas.

Y le volvió la espalda con manifiesto desagrado, y durante todo el viaje de vuelta a Londres, se condujo muy friamente con el contramaestre... Por fin, en la necesidad de conversar con alguien, acerca de sus desdichas y de la imbecilidad de su tío, volvió a anudar sus antiguas relaciones. Dentro de la tranquilidad de la cámara, después de apurar las pipas una tras otras, compadecía cariñosamente a las dos damas que no iban a casarse con él.

IV

En el número 5 de la calle de Liston, Rosita Tyrell se encontraba leyendo junto a la ventana. El ambiente exterior era agradable, apesar de que el barrio de Poplar es muy densamente poblado, y todavía lo parecía mas, en comparación con la atmósfera del interior de la casa, impregnada de ese olor indefinible, que se desprende cuando se lava ropa sucia. En el patio empedrado, debajo de la ventana, una de las niñas de la casa, colgaba una serie de vestidos de todas formas y colores, en tanto que adentro en la cocina, el dueño de casa, fregaba sobre el lavatorio, con el secreto y cuidado, del que ejecuta algun acto ilegal. La familia Wheeler era muy numerosa, y el lavado de su ropa una dura tarea... Aparte dos piezas de ropa, destrozadas, la niña no quería colgar otras, cuya limpieza le parecía dudosa.

—Cuando sequen se verán mejor, le dijo su padre enjugándose la frente con la parte superior de su brazo, único que estaba seco... Voy a mostrarle a tu madre estas piezas rotas.

Cogiólas y dejó con suma prudencia la cocina, dirigiéndose a la sala, donde la señora Wheeler, inválida absoluta, se encontraba en un sofá, surciendo medias. Mr. Wheeler, después de llamar la atención de su cónyuge, mostraba las despedazadas piezas de ropa, con la aprención de quien pide disculpas.

—Nunca habías hecho us destrozo semejante, dijo la señora Wheeler, sorprendida.

—Se han roto, apesar de todo mi cuidado, dijo su marido, comenzando su defensa.

—Las habrás metido en la soda, dijo la señora Wheeler, en tono áspero.

—Nó... nó.. repuso Mr. Wheeler con vehemencia. Tuve cuidado de emplear dos artesas, una sin soda para las franelas, y otra con soda para las demás ropas... Es que el tejido es malo... Creo que te lo había advertido.

—Cuidado es lo que a tí te falta, dijo severamente la señora Wheeler... Este es el resultado de los refregones que le das a la ropa... Estoy segura que a mí no me pasaría lo mismo... Pero ¿Qué estás escondiendo allí?...

Ante esa demanda. Mr. Wheeler mostró su otra mano, de la cual colgaba una camisa azul y blanca, en la cual, el color azul había invadido indebidamente la zona originalmente blanca.

—¿Qué dices a esto? preguntó el infeliz, en el colmo de la desesperación.

—¿Por qué no se lo preguntas mejor a Bob? repuso su mujer... Tú sabes lo odioso que es... Ya te había dicho, todo lo claro que pude, que no echaras esa camisa al agua hirviendo.

—Nunca me imaginé que sucediera esto, dijo Mr. Wheeler, con una filosofía que esperaba que su hijo imitara.

—Es imperdonable echar a perder objetos costosos, como esa camisa, observó nerviosamente la señora Wheeler... ¿Para qué comprará camisas de color ese Bob? Llévatela, no puedo soportar la vista de semejante cosa.

Mr. Wheeler iba a obedecer, cuando se sintió un llamado en la puerta de calle.

—Debe ser el capitán Flower, me imagino, dijo la señora rápidamente... Ha de venir a llevar al teatro a Rosita y a Emma. Que no te vea en esa facha, Pedro.

Mr. Wheeler no tardó un segundo en bajarse las arremangadas mangas de la camisa, y en ponerse su chaqueta.

—Buenas tardes, dijo Flower, tan luego como le abrieron la puerta... Le presento a mi contramaestre.

—Me alegro de ver a Ud., dijo Mr. Wheeler.

Se saludaron todos calurosamente.

—Tiene Ud. húmedas las manos, dijo Flower.

—Me las enhollíné sin saber cómo en



Le presento a mi contramaestre

los muebles y las tenía en remojo, dijo Wheeler apresuradamente.

Flower asintió, y después de un breve cambio de cortesías con la señora Wheeler, se dirigió a la estrecha escalera que conducía a la pieza de la señorita Tyrell.

—Le he traído conmigo, para que haga compañía a Emma, dijo el capitán, mientras Fraser saludaba a la niña... Pero, apresúrense si quieren llegar a tiempo para coger un buen sitio.

—Yo estoy lista... Solo tengo que ponerme el paltó y el sombrero, dijo Rosita, y Emma está en su pieza también arreglada ya.

—Espero que Ud. no esté muy taciturno, dijo al ver que la actitud del contramaestre, parecía un tanto embarazada.

Fraser movió la cabeza.

—Nó: no estoy taciturno, dijo con mucha calma.

—Es que Emma, no sabe que Ud. viene, continuó Miss Tyrell, y ella siempre es muy callada... Así es preciso que Ud. haga el gasto de la conversación.

—No tema Ud. nada dijo Fraser, la timidez no entra en el número de mis defectos.

La conversación no pudo continuar, interrumpida por otra que se produjo en voz muy alta, en las afueras de la pieza, entre uno de los pequeños Wheeler arriba de la escalera, y la señora desde la sala de abajo. El asunto eran unas horquillas, artículo, de que según parecía, la señorita Wheeler carecía en forma lamentable. La conversación terminó con el tiple agudo de la señora Wheeler, y un momento después, Emma, un tanto sofocada, penetró en la pieza y fué presentada al contramaestre.

—¿Estamos listos? preguntó Flower, así que la señorita Tyrell se puso los guantes.

Bajaron la escalera de uno en uno, ya que el constructor del edificio no había consultado mayor espacio, mientras los niños Wheeler, les contemplaban desde el corredor. Afuera de la casa, las dos niñas se colocaron adelante, seguidas por los dos hombres.

El contramaestre comprendió, con un sentido completo de su poco valer, que las dos señoritas, parecían muy entretenidas la una con la otra, sin preocuparse de nasiado de ellos. La sugestión que le hizo Flower de colocarse al lado de la señorita Wheeler le pareció demasiado audaz, pero imitó al capitán, cuando el ardiente marino se colocó al lado de las damas... Así marcharon juntos por algún tiempo.

—No hay espacio para cuatro en la acera, dijo Flower medio aplastado contra la muralla. Mejor iríamos de dos en dos.

Las niñas se separaron entonces, Flower se tomó del brazo de la señorita Tyrell, dejando detrás al contramaestre, indeciso y nervioso, en la ignorancia de si debía o nó hacer lo mismo con la señorita Wheeler.

—Espero que no lloverá, dijo por último a su compañera.

—Así lo espero, repuso la señorita Wheeler, mirando al cielo que estaba completamente despejado.

—La lluvia perjudica los vestidos de las señoras, continuó el contramaestre.

—Cómo dice? preguntó la señorita Wheeler.

—Que creo no vamos a tener lluvia, dijo el contramaestre con toda frescura.

La señorita Wheeler que había pasado

su vida entera en una vecindad donde semejante conducta no podía tener sino una sola explicación, supuso que su compañero estaba borracho, y frunciendo el entrecejo, no volvió a pronunciar palabra hasta que llegaron al teatro.

—Hay mucha gente, dijo entonces, vamos a quedar en mal sitio.

—Apresurémonos, exclamó Flower.

—Yo pago, suspiró el contramaestre.

—Nó... pagaré yó, dijo... En todo caso pague Ud. por una y yo por la otra.

Ambos se avalanzaron a la ventanilla, repleta de gente. El capitán compró dos lunetas; el contramaestre sin tiempo de consultarlo, compró dos sillones de anfiteatro.

Vamos, dijo enseguida sin esperar al capitán y se avalanzó hacia la entrada, seguido solo por la señorita Tyrell...

—Vamos a la derecha, decía a su compañera...

Y así, codeándose con la muchedumbre alcanzaron, ambos, dos asientos vacíos.

—No podemos haber encontrado un sitio mejor, observó Rosita con su mejor sonrisa.

—Cambiaremos de asiento, cuando ellos lleguen, dijo el contramaestre, como para disculparse... Algo los ha detenido abajo... Supongo que no nos están esperando.

Entretanto los asientos vecinos se llenaban con rapidez... El contramaestre se sintió intranquilo e hizo ademán de levantarse.

—No se moleste, dijo la señorita Tyrell con calma... Ya sabrán encontrarnos.

Fraser compró un programa y al tomar asiento, el ala del sombrero de Rosita llegó a rosar sus mejillas, al inclinarse ella para leerlo. Con su pequeño dedo índice enguantado, y sin darse cuenta del desasosiego de su acompañante, empezó a disertar sobre los personajes que iban a tomar parte en la comedia y a charlar alegremente sobre las piezas a que antes había asistido, hasta que los violines de la orquesta, comenzaron a preludiar la obertura.

—Espero que los otros habrán conseguido sitio, dijo una vez que aquella hubo terminado.—¿No es cierto?

—Así lo espero, dijo Fraser.

Y se inclinó ávidamente sobre la barandilla, no porque el telón se hubiese levantado, sino porque acababa de distinguir una figura de pié, en el centro de las lunetas de platea. Aún no acababa de señalar esa figura a su compañera, cuando aquella hubo de sentarse y de perderse entre la multitud.

—Han conseguido buenos asientos, dijo Miss Tyrell. Cuanto me alegro... Esta escena es muy divertida.

El contramaestre, ahogando sus recelos, se entregó de lleno a los agrados de la situación, entre los cuales no eran los menores, el de escuchar las preguntas de su compañera, cuando és-



El contramaestre y su linda compañera se mezclaron con la multitud que salía del teatro

ta perdía alguna frase de la representación, y él ayudaría a identificar los personajes que aparecían en las tablas, con los anunciados en el programa.

—Volvería a ver de nuevo con gusto, el acto primero, dijo la señorita Tyrell, arrellenándose contra el respaldo de su butaca, una vez que el telón hubo caído.

Fraser estaba de acuerdo con ella... pero miraba recelosamente las lunetas... En el general movimiento de la concurrencia, que siguió al fin del acto, el capitán de la Foam, fué el primero en ponerse de pié.

—Bajaré a buscarlos, dijo Fraser, levantándose.

La señorita Tyrell, le detuvo, revelando una extraña timidez de carácter.

—No me gustaría quedarme sola, dijo.. Espere a que nos vean.

Ella se había expresado en plural porque la señorita Wheeler que acaso encontraba al capitán un mal compañero, se había también puesto de pié, y paseaba sus miradas por la sala, con ojos no menos escrutadores que los del otro. La idea, sugerida por el contramaestre de llamar al capitán con el pañuelo, no fué tampoco del gusto de la señorita Tyrell, y así continuaron sin ser descubiertos, hasta que el telón se levantó de nuevo.

—Espero que Ud. sabrá cogerle, dijo la señorita Tyrell, cuando dió fin la representación... Bajemos y esperémosles a la puerta del teatro... Nunca he gozado mejor una comedia.

El contramaestre y su linda compañera se mezclaron con la multitud que salía del teatro, la cual al dispersarse lentamente, dejó al descubierto a la otra pareja que estaba allí esperando.

—Cuando... comenzó Flower.

—Espero que Ud. se haya divertido capitán Flower, dijo la señorita Tyrell, vistiéndose de dignidad. He tenido que cuidarme yo sola toda la noche. Sino hubiese sido por Mr. Fraser, habría quedado del todo desamparada...

Y al hablar miraba maliciosamente a la señorita Wheeler, de manera que la pareja de platea hubo de enrojecer, viéndose tan mal comprendida.

—Lo que es yo, no necesitaba para nada del capitán, observó desdeñosamente la señorita Wheeler.

—No importa, dijo la señorita Tyrell.. Pero no sé que estamos haciendo aquí paradas. Vamos a casa.

Y se echó a andar al lado del contramaestre, dejando atrás a la otra pareja...

La encantadora niña no dejó de hablar en todo el camino, mientras el contramaestre, preocupado en estudiar su defensa ante el capitán, apenas acertaba qué decir.

Llegaron por fin a la calle de Liston, y allí ambas parejas se separaron en la puerta. La señorita Tyrell se despidió del capitán en forma que dejaba comprender bien a las claras, su opinión sobre su conducta aquella noche, y en cambio reservó para el contramaestre una brillante sonrisa y un apretón de manos, significativamente afectuoso.

—Ahora, dijo el mortificado capitán, una vez que cerrada la puerta, ambos hubieron emprendido la marcha. Ahora necesito saber qué significa todo esto.

—¿Qué cosa? preguntó el contramaestre, que después de mucho pensarlo, se había decidido a arrancar una hoja del libro de la señorita Tyrell.

—¿Qué cosa? Esto de dejarme en otra parte del teatro con esa niña Wheeler, mientras Ud. se iba con mi novia, gruñó furiosamente Flower.

—Creí buenamente, que eso era lo que Ud. deseaba, dijo Fraser con voz firme.

—¿Cómo? preguntó el otro, dando apenas crédito a sus oídos.

—Creí que Ud. necesitaba de la señorita Wheeler, para su número cuatro, dijo el contramaestre con calma... Bien sé la laya de diablo que es Ud. querido capitán.

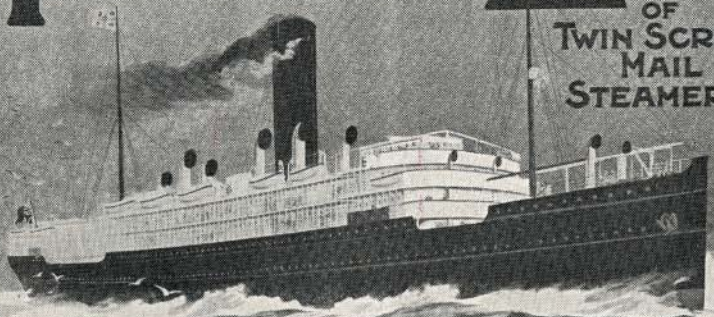
Flower se detuvo mirando a su compañero, con indescriptible indignación, y dando en seguida rienda suelta, a cierto vocabulario, que la presencia de la señorita Wheeler, había hasta entonces contenido, dobló por una esquina, y tomó solo el camino de la Foam.

(Continuará).

✣✣✣✣✣✣✣

PACIFIC LINE

OF
TWIN SCREW
MAIL
STEAMERS



BRAZIL, RIVER PLATE AND WEST COAST

Calling at LA ROCHELLE-PALLICE, CORUNNA, VILLAGARCIA, VIGO, LEIXOES, (OPORTO) AND LISBON.



THE PACIFIC STEAM NAVIGATION COMPANY

INCORPORATED BY ROYAL CHARTER 1840.

HEAD OFFICE
31 & 33, James Street, LIVERPOOL.

HEAD OFFICE ON WEST COAST
VALPARAISO.

The Red Dotted Line indicates the Ports called at by the Extra Service from Glasgow and Liverpool to Bahia Blanca, Port Madryn, and West Coast.

Demarcation Lines of the various States approximate only.


ACEITE
ESCUDO
CHILENO

AGOSTO 1913

PACIFICO MAGAZINE

Precio: 1 n Peso







el ACEITE **SASSO** ES EL MEJOR ACEITE DE OLIVA







Agentes: PASSALACQUA y Co. Valparaíso - Santiago.



VIÑA
CONCHA Y TORO

Vinos Tinto y Blanco
Reservados, especiales
para Banquetes

Se recomiendan las clases PARA FAMILIA

CABERNET

Y

SEMILLON BLANCO

Ventas en cajones, javas, barriles
y damajuanas

AGENTES GENERALES

BESA & Co.

SANTIAGO - VALPARAISO - CONCEPCION

Bodega:
Manuel Rodriguez 42
Teléfono 1003

Oficina.
Bandera número 170
eléfono 1007



BANCO ITALIANO

Huérfanos 830, SANTIAGO

Capital Pagado: $ 10.000,000

Oficinas Principales:

VALPARAISO

LUIS WINTER
Gerente

ARTURO LORCA P.
Sub-Gerente

SANTIAGO

ENRIQUE DUVAL
Gerente

RAFAEL VALENZUELA V.
Sub-Gerente

Sucursales:

VALPARAISO (Almendral), SANTIAGO (Estación), IQUIQUE, TALTAL, CALERA Y PARRAL

Agencias en el extrangero:

ITALIA
INGLATERRA
ALEMANIA
FRANCIA
URUGUAY
PERU
ECUADOR
y BRASIL
REPUBLICA ARGENTINA

Ejecuta toda clase de operaciones bancarias, despacha giros telegráficos, otorga cartas de crédito y se encarga de la compra-venta de acciones y bonos, etc.

Grand Garage

Manuel Guilisasti R.

Alameda de las Delicias 2664, Telf. Inglés 609, central



Importación de Automoviles de todas marcas

Fabricación y Reparacion
en general por personal técnico francés

Completo surtido de Repuestos y Accesorios

Automoviles nuevos
últimos modelos recibe constantemente

Reparaciones garantidas, precios muy bajos

Espléndidos Boxes particulares
completamente cerrados, $ 40 por mes

Banco de la República



Capital totalmente pagado:

$ 14.000,000

Dividido en 140.000 acciones de cien pesos cada una

Setenta mil de estas acciones forman la serie B suscritas por capitales franceses y se cotizan en la Bolsa de París

FONDO DE RESERVA: **$ 3.000,000**

OFICINA PRINCIPAL: SANTIAGO

CONSEJO DIRECTIVO

Presidente

Señor GREGORIO DONOSO

Vice-Presidente

Sr. SALVADOR IZQUIERDO

CONSEJEROS:

Señores: Marcelo Benard, Eduardo Charme, Antonio Huneeus, Abraham A. Ovalle, Mauricio D'Orival, Ricardo Perez Eastman, Cárlos Riesco, Antonio Valdés Cuevas, Rafael Tagle Jordán,

Director Gerente

Señor LUIS PHILLIPS

Co-Gerente:

Sr. ALBERTO STOBER

Sub-Gerente

Sr. CARLOS A. ORREGO S.

CONSEJO LOCAL EN PARÍS

Señores Teodoro Mottet, Juan Gunsburg y Georges Benard

SUCURSALES

Valparaíso: Gerente, señor Carlos Soublette. *Rancagua:* Agente, señor Javier Gumucio. *San Fernando:* Agente, señor Agustín Marín

Agencias en el estranjero:

Londres: J. Henry Schröders & Co., Anglo & South American Bank Ltd., Emile Erlanger & Co., Swiss Bankverein

Hamburgo: Vorwerk Gebruder y Ca.

París: Heine et Cie., Benard y Jarislowski, De Neuflize et Cie. Comptoir National D'Escompte

Buenos Aires: Portalis y Cia.

Bolivia: Banco Nacional de Bolivia. Representante del Banco Hipotecario-Valparaíso

EL BANCO DE LA REPUBLICA gira letras y acepta cobranzas sobre cualquier plaza del país y del extranjero, donde haya oficina de Banco.

Recibe en custodia Bonos y demás valores, sin cobrar comisión alguna a sus Accionistas y Comitentes.

Recibe carga a bodegaje y consignación. Anticipa fondos sobre productos y mercaderías depositadas en las bodegas del Banco ubicadas frente a la Estación Central de los Ferrocarriles del Estado.

Hace toda clase de transacciones sobre productos agrícolas, maderas y animales, para lo cual ofrece a los agricultores sus secciones Tattersal y Feria de Productos y Feria de Maderas.

En general ejecuta toda clase de operaciones bancarias.

La carga debe dirigirse a los desvíos del Banco de la República.



HANZ FREY

Valparaíso - Santiago - Concepción

Casa especialista en materiales y útiles para
LA FOTOGRAFIA
Cámaras fotográficas de todas marcas y precios

ZEISS, SUTER,
VOIGTLANDER, GOERZ,
RIETZSCHEL, KODAK,
THORNTON PICKARD, Etc.

El mejor y más completo surtido de materiales. PIDASE CATALOGO GENERAL, ILUSTRADO GRATIS

Hans Frey

SANTIAGO, PLAZA DE ARMAS, Portal Fernández Concha, Correo: Casilla número 50

Salvador Molina G.

BANDERA 115 — Corredor de Comercio — BANDERA 115

Compra-venta de propiedades, acciones mineras, salitreras, bonos, etc.

PRESTAMOS HIPOTECARIOS
con Bancos y particulares

Conversiones de deudas con anticipo de fondos, conformación de títulos de bienes raices

SEGUROS
Toda clase de operaciones comerciales y bursátiles

SALITRE el mejor abono para las agricultores, jardines, parques, etc., vendo en pequeñas y grandes partidas a precios fuera de competencia.

MINERVA DE 16 H.P.



SUBIENDO LA CUESTA DE LOS QUILLAYES
(Según fotografía).

Unicos Agentes:

COMPTOIR DE LA COSTA DEL PACIFICO

CALLE SAN ANTONIO 355

SUMARIO

RAFAEL CORREA Y SU ULTIMA EXPOSICION, *Paulino Alfonso* 147

Ilustraciones fotográficas

POR QUE LOS JAPONESES NOS LLAMAN BARBAROS *Alfredo Irarrázaval* 161

Ilustraciones de Martín

NOS VAN A PONER DE INTERNAS .... *H. L.* 174

Ilustraciones de Martín

AL REINO DE ALBANIA 177

REMORDIMIENTOS DE UN CONSPIRADOR, *Joaquín Díaz Garcés* 179

Ilustraciones de Pedro Subercaseaux

FOTOGRAFIA ARTISTICA 198

PUERTO SAN ANTONIO 199

LA VIDA DE LAS ABEJAS.... *Mauricio Macterlinck* 203

Ilustraciones de Martín

LA FELICIDAD EN LA VIDA MODESTA... *Alberto Edwards* 211

EL CALENDARIO DE LA MEMORIA 216

EL PALQUI 217

EL TONEL DE AMONTILLADO.... *Edgar Poe* 220

Ilustraciones de Gordon

LA TIERRA DEL SALITRE .... *Ernesto Montenegro* 225

UN SUICIDIO EN MI ALDEA.... *M. J. Ortega* 248

APUNTES SOBRE EL PROBLEMA DE LAS HABITACIONES OBRERAS EN CHILE .... *Luis Casanueva* 252

EL CAPITAN CONQUISTADOR.... *W. W. Jacobs* 267

Reloj de la Gran Asociación Unión Horlogere

ALPINA

Para ricos y pobres

SIEMPRE

BUENO Y GARANTIDO



Hay de:

NIQUEL desde.... $ 15
ACERO desde..... $ 18
PLATA desde..... $ 30
ORO, señora, desde $ 75
ORO hombres desde $ 135

323, AHUMADA — Alpina — esq. Pasaje Toro

Por reducir el negocio realizo un gran surtido de OBJETOS PARA REGALOS a precios sumamente ventajosos. — Casilla 526. — 323 AHUMADA, 323. — J. HUBER.

PACIFICO

MAGAZINE

Joaquín Diaz Garcés

Alberto Edwards

DIRECTORES PROPIETARIOS

SUSCRIPCIONES:

POR UN AÑO: 10 PESOS.—NUMERO SUELTO: 1 PESO.

SANTIAGO DE CHILE

Empresa "Zig-Zag" Teatinos, 666



LA MADRE DEL PINTOR

(Cuadro al óleo)

PACIFICO MAGAZINE

Que ayer | VOL. II—Santiago de Chile, Agosto de 1913.—NUM. 8. | — Que mañana

RAFAEL CORREA Y SU ULTIMA EXPOSICION

Por

PAULINO ALFONSO



I

Vuelve este laureado artista a exhibir cuadros en la Galería Eyzaguirre, y es ésta una nueva y feliz ocasión de solaz para el público aficionado a las bellas artes, y un factor no desdeñable de estímulo y fomento al cultivo de las mismas.

¡Incansable trabajador este artista!: Aunque físicamente débil, y amenudo afligido por quebrantos de salud, da la nota alta de la perseverancia en el trabajo, y de la perseverancia inteligente y progresiva.

El mayor acercamiento posible a un ideal que se nos escapa siempre, he ahí la aspiración de Correa.

Estudió primero en Chile lo mejor que se podía entonces estudiar aquí, después en Europa, convencido de que bien poco sabía aún, y estudió mucho allí, estudió siete años, primero y durante breve tiempo por cuenta del Gobierno, después por cuenta propia, y en seguida, volvió a su patria a estudiar siempre, y siempre estudia trabajando y luchando.

Es la suya una vida consagrada al arte austeramente, como deben serlo las vidas de los artistas de verdad en quienes la aspiración a la cumbre comporta los desgarramientos de la carne entre las breñas del camino.

II

Posee Correa un departamento separado, propiedad exclusiva suya, en nuestra república artística.

Fué, continúa siendo, y será mientras viva, un pintor de animales. Vió clara su vocación, no le ha sido infiel un sólo instante, y su vocación le ha correspondido.

Comprende y siente la vida del universo en ése su especial departamento con rara y sobria intensidad.

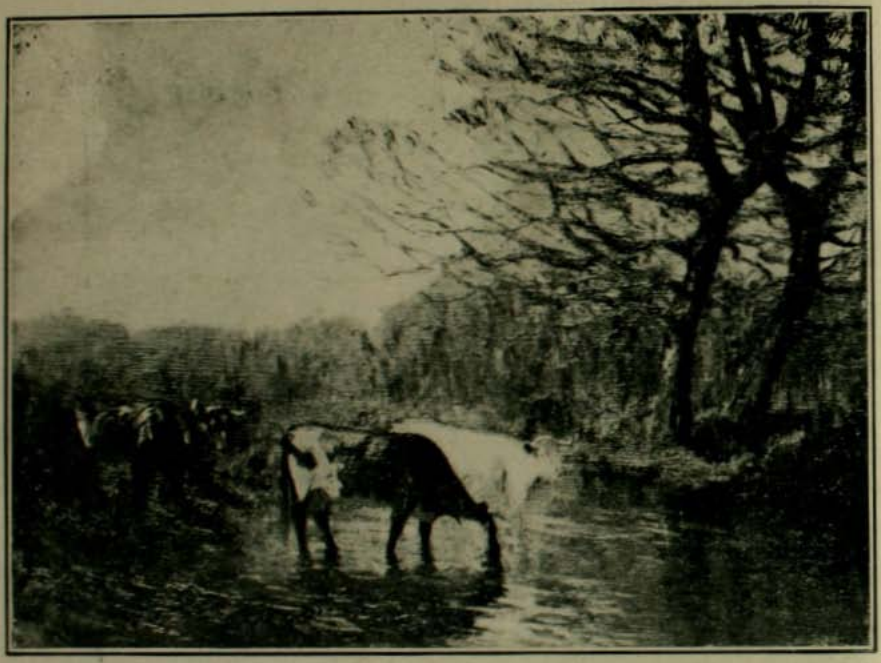
Además de poseer las altas cualidades ideológicas de un verdadero artista, ha

querido hacerse un técnico y lo ha conseguido.

No me refiero aquí a la técnica necesaria para el cultivo de su ramo especial, en que hace mucho es maestro: me refiero a la técnica pictórica generalmente considerada, en que ya va siéndolo.

En esta técnica general, le han preocupado, sobre todo, dos cosas: la factura y el color, como medios elocuentes de expresión.

Su temperamento y su voluntad le han llevado a producirse con una factura concentrado de que la factura, por hermosa que haya de ser, no es un fin, sino un medio de expresión, y que, por consecuencia, desde que se advierte que el artista se preocupa más en pulir la forma, que en obedecer a su pensamiento, se altera la finalidad y disminuye la eficacia de la emoción estética. Es probable haya pensado también que la energía y severidad de la factura son adecuadas a la naturaleza de su género especial, en que predominan los vacunos, de formas amplias, en partes casi cuadrangulares, y de pieles recias.



rrecta, pero enérgica, que ya le caracteriza profundamente.

Es un gran dibujante, porque tiene el ojo y la mano de tal, y porque ha trabajado mucho para serlo, convencido de que el dibujo es la base del arte gráfico, y con esa base, y observando la verdad y la lógica de las cosas, ejecuta valientemente, con toque amplio y varonil, tan lejano del despaturramiento sin solidez como de la insulsa virtuosidad.

Sabe que sin ser veraz y lógico, no puede sugerirse interés profundo; y vive pe-

En cuanto al colorido, si en sus primeros tiempos y por varios años, obtuvo con frecuencia efectos de delicadeza y de armonía, no los obtuvo de vibración, de calidez, de intensidad, y muchas veces deslefase en amarillentos y grises de expresión escasa o dudosa.

Ha cambiado en esto profundamente.

Es el mismo individuo, y, sin embargo, es otro hombre: ha realizado a medida que se desarrollaba su inteligencia e iba entrando a la madurez de su edad y de su temperamento, una evolución entusiasta hacia el



calor y la luz: su cerebro y sus pinceles están hoy en pleno verano.

Conducido por esta propia evolución, vive más enamorado que nunca de los efectos ardorosos del cielo y de la tierra, y es siempre intensa, y suele ser conmovedora, la expresión pictórica de sus tardes y crepúsculos.

Esta tendencia, más pronunciada al calor y a la luz, coinciden en él con una tendencia, también cada día mayor, a producir la concentración y la unidad en el efecto, y, sin duda, la facilita, por una razón lógica de coordinación y armonía, que tiende a complementar y exaltar recíprocamente los varios factores de que resulta la expresión total. He venido refiriéndome hasta aquí a la expresión meramente pictórica.

Algo análogo cabe decir del progreso que ha alcanzado Correa en cuanto a la expresión, no ya precisamente pictórica, sino moral y siempre estética, de sus producciones.

Por cierto no ama ni produce nuestro artista la pintura literaria, en ninguna de sus manifestaciones, entre las que descolló la imaginativa y falsa pintura histórica; ni hay en él la menor huella de academismos o trascendentalismos alambicados, más bien, al contrario.

Pero, no figura tampoco entre quienes tienden, por decirlo así, a sujetar el arte de la pintura en las retinas, reduciéndolo exclusivamente a un arte de armoniosos arabescos o de impresiones coloreadas.

Es un hombre de entendimiento liberal, que no concibe haya interés en limitar el arte dentro de sus fronteras naturales: ni tan lejos que degenere, ni tan cerca que se mutile.

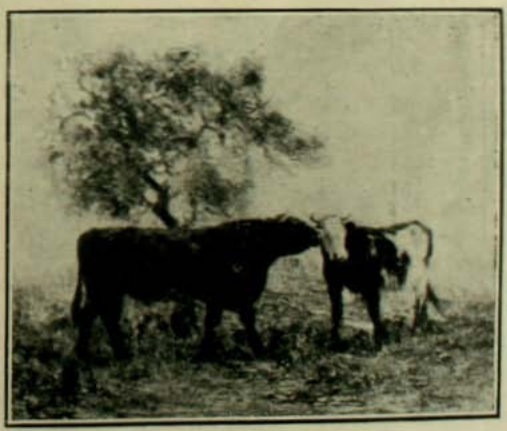
Su género no se presta a la sutileza, pero no descarta la emoción, nó por cierto.

Sin hablar del paisaje, de que necesita para el fondo de sus escenas, y que es ya reconocidamente un género artístico emotivo, la vida de los animales, sus personajes favoritos, es también emotiva...

No incurre en el sacrilegio de negarles el alma; se las reconoce ámpliamente, vaga, más vaga que la nuestra, sin duda, pero sensible como parte de la "psiquis" universal, que disfruta de la inmensa vida del espíritu, y en que también se refleja gratamente la inmensa hermosura de la creación.

El ojo del buey de que habla Carducci, en su célebre soneto, no es solo un espejo de cristal animado, es también un lago de alma que refleja la gran llanura verde.

De la emoción del animal se sube di-





recta y naturalísimamente a la emoción humana.

Entiende, por lo demás, Correa y expresa con vigor, la armonía entre las figuras y la índole del paisaje, y éste es otro de sus caminos para llegar al santuario de nuestra alma.

III

¿Sus defectos?

Sin duda los tiene como todo artista, y como todo sér humano.

Su extraordinario vigor, que parecería incompatible con su debilidad física, acaso degenera a las veces en rudeza: tal es, sin embargo, su temperamento, acentuadísimo temperamento de hombre en la vida y en el arte.

La riqueza multiforme de la expresión suele no acomodarse bien con las tendencias absorventes: tanto más seduce y arrastra el sonido de la lira, cuanto es más completo su cordaje.

Fuera de que la expresión, por decirlo así, masculina, se acentúa y cobra todo su poderío por su inmediato contraste con la expresión, por decirlo así, femenina, y vice-versa: hay una poesía que llamaríamos de la fuerza y otra de la suavidad, y de la armonía y complementación de las expresiones de ambas, resulta la grande expresión.

Esto lo entiende, sin duda, nuestro artista, pero no lo practica lo bastante; lo que (si no nos engañamos) suele perjudicar a la extensión del efecto, y especialmente a la gentileza y misterio de sus producciones.

Ello se manifiesta, sobre todo, en los cielos y en los lejos, cosas en que por lo general, no se exige la fuerza, sino la vaporosidad la transparencia, la aereación indefinida y suave.

¿Pudieran los cielos de Correa ser más vagos? ¿Pudieran sus nubes flotar mejor, moverse más, dar más la impresión de aquellos suavísimos copos, a la par algodonados y acuosos, que pasean sus fugaces glorias por los cielos azulados o amarillentos?

¿Pudieran sus lejos recular más en el horizonte del cuadro y abrir más el horizonte del alma? ¿Pudiera acordarse, para pintar sus cielos y sus lejos, del buen Papa Corot, sin por eso procurar imitarle, del buen Papa Corot, a quien no todos saborean, pero que no deja de ser por ello la más estupenda y esplendorosa alma de paisajista que ha producido la humanidad?

Ya Correa, sin imitarle, le recuerda en sus grandes masas de árboles sombríos, y en la difusión de los grandes tonos locales que tanto contribuyen a la unidad y grandeza de los efectos.

Si citamos a Corot, no es, repetimos, para que nadie imite sus obras, de lo que resultarían solo "pastiches" más o menos artificiales, sino para que se encare "la naturaleza" como él la encaró cuando acertaba, porque fué entonces cuando halló el camino de la verdad estética, porque fué entonces cuando produjo la belleza; de la manera que se recomiendan los griegos a los escultores, no para que se imiten sus obras, sino para que se imite a los griegos, purísimos admiradores e intérpretes gentiles de la gran naturaleza.

La delicada suavidad que quisiéramos ver a veces en la paleta de Correa, ¿será incompatible con su temperamento?: si tal fuese, no habría más que doblar la hoja; pero hemos dicho que Correa es un espíritu amplio y progresivo, y ya se sabe que ha realizado sorprendentes evoluciones en su manera y en su color. Es, además, de los hábiles que se corrigen, no de los necios que se obstinan.

Vaya un ejemplo de lo último.



Insinuósele, no há mucho, de fuentes puras, que sus fondos de paisajes solían tener muy poco de chilenos y bastante de franceses; lo que no era de extrañarse, dados los antecedentes de su educación artística y la importancia naturalmente secundaria atribuída por el artista a dichos fondos. Pues en los cuadros de la actual exposición observará el público que tal defecto ha sido en buena parte corregido, pues Correa ha puesto en varios de ellos a contribución los humildes ramajes ásperos de los espinos, cuya floración amarilla impregna a su tiempo el aire con el más grato de los aromas, y los esbeltos ramajes desleídos de los álamos que tiemblan bajo el azul como un trémulo ideal, como una plegaria, como una esperanza ascendente.

De todas maneras, Correa es cada día más un éxito en nuestra pintura, el conjunto de cada una de sus telas es más sabroso, más fuerte, más entonado, y su sentir es más personal, sin dejar de ser sincero, y a todas luces más penetrante. De aquí el interés cada vez más vivo que sus producciones despiertan, no sólo entre los artistas y los aficionados, sino entre el mayor número de las gentes y, por consecuencia, en el mercado general.



Desde algún tiempo, cuadros hay de Correa tan sintéticos, expresivos y vibradores, tan profundamente sentidos, tan racional y noblemente hechos, que, al verlos, las palabras "obra maestra", pugnan por deslizarse aún entre los labios de aquellos que abominamos las exageraciones y las hipérboles.

No alcanza Correa a cada momento esta fortuna, pero la ha alcanzado, y eso basta para acreditar su posibilidad de alcanzarla y de colocarse, talvez dentro de no mucho, real y verdaderamente, en la categoría de los maestros.

Que tal va siendo la importancia de nuestro artista, lo comprueba bien a las claras el hecho significativo de que exibe y vende sus cuadros con honra y provecho, no sólo en la vecina metrópoli de Buenos Aires, que es ya un gran centro, sino en la Europa misma, en que pululan los artistas de talento, y en que, por lo general, poco éxito alcanza el trabajo de los hispano-americanos.

Es que Correa es un alma, es que Correa es.

IV

No tenemos el ánimo de analizar, ni aún someramente, la actual exposición de Correa, que es, por sí sola, el mejor comentario gráfico de lo que dejamos dicho, y que también por sí sola, se impone al aprecio público.

Hay, empero, en esa exposición, y entre los cuadros que débilmente reprodu-



cimos, algunos tan característicos de la manera vigorosa y nutrida y del espíritu sugerente de nuestro artista, que no resistimos a la tentación de decir algunas palabras sobre ellos.

Véase esa magnífica tela de no vastas dimensiones, con un grande espino a la izquierda y uno pequeño a la derecha, y con cuatro vacunos, uno de pie, que podría llamarse, "En plena naturaleza".

La impresión sicológica, ¡qué sincera, y qué apacible! ¡Cuál se ve que el artista penetra el alma del animal, y se impregna en la rústica poesía del medio!

Aquí nada es cohibición, ni esfuerzo; nada inquietud ni dolor; todo es paz, serenidad y reposo; todo respiración a plenos pulmones del aire vivificante cargado de efluvios.

Y, ¡cómo armonizan el brillante matíz de la pradera y el color de la hora cálida del atardecer, sábiamente concentrado en el grupo de animales, con la placidez de la escena!

Pero una vaca roja y blanca, sin perder la calma, está de pie, y atisba el horizonte...: no hay sobre la tierra serenidad cumplida. Fuera de que este personaje varía y exalta y da centro a la composición.

Son notables las concordancias y las intensidades de esta pequeña grande obra, y especialmente su vigor, su suculencia, su colorido.

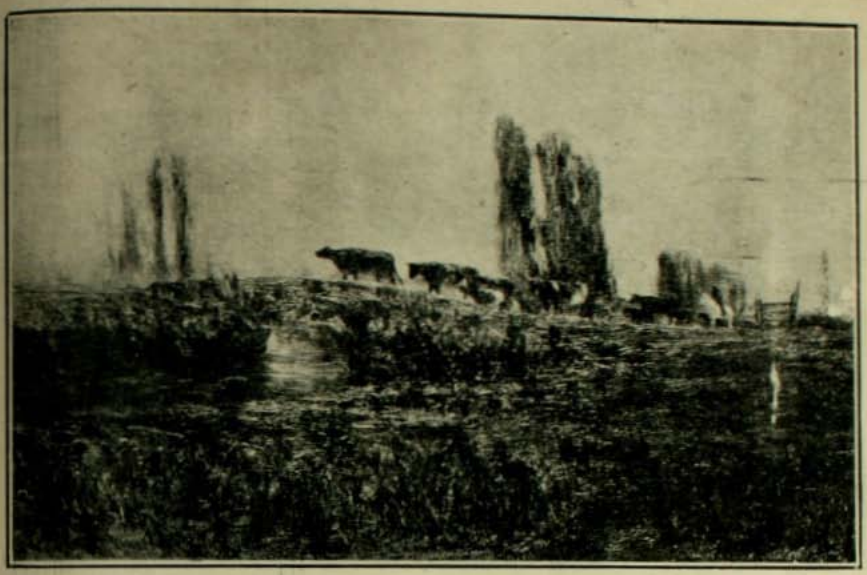
Véase esa otra tela un poco mayor, y ya no pequeña, en que se representa un piño de animales que empieza a pasar un puente, bajo la dirección del vaquero en un caballo blanco; tela que llamaríamos "Arreados".

La impresión sicológica es aquí, si cabe, más profunda que allí, y tan de otro género, que casi la contraría.

Aquí todo es cohibición y esfuerzo, inquietud y dolor.

No ha bastado al artista la idea del tránsito, la ha especializado refiriéndola al tránsito por sobre un puente, o sea, un tránsito más estrecho y peligroso, ni le ha bastado un puente como la generalidad de los de su clase, sino un puente hacia el cual es preciso ascender.

Y allí están los pobres animales



a punto de pasarlo. Y el primero, uno de los que más repechan, alargando el cuello, protesta contra la crueldad del destino. Y el segundo, con la mente más concentrada en el esfuerzo, no ya levanta la cabeza, sino que la baja, ya no protesta, sino que se resigna. Y en seguida otros; y después uno retardatario, que al parecer, no quiere marchar. Los unos solos, los otros con sus crías, y detrás de todos, el vaquero, empinándose indiferente como el destino, sobre los estribos, en su caballo blanco.... ¿Marchan talvez a la muerte?

En todo caso vienen de la libertad, de aquella pradera pastosa que les daba la calma bajo el cielo azul.

Y, ¡qué diverso el paisaje! No es ya la campiña amena, no son las luces del atardecer con sus irisaciones armónicas; es la puesta de sol bajo un cielo en su mayor parte nebuloso, que la refleja con esplendores de incendio lejano. Estos esplendores dan un tono local intenso y uniforme a la composición y uniforme e intenso como el sentir de los pobres animales arreados y atormentados.

Y ¡qué diversa la composición! y ¡qué sobria y qué discretamente equilibrada!

¡Cómo aquí los álamos son severos, y sin dejar de ser aspiración, parecen queja!

Y, ¡cómo los demás factores casi elementales del paisaje, responden a la idea triste, al sentimiento amargo!

Esta es una de aquellas telas de Correa en que la expresión "obra maestra", pugna por abrirse paso entre los labios.





Y, ¿qué decir de los tres medallones?

Cada uno de ellos es una obra y constituyen juntos un soberbio trío.

Los tres paisajes, análogos, y sin embargo, bastante diversos.

La escena en el primero, el más amarillento y claro, es perfectamente normal: dos animales echados, tres de pie, en actitudes diversas; uno de ellos paciendo.

La escena en el segundo, que es más ameno, que tiene algo de la Arcadia, se especializa ya: son animales en el arroyo, como si dijerámos, desalterándose. La escena en el tercero, que es el más intenso y colorido de todos es también la más intencionada y penetrante: un toro de piel obscura estira el cuello y muge, (y se diría oirse su mugido tembloroso), entre un gran espino de ramas como

Y esa otra tela, sombreada en el primer término; con una ráfaga de sol poniente en el segundo ,con un grande árbol a lo Corot a la derecha, con dos animales obscuros que beben ansiosos el agua del camino, y uno blanco que aún avanza por llegar, ¡qué noble cuadro!

¡Qué energía la de la factura, qué decisión en los ramajes!

A no dudarlo, sobre todo es Correa viril y sólido No hay en él veleidades ni flaquezas. Nada bambolea en él; se diría, por el contrario, que en sus cuadros, la ley de la gravedad se aplica con tanta o mayor fuerza que el natural.

Hay en esta tela ilusión, hay profundidad, hay consuelo.

Y hay expresión significativa, pues todos los caminos conocen ráfagas luminosas y abrevaderos transparentes.



atormentadas, y una mata de cardo florecida

No falta en este cuadro la amenidad: muy al contrario, pues hay en él agua transparente en el segundo plano, y bellísima perspectiva más lejos; pero es la amenidad lejana con la inquietud inmediata.

Acentúa la expresión la hora próxima a la puesta de sol, que colorea hermosamente el cielo semi-nublado y da entonación y vigor extraordinario a los demás elementos del paisaje.

¡Qué simple elocuencia, !qué admirable unidad!



V

Tiene Rafael Correa su taller en la calle de Santa Rosa afuera, muy afuera, tan afuera que allí no llegan los inoportunos, y rara vez los oportunos.

Es un gran taller vasto y elevado, con algunos cuadros,



centenares de bocetos valiosos, muebles antiguos, armaduras, armas de distintas épocas, tapices, aguas fuertes fotografías... ¡Qué no hay allí! Todo, al parecer, confuso, y, sin embargo, perfectamente organizado y dispuesto, como para solazarse y reposar en medio de esa gran complegidad.



Adjunto al estudio tiene el taller un sitio destinado a observar del natural los animales que para este efecto hace traer de su fundo el artista cuando los ha menester.

Después de la disolución del hermoso taller de Ernesto Molina, no hay duda que es el de Correa el primer taller de Chile.

Pero, más que en el taller, ocúpase nuestro artista en el seno de la naturaleza, que renueva sin cesar su inspiración, y que acaso renueva también las fuentes de la energía en su organismo delicado.

Este hombre débil, que es un pintor tan vigoroso, ama el aire y la montaña, no sólo la montaña fácil de sendas trilladas, sino la montaña abrupta, y la montaña en plena nieve. En ella suele instalarse, y allí valientemente trabaja.

Es la vocación de Correa exclusiva, y como su voluntad es firme, de ambas cosas combinadas resulta en él una suprema concentración de energías en orden al objeto preferido de su actividad.

El estado de emoción estética y de esfuerzo productor, a las veces semi-febril, es en este hombre como su estado habitual y permanente.

La propia juventud no ha tenido para él atractivos perturbadores, ni mucho menos disipaciones locas.

No es ni lejanamente un bohemio, es un hombre arreglado, arregladísimo, de costumbres severas, de gustos económicos, todo ello en armonía con su temperamento, su educación y su moralidad.

Algo de lo dicho y las circunstancias le mantienen célibe. Parece ser de aquéllos, acaso no descaminados, para quienes el hombre de ciencia o arte, grande esfuerzo de la naturaleza, y como flor terminal del árbol de la humanidad, se debe exclusivamente a su ciencia o arte. Quizás no se lo agradezcan nuestras hermosas.

Pero, su vida es vida, su firme voluntad se va cumpliendo, su ideal se va realizando.

Y, si Dios le ayuda, quédanle aún largos años de contemplación ardiente y de labor fecunda.

PAULINO ALFONSO.

Santiago de Chile, a 15 de Agosto de 1913.

LA CORTA

Patron, vamos a ver cosa bonita, me dijo al pasar el leñador de la hacienda, que caminaba a lo largo de la alameda tupida y umbrosa en que yo leía tranquilamente un libro.

—¿De qué se trata, Juancho? le pregunté.—Voy a cortar un roble, me dijo: un roble para cuarterones, que me pidió el patron viejo.—I eso, ¿vale la pena?—Su merced lo ha de ver, pues, patron.

No sé qué me decidió a aceptar; lo cierto fué que a pocos pasos de distancia seguí a Juancho, que despreocupado y alegre caminaba silbando aires campesinos.

Era Juancho un simpático muchacho. Sus cuarenta años no le pesaban gran cosa, y era listo y dicharachero como pocos. Avanzaba con elástico paso: sobre el hombro iba puesta la chaqueta blanca, cargada con el hacha de cortante filo y largo astil, de la que se balanceaban una minúscula bolsa con harina, y un cacho a que estaba atada por una cadena una cuchara de lata.

Así avanzamos por los polvorientos caminos hasta llegar al enmarañado bosque en que estaba el árbol escogido. Tranquilamente dejó sus cacharpas, y sólo entonces reparó en mí.—Ve, vino patrón. No le va a pesar, pero tendrá para rato.

Al ver en pie frente a frente a los dos enemigos pensé que en realidad tendría para mucho tiempo. No era fácil empresa cortar ese árbol corpulento, ante el cual el cuerpo bajo y grueso de Juancho, parecía una de las tantas matas hojosas que rodeaban su corteza.

El ramaje del árbol ocupaba enorme espacio, y entre los otros que le rodeaban ninguno le igualaba en altura y amplitud. Parecia en realidad el rey de ese bosque. ¡Qué pequeño y miserable se veía cerca de él el leñador, que apoyado en su hacha trazaba en silencio su plan de combate!

—Va a caer para allá, me dijo, despues de observar con atención a cual lado se inclinaba más la ramazón. I sin más comenzó el ataque.

Serían las tres de la tarde. Los rayos del sol no llegaban al sombrío rincon, cuyo silencio y calma nada turbaba. A la sombra del mismo árbol, tendido yo en el suelo observaba en silencio. I reía para mis adentros, pensando en la necia pretensión del hombrecillo, que pretendía derribar ese gigante secular.

Los primeros golpes fueron para desembarazar el tronco de las numerosas enredaderas que por él se trepaban. En seguida dirigió los hachazos a la corteza, en cuyo ancho tejido penetraba blandamente el afilado acero, descubriéndose poco a poco el tronco rosado y húmedo.

Los cortes se diseñaban en ambos aunque un poco más bajo en unos de ellos. Cada hachazo iba acompañado de un característico quejido del leñador, verdadero eco que respondía al golpe seco del hacha en el tronco.

La tarea iba lentamente. Era de ver el movimiento rítmico y acompasado del hombre: todos sus músculos se ponían en juego; sus piés se habían hundido en la blanda tierra vegetal, la camisa mojada por el sudor se pegaba a la morena epidermis, pero él seguía impertérrito en su tarea.

¿Cuánto llevaremos, patrón me preguntó.—Va una hora, dije; y creo que quedan unas quince o veinte más. La cosa va larga.

Los ojillos vivaces y alegres del hombre centellaron de satisfacción. Aguántese un rato y verá bueno, me dijo.

Así lo hice. Fumaba en silencio mi cigarro en tanto que Juancho preparaba un cacho de harina con agua de cercana vertiente. Después de un rato reanudó su trabajo.

Poco a poco las cicatrices del árbol se iban haciendo más profundas, pero siempre el gigante seguía en pie, firme en su tronco, como despreciando los golpes de pigmeo que daba el hombre sobre sus flancos. Ya iba asomando en el corte un color rojizo que acusaba el corazón del ár-

bol, pero aún distaba mucho el punto que debía ser el eje de ese tronco.

Entre tanto, el sol ya iba declinando. En ese rincón del bosque, aún más protegido por las copas de los árboles había una semi-claridad que convidaba al reposo; a lo lejos se oía el cantar de los pájaros, el rumor confuso del viento en las distantes alamedas y monótono e interminable, el golpe del hacha acompañado del jadear del hombre, que sudoroso y firme seguía implacable en su tarea.

Ya va a caer, patrón, gritó. Me puse de pie, por hacer algo y me acerqué lentamente al árbol, incrédulo aún. Nada de extraño noté todavía. La inmensa ramazón seguía enhiesta y arrogante sobre el formidable tronco, confiados pájaros cantaban en sus ramas y sus últimos racimos de hojas se mecían blandamente al soplo del viento de la tarde.

Miraba distraidamente cuando me sorprendió extraño grito de "guarda patrón" que daba Juancho al mismo tiempo que corría rápidamente a un lado. Lo seguí y a algunos metros de distancia nos detuvimos. Y entonces presencié algo grandioso.

Un crugido siniestro, como de puente que se hunde salió del tronco; sordo estremecimiento sacudió sus ramas, y un momento después el árbol formidable tronchó los frágiles lazos que lo unían con la parte adherida al suelo, resbaló rectamente por la pendiente del corte y hundió en la tierra esponjosa el ariete monstruoso de su base cortada en forma de punta de lanza.

Un ruido estremecedor sacudió el suelo y los árboles vecinos, a cuyo estruendo huyeron los pájaros en todas direcciones; vaciló el árbol ya cortado sobre su nuevo y endeble cimiento, gravitó un momento buscando su punto de caída y lentamente, grandiosamente fuese inclinando. Sus ramas se enredaron en los árboles vecinos arrastrándolos en su caída, desgajando unos y arrancando otros de cuajo. Así fueron todas cargándose, rompiéndose, adhiriéndose unas a otras, crepitando los brotes, hasta que todo el inmenso ramaje y el tronco mismo con ruido atronador posó sobre el suelo. Al impulso del golpe se levantó por última vez el extremo del árbol, semejante el colazo de un monstruo pre-histórico, y después todo quedó tranquilo. Sólo las ramitas más finas seguían agitadas por extraño temblor y eran ellas las últimas que daban señales de vida en el enorme cadáver.

El eco llevó de loma en loma el ruido formidable del árbol que caía, estremeciendo otros árboles que parecian conmoverse con la muerte de un hermano. En un potrero vecino una manada de caballos que comía tranquilamente la hierba, asustados por el insólito estruendo rompieron a correr en confuso tropel, y sólo se detuvieron allá muy lejos, husmeando con sus narices al viento el origen del extraño ruido que los turbara.

En el sitio mismo en que yacía el árbol derribado, el aspecto había cambiado bruscamente: ya no existía la tibia penumbra de antes. En el inmenso espacio antes ocupado por la ramazón, reinaba ahora la luz plena, rojiza y fulgurante; algunos rayos de sol, por entre el follaje de las plantas vecinas llegaban hasta posarse sobre el ramaje y hubo un rayito alegre y retozón como una mariposa, que jugueteó un momento y tiñó aún más vivo el rojo corazón del árbol, que semejó ancha arteria que manaba sangre

En silencio contemplaba yo el magnífico espectáculo. Volví la vista a Juancho y lo ví apoyado en su hacha con tal gesto de triunfo en los ojos y en la boca, que sentí extraña impresión; me pareció entonces que era él el verdadero genio de esos bosques seculares.

ALFREDO DEL VALLE VALENZUELA

¡A LAS FLORES!

Por

Antonio Orrego Barros

—A las flores! a las flores!
era el grito que tenían
los alegres vendedores.
—A las flores, a las flores'
sus voces repercutían
en los largos corredores:
—A las flores, a las flores!

Un viejo y una chiquilla,
—la aurora con el ocaso—
tiraban la campanilla
y entraban con lento paso
cargando la canastilla.

El campanilleo aquel
tenía la casa en ascuas;
era la niña un verjel
y el viejecito un clavel,
alegre como unas pascuas.

—Margaritas! azucenas!
gritaban desde el zaguán;
con ellos no había penas,
buenas gentes, gentes buenas,
gentes buenas como el pan.

Me parece que los veo:
él, fiacucho, de ojos vivos;
ella en todo el apojeo
de la edad del devaneo,
de los ojos pensativos.

Y salía la llavera
a quitarle los cerrojos
a la verja de madera,
y era aquello primavera
que se entraba por los ojos.

El perfume de las flores
aromaba el patio entero;
una orgía de colores
era cada macetero
de los buenos vendedores.

Y Sultán tras la llavera
con su paz de perro viejo
y su clásica cojera
le gruñía en tono añejo
a esa banda bullanguera.

Me golpeaban los cristales:
—¿Compra flores? son fres-
[quitas!
y sus voces matinales:
Alelíes, margaritas,
cantaban como turpiales.

¡Cuántas veces, cuántas veces,
pensando en aquellas vidas,
pagué esas flores con creces
en aquellos duros meses
en que no hay flores nacidas!

Y así la banda pasaba
dejándome su alegría
y esas flores que compraba
sin saber ni lo que daba,
que el precio iba con el día.

De esto ya hace muchos años!
La vida con sus rigores
nos hizo en lo propio extraños
y dejamos esas flores
y a esos buenos vendedores.

Ah! qué amargo es destrozar
el lazo con que la vida
nos suele a veces atar
a alguna alma desvalida
de esas que saben amar!

Cuando esa mañana entraron
sin tocar la campanilla
y llorando me pasaron
flores por la barandilla
y sin hablar se alejaron;

Cuando esa tarde al salir
mudos les ví entre sus flores,
y ya en el coche, al partir,
les pude alcanzar a oír:
—¡Felicidades, señores!

Sentí en mi alma desolada
la sensación de un vacío,
la sensación de la nada,
esa impresión de un gran frío
que enmudece y anonada.

El dolor es barco errante
en el mar del sentimiento:
lo lleva un viento distante
y sopla olvido incesante
y siempre a merced del viento.

Mas, un grito, una canción,
lo fugáz, lo inadvertido,
adentro en el corazón
hace nacer la emoción
de algún recuerdo querido.

Y el templo del corazón
abre sus puertas sagradas
y renace del panteón
el pasado, grato dón
de las benéficas hadas.

¡A las flores! a las flores!
oí gritar una tarde
a los últimos albores;
¡a las flores, a las flores!
en medio del loco alarde
de trajes y de rumores.
¡A las flores, a las flores!

Cruzaban las serpentinas
enlazándose en su vuelo,
coros de voces divinas,
cantos, risas argentinas,
¡una sonrisa del cielo!

—"¿Compra flores? son fres-
[quitass"
dijo una voz no olvidada.
—¡Alelíes, margaritas!
y pude ver de pasada
una mujer enlutada.

Bajo el manto desteñido
alcancé a ver casi nada:
una sombra, una mirada
fugitiva y desolada
de aquel rostro enflaquecido.

ANTONIO ORREGO BARROS.



PORQUE LOS JAPONESES NOS LLAMAN BARBAROS

Iba yo una tarde por la calle de Ginza que es una de las más alegres y populosas—la más comercial y la más europea de la ciudad de Tokio. Iba a paso lento como conviene a un turista desocupado. La gran arteria comercial de Tokio, la calle Ginza, comenzaba ya a encender sus primeras luces.

A lo largo de sus amplias veredas de asfalto, habían ya extendido su variada pacotilla los infinitos pequeños comerciantes que acuden allí todas las noches y que exhiben millares y millares de objetos de toda clase, generalmente bizarros, de esos que en el oriente llevan la denominación genérica de "curios": bronces, porcelanas, lacas, sombreros, violines y zapatos viejos europeos, marfiles de autenticidad dudosa, linternas, candeleros, máquinas fotográficas jubiladas, lanzas y flechas, tapices y armaduras: en una palabra, pacotilla y artículos viejos japoneses, que se los venden como curiosidades a los transeuntes europeos: artículos viejos y pacotilla europea que suelen comprar los japoneses.

Desde el puente de Kiobashi hasta la estación de Shimbashi se movía una apretada multitud de paseantes y de mercaderes: miles y miles de hombres vestidos con sus kimonos de colores obscuros, fabricados con telas estampadas de algodón; kimonos que se abren al andar dejando ver las abultadas pantorrillas de los nipones; grupos de geishas jóvenes y alegres que animan con



una pincelada viva el conjunto sombrío de las multitudes. Las geishas visten kimonos de seda, azul o carmesí y llevan en la cabeza, como las sevillanas, una flor de papel, prendida a los cabellos.

Toda aquella gente, los hombres que pasan, las niñas hermosas que se detienen ante las ventanas de los almacenes y las viejas horrorosas que las acompañan, van calzadas con "guotas" zuecos de fabricación nacional, que golpean el pavimento y producen un ruido único, característico, inolvidable y que es a las multitudes japonesas lo que el ruido de las piedras al torrente que las arrastra.

Ginza es una de las poquísimas—no habrá más de cuatro—calles de Tokio que tienen veredas, y esta circunstancia, así como su situación tan central y la riqueza de su comercio y el esplendor de sus iluminaciones nocturnas, hacen de aquella el punto más concurrido y más animado de la capital nipona.

Los carros eléctricos pasan y se cruzan, llevando multitudes incalculables y de caudal indescriptible, que se amontonan sobre los tranvías, como esos enjambres de abejas errantes que suelen colgarse de las ramas de los árboles y forman en ellas una masa espesa.

Por cinco centavos van los nipones, desde la estación de Shinagawa, hasta el barrio de Asaka, que Pierre Loti llamó "el Paraíso de los Niños", porque hay allí centenares de miles de bazares en los cuales desbordan los juguetes y se alzan pirámides de tambores y de muñecos en medio de las linternas de papel multicolores.

¡Felices nipones, que por tan poco dinero andan una extensión casi igual a la distancia que existe entre Santiago y San Bernardo!.... Inútil es decir que los tranvías eléctricos no son alemanes, sino japoneses, y, además, construídos en el país. La ley japonesa no permite que, por motivo alguno, una compañía de transportes, pueda ser extranjera. Es probable que ellos prefieran irse a pié antes que resolverse a mandar, por cada vez que suben en tranvía, cinco centavos a Berlín.

II

Dije, al comenzar, que iba yo por Ginza a paso de desocupado mientras que por el centro de las calles pasaban, como las hojas que arrastra el torbellino, los *kurumayas* corriendo al trote y arrastrando vigorosamente los *rishas*, ligeros y elegantes carruajes de mano, con los cuales un hombre buen trotador puede llevar su pa-



Geishas de casas de Té



Bellezas japonesas



Casa de Té



Rishas, carruajes ligeros



En un bosque japonés



Una japonesa y su hijo



Geisha



Una hermosa japonesa

sajero a razón de cinco kilómetros por hora, durante seis horas consecutivas.

Los *kurumayas*, a medida que corren, van excitándose con gritos agudos que repiten los que siguen y los que preceden; por momentos se destacan y pasan a la luz de los reverberos las fisonomías bronceadas y sudorosas de aquellos hombres corceles, que visten una túnica corta de algodón y llevan desnudas las piernas y muestran unas pantorrillas gruesas como melones, pantorrillas atávicas, cuyos músculos, gruesos como cables de Manila, se han venido desarrollando al través de tantos siglos. Lleva además el "kurumaya" un gran sombrero, en forma de callampa, y que está hecho con material de paja y cubierto de tela obscura.

Iba yo observando distraídamente las cosas y los transeúntes, mientras la noche caía. Cuando llegué a la altura del almacén de Kamiya—que era mi proveedor—ya toda la calle estaba alumbrada: a lo lejos la pirámide luminosa que se alza en las vecindades de Shimbashi, centelleaba dejando ver sus avisos escritos en luces eléctricas, luces que surgían reemplazándose y persiguiéndose las unas a las otras, cambiando de formas y de colores. Al través de los ventanales de papel blanco de las "Casas de té", veíanse pasar ya sombras y siluetas delicadas de geishas y de musmées.

De pronto me llamó la atención una voz infantil, un grito monótono que desde largo tiempo me seguía.

Volví la vista y encontré ante mí un rapaz de siete años, de cara redonda y expresiva, con el cabello cortado a raíz, como es de uso para todos los niños japoneses, y con las narices tan sucias como es de rigor en el invierno, época obligada de romadizos para los pobres muchachos, que visten telas de algodón y que viven la vida espartana de aquel pueblo tan pobre.

El chiquillo se quedó mirándome con la mayor impertinencia y me repitió, con el mismo sonsonete, una palabra japonesa que ya otras veces me habían propinado al pasar otros rapaces que tenían la misma edad y las mismas narices.

¡"Ginsho"! ¡"Ginsho"!... repetía el muchacho, manteniéndose listo para emprender la fuga, como un pájaro en el momento en que va a volar.

¡"Ginsho"! me dije meditando, ¿qué podrá significar? A juzgar por las precauciones que toma el muchacho, el calificativo no ha de ser seguramente un piropo.

Yo continué mi paseo al travéz de las multitudes observando las ventas ambulantes extendidas sobre las veredas a la luz de lámparas portátiles de acetileno; los vendedores salían a mi encuentro, inclinándose hasta tres veces consecutivas, con esa flexibilidad suave y















I.—Un río del Japón.—II.—Paisaje japonés.—III.—Playas, cerca de Adami. (La rinére del Japón.—IV.—Campos japoneses.—V.—Labradora.—VI.—Puente rústico.—VII.—Vista de Tugiyama desde la aldea de Tugi.

felina, tan humilde y tan graciosa, característica de la cultura japonesa.



Cada vez que yo me detenía frente a una venta, centenares de japoneses y de japonesas se detenían a su turno, para observarme con tanta curiosidad como observaríamos nosotros mismos a un individuo vestido de japonés, que se viniera una tarde a pasear por las veredas de Gath y Chaves. Y cada vez que continuaba yo mi paseo la voz infantil repetía a mi espalda: ¡"Ginsho"! ¡"Ginsho"!...

De improviso ví venir—no es poca suerte entre aquellas multitudes innúmeras que se renuevan sin cesar—una cara conocida.

Era mi amigo Kamiya-San... un hombre de muchísimo talento, que habla inglés con verdadero desparpajo, pequeño y ágil como una ardilla, hombre que ha recorrido, no se sabe si por encargo del Gobierno o por cuenta de algún sindicato, o con recursos propios, la mayor parte del mundo. Mi amigo Kamiya tenía pendiente en la Legación de Chile más de una consulta relacionada con las posibilidades y expectativas de los mercados chilenos, y, con tal motivo, solía venir a verme y a interrogarme con esa extraordinaria constancia e impertinencia que usan los japoneses cuando averiguan lo ageno.

—Mi amigo Kamiya, exclamé yo desde lejos, tendiéndole la derecha, mientras él se doblaba como un ovillo de seda extendiendo las manos abiertas a lo largo de las piernas.

—Mi amigo Kamiya, ¿quiere Ud. hacerme un favor?

—Con muchísimo gusto, respondió Kamiya, que es, como todos los japoneses, sumamente obsequioso y en extremo servicial. ¿En qué puedo serle útil?

—Deseo, le contesté, que Ud. me diga qué significa la palabra "ginsho" que me viene repitiendo desde hace una hora aquel muchacho...

Al decir esto, señalé al chiquillo pelado, y éste, apenas vió que se trataba de él, echó a correr y se perdió de vista.

Kamiya se quedó mirándome un tanto confundido, se rascó la cabeza y concluyó por decirme, encogiéndose de hombros:—¡No haga caso de eso Vuestra Excelencia!

La actitud de mi amigo Kamiya acabó de excitar mi curiosidad.

—Ud. va a decirme inmediatamente, le contesté, qué significa esa palabra "ginsho", y si Ud. persiste en su negativa, creeré que es una injuria atróz que los japoneses reservan para nosotros los extranjeros.

Kamiya se rascaba ahora la cabeza, metiendo los dedos por debajo de su gorro de jockey—que es, como Ud. sabe—el sombrero preferido de los japoneses.

Por fin y no pudiendo ya negarse, Kamiya me dijo, como si



Don Alfredo Irarrázaval y su hija. (Fotografía tomada en uno de los más famosos templos de Nikko.)



estuviera dándome cuenta de una gran desgracia:

Ese niño le está diciendo a Vuestra Excelencia, que Vuestra Excelencia es un "bárbaro"... oh, agregó, rectificándose, esa palabra no se aplica especialmente a Vuestra Excelencia; nuestros niños y nuestro bajo pueblo llaman bárbaros a todos los extranjeros cuando son de raza blanca u occidental.

Me quedé tan sorprendido como ya no es posible quedarse más, y, cogiendo a Kamiya por el kimono, le dije perentoriamente:—Mi amigo Kamiya; Ud. va a explicarme inmediatamente por qué los japoneses nos llaman "bárbaros". Mi amigo contestó con toda ingenuidad:—Oh, Excelencia, eso sería muy difícil de comprender para usted y muy difícil de decir, para mí, y, además, muy largo de explicar.

Diciendo estas palabras, Kamiya se desprendió de mí, hizo una profunda cortesía, y desapareció antes de que yo intentara nuevamente retenerlo.

Pasó mucho tiempo—talvéz seis meses—antes que Kamiya volviera a verme.

III

Un día almorzábamos en mi casa todos los pocos chilenos que vivíamos en el Japón: celebrábamos la llegada de nuestro excelente amigo don Francisco J. Prado y de su distinguida hermana, la señorita Amelia; ambos vienen dando, desde hace tiempo, la vuelta al mundo, al través de los países más hermosos y más interesantes de la tierra. Estaban con nosotros, Carlos Muñoz Hurtado, que es, como todos saben, nuestro activo e inteligente Cónsul General en Yokohama, y su esposa la señora María Teresa Larraín, que tanto ha contribuído a hacer de su casa uno de los centros sociales extranjeros más distinguidos, más agradables y más cultos de Yokohama.

Ibamos ya al final de la comida y se servía el café, cuando el mozo entró al comedor trayendo una tarjeta; la visita esperaba en el hall: era Kamiya que solicitaba una corta audiencia.

En pocas palabras referí a mis convidados la escena de la calle Ginza, que ya Uds. conocen, y todos ellos estuvieron de acuerdo en que debía hacerse entrar a Kamiya para que explicara por qué los japoneses nos llaman "bárbaros".

Se le hizo pasar y, al encontrarse, de improviso, en presencia de tantas personas, se plegó y desplegó varias veces en infinitos saludos de excusa.

Lo hicimos sentarse a mi lado, a la cabecera de la mesa, le servimos una taza de café, una copa de cognac y un cigarro puro, y, cuando ya lo vimos fondeado y anclado, le pedimos en coro que nos explicase por qué los japoneses nos llaman "bárbaros".



Tipo de geisha de Tokio



Geisha

Kamiya, que ya se había bebido el cognac y que aparecía envuelto en una aureola de humo azulado, tomó de improviso un aire "nonchalante", paseó por la concurrencia sus ojos pequeños, con gesto vago, y dijo así:

IV

—Vivíamos los japoneses, desde hace dos mil años, y acaso desde muchos siglos antes, completamente entregados al perfeccionamiento de nuestra propia personalidad moral—como si dijéramos de nuestra alma nacional—y al culto de las artes. Vivíamos no solamente en contacto con la naturaleza, sino que, además, estábamos difundidos en ella; no comíamos sino los productos de la tierra y de los mares, sin que jamás diéramos muerte ni a los animales ni a los pájaros.

Nuestra educación cívica nacional, nuestra filosofía, eran mucho más antiguas que la más vieja de las filosofías occidentales, y nuestro sistema de Gobierno, fundado en la obediencia y en la adhesión al Mikado, funcionaba ya regularmente cuatro siglos antes de la éra de Cristo.

Eramos, pues, bajo todos conceptos, así moral como materialmente, un pueblo culto y civilizado, un pueblo de artistas y de pensadores, que ignoraba en absoluto los azares y los insomnios, las crueldades y los despojos de eso que se llama la vida moderna.

Un día vinieron aquí los barcos de guerra del Comodoro Perry. Venían a exigirnos, en nombre de la civilización moderna, que renunciáramos a nuestro sueño de paz y a nuestra venturosa reclusion; llegaban cargados de tropas y erizados de cañones, porque venían en nombre de la civilización moderna...

Quiso la fortuna que tuviésemos a la cabeza del Imperio a un hombre genial, a un Emperador que es más grande que todos los Emperadores que han nacido hasta hoy, porque ese Emperador vió claro en la hora suprema y salvó a su pueblo al través de los más grandes peligros y lo condujo hasta la altura en que hoy se encuentra de grande y poderosa potencia de la tierra.

En nuestras vecindades, la civilización se comía a la China, por pedazos, mientras en Europa, y en Africa, y en América, en nombre de la civilización, se devoraban los pueblos los unos a los otros.

—Ah, qué fortuna la nuestra!... qué fortuna que nuestro Emperador haya comprendido, desde el primer instante, que la civilización occidental no era sino el empleo de la fuerza y el triunfo del más fuerte!...

Y cuando fuimos fuertes, cuando, a costa de grandes sacrificios exigidos al patriotismo de la nación entera, estuvimos en situación de defendernos.... cuando matamos en la guerra cientos de miles de rusos... entonces y solo entonces fuimos civilizados!... Mientras ejecutamos obras de



Señor Francisco J. Prado y su hermana Amelia



arte primorosas, mientras amamos la naturaleza, mientras fuimos cultos, mientras amamos a los hombres como hermanos... se nos consideraba bárbaros e incivilizados; fué preciso que matáramos trescientos mil rusos, para que el mundo reconociera oficialmente que habíamos ya entrado por el camino de la civilización!...

Kamiya se mantuvo un instante en silencio, y reconcentrado en sí mismo, luego agregó:

Nuestra principal diferencia con Uds. no reside en las características fisiológicas: lo esencial es que tenemos una manera completamente distinta de mirar la vida y de apreciar el alcance de las cosas.

Nosotros tenemos una tendencia invencible al reposo y al silencio en medio de la naturaleza amoldada a nuestros gustos por nuestro propio arte. Nuestras casas son humildes, por fuera, pero generalmente tenemos en el interior de ellas pequeños jardines que resultan vastos por un esfuerzo de la perspectiva; lagos—también pequeños—por sobre los cuales suspendemos puentes rústicos, kioskos y barandas de bambú, que se arquean al peso de las enredaderas de la pluma. Vean Uds. algunas de esas ferias ambulantes que, por las noches, se establecen en las vecindades de los templos, y fíjense como hasta el más pobre y más humilde de nosotros, el más desgraciado de los "culí" se vuelve a su casa llevando entre las manos un macetero de flores comprado por algunos sen.

Vivimos de acuerdo con el gran reloj universal: el sol. El japonés abre los ojos cuando los abre el cielo, y los cierra y se duerme cuando se va la luz.

—En cambio... Ustedes!... ustedes duermen la mitad del día y viven en sus ciudades a la luz artificial, empujados por la necesidad del movimiento y por una fiebre insensata que agita a las sociedades en una especie de efervescencia loca.

Vuestra Excelencia, agregó Kamiya, cogiéndome un faldón de mi chaquet de paño; Vuestra Excelencia ha recibido orden de ponerse esta ropa. Esta orden le ha venido de un Soberano ignorado, de un Emperador desconocido, que es el mismo que todos los años y todos los meses dispone de la moda. Este Soberano, que no tiene palacios propios, pero que domina en todos los palacios; que no tiene morada humilde, pero que impone tributo a todos los pobres, este Soberano desconocido, le dará mañana a Vuestra Excelencia la orden de abandonar ese traje porque ya no sirve. Y Vuestra Excelencia, que se cree independiente y dueño de su casa y de su ropa, acatará, con humildad, la orden, y entregará a sus sirvientes la ropa, cuando todavía está completamente nueva y tan abrigadora como el primer día.

Nosotros, agregó Kamiya con aire de modestia y sencilléz, nosotros no nos desprendemos de nuestras ropas sino después que han dejado de estar nuevas; otro tanto hacen nuestras mujeres...

Al oír estas palabras las señoras cambiaron entre ellas una significativa mirada de inteligencia que no escapó al ojo de Kamiya.

El japonés pareció exaltarse ante la idea de que el elemento femenino occidental allí representado, apreciaba con cierto desdén la parte del discurso relativa a la "toilette" de las mujeres niponas.

Volviéndose a ellas las interpeló directamente:

—Nuestras mujeres, dijo, no tienen moda; el mayor lujo que se permiten nuestras hijas o nuestras esposas, es un kimono y un obi de seda rica. Cada una de ellas le da al fabricante su propia idea acerca del bordado del kimono. Lleva, pues, cada vestido de gala una nota personal, una nota de arte propio que nosotros sabemos traducir e interpretar a primera vista. Tenemos, pues, nuestra moda, pero ella no cambia por el capricho de un Soberano extraño, sino que es como un reflejo del arte personal y propio y exclusivo de cada una de nuestras mujeres.

Todas las madres crían en el Japón a sus hijos propios y hay en la familia tantos hijos como Dios quiere!...

Nuestras esposas no han conocido jamás la necesidad del éter ni el uso de la morfina.

Tampoco cargan joyas; desde hace miles de años llevan en los cabellos una flor; talvez por eso los japoneses vemos en las flores un símbolo de felicidad y de belleza sumas.

—Ah, señoras, concluyó diciendo Kamiya, en un rasgo de brutal franqueza y después de vaciarse el resto del cognac:

Ah, señoras, por buscar diamantes, para prenderlos en vuestras orejas, la civilización organiza expediciones al interior del Africa, o descienden al centro de la tierra, y mueren hoy y están muriendo desde hace siglos, y seguirán muriendo todavía millares de hombres blancos y negros bajo los climas calientes y enervantes, por buscar perlas para hacer collares y envolverlos alrededor de vuestros cuellos; otros miles de hombres enflaquecidos y extenuados por el trabajo, descienden todos los días, en las más distantes regiones del mundo, hasta el fondo de los mares. Y, finalmente, exclamó Kamiya en uno de esos arranques de frenesí que muy rara vez dominan a los japoneses, finalmente, señoras, todos los días, en todas partes del mundo, a todas horas, andan por allí los hombres disparando sus fusiles contra los pájaros del cielo, que son la expresión más alegre y más hermosa de la naturaleza; esos hombres matan las aves para arrancarles las plumas y las colas a fin de colocárselas sobre las cabezas a las mujeres de Occidente!...

Después de todo esto, ¡cómo quieren ustedes que no los llamemos bárbaros!...

ALFREDO IRARRAZAVAL.

Nos van a poner de internas

Por H. L.

Ilustración de Martín

JUANA, once años.
LUISA, nueve años.

(Diez de la noche. Acostadas en sus camitas, que están colocadas una a la derecha de la chimenea y la otra a la izquierda, las niñitas no hacen el menor ruido En la pieza vecina, cuya puerta está semi-abierta, la institutriz alemana ronca con fuerza y puntualidad. No se escucha otro rumor; pero he aquí que una pequeña queja ahogada, una queja de pájaro, parte de una de las camas, de la de Juana la mayor.)

Luisa, que no dormía y se levanta sobre sus almohadas.—¿Eres tú Juana?

Juana, (entre dos grandes suspiros.)—Sí.

Luisa.—¿Tú lloras?

Juana.—Oh! Sí, por supuesto.

Luisa.—No hay que hacerlo.

Juana.—Sí Oh! sí; es necesario.

Luisa.—¿Por qué lloras?

Juana.—Porque...

Luisa.—¿Por qué?

Juana.—Porque mi papá y mi mamá han dicho... ¿tú no sabes lo que han dicho, tú?

Luisa.—No. Yo no estaba.

Juana.—Si tú supieras, también llorarías tú.

Luisa.—No; yo no lloro nunca.

Juana.—Sí; esta vez tú llorarías, seguro!

Luisa.—¿Qué cosa han dicho, vamos?

Juana.—Ellos han dicho... Fué ahora, en el comedor y yo estaba escondida. Ellos dijeron: "estas pobres chicas no sospechan que las vamos a poner de internas". Las pobres chicas, es por nosotras, comprendes?

Luisa.—Yo comprendo bien.

Juana.—Entonces... yo... tengo mucha pena. ¿Tú nó?

Luisa.—No mucha. Y después ¿qué quieres? Si es necesario ir al internado, pues iremos.

Juana.—Ah no! Gracias! Yo no pienso así. Ah no! Esto no es tan fácil. Yo quiero ver como harán conmigo!

Luisa.—Vamos! No seas malita.

Juana.—¡Yo no quiero ser interna!

Luisa.—Tú puedes rezongar. Pero eso no sirve de nada.

Juana.—Yo no quiero ser interna; sino quedar media.

Luisa.—Pero si papá y mamá quieren que lo seamos enteras! Ellos son los padres.

Juana.— ¡Bonitos padres! Ah! Ah! que abandonan a sus hijitas para poder ellos irse a comer a otras partes, comer buenos pasteles, llenarse solos...

Luisa.—¿Y qué te hace?

Juana.—Me hace rabiar.

Luisa.—¿Y cuándo van ahora a comer, nos llevan? No; entonces si somos internas esto no cambiará en nada.

Juana—Sí cambia y yo no iré al internado y me acostaré sobre el parqué y tendrán que llamar un policía! o a la Asistencia Pública.

Luisa.—Y habrás avanzado mucho!

Juana.—No avanzaré; pero habré mostrado mi cabeza.

Luisa.—¿Por qué te pones tan mala de noche, Juana? En el día eres mucho mejor.

Juana.—Yo soy buena con los que son buenos conmigo.

Luisa.—¿Y yo no soy entonces buena contigo?

Juana.—Sí; pero tú no te pones de mi lado No te importa nada que te metan de interna. ¡Tonta!

Luisa.—¡Pero qué te ha dado! No seremos tan desgraciadas...

Juana.—Yo lo seré.

Luisa.—No serás!

Juana.—Yo te digo que sí; yo lo sé mejor que tú, vamos!

Luisa.—¿Entonces no somos ya desgraciadas estando de medio-pupilas en el Convento?

Juana.—De medio, no es la misma cosa. De medio no se acuesta una en el dormito-



Vamos chiquilla! Sé buena y no escuches al ángel malo!

rio. Yo detesto eso, el dormitorio. Yo prefiero mi camita blanca de aquí; yo quiero quedarme en ella!

Luisa.—¿Pero tú has visto las camas del dormitorio? Ellas son blancas, son bonitas al fin y al cabo.

Juana.—Yo te prohíbo decir eso; ellas son feas, ellas son sucias.

Luisa.—Nó!

Juana.—Pero sí! Y además habrá pulgas. ¡Uf! Yo no quiero eso.

Luisa.—No hay pulgas en el Convento.

Juana.—Yo te digo que sí. Yo he visto saltar una. Déjame, entiendes? Yo no he visto una persona más discutidora que tú.

Luisa.—Y yo, cuando visitamos los dormitorios, ví camitas chicas como éstas; yo te aseguro que eran bien bonitas y que se debe hacer muy bien *dodo* en ellas.

Juana.—Vamos! Si es necesario que yo me acueste un día en esas camas yo no podría cerrar los ojos, lloraría toda la noche!

Luisa.—Yo te consolaré.

Juana.—¡Vaya! ¿Crees que por casualidad podrás quedarte en el mismo dormitorio? Tú estarás con las chicas y yo quedaré con las regulares.

Luisa.—A pesar de todo yo te consolaré en las mañanas y también en las tardes y además en los recreos.

Juana.—Además si hacen eso conmigo de meterme de interna yo me moriré.

Luisa.—¿De qué?

Juana.—De un resfriado que yo tomaré adrede, andando en el agua.

Luisa.—Y si la madre Teresa te dá pastillas de goma ¿sanarás eh? Y entonces te pillarán.

Juana.—No me curaré porque yo las escupiré cuando ella dé vueltas la espalda.

Luisa.—¿Aún si son de violeta?

Juana.—Sí.

Luisa.—¡Y bien! entonces no las escupas; guárdamelas.

Juana.—Tú eres demasiado golosa.

Luisa.—No; pero no soy como tú: yo no tengo ganas de morirme. Yo quiero jugar mucho tiempo! ¿A tí no te gusta jugar? ¿Y después correr? Es tan divertido!

Juana.—Sí; pero en el campo, cuando hay perros y gallinas y después el corredor con el columpio; pero no de interna.

Luisa.—¡Pero si no seremos sólo nosotras! Todo el mundo es interna.

Juana.—¡Ah! Ahí tienes una tontería. ¿Blanca Fernández es interna? ¿Y Justina Santelices? ¿Y María Vergara? ¿Y Olivia Baeza? ¿Y Margarita Ruiz que estudia en su casa y tiene profesoras que van a enseñarle los Faraones en su pieza? ¡Esos papá y mamá sí que son buenos! Ella tiene buena suerte yo querría estar en su lugar.

Luisa.—No digas eso! Yo no querría cambiar de papá y mamá! Y además qué? Tú te equivocas hablando tanto! Tú sabes bien mi papacito fué interno él también a los ocho años y bien lejos de Santiago.

Juana.—Porque él tuvo malos padres, eso no es una razón.

Luisa.—Yo te prohíbo decir que mi abuelito y mi abuelita fueron malos. Ellos son los que nos hacen más cariño y nos dan dulces y nos doblan la servilleta.

Juana.—No son malos con nosotras porque ellos están viejos y nosotras somos chicas; pero fueron malos con mi papacito cuando lo pusieron de interno a los ocho años. No sería el padre de Margarita Ruiz el que hubiera hecho tal cosa, yo lo quiero bien al señor Ruiz...

Luisa.—Tú no lo conoces.

Juana.—Eso no importa, yo lo quiero mucho á pesar de todo. Yo lo quiero con todo mi corazón y yo rezaré a Nuestro Señor porque le conserve la salud y que no sea atropellado nunca cuando atraviese...

..*Luisa.*—(*Se levanta y vá a la cama de Juana, a la cual acaricia*). Vamos, chiquilla, sé buena y no escuches al ángel malo. Tú sabes bien que después te arrepientes. Nosotras haremos lo que nos manden hacer, eso es todo. Si es necesario acostarse en el dormitorio lo haremos. No es una desgracia al fin.

Juana.—(*que se suaviza*).—Pero entonces, nuestras camitas de aquí ¿qué se van á hacer? ¿Las van a botar?

Luisa.—¡Pero nó! Las encontraremos cada vez que salgamos con noche, en las vacaciones y después...

Juana.—Las encontraremos chicas. Nosotros habremos crecido.

Luisa.—Ellas también.

Juana.—Las camas no crecen.

Luisa.—Sí; bien seguro. Pero nos comprarán otras, más largas.

Juana.—¿De madera barnizada? Yo las encuentro muy bonitas. Y además lo que me gusta es un tapiz para bajar, de esos que representan un león sobre sus patas como si esperara que le tiren un pedazo de pan

Luisa.—A mí me daría miedo. Me gustaría más una polla blanca. Así, tú tendrás tu león y yo mi polla.

Juana.—¿Crees tú que papá y mamá querrán comprarnos esos tapices?

Luisa.—Sin duda! Pero si trabajamos bien y tenemos la banda de Hijas de María... Ya está. Ahora quédate dormida, yo te traigo mi rosarito azul, y después pedirás perdón a Dios por todo lo que has dicho. ¿No es cierto gatita? (*la besa*).

Juana.—No me dés tu rosario; tengo el mío debajo del almohadón.

Juana.—Ya está, rézalo. Buenas noches! Y reza por papá y mamá y por mí y por todos. No pierdas tus cuentas en rezar por el papá de Margarita Ruiz.

Juana. (—*Consolada*).—!No tengas miedo! Yo me río del señor Ruiz; yo lo detesto.

Luisa.—No lo conoces, creo.

Juana.—No importa. Puede pasarle por encima un tranvía y no sería yo la que llorara.

Luisa.—¡Oh! ¡Juana!

Juana.—Es cierto. Yo estoy mala todavía. Es un conchito que me queda. Ahora ya acabé. Buenas noches chita!

Luisa.—Buenas noches... Dí...

Juana.—¿Qué cosa?

Luisa.—Como duerme la Miss. ¿no es cierto?

Juana.—Son así las extranjeras. No tienen el sueño como el de nosotras. (*Escucha.*) Oye ¿sabes por qué la Miss ronca tan fuerte?

Luisa.—Nó.

Juana.—Y bien... Es porque duerme en inglés. Buenas noches! Ya no puedo más.

H. L.

(Arreglo del francés.) para el P. M.

AL REINO DE ALBANIA

M. Abel Hermant continúa sus crónicas del cadete de Coutras (1) y la conducta de su héroe le permite curiosas observaciones sobre la sociedad contemporánea.

Se ve que el autor adivinó el interés que despertarían en nosotros los reinos balkánicos, y meses antes de que se suscitase la cuestión de Albania y su independencia transpórtaba él allá al cadete de Coutras y a su preceptor el fantástico Gosseline, que él colocaba en un medio aparentemente imaginario, pero cuya verdadera existencia resalta hoy día y la realidad confirmará talvez mañana.

El cadete, pues, de Coutras le es confiado al ex-normalista Gosseline por el duque, su padre para dar una vuelta al mundo. Esto era un término figurado. En realidad Gosseline había decidido visitar un país nuevo, la Albania, recientemente creado y la Grecia y la Italia, maternas; con tal conjunto de impresiones conocería el mundo.

El paradógico y sagaz Gosseline le advertía a su joven señor:

—No vamos a Albania a divertirnos, sino a recibir una lección política. Este reino es un campo de experiencias incomparable; es uno de los más antiguos de la tierra y al mismo tiempo uno de los más nuevos, puesto que data de la creación del mundo y de dos meses acá; ha experimentado más revoluciones que Francia, alternativamente ha tenido oligarquía, democracia, principado feudatario, más tarde independencia, y por fin monarquía parlamentaria, moderadora del poder absoluto. El rey alemán de nacimiento es francés de raza y ha tenido siempre una cordial afección para los franceses: prueba de ello que ha nombrado mariscal de la Corte al primo de Ud. M. de Brunchaut.

—Me gusta estudiar la política—respondió Maximiliano enfurruñado—pero advierto a Ud. que pienso más que nada en divertir-

(1) Abel Hermant: **Coutras voyage**, (Louis Michaud).

me, tanto más que soy de opinión que fuera de las fronteras no rige la moral.

—Después de Albania nos pondremos en contacto con la antigüedad—prosiguió Gosseline.—Deberíamos llegar hasta la India, que yo tengo por verdadera madre del género humano, pero está muy lejos. Nos contentaremos con Grecia, donde está todo compendiado, por decirlo así.

El milagro griego es el único milagro en que creo. Ud. sabe que formaba parte de la Liga pro-cultura francesa como todas las personas de bien, aún aquellas que no saben ni griego ni latín, o lo saben solamente para decir de él disparates y horrores desde hace tiempo: es un absurdo el hombre que no cambia jamás.

—Yo también formaba parte de la Liga —dijo Maximiliano—y con gusto visitaría Grecia; ¿pero hay allí sociedad, hay mujeres?

—A continuación haremos una exploración, es decir se creerá que la hacemos. Nos bastará para ello anunciarlo, y no dar señales de vida durante algunos meses ocultándonos en cualquier apartado rincón.

—¿Los dos solos?—dijo Maximiliano angustiado.

—Naturalmente—respondió Gosseline...

He aquí el programa, que verdaderamente seduce; las más agradables aventuras hacen este viaje tan encantador como instructivo y a pesar de cuanto hubiera dicho Gosseline, las mujeres jugaron en él un importantísimo papel.

En el tren de lujo que nos conducía a los Balkanes tuvieron nuestros viajeros un encuentro decisivo; la joven Baronesa de Brunchaut, que va a la Corte a unirse a su esposo y que desde el primer momento inicia al cadete de Coutras en las singularidades de aquel país nuevo y de su propio gobierno. Los incidentes que ocurrieron a la separación de ambos viajeros en Seleucia, capital de Albania, la descripción a la vez verídica y fabulosa de esta ciudad que nace a la civilización, herida ya del cosmopolitismo, la confusión y baturrillo de esta Corte de un rey fantoche, la excesiva familiaridad de aquellos príncipes libertinos y princesas de temperamento exaltado, todo esto constituye una novela en que la fantasía y la realidad se mezclan en una relación animada y de vivo colorido.

Gosseline rapta a la princesa real, gracias a lo cual el trono tendrá por fin un heredero y Maximiliano de Coutras pasa por diversas incidencias. En Atenas desdeña a una jovencita turca y busca en vano cortesanas en Corinto. Pero Gosseline le había dicho que Italia era el país encantado en que el amor tenía su más noble expresión. Allí se encuentran con el idilio, cordialmente equívoco de un aviador y una princesa apasionada y sobre todo allí se encuentra Maximiliano con su prima Lili Hugron, deliciosa y riquísima americana, que prometida a su hermano mayor Huberto, lo abandona antes de casarse y se enamora de él, el cadete de Coutras.

Antiguamente los padres, para rehabilitar a los hijos decían al perdonarlos: "ahora ve a batirte". Al presente el duque de Coutras que quiere conservar su bienestar grita: "Hijo mío, ve a casarte". Y la historia termina con un rico matrimonio, lo que no deja de ser muy moral.

En ninguna de sus obras probablemente ha puesto Abel Hermann tanta ironía espiritual y mordaz observación. Hay en esta novela de una familia parisién que defiende su placer de vivir tanto buen humor como crueldad.

R.



Por

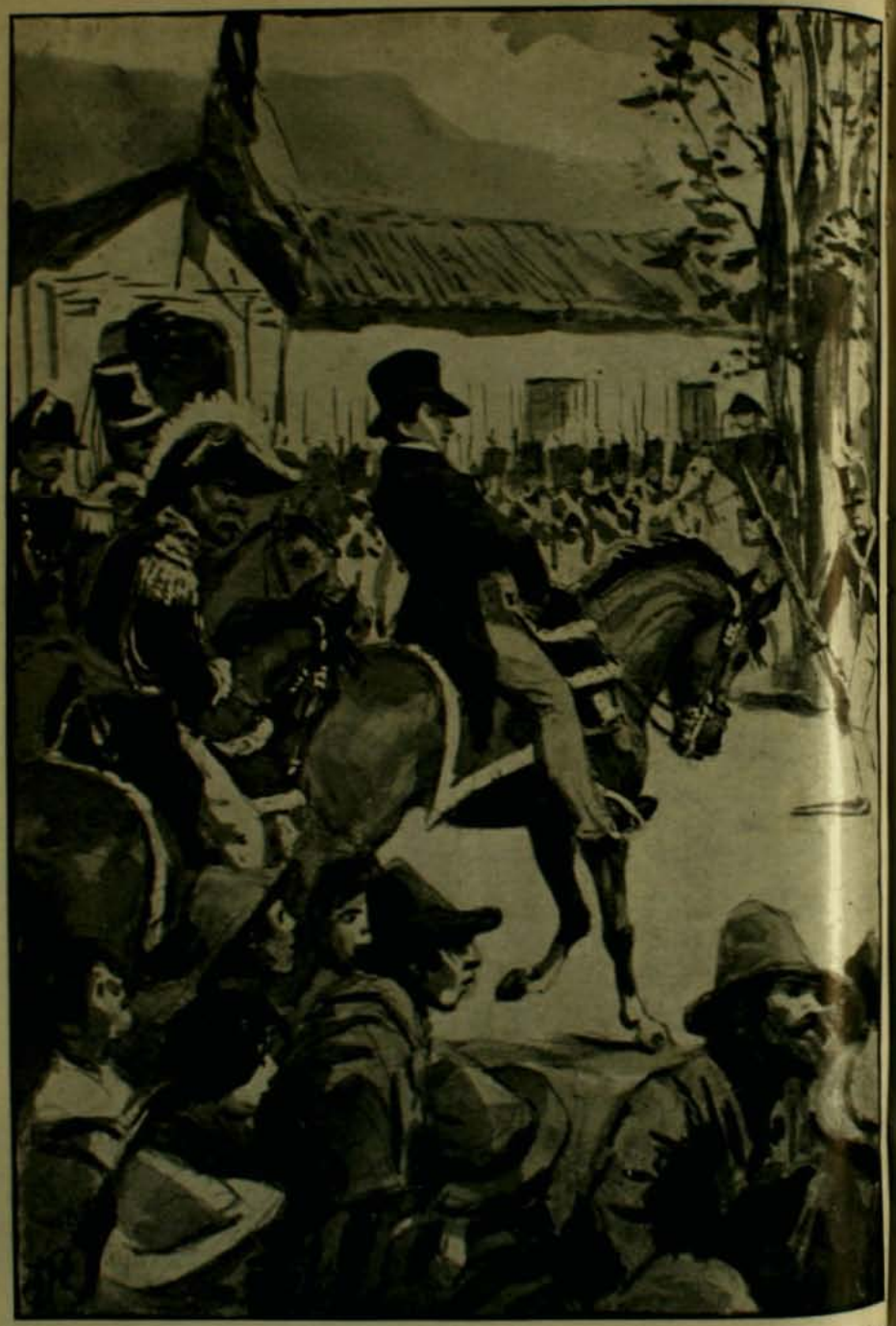
Joaquín Díaz Garcés

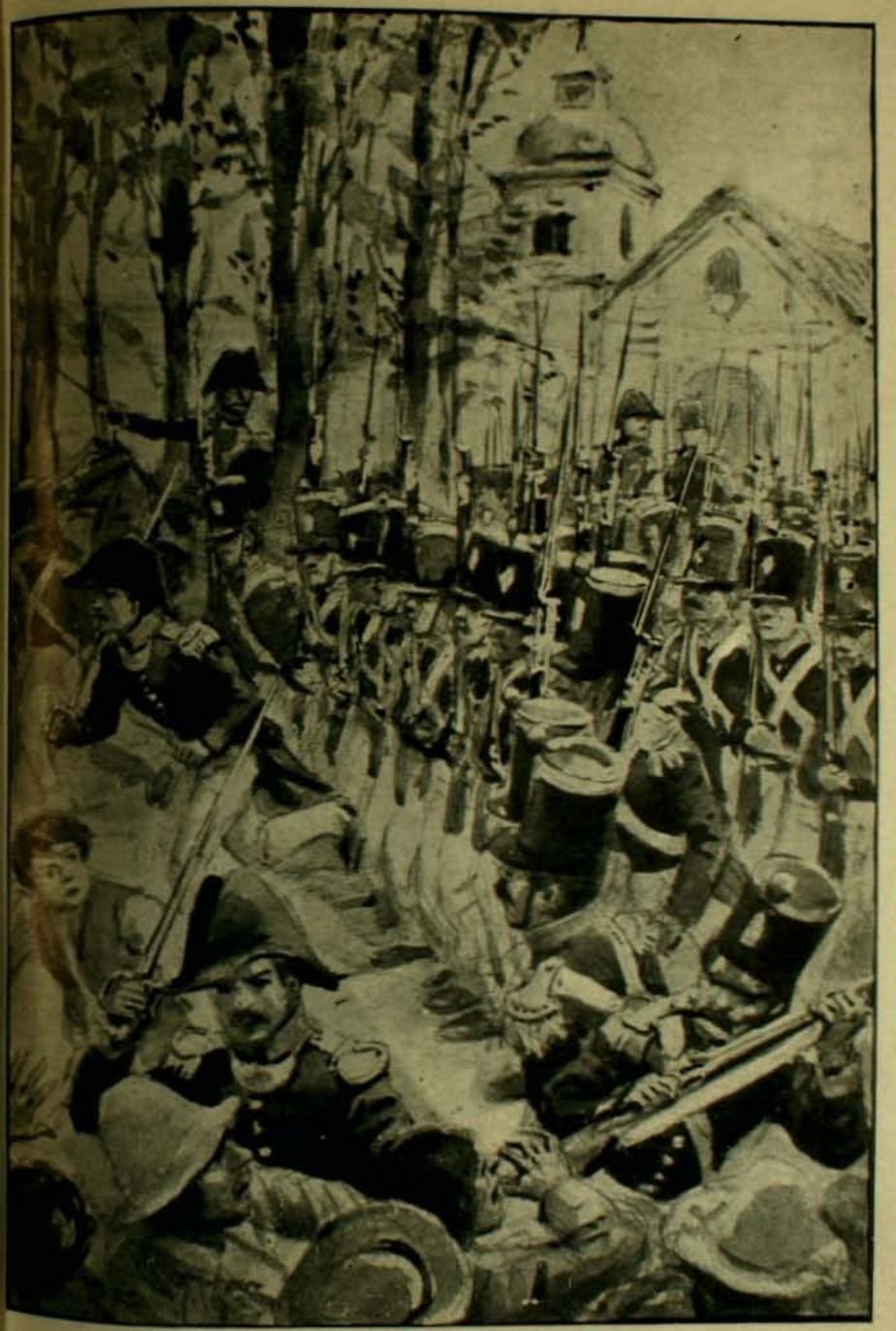
Ilustraciones de Pedro Subercaseaux

¡Tarde de Junio, año de 1837, vida de Quillota, casa antigua y solariega! Silencio, tibieza en la atmósfera, obscuridad en las calles, cena abundante en la mesa de familia. Había callado ya su voz plañidera la campana de la parroquia y el *angelus*, rezado a cabeza descubierta en la plaza, en el interior de las arboledas, en el campo vecino, dejaba todavía flotante esa melancólica y vaga impresión que el sentimiento religioso ha comunicado al lánguido fin de la jornada del trabajo. Uno que otro mugido recordaba la feraz y cultivada hacienda que ceñía los bajos techos de la aldea naciente en una cintura de limoneros, chirimoyos y huertas de pobres. Por los postigos mal ajustados, al traves de la forjada reja cóncava, escapaba hacia afuera un rayo de luz en cada casa, y se difundía el aroma del cordero asado sobre los tizones, del substancioso caldo servido en el gran *posillo* de loza pintada y del pescado en fuente de barro, dista obligada de las buenas cocinas quillotanas. No eran dadas todavía las siete y la claridad crepuscular había desaparecido por completo.

De tarde en tarde, sonaban en la calle los pasos de algún caballo con el peculiar tintineo del freno, de los anillos de la chicotera al chocar sobre las guarniciones de metal de la silla y de las enormes espuelas del jinete que lo guiaba. Los vecinos suspendían el ruído de platos y cubiertos para escuchar, porque eran curiosos y vivían de este pasaje de criados, mandaderos y correos que llegaban por la calle principal, o antiguo camino público, hasta la plaza; pero luego, hecho de nuevo el silencio, volvían a engullir las deliciosas golosinas expuestas sobre la mesa. La misma interrupción se producía poco después en el gran concierto de los sapos en el estero, pues el jinete llegaba hasta allí para cruzarlo y se callaban atemorizados para volver después a recomenzar por secciones y pronto por toda la banda.

En casa de la señora Torreblanca, viuda de un héroe de la Independencia, el





Necochea observó que estaban encerrados en un cuadro estrecho

capitán Marín, patriota como lo eran entonces las mujeres, más apasionadas y sentimentales que hoy, porque se habían criado entre soldados y revoluciones, comían además de su familia el coronel Vidaurre y el cura, que había llegado dando las últimas "mascadas a su asado", como lo decía cada noche, para no perder la tertulia y tomar asiento en la mesa de malilla. Estaba ya para terminar la cena, cuando alguien dió la consabida voz de alarma, el *¡chit!* reglamentario, para escuchar algo que parecía venir de lejos. Era un canto de hombre.—"¡Son los cazadores!"—dijo Vidaurre y volvió a seguir su curso la conversación. Momentos más tarde, nuevo silencio: esta vez se habría dicho que allá del otro lado del estero, venía un rumor confuso de galope. La conversación volvió poco a poco; pero de nuevo se callaron todos y el cura fué hacia la ventana.—¿Oyen ustedes?—¿Qué hay?—exclamaron todos.

Resonaba a lo lejos, por el camino, ruído de cabalgata, y parecía que con ella rodaba aceleradamente un coche. Mientras corrían todos a la puerta y de cada casa salían los vecinos a ver qué era tal algazara, se escuchó ya muy cerca, a doscientos pasos, un rumor de caballería, de sables, y, en medio del polvo, pasó como un celaje, un birlocho con un oficial galopando a caballo y un grupo de soldados a la escolta. Mientras muchos se preguntaban qué ocurría, alguno del pueblo, más pronto, gritó a plenos pulmones ¡Viva don Diego Portales! ¡Abajo Santa Cruz! Era el año 37, en efecto!

Vidaurre corrió al interior a buscar su kepí, ceñirse el cinturón y el sable. La patrulla se detenía entre tanto en el ángulo de la plaza, en casa del gobernador Morán. Saltaron del birlocho dos caballeros embozados en sus capas y penetraron al interior. Y, mientras la puerta se cerraba, el coche vacío y la escolta se retiraban lentamente hacia la plaza, donde a la puerta del cuartel un grupo de oficiales que fumaba en torno de una gran fogata, se adelantaba a investigar qué cosa ocurría.

Cuando la señora Bernarda volvía a sentarse a la mesa, se notó que el coronel había partido.—Ha ido a saludar al señor Ministro.—Pálido iba...—agregó el cura—y si alguien entendió, nadie hizo la menor alusión. Sin embargo, parecía que aún sonaba el galope...

Era el hombre omnipotente de Chile, el Ministro popular, el organizador de la guerra, el recién llegado a Quillota, que había partido a las once de la mañana de Valparaíso para revistar las tropas de la expedición.

La cena terminó con el **benedicite**. Se santiguaron todos y la Carmen, la menor de las hijas de doña Bernarda, que vivía a su lado, muchacha hermosísima de veintidós años ya, se levantó ruidosamente, golpeó sus manos e imitó el grito callejero: ¡Viva don Diego Portales!—Te digo, madre, que es el mismo—agregó— haciendo un mohín que hasta el señor cura encontró precioso.—¡Qué ha de ser! Y aunque lo fuera!—Natural; aunque lo fuera...! Pero lo que yo digo es sólo esto, entiéndalo su merced: es-el-mis-mooooo!

—¿No sabes tú, Merceditas, que don Diego estuvo enamorado de mí? Oye; aquí lo niegan todos. Pero mañana voy a dar la prueba. Hacen siete años justos... tenía yo quince apenas y decían que parecía ya una mujercita. Había leído unos versos de amor en que figuraba una pastora y un príncipe. El príncipe era pálido, de ojos azules, pensativo; la pastora era de colores vivos, alegre, cantora! Yo pasaba las tardes suspirando. Era la edad de los suspiros...

—Y aún suspiras—interrumpió doña Bernarda.

—Ahora suspiro cuando me acuerdo; pero antes suspiraba porque sí y a todas horas. Era un día. ¡Señor cura! No me ponga usted orejas con la esclavina, porque es cierto que lo he contado; pero Merceditas no lo sabe... Era una mañana y llegó aquí el señor Alsina de Santiago y presentó a mi madre a un joven del puerto con el cual venía. Señora madre habló con Alsina y como era cerca la hora del almuerzo, lo invitó con su amigo. El caballero y el joven se quedaron pues. El era lampiño, flaco, de ojos claros, pero con tanta luz; de labios muy finos, de frente grande, así despejada, como llena de cosas y de ideas. En la mesa me miraba y cada mirada me hacía temblar. Yo bien sabía que ni él era el príncipe ni yo la pastora; pero me embelesaba soñando en que si lo hubiéramos sido nos habrían salido en verso las cosas de amor... Después del almuerzo,

mientras mi madre hablaba con Alsina de la hacienda, yo me puse a andar y el joven me seguía. Me preguntó por mi vida, por mis gustos. Me contó la suya y reímos mucho. De repente se puso serio y me dijo: "Señorita Carmen. Usted es una niña y yo un hombre. No podré olvidar nunca su alma tan sincera. Como el marinero que pasa embarcado y ve en la orilla una casa blanca y una sombra de árboles y dice: "si desembarco un día iré a descansar en ese rincón", yo le digo a usted que si mis negocios me dan tregua y puedo un día bajar a tierra, vendré a pedirle que me diga si he llegado a interesarle y si puedo ser su compañero en la vida." Cuando se despidieron él no dijo su nombre; y Alsina, según dijo mi madre, volvió a repetirle que era un amigo suyo y un caballero distinguido. Más tarde, a la oración, uno de los mozos de Alsina volvió con un ramo de rosas. Cuando lo abría encontré entre las flores un papel que traía unos versos. ¿Quieres conocer una estrofa?

Las bellas flores que su aroma exhalan
Con sus matices causan mis enojos;
No me divierten, porque no se igualan,
Bella, a tus ojos! (1).

Nunca más supe de él. Pero un día un señor Cereceda que me conoció en Valparaíso, se quedó repitiendo mi nombre: ¡Carmen Marín! ¡Carmen Marín! ¿Dónde he oído, Dios mío, este nombre? ¡Zás! Ya me acuerdo. ¡Don Diego! Y no dijo más. Yo me enrojecí y cuando estuve sola lloré. Porque sí; me dejó un recuerdo. Ahora ya no me importa nada el don Diego; pero yo digo, porque no puede ser otro, que el Ministro Portales fué mi primer amor...

—¡Cosas de niña indiscreta!—dijo doña Bernarda, mientras daban las cartas.

El toque de silencio resonó sobre Quillota. La breve retreta en la puerta del cuartel, repitiendo un acorde sonoro y grave, quedó vibrando en la noche.

Media hora más tarde entraba Vidaurre a la casa y marchaba resueltamente a su habitación. Seguía la de doña Bernarda y más allá la de Carmen. Oyóse un tiempo el rezo coreado del rosario, en medio del cual se destacaba la voz plateada de Carmen y los gangosos *amén* de la servidumbre.

El coronel-conspirador se había arrojado semi-vestido sobre la cama. Sus impresiones del día y de la noche hacían desfilar una violenta cabalgata de figuras. Su corazón latía con violencia. Pertenecía a una época en que, frescos en el mundo los recuerdos de Bonaparte, general y emperador, echaban raíces en América, al amparo de la desorganización de los gobiernos. Había sido militar para jugar su vida en las batallas y para mezclarse ardorosamente en la lucha civil por una constitución o un ideal democrático. A su lado su padre, su madre, sus hermanos, sus compañeros de armas, hablaban del gobierno. No se conocía todavía medio alguno de efectuar reformas o de llevar ideas de progreso al poder, que el uso de las armas. Todo capitán llevaba su ideal político encarnado en un coronel o general; todo coronel o general, en una revolución. Vidaurre había respirado ese aire a plenos pulmones. No comprendía bien al gobernante que no llevara una espada al cinturón y un regimiento a sus órdenes. Los civiles podían redactar las leyes y pronunciar los discursos; pero *el mando* era propio del militar. "Parece mentira—decía en ese tiempo un oficial al ver a Portales paseándose a la orilla del mar en Valparaíso,—que ese hombre que va allá sea obedecido en todo Chile, cuando yo solo podría ahogarlo como a un gato".

Vidaurre no podía conciliar el sueño. Los dados estaban tirados ya: la conspiración del cuerpo expedicionario era conocida de muchos. ¿Sabía algo el Ministro? ¿A qué venía a Quillota? Y el coronel recordaba lo que meses antes le había dicho Portales:—Me dicen coronel— que usted me va a hacer una revolución!—Será el señor Ministro el primero en saberlo—había contestado el conspirador.

En esos momentos angustiosos en que el hombre se fatiga de traicionar y de mentir, Vidaurre había sentido la necesidad de un altercado violento con el Ministro, de una injuria salida de sus labios, de una injusticia, de un acto cualquiera que justificara su rebeldía. Pero el Ministro le había dicho al despedirlo en la puerta de la casa del gobernador:

—Coronel, le he traído una gorra y una espada, aunque no tan buenas como yo desearía.

En la pieza del lado terminaron los *avemaría* y muy pronto la voz de Carmen rompió la calma del jardín con un canto de amor tarareado a media voz. Era una de esas *tonadas* chilenas compuestas en la soledad del campo a la cual España comunica algo de su música; pero Chile pone la tristeza de sus montañas.

(1) Versos de D. Diego Portales.

Allí estaban cerca, la muchacha que veía en el Ministro un grato y sentimental ensueño de su vida; y el conspirador que sentía su mano al cuello sofocado por las dudas y los remordimientos.

Y así transcurrió la noche serena de Quillota precursora de tristes días. Los sapos hacían venir desde el estero el rumor enervante de su serenata sin fin. La niña dormía sonriente. El conspirador velaba atormentado.

\+ +

Desde el amanecer, el Maipú había salido a la plaza a hacer ejercicios por compañías. Difundida la noticia de la llegada del Ministro al pueblo, habían acudido muchos hacendados del vecindario con sus hijos y sirvientes. En los cuatro ángulos de la plaza se acumulaban para observar a los soldados y atisbar el momento en que don Diego Portales saliera de su alojamiento. Circulaban también, desde hacía cerca de un mes, rumores siniestros sobre una revolución y sobre el próximo asesinato del Ministro de la Guerra. Muchos repetían que la expedición al Perú no llegaría a salir de Valparaíso y que don Diego no volvería a Santiago después de ese viaje. En el camino, el Ministro había encontrado a más de uno de sus amigos y a mensajeros con cartas de otros en que le contaban todos estos tristes vaticinios, recomendándole precaverse. Pero los rumores vagos y contradictorios se basaban en la defección de Vidaurre, cosa muy difícil de admitir para la leal y franca naturaleza de su jefe y amigo. La mayor parte de los vecinos que llegaban a Quillota no sabían nada preciso; pero encontraban imprudente la venida del Ministro. Algo flotaba en la atmósfera. La oficialidad era joven y disoluta. Confidencias hechas a una mujer bajo la influencia del alcohol, habían llegado por boca de los capataces a los dueños de hacienda.

Don Pedro Mena había preguntado pocos días antes a la viuda Torreblanca:—"¿Cómo duerme Vidaurre? ¿No tiene pesadillas?" Doña Bernarda le pidió más explicaciones; pero él cambió de conversación. El gobernador le había hecho notar que el coronel enflaquecía a la simple vista y era notable su semblante demacrado. La misma viuda, su tía, oía algo inquietante, un run-run que crecía y bajaba, volvía a crecer y quedaba siempre en un diapasón más alto. Pero ella tenía miedo de investigar. Antigua o'higginista, miraba con celos la autoridad de Portales y hasta con antipatía el hecho de que no le hubiera suspendido su destierro; pero era su partidaria decidida.

Durante dos horas los soldados del Maipú, jóvenes vigorosos, la mayor parte mestizos y uno que otro mulato, mal equipados y vestidos, con aspecto de reclutas, hicieron evoluciones en torno de la plaza. Por las calles vecinas cruzaban las carretas con toldo curvo, como se hacían entonces, los arrieros de largo bonete maulino y los piños de ganado en la ordinaria faena agrícola de esa feraz región. El tambor batía incesantemente llevando el compás de la marcha. Los oficiales corrían a detener los movimientos mal comenzados. Era el ordinario trabajo de la instrucción de los reclutas.

—No podría creerse que estos soldados han de ir pronto a la guerra—dijo un caballero que contemplaba en lujosa montura y rebuscados arreos campesinos, el cuadro de la plaza, a su vecino.

—¿Y si no van a la guerra?...

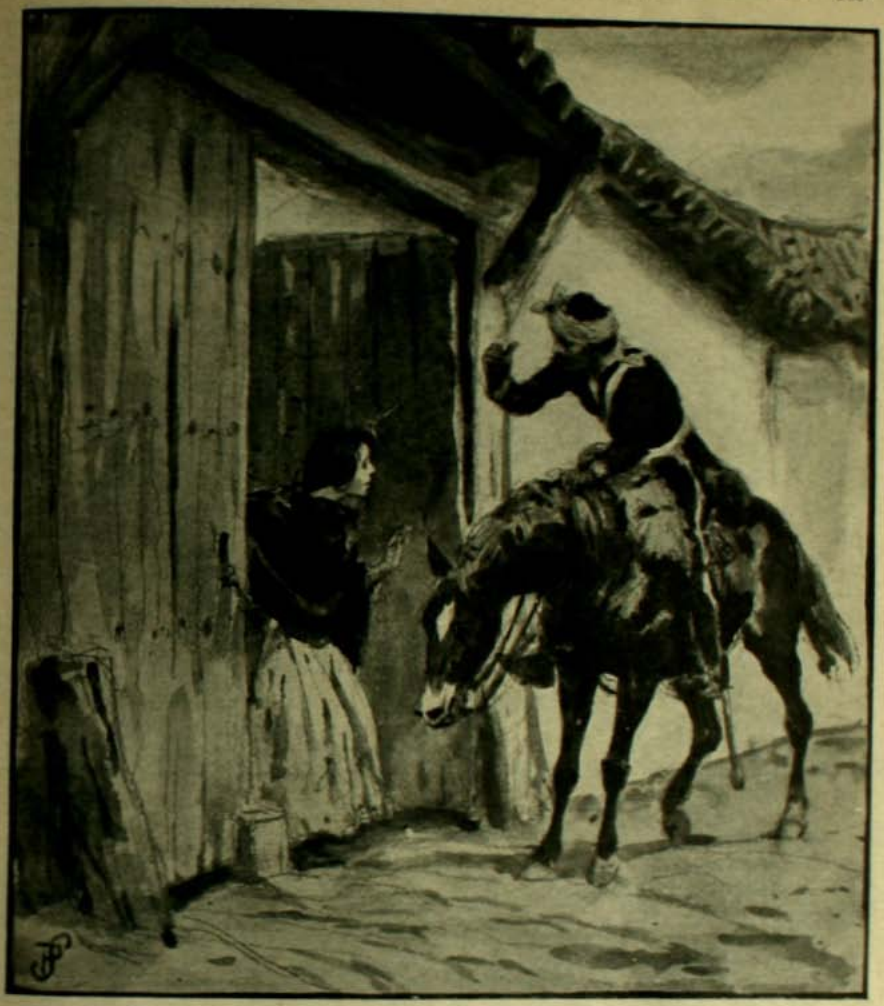
—Menos podría creerse que estuvieran pensando en derrocar al Gobierno.

—Basta que lo sepa el coronel. Pueden no estar en el secreto los oficiales y menos los soldados.

—Todo puede ser.

Las alarmas eran vagas. No había punto alguno sobre el cual descansar suposiciones fundadas. El rumor salía de las chinganas, eran ciertamente confidencias de noches de desórden. Una mujer, querida de un capitán, había dicho a otra: "Cuando mi hombre sea coronel, porque no pasarán veinte días..." Y era todo. Otra había asegurado, bajo secreto, que no habría expedición al Perú. De allí el sirviente, el arriero, el gañán, la mestiza, llevaban estos rumores a la casa, donde se traducía al lenguaje de las circunstancias. No habría expedición, con el asesinato de Portales, pues el Ministro la impulsaba con todo el fuego de su alma y la convicción tenaz de su mente.

Cuando ya comenzaba a quemar el sol y en la parroquia tocaban para la misa del sota-cura, el Ministro, que había terminado su correspondencia, salió a la puerta y desde allí con Necochea y el gobernador comenzó a observar la tropa. Algunos jinetes que estaban cerca se descubrieron respetuosamente. Dos o tres se desmontaron y acudieron solícitos a saludarlo. Era don Diego, a la fecha, hombre de cuarenta y



Se detuvo en la puerta de la casa del Gobernador

cuatro años, delgado, más bien alto, de ademanes francos, de armonioso y desenvuelto andar. Caballero español, era cortés y obsequioso con ricos y pobres, galante con las mujeres. Aún a su edad, después de las preocupaciones de los negocios, conservaba una sonrisa infantil en sus labios bien dibujados. Esta sonrisa estaba grabada en el alma de Carmen Marín y parece que la misma era inolvidable para sus enemigos porque las comisuras de su boca dibujaban la más fría e irónica mueca. No tenía la palidez marmórea del tísico, ni la amarillenta del bilioso; era pálido como flor de conservatorio, a fuerza del largo tiempo que pasó encerrado en oficinas y gabinetes.

—Es un buen mozo!—decían cerca de la casa del gobernador las mujeres.

Y, realmente, entre Necochea, adusto y marcial, Morán y Cavada encogidos, don Diego se veía un cumplido mozo. Colgaba su capa española a lo largo del cuerpo, dejando ver el frac correcto de la época con amplia vuelta en torno del cuello.

Después de un momento de conversación, preocupado por la instrucción de la tropa, avanzó hasta los árboles que encuadraban la plaza.—"Me parecen simples reclutas, co-

ronel", dijo a Necochea.—"Así es;—repuso éste—pero creo que es buena gente y se conducirá bien en las batallas."

Cuando don Diego volvía encontró en la puerta de su alojamiento a doña Bernarda, a Carmen, a Mercedes Mena su prima, a la familia Mira y a otras personas distinguidas del vecindario. Cuando, después de algunas presentaciones sus ojos se encontraron con los de Carmen, el Ministro se adelantó obsequioso.

—Si la señorita tiene buena memoria...

—¡Oh! ¿Si la tengo? Pero no teme usted que le eche en cara lo olvidadizo? Ya han pasado siete años. ¡Calcule usted cuánta agua habrá pasado por el estero!

—Realmente. Pero yo no me olvidé. Era entonces un tarambana.

—Y yo una aturdida.

—Yo he dejado de serlo ya.

—¡Pues yo no!—y la niña le hizo una graciosa reverencia que ruborizó al Ministro y se alejó. Pero luego, volviendo por una idea rápida que le había venido, agregó:

—Anoche he contado en casa que yo he recibido un ramo de rosas de don Diego Portales con unos versos... para mí... Dígalo usted si es cierto.

—¡Ciertísimo!—exclamó el Ministro—las rosas eran bonitas; los versos feos; la intención la mejor del mundo.

—Las rosas se marchitaron ese día; la intención al día siguiente...

—¿Y los versos?

—Esos los guardo. .

—¿Me los dejará usted ver?

—Cuando sea usted Presidente o vuelva preso el mariscal Santa Cruz.

Todos celebraron el diálogo. Portales quedó pensativo y luego fué al jardín. Cuando iban a anunciar el almuerzo, el Ministro apareció de nuevo con un ramo de rosas y acercándose a doña Bernarda y sus acompañantes, dijo a Carmen:

—Esta vez son sin versos y delante de la mamá.

—Gracias. Creo que éstas van a durar más!—dijo Carmen.

—Y probablemente no le harán a Ud. reír.

—Y agregó—en voz más baja—rece usted por mí, que tiene una alma buena.

Carmen no pudo esta vez bromear. La voz triste del Ministro la hizo recordar la otra, la tierna, apasionada, entusiasta voz de antes y bajó los ojos.

Inmediatamente después del almuerzo el Ministro fué con sus acompañantes al cuartel de Cazadores. Allí vió los caballos, apreció como buen chileno sus condiciones, dictó medidas para la disciplina y la preparación del viaje y continuó su visita a los demás cuarteles. A las 2 de la tarde, bajo un sol tibio, comenzaron a salir a la plaza algunas compañías del regimiento. Esta vez el vecindario, que dormía la siesta, se había desinteresado ya del espectáculo esperando su repetición mientras durara la visita del Ministro. En la puerta del cuartel de Cazadores un corneta ensayaba su lección ejecutando repetidas veces un toque largo y lastimero que probablemente era el de silencio. Durante media hora no lo turbaban sino esas notas desafinadas y chillonas y el ruido de las marchas y contramarchas de la tropa. Los soldados habían recibido cartuchos a bala, los oficiales parecían inquietos, el coronel Vidaurre que se detuvo un momento en la puerta del cuartel para hablar con el Ministro, salió también afuera y muy pronto le envió un ayudante a decirle que el regimiento estaba ya formado.

Tres costados de la plaza presentaban la doble línea de soldados vestidos de brin blanco con la hilera uniforme de bayonetas centelleantes al sol. El viejo estandarte al centro, las cajas batían una marcha acompasada, nadie movía un músculo. El Ministro apareció al frente en la ancha y vieja puerta del cuartel. Era el representante del poder civil de Chile, ante la expedición. Ese hombre joven, pálido, con su frac abotonado, su sombrero negro, que miraba fijamente el cuadro militar que había soñado y preparado con su genio organizador, estaba frente a su destino y no lo veía. En el centro de la plaza y en línea recta a la puerta del cuartel, diez pasos delante del cuerpo y ochenta a cien distante de Portales, el coronel Vidaurre, de gran parada, tenía desenvainada la espada en medio de sus ayudantes. El Ministro estaba al frente de su victimario; pero no lo sabía. ¿Lo temía acaso? ¿Porqué no vacilaba? Lentamente, con la cabeza erguida, los ojos claros penetrantes, comenzó a recorrer cada compañía, mirando fijamente a los soldados, deteniéndose un momento ante los oficiales.—"¡Capitán—Tiene usted una hermosa compañía!" observa frente a Arrizaga.—"A las órdenes del señor Ministro!"—exclamó éste. Continuó Portales avanzando...

Entre tanto, a la orden de Vidaurre las compañías revistadas marcharon por de-



Señorita Carmen, usted es una niña y yo un hombre

trás. El coronel no fué preciso en la orden, pues sin prevenir que pusieran armas al hombro, cuando estaban en descanso, mandó desfilar. Hubo desconcierto y cada soldado hizo como pudo para quedar en situación normal. En ese momento el corneta de Cazadores seguía imperturbablemente repitiendo sus toques.

En medio del movimiento de tropas, Necochea observó que estaban encerrados en un cuadro estrecho y llamó la atención del Ministro. Pero la voz de un capitán ordenó preparar armas y apuntar y, avanzando hacia el Ministro, dijo con voz fuerte:

—Dése usted preso, señor Ministro, pues así conviene a los intereses de la República.

Lo demás lo conoce la historia y lo cuenta en crónica exacta. En la tarde, el vecindario de Quillota supo que don Diego Portales estaba preso. A las cinco de la tarde salieron en dirección a Valparaíso 300 soldados de infantería y 25 cazadores con carta para el coronel Boza, amigo, compañero y hasta compadre del conspirador.

Cuando en la mañana, salió el birlocho conduciendo al Ministro, escoltado por Florín, algunos cazadores y el resto de la tropa, Carmen Marín no pudo ver a su amigo; pero recordó sus palabras. Aún lucían frescas las rosas en el florero que estaba sobre su mesa.

—Antenoche—decían todos—llegó el Ministro gobernando y hoy va prisionero!

Ni los amigos ni los deudos de Vidaurre ni los enemigos del Gobierno, dejaban de condenar la traición del amigo y protegido.

—Así es la política!—decían unos.

—Esa es la carrera militar!—repetían los más, convencidos entonces de que la espada

impone también la traición, después de tanto motín y revuelta.

+ +

Desde ese momento el pueblo que había sido centro de la revolución, quedó velando día y noche en espera de noticias. El drama se había desarrollado rápido y silencioso, delante de los ojos espantados del vecindario y era natural que todo él permaneciera con el oído atento hacia Valparaíso. A sus puertas debía representarse el último acto. Si el coronel Boza participaba siempre de sus ideas y de sus compromisos con Vidaurre, el Valdivia haría causa común con el Maipú. Ignoraban en Quillota que Boza había sido retirado de ese puesto y guardaba prudente reserva delante de su amigo y compañero de armas metido ya en el océano tormentoso del rebelde.

En las buenas casas, y en los fundos vecinos, la gente dormía por turnos dejando siempre a algunos de los deudos en la puerta embozados al calor del brasero y en espera de mensajes. Pero nada llegaba. Hacia Valparaíso, la noche, la obscuridad, el misterio!

Doña Bernarda tuvo sin embargo en la mañana del cinco de Junio la noticia de un soldado desertor del Maipú que se había fugado a caballo y arrojado en el camino el uniforme. Era un individuo del fundo y el mayordomo no perdió tiempo en venir sigilosamente a contarle las noticias. Parecía que los mensajeros mandados por Vidaurre a Valparaíso regresaban con malas noticias: la revolución no prendía en el puerto.—"¿Se habían olvidado—decía Carmen—que allí conocen a don Diego?".—Agregaba el desertor que las tropas de Valparaíso habían tomado posiciones en el Barón.

Estas noticias que fueron transmitiéndose de boca en boca a todo el pueblo bajo promesa de secreto, hicieron nacer fuertes angustias en los enemigos del Gobierno y alentaron mucho a sus partidarios. Carmen Marín, a pesar de los tristes presentimientos que habían hecho nacer en su alma las palabras de su amigo, estaba segura de verlo otra vez en Quillota.

Cerca de la noche, dos nuevos desertores llegaron al pueblo. Estos no sabían explicar nada; pero revelaban el más profundo terror. Cuando el Gobernador se preocupó de hacerlos buscar habían desaparecido sin dejar rastro. Desde la oración, de hora en hora, algún galope resonaba en la calle y hacía salir a los vecinos en demanda de novedades.—"Se pelea desde Viña del Mar hasta el Barón"—era la respuesta.—"¿Y el Ministro?" Nadie sabía nada. Se suponía por algunos que regresaría escoltado a Quillota en caso de derrota de Vidaurre y el cura que era de esta opinión se preocupaba ya de preparar un plan de ataque contra los sublevados. A las tres de la mañana se sabía de un combate sostenido en que el éxito era dudoso para los amotinados. Desde ese momento, lo que parece inverosímil, comenzó a susurrarse que el Ministro no escaparía de la muerte. Sin embargo, Carmen Marín no supo una palabra de estas murmuraciones que tomaban cuerpo en la plaza.

Casi nadie dormía. Eran momentos de ansiedad y de dudas mortales. Se compadecía a Portales y a Vidaurre al mismo tiempo. No se sabía aún quién sería la víctima y el pueblo se inclinaba a lamentar la situación de ambos. Pero, a eso de las cuatro y media, muy obscuro el cielo todavía, ruído de galopes turbó la aldea. Primero pasaron dos soldados sin detenerse. El vecindario estaba casi todo acumulado en la plaza; se hablaba, se interrogaba; los hombres iban envueltos en sus ponchos de castilla y las mujeres en grandes **pañuelos de rebozo**; había algunas señoras que rezaban el rosario en voz alta. A cada instante se avisaba o se escuchaba el paso de nuevos soldados. Un individuo que pareció a todos un oficial, cubierto con una manta listada y sin sombrero, montado en un caballo obscuro que parecía venir de refresco, se detuvo en la puerta del gobernador y gritó con voz estentórea:—"¡El Ministro fusilado!" Luego apretó espuelas al caballo y siguió a galope tendido como en dirección a Santiago.

Carmen Marín había oído como todos. Se acercó temblando a su madre, se apoyó en ella, acercó su rostro quemante por las lágrimas a las mejillas de doña Bernarda y con la voz entrecortada por los sollozos le dijo:—"Recemos la letanía de la buena muerte, madre. Seguramente lo han fusilado." Y a esa hora mientras los revolucionarios volvían la espalda a Valparaíso, el cadaver del Ministro, de cara al cielo, yacía tendido en su sangre. Todo el mundo se arremolinaba frente a la casa de Morán. Este había recibido más noticias. Vidaurre estaba derrotado. Del Ministro no se sabía nada.

Y así llegó la madrugada, pasando los es-

píritus por las alternativas de las noticias. Nadie tenía dudas del aborto del movimiento; pero sobre la vida de Portales se abrigaban esperanzas. A medio día se conocieron los detalles: el Ministro de la Guerra había sido fusilado en el Barón, junto con Cavada.

Durante todo el día pasaron desertores por el camino y cerca de las tres de la tarde se escuchó un breve tiroteo cerca de Quillota. Grupos de infantes del Maipú pasaron por el pueblo con marcha veloz en completo desórden; iban heridos, cubiertos de polvo y no se detenían. Un cuarto de hora más tarde se escuchó un toque de clarines y a lo lejos, bajo el sol radiante, apareció la caballería de Valparaíso con las lanzas en ristre. Los oficiales, a pesar del ardor de la persecución, habían tenido tiempo de colocarse un trapo negro al brazo en señal de duelo.

✝ ✝

Se supo en Quillota que el día 5 de Julio habían partido de Valparaíso, en dirección a la capital, los fúnebres despojos del Ministro. El pueblo entero preparó el homenaje más conmovido y sincero a esta figura que crecía en el afecto nacional con la aureola del martirio. Se anunció que, cerca del medio día, se acercaría a la ciudad el cortejo salido de la plazuela de la Merced de Valparaíso, después de las honras religiosas celebradas por el descanso de su alma. En caballos, carretas, birlochos, a pie, cada cual según sus medios, el vecindario salió de la ciudad para ver pasar la procesión que iría a pernoctar más al sur en viaje a Santiago. Era pintoresco el espectáculo de la muchedumbre acampada a orillas del camino real, con servicios de mensajeros apostados a cierta distancia para conocer con exactitud la hora del tránsito. Se trataba de una solemne apoteósis, iniciada con las ceremonias de Valparaíso, la extracción del corazón del gran ciudadano y la solemne despedida del cortejo, al salir de la ciudad, prolongada a lo largo del valle central de pueblo en pueblo, de aclamación en aclamación, de iglesia en iglesia, hasta la entrada a la capital el día 13 en medio del pueblo, del ejército, del clero, de las corporaciones civiles, del Gobierno.

Estaba alto ya el sol, cuando las campanas de una capilla, situada en el caserío vecino a Quillota comenzaron a doblar. Muy pronto se escuchó en el silencio del campo el lúgubre són de las cajas militares. Destellaron a lo lejos las lanzas de los batidores y un grupo compacto, lento, fué marcando paso a paso sus formas. Interrumpido por las ondulaciones del terreno, por las cercas y matorrales de ambos lados del camino, presentando a veces la sola mancha de frente, y otras, una faja obscura y movible del costado, según el curso de aquél, el cortejo se iba aproximando en solemne formación. Luego la banda militar hizo escuchar los acordes de una marcha acompasada y pudo oirse el ruído sordo de la cureña, al pasar sobre los guijarros. Desgarrador y al mismo tiempo majestuoso, este cuadro del duelo y de la justicia postrera sobre un gran chileno, se desarrollaba al traves de los campos sembrando en todas partes un germen de respeto a la autoridad civil y un sentimiento de nacionalidad avanzada.

Al acercarse a la ciudad los restos, el gobernador, el cura revestido con los ornamentos, avanzaron por el camino al encuentro del ataúd. Allí recitó éste sus preces, hizo los asperges rituales y se colocó al lado de la caja, donde el estandarte patrio cubría con la sombra de la inmortalidad los despojos del mandatario.

Los batidores abrieron sus caballos para despejar del camino al pueblo que se arremolinaba en desórden. Todo el mundo se descubrió y las mujeres rezaron en voz alta al ver la cureña arrastrada por los soldados. Más atrás, una nota tristísima debía conmover hondamente a los vecinos de Quillota: el birlocho del Ministro, enlutado, seguía con su caballo tirado de las bridas por un sargento. Después, dos compañías de los cívicos que heroicamente habían resistido las fuerzas de Vidaurre y una del Valdivia que se mantuvo fiel al Gobierno.

En los momentos en que la cureña iba a enfrentar el grupo de las señoras donde los hacendados y las familias aristocráticas se arrodillaban instintivamente, Carmen Marín avanzó con el ramo de rosas ya secas en las manos y doblando una rodilla lo colocó sobre el ataúd.

El cortejo siguió con la gente de a caballo que había ido engrosándolo y que formaba ya un regimiento de gallardos jinetes. Allí se agregaron otros y a las dos de la tarde se perdía en el horizonte la nube de polvo levantada.

✝ ✝

Mientras se iniciaba el proceso de Vidaurre y sus cómplices, un hombre sufría en Chile torturas infinitas. El coronel Boza,



El cadaver del Ministro, de cara al cielo, yacía tendido...

que había sido comandante del Valdivia, hasta pocos días antes del motín de Quillota, estaba unido a Vidaurre por lazos de una gran amistad y compartía con él sus ideas, sus proyectos, sus esperanzas. Nunca se ha sabido cómo ni por qué fué separado del puesto en que debía secundar al comandante del Maipú; pudo ser causa la sospecha; pudo intervenir ese misterioso azar que desbarata ciegamente lo que los hombres combinan con trabajo. El hecho es que, mientras Vidaurre marchaba ciegamente al encuentro de su destino, Boza quedaba relegado a relativa obscuridad como jefe de los guardias cívicos del puerto.

La primera avanzada dirigida, después de la prisión del Ministro Portales hacia Valparaíso, llevaba una carta para Boza. ¿Llegó? ¿Se extravió en el combate? ¿Pasó a otras manos? En todo caso era tarde; ni Boza disponía del Valdivia ni, probablemente, en caso de disponer habría querido dirigir sus fuegos contra el Gobierno.

Eran los militares conspiradores las más complejas y románticas figuras que ofrezca la América del Sur. Dejemos a un lado los mestizos y mulatos, déspotas sanguinarios o ridículos mandones; los capitanes ambiciosos que seguían obsedidos por los planes de Bolívar; los dictadores que aspiraban a fundar con autoridad arbitraria una constitución de libertades; nos referimos solamente al jefe de regimiento, al autor de pronunciamientos, palabra castellana que



mientras los revolucionarios volvían la espalda a Valparaíso

han sacado de España todos los países para señalar este rápido golpe de armas que comienza en el rincón de una caserna y puede cambiar un gobierno. Son numerosos los que murieron por no delatar al amigo, por no dar luz alguna sobre los planes madurados. Tenían un código de honor especial, formado por monstruosas depresiones del sentido moral y por sublimes renuncias. Eran inteligentes, entusiastas, imaginativos, vivían sobre una inflamada concepción de ideales y quimeras, se creían obligados a poner su espada no al servicio del orden y de la autoridad, sino del principio que pugnaba desde abajo por imponerse. Los conspiradores estaban siempre con el débil contra el fuerte, con la minoría contra el Gobierno. Apenas triunfaban, ya volvían la espalda a la causa sostenida para prohijar lo que venía en seguida, como los tumbos que suceden a las olas en la incesante marea.

Carmen Marín había elevado, con el elocuente sentimiento de su juventud, un verdadero culto a Portales. Su madre, sus hermanos, sus primos, participaban por entero de este entusiasmo avasallador. Todo lo que publicaban los papeles, los editoriales oratorios de "El Mercurio", las notas solemnes de "El Araucano", los discursos, sermones, proclamas del ejército del sur, los acuerdos del Congreso, todo llegaba a casa de doña Bernarda antes que a parte alguna. Y allí se imponía del curso del proceso de Vidau-

rre el gobernador mismo, y allá llegaban en busca de noticias los vecinos. La frase de Portales dicha a Carmen, vaticinando su destino, había corrido de boca en boca. Nada tenía pues que el pueblo, comenzara a llamarla *"la novia del Ministro..."*

Después de escribir una carta a su pariente, la viuda Torreblanca, el coronel Boza llegó a Quillota a ocupar la misma habitación que tenía Vidaurre. Venía el militar demacrado y enfermo. Enfermo del cuerpo y del alma—como decía su esposa.—Allí debió soportar día a día la conversación sobre los hechos presenciados por toda esa gente. Supo todo lo odioso y aleve de las últimas escenas del motín. Se mostraba pensativo, cavilloso y un día, después de oír a Carmen recitar inspirada los versos de la poetisa chilena, su parienta inmediata.

"Justicia eterna ¿cómo así permites
que triunfe la maldad? ¿Así nos privas
del tesoro precioso,
en que libró su dicha y su reposo
la patria, y así tornas ilusoria
la esperanza halagüeña
que un porvenir a Chile prometía
de poderío ,de grandeza y gloria?"

el antiguo conspirador se conmovió de tal manera que sus lágrimas estallaron. Esa misma noche el coronel se confió en doña Bernarda y le expuso la inquietud de su alma. A pesar de haber sido retirado del Valdivia, el coronel podía haber sublevado al cuerpo. En este caso Valparaíso no habría resistido al primer ataque del Maipú y probablemente el Ministro no habría alcanzado a ser inmolado en el Barón. Si, en cambio, hubiera dado aviso al Gobierno de la conspiración, pidiéndole anticipadamente el perdón de las víctimas, habría salvado la vida de Portales y también la de Vidaurre cuyo proceso se terminaba ya, pidiendo la pena de muerte. El cuadro de sangre que se ofrecía a su vista le parecía causado por su debilidad. Boza era hombre de corazón y no encontraba paz alguna para su existencia, después de los hechos dolorosos acaecidos entre Quillota y Valparaíso en pocas horas que le parecieron un siglo.

Pero faltaba a su expiación la más dolorosa parte. Fusilado Vidaurre, su cabeza fué llevada a Quillota. Alzóse en la plaza un poste con una pequeña plataforma en su extremo y al són de tambores, se colocó el sangriento despojo en ella, mientras se leía una proclama del general en jefe del ejército restaurador a los soldados que Vidaurre había seducido: "La cuchilla sangrienta de la justicia ha descargado su terrible golpe sobre la cabeza del ex-coronel Vidaurre y siete más de sus principales cómplices en el motín del 3 de Junio... El primero, traicionando la confianza que el Gobierno depositó en sus manos y olvidando los inmensos beneficios con que le colmaba el Ministro de la Guerra, Portales, levantó el estandarte de la más negra rebelión..." El pueblo que asistía a este acto de terrible vindicta, se alejó en silencio.

Allí quedó, bajo la lluvia torrencial del invierno que había llegado tarde pero riguroso, la oprobiosa enseña de la justicia inexorable. Como estandarte de infamia y de vergüenza alumbró en las almas nobles pero extraviadas de los conspiradores, una nueva luz; los deberes de lealtad al Gobierno, la subordinación del ejército, el castigo del crimen político.

Boza erraba por los campos pensativo. A cada momento le parecía ver al amigo desgraciado que le reprochaba su abandono de última hora, su silencio, su debilidad. Vió desaparecer un día la cabeza de la picota, supo que un sargento la había encontrado entre unas matas de palqui comida de perros y abierto para ella una fosa con una cruz. No había otro símbolo que quisiera cubrir con el perdón estos pobres despojos profanados, que antes abrigaron ideas de ambición, planes de gobierno, cambios profundos en el país y ahora rodaban en la tierra maldecidos por los hombres. El coronel inclinó su alma ardiente a un exaltado misticismo. Una noche saltó los muros del cementerio de Quillota y, dirigiéndose, a la fosa donde quedaba la calavera del coronel Vidaurre, la sacó cuidadosamente y desde entonces la guardó con él.

SEGUNDA PARTE

Los años pasaron y la pobre y austera vida del país parecía recibir un soplo de renovación y de progreso. Era Santiago, a pesar de ser asiento del Gobierno, una simple capital de provincia, de área más extensa que la ciudad colonial; pero más polvorienta y abandonada. Aún se mantenía el carácter romántico y sentimental de las muchachas—relegado hoy día de las clases altas a otros intermedios—y parpadeaba sus últimos fulgores en el militar, esa llama entusiasta de la política que debía el mismo año



No es más ni menos que Fray Andrecito

—1851 — tener dos estallidos, puede decirse los últimos en nuestra historia.

Era un medio día de Marzo. El duraznero acababa de pasar con sus árguenas repletas, llenando la solitaria calle con sus sonoros gritos. De la vecindad del Mapocho venían los rebuznos de las recuas de cargadores de piedra y arena para alguna obra de la ciudad. Y podría decirse que la capital de la República no daba otro signo de vida, porque enmudecían sus campanas, tan vocingleras por la mañana y por la tarde; no traficaba un solo coche y las carretas estaban detenidas en las posadas, para dar a carreteros y capataces, lugar y tiempo de dormir la siesta después de la comida.

Una señora, hermosa y bien formada, probablemente vecina a los cuarenta años, pero ciertamente pasada de los treinta y cinco, estaba entretenida en bordar una alfombra para arrodillarse en la iglesia, tras de la reja de la ventana, en su señorial y vetusta casa que miraba al tajamar. Absorta durante mucho tiempo en su labor que consistía en recortar flores de lana de realce, sobre fondo negro, dejando redondeado sus bordes con gran prolijidad, había dejado de mirar hacia la vereda como era de costumbre. La Rosa **chica**, vieja sirviente de estatura monumental, que llevaba ese apodo porque en su infancia no se podía llamarla sin que apareciera su madre—que era

Rosa también—se había quedado embelesada en la labor de la señora, con las dos manos cruzadas sobre su abdómen prominente, e interrumpió el silencio, al ver al frente, arrimado a un álamo, un fraile en actitud estática:

—¿Ve la señorita ese religioso franciscano? Parece que estuviera esperando algo.

—No es ni más ni menos que Fray Andresito. ¡Qué ciega estás Rosa chica!

—Ahora se saca el sombrero y mira al cielo... ¿qué mirará?

—¡Y se santigua!

—¡Misericordia!

—¡Misericordia! —gritaron al mismo tiempo las dos mujeres, con palabras consagradas por la vieja tradición en Chile, cuando tiembla. Y en realidad temblaba porque vino un movimiento fuerte y después siguió un largo ruido y luego otro remezón que hizo salir a todo el mundo a la calle.

—Pero mire usted, señorita, exclamó la Rosa chica, mirando al lego que se alejaba. Bien dicen que es santo. A nosotras no nos cuentan cuentos, lo hemos visto.

—Así es, dijo la señora con sencillez. Es un santo. Y, como dicen que favorece especialmente a los que contribuyen al altar de una nueva santita, que es su patrona, yo le prometo una limosna si viene él mismo a buscarla. Tengo que saber algo que él solo me lo puede decir.

—Pues yo lo sé, señorita.

—¡Qué sabes tú!

—Digo: sé lo que su merced quiere saber.

—Ya lo creo. Eso te lo he dicho tanto. Si se habrá salvado el hombre que yo tanto quise.

Se trataba de Portales y la mujer era Carmen Marín. Muerta su madre, dueña de una fortuna, había rechazado un pretendiente. El culto al joven enigmático que apasionó sus quince años y que volvió más tarde a hablarle en víspera de su muerte, se mezclaba ahora a la inmortalidad de su fama. Habían cambiado en torno suyo las opiniones; después de la glorificación, la controversia; luego comenzaba una aurora tranquila de apoteósis histórica. Carmen no había cambiado. Si no fueran perecederas como nosotros, serían las mujeres los mejores pedestales para presentar a las generaciones futuras a los hombres de genio. Injustas y apasionadas a veces, comprenden al hombre como fué; no lo desfiguran, no lo analizan, no lo adulteran. Con los años, Carmen se había hecho religiosa. De la tragedia del Barón le quedaba la duda mortal de la católica sincera, ¿se habrá salvado?

Mandas, oraciones, novenas, misas, sacrificios y limosnas, consultas con teólogos y hombres de ciencia, todo lo había agotado.

Después de esa extraña escena del lego franciscano, que había presentido el temblor, Carmen pensó hacerlo su agente de investigación. Para probar, según sus ideas, la eficacia de la virtud del santo lego, quería que llegara por sí solo.

Y fray Andresito llegó un día, y fué ésta una prueba para Carmen, capaz de soportar todas las objeciones. Sin embargo, algo humano habría también en este milagrito. La Rosa chica le había contado a una comadre, que su señora era caritativa y que seguramente daría muchas onzas para el altar de la santa protectora del lego, en caso de recibir su visita. Y la comadre lo contó a un comerciante de la plaza, el cual era muy admirador del popular hermano franciscano.

✣ ✣

Todo el mundo le conocía. Bajo, humilde, vestido con la sarga azul de los franciscanos chilenos, el último de los hijos del *Pobrecito de Assis*, vivía como él pobremente y pedía limosna por los caminos. Era de fisonomía ruda y vulgar; parecía uno de esos campesinos canarios o de Vigo que han llegado más tarde como inmigrantes al país. Tenía sonrisa simple, maneras comunes, ojos que manifestaban una gran ingenuidad. Sus manos eran de artesano, sus piés estaban llenos de tierra en las sandalias enlodadas. De calle en calle, de puerta en puerta, de baratillo en baratillo, iba saludando a una gran clientela que lo amaba sin que él se explicara el por qué, que le daba limosnas para el templo y, en especial, para el altar de una nueva santa cuyos restos se había extraído poco después de 1800, de la catacumba de Priscila, en Roma, y cuyo nombre llevaba: Filomeno. Sirviente pobrísimo de una patricia



Ese era mi amigo, mi compañero de armas, y hoy es mi remordimiento, mi acusador

romana o princesa griega—como cuenta la romántica leyenda de la santa—recorría una ciudad lejana y apartada de la tierra, despertando con la simplicidad de su lenguaje del pueblo, una devoción que consolaba a muchos y multiplicaba en las pilas bautismales de las parroquias de Santiago, el nombre de Filomena, **filia luminis.** Los comerciantes lo interesaban ocultamente en sus negocios difíciles y, cuando el lego se presentaba al umbral de la tienda, se estimaba su visita de buen agüero. De allí comenzó a surgir y a tomar cuerpo la idea de que el lego tenía el dón de adivinar los más íntimos pensamientos, y así cuando le decía a alguien: "tenga paciencia que le irá bien", el cliente se retiraba confortado y seguro del éxito. Poco a poco cundió también la idea de que a la misma hora solía encontrarse a Fray Andresito en puntos apartados.

Pero su santidad no podía depender de estas ideas o conjeturas, sino de algo más poderoso y elocuente: de su infinita humildad, de su virtud reconocida, de su

a[illegible]r a los pobres. Como los santos, era [illegible]olo y dulce, no se dejaba arrastrar por la ira, aconsejaba a los errados, consolaba a los tristes, guiaba a la ovejita descarriada, y oraba con toda la fuerza de su alma cuando se encontraba a solas como en directa comunión con el cielo. Era entonces el único vínculo entre las más bajas y las más altas clases, tan separadas entonces: vínculo de amor y de piedad.

Tenía por los muertos ese culto popular que llega al corazón del hombre más duro cuando lo siente en propia carne. En los bolsillos de su hábito se le encontraban trozos de papel en que iba apuntando los fallecimientos que conocía por azar, en sus peregrinaciones al traves de la ciudad. En ellos podían leerse estas extrañas anotaciones: "Doña Micaela Baquedano. Otro hombre cigarrero, calle de la Merced, de postema. Un señor Cerda y Ossa, de Copiapó. Dos viniendo de California. Otro hombre que vino del Puerto a reconciliarse con la mujer y el señor Zilleruelo. El señor Cotapos. Una criada, calle de Huérfanos. Una vieja, calle de la Moneda. Otra pobre cayó muerta con la guitarra en la mano, calle de los Olivos. General Calderón y una vecina, de repente. A otro lo mató una carreta. Y otro hombre se botó al río. Una ahogada en una acequia. El 24, día de San Juan, se llevó el río porción".

Y por todos oraba igualmente el pobre lego, por la señora Baquedano, generosa benefactora, o por los dos desconocidos que venían de California; por el General o el rico comerciante, o por la criada vieja, o por la que murió con la guitarra en la mano, o por la ahogada en la acequia!

¿Qué de raro tenía que el pueblo lo interrogara sobre el destino de los deudos queridos? Cuando Carmen Marín lo vió entrar al zaguán de su casa, corrió a besarle el cordón del hábito, pero el lego la detuvo escandalizado. No olvidaba la señora la escena del temblor y tenía religioso respeto por el huésped. Lo acompañaba otro lego, flaco, pálido, que bajaba los ojos y no decía palabra.

¿Sabría algo Fray Andresito, de don Diego Portales? — "El señor Ministro— dijo—he oído tanto hablar.." Y se calló. La dama no sabía cómo preguntar sin herir la modestia del pobre franciscano. Buscó las onzas y las entregó al limosnero, pidiéndole rezara sin descanso por el alma del infortunado mártir de Quillota.

—¿Lo conocía la señora?

—Lo conocí — dijo Carmen — y habló con rapidez, con intensa pasión, con elocuencia de fuego, del mártir de Quillota, de las vacilaciones de Vidaurre, de las últimas palabras de su prisionero...

—Confíe en Dios, confíe en Dios—repetía el lego, asombrado del colorido con que esa mujer hacía revivir la figura del gran ministro.

El acompañante había dejado de mirar al suelo, sus manos anudaban y desanudaban el cordón, palidecía aún más que de ordinario y sus ojos destelleaban, y, antes que la mano del santo lego hubiera tomado su brazo para arrastrarlo, exclamó con voz ronca:

—Era un santo. Fué un martirio. Yo fuí uno de sus verdugos y talvez el peor de todos.

Las sandalias resonaron sobre los ladrillos polvorientos y mal cocidos; Carmen salió tras ellos para oír aún algo, pero ambos legos se alejaban hacia abajo y se perdían pronto de vista.

—¿Quién es? ¿Quién puede ser? ¡Ese sabe más que yo!

Y al volver a su habitación, sus ojos encontraron la miniatura de don Diego, joven de treinta años, pálido, de ojos serenos y brillantes, de finos y coloreados labios. Ese había sido el apasionado amante de sus quince años.

✦ ✦

Fray Andresito lo sabía bien. Oyó decir alguna vez que su acompañante había sido militar en el mundo. Pero eso era todo el conocimiento de su historia. Al llegar la noche y cuando ya los frailes se habían recogido, el santo lego fué a invitarlo, como era su costumbre en las Semanas Santas de los años pasados, para que lo ayudara a rezar la **vía crucis** en torno del edificio en construcción, cargando cada uno con una pesada cruz de espino.

En la tenebrosa noche, bajo el fulgor de las estrellas, en medio del silencio de

la ciudad, temprano dormida, interrumpida solo por los lamentos de los perros, los dos limosneros iban rezando y azotándose. Probablemente pocas cuadras más lejos caía en esos momentos en la sombra, con un solo quejido, algún hombre, que al día siguiente pasaría a figurar en los apuntes de Fray Andresito: "Otro muerto de una puñalada en el Zanjón de la Aguada".

Cuando los legos volvían a sus celdas, el viejo pidió humildemente:

—Hermano, pase usted a mi celda que tengo que hablarle.

Sobre la mesa, una calavera fijaba su mueca horrible y misteriosa sobre los religiosos.

Ese era mi amigo, mi compañero de armas—dijo el anciano—y hoy es mi remordimiento, mi acusador.

Y contó, llorando, llorando con la amargura más desgarradora, la breve historia que ya conocen mis lectores. El conspirador de antaño, el hombre de honor, de ese extraño y peculiar honor de la época, llevaba todavía abierta la herida de las desgracias que él creía haber podido evitar. Don Ramón Boza había entrado al convento de simple lego, abandonando su mujer y sus hijos, para pasar cada noche largas horas de una autoacusación trágica y dantesca, delante de la cabeza del compañero de su infancia, de su vida militar y de sus hechos de armas.

Era ya viejo, y antes de recibir las palabras de alentadora simplicidad que le dirigía el santo limosnero, su acompañante caía desmayado al suelo.

Pero, un mes después, el 20 de Abril, cuando su antiguo regimiento Valdivia se alineaba, sublevado, cerca del Cerro Santa Lucía, los religiosos lo vieron declarar a grito herido su grado militar. Sacó de un baúl el uniforme polvoriento y se ciñó la espada para ir a presentarse a los viejos soldados, como un renacido de las viejas campañas de revuelta, y llevarlos dóciles a las puertas de la Moneda. Porque el espectáculo del pasado había hecho al Coronel Boza, agente del orden y de la autoridad.

¡Oh falange de conspiradores de los primeros años de la República, románticos extraviados que jugabáis la vida a la puerta del cuartel, si volviérais a la tierra de Chile, iríais a prestar juramento al pié de la estátua de Portales!

Porque del sacrificio **del Ministro de frac y capa** en el Barón, viene en este suelo el imperio del gobierno civil sobre el sable!

JOAQUIN DIAZ GARCES.



Fotografías artísticas





Ofrecemos hoy a nuestros lectores las adjuntas fotografías artísticas, en el género del retrato.

Es la retratada la señorita Emma Osorio Schleyer, en quien se reúnen la sangre chilena, valga decir española, con la alemana pero cuyo tipo ofrece solo las características de la mujer andaluza, de pura raza.

Los quince años de la señorita Osorio, "the prime of life", como dicen los ingleses, llenos están de vida y de chispeante gracia.

En uno de los retratos aparece cubierta la cabeza con la clásica mantilla, que corresponde admirablemente al tipo de la retratada.

En otro se luce a maravilla la espléndida cabellera.

Fuera de las ventajas naturales del modelo, son estos retratos hermosos por la adecuación lógica de las partes al todo, por la sencillez, y, sobre todo por la expresión que es como el sello inconfundible de la vida.

R.



Puerto de San Antonio

PUERTO DE SAN ANTONIO. LAS OBRAS EN EJECUCION

La ejecución de las obras de mejoramiento del Puerto de San Antonio fué contratada por el Gobierno, en Agosto de 1911, con la firma Augusto Galtier. El valor del contrato asciende a $ 9.750,000 oro de 18 d, y el plazo de ejecución es de cinco años, contados a partir del día 14 de Agosto de 1911, fecha en que se redujo el contrato a escritura pública.

Se ejecutarán las siguientes obras, cuyo trazado puede consultarse en el croquis que va a continuación:

a).—un rompeolas de 1.450 metros de largo, que defiende el puerto por el sur y por el oeste, dejando encerradas 85 hectáreas de aguas tranquilas.

b).—300,000 metros cúbicos de terraplenes, correspondientes a 30 hectáreas que se ganarán al mar, defendiéndolos de este, por un macizo de enrocados;

c).—200 metros de malecones de concreto, de caracter definitivo, que forman parte del plan de desarrollo futuro del puerto, con 10.50 metros de agua a su pié, y a los cuales podrán atracar los más grandes buques que visiten nuestras costas;

d).—una darsenita para lanchas de 30,000 metros cuadrados de superficie, con sus malecones correspondientes, que tendrán tres metros de agua en toda su extensión.

\+ +

De las obras enumeradas, la darsenita para lanchas empezará a explotarse para el comercio en cuanto esté terminada, lo que ocurrirá en un año de la fecha, y podrá prestar importantes servicios, especialmente, para la descarga de carbón, aliviando así la difícil situación que ha de crearse a Valparaíso con motivo de la ejecución de sus obras de puerto.

Los malecones para buques deberán ser



Canteras, Mayo 1913

entregados seis meses antes del plazo total, o sea el 14 de Febrero de 1916, con la parte de rompeolas necesario para su abrigo.

El resto de las obras se entregará el 14 de Agosto de 1916.

✦ ✦

Los trabajos se iniciaron efectivamente a principios de Mayo de 1912, con la ejecución de enrocados de defensa de terraplenes frente al pueblo.

El tiempo transcurrido hasta esa fecha se empleó en la instalación de faenas, construcción de casas para obreros y empleados bodegas, hospitales, cuarteles, vías férreas, etc., y en la armadura de carros locomotoras, grúas, instalaciones de maestranzas, motores, etc., etc.

A principios del año en curso se contaba con las siguientes instalaciones y elementos:

Locomotoras armadas y en servicio (1 mt. de trocha)..... 6



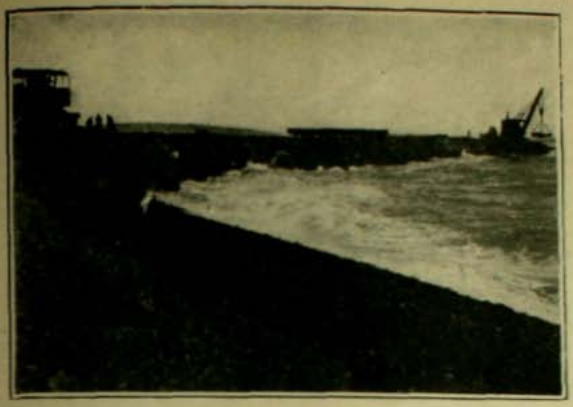
Faenas de enrocados, Septiembre 1912

Carros de carga armados..... 150
Grúas de 3, 10, 15 y 20 toneladas... 11
Clapet cargador de 200 mts. cúbicos. 1
Vías férreas de 1 mt. de trocha (klmts.)..... 10
Bodegas..... 5
Casas para empleados superiores.... 5
Casitas para obreros, con un total en piezas de..... 260
y con un total en cocinas de..... 102
Polvorín..... 1
Cuarteles para carabineros..... 3
Hospital..... 1



Canteras cargando piedras

Pulperías..... 3
Romana pesadora de carros..... 1
Una maestranza con todos los elementos necesarios, movida por dos motores de 30 caballos cada uno, y con sucursales en las canteras..... 1
Una instalación de aire comprimido, con un motor Wolff, semi fijo de 100 HP, y una comprensora, con la red de cañerías que distribuye la fuerza a las canteras donde trabajan 9 perforadoras en la preparación de los tiros..... 1
Una captación de agua potable en las canteras, con un estanque de concreto y red de distribución..... 1



Molo auxiliar, Diciembre 1912

Un drenaje cerca del pueblo, con bomba y estanque y cañerías de distribución..... 1

Una captación por drenaje en Barrancas, subterránea, con 150 mts. de drenes, que rematan en un gran pozo de concreto armado, de donde se eleva el agua, por una bomba movida por electricidad, a un estanque de 40 metros cúbicos situado a 35 mts. de altura; de este estanque se reparte el agua a toda la faena de Barrancas y campamento respectivo 1

Además la Empresa dispone de dos remolcadores para su servicio..... 2

✣ ✣

Las habitaciones obreras están divididas en dos campamentos principales que corresponden a las dos faenas más importantes: uno en las canteras, donde trabajan de 250 á 300 hombres, y el otro en Barrancas, donde están las faenas rompeolas, maestranza central, etc.

✣ ✣

En la actualidad, se trabaja en la preparación de la faena de fabricación de concreto para los grandes bloques del rompeolas y de los malecones.

Se construye al efecto un ferrocarril de 0.60 mts. de trocha, que irá hasta el estero de San Juan, a 10 kms. del puerto; a buscar arena para morteros. Se está preparando también la cancha de bloques.

Toda la instalación mecánica de betoneras, transportadores, etc. será eléctrica.

Los elementos de trabajo se van aumentando paulatinamente con más carros de carga, grúas, etc., y con gran titan para los bloques de concreto, cuya conjunción está muy avanzada.

Iniciados, como dijimos, los enrocados de defensa frente al pueblo (Fotografía 1), en Mayo de 1912, se continuó en ellos hasta el 1 o de Octubre del mismo año, fecha en que se remataron en el muelle, rellenándose después la superficie quitada al mar en esa zona.

En esos terrenos nuevos, se ha instalado un andarivel para descarga de materiales.

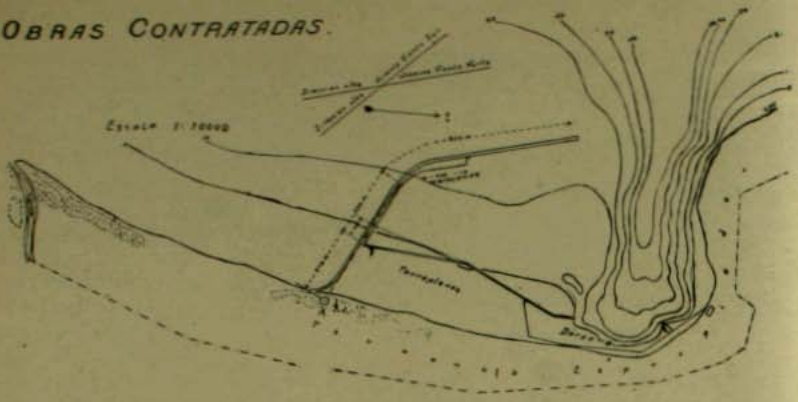
El mismo día 1.º de Octubre de 1912, se inició la ejecución del rompeolas, en Barrancas: a la fecha hay construídos 260 mts., con lo cual se ha llegado al límite de la parte terraplenada. Desde ese punto



Molo auxiliar y defensa de enlosados, 28 Mayo 1913

Puerto de San Antonio

Obras Contratadas.



hacia adelante, el rompeolas lleva un parapeto alto de concreto.

En Junio del mismo año, se inició la ejecución del molo auxiliar, que forma el costado sur de la darsenita y que es el límite de los terraplenes que quedan hacia Barrancas. En el mes de Febrero, se llegó a la línea límite de terraplenes, con un largo de 255 metros y se prosiguió con la defensa de enrocados hacia el sur y después hacia el norte, con el molito de defensa de la dársena, que tendrá 250 metros de largo, y del cual hay a la fecha construídos 150 metros. Se trabaja activamente en esta faena. (Fotografía 2).

\+ +

Por lo que dejamos descrito, se vé que la construcción de las obras del puerto de San Antonio, se ha enrielado definitivamente, marchando en perfectas condiciones, y todo hace presumir que se terminará dentro del plazo y en muy buenas condiciones.

X....





La vida de las abejas

Por

Mauricio Maeterlinck

EL VUELO NUPCIAL

I

...Veamos ahora de qué manera se efectúa la fecundación de la reina. Aún en esto, la naturaleza ha tomado medidas extraordinarias a fin de favorecer la unión de machos y hembras salidos de familias diferentes; extraña ley que no tenía por qué decretar, capricho o inadvertencia inicial en cuya reparación gasta las fuerzas más prodigiosas de su actividad.

Es probable que si hubiera empleado en asegurar la vida, en atenuar el sufrimiento, en mitigar la muerte, en apartar las amenazas de la casualidad, la mitad del genio que prodiga en la fecundación cruzada y en algunos otros deseos arbitrarios, el universo nos hubiese ofrecido un enigma menos incomprensible, menos penoso que el que tratamos de penetrar. Pero no es en lo que habría podido ser, sino en lo que es donde conviene sumergir nuestra conciencia, y el interés que la existencia nos demanda.

En torno a la reina virginal, viviendo junto a ella entre la muchedumbre de la colmena, se agitan centenares de machos exuberantes, ebrios siempre de miel y cuya única razón de ser es un acto de amor. Más, apesar del contacto incesante de dos inquietudes que en cualquiera otra parte salvan todos los obstáculos, jamás la unión se opera dentro de la colmena, y jamás se ha conseguido hacer fecunda a una reina cautiva. (*) Mientras permanece entre sus amantes, éstos ignoran su condición. Sin sospechar que acababan de dejarla, que dormían en el mismo panal que ella, que la han tropezado acaso en su impetuosa escapada, van a buscarla al espacio a los ámbitos más ocultos del

(*) El profesor Mc. Lain ha llegado ultimante a fecundar por medios artificiales algunas reinas, pero no sin recurrir a una verdadera operación quirúrgica, difícil y complicada. Por lo demás, la fecundidad de estas reinas fué tan restringida como efímera.





horizonte. Se diría que sus ojos admirables, que revisten su cabeza de un casco fulgurante, no la reconocen ni la desean sino al verla deslizarse por el azur. Cada día, de once a tres, cuando la luz brilla con más esplendor, y particularmente cuando el mediodía extiende hasta el confín del cielo sus alas azuladas para atizar la hoguera del sol, la horda empenachada se precipita en busca de una esposa más noble y más inesperada que todas las princesas cautivas de la leyenda, puesto que veinte o treinta tribus venidas de todas las poblaciones del contorno la rodean, formándole un cortejo de más de diez mil pretendientes; y que de entre estos diez mil uno sólo será el escogido para un beso único de un sólo minuto que le unirá a la muerte al mismo tiempo que a la felicidad, en tanto que todos los demás vagan inútiles en torno de la enlazada pareja y perecerán bien pronto sin volver a presenciar la aparición prestigiosa y fatal.

II

No exagero esta sorprendente y loca prodigalidad de la naturaleza. En las mejores colmenas se cuenta por lo común cuatrocientos o quinientos zánganos, mientras que en las colmenas degeneradas o más débiles, se encuentran con frecuencia cuatro o cinco mil, pues mientras más se acerca una colmena a su ruina, mayor número de zánganos produce. Puede decirse que por término medio una colmena compuesta de diez familias desgrana en el aire en un momento dado, un pueblo de diez mil zánganos de los cuales diez o quince a lo más tendrán la suerte de cumplir el acto único para que nacieron.

A la espera de su hora, agotan las provisiones de la colmena, y el trabajo incesante de cinco o seis obreras basta apenas para alimentar el ocio voraz y copioso de cada uno de estos parásitos que no tienen de infatigable más que la boca. Como que siempre es magnífica la naturaleza, cuando se trata de las funciones y de los privilegios del amor. Ella sólo mezquina los órganos y los instrumentos de trabajo, mostrándose especialmente ruda con todo eso que los hombres llaman virtud. Por el contrario, no cuenta ni las joyas ni los favores que esparce en el camino de los amantes menos interesantes. Su grito va a todas partes: "Unirse y multiplicarse; no hay otro objetivo que el amor"; —libre de agregar en voz baja:—"Y durar después si puede, que eso ya no me concierne." Inútil que se haga o se desee otra cosa: donde quiera se tropieza con esa moral tan distinta de la nuestra. Notad todavía en los mismos minúsculos seres esa injusta ava-





rícia y ese fausto insensato. De su nacimiento hasta la muerte, la austera servidora debe ir lejos, a los más espesos matorrales, en busca de una multitud de flores escondidas. Ha de descubrir en los laberintos de los nectarios, en los secretos escondrijos de las anteras la miel y el polen ocultos. Aun así, sus ojos y sus órganos olfativos son como los órganos de un impedido comparados con los de los zánganos. Y aunque estos estuvieran próximos a la ceguera y privados de olfato, no lo sentirían mucho y lo sabrían apenas. Sin cosa que hacer ni presa que perseguir, les llevan sus alimentos bien preparados y su vida se pasa en chupar la miel en los mismos panales, en la obscuridad de la colmena. Ellos son empero los agentes del amor, y los dones más enormes e inútiles son tirados a manos llenas al abismo del porvenir. Uno entre mil habrá de descubrir una vez en su vida, en lo más profundo del cielo, la presencia de la virgen real; uno entre mil deberá seguir un instante en el espacio la pista de una Le[illegible]ora que no busca la fuga. Eso basta. La pote[illegible]a sin equidad ha abierto al extremo y hasta el delirio sus tesoros fabulosos. A cada uno de esos amantes improbables, de los cuales novecientos noventa y nueve serán masacrados pocos días después de las bodas mortales del milésimo, le ha dado trece mil ojos a cada lado de la cabeza, mientras que la obrera tiene solamente seis mil ha provisto sus anatenas, según los cálculos de Cheshire, de treinta y siete mil ochocientas cavidades olfativas, mientras que la obrera no posee más que cinco mil.

He ahí un ejemplo de la desproporción que más o menos se observa en todo entre los dones que la naturaleza acuerda al amor y los que regatea al trabajo, entre los favores que distribuye a los que dan impulso a la vida en un placer y la indiferencia con que abandona al que se mantiene pacientemente en el esfuerzo. Quien quisiera pintar al justo el carácter de la naturaleza modelándola por tales rasgos haría una figura extraordinaria, sin ninguna relación con nuestro ideal, el que sin embargo, debe también provenir de ella. Pero el hombre ignora demasiado para emprender ese retrato, en el cual no podría poner sino una gran sombra con dos o tres puntos de una luz incierta.

III

Me figuro que ha sido bien poco penetrado el secreto de las bodas de la reina, verificadas en los repliegues infinitos y deslumbradores de un hermoso cielo. Pero es posible sorprender la indecisa partida de la novia y el retorno de la esposa asesina.

Apesar de su impaciencia, ha escogido su día





y su hora, y espera a la sombra de la entrada que una radiante mañana se extienda por el espacio nupcial desde el fondo del cielo azul. Su preferido es el momento en que un poco de rocío humedece con un ligero aliento las hojas y las flores; en que la postrera frescura del alba muriente lucha con el ardor del día, como una virgen desnuda en brazos de un fuerte guerrero; en que el silencio y las rosas del mediodía que se aproxima dejan aún penetrar de aquí y de allá cierto perfume de violetas matinales, algún diáfano grito de la aurora.

Aparece entonces en el dintel, en medio a la indiferencia de las *proveedoras* desocupadas o rodeada de obreras afanosas, según sea que deje hermanas en la colmena o que ya no sea posible reemplazarla. Comienza su vuelo a reculones, vuelve dos o tres veces a la tablilla de arribo y cuando ha grabado en su espíritu el aspecto y la situación exacta de su reino, que nunca viera desde el exterior, parte como una flecha hacia el cenit del azul. Pronto alcanza una altura y una zona luminosa que las demás abejas no afrontan en ninguna época de su vida. A lo lejos, en torno a las flores en que flota su pereza, los zánganos han percibido la aparición y respirado el perfume magnético que se dilata poco a poco hasta las colmenas vecinas. Muy luego las hordas se congregan y parten en su persecusión por ese mar jocundo de límites cada vez más dilatados. Ebria de su vuelo, ella obedece a la magnífica ley de la especie que va a escoger su amante y quiere que el más fuerte sea el único que la alcance en las soledades del éter; sube siempre, y el aire azul de la mañana se insufla en sus estigmas abdominales y canta como la sangre del cielo en los mil filamentos adheridos a los dos saquetes toráxicos que ocupan la mitad de su cuerpo y se alimentan del espacio. Sube aún: es preciso que alcance una región desierta que no recorran siquiera los pájaros que podrían perturbar el misterio. Se eleva más aún, hasta que el tropel disminuye y se desgrana debajo. Los débiles, los impedidos, los viejos, los enfermos, los mal alimentados de las familias inactivas o indigentes, renuncian a la persecusión y desaparecen en el abismo. No queda ya en suspenso en el ópalo infinito sino un pequeño grupo de infatigables. Ella exige un supremo esfuerzo a sus alas, y he aquí que el elegido de las fuerzas incomprensibles la alcanza, la coge, la penetra, y llevada por doble impulso la espiral ascendente de su enlazado vuelo se arremolina un segundo en el delirio hostil del amor.

IV

La mayoría de los seres tienen la impresión confusa de que un azar precario, una especie de tela





transparente separa la muerte del amor, y que la intención dominante de la naturaleza es que se muera en el instante en que se transmite la vida. Probablemente, es este temor hereditario lo que da tanta importancia al amor. Por lo menos en esto se realiza en su simplicidad primitiva esa idea cuyo recuerdo flota aún sobre los besos de la humanidad.

Tan pronto como la unión se ha celebrado, el vientre del macho se entreabre, el órgano se desprende arrastrando la masa de las entrañas, las alas se aflojan y, fulminado por el relámpago nupcial, el cuerpo vacío gira y se precipita en el abismo.

El mismo pensamiento que poco antes, en la partenogenesia, sacrificaba el porvenir de la colmena a la propagación insólita de los machos, sacrifica ahora el macho el porvenir de la colmena.

Este pensamiento asombra siempre: mientras más se le interroga, más disminuyen las certidumbres. Darwin por ejemplo, para citar sólo al que entre todos los hombres lo ha más apasionadamente y más metódicamente estudiado, Darwin, sin confesárselo bastante, pierde a cada paso su serenidad y desanda camino ante lo inesperado y lo inconciliable. Vedle, si queréis asistir al espectáculo noblemente humillante del genio humano en lucha con el poder infinito; vedle cómo trata de desentrañar las extrañas leyes, increíblemente misteriosas e incoherentes de la esterilidad y de la fecundidad de los híbridos, o las de la variabilidad de carácteres específicos y genéricos. Apenas ha formulado una ley cuando las excepciones sin número lo asaltan, y muy luego el principio derrotado debe darse por dichoso de hallar asilo en un rincón y de conservar a título de excepción, un resto de existencia.

Resulta que en la hibridez, en la variabilidad (especialmente en las variaciones simultáneas llamadas correlación de crecimiento), en el instinto, en los procesos de la concurrencia vital, en la selección, en la sucesión geológica y en la distribución geográfica de los seres organizados, en las afinidades mutuas como en todo lo demás, la intención de la naturaleza es cautelosa y negligente, económica y derrochadora, precavida y desatenta y empeñosa, agitada e immovil, una e innumerable, grandiosa y mezquina en el mismo momento y en un mismo fenómeno. Teniendo ante sí el campo inmenso y virgen de la simplicidad, lo puebla de menudos errores, de pequeñas leyes contradictorias, de pequeños problemas difíciles que se tropiezan en la existencia como ganados ciegos. Es verdad que todo esto ocurre ante el ojo humano que sólo refleja una realidad apropiada





a nuestra talla y a nuestras necesidades, y nada nos autoriza, para creer que la naturaleza pierde de vista sus causas y sus resultados contradictorios.

En todo caso, es raro que le permita ir demasiados lejos, hasta acercarse a religiones ilógicas o peligrosas. Ella dispone de dos fuerzas que siempre tiene razón, y cuando los fenómenos transpasan ciertos límites, hace indicación a la vida o a la muerte para que vengan a restablecer el orden y volver a marcar la ruta con indiferencia.

V

. . . . . .

VI

Volvamos a las trágicas bodas de la reina. Según el ejemplo que nos ocupa, la naturaleza quiere por lo visto, pensando en la fecundación por cruzamiento, que la unión del zángano con la reina sólo sea posible en pleno cielo. Pero sus deseos se mezclan como una red y sus más caras leyes han de pasar sin cesar al través de las mallas de otras leyes, las que un instante después pasarán a su vez entre las de la primera.

Habiendo poblado ese mismo cielo de innumerables peligros, de vientos fríos, de soplo de huracán, de vértigos, de pájaros, de insectos, de gotas de agua que también obedecen a leyes invencibles, es necesario que ella disponga sus medidas para que ese acoplamiento sea lo más breve posible. Así es, gracias a la muerte fulminante del macho. Basta un abrazo, y la continuación del himeneo se terminará en el propio seno de la esposa.

De las alturas celestes baja ésta a la colmena batiendo a su espalda, como un oriflama las entrañas desgarradas del amante. Algunos apidólogos pretenden que a este regreso preñado de promesas las obreras manifiestan una grande alegría. Büchner entre otros traza de esto un cuadro detallado. Yo he espiado bastantes veces el regreso nupcial y confieso no haber constatado mucha agitación insólita, fuera del caso en que se trataba de una joven salida al frente de un enjambre y que representaba la única esperanza de un colmenar recientemente fundado y todavía desierto. En tal caso todas las obreras están enloquecidas y se precipitan a su encuentro. Más por lo común, y bien que el peligro que corra el porvenir de la colmena sea con frecuencia tan grande, parece que la dan al olvido. Todo está previsto hasta el momento en que ellas permitieran la masacre de las reinas rivales. Pero más allá de esto su previsión se detiene; es como un vacío en su instinto. Alzan la cabeza, reconocen acaso el testimonio criminal de la fecundación, pero todavía descon-





fiadas, no manifiestan la alegría que nuestra imaginación esperaba. Positivas y tardas a la ilusión, antes de regocijarse esperan probablemente otras pruebas.

Uno se equivoca al pretender prestar lógica y humanizar al extremo todos los sentimientos de esos pequeños seres tan diferentes de nosotros. Con las abejas, como con todos los animales que llevan consigo un reflejo de nuestra inteligencia, se llega rara vez a resultados tan precisos como los que describen en los libros. Quedan por conocer demasiadas circunstancias. ¿Por qué mostrarlos más perfectos de lo son, diciendo lo que no hay? Si algunos creen que las abejas serían más interesantes si fueran parecidas a nosotros, será porque no tienen aun una idea justa de lo que debe preocupar a un espíritu sincero. El fin del observador no es el de asombrar, sino el de comprender, y es tan curioso señalar sencillamente las lagunas de una inteligencia y todos los indicios de un régimen cerebral que difiere del nuestro, como la misión de revelar maravillas.

Sin embargo, la indiferencia no es unánime en la colmena, y en el momento en que la reina sofocada llega a la tablilla de entrada, se forman algunos grupos que la acompañan bajo la bóveda, donde el sol, héroe de todas las fiestas del enjambre, penetra lenta y cautelosamente, y pinta de ambar y azul las paredes de cera y los cortinajes de miel Por lo demás la recién desposada no se agita más que sus súbditos, como si no hubiera absolutamente sitio para demasiadas emociones en su estrecho cerebro de reina práctica y bárbara. Su única preocupación es la de librarse lo más pronto de los inoportunos recuerdos del esposo que dificultan su faena. Sentándose en el umbral, arranca con cuidado los órganos inútiles, que las obreras se llevan al punto y van a arrojar lejos:—el zángano le ha dado todo lo que el líquido seminal en que nadan millones de gérmenes, los cuales, hasta su último día, vendrán uno a uno, el sángano le ha dado todo lo poseía y mucho más de lo necesario. Ella no guarda en su vientre el líquido seminal en que nadan millones de gérmenes, los masculino y femenino de que nacerán las obreras. Por curioso intercambio, es ella quien proporciona el elemento masculino y el macho el principio femenino.

Dos días después de la fecundación, la reina pone sus primeros huevos, y al punto su pueblo la rodea de cuidados minuciosos. Ya dotada de un doble sexo y encerrando en sí misma un macho inagotable, ella comienza su verdadera vida; no sale ya de la colmena ni vuelve a ver la luz, como no sea para acompañar un enjambre, y su fecundidad no se detiene sino a la proximidad de la muerte.



LA NOVEDAD DEL DIA



—¡Mamá! ¿Te fijas que ese caballero está tocando el piano con sus propias manos? Será un acróbata o un fenómeno?

—No hijito—Yo recuerdo que cuando era niña los tocaban en la misma forma.

LA TIRANIA DE LOS NIÑOS



Cuando Jesucristo dijo: "Dejad que los niños vengan a mí" no pensó en la Federación de Estudiantes. Y la Federación no ha pensado que tras de ella viene la mancomunal de los Penecas y la Cooperativa de los niños de pecho que pretenden imponer su voluntad en todo.

La felicidad en la vida modesta



Por ALBERTO EDWARDS

Es cosa sabida que los señores maridos pelean con las señoras mujeres y viceversa.

Si de tales conflictos se llevara cuenta y estadística, o mucho me equivoco, o quedaría perfectamente establecido que los tiempos de crisis económica y de malos negocios, son particularmente favorables a los desagrados domésticos. Ellos están, pues, ahora de actualidad. A raíz de la primera especulación desgraciada que registra la historia, aquella sobre frutos del país, o frutas del paraíso, de que fueron actores nuestros primeros padres, es fama que Adán y Eva pasaron los novecientos y tantos años que de casados les otorgó el Señor, en un sin fin de pleitos y recriminaciones, sobre a cuál de ellos cabía mayor responsabilidad en tan deplorable incidente... Y eso que entonces no se conocían aun ni los bancos, ni el papel moneda, ni el cambio a 9 peniques, ni las bolsas de comercio.

"Donde no hay harina, todo es mohina" dice un viejo y melancólico adagio español. La pobreza y la ruina perderían una buena parte de su horror, si por desgracia no trajeran aparejada la pérdida de la paz del hogar. Pero, si no siempre el ganar dinero y el hacer buenos negocios, es cuestión de buena voluntad, esta debe bastar, me lo imagino, para suavizar un tanto, las consecuencias domésticas de la falta de dinero.

Es claro que el marido que pierde en la bolsa y la mujer que no tiene dinero para mandar a la plaza, no han de tener el humor tan bueno como en las épocas de abundancia, pero un poquito de caridad y tolerancia recíproca, no vendrían sino muy bien en estos tiempos malos.

Los textos de Patología, reconociendo que las enfermedades varían hasta lo infinito, suelen describir un caso típico de cada dolencia. Es lo que voy a tratar de hacer aquí, respecto de esta verdadera epidemia moral. La historia que sigue no es la de ningún individuo en particular, pero ha de presentar puntos de contacto con la de muchos.

Viene el período de las vacas gordas... Todo el mundo se siente millonario, y el marido en cuestión, al igual que los otros. En el club corre el champaña a torrentes; los joyeros y los importadores de automóviles realizan negocios fabulosos; nadie vende, todos son compradores; de los labios de los gerentes de Bancos solo se escapa una sílaba: sí...

En el hogar se suceden, uno tras otro, los pequeños proyectos y las pequeñas realidades: el próximo viaje a Europa; la casa estilo Luis XV, el automóvil; y mientras ello viene, el marido no regatea el dinero y reina la abundancia.

Es cierto que las cenas en el club se prolongan hasta horas inverosímiles, que la señora come sola los más de los días, y

que, con bastante frecuencia, su dueño y señor se presenta en la casa en un estado poco conveniente... Pero, ¿Cómo enojarse por esas menudencias? Al día siguiente, la amable mujercita recibirá en premio de su indulgencia: un aderezo de perlas, un gran traje encargado a Europa, un abono en el Municipal, un veraneo costoso y distinguido y muchísimas esperanzas.

Como todo el mundo está loco, el marido también anda con los cascos a la ginela... De esa fortuna que ha crecido de pronto como la espuma, sólo realiza en efectivo aquellas pequeñas satisfacciones a la inmensa vanidad humana. ¿Tiene él solo la culpa?..

Seguramente que nó... Su mujer, en la mayor parte de los casos, es cómplice por lo menos, de tales devaneos... Y a la prueba me remito: haga cada una su examen de conciencia.

¿Pensaron un solo momento ambos cónyuges en el día de mañana? ¿Pensaron siquiera en comprarse una casita que les albergue en los tiempos malos, que en Chile nunca tardan mucho en venir?... Nó, ese mañana que debía ser nuestra meditación de todos los días, solo se les aparece en la forma de palacios, grandezas y paseos por Europa.

¡Cuánta felicidad rebosa, entretanto, el improvisado millonario!... Se siente fuerte, hábil, vencedor de la vida... No sabe dudar de su buena estrella... Su corazón está repleto de pensamientos altivos... Allí en lo más oculto de su alma, se alberga a lo más cierta compasión suave y misericordiosa, por los infelices mortales que no han triunfado como él. Cuando habla de negocios o de finanzas, parece que de sus labios no salen sino sentencias dignas de esculpirlas en bronce... Respira aplomo y seguridad.. ¡Es feliz!

También su hogar es dichoso, pero, por desgracia, no siempre aquella paz comprada con los halagos de una opulencia pasajera, es capaz de resistir a un cambio de tiempo.

Viene la crísis. ¡Cuándo en Chile no es Pascua!... El mundo sigue rodando alrededor del sol, los árboles floreciendo, pero en la bolsa ya no se suma, sino que se resta. El marido de nuestro cuento pierde como los demás; ni fué antes más hábil que los otros, ni es ahora más torpe; le sucede lo que a todo el mundo... Pero el hombre es un animal vanidoso... La señora ha oído de fuertes pérdidas, de quebrantos en los negocios, pero su marido trata de aparecer, como siempre, satisfecho y sonriente... ¡Un negociante de su fuste!... A él no alcanzan tales tempestades... Pero, aun contra su voluntad, ya el humor no es tan bueno como antes... Los regalos y los gastos comienzan a disminuír... Se enturbia el horizonte del hogar...

El gerente del Banco, portador autorizado de este género de infortunios, le llama una tarde... La cuenta es muy crecida, el margen escaso... "No gire, le dice, sin consultarme".

¡Liquidar!... ¿Qué queda de tantas glorias y lisongeras esperanzas? Nada, sino un recuerdo melancólico... Vamos capeando el temporal... Llega un día en que no hay remedio. El Banco no espera más. Entre estas trampas y las otras, todo se lo llevó el demonio. Falta la plata para el gasto del mes. Hay que vender esto o lo otro. La comedia ha concluído.

Hasta entonces nada sabe la mujer. Sospecha sí que los negocios ya no están muy buenos. Su marido anda terco y displicente, su aplomo ya no es tan seguro, habla menos de negocios, refunfuña al pagar... Pero, es tan duro confesar una derrota... El siempre aparece en su casa como un triunfador...

Es el período más doloroso del desastre... No se quiere decir que no hay nada, y ese órgano consumidor que se llama la mujer, continúa pidiendo...

Comienzan los choques... La tormenta está próxima...

Por fin la pobre, que en su vanidad femenina (poco diferente de la masculina) ha pregonado los triunfos de su esposo y triunfado de sus amigas y parientes, con esa insultante y desdeñosa compasión con que hieren desde lo alto las mujeres, llega a persuadirse de que su marido también es uno de los muchos fracasados, uno de tantos ricos de ilusión, un pobre diablo, arrastrado como los demás, por el vendabal de la crísis.

El ídolo ha caído. La dicha de ese hogar, fundada no en la virtud, ni en el aprecio mútuo, sino en la abundancia y en las pequeñas vanidades, se desploma también.

¡Qué cambio tan brusco para el infeliz!

Hábil financista antes y ahora insensato jugador.

Hombre ayer de empresa e iniciativa, y hoy un pelafustán bueno para nada

Alegre vividor mientras fué rico, incorregible tunante ahora que es pobre.

Aquel no es solo un desmoronamiento económico, sino también moral. Algún filósofo ha dicho que es tanta la diferencia entre el hombre que ha hecho su fortuna del que está por hacerla, que no parecen animales de la misma especie... Es libre el uno y esclavo el otro... ¿qué trastorno no ha de ser el pasar bruscamente de la primera categoría a la segunda? En este país, donde tales cambios forman la trama de la vida, para muchos individuos, no es raro que tantos hombres se mueran de repente; que el corazón funcione mal desde antes de los cuarenta años; que los sistemas nerviosos se desequilibren y que se profieran tantísimos desatinos, cuando de cuestiones económicas se trata. Por eso también somos una raza seria y melancólica; nuestra vida no es cosa de risa.

Las pobres mujeres parecen que en muchos casos no saben apreciar en su verdadero valor el profundo quebranto que trastorna a los hombres en tales circunstancias, y se obstinan con esa crueldad femenina, hija de la inconsciencia del dolor ageno, en revolver las heridas de sus maridos, en lo que éstas tienen de más sensible y delicado.

Fácil es imaginar una de tantas escenas.

El amor propio del marido ha retardado la confesión de la catástrofe; la vanidad de la mujer ha retardado también en seguida esa misma confesión, ante el mundo que la rodea. Sigue arrastrando coche; las cuentas de la modista apenas disminuyen. El pabellón de la fortuna se mantiene alzado a costa de los más humillantes sacrificios, de las angustias más crueles. Es el período de las trampas... Después viene el de la estrechez vergonzante, preludio quizas de la miseria.

—¡Pobres nervios aquellos!...

—Necesito dinero, dice la mujer... No se ha pagado ni la cuenta del almacén, ni la del carnicero, ni del panadero...

—¿No tengo? responde lúgubremente el marido.

—¿Y con qué te doy de comer entonces?

—¿Y de dónde saco yo dinero?

Allí comienza la más cruel, la más punzante de las recriminaciones...

—¿Y por qué no trabajas... No sirves para nada... En esos juegos de bolsa, has perdido lo tuyo y lo mío... En lugar de pasar borracho en el club, debías trabajar...

¡Trabajar!... qué fácil es decirlo y qué difícil hacerlo.

Es cierto que el pobre diablo sigue bebiendo copas en el club... En la inmensidad de su desastre, poco significan unos pocos pesos más, y el alcohol es aturdimiento y es olvido... ¿Por qué no trabaja?... ¿Dónde? ¿Cómo? ¿En qué? Todos los hombres que no han sido constantemente ricos desde la cuna, saben cuán difícil es ese problema, sobre todo a raíz de una de nuestras frecuentes catástrofes económicas... Los sitios en que se trabaja están ocupados por otros... Cada uno se ha hecho el suyo después de largo luchar, y no está dispuesto a cederlo.

¿Un empleo?... Aquella es la primera idea salvadora que se le ocurre al que ayer no cabía en el mundo... Sí, vamos a vegetar en una oficina... se dice, pero veámonos por lo menos libres de estas horribles angustias de cada instante.

Pero en Chile los empleos que son algo más que una mediania hambrienta, son escasos, y aun los que solo son esa ración de hambre, no se consiguen fácilmente... En tiempos de crisis los empleados públicos no se mueren, ni jubilan, ni mucho menos renuncian al destino. Para cada vacante hay un ciento de candidatos, y el pobre marido de nuestro cuento, bien pudo no ser el elegido.

Y, ¿qué cara pondría la intransigente señora, si su esposo le dijera... por ejemplo?

—Mira hijita, he buscado en que trabajar, pero no he encontrado nada mejor que la oficina de Registro Civil de Quilapilún... Vámonos pues allá... Si lo prefieres, puedo conseguir que don Fulano me nombre a mí mayordomo de su fundo y a tí llavera...

La escena subsiguiente a tales proposiciones, sería digna de ser escuchada.

—¿Pero acaso, le dirá después de cantarle una letanía de recriminaciones, pero acaso tú no sirves sino para em-

pleado? ¿Por qué no trabajas y te labras una posición tú solo, como tantos otros?... Pero como no sabes sino jugar en la bolsa...

Otra cosa más fácil de ser dicha que cumplida. Pocos negocios dejan de requerir un cierto capital, pocos pueden iniciarse en tiempos de crisis, cuando los viejos y bien establecidos, vacilan y languidecen; todos exigen un tiempo más o menos largo de preparación y expectativa.

¡Ah!... Si las señoras mujeres tuvieran un conocimiento más exacto de lo que es la áspera lucha de la vida, serían un poco más indulgentes...

—Mi marido tiene la culpa, dicen.

Pero es una culpa que deja de serlo, porque es la de todos. Tales son los sacudimientos y los vaivenes de nuestra enferma economía nacional, que solo pueden navegar seguros en ella, los barcos de mucho tonelaje.

Las cabezas mejor organizadas apenas pueden resistir las sugestiones de un medio, en que, con el intervalo de pocos meses, el dinero parece ya no valer nada, y todo sube de manera que el que no compra hace el papel de imbécil, o todo se vende y el dinero anda escaso y por los cuernos de la luna.

¿Cómo guardar el equilibrio?

Las señoras, que en el hogar desempeñan de ordinario el papel que en la política corresponde a los diputados de oposición, discurren acerca de tan complejísimo problema, con la fácil desenvoltura de quien no tiene otro trabajo que el de encontrar malo lo que hacen los demás.

—Yo no sé, me decía una, cómo hacen los hombres malos negocios, cuando es tan fácil hacerlos buenos... Basta con comprar cuando las cosas están baratas, y con vender cuando están caras.

¡Magnífico! Ni Leroy Beaulieu, discurriría mejor.

Pero otra cosa es con guitarra.

En tiempos de alza, todo parece barato, porque resulta siempre buen negocio comprar, y en tiempos de baja, todo parece caro, porque sucede precisamente lo contrario.

Ojalá nuestras simpáticas chilenitas, antes de anonadar a sus respectivos cónyuges con recriminaciones y exigencias, hicieran la siguiente meditación:

"Lo que le sucede a mi marido, le ocurre hoy a casi todos los maridos... Es verdad que mal de muchos es consuelo de necios, pero la universalidad del desastre, debe probarme por lo menos que no estoy casada con un hombre extraordinariamente inútil e incapaz... Lo mismo me sucedería si fuera la mujer de Fulano, o la de Zutano o la de Perengano".

"El pobrecito es, por otra parte, bien desgraciado. Ha perdido su fortuna, un porvenir que creía asegurado; las consideraciones que le rodeaban, la confianza en sí mismo... No hay sentimiento hondo en su corazón, desde el amor propio hasta el instinto de conservación, que no se encuentra profundamente herido".

"Nada tiene de seguro, ni siquiera el día de mañana... Apenas duerme de noche... No puede salir a la calle sin toparse con malas noticias o acreedores exigentes... Es ahora para él un suplicio franquear esos umbrales del Banco, de la bolsa, del club, que ayer no más pisaba con ademán de triunfador y el corazón repleto de orgullo."

"Perdonémosle, pues si sus nervios no se encuentran ahora tan buenos como antes, y no aumentemos sus padecimientos, arrebatándole la poca paz de que aun puede disfrutar en el descanso del hogar."

Sabia política sería esta de parte de las señoras mujeres. Se podría hacer un cuadro sinóptico de sus resultados prácticos, comparados con los de la política contraria.

Si el marido encuentra en su casa el olvido de sus dolores, no lo buscará en el aturdimiento del alcohol. Si no le aguardan allí recriminaciones y exigencias, conservará mayor ánimo y presencia de espíritu y será, por tanto, más capaz de regularizar su situación y de prepararse mejores días para el porvenir... El orden útil siempre, pero, indispensable en épocas de ruina y desastre, no se restablecerá en la hacienda privada, si en el hogar sientan sus reales la disputa y los empecinamientos de la vanidad.

Así una mujer puede auxiliar muchísimo a su marido en las circunstancias críticas. En la mayoría de los casos, de ella dependerá que aquel hombre arruinado, encuentre el camino de su salvación o que, desesperado y fuera de tino,

se precipite en el abismo del vicio, de las trampas o acaso en el del deshonor.

¡El buen consejo! Instrumento difícil de manejar es este y que requiere prudencia cual ninguno. Uséalo con exquisito tacto las señoras mujeres... Los consejos no ayudan a pagar, y no pocas veces en la desgracia irritan... Mientras más grandes hayan sido los fracasos experimentados por un hombre, su amor propio es más sensible. Al recibir consejos de su mujer, se siente humillado, inferior a ella, en la situación de aquel a quien se juzga incapaz de valerse por sí mismo. No pocas tormentas conyugales, de estas inherentes a los períodos de crisis, comienzan por un consejo dado con la mejor intención. Un "¿qué sabes tú?" un golpazo en la puerta de calle, una de copas en el club, o un disparate mayúsculo en los negocios, suele ser el resultado final de la femenil homilía.

Mucho y muy largo podría escribirse sobre este interesante problema económico doméstico...

Para terminar, permítasenos hacer una súplica a las mujeres de todos los maridos de Chile.

¡Piedad! Mucha piedad para los pobrecitos hombres que luchan en el mar tempestuoso de este país sacudido por tantos vaivenes, y donde—desde la opulencia a la miseria—suele haber un camino corto que el que en Roma conducía desde el Capitolio a la Roca Tarpeya.

ALBERTO EDWARDS.

EL BUEN TURCO

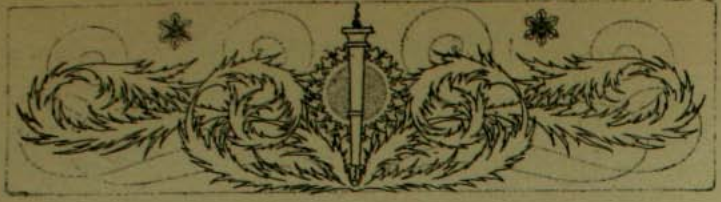
Existe comunmente la idea de que el turco es un sér tosco, brutal y sanguinario. M. Pierre Loti protestaba poco ha, desde las columnas de un diario de París, de esta falsa creencia y mal adquirida reputación. M. Albert Gabriel que "quedó encantado de la hospitalidad de los turcos de Anatolia" trata también de combatir en la Revue socialiste esta opinión general. Al mal turco él opone el buen turco, el turco dulce, servicial, tierno con los animales:

"Un día, dice, que hacía yo en coche el trayecto de Sorna a Perzame, el cochero turco que me conducía, detuvo de pronto el caballo, y saltó del pescante a tierra. A pocos metros delante del coche, una soberbia tortuga dormitaba en medio del camino; la cogió cuidadosamente y la dejó sobre la yerba de la cuneta. Yo le pregunté entonces si creía que aquél obstáculo pudiera estorbar al vehículo:—"Oh, no—respondió sonriendo, pero podría haberle roto las patas". El mismo hecho se repitió diez veces a lo menos durante el trayecto; cada vez el compasivo cochero se bajaba y quitaba la tortuga del camino".

Es innegable que este hombre tenía buenos sentimientos y amaba a los animales. Ahora bien, ¿podemos tomar a este como el tipo del turco? Podrá tener razón M. Albert Gabriel, a pesar de las crueles historias que en otros tiempos hemos oído referir. Puede ser. Por otra parte tiene razón en poner a los lectores en guardia contra esas habladurías, esas leyendas que inspiran "para toda una raza, sentimientos de desprecio y de odio".

Pero, estas historias, estas leyendas, ¡oh Revista socialista! ¿No las hemos oído referir tanto tiempo por los mismos jefes socialistas, que nos pintaban al turco como un verdugo? Sin embargo, ahora resulta que el turco, es cochero que cuida de las tortugas. Lo más prudente será atenernos a un justo medio. Ni tanto, ni tan calvo.

R.



EL CALENDARIO EN LA MEMORIA

Muchos de nuestros lectores habrán oído hablar de Inaudit, el maravilloso calculista mental, que ha paseado sus chistes por las principales capitales de Europa y América.

Ese hombre produce su sentimiento de estupor. Reduce de memoria, y en pocos segundos las más difíciles operaciones aritméticas. Multiplica dos cantidades de diez cifras cada una y extrae raíces cúbicas con números que llegan al millón y calcula intereses compuestos casi con la misma facilidad que un hombre vulgar suma dos con dos.

Una de sus hazañas consiste en adivinar (así parece, al menos a primera vista) el día de la semana en que ha caído una fecha cualquiera.

Esto último no es sin embargo tan difícil, como pudiera creerse. Existen en efecto, sistemas de cálculo mental que permiten llegar al mismo resultado, con bastante rapidez, a cualquiera persona medianamente familiarizada con los números.

Vamos a dar a conocer uno de esos cálculos, aplicable, por de pronto, solo al siglo XX.

Se pregunta por ejemplo, qué día de la semana fué 18 de septiembre de 1910.

La regla es muy sencilla. Consiste en sumar las dos últimas cifras del año, es decir 10, con su cuarta parte, es decir 2, más la fecha del mes, esto es 18, más un número que varía para cada uno de los meses, y que para Septiembre es 6. En resumen 10 + 2 + 18 + 6 = 36. Se divide esta suma por 7. El cuociente es 5 y la resta 1. Esta resta indica el día, que es 1 para el Domingo, 2 para el Lunes, 3 para el Martes, 4 para el Miércoles, 5 para el Jueves, 6 para el Viernes y 7 para el Sábado. El 18 de Septiembre de 1910 cayó pues en día Domingo.

No es difícil obtener en la memoria los números correspondientes a cada mes. Enero es 1, Febrero 4, Marzo 4, Abril 0, Mayo 2, Junio 5, Julio 0, Agosto 3, Septiembre 6, Octubre 1, Noviembre 4 y Diciembre 6. En los años bisiestos el número de Enero es 0, y el de Febrero 3; los demás meses como en los años corrientes.

Si la fecha pedida pertenece al siglo XIX basta añadir 2 a la suma.

Se pregunta qué día de la semana fué el 21 de Mayo de 1879.

La operación es sencillísima: 79 + 19 + 21 + 2 + 2 = 123, dividido por 7, el cuociente es 17, y la resta 4. Ahora bien 4 corresponde a Miércoles.

Si la fecha corresponde el siglo XVIII, se añade 4 en lugar de 2, y si el siglo XVII, 6.

Se pregunta qué día de la semana fué el 14 de Julio de 1789.

Haciendo la misma operación ya apuntada tendremos: 89 + 22 + 14 + 0 + 4 = 129, que dividido por 7 da 18, y de resta 3, esto es Mártes.

Ya se vé pues que no era imposible a un hombre como Inaudit, tener un calendario perpetuo en la punta de la lengua.

EL PALQUI

En cierto modo, el adagio vulgar "más conocido que el palqui", no deja de tener su razón de ser. Por de pronto, este arbusto, de tan humilde aspecto, pertenece a una de las más extensas y distinguidas familias del reino vegetal: la de las solanáceas. Esto quiere decir que es pariente muy próximo de la papa, del tomate, de los pimientos, de la berengena, del ají, y de otras muchas plantas capaces de proporcionar a los vegetarianos, argumentos sabrosos y de muchísimo peso .



Rama florida de Palqui (Cestrum palqui)

Pero lo que distingue principalmente a las solanáceas, son los principios activos que estas plantas contienen casi siempre... Tal es el caso del tabaco, el dulce narcótico que hace las delicias de media humanidad y proporciona a los fiscalistas de tantos países, un medio fácil y seguro para salir de apuros... Los médicos pueden decir del tabaco lo que quieran, los hombres seguirán fumando y los propios médicos dando el ejemplo. En compensación, las solanáceas proporcionan al arte de curar no pocos medicamentos. Recordaremos el estramonio, el beleño, la dulcamara y la belladona. En Chile se usa el "piche" (Fabiana imbricata) contra la enfermedad llamada de los pirigüines; el huevil, contra la disentería y el chavalongo, y el propio palqui, como luego lo veremos, posee también grandes virtudes medicinales. Algunos arbustos chilenos de esta familia, presentan curiosísimas propiedades. Así, el latué (Latua venenosa, de los botánicos) que se cría en las húmedas selvas del Sur, produce unos frutos narcóticos que causan la demencia. Por eso se le llama "palo de los brujos". Es indudable que los viejos machis de Arauco le han empleado como instrumento de sus maleficios.

Muy conocido es el palqui, pero aun no sabemos si este es el verdadero y primitivo nombre del arbusto. Limeo lo llamó Cestrum parqui, y parquí lo llamaron L'Heritier (1770) Feuillée y Gay... Evidentemente solo por corrupción los modernos hemos cambiado la r en l, y colocado el acento en la primera sílaba y nó en la segunda, como antaño. El abate Molina le llamó "Cestrum nocturnum", acaso porque el arbustito es más fétido aún de noche que de día.

Sin embargo, en los nombres geográficos de Chile ha prevalecido la forma más común, esto es, palqui. Así decimos Palquico (agua de palqui), Palquibudi, etc.

El género Cestrum, a que pertenece el palqui, comprende numerosísimas especies, en todo caso más de cien, originarias todas ellas de la América tropical. En este país solo existe una, y es la que nos ocupa. A pesar de que nos parece que nada hay más chileno que el palqui, el conocidísimo arbusto no es peculiar de Chile. Se le encuentra además en una buena parte de la América caliente, en el Perú, en el Brasil, en el Paraguay y en el Uruguay.

Entre nosotros se extiende expontáneamente desde Illapel hasta Concepción, pero se ha introducido, siguiendo al hombre, en algunas localidades fuera de dicha zona. Es, en efecto, un hecho curioso y que se ha observado además en otras plantas, la predilección que muestra el palqui, por la vecindad de las habitaciones humanas. Aun en el centro del país, es mucho más frecuente encontrarlo, cerca de las casas que en pleno campo. En

la isla de Juan Fernández, donde el palqui fué introducido hace ya muchísimos años, pues Scowler lo encontró allí en 1824, no vive sino en los alrededores de las casas de la bahía de Cumberland. En Más Afuera y en la Mocha sucede lo mismo. En esta última isla solo se han observado muy pocos ejemplares, todos en la vecindad de las casas de la hacienda.

Casi nos parece inútil describir el palqui. Muy pocos no habrán visto ese arbustito de poco más de un metro de alto, de tallos derechos, de hojas lanceoladas, parecidas a las del laurel, de un verde lívido, flores de un amarillo sucio y pálido y cuyas frutas son unas pequeñas bayas purpúreas, que semejan cuentas de rosario.



La Mariposa del Monroy reducida a la mitad de su tamaño natural

La planta entera está cubierta de glándulas que despiden un olor desagradable, sobre todo al anochecer y en el otoño.

Desde muy antiguo son conocidas las virtudes medicinales del palqui. El padre Rosales, en su Historia de Chile, escrita a mediados del siglo XVII, dice que el jugo de sus hojas, exprimido sobre los tumores cancerosos, los mejora, les impide seguir su marcha, los limpia y desinfecta. Según el mismo autor, los indios hacían uso del mismo medicamento, contra las fiebres. El modo de emplearlo era el siguiente. Tomaban las ramas tiernas y las raspaban ligeramente, sin llegar a la segunda corteza; depositaban esas limaduras en agua, las sacudían con fuerza, las filtraban y le añadían azúcar a la infusión, que daban a beber a los enfermos de fiebres coléricas, sanguíneas o pútridas. Agrega el mencionado historiador, que los efectos de esa bebida eran maravillosos.

Hoy mismo, el palqui se usa ámpliamente en nuestra farmacopea popular. Sus efectos son principalmente sudoríficos. El doctor Murillo le consideraba muy poco inferior al famoso jaborandi del Brasil, y creía muy justificada la confianza que el pueblo tiene en sus virtudes.

Usado en lavatorios, con el añadido de algunas claras de huevos, el palqui ha sido recomendado en las fiebres de primavera y aun en la tifoidea.

El jugo de sus hojas frescas, exprimidas en un poco de agua, se emplea con ventaja en las exzemas, en las herpes y en casi todas las afecciones agudas de la piel, que se caracterizan por la presencia de vesículas o ampollas.

Como se vé, el humilde arbustito, que constituye uno de los espectáculos más caseros y triviales de la vida del campo en Chile, tiene virtudes que no desmerecen de las de muchos apreciadísimos vegetales exóticas.

Pero es de Chile, se le encuentra en todas partes, tiene un aspecto modesto, y quizás por esto no ha sido objeto de un estudio detenido. Si fuera originario del Congo o de la Península de Kamtchaca, ya lo estaríamos pagando a peso de oro, metido en frascos de formas fantásticas, bajo un nombre rimbombante y difícil de pronunciar.

Es evidente, sin embargo, que este vegetal debe contener un principio activísimo que merecería ser estudiado. La circunstancia de pertenecer a la familia de las solanaceas, es ya un antecedente.

Además, los campesinos saben muy bien que el ganado criollo no come el palqui, y que los animales importados, cuando lo comen, enferman y aun mueren. Los síntomas del envenenamiento son: atontamiento, hinchazón abdominal, disminución de orina y constipación.

¿Por qué no se estudia el principio activo del palqui? ¿Acaso no se llegaría a dotar con un nuevo y poderoso específico a la farmacopea moderna?

El citado doctor Murillo lo empleaba como febrífugo en la siguiente fórmula, para ser tomada en dos porciones:

Infusión de palqui, 100 gramos.
Licor de acetato de amoniaco, 10 gramos.
Jarabe de borraja, 15 gramos.

Bien dicen que nadie es profeta en su

tierra. En Europa ¿quién lo creyera? el palqui es una planta de adorno, como algunas otras del género Cestrum.

En efecto, se cultivan allá en conservatorios, el Cestrum alaternoides de la Trinidad, el Cestrum aurantiacum de Guatemala, el Cestrum coryumbosus, el Cestrum elegans, el Cestrum fasciculatum, el Cestrum Meuvelli y el Cestrum roseum de México.

Nuestro palqui, en cambio, soporta el aire libre en los países marítimos y no demasiado fríos de Europa. En Inglaterra se le cultiva en exposiciones abrigadas, como aquí el jazmín del cabo, desde 1787!

No queremos concluír estas breves líneas sobre el palqui, sin decir unas palabras acerca del temido monroy.

El monroy, como se sabe, es un grueso gusano verde que se encuentra con mucha frecuencia en las matas de palqui. El pueblo teme su mordedura como muy venenosa.

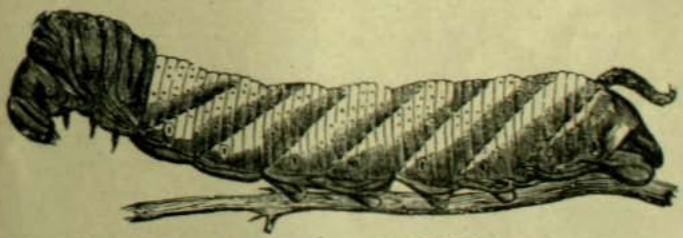
Este hecho, de ser exacto, lo que no nos parece probable, sería extraordinariamente curioso... ¿Acaso las propiedades activas del arbustito en que vive, se concentrarían en él monroy, por el hecho de alimentarse con sus hojas?

Bien puede ser, pero, lo repetimos, la cosa no es muy probable.

El monroy es la larva de una bella mariposa nocturna, que todos hemos visto revolotear durante las noches tibias, alrededor de las lámparas, en el campo. Esa mariposa, de color café, con las alas posteriores pintadas de rojo, es una de las más gruesas y vistosas de nuestra fauna. Su vida en el estado de insecto perfecto, ó de mariposa, es muy breve, como la de todas las de la familia de las esfingidas... La mayor parte de su vida transcurre en forma de larva, como le sucede también al gusano de seda.

A falta de mayores datos, aconsejaríamos a nuestros lectores, lo que el cura del cuento aconsejaba a sus feligreses respecto de los brujos... "No hay que creer en los maleficios del monroy, pero mejor es cuidarse de ellos".

Cosa parecida diríamos acerca del palqui... Sus virtudes medicinales son evidentes, pero para nosotros los profanos, lo mejor cuando se cae enfermo, es llamar al médico



El Monroy, gusano del Palqui

EL TONEL DE AMONTILLADO

Por EDGAR POE

Ilustraciones de Gordon

Yo había soportado lo mejor que había podido las mil injusticias de Fortunato; pero cuando llegó al terreno del insulto, juré vengarme. Ustedes, sin embargo, que conocen la naturaleza de mi alma a fondo, supondrán desde luego que no formulé ninguna amenaza. A la larga yo debía vengarme; era asunto definitivamente resuelto; pero la misma perfección de la resolución excluía el peligro. Yo debía no sólo castigar, sino castigar impunemente. Una injuria no queda lavada, cuando el castigo alcanza al que intenta lavarla; ni tampoco cuando este último no tiene cuidado de darse a conocer al que la cometió.

Hay que tener en cuenta que yo no había dado a Fortunato ningún motivo para dudar de mi benevolencia, ni con mis palabras, ni con mis acciones. Según mi costumbre, seguía sonriéndole siempre, y él no adivinaba que mi sonrisa no traducía sino el pensamiento de su inmolación.

Este Fortunato tenía un punto flaco, por más que bajo los demás conceptos fuese un hombre respetable y hasta temible. Gloriábase de ser inteligente en vinos. Pocos italianos lo son en verdad; su entusiasmo es generalmente prestado y acomodaticio según las ocasiones; es un charlatanismo a propósito para impresionar a los ingleses y austriacos ricos.

En materia de pinturas y piedras preciosas, Fortunato era tan charlatán como sus compatriotas; pero en materia de vinos añejos, era sincero. Bajo este punto de vista, yo no me diferenciaba mucho de él; hasta me tenía por gran conocedor de las bodegas italianas, y compraba, cuando podía, grandes cantidades de sus vinos.

Una noche, al obscurecer, en medio de la locura del carnaval, encontré a mi amigo. Saludóme con mucha cordialidad, porque había bebido mucho.

Mi hombre estaba disfrazado. Llevaba un traje ceñido, y su cabeza estaba adornada con un sombrero cónico con cascabeles. Me alegré tanto de encontrarle, que creí que no acabaría nunca de estrecharle la mano.

Díjele: Mi querido Fortunato, ¡le encuentro a Ud. en la mejor ocasión! ¡Qué excelente humor tiene Ud. hoy! Pero he recibido una pipa de amontillado, o por lo menos de un vino que me dan por tal, y tengo mis dudas.

—¿Cómo? dijo, ¿amontillado? ¿Una pipa, y en medio del carnaval? ¡Imposible!

—Tengo mis dudas—repliqué—y he sido bastante torpe para pagar el importe total del amontillado sin consultarle. No me fué posible encontrarle, y temí perder la ocasión.

—¡Amontillado!

—Tengo mis dudas.

—¡Amontillado!

—Y quiero salir de ellas.

—¡Amontillado!

—Puesto que Ud. parece que está invitado en alguna parte, voy a buscar a Lucchesi. Si alguien tiene sentido crítico, es él, y me dirá...

—Lucchesi es incapaz de distinguir el amontillado del jerez.

—Y sin embargo hay imbéciles que sostienen que tiene tanto gusto como Ud.

—¡Ea, vamos!

—¿A dónde?

—A su bodega de Ud.

—Amigo mío, nó; no quiero abusar de su amabilidad. Veo que está Ud. invitado. Lucchesi...

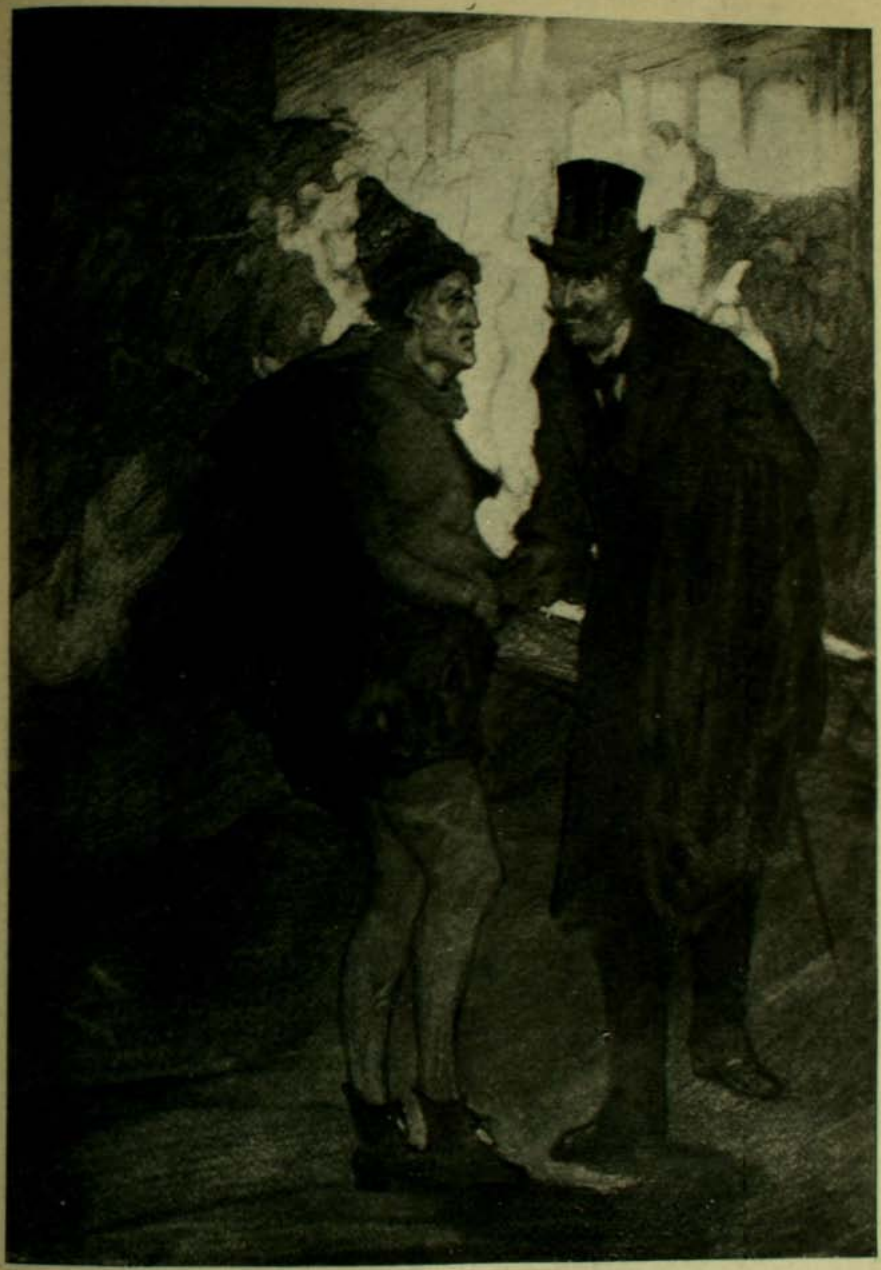
—No estoy invitado en ninguna parte; vamos andando!

—Amigo mío, nó; no es cuestión ya de la invitación sino del frío cruel que veo que siente Ud. Las bodegas están insoportablemente húmedas, como que están cubiertas de nitro.

—¡No importa, vamos! El frío no me hace nada. ¡Amontillado! Le han engañado a Ud. Y en cuanto a Lucchesi es incapaz de distinguir el jerez del amontillado.

Así hablando, Fortunato se apoderó de mi brazo. Yo me puse un antifaz de seda negro y envolviéndome cuidadosamente en mi capa, me dejé llevar hasta mi palacio.

No había criados en la casa; se habían escondido para banquetear en honor de la fiesta. Yo les había dicho que no volvería hasta por la mañana, y les había dado la orden formal de no moverse de casa. Bastaba esta orden, para que todos, desde el primero hasta el último, se marchasen, tan pronto como yo hubiese vuelto la cabeza.



que creí que nunca acabaría de estrecharle la mano

Tomé dos candeleros en el espejo, dí uno a Fortunato y le guié con la mayor complacencia a través de una fila de habitaciones, hasta el vestíbulo que conducía a las cuevas. Bajé delante de él una grande y tortuosa escalera, volviéndome y recomendándole que tuviese mucho cuidado. Llegamos, al fin, a los últimos peldaños, y nos hallamos juntos sobre el húmedo pavimento de las catacumbas de los Montresors.

El andar de mi amigo era vacilante, y los cascabeles de su sombrero sonaban a cada paso.

—¿Dónde está la pipa de amontillado?, dijo.

—Está más lejos, contesté; pero observe Ud. este blanco encaje que brilla en las paredes de la cueva.

Volvióse hacia mí y me miró con dos globos vidriosos que destilaban las lágrimas de la borrachera.

—¿El nitro?, preguntó al fin.

—El nitro, repliqué. ¿Cuánto tiempo hace que cogió Ud. esa tos?

En esto empezó a toser mi pobre amigo y le fué imposible responderme, hasta pasados algunos minutos.

—¡No es nada! dijo al fin.

—Venga Ud. dije con firmeza, vámonos de aquí; su salud de Ud. es preciosa para mí. Ud. es rico, respetado, admirado y amado; Ud. es feliz como yo lo fuí en otro tiempo; Ud. es hombre que dejaría un vacío. En cuanto a mí no es lo mismo. Vámonos; va Ud. a ponerse enfermo. Por otra parte, ahí está Lucchesi...

—¡Basta! dijo, la tos no es nada. Esto no me matará. No me moriré por un constipado.

—Es verdad, es verdad—repliqué—y a la verdad, no tenía la intención de alarmar a Ud. inútilmente; pero debe Ud. tomar sus precauciones. Un trago de este medoc defenderá a Ud. de la humedad.

Al decir esto, cogí una botella de una larga fila colocada en el suelo e hice saltar el tapón.

—¡Beba Ud! dije, presentándole el vino.

Llevó a sus labios la botella, mirándome con el rabo del ojo. Hizo una pausa, me saludó familiarmente (sonaron los cascabeles) y dijo:

—¡A la salud de los difuntos que descansan en derredor nuestro!

—¡Y yo brindo porque tenga Ud. larga vida!

Volvió a coger mi brazo y nos pusimos de nuevo en marcha.

—Estas bodegas—dijo—son muy vastas.

—Los Montresors — repliqué — eran una grande y numerosa familia.

—He olvidado las armas de vuestra casa.

—Un gran pie de oro en campo de gules; el pie aplasta una serpiente, cuyos dientes se hunden en el talón.

—¿Y la divisa?

—*Nemo impune me lacessit.*

—¡Magnífico!—dijo.

El vino centelleaba en sus ojos, los cascabeles se entrechocaban.

El medoc me había también excitado un poco. Habíamos llegado a través de paredes de huesos apilados, mezclados con barricas y pipas de vino, a las últimas profundidades de las catacumbas. Detúveme de nuevo, y esta vez me tomé la libertad de coger a Fortunato por el brazo, encima del codo.

—Vea, le dije, cómo aumenta el nitro. Cuelga como un musgo a lo largo de las paredes. Estamos bajo el lecho del río. Las gotas de humedad se filtran a través de los huesos. Venga Ud., vámonos antes de que sea demasiado tarde. Su tos...

—Esto no es nada — dijo — continuemos. Pero antes venga otro trago de medoc.

Rompí un frasco de vino de Grave, y se lo alargué. Vacióla de un trago.

Sus ojos brillaron con fuego ardiente.

Echóse a reir y lanzó la botella al aire, con un gesto que no pude comprender.

Yo le miré con sorpresa. El repitió el movimiento, un movimiento grotesco.

—¿No comprende Ud?—dijo.

—Nó, repliqué.

—Entonces no pertenece Ud. a la logia.

—¿Cómo?

—No es Ud. masón.

—Sí, sí le dije sí, sí.

—¿Ud? ¡imposible! ¿Ud. masón?

—Sí, masón,—respondí yo.

—¡Una señal!—dijo.

—Héla aquí—repliqué—sacando una llana de albañil de entre los pliegues de mi capa.

—Ud. está de broma, dijo retrocediendo algunos pasos.—Pero vamos al amontillado.

—Sea, dije, volviendo a colocar el instrumento bajo los pliegues de mi roclo y ofreciéndole de nuevo mi brazo.

Apoyóse en él con fuerza, y continuamos nuestro camino en busca del amontillado. Pasamos bajo una fila de arcadas muy bajas, siempre descendiendo, y después de dar algunos pasos, llegamos a una cripta profunda donde la impureza del aire enrojecía la luz de nuestras antorchas.

En el fondo de esta cripta se descubría otra menos espaciosa. Sus muros estaban revestidos de cuerpos humanos, apilados en las cuevas encima de nosotros, a semejanza de las grandes catacumbas de París. Tres lados de esta segunda cripta estaban decorados de la misma manera. Del cuarto lado habían sido arrancados los huesos que yacían confusamente en el suelo formando un montón de cierta altura. En la pared, que había quedado al descubierto, percibíamos aún otro nicho, que tenía cuatro piés de profundidad, tres de largo y seis o siete de alto. No parecía haber sido construído para un uso especial, sino que formaba simplemente el intervalo entre dos pilares enormes que sostenían la bóveda



Estaba demasiado asombrado para resistir

de las catacumbas y se apoyaba contra uno de los muros de granito que servían de límite al conjunto.

Inútilmente intentó Fortunato escudriñar la profundidad del nicho levantando la antorcha indecisa. La luz debilitada no permitía ver el fondo.

—¡Adelante! dije, ahí está el amontillado. En cuanto a Luccheși...

—¡Es un ignorante! — interrumpió mi amigo, tomando la delantera y marchando tambaleándose, mientras yo seguía sus huellas. En un momento llegó al fondo del nicho, y hallando su marcha interrumpida por la roca, quedó estúpidamente asombrado. Un momento después le había yo encadenado al granito.

En la pared había dos garfios de fierro, o mejor dicho, dos anillos de hierro, a dos piés de distancia, y en sentido horizontal. De uno colgaba una cadena y en el otro había un candado. Habiendo rodeado su cuerpo con la cadena, el sujetarle fué cuestión de algunos segundos. Estaba demasiado asombrado para resistir. Saqué la llave y retrocedí algunos pasos fuera del nicho.

—Pase Ud. la mano por encima del muro, dije no puede Ud. menos de sentir el nitro. Verdaderamente está muy húmedo. *Permítame* Ud. que le *suplique* una vez más que se vaya.

—¿No?

—Entonces positivamente tengo necesidad de abandonarle. Pero ante todo prestaré a Ud. todos los pequeños servicios que están en mi poder.

—¡El amontillado! — exclamó mi amigo, que aún no había vuelto de su asombro.

—Es verdad contesté, el amontillado.

Mientras pronunciaba estas palabras ataqué la pila de huesos de que ya he hablado. Los eché a un lado y no tardé en descubrir una gran cantidad de cascote y mortero o mezcla. Con estos materiales y con ayuda de mi llana empecé activamente a tapar la entrada del nicho.

Apenas había colocado la primera hilera, cuando observé que la borrachera de Fortunato se había disipado en gran parte. El primer indicio que tuve de ello fué un grito sordo, un gemido que salió del fondo del nicho. *¿No era el grito de un hombre ebrio?* Después reinó un largo y obstinado silencio. Coloqué la segunda hilera, después la tercera, y la cuarta; entonces oí las furiosas vibraciones de la cadena. El ruido duró algunos minutos, durante los cuales, para recrearme más a mi sabor, interrumpí mi trabajo y me acurruqué sobre los huesos. Al fin, cuando se apaciguó el ruido, volví a tomar mi llana, y acabé la quinta, sexta y séptima hileras. El muro me llegaba ya al pecho.

Hice una nueva pausa y elevando las antorchas por encima de la albañilería, hice caer algunos rayos sobre el personaje encerrado.

Una serie de gritos grandes y agudos brotó de repente de la garganta del encadenado, y por decirlo así, me hizo retroceder. Durante un momento vacilé y temblé. Saqué mi espada y empecé a dar estocadas a través del nicho; pero un instante de reflexión bastó para tranquilizarme. Coloqué la mano sobre la albañilería maciza del nicho, y me serené por completo.

Acerquéme al muro y respondí a los aullidos de mi hombre, haciéndoles eco y acompañamiento, y sobrepujándoles en volumen e intensidad. De esta manera conseguí que quedase tranquilo.

Era entonces media noche, y mi tarea tocaba a su fin. Ya había completado mi octava, novena y décima hilera. Había terminado parte de la décima y última; no me quedaba más que una sola piedra que ajustar y pegar. Movíla con fuerza y la coloqué casi en la posición deseada. Pero entonces se escapó del nicho una risa ahogada que hizo erizarse mis cabellos. A esta risa sucedió una voz triste que reconocí difícilmente por la del noble Fortunato. La voz decía:

—¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡je! ¡je! ¡En verdad que es una buena broma! ¡excelente broma! ¡Cómo nos reiremos en palacio de vuestro buen vino! ¡je! ¡je!

—¡Del amontillado!—dije.

—¡Je! ¡je! —sí, del amontillado. ¿Pero no es tarde? ¿No nos aguardarán en palacio la señora, Fortunato y los otros? Vámonos.

—Sí, sí, dije.—Vámonos

—*¡Por el amor de Dios, Montresors!*

—¡Sí, sí, por el amor de Dios!

Pero estas palabras no tuvieron respuesta; en vano apliqué el oído. Me impacienté y llamé muy alto:

—¡Fortunato!

No teniendo respuesta, llamé de nuevo:

—¡Fortunato!

Nada. Introduje por la abertura que quedaba una antorcha y la dejé caer dentro. No oí más que un ruído de cascabeles. Se me oprimió el corazón, sin duda, a consecuencia de la humedad de las catacumbas. Apresuréme a poner fin a mi tarea. Hice un esfuerzo y ajusté la última piedra y la cubrí con mezcla. Contra la nueva albañilería restablecí la antigua capa de huesos. Desde hace medio siglo ningún mortal los ha removido: *In pace requiescat.*

✣ ✣ ✣



Casa de la administración

La tierra del Salitre

Por

Ernesto Montenegro

Ilustraciones fotográficas.

Los Puertos

Mas allá de las playas y las vegas pintorescas del Huasco, siguiendo el rumbo del barco que lleva para los puertos del Norte sus comerciantes, sus obreros, sus reses, su forraje, sus verduras y alcoholes, la mirada del viajero va resbalando a lo largo de una barrera de montañas que a grandes trechos se cortan en desoladas perspectivas sobre el desierto interior.

Cada mañana el vapor amanece fondeado ante alguno de esos puertos del litoral, caserío de madera y zinc desparramado por el faldeo en el desorden de los baúles de una caravana presurosa que mañana mismo hubiera de seguir viaje hacia regiones más hospitalarias. El mar revienta con estruendo en sus playas desabrigadas, al compás del chillido de las aves costeras; la costa aparece orlada con el espumarajo de las olas, y allá en lo alto de la pendiente, se vé otra franja de hiriente blancura casi tan extensa como la ciudad: es el cementerio.

Si esta naturaleza "muerta" no diera de por sí la impresión de un suelo extranjero, las gentes que uno encuentra desde el mue-



Carguío de las lanchas

lle provocarían esa ilusión con su multiforme cosmopolitismo. Comienza un agente suizo por recomendar al recién llegado las comodidades a doce pesos diarios, sin comida, de un hotel francés; y un cochero italiano atraviesa su victoria para que un españolito de boina os suba la maleta al pescante. Y más extranjero que los propios peruanos y bolivianos que pululan por la ciudad, el chileno que trabaja en lanchones y muelles disfraza su legendario humorismo, ya en las salidas insuperablemente soeces con que saluda al sobrecargo, ya con los gestos impacientes de un mutismo todavía más extraño en él.

Desfilan a los lados del carruaje en marcha las casas negruscas, roídas por un barro que lo ensucia todo. A los almacenes chinos o austriacos, suceden la botica alemana y el "english store" de artículos de lujo. En los escaparates no falta nada de lo que puede ambicionar una población refinada y rica. Las sedas mezclan sus matices tornasolados entre diáfanos encajes y pomposas plumas, mientras que al fondo de las estanterías de los bares se tienden las panzudas botellas de venenos exquisitos y caros.

Del marco de frágiles tablas resaltan a cada paso la riqueza de las mercaderías o de los mobiliarios; pero ni una sola línea arquitectónica logra distraer la mirada de la uniforme vulgaridad. No han tenido tiempo de pensar en el arte estos rudos conquistadores de oro. Sus casas de hoy no son más que antesalas del palacio que irán a levantar en Santiago o en cualquiera ciudad que se acerque a su tierra natal.

Los patios interiores tienen en su aridez aspecto de corrales, y por las puertas, salvando las paredes, impregnando el aire, llega el vaho repugnante de una población sin desagües y sin vegetación.

Pero cuánta vida sobre esta tierra muerta. Jornaleros que corren por entre las montañas de fardos de los muelles, empleados presurosos entrando y saliendo de las tiendas, y apretados grupos ante el mesón del bar, frente a los clubs y a los juzgados, viviendo todos intensamente para sus negocios, sus pleitos y sus placeres, con un aire de energía y de confianza en el triunfo.

El pampino de paso en la ciudad resalta del conjunto por su traje mal llevado, su generosidad un poquito insolente y su sombrero de paño cargado a la oreja. Cuando ha gastado lo que tenía destinado al eterno "boleto para el sur", da media vuelta y retorna filosóficamente, de a pié por la línea, si no queda para el tren, a juntar los ahorros de una nueva temporada.

Del Puerto a la Pampa

Asilados en los repliegues de los cerros costeros, los puertos del Norte hacen pensar en los nidos de las águilas, labrados en lo más inaccesible de la montaña, con las defensas de la naturaleza por amparo. Son nidos también para los hombres que tienen fuerte el ala de la ambición o la garra de la codicia. Los sentimentales y los artistas nada tienen que hacer aquí, y de los soñadores uno solo baja a descansar de sus andanzas: el minero.

Pero su objetivo no está aquí, sino arriba. El puerto no es más que la factoría en que la pampa hace acumular sus recursos de todo género. Población sin industrias y sin artes propias, quedaría desierta al primer anuncio de ruina de las salitreras a que sirve de conducto de salida. La ruina del salitre sería su ruina, y la veríamos luego desmantelada por la ribera al impulso del viento.

La meseta salitrera se extiende a la otra falda de la serranía que estrecha la población contra la playa. Para alcanzarla, el tren ha de repechar muchos centenares de metros en unos cuantos kilómetros. La línea férrea aparece por un repliegue de los cerros y viene a perderse en el plan resplandeciendo el sol en sus atrevidos zig-zags como un doble rayo que bajara a clavarse sobre la ciudad.

Los trenes tardan hasta una hora en alcanzar el nivel de la garganta que les deja libre la bajada a la pampa (Tocopilla). Al hundirse el mar en la profundidad con sus barquichuelos de dorado velamen y su oleaje espumoso, se desvanece la única nota viva del paisaje. Minúsculos oasis, las estaciones se permiten el lujo de una enredadera en sus corredores y hasta el de un



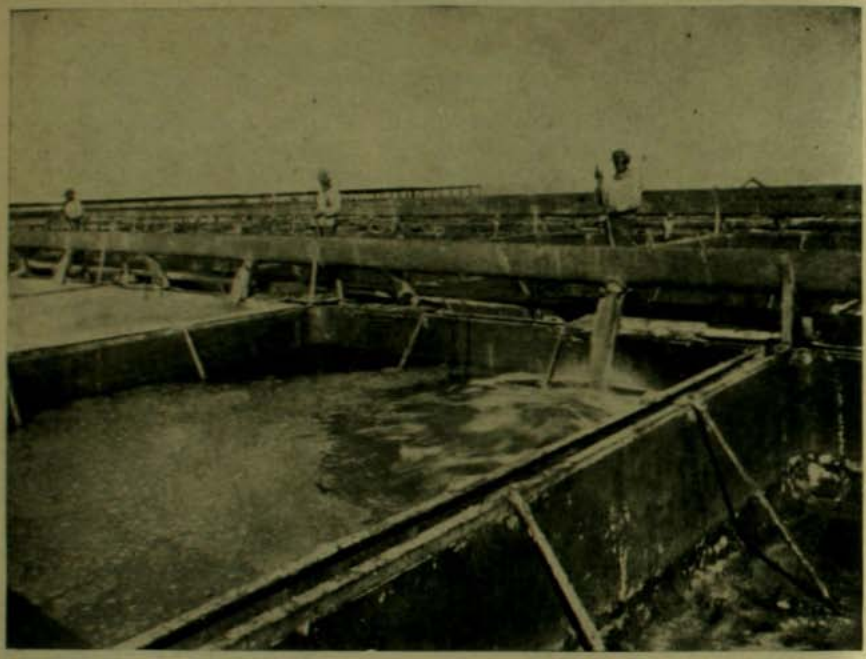
Vista general de las bateas

huertecillo avaramente resguardado por pircas. Su exuberancia de verdor es como una promesa anticipada de la tierra al agua que viniera a fecundarla.

Por la misma quebrada que el tren repecha bajan las huellas de un antiguo torrente que pudo arrastrar solo ayer el caudal de un chubasco, pero que por sus piedras calcinadas, por la devastación de sus orillas, tiene aspecto de sufrir una sed de millares de años. No serán mas callados, y acaso harto menos tristes, los torrentes congelados que en otros climas el viajero ve suspendidos de la catarata.

Asoma la pampa, árida hasta lo infinito, con ese color retostado del suelo lamido por las llamas de un incendio. Pero no es la pampa abierta y llana que el nombre promete a la imaginación, tendida hasta el horizonte con la dilatada curva del mar. Ni esa amplitud ni señales de vegetación. Agrias serranías la cortan en valles profundos y estrechos, que el sol del mediodía colma con su reverberación. Los faldeos se van tiñendo de matices variados, aquí de un rojo cobrizo, allá de bronce amarillento. Es el salitre que se anuncia por encima de la costra que lo guarda. El manto de pedrusco que cubre el suelo es espeso como el granizo. Unico habitante de esta atmósfera sin aves y sin insectos, un remolino de arena voltejea en lontananza como un huso gigantesco devanando su pompa de sucio algodón.

Una humareda más densa empenacha una colina lejana todavía. Otras surgen a derecha e izquierda, señalando el área del cantón salitrero. Bajo las gruesas chimeneas se distingue ya el cuerpo de la maquinaria, un complicado organismo metálico enclavado entre dos montecillos de mineral como el esqueleto de un buque encallado allí mientras su chimenea tira con ímpetu sus fuegos en la vana esperanza de alcanzar al fin el mar, sus blandos caminos y el encanto de color de sus olas...



Bateas llenándose de caldo

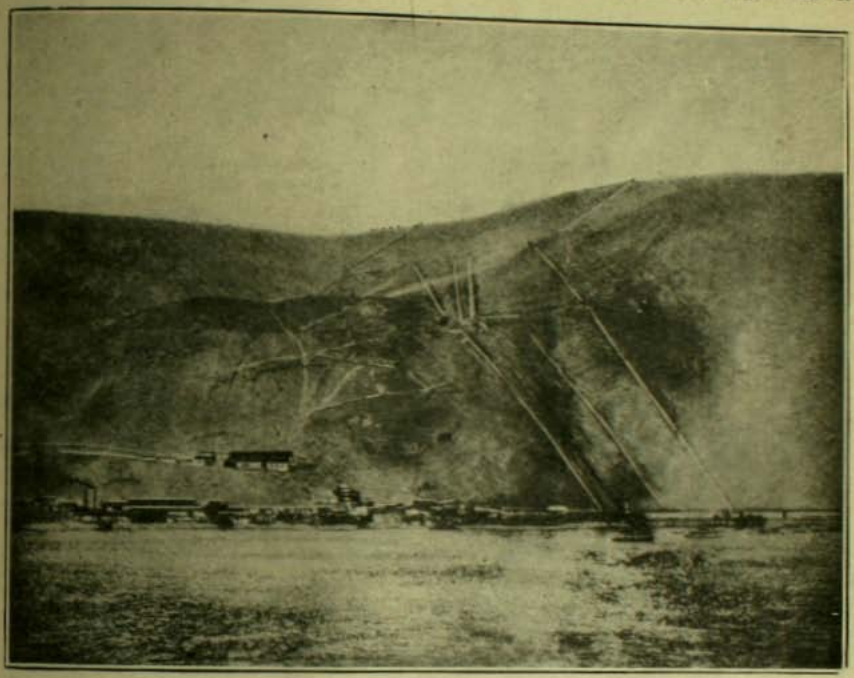
Los exploradores del desierto

Antes de que la industria conquistara el desierto, antes de que los soldados chilenos se lo disputaran victoriosamente a los

aliados, unos cuantos hombres de arrojo y de fé, lo habían recorrido en todas sus ramificaciones, desde San Pedro a Cobija, desde Camarones a Chañaral.

El camino del Inca, huella diagonal que atravesando la meseta boliviana venía a perderse en el valle de Copiapó, era cortado en infinidad de puntos por los rastros de la

Juan López alcanza hasta la Puna, en 1845; poco más tarde descubre las guaneras de Mejillones y el mineral de Caracoles. Durante treinta años vive del pan duro y del agua salobre del desierto; pone al descubierto riquezas que han de enriquecer a otros tiempos y otros hombres, y va a morir "pobre y olvidado", como reza el



Vista general de Caleta Buena

mula o del caballo criollo que montaba el cateador. De aguada en aguada, y a veces sin descubrirla en muchos días, hurgaba los escondrijos de la pampa buscando en ellos el reventón fabuloso que la madrastra naturaleza no podía haber ocultado sino allí.

El hambre, la sed mas aún, alimentaban la fantasía con sus fiebres. Algunos remataban en profetas de la Edad de Oro, como ese don Diego de Almeida que a los ochenta años todavía guiaba de a pié las caravanas. Así lo vemos acompañar, por la tentación de un salario de veinte onzas, al naturalista Phillippi, cuando este sabio cruzó el desierto de Atacama llevado de un propósito más audaz que el del propio minero: iba a herborizar.

epitafio de casi todos los descubridores de riqueza, en su retiro de la Chimba, la apartada vega que se extiende al fondo del puerto de Antofagasta.

Los arrieros y los changos (indios del litoral) son los únicos compañeros del explorador. Pero nadie ve aún el salitre. No quieren verlo, sin duda, empeñados como están en descubrirle su Chañarcillo a la pampa. El hermano minero sabe que la esmeralda se esconde en las mesetas desiertas del Asia y el diamante en los áridos desfiladeros del Africa del Sur. Al cateador de estos parajes de América se le han incrustado en el cerebro los esplendores ilusorios de la fata-morgana.

Algunos se extravían para siempre en el

laberinto de la serranía uniforme. Perturbados por la sed y el cansancio, se desvían un momento de la huella maestra, dan sin advertirlo vueltas y mas vueltas en contorno de un valle cerrado, que un paso, uno solo, pone en comunicación con el camino. Bastaría que treparan a lo alto de la cuesta para orientarse de nuevo, pero el caballo cae moribundo, y el jinete, después de beber de esa sangre generosa, no avanza mucho mas con su bagaje a cuestas.

Son estos los huesos que blanquean junto a la fogata de los modernos ubicadores de estacas salitreras, entre los tarros de conserva y las botellas de una rica cena. Parece un irónico homenaje, al estilo indígena, el que se ha querido tributar a la memoria de aquellos que bebían el agua de los puquios después de cortar la lama verdosa que los cubría y que sazonaban su galleta con agua de mar.

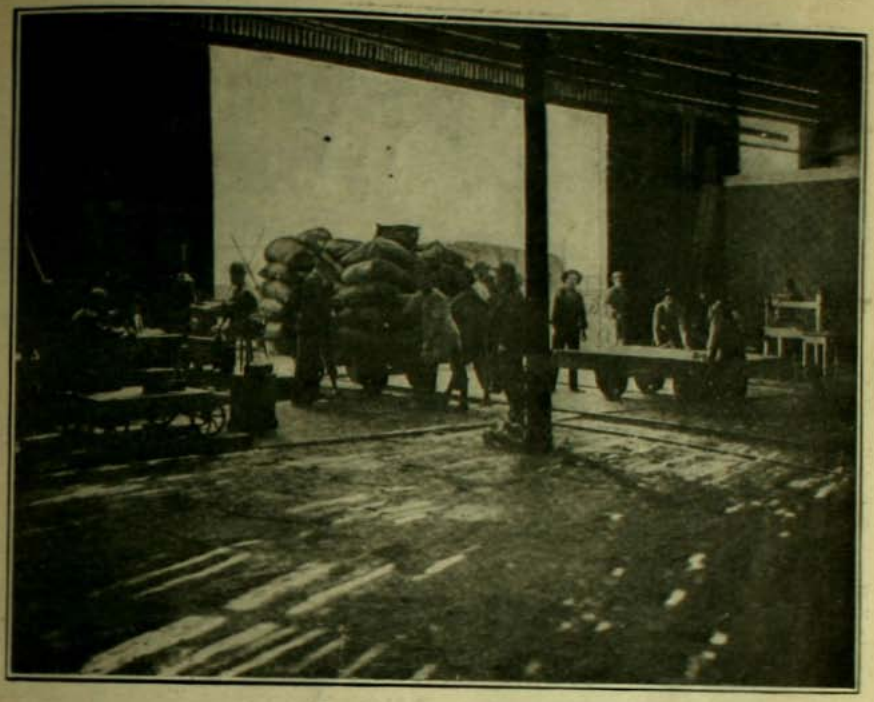
Los progresos de la industria salitrera de Tarapacá hacen volver los ojos del cateador chileno del cerro a los llanos. Las piedras multicolores que florecen junto a los salares del antiguo litoral boliviano, comienzan a preocupar al fatigado minero y logran al fin tentarle a la explotación. Esta es trabajosa y lenta, los métodos costosos, pero la riqueza se anuncia ya en las salitreras peruanas. Los Zavala, chilenos también, exportaban salitre del Perú desde 1830.

Un tropel de cateadores se desparrama entonces por el litoral, con el combo y la barreta. En un área de doscientos kilómetros de largo por veinte de ancho, el acero muerde los mantos de caliche al transpasar la espesa costra. Con varia fortuna, los descubridores alcanzan de los tiranuelos de la meseta concesiones vagamente ubicadas desde el Toco a Antofagasta.

En 1867, don José Santos Ossa y don Felipe Puelma fundan la "Compañía Explotadora del Desierto", con cuyo nombre se encabeza el capítulo de su conquista. D. José Santos ha paseado por todas sus rutas marítimas y terrestres, desde Flamenco a



Carguio de carros del ferrocarril al puerto



Pesando salitre para embarcar

Chipana, entre el Loa y Aguas Blancas. Una noche, de acampada en el Salar del Carmen, él y los hombres de su tropilla ven que comienza a arder uno de los terrones en que se sustenta la marmita de su frugal comida. A su chisporroteo amarillento se revela a los expedicionarios una riqueza más cuantiosa que la de las minas ambicionadas. Como a los navegantes fenicios de que habla la historia, la casualidad les ha hecho dueños de un secreto que vale inmensamente. Y su modesta cena se convierte al influjo de su regocijo en el banquete inaugural de una de las empresas más prósperas del porvenir.

Algunos de estos primeros industriales logran hacerse millonarios, solo para darse el gusto de derrochar su fortuna en nuevas andanzas o para obsequiar a sus amigos con esplendidez de nababs. Ellos solos fundan puertos, construyen ferrocarriles y distribuyen por los pueblos más apartados de Chile sus obras filantrópicas, con firme, con rara predilección por la tierra de su obscuro o penoso origen.

Allí quedan, no obstante, Méndez Cangalla, Moreno, Garín, Agurto, Díaz-Gana, San Román, y... no vamos a trazar un diccionario biográfico, pero se nos impone el deber de nombrar siquiera a unos cuantos de los que han ido demarcando la pampa salitrera con sus huesos.

Las primeras faenas

¿Cómo se elaboraba el salitre en los comienzos de la industria? Es una pregunta que se queda casi sin respuesta debido a lo increiblemente escaso de nuestra literatura especialista. Descontado el libro ya clásico de Samper y Michels, dedicado por entero a la técnica y la estadística actual; unas memorias de don Manuel Antonio Prieto y don Gustavo Julian, un estudio periodístico de Víctor Domingo Silva y una noticia sumaria publicada por el profesor Díaz Ossa en una revista francesa, no encontramos nada que pueda ilustrarnos en ese punto. Ese vasto escenario en que nuestra raza, gasta sus mejores energías, ese mundo tan



Panorama del pue

vigoroso y singular se ofrece todavía inédito al artista y al escritor.

Desde 1860, una comisión oficial recorre sin descanso el litoral boliviano en la tarea de ubicar a los concesionarios. Con ayuda de un agujón (brújula) y de un cordel de cincuenta varas, el juez de paz fija la posición geográfica de la pertenencia, sin preocuparse por error de grado más o menos. Un combo arrastrado a la cincha de su caballo demarca con su huella los linderos de la propiedad, ceremonia a que seguía una de brincos y de pedradas al aire para finalizar el rito indiano de la toma de posesión.

El feliz poseedor queda allí abandonado a sus recursos, y si más afortunados cateos no le incitan a correr sus deslindes una o veinte leguas más allá, pronto le veremos afanado a la busca del elemento primordial de vida y de trabajo: el agua. El agua que se esconde, que se filtra hacia la costa por debajo de un suelo duro como el granito. El agua, alivio del peón, refrigerio de las pobres bestias consumidas por la labor, líquido indispensable en los fondos en que se trata de ablandar o disolver las colpas de caliche.

Después, el combustible. A grandes trechos se erguía en el páramo algún tamarugo o algarrobo, uno y otro angulosos y éticos como ermitaños resignados al martirio de la sed; solitarios testigos que habían de haber recibido en sus ramas el rocío de cuatro o cinco lluvias en cien años. Algarrobos y tamarugos cayeron pues para consumirse bajo la hornilla del fondo en que hervían las primeras paradas de caliche. Un peón revolvía el caldo con la descomunal cuchara de fierro que se manejaba colgándose del mango con todo el peso del cuerpo, apoyados los pies en el borde del hornillo. Y así las paradas sucedían a las paradas, con esa lentitud parsimoniosa con que los campesinos pobres hacen su vendimia.

Cautamente uno tras otro nuevos fondos se implantan junto al primero, se tiende sobre ellos un techado, que al multiplicarse en los de la administración, la fonda y el campamento ha de conservar para el conjunto el nombre de "oficina". Las filas de fondos se elevan a un nivel superior para obtener el declive necesario a la decantación. Hoy se perfecciona una llave, mañana se reemplazará el hornillo por la cañería de vapor, y al vapor directamente insuflado en el caldo ha de suceder la cañería espiral que establece una corriente contínua de calórico entre el caldero y el cachucho.

La penosa travesía de los convoyes de carretas y las tropas de mulas hasta la costa, dificulta por muchos años la explotación.

La faena en la máquina

Una colosal armazón de fierro dividida en varios pisos es lo primero que atrae la mirada. Aparece dominando el campamento con la desproporción de la iglesia en medio de las casuchas de una aldea devota.

Los antiguos fondos, los instrumentos casi únicos de la vieja industria, están aquí como perdidos en el tercer piso de la máquina, bajo las líneas de aprovisionamiento y sobre las líneas de arrastre. Multitud de aparatos más complicados y curiosos que estos pobres fondos los relegan para lo último en la atención del visitante.

En ciertas oficinas modernas, un elevador



to de Iquique

tangente al techo de la máquina, vacía desde allí en los cachuchos el caliche que recibe, veinticinco metros más abajo, de las chancadoras subterráneas. Las cañerías del vapor corren a lo largo del piso, trepan al techo, caen directamente sobre la boca de los fondos y sumergen en él sus enroscadas cabezas, como sierpes que se retorcieran de dolor al contacto del líquido hirviente.

Un caldo de color azufrado, del que escapa un vapor acre, va fluyendo por cañerías abiertas de los cachuchos a los **chulladores**, donde debe asentarse antes de entrar en las bateas de cristalización. Estas se extienden a cielo abierto como un agrupamiento de estanques áereos, en algunos de los cuales el salitre en fusión vaporiza aún, en otros reposa al fondo de las aguas viejas y en los de más allá brilla enjuto al sol con su linda blancura rosacea.

Los convoyes siguen llegando de las labores con el alimento que la máquina reclama noche y día. Las cuadrillas se suceden cada doce horas, pero no es raro encontrar un mozo de ambición y resistencia que cumple las veinticuatro.

Los trabajadores van vestidos con blusas de lienzo crudo; suben sobre el pantalón gruesas medias que defienden la pierna de los chisguetes de vapor o de agua hirviendo. La cal mancha su traje hasta la rodilla, quema sus fuertes zapatos y les embadurna la cara, cuajándose hasta en sus pestañas. En tropel suben y bajan las escalerillas que comunican los diferentes pisos, y con la incurable despreocupación del obrero familiarizado con el peligro, corren por entre las corridas de cachuchos, dentro de los cuales hierve un líquido calentado a 120 grados.

Las caídas no son tan frecuentes ya, pero la muerte del que cae es inevitable. Las quemaduras son tales, que al destruir músculos y nervios han matado toda sensación de sufrimiento. La piel ha cedido como un guante flojo al tirón de los que pretendieron arrastrarlo fuera; el pelo se ha quedado entre los dedos como el de una vieja peluca. Así sobreviven por dos o tres horas, en un estado de alelamiento, de insensibilidad absoluta.

Otros peones salen a plena luz desde el interior de los estanques no ha mucho vaciados: son los **derripiadores**. Por el torso desnudo les corren obscuros regueros de sudor. En cada pelo de su busto velludo se condensa una gota; sus espaldas humean. Con las manos agarrotadas en el mango del rastrillo, jadeante el resuello, van a plantarse frente a los ventanales donde inmediatamente los envuelven las corrientes que soplan de la pampa.

Al contacto del aire frío se orean con un estremecimiento los miembros musculosos. La piel con tonos de clorosis contrasta con la robustez del sujeto La respiración vuelve a su ritmo normal, justamente a tiempo que la otra cuadrilla escapa del interior del cachucho. De cinco en cinco minutos el turno se renueva, y dos hombres de torso desnudo se pierden entre el vapor asfixiante que emana del ripio que deben expulsar por el fondo de la gigantesca marmita, cegados por esas mismas emanaciones, sufriendo la refracción del metal todavía ardiente, mientras sus rastrillos arañan al azar el fondo.

De la segunda cubierta, que se tiende al nivel de los depósitos de desmonte, parten las líneas de extracción, y sus ligeras vagonetas arrastradas al trotecillo de una mula y con el conductor parado en la trasera, componen la diminuta silueta que uno distingue a la distancia recortándose al borde



Un tiro en explosión

mismo del talud donde van a volcar su carga.

Adosadas a un costado de la maquinaria, las seis calderas gemelas hacen retemblar el suelo con la trepidación del vapor; seis bocas de fuego que relame a ratos una lengua roja y palpitante. El zumbido de los ventiladores va a engrosar el estrépito de las chancadoras que trabajan al lado opuesto de la máquina entre un torbellino de polvo.

Dos fogoneros corren de una a otra hornilla atascándolas de carbón, y después de cerrar el hogar con su wipe grasiento, se enjugan con el mismo la cara, arrastrando a su paso avalanchas de carboncillo. A la hora del relevo algunos de estos hombres caen como muertos junto a los calderos, para levantarse después de un corto sueño, tan ágiles y sufridos como antes.

El sistema de calefacción a petróleo, en el que un solo individuo puede atender descansamente cuantas calderas sean necesarias, ha venido a acabar en parte con semejantes pruebas de resistencia. Pero el trabajo era comparativamente bien remunerado, y los que así ganaban el dinero han de sentirlo más de lo que pudiera alegrarse cualquier fervoroso humanitario.

La faena en la pampa.

La máquina de elaboración ha sido instalada en el punto convergente de los mejores yacimientos de salitre, y hacia ella bajan durante el día entero los convoyes arrastrados por la Decauville que resopla y bracea al comenzar su subida a las canchas.

Los terrenos más próximos han sido profundamente solevantados por la herramienta del costrero. Son las calicheras explotadas en los comienzos de la empresa, cuando operarios y jefes se regodeaban con caliches de 50 por ciento. A la fecha las cosas han cambiado, y el propietario no dedica su atención a la exploración de los mejores terrenos sino a las exploraciones del laboratorio, en busca de métodos que permitan disminuír en lo posible el porcentaje fatal del salitre que se va con los ripios.

"El salitre se cría", dice el pampino viejo, y no solo por esto es seguro que maquinarias más perfectas explotarán los engendros del salitre actual que se incuban en los depósitos de desmonte.

Tan lejos de la oficina como años han pasado desde su instalación, los rajos se abren como anchos surcos flanqueados por las pircas de caliche. Son profundas canteras desde donde el zapador va tirando a las pircas toscos adoquines de mineral. El cincel deja oír su claro chasquido, retumba el combo al clavar los barrenos, y el quejido del hombre parece lamentarse por el suelo herido con su herramienta. A veces la piedra es tan dura que la cuña se mella sin ventaja alguna y la dinamita solo arranca una nubecilla de polvo. La fragua está ahí cerca, anunciando con su rotundo repique su labor de reparadora constante.

La **chuca**, la primera capa salitrosa, ha sido levantada ya por la lampa del costrero.

El grueso manto de cloruros y sulfatos que cierran el paso hacia el salitre, ha de ser entregado a la obra de la dinamita y del polvorazo. El tronador hunde los largos barrenos hasta alcanzar el fondo de la costra, donde escava a fuerza de dinamita una cámara suficiente para los dos o tres quintales del polvorazo. Atascado el tiro con la propia saca, se dilata por la pampa, a la hora del mediodía o del atardecer, la voz soberanamente indiferente que anuncia el **tiro grande**, y minutos más tarde el suelo se sacude con sordo rumor, y de un cráter abierto de repente en medio del llano se proyectan hasta el cielo trozos enormes que van cayendo como apagados aerolitos en los contornos.

Pero cuando el tiro falla, sea porque se **dió vuelta** dejando allí mismo apiñados los grandes bloques; sea porque **se fué a la boca** arrastrando al primer impulso los tacos de cascajo, o porque **se quedó dormido**, allá por ignoradas grietas que se robaron la fuerza de la pólvora, entonces no hay más remedio que empezar en un terreno vecino que no esté rajado desde su basamento.



Mapa de la región salitrera

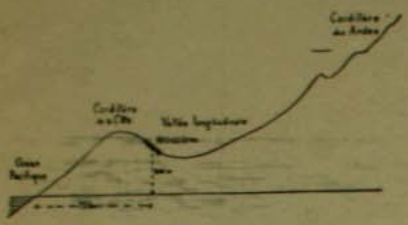
El hombre, irritado por la resistencia que halló en el caliche, se abalanza sobre los despojos enarbolando el combo "de a veinticinco" con que hace saltar un cerco de chispas en torno al bloque ya vencido. Una mirada le basta para avaluar la calidad del mineral, y esto sin atender a su coloración que bien poco o nada revela.

En ciertas zonas en que el salitre yace a grandes profundidades, la obra del tronador se ha identificado con la del minero, cavando galerías y chiflones que amenazan perpetuo derrumbe. Su lamparilla sigue los quiebros de la ola petrificada que se extiende bajo la pampa sobre una capa de "coba" arcillosa.

Los obreros cumplen acompasadamente su jornada, mientras que el particular remata en fieras acometidas la tarea que se impuso para hoy. Unos y otros bucean la entraña de la calichera bajo la experta mirada de los correctores, sin los cuales (piensa el administrador) el primero le quitaría lindamente el cuerpo al sol de la mañana, en tanto que el segun-



Corte transversal de una calichera



Terreno primitivo
Corte transversal de la Pampa

do solo se dignaría detenerse en los yacimientos blandos y ricos.

Se ayudan en lo posible de la pólvora, eso sí. Como que a fabricarla concurre este mismo salitre llevado en pequeña parte a la fábrica instalada al otro extremo de la pampa. Un cobertizo cualquiera en mitad de la cancha, que cierra un cerco de calamina, algunos quintales de azufre y de carbón además, son lo suficiente para fabricar el módico explosivo que brinda el soberbio espectáculo del polvorazo.

Cuando la tarde llega, los trabajadores paran uno a uno sus labores, ponen dentro de su saco la dinamita sobrante y el frasco del agua, se echan al hombro las herramientas y regresan en lenta fila bovina al campamento. La belleza ensoñativa del crepúsculo en el desierto, esta hora única de ternura y de paz en que se apaga el resplandor caliginoso del aire, suaviza la lontananza y extiende sobre esta naturaleza sin vida un halo de serenidad y meditación.

Es de veras hermosa esta hora del desierto, antes que la noche haga aún más hoscas sus soledades. La primera estrella brilla con un fulgor tan puro en este cielo profundo, parpadea tan cercana, que hasta ella parece llegar la brisa mansa que refresca la tierra.

Cuando todos se han ido, todavía flota sobre el suelo removido, entre las pircas de caliche, macizas como trincheras, un vaho cálido y acre, que hace pensar en la hora en que cae el silencio sobre un campo de batalla.

La vida en la pampa

Cada oficina está como un barco perdido en el mar, sin otros recursos para sustentarse que los que guarda en sí misma. Aparte el salitre de que sirve la máquina de elaboración, la pampa no da cosa alguna que pueda aprovecharse, sea como alimento o como combustible. Hasta el agua que se saca de los piques es como la que puede recogerse en alta mar tirando un balde por la borda,—salada.

El salitre es la rica moneda que hace afluir directamente de los mercados extranjeros todo lo que el hombre substraído a un ambiente culto puede desear para satisfacer sus apetitos. Almacenados en la pulpería, estos recursos pasan a poder de los trabajadores a cambio de la moneda que le ha ganado al mismo establecimiento. La oficina es por lo tanto patrón y comerciante. Los billetes y las monedas de bronce que sella son en realidad bonos de trabajo que dan derecho a un consumo limitado por el salario mismo.

Es verdad que la administración fija una lista de precios que, de aplicarse, haría hasta módico el costo de la vida. Pero allí está, en la mayoría de los casos, el pulpero, que por una de las "habilidades" familiares a los comerciantes, ensancha en su beneficio el margen de utilidades, y como él suelen hacer hasta los últimos empleados de la tienda, de la carnicería, de la verdulería, de todos los puestos que forman el mercado.

La Oficina Providencia (y este es nombre que le viene a todas y no particular de ninguna) dá trabajo y habitación a sus obreros. Es además su juez, pues siempre alguno de sus empleados sirve el juzgado del distrito. Y el sereno, robusto varón armado de una huasca, siempre de ronda por el campamento, es el alguacil de su justicia. Esto no impide las riñas y hasta es motivo para que el propio sereno reciba una paliza infaliblemente mortal. Tampoco dá más eficacia a las pesquisas ni hace más certeras las investigaciones que siguen al hallazgo de un muerto de quince días, ya medio comido por los perros al borde de una huella.

Solo en los cantones en que un nucleo muy denso de oficinas hace posible la vida de una población autónoma, la justicia, el

registro civil y otras reparticiones de la administración "chilena", encuentran asiento propio. Pero la acumulación de tabernas, garitos y prostíbulos en tales pueblecillos los hace más dañinos que útiles, sobre todo si se les mira desde el punto de vista en que se coloca un administrador de salitrera.

La oficina suele ser también institutriz e inspectora de recreos para sus allegados. Los pocos niños que escapan al régimen eliminatorio de vida que se practica en los campamentos, son puestos bajo la custodia de alguna señorita, más capacitada por su paciencia que por sus conocimientos pedagógicos para civilizar a ese producto enérgico y cerril que se llama el pampino nato.

Todavía la oficina acostumbra contribuir a la salud del alma y del cuerpo con una capilla católica y un hospital laico. A la primera le hace ruda competencia el templo metodista que vemos albergarse en cualquiera covacha del campamento, donde se va propagando con tanta rapidez como su temible competidor, el whisky. En cuanto al hospital, sus servicios son nada escasos, como que la oficina, al igual del D. Juan de Robres del epigrama, antes de construirlo había adoptado los cachuchos sin cubierta.

¿Cuál es el régimen verdadero en estos feudos, sin exageraciones ni benevolencias? Veamos un poco más cuál sea la índole del trabajador y las condiciones de vida que imponen el medio y la calidad particular de la faena.

La libertad de comercio existe en las oficinas desde hace algún tiempo, y de ella aprovechan los faltes sirios y los pacotilleros chilenos que recorren la pampa con sus baratijas: géneros ingleses—made in Germany, o en Penco—joyitas doradas, libritos pornográficos. Lo que la administración no toleraría es que se estableciera en sus terrenos un negocio serio, fuerte; precisamente lo único que podría cortar los abusos de pulperos y buhoneros.

El pampino es en su misma rudeza muy fácil de engañar. Lo entusiasma como a los niños todo lo que reluce: la alhaja de dublé, la cadena plateada, el tejido o el grabado chillón. Sus mismos arrebatos son a veces



Vista general del campamento



Panorama de Antofagasta

sin motivo, de capricho, infantiles. El biógrafo que hace su temporada en la fonda, lo hace reir hasta las lágrimas con los contratiempos de Sanchez y de Toribio, o lo deja con la boca abierta ante los prodigios de color y de forma de las películas maravillosas. Les ocurre tantas veces pedir con impaciencia de regalón una nueva salida de don Cristobal al entarimado de los títeres, y montar con visible emoción los caballitos del carroussel!

Y bajo toda esta puerilidad suelen cultivarse serias aficiones al estudio y un deseo constante de vivir en contacto espiritual con la vida del Sur. Esto lo saben bien y lo han explotado bien o mal los agentes de publicaciones que recorren periódicamente la pampa recogiendo subscriciones.

Cada dos o tres días remueve un poco el pantano de este vivir la llegada del tren que sube del puerto. Cómo corren desde los campamentos, todos en tropel, los chiquillos delante echando al aire sus cachuchas, las mujeres envueltas en sus inseparables rebozos, los hombres atrás en actitudes más reposadas pero que no alcanzan a apagar cierta vivacidad de remozamiento.

Bajan del tren algunos hombres y mujeres, padres de familia cargados de paquetes, bajan otros sin más carga que la que puede pesar sobre su conciencia de remoledores trasnochados y de jugadores sin suerte. Se cruzan las consabidas bromas entre amigos, y con las más ligeras de ellas habría para ruborizar a un empedrador de las ciudades del sur La relajación del lenguaje es incurable, y no perdona ni a las mujeres ni a los niños.

El cartero de pié en la puerta de su furgón grita algunos nombres mientras sus ojos buscan entre los grupos a los aludidos. Así van cayendo en las manos que se extienden ansiosas las cartas de caligrafía inverosímil que traen a estos desterrados, noticias de su tierra y no pocas veces las lamentaciones pedigüeñas de los que allá quedaron vegetando.

El tren sigue su lento viaje a través del cantón, aletargado como un reptil bajo la caricia quemante del sol. El grupo que aguantaba al raso en el andén la lluvia de fuego y la refracción del suelo caldeado, comienza a dispersarse de mala gana. Estos cinco minutos renovados una o dos veces cada semana, son acaso los más intensos de su vida.

Los días de fiesta, con su mayor animación en los campamentos y en la fonda, no traen nada de nuevo a esta existencia regulada por el ritmo incesante de la máquina. Y cuando una vez al año por el Dieciocho se suspenden totalmente las faenas y todo queda inmóvil y callado, el aburrimiento se condensa en el caserío como el aceite en los engranajes paralizados. La mirada que se aparta de la labor halla la inanidad de todo, un hastío que nada puede sofocar sino el trabajo.

La santa y dura ley tiene aquí su sanción implacable, que no sabrían burlar ni el aristócrata relegado ni el vagabundo. No hay más camino: o la tarea día a día rehecha, o la muerte de hambre en el despoblado, o el suicidio. Cuando el cartucho de dinamita no puede dar ya el sustento, por falta de fuerzas o por falta de fé, algunos muerden el fulminante, y al estallido, su cerebro se desparrama por el suelo con sus ambiciones y sus sueños fracasados.

II—La vida en la pampa—Los campamentos

El aspecto de población improvisada y pasajera que notamos en los puertos, se renueva aquí ante los campamentos en que viven los trabajadores. Los forman unas cuantas hileras de galpones recubiertos de calamina, que parecen agazaparse para resistir mejor la barrida del viento del mediodía.

A esa impresión de aduares nómades se añade la repugnancia con que se ve extenderse, estimulada por el clima, por la falta de agua y la calidad del trabajo, la suciedad incurable de nuestro pueblo. Las habitaciones forman cañón al través del cuerpo del edificio, dotadas de una puerta y un ventanillo en la fachada principal. Dos corridas de piezas del campamento dan por la parte trasera a una callejuela común que les sirve de patio de juegos, de lavadero y como depósito de basuras. Niños y perros van allí a revolcarse en la mugre.

Faltan en su mayor parte los muebles en estos hogares formados a tanta distancia de la heredad familiar, en un centro en que esas prendas significan un lujo costoso, y donde el azar del trabajo y el afán de aventurar llevan a la tribu de cantón en cantón. Con algunas camas, un baúl y un fonógrafo, la familia espera en los andenes el tren que ha de llevarla al punto donde creen hallar por fin un buen alcance.

Pero no siempre los cuartos muestran una sucia desnudez, y hay casos en que sorprenden agradablemente la mirada con su coqueto adorno y su limpieza. La mano de alguna morenita de encendida piel ha venido a crear el encanto que desdeñan los viejos. Los catres con sus varillas de bronce reluciente brillan como joyas en un viejo engaste dentro de esos cuartos sin pavimento, mientras que las litografías épicas o idílicas se empeñan en cubrir la fría desnudez del zinc.

En la vida íntima, la reserva del pampino se interpone como una cuerda tirante entre sus secretos y nuestra curiosidad. Los ocupantes de la habitación forman con frecuencia numeroso grupo, y entre ellos debe contarse a los allegados que por antiguo conocimiento o por negocio concurren a formar la familia. En tal promiscuidad, "le menage a trois" y aún el polígamico no son raros.—Las mujeres no alcanzan al 35 por ciento en la población total de las salitreras.

EMas han ido al matrimonio, o a la unión natural que es la más frecuente, impuesta por la necesidad de una compañera, ese seguro instrumento de ahorro y trabajo más que de placer, necesidad que por lo común suplanta a la ilusión de amor entre campesinos y obreros. El clima y las pesadas tareas domésticas arruinan pronto a la mujer pampina, al mismo tiempo que acrecientan su fecundidad.

¿Dónde están entonces los pampinos natos? Muchísimos más que los batalladores de los basurales del campamento, duermen en su cuna de tierra, allá en el cementerio que albea de pequeñ . cruces.

Los obreros sin familia, que ocupan locales determinados donde duermen de a tres y mas en cada cuarto, tienen un hogar común: la fonda. Con apariencia exterior de una bodega o de una capilla de campo, la fonda sirve a un mismo tiempo de restaurant, posada, sala de espectáculos y garito. Las mesas que por el día sirven para que el trabajador consuma sus tres abundantes comidas, están destinadas por la no-



Panorama de Taltal

che a las proezas de la baraja y al rastrilleo de las fichas que ruedan a engrosar la parada del ganancioso. El ganancioso es siempre el fondero, como que el veinte por ciento de su coima ha solido permitirle un honroso retiro al sur con treinta mil pesos ganados en tres años.

Pues se juega mucho y en todas las formas imaginables en esos centros sociales obreros. No hay allí bibliotecas ni siquiera periódicos, pero variedades de billar, ruleta, bagatela y naipes, eso sí. Considérese la aridez de esta vida de rudo esfuerzo muscular, el excedente de moneda sin valor intrínseco en manos del trabajador, y se comprenderá cómo se ha operado aquí, como en la California de los placeres, la exacerbación del apetito de la riqueza pronta y decisiva, que el juego satisface o engaña por lo menos con menor riesgo que el asalto a mano armada o las sociedades de sorteo y ahorro mútuo.

Se alterna con el juego el consumo de alcohólicos. La chicha en latas y el vino de fabricación porteña harían reventar a cualquiera que no tuviese la resistencia de estos hombres en el beber como en el trabajo. Pero el veneno se infiltra porfiadamente, y el carácter se pone sombrío y receloso. Un día u otro dará con una mala vena de caliche, jugará a una carta engañosa o caerá bajo la influencia de la última borrachera, y se le verá entonces enmudecer, con la mirada vidriosa y fija, pronto a la provocación y a la injuria soez. Sus amigos aconsejarán que se le evite: "Déjenlo, tiene fiebre", dirán ellos, o lo hará comprender él mismo por un resto de la nativa generosidad. De lo contrario, la riña ha de surgir expeditiva, cuando no se le adelanta el golpe que derriba al imprudente sin defensa y sin testigos.

Los espejismos

En la calma de la media noche, la sirena rompe en el entrecortado grito que llama las cuadrillas del relevo. Un rato después, el vasto espacio libre entre la máquina y las viviendas, se puebla de sombras presurosas que se cruzan en silencio, de vuelta o en dirección a las faenas de elaboración. Algunos retrasados pasan de carrera, cambiando a gritos una orden o una advertencia, y con la última lucesilla que desaparece, el campamento vuelve a su pesado sueño. La pampa, en contorno, se desvanece en la penumbra de la noche estrellada, de donde surge el caserío como un islote del mar.

A la madrugada, el frío se condensa en este aire enrarecido, en finísimas láminas de hielo. Tres horas después de la salida del sol, el termómetro que había bajado a cero, salta a treinta y cuarenta grados. Los techos crugen a su brusca dilatación, las herramientas se caldean y el suelo despide un tufo repugnante de cosa calcinada. La reverberación extiende sus telarañas de oro, estriadas de fuego, y a ras del suelo una borra cobriza colma las hondonadas.

Las lejanías, vistas en inclinación panorámica, transforman de pronto sus masas de obscura bruma en los contornos selváticos de un lago que se extiende hasta la falda de los cerros del fondo, inmóvil, profundo y transparente como el cielo que refleja. La ilusión es tan viva, que hace ver invertidos en la profundidad los conos de la sierra, en sus orillas apretados matorrales de donde parecen levantar su vuelo las bandadas ribereñas. De sus anchas playas se diría que llega una brisa fresca y el rumor del oleaje al romperse en los cañaverales....

Un espejismo como éste es el que le hace ver al trabajador, desde su rancho del sur, un lago de oro en las entrañas de la pampa. Al tomarlo el enganche en su tierra, el hombre traía el propósito de desterrarse por unos cuantos meses a condición de reunir una fortunita, los dos o tres mil pesos que el campesino considera como tal. Con ellos ya no se vería obligado a vender en verde la siembra, podría comprar una yunta y le pondría techo nuevo a la casa.

Hay que reconocer que la realidad, sin ser enteramente lo opuesto de ese sueño es desconcertante para el recién llegado. No hay sueldos fabulosos ni ocupaciones fáciles.

Al borrarse el espejismo de la fortuna comienza a halagar en la lejanía del tiempo la del regreso. Pocos son los que lo alcanzan, y es que esta vida aferra al roto en lo más hondo de sus gustos de derrochador y andariego. Algunos de esos que vinieron "por la temporada", es decir por la época en que la tierra laborable descansa, hace treinta años que están aquí, olvidados de todo y por todos. Y no deja de ser curioso comprobar cómo el individuo

que ha pasado algunos años en la pampa, no se aviene ya con la vida agrícola en que gastó su primera juventud. Y es que esta existencia de pujanza y de nervio tiene sin duda para el hombre de naturaleza bruta un atractivo tan poderoso como la creación de la belleza para el artista.

Conclusiones

En un balance anual de la producción salitrera desfilan los millones con esplendidez fantástica. Cincuenta y tantos millones de quintales de salitre exportados en 1912, con el valor de algunos millones de esterlinas y un impuesto de mas de ciento cincuenta millones de pesos a beneficio del Estado.

Chile mantiene su más alta cuota en la producción de abonos del mundo con 350 mil toneladas de azoe puro en 1911; pero la producción de fertilizantes artificiales alcanza ya ese mismo año a 250 mil toneladas. Y los congresos internacionales de química amenazan con profecías formidables al competidor natural de sus inventos; los gobiernos ponen a disposición de los investigadores tantos millones como sean necesarios, y parece como si en alguna parte se fraguara una conspiración para derrocar el monopolio de este apartado país de América.

El gobierno de Chile responde con una promesa de rebajar el impuesto, si esto fuera necesario a la competencia, mientras que los salitreros se esforzarían por mejorar, abaratándolos, sus métodos de elaboración. Pero la oficina fiscal en que pudiera mantenerse un personal exclusivamente dedicado a la experimentación de los nuevos métodos y a la investigación científica, eso no se ve aún.

Los yacimientos de nitrato guardan reservas para un siglo, se dice: ¿pero si un acierto más de esta prodigiosa química moderna, que ya va dejando atrás a la alquimia su antecesora, hiciera ruinosa la explotación del suelo frente a las sencillas fórmulas de los novísimos conquistadores del aire que trabajan en Noruega y en Alemania?

Hay que pensar en lo que ese posible hallazgo de laboratorio podría ser para nuestra patria y para la industria extranjera que trabaja a su amparo. La emigración en masa sobre las provincias centrales, la supresión de su mejor mercado para los productos agrícolas de esta región, la mitad de las rentas nacionales suprimidas por mucho tiempo, la reducción violenta de los servicios públicos y del crédito exterior, la quiebra del país en una palabra.

La reacción vendría, hay que confiar en ello. Pero cuántos años angustiosos antes de remontar la ola del desastre! ¿A qué dolernos entonces de la imprevisión y de los derroches del pasado?

Por hoy el salitre es la mina del Estado. En las ciento sesenta oficinas en actividad trabajan cuarenta mil chilenos y viven en conjunto mas de cien mil, enteramente abandonados a su incuria, lejos de los beneficios y prebendas del fisco que ellos enriquecen. Por mucho tiempo creímos que era aquella región el escenario digno de las pruebas de energía de nuestra raza, y solo desde poco tiempo venimos advirtiendo que el alcohol y otras plagas le rebajan cada año una gruesa partida destinada al hospital o al manicomio.

Es una doble herencia que hay que guardar. Es nuestro porvenir. Esta raza que extrae de un suelo rocío como el granito un abono generoso para repartirlo por todo el haz de la tierra, tendría que encararse al mundo y gritarle sin fanfarronería, en poeta: Podríamos fabricar con el salitre de nuestras pampas, el carbón de nuestros bosques y el azufre de nuestros volcanes la pólvora necesaria para volar el continente, y cuerdos y humanitarios, preferimos entregar a vuestra tierra fatigada el abono que ha de hacer más abundante y sabrosa la ración de pan de vuestros hijos!

E. M.

LA HIJA DEL CORONEL

Por

Miguel de Fuenzalida

Ilustraciones de Martín

I

Rafael Mendiburu era el sueño dorado de las suegras en perspectiva.

Me parece estarlo viendo en todo el esplendor de sus veinticinco abriles. De estatura más que mediana, facciones correctas y aristocráticas, todo él a la vez suave y varonil. Nació elegante, sencillo y sobre todo bueno como el pan... Sus ojos de un castaño claro, sombreado por crespas pestañas, eran el espejo de una rica y generosa naturaleza, a un tiempo enérgica y soñadora. Añádase a esto que Rafael era muy rico, de costumbres intachables y que tenía talento.

No hay sin embargo un hombre sin pero, y Rafael tenía el suyo. Nacido en un elevadísimo rango social, había sido educado como una exquisita planta de conservatorio y en escaso contacto con las rudezas de la vida. Entre sus facultades, desarrolladas prodigiosamente desde muy temprano, la imaginación tomó muy luego un sitio preponderante que es peligroso dejar a lo que se ha llamado con tanta propiedad, "la loca de la casa". Estaba pues más inclinado de lo que fuera menester, a mirar las cosas a través de su fantasía. Era bueno y feliz, y por lo tanto optimista.

Un día u otro, el mundo y él habían de chocar. En la sociedad existen tantas miserias, hijas de la debilidad humana, de las apremiantes necesidades de la vida, de las desgracias más que de la maldad de los hombres. Cuando las bajas adulaciones, las envidias ruines, las trubanerías y los engaños, comenzaron a desfilar delante de los ojos de Rafael, su alma se desilusionó, experimentó un profundo sacudimiento. Quieto había sido el sueño, y por eso el despertar fué aún más doloroso. No se hizo malo, sin embargo, porque en su alma no existe sitio para el mal, pero sí excéptico antes de tiempo... Siguió compadeciendo a los hombres, pero éstos ya no le inspiraban ternura alguna.

Su propio inexperto candor, le inhabilitaba para distinguir, en la sociedad humana, lo que en ella hay de grande y de pequeño, de ridículo y de sublime... Lo miraba todo como al través de un cristal colorado, con indiferencia suave y compasiva...

No era sin embargo un egoísta. Daba el dinero a manos llenas para las obras de caridad, sus mañanas transcurrían en las salas de un hospital de que era administrador, y, aunque no tenía nada de devoto, visitaba a los pobres dos veces por semana, como miembro de las Conferencias de San Vicente de Paul.

Tenía una especial filosofía práctica, fundamento de su carácter y de su conducta... Era un determinismo sui-generis... "No hay en el mundo, decía, buenos y malos, sino ricos y pobres... Si yo tuviera necesidad de dinero, sería seguramente un truhán, un tramposo y un embustero... La virtud es un lujo, que nos podemos permitir los que al nacer nos lo hemos encontrado todo hecho...

Semejante manía generalizadora, natural en un joven imaginativo y sin experiencia, era muy capaz de llegar a desequilibrarlo por completo. Por de pronto presentaba a Rafael, a los ojos de los demás, por un aspecto muy poco halagüeño... Se hubiera creído que bajo esas apariencias gentiles y bondadosas, se ocultaba un corazón frío, duro, implacable.

II

Nunca podré olvidar aquella conversación memorable. Almorzaba con Rafael y con su padre, en el espléndido comedor estilo renacimiento, del palacio que habitaban en la Alameda de las Delicias.

El viejo don Pedro Mendiburu, era un señor de mediana edad, enriquecido en el norte, y en quien una vida de luchas titánicas por la fortuna, no había podido menos de dejar un fondo severo. Viudo y sin más hijos que Rafael, tenía concentradas en éste toda la ternura de que era capaz su corazón.

—Te veo rodeado de truhanes, le dijo aquel día. Podrías escoger mejor tus amigos.

Los finos labios de Rafael, se plegaron en una mueca a la vez desdeñosa y melancólica.

—¿Truhanes, papá?... repuso. ¿Y por qué?... Los pobres también nacen para el placer, y es natural que se arrastren un poco para procurárselo... ¡A Dios gracias,



Ella acabó por sonrojarse

yo no he tenido necesidad de arrastrarme para gozar de la vida!... Por eso me tienen por bueno, por eso lo soy, acaso. Habría que verme en la prueba...

—Pero también hay pobres dignos, interrumpí yo...

—Es que esos creen, y quizás tienen razón en creerlo, que la honradez es el mejor negocio, fué la contestación de Rafael...

—¿De modo que tú no crees en nadie? pregunté...

—No es mía la culpa, dijo Rafael; jamás he visto que se me haya acercado un hombre para halagarme sin un fin interesado... ¡El dinero!... He ahí lo que todos buscan... Los amigos se compran, y y yo busco los más baratos y divertidos...

—En el fondo quizás tienes razón, observó don Pedro. Pero no veo la necesidad de que te mezcles con esa gentuza. Entre las personas de tu posición, puedes encontrar amigos, sin necesidad de comprarlos... Aquí está Miguel, por ejemplo.

—Mientras no tenga necesidad de dinero, dije yo con cierta ironía... De acuerdo con las teorías de Rafael, mi fortuna es la única garantía de sinceridad que puedo ofrecer.

—¿Y qué más quieres? dijo Rafael... Tú y yo somos dos cumplidos caballeros. ¡Vaya una gracia!... Comemos bien, vestimos bien, nos damos gusto en todo, sin más trabajo que el de firmar cheques... ¿Es tan incómodo tener trampas?... ¿Tú crees que alguien las tiene por sport?...

—Pero tú generalizas demasiado, repuse.

Conozco millonarios tramposos, usureros, capaces de vender a su madre por cinco pesos, y conozco también hombres pobres, pero generosos, desinteresados, que no sacrificarían su dignidad o sus sentimientos, ni por todo el oro del mundo. ¿Es otra tu experiencia de la vida? Me lo explico... Estás colocado muy alto, demasiado alto quizás... Los hombres dignos no han de buscarte, y tú, Rafael, no los buscas a ellos.

Don Pedro, a quien la conversación no parecía interesar gran cosa, salió del comedor... Rafael, embebido en sus pensamientos, dejaba vagar su mirada soñadora por el rico artesonado de la habitación.

—Voy a hacerte una confidencia, me dijo por fin.

En ese momento parecía otro hombre... Su aristocrático rostro, de ordinario frío y severo, se había iluminado con los reflejos de una intensa emoción...

—Quiero contártelo todo, continuó... Estoy a punto de creer en alguien...

—Te has enamorado, interrumpí.

Rafael asintió sonriendo con suave melancolía.

—Sí, dijo, como hablando consigo mismo, estoy enamorado, locamente enamorado...

—Bendito sea Dios, le dije, casi con entusiasmo... Al fin se rompió el hielo que envolvía tu corazón... ¿Quién es ella? ¿Quién ha obrado ese milagro?...

—Vas a juzgarme un loco, porque no la conoces, me dijo Miguel... Si hay un ángel en el mundo, ese ángel es Gabriela... Es verdad que es pobre y no brilla en el mundo. Nunca creí en esos amores de la primera mirada de que nos hablan los poetas; pero este ha sido mi caso... Pasaba una mañana de primavera por una de las calles más modestas del barrio ultra-Mapocho... A la puerta de una casita, aseada y primorosa, barría una mujer... Era ella... Sobre su sencillo trajecito de paño azul, llevaba puesto un delantal tan blanco como la nieve recién caída... ¡Qué linda me pareció aquella hacendosa hormiguita, barriendo el zaguán de su casa!... Qué infinita dulzura en la mirada de sus grandes ojos verdes!... ¡Qué aroma de modestia y virtud se desprendía de su ser!... Dí dos o tres vueltas por delante de la casa... Ella acabó por sonrojarse y desapareció, cerrando la puerta... Pronto supe quién era... ¿Has oído nombrar a don Felipe Hernández?...

—Me imagino que sí... Un militar, me parece...

—Di más bien un héroe, continuó Rafael. Se batió como un león, durante toda la guerra del Pacífico; lleva en el cuerpo las cicatrices de muchas heridas recibidas en el campo de batalla... Después el mundo lo ha olvidado, y vive, solo, envejecido con sus recuerdos y su hija única... ¡Gabriela!

—¿Y tú los visitas, naturalmente, incorregible tunante?...

—Aguarda... Mi confesión será completa... El amor que me había inspirado aquella linda barredora, era uno de esos que llenan toda el alma, sin dejar sitio a ningún pensamiento villano... Mi primera idea, fué la de hacerme presentar en casa del coronel, pero algo, me detuvo, algo de que me he avergonzado muchas veces...

—Me parece que te voy comprendiendo, dije al ver que Rafael parecía vacilar.

—Ella tan pobre... y yo tan rico... No iba a conquistarla por el amor, sino a deslumbrarla con el brillo de mi posición y de mi fortuna... Me bastaba haberla visto para saber que su corazoncito no era venal, pero, hay sugestiones que para el alma de la mujer son invencibles...

—No siempre, Rafael, no siempre, me atreví a observar.

Sí, tienes razón, continuó él... Gabriela es más que una mujer... Pero yo cometí el crimen de no creer en ella, como se cree en Dios mismo... Mi vieja locura me continuaba taladrando el alma. Me hice presentar en la limpia y modesta casita del coronel, pero despojado de mi nombre y de sus prestigios... Allí me llamo Rafael Pérez, y soy un modesto empleado de ferrocarriles, que espera un ascenso para poder casarse... Y ahora, ¿es a ese pobre diablo, y no a mí, a quien ama Gabriela!...

—Te diré con franqueza, tu farsa no me parece muy digna de ti... le dije con alguna severidad.

—Si supieras, repuso Rafael tristemente, si supieras todos los artificios y engaños que he empleado para no ser descubierto. Arrendé una casita en el barrio de la Recoleta, no salgo casi nunca, si no es al Club un ratito por las mañanas, no asisto a ninguna reunión social... Paso los días en el fundo y las noches al lado de Gabriela... Una mañana el coronel, que pasaba en un carro por la calle de Bandera, me vió en la puerta del Club con Enrique Zañartu, Ministro entonces de Obras Públicas... No dejó de extrañarle al viejo, el verme salir de allí y con tan elevada compañía... Le expliqué el caso... Había ido a solicitar un ascenso... ¡Don Enrique era tan afectuoso y llano con los pobres!... No se avergonzaba de que le vieran conmigo.

No pude menos de reírme.

—Cinco meses, duró así mi idilio sin sombras, continuó Rafael. ¡Qué noches aquellas! La casita del coronel es un nido de poesía. Bajo vetusto comedor sombreado de madreselvas y embalsamado con el aroma de los azahares en flor, he pasado las noches de este último verano, oyendo las épicas relaciones del viejo veterano y embriagándome con la dulcísima mirada de Gabriela... A veces el coronel tiene la amabilidad de quedarse dormido, y entonces, y sólo entonces y muy de tarde en tarde, puedo iniciar con mi prendecita uno de esos coloquios inolvidables incapaces de ser comprendidos por quien no se haya enamorado.

—Eres un dichoso bribón, dije a mi amigo... Te has dado el lujo de ser querido co-



—Vengo, le dije por fin, de parte de mi amigo Rafael Pérez

mo pobre teniendo dinero... Pero supongo que esto es serio...

—Lo más serio que hay en mi vida, repuso Rafael.

III

Pasé algunas semanas sin ver a mi amigo. Una noche lo encontré donde menos podía imaginarlo. Se paseaba, a la luz de la luna, por el Parque Forestal. Nos saludamos con la efusión acostumbrada, y seguimos juntos nuestro camino, hacia el centro... No tardé en apercibirme de que el pobre Rafael estaba mustio, triste y taciturno...

—¿Cómo vas de aquello? le pregunté...

—Mal, muy mal, fué su respuesta.

—¿Has sufrido algún desengaño? ¿Te ha dejado por otro?

—¿Gabriela? Gabriela es un ángel del cielo... pero su padre... el maldito interés... Me han cerrado la puerta de la casa...

—Es preciso que seas justo, Rafael, le dije gravemente. El es viejo y ya no entenderá mucho en materias de amor. Si se ha presentado un rival rico y en buena posición, es natural que mire por el porvenir de su hija, en la forma como se entienden en el mundo estas cosas... Al fin, tú no eres para él sino un pobre empleado, y en los tiempos actuales, apenas se concibe cómo mandan los empleados al mercado todos los días.

—Ahora tú eres el positivista y el excéptico, repuso Rafael, y yo el que creo en algo... Creo en Gabriela y sé que su amor no se compra con oro.

—Ni mucho menos con papel moneda, observé alegremente.

—No te chancées, por amor de Dios. El asunto no es de risa.

—¿Y quién es ese rival? pregunté...

—Vas a oirlo... Hace cosa de un mes, me topé en casa del coronel con un mozo de unos treinta y cinco años, alto, grueso, de fisonomía agradable, alegre como unas pascuas, vivo, despierto e inteligente. Su trato campechano y los modismos de su lenguaje lo denunciaban a lo lejos como agricultor, y de los del riñón de Colchagua... Ese es el rival.

—¿Y se llama?

—Saturnino Vásquez. No le conoces ni puedes conocerlo. Está recién llegado a Santiago. Es de San Fernando y ha hecho su fortuna en la frontera, creo que en Osorno... Vió a Gabriela y se enamoró perdidamente de ella. Por algunas noches nos hicimos mutuamente compañía escuchando las latas del coronel...

—Sí... y las épicas relaciones del viejo veterano, como decías no ha mucho tiempo... Lo que va de ayer a hoy...

—No te burles... Dos pretendientes en una casa son dos perros del hortelano.... No comen, ni dejan comer... Saturnino está casi tan sinceramente enamorado como yo, y es mucho más ejecutivo y menos metafísico... Fué derecho y pidió la mano de la niña. El coronel vió el cielo abierto; pero Gabriela no quiso oir hablar del asunto... Resultado final, que el viejo me ha puesto de patitas en la calle, y yo soy ahora el ser más desgraciado del mundo.

—No te comprendo, pues tienes el remedio en la mano. Con declarar quien eres, asunto concluído. Valdrás para el coronel muchísimo más que Saturnino.

—¿Sí? Como quien paga más en un remate. ¿No es esto? Te juro que no haré tal cosa en la vida... No quiero comprarla con dinero.

No es a ella a quien compras, sino a su padre.

—Pero si no se te ocurre otro medio, eso está probando que en tu concepto, si yo fuera realmente pobre, tendría que renunciar a Gabriela.

—No... pero el que te indico es el camino más corto y más seguro... Puede haber otro, no lo niego.

—¡Con cuánta filosofía e indiferencia tratan los hombres del amor ajeno, exclamó Rafael exaltado... Entre tanto a mí me consumen la ausencia y la incertidumbre. Cualquier día voy a cometer un disparate.

—¿Y te parecen pequeños los cometidos hasta ahora? dije yo. Estás pagando tu culpa. Mereces lo que te sucede. Creías ser un espíritu fuerte, el juez implacable de la humanidad, y sometiste a la ley común de tu desprecio, a grandes y pequeños, pobres y ricos, sabios e ignorantes...

Un día se te atraviesa en el camino, una modesta muchacha que barre la puerta de su casa, en el barrio de la Recoleta, y el filósofo excéptico, se ha convertido en un pobre diablo que gime y suspira por su sonrisa, como pudiera hacerlo el más cándido de los colegiales... No contaste con la huéspeda, Rafael.. Mucho puede discutirse sobre los errores y debilidades de la naturaleza humana, pero ya que lo has comprendido, no lo olvides... Hay en ella algo de grande y de noble, algo que es la esencia más pura y elevada de nuestro ser... y es el amor...

—Tienes razón, dijo Rafael.

—Pero si ya sabes ese gran misterio, hay muchas otras cosas que continúas ignorando.

—¿Por ejemplo?...

—Por ejemplo, que puedes pedir milagros al amor cuando se trata de un ser capaz de sentirlo y de ser dominado por él, como es el caso de Gabriela... Pero pedir que tu amor venza a un coronel viejo y retirado... Ello es más absurdo que si quisieras ganar un pleito ante la Corte Suprema, leyendoles versos a los Ministros.

—Veo que vuelves a lo mismo. Tú quieres que yo vaya donde el coronel, y le compre a su hija, como es de uso entre los araucanos... Te repito que no lo haré.

—Estás obstinado en no dejarme concluir. Los hombres, aun cuando los coroneles, no son absolutamente insensibles a todo lo que no sea el dinero. Un militar

que se ha batido heroicamente por su patria ha de tener, sin duda, mucho de noble y generoso. Pero él es viejo, ha luchado con las asperezas de la vida, y piensa en algo más que en el amor... Déjame arreglar este asunto... Te lo suplico.

—Con una condición.

—¿Cuál?

—La de que no has de revelar a ese hombre ni mi posición, ni mi nombre, ni mi fortuna.

—Acepto, dije yo, sin darme exacta cuenta del compromiso que acababa de contraer.

IV

Aquella misma noche dirigí mis pasos hacia la humilde casita del coronel. Me introdujeron en una pequeña sala, adornada con muebles sencillos pero de un gusto exquisito.

El viejo veterano salió a recibirme. Yo no sabía cómo dar principio a mi embajada.

—Vengo, le dije por fin, de parte de mi amigo Rafael Pérez.

Apenas hube pronunciado estas palabras, cuando el coronel, tomándome vigorosamente por un brazo, me señaló la puerta de su casa... Mortal palidez cubría su semblante; sus ojos centelleaban. No recuerdo haber visto en mi vida un hombre tan irritado...

—¡Afuera! rugió... Ud. debe ser otro granuja como su amigo.

—Señor, supliqué, tranquilícese por amor de Dios... Oigame siquiera dos palabras...

—No sé qué explicaciones pueden caber en casos como éste, continuó el coronel, siempre fuera de sí...

—A la verdad, señor, repuse con toda la tranquilidad que pude, a la verdad no sé a qué se está Ud. refiriendo.

—¿Se han imaginado Uds., exclamó el coronel, que a un viejo veterano como yo, se le engaña como a un recluta?... Sé quién es el tal Rafael Pérez... Dispuesto hubiera estado a concederle la mano de mi hija a un hombre honrado por muy pobre que fuese... pero soy un caballero y sabré castigar al insolente millonario que ha pretendido engañarla. ¿Qué explicaciones caben aquí?

—Escúcheme, señor, continué en tono suplicante... Es verdad que las apariencias condenan a mi amigo. ¿Cómo he de negarlo? Pero sus intenciones han sido rectas... El no ha pretendido engañar a Gabriela... La quiere más que a su vida... Yo venía en su nombre a pedirle a Ud. su mano.

—Para qué ocultó entonces ese hombre su posición y su fortuna?...

—Caprichos de niño regalón... Fantasías de hombre rico. Decía que anhelaba ser querido sólo por él mismo. ¡Caro le cuesta el experimento!... ¡Qué habrá pensado Gabriela!..... .

—Gabriela nada sabe todavía, repuso el veterano ya más tranquilo. He querido evitarle un golpe tan cruel.

—Entonces, dije yo, si Ud. perdona, nada se ha perdido...

—¿Quién sabe? repuso el coronel moviendo la cabeza. Truhanerías de esta especie, pueden herir hasta lo más hondo, el corazón de una niña como Gabriela... Viejo ya y con mucha experiencia de la vida, he aprendido a perdonar. Venga esa mano...

Yo se la estreché con efusión.

Momentos después aparecía en la sala, la encantadora criatura que había sabido curar a mi amigo Rafael de sus excepticismos y de sus desengaños... Me bastó verla para comprenderlo todo...

El coronel me dejó solo con ella...

Nuestra conversación fué muy breve.

—Vengo, le dije, con un encargo muy difícil de cumplir... Soy amigo de Rafael.

—¿Sabe Ud.? dijo ella tristemente, que mi papá no quiere oír hablar de él.

—Ya he conversado con su señor padre, la dije.

Todo puede arreglarse... En manos de Ud. está... ¿Quiére Ud. hacer feliz a un hombre que la adora?

Gabriela bajó los ojos, y murmuró un tímido sí.

—Pero antes, continué yo, es preciso que Ud. sepa algo y perdone mucho... Rafael no es lo que parece.

—Yo lo quiero y basta, dijo ella, con una resolución casi increíble en aquella delicada mujercita... Si él ha sido desgraciado, si ha cometido culpas, perdonado está... Yo sé que ahora es bueno....

—La falta que ha cometido va contra Ud., señorita, continué yo. El le ha ocultado su nombre y su rango... Rafael, es el hijo único de don Pedro Mendiburu...

Gabriela se tapó la cara con las manos y prorrumpió en sollozos...

—Y ese es su amor, decía balbuciente... Ese hombre en quien creí como un Dios, era sólo un villano que me engañaba...

—Su culpa es menos grave de lo que Ud. piensa, la dije suavemente. Cuando él quiso engañarla no la conocía a Ud. Gabriela... Hoy arrepentido llora su falta, y le pide la gracia de venir a solicitar de rodillas su perdón y su mano...

Siguióse un buen rato de silencio... Al fin Gabriela abrió los ojos... Un relámpago de felicidad brillaba al través de sus lágrimas.

—Dígale que venga, me dijo.

... ...

UN SUICIDIO EN MI ALDEA

Por

M. J. ORTEGA

En aquellos felices tiempos en que Nicasio y yo teníamos en la aldea la alta misión de "propagar las luces", él encendiendo los faroles del alumbrado público desde lo alto de su escala y yo iluminando las inteligencias desde mi escuela, conocí al calavera Benito, un demagogo que tuvo una vez el atrevimiento de descargar dos ramalazos sobre las posaderas del señor alcalde don Faustino, nada más que porque éste pretendió tomarlo preso, por haber pasado galopando delante de su persona.(1)

No dije entonces de Benito todo lo que pude haber dicho, talvez por temor de que hiciera conmigo lo que hizo con don Faustino; pero hoy que el peligro ha pasado puedo presentarlo a mis lectores de cuerpo entero y como un saludable ejemplo de las vicisitudes del mundo y de cómo cambian los hombres cuando cambian las circunstancias a que están sujetos.

Era este Benito un tarambana, consumado albergue de todos los vicios y terror de las gentes honestas y pacíficas de la aldea. Siempre con el bolsillo bien provisto, dueño de buenos caballos, elegante a su manera, dadivoso con sus amigos, diestro en tocar la guitarra, habilísimo en bailar la cueca y en ganar los tres cuartillos, tenía inmenso prestigio entre los calaveras de la aldea y de varias leguas a la redonda; sabía enamorar a las mujeres con su figura atrayente y su generosidad, y dominaba a los hombres con su fuerza y con su audacia.

No había garito en el pueblo que no lo tuviera por cliente asiduo, ni taberna que no frecuentase, ni muchacha de medio pelo que de él no estuviera enamorada, ni guapo o matón a quien no hubiese hecho morder el polvo a bofetadas o ramalazos. Montado en el Chascón o en el Artillero, sus caballos favoritos, con el sombrero echado atras y el eterno cigarrillo entre los labios, paseaba diariamente por el pueblo en actitud arrogante y provocativa, y hacía rayas de día y de noche por calles y aceras, galopando a rienda suelta frente a las casas de los notables, trillando los jardines de la plaza, derribando a lazo los postes del alumbrado y descerrajando a caballazos puertas y ventanas, como lo hizo dos o tres veces con las de la oficina del telégrafo, en prueba del amor que le inspiraba la señorita telegrafista.

La policía le tenía miedo, pues el sargento y los soldados de que se compone habían probado más de una vez el peso de su ramal, de modo que le dejaban hacer en todo su real gana; y con esa franquicia Benito no tenía miramiento con alma nacida, y en más de una ocasión atropelló de palabras y de hechos al subdelegado don Justo, a don Pacífico el juez de subdelegación y hasta al mismísimo don Faustino, a quien infirió la ofensa ya dicha, con público escándalo e indignación de todo el vecindario. El mozo, en fin era tal, que cuando las gentes tímidas y sosegadas lo veían venir o sentían el galope de su caballo, se santiguaban de prisa y exclamaban golpeándose el pecho, entre serios y risueños: "Benito! ¡Benito! ¡misericordia! ¡misericordia!"

Mientras vivió don Faustino, Benito fué un pária para la primera nobleza de la aldea. Ninguna familia se había atrevido a recibirlo en su casa, por temor de echarse encima el justo enojo del dignísimo mandatario. Pero muerto éste, el calavera fué entrando poco a poco en los altos círculos sociales: primero en la botica de don Casimiro, donde se reunían todas las tardes la parte masculina de la aristocrácia; después en la oficina del correo, donde cada dos días se formaba tertulia de notables en espera de la valija; en seguida en la fiesta del córpus en casa del comandante de policía; más tarde en los "sanjuanes" de la esposa del oficial civil, y por último en el salón mismo del finado alcalde don Faustino, cuyo retrato dibu-

(1) Cartas de la aldea
El principio de autoridad

jado al lapiz, colgado de un muro, parecía fruncir los ojos enojado al ver allí al que fué su mortal enemigo departiendo mano a mano con su viuda doña Severina y con sus dos hijas.

Si don Faustino hubiera resucitado, se habría muerto por segunda vez de indignación al oír los rumores que de pronto empezaron a circular por el pueblo con motivo de estas visitas: se decía, nada ménos, que el calavera se casaria con Estercita, la niña menor y más regalona de la noble familia. Al principio nadie quizo dar crédito a la estupenda noticia. Se comentó el asunto en la botica, en el corredor de la Iglesia el día domingo a la salida de la misa y en todas las visitas y tertulias, y aunque hubo algunos que opinaron que sí, se decidió por mayoría de votos que aquello no era posible, puesto que doña Severina conservaba aun su sano juicio y que sin estar loca no podría consentir jamás en semejante barbaridad. ¡Casarse Benito con la Estercita! ¡El mozo vicioso y ya pobre a causa de sus despilfarros, con la hija predilecta de aquel hombre ilustre, a quien infiriera el atrevido una ofensa inolvidable! Eso no podía caber en cabeza alguna, y no pasaba, sin duda, de ser un chiste nacido de la imprudente amistad que la alcaldesa viuda dispensaba a aquel tunante.

Y sin embargo, los rumores iban tomando cuerpo de día en día. Benito menudeaba sus visitas a la morada del difunto alcalde; su conducta pública mejoraba notablemente; ya no subía a caballo sino rara vez y con toda seriedad y moderación y suspendió su trato con las niñas Camaronas, que eran ántes sus íntimas amigas. Doña Severina, por otra parte, lo trataba con protectora benevolencia al hablar de él delante de sus relaciones; recordaba con frecuencia y como por casualidad que Benito procedía de buena familia; llamaba "locuras de joven" a sus antiguas y escandalosas picardías, y encomiaba con calor su reciente enmienda. Y todas las dudas se desvanecieron, por fin, un día domingo en que todo el pueblo lo vió ir a misa dando el brazo a la Estercita y seguidos ámbos de cerca por la señora Severina, que los mostraba con la mirada a sus amigos, feliz y satisfecha de la hermosa pareja que formaban los dos jóvenes.

Cuando se celebró el matrimonio, pocas semanas después, la aristocracia en masa concurrió a las fiestas, y todos se dieron por satisfechos y olvidaron su indignación al observar que la señora Severina había hecho quitar del salón el retrato de don Faustino, dando con ello una prueba muy loable de respeto póstumo conyugal....

* *

Como lo habían anunciado todas las personas reflexivas de la aldea, duró muy poco la luna de miel en aquel matrimonio. Apenas un mes después de casado, Benito subió en el Artillero, se fué derecho al fundo de su suegra, sacó de él tres vaquillas, que hizo arrear hacia la feria, y con el producto de la venta se dió tres días de diversión en casa de las Camaronas. Cuando llegó a su casa, con el caballo hambriento, con el bolsillo vacío y muriéndose de sueño, vió con extrañeza que ni su esposa ni su suegra le dirigían reproche alguno y a fuer de avisado, sospechó que algo grave iba a sucederle. En efecto durante su ausencia las dos señoras habían ideado y madurado un plan infalible para amansar aquella fiera, plan que consistía sencillamente en sitiarlo por hambre, cortándole los recursos para nuevas escapadas.

Cuando, un mes más tarde, quizo Benito arrear del fundo de su suegra otras vaquillas, se encontró con que el mayordomo y los inquilinos le cerraban el paso armados de escopetas. En vano gritó y protestó y armó escándalo a su mamá política y a su mujer: las vaquillas no se vendieron y Benito no tuvo medios de hacer a las Camaronas otra visita con el rumbo acostumbrado.

Y desde ese día empezó para el infeliz la carrera del descenso. Arrastrado por sus vicios, echó mano, para satisfacerlos, en primer lugar de Chascón y de Artillero, que vendió a vil precio; en seguida de su reloj de oro y sus espuelas de plata; después de sus mantas maipinas y de sus botas de montar, y concluyó por humillarse ante su mujer, pidiéndole de cuando en cuando un poco de dinero para cigarros, único vicio que Estercita y su mamá permitieron que conservase y que no siempre estaban dispuestas a satisfacer.

Y cuando, apesar de sus súplicas, nada obtenía, registraba Benito a escondidas el

portamonedas de su mujer, como un granuja cualquiera, o le substraía joyas para venderlas o empeñarlas, y más de una vez se presentó el caso de que a la cabeza de un grupo de perdidos, como él, saqueara durante la noche el bien provisto gallinero de doña Severina, llevándose consigo gallinas y pavos que saboreaba donde las Camaronas en alegre compañía. De cuando en cuando resucitaba en él su antigua altivéz y armaba entonces en su casa unos escándalos fenomenales que luego llegaban a oídos de todo el vecindario; pero así como el caballo chúcaro que corcovea y se retuerce entre las piernas de su jinete acaba al fin por quedarse quieto, convencido de su impotencia, Benito, cuando veía la inutilidad de sus esfuerzos para sobreponerse a sus opresoras, concluía también por bajar el tono y cambiar en súplicas sus gallardías:

—¡Estercita, cinco pesos para cigarros, por última vez!

Inútil es decir cuánto decayó Benito con estas bajezas en el concepto de todo el vecindario. Ya no era el mozo soberbio y brillante que deslumbraba con sus lujosos arreos y que se imponía a todo el mundo con su arrogancia; era un infeliz beodo de mirada humilde y ademanes acobardados, como si a cada paso tuviera ante los ojos el espectro espantable de su suegra y de su mujer. Mirábanlo con lástima los que antes lo contemplaban con temor y con admiración, y don José María, el primer regidor y el primer chuncho de la aldea, dijo una vez de él en tono profético:

—Este diablo de Benito se va a suicidar el día menos pensado.

Y el vaticinio se hizo conocido y corrió de boca en boca, de tal modo que se tuvo en el pueblo como cosa segura que Benito pondría fin con un tiro a todas sus malandanzas, y llegó también a conocerlo el presunto suicida, que resolvió aprovecharlo para obtener de sus tiranos lo que con súplicas no podía conseguir.

Una noche en que le apretaba la sed más de lo regular, se presentó ante su esposa con rostro abatido, y sacando con calma su revólver, única prenda que conservaba de sus buenos tiempos, exclamó con trágico ademán:

—¡Estercita, o me da veinte pesos, o me pego un tiro!

Asustada Estercita, le largó los veinte pesos a toda prisa, y pudo Benito apagar su sed y la de cuatro o cinco borrachones que aun le acompañaban en sus correrías.

Tres días más tarde repitió la amenaza en la misma forma, sin variarla en uno solo de sus detalles; pero su esposa y su suegra solo le respondieron en una sonrisa incrédula y despreciativa y con un encogimiento de hombros que equivalía a decir:

—Por nosotras, no hay inconveniente.

Así las cosas, llegó la noche del último San Juan, en el cual se produjo el suceso más sensacional ocurrido en la aldea desde hace muchos años, suceso que conservarán las crónicas durante largo tiempo y que pasará de generación en generación. Benito había salido de su casa hácia la media tarde con muy poco dinero en el bolsillo y con muchísimos deseos de divertirse, y se había dirigido a la casa de las Camaronas, dispuesto a empezar desde temprano la celebración del ínclito santo. Desde su llegada, él y sus amigos vaciaron copa tras copa y bailaron cueca tras cueca con los ¡aros! y ¡huifas! de rigor: pero cuando la fiesta estaba en su apogeo y cuando las dueñas de casa acababan de fabricar un ponche en leche de lo más apetitoso, notó Benito con estupor que sus bolsillos estaban vacíos. En vano les dió vueltas uno por uno: solo sacó de ellos migas de pan y colas de cigarros, miéntras se pintaba en su rostro la más amarga decepción. Al fin se dió en la frente una palmada, y canturreando alegremente el estribillo de la tonada que cantaba en ese momento una de las Camaronas

Póngale ponche, señora,
póngale como con rabia...

salió disparado, dispuesto a volver con dinero o a perder la vida en la demanda".

Solo a las dos sirvientas encontró en su casa, pues Estercita y doña Severina honraban en esos momentos con su asistencia la tertulia del oficial civil, que estaba de mantel largo por sér el día de su señora, tertulia famosa que congregaba todos los años a lo más granado del vecindario. Por un resto de pudor, Benito no quiso ir personalmente en busca de su mujer, y se limitó a rogarle que viniese, por medio de una de las criadas. Despues de hablar al oído con la señora Severina, Estercita respondió con otro mensaje cuyo texto es un secreto de familia, pues ha sido inútil cuanto se ha

hecho por averiguarlo; pero debió ser de lo más escocedor, porque al recibirlo Benito, dijo a las muchachas:

—¡Ahora sí que me mato!... y se encerró a puerta atrancada en el cuarto del carbón, alumbrado por la luz moribunda de un chonchón de parafina.

Apenas unos cuantos minutos habían transcurrido, cuando un disparo de revolver probó a las dos sirvientas que el desgraciado Benito había cumplido su palabra. Acudieron muertas de susto, y al través de las rendijas de la ventana pudieron ver un espectáculo de lo más horripilante: tendido cuan largo era en medio del cuarto, cubierta la cara con su ámplio sombrero de paño suelto, envuelto el cuerpo en un poncho de castilla y tendido aún empuñado el revolver homicida, Benito no movía ni pie ni mano y parecía dormir ya en paz su último sueño. El chonchón de parafina lanzaba sobre el cuerpo sus últimos resplandores, añadiendo una nota lúgubre más a aquel triste cuadro.

Medio locas de terror, las muchachas corrieron desoladas hacia la casa del oficial, y atropellaron a los que obstruían el pasadizo y la puerta del salón, penetraron al centro de la concurrencia y gritaron a voz en cuello.

—¡Señorita, señorita, el patron Benito se acaba de matar!

—¡Se pegó un balazo en la frente!

—¡Si yo sentí tres tiros! dijo la primera.

—¡Parece que también está degollado! concluyó la otra.

Imposible será describir el espanto y la confusión que produjeron estas noticias en todos los circunstantes. Estercita se desmayó, como era de rigor; doña Severina alzó los ojos y los brazos al cielo en ademán de plegaria, y todas las damas chillaron y gritaron horrorizadas. Don José María salió de carrera en busca del boticario; don Pacífico se fué a golpear a la puerta del señor cura, y el oficial civil se armó de su cartapacio para inscribir la defunción, y calmados ya un poco los ánimos, todos los demás se dirigieron al sitio de la tragedia, en lúgubre procesión. En las tres cuadras que tuvieron que recorrer, se les agregó la plebe en grandísimo número, de modo que cuando Estercita y doña Severina llegaron a su casa, entraron con ellas cincuenta personas, y otras docientas por lo menos quedaron llenando la calle y la acera.

Cuando los primeros en llegar atisbaron por la ventana, pudieron ver que un humillo azulado salía del cadaver por la boca de la manta que lo cubría, lo que hizo exclamar a don José María:

—Con el fogonazo se está quemando el cuerpo del infeliz.

Entre tanto las puertas no cedían ante el esfuerzo de los que procuraban abrirlas, por lo que alguien pidió a gritos un chuzo con que despedazarlas, hecho lo cual penetraron todos al cuarto y rodearon al suicida. El boticario, que hacía el papel de médico, fué el primero en atreverse a tocarlo y le quitó el sombrero que le tapaba el rostro. Y entonces todos fueron testigos de un detalle inaudito, que los dejó estupefactos: el cadáver apretaba entre los dientes un cigarrillo de hoja encendido y próximo a consumirse, de donde procedía el humillo azulado que habían notado los primeros curiosos. Y mientras trataban de explicarse aquella extraña circunstancia, sucedió otra cosa que puso el colmo al espanto y a la estupefacción: Benito abrió primero un ojo, despues el otro, y, por último, se incorporó con toda calma y dijo a su mujer:

—¡Estercita, diez pesos para cigarros y no me vuelvo a suicidar....

Nadie podrá dar cabal idea de los diversos y contrarios efectos que produjo en los circunstantes aquella resurrección. La casi viuda se desmayó por segunda vez, y doña Severina movió la cabeza de un lado a otro en señal de descontento; la plebe prorrumpió en ruidosas carcajadas y se esparció por todo el pueblo a llevar la noticia a los que aún no la conocían, y los notables se quedaron perplejos sobre si deberían o no alegrarse de que hubiese vuelto a la vida el incorregible calavera. Solo el oficial civil, al retirarse con su inútil cartapacio bajo el brazo y al pensar en su tertulia fracasada, decía en confianza a don Pacífico y a don José María:

—¡Cosas de Benito! Miren Uds. que se necesita atrevimiento para burlarse del pueblo matándose de broma.

El bárbaro del oficial habría dado, sin duda, la mitad de su sueldo por que el suicidio hubiése sido real y verdadero.

M. J. ORTEGA



Casitas de la Sociedad "Instrucción y Habitaciones"

APUNTES SOBRE EL PROBLEMA DE LAS HABITACIONES OBRERAS EN CHILE

Por

Luis Casanueva

Ilustraciones fotográficas

I

Exposición del asunto

Es de todos conocido que la habitación tiene una influencia decisiva en el individuo y mide generalmente el grado de cultura del habitante. La mala habitación es el mejor agente del alcoholismo y de la tisis, del vicio y la criminalidad.

"La influencia desmoralizadora de las casas malsanas, sucias o repletas, es considerable: el espíritu de órden y de economía, el sentimiento de la dignidad humana, la salud y la higiene públicas sufren igualmente. Se constata una enorme mortalidad infantil, una disminución considerable de la resistencia vital, las enfermedades epidémicas tienen allí su cuna y desde allí esparcen sus gérmenes maléficos produciendo horrorosos flagelos".

"Bajo el punto de vista moral, la promiscuidad de personas de diferentes edades y sexos que repletan las piezas de estas habitaciones son frecuentemente la causa primera del vicio precoz y del incesto con el cúmulo de sus funestas consecuencias. Estas habitaciones conducen á la imprevisión seguida siempre de la miseria; no ofrecen el menor encanto al trabajador y lo arrastran a la taberna."

Si así se expresaba el publicista Van der Moere en su opúsculo "Habitations Ouvriéres" refiriéndose a la habitación obrera en Bélgica ¿qué podremos decir nosotros?

"Por completos que sean los estudios hechos en la escuela, dice Samuel Smiles, el aprovechamiento será escaso mientras los niños tengan que volver diariamente a viviendas miserables donde reina el desaseo y el vicio. En ese caso es de temer que la cultura intelectual adquirida en la escuela sea instrumento para el mal antes que para el bien."

Si aun se encuentran entre nuestros trabajadores, hombres fuertes y de constitución relativamente sana, que es la objeción que oponen algunos optimistas exagerados,

es, como decía Juan Enrique Concha Subercaseaux en el discurso de inauguración de la Población Modelo Sta. Rosa. "porque esos pocos que quedan vivos, son el resultado de una selección tremenda que deja en pie solo a aquellos que han podido resistir, pero a costa de otros tantos que han perecido.

Es, pues, el mejoramiento de las habitaciones obreras, indispensable para la educación moral y material de las clases laboriosas y su solución no titubearía en estimarla como la obra más útil y eminentemente social que pueda hacerse en los momentos actuales.

La obra de saneamiento del consejo de habitaciones

El Consejo Superior de Habitaciones Obreras, establecido por la ley de 1906, en cumplimiento de las obligaciones que esa ley le impone, ha hecho una labor vasta e inteligente, que ha merecido el aplauso de los poderes y de la opinión públicas. Proseguida en igual forma y con la eficaz colaboración de las autoridades locales y judiciales podría extinguir en 5 años la totalidad de los conventillos insalubres de Santiago.

Esta parte del mecanismo de la ley está en buena vía y dará resultados tangibles en breve. Pero de destruír lo malo existente a poseer habitaciones sanas y baratas hay una distancia muy larga que recorrer. Es precisamente esta parte del problema la que estimo de difícil solución y la que debe preocupar al estadista y al sociólogo. Hay menores inconvenientes para destruír que para edificar.

Sin duda que la ley de la oferta y la demanda que regula los actos comerciales de la vida de los hombres, irá llenando, casi automáticamente, el vacío de viviendas producido por las demoliciones decretadas en cumplimiento de la ley por el Consejo. Parece evidente que no disminuyendo el número de habitantes y destruyéndose conventillos la demanda de habitaciones que este hecho trae consigo, determinará la construcción de otras nuevas.

Pero hay factores, extraños unos, inherentes otros al problema mismo, que modifican esa regulación o al menos no la hacen totalmente beneficiosa.

1.º—Una parte considerable (mas del 50%) de las malas habitaciones mandadas demoler son de las llamadas "mejoras". Frecuentemente pertenecen a personas escasas de recursos que las han edificado como han podido tomando en cuenta lo precario de su situación ya que siendo simples arrendatarios del piso no pueden pensar en poseer sino por cierto tiempo las piezas que edifican.

Generalmente habitan en ellas los propios dueños de las "mejoras" y dan en arrendamiento las piezas sobrantes para procurarse alguna renta. El tema de las "mejoras" daría para un estudio muy vasto y de palpitante interés y no puedo menos de insinuarlo a nuestros sociólogos y legisladores para que lleguen a producir un proyecto de ley que reglamente esta delicada materia, estrechamente vinculada al problema obrero en general, y en particular al de la habitación.

Este tema talvez poco conocido, y bastante interesante lo trata sumaria, pero completamente el activo secretario del Consejo Superior de Habitaciones, Don Alejo Lira en su interesante obrita "Comentarios a la ley de Habitaciones para Obreros."

Pero volviendo a nuestro asunto. Ocurre lo siguiente: la boga actual de las nuevas poblaciones que se habilitan en los alrededores para la venta de sitios y cuyas cuotas de adquisición no difiere mucho de los cánones de arrendamiento de pisos donde tenían las mejoras, determina, en gran número de casos, la transladación del dueño de las "mejoras" destruídas por el Consejo y de su familia y a veces de algunos de sus inquilinos a un sitio comprado en dichas poblaciones donde con los restos de la demolición y algo más levantan una nueva vivienda, las más de las veces peor que la antigua, si bien es cierto con más aire; pero sin servicio higiénico de desagües, escaséz o ausencia de agua potable, sin servicio de aseo y policía; además escapando a toda inspección eficaz de parte del Consejo.

El remedio sería no permitir la habilitación de nuevas poblaciones que no posean servicio de agua y desagües higiénicos y donde no pueda llegar la acción de la autoridad local. Esto determinaría el que no se habilitasen más que las poblaciones que respondan a una verdadera necesidad para el desahogo de la ciudad. No por sanear las ciudades infestemos los suburbios.

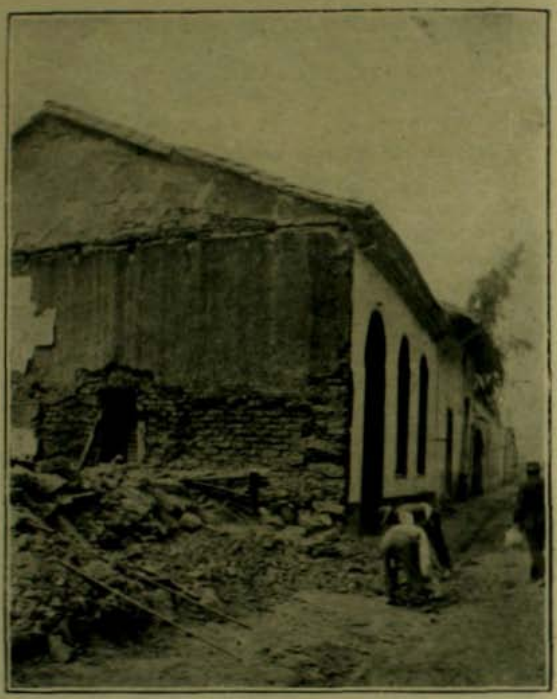
1.º—Otros de los desalojados de las habitaciones insalubres (y son talvéz los más)

van a aumentar la densidad de la población de otros conventillos que, si no habían caído bajo la acción del Consejo de Habitaciones, caerán luego, precisamente y a falta de otras razones, porque este aumento, desproporcionado a la cabida empieza a constituirlos como insalubres. La nueva instalación de estos desgraciados será transitoria y tendrán que continuar sus mudanzas. Hay en este caso, una postergación solamente de la acción definitiva del Consejo.

2.o—Otros finalmente irán a ocupar las citées higiénicas, que acogiéndose a la franquicia de la ley, se hayan construído, o al menos a habitaciones no insalubres cuya construcción haya sido determinada por la escasez de viviendas.

Este último caso es el único que corresponde a una solución del problema; deficientemente, si se quiere, porque esa habitación no será un modelo ni de sana ni de barata, pero será la mejor dentro de lo posible, en el estado actual de la cuestión. De suerte, que cuando se hayan tomado las medidas contra los inconvenientes contemplados en el primer caso y cuando no exista ya el segundo, se habrá llegado a dar una mediana habitación al pobre; pero la casita propia, la que sirva para constituír un hogar estable, que forme o restaure la verdadera vida y espíritu de familia, que contribuya a mejorar la suerte moral y material del trabajador y de los suyos, en suma la casita sana, barata y adquirible por el obrero, esa todavía apenas existe. Este es el gran problema cuya importancia no puede escapar a nadie.

Antes de entrar de lleno en materia deseo definir lo que entiendo por casa barata porque no deseo que se estime que las casas para obreros deben venderse en menos de su verdadero valor. No creo que esté en el terreno filantrópico la solución del problema, por el contrario, lo mataría sin solucionarlo. Así lo han entendido cuanta persona en el extranjero o en el país han estudiado a fondo este asunto y podría citar muchas y muy autorizadas opiniones. Entiendo por **casa barata** y por ella abogo, la que se vende en un precio que corresponda al interés corriente del dinero invertido en ella. En definitiva como dice el tratadista M. Ashley: lo esencial



Restos de un conventillo demolido por orden del Consejo de Habitaciones

es dar al pueblo habitaciones buenas por el precio que le hacen pagar por las malas. En esta forma entiendo la idea de **barata** aplicada al precio de la casa obrera.

Acción del Estado

La perspectiva para el trabajador de llegar a ser el dueño de la casa que ocupa, constituye un de los medios más eficaces de ahorro y orden, levanta el nivel moral del obrero y lo hace mirar con menos recelo a las demás clases de la sociedad determinándose así un factor importante de paz social. Es sin duda la difusión de



Conventillo mandado demoler por el Consejo de Habitaciones

la propiedad privada un medio poderoso de conservación social.

Siendo de tanta entidad el problema y viéndose que la iniciativa particular puede hacer tan poco, parece desprenderse que el Estado debe venir en ayuda de esta deficiencia.

Sí; creo que corresponde al Estado prestar un cierto apoyo financiero a las instituciones que se proponen este objeto y a los Consejos de Habitaciones propagar, aconsejar y tomar las medidas encaminadas a conseguir los fines indicados en la la forma que estudiaremos más adelante; pero no construyendo directamente las casas

Y lo creo así, por cuanto las construcciones que pudiere emprender el Estado solo favorecerían a una mínima parte de obreros privilegiados, lo cual no está conforme con nuestros principios igualitarios. Suponiendo que todos pudiesen ser favorecidos, sería atribuir al Estado una protección o paternidad que encuentro agena a su verdadera misión y veríamos al Estado entónces prestando indistintamente su ayuda al obrero meritorio y al que no lo es y de proteger solo a los primeros, debería el Estado intervenir en una selección odiosa si no fuera impracticable.

No escapará ademas a nadie que si la administración de casas para obreros por cuenta particular presenta grandes dificultades, la administración por cuenta del Estado es poco menos que imposible. Me repugna imaginar al Estado despidiendo al desgraciado que no está al corriente de sus pagos y no puedo imaginármelo ejerciéndo sobre él acción judicial por cobro de pesos.

Si hasta hoy en las 235 casas que posee el Consejo de Habitaciones no se han sentido en forma grave los inconvenientes anotados, es porque hasta ahora las casas son muy pocas y ha sido posible seleccionar bastante a los locatarios; sin embargo no han dejado de presentarse casos odiosos de solución bastante difícil y que están mostrando los inconvenientes que presentaría una administración más en grande.

Finalmente la construcción por cuenta fiscal, mataría la iniciativa particular definitivamente, que si bien hoy es escasa puede ser estimulada eficazmente como se verá más adelante. A este resultado tienden casi la totalidad de las legislaciones de los países más adelantados y no he encontrado ninguna disposición legal ni reglamentaria que confiera al Estado la facultad de construír o que lo dote de los medios de hacerlo. Mr. Georges Picot decía al respecto en el Congreso de París de 1900: "Si el Estado construyera habitaciones baratas, los empresarios dejarían de hacerlo; les parecería imposible competir con los que disponen del poder público."

El Estado y sus operarios

Otra cosa muy distinta es, que el Estado construya habitaciones para sus operarios, esto debe hacerlo; pero en este caso el Estado entra a cumplir con sus deberes de patrón, como lo hacen muchas industrias particulares aquí en Chile; la Compañía de Gas de Santiago, por ejemplo y muchas otras. No construiría en cuanto Estado sino en cuanto Industrial celoso por el bienestar de sus operarios y que vela también por sus propios intereses arraigando su gente y evitando los disturbios y las huelgas. El Gobierno prusiano ha invertido mas de 30 millones de marcos en casas para sus obreros dando así un ejemplo a los industriales particulares y a los Gobiernos de los demas estados alemanes, que ha sido de excelentes resultados prácticos.

Este punto de las habitaciones para obreros del Estado, lo contempló la ley de 1906 en su párrafo 6,o artículos 30, 31, 32, y 33 en que se autorizaba al Presidente de la República para invertir hasta $ 600.000.—en la construcción de habitaciones higiénicas para los obreros y empleados inferiores de las administraciones industriales del Estado, debiendo arrendarse por un canon equivalente al 5% anual de su importe consultándose una rebaja anual por el tiempo que exceda de tres años que ocuparen la misma casa.

Esto no se ha cumplido. Por lo demás, disposiciones de esta naturaleza debieran formar parte de los presupuestos anuales de las diversas industrias fiscales, siguiéndose en cada una de ellas un plan metódico de construcción, y dando así ejemplo a las industrias particulares.

El Consejo de Habitaciones intervendría en esas construcciones como interviene en todas las construcciones de casas para obreros, aconsejando sobre los planos, aprobándolos, haciendo la correspondiente declaración de higiénicas, etc., en toda la ingerencia que la ley le dá.

Como construye el Estado

¿Qué se hace actualmente en órden a la construcción de casas para ser vendidas a los obreros por cuenta fiscal? Veámoslo.

Las contruye el Consejo en virtud de las atribuciones que le confiere la ley de 1906 y la ley del empréstito de 6 millones según un deplorable mecanismo económico.

Las casas deben con sus cuotas de venta servir el empréstito que es del tipo del 8% de interés con 2% de amortización mas un 1% para gastos de administración.

En el precio de la casa deberán entrar todos los gastos en forma que la deuda fiscal sea servida religiosamente en tesorería de suerte que los tenedores de los bonos perciban con puntualidad sus dividendos semestrales.

En primer lugar salta a la vista que el fisco ha contratado un empréstito muy oneroso y que en consecuencia las casas deben hacer un servicio muy pesado.



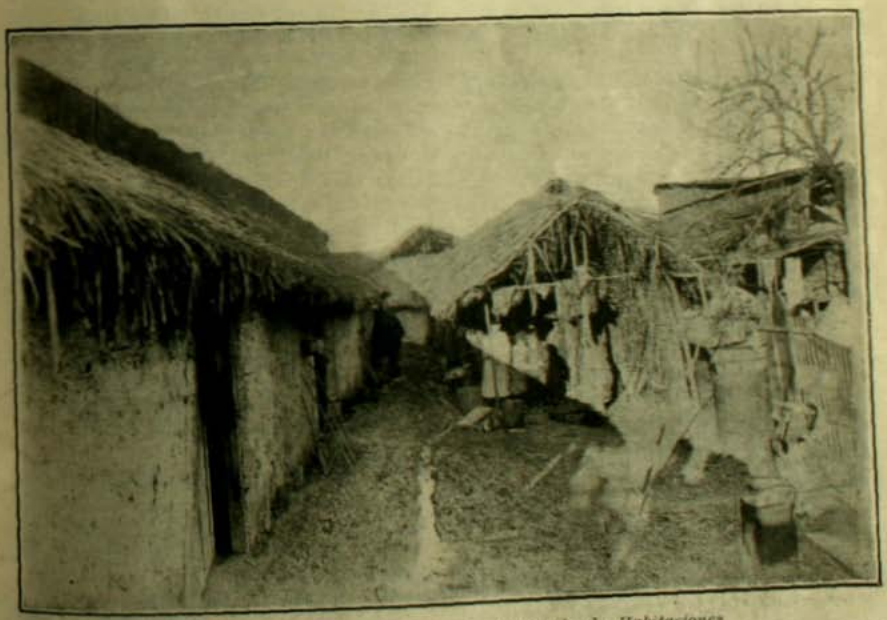
Población San Eugenio del Consejo Superior de Habitaciones Obreras.—Casitas de cemento sistema "Boldi"

Pero lo peor es que no pueden cargarse a las casas otros gastos inherentes a la construcción de una población modelo porque sería injusto hacerlos gravitar sobre los obreros, y no obstante debe hacerlos el Consejo con los fondos del empréstito ya que no se le han proporcionado otros. Así por ejemplo: los bonos devengan intereses desde que se enagenan, y las casas producen desde que son ocupadas, hay un lapso de tiempo por lo tanto en que el servicio de la deuda se hace descapitalizándose; los bonos se sirven con los fondos provenientes de su enagenación. No puede ser más deplorable. Si esto se cargara al precio de las casas en forma de cubrir el déficit, el obrero vendría a pagar las demoras de la construcción, los plazos inevitables, largos a veces, que median entre la compra del terreno y la edificación, etc. Si se cargaran esas cantidades, siendo ya alto el tipo de la deuda, las casas resultarían incomerciables, no obstante haber sido el Consejo afortunado tanto para comprar terrenos en excelentes condiciones cuanto para haber edificado a bajísimos precios.

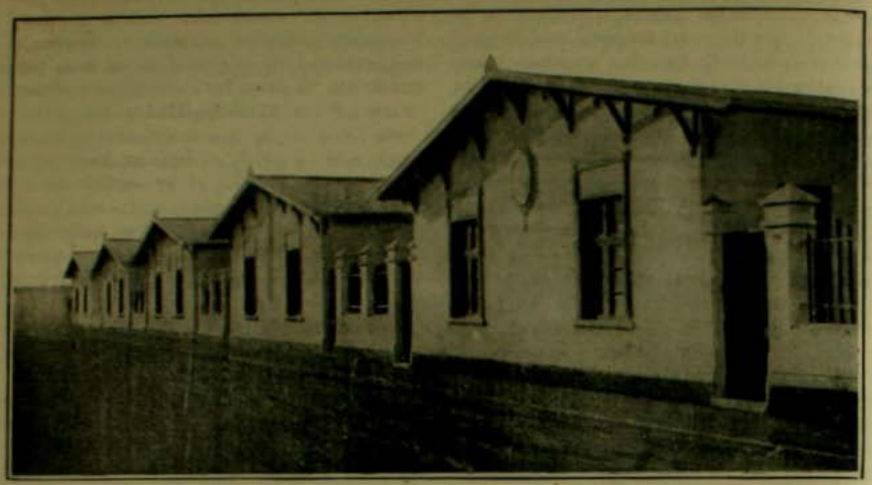
A esto se agrega además que el Consejo debe entrar a costear la construcción y pavimentación de calles y veredas y los servicios de alumbrado, policía y aseo. No puede tampoco cobrárselos al obrero incluyéndolos en el precio de la casa, porque el art. 14 de la ley, tantas veces citada, exige de las Municipalidades ese gasto; pero como sería practicamente no tener jamás esos servicios, en suma no tener jamás poblaciones modelos si se espera de las Municipalidades ese pago, el Consejo queda forzado a echar mano de los fondos del empréstito para cubrir ese gasto ya que no sería justo que el obrero pagare la desidia municipal.

Idénticamente pasa con el alcantarillado domiciliario que debe pagarlo el Fisco como el de toda habitación declarada higiénica; pero los fondos que se consultan en el presupuesto con este fin no alcanzan para nada, el Consejo no puede cobrarlos al obrero porque a él no le corresponde el pago, debe hacer él este gasto o no edificar poblaciones.

Al fin del completo ejercicio financiero, el Consejo tendrá que presentar un balance en que aparecerán varias cuentas de difícil cobro y los seis millones se agotarán antes de tener construído por



Conventillo mandado demoler por el Consejo de Habitaciones



Población León XIII.—Grupo de casas de concreto armado. Tipo de 3 piezas W. C. y cocina. Construidas según los planos y dirección del ingeniero don Luis Casanueva

un valor que corresponda al servicio de esa suma. Se agotará el dinero del empréstito, los tenedores de bonos reclamarán sus dividendos y habrá que hechar mano de fondos del presupuesto para pagarlos ya que las casas no podrán hacer el servicio total de la deuda. En suma, el déficit.

No escapa a nadie lo defectuoso del mecanismo actual. Es caro y no puede funcionar en la práctica debidamente. Es un monstruoso absurdo financiero cuyas consecuencias serán muy desgraciadas.

Si siempre se insistiera en la construcción de habitaciones por cuenta fiscal bajo la dirección del C. S. de H. O. sería preferible votar en los presupuestos sumas anuales para atender a estas construcciones. Serían sumas invertidas en obras reproductivas por cuanto la casa misma pagaría un interés y una amortización que permitiría seguir la obra sin necesidad de acudir eternamente al Presupuesto. El Fisco habría hecho obra útil y recuperaría su dinero. No encuentro espléndida la idea pero es preferible al mecanismo actual.

Empréstito Externo

Continuando este estudio dentro siempre de la misma idea de seguir construyendo el Fisco por intermedio del Consejo de Habitaciones, creo la mejor solución la que indica don Julio Hudson en el informe que sobre la materia pasó al Supremo Gobierno en virtud de la comisión que se le confiriera para estudiar en Europa el problema que nos ocupa.

El Sr. Hudson con bastantes argumentos que son el resultado de un paciente estudio de la cuestión en las plazas comerciales europeas, cree que "lo más práctico y hacedero sería una emisión de bonos en esterlinas hecha por una corporación u oficina fiscal (El Consejo de Habitaciones para Obreros, p. ej.) y garantida incondicionalmente por el Gobierno." El Sr. Hudson calcula que podría colocarse así hasta un millón de libras y vendría a costar un servicio de 5½ % de interés. El mismo Sr. Hudson recibió una oferta por escrito de Londres de una gran corporación financiera que tomaría bonos del 5% a 90, o sea costaría 5½ % el servicio.

Esta oferta que el señor Hudson se sirvió mostrarme, podría ser mejorada si se pidieran propuestas.

En el citado informe se deja constancia del éxito que tuvo hace un año un empréstito de naturaleza parecida danzado al mercado de Londres por la Empresa de Agua Potable de Valparaíso con la autorización y garantía del Gobierno.

"Si el Gobierno, dice el Sr. Hudson, autoriza al Consejo Superior de Habitaciones Obreras, tal como lo hizo con la Empresa

de Agua Potable de Valparaíso para emitir bonos en esterlinas del 5% y con la garantía incondicional del Gobierno, debiendo venderse estos bonos a medida que se necesiten, quedaría resuelto el punto financiero."

"Si el mercado monetario, agrega el citado informe estuviese en buena situación, se podría vender una suma mayor que la necesaria o bien el total de la emisión; y mientras fueren empleados en Chile, se colocaría en Bonos de la Caja Hipotecaria cuya renta permitiría atender con exceso y utilidad los intereses de dicho préstamo y para precaverse de una pérdida en caso de baja del cambio podría el Consejo acogerse a los beneficios de la ley de Caja de Emisión depositando en oro, en Londres, el producto del empréstito y recibiendo en Chile su equivalente en billetes de 12 d.

Es sin duda una solución mucho más conveniente que el gravoso empréstito interno de la ley actual; pero se suele objetar diciendo que el Gobierno tiene su firma excesivamente comprometida y no puede abusarse de ella. Sin embargo al lado de la enorme deuda externa de la Nación, bien poco influiría este nuevo compromiso y bien exige algún sacrificio del Estado, el mejoramiento de la habitación popular y sobre todo una deuda que se serviría ampliamente por sí sola (pues es bien conocido el interés que producen las habitaciones) dará bastante menos que temer al crédito nacional que el sinnúmero de empréstitos para obras improductivas y talvéz menos importantes que la conservación de la salud y de la vida de sus hijos.

Pero como he dicho en otra parte, no creo que la solución perfecta del problema se encuentra dentro del pié forzado de exigirle al Fisco que construye por intermedio del Consejo de Habitaciones mediante un empréstito de cualquier naturaleza o con fondos del presupuesto.

La construcción por cuenta municipal

Tampoco estimo práctico que entren las Municipalidades a hacer uso de las atribuciones que la ley les confiere en orden a la construcción de habitaciones para obreros por subsistir para ellas los inconvenientes apuntados para el Fisco, agravado aun más con la imposibilidad material en que generalmente se encuentran nuestros municipios, aun cuando la ley para venir en ayuda de estas construcciones los autoriza para emitir, con acuerdo del Senado, bonos garantidos por el Estado.

Garantía a los capitalistas extranjeros

La ley puso en manos del Presidente de la República, la facultad de conceder una garantía hasta del 6% anual y por un cierto término sobre los capitales que no bajen de $ 500.000 que se acredite hayan sido invertidos en habitaciones que se ajusten a las exigencias del Consejo de Habitaciones en conformidad a un reglamento **ad hoc.**

Hubo capitalistas extranjeros que desearon acogerse a la ley; aún más, hubo proposiciones concretas que subían de 100 millones de pesos; el Consejo elaboró un reglamento a pedido del Gobierno, que mereció la aprobación del Consejo de Defensa Fiscal y que fué aprobado por decreto Supremo de 20 de Mayo de 1912, al cual deberían someterse los capitalistas que desearan acogerse a la ley. El Consejo recomendó vivamente el asunto al Ministerio; pero por una serie de razones que estimo ocioso enumerar y que no entro a calificar, el asunto se terminó y los capitalistas se retiraron. Hubiera sido una buena solución del problema, aunque algo complicada y sujeta a algunas dificultades, pero que creo las subsanaría la práctica y el uso discreto de la firma del Estado.

Sobre este particular el Sr. Hudson en su recordado informe dice: "el resultado de mis investigaciones entre diferentes banqueros y Sociedades que se ocupan de facilitar fondos para estos negocios me permite aseverar que encuentro problemático que un particular o una Sociedad pueda encontrar en condiciones convenientes los capitales necesarios que quieran comprometerse en un proyecto que está sujeto a ciertas contingencias y además solo produzcan el interés una vez que las propiedades estén concluídas, arrendadas y sujetas a las disposiciones y reglamentos que dicte el gobierno."

No discuto esta opinión, aun cuando talvéz sea discutible y no abrigo los temores

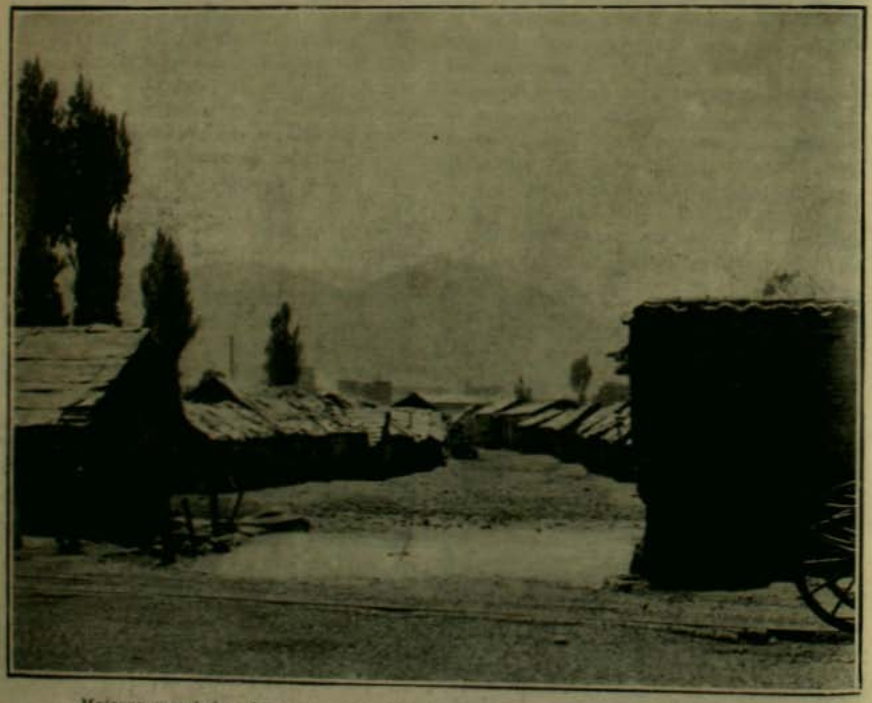
que asisten al Sr. Hudson, pero queda de todos modos un hecho establecido: el Sr. Hudson recorrió muchas firmas y no parecieron interesarse por el asunto o le opusieron dificultades. Los capitales que aquí se ofrecieron, aún cuando muy seriamente ofrecidos por personas bien abonadas, no correspondían a Sociedades formadas, sino que se formarían cuando tuvieran la declaración presidencial de que les sería garantido el 6%; quién sabe si las dificultades que indica el Sr. Hudson se hubieran producido al constituirse esas Sociedades.

Sin embargo, es doloroso dar por perdido un procedimiento que habría sido de ventajas evidentes y no desespero que pueda reconsiderarse este asunto con ménos estrechez de miras. Creo que si el Supremo Gobierno declarase que S. E. está dispuesto a hacer uso de la facultad de acordar la garantía a los capitales que deseen acogerse a la ley y que cumplan con los requisitos que la ley y el Reglamento imponen, y nuestro cuerpo consular recibiese el encargo de dar a conocer este acuerdo y todos los detalles que se creyere conveniente para atraer el capital extranjero, no puedo dudar de que este vendría y que el Estado podría por intermedio del Consejo Superior del ramo, seleccionar las propuestas que fueran más convenientes y hasta podría establecerse que sería causal de preferencia el aceptar una garantía inferior al 6%.

Yo no he podido divisar en esto inconvenientes insalvables, ni el Consejo tampoco. Un estudio paciente y discreto como el que se ha hecho y que puede todavía perfeccionarse, zanjaría las dificultades inherentes a todo progreso que se inicia.

No veo por qué los capitalistas europeos no se interesen por un negocio de por sí lucrativo y que cuenta además con la garantía del Estado. Si las firmas interrogadas por el Sr. Hudson no se interesaron, puede que existan otras a las cuales les conviniera.

En cuanto al Estado, no creo que llegue el caso de que su crédito pueda sufrir prácticamente, ni creo tampoco que pueda llegar el momento de alcanzar a serle efectiva esta garantía. El Consejo de Habitaciones tiene



Mejoras mandadas demoler por el Consejo Superior de Habitaciones Obreras

medios para cautelar el uso prudente del crédito nacional y vigilar sus intereses.

Cuando la casa obrera produzca menos de 6% habrá llegado el caso de poder juzgar como prácticamente resuelto el problema de la habitación barata y si algo pudiera llegar a costarle bien empleado habría sido y seguramente sería ménos que lo que le significa la detestable política financiera que actualmente preside su plan de construcciones.

Por lo demás si aún queda crédito al país en el extranjero, creo que nadie podría tacharlo de imprudente si lo empleara en obras reproductivas y de positivo mejoramiento de la cultura popular, y finalmente, es preciso decirlo de una vez por todas, el crédito del país está intacto en las plazas europeas y así vemos cubrirse varias veces sus empréstitos; lo cuerdo es hacer uso de él sobre todo para obras reproductivas y de interés general.

Por el sistema actual se pierde dinero en efectivo, por este se ganaría el mejoramiento de un servicio vital sin perder un centavo. El crédito no se pierde por hacer uso de él, al contrario se robustece cuando se emplea bien.

II

En la primera parte de estos apuntes estudié varios de los temperamentos propuestos en orden a la solución del problema de la habitación obrera, rechacé todos los medios que importen una intervención directa del Estado y abandoné, no sin lamentarlo, el procedimiento de la garantía a los capitales extranjeros que ha tenido sería resistencia de parte del Gobierno y que en todo caso podría juzgarse falto de oportunidad en los momentos actuales en que el Ejecutivo se prepara a usar de varias autorizaciones legislativas para contratar fuertes empréstitos externos y que se desea colocar en las mejores condiciones posibles, para lo cual nuestro Gobierno tiene que presentarse en los mercados europeos con el mínimum de compromisos reales o nominales.

Deseo ahora estudiar la obra actual y lo que puede esperarse de la iniciativa particular convenientemente estimulada. En ella han buscado la solución y la han encontrado los países europeos.

A este respecto la importante revista belga "L'Action Economique" en su número de Mayo del presente año dice lo siguiente: "Lo que caracteriza la obra llevada a cabo por la Bélgica en orden a solucionar el problema de la casa obrera es la dirección dada por el Gobierno que ha querido ayudar la iniciativa privada y de ningún modo sustituirla. Desde un principio se comprendió que el Estado era un mal constructor y un deplorable administrador de casas. Se ha dejado en consecuencia a la iniciativa privada ambas funciones y *es esta la explicación del éxito brillante obtenido por la Bélgica en esta materia.*"

Deseo entrar al estudio de esta parte del asunto presentando el estado actual de la iniciativa.

La iniciativa particular actual

Estimo que la verdadera solución está en arbitrar medios que estimulen la iniciativa privada y en reglamentarla.

Hasta hoy las franquicias que acuerda la ley a los que edifican casas declaradas higiénicas y baratas por el Consejo de Habitaciones han servido para inducir a construir a algunos propietarios citées o casitas destinadas al arrendamiento, llenándose así bastante el vacío que dejan los conventillos insalubres cuya demolición se ordena. Pero la construcción en grande escala de la casita destinada a la venta a largo plazo por medio de amortizaciones incluídas en el cánon, bien poco o nada ha avanzado en manos de los particulares.

Algunas intituciones con fines de beneficencia han hecho labor eficaz, como la Institución León XIII que con sus 300 casas es un modelo y un ejemplo que sus fundadores dan en todo momento al vecindario de Santiago. Pero no es la construcción de beneficencia la que constituye el objeto de estos apuntes sino la que tiene un objetivo comercial o sea la que tenga una base que asegure su implantación sin esperar la cooperación de almas superiores.

La ley, es innegable, en los siete años que tiene de vida no ha dado frutos en este sentido o al ménos no consulta practicamente toda la extensión del problema y además no ha podido ser cumplida en toda su integridad.

Las Municipalidades no han cumplido



Población San Eugenio del Consejo Superior de Habitaciones Obreras.—Avenida Central

con el art. 14 de la ley que les ordena "hacer por su sola cuenta la pavimentación de las calles con piedra de río a lo menos y las aceras con asfalto e instalar el servicio de alumbrado sosteniendo un farol cada 50 mts."

La Caja Hipotecaria no ha hecho uso de la autorización que le confiere la ley en su art. 17 para prestar "hasta el 75% del valor del terreno y edificios destinados a habitaciones declaradas baratas e higiénicas por el Consejo de Habitaciones." De desear hubiera sido que hubiere hecho uso, sino para conceder el máximo, pero al menos para conceder una cantidad apreciablemente mayor cuando se trate de edificar habitaciones sanas para obreros, que en los demás casos, en forma que se haga sentir la situación privilegiada en que se encuentra el que contribuye al mejoramiento de la vivienda popular. Por lo demás sería injusto no reconocerle a la Caja de Crédito Hipotecario el interés que ha mostrado en la materia y cuyo testimonio más elocuente es la Población Huemul y otras. Tampoco no podemos desconocer la acción tan benéfica desarrollada por la Caja Nacional de Ahorros para facilitar a sus imponentes la adquisición de la pequeña propiedad raíz.

No creo por lo demás que el no haberse hecho uso de las citadas disposiciones haya tenido una influencia muy considerable en la falta de iniciativa de los particulares.

En cuanto a las Sociedades o empresas que se dedican a edificar, tenemos la Soc. Parque Centenario. Esta Sociedad ha surgido al amparo de muchas de las franquicias que la ley le acuerda, pero las casitas están destinadas solamente a darse en arrendamiento. La Soc. de "Habitaciones económicas para empleados", aún no se conocen sus frutos, es en todo caso de más vastas proyecciones como su mismo nombre lo indica y en todo caso no es la habitación obrera su principal campo de acción.

Otro hermoso esfuerzo es el hecho por la Sociedad Cooperativa "Primer Centenario de Chile" formada en Concepción por un grupo de obreros. Ya tienen terreno y tratan actualmente de acumular los fondos para edificar. Ignoro si llegarán a resultados efectivos; me temo que confiados a sus propias fuerzas no puedan ver realizado el legítimo anhelo que ha determinado sus esfuerzos.

También podríamos citar la Sociedad de "Instrucción y Habitaciones" que si bien no es estrictamente de caridad, está afecta a una obra más vasta que podríamos calificar de **Previsión social**.—El Congreso Social Católico de 1910 reunido en Santiago se preocupó vivamente de las Habitaciones Populares y trató de formar una Sociedad con ese objeto; no Sociedad puramente filantrópica sino con base comercial por cuanto como lo afirma el que fué alma de la idea don Francisco Valdés Vergara, "la filantropía es siempre limitada y contando solo en ella habría que resignarse a hacer obra pequeña", de este Congreso surgió la organización de una Sociedad denominada de "Ahorros y Habitaciones populares" que no se ha realizado entre otras causas por las dificultades generales dado el poco numero de franquicias prácticas que tienen y que son necesarias porque para hacer habitaciones escepcionalmente sanas y baratas se debe gozar también de ventajas y privilegios excepcionales, y además, con relación al caso particular de esta Sociedad creo que se cometió el error de fijar en 5 millones el capital, lo cual es muy excesivo; un pe-

queño capital inicial, fácil de juntar, es suficiente; su natural desarrollo ulterior indicará cuándo y en cuánto convendrá aumentarlo. Las Sociedades francesas de construcción que existen en gran número y cuyo catálogo y datos principales he visto publicados, son raras las que tienen un capital Social superior a un millón siendo de 200 á 300 mil francos la mayor parte.

En Valparaíso se ha empezado una población en Playa-Ancha debida a la iniciativa de don Elías Ríofrío. Se han terminado 14 casitas y hantenido aceptación satisfacria; se espera edificar 200. Es un negocio combinado con venta de sitios, los que se espera valorizar con las construcciones emprendidas. Las casitas son para la venta a 6 años plazo y con una cuota inicial al contado equivalente al 10% del precio total. Es un esfuerzo plausible que creo tendrá éxito por estar comercialmente basado.

Lo expuesto en este capítulo prueba:

1.° que la iniciativa privada existe.

2.° que es escasa.

3.° que está pronta a recibir estímulo eficaz que le permita hacer obra útil y vasta.

Lo que podría ser aquí la iniciativa particular y lo que es en Europa

Buscando nuevos medios de solución eficaz al problema que constituye el objeto de estos apuntes, creo que el mejor de todos está en primer lugar en favorecer por todos los medios que la ley consulta, recabando de las autoridades correspondientes el hacer efectivas todas las franquicias en ella consignadas, a los que construyan casas sanas y baratas para el pueblo y, segundo y principalmente ayudar por los medios consultados en nuestra legislación y por otros que propondré más adelante, la formación de Sociedades Constructoras Anónimas o Cooperativas, nacionales o extranjeras que sometiéndose a determinada reglamentación se dediquen a construir casas para obreros.

Las legislaciones de los países más adelantados de Europa en la materia, particularmente Bélgica y Francia, han buscado la solución mediante el fomento de Sociedades sean de Crédito o de Construcción, revistan la forma Anónima o la Cooperativa. Estas Sociedades sirven de intermediarios responsables entre las Cajas de Ahorros u otras entidades comerciales del Estado y los adquirientes de casas. Las Cajas de Ahorros prestan en condiciones especialmente ventajosas a las Sociedades que tienen sus estatutos aprobados por el Gobierno previo informe del Consejo de Habitaciones baratas y que se someten a determinada reglamentación. Existen formularios de Estatutos estudiados concienzudamente por dicho Consejo Superior que sirven de Estatutos tipos, que los he visto publicados en el completísimo tratado "Les Habitations á bon marché en France et l'étranger" de M. Charles Lucas, obra que me ha suministrado muchos de los datos que se consignan en estos apuntes.

Como decía, hay entre estas sociedades unas que son de crédito y otras de construcción. Las 1.as tienen por exclusivo objeto hacer préstamos a los obreros para la construcción o compra de inmuebles destinados a casas obreras. La Sociedad ha obtenido el dinero de la Caja de Ahorro y mediante cierta combinación, lo presta al obrero ayudándolo así a construir o comprar una casa y haciéndolo inmediatamente propietario.

Esto más o menos se encuentra realizado sin intermedio de Sociedad alguna, aquí en Chile por los préstamos que hace la Caja de Ahorros en su sección propiedades mediante un mecanismo conocido: se paga una parte al contado y el resto en mensualidades y al vendedor le paga la Caja el total al contado; se facilita así enormemente la operación para el comprador y el vendedor. Creo que estas operaciones que abrió la Caja de Ahorros han favorecido el ahorro enormemente y han sido un poderoso estímulo para la adquisición de bienes raíces. Hace un año se habían adquirido propiedades en esta forma por valor de más de 2 millones y medio de pesos, habiéndose pagado al contado cerca de $ 700.000 (Setecientos mil pesos).

Sin negar la ventaja inmensa del procedimiento, no creo sin embargo que esto haya contribuído en una escala sensible al mejoramiento de la habitación popular, porque el pago al contado—— apreciable que exije la Caja (variable entre 15 y 40% del valor del inmueble) hace muy difícil la adquisición al obrero. El favorecido viene a ser la persona de algunos recursos. El resultado es muy benéfico, pero para lo que nos ocupa es muy escaso.

Las Sociedades de crédito belgas que sirven de intermediario como decíamos entre el obrero y la Caja de Ahorros pueden desarrollar una misión de efectos más inmediatos. Su mecanismo es el siguiente:

1) La sociedad presta solamente para construir, para comprar una casa construída o para mejorar una casa, y pone por condiciones: a) que el obrero habite él mismo la casa, porque no se trata de favorecer al especulador y b) que no establezca expendio de licores, porque semejante establecimientos no necesitan estímulo.

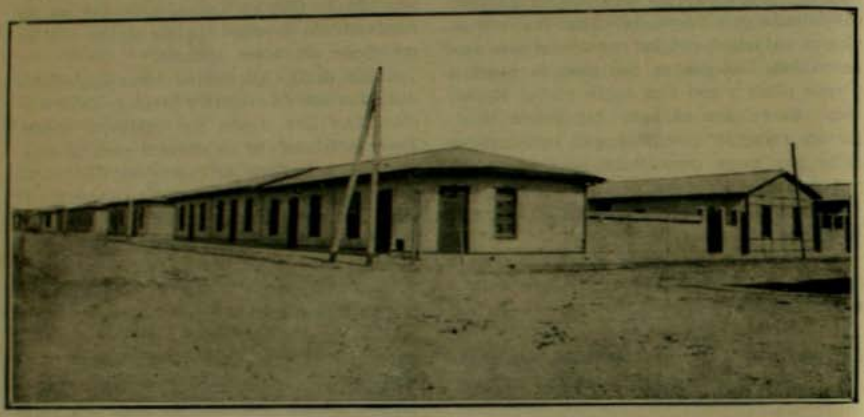
2) La sociedad avanza al obrero el 90% del valor de la casa y terreno que se trata de adquirir o construir. En suma el obrero necesita tener el 10% del valor total y el resto lo devuelve por mensualidades o trimestres en 10, 15, 20 ó 25 años como lo desee, siempre que se calcule que quede libre de todo pago ántes de los 65 años de edad y pudiendo en todo caso hacer amortizaciones extraordinarias. En la mensualidad va comprendido además de la amortización un interés especialmente bajo, por cuanto éstas Sociedades para ser aprobadas y para que entren a gozar de los privilegios que les acuerda la ley no pueden percibir un interés superior a cierto límite que la ley misma lo fija y que es inferior al corriente; pero las exenciones de que gozan y la autorización que se le acuerda a las Cajas de Ahorros para avanzarles dinero en condiciones excepcionalmente ventajosas las dejan en condiciones de hacer negocio.

Así constituidas existen 111 Sociedades en Bélgica de las cuales la mayor parte son anónimas y el resto cooperativas que han llegado a construir 54,000 casas obreras que las han adquirido otras tantas familias belgas.

Substancialmente análoga es la legislación francesa en esta parte y a su amparo tienen vida próspera 332 Sociedades de las cuales 210 son cooperativas y 122 anónimas con un capital social de 50 millones de francos y disponiendo de un crédito varias veces superior.

Mr. Bonnevay, miembro de la Cámara de Diputados de Francia y relator de la comisión de previsión social que preparó la ley de Diciembre de 1912, en su interesante obra "Les Habitations a bon marché" calcula matemáticamente lo que cuestan al Erario nacional los beneficios que el Estado da a estas sociedades y en general a los que se acogen a las franquicias de su legislación, en 300,000 francos anuales y sin embargo, a pesar de lo bajo de la cifra los resultados son bastante satisfactorios gracias al uso prudente de las sábias disposiciones de su ley. Esta cifra se calcula que talvéz llegue a un millón cuando la reciente ley de Diciembre de 1912 entre en el pleno desarrollo de su aplicación con el aumento de franquicias que en ella se otorgan.

Como se dijo en otra parte, además de éstas Sociedades de crédito existen otras de construcción cuyo objeto único es construir, comprar, vender y arrendar habitaciones destinadas a las clases laboriosas.



Población Santa Rosa del Consejo Superior de Habitaciones Obreras.—Calle Placer esquina Santa Rosa



Casas para obreros construidas por el Municipio de Londres

Cincuenta de estas sociedades existen en Bélgica.

En Francia, con disposiciones similares, tienen, entre otros muchos beneficios, el muy importante que se consigna en el art. 6° de la ley de 1906 en virtud de la cual las comunas y departamentos pueden garantir hasta en un 3% los dividendos de las acciones de las citadas Sociedades durante un plazo de 10 años.

En general todas las legislaciones europeas tienden a ayudar la formación de Sociedades de construcción principalmente mediante préstamos a interés menor que el corriente y a largos plazos y buscan en ese orden de ideas la solución del problema.

En un resumen que hace Mr. Bonnevay en su obra citada de las legislaciones europeas vigentes se consignan las siguientes líneas como conclusiones generales:

"Todos los grandes países de Europa se han preocupado de la creación y del desarrollo de las habitaciones sanas y baratas para obreros. Lo han hecho según métodos diversos, pero todos han acordado una parte inicial de acción a las Sociedades libres nacidas de la iniciativa privada. En general el Estado y las comunas han intervenido primeramente para ayudar sus esfuerzos. Algunos Estados se han limitado a fomentar, promover y subvencionar la iniciativa privada como Bélgica, Dinamarca y Holanda; otros han ido más lejos como Francia que ha autorizado a establecimientos públicos de previsón social o de beneficencia, hospicios, hospitales, asistencia pública, etc. a construir invirtiendo hasta un cierto porcentaje de sus bienes; otros países han ido aun más lejos acordando a las comunas el derecho de edificar y administrar las habitaciones económicas que construyan, como Inglaterra, Alemania, Austria, Italia, Suiza y España...

"Miéntras que la intervención directa de

las colectividades administrativas progresaba en ciertos puntos retrocedía en otros. Entonces nacieron estos organismos intermediarios que serán talvéz la fórmula definitiva de la intervención de los poderes públicos para la formación y administración de las habitaciones obreras...

Si en Chile además de hacer integramente efectivos los privilegios que nuestra legislación acuerda a las Sociedades que construyan habitaciones para obreros, se autorizara a una institución de crédito del Estado para facilitarles el dinero en forma menos onerosa que la corriente en cuanto al tipo del interés y al plazo de amortización, creo que se formarían empresas constructoras con capitales nacionales o estranjeros que edificarían según planos y especificaciones aprobados por el Consejo del Ramo y sometidas a su control y que vendría a prestar una ayuda eficaz a la solución del problema de la casa sana y barata.

El Estado habría prestado su concurso, pero indirectamente. No sería constructor, pero sí fomentador práctico. Habría cumplido con su verdadera misión.

Conclusiones

Resumiendo todo lo dicho, estimo la solución de la habitaciones obreras:

1).—En el cumplimiento estricto de la ley de Habitaciones Obreras, exigiendo la concurrencia efectiva de las diversas entidades públicas a que la ley les pide su concurso.

2).—En hacer uso discreto, pero hacer uso de las atribuciones facultativas que la citada ley acuerda y que por ser meramente facultativas no se ha hecho nunca uso y que quedan consignadas en el presente estudio.

3).—En que presten las autoridades locales y judiciales un apoyo decidido a la obra inteligente y constante emprendida por el Consejo Superior de Habitaciones para Obreros, singularmente en orden al saneamiento de la habitación malsana.

4).—En arbitrar los medios de estimular la iniciativa particular, sobre todo fomentando y ayudando en forma eficaz por el Estado, mediante préstamos ventajosos y otros privilegios, la constitución de Sociedades Constructoras.

✚

Al decidirme a publicar estos apuntes no he pretendido ni abarcar en toda su extensión el problema propuesto, ni mucho menos haber encontrado su completa solución. Lo he hecho solamente llevado del deseo de dejar abierto un debate sobre una materia que otros en posesión de mayores datos y condiciones superiores podrán ilustrarlo y darle un cumplido fin para llegar a ver a nuestras clases laboriosas fundando sus hogares en casas propias y sanas.

LUIS CASANUEVA
Ingeniero jefe del Consejo Superior de Habitaciones Obreras.



El Capitan Conquistador

Por W. W. JACOBS

V.

El mismo día en que Flower y sus amigas, fueron al teatro, el capitán Barber, dió un pequeño pero selecto té, en su casa habitación. La señora Banks, había regresado con su hija el día antes, para escuchar atónita los mil rumores que llenaban el aire acerca del capitán Barber y su nueva ama de llaves. Se les había espiado por horas y horas, desde cuanto escondrijo pareció propio para ello y la opinión profesional del elemento femenino era que la señora Church, podría coger el pez, en el momento en que lo estimare conveniente.

Los tontos viejos, son los peores, decía la señora Banks, pálidamente, mientras anudaba las cintas de su capota... Es una idea imbécil del capitán Barber, la de pensar en matrimonio a sus años.

—¿Y por qué nó? preguntó la niña.

—Porque ha prometido dejarles sus propiedades a tí y a Federico, repuso la anciana señora, y si se casa con esa mujerzuela, creo que Federico y tú os quedaréis esperando.

—Espero que todo no sea sino chismes, dijo la niña con mucha calma, cerrando la puerta de calle tras de su indignada progenitora. La gente acostumbra también hablar de Ud. y del viejo, Wolders, y sinembargo no hay nada. El únicamente viene aquí por un vaso de nuestra cerveza.

Esta evocación de un admirador que había consumido muchos barriles del licor referido, sin perder por ello la cabeza, acabó de colmar el mal humor de la vieja, que continuó todo el camino en completo mutismo.

El capitán Barber las recibió, cubierto con el magnífico gorro de seda con borlas de oro, que había provocado días antes tanta admiración de parte de la señora Church, y en pocas pero bien escogidas palabras, pensadas y vueltas a p[illegible]r la noche anterior, presentó a su ama de llaves.

—¿Quiére Ud. subir a mi cuarto, para dejar esas cosas? preguntó la señora Church, devolviendo afablemente el agrio saludo de la vieja dama.

—Me las sacaré aquí, si el capitán Barber lo permite, dijo esta última, dejándose caer casi sin aliento en una silla. Somos él y yo muy antiguos amigos.

Desató las cintas de su capota, y sacándosela de la cabeza, la colocó sobre sus faldas, mientras se desabrochaba el chal. Entregó enseguida ambos objetos a la señora Church, encargándole fuera cuidadosa con ellos.

—¡Oh, que hermosa capota! exclamó la ama de llaves, en falso éxtasis.... ¡Qué belleza más perfecta! Jamás ví antes, nada parecido... ¡Jamás!

El capitán Barber, sonriendo de la exquisita política de la señora Church, no dejó de sentirse alarmado y perplejo al observar el color escarlata que súbitamente tomaron las mejillas de la vieja dama.

—Lo hizo la señora Banks, ella misma, dijo... Es muy inteligente en esta clase de obras.

—Así lo había sospechado, dijo triunfante la señora Church. En cuanto ví la capota pensé para mis adentros... "Esto no puede ser la obra de una modista... Hay demasiado buen gusto en la manera como están arregladas las flores.

La señora Banks dirigió una mirada a su hija como en demanda de amparo.

—¿Quiére que le lleve también su sombrero? la preguntó la amabilísima ama de llaves, mientras la señora Banks,



Esto no puede ser la obra de una modista

con aire de desafío, sacaba su coña de un saquito de papel.

—Me lo sacaré yo misma, dijo la señorita Banks, con frialdad.

—Ah, bien, entonces puede Ud. llevarlo todo, dijo la señora Church, entregándole el chal y la capota, de mala manera. Voy a ver si la tetera está hirviendo, añadió alegremente.

No tardó sino un minuto o dos en regresar con la tetera. Todos tomaron asiento, y la ama de llaves el de la cabecera.

—¿Y cómo vá esa pierna? preguntó el capitán Barber, interpretando mal el agrio rostro de la señora Banks.

—¿Qué pierna? preguntó la señora Banks, bruscamente.

—La mala, dijo el capitán.

—Ambas las tengo malas, repuso la señora Banks, aún con mayor sequedad que antes, al ver que la señora Church, servía el té con actitud de condolencia, al tener conocimiento de un hecho tan deplorable.

—¡Cuánto lo deploro! dijo el capitán con su más simpático acento.

—¿Tiene Ud. las piernas hinchadas? preguntó con ansiedad la señora Church.

—Completamente hinchadas, explicó el capitán Barber con tono lastimoso... Parecen un par de columnas egipcias.

—¡Qué desgracia! dijo la señora Church con un acento que hizo experimentar a la señora Banks, el deseo de arañarla... Yo conocí a una dama que padecía de la misma enfermedad, pero era a consecuencia del abuso del licor.

Nuevamente la señora Banks, incapaz de pronunciar una sola palabra, acudió al auxilio de su hija.

—Triste cosa debe ser, dijo la señorita Banks, temblando como la hoja en el árbol, tener que rozarse con esa clase de gentes.

—Así es, repuso la otra... Me daba la infeliz una compasión... Figúrese usted que la pobre ya no tenía casi formas... ¡Era horrible!

—Es precisamente el caso de la señora Banks, asintió cortesmente el capitán Barber.

—Le agradecería que no me hablara de tales cosas, capitán, dijo la señora mientras le temblaban en la cabeza los adornos de su coña.

—Como Ud. guste, señora, dijo el capitán Barber con majestad digna de mejor causa... Solo repetía lo que le oí al doctor Holder en presencia de Ud.

La señora Banks sin replicar trató de llevar la conversación a otro terreno, y adelantó su taza en demanda de más té. La señora Church, antes de servirla, destapó

la tetera y arrojó dentro de ella un buen par de litros de agua caliente. Los sentimientos experimentados, en ese instante por la señora Banks, pertenecen a la categoría de lo indescriptible.

—El agua clara y el té obscuro, dijo, tratando de hablar en estilo sentencioso.

—La cuarta taza nunca resulta buena, dijo la señora Church como disculpándose... Voy a poner más té en la tetera, y así espero que su próxima taza resulte mejor.

A la verdad, la señora Banks solo había consumido tres tazas, y así se apresuró a declararlo. La señora Church, escuchó la rectificación con una cortesía, mezclada de ciertos puntillos de incredulidad.

—Es increible la cantidad de té que nos hemos consumido, dijo el capitán Barber, echando una ojeada alrededor de la mesa.

—El té, observó la señora Church, suele tener efectos parecidos a los de los espirituosos... Hay gentes que son esclavos de él, como si se tratara del cognac o del ron.

La señora Banks que había estado haciendo heróicos esfuerzos para dominarse, no fué ya por mas tiempo dueña de sí. Apartó violentamente la taza de inofensivo y aguado té que le habían servido, y echó el cuerpo hacia atrás, sobre el respaldo de la silla.

—¿Quiere Ud. referirse a mí, joven? preguntó, temblando de indignación.

—Nó, señora, ciertamente nó, dijo la señora Church muy acongojada... No me pasó tal cosa por las mientes. Aludía a cierta gente de que me ha hablado el capitán Barber... los teomanos habituales... ¿comprende Ud.?

—Muy bien sé lo que Ud. ha querido dar a entender, repuso la señora Banks, siempre furiosa.

—¡Vaya! ¡Vaya! !se permitió decir el mal aconsejado capitán Barber.

—No debería Ud. decir: "vaya, vaya"... Acuérdese de quien soy, continuó la vieja, hablando con gran rapidez. Si usted se imaginara que yo voy a sentarme a su mesa, para ser insultada por esa mujer, se equivoca medio a medio.

—Me parece que es Ud. quien sufre un error, dijo el capitán con mucha calma. He oído cuanto ella ha dicho, y nada he escuchado que se parezca a un insulto... Y al fin y al cabo, no estoy yo chocho.

Y diciendo estas palabras palmoteó amablemente la mano de su ama de llaves, la cual, ante la indignada vista de la señora Banks, le devolvió la caricia con una mirada ternísima. De ordinario nada hay de muy divertido en una taza de té, pero la señora Banks, mirando la suya, prorrumpió en una sarcástica carcajada.

—No hay por que reirse tanto, señora. ¿A cuento de qué? observó el capitán Barber, dirigiéndola un gesto de reconvención.

La señora Banks, movió la cabeza.

—Eran pensamientos míos tan solo, dijo.

Es difícil para un caballero, dirigir cargos a sus huéspedes, porque han encontrado algo de divertido en sus propios pensamientos, o hacer averiguaciones muy minuciosas acerca de la naturaleza de ellos. La señora Banks, que comprendía esto muy bien, volvió a reír, aún con mayor entusiasmo, y al fin, fué tal su regocijo que casi cayó al suelo con silla y todo.



Es precisamente el caso de la señora Banks

—Me alegro de que Ud. se divierta tanto en mi casa, dijo el capitán Barber, un tanto amoscado.

Y, probablemente con el objeto de dar aún mas gusto a su huéspeda, volvió a palmotear la mano del ama de llaves, con lo cual cesaron las risas de la Sra. Banks... La vieja dama, inmóvil, se quedó contemplando a la señora Church, la cual recibió aquella mirada aniquiladora, con altivo y tranquilo desdén.

—Supongo que iremos un ratito al jardín, propuso el capitán Barber, un tanto inquieto. Las dos damas, en efecto, se habían estado mirando mutuamente por unos tres minutos, con ojos desbordantes de simpatía.

La señora Banks, que, en su fuero interno se alegraba de la interrupción, hizo una o dos vagas tentativas de retirarse a su casa, pero después de muchas insistencias, consintió en ser conducida al jardín. Tras de los dos viejos, siguió la majestuosa Isabel, llevando un par de cojines.

—Es esta una novedad suya, observó la señora Banks, una vez que su hija se hubo retirado... Nunca le conocí antes ama de llaves.

—Así es, pero todos los días me admiro de que esta idea no se me hubiera ocurrido antes, dijo el astuto capitán... No se imagina Ud. todo lo confortable que me encuentro.

—Me lo imagino, repuso la señora Banks, frunciendo el entrecejo.

—Es delicioso tener una mujer para cuidar de la casa, continuó el capitán Barber, lentamente.... Es como una resurrección del hogar... Una sirvienta no basta para todo...

—¿Y qué le parece esto a Federico? preguntó la señora Banks.

—Las ideas de Federico son las mías, dijo el tío Barber, con cierta sequedad... Lo que yo quiero, él quiere. Es natural.

—Estaba pensando en mi hijita, dijo la señora Banks. Creo que habíamos convenido en que, cuando ellos se casen vivirán con Ud.

El capitán Barber hizo un signo de asentimiento.

Isabel no podría vivir con esa mujer en la misma casa, ni con otra alguna que tuviera la calidad de ama de llaves, dijo la vieja.

—Por cierto, repuso el capitán; cuando ellos se casen, cuando Isabel se venga a vivir aquí, yo no necesitaré ya de ama de llaves... Entonces la despediré.

La señora Banks se contoneó en su silla, y se puso a mirar pensativa hacia el jardín.

—Estaba decidida, dijo por fin, a que ellos esperaran hasta que yo me muera.



Tras de los dos viejos siguió la majestuosa Isabel

—Así es, repuso el otro... ¡Lastima de resolución!

—Pero Isabel y Federico se van poniendo viejos, y la Providencia parece tenerme olvidada, suspiró la vieja... ¿A qué hacerles esperar más?

El capitán Barber dió una chupada a su pipa.

—Ya nadie es joven, dijo suspirando.

—Federico podría cansarse de esperar, dijo la se-

ñora Banks, pensativa.

—Así me imagino, repuso el viejo Barber... En un sentido está ya en realidad cansado de esperar... Debería estar ya casado.

—Por otra parte, allí anda ese Gibsen, agregó la señora Banks suspirando.

—¿Qué hay de ese Gibsen? preguntó el capitán Barber, sorprendido a su manera.

—Anda tras de Isabel, dijo la señora Banks.

—¡No puede ser! exclamó el capitán, confundido.

La señora Banks frunció los labios.

—Pretende verme a todas horas, dijo... Siempre va a casa a preguntar por mis piernas. Lo peor es que no siempre se cuida bastante con los remedios que aconseja. Me trajo la semana pasada una botella con una droga nueva, y no es de creer las agonías que sufrí después de probarla.

—Esa es una insolencia incalificable, dijo el capitán.

—Estaba pensando, dijo la señora Banks, moviendo la cabeza con alguna animación, en dar a Federico una agradable sorpresa... ¿Qué pensaría él si los casáramos este otoño?

—Llegaría a brincar de puro gusto, dijo el capitán Barber, con entera buena fé... Señora Banks, el placer que Ud. me proporciona en este momento, es mayor de cuanto Ud. pueda imaginarse.

—¿Entonces ellos vendrían a vivir aquí? preguntó la señora Banks.

—Por cierto, dijo el capitán.

—Ellos alegrarán la casa, dijo la señora Banks, y para Ud. sería encantador, tener una mujer de la familia que cuide de todos.

El capitán Barber asintió sinceramente.

—Es lo que he esperado por tantos años, dijo...

—¿Y esa mujer? ¿La ama de llaves? preguntó la señora Banks, titubeando... ¿Se irá?...



Es delicioso tener una mujer para cuidar de la casa

—Naturalmente, dijo el capitán Barber. Ya no necesitaré de ama de llaves cuando tenga en casa a la esposa de mi sobrino... ¿Ud ha hablado con Isabel, supongo?

—No todavía, dijo la señora Banks, que en verdad había sido determinada, por los incidentes de aquella tarde, a dar un paso, que hasta entonces solo había contemplado como una eventualidad remota.

Isabel, que apareció en el jardín, momentos después, acompañada por la señora Church, recibió la nueva con bastante frialdad. Por cierto no dejó de sentir algún pesar, con la idea de que iban a tener un término las atenciones del enamorado Gibsen, pero no se le pasó por la mente discutir los arreglos hechos en su nombre, y aceptó la situación con una placidez que el ardiente Barber, era incapaz de comprender.

—Federico va a morirse de gusto, declaró el viejo marino, con entusiasmo.

—Es capaz de ir esta noche a dar una serenata a su novia, dijo la señora Church.

La señora Banks, fulminó a la intrusa con una mirada asesina.

—El es de pocas palabras, continuó el tío Barber muy exaltado... No es de los que dan serenatas... No son esos sus principios... Es lo mismo que yo... tranqui-

lo, frío, apacible, en apariencia, pero las aguas mansas son las mas hondas...

—Será cosa excelente para Ud., dijo la señora Banks, mirando de reojo a la ama de llaves... Es justo que Ud. piense también en si mismo... Una extraña nunca podrá atenderlo tan bien como lo hará su sobrina.

—La tendremos constantemente a su cabecera, dijo la señora Church, con una brillante sonrisa... Por otra parte nada habrá que alterar en la casa.

—Hay cosas que es necesario cambiar, dijo la vieja dama con énfasis... He visto muchas cosas en la vida, señora.

—Espero que Ud. vea aún muchas más, dijo la señora Church afablemente.



Flower, que se había sacado la bota, se entregaba a variados experimentos con su talón

—Ciertamente, porque vivirá hasta los noventa años, dijo el capitán Barber, muy convencido.

—Con toda seguridad agregó la señora Church.

El capitán Barber, al mirar a su vieja amiga, vió en su rostro las señales de un mal humor cuya causa era incapaz de descifrar. En la sospecha de que algo ignorado para él había sucedido, quiso distraer la atención de todos y envió a la señora Church por una baraja. El acontecimiento del día fué celebrado al fin con una partida de whist, en la cual, la señora Church en compañía de la señora Banks, perdieron casi todos los juegos, cohibidas como ambas estaban en sus propios pensamientos.

VI

Como resultado de la mala conducta observada en el teatro por el contramaestre, el capitán Flower le trató con un aire de frío desdén, afectando ignorar, hasta donde las circunstancias se lo permitían, la existencia de semejante sujeto. Por lo que respecta a las relaciones sociales no había en ello mayor inconveniente, pero la cosa variaba de aspecto, cuando en el comedor, el capitán fingía ignorar la existencia de su compañero. Así por ejemplo un día, a la hora del almuerzo, Flower tomó dos tajadas de roast-beef, dejando al contramaestre sin probar bocado... Con el objeto de poner las cosas en mejor pié de igualdad. Fraser, en la comida, se bebió tres tazas de café, en rápida sucesión, y el capitán hubo de contentarse con sus propias reflexiones y una cafetera vacía.—En tales relaciones sociales pasaron todo un día. El capitán pudo contener su deseo de hablar hasta la tarde, cuando mientras trabajaban juntos sobre el puente, el contramaestre dejó caer un pesado cajón sobre el pié del capitán.

—¿Por qué no se hizo Ud. a un lado? dijo con mucha calma, mientras Flower quedaba sin alientos. No es culpa mía.

—¿De quién ha sido entonces? gruñó Flower, que se había sacado la bota y se entregaba a variados experimentos con su talón, para ver si estaba o nó quebrado.

—Si Ud. no hubiera dado vuelta la cabeza, en actitud de pretender ignorar mi existencia, semejante cosa no habría ocurrido, dijo Fraser con cierto calor.

El capitán le dió vuelta la espalda y di-

rigió a José una mirada de interrogadora solicitud, como pidiendo consejo.

—¿Qué remedio me haré? preguntó.

—Si fuese mío ese talón, dijo José mirándolo respetuosamente, lo metería en una palangana de agua hirviendo, y lo dejaría allí mientras pudiera soportar el dolor.

—Eres un idiota, dijo el capitán secamente... ¿Y tú Benjamín?... ¿Qué harías?... Creo que no se me ha quebrado nada.

El viejo marino sacudió la cabeza.

—Si el talón fuera mío, dijo pausadamente, usaría de un ungüento que conozco, muy útil para curar los cascos de las cabalgaduras... Creo tener un poco de él. ¿Quiére usarlo? Es una famosa droga.

El capitán, juzgando que el remedio de Benjamín no sería con toda probabilidad muy diferente del de José, tomó en la mano su zapato y media y se dirigió cojeando hasta su camarote.

El pié le dolía tanto a la hora del té, que apenas pudo tolerar en él una zapatilla. Se puso pues su traje de diario y se dirigió a la botica, en la calle de Liston. El boticario, después de oír la narración del incidente, pareció tomar el asunto muy en serio, y, moviendo la cabeza con gran solemnidad, preparó un frasco de remedio, una botella de loción y una caja de ungüento.

—Venga Ud. de nuevo cuando la medicina se le haya concluído, dijo al entregar los artículos a su infeliz cliente.

Flower así lo prometió, y cojeando salió de la tienda. En cuanto hubo transpasado los umbrales, el aire amabilísimo de que se había revestido en presencia del boticario, se tornó en gesto de desdén altanero, casi amenazador. Era que acababa de divisar a Fraser, dirigiéndose hacia él.

—Guárdese Ud., exclamó el último en tono de advertencia.

El capitán le favoreció en una mirada de cólera.

—Bien, dijo el contramaestre con sequedad... Siga no más su camino... Pero no me pida auxilio cuando se encuentre en apuros.

Flower pasó sin pronunciar palabra. De pronto, sintió un vuelco en el corazón y se detuvo.

—¿Quería Ud. hablarme? preguntó con altanería.

—Ni aunque me ahorcaran, repuso el contramaestre, hundiendo las manos en los bolsillos.

—Si Ud. quiere hablar conmigo, dijo el otro, tratando en vano de ocultar su ansiedad, mi deber es escucharle... ¿Qué es lo que iba a decirme?

El contramaestre le miró de arriba abajo, pero al contemplar la triste figura del otro, con su talón enfermo y su carga de medicamentos, y ansioso por oír una palabra de sus labios, no pudo menos de sentir lástima.

—No siga Ud., amigo, dijo amablemente... Ella está a bordo.

Dieciocho peniques de mixtura, para ser tomada tres veces al día, por cucharadas de sopa, se derrumbaron de los brazos del capitán, quien se apresuró a ocultarse tras de la esquina.

—No ha sido culpa mía, dijo Fraser apresuradamente... Ellas se introdujeron hasta el camarote, antes de que yo supiera que estaban a bordo.

—¿Ellas? repitió el infortunado Flower... ¿Quiénes son ellas?

—La joven que vino antes y una mujer gorda y bigotuda. Piensan permanecer en el buque hasta que Ud. vuelva, para dirigirle algunas preguntas acerca de Mr. Róbinson... A mí también me han interrogado. Yo le eché llave a su camarote... Aquí está la llave.

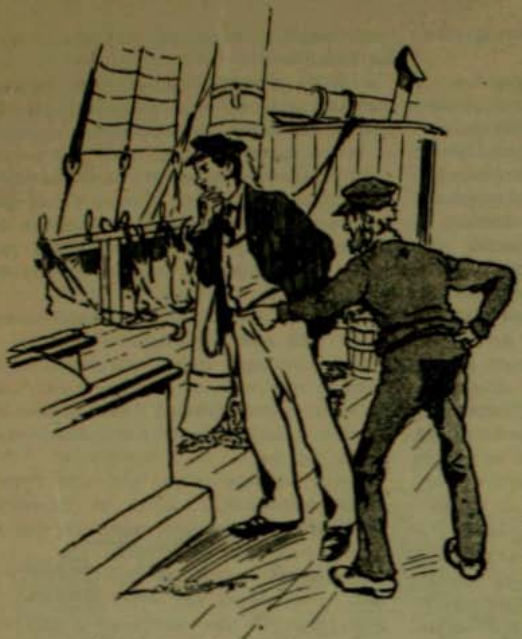
Flower la tomó, y después de reflexionar un momento le dió las gracias.

—Me he portado lo mejor que pude, dijo el otro con cierta severidad. Si yo lo hubiera tratado a Ud., como otros individuos acostumbran a hacerlo con los demas, le habría dejado seguir derecho su camino hasta la trampa.

Flower comenzó una excusa.

—He pasado tan malos ratos últimamente, amigo mío, dijo humildemente... Vamos a tomar una copa. Esto me refrescará la cabeza.

—Les dije que Ud. no volvería hasta después de las doce, dijo el contramaestre, mientras Flower, después de tocarse su herido talón, pedía un vaso de whisky.— Les agregué aún que era posible que Ud. no regresara a bordo en toda la noche, y que era posible que a su regreso Ud. estuviera borracho perdido, y con un genio de todos los demonios. La vieja dijo que de todas maneras le esperaría la noche entera, solo por el placer de con-



Allí abajo están todavía, le dijo José

templar la bonita cara de Ud., y en cuanto a la perspectiva de que Ud. estuviera bebido, me agregó que ninguna mujer tenía en Londres más experiencia en materia de borrachos, que la que ella tenía.

—Permítame que le vuelva a dar las gracias, Santiago, dijo solemnemente el capitán, después de vaciar su copa y colocarla pensativo sobre el mostrador.

—No se preocupe por mí, dijo Fraser; bastante tiene Ud. con sus propios asuntos. He salido a ver si encontraba un policial... Esto es cuanto tenía que decirle.

—Toda la policía del mundo no mejoraría mis negocios, observó Flower. Rosita ha tomado boletos para un concierto esta noche y tengo que acompañarla... Cómo voy a presentarme en esta facha.

—¿Y qué va a hacer Ud.? preguntó el otro.

Flower movió la cabeza, pensativo.

—Vuelva a bordo y deshágase de ellas como mejor pueda, dijo por fin, pero procure de todas maneras, no armar un escándalo. Yo permaceré aquí hasta que Ud. venga a avisarme que ya no hay moros en la costa...

—Pero ¿Y si los moros continúan allí; apesar de todo?

—Entonces nos encontraremos en Grenwich, mañana temprano.

—¿Y si mañana temprano, están todavía a bordo?

—No quiero suponer semejante cosa, dijo Flower en tono sombrío. Si Ud. no es capaz de despachar a dos mujeres, entre esta hora y las tres de la mañana, no merece el título de contramaestre. Si ellas me cogen estoy perdido y la culpa será de Ud.

El contramaestre, arrojando sobre él una mirada indefinible, abrió la boca para replicar, pero incapáz de coordinar sus ideas, optó por beberse el contenido de su copa y se dirigió a la puerta, pensando que había descubierto en su capitán ciertos aspectos, que antes ni siquiera sospechara.

—Allí abajo están todavía, le dijo José, en voz muy baja, cuando llegó a la cubierta de la Foam... Parecen muy satisfechas y se han arreglado como si pensaran permanecer a bordo un mes entero.

Fraser se encogió de hombros y bajó a la cámara. La vista de las damas parecía confirmar las apreciaciones de José.

—No siempre encuentra uno lo que busca dijo la vieja, aludiendo a la policía con que el contramaestre las amenazara.

—Cambié de idea, en efecto, dijo Frasser con la mayor política. No me agrada tratar mal a las damas, pero si el capitán vuelve a bordo y las encuentra aquí, todos vamos a pasar un mal rato.

—¿A qué hora le espera Ud? preguntó la señorita Tipping.

—No antes de que zarpemos a las tres de la mañana dijo el contramaestre con rapidéz; y quizás ni aún a esa hora llegue. Muchas veces salimos sin él. En algunas ocasiones ha estado ausente por más de seis semanas.

—Bien.. Pero nosotras permaneceremos aquí hasta que él llegue, dijo la más vieja de las damas. Me alojaré en el camarote de

él y Ud. supongo que cederá el suyo a mi hijastra.

—Si Uds. no se han ido cuando llegue el momento de levar anclas, me veré en el caso de hacerlas salir a la fuerza, dijo Fraser.

—Lo veremos, dijo la señorita Tipping con la mayor calma.

Una y dos horas pasaron. El contramaestre se sentó a fumar con una filosofía que le hubiera envidiado el centinela del Almirante Cochrane. Por último, encendió la lámpara, y subiendo a la cubierta, ordenó al cocinero que sirviera la comida.

Madre e hija con sentimientos de intensa gratitud, supieron que la mesa estaba lista para tres personas, y poco después, sin abandonar sus hostiles actitudes, se sentaron a la mesa del contramaestre...

Excelente asado dijo la señora Tipping con amabilidad.

—Espléndido, agregó la niña, que estaba cambiando miradas con el contramaestre... Veo que Uds. se dan aquí muy buena vida, Mr. Fraser.

El contramaestre hizo un signo de asentimiento.

—Todo va muy bien cuando el viejo anda afuera, dijo pero tiene un genio terrible.

—Supongo que no tendría malas consecuencias para Ud. mi venida la otra noche dijo suavemente la señorita Tipping.

—No hable Ud. de eso, repuso el contramaestre, dirigiéndole una mirada asesina... Haré por Ud. más todavía si llega a ofrecerse.

La señorita Tipping ocultándose de su mamá, le recompensó con una sonrisa de complaciente triunfo.

—A Ud. no le agrada, sin embargo, vernos aquí, dijo lánguidamente.

—Ojalá vivieran Uds. aquí dijo el inescrupuloso Fraser, pero, al fin de cuentas, Uds. no venían sino por saber de ese sujeto Robinson...

—También me gusta verlo a Ud., repuso la niña... Le quiero como a un amigo.

El contramaestre le dió las gracias con acento melancólico, y con gran descontento del cocinero, que había recibido instrucciones de los marineros de proa, para escuchar cuanto pudiera, no volvió a despegar los labios, hasta que la comida hubo concluído.

—¿Querrían Uds. jugar al naipe? dijo después que el cocinero se marchó.

—Malilla, si le parece, repuso la señora Tipping... Es el único juego digno de ser jugado.

Como no se levantara objeción alguna, la vieja se acercó a la mesa y concentrando en el juego todas sus energías, ganó admirablemente todas las partidas gracias a un procedimiento secreto de su exclusiva propiedad, que no tenemos para qué recordar ni describir.

—Supongo que nada habrán sabido Uds. de Mr. Robinson, desde que la señorita estuvo aquí la otra noche, dijo Fraser, notando con satisfacción que las damas dirigían a cada momento inquietas miradas al reloj.

—Nó... absolutamente nó dijo la señorita Tipping, quince, diesiseis, diecisiete y dos veinte son treinta y siete...

—¿Cuáles son treinta y siete? preguntó Fraser sorprendido.

—Mis puntos, dijo la niña, mezclando sus cartas con las demás y barajando para la siguiente partida.

—Extraña conducta, dijo el contramaestre... Se llama Robinson... ¿No es así?... quizás haya muerto.

—No lo creo, dijo brevemente la señorita Tipping. ¿Dónde está el capitán?

Fraser cuya ansiedad era ya excesiva para continuar jugando, se retiró de la mesa como quien va a hacer una revelación, y entonces, como pensándolo mejor, volvió a su juego.

—¿Cómo? dijo la señorita Tipping, colocando sus cartas en la mesa y mirándole con fijeza... ¿Dónde dice que está?

—No puedo decirlo, repuso Fraser... No me sacarán una palabra... Sus negocios no me corresponden.

—Si Ud. sabe donde está por qué no nos lo dice, continuó la señorita Tipping suavemente. ¿Qué daño hay en ello?

—¿Qué daño? observó Fraser en voz baja... Cuando Uds. hayan visto al viejo, no querrán estar delante de él ni se atreverán a dirigirle la menor pregunta.

—A pesar de todo, desearíamos verlo añadió la señorita Tipping después de una pausa.

—Entretanto, Uds. me ponen en una situación difícil, dijo Fraser, si el capitán no

viene a bordo, Uds. zarparán con nosotros mar afuera. ¿No es así?

La señora Tipping hizo una señal de asentimiento.

—Exacto, dijo secamente.

—Esto no deja de ser grave, continuó el contramaestre en tono lastimero. Y si, por otra parte yo les digo dónde está el asunto sería acaso todavía peor.

Se arrellenó en su asiento, golpeando la mesa con los dedos.

—Bueno, me arriesgaré, dijo por fin... Uds. pueden encontrarle en la calle Beaufort número 17.

La niña se puso nerviosamente de pié al oír estas palabras, pero la vieja, mirando al joven con ojos penetrantes y maliciosos, permaneció en su asiento.

—¿Y si mientras nosotras vamos en su busca, el capitán vuelve y sale al mar con el buque? preguntó.

Fraser vaciló un momento.

—Si quieren yo las acompaño, dijo lentamente.

—Pero, ¿y si ellos zarpan, dejándolo a Ud. también en tierra? objetó la señora Tipping.

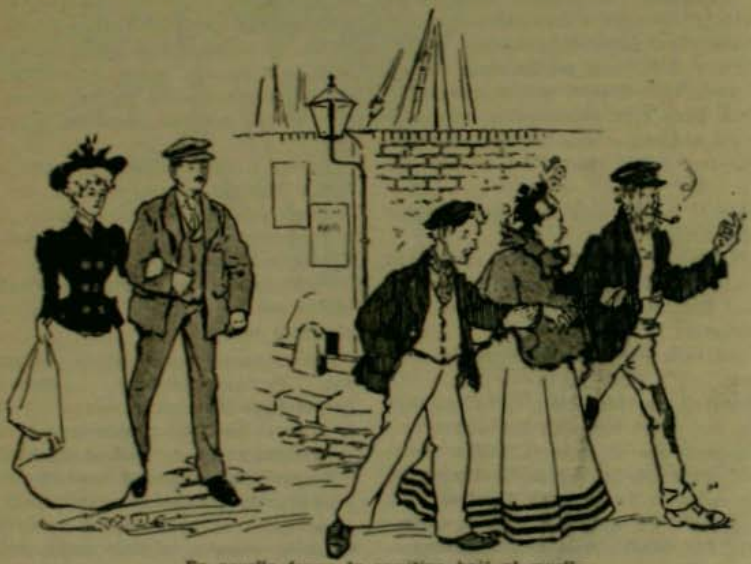
—Si les parece, pueden quedarse aquí, dijo el contramaestre fastidiado, a menos que vamos a la calle Baufort, con un par de marineros. No podrían hacerse a la mar con solo la mitad de la tripulación.

La señora Tipping a quien no halagaba un viaje por mar, tanto como quería aparentarlo, puso la situación en claro.

—Iré, dijo, del brazo de dos marineros, y Matilde irá con Ud., dijo por fin.

—Como Ud. guste, dijo Frasser.

En aquella forma, la comitiva bajó al muelle, Fraser, mirando hacia atrás, vió indignado que el guarda y Benjamín esta-



En aquella forma la comitiva bajó al muelle

ban bromeando a costa suya y riendo de los chistes que al cocinero parecía sugerir la situación.

Un coche destartelado pasaba por la calle. La comitiva se abalanzó sobre él.

La señora Tipping hizo subir primero a sus dos rehenes, ella misma los siguió pesadamente con su hija, mientras el contramaestre se encaramaba en el pescante.

—Vamos, dijo al cochero...

—¿Esta es toda la gente que vá? repuso el auriga entre indignado y sorprendido de ver la muchedumbre que llenaba su carruaje.

—Calle Beaufort número 17, dijo la señora Tipping, asomándose a la ventanilla.

—¿Por qué no se sienta en la falda de la vieja? preguntó el cochero al contramaestre.

Dando tumbos y saltos lamentables el viejo carruaje después de atravesar varias calles desiertas, se detuvo frente al número 17 de la obscura y lóbrega calle Beaufort.

El contramaestre, bajando él primero, abrió la portezuela del coche y ayudó a bajar a las señoras, dirigiéndose con ellas hasta la puerta de calle.

—Golpée aquí no más, dijo a la señora Tipping, y no se olvide de decir al capitán que si yo las he conducido hasta aquí, ha sido porque Uds. me obligaron a ello.

La señora Tipping golpeó largo y fuerte, y después de un corto intervalo, repitió la operación. Sintiéronse pasos en el segundo piso, y una voz profunda gritó que ya iban a abrir, pidiendo por amor de Dios que dejaran de golpear.

—No es la voz de Flower, dijo Fraser.

—No es tan fuerte como la suya, dijo la señorita Tipping

El cerrojo resonó por fin y la puerta, girando sobre sus goznes, dejó ver la figura de un individuo alto, vestido con una bata de color rojo, que a la luz de una vela, dirigía a los recién venidos, atónitas e interrogadoras miradas.

—Entremos, dijo a su hija, la señora Tipping.

—¿No se habrán Uds. equivocado de casa? preguntó el hombre de la bata roja.

—No lo creo, dijo la señora Tipping. Necesito ver al capitán Flower.

—Pues vienen Uds. equivocadas, repuso el otro, aquí no vive ningún individuo de ese nombre.

—Alumbre no más, dijo la Sra. Tipping.

El hombre de la bata roja batió la vela hasta que el corredor quedó cubierto de manchas de esperma.

—Siga no más derecho, gruñó... ¿Cómo se atreven Uds. a molestar a las gentes a esta hora?

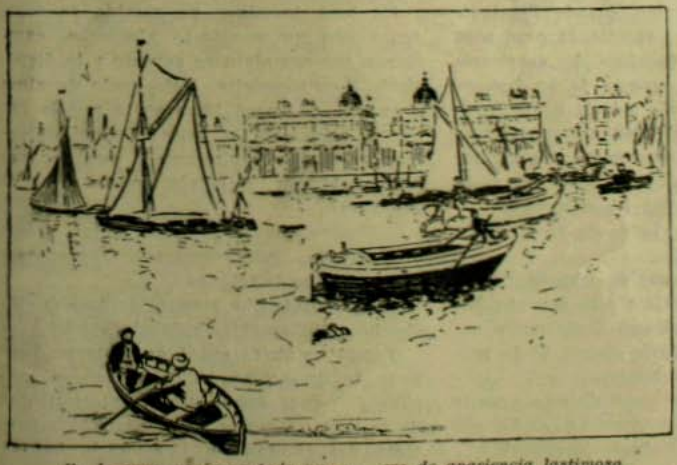
—Piense Ud. lo que guste, dijo la señora Tipping con sequedad. Pero nosotras no nos marcharemos hasta que lo hayamos visto. Después de todo, ello nada le importa a Ud.

—Ni de nada tenemos que darle cuenta, añadió la niña.

—¿De nada? Pues bien, entonces háganme el servicio de salir de mi casa, repuso ágriamente el hombre de la bata, que por lo visto era el propietario.

—Cuando hayamos visto al capitán Flower, dijo la señora Tipping con mucha calma, y por nada del mundo antes de ello... Ud. no logrará intimidarnos con sus malos modos.

La airada respuesta del hombre de la bata se ahogó con el estruendo de la puerta de calle que se cerraba, y el individuo se encontró solo con las damas. Un grito de triunfo resonó en la calle, y en seguida el ruido de pasos precipitados que descendían la escalera. La señora Tipping, después de forcejear no poco, logró al fin abrir la puerta, en el momento preciso en que el cochero, respondiendo a las órdenes del contramaestre, azotaba sus caballos, que partían a escape calle arriba.



En la popa venía sentado un p... ro de apariencia lastimosa

—Hasta aquí vamos bien, murmuró el contramaestre dando una última ojeada al burlado grupo, atónito en la acera. Creo haberlo hecho lo mejor posible... Salga después el sol por donde saliese.

El guarda, con el resto de la tripulación estaban en el muelle, en

diversas actitudes de espectante curiosidad... Esta curiosidad aumentó aún cuando el contramaestre, cerrando la puerta del muelle, la aseguró con barra, candado y cadena.

—No le abras a nadie de este mundo, le dijo al guarda severamente... Supongo que el capitán Flower aún no ha vuelto a bordo.

—Nó, dijo Benjamín.

Se dirigieron todos a bordo de la goleta, mientras el contramaestre, permaneciendo en el muelle, vigilaba ansiosamente la vuelta de la terrible señora Tipping; pero, a excepción de una falsa alarma causada por dos marineros borrachos, que andaban en busca de colocación, el tiempo pasó tranquilamente hasta la hora de la marea...

Cuando la goleta, en la mitad de la corriente del río, comenzó su viaje, el contramaestre no sintió género alguno de remordimiento por haber burlado a dos indefensas mujeres, y a ejemplo de su capitán, comenzó a sentir algunos de los encantos que traen consigo las picardías...

VII

Llegó el contramaestre con su goleta a Greenwich, en un amanecer frío, gris y nebuloso. Buques de todas formas y tamaños subían y bajaban el río, pero inútilmente esperó la señal del capitán. No dejaba de ser molesto para un marino aquello de estar detenido, mientras un viento favorable soplaba río abajo. Más de una hora había transcurrido, cuando Tomás le indicó con el dedo un esquife, en cuya popa venía sentado un pasajero de apariencia lastimosa. Tenía el aspecto de un hombre que ha pasado en vela toda la noche, y en lugar de devolver el afectuoso y significativo saludo del contramaestre, se sentó exhausto de fuerzas, sobre la claraboya de la cámara, contemplándola en silencio.

—Muy bien, dijo al fin, en tono indiferente.

Helado con esta acogida, Fraser, en lugar del dramático relato que pensaba hacer de los acontecimientos de la noche anterior, se limitó a darle cuenta de lo ocurrido en frases muy breves.

—Ahora Ud. puede concluir este negocio como mejor le parezca, concluyó... Yo, por mi parte, estoy de él hasta la coronilla.

—Creo que Ud. me ha metido en un callejón sin salida, gruñó el otro. ¿Por qué no trató de engatuzarlas a la buena? Esto es lo que yo le había pedido...

—Ud. mismo tendrá, lo creo, más de una oportunidad para engatuzarlas, repuso Fraser con aspereza... Entonces verá lo que le resulta en la práctica... Yo no encontré otro medio de deshacerme de ellas.

—Ud. debió enviar a buscarme para imponerme de lo que estaba haciendo, dijo Flower... He permanecido en esa miserable taberna hasta que la cerraron a media noche, esperándolo a Ud., de minuto en minuto. Tenía solo tres peniques en el bolsillo, y los gasté en cruzar el río... Después tuve que llegar hasta Greenwich, lo mejor que pude, con mi pié enfermo. ¿Cómo terminará todo esto?... En verdad que no lo sé.

—Por de pronto, el asunto no va mal, dijo Fraser, mirando en derredor suyo; mucho peor habría sido si esas dos mujeres hubieran ido a bordo hasta Seabridge y visto al capitán Barber.

El capitán permaneció pensativo por un buen rato.

—Permaneceré por algunas semanas en Seabridge, dijo lentamente, y Ud. dirá entretanto a la familia Tipping que yo he cambiado de ocupación... Después de lo ocurrido, no me queda otro remedio.

Bajó a la cámara y se quedó profundamente dormido, hasta que el cocinero lo despertó algunas horas más tarde, anunciándole que el almuerzo estaba listo.

Un buen lavado y un cambio de ropa, junto con un suculento almuerzo, cambiaron por completo su aspecto y la disposición de su espíritu. Refrescado de alma y cuerpo, se paseó lentamente por la cubierta, aspirando la brisa matinal, mientras su alma envalentonada por los pasados peligros anhelaba ahora nuevas aventuras.

—Espero que su pié siga mejor, señorito Tomás, interrumpiendo respetuosamente sus meditaciones.

—En realidad ha amanecido mejor, muchacho, dijo amablemente el capitán.

Tomás entonces entró en materia. Después de un acalarado debate en el castillo de proa, donde los acontecimientos de la noche anterior y la aparición misteriosa del capitán en Greenwich, habían

causado honda sensación, los marineros habían echado suertes, sobre cual de ellos pondría el cascabel al gato. Tomás había ganado o perdido, según el aspecto en que se considere la cuestión.

—Ud. no debería andar tanto, con su pierna enferma, señor, dijo moviendo la cabeza.

El capitán hizo una señal de asentimiento.

No dejé de alarmarme anoche, dijo Tomás... Todos estuvimos alarmados añadió, a fin de que sus compañeros participarán también de su responsabilidad... Pensabámos que acaso Ud. hubiera ído demasiado lejos y corría algún peligro de no poder retroceder.



Dió un apretón de manos a cada uno de sus compañeros antes que se lo comieran

El capitán de la Foam, miró sin chistar a su interlocutor... A Tomás se le desvaneció la cabeza. Los otros marineros que habían estado atisbando la entrevista, le concedieron todavía cinco minutos de gracia, y entonces habiéndose nuevamente marchando el capitán, el muchacho se dirigió a sus compañeros.

—He hecho cuanto he podido, dijo el infeliz.

—¿Lo que has podido? repuso José en son de mofa... Esto quiere decir que aún no has hecho nada.

—No puedo preguntar más dijo Tomás... No me atreví... ni aún haciendo de tripas corazón.

—Eres un cobarde, dijo el marino con aspereza... Conocí yo un muchacho, que en un naufragio se salvó con otros en un bote. Los víveres se acabaron y el hambre vino. echaron suertes sobre quien debía ser muerto y comido. . El perdió... ¿Crees tú que se acobardó por eso? No, ciertamente... Al contrario... Se portó como un hombre y dió un apretón de manos a cada uno de sus compañeros antes que se lo comieran.

—Bueno.. Uds. pueden matarme y comerme si así lo necesitan... Por mí parte yo lo prefiero.

—Piénsalo bien, dijo José... Anda y pregúntale hasta que conteste satisfactoriamente... De otro modo, ninguno de nosotros te querrá por camarada, y además recibirás una tunda, como nunca hasta ahora la has recibido.

Dichas esas palabras los marineros, dejaron nuevamente a Tomás en la cubierta, en el momento preciso en que el capitán volvía a ella.

—Necesito pedirle perdón capitán, si he obrado mal anoche, dijo el muchacho humildemente.

—Estás perdonado, repuso el otro abrazándole.

Tomás levantó los ojos al cielo, y bajándolos enseguida dirigió a sus compañeros una mirada suplicante.

—Adelante, le dijo Benjamín, dibujando las palabras con la punta de los labios.

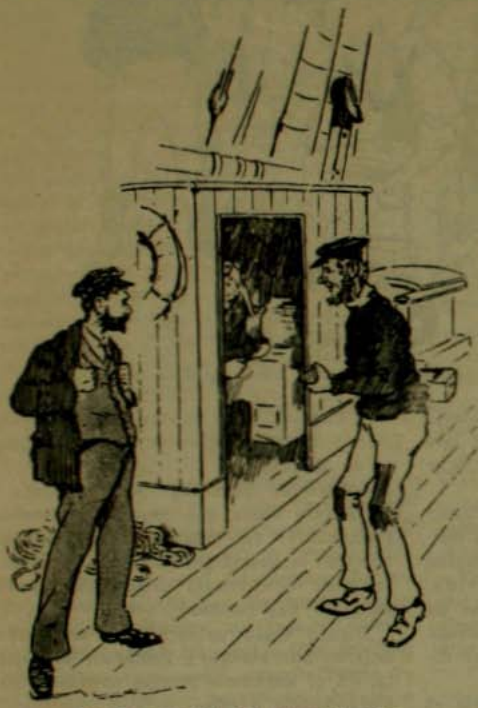
—No sé, señor capitán, si Ud. sabe a lo que estoy aludiendo, continuó Tomás con tembloroso acento... Me estoy refiriendo al viaje en coche.

—Ya he dicho que estás perdonado, dijo Flower severamente... todos Uds. están enteramente perdonados.

—Este es un alivio para mí, balbuceó el muchacho.

—No vuelvan ustedes a mezclarse en mis asuntos, dijo el capitán. Acaso la próxima vez no salgan tan bién librados.

—No fué pequeño el apuro en que nos encontramos, aún persistió Tomas... Yo



Les dije que Ud. era un sujeto calvo

por ejemplo no sabía si contestar o no las preguntas de las damas.

El capitán girando, sobre sus talones se plantó delante del muchacho.

—Dime ¿qué preguntas eran estas? dijo.

—Apenas recuerdo, señor dijo Tomas, alarmado a su manera. Como el coche corría tan ligero, y la cosa vino de repente, la cabeza me bailaba como un trompo.

—¿Pero qué te preguntaron? volvió a insistir el capitán.

—Me preguntaron qué aspecto tenía el capitán Flower, que a quién se parecía, dijo Tomas, y me preguntaron también si conocía a Mr. Robinson.

El capitán Flower, esperaba con los ojos centellantes.

—Yo les repuse que no tenía el honor de conocer a Mr. Robinson, dijo Tomas ya con alguna entereza... pero cuando iba a darles cuenta de como era Ud., José me pellizcó un brazo.

—¿Y entonces? preguntó el capitán, temblando de impaciencia.

—Entonces yo también lo pellizqué a él, señor, dijo Tomás, sonriéndose ante aquel recuerdo.

—Tomás es un tonto, señor, dijo José apareciendo súbitamente delante del capitán... Quién sabe que tonterías habría dicho si yo no lo atajo, y contesto yo mismo las preguntas de las damas, informándolas de todo, respecto a Ud.

¿Eso hiciste, badulaque? gritó Flower asperamente.

—Tenía que contestar a sus preguntas repuso José y les dije que Ud. era un sujeto calvo marcado de viruelas y que cuando no estaba a bordo lo que no era frecuente residía en Aberdeen.

El capitán, enternecido, se adelantó hacia el viejo marino, y le palmoteó cariñosamente el hombro.

—Merecerías ser almirante, José, le dijo con voz agradecida.

—Advertí a Jorge, el guarda, que les diga lo mismo, si vuelven a molestar, dijo José con orgullo.

El capitán volvió a palmotear la espalda de su subordinado.

—Uno de estos días, José, observó, te impondré de todos los detalles de este asuntito; por de pronto debo decirte que cierta joven infortunada, se ha encaprichado de un amigo mío, llamado Robinson; y es muy importante para la paz de Robinson que ella no me vea, ni sepa nada acerca de mí. ¿Entiendes?

—Perfectamente, repuso José.

Su aspecto era tranquilo... El marino no se retiraba; pero el capitán en señal de que la conversación había terminado, tomó el timón de manos del contramaestre.

—Todo concluirá perfectamente, dijo a este. Nos quedaremos algunos días en Seabridge. Enseguida llegaré con la goleta solo a Greenwich, y desde allí la envío con Ud. a Londres... Escribiré una carta con

la firma de Robinson y se la mando a un amigo que tengo en Nueva York, para que desde allí se la dirija por correo a la señorita Tipping.

Y ébrio de felicidad, golpeaba las espaldas de Fraser.

—¡Cuánto me voy a reír de la aventura! añadió.

—Creo que pasará algún tiempo antes de que Ud. esté en humor de reirse del asunto, dijo Fraser.

—Ud. tiene la manía de vérlo todo negro, dijo Flower.

—A fin de cuentas, según van las cosas, Ud. va derecho a casarse con la señorita Bancks, observó Flower.

—No por cierto, dijo el otro alegremente... Tiempo tengo sobrado para conjurar semejante peligro... Y lo que es ella me parece tener tan poco apuro como yo.

—Pero ¿Y si el negocio se precipita? ¿Qué hará Ud.?

—Encontraré siempre un remedio de escabullirme, dijo Flower en tono confiado... Entretanto, le aconsejo, como un medio de ejercitar sus facultades intelectuales, que resuelva este acertijo: "Cuál sería, en tal caso, el mejor modo con que yo podría salir de apuros".

Su buen humor persistió durante todo el viaje hasta Seabridge. Y en cuanto la goleta hubo fondeado, se dirigió alegremente a casa de su tío. Era ya al caer de la tarde y el capitán Barber no estaba en casa. Esperándolo, mantuvo un confortable têtе a têtе con la señora Church, durante el cual tuvo ocasión de explicar extensamente la infortunada aventura de su pié.

El capitán Barber no llegó hasta la hora del té, y, estrechándo la mano de su sobrino, se sentó a su frente y, en forma aún más bulliciosa que de ordinario, entabló con él una larga conversación.

Con no poca sorpresa de Flower, aunque la charla nada tenía de triste, la señora Church, en tres ocasiones diversas, abandonó la sala, llevándose el pañuelo a los ojos... Cada vez que esto sucedía, a su tío le faltaban las ideas, y se interrumpía, no solo en mitad de un período sino de una palabra. A la tercera de estas pantomimas, Flower, señalando con un gesto la puerta, por donde desaparecíera la patrona, preguntó qué significaba aquello.

—No digas nada, repuso su tío suspirando...

—¿Pero qué es? persistió Flower.

El capitán Barber miró nuevamente a la puerta, y repuso en tono confidencial:

—Un corazón destrozado... murmuró suspirando.

Flower se estremeció, y perplejo con lo que acababa de oír no pudo asociarse sinceramente a las bromas que el caso sugería al capitán. Por fin se decidió él mismo a hacer una broma y después de pasear su mirada del capitán a la patrona y de la patrona al capitán, se cubrió el rostro con el pañuelo y salió de la pieza.

—Me ha dado un dolor de muelas, dijo embusteramente al volver a entrar.

El capitán Barber le dirigió una mirada fulminante, pero la señora Church, se quedó contemplándolo con interés compasivo. Cambiando así el giro de la conversación, el té dió fin con toda felicidad.

—¿Qué significa esto? preguntó Flower, cuando después del té, sobrino y tío estuvieron sentados en el jardín.

—Tú eres la causa de todo, dijo el capitán Barber en tono severo.

—¿Yo? dijo Flower, sorprendido.

—¿Te acuerdas del pequeño plan que te expuse la última vez que viniste? dijo el otro.

Flower asintió.

—Ha tenido pleno éxito, continuó el capitán Barber. Tengo para tí novedades que te harán bailar de gusto.

—¿Cómo podré bailar con mi pié enfermo? repuso Flower palideciendo.

—No te preocupes de tu pié, le dijo su tío mirándolo fijamente... Van a correrse tus amonestaciones.

—¿A correrse? ¿Dónde? suspiró Flower.

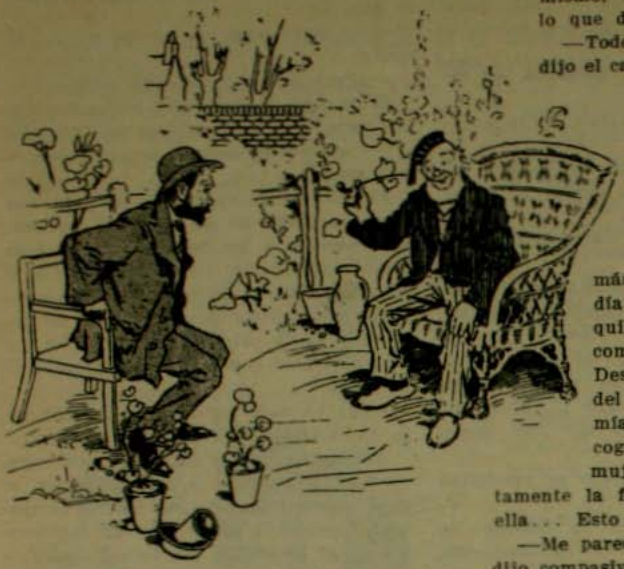
—¿Dónde? En la iglesia... ¿Adónde quieres que las corran? Conseguí el consentimiento de la vieja, antes de ayer.

—¿Ha muerto ella entonces? preguntó su sobrino con asombrado acento.

—¿Qué demonios estás diciendo?

—Como ella no podía dar su consentimiento.... luego ha muerto, dijo Flower.

El capitán Barber se quedó mirando a su sobrino.



A mí me lo debes, dijo su tío, con aire satisfecho

—La alegría le ha trastornado el seso, dijo con convicción.

—Será mi pié enfermo, en todo caso, que no me deja dormir, dijo Flower... Estoy encantado... verdaderamente encantado. Después de tantos años.

—A mí me lo debes, dijo su tío con aire satisfecho Siempre sé salirme con la mía, y dar con la clave de las dificultades. He jugado a la vez con la señora Bancks y la señora Church sin que ninguna de ellas lo sospecharan. Ahora ambas están en mi poder...

—¿Pero qué tiene en ello que ver la señora Church? preguntó el infortunado sobrino.

—Ello es lo peor del asunto, dijo el tío Barber, sacudiendo la cabeza... Mientras yo seguía mi juego, la pobre mujer me creía sincero... Ella no dice nada... Sufre en silencio... Hace esfuerzos nobilísimos para encubrir sus sentimientos.

—¿Le ha dicho Ud. a ella que tiene que salir de la casa? preguntó Flower.

El capitán Barber movió negativamente la cabeza.

—La señora Banks, dijo, me ha ahorrado ese disgusto.

—Pero ella debe ser notificada por Ud. mismo, dijo Flower, sin saber lo que decía.

—Todo se hará a su tiempo, dijo el capitán Barber. Como me encuentro metido en esto por causa tuya, tú deberás decírselo en mi nombre.

—¿Yo? dijo Flower con énfasis.

—Por cierto, repuso el capitán Barber, con más énfasis aún... Un día la llamas aparte tranquilamente y aludes a ello como por casualidad... Después vuelves a tratar del asunto en presencia mía... Con ocasión de escoger la pieza para tí y tu mujer, puedes fijar indirectamente la fecha de la partida de ella... Esto será lo mejor.

—Me parece muy duro para ella, dijo compasivamente el sobrino. Mejor sería dejarlo para después.

—Nó, de ninguna manera, repuso secamente el capitán Barber. No te digo que las amonestaciones están corriendo. Leerán las primeras el próximo Domingo... Ustedes vivirán conmigo... Te daré trece casitas de renta, y una mitad en el buque... Por lo demás, mi fortuna, será tuya después... ¿Pero no me miras agradecido? ¿Qué te pasa?

—Estoy muy agradecido, dijo Flower recobrando el dominio de sí mismo... pero pienso además en Ud...

—¿En mí? dijo el tío,

—En Ud. y en la señora Church, dijo el sobrino... Me imagino que Ud. se ha metido en un mal negocio.

—No pases cuidado, dijo el tío Barber... Yo sabré lo que hago en mi casa... Ahora lo mejor que puedes hacer es una visita a tu novia.

VIII

El resto de su estadía en Seabridge, transcurrió para el infortunado capitán de la Foam, en una especie de horrible pesadilla.

Una modista de pelo gris y una pequeña aprendiza, instaladas en el mejor salón de la casa Banks, desplegaron de entre un caos de papeles de envolver, un

traje de seda de belleza incomparable. Como una gran concesión, permitieron a Flower tocar la tela, y aún probarla entre los dedos, a imitación del capitán Barber, que gustaba tanto de este ejercicio, que hubieron de enviarle especialmente una muestra del género. En las mejillas de Isabel se dibujó un resplandor de desusada modestia al recibir a su novio... En una palabra, cada detalle era más aplastador que el anterior.

Hasta el día de la partida para Londres, las alusiones deseadas por el capitán Barber respecto a la señora Church, no se habían aún producido. La ama de llaves continuaba en pacífica posesión de su empleo, y dió el joven marino un cariñoso apretón de manos, cuando, éste, en compañía de la señorita Banks tomó el camino del muelle. El pié del desventurado no estaba todavía sano, y hubo de tropezar más de tres veces, antes de llegar al muelle a pesar del auxilio qué le prestaba el brazo de su prometida.

—Sigue mal la pierna, dijo, pero espero que esté ya buena para mi próxima visita.

Dió un apretón de manos al capitán Barber, y, como un tributo a los usos establecidos, besó a la señorita Banks. Hasta que se perdieron de vista, continuó saludándolos con el pañuelo, demostración que Isabel, contestaba con el suyo.

—¿Qué significa esa comedia del pié enfermo? preguntó el contramaestre en voz baja.

—Diga mejor si encuentra Ud. un medio de salir de esta situación endiablada, repuso el otro. El contramaestre se encogió de hombros.

—Divisa Ud. un medio de escapatoria? preguntó Flower... ¿Qué haría Ud. en mi lugar?

—Me casaría con la niña que yo prefiriera, dijo el contramaestre, aturdidamente, y ya no me daría un bledo lo demás.

—Y perdería Ud. las trece casitas de renta, y este buque y mi parte en el negocio, dijo el capitán.. Piense pues en alguna cosa mejor, y si no ha dado con la solución a la hora de cena, yo le comunicaré lo que por mi parte pienso hacer.

No habiendo discurrido ninguna otra solución, cuando se sentaron a la mesa, el contramaestre se preparó a escuchar. El capitán, después de haber cerrado cuidadosamente la puerta y la claraboya, se dispuso a hablar.

—Estoy en una situación desesperada, Santiago, en esto convendrá Ud. conmigo, dijo por vía de preámbulo.

El contramaestre asintió.

—Aquí tiene Ud. a Rosita en Poplar, a Matilde en Chelsea y a Isabel en Seabridge, continuó Flower, señalando al hablar tres puntos diversos del mantel. Otro hombre se desesperaría, pero yo estoy seguro de salir con bien de la aventura.. Sé bastarme a mí mismo.

—Suele Ud. sinembargo necesitar del auxilio ageno, dijo Fraser.

—Todo entra en mis planes, continuó Flower soberbiamente. Si no fuera por la intervención de mi tío, todo andaría a las mil maravillas, pero los hombres ociosos son tan intrusos y aficionados a mezclarse en lo que no les importa...

—Si yo estuviera en lugar suyo, interrumpió Fraser, me iría derecho donde el



Desplegaron un traje de seda de belleza incomparable

capitán Barber, y le contaría la verdad... Ud. no necesita mencionar a la señorita Tipping... Háblele solo de la otra, con la cual desea casarse.

—Ud. no conoce a mi tío, repuso el capitán... Es el viejo loco más obstinado que existe en el mundo... Si yo siguiera su consejo lo perdería todo... Oiga pues lo que pienso hacer... Esta noche, mientras esté afirmado a la baranda del buque, mirando algo en el agua, Ud. sentirá el ruido de un cuerpo que cae al mar.

El contramaestre se quedó mirando a su capitán con la boca abierta... A la verdad, no comprendía.

—Mi pié enfermo, continuó Flower impasible, me habrá fallado, y en consecuencia yo habré caído al mar.

El contramaestre iba a replicar, pero el capitán le impuso silencio con un gesto.

—Ud. dará el grito de alarma, y arrojará al mar un salvavidas, continuó Flower... Enseguida recogerá velas y mandará un bote en mi busca.

—Sería mejor que Ud. se dejara caer con el salvavidas ya puesto, observó el contramaestre con cierta ansiedad.

—Me recogerá un buque noruego, en viaje a la China, continuó el capitán, sin hacer caso de la interrupción... Permaneceré pues ausente seis meses por lo menos, o quizás más, según como sigan mis asuntos.

El contramaestre, abandonando su asiento, se levantó bruscamente de la mesa. Sin duda que los enredos amorosos del capitán, le habían trastornado la cabeza.

—Cuando vuelva, ya Matilde no pensará en molestarme, dijo el capitán, y tengo muchas esperanzas de que Isabel se haya casado con Gibson... De todas maneras le dejaré un plazo bastante largo para que se resuelva a hacerlo.

—Pero ¿Y si Ud. se ahoga antes que nadie lo recoja? sugirió tímidamente el contramaestre.

—¿Que yo me ahogue?... repitió el capitán... ¿Piensa Ud. acaso que yo pienso arrojarme al agua de verdad?... No soy tan tonto... Mientras esto suceda... yo... estaré encerrado con llave en mi camarote.

El rostro de Fraser se serenó por un momento, pero enseguida volvió o tornarse pensativo.

—Veo que Ud. me destina a decir todavía una nueva colección de mentiras, dijo con fastidio.

—Después de la alarma consiguiente, y resultando estériles todas las tentativas para dar con mi cuerpo, continuó el capitán, Ud. cerrará mi camarote y se guardará la llave en el bolsillo... Esto sería precisamente lo que Ud. habría hecho, si realmente yo hubiera caído al mar... Cuando lleguemos a Londres, yo sabré desembarcarme a escondidas.

El contramaestre no volvió a hacer objeciones.

—Y respecto a la señorita Tyrell, dijo ¿Debo imponerla de la verdad?

—Por cierto que nó, repuso Flower resueltamente... Ni ella ni nadie debe saber nada... Ud. Santiago, será el único depositario del secreto... Ud. se encargará también de darle a Rosita la infausta nueva, procurando hacerlo en forma de ahorrarle un dolor innecesario.

—Seguramente no haré nada de todo eso, dijo el contramaestre.

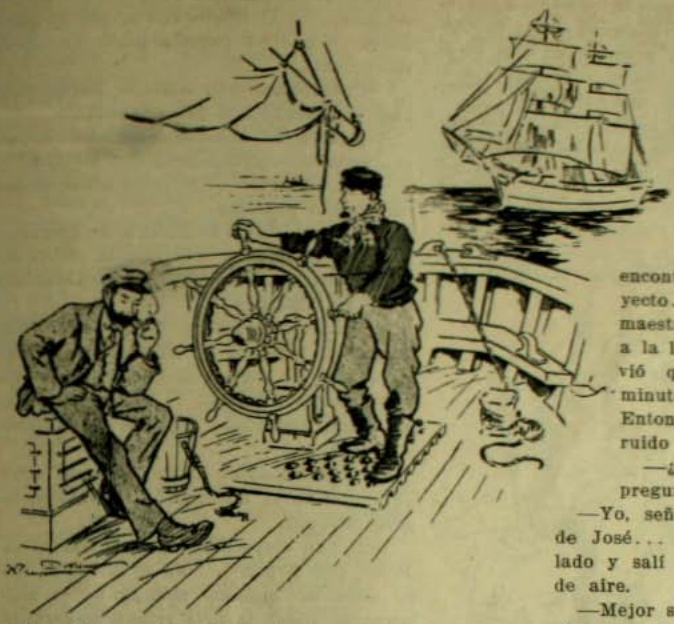
—Sí lo hará, repuso Flower, y si Matilde o su madre vienen a bordo, Ud. les mostrará en los diarios la noticia de mi caída al mar... Entonces ya no volverán a molestar al capitán Flower... Si lo ven en los diarios no dejarán de creerlo... Para esas gentes los papeles impresos son infalibles.

Fraser declinó repetidas veces el honor de mezclarse en un asunto tan dudoso, y mantuvo esta actitud de inquebrantable virtud, hasta la hora del té, en el cual la labia del capitán Flower, consiguió hacerlo admitir que lo propuesto era lo único posible en tales circunstancias, y, por tanto, se comprometió, aunque de mala gana, a ayudar a su superior jerárquico, en su inescrupuloso proyecto.

—Le escribiré, dijo el capitán, advirtiéndole mi nuevo nombre y el lugar de mi residencia... A Ud. me confiaré por entero, y puede estar seguro, de que le agradaceré este servicio mientras viva... Pero téngalo entendido... Yo estaré muerto para todos, excepto para Ud.

—Muy bien, dijo Fraser, pero Ud. va a permanecer de ocioso por seis meses, y mucho me temo, que en este tiempo, caiga Ud. en nuevos compromisos del mismo género.

—No tiene Ud. derecho para creer eso



El capitán se sentó a fumar silenciosamente sobre la cubierta

de mí, repuso Flower con solemne dignidad.

—¿Pero qué vá Ud. a hacer en materia de dinero? preguntó el contramaestre.

—Tengo en mi poder cuarenta libras, para los gastos de matrimonio, dijo Flower, y por supuesto que me caeré al mar con ellas... Hago todo esto por Rosita y no por mí, y desearía que Ud. fuese a verla con frecuencia, para informarme de cómo sigue... No sea que desesperada con mi muerte vaya a casarse con otro.

—No voy a tener poco trabajo. observó Fraser.

—Después de mi desaparición tome Ud. al viejo Benjamín, como contramaestre.

Después de dar término a sus instrucciones, el capitán se sentó a fumar silenciosamente sobre cubierta. Benjamín estaba en la rueda del timón, y el capitán no dejó de sentir una secreta satisfacción, al pensar en el ascenso que iba luego a obtener el viejo marino.

A las ocho, el contramaestre relevó a Benjamín.

El sol se había ocultado tras de un horizonte nebuloso teñido de púrpura, pero la luz de una noche de verano subsistió por algún tiempo todavía... Después las tinieblas se hicieron más densas, y solo se divisaba a lo lejos las luces de otros buques que encontraban en el trayecto... El contramaestre sacó su reloj, y a la luz de la lámpara, vió que faltaban diez minutos para las diez... Entonces creyó oir un ruido sobre cubierta.

—¿Quién está allí? preguntó.

—Yo, señor, repuso la voz de José... Me había desvelado y salí a tomar un poco de aire.

—Mejor será que se recoja, dijo el contramaestre.

—No veo para qué, repuso José sorprendido.

—Recójase a su cama, repitió el contramaestre... ¿No lo oye?... Se quedará Ud. dormido cuando le toque el turno de su guardia, si no duerme ahora.

El marinero obedeció... Pocos instantes después el capitán aparecía sobre cubierta.

—Ahora. dijo Flower en voz baja... yo voy a ocultarme y Ud. debe dar un grito de horror... pero que sea espantoso... Hágalo Ud. bien...

—Es necesario que se sienta el ruido de un cuerpo al caer al agua, observó el contramaestre... José está despierto.

El capitán volvió entonces con un saco en que había colocado algunos trozos de carbón... Fraser lo tomó con una mano, mientras mantenía la otra en la rueda del timón.

—Ahora, dijo el capitán, desapareciendo en su camarote.

El saco cayó al agua, y al mismo tiempo, el contramaestre, dejando el timón, arrojó el salvavidas, y se avalanzó hacia proa dando gritos desesperados.

—¡El capitán al agua!...

La tripulación entera, precedida por el despierto José, se abalanzó sobre cubierta... En un abrir y cerrar de ojos colocaron las velas al pairo y el cocinero y José descolgaron el bote salvavidas.

Transcurrió una media hora... La ansiedad se pintaba en todos los semblantes.

—¿Le han encontrado ustedes? preguntó Benjamín cuando el bote regresó a la banda de la goleta.



¡El capitán al agua!

—Nó, dijo José, con desesperado acento.

—Mejor será, dijo Benjamín que crucemos por aquí hasta que sea de día... No han encontrado el salvavidas, y puede que el capitán haya logrado asirse de él.

El contramaestre, movió tristemente la cabeza.

—Mal negocio, dijo... Se acabó...

—Pero ¿cómo ha podido suceder esto? preguntó José.

—Subió a la cubierta para hablarme, dijo el contramaestre. Le había parecido sentir un grito en el mar, y se inclinó sobre la barandilla para ver mejor... En-tonces, probablemente su pié enfermo se resbaló... y el infeliz fué a caer al agua antes de que yo pudiera hacer el menor movimiento.

—Cruzaremos aún algunas horas, dijo José dirigiéndose a los tripulantes.

—¿Quién dá órdenes aquí, Ud. o yo? preguntó el contramaestre con acritud.

—Yo, dijo José... Nuestro deber es hacer cuanto podamos.

El contramaestre se encogió de hombros, y bajó a la cámara, mientras la goleta seguia voltegeando en los alrededores del lugar del siniestro.

Al amanecer, mucho menos entristecido que el resto de la tripulación, el contramaestre se dirigió al camarote del capitán, abrió la puerta... Allí, sentado en su cama, aguardaba ansioso, el supuesto náufrago.

—¡Qué demonios estan haciendo aquí! ¿Por qué no se marchan? preguntó el ingrato Flower.

—Se han empeñado en encontrar el cadáver, dijo Fraser... No es mi culpa, pero ellos no quieren abandonar el sitio mientras quede la mas remota esperanza.

—El diablo los confunda, repuso el capitán insensible a esta muestra de adhesión... ¿No ha tomado Ud. el mando del buque?

—José está medio loco de dolor, dijo el contramaestre... Es increíble el dolor que le ha producido esta... desgracia.

El capitán se limitó a renegar de José más particularmente y el contramaestre puso término a la entrevista cerrando la puerta.

A las cinco de la mañana, concluyeron las pesquisas, y la goleta continuó su viaje... En el castillo de proa la desolación se pintaba en todos los rostros, y el cocinero aprovechó la ocasión para leer a Tomas, una historia sobre la vanidad de las cosas humanas, la brevedad de la vida y lo inesperado de la muerte. Tomás se manifestaba muy afectado, y lo estuvo más aún, cuando supo que los marineros iban a pagar su último tributo a la memoria de su capitán, absteniéndose de almorzar. Se aventuró entonces a decir que la agitación y el aire de la noche le habían abierto el apetito extraordinariamente, lo que le valió una severa reprimenda de parte de sus camaradas. El contramaestre, cediendo a la opinión pública, hubo

también de abstenerse de probar bocado, lo que no le hizo ninguna gracia... Pero el que estuvo de peor humor fué el propio ahogado capitán... fué tan ingrata su conducta, que el contramaestre perdió la paciencia y quiso jugarle una mala partida a la hora de la comida.

Consistía ella en estofado de carnero, con papas, zapallos y zanahorias, cuyas deliciosas emanaciones, llenaban la cámara... El contramaestre empezó a comer, escuchando de tiempo en tiempo, si se sentía algún ruido del lado del camarote del capitán... Al fin, incapaz de sufrir por más tiempo, este rascó ligeramente la puerta.

—¡Chit! dijo el contramaestre.

El ruido cesó, y el contramaestre puso término a su comida.

Medio muerto de hambre, el infortunado capitán, apenas pudo creer a sus oídos, cuando sintió que el cocinero se llevaba los restos de la comida... Al olor del estofado, sucedió el del tabaco que fumaba el contramaestre, el cual, después de terminar su pipa, se acercó a la puerta.

—Está Ud. ahí? preguntó muy bajito.

—Por supuesto, animal... ¿Dónde está mi comida?

—Lo siento mucho, comenzó el contramaestre...

—¿Cómo? interrumpió el capitán.

—He perdido la llave, dijo el otro, y lo peor es que no sé donde puedo haberla puesto.

Al oír esto, el último resto de la paciencia del capitán se acabó, y no hubo palabra dura en su bocabulario que no lanzara sobre el contramaestre.

—No puedo distinguir lo que Ud.. dice, dijo éste. ¿Cómo?

El prisionero iba a repetir sus maldiciones, aumentadas y corregidas, cuando el contramaestre lo hizo callar con una sola palabra.

—¡Chit!...

Con riesgo inminente de volverse loco de rabia, el capitán se detuvo, y el contramaestre, fingiendo dirigirse al cocinero, que por cierto no estaba allí, pronunció algunas palabras en voz alta.

A la hora del té encontró la llave, y fué lo bastante generoso para regalar al hambriento capitán con una rebanada de carne fría y una taza de té.

—Ahora lo que debo hacer, dijo, como si el hambre hubiera aclarado sus ideas es bajar a tierra sin ser visto, en cuanto lleguemos a Wappping... El muelle debe estar cerrado en la noche....

Pero seguramente el guarda estará dormido, y Ud. podrá fácilmente escalar la verja... Si no, veremos modo de arreglar el asunto de otra suerte.

Los presentimientos del capitán se confirmaron. Eran pasadas las doce de la noche cuando llegaron a Wapping, pero el guarda estaba despierto y muy despierto y



Tuve un aviso, dijo solemnemente

prestó con excelente voluntad su auxilio para amarrar el buque... Recibió la funesta nueva de la muerte del capitán con intenso pesar, aunque manifestó que la noticia no le sorprendía...

—Tuve un aviso, dijo solemnemente... Anoche a las diez en punto, la campanilla de la puerta del muelle sonó por tres veces seguidas.

—Eso debe sucederte con mucha frecuencia, observó Benjamín... Yo he campanilleado hasta cincuenta veces sin despertarte... y por último he tenido que escalar la verja...

—A los borrachos, dijo el guarda, les

parece siempre que se demoran en abrirles... Por otra parte, cuando fuí a abrir la puerta no encontré a nadie...

El cocinero se extremeció.

—¿Y no tuviste mucho miedo? dijo...

—Conocí que era un aviso, continuó el verídico Jorge... En estos días, han venido dos señoritas a preguntar por Mr. Robinson, y por el pobre capitán Flower, y yo les contesté con las mentiras que José me había enseñado... Por eso sin duda vino la aparición...

Los marineros se retiraron, y Jorge se quedó solo, aunque no del todo tranquilo, como suele sucederle a los supersticiosos con sus propias invenciones.

Como el diablo de viejo no se movía de su sitio y el capitán se encontraba ya en el frenesí de la impaciencia, el contramaestre tomó su partido.

—¡Jorge!... Le gritó de pronto.

—¡Señor! dijo el guarda.

—Necesito hablar contigo, le dijo Fraser con mucho misterio... Baja por acá.

El guarda se apresuró a obedecer y penetró en la goleta.

—Espera aquí en la bodega, añadió el artero contramaestre... Tengo algo que enseñarle, muy interesante para Ud... Pero no se mueva, suceda lo que suceda.

—No me gustan estos misterios, dijo el guarda.

—No hay misterio alguno, dijo Fraser, quiero mostrarle algo que es necesario no vea la tripulación... Ud. es el único hombre en que confío... Vuelvo en un momento...

Salió de la bodega, cerrando la puerta y abrió la del camarote del capitán.

—Buenas noches, Santiago, dijo Flower... No se olvide de visitar a Rosita.

—Buenas noches, contestó el contramaestre... Escríbame tan pronto como pueda.

Volvió entonces a la bodega donde había encerrado al guarda el cual había ya perdido del todo la paciencia.

—¿Qué tenía Ud., que mostrarme?.. No me haga perder más tiempo, dijo.

—Nada... hombre... nada... Se trataba de una broma.

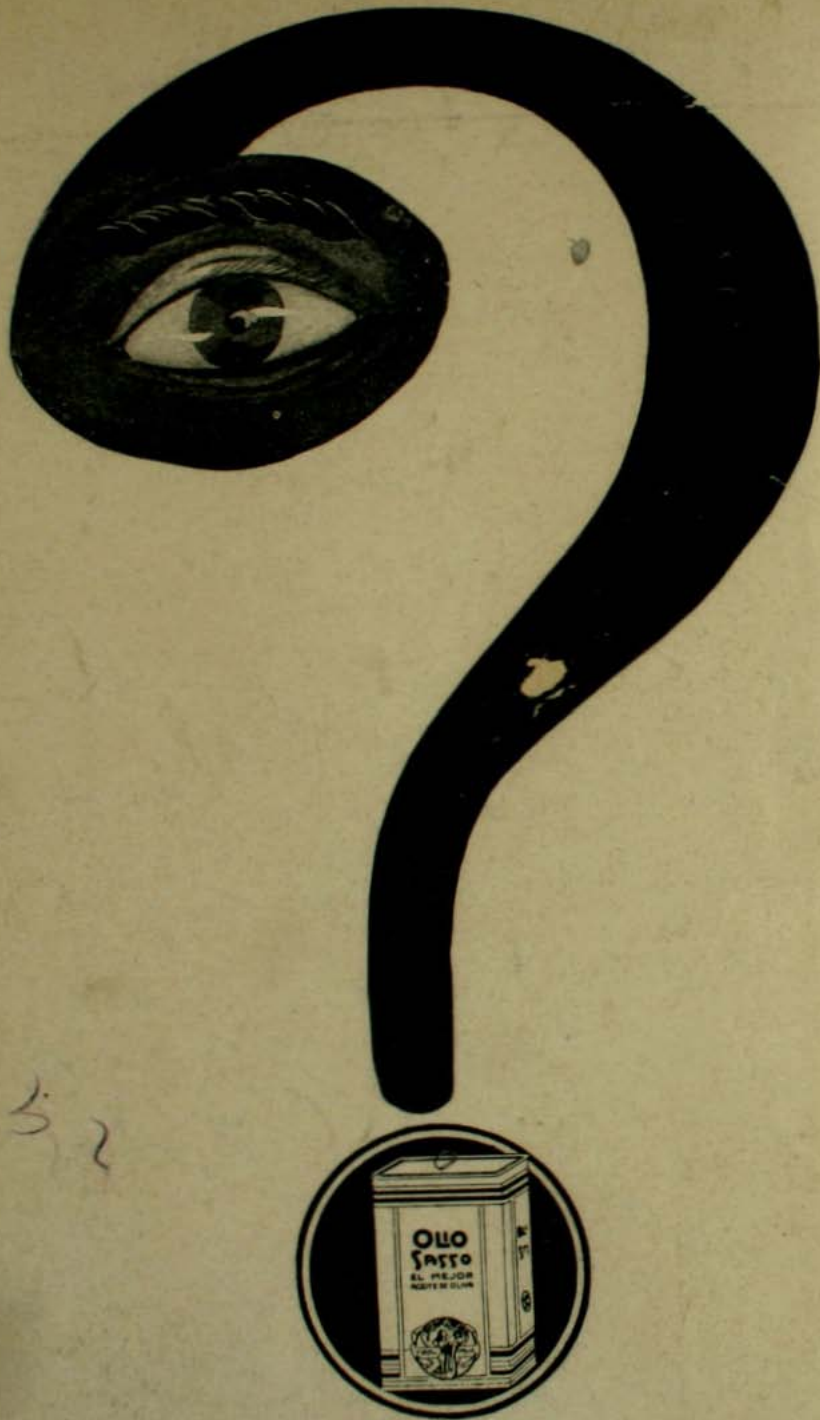
El guarda sin explicar una palabra, pero ebrio de cólera se volvió a su sitio, meditando en la manera de vengarse del temerario bromista.

(Continuará)

PACIFICO

MAGAZINE





Agentes: PASSALACQUA y Cía.—VALPARAISO, SANTIAGO.

PASEOS DELICIOSOS



EN AUTOMÓVIL

PANHARD

Manuel Guilisasti R.
Agente exclusivo



BANCO ITALIANO

Huérfanos 830, SANTIAGO

Capital Pagado: $ 10.000,000

Oficinas Principales:

VALPARAISO

LUIS WINTER, Gerente — ARTURO LORCA P., Sub-Gerente

SANTIAGO

ENRIQUE DUVAL, Gerente — RAFAEL VALENZUELA V., Sub-Gerente

Sucursales:

VALPARAISO (Almendral), SANTIAGO (Estación), IQUIQUE, TALTAL, CALERA Y PARRAL

Agencias en el extrangero:

ITALIA
INGLATERRA
ALEMANIA
FRANCIA
URUGUAY
PERU
ECUADOR
y BRASIL
REPUBLICA ARGENTINA

Ejecuta toda clase de operaciones bancarias, despacha giros telegráficos, otorga cartas de crédito y se encarga de la compra-venta de acciones y bonos, etc.



HANZ FREY

Valparaíso - Santiago - Concepción

Casa especialista en materiales y útiles para
LA FOTOGRAFIA

Cámaras fotográficas de todas marcas y precios

ZEISS, SUTER,
VOIGTLANDER, GOERZ,
RIETZSCHEL, KODAK,
THORNTON PICKARD, Etc.

El mejor y más co npleto surtido de materiales. PiDASE CATALOGO GENERAL, ILUSTRADO GRATIS

Hans Frey

SANTIAGO, PLAZA DE ARMAS, Portal Fernández Concha, Correo: Casilla número 50

Salvador Molina G.

BANDERA 115 — Corredor de Comercio — BANDERA 115

Compra-venta de propiedades, acciones mineras, salitreras, bonos, etc.

PRESTAMOS HIPOTECARIOS
con Bancos y particulares

Conversiones de deudas con anticipo de fondos, conformación de títulos de bienes raices

SEGUROS
Toda clase de operaciones comerciales y bursátiles

SALITRE el mejor abono para las agricultores, jardines, parques, etc., vendo en pequeñas y grandes partidas a precios fuera de competencia.

Banco de la República



Capital totalmente pagado:

$ 14.000,000

Dividido en 140.000 acciones de cien pesos cada una

Setenta mil de estas acciones forman la serie B suscritas por capitales franceses y se cotizan en la Bolsa de París

FONDO DE RESERVA: **$ 3.000,000**

OFICINA PRINCIPAL: SANTIAGO

CONSEJO DIRECTIVO

Presidente

Señor GREGORIO DONOSO

Vice-Presidente

Sr. SALVADOR IZQUIERDO

CONSEJEROS:

Señores: Marcelo Benard, Eduardo Charme, Antonio Huneeus, Abraham A. Ovalle, Mauricio D'Orival, Ricardo Perez Eastman, Cárlos Riesco, Antonio Valdés Cuevas, Rafael Tagle Jordán,

Director Gerente

Señor LUIS PHILLIPS

Co-Gerente:

Sr. ALBERTO STOBER

Sub-Gerente

Sr. CARLOS A. ORREGO S.

CONSEJO LOCAL EN PARÍS

Señores Teodoro Mottet, Juan Gunsburg y Georges Benard

SUCURSALES

Valparaíso: Gerente, señor Carlos Soublette. *Rancagua:* Agente, señor Javier Gumucio. *San Fernando:* Agente, señor Agustín Marín

Agencias en el estranjero:

Londres: J. Henry Schröders & Co., Anglo & South American Bank Ltd., Emile Erlanger & Co., Swiss Bankverein

Hamburgo: Vorwerk Gebruder y Ca.

París: Heine et Cie., Benard y Jarislowski, De Neuflize et Cie. Comptoir National D'Escompte

Buenos Aires: Portalis y Cía.

Bolivia: Banco Nacional de Bolivia. Representante del Banco Hipotecario-Valparaíso

EL BANCO DE LA REPUBLICA gira letras y acepta cobranzas sobre cualquier plaza del país y del extranjero, donde haya oficina de Banco.

Recibe en custodia Bonos y demás valores, sin cobrar comisión alguna a sus Accionistas y Comitentes.

Recibe carga a bodegaje y consignación. Anticipa fondos sobre productos y mercaderías depositadas en las bodegas del Banco ubicadas frente a la Estación Central de los Ferrocarriles del Estado.

Hace toda clase de transacciones sobre productos agrícolas, maderas y animales, para lo cual ofrece a los agricultores sus secciones Tattersal y Feria de Productos y Feria de Maderas.

En general ejecuta toda clase de operaciones bancarias.

La carga debe dirigirse a los desvíos del Banco de la República.

Frutos del País



Compramos, Vendemos

Recibimos a Bodejaje

Anticipamos Fondos



Besa y Cía

Santiago, Santo Domingo 897

MINERVA DE 16 H.P.



SUBIENDO LA CUESTA DE LOS QUILLAYES
(Según fotografía).

Unicos Agentes:

COMPTOIR DE LA COSTA DEL PACIFICO

CALLE SAN ANTONIO 355

SUMARIO

RECUERDOS DE ALGUNAS PRESIDENTAS DE CHILE, *Alberto Edwards* 289
LA VIDA CRUEL, *Víctor Domingo Silva* 298

Ilustraciones fotográficas.

LA FALTA DEL CAPELLAN, *E. M.* 306
RIQUEZA MINERA DE BOLIVIA, *Carlos G. Avalos* . . 311

Ilustraciones fotográficas.

SI EL MUNDO GIRARA AL REVES, *Alberto Edwards* . . 329
AGRICULTURA CIENTIFICA Y PRACTICA, *Gonzalo Subercaseaux* 335
LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA Y SU SECCION PEDAGOGICA 337
LA FELICIDAD EN LA VIDA MODESTA 344
DE LA ISLA DE PASCUA, *Walter Knoche* 347
MAESTROS RURALES, *M. J. Ortega* 352
OBSERVATORIO ASTRONOMICO DE LO ESPEJO 357
LA CAZA DEL TIGRE, *Miguel de Fuenzalida* 3 1

Ilustraciones de Martín

LA XII FIESTA GIMNASTICA ALEMANA DE LEIPZIG *G. M.* 379
LA SIRENA, *Jules Lemaitre* 389

Ilustraciones de Gordon

EL CLUB DE GIMNASIA Y ESGRIMA DE BUENOS AIRES, *Guillermo Martínez* 395
UN PINTOR PATRONO DE LA MODA 401
LOS MENSAJEROS DE LA MUERTE, *por el doctor Henry Smith Williams* 406
CUENTO ORIENTAL, *Ramón Briones Luco* 411
EL CAPITAN CONQUISTADOR (FOLLETIN) 414

Reloj de la Gran Asociación Unión Horlogere

ALPINA

Para ricos y pobres

SIEMPRE

BUENO Y GARANTIDO



Hay de:

NIQUEL desde.... $ 15
ACERO desde..... $ 18
PLATA desde..... $ 30
ORO, señora, desde $ 75
ORO hombres desde $ 135

Alpina

Por reducir el negocio realizo un gran surtido de OBJETOS PARA REGALOS a precios sumamente ventajosos. — Casilla 526. — 323 AHUMADA, 323. — J. HUBER.

PACIFICO

MAGAZINE

Joaquín Diaz Garcés

Alberto Edwards

DIRECTORES PROPIETARIOS

SUSCRIPCIONES:

POR UN AÑO: 10 PESOS.—NUMERO SUELTO: 1 PESO.

SANTIAGO DE CHILE

Empresa "Zig-Zag" Teatinos, 666

EL SALUDO DEL VETERANO



PACIFICO MAGAZINE

— Que ayer

VOL. II.—Santiago de Chile, Septiembre de 1913.—NUM. 9

— Que mañana

Recuerdos de algunas Presidentas de Chile

Por

ALBERTO EDWARDS

Las costumbres austeras y patriarcales, que fueron el fundamento de la antigua prosperidad de la patria, se han visto reflejadas en el hogar de nuestros mandatarios supremos, desde la época de los primeros y turbulentos ensayos de vida libre, hasta los tiempos que hoy corren.

La sociedad chilena ha sido siempre severa, de una rigidez casi espartana. Muchos hombres eminentes han visto sacrificada su carrera y desconocidos sus méritos, solo porque en la vida privada no han sabido acomodarse a las inflexibles exigencias de un medio social que ha tolerado todo, menos el desórden en las costumbres.

Así han subido en Chile a la primera magistratura hombres de muy diversa índole, enérgicos y dominadores los unos, suaves y conciliadores los otros, pero todos ellos, aún los pocos cuyos hábitos privados han sido mas discutidos, supieron siempre guardar el decoro y el respeto en el santuario del hogar.

El prestigio que nuestra tradicionalista clase dirigente supo conquistarse en el país, desde temprano, no se ha debido sólo a su superior cultura, a su buen sentido práctico, al nacimiento y la fortuna. En su éxito ha tenido mucha parte, la veneración que siempre imponen, una vida virtuosa y regular, un hogar bien constituído, un alto ejemplo de sobriedad y moderación.

Se ha dicho siempre que los hombres hacen las leyes y las mujeres las costumbres... Podría aún más, decirse, que las mujeres también hacen indirectamente las leyes, porque éstas son hijas de las costumbres.

Está todavía por escribirse la historia de la influencia política de las mujeres en Chile, probablemente porque a los historiadores ha seducido más lo que brilla, deslumbra y mete ruido, que ese trabajo paciente, silencioso, abnegado, destituído de todo pensamiento de ambición, como ha sido en este país, el de las grandes damas, que han acompañado a nuestros estadistas, en la intimidad del hogar.

Casi no hemos conocido, en esta república tranquila y un tanto soñolienta, el tipo de la presidenta, centro de una corte y de un movimiento político. Aún en aquellas que más interés han tomado por la vida pública, sólo descubrimos, cuando las examinamos de cerca, una sola pasión, un sólo interés, una sola doctrina, el amor de su marido, y cuando algún otro móvil las ha dirigido, su medio de acción, no ha sido otro sino ese mismo amor.

Una Teresa Cabarrús, una madame Roland, fueron y continúan siendo en Chile plantas exóticas.

Un observador superficial que de nosotros sólo conociera las apariencias, y el hecho de ser descendientes de españoles, nos podría creer acaso un pueblo semi-oriental, en que la mujer, excluída de toda dirección superior, se haya confinada en la cocina y en la alcoba.

Profundo error sería aquel... La regularidad espartana de nuestras costumbres, por lo mismo que arrebata a la influen-



Doña Luisa Garmendia de Pinto

cia femenina, la nota del escándalo y de la publicidad, la hace quizás más eficaz, por lo mismo que es más constante, más santa y más íntima.

II

Habríamos deseado presentar ahora, una galería completa de las Presidentas de Chile. Pero la labor ha resultado superior a nuestras fuerzas y al tiempo de que disponíamos. Hemos, pues, debido concretarnos a trazar algunos ligeros bosquejos de algunas de estas grandes damas. Ojalá nos sea posible cumplir más tarde tan interesante galería.

Mucho se ha hablado de nuestra comunidad—de origen y de intereses con la República Argentina,—de los esfuerzos y victorias de ambos pueblos unidos en la época gloriosa de la Independencia. Aquella lucha común tuvo también su influencia especial. Tres de nuestras antiguas Presidentas de la primera época de la República, nacieron al otro lado de los Andes.

Consagraremos, para comenzar, un recuerdo a la bellísima tucumana doña Luisa Garmendia, compañera de la vida del general don Francisco Antonio Pinto, y fundadora de una verdadera dinastía presidencial en Chile.

La familia Garmendia es una de las más ilustres de Tucumán. Todavía existe en aquella ciudad de las flores, la casa solariega de los Garmendia, que las guías muestran hoy a los v[illegible]mo un venerable recuerdo de los tiempos que fueron.

En aquella casa nació el célebre estadista argentino don Bernardo Monteagudo, secretario del General San Martín, cuyas exaltadas doctrinas políticas y sociales, lo hicieron tan temible en la época de la Independencia. Monteagudo era hijo de una mulata, esclava de los Garmendia y de un oidor español, que, nombrado para servir en la Audiencia de Charcas, se detuvo una temporada en Tucumán.

La madre de doña Luisa Garmendia, de apellido Iturralde, fué casada en primeras nupcias con un señor de las Muñecas, de quien tuvo dos hijos, ilustres campeones ambos de la Independencia americana. Fué el primero el célebre clérigo don Ildefonso de las Muñecas, autor del primer grito de rebelión lanzado en el Alto Perú, en contra de la dominación de España. El clérigo Muñecas, en cuyo honor se ha bautizado una de las provincias de la República de Bolivia, murió mártir de sus convicciones: el general Pezuela lo hizo fusilar a orillas del Desaguadero en 1816. Un hermano de este patriota, don Juan Manuel de las Muñecas, prestó asimismo valiosos servicios en el campo de batalla, en pro de la independencia argentino.

El ilustre militar chileno don Francisco Antonio Pinto, conoció a la que debía ser su esposa, en Tucumán, donde había sido destacado como coronel del Ejército de Belgrano.

La bellísima ciudad tropical de la República Argentina, ha sido en todo tiempo una tierra fecunda para el amor. País de naranjos, de flores y de suaves brisas, que convida al ensueño.

La señorita Luisa Garmendia, era de una belleza espléndida de criolla; ojos negros, profundos, en que parecían brillar todas las magnificencias de su tierra natal... Añádase a esto el encanto del admirable óvalo de su rostro y el donaire de su talle delicado y elegantísimo, y se comprenderá que aquella mujer debió ser en su tiempo un tipo perfecto, de esas fascinadoras hermosu-

ras que son uno de los más preciados prestigios de la América española. Aún en sus últimos retratos, se notan algunos restos de lo que debió ser en la edad florida de su juventud... El que ahora publicamos, perteneciente a la señora Delfina Pinto de Montt, su nieta, nos la muestra en todo el esplendor de sus años juveniles, cuando ocupaba al lado de su marido, el histórico palacio de los antiguos Presidentes de Chile.

En Tucumán nació la mayor de sus hijas, doña Enriqueta Pinto de Búlnes, también Presidenta de Chile. Otro de sus hijos, don Aníbal Pinto, nacido algunos años después en Santiago, subió también al solio presidencial... La hermosa criolla fué, como ya lo hemos dicho, fundadora de una verdadera dinastía.

No todos fueron triunfos y halagos en la vida de doña Luisa Garmendia. Su marido hubo de correr, como tantos de sus contemporáneos, azarosa vida que cupo en suerte a los fundadores de la Independencia americana. Apenas comenzaba a gozar de los halagos de su reciente matrimonio, cuando aquel brillante militar de refinada cultura y elegantes maneras, tuvo que ir a batirse en el Perú, con los últimos restos de la dominación española, bajo las órdenes de San Martín. En 1823 regresó a Chile, donde se reunió con su esposa, desempeñando primeramente la Intendencia de Coquimbo, después el Ministerio de Gobierno, bajo el Director Freire, y más tarde, en 1827, la Presidencia de la República.

Al subir al primer puesto del país, el general Pinto gozaba de una reputación casi americana. Había leído y meditado mucho. En Inglaterra, donde residió, por los años de 1815, enviado por el Gobierno de Chile, se había empapado en los principios del régimen parlamentario, que quiso implantar sinceramente en su país, desde el primer puesto del Estado. Pero los tiempos no estaban maduros para tan transcendentales reformas: sus contemporáneos no lo comprendieron y Pinto, desengañado y triste, dejó sin resistencia caer de sus manos las riendas del poder, al estallar la revolución de 1829.

La vida de aquel filósofo con espada trancurrió desde entonces en el retiro de un hogar modelo, desde el cual no dejó de influir en la política, como elemento de moderación y de prudencia, durante el memorable decenio de su yerno, el general don Manuel Búlnes.

III

Doña Rafaela Bezanilla de Ovalle, nobilísima matrona, tipo ejemplar de las grandes y sencillas damas del viejo Chile, casó con su sobrino don José Tomás Ovalle Bezanilla, Presidente que fué de Chile durante el trágico y transcendental período, en que apareció sobre la República el genio de Portales.

A pesar de ser esta señora el tronco de una numerosa y distinguida descendencia, poco hemos podido averiguar acerca de su vida íntima. Perdió a su marido, cuando éste se encontraba aún en toda la fuerza de la edad. Don José Tomás Ovalle, gran señor de costumbres tranquilas y patriarcales, lanzado en la vida pública más por deber que por convicción, no pudo resistir las azarosas responsabilidades de ese tiempo de hierro, en que un genio superior, modelaba a la República, al impulso de su voluntad poderosa.

A ese mismo grande hombre, debemos una pintura inimitable de la sencilla vida



Doña Manuela Warnes de Prieto

de aquellos tiempos, en una carta dirigida a la señora Bezanilla, a la viuda de su mejor amigo, en contestación a una en que ésta le anunciaba el matrimonio de una de sus hijas. Esa carta, en que se respira el aroma tradicional de nuestra vieja sociedad, es el comentario más viviente que nos queda de lo que debió ser el hogar de doña Rafaela Bezanilla.

No podemos resistir al deseo de reproducir aquella carta:

"Valparaíso, 21 de Julio de 1832.—Señora doña Rafaela Bezanilla.—Santiago.—Mi muy querida comadre:

El gusto que he recibido con la noticia que Ud. se sirve comunicarme, no me era tan inesperado, porque el señor Dios, que es nuestro padre y cuida de sus criaturas, me había revelado que sucedería este enlace. Aunque Dolores merece tanto, su esposo no es menos merecedor: a su carácter moderado, a su juicio y suma honradez, se agrega la circunstancia de ser el hombre que Ud. necesitaba para su casa, porque es trabajador, e inteligente en las faenas del campo; él tomará tanto interés por Quilicura, como si fuera propia, y Ud. descansará de las pensiones que debe ocasionarle su administración. Como estoy seguro de que él ha de mirar a toda la familia como si fuera su padre, y que jamás dará que sentir a Ud. en lo más leve, me atrevo a aconsejarle que no le permita sacar a Dolores de la casa, y, por el contrario, soy de opinión que Ud. se lo prevenga antes de echarse las santas bendiciones; puede decirle que le hace esta súplica, tanto por el amor que tiene a su hija, como porque necesita un hombre que la acompañe.

No me ha dado Ud. menos gusto con la distinción que ha tenido a bien hacerme, confiándome el secreto que le ha exigido el novio; pero ya comencé a faltar a la confianza, porque, como la mujer más débil, no he podido vencerme, y he comunicado a Garfias el secreto, porque hace mucho tiempo le tenía yo escrito confidencialmente sobre él, y hemos hablado muchas veces de este casamiento en los días que está conmigo en ésta. Además, Ud. sabe que es hombre de reserva.

Esteban se equivoca creyendo que sus hermanos ignoran su resolución; yo tendré que confesar a Ud. que, sin comprometer la delicadeza de Ud. ni la de la familia, y mucho menos la de la niña, me resolví a hablar con Angel cuando estuvo en ésta, sobre el casamiento de Esteban, y quedó muy empeñado en agitarlo. Yo espero que Ud. dispense mi entrometimiento, atendiendo a que el afecto e interés que tengo por Ud. y su familia, sólo pueden haber hecho meterme a casamentero, oficio que he detestado siempre.

Démele Ud. un abrazo a Dolores, y dígale que desde aquí le echo mi bendición, para que sea tan feliz en su nuevo estado como yo lo deseo. A la Antuca, que cuando vea hacer la barba a su vecino, eche la suya en remojo; que no pierdo las esperanzas de verla desposada con don Manuel Lujan, pues ya que Dios la hizo tan fea, no puede esperar cosa mejor. A mi primo don Borja (1), que se suene los mocos, y que no deje de ejercitar la letra, aunque sea copiando novenas, porque, sin hacerle favor, es de lo mejor que puede verse en mujer; especialmente las letras mayúsculas me han dado envidia.

Vaya, pues, mi comadre querida, dentro de poco, será Ud. abuela. Así pasan los tiempos, y la mejor hermosura desaparece con ellos. Consolémonos con que cuando Ud. esté sentada en su cojín, tomando el polvillo por arrobas y repartiendo los bizcochos a los biznietos, yo iré, afirmándome en mi bastón, a pasarme muchas noches con Ud., y puesto a su lado recordaremos nuestros tiempos, murmuraremos de medio mundo, hablaremos de las misiones y vías sacras, de los camisones almidonados, de manga ancha, que ahora se usan y que no se usarán entonces. Diremos: aquellos zapatos de cabritilla bordados de nuestros tiempos, y que ya no vienen; aquellos atacados; aquellas peinetas grandes, que parecían canastos de dulces en la cabeza; aquellas bolsas de terciopelo y de mostacilla tan lindas, en que se echaban los pañuelos, la caja, las llaves de las cómodas y de los escaparates, y en que podía echarse hasta la sartén de la cocina, etc., etc., y concluiremos diciendo que ya se acabó el gusto y que todo lo que viene es malo. Ya me parece, comadre, que nos estamos pasando tan buenos ratos, y que en medio de la conversación me le quedo dormido, y la Luisa y la Jesús mandan que me prendan la linterna para despedirme, porque les he revuelto el estómago con mi tos y lo demás

(1) Doña Luisa Ovalle, la menor de las hijas de don José Tomás, que hemos visto desaparecer hace poco, casi octogenaria.

que se sigue, que nuestros padres echaban en el pañuelo y nosotros en la escupidera. Ya me veo averiguando la vida y milagros de todo el mundo, y recogiendo cuentos contra el honor de todos para llevárselos a Ud. a la noche. Me parece que estoy oyendo renegar a la Luisa cuando me oiga el Deogratias, porque tiene que pararse a hacer cebar mate para el perro viejo odioso.

Calcule Ud., comadre mía, el porte de las visitas que le haré, por las que le hacía el año pasado; creo que estaré esperando que se levante Ud. de siesta para colarme a la casa, y que me despediré cuando las niñas, después de haber cabeceado bien en sus asientos, se vayan entrando de una en una a acostarse, y nos dejen solos. Me figuro que los dos nos quedaremos cabeza va y viene, como si nos entusiasmáramos haciendo cortesías, y en una de éstas me sale Ud. preguntando, medio dormida, que si me acuerdo de aquella vieja que parecía choca y que se andaba luciendo con una negra en una buena calesa, y que si recuerdo cómo se llamaba; yo, que he de ser muy torpe y desmemoriado cuando llegue a esa edad me volveré a quedar dormido sin recordar el nombre de doña Berengena, ¡qué porvenir tan halagüeño!

Basta, comadre, de disparates. Me he extendido en ellos porque no quisiera dejar la pluma de la mano cuando me dirijo a Ud., de quien soy apasionado amigo y seguro servidor.—*Diego Portales*.

IV

La esposa del arrogante vencedor de Lircay, del primero de nuestros Presidentes decenales, fué argentina, como doña Luisa Garmendia de Pinto.

Doña Manuela Warnes era porteña y pertenecía a una familia "distinguida por su patriotismo y destinada a dar más de un guerrero ilustre a la causa de la independencia sudamericana". El general Prieto la conoció en Buenos Aires, el año de 1811, cuando formó parte de la división auxiliar que, al mando del ilustre Alcázar, fué a combatir en las pampas por la común libertad de estos dos pueblos hermanos.

Parece que la señorita Warnes tuvo más de un admirador, entre los chilenos que formaban aquella expedición. La futura Presidenta supo elegir bien y Prieto "fué el único que supo encontrar en ella una decidida correspondencia, como que a la afabilidad y buen gusto de sus modales, reunía el atractivo de una bella configuración, siendo de estatura bien proporcionada, de ojos hermosos y benévolos, rostro blanco y apacible y distinguiéndose en particular su continente, por lo marcial y donairoso.

Existe en la vida de la esposa del general Prieto, un incidente que merece recordarse. La señora Warnes, fué la primera, entre nuestras grandes damas, que pretendió sublevarse contra el uso del manto en la iglesia.

El conflicto, llamémoslo así, ocurrió por los abos de 1820 o 1821. Don Joaquín Prieto se encontraba en el sur, aprestándose a asestar en las Vegas de Saldías, el último golpe a las montoneras realistas de Benavídes.

Celebrábase, en la ciudad de Santiago, el mes de María, con la solemnidad de costumbre. De pronto, y con el consiguiente escándalo de las muchas devotas allí reunidas, penetró en el templo una hermosa dama, con la cabeza cubierta por un transparente velo de encaje, que disimulaba apenas un amplio escote. Según me ha afirmado su nieto, don Joaquín Prieto, existe en la familia la tradición de que el vestido, causa del incidente, es el mismo con que la señora Warnes aparece en el retrato que acompaña este artículo.

Un fervoroso canónigo de la Catedral, que más tarde había de ser arzobispo electo de Santiago, don José Alejo Eyzaguirre, advertido de un hecho tan inusitado, se acercó a la señora Warnes, pidiéndole que abandonara el templo.

Parece que en el ardor de su celo, el señor Eyzaguirre, dejó escapar de sus labios la expresión de "escandalosa", con referencia a la indumentaria de la señora Warnes.

Se comprende fácilmente la indignación de la altiva dama, esposa del general que en esos mismos momentos, mandaba los ejércitos de la República en la guerra a muerte, provocada por los últimos defensores de la monarquía. Apenas terminada la función, y no un minuto antes, salió del templo para correr al Palacio Dictatorial (hoy Correo) a interponer su queja y a expresar sus agravios, ante don Bernardo O'Higgins, dueño absoluto del país en aquel tiempo.

El Director Supremo hizo suya la causa



Doña Rosario Montt de Montt

de esa hermosa señora, que era la esposa de su amigo predilecto. Minutos después, el capellán presbítero Eyzaguirre era conducido ante la presencia de O'Higgins, acompañado de una escolta, como si fuera reo de Estado.

Siguióse una escena sabrosísima, cuyas incidencias constan menudamente del proceso, que aún existe original, en poder de don Miguel A. Varas. El clérigo Eyzaguirre, puso por testigo a los cuatro evangelistas y a todos los padres de la iglesia, afirmando que al obrar como lo hizo, fué en cumplimiento de los deberes que como a canónigo le incumbían, según las leyes y costumbres de la Iglesia.

Don Bernardo O'Higgins, a lo militar y a lo dictador, no quiso entender nada de esas citas en latín, y sólo escuchó a la agraviada señora que no cesaba de repetir:

—Estoy segura de que si mi marido, estuviera en Santiago y no ausente, peleando por la patria, este clérigo no me habría faltado el respeto, llamándome escandalosa.

Por último, O'Higgins ordenó que el celoso presbítero fuera conducido a la cárcel. Entonces el señor Eyzaguirre cometió la imprudencia de amenazar con excomunión al oficial y soldados de la guardia directorial encargados de cumplir aquella orden.

No fué necesario más para que el señor Eyzaguirre, acusado y condenado por faccioso y revolucionario, saliera desterrado del país, al cual no regresó sino después de la caída de O'Higgins. El Gobierno de Freire lo repuso en sus honores y dignidades. Y, detalle curioso, andando el tiempo, la señora Warnes fué una de sus aristocráticas penitentes.

V

Ninguna dama ha sido más presidenta que la señora Enriqueta Pinto de Búlnes, a la cual, la mayoría de nuestros lectores han conocido, sin duda, en los últimos años de su larga vida.

Para la señora Pinto la casa presidencial fué durante largos años como la suya propia. Su padre, don Francisco Antonio Pinto, fué Presidente, y también lo fueron su marido, el general don Manuel Búlnes, y su hermano, don Aníbal Pinto... Otro de nuestros mandatarios decenales, don Joaquín Prieto, era tío de su marido.

Doña Enriqueta nació en Tucumán, el año 1817, del ya recordado matrimonio de don Francisco Antonio Pinto con doña Luisa Garmendia. El más antiguo de los recuerdos de su infancia, era el de su viaje, a los cuatro años, en brazos de un arriero, cuando en 1821 su madre se trasladó a Chile.

Se ha dicho que su matrimonio con el general Búlnes, es el único que por razón de Estado ha tenido lugar en Chile. El ilustre vencedor de Yungay, uno de los estadistas más campechanos y genuinamente chilenos de que tenemos recuerdos, se reía de esta afirmación a mandíbulas batientes...

—Me casé con Enriqueta porque la quise, decía. Bonito soy yo para casarme por razón de Estado.

El origen de aquella leyenda fué la donosa circunstancia de haber sido el padre de la novia, candidato a la Presidencia de la República, en competencia con el futuro yerno, y que al matrimonio se siguiera más por razones de política que de familia, la fusión de ambas candidaturas.

Cuando don Manuel Búlnes regresó victorioso de la guerra que terminó en Yungay, su tío, el Presidente Prieto, haciéndose intérprete del sentimiento público, le dijo:

—El país quiere recompensarte en la forma que tú quieras. Pide pues lo que más te agrade.

Entonces el magnanimo general, que en su tiempo supo ser el primero en la guerra, el primero en la paz y el primero en el corazón de sus conciudadanos, pidió como única recompensa, la reincorporación al ejército de los militares caídos en la guerra civil de 1829.

Contábase entre éstos el general don Francisco Antonio Pinto, quien se creyó entonces en el deber de visitar al generoso vencedor de Yungay.

Hasta entonces, Búlnes no había tenido ocasión de conocer a Pinto, a quien juzgaba un revolucionario, un pipiolo fanático, enemigo encarnizado del orden de cosas que él contribuyera a fundar con su espada en el campo de Lircay.

Al tratarlo pudo ver, que el general Pinto era todo menos que eso. Se encontró con un hombre cultísimo, de cortesanos modales, filósofo, instruído, y hasta reconciliado ya entonces sinceramente con el partido pelucón a que Bulnes pertenecía.

El último presidente de los pipiolos, y el bizarro jefe de la caballería pelucona en Lircay, no tardaron en hacerse íntimos amigos. La circunstancia de que los tristes restos del pipiolismo, levantaran en 1841 la candidatura de Pinto, frente a las de Bulnes y Tocornal, no bastó a enfriar esta noble amistad. Ambos se sentían soldados de una misma causa, esto es, del advenimiento de un gobiérno progresista, moderado, conciliador, dentro del órden constitucional y del régimen político existente desde 1830. Las candidaturas de Pinto y de Bulnes representaban pues idénticos ideales, enfrente de la de don Joaquín Tocornal, que parecía encausar la continuación de los tiempos de hierro del peluconismo.

Fué entonces, cuando esa noble alianza, se transformó en un lazo más íntimo. El general Búlnes pidió la mano de la hija mayor de su émulo, la cual por su cultura superior y el agrado de sus modales, era una de las damas más distinguidas de su tiempo.

Don Andrés Bello en su triple calidad de poeta, de sabio y de estadista, fué encargado de formular la demanda de matrimonio.

—Saludo a la vencedora de los vencedores, tales fueron las palabras con que el genial autor del Código Civil, inició el cumplimiento de su encargo.

Aquel matrimonio no pudo celebrarse bajo más felices auspicios. Era la prenda de la reconciliación definitiva del país, del olvido de las pasiones fratricidas que, ensangrentaron los primeros años de la República.

La ilustre dama, elevada al solio de los Presidentes de Chile, y su padre, fueron desde entonces en el nogar de Búlnes, los inspiradores de esa política prudente, sin debilidad, progresista, sin imprudencia, liberal sin populachería, que tan alto ha levantado en la historia, la figura del bizarro vencedor de la Confederación Perú-Boliviana.

Adornamos la portada del presente número, con una reproducción del retrato de doña Enriqueta Pinto de Bulnes, en la época de su matrimonio, pintado por Monvoisin.

VI

Mucho han repetido las malas lenguas, que la soberbia familia patricia de los



Doña Delfina Cruz de Pinto

Montt y Goyeneche, sólo experimentó al principio, un sentimiento de protectora compasión por el pobre primo de provincia, que tan alto debía levantar más tarde el nombre de su familia en Chile.

Esta, sin embargo, no pasa de ser una de las muchas fábulas que se han levantado al rededor de la enérgica y discutida personalidad de don Manuel Montt. De la correspondencia privada que se conserva actualmente en poder de don Benjamín Montt, resulta que desde los tiempos en que el futuro Presidente de Chile, no era sino un humilde inspector del instituto, existían entre él y sus encopetados parientes de Santiago, las más íntimas y cordiales relaciones.

Dura fué la fortuna con don Manuel Montt, en sus primeros años. Su padre completamente arruinado por la revolución de la independencia, murió cuando él todavía era un niño (1817). Un pariente lejano, que era su padrino, don Clemente Pérez, le acogió en la horfandad, proporcionándole una beca en el Instituto Nacional.

Allí comenzó a darse a conocer el futuro estadista. De alumno del Instituto pasó a inspector, después a maestro y por último a rector. Cuando ocurrió el asesinato de don Diego Portales, desempeñaba un puesto subalterno en el Ministerio. Las circunstancias azarosas, son la piedra de toque de los grandes caracteres: don Manuel Montt fué el alma de las medidas tomadas para conjurar el trágico motín..... Desde entonces subió con rápido paso por el camino de los triunfos y de los honores, que, para la gran parte de los hombres, es también el de las amarguras.

Comenzaba su fortuna oficial cuando se enamoró de su hermosa prima, doña Rosario Montt y Goyeneche, que contaba sólo quince años de edad, cuando él ya había cumplido los treinta. Estos carácteres de hierro, suelen ser tímidos delante de una niña de 15 abriles... El señor don Manuel Montt no se atrevía a declararse. Su futura suegra hubo de allanarle el camino. Comprendió lo que las señoras no saben comprender siempre, esto es que el talento y la virtud, valen más que la fortuna y el brillo de una gran situación... Muy lejos estaría doña Luz Goyeneche de imaginarse entonces que elevaba a su hija a la Presidencia de Chile, casándola con el primo pobre venido de Petorca.

Tampoco se imaginó, por cierto, la inocente niña, que cuando fué "hablada" se encontraba jugando al volantín en el último patio de su casa, que al lado de ese hombre que iba a ser su esposo le aguardaba una vida de titánicas luchas, y que a su al rededor sentiría por largos años el rugir de furiosas pasiones.

La crónica casera de Santiago, nos pinta a doña Rosario Montt, como inspiradora de medidas enérgicas y violentas, en la época de la Presidencia de su esposo, cuyo carácter era suave, bondadoso, quizás excesivamente benévolo para tan agitados tiempos... Doña Rosario habría sido la principal aliada del impetuoso Varas.

Sea de ello lo que fuere, el hecho es que la esposa de don Manuel Montt, debió ver sacudida su alma de mujer como esposa y como madre... Hoy apenas podemos darnos cuenta lo que fueron los odios políticos de aquel tiempo.

Un día se sabe en palacio que el barbero del Presidente ha sido sobornado para que lo degüelle, y desde entonces don Manuel Montt no tuvo, hasta su muerte, otro barbero que su mujer... Aprendió a afeitarle, y no permitía que ningún extraño la reemplazara en esta ocupación.

Otra vez entra un individuo a la sala del despacho presidencial, con el pretexto de presentar una solicitud... Su aspecto infundió sospechas al edecán. Cogiendo al peticionario le encuentran oculto un puñal... Ese hombre iba a matar al Presidente...

Don Manuel Montt ordenó que el asesino fuera puesto en libertad...

Dejen que se vaya, dijo... debe ser un loco...

Estos rasgos no eran del gusto de doña Rosario, que viendo amenazada la vida de su marido, a quien amaba con delirio, no podía comprender tales contemporizaciones...

—Fusílalos, Manuel, decía... De otra manera acabarán por matarte a tí...

Y don Manuel no fusilaba a nadie.

En cierta ocasión se supo en la Moneda que los revolucionarios pensaban poner al frente de sus filas a tres de los hijos del Presidente, don Pedro, don Luis y don Daniel, que se educaban en el Instituto,

para impedir que las tropas del Gobierno dispararan sobre ellos.

—Sepan los revolucionarios, dijo don Manuel Montt, como en otro tiempo Guzmán el Bueno, que cualquiera cosa que hagan, las tropas y yo cumpliremos con nuestro deber.

Ya se comprende cómo se exaltarían, bajo tales circunstancias, los afectos de una esposa y de una madre.

Cuando con ocasión del destierro del arzobispo Valdivieso, llegaron a su colmo las pasiones políticas y religiosas, la señora Montt hubo de ocultar a sus hijos como una leona oculta a sus cachorros, al lanzarse a la pelea.

VII

Por los años de 1854, doña Delfina Cruz, hija única del general don José María de la Cruz, era la más preciada joya de la orgullosa sociedad de Concepción... La llamaban "la princesa del Sur", acaso por ser hija del popular caudillo de la revolución aristocrática y militar que encontró su tumba en Loncomilla.

El que fué su esposo y más tarde Presidente de Chile, don Aníbal Pinto, era uno de esos hombres a quienes **hay que casar**, como se dice vulgarmente. Su carácter excesivamente serio y maduro, no era adecuado para galanteos y pretensiones amorosas.

Así su boda tuvo algunos perfiles políticos y de razón de Estado. El padre de don Aníbal, don Francisco Antonio Pinto y su yerno don Manuel Bulnes, pensaron que el matrimonio de la princesita del sur, con una persona ligada a la familia del vencedor de Loncomilla, contribuiría acaso a la reconciliación de Santiago con Concepción.

El futuro Presidente de Chile, acababa de llegar entonces de Europa, rodeado de la aureola de uno de los más brillantes partidos, en la juventud del país. Sin decirle una palabra, le enviaron a Concepción.

Desde que llegó a la opulenta metrópoli del Bío-Bío, la chismografía social, le destinó como novio de la hija del general Cruz, aún antes de que ámbos jóvenes se conocieran... Ya se daba como hecho el matrimonio cuando una noche, la princesita, dijo en el teatro a una de sus amigas...

—¡Mira! Dime cuál es el jóven que dicen que es mi novio.

La declaración de don Aníbal Pinto fué tan a la indirecta, que si hubiera sido hecha por otro jóven, menos serio y reconcentrado, la niña no lo habría tomado como tal.

Dicen que don Aníbal, después de pelar una naranja, pasó la mitad a la señorita Ana, diciéndole:

—Sea Ud. mi media naranja.

Y sin más ni mas se casaron.

¡Benditos tiempos aquéllos!

La princesa del sur fué en la Moneda, presidenta muy presidenta. Es cierto que no intervenía en negocio de estado, salvo cuando se trataba de empeñarse por los desgraciados que pedían un empleo, cosa que debió ser muy común en esos tiempos de aguda crisis económica.

Tampoco transigía la señora Delfina, con ciertas costumbres algo orientales, que han subsistido en Chile hasta nuestros tiempos... En su concepto la mujer del Presidente, era Presidenta, y así no consentía, por ejemplo, que su marido pasara, por ejemplo, revista el 19 de Septiembre, sino en su compañía y en el mismo coche...

El recuerdo de las virtudes y sobre todo de la inagotable benevolencia y caridad para todos los que sufrían, que fueron la característica de doña Delfina Cruz, le acompañó hasta sus últimos años. Pocas grandes damas de Chile, han dejado al desaparecer un duelo más grave y sincero, que la viuda del Presidente Pinto.

ALBERTO EDWARDS



AMBROSIO:—Lo veo triste al zeñó, como que le va a entrar lo que aquí llaman pensión...

LA VIDA CRUEL

(Comedia en un acto estrenada recientemente en el Palace Theatre)

Por

VICTOR DOMINGO SILVA

Ilustraciones fotográficas.

FERNANDO VIDAL, 45 años, señor Manuel Díaz de la Haza.

JORGE, su sobrino, 20 años, señor Artigas.

ALICIA, 18 años, señora Díaz.

AMBROSIO, criado andaluz, 60 años, señor Revuelta.

Lugar de la acción: Santiago de Chile.

Epoca: la actual.

ACTO UNICO

Escena:

Sala de trabajo de un escritor de reputación.—Amoblado confortable.—Dos escritorios con libros, objetos artísticos, etc. —un sofá, sillones.—Puertas a derecha e izquierda.—Una ventana al fondo.—Hora: las 5 P. M. de un día de comienzos de primavera.

ESCENA PRIMERA

(Vidal y Ambrosio)

Vidal, displicentemente echado en un sillón. Ambrosio, de pié, junto a él, acaba de traerle en una bandeja el té de la tarde.

AMB.—¿No más ze le ofrecía al zeñó?

VIDAL.—Nada más, Ambrosio.

AMB.—Le zirvo?

VIDAL.—No, me serviré yo mismo.

(*Ambrosio no se decide a retirarse*).—Estás despachado, Ambrosio.

AMB.—Don Fernando, ¿no le permitirá usted a un viejo criado abrirle su corazón? Son ná más que cuatro palabras..

VIDAL.—¿Qué ibas a decirme?

AMB.—Pero no lo tome el zeñó a atrevimiento...

VIDAL.—Habla, hombre.

AMB.—El zeñó parece enfermo...

VIDAL.—(*Interesándose*) Hola! me observabas...

AMB.—¿Cómo quiere el zeñó que no me interese su zalú?

VIDA.—¿Y qué crees que tengo?

AMB.—Yo qué sé... Lo que puedo decirle es que el zeñó no se halla bien. Lo veo triste al zeñó, como que la va a entrá lo que aquí llaman pensión...

VIDAL.—(*Sonriendo*) ¿Será lo que los médicos l'aman neurastenia?

AMB.—Yo no sé el nombre que le darán los doctores. Pero el zeñó no está ahora como ha sido siempre. ¡qué había de estar! Cuando he tenido tiempo de conocé al zeñó como a mis manos...

VIDAL.—¿Y a qué crees tú que pueda deberse? Porque no siento nada...

AMB.—Mucho ha pensado en eso un servidó... Cavilando, cavilando, me ha llegado a paecer que el zeñó se hal'a aburrío de estar sólo.

VIDAL.—¿A qué llamas tú sólo? ¿No viven conmigo la señorita Alicia y mi sobrino? ¿No me acompañas tú?

AMB.—Er zeñó no me ha entendido... Quería decí al zeñó que tal vez le va canzando la viudé.

VIDAL.—¿Te parece a tí?

AMB.—¡Cuando se ha tenido una zeñora como la que ar zeñó le llevó er cielo y que era talmente un ange!

VIDAL.—¿Crees tú de veras que me haría bien volver a casarme?

AMB.—Servío sea er zeñó de mandarme la muerte si lo que digo no es Evangelio!

VIDAL.—¿Sabes, Ambrosio, que voy a pensarlo? Quizás tengas razón...

AMB.—Razón tengo que me sobra, don Fernando. Misté: la difunta mi mujé me hiso pasá en vía muy malos ratos... Y no es por hablá mal, don Fernando, pero tenía un jeniesillo la pobre... ¡y cuando una mujé sale con su geniesillo!.. Y ahí verasté, zeñó. Er zeñó se ha de acordá cuando me encontró en Sevilla, hecho ni ma ni meno que una Madalena, llorando mi viudé. Cara de santo debí tené, cuando er zeño me tomó a su servisio sin desigirme recomendación y hasta su tierra me trajo...

VIDAL.—Tenías la recomendación en la cara.

AMB.—Bondá der zeñó. Y esto fué pa un zervidó la Providensia, porque er cambio de aire y de clima, y er tiempo, sobre to er tiempo... Pues na, zeñó, que si muero moriré de viejo y dejaré los huesos en casa der zeñó.

VIDAL.—¡Qué Ambrosio éste!

AMB.—Conque, anímese er zeñó, que si Ambrosio tuviese sus años, y sus posibles...

VIDAL.—¿Volverías a casarte?

AMB.—Sin consultarlo ni con María Santísima!

VIDAL.—Te advierto que si me decido y me resulta mal, serás tú quien cargue con todas las responsabilidades.

ABM.—No será por mucho tiempo, don Fernando. Ya ve er zeñó que ando, como dicen, arrastrando los piés...

VIDAL.—Yo tampoco estoy en la flor, querido Ambrosio. ¿Habrá alguna aburrida como yo que quiera hacerse cargo de este costal de achaques?

AMB.—¡Quiá, zeñó! A un hombre como er zeñó... ¿Por qué está aquí la zeñorita Alicia? La gloria fuera para ella que er zeñó le hiciese el honó de darle su nombre.

VIDAL.—Alicia! ¿Estás loco- Alicia es una chiquilla...

AMB.—Pero es más formá que una zeñoramayor. Y ¡no digamos! tiene los ojos puestos en er zeñó...

VIDAL.—Vamos! mi buen Ambrosio. Ya has disparatado bastante. Será mejor que me dejes.

AMB.—Por lo menos le he entretenido ar zeñó un rato. Ya lo veo con mejor ceño que cuando me pidió er té.

VIDAL.—Sí, me has hecho reir. En cambio, el té se ha enfriado...

AMB.—Y yo, charla que charla. ¡Mardita sea, y no es poco lo tonto que soy! Le traigo otro...

VIDAL.—No, no voy a servirme nada.

AMB.—(*Yéndose, derecha*).— Hum! Esto no anda bien, no anda bien...

VIDAL.—¡Casarme! ¡Y con Alicia!... ¡Pobre Ambrosio! (*Pausa*).

ESCENA SEGUNDA

Vidal y Jorge, que entra por izquierda, con un libro en la mano

JORGE.—Tío, buenas tardes!

VIDAL.—Hola, perillán. ¿De dónde caes?

JORGE.—De todas partes... Después de clases, indigestado de códigos...

VIDAL.—¿Te fuiste a la Federación?

JORGE.—Me fuí a pasear la tarde. ¡Está el día tan lindo! Creo que no hay ciudad como Santiago en primavera...

VIDAL.—Ya no e has de menos tu aldón provinciano?

JORGE.—A veces, pero muy a lo lejos.

VIDAL.—Ya estás hecho un santiaguino.

JORGE.—De tomo y lomo. Conozco Santiago hasta en sus últimos rincones. Me lo sé de memoria. Y cada vez me gusta más.

VIDAL.—¿Qué diablos puedes hallarle? No me doy cuenta.

JORGE.—Yo sí que no me doy cuenta de su desapego a la capital. Ya se ve que ha estado usted tres veces en el extranjero... Pero eso no le obliga a llevarse metido eternamente en casa. ¡Y en un día como este! Es un sacrilegio... (*Va a la ventana y la abre. Entra por ella una claridad suave*). Mire usted tío! Mire usted...

VIDAL.—¡Uff! El mismo espectáculo de hace tantos años. Me lo sé de memoria, como dices tú.

JORGE.—Tío, decididamente, está Ud. mal.

VIDAL.—Tu opinión no es nueva. Con la misma acaba de salirme Ambrosio. Y ¿no sabes?

JORGE.—¿Qué?

VIDAL.—El hombre se atrevió a aconsejarme...

JORGE.—¿A Ud? ¿En qué sentido?

VIDAL.—Que me casara.

JORGE.—No está mal aconsejado. Abundo en las mismas ideas, como dicen en la Cámara. ¿Y con quién? ¿No le indicó novia?

VIDAL.—Sí, Alicia.

JORGE.—(*Con inquietud súbita*) ¿Alicia?

VIDAL.—(*Con leve intención*) ¿No abundas en las mismas ideas?...

JORGE.—(*Reponiéndose*). Por el contrario. Pienso como él.

VIDAL.—Ya son dos opiniones. Falta la principal, la de la presunta víctima...

JORGE.—Será idéntica.

VIDAL.—¡Quién sabe!

JORGE.—No diga, tío. ¿Podría haber mayor felicidad para Alicia? Huérfana, ciega admiradora de Ud., enamorada de sus libros, ella se acogió bajo su techo, sin importársele nada el qué dirán, y aquí vive, ayudándole, colaborando en sus obras, feliz de que la crean... de que la crean.

VIDAL.—¿Por qué vacilas? Dilo ahora: de que la crean mi querida.

JORGE.—...u amiga íntima, su compañera... Y bien. ¿Habría ella de rehusar el honor de llevar su nombre, legalizando así su situación?

VIDAL.—De modo que también me aconsejas...

JORGE.—¿Yo? Que se case Ud.

VIDAL.—¿Con ella?

JORGE.—Con ella, o con otra. Con ella antes que con nadie, tío, puesto que no le sería fácil encontrar una mujer igual.

VIDAL.—¿Crees tú que a mis años?...

JORGE.—¿Qué puedo decirle a Ud., que conoce el corazón humano algo mejor que yo? Pero con una mujer como Alicia...

VIDAL.—¿Qué?

JORGE.—Lleva Ud. de antemano asegurada la felicidad. De todos modos.... (*Vacila*).

VIDAL.—De todos modos, ¿qué?

JORGE.—De todos modos, tío, yo no podría permanecer aquí.

VIDAL.—¿Qué nó?

JORGE.—No me tachará Ud. de mojigato, desde el momento en que he aceptado con orgullo su hospitalidad, aún cuando creía—como todo el mundo—que Alicia era... era lo que ya dijimos. Pero ya casados ustedes, la cosa cambia.

VIDAL.—¿No querrías tú ser el Ernesto de "El Gran Galeoto?...

JORGE.—¡De ninguna manera!

VIDAL.—Entonces, no me caso, no vuelvo a pensar en eso. Prohibo que se toque ese punto.

JORGE.—Pero, tío...

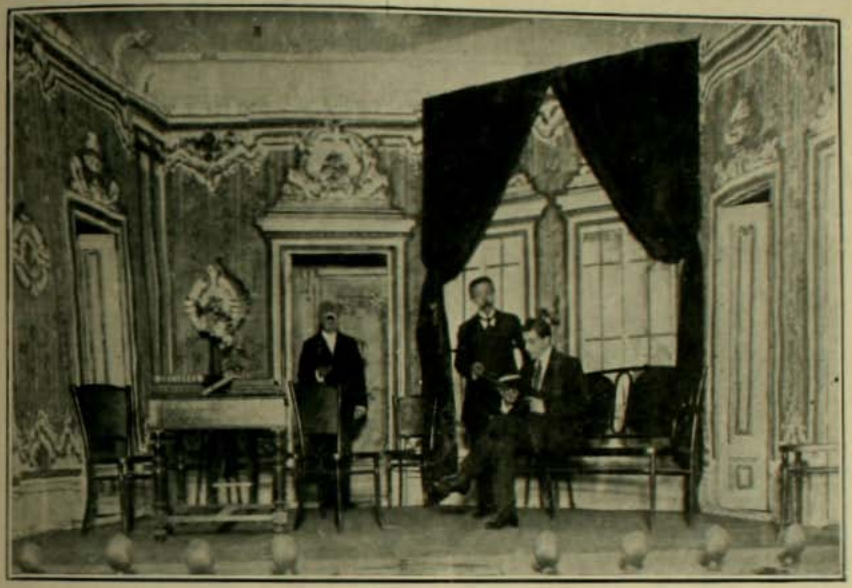
VIDAL.—No insistas, hijo.

JORGE.—Oígame Ud...

VIDAL.—Bueno. Pido plazo para resolverme. Voy a consultarlo con mi eterno consejero: el Santa Lucía. Mientras tanto, ni una palabra de lo dicho.

JORGE.—Entendido.
VIDAL.—Oye, si llega Alicia...
JORGE.—¿Anda fuera?
VIDAL.—Como todas las tardes. ¿No la divisaste? Si llega mientras ando fuera, recuérdale esas notas de la novela, las del último capítulo...
JORGE.—Sí, sí, ya recuerdo.

de apetito... (*Toca un timbre. Aparece Ambrosio, derecha*).
AMB.—¿Zeñorito?
JORGE.—Trae té, pero que hierva.
AMB.—Muy bien, don Jorge.
JORGE.—Y dime, viejo, ¿es verdad que acabas de aconsejar a mi tío que se vuelva a casar?



VIDAL (con leve intención) ¿No abunda en las mismas ideas?

VIDAL.—Me tiene perplejo el desenlace... Alicia no quiere dejar descontentos a los lectores, y es partidaria de un avenimiento. Yo creo más humana la separación lisa y llana.
JORGE.—Es cruel.
VIDAL.—Como la vida... Hasta luego. (*Váse, izquierda*).
JORGE.—Hasta luego, tío.

ESCENA TERCERA

Jorge y Ambrosio

JORGE.—Ese viejo andaluz tiene cada ocurrencia! (*Pausa*) ¿Y por qué me preguntaría mi tío si la había divisado? ¿Y por qué se lo negué? (*Pausa*). Pero este té se ha enfriado, y hace algo

AMB.—¿Se lo dijo él, verdá? Creo que no es mal consejo... Lo veo tan triste sus amigos a verlo, de ca risotá que daban hacían retumbar la casa mesmamente como si fuese un terremoto... Ud. no lo conoció en sus buenos tiempos. ¡Corría el hombre cada juerga!
JORGE.—¿Será el trabajo?
AMB.—¿El trabajo? Pero Ud. no lo ve? ¡Si no dá plumada! En aquellos tiempos sí que salía on sus dos libros al año y escribía en los papeles y no dejaba fiesta a que no fuese. ¡Era más entretenido! Los amigos no le dejaban parar...
JORGE.—¿Los amigos nada más?
AMB.—Y también las amigas... Tiene malisia er zeñorito. Pero ahora la consig-

na es siempre igual: "el zeñó ha salío, el zeñó no está en casa" Y er zeñorito, ¿qué piensa?

JORGE.—Que te has olvidado de lo que te pedí.

AMB.—Discurpe er zeñorito... Er me dió la hebra y yo puse la puntada.

JORGE.—Si fué sólo una broma... Yo pienso como tú.

AMB.—Y to er mundo pensará talmente, zeñorito. En seguía güervo...

JORGE.—Esto es hecho. Aquí hay uno de más, y ése soy yo... (*Suspira*) ¡Vamos! De cabeza al Código. (*Se entrega al estudio; pero de pronto interrumpe la lectura y se queda como escuchando, con ansiedad sincera*). ¡Es ella! No me engaño... (*Simula seguir leyendo*).

ESCENA CUARTA

Jorge y Alicia, que llega de la calle, por izquierda, con un ramo de violetas

ALICIA.—Joven! que se quema Ud. las pestañas.

JORGE.—¡Alicia! Con esas flores es Ud. la personificación de la primavera, que se nos viene encima. Esas violetas son de la Alameda, ¿no es cierto? cerca del Cerro...

ALICIA.—¿Quién se lo ha dicho? Me vió Ud. comprarlas?

JORGE.—Yo... Yo no he salido.

ALICIA.—Ah! Creí que había Ud. ido a clases.

JORGE.—De la Universidad me vine a casa.

ALICIA.—Creí haberlo divisado... Sería otro. ¿Y el maestro?

JORGE.—Salió hace poco. Me encargó recordarle las notas esas que...

ALICIA.—Ah, sí! Ya sé... Es la primera vez que disentimos.

JORGE.—Algo me habló de eso. (*Entra Ambrosio con el té y las tazas*).

ALICIA—¡Qué a tiempo!

JORGE.—¿Se lo sirvo yo?

ALICIA.—No, no, sería absurdo. Yo..... (*Vase Ambrosio después de dejar el té, no sin hacer a Jorge un gesto de inteligencia*). Ud. conoce el argumento de la novela, ¿verdad?

JORGE.—En líneas generales...

ALICIA.—Pues bien: el maestro quiere que los amantes, hostilizados por mil detalles, propios del medio social en que vivimos, se separen definitivamente. Yo opino, por el contrario, que no; que el amor, esta vez como todas, debe triunfar, pasando por encima de todo... ¿Qué le parece a Ud?

JORGE.—Los amantes son jóvenes, ¿no es así?

ALICIA.—Sí, jóvenes.

JORGE.—Opino absolutamente como Ud.

ALICIA.—Ya somos dos...

JORGE.—El tío Fernando se pone cada vez más pesimista, ¿no lo ha observado Ud?

ALICIA.—Ese pesimismo es el que flota en sus últimos libros. El ve así la vida, y dice que el artista no tiene derecho a adulterarla.

JORGE.—El artista no tiene para qué ennegrecer el porvenir, Alicia.

ALICIA.—En un libro debemos tener siempre un buen amigo que nos haga amar la vida, embelleciéndola.

JORGE.—Me explico que disientan ustedes ¡Ah, si yo fuese escritor!

ALICIA.—¿Y por qué no?

JORGE.—No tengo valor para ser un desgraciado!

ALICIA—¿Desgraciado?

JORGE.—Mire usted al tío Fernando. Lo tiene todo: gloria, dinero, situación Podría aspirar a todo y se muere de aburrido.. Yo prefiero vivir, simple, pero intensamente; no analizar la vida, sino disfrutarla!

ALICIA.—El la disfrutó también.

JORGE—La disfrutó: tiempo pasado... Aún no está viejo, y la vida le asquea como un manjar del que estamos ahitos.

ALICIA.—¡Pobre maestro! Pienso en él, y veo que tiene Ud. razón, y sufro de no saber hacer nada por él, me avergüenzo de mi propia impotencia...

JORGE¡Alicia! (*En un súbito arranque*).

ALICIA.—¿Qué?... (*Sobresaltada*).

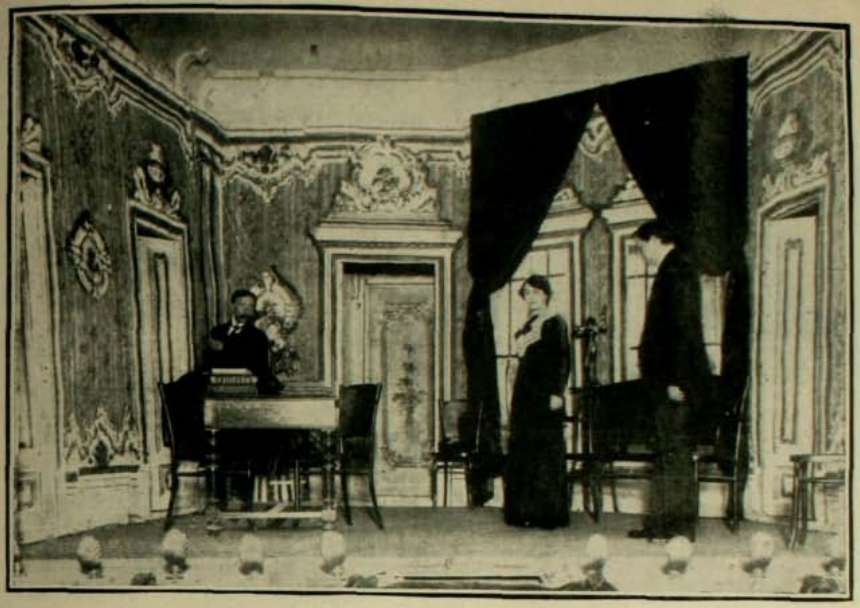
JORGE.—(*Reponiéndose*). Nada.. Advierto, en este instante, que estoy haciéndola faltar a su deber. Pronto llegará el maestro y esas notas... Voy a trabajar a mi cuarto. Ya conoce Ud. mi opinión.

ALICIA.—¿No se lleva Ud. algunas flores?

JORGE.—Una sola... (*La toma*). Es bastante. ¿Quiere que encienda?

ALICIA.—Bueno. Ya ha obscurecido mucho.

(*Jorge da la luz y sale por derecha*)



VIDAL.—Ni una palabra más. Espero que me llamen...

ESCENA QUINTA

Alicia y Vidal, luego Jorge

Alicia ordena unos papeles de los que están sobre el escritorio, los hojea leyendo en voz baja. Y trata de ponerse a escribir. Se interrumpe de pronto, da un suspiro y se queda abstraída, recitando lentamente alguna estrofa conocida.

VIDAL.—(*Muy alegre*). ¡Buenas noches! ¿Se podría saber qué piensa esa adorable cabecita de dieciocho años?

ALICIA.—De diecinueve, señor mío. Buenas noches! ¿Y a qué se debe esta rareza?

VIDAL.—¿Cuál?

ALICIA.—Pues, la de no encontrarle a Ud. en casa.

VIAL.—Ah! Asuntos muy complicados...

ALICIA.—¿Qué exigen reserva diplomática?

VIDAL.—Tanto como eso, no. Pero lo va Ud. a ver. Supongo que no está enterada de nada...

ALICIA.—Pero, ¿de qué?

VIDAL.—De lo que voy a hablar.

ALICIA.—Mientras no hable usted...

VIDAL.—Pues bien. De dos personas de mi intimidad recibí hoy un mismo consejo. Antes de ponerlo en práctica, me dirigí a dar una vuelta por el Cerro. Ya sabe: es un sitio para mí tan familiar, que me inspira p'ena confianza cuánto medito en él. De allí vengo ahora.

ALICIA.—¿Y?...

VIDAL.—Nada. El resultado total ha sido el de que me he venido tan perplejo como antes.

ALICIA.—¿Nada le dijeron los árboles?

VIDAL.—Sí, que lo consultase con Ud.

ALICIA.—¿Conmigo? ¡Pero maestro!

VIDAL.—Sí, con Ud., que es al fin la más afectada en la cuestión.

ALICIA.—¿Yo? Pero, ¿de qué se trata?

VIDAL.—Es el caso que, a pesar de mis años,—o a causa de mis años,—no hallo cómo empezar...

ALICIA.—Me tiene usted en espinas.

VIDAL.—La verdad es que nunca dejamos de ser niños. Mejor será que apele al auxilio de mi sobrino. ¿Quiere Ud. llamarlo?

ALICIA.—(*Llamando hacia la derecha*). Jorge Jorge! (*A Vidal*) ¿Tan grave es el asunto?



JORGE:—La disfrutó; tiempo pasado

VIDAL.—Ud. misma va a decirlo.

ALICIA.—Estoy en ascuas...

JORGE.—¿Qué hay? ¿Qué se ofrece?

VIDAL.—Si tú estuvieses en mi caso, ¿a quién encomendarías sacar la cara por tí?

JORGE.—A Ud., sin duda alguna.

VIDAL.—Bueno. Pues yo te doy a tí la misma comisión. Y para que procedas con entera libertad, les dejo solos...

ALICIA.—Por Dios! Tanto misterio...

JORGE.—Es un honor para mí, pero no sé cómo habré de desempeñarme, francamente...

VIDAL.—Ni una palabra más. Espero que me llamen... (*Vase.—Larga pausa*).

ESCENA SEXTA

Jorge y Alicia, luego Ambrosio

ALICIA.—Pero, ¿estaban ustedes conspirando?

JORGE.—No es ninguna conspiración. Pero a la verdad, mi tío no puede imaginarse el aprieto en que me pone... ¡Es de lo más original!

ALICIA.—¿El qué?

JORGE.—Imagínese Ud., Alicia, que..... ¡vamos! Se lo digo todo de una vez. ¡Bueno estoy para andarme por las ramas!

ALICIA.—¿Hablará Ud. alguna vez? Parece que Ud. no supiese lo que es jugar con la curiosidad de la mujer!

JORGE.—Pues bien, mi tío Fernando ha decidido contraer segundas nupcias, y...

ALICIA.—(*Con sincera extrañeza*). ¿Acaso ha pensado en mí?

JORGE.—Exactamente, Alicia. ¿Qué responde Ud?

ALICIA.—No sabría qué responder... Es extraordinario!

JORGE.—Pero ¿es posible?

ALICIA.—Me toma el asunto tan de sorpresa. ¡Pero tanto! Jamás había pensado en eso... Créamelo Ud.

JORGE.—¿Jamás?

ALICIA.—¡Nunca! Y es la primera vez que me habla de semejante honor...

JORGE.—En este caso el honor es recíproco. Pero no se trata de eso. Hay alguien que aguarda su respuesta. ¿No podría Ud. decidirse en el acto?

ALICIA.—En el acto, no.

JORGE.—¡Alicia!

ALICIA.—Con el maestro, he aprendido a ser sincera, Jorge, y me avergonzaría una mentira.

JORGE.—Pero, ¿no quiere Ud. al tío Fernando? ¿No fué deslumbrada por su gloria como llegó Ud. hasta aquí, y como aquí vive, despreciándolo todo, sobreponiéndose a todo?

ALICIA.—Es verdad.

JORGE.—¿Y entonces?

ALICIA.—No sé... Pero me parece absurda la idea de unirme a él por el matrimonio; ser su esposa, su mujer...

JORGE.—¿Le digo entonces que solicita plazo?

ALICIA.—No puedo responder otra cosa.

JORGE.—¿Y qué plazo? Una semana, un mes, un año acaso?

ALIIA.—No sé...

JORGE.—Yo necesito saberlo, Alicia.

ALICIA.—¿Ud?

JORGE.—Sí, porque yo—como ya se lo he dicho a él—no podré permanecer aquí.

ALICIA.—¿Y por qué no?

JORGE.—¿Lo pregunta Ud?

ALICIA.—¡Es usted más cobarde que yo! Ni siquiera es capaz de pasar por encima de lo que yo he despreciado...

JORGE.—El qué dirán? Yo también lo desprecio en absoluto.

ALICIA.—¿Y entonces? Diga...

(*Pausa ansiosa.—Alicia espera. Jorge tiene un gesto desolado, porque no puede decir lo que piensa y siente en aquel instante supremo*).

JORGE.—¡Oh!...

ALICIA.—Jorge! Mireme Ud. a la cara...

JORGE.—(*Rehuye el mirarla*). Voy a verle a él, voy a llamarle.

ALICIA.—Míreme Ud... ¡Ah, desgraciados niños los dos, que hemos estado huyéndonos!

JORGE.—¿Nosotros? ¡Alicia!

ALICIA.—Estábamos ciegos... ¡Ciegos, Jorge! Y ha habido necesidad de esto para que cayese la venda de nuestros ojos.

JORGE.—¿Qué dice Ud? ¡Alicia!

ALICIA.—Dígame, Jorge, dígame una sola cosa... Era Ud. el que yo vi esta tarde cuando compraba flores? ¿Por qué calla? Dígamelo. ¿Era Ud?

JORGE.—Sí, yo.

ALICIA.—(*Transfigurada ante la revelación del amor*). ¡Jorge! Yo te amaba también sin saberlo, no me sentía bien aquí sino cuando estabas...

JORGE.—¡Y yo te perseguía sin saber por qué, ocultándome... ¡No dabas un paso sin que yo lo supiera!

ALICIA.—Tú!

JORGE.—No podía vivir sin estar viéndote. El eco de tu voz me era necesario como el aire que respiro. ¡Cuántas veces, mientras te quedabas aquí haciéndole compañía al maestro, pasé largas horas junto a la puerta, sólo por escucharte hablar! Y ni yo mismo llegué a sospechar que era el amor, el primer amor de mi vida, que me arrastraba a tí!

ALICIA.—Ahora comprendo por qué me hastiaba la casa; por qué, a pesar de mi admiración y mi gratitud hacia el maestro, necesitaba salir, vagabundear sin rumbo y sin objeto. ¡Si hubieses sospechado que me seguías, que estabas cerca de mí...

JORGE.—Alicia! Alicia!...

ALICIA.—¿Qué?

JORGE.—¿No adviertes el abismo que se abre ante nosotros? ¡Lo estamos traicionando!

ALICIA.—¡Al maestro!

JORGE.—¡A él!...

ALICIA.—¡Terrible amor que no nace sino entre angustias dolorosas, como flor entre espinas!...

JORGE.—Y ahora, ¿con qué cara he de presentarme ante él! No! No me atreveré nunca.. Me ha dado su pan, su techo, su protección... para que le asestemos este golpe! Hacemos lo que la serpiente de la fábula...

ALICIA.—Jorge! Con la verdad no se juega... Ella es la que ha venido a deshacer una ilusión... ¡la ilusión en que vivíamos todos!

JORGE.—Yo no sé qué hacer. No veo sino un camino.

ALICIA—¿Cuál?

JORGE.—Irme, marcharme, desaparecer...

ALICIA.—¿Ese es tu amor?

JORGE.—¡Mi amor! Ni me hables de él...

ALICIA.—Te hablaré del mío, para decirte que yo haré lo que tú no eres capaz de hacer.

JORGE.—¿Hacer qué?

ALICIA.—Ir hacia él, caer de rodillas, tenderle los brazos y confesárselo todo!

JORGE.—No harás eso!

ALICIA.—¡Así se quiere!

JORGE.—Aguarda, aguarda primero a que me vaya...

ALICIA.—No, espérate...

JORGE.—No.

ALICIA.—Te lo pido yo, Jorge mío, te lo ruego de rodillas, si así lo exiges. ¡No sabes cómo sufriría no viéndote más! Espérate.

JORGE.—Maldito corazón! Si es que tampoco tengo valor para marcharme... (*Alicia desaparece por derecha y Jorge se desploma abatido en un sillón, la cabeza hundida entre las manos. Pausa que se deja a cargo del talento del actor*).

ALICIA.—(*Reapareciendo*). Jorge, Jorge!



ALICIA, recitando unas "rimas".

JORGE.—¿Qué?
ALICIA.—¡Se ha ido!
JORGE.—¿Qué? ¿Qué dices?
ALICIA.—El maestro no está en su cuarto...
JORGE.—Estará en otra parte... No puede ser... Llamaremos a Ambrosio.
ALICIA.—¡Dios mío! ¡Dios mío!
JORGE.—(*Llamando con el timbre*). No puedes imaginarte todo lo horrible que se agolpa aquí... ¿Si esto es el remordimiento, la vida de los criminales debe ser espantosa!
ALICIA.—(*Llorando*). Dios mío!
AMB.—Llamaba er zeñorito?
JORGE.—¿Mi tío no está? ¿Ha salido acaso?
AMB.—Zí, don Jorge, er zeñó ha salío y me ha dejao esto pa que se lo entregue a los señores, ansina que preguntasen por él. (*Les entrega a cada uno un papel, que ellos reciben ansiosamente*).
JORGE.—Gracias, Ambrosio. Puedes retirarte. (*Ambrosio se va, moviendo la cabeza con filosofía*).
AMB.—¡O eres un topo, Ambrosio, o la verdad es que te has equivocado de medio a medio! (*Jorge y Alicia leen en silencio, ávidos, temblorosos. Doblan el papel y se miran a los ojos. Tómanse instintivamente de las manos, engrandecidos por la beatitud de sus corazones, limpios ya de toda sospecha*).
JORGE.—Alicia!
ALICIA.—Jorge!
JORGE.—Veía más que nosotros...
ALICIA.—Estaba leyendo en nuestros corazones...
JORGE.—¡Qué nobleza la suya! ¿Y qué te dice?
ALICIA.—Que yo tenía razón: que el amor debe triunfar de todo, imponerse a todo, pasar por encima de todos los obstáculos...
JORGE.—Es él quien tiene la razón, Alicia: la vida es cruel...
ALICIA.—Y a tí, ¿qué te dice?
JORGE.—Que reconoce los derechos de la juventud, y cede el paso... Que es él y no yo quien debe desaparecer...
ALICIA.—¡Oh, maestro, correría tras él para empapar sus manos con mis lágrimas...
JORGE.—¿Y ahora?
ALICIA.—Ahora, a hacer lo que nos recomienda él mismo en su dolorosa despedida! ¡a vivir!
JORGE.—Y a querernos mucho, mucho...
ALICIA.—¡Infinitamente! (*Tendiéndole los labios, en un arranque de amorosa pasión*).

TELON RAPIDO

Fin de este boceto dramático.
Ñuñoa, Agosto 30 de 1913.

La falta del capellan por E. M.

El cura Domínguez se detuvo en medio de la Gran Avenida, oreada por el sol en aquella mañana de primavera, tendió la mirada en contorno, se puso el breviario delante de la boca como para bostezar, y sorbió con rapidez maestra un confite. Con los carrillos inflados y los ojos girando inquietos, siguió su camino mientras sus dedos temblones perseguían a papirotazos las migajas caídas sobre la pechera de la sotana.

Unos veinte pasos más allá, nueva ojeada en derredor; una mano que va derechamente del bolsillo a la boca, y la misma severa policía del traje. El paseo continúa así, alternando los rezos y los bocados, sin atraer demasiado la atención de los transeúntes sobre este viejecillo de espalda encorvada, cuyo perfil hace pensar en una viuda vieja que anduviera distrayendo su mal del corazón.

El presbítero Domínguez va preocupado, no tanto de lo que diga la gente de su colación clandestina, como de su situación actual en la Casa del Buen Pastor, de que es capellán. "Es preciso que tenga valor—piensa—para terminar con esto. Hace ya un año que las reverendas madres me agasajan con lo mejor de su repostero. Mi maldita afición a las golosinas se ha robustecido como fiera bien cuidada; todos se dan cuenta y talvez se burlan de mi chi-

fiadura, y lo que es mil veces peor, noto que voy descuidando mis obligaciones. Ayer he tenido que interrumpir mis Horas, a causa de que las hojas del libro estaban pegadas con almíbar! Y ya una novicia ha querido comprar mi indulgencia en el confesionario, ofreciéndome un paquete de *besitos de monja*. ¡Dios me perdone! Debo someter mi caso a la sabiduría y la santidad de mi colega, el padre Valenzuela, de las Agustinas. (*Pausa*). Pero, ¿habrá en ello un pecado mortal? La carne es flaca, esto lo reconoce la Escritura. No faltando a los demás Mandamientos—y el Señor me es testigo de que ni la lujuria ni la avaricia han hecho presa en mi corazón—¿debo realmente dejar esa santa casa y la dirección espiritual de esas buenas almas, cuyas debilidades y escrúpulos conozco tan bien? La verdad, mi empecinamiento es infame, y no sé cómo no he sido castigado ya. Acaso me absuelva la inocencia de mis sentidos, y aquel que exclamó: "En verdad os digo, que todo el que no sea semejante a los niños, no entrará en el Reino de los Cielos", sonría de mi pecado, pecado de infancia, y que permite conservar en la edad madura, junto con los defectillos, las cualidades de la niñez."

El autor de este monólogo callejero se detuvo frente al arco de los Ingleses, y arrollando el cucurucho de papel en que le dieran los dulces, tiró con desprecio la pelota contra el tronco de un árbol. Aumentaba su pesadumbre al recordar la sonrisa de las rubias muchachas de la confitería de Hucke y la interrogación de sus ojos traviesos:

—¿Qué desea... señor? Estos pastelillos recién salen del horno.

—Nada más que media docena, decía él con voz sorda. Hubiera querido agregar que un amiguito imaginario le pedía siempre de esos; pero en su rectitud prefería a la fácil mentira la vergüenza de mostrarse, a sus años, hundido hasta la altura del paladar en el océano de la gula. Toda su firmeza de propósito se reducía entonces a pagar y salir atropelladamente, mientras se echaba como con indiferencia al bolsillo aquel paquete de sus pecados. Pero, al retirarse, sus dedos sacaban sin remedio un pellizco del dulce, y la tentación redoblaba sus ataques.

Ya en la calle, sus pasos se enderezaban hacia la Gran Avenida, menos poblada de curiosos. Con los párpados entrecerrados, dejaba que el primer bocado se le fundiera en la boca, regalándose con una sensación fresca y suave. La crema fluída se deslizaba por la garganta con rapidez incontenible, la lengua se oprimía como en los momentos de angustia más intensa; y era en vano que se esforzara por espaciar los bocados. Le parecía que antes de haber saboreado bastante el primero de ellos, las cortezas del último dulce se le deshacían entre los dedos. Mirábalas largamente antes de engullirlas, y luego se escapaba en dirección a su convento.

No había en Valparaíso casa más respetable ni donde preparasen mejor una torta una leche nevada o unos buñuelos de viento. La dulzura de carácter de las monjas y su habilidad en el arte de dar punto a un almíbar, le hacían servir el puesto de capellán sin mayor retribución. La obsequiosidad de sus confesadas no se daba, pues, punto de reposo: un día era un segundo p'atillo de postre, que llegaba como por inadvertencia a la mesita donde el señor Domínguez repasaba el primero; otras veces, unas rosquitas untadas en manjar blanco que venían a acompañar su desayuno, exclusivamente, y para el santo del buen cura aquello se convertía en un verdadero aluvión de golosinas, que venía a cubrir todos los muebles de su habitación, ocupando hasta el pequeño altar de la virgen, que coronaba la cabecera de su cama.

Estos agasajos no relajaban en manera alguna la disciplina confesional. Cada vez que una vieja madre se acusaba de haberse dormido en los maitines el capellán aplicó la penitencia que creyó más ruda, por lo menos a su juicio.

—Debe privarse del postre por un mes—dijo al dar la absolución; pero agregó vencido por su propia entereza: nó, con quince días será bastante.

El se privaba asimismo durante la cuaresma, en memoria de lo mucho que padeció Nuestro Señor en el desierto. Meditando esos días la sagrada pasión, reservaba toda su lástima para el instante en que a la angustiosa petición del Cristo: "Sed tengo", un malvado judío responde con una es-

ponja empapada en vinagre. Los nervios se le convulsionaban y crujía su paladar sólo de imaginarse semejante brevaje. Por eso, al llegar al café, renovábanse cada día sus escrúpulos frente a la alternativa de tomarlo como siempre o privarse del azúcar; ante lo imposible de su renunciamiento, su heroismo llegaba hasta contentarse ¡con cuatro terrones!

✠

Con la cabeza gacha, privándose voluntariamente de la espléndida vista del paseo soleado, el cura Domínguez hace examen de conciencia. Pasan en lenta procesión los años de su niñez, como caravana de camellos doblegados bajo el peso de las golosinas que le trajeron; las incursiones por la despensa, los hurtos familiares para satisfacer a sus amigas los chincolcanas, du ceras cerca del Puente Jaime. Más tarde, los votos monásticos habíanle sido cosa fácil, gracias a su temperamento de maniático. Sin embargo, el estigma original había persistido en él, arraigando en la forma de esa desmedida afición a los dulces, como si la naturaleza necesitara siempre desfogar de alguna manera sus imperiosos instintos. No era la gula insaciable que había llevado al infierno, por la puerta del cólico, a su colega el cura de la leyenda provenzal, pues él era tan sobrio que hubiese podido vivir de algunos mendrugos, a condición que estuvieran rebañados en un poco de mermelada o de arrope

Las intenciones del buen capellán eran indudablemente las de un santo de los más severos; pero su debilidad por lo azucarado parecía robustecerse en la abstinencia. Entonces era cuando sus miradas de reojo creían ver montañas de confites hasta en los escaparates de las mercerías. Un niño que pasaba saboreando un caramelo, hasta un affiche del chocolate Talmone, podía renovar en él las punzantes tentaciones de los anacoretas de Tebaida.

Sí, no había salvación—cavilaba el señor Domínguez.—Uno nace de paladar refinado, como los músicos con el oído pronto a percibir y gozar las menores vibraciones del sonido. Lo más prudente para no caer en pecado de temeridad o vanagloria, lo mejor era no extremar la vigilancia, sin descuidar por esto la observancia de los preceptos.

Esta era también la opinión del padre Valenzuela, su confesor del convento del Puerto. El diálogo de los dos viejos y santos varones duró toda una tarde, y terminó de una manera imprevista para el desolado señor Domínguez.

—En fin, reverendo padre, le prometo velar día y noche para evitar que la tentación se adueñe de mi cuerpo.

—Noche y día; pero no hay que exasperar a la naturaleza: esta es la opinión de algunos doctores modernos. Siendo que el alma esté pura de intención...

Sobre esto, el capellán de las monjas del Almendral, se extendió en protestas de pureza animadas por la más viva sinceridad. Refirió a su colega y confesor sus escrúpulos por la única flaqueza de su sér, los tormentos morales, las visiones de castigos ultraterrenos a que se creía condenado por no haber sabido llegar a la perfección en la vida religiosa. Una noche, había visto en sueños al demonio que se le acercaba trayendo sobre la cabeza un canasto de pastelero colmado de víboras, sapos: todo un apocalipsis de mazapán que se animaba a un gesto suyo y deslizándose sobre su cama venía a buscar su boca golosa.

Aquí el señor Domínguez notó que su colega se agitaba dentro del confesionario y apartaba el oído como si quisiera escapar al contagio de tales pesadillas.

Por último, no pudiendo resistir más, sacó fuera la cara sudorosa y pálida y exclamó:

—En el nombre de Dios y de su santa madre, no diga usted más. ¡Si parece que estuviera repitiendo en voz alta mis propios tormentos! Porque yo soy también un pecador recalcitrante, amado hermano mío! Nunca me he excedido en los dulces, eso sí; pero de año en año una manía tan pecaminosa como esa, si no peor, desvela mis escrúpulos de viejo ya vecino a la tumba y al juicio de Dios.

¡Soy un incorregible, un abominable tomador de rapé, mi querido señor Domínguez!

E. M.

Valparaíso, 1912.

LA COLECTA DE SANTIAGO

Por los niños







En los primeros días del mes de Septiembre, las comisiones de señoras y caballeros, designados por el Patronato de la Infancia, recogieron para la gran empresa patriótica de la salvación de los niños la suma de $ 52,000. Es, indudablemente un generoso tributo a la obra metódica, disciplinada y entusiasta que esta institución ejerce para educar a las madres y librar a los recién nacidos de la muerte que cerca sus blancas cunas. Pero no es ella todavía lo que debe ser, y, no debe quedar este esfuerzo concentrado en la capital.

Es necesario que todos los chilenos comprendan que no es una guerra extranjera la sola amenaza de una sangría para los hogares del







pueblo. Cada año mueren calladamente más chilenos que en una sangrienta batalla. Sin glorias, sin conseguir ni tierras ni prestigio, bajo los techos pobres y en el seno exhausto de las madres enfermas, la semilla de la raza se extingue infecunda.

El dolor de ver surgir sobre todo el país, como la densa humareda de un incendio, el incesante desfile de las vidas que se escapan, no es comparable a otro alguno. Somos vencidos por una fuerza implacable, por la muerte, por la ignorancia, por la miseria.

¿Nos cruzaremos de brazos como el musulman esperando que se cumpla un fatal designio? ¿Esperaremos ver despoblados nuestros campos para buscar en el Japón o en la India el trabajador que debe abrir el surco y sembrar el trigo? ¿Es civilizado siquiera esperar que mejores condiciones higiénicas y la lenta resolución de problemas sociales, venga a detener la mortalidad infantil?

No; todo hombre de bien, toda mujer de corazón, cualquiera que sea su fortuna o el círculo social en que se agita, debe unir su esfuerzo al del vecino. El día de los pobres, el país entero debe pagar un tributo en homenaje a la salvación del niño chileno, el más desvalido de los seres. Las colectas servirán en cada ciudad para hacer surgir, a ejemplo de Santiago, un asilo, una casa maternal, una gota de leche.

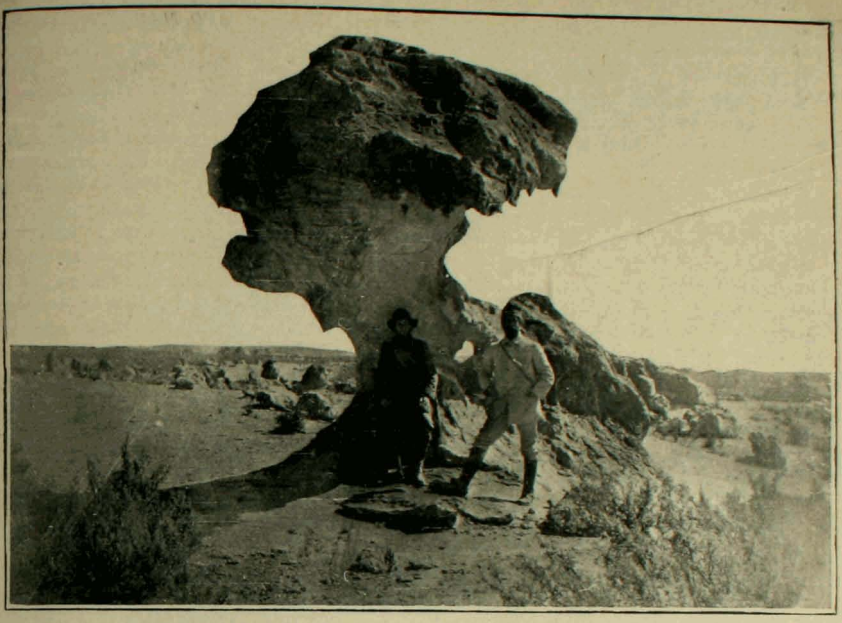
El Patronato de la Infancia ha merecido bien de la Patria y **Pacífico Magazine** recomienda a sus lectores de Tacna a Punta Arenas esta empresa nacional y humanitaria.

LOS JOVENES TURCOS

Ha aparecido un nuevo libro de Claude Farrere titulado "Fin de Turquía" Farrere adora y admira a Turquía, pero tiene para este país un criterio quizás algo estrecho. Su severidad para con los jóvenes Turcos nos parece casi una injusticia y no aprobamos las críticas apasionados contra los que tanto han trabajado para regenerar su patria y salvar el honor de su pueblo.

Creemos mas bien digna de encomio y admiración esta labor de los jóvenes Turcos a quienes acontecimientos de que no podrán ellos ser responsables han impuesto la tarea mas dolorosa. Se olvida generalmente que las desgracias de Turquía reconocen su origen en el antiguo régimen. No es el ex-sultan el que lanzó a Turquía en brazos de Alemania y llamó a Stambul al mariscal von der Goltz y su séquito de constructores germánicos? La revolución de los jóvenes turcos hecha en nombre de la libertad y el progreso ha tratado de barrer este estado de cosas, han organizado interiormente el país, han arrastrado el empuje de Italia y de los paises aliados con la mas brava, la más heróica de las resistencias, revelándose como patriotas y políticos insuperables, Enver bey, Djavir bey, Talaat bey Rifaat pachá y otros muchos han dado tales muestras de talento y de energía, que sus nombres merecen ser inmortales en la historia de Turquía. Turquía no ha muerto, Adrianópolis puede atestiguarlo.

RAM.



Pampa del Caquena

RIQUEZA MINERA DE BOLIVIA

Por

Carlos G. Avalos

Ilustraciones fotográficas

Alguna vez Cecil Rhodes, el gran estadista y empresario británico, el Napoleón africano, calificó como de excepcionales en el mundo, desde el punto de vista de abundancia de minerales valiosos, a tres territorios: Transvaal, con el anexo inmediato de su propio hijo Rhodesia, Méjico y Bovia. Este juicio tiene su mérito porque fué expuesto con alguna anterioridad al momento actual y porque probablemente Rhodes no conoció nunca directamente los dos últimos territorios.

La producción de oro del Transvaal y Rhodesia, ascendió el año último al 40 por ciento de la producción mundial de ese metal: 40 millones de libras esterlinas, sobre un total de cien millones.

La producción de ese territorio ha revolucionado al mundo económico, contribuyendo por su magnitud, al abandono definitivo de la plata como moneda.

El descubrimiento de los depósitos de diamantes en Kimberley, Rhodesia, en 1867, para cuya explotación se formó la famosa compañía "De Beers Consolitated", ha enriquecido a sus accionistas en proporción tal que se la considera como la empresa minera que ha obtenido éxito más culminante en el mundo.

Produce una utilidad anual de dos a dos millones y medio de libras esterlinas.

Ya antes de la conquista española producía Méjico alguna cantidad de oro y plata, pero su producción sólo fué considerable algún tiempo después de ese acontecimiento.

Fueron causas de ese desarrollo extraordinario el descubrimiento, como siempre casual, de nuevos depósitos minerales, además de los que conocían los indígenas, y la introducción del mercurio para aislar la plata de sus criaderos, la amalgamación debida al español Bartolomé Medina, al principio del siglo XVI.

En Méjico, como sucedió en Bolivia, en Potosí y mucho después en Chile, en Chañarcillo; en Estados Unidos, en Komstack, la toma al azar de algunos materiales para la construcción pasajera de algún barro, para cocinar alimentos, dió al viajero el conocimiento de un tesoro sobre el que reposaba sin saberlo.

La acción del fuego dejó libre la plata de sus compañeros y esta metálica, con su brillo característico, se presentó a la vista estupefacta del viajero.

El carácter distintivo de los grandes yacimientos argentíferos de Méjico ha sido siempre, no su riqueza concentrada, sino esparcida en abundantes masas. De este antecedente se desprende la influencia considerable que ejerciera en la producción de plata de ese país, la aplicación de un nuevo y conveniente procedimiento metalúrgico, como fué en su época el de la amalgamación de Bartolomé Medina.

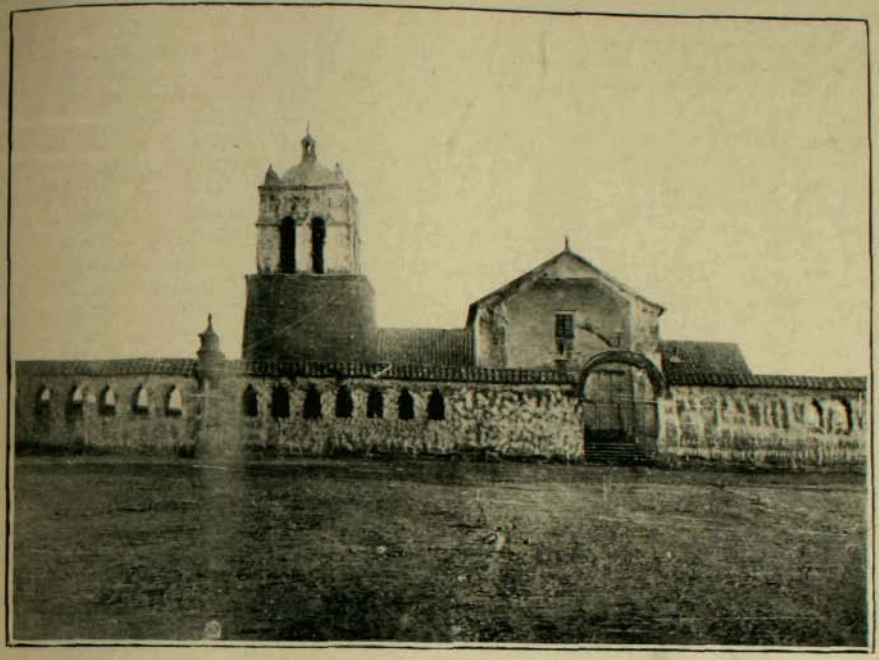
Al terminar el período del coloniaje, Méjico, mediante el aprovechamiento de su riqueza minera, se encontraba en un alto grado de progreso intelectual y económico que formaba contraste con la ignorancia y apatía que dominaba a la mayor parte de las colonias españolas en el resto de las Américas.

Humboldt, en los recuerdos de su visita a Nueva España a principios del siglo XIX, manifiesta con agrado la impresión que le produjera ese estado de progreso.

Los mineros mejicanos en aquella época, aún naturalmente sin la aplicación de maquinarias cuya invención y empleo en las minas vino después—motores a vapor, —habían logrado tabajarlas hasta profundidades considerables, 300 metros, mediante el empleo de motores animales, malacates, combinados dos o tres en sentido vertical.



La Paz



Iglesia de Calacato

Con análogo arte sobresaliente manejaban la metalurgia, progreso que Humboldt pudo apreciar con lo que se practicaba en Sajonia, que bien conocía de antemano.

Semejante estado de cosas fué bruscamente perturbado por las luchas de la independencia, caos de que no saliera Méjico sino hasta muchos años después, mediante la férrea mano de Porfirio Díaz.

Algunos intentos de empresas mineras fué el objeto de capitalistas europeos, ingleses y franceses, entre los años 1850 y 1870. Todos ellos importaron desastres completos. En aquella época no había en la Bolsa de Londres negocios mineros más desacreditados que los mejicanos.

Se creyó que los antiguos mineros habían explotado todas las riquezas. De ordinario, semejantes juicios pesimistas consultan la opinión general social, conducida por los espíritus que se califican de graves y equilibrados. En materia de minas y en el carácter de definitivos, tales juicios deben considerarse con reserva.

Tal ha sucedido en Méjico. Los primeros fracasos de los capitalistas europeos, fueron poco después reemplazados por los éxitos de los americanos desde 1880 hasta hoy y que han formado los archimillonarios Guggenheim, que tanto se están interesando en Chile en el "Teniente", y en Chuquicamata.

La acción de los yanquees ha sido favorecida por dos circunstancias, la tranquilidad política y administrativa del país y el establecimiento y desarrollo de los ferrocarriles.

Sin la concurrencia de dichas circunstancias habría sido imposible la introducción de la maquinaria moderna que exige primeramente el desagüe de las antiguas minas y la de todos los elementos que la práctica de esa industria hoy exige.

Habrá que recordar a su tiempo este antecedente para dar el verdadero mérito al hecho efectivo del fracaso que siguió a algunos intentos de trabajos de minas en la región sur de Bolivia, en Lipez, intentos que se pretendieron realizar cuando aún no se pensaba siquiera en ferrocarriles en esa región.

Constituyó en el pasado y es todavía la

plata el sumando de mayor valor en la producción minera mejicana.

Según cálculos del economista Chevalier, las colonias españolas en América, habrían producido desde su descubrimiento hasta mediados del siglo XIX, 122.000 toneladas de plata. De esta cifra correspondería a Méjico más de un 60 por ciento, o sea, hasta la fecha, cerca de 80.000 toneladas. Para formarse algún concepto de la importancia de esta cifra, convendría recordar que en la época del auje de la plata como moneda, en 1860, se estimaba en 75.000 toneladas el peso total del circulante y que hoy una tonelada de plata vale más o menos cuatro mil libras esterlinas.

La producción minera de Méjico, de metales preciosos, ascendió en el año último de 1912:

Oro, cuatro y medio millones de libras esterlinas; plata, ocho millones de libras esterlinas. Total: m|m. trece millones de libras.

Es de advertir que los acontecimientos políticos de que es víctima Méjico desde 1912, produjeron ya en ese año una reducción de cerca de 10 por ciento de la cifra a que la producción llegó en 1911.

Contrasta el esplendor de la riqueza minera de Méjico, durante su vida independiente, en el pasado y en el presente, con la tardanza en establecerse definitivamente la civilización.

El carácter de los acontecimientos políticos recientes, con el asesinato meditado y ejecutado friamente hace recordar los peores tiempos de la Edad Media, en los que ese medio de acción de los gobiernos o de los partidos estaba tan en boga.

De semejante situación podría deducirse la consecuencia que no bastan las creencias, ni aún la prosperidad económica en una nación para que ésta sea dirigida por el ideal atrayente, poderoso y eficaz en bienes, de la libertad. Para que sea practicable, con ventaja general, parece que el único camino fuera el de extender previamente la cultura y la educación. Es esta, sin duda, la circunstancia que nos ha movido a todos los chilenos a conmemorar con satisfacción y júbilo el centenario de nuestro Instituto Nacional.

BOLIVIA

Entre los laudables esfuerzos que practica el Gobierno de Bolivia para llamar la atención del mundo minero hacia su privilegiado territorio, merece mención especial el mapa geológico de él publicado como anexo a la Memoria del Ministerio de Industria del año último.

Ese mapa señala a la vez la ubicación de los más importantes yacimientos metalíferos conocidos. Si se hubiese pretendido presentar esa obra principalmente como documento técnico, carecería, sin duda, de la precisión necesaria propia de obras semejantes, pero donde se han puesto de relieve condiciones de carácter industrial y comercial, que son seguramente las que se han tenido en vista, ese trabajo llena cumplidamente su objeto.

El que lo estudie teniendo a la vista otras publicaciones oficiales sobre el mismo asunto, puede sin duda formarse un juicio cabal sobre la riqueza minera de Bolivia, en armonía con las previsiones de Cecil Rhodes, a que nos hemos referido.

Semejantes publicaciones enaltecen la obra patriótica y noblemente desinteresada de algunos estadistas bolivianos, principalmente del distinguido y entusiasta Director de la Estadística Boliviana, don Manuel V. Ballivian.

Con recursos cien veces superiores, por la anarquía que domina en Chile, en esa y otras materias, y acaso por esa misma abundancia de recursos, no podemos todavía presentar un cuadro semejante

Las diversas oficinas que entre nosotros se ocupan de estas materias, estadísticas y geológicas, se hacen de ordinario fuego recíproco, obrando aisladamente sin obedecer a una dirección común y beneficiosa.

ORO

El oro se encuentra distribuído en el territorio de la República en una zona que longitudinalmente de norte a sur, lo abarca todo—ocho grados geográficos,—pero limitada en el sentido de la latitud, de este a oeste.

En la altiplanicie sólo se encuentra oro en los contrafuertes que la limitan al este, allí donde nacen las aguas tributarias de los grandes ríos: Amazonas y El Plata.

Esta ausencia de yacimientos de oro hacia el oeste, es propia también de los de estaño, mientras tanto que los de plata y cobre abarcan la altiplanicie en toda su latitud.

Los yacimientos de oro tienen un gran desarrollo en el departamento (división que corresponde a nuestras provincias) de La Paz, ciudad que debe su origen a la población que formaron los indígenas que acudieron a esplotar el oro de las riberas del río "Choquiahu"—"Río de Oro".

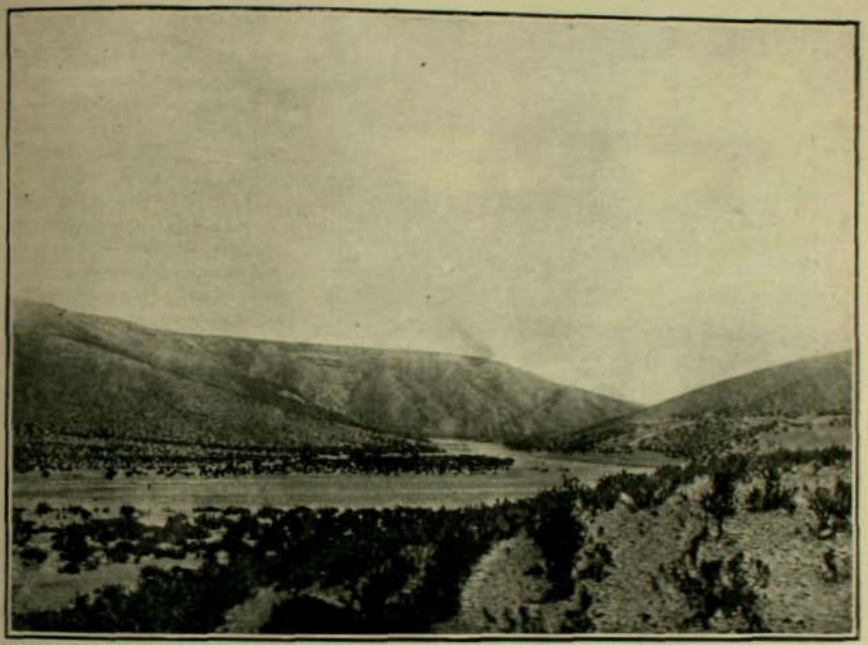
En ese departamento, entre muchísimos otros depósitos en veta y lavaderos, se encuentran las vetas de Araca y los placeres de Tipuani, justamente famosos por los productos que antes rindieran.

Depósitos semejantes se extienden hacia el este en los departamentos de Santa Cruz y Cochabamba, llenos como todos los de La Paz de leyendas y tradiciones de opulenta riqueza anterior, en el coloniaje.

En el departamento de Potosí se encuentran las vetas de Amaya-Pampa, objeto hoy de alguna atención, y que probablemente dentro de poco principiarán a efectuar producción de consideración.

Hacia el sur de la República se encuentran los lavaderos de Estarca y San Juan del Oro, a los que se atribuye gran valor, a pesar de haber fracasado el intento del empleo de dragas, que se hizo en el segundo de esos distritos.

A pesar de que poseemos datos directos de origen fehaciente sobre la efectividad de la riqueza aurífera de algunos de los yacimientos indicados, como los de Tipuani, Araca, Amaya Pampa, Estarca, dudamos que su verdadera explotación pueda llegar tan pronto.



Valle del Caquena

Sólo en condiciones de riqueza extraordinaria el éxito minero surge rápidamente, y así, aún siendo notables los yacimientos auríferos de Bolivia, no son, sin embargo, excepcionales como los del Transvaal. El trabajo y el éxito de los de Bolivia, vendrán como consecuencia refleja de otros éxitos mineros que están más a la mano en su territorio.

La producción anual de oro en Bolivia



Pampa del Maury

es insignificante y casi no vale la pena de ser tomada en consideración. Según la Aduana, el oro exportado fué apenas de un valor de 6.000 libras esterlinas. La de los años inmediatamente anteriores, fué un poco superior.

Mientras tanto, algunos pocos datos positivos y tradicionales en mayor número, hablan de producciones colosales, durante el coloniaje, y, para confirmarlos en ese carácter, algunos publicistas se refieren al considerable e importante número de huellas de trabajo humano dejadas por los españoles.

Hay que apreciar con reservas el valor de estos testimonios.

Al estudiar las huellas de trabajo humano en épocas anteriores, hay que reconocer que al ejecutarlas se obedeció a un propósito de utilidad manifiesta o de jactancia. Uno y otro móvil han sido a veces ajenos en la ejecución de los trabajos mineros de los antiguos.

Un minero afortunado, de espíritu fantástico y rebelde a la discreción y al método en el manejo de su dinero, lleva generalmente su acción a cuanto yacimiento metalífero se encuentra en el distrito o territorio en que ha obtenido éxito, sin reflexionar detenidamente. Esta observación tiene toda su verdad y alcance aplicado sobre todo a los colonos españoles, en los que al espíritu de prodigalidad y de despilfarro, característico de la raza, se unía al fantástico y emprendedor propio de la profesión del minero

Con esta psicología, en abundancia de recursos, se emprendieron y ejecutaron trabajos que no consultaban conceptos razonados ni seguridades de éxito.

Los testimonios de tales trabajos: considerables desmontes, socavones prolongados, deben considerarse en muchos casos para el industrial moderno como simples documentos de la acción irreflexiva de una raza, impulsada más por la fantasía minera, antes que como pruebas de empresas lucrativas.

PLATA

Desde todo punto de vista la existencia y explotación de este metal, ocupa un lugar predominante en Bolivia, relativamente a otros metales.

La plata está distribuída en la altiplanicie en toda su extensión de norte a sur, desde Huaina-Potosí (Potosí joven, en lengua quichua), en La Paz, hasta cerca de la frontera argentina, en Esmaraca, y de este a oeste, desde Aullagas en los contrafuertes orientales de los Andes hasta Turquiri y García-Mendoza, en el nacimiento de los contrafuertes occidentales.

En el pasado la riqueza argentífera de Potosí constituyó el nombre legendario de que goza, y en el presente, la de Huanchaca, motivó principalmente la introducción en Bolivia de su primer ferrocarril, el mayor bien que podía recibir.

La producción de Bolivia, que poco tiem-

po atrás ocupaba el tercer lugar entre los países productores de plata, hoy, efectiva y proporcionalmente, ha bajado extraordinariamente de esa categoría, y apenas ocupa el séptimo lugar, después de Estados Unidos, Méjico, Canadá, Perú, Australia y Japón, sin contar con la de algunos países europeos, como Alemania y Bélgica, que es considerable por el tratamiento de los minerales que importan.

Se puede estimar que alcanza a ocho mil toneladas la producción mundial de plata. Estimada la producción de Bolivia, según su estadística, en 123 toneladas el año último, tendríamos que no contribuía a la mundial, sino con un 2 por ciento; pero esta estadística no considera la plata contenida en minerales complejos, porque ella sólo se refiere a otros metales que forman dichos minerales.

De todos modos, semejante estado de cosas significa un retroceso considerable e importa examinar si será definitivo o simplemente accidental.

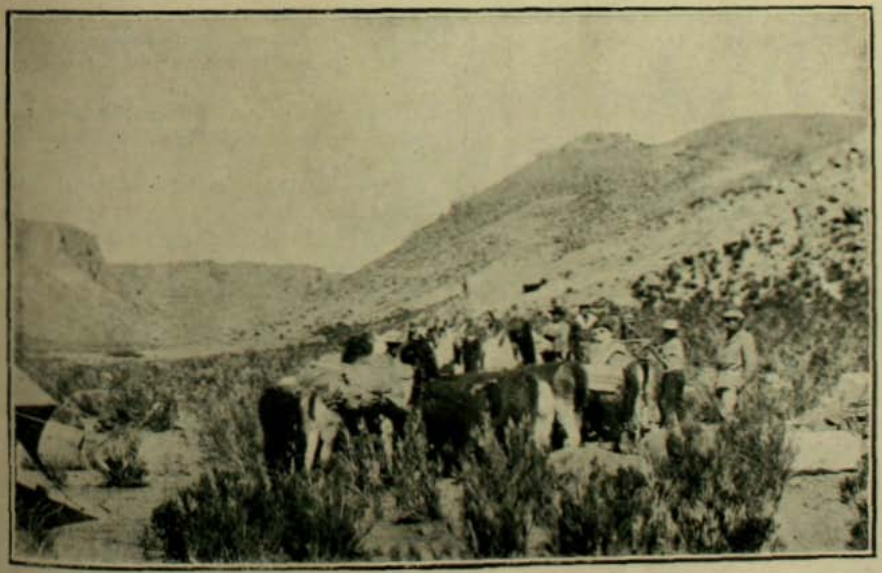
Los tres distritos mineros que contribuyeron más en la época moderna, en el último medio siglo, a la producción de plata, fueron: Oruro, Aullagas o Colquechaca y Huanchaca.

Primeramente en dichos distritos, como en todas partes del mundo, la ley de los minerales de plata ha ido en decrecimiento con su profundidad, pero sin acercarse en ningún caso a contenidos en que no sea reproductiva su explotación.

La reducción de la producción de plata se debe, no a esa causa, ni al quebranto en el precio de la plata, como podría creerse a primera vista, sino principalmente a otras circunstancias que examinamos separadamente.

Coincidió, ahora veinte años atrás el primer quebranto considerable en el precio universal de la plata con la acción del primer ferrocarril que llegó a Bolivia, acción que produjo de inmediato una reducción considerable en el precio de importación de materiales y consumos en las minas. Así, si por un lado se redujo el valor del producto de las minas, por otro lado se redujo el costo de producción. Si alguna alteración desfavorable se introdujo por esa circunstancia, ella afectó más bien a la utilidad cuando se fuese con ella a remunerar capitales extranjeros, que al mismo costo de producción y por consiguiente a afectar a esta misma.

De una manera general se podría decir que en Bolivia, económicamente, tanto importa trabajar las minas de plata a 50 d.,



Vilcapalca

en el aislamiento en que antes se encontraba, que hoy a 28 d., con las facilidades que proporcionan los ferrocarriles y por el progreso técnico en todas las ramas de la industria.

En Oruro, más que por causas naturales, por dificultades de otro carácter, se ha vivido en la mayor parte del transcurso de los últimos veinte años en crisis permanente y no se ha ido en profundidades, a pesar de que su máxima no llega a 400 metros, debajo de los más elevados afloramiento de sus vetas. Restablecidos sus trabajos, tres años atrás, se ha atendido de inmediato a la explotación del estaño contenido en sus niveles superiores, pero sin olvidar que las grandes expectativas de ese mineral están en profundidad. Apenas hace meses se ha entrado en acción activa a ese respecto. Se espera que dentro de corto tiempo, la situación de Oruro se levante, pasando a la categoría de un gran productor de plata.

Hoy, con todo, Oruro produce unas 20 toneladas de plata al año.

Son más complejas y graves las causas que mantienen deprimida a la Empresa de Huanchaca, propiamente su mina "Pulacayo", pero en ningún caso se trata de agotamiento o de reducción considerable de la ley del mineral. En la galería 536 (igual profundidad en metros debajo del socavón San León) y que entendemos que es la máxima de dicha mina, la veta continúa en condiciones de riqueza comparable a las de los niveles superiores, tan justamente célebres.

Las dificultades con que tropieza su trabajo son graves, de causas naturales. Afluencia considerable de agua y de gases irrespirables en su laboreo, pero obstáculos que son dominables por la maquinaria moderna, por el capital y por el trabajo. Esta acción concluirá por haver volver la producción a su categoría anterior preponderante. Con dificultades más grandes de afluencia de aguas termales se ha luchado y vencido en el Komstock, Estados Unidos.

Pero, es sin duda, el más rico mineral de plata el de Colquechaca, que está en injustificada inacción.

No parece el más antiguo, porque antes que él se trabajaba Oruro desde la época incásica, antes de la conquista española.

Sin embargo, la existencia de la plata en Colquechaca, era conocida por los indígenas, puesto que dicha palabra se compone de dos vocablos quichuas: "call" plata, y "chaca", puente.

La primera empresa seria de los españoles para explotar este mineral, fué la formación del socavón San Bartolomé, en las postrimerías del siglo XVII.

Es de época muy posterior, dos siglos después, de 1850 a 1860, el famoso socavón "Amigos", de nivel superior.

En ambos socavones se han cortado las mismas y diversas vetas, y entre ellas la famosa "Embudo".

Se calcula que la producción de plata de uno y otro socavón, en el último tercio del pasado siglo XIX, ascendió a seis millones de libras esterlinas. Pero el carácter significativo de este dato, no es sin duda su magnitud, sino el de que mediante a la alta ley de los minerales explotados, casi el 50 por ciento de ese valor, fué distribuido como dividendo a los respectivos accionistas.

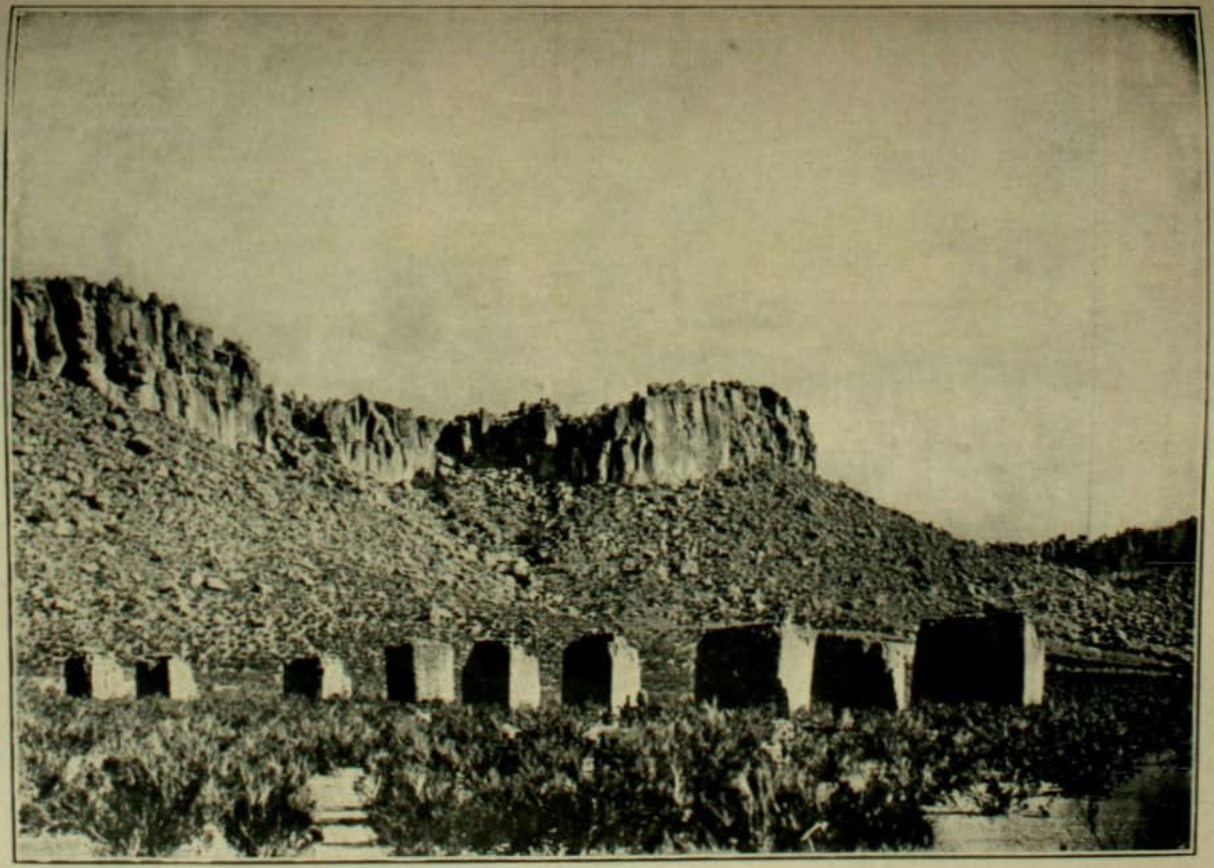
Algún aumento de afluencia de agua a la mina produjo su inundación, situación de paralización en que se encuentra desde 1899.

Es de advertir que ni la profundidad adquirida, ni la cantidad de agua señalan cifras de consideración.

La profundidad del laboreo debajo del socavón San Bartolomé, sólo es de 200 metros, y, según informes de todo género, la afluencia de agua apenas llega a 1.000 toneladas en las 24 horas.

Según esos informes, continuada en profundidad los indicios seguros que autorizaban la creencia de que siguiéndola, luego vendrían los valiosos bolsones de rosicler, que poco antes había constituído su excepcional riqueza.

Además de esta atrayente espectativa cuenta Colquechaca con dos circunstancias que lo favorecen y justificarían desde luego la inversión de algún capital: la existencia a la vista de materiales argentíferos y relaves de antiguos ingenios, y la



Valle del Maury, tumba de gentiles

proximidad al río Tacarini, cuyas aguas podrían aprovecharse para la producción de energía eléctrica para la explotación de la mina y dar movimiento a un futuro establecimiento de beneficio.

Entre todos los interesantes problemas mineros que se encuentran a cada paso en Bolivia, sin duda ninguno es de carácter tan atrayente y más fundado que el de Colquechaca.

Además de los centros mineros indicados, se encuentran innumerables, distribuídos en todo el territorio de Bolivia, y podría decirse que no ha quedado en él una pulgada de suelo que no haya sido examinado o trabajado por el minero del coloniaje.

En verdad, podría afirmarse que después de esa época no se ha descubierto veta o depósito metalífero alguno, pues, aún los de estaño fueron en su afloramiento trabajados por plata.

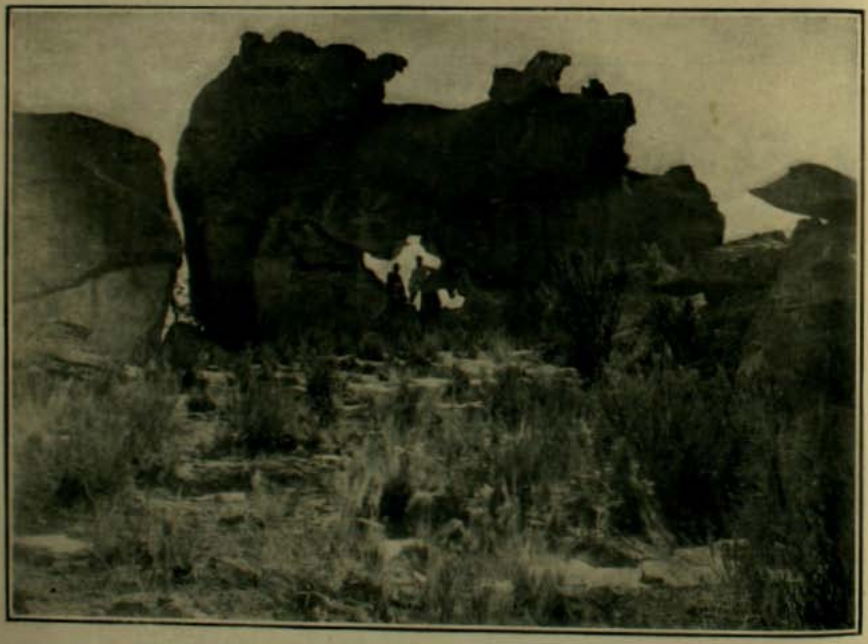
En la época contemporánea, favorecidos los enérgicos mineros bolivianos Arce, Pacheco, Aillón, etc., con la resurrección de las antiguas opulencias de Potosí, en Huanchaca, Colquechaca, Portugal, etc., llevaron su acción a toda la República.

Treinta a treinta y cinco años atrás se desarrolló en Bolivia un movimiento minero considerable en diversos puntos del territorio, principiando por el norte, en Carangas, Turquiri, Garci-Mendoza; varios en Colquechaca, Andacaba, Lipez, Esmoraca, etc., del extremo sur.

Sería posible detallar que la pérdida de capitales bolivianos que acarreó ese movimiento fué de treinta millones de bolivianos, o sea, más de tres millones de libras esterlinas, según el cambio de esa época.

El criterio pesimista y restringido de los banqueros ha podido, después de esos fracasos, concluír que la riqueza argentífera en Bolivia desapareció, olvidando que se reproducía en este país lo que acababa de acontecer en Méjico.

Como hemos recordado, en Méjico, ingleses y franceses fracasaron en sus intentos mineros por haber pretendido desarrollarlos antes de que pudiera favorecerlos la acción de los ferrocarriles, condición que



Pampa del Maury



Valle del Maury

aguardaron los americanos que se realizara para proceder, siendo sus empresas coronadas por el éxito colosal que de todos es bien conocido.

En analogía de circunstancias en Bolivia, fracasaron sus propios hijos, en el primer intento de trabajo, y permanecen siempre atrayentes los problemas que deben contribuir a resolver individuos de otras nacionalidades.

ESTAÑO

La existencia del estaño en Bolivia, constituye el principal privilegio de la riqueza de su suelo. Los yacimientos de estaño nacen y mueren en su territorio. No se encuentra absolutamente ni en Chile, ni en el Perú, y apenas se conocen algunos indicios en los Andes, en el lado argentino.

Los depósitos de estaño se encuentran como los del oro, en la región oriental de la altiplanicie; la occidental, hacia el Pacífico, carece de estaño.

Los principales yacimientos de estaño en actual explotación, principiando por el norte, son los siguientes: Araca, en el departamento de La Paz—en que se aprovechan minerales de 7 a 10 por ciento.—Está el mineral a la vista, hay márgen para una explotación mucho más considerable que la que se practica actualmente y por consiguiente es posible aumentar su utilidad. El yacimiento se encuentra en las condiciones geológicas típicas con que se acompañan semejantes depósitos en otras partes. Rocas sedentarias antiguas, cuarzita, pizarras, en la vecindad de granito. En análogas condiciones siguen al sur Monte Blanco, etc.

En la medianía de la distancia entre norte y sur del territorio, se encuentra Uncía, en que sobresalen los depósitos propiedades del minero boliviano Patiño y los de la empresa chilena de Llallagua.

Es notable la riqueza de este distrito por la alta ley de concentración de estaño de sus vetas, que permite una explotación abundante y rápida sin necesitar, relativamente, mucho empleo de maquinaria.

De ordinario se presentan en dichos yacimientos "bolsones" de óxido de estaño

casi puro, que rebajan a costo considerablemente reducido el resultado de la explotación. Se puede así apreciar en 20 por ciento la ley de la riqueza del señor Patiño.

En esta misma región de medianía entre el norte y el sur, se encuentran los conocidos centros mineros de producción de estaño: "Huanuni" y "Oruro" y en la cercanía de ellos muchísimos otros.

La región termina hacia el sur, con los espléndidos yacimientos de Chocaya (Compañía Oploca) y del Chorolque y Tazna, de la firma de Aramayo y Francke.

Además de los depósitos culminantes ya citados, se encuentran distribuidos en la misma zona de norte a sur, muchos otros, también valiosos en vetas y placeres.

Según la estadística de Bolivia, la producción de 1912, ascendió a 38.378 toneladas de barrilla—o sea aproximadamente—a 22,300 toneladas de estaño fino.

Según los precios a que alcanzó el metal en aquel año, esa producción fué apreciada en cuatro millones ochocientas mil libras esterlinas. Se podría todavía concluir que cerca del 40 por ciento de ese valor ha quedado como utilidades, entre los diversos productores, proporción de utilidad que corresponde a los negocios mineros más prósperos del mundo, como son los del Transvaal.

COBRE

Este metal se encuentra en Bolivia, en tres géneros de yacimientos distintos: en yacimientos de cobre metálico o nativo; en minerales oxidados o sufurados; y en otros en que el cobre está asociado a la plata.

Sólo los del primer grupo han sido y son objetos de la explotación en Bolivia. Está a la cabeza de ellos el famoso mineral de Corocoro, no sólo notable por la excelencia del producto, sino también por la abundancia de las capas sedimentarias que lo contienen y simplicidad del tratamiento para aislarlo de los criaderos que lo acompañan.

Por estas condiciones que constituyen una riqueza natural extraordinaria, se comprende que la explotación de Corocoro haya podido sostenerse de una manera continua a pesar de las agudas crisis que ha sufrido el mercado de ese metal y a pesar de estar situado ese centro minero a más de cuatrocientos kilómetros de la costa.

Las capas son de fácil arranque y por consiguiente de costo tan reducido la explotación como una formación carbonífera, y bastan las operaciones elementales de molienda, no muy fina, y de lavado para llegar a un producto de 80 por ciento de cobre.

Aplicando la industria a la explotación de yacimientos de algún mineral que lo contenga en proporción conveniente, es siempre posible llegar a aislarlo; pero, sólo en algunos casos excepcionales con operaciones elementales, sin empleo de grandes capitales, aprovechándose riquezas naturales como las de Bolivia, en contraposición a nuestros yacimientos, que son de una categoría inferior.

A este respecto, nunca hemos puesto en duda la riqueza de nuestro suelo, sólo si hemos creído y seguimos creyendo que no se encuentra en condiciones de riqueza natural extraordinaria, como la de otros países, sino modesta, y exige el empleo de voluntad y capitales extraordinarios.

La formación de Corocoro, sigue manifestándose al sur en Turco, Carangas. En el departamento de Potosí, conocemos el yacimiento de Cobrizos, de la misma naturaleza geológica—capas areniscas y greda.—Termina finalmente esa formación ya en territorio chileno, en "San Bartolo", cerca de San Pedro de Atacama.

Conocemos minerales de cobre y plata en varios puntos del territorio y especialmente en el departamento de La Paz, en Laurani y en Berenguela, y en el de Potosí, en San Vicente de Lipez.

En esos distritos se puede contar con minerales de 6 a 10 por ciento de cobre y de 2 a 4 kilógramos de plata por tonelada.

San Vicente de Lipez, es de naturaleza geológica distinta. Conglomerados modernos de fragmentos redondeados, solevantados y comprimidos por la traquita.

Se tiene en Bolivia, algunos testimonios de existencia de yacimientos de minerales de cobre propiamente tales, como los que tenemos en Chile, pero hasta ahora no han sido objeto de atención alguna y por consiguiente, menos de explotación.

Aunque se hubiera llegado a comprobar la existencia de minerales de ley muy alta,

digamos de 25 a 30 por ciento, no habría habido interés en explotarlos. A su tiempo, traatando de las condiciones económicas del país, volveremos sobre esto.

OTROS DETALLES

Bismuto.—En valor la producción de este metal en Bolivia, viene en cuarto lugar, después de las del estaño, plata y cobre.

El empleo del bismuto es muy reducido. En la construcción de algunos órganos de máquinas y tiene algunos usos seguros pero muy restringidos en la farmacia.

La existencia de minerales propios de bismuto, constituye otro privilegio del territorio de Bolivia en las Américas, con excepción de alguna pequeña producción en Méjico. En Estados Unidos se efectúa alguna mayor, procedente de sub-productos



Tacna

La producción de mineral concentrado de bismuto, en barrilla, ascendió en 1912, a 381 toneladas con un valor de (£ 165,000) ciento sesenta y cinco mil libras más o menos.

A consecuencia de su escaséz en la naturaleza ha sido posible y fácil la formación y sostenimiento de un sindicato que maneja su venta y que podría decirse que fija su precio.

Hoy vale más o menos la tonelada de bismuto, £ 800, es decir, uno de los metales que más alto precio tiene en la industria; su valor alcanza a un quinto del precio de la plata.

metalúrgicos, provenientes del tratamiento de una considerable cantidad de minerales.

En Chile y el Perú se encuentra también bismuto, sin ser objeto de producción, y como acompañante secundario de minerales de cobre, plata o plomo.

Bolivia, es hoy, sin duda, el mayor productor de bismuto en el mundo. Después viene el sur de Australia y algunos países europeos.

Wolfram.—Recibe este nombre en mineralogía, el mineral que contiene el tungsteno, metal que tiene algún empleo en la



Río Vilcapaico

un acero de condiciones especiales. El wolfram es un tungstenato de fierro y cal.

Se exporta como mineral concentrado de 50 a 60 por ciento de ácido tunstico, contenido y proporción que sirven de base para su precio.

El mineral concentrado vale hoy de £ 50 a £ 60 la tonelada.

El wolfram es muy común en Bolivia. Se le encuentra generalmente próximo a los yacimientos de estaño o bien asociado a este metal.

*

Zinc.—Es de alguna importancia la producción de este metal que se practica en Bolivia al estado de sulfuro, blenda que también contiene la ley de plata, procedente casi exclusivamente de Huanchaca. La producción de este metal en ese distrito ascendió en el año pasado a 9.000 toneladas.

En Sud-América no hay otro pais que produzca y expor taminerales de zinc.

RESUMEN

Según publicaciones oficiales, la exportación de la minería boliviana, alcanzó en 1912, a setenta millones de bolivianos, o sea aproximadamente, **"cinco millones y medio de libras esterlinas"**. Como la mayor parte de esevalor corresponde al estaño, se puede decir que se acerca a **40 por ciento la utilidad que esa producción ha importado a los respectivos empresarios.**

Mientras tanto, el valor de la producción propiamente minera, sin contar el del salitre y el borax, ascendió en Chile, en el mismo año, **"a dos millones cuatrocientas mil libras esterlinas"**.

Como la casi totalidad de esta cifra consistió en la explotación de cobre, en barra, eje y minerales y el precio medio de él fué de £ 70—precio que ha dejado márgen a alguna utilidad de consideración, conforme a cálculos anteriores—se podria estimar que del valor total de la exportación de dos millones cuatrocientas mil libras esterlinas, ha debido producir una utilidad de un 20 por ciento o sea cerca de **quinientas mil libras esterlinas.**

La comparación de estos márgenes de utilidad entre la minería boliviana y la nuestra, representada por un lado por la cifra de dos millones y por el otro, por medio cillón, señala también el carácter distintivo entre una y otra.

La primera, espléndida, excepcional como riqueza natural, por la abundancia de sus yacimientos metaliferos y alto precio de algunos de los metales que contiene, y la nuestra, más modesta, pero de un porvenir mayor acaso como riqueza industrial, permanente, debido principalmente a su proximidad al mar.

Entre ambas, la atención y el interés de nuestros propios mineros y capitalistas, se inclinan más a la primera, que hiere más vivamente a la imaginación y atrae más al espíritu que persigue fácil lucro, con la seducción del ideal de formar rápidamente una fortuna.

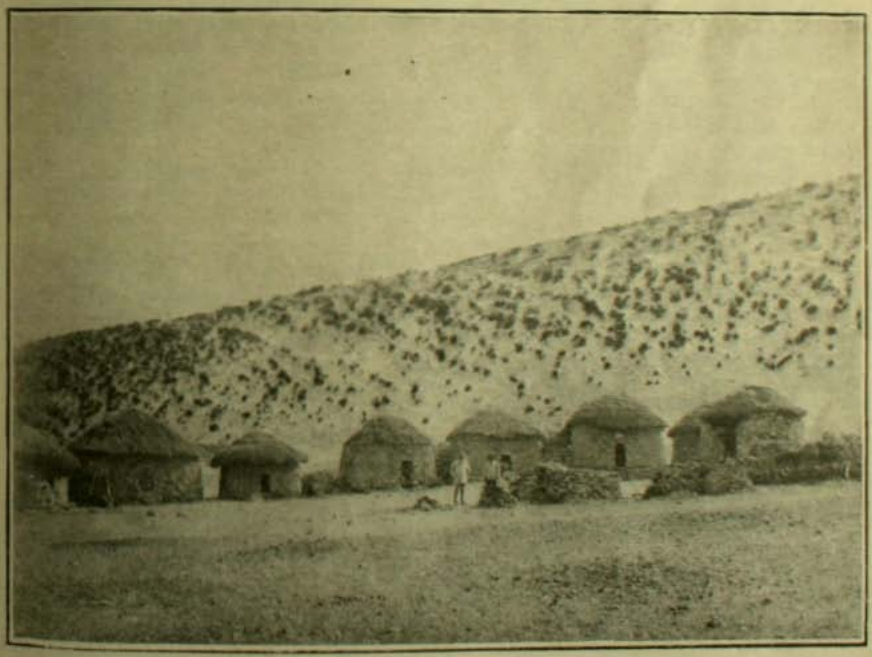
CONDICIONES ECONOMICAS DE LA INDUSTRIA MINERA EN BOLIVIA

Sin duda que después de considerar la riqueza natural minera de un país, las condiciones que mayor influencia tienen en el éxito de explotación son su clima y sus vías de comunicación.

Hay climas que la raza blanca, dominadora del mundo y de sus negocios, rechaza o que no va a ellos sino con compensaciones extraordinarias, como los tropicales o próximo al Polo. El de la altiplanicie boliviana no participa de esos inconvenientes de calor o frío excesivos. El extranjero sólo está afectado el primer tiempo de su residencia en el alti-plano, por la rarefacción del aire, propia de la altura que, en su término medio, alcanza a 3.600 metros sobre el nivel del mar. Con quietud y reposo esa alteración no tarda en desaparecer después de transcurridos pocos días.

El clima de la alti-planicie, es de un invierno continuado de las zonas templadas, con algún fuerte frío en las madrugadas, de los meses que corresponden a nuestro invierno, fácilmente soportable con abrigo. Luego viene poco después el sol espléndido a hacer olvidar los quebrantos, levantando física y moralmente el ánimo.

Los nacidos en los países fríos del norte de Europa, no tienen nada que extrañar en Bolivia y fácilmente se habitúan al clima del alti-plano. Los escoceses viven en él con agrado, recordando las tierras altas de su país.



Pueblo del Suri



Pueblo del Caquena

Por otra parte, las fuentes y corrientes de aguas, alimentadas por el período de lluvias, que corresponde al verano, hacen que se posea en abundancia y a la mano en todas partes el principal elemento de la vida animal e industrial.

Muy opuesta sería la vida actual de la industria del estaño en Bolivia, hoy tan próspera, si no se poseyese el agua a la mano, como sucede en otros lugares mineros de Australia Occidental y en nuestro desierto, en que la carencia de ese elemento es de fatales consecuencias.

Pero la circunstancia que verdaderamente maltrata la industria minera de Bolivia e impide su desarrollo, es el alto flete que tienen que pagar sus productos y los materiales que contribuyen a hacerlos tales.

Hoy que con el progreso moderno, el factor distancia carece de gravedad relativamente, a la que tenía en épocas anteriores, sigue ese factor pesando como una lápida sobre la producción del país.

Por ejemplo, el flete de una tonelada de carga de Oruro a Antofagasta, importa más o menos, £ 5 en 900 kms., o sea $ 120.00 de nuestra moneda. Aplicando a esa distancia la tarifa que correspondería en nuestros Ferrocarriles del Estado, de $ 0.03 por tonelada-kilómetro, tendríamos un flete de poco más de un libra esterlina, en lugar de cinco que actualmente ahí se paga.

El ferrocarril, de Antofagasta a Bolivia, ha vivido y hasta ha abusado de su indiscutible mérito de haber sido el primero de haber penetrado en ese territorio; ya es tiempo de que se haga presente este abuso.

Con semejantes tarifas se comprende la utilidad enorme que ese ferrocarril produjo en el año 1912:

Entradas totales.	£	1 751 099.—
Gastos		977 610.—
Utilidad.	£	744 089.—

Utilidad que corresponde al 45 por ciento de las entradas totales.

Desgraciadamente, ha faltado en el Gobierno de Bolivia, la concepción y la práctica del axioma que para fomentar la riqueza pública de un Estado, debe atenderse sobre toda otra consideración a la administración—con la acción de funcionarios selectos para la conservación del orden y ejercicio de la justicia—y procurar hacer módicos los medios de transporte.

Conjuntamente con la elevación de los fletes en Bolivia, daña a la minería la alta

tarifa aduanera, establecida ahí como en todas partes, tanto para proporcionar rentas fiscales, como para protejer a ciertas industrias.

Consecuencia de esta circunstancia es que el costo de la vida para un individuo civilizado sea muy elevado, propiamente el doble de lo que es en Chile, por ejemplo.

En Oruro la mayor parte de los artículos alimenticios se adquieren con el mismo número en monedas bolivianas—de 18 peniques—que en Chile en pesos—de 9½ peniques—y por consiguiente, por un precio doble al valor que tienen aquí.

En esta materia se observan algunos colmos: la botella de cerveza boliviana vale al por menor 80 centavos, un tarro de fruta conservada, bolivianos 1.50, etc., es decir, más del doble de lo que importa en Chile, en el norte de nuestro territorio.

Semejante situación detendrá la inmigración de obreros, que tan solicitados son ya por el desarrollo de la minería.

La sobriedad natural y cultivada del indígena boliviano, hace que se satisfaga con la alimentación reducida en cantidad y número; con productos de la escasa agricultura de la altiplanicie, papas, quinua, cebada, y algún maíz de los primeros valles del oriente.

Pero tal situación no sería aceptable para el obrero americano o europeo. El mayor esfuerzo físico que éste desarrolla le exige o le justifica una alimentación superabundante.

Un minero americano consume al día por lo menor **dos kilógramos y medio** de alimentos de composición variada: carne, pescado, frutas, mantequilla, consume éste sólo de millonarios en Bolivia. Es con esta super-alimentación que se forman las razas hermosas y vigorosas como los americanos.

Así por ejemplo, entre nosotros el remedio más eficaz para combatir la tuberculósis, sería la super-alimentación, para lo que a su vez es necesario principiar por reducir el precio de ésta.

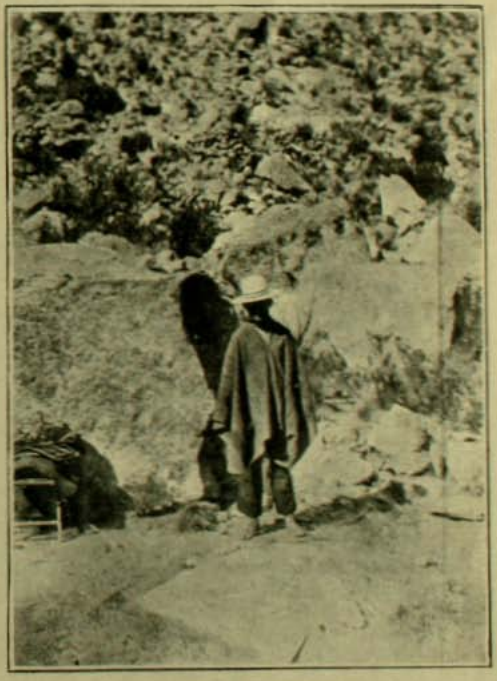
En esta materia, como en todas las que se refieren al gobierno de la sociedad, domina en el mundo la concepción y la práctica de alta equidad de los estadistas ingleses, que fuera del proteccionimo, para la alimentación, por lo menos, permite hoy adquirir en Liverpool un kilo de carne congelada de buy importada de la Argentina, a francos 0.75, mientras que en Francia, por efecto del proteccionismo agrario, ese mismo peso vale, francos 1.79.

Por esta práctica y la facilidad moderna de las comunicaciones y transportes, es posible adquirir en Londres un plátano casi al mismo precio del que tienen en los países que lo producen, a un penique.

Ha de tardar algún tiempo antes que los demás estadistas de otras naciones practiquen su principal deber, que es el de abaratar la alimentación de los pueblos que dirigen.

❦

Hasta hace poco, el problema de producir fuerza motriz para la industria minera en aquellos lugares que se presentaba en Bolivia con caracteres de excesiva gravedad. Las minas que no disponían de fuer-



Indio del Caquena

za hidráulica no podían tener gran desarrollo.

Con la carencia absoluta de carbón en el país y con el elevado precio que resulta en él, por el costo de su flete hasta los sitios de su empleo, habría ya llegado el caso de que la industria se hubiera encontrado seriamente perturbada y en verdadera crisis.

Los mejores motores a vapor de combustión con carbón, no lograban producir un caballo de vapor-hora sin consumo de 2 kilos de carbón.

Con los de combustión interna a gas se ha logrado reducir ese consumo de antracita a un 20 por ciento—400 gramos—y hoy con los de petróleo se está en vías de reducir ese consumo a 100 gramos.

De esta manera se ha disipado la grave crisis que se venía encima.

❦

Es sin duda uno de los pricipales factores con que cuenta la industria minera de Bolivia el de su excelente mano de obra indígena.

Decimos esto aún, con conocimiento que no es tal el juicio de la generalidad.

Algunos espíritus superficiales, observando cómo el indio, apático por temperamento, y además tímido, se substrae a la civilización, deducen de ese hecho la consecuencia absoluta de que la naturaleza del indio es incapaz de apreciar la civilización y de aprovecharla.

Pero esos espíritus se olvidan que la civilización que rodea al indio no es ni de respeto ni de benevolencia para él, sino que lo oprime y lo avasalla. Se retira de ella ya que no puede combatirla.

Sin duda la condición más estimable en el temperamento indio es su laboriosidad, distinguiéndose de la generalidad de las razas no civilizadas en que esa condición es propia exclusivamente de la mujer.

Sigue en esta inclinación la frialdad de su clima y la pobreza de su suelo que no le da productos espontáneamente, sino trabajándolo.

Esta inferioridad del suelo como producción espontánea en los países fríos relativamente a la de la zona tórrida, se pone de manifiesto con una observación de Humboldt: una hectárea de terreno en esta última zona, dedicada, por ejemplo, a la producción de bananas o plátanos, puede alimentar cien individuos al año, mientras tanto que la misma superficie destinada al cultivo de trigo en un país frío, no bastaría para un número que no alcanzaría a una decena.

Así se tiene por un lado al negro indolente y perezoso y por otro al habitante de la altiplanicie, activo y laborioso.

Aunque el indio presenta apariencias de meditar frecuentemente, no parece también que esa meditación fuese ni muy profunda ni muy variada.

Acaso esta misma limitación de la imaginación del indio, sea la causa de su habilidad manual y de su constancia para emplearla.

En la apariencia, el indio es cristiano desde la conquista española, ferviente católico, pero no creemos que en el fondo se haya apoderado del delicado sentimiento cristiano; en su mente, sin duda, domina una curiosa amalgama de supersticiones, desde el noble culto al sol de sus antepasados, hasta la grotesca que les aterroriza todavía del apóstol Santiago en su caballo blanco, destruyendo a los mismos a quienes favoreció el sol.

Según telegrama de "El Mercurio de La Paz" del 15 del pte., la modificación psíquica-social del indio, va a constituír uno de los puntos de acción del nuevo Presidente, señor Montes. Tal iniciativa es acreedora al aplauso entusiasta de todos los hombres de progreso.

❦

Al terminar estas reminiscencias hechas con conocimiento personal de la minería boliviana, queremos dejar grato testimonio del respeto y consideración que nos merece el chileno, que en la época contemporánea ha tenido mayor acción en el desarrollo de esa industria en Chile y Bolivia, a don Gregorio Donoso Vergara.

A su esclarecido talento le ha acompañado una voluntad poderosa y constante. Que ésta tenga imitadores en bien de esta industria en uno y otro país.

Santiago, 26 de Agosto de 1913.

CARLOS G. AVALOS.

SI EL MUNDO GIRARA AL REVES

O lo que nos cuesta el salitre

Por

ALBERTO EDWARDS

Muy pocos chilenos, al reconocer las espléndidas costas del Brasil, entre el sur del Estado de Bahía y las fronteras del Uruguay, se habrán imaginado que se encuentran en las mismas latitudes de nuestro Chile septentrional, entre los ríos Sama y Cachapoal. Uno y otro país, situados como están en la misma zona, ofrecen contrastes tan marcados, que parecerían pertenecer a los planetas diferentes.

Río de Janeiro, por ejemplo, se encuentra frente por frente de Mejillones, pero mientras allá la tierra entera, desde las cimas de las montañas, hasta el nivel del mar, se encuentra cubierta de exuberante verdura, aquí la vista no contempla sino un desierto árido y desolado, incapaz de producir siquiera una brizna de hierba.

Aún mucho más al sur, donde aquí en Chile, durante unos pocos meses, humedecen la tierra los aguaceros, se nota un marcado contraste, entre las campiñas siempre verdes y las selvas semi-tropicales de Río Grande del Sur, y los páramos amarillentos, que se extienden en el centro de Chile, doquiera no alcanzan las aguas de regadío.

Sin embargo, estos rulos no son ingratos. Les basta un poco de agua para producir abundantes cosechas. Hasta en el rincón del desierto, los fértiles pero angostos valles irrigados de Tacna y Tarapacá, demuestran que si en esas provincias no existe, puede decirse, el mundo vegetal, es pura y simplemente por falta de humedad. Las lluvias son allí nulas, en tanto que en el Brasil, a igual latitud, el agua caída anualmente no es nunca inferior a la que cae en las costas de nuestra Araucanía.

Pero no solamente padecemos en Chile de falta de lluvias en el norte, sino que en el sur las tenemos de sobra. Mientras más cálido es un clima, necesita más agua, y en general en casi todo el mundo, los países tropicales son más húmedos que los templados. En Chile sucede al revés, y mientras nuestras tibias costas septentrionales, carecen de lluvias en absoluto, el sur es tan húmedo que la agricultura es casi imposible en los archipiélagos de Chiloé y en el occidente de la Patagonia. Así, sólo gozamos aquí de un mediano equilibrio de humedad y calor en una pequeñísima zona de nuestro territorio, cuyo centro es la feraz y romántica Araucanía.

La temperatura ofrece también en este país, anomalías desfavorables a la vida vegetal. El calor, ese elemento primordial para la vida de las plantas, es menor en Chile a igual latitud que en la Argentina o en el Brasil, y esta diferencia es sensible, sobre todo en las cercanías de la costa. La temperatura media de Iquique es de 18°, y la de Espíritu Santo, en el Brasil, a igual latitud, es de 24°, o sea 6 más. Parecido contraste se observa más al sur: en La Serena la media anual es de menos de 15°, mientras que en Porto Alegre, a la misma distancia del Ecuador, la temperatura sube de 19°.

La diferencia es menor, o desaparece casi, hacia el sur, pero allí se observa otro fenómeno termométrico, también, anormal y desfavorable para la agricultura, y es la excesiva suavidad del clima, que es demasiado parejo e igual, en todas las estaciones del año. Ahora bien, la mayoría de los vegetales útiles de la zona templada, tanto los árboles de hoja caduca, como los cereales y las yerbas, necesitan, sobre todo, de una temperatura elevada en el verano, siéndoles indiferentes, los fríos de invierno.

En el sur de Chile, tanto en Patagonia como en la Tierra del Fuego, los calores de verano, no bastan para que maduren los vegetales alimenticios, que constituyen la principal riqueza de las zonas templadas de igual latitud y temperatura media. De nada sirve que el invierno sea relativamente benigno, si en la estación del crecimiento y la madurez falta el calor.

Es, pues, un hecho, que nuestros estadistas no deberían jamás echar en el olvido, el que Chile no es un país bien dotado para la agricultura, sino en una estrecha zona de su vasto territorio, esto es, en los campos vegetales del norte y del centro, y en la Araucanía.

¿Cuáles son las causas de tan extrañas como anormales anomalías?

Los físicos han dado hace tiempo la respuesta.

Por lo que hace a la sequedad del clima en la zona norte y centro, la explicación del fenómeno es muy clara. Las regiones vecinas a los trópicos, en ambos hemisferios, reciben sus lluvias, de los vientos *alisios*, los cuales soplan allí constantemente de Este a Oeste. Pero estos vientos cargados de humedad, la precipitan casi toda en los vastos territorios del Brasil y la Argentina, y llegan casi secos a los Andes, donde la gigantesca cordillera los pone un último e infranqueable baluarte. En la región tropical, esos vientos son bastante húmedos para cubrir de una espléndida vegetación hasta las faldas mismas de la cordillera, desde el Tucuman, en la latitud de Copiapó, para el norte: más al sur, las pampas bastan para agotar las lluvias venidas del oriente, y las faldas de la cordillera son ya tanto o más secas, en Argentina como en Chile.

En la zona templada, al sur de Valdivia, el fenómeno del caso de humedad, se explica por una razón análoga. Allí las lluvias no dependen exclusivamente de ciertos vientos y todos los que soplan del mar contienen humedad, pero los del Oeste, dominantes en esa región, azotan sobre todo las costas del Pacífico, o sea los archipiélagos del sur de Chile. Por tanto, mientras las faldas orientales de los Andes constituyen a esa latitud una zona de lluvias moderadas, singularmente apta para la agricultura, en tanto que la vertiente chilena, anegada bajo una precipitación excesiva, apenas puede utilizarse si no es en la industria forestal.

En cuanto a los fenómenos termométricos de que hemos hablado, ¿por qué Chile es más frío que la Argentina o el Brasil, a igual distancia del Ecuador? ¿Por qué en el sur los veranos son tan excesivamente frescos?

La causa de ello reside en la gran corriente polar que baña las costas occidentales de América, hasta las cercanías de la línea ecuatorial. Esta corriente fué observada por primera vez, por el gran Humboldt, en el puerto del Callao. No fué pequeña la sorpresa del eminente sabio, al notar que el mar, en aquellas latitudes tropicales, a 12 grados del Ecuador, era tanto o más frío que en Europa.

Es muy fácil comprender que la acción refrigeradora de ese mar tan helado, sea sobre todo sensible en el verano, lo que explica la suavidad del clima en el Perú, y los estíos sin calor del sur de Chile.

Pero estas que hemos llamado anomalías de nuestro clima, obedecen a una causa más general. *Todos* los países situados en la misma latitud que Chile, *sobre las costas occidentales* de los continentes, presentan fenómenos análogos, aunque no tan marcados, por no existir en ellos una barrera para los vientos húmedos tan poderosa como la Cordillera de los Andes. Así sucede en el Oeste de Australia y en el Oeste de Africa, en el hemisferio sur, lo mismo que en la baja California, en Marruecos y en el Sahara, en el hemisferio norte.

Ahora bien: se sabe positivamente que si los vientos alisios, que humedecen las zonas tropicales y subtropicales, corren de este a oeste, es en virtud del movimiento de rotación de la tierra, cuya dirección es la opuesta. De igual manera en todos los mares del globo, las corrientes, por idéntica causa, caminan de este a oeste en la zona equinoccial, hacia el polo en las costas orientales, y hacia el ecuador en las occidentales, de manera que son cálidas (puesto que vienen de los trópicos), en el primer caso, y frías en el segundo, esto es, cuando vienen del polo.

Nuestra desgracia consiste, por tanto, en que el mundo no gire al revés, como dicen sucede con el planeta Urano. Entonces saldría el sol en Chile por el mar y se pondría al lado de la Cordillera... Tal sería

la única diferencia astronómica apreciable que percibiríamos, pero apenas es posible calcular los resultados económicos y hasta políticos y sociales de ese detalle, al parecer insignificante.

Chile se extendería entonces, no sólo teórica, sino prácticamente, desde el rincón de la zona tórrida, hasta el último confín de la zona templada, y encerraría, dentro de 750,000 kilómetros de superficie, todos los climas y producciones de la tierra y su territorio entero, salvo las altas cumbres de los Andes, podría ser cultivado, sin necesidad de riego, puesto que las lluvias estarían bien repartidas en todo el año, y en relación conveniente con la temperatura.

Es interesante e instructivo, echar con la imaginación una ojeada, a lo que habría sido este país, supuesta la rotación de la tierra en el sentido indicado.

Las provincias del norte, entre Tacna y Santiago, se contarían entre los países más favorecidos de la zona tropical y subtropical. El desnivel del suelo, considerable como es en esa región, templaría el excesivo calor, salvo en las vecindades inmediatas de la costa, y facilitando el deslizamiento rápido de las aguas, nos evitaría en gran parte las enfermedades propias de la zona tórrida. Ese territorio, cuya superficie, hasta Aconcagua inclusive, es de más de trescientos mil kilómetros cuadrados, y que hoy se encuentra casi deshabitado, podría contener cómodamente, sin necesidad de acudir a la industria intensiva, entre 20 y 30 millones de habitantes. Basta recordar que el Brasil, en una superficie no mayor, colocada en parecidas condiciones, contiene hoy ya más de 10 millones de almas, esto es, casi la mitad de su población total.

En cuanto a producciones, el cacao se cosecharía hasta Iquique o Antofagasta, el café hasta Coquimbo y Ovalle, y la caña de azúcar hasta las vecindades de Valparaíso. El algodón, el maíz, el tabaco, feculentos, la vid, el olivo, se estacionarían en ese privilegiado territorio, según las zonas de altura. En lugar de áridos desiertos, el monte de Chile estaría cubierto de eterna verdura, las faldas de los cerros se vestirían de selvas riquísimas, las colinas de suculentas praderas, capaces de alimentar 2 y hasta 3 cabezas de ganado por hectárea...

Análoga y feliz transformación podemos imaginar en el extremo sur, hoy húmedo, lluvioso y despoblado... y que habría gozado en tal hipótesis, de un temperamento análogo al de los países más ricos y feraces, de Italia, Francia e Inglaterra!!!

¡Con qué tranquilidad miraríamos el porvenir en tales condiciones físicas! El mundo entero con todas sus riquezas, concentrado en una pequeña faja de territorio!... Podríamos haber vivido sin necesidad de nada ni de nadie fuera de nuestras fronteras.

¿Cuál habría sido el precio de tales ventajas? Sin duda, la pérdida del salitre, la substancia origen único de nuestra prosperidad actual, como de temores para el futuro y de nuestra orgía fiscal... Bajo aquel clima húmedo, en aquel suelo feraz, el salitre no se encontraría... Hé allí la pérdida...

Tratemos de compararla con la utilidad... Aunque estemos en el puro dominio de la imaginación, este cálculo es útil... El nos enseñará hasta qué punto tenemos derecho para llamar rico nuestro territorio, sólo porque él contiene salitre...

Sobre la base de una explotación eterna, nótese bien, eterna, algo superior a la actual, digamos de ochenta millones de quintales, el salitre produciría anualmente, contando la utilidad fiscal y la de los particulares, unos trescientos millones de pesos. Se calcula, por otra parte, la utilidad neta de una hectárea de tierra agrícola, en un término medio de cien pesos, siendo indudable que las muy buenas, como serían muchas de las del norte de Chile, podrían dar dos, tres y hasta cuatro veces más. Nos ponemos, pues, en un término medio razonable. Así, treinta mil kilómetros de territorio agrícola, serían tan productivos como toda la pampa salitrera, en el peor de los casos, y aún suponiendo inagotables nuestros depósitos. Ahora bien, sólo la provincia de Tarapacá, sin contar la cordillera inexplotable, contendría esos treinta mil kilómetros de territorio agrícola. Sólo, pues, en las provincias del norte, tendríamos en compensación de la pérdida del salitre, una riqueza sólida y estable, equivalente por lo menos diez veces tanto lo perdido!!!! Para nada contamos las inmensas riquezas agrícolas que encerrarían el centro y el sur de Chile, si la tierra girase al revés...

Pero no es prudente juzgar de ligero la

obra de la Providencia... Ella pudo colmarnos de los más preciados dones, sólo con hacer salir el sol por sobre las aguas del Pacífico, pero habría sido condenando a la esterilidad y al desierto, las inmensas y fértiles llanuras del Brasil y de la Argentina, veinte veces más extensas que todo nuestro angosto y montañoso territorio... La América del Sur, contenta de la verdura y de la vida, sería, salvo su ribera occidental, una reproducción del Africa... tenebrosa y desierta.

Es a veces útil dejar a la imaginación libre su curso... Hasta de nuestros sueños, pueden deducirse fecundas enseñanzas... Esta comparación entre lo que es Chile y lo que podo ser, mediante sólo el cambio de un pequeño detalle cósmico debe ilustrarnos sobre nuestra riqueza real, sobre lo limitado de nuestros recursos... y no diremos que en política como en la vida privada, la gran ciencia consiste en vivir de acuerdo con nuestra verdadera situación.

ALBERTO EDWARDS.

LOS ECLIPSES EN ORIENTE

Un turista italiano refiere que hallándose en Marzo del presente año en la parte oriental del Océano Indico, al ocurrir el 22 el eclipse de luna que anunciaban los almanaques, tuvo la curiosidad de averiguar de los indígenas siameses cómo interpretaban ellos aquel fenómeno, y hé aquí su interpretación.

Creen los indígenas que Pra-lacuun (espíritu maléfico) hermano mayor de Pracian (la luna) esta siempre en guerra con esta. Hace siglos la luna dió a su hermano una monumental paliza tanto que este quedó sin su mitad inferior y aún le representan así. Por tal motivo Pra-lacuun guarda rencor y a veces trata de engullirse a la luna; esto sucede en los períodos de eclipse. La luna entonces pide socorro. Por eso en las iglesias se repican las campanas y se arma un alboroto de mil diablos tocando tambores, tropetas latas, cuanto se pilla a mano y que meta ruido con el fin de despertar a los espíritus buenos para que vayan a prestar auxilio a la luna para que no se la trague. En las casas golpean paredes, puertas y ventanas para que no quede ni un sólo espíritu que no acuda en auxilio de la luna afligida. Mientras dura el combate (eclipse) los indígenas están intranquilos y en angustiosa expectación que no cesa sino cuando la luna logra por fin hurtar el cuerpo a su enemigo y aparece risueña y radiante en toda su redondez.

Tal es la leyenda siamesa respecto a los eclipses. Cuando el turista les dijo que el sabía mucho antes, que tenía que ocurrir el eclipse y aún más les aseguró que el 9 de Abril del mismo año ocurriría uno de sol; los indígenas quedaron asombrados y le tuvieron por un semidios. Todo lo que tiene relación con los fenómenos naturales lo explican ellos con leyendas curiosísimas en que intervienen personajes con nombres muy raros mecalá (trueno) Immasun (relámpago) hamunan, palí, tosacán etc. y están tan íntimamente convencidos de sus fábulas que es imposible hacerles cambiar de opinión. Causa risa por un lado, pero lástima por otro que haya todavía seres en el globo que separados por una montaña del resto de la civilización crean que el sol gira al rededor de la tierra!...

RAM.

⚜ ⚜ ⚜

JUSTICIA AMENA

Oh, la Justicia! La Justicia allende los mares ofrece casos curiosísimos.

Juzgad si no:

El algodón, el gato, el fuego y las garras... a primera vista parece esto una fábula humorística, pero no es fábula, que es historia verídica, ocurrida ante un juzgado en una aldea próxima a Pekín.

Cuatro comerciantes habían comprado en comandita una gran partida de algodón y temiendo la obra destructora de los ratones se procuraron un gato, de que tocaba, según equitativo derecho, una pata a cada uno.

Poco después se hirió el animal y el propietario de la pata enferma se la curó vendándosela con algodón empapado en aceite. Quiso la fatalidad que al acercarse el gato al fogón se incendiase la venda; huyó el gato y en su huída prendió fuego a los fardos de algodón, que ardieron consumiéndose completamente.

Los tres propietarios, de las patas incólumes entablaron pleito querellándose contra su socio y exigiéndole daños y perjuicios.

Y hé aquí la sentencia Salomónica del original juez de aquellas tierras, encargado del juicio.

"La pata herida estaba inservible, por consiguiente, el gato para prender fuego se sirvió de sus otras tres patas sanas; por tanto estas patas son las culpables y sus propietarios deben pagar el daño."

La sentencia, no es, en realidad lógica?

Las injurias son... cumplimientos...

Pero los magistrados franceses no les van en zaga a los jueces del ex-Imperio Celeste.

Un procurador general reconocía poco há a la mujer engañada el derecho de matar a su marido; y el presidente de la Corte de Apelaciones de Rennes, Savignon Lavambier, si no es tan trágico, no es menos enérgico. Este ilustre magistrado ha deliberado en plena audiencia, que las injurias no siempre son injurias; y aún deben considerarse como cumplimientos, si la palabra empleada para injuriar tiene un significado ventajoso.

—El acusado no ha proferido una injuria, dijo el magistrado, al dar al guardia que lo arrestaba el nombre de aquel cuadrúpedo, de ojos pensativos; porque al mismo debemos el más rico de los alimentos, la leche...

Qué le ha llamado... *basura. Basura?* Pero si es el más preciado alimento de la agricultura!

Y así, sucesivamente, con un poco de buena voluntad y agudeza las peores injurias se convierten en... amabilidades; si por ejemplo en un momento de cólera llamáis a vuestro enemigo "burro" y el ofendido tiene la poca prudencia de delataros ante el juez, respondedle que nada hay más hermoso que un... asno.

Es o no es un pez

Y ya que de animales hablamos; hé aquí una cuestión sobre la cual divergen jueces y abogados, y que se ha suscitado en Norte América. Se trata de establecer si la tortuga es o no es un pez, para resolver un curioso proceso que se ventila en Nueva York.

El capitán Downs del vapor "Sorotoga" ha sido acusado por la "Sociedad protectora de Animales" de crueldad contra 68 tortugas encomendadas a él por haberlas hecho colgar de espaldas durante el viaje de Cuba a Nueva York, después de haber agujereado una pata a cada una para amarrarlas

Si los jurados dictaminan que la tortuga no es pez, sino otra clase de animal, el capitán será condenado; si por el contrario juzgan que la tortuga es del género peces, será absuelto.

Las opiniones son diversas: el presidente del jurado opina que la tortuga no es pez; los defensores sostienen que es un pez: uno de los jueces que hace cinco meses está estudiando el asunto, ha declarado que la tortuga forma parte de la especie animal, que comprende todas las criaturas menos la especie humana...

Es higiénico el beso?

A propósito de otro proceso que se ventila en Baltimore, está sobre el tapete, una cuestión muy discutida:

¿Es higiénico el beso?

Una joven, señora ha declarado a los magistrados que durante sus ochos años de matrimonio jamás ha besado a su marido

Tanto extrañó esta declaración al tribunal que uno de los jueces le preguntó:

—Es posible? Nunca?...

—No; nunca; soy enemiga del beso; mis padres me enseñaron que puede contagiar tantas enfermedades, que le miro con verdadero horror.

—Pero el beso es espontáneo, rebatió el juez.

—Lo será para los demás pero no para mí; nunca he sentido deseos de besar a mi marido, ni aún siquiera a mi hijo el sér para mí más querido en el mundo.

Mientras por un lado es preciso reconocer en esta señora una exagerada norma de higiene, hay que convenir que su línea de conducta a este respecto parece increíble.

Se puede creer que una madre no haya sentido jamás el impulso irresistible de besar a un hijo. Y que se haya reprimido por temor de contravenir a la higiene? De todos modos, el excepticismo sobre la insalubridad del beso es casi universal y de él se ha hecho y se hará siempre un uso tal vez excesivo.

Sin discutir las modernas opiniones acerca del acto que debería ser la más sincera expresión del bien, quiero recordar una definición que del beso, hace el popular vocabulario francés:

"El beso, decía, es el más dulce y sagrado de todos los fenómenos fisiológicos. Es en el mundo moral lo que la atracción en el mundo físico; llama, atrae, aproxima las almas cuando son insuficientes las palabras para expresar el estado de ánimo. El alma se siente atraída hacia el objeto amado, los labios se acercan y en este simple contacto recibe y da un suspiro. Si en el alma humana hay algo de sublime y sacrosanto, ninguna de nuestras acciones es más sagrada que un beso, porque en ninguna se manifiesta el alma con más energía.

¿Hay en el mundo algo que pueda compararse al beso que la madre imprime sobre el cuerpo caliente o yerto del hijo, o al beso de un amigo que parte para el destierro, o al del mártir que va al suplicio?

Este carácter sagrado del beso lo han comprendido los hombres en todo tiempo; desde la edad más remota se ha tenido al beso como el más sincero testimonio del estado de ánimo y el sello de la fe y de los juramentos. Tal se consideraba en tiempos atrás y hoy día es siempre el símbolo, marca, la prueba del amor, de la ternura..."

Pero el beso es antihigiénico... así lo han declarado los modernos higienistas que lo prohiben extrictamente.

Creo que con el tiempo se terminará por declarar que es antihigiénica... la vida. Y en verdad que lo es la de esos higienistas furibundos.

Mas que la opinión de esos... sabios respeto y hago una la de aquel cantor español de los amores y... por tanto de los besos que decía:

Vas comprendiendo, Asunción
Que es el beso la expresión
De un idioma universal etc...

RAM.



AGRICULTURA CIENTIFICA Y PRACTICA

(Carta de un viejo práctico a un chico que aspira a serlo)

Por

GONZALO SUBERCASEAUX

Mi querido amigo:

Me cuentas que te has recibido de abogado, condición que impuso tu padre para arrendarte una hijuelita y pedir en matrimonio la chica de tus esperanzas y de tus ilusiones, que Dios quiera se conviertan en realidades a la par, o sea sin descuento.

Tu padre, creyéndose de buen sentido (a la chilena), ha obrado como todos en nuestro país, que hemos dado en llamar del buen sentido, cosa que hemos tomado en serio, o se nos ha hecho substancia, como dicen los huasos, aquello de que somos los gringos de la América del Sur.

. . . . . .

En fin, ya eres abogado; de consiguiente, te arriendan un fundo. No comprendo la lógica, pero así piensan todos los papás. En seguida te abre una cuenta corriente, se te pide por esposa la chica, pones o amueblas un departamento en casa del suegro, porque aquí se es hijo de familia hasta que ya no caben los chicos en el departamento o hay que arreglarlo para cazar el novio de la que sigue.

Comprendo tu confusión: la cosa no es para menos. ¿Tan sólo porque has dado tus exámenes y has recibido título de abogado, pretende tu padre que todo lo hagas bien?

Quisiera aprovechar esta coyuntura para darte muchos y prácticos consejos; pero la prudencia me indica que no debo opinar sobre cosas que al no consultármelas, significan que no crees en mi competencia o que fías suficientemente en la tuya. Paso, pues, a ocuparme de tus consultas agrícolas.

Tomo nota de tu introducción en que, "a mí te diriges como hombre práctico", pues ya te has comprado muchos libros que no entiendes, por lo que estás dispuesto a dejarlos y botarte a práctico, para ganar dinero que te hace falta y no teorías inútiles.

Te diré sobre esto de la teoría que ella es hija legítima de la práctica. No creas lo contrario y no vayas a imaginar (como creen algunos), que la han dictado como decretos MM. Le Feuvre, M. Bernard, Prado, Rojas u otros. Te diré que sobre esto de la teoría, por lo general no está el mal comunmente en estudiarla, sino que en no entenderla, y esta falta de comprensión, no implica tontera en todos los casos, sino falta de preparación previa para estos estudios.

Es evidente que un administrador no necesita ser un sabio, pero cierta instrucción previa le pone en condiciones de poder aprovechar lo que lee y utilizar en mil cosas la experiencia agena.

Me dices que conoces muchos que han estudiado bien; pero que no salen prácticos del colegio y yo te pregunto: ¿Salen abogados, médicos, dentistas prácticos de la Universidad?

No creas, pues, que esto de llamarme práctico tan a secas me haya halagado mucho, ya que esto lo vienen usando como sinónimo de ignorante, y yo te voy a probar cuán poco prácticos son los que creen que para ser práctico hay que ir experimentando o practicando todo en el propio pellejo.

Bien hayan estos grandes prácticos. Pero si no fuera por el papá que les tiene una hijuelita para que practiquen hasta que sepan, no lo pasarían muy bien. Dios sólo sabe cuántas inteligencias, voluntades y esfuerzos han tragado o esterilizado esas famosas hijuelitas, que si aseguran un pan y un alza de la propiedad gracias a una baja del cambio, han esterilizado la capacidad

productora de un hombre instruído e inclinado a veces para otra profesión.

No sé si todo lo dicho te haya hecho comprender que no es tan práctico lo que llamamos así nosotros, y por esto voy a insistir en probarte lo poco práctico que suelen ser los prácticos.

Todavía suele correr como mandamiento del astete agrícola la gran madrugada a la rodeada de bueyes, el almuerzo ligero y la vuelta al campo tarde, mañana y noche, que hizo decir a Pérez Rosales: "ya en Chile debe estar todo dado vuelta, porque en mi tiempo todo el trabajo del campo consistía en *dar vuelta al campo*."

Verdad que al ojo del amo engorda el buey y que si a esto se agrega el orden, contabilidad y dirección, la actividad física, mejor será.

Pero no me saquen esos famosos activos, que siempre están haciendo algo, generalmente algo que un peón lo hace mejor que el patrón, porque esas actividades inútiles no son otra cosa que manifestaciones de pereza activa o sea flojera intelectual, en hombres de buena salud o de patrones con inclinaciones de peón.

Cuántas veces no he visto un patrón perder una mañana en ver montar y correr un potrillo de 50 pesos. Cuántas no lo he visto salir disparado a buscar un repuesto de una máquina y quedar *pifiado* intertanto el arrenquín o empleado encargado de ella.

Y a pesar de tanta actividad no tienen calculado el costo de producción de sus trabajadores, el ramo que más les está produciendo, etc. etc.

Desde el año setenta los boletines de Agricultura vienen recomendando la necesidad de la contabilidad clara, aunque sea de partida simple o de cualquier manera.

¿Puede ser práctico el que planta una viña y queda a merced de su viñatero y bodeguero por no estudiar nada viticultura y vinificación?

¿No vale la pena leer sobre animales al que se dedica a ellos y no aprovechará más estas lecturas el que algo estudió de base científica en su juventud?

Discurre sin pasión, piensa y no me negarás que hacer un poco de trabajo mental vale mucho al patrón que dirige, que como tal debe ser más cerebro que manos y que hay más ventajas de oprimirse algo el mate antes que machucarse las asentaderas.

Todo lo dicho, te repetiré, no quiere decir que sea mala la actividad; sino que es mala yendo acompañada y aún dándole preferencia al discurso.

Que sí es verdad que los técnicos son capaces de equivocarse con toda su ciencia: se equivocan en cuanto a ignorantes y no por ser técnicos.

No olvides que no hay nadie ménos práctico que el que tiene pereza activa, o actividad inútil que no es más que flojera intelectual con buena salud. El verdadero trabajo es hacer lo que se debe y a su hora.

Más de alguno se reirá de mis consejos, más de diez me sacarás como ejemplo de que se gana plata sin estudiar nada y yo te pregunto: ¿Y si hubieran estudiado y pensado habrían perdido o dejado de ganar?

Concluyo, pues, repitiéndote que nada hay menos práctico que principiar a aprender en su propio trabajo, sin saber antes nada de campo, de comercio, ni de contabilidad.

Y qué buena parte de esos afortunados que han hecho una buena fortuna no estarían tan fieros y orgullosos de su obra práctica si el cambio no hubiera bajado y con esto subido el valor de tierras y productos.

Con cambios altos no sería tan fácil prosperar, hacer palacios y llegar a la sociedad en calidad de inteligentes, agricultores, ni a la Cámara en calidad de talentos regionales.

GONZALO SUBERCASEAUX.

LOS OBSTACULOS DE AUTEUIL MEDIDOS EN PARIS

POR DON

FERNANDO SUBERCASEAUX



Salto de agua.—Ancho del foso: 4 m. 30 c.—Alto de la valla: 1 m. 10.—Ancho de la valla: 1 m.



El señor Fernando Subercaseaux frente a las tribunas de la "Societé des Steeple-chasses de France," después de haber medido los saltos.

Damos en estas páginas varias fotografías comunicadas por el entusiasta sportman señor Fernando Subercaseaux, en las que aparecen fijados los saltos del hipódromo de Auteuil, donde, como es sabido, sólo se corren carreras de obstáculos.

Es el señor Subercaseaux quien con más entusiasmo ha defendido esta clase de pruebas y en verdad que no le ha faltado razón. Las carreras de saltos son útiles y necesarias: útiles porque forman el caballo de guerra apto para pasar sobre trincheras, vallas, muros, fosos, etc., y necesarias porque son el complemento de las carreras planas. Caballos que nunca pudieron figurar en las pistas de Europa, han llegado a ser verdaderos craks, cuando los han llevado a los saltos. Este mismo



Trancas y foso.—Alto de las trancas: 1 m.—Ancho del foso: 2 m.

caso lo hemos observado en Chile.

La necesidad de darle mayor impulso al steeple-chasse, se ha comprobado en el Gran Steeple-chasse Militar, corrido el 21 de este mes donde de nueve caballos que se presentaron a disputar esta prueba, se cayeron cinco, y téngase en cuenta que dada su importancia, han debido prepararse con mucha anticipación.



Valla natural.—Alto: 1.m. 40.c. Ancho: 1.m. 80.c.



Del continente Sud-Americano, solamente Chile cuenta en sus programas con los steeple-chasing. En la República Argentina y por ley del Gobierno, se corren todos los Jueves carreras sobre vallas, exclusivamente.

Si el Directorio del Club Hípico se resolviera a introducir diversos clásicos en saltos como ha hecho en las carreras planas,



Muro de tierra.—Base: 1.m. 80.c. Alto: 1.m. 10.c



pronto tendríamos caballos de mérito, que hoy día no pueden importarse al país, porque los premios no compensan los sacrificios que tienen que hacer los sportmen para traerlos.

Un "Estreno de Vallas", un "Ensayo de Steeple-chasse" y dos o tres clásicos más dotados con buenos premios, bastarían para que pronto viéramos los programas llenos de anotaciones, consiguiendo interesar al público en esta clase de pruebas, lo mismo que se interesa en las carreras planas.

Y aún probablemente el interés fuera mucha mayor, por cuanto las carreras de saltos están más pobladas de incidentes y despiertan más nerviosa y constante atención, aparte de exigir de los jinetes una preparación más prolija.



Muralla de piedras.—Tope firme: 1.m. Suelto: 1o.c.



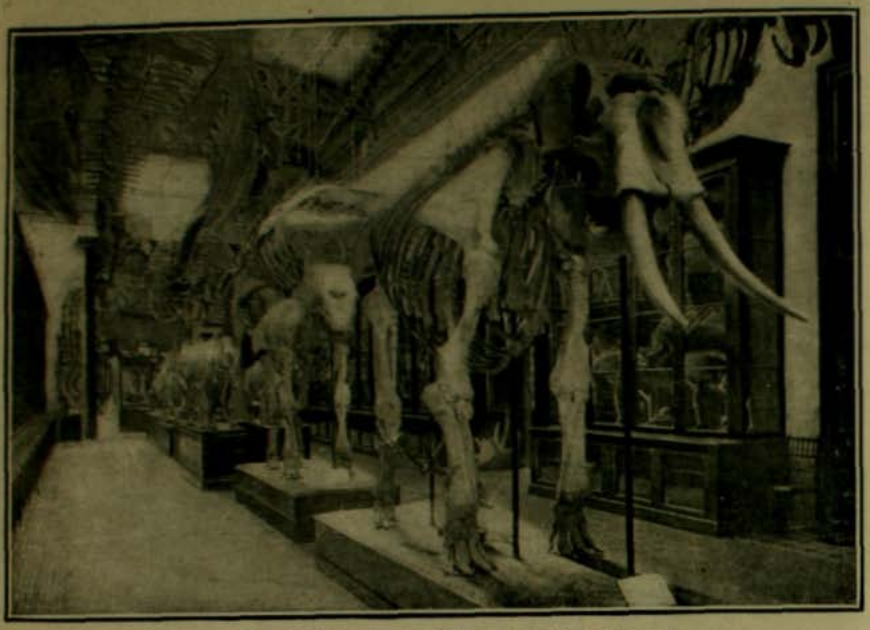
Museo: Facultad de Ciencias Naturales, Escuelas de Química, Farmacia, Ciencias Geográficas y Academia de Dibujo

LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA Y SU SECCION PEDAGOJICA

Hacía mucho tiempo que abrigaba grandes deseos de conocer una institución universitaria argentina, y cuando aquella tarde fué a buscarme a mi sencillo alojamiento del Hotel Manchester de la calle Suipacha, en Buenos Aires, el inspector de Educación Física de la provincia, mi distinguido amigo don Manuel Gordón, acepté con gusto su amable invitación para hacer una visita a la ciudad de "La Plata". Esta ciudad no sólo es la capital de la extensa provincia de Buenos Aires, sino que es también el asiento más importante de su intelectualidad. Es una ciudad modernísima, limpia, trabajadora, rodeada de bosques y salpicada con profusión de hermosas plazas, algunos imponentes edificios públicos y palacios particulares. Sus calles son amplias, cortadas en ángulos rectos y la ciudad entera se está cruzada por numerosas avenidas transversales y diagonales. Fué fundada en 1882, por el doctor Dardo Rocha, a orillas del Río de La Plata, y como a 60 kilómetros de Buenos Aires. Posee un puerto de primer orden a cuyos muelles atracan vapores de todas las banderas y de todos los calados. Su población es de 100 mil habitantes.

En una de sus hermosas avenidas se destaca el hermoso edificio central de la Universidad Nacional de La Plata, en la calle 7, entre las calles 47 y 48. (fig. 1).

De construcción moderna, de dos pisos, ocupando toda una manzana y rodeada de pintorescos jardines, presenta un agradable golpe de vista. Allí se encuentran las oficinas de la Presidencia y las secretarías de la Dirección Universitaria y funcionan la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, la Sección Pedagógica, la Sección de Filosofía, Historia y Letras, una biblioteca y la Extensión Universitaria. La Presiden-



Museo: Facultad de Ciencias Naturales. Sala de Zoología

cia se encuentra régiamente instalada con sus lujosos salones y sus severas salas de consejo. En su sala magna han dejado oír su palabra autorizada, las personalidades europeas de visita en las riberas del Plata.

La Sección Pedagógica se encuentra instalada con estrechez, pero pronto poseerá un local ámplio, moderno y edificado especialmente para ella.

La Universidad Nacional de La Plata fué fundada o más bien organizada, sobre la base de instituciones científicas, existentes en la provincia, en 1905, el 12 de Agosto y declarada *nacional* y *libre*. El Ministro de Justicia e Instrucción Pública de aquella época, doctor Joaquín V. González, en representación del Poder Ejecutivo de la nación, firmó el convenio-acta de fundación, juntamente con el gobernador de la provincia de Buenos Aires, don Marcelino Ugarte.

El doctor Manuel Quintana era en aquella época el Presidente de la República Argentina.

Durante las vacaciones del año siguiente, (1906), se organizaron las Facultades, institutos, colegios y establecimientos adjuntos, de modo que en Marzo se inauguraban los cursos de la Universidad Nacional de La Plata con más de mil alumnos. Hoy día la matrícula pasa del doble de esta cifra. Desde luego, llama la atención hacia lo moderno del espíritu que ha presidido la organización de esta Universidad. Se abandonó la creación de facultades inútiles al progreso de la ciencia, que existen en las demás Universidades, por exigencias del espíritu conservador de que parecen impregnadas estas corporaciones. Por otra parte, se ha adoptado una Facultad, (la de Agronomía y Veterinaria), que corresponde precisamente a las necesidades de la nación Argentina.

La Universidad de La Plata cuenta sólo tres Facultades: de Ciencias Jurídicas y Sociales, de Ciencias Físicas, Matemáticas y Astronomía y la Facultad de Agronomía y Veterinaria.

Cada una de estas Facultades cuenta con diversos colegios, institutos, laboratorios, gabinetes, etc., donde los profesores imparten su enseñanza.

La Facultad de Agronomía y Veterinaria empezó sus cursos en 1909 con 231 alumnos. Las oficinas de la dirección y las aulas

principales, están magníficamente instaladas en un espléndido edificio, que se ha construído especialmente para ella, en medio del bosque, (un pequeño, pero tan hermoso como el de Bolonia), que la ciudad de La Plata tiene en uno de sus extremos. Los gabinetes y aulas de estudio de este gran edificio, están ricamente dotados y los alumnos pueden hacer personal y simultáneamente con el profesor, los experimentos necesarios.

Además, cuenta con numerosos pabellones en que se han instalado los más importantes laboratorios, hospitales, anfiteatros de operaciones, farmacias, salas de proyecciones, etc., formando el conjunto una pequeña ciudadela dentro del bosque. Para cultivos, como campo experimental, posee dentro del mismo bosque, y anexo a las instalaciones, un espacio de tierra de cerca de 25 hectáreas, que presenta al visitante un espléndido golpe de vista. Además, posee una Escuela Regional Práctica de Agricultura y Ganadería en Santa Catalina, con un campo de cultivo de 800 hectáreas de extensión.

La Facultad de Ciencias Físicas, Matemáticas Astronómicas, posee escuelas para las ciencias matemáticas, físicas, astronómicas y además de ingeniería, arquitectónica y de ingeniería hidráulica.

Se ha organizado también un Observatorio Astronómico, rico en instrumentos de observación y "un gabinete de física, el más provisto de Sud-América".

En cuanto al Museo de la Universidad, basta con decir que es el mayor de la América Latina.

Las salas de mineralogía y geología, son importantísimas. La sala de geología está muy bien provista y en la sección de paleontología se encuentran ricas colecciones de huesos y esqueletos de animales antidiluvianos y de la época prehistórica. Algunos ejemplares son únicos en el mundo y de ellos existen modelos en los grandes museos de Europa y Norte América.

La Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, tienen su asiento en el edificio central de la Universidad, y otorga títulos de escribano, procurador, abogado y de doctor en Ciencias Jurídicas y Sociales. Los cursos comenzaron a funcionar en 1909, con más de 200 alumnos. Ultimamente se



Museo: Sala de Paleontología

ha creado, dependiente de esta Facultad, una sección de Filosofía y Letras, que contó en un principio con 26 alumnos.

Pero la sección más importante y que dá más vida, no sólo a la Facultad, sino a la Universidad misma, es la Sección Pedagógica. Con una organización algo análoga a la de nuestro Instituto Pedagógico, otorga títulos de profesor de enseñanza secundaria y superior. Dirige esta Sección el sábio profesor Víctor Mercante, muy conocido ya en el extranjero, por sus notables trabajos originales sobre pedagogía y especialmente por sus importantes colaboraciones a la psicología experimental. Al revisar el plan de estudio de esta sección, salta a la vista lo *extenso* y lo *profundo* de los estudios pedagógicos en general que se exigen a los que desean especializarse en la enseñanza de algún ramo. Desde luego, se vé que se desea preparar buenos profesores, más profesores que sábios, contrariamente a ciertos institutos pedagógicos y normales superiores, que he visitado en otros países y que pecan por pretender hacer profesores más sábios que maestros.

Además, la sección del señor Mercante prepara pedagógicamente a los que han de ser profesores universitarios, lo que es evidentemente una gran conquista. Que yo sepa, no existe ninguna Universidad que dé un aspirante a profesor universitario, en cualquier ramo de la ciencia, (a no ser en pedagogía misma), una preparación tan vasta como la Universidad de La Plata. Para obtener el título de profesor de enseñanza superior en las materias estudiadas en la Facultad por el aspirante, éste deberá ser ingeniero o doctor y haber aprobado en la Sección de Pedagogía: Sistema Nervioso, Psicología, Metodología general, Ciencias de la Educación, Historia de la Enseñanza, Metodología Especial, Legislación Escolar y Práctica de Enseñanza.

En esta forma, la Argentina será una de las primeras naciones que tendrá pedagogos para sus Universidades y colegios de enseñanza superior.

El cuerpo de profesores es escogido, compuesto de distinguidos profesores de fama internacional.

Director, profesor Víctor Mercante, de Metodología Especial y Psicopedagogía.

Profesor, Rodolfo Senet, de Antropología y Psicología Anormal.

Profesor, Leopoldo Herrera, de Metodología General, Historia y Ciencia de la Educación.

Doctor Francisco P. Súnico, de Higiene Escolar.

Doctor Manuel Beatti, de Sistema Nervioso.

Doctor Nicolás Roveda, de Sistema Nervioso.



Sección Pedagógica: Laboratorio de sistema nervioso



Observatorio: Taller mecánico

Doctor Carlos Rodríguez Etchart, de Legislación Escolar.

Profesor Celso Latorre, de Metodología y Enseñanza del Dibujo.

Además, cuenta la sección con un cuerpo de 24 profesores especiales para la enseñanza de los diversos ramos que deben cursar los alumnos.

Las cátedras que más llaman su atención por la importancia de sus programas y más que todo por su actualidad, son las de Antropología y la de Psicología Anormal, dictadas por el profesor Senet, la de Higiene Escolar, del doctor Súnico; la del Sistema Nervioso, del profesor Beatti; y, muy principalmente, la de Psicopedagogía, profesada por Víctor Mercante. En todas estas materias, la sección pedagógica está *up to day*.

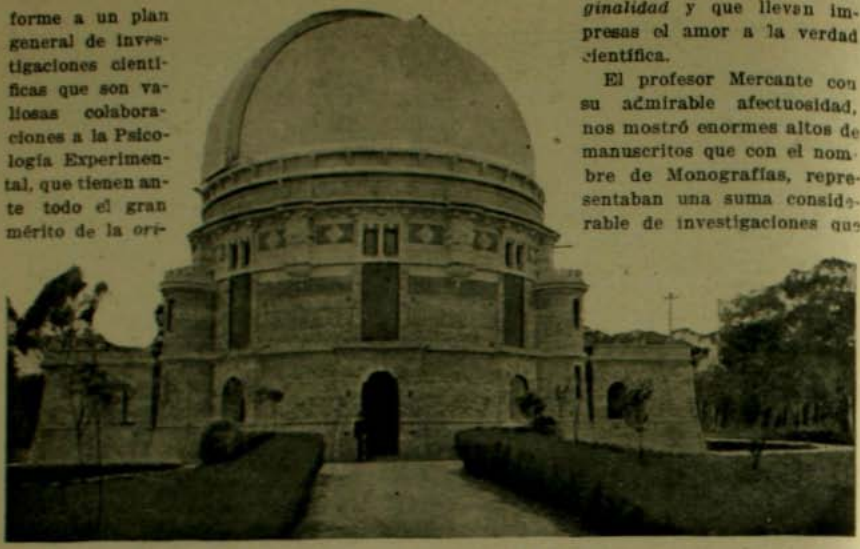
Un laboratorio de psicología, algo más pobre que el que dirige el doctor Mano, sirve a los profesores y a los alumnos para sus trabajos. Este laboratorio está en servicio activo con todos sus aparatos listos para funcionar.

Como el profesor Mercante es un verdadero conocedor de la materia, aprovecha a las mil maravillas de su todavía modesto laboratorio y con ingenio modifica, arregla, perfecciona, y adapta a las necesidades de los estudios de los alumnos los diversos aparatos. Si es necesario, los inventa. Este es un laboratorio vivo, que presta el máximum de servicios que es posible. Yo conozco en mi patria un laboratorio muy rico, muy elegante, sus aparatos son nuevecitos, creo que algunos no han sido armados todavía; los alumnos, sólo los divisan, no los manejan y se hacen con ellos experimentos aislados, descriptivos, y no experimentos consecutivos de observación, de estudios, tendientes a la resolución de un problema psicológico: aquél es un laboratorio muerto. Mercante pretende ante todo despertar en el alumno el espíritu de iniciativa hacia la observación metodizada, el deseo insaciable de perfeccionarse a sí mismo por el estudio propio experimental, les enseña a beber la ciencia en la ciencia misma y recibir con cautela la ciencia de otros.

Con este espíritu moderno los alumnos de la Sección de Pedagogía realizan estudios de experimentación y observación con-

forme a un plan general de investigaciones científicas que son valiosas colaboraciones a la Psicología Experimental, que tienen ante todo el gran mérito de la originalidad y que llevan impresas el amor a la verdad científica.

El profesor Mercante con su admirable afectuosidad, nos mostró enormes altos de manuscritos que con el nombre de Monografías, representaban una suma considerable de investigaciones que



Observatorio: Facultad de Ciencias Físicas, Matemáticas y Astronómicas. Pabellón del gran ecuatorial



Universidad.—Frente principal

enriquecen a la Psicología Experimental.

Estos trabajos por su extensión el número de observaciones acopiadas y su importancia y por el valor intrínseco del problema tratado o estudiado, ha resuelto sus verdaderas tésis. Los alumnos hacen sus estudios experimentalmente. Tuve ocasión de ver examinar, debido a la amabilidad del doctor Mercante, una rica colección de preparados anatómicos entre los cuales me llamaron la atención los del Sistema Nervioso, en que se han empleado los más nuevos procedimientos de colaboraciones.

Para la práctica pedagógica y la observación psicológica, la sección cuenta con dos institutos secundarios anexos, uno para niños y otro para niñas, que funcionan en un gran edificio construído especialmente, a la entrada del bosque de La Plata.

Cada instituto cuenta con más de 600 alumnos de humanidades. Los profesores cuentan con su rico material de enseñanza y según pude ver en las clases de Geografía, Química y Física, que ocasionalmente visité, se da al alumno

todos los útiles necesarios para la observación y experimentación directa. En la clase de Geografía, cada alumno tenía en su banco unipersonal, un globo terrestre, un mapa del país que se estudiaba. En las clases de Física y en las de Química, cada alumno tenía para sí una mesa de escritorio y experimentos y los aparatos necesarios para hacer el experimento tendiente al tema de la lección. Todos trabajaban ayudados, dirigidos y corregidos por el profesor.

Estos institutos tienen internados anexos, para los alumnos de provincias, establecidos en hermosos pabellones provistos de todo el confort necesario.

Allí el alumno tiene su departamento especial, compuesto de una pieza dormitorio, una de baño y otra de escritorio. Cuentan con salones de baile, con su pequeño teatro. Por lo demás, llevan vida de familia y son atendidos y cuidados por las familias de los profesores que dirigen el internado.

Para la educación física se destinan dos tardes enteras y cuentan los alumnos con un espléndido Gimnasio, con baños de lluvia y ropería en el subterráneo, una gran pileta de natación, seis frontones de pelota, 16 hectáreas con campo de juegos, jardines, avenidas y 8 canchas de foot-ball. Estos institutos no tienen cursos preparatorios, sino escuelas graduadas anexas con más de 400 alumnos. La Universidad mantiene varias publicaciones de carácter científico, como la Revista del Museo de La Plata, los Anales de la Universidad, la Biblioteca de Vulgarización Científica, la Revista de la Facultad de Agronomía y Veterinaria, con material científico original, profusamente ilustrada, el Anuario del Observatorio, los Archivos de Pedagogía, Ciencias Afines, con material científico original, de vulgarización y estudios bibliográficos y numerosas conferencias, discursos, memorias, etc. El presupuesto ordinario de la Universidad es, más o menos, de 2 millones 500 mil pesos, moneda chilena.

GMO. MARTINEZ P.

RADIO-VISION

He leído últimamente en un diario de Nueva York, un caso curiosísimo de radiovisión, que ha llamado justamente la atención de los profesionales y de todo el mundo. Trátase de una niña de diez años llamada Beulah Miller, que ha sido sometida a interesantísimos experimentos. Según testimonio de un doctor, miembro distinguido de la Academia de Medicina, que la examinó detenidamente, esta niña posee una vista análoga a la de los rayos X. Ve a través de los cuerpos opacos y durante la serie de experimentos con ella realizados, supo decir sin vacilación ninguna lo que contenían los bolsillos de los circunstantes.

Leyó con natural facilidad una página de antemano designada en un libro cerrado y describió perfectamente los objetos contenidos en algunos cajones bien cerrados.

Terrible poder en verdad! Para esta criatura no existen las murallas de la vida privada! Nada puede ocultársele al entrar en un laboratorio o al dedicarse a la ciencia. Y si se casa?... Entonces sí que... pobre marido!...

Opino, sin embargo, que esta tierna joven al crecer y adquirir el sentido práctico de la vida, recurrirá seguramente a la operación quirúrgica; tendría que operarse para no ver las infinitas torpezas y miserias que la naturaleza esconde bajo la pulida y aparente capa exterior.

RAM.

La felicidad en la vida modesta

Por ALBERTO EDWARDS



Entre los muchos problemas que presenta la Economía Doméstica, ninguno es quizás más importante, que el de la hora y distribución de las comidas. ¿Cómo y cuándo debemos sentarnos a la mesa? De ello dependerá en gran parte la posibilidad de reducir o no nuestro presupuesto de gastos. De ello puede depender también la salud de que gocemos, y el buen o mal aprovechamiento de nuestro tiempo.

La moderna civilización que tiende a uniformar las costumbres en todo el mundo, no ha pronunciado aún su última palabra sobre el particular, y los usos varían en los diversos países

Concretándonos a Chile, es sabido que antiguamente se almorzaba muy temprano (antes de las diez), y que la vida civil y de trabajo, no comenzaba, para la mayoría, sino después de almuerzo. Hoy almorzamos, o, mejor dicho, comemos, después de medio día, y en Santiago, por lo menos, continúan muchos con el hábito de no considerar como tiempo hábil para el trabajo sino el que transcurre entre las comidas del día.

En España, otro país poco laborioso, los usos no difieren gran cosa de los nuestros. Se toma el chocolate en la cama, se almuerza a medio día y se come hacia las ocho de la noche. Entre las gentes de tono, el te de las cinco ha venido a reemplazar la antigua merienda. Tal es también la costumbre de París.

Se comprende fácilmente que semejante distribución de las horas de las comidas se avienen a los hábitos de personas que tienen poco que hacer, se levantan y acuestan tarde, y no tienen por qué preocuparse demasiado del aspecto económico del problema.

Gentes que han de pasar la mañana en la cama o en el mejor de los casos, paseando en el centro, no necesitan un desayuno muy substancioso. Les basta con la taza de te o de chocolate, acompañada de pan y mantequilla. Sus ocupaciones, si algunas tienen, sólo les toman una o dos horas después de la copiosa comida del medio día. Además, esas personas, cuyo presupuesto hemos de suponer holgado, bien pueden darse el lujo de hacer al día dos grandes comidas

No es raro, pues, que en Santiago nos falte el tiempo para todo. Con la mañana no hay que contar: las personas con que debemos vernos, o duermen o pasean, y en la tarde, abotagadas después de un suculento almuerzo, no se encuentran tampoco en mucha disposición para trabajar.

Algún observador ingenioso ha dicho que la superioridad comercial de los ingleses, consiste en que trabajan después de haber comido y antes de estar hartos. En efecto, los chilenos que saben aprovechar de la mañana, luchan con el estómago vacío y pensando en el almuerzo... Más tarde..., ya han comido demasiado.

El breakfast de los ingleses, que nos-

otros llamamos almuerzo, es, como su nombre lo indica, el acto de *romper rápidamente* el ayuno, y de quedar en disposición de ponerse al trabajo, sin cargar demasiado el estómago. Se toma entre las ocho y las nueve de la mañana, y consiste por lo regular en una o más tazas de te, un guiso caliente, (muy frecuentemente compuesto de huevos con jamón o tocino), algún fiambre y un poco de dulce de frutas con mantequilla.

Poco después del medio día, toman los ingleses el lunch, que corresponde a la merienda española, que nosotros llamamos disparatadamente *"las onces"*. El lunch es un tento en pié, más ligero aún que el almuerzo. Consiste en un pedazo de carne fría, un sandwich, o de algo así por el estilo. Los hombres de negocios lo toman rápidamente sobre el mostrador de un restaurant o de un club. Antes de que termine la jornada de trabajo, el inglés no quiere sentir el estómago inquieto, pero tampoco comer abundantemente. La digestión ocupa un lugar demasiado importante en nuestro organismo, para hacerla coincidir con las fatigas y preocupaciones de la lucha diaria.

El inglés no hace, pues, sino una sola comida copiosa y en regla, una vez terminado el día, consultando así a la vez las prescripciones de la higiene, con las necesidades del comercio y los consejos de la economía.

Los alemanes no hacen también sino una sola gran comida, pero ella tiene lugar a medio día. En la noche "cenan", a veces muy tarde.

En Chile debemos buscar en la época colonial, el origen de nuestras actuales costumbres a este respecto. En aquellos años se trabajaba muy poco y los alimentos eran muy baratos. Se comía, pues, en abundancia y muchas veces al día.

El colono se levantaba al alba. Después del desayuno (yerba-mate), venía otra colación a las *once*, nombre que hoy damos a la merienda: después se comía abundantemente, entre una y dos de la tarde, y se cenaba, con menos abundancia, a las ocho u ocho y media de la noche. Entre la comida y la cena tenía lugar la merienda.

Sería interesante investigar la evolución de esas costumbres hacia las que observamos hoy. La hora de la comida fué retrasándose poco a poco. En 1840 era a las cuatro de la tarde; entre 1850 y 1870, a las cinco; entre 1870 y 1880, a las seis; entre 1880 y 1890, a las siete, y ahora es a las ocho, a las ocho y media y aún más tarde.

El retraso de la comida, dió origen al almuerzo, que se tomaba en un principio entre las nueve y diez de la mañana, y que hoy tiene lugar después del medio día. Nuestro almuerzo de hoy corresponde a la comida colonial, tanto por su hora como por su abundancia. No es el frejol *breakfast* de los ingleses, ni mucho menos.

La cena desapareció también ante el avance de la comida, las *once* se transformaron en *lunch* y por último, la comida misma, sin perder nada de su suculencia, ha venido a ser una verdadera cena, por la hora en que se toma.

Durante la época que podríamos llamar de transición, esto es, entre 1850 y 1890, cuando la comida era ya demasiado tarde para permitir una cena posterior y demasiado temprano para constituir la última colación del día, se tomaba te entre 9 y 12 de la noche.

He aquí la razón por qué en Chile hacemos dos comidas copiosas: la del medio día, que continuamos llamando impropiamente almuerzo, y la cena, a la que no sólo damos una calificación que no le corresponde, sino que por su abundancia continúa siendo una verdadera comida.

Las necesidades económicas transformarán, más tarde o más temprano, este programa alimenticio, demasiado copioso. Se volverá a la costumbre de no comer abundantemente sino una vez al día.

¿A qué hora debe tener lugar esa comida?

A las personas de trabajo les aconsejaría sin vacilar el sistema inglés, a saber:

1.o). Nada de desayunos en la cama. Si se quiere tener buena digestión, bébase a esa hora un vaso de agua.

2.o). A las nueve de la mañana, almuerzo a la inglesa: un fiambre, un guiso caliente, un poco de dulce, y te. Nada de vino ni de espirituosos.

3.o). A medio día o más tarde, lunch o merienda, fría y ligera.

4.o). A las cinco de la tarde, una taza de te.

5.o). A las ocho de la noche, una comida abundante.

6.o). No se tome vino sino en esta última comida, ni licores, sino después de concluído el trabajo diario. El doctor Fernández Peña, dirá que a ninguna hora, pero eso es pedir gollerías.

Antes de terminar estas breves notas, y ya que de comidas se trata, voy a permitirme dar a nuestros lectores, tres recetas para preparar el cochayuyo, guiso a que suelen hacer asco algunos individuos de pésimo gusto, pero que, no por qué no venimos de Francia, deja de ser uno de los más sabrosos que se pueden comer en Chile.

Cochayuyo en forma de pescado.—Recomendable para las señoras, cuyos maridos son *odiosos* para la comida, y no dan bastante dinero para la casa. Es un medio de hacer pasar el cochayuyo por otra cosa, o sea gato por liebre.

Se escoge cochayuyo muy ancho y se pone a cocer en agua con vinagre. Se corta en trozos grandes, y se abren con un cuchillo. Se rellenan con un pino de yerbas frías, perejil, cebolla, verduras y huevo duro picado, con el correspondiente aliño. Se pasa por huevo batido y harina y se frien. Se sirve con pebre, imitando pescado frito.

Cochayuyo a la chilena.—Se corta el cochayuyo en pedazos de tamaño regular y se cuece en agua con vinagre. Se lavan juntos, papas, zapallo picado y cebolla. Se coloca en una cacerola, abajo manteca, encima el cochayuyo, y más encima las papas, cebollas y zapallo de que se ha hablado con charqui de tomate. Se tapa la cacerola y se pone en juego no muy vivo, por dos horas, sin moverla. Se aliña como el charquicán. Si queda muy seco, se aclara con leche, a la cual no es necesario agregar agua, si la leche es comprada en Santiago.

Fritos de cochayuyo.—Se cuece el cochayuyo en agua y vinagre. Cuando esté blando se pica muy bien. Se pica además verduras, cebolla y tomate. Se baten dos huevos con harina y leche. Se agrega el cochayuyo y se fríe todo con croquetas. Se sirve en caldillo de arroz.

ALBERTO EDWARDS.

HUMOS

Los grandes personajes del mundo no siempre se contentan con el humo agradable del incienso de la gloria. El humo del tabaco les proporciona también sensaciones, que son más directas y quizás menos engañosas. Así al menos lo atestigua, en un diario de París, que tengo a la vista, el "Goût Parisien". Según el citado diario, M. Briand consume gran cantidad de cigarrillos. M. Pelletan fuma cigarrillos de a cobre. M. Lepine, el nuevo diputado, fuma en pipa de espuma, que nunca llega a culatar, sino que rompe después de servirse de ella una sola vez. Eduardo VII fumaba los cigarros más largos y gruesos del mundo, que miden exactamente veintidós centímetros de largo con un diámetro de cinco centímetros y medio. Excusado es decir que tales cigarros no se vendían en el comercio. Se fabricaban en la Habana a cinco francos cada uno. El obrero que los confeccionaba ganaba un franco por cigarro. De allí se remitían directamente al Rey Eduardo.

Guillermo II ha imitado en esto a Eduardo VII, pero sus cigarros no miden más de 17 centímetros y sólo cuestan 150 francos el ciento.

En cuanto a Francisco José, no existe para él más que una sola clase de cigarros que tiene la forma de una cola de rata, que atraviesa una paja. Fuma mucho y regala muchos; pero no a todos gustan los tales cigarros que dejan la lengua abrasada.

El Czar es loco por unos cigarrillos orientales que fabrican para él especialmente y cuyo aroma es de lo más fino y delicado.

Alfonso XIII sólo fuma cigarrillos, pero fuma incansablemente y sufre mucho en los ratos que la etiqueta le priva de su placer favorito.

RAM.



Casa de Gobierno. Isla de Pascua

DE LA ISLA DE PASCUA

Por

WALTER KNOCHE

Cuando visité la isla de Pascua en Abril de 1911, tenía ésta 228 habitantes, lo que felizmente representa un aumento, pues 30 años há, contaba apenas con ciento. También se podía notar una equivalencia entre ambos sexos; antes las mujeres formaban un cuarto de la población total, en tanto hoy su número alcanza a cincuenta por ciento del conjunto. Esta isla, que antaño alimentara una población diez veces mayor que la actual, fué grandemente lastimada por las terribles visitas que a mediados del siglo pasado le hicieron los piratas peruanos, aún cuando, a pedido del Gobierno francés, tuvieran que devolver a su tierra a los isleños que todavía vivían en las guaneras de las islas Chinchas, pero en cambio la viruela, importada de Sud América, diezmó a la ya agotada población de aquel pedazo de tierra, perdido en el océano Pacífico meridional. En tanto que las viruelas desaparecieron hace ya mucho tiempo, no tardó, a principios de este siglo, en buscar su asilo en esta isla, la lepra, quizás llevada a ella desde Tahití, y que ha contaminado a más del 10 por ciento de los isleños.

Desgraciadamente, éstos, no tienen ni el menor temor a la terrible enfermedad, a pesar de las mutilaciones espantosas que



Campo con antiguas esculturas. Isla de Pascua

ella trae por consecuencia, lo cual es causa de que el aislamiento de los leprosos, ordenado por el único europeo y representante de los arrendatarios chilenos, que hay en la isla, no surta en ninguna forma los resultados que serían de desear. Cuando el paciente tiene ya síntomas avanzados del flagelo, se ordena su "aislamiento", pero éste, gracias a la falta de vigilancia, no pasa de ser ilusorio, pues los desterrados reciben las nocturnas visitas de sus parientes.

Los leprosos no sienten casi este mal, y consideran la influenza—que ataca a casi toda la población y con toda regularidad, e inmediatamente después de la llegada de cualquier buque extranjero—como un mal mucho mayor que su terrible enfermedad, siempre creciente, aunque sin dolores. Parece que otras enfermedades no han podido desarrollarse en la isla, gracias a su sano clima.

La población se ha mantenido, en general, sin mezcla, -salvo raras excepciones; algunos tahitianos y dos o tres europeos que han permanecido largo tiempo en la isla, han dejado sus vástagos.

No ha podido tener, por otra parte, mucha influencia en los habitantes el contacto momentáneo con las tripulaciones de los buques de guerra europeos, que repetidas veces visitan la isla.

A juzgar por su lenguaje y su contextura, no podemos dudar de que son polinesios los indígenas de Pascua, y que inmigraron de algunas de las islas de Oceanía, actualmente francesas, y por su observación etnográfica, podríamos creer que corresponden al grupo de las Marquesas. Puesto que la tradición histórica existe aún claramente,—la que desaparecerá muy pronto, según puede notar quién se fije en su disolución tanto lingüística como etnográfica,—podríamos dar una ojeada retrospectiva, más o ménos acertada, a los tiempos de la inmigración.

Hasta hoy han reinado en la isla al rededor de treinta dinastías, y si aceptamos períodos de gobierno de 10 a 20 años, llegaremos a la conclusión de que la ocupación de la isla se efectuó en los años 1,600 o a lo sumo 1,300 de nuestra éra; en ningún caso pudieron los polinesios haber emigrado de su isla hacia la nuestra antes del año 1000. La tradición dice que, dos grandes canoas, bajo el mando de Hotu-Matua, llegaron a la isla; en ellas venían además gallinas, patatas, árboles de mora, que servían para la fabricación de la tela denominada *tapa*, raíces de James, etc., etc., en total todos los productos que ellos poseían, antes de la llegada de los europeos a aquellas regiones. Aunque la investigación botánica nos dice, que todas las plantas fueron llevadas desde afuera a esta isla puramente volcánica, las silvestres arrastradas por el viento o por las corrientes marinas y las cultivadas por los hombres. Además, nos es bien conocido que los habitantes de la Oceanía llevaban en sus botes de espléndidas condiciones

marinas, todo su haber, abundantes alimentos, fuego, etc., y sólo así nos explicamos cómo pudo efectuarse semejante invasión a lejanos archipiélagos, por ejemplo, a las islas Hawai.

Ciertamente, la llegada de los isleños de Pascua no es sino la consecuencia de un error, de la pérdida del rumbo, y necesariamente, antes de que tuviera lugar la llegada a una isla cualquiera, han tenido que sufrir cientos o más de tragedias, en medio de las tempestades y mantener luchas horrendas contra el hambre y la sed.

De antemano podemos asegurar que en la lejana isla de Rapa-Nui, la leña era materia escaso y a medida que el tiempo pasaba, se hacía más y más difícil obtenerla; de esta manera se explica que tan pronto muriera la industria de la construcción de buques, tanto que ya los primeros visitantes de este apartado punto de la tierra, el holandés Roggeween y su acompañante, el alemán Behrends (1712), no encontraron sino escasas canoas tejidas y muy poco resistentes.

Como en la costa occidental sudamericana no existían casi los viajes a vela ni siquiera balsas de junco, debido a la pobreza de sus puertos, aparte de las escasas relaciones entre los diversos lugares de ella, no fueron ni siquiera ocupadas las islas Galápagos, situadas a inmediaciones de la misma y, por consecuencia, esta sola aseveración destruye y convierte en nada la idea fantástica de aquellos que han creído ver en la isla de Pascua un miembro de comunicación entre Polinesia y Sud América, para los efectos de sus mútuas relaciones.

Esto se ve aún en la ninguna relación que hay entre las obras de piedra, por ejemplo, de la cultura de Tiaguanaco, en el lago de Titicaca, y los moais o estatuas del mismo material de la isla de Pascua.

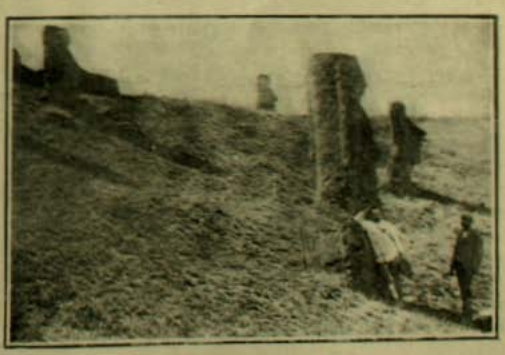
Naturalmente, hay que rechazar la verdadera fábula de los continentes "sumergidos", cuyos restos serían la isla de Pascua y tal vez algunos otros islotes. La isla de Pascua, con Sala y Gomez, y muchas otras del Océano Pacífico, Hawai, Galápagos, el grupo de Juan Fernández, Samoa, etc., tienen un origen puramente volcánico y se han levantado en un mar relativamente antiguo. A pesar de todo, se podría aceptar que, los oceanianos, debido a su falta de rumbos en la navegación, pudieron llegar a la costa americana.



Grupo de indígenas frente a la Iglesia Pascua

Exactamente, por haber alcanzado el pequeño montículo perdido entre las aguas Te Pito te Henua (Isla de Pascua), y ubicado en desfavorables condiciones en medio de corrientes marinas, no tiene nada extraño que en viajes aislados, primero por el rift occidental y luego por la corriente de Humboldt, pudieran ser arrastrados a la dilatada costa.

Ciertas palabras comunes permiten creer en la influencia del origen oceaniano, por ejemplo, en el dominio de las plantas, el *camote* tiene un nombre común en el polinésico, como en el quichua boliviano: "Cumara"; también el Toqui (Hacha de



Monolitos de piedra. Isla de Pascua



La colina de los colores. Isla de Pascua

cacique), lo encontramos con igual significado, lo mismo en polinésico que en lengua araucana de Chile. Aún ciertos restos etnográficos, encontrados en Sud América, pueden permitirnos creer en el origen occidental o en su influencia. Sin embargo, no es aceptable que los oceanianos hayan tenido una grande o permanente influencia en la cultura sudamericana, sino, a lo más, algo que denomina salpicaduras de ella.

¿Quiénes fueron, entonces, los constructores de los famosos monumentos en la isla de Pascua, que los nativos llamaban *moais*?

A seguir la tradición, que al llegar a este punto se transforma en mito, cuando llegaron los polinesios, estaba ya la isla ocupada por los "Orejones". Estos fueron los que construyeron los monumentos y los recién llegados, los "Orejas cortas", debieron ayudar a efectuar esta magna obra, dedicándose, por habérseles indicado, a la construcción de las plataformas, esto es, a los pedestales que servirían para colocar los moais. Cuando después los "orejas cortas", se habían reproducido suficientemente, se sublevaron contra los primitivos habitantes de la isla, triunfaron y exterminaron a sus contrarios; los vencidos, fueron después quemados en un foso. No contentos con esto, los vencedores derrumbaron por orden de su reina, las estátuas, que sin duda eran representación de sus antepasados, y que se alzaban sobre las viejas tumbas de familia. De este modo, el mito nos transmite una aclaración suficiente sobre los monolitos de piedra, que tanto llaman la atención de todos los visitantes de la isla. Este enigma, ha sido interpretado también de otro modo. Debido a un fuerte sacudimiento volcánico, se cayeron los moais y pasó a pérdida el trabajo enorme de sus autores.

Pero, los volcanes son inactivos desde que existe recuerdo, y ni siquiera su forma actual acusa algo respecto a su actividad en otro tiempo. Muchas dudas ofrece aquello de que los habitantes primeros de la isla hayan llegado del occidente. El nombre "Orejones" se refiere al enorme alargamiento de las orejas, que les colgaban hasta los hombros, costumbre que más tarde fué imitada por los "orejas cortas":

pero, a decir verdad, hoy día sólo una anciana usa estos adornos, que fueron lujos de épocas ya desaparecidas. Esta dilatación no es polinésica; más bien, puede indicarnos un origen melanésico, y aún la construcción de casas de piedra, cosa usual en los tiempos antiguos de la isla de Pascua, se encuentra fuera de los límites del mundo insular polinésico.

Bien difícil es poder decir algo exacto referente a los viejos habitantes de la isla de Pascua; parece que ellos no fueron polinesios y más bien creemos que se trata de un pueblo que, viniendo de lejanas tierras occidentales, ocupara las hoy habitadas islas del mundo isleño pacífico oriental.

Este pueblo desapareció, sea por salidas de mar, o porque los malayos polinesios que venían tras de ellos los atacaron; lo cierto es que sólo una parte de él, sin rumbo, llegó a la isla de Pascua, defendida por la distancia de todas las regiones pobladas, hasta la ocupación polinésica. Aquí pudieron desarrollar su cultura, que debía someterse a las condiciones de suma pobreza que ofrecía el árido islote; y por ende nunca tuvo ni pudo tener tal cultura su origen en la isla misma; y casi podría hablarse de la *robinsonada* de un pueblo.

Un enigma queda, sin embargo, sin solución hasta hoy día. La cuestión de las tablas escritas no tiene tampoco aclaración. Bien claro podemos ver que los jeroglíficos,



Embarcación de la Isla de Pascua

por ejemplo, dibujos de culebras, no pueden haber nacido de la imaginación de los isleños, puesto que ni en ella ni en sus mares vecinales se las encuentra; cierto es que se trata de algo que atrae, de una admirable escritura jeroglífica; pero nos faltan todos los recursos y toda base, para derivar su verdadero origen, para encontrar su patria!

WALTER KNOCHE.

MAESTROS RURALES

Por

M. J. ORTEGA

Cuando el joven normalista llegó a la aldea, alquiló una reducida habitación frente a la plaza, a corta distancia de su escuela. Un catre de hierro, un velador, un lavatorio, una mesa y dos sillas, formaban todo su mobiliario. Las paredes, empapeladas por él mismo, ostentaban en un hermoso marco su diploma de preceptor, dos o tres cuadritos bien escogidos, un retrato de Pestalozzi, otro de Sarmiento y otro, el más estimado de todos, de su madre, copiado por él al lápiz de una fotografía. Sus libros, que no eran muchos, estaban puestos en ordenados rimeros sobre la mesa. Aunque pobre, aquella habitación tenía la belleza del orden y la pulcritud.

Allí fué donde recibió una tarde, después de las clases, una visita inesperada. Leía tranquilamente el Quijote, libro que era su compañero inseparable y al cual recurría con deleite cada vez que su espíritu necesitaba descanso y solaz, y cuando estaba más absorto en las locuras ejecutadas por el héroe manchego en la posada de Juan Palomeque el Zurdo, sintió que un caballo se detenía a su puerta y que alguien golpeaba con discreción. Corrió a abrir con el libro en la mano, y vió con profundo asombro que don Quijote en persona se bajaba de Rocinante y se acercaba a saludarlo con su proverbial cortesanía. Alto, seco, avellanado, vestido de estrechos pantalones pardos, que parecían calzas y de una corta chaqueta de paño verdoso que parecía un juboncillo, el visitante era sin duda el caballero de la Triste Figura, que, obedeciendo quizás a una involuntaria evocación del maestro, venía a dar las gracias a aquel compadecido devoto, admirador de sus hazañas y desventuras. Calzaba zapatos sin lustrar, remendados, gruesos de suela y atados con cordeles teñidos de negro con tinta de escribir. Cubría su cabeza, en vez del yelmo o de la bacía del barbero, una "chupalla" de anchísimas alas; envolvía su cuello una bufanda blanca, a modo de gorguera, y llevaba, en vez de espada, una varilla de mimbre para azotar el caballo. Unos mostachos grises le cubrían la boca, y una perilla larga y despoblada le daba un aspecto marcial muy pronunciado.

Alargó la mano al maestro y le preguntó:

—¿Don Mauricio, el nuevo preceptor de San Lorenzo?

—El mismo, señor. ¿A quién tengo el gusto de hablar?

—A Herminio Rojas, servidor de Ud. Yo soy el preceptor de La Rinconada, a tres leguas de aquí.

Entró el maestro de La Rinconada y tomó asiento, después de haber colocado debajo de la mesa su varilla y su sombrero. Antes de hablar, tendió la vista por la habitación, la detuvo en los cuadros, miró la cama y el velador, hojeó dos o tres libros, y dijo, por fin, haciendo una mueca que descubrió sus encías despobladas.

—Pues, colega, Ud. está alojado como una princesa. Tiene pieza empapelada, cuadros y... ¡hasta libros! Ya quisiera yo que el subdelegado de La Rinconada estuviera instalado con un lujo semejante. ¿Y qué tal es el pueblo? ¿Lo han recibido bien?

Mauricio no tenía motivos para estar contento ni agradecido del vecindario. Había llegado al pueblo trayendo de la Escuela Normal un altísimo concepto de su misión de educador, y dispuesto a desempeñarla con todo entusiasmo. Sus ilusiones de novicio en la profesión le habían hecho soñar y concebir muchos proyectos. Había ambicionado despertar las inteligencias dormidas de aquellas gentes, estimular sus energías atrofiadas, hacer vibrar sus sentimientos apagados, lanzarlos a la vida del

pensamiento y de la acción útil y buena, darles hábitos de laboriosidad, de higiene, de orden y economía. Había soñado que, gracias a sus enseñanzas, se cerraba la taberna, se clausuraba el garito, quebraba el agenciero y dejaba de enriquecerse el boticario a fuerza de vender drogas. Y desde el día de su llegada, había notado que todos los vecinos lo miraban con indiferencia o con desdén; que para ellos el preceptor no era otra cosa que un humilde empleado fiscal a quien el Gobierno le pagaba un sueldo miserable, menos de lo que gana un zapatero o un albañil, para que enseñase a los muchachos a leer y escribir; que el alcalde y el subdelegado le daban apenas tanta importancia como al encendedor de los faroles o al sargento de la policía, y entonces había comprendido que su misión educadora fracasaba indudablemente, pues no tenía allí ni la autoridad ni el prestigio necesa

para educar a nadie, para influir sobre la conducta de nadie, ni siquiera para ejercer acción moral sobre los niños de su escuela, pues éstos pensaban y sentían acerca de él lo mismo que sus padres.

Había en el pueblo un pedante llamado don Rufino, antiguo seminarista que pasaba por un portento de sabiduría. Valiéndose de una acechanza, los notables habían colocado al maestro frente a frente de esa maravilla, para saber qué puntos calzaba en aritmética y en gramática, y como Mauricio, comprendiendo el lazo, se negara a responder en el examen a que don Rufino quiso someterlo, éste había declarado que el nuevo preceptor era un topo en el análisis lógico y que probablemente sería también muy poca cosa en todo lo demás, con lo cual aquellos patanes enriquecidos habían acentuado para con él su indiferencia y su desdén.

Todo esto le contó Mauricio al preceptor de La Rinconada, y todo lo escuchaba éste con mucha atención, pestañeando con rápidez y sobándose los muslos con los puños cerrados. Pero cuando llegó a aquello del duelo gramatical con don Rufino, no pudo ya contenerse más y le interrumpió con voz de trueno y dándose en las rodillas feroces bofetones:

—¿Sabe Ud. lo que yo había hecho en su lugar? Cuando ese don Rufino le sacó los complementos para reirse de Ud., yo se los habría metido de nuevo en la boca con una buena trompada. ¡Es necesario hacerse respetar!

Y tomó la palabra para contar lo suyo:

—Yo sólo soy interino, pero nadie se burla de mí. Primero fuí militar, después me ocupé en defensas judiciales, y desde hace 10 años soy preceptor. Le debo el puestecito a don Joaco Rivas, el diputado por este departamento. El me sostiene en el cargo, pero yo le ayudo en las elecciones. En Rinconada todos me quieren o me respetan. Me quieren porque soy buen muchacho con los amigos, y me respetan porque sé castigar a los que ultrajan a la enseñanza en la persona de sus representantes. ¿Ve Ud. estos puños? (y mostraba empuñadas sus dos manos enormes y huesudas). Pues, más de un diente han botado y más de unas narices han aplastado por allá. Pero eso era antes. Ahora todos me estiman. ¿Cómo lo he conseguido? Con mi carácter y mis habilidades. Soy alegre y complaciente. Sé tocar la guitarra y no muevo mal los piés cuando se trata de bailar. No hay fiesta a que no me conviden, porque les canto, les digo discursos, les cuento chascarrillos, les preparo el ponche en leche y les animo de todos modos la reunión... ¿Pero Ud. no maneja nada para apagar a sed?

Mauricio hizo traer vino, llenó dos copas y humedeció en una los labios, mientras el preceptor de La Rinconada vaciaba la suya de un sólo trago.

Y siguió hablándole de su vida.

—Las personas graves y copetudas del pueblo, aparentan no hacer caso de mí, y yo les pago en la misma moneda, dándoles de ganancia buenos tirones de orejas en la persona de sus hijos, que van a la escuela; pero la juventud me quiere y me busca. ¿Me tocan el lado serio? Pues soy capaz de ayudar a misa, de rezar en un velorio, de acompañar un entierro y de cantar'e al difunto responsos en latín con el señor cura. ¿Me buscan por la alegría? Pues tomo mi guitarra, y voy a donde me invitan, y les toco cueca, y les canto tonadas de pata en quincha, y les bailo lo que me pidan. Y así paso buena vida sin gastar nada.

—¿Y cómo marcha la escuela?

—A las mil maravillas. Tengo a los muchachos en un puño, porque el que me la hace me la paga. ¡Malos varillazos y coscachos y tirones de orejas se llevan los

flojos y los desordenados! Y así los hago adelantar, créalo Ud. Antes de los dos años, casi todos leen de corrido en la letra chica, escriben palotes y vueltas que es una bendición, y hasta pueden recitarme en coro la tabla de multiplicar. Pero yo sé hacerles práctica y alegre la enseñanza. Nada de cosas difíciles ni de palabrotas que por allá no se usan, y que para nada les servirían sino para ponerlos en ridículo si alguna vez llegaran a usarlas. Si les enseño los huesos del cuerpo humano, como ordenan los programas, no les hablo de clavículas, ni de homoplatos, ni de tibias, sino de islillas, de paletas y de canillas; mis niños dicen tripas en vez de intestinos, y en lugar de pituita dicen... como deben decir para que todos les entiendan. ¡Vaya Ud. a pulirles el idioma a esos gansos de La Rinconada! ¡No faltaba más!

Y para alegrarles las clases, les tengo a todos sobrenombres bien adecuados y por ellos los llamo:—¿Guatita de pipa? ¡A decir la lección!—¿Cara de queso? ¡A darme la tabla!—¿Cerote negro? ¡A rezar el Credo!—¿Patas de torcaza? ¡Cánteme los versos! Y con esto se ríen los demás que da gusto verlos. Hay que alegrar la escuela, querido colega. En clase de dibujo, en vez de hacerlos copiar vasos, botellas, mates de calabaza y otras pequeñeces, me voy de golpe a lo grande, y les hago en la pizarra el retrato del alcalde o del subdelegado para que me los reproduzcan con su letrero al pie. ¡Y qué alborotos suelen armar a veces los retratados! En una ocasión se unieron los notables para pedir al Gobierno mi destitución, y la habrían obtenido si no es por mi diputado, que supo defenderme y que estuvo a punto de provocar por este asunto una crisis ministerial. ¡A la salud de mi diputado!

Y sin esperar que Mauricio se la sirviese, llenó otra copa y la vació, como la primera, de un sólo trago.

—Yo muchas veces, siguió diciendo, en vez de hacerles a mis alumnos esas clases de gimnasia, que son tan fastidiosas, ¿sabe cómo me las arreglo? Pues, ¡en filas de a uno! en círculo, marchen! Alto! Y dos al medio a bailar la cueca o la resbalosa, mientras todos los demás cantamos la letra y les ganamos a palmadas los tres cuartillos. Y después otros dos y otros dos, hasta que termina la hora. De mi escuela no sale un monigote que no sepa bailar. ¡Y bien que lo hacen los bribones en las ramadas para el dieciocho!

A pesar de lo alegre de mi enseñanza, algunos me hacen la cimarra; pero yo tengo una comisión de muchachos corredores para cazar a los cimarrones. La manda el cabo Vera, por otro nombre, "el piernas de zorro", porque es un "ídem" para correr. ¿Faltan algunos de los alumnos? La comisión va a las casas a averiguar por qué no han venido, y si resulta que es por cimarra, a buscarlos al monte, a donde se van a cazar jilgueros, o al canal del molino, a donde en el verano van a bañarse. A veces yo también los acompaño en la cacería, y crea Ud. que nos divertimos de lo lindo. Y una vez cogidos los delincuentes, se les hace bailar el baile del estandarte...

—¿El baile del estandarte?

—¿No lo conoce? Pues toma Ud. a los culpables y los coloca en círculo en medio del patio, mientras que todos los demás, armados de varillas de mimbre o de membrillo, forman una rueda mayor al rededor de ellos. Y a la voz de mando empiezan los de fuera a dar azotes en las piernas de los de adentro, y éstos a brincar como unos condenados para librar las pantorrillas de los azotes. Los que logran romper el círculo quedan libres, pero es raro el que lo consigue sin haber recibido por lo menos una docena. Y así resulta el castigo en relación con la falta, pues las piernas son las que les sirven para hacer la cimarra.

—Pero esos castigos están prohibidos, dijo Mauricio.

—¿Y quién lo va a saber? contestó don Herminio. El visitador va a mi escuela apenas una vez al año, a tomar los datos estadísticos, y no más que por tres o cuatro horas. Claro está que ese día no hay cuecas, ni tirones de orejas, ni baile del estandarte. Y, además, los mismos padres son los que me piden que castigue a los muchachos. Cada vez que hablo con ellos no dejan de decirme: "Pégueles, don Herminio; pélelos a azotes, con tal que los ojos les deje buenos." ¿Y qué otro medio podría emplearse con esos demonios, cuando lo que Ud. les dice les entra por una oreja y les sale por la otra?

Con éstas y otras semejantes disertacio-

nes pedagógicas, entretuvo don Herminio a Mauricio durante dos horas, hasta que el sol iba ya a ponerse. Cuando se puso en pie, para despedirse, soltó el verdadero objeto de su visita.

—Un favor tenía que pedirle, colega, si tiene un poco de tiempo desocupado.

—Con todo gusto. Diga no más.

—Son esos malditos libros de matrícula y asistencia, a los cuales nunca he podido meterles el diente. Tienen unos tantos por cientos, y unos términos medios, que son tan embromados. ¿Quiere arreglármelos?

—Pero para eso necesitaría tener los datos.

—¿Para qué? Con la lista de los muchachos que yo le mande, Ud. le pone todo lo demás como le parezca. ¿Quién va a averiguar si tal día asistieron veinte o asistieron cien? Le traigo los libros y no hay más que hablar. Temo que me los pille en blanco el visitador.

Y después de servirse en dos copas sucesivas el resto de la botella, alargó la mano a Mauricio, subió a su Rocinante, le sacudió una lluvia de varillazos, y tomó a medio trote el camino de La Rinconada. Pero volvió al cabo de un momento y dijo a Mauricio:

—Vaya, colega; otro pequeño favor y perdone la franqueza: préstame un peso hasta el día del pago. Como al volver de la Tesorería paso yo por aquí...

Mauricio le alargó el billete sin poder ocultar un gesto de disgusto. Y viéndolo alejarse, no apartaba de él la mirada, como fascinado por una visión estupenda. Y decía a media voz:

—¡El preceptor Rojas! Mi colega, el maestro, el educador de La Rinconada!

Y sintió una especie de angustia que le oprimía el corazón. Era una idea confusa, o más bien los elementos desordenados de una idea los que gravitaban sobre su espíritu. Ansiaba aclarar aquello, darle forma, convertir en un pensamiento lo que sólo era un caos de sensaciones informes y de conceptos a medio nacer; pues le parecía que, consiguiéndolo, se vería libre de aquella tortura. Y tras penosos esfuerzos, el pensamiento brotó por fin, y el maestro lo formuló en voz alta, mientras don Herminio se perdía a lo lejos al trote cochinero de su jamelgo.

—Ambos llevamos el mismo camino: La miseria, esa feroz enemiga del carácter, y de la dignidad, ¿no logrará que, andando los años, sea yo como él?

M. J. ORTEGA.



ANTE UN TRIBUNAL FEMENINO

La mujer no pide ya el reconocimiento de un derecho igualitario; ahora lo exige. El avance violento del feminismo, [illegible] casi exclusivamente anglo-sajón, se extiende por todas las clases de la sociedad, contagia a todos sus gremios y amenaza todas las prerrogativas del hombre.

Una de las manifestaciones más curiosas de la pretensión femenil que lleva al bello sexo a reivindicarlo todo, se ha presentado en el gran país anglo-sajón de América, y la protagonista ha sido nada menos que una reo acusada de extorsión.

La dama aludida, que por lo visto no debe ser tartamuda, ha reclamado de la justicia un tribunal femenino para que dictamine acerca de su culpabilidad. Y, según ya lo deja comprender el grabado adjunto, su petición ha obtenido la más favorable acogida.

El caso es curioso, pero como no se trata aquí de un crimen pasional ni de un delito análogo que pudiera predisponer a las de su sexo en favor suyo, no se comprende la ventaja que ha de reportar a la acusada la diferencia de sexo de sus jueces.

Antes, al contrario, sería de creer que en los casos ordinarios de la vida, la mujer es más severa con sus semejantes; y cuando se trata de un delito contra la propiedad o el honor, es la primera en sentirse alarmada y la más implacable en la hora de la sanción.



El tribunal femenino.—En círculo: la acusada con su abogada

Una mujer juzgada por mujeres ha de renovar intensamente el espectáculo que la sociedad misma presenta en ciertos dramas íntimos, cuando los juicios apasionados, los antecedentes o la reputación de los protagonistas, su atracción o antipatía personal deciden el fallo colectivo con relación a la importancia que debe darse a su falta.

Porque, más fuerte que las leyes de la justicia inmanente y con más elocuencia que la del determinismo, la personalidad del reo suele imponerse hasta a su propio tribunal!

El observatorio astronómico de lo Espejo

Los altos árboles que recortan la amplitud del horizonte, la trepidación del suelo al paso constante de los trenes por la Avenida de Matucana y desvíos vecinos, la vejez de las construcciones y la falta de terreno para levantar edificios nuevos apropiados a las necesidades, fueron las razones que movieron al malogrado director del Observatorio Astronómico señor Federico Ristempart, a solicitar del Gobierno el traslado de este establecimiento a un sitio fuera de la ciudad.

En Lo Espejo la policía de Santiago poseía unos campos donde pastaban sus caballadas. Se indicó ese sitio como el más apropiado para edificar los pabellones de los anteojos conforme a las exigencias de la ciencia, y, después de algunas gestiones, se logró su entrega al Ministerio de Instrucción. La Dirección de Obras Públicas confeccionó los planos de acuerdo con las más modernas necesidades y ya a la fecha las obras van realizadas en parte muy principal.



Don Ismael Gajardo

Sub-Director del Observatorio

El terreno que se destinó tiene frente al camino a San Bernardo y está muy cerca de esta ciudad. Es de una extensión de once hectáreas de terreno plano y sus vecindades están libres de árboles o construcciones que puedan ocultar el horizonte. Es un sitio muy favorable para hacer en él un refugio de la ciencia, lejos del ruido y la agitación mundana y, sin embargo, con las facilidades de una rápida comunicación con la capital.

Pero, para que nada pudiera en el futuro perturbar la labor de los astrónomos y no tuvieran que ausentarse del recinto llamados por las exigencias del hogar, el proyecto consulta, dentro de los límites del Observatorio, casas habitación para el personal.

Así llegará a ser éste una verdadera ciudadela del estudio y de las investigaciones siderales. Los que a la astronomía se dedican al pie de los grandes anteojos ecuatoriales, no tendrán desde fuera de las murallas del recinto, voces de llamado que les distraigan. La ciencia y el hogar: todo estará allí.

El presupuesto general de la obra se eleva a $ 2.000,000. Es una suma considerable, pero la administración del Excmo. señor Montt quiso hacer una obra digna del país y de Sud América. Quiso que la astronomía tuviera en Chile una casa digna de su grandiosidad.

Y de ahí, ahora cómo en esos que fueron campos alfalfados se levantan, dispersas en sobria distribución, las cúpulas de los telescopios, las oficinas de la dirección, las casas para las familias de los empleados y servidumbre.

El proyecto, completamente terminado, tal como lo muestra el panorama que acompaña a estas líneas, será un bello parque en donde la ciencia se desenvolverá serenamente entre la naturaleza risueña de los campos de Maipo y el inmenso cielo estrellado.

Pero era necesario dotar al nuevo Observatorio de elementos de investigación modernos, dignos del establecimiento ideado y para ello se encargó a Inglaterra, en



Ecuatorial astro-fotográfico

tre otros, un gran ecuatorial Gruble que vale $ 250.000 y que se montará en el presente año en una de las principales cúpulas.

Además, varios instrumentos que durante mucho tiempo permanecieron en la Quinta Normal sin uso y casi absolutamente abandonados por falta de local donde instalarlos, tendrán en Lo Espejo su cúpula y su empleo.

El pintoresco recinto encerrará, pues, todo lo que a los cielos atañe y serán esos telescopios—los nuevos y los antiguos—como ávidas pupilas que escudriñarán constantemente el misterioso lejano de los mundos siderales. Al pie de ellos estará toda una noble falanje de sabios investigadores empeñados en la cruzada ideal de sorprender las rutas eternas de los astros, su maravillosa composición, los asombrosos fenómenos del firmamento.

Hemos tenido ocasión de visitar el local de Lo Espejo. Falta en él, aún, mucho que hacer, pero ya se ve lo que será en dos o tres años más.

Con frente al camino se encuentran, ya terminadas, las casas de los empleados y sus familias. Entre éstas se alzan los cimientos del edificio central, destinado a las oficinas. Más al fondo están los pabellones de los anteojos: el ecuatorial fotográfico ya en servicio; el ecuatorial Hyde, bello anteojo recientemente adquirido en cerca de 40.000 francos; el del anteojo meridiano Repsold, que pronto se montará.

Entre estos pabellones tiene su sitio las casetas de los instrumentos del servicio meteorológico que atiende el señor Julio Banderas con dedicación digna de encomio.

No son estas construcciones vulgares. La ciencia astronómica y física ha debido guiar la competencia del arquitecto. Primeramente las cúpulas—todas movidas por electricidad—descansan sobre murallas circulares dobles. La exterior posee ventanillas que, abiertas, dejan pasar el aire y evitan el calentamiento, por los rayos del sol, de la muralla interior y del recinto cerrado. Los anteojos descansan sobre moles de piedra sepultadas seis, siete y más metros bajo el suelo y fuera de él recubiertas de madera para evitarles las alteraciones producidas por las temperaturas extremas.

Todo está consultado, no hay olvidado

I.—Cúpula Ecuatorial fotográfico Repsold. II.—Empleados de la sección fotográfica haciendo la medición de las placas con un instrumento especial.



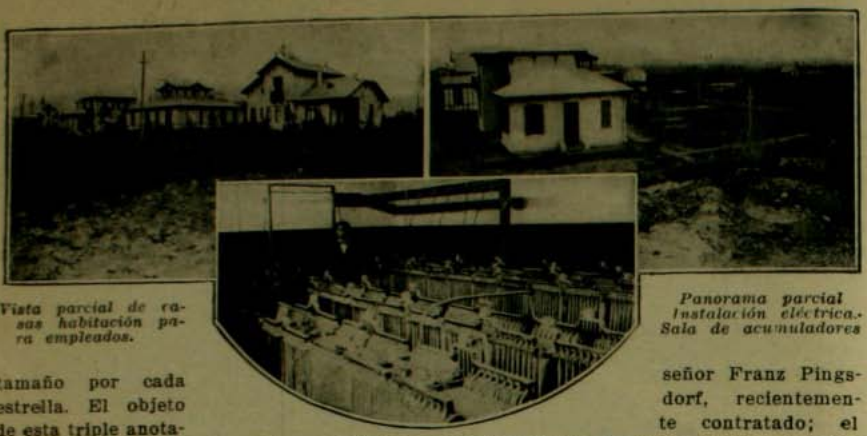
ni un detalle. La ciencia pura y exacta tiene allí sus templos en esos torreones cubiertos por cúpulas esféricas que esconden los poderosos lentes que conducen a los astros.

Aún no reside en Lo Espejo sino una parte del personal; el resto continúa en la Quinta Normal.

Desde el año 1882 el Observatorio de Chile está encargado—a raíz de un gran congreso astronómico celebrado en París—de hacer la carta del cielo desde el paralelo 19 del hemisferio sur, hasta el polo.

Por falta de elementos y de personal no se pudo iniciar el trabajo hasta que el señor Ristempart le prestó toda su atención. Ya se ha hecho desde el paralelo—19 hasta el 23:—cuatro grados.

Se usa para esta labor el excelente aunque antiguo ecuatorial fotográfico Gautier cuyo lente sólo vale 20,000 francos. Cada grado se divide en 180 partes. Cada placa 17×17 enfoca una de estas 180 avas partes y saca la fotografía con tres exposiciones diversas. Se producen, pues, sobre la superficie sensible, tres puntitos de diferente



Vista parcial de casas habitación para empleados.

Panorama parcial Instalación eléctrica.- Sala de acumuladores

tamaño por cada estrella. El objeto de esta triple anotación, es evitar que las impresiones estelares se confundan después con las pequeñas manchas de las placas. Estas han sido previamente cuadriculadas y con ello se hace relativamente fácil después la ubicación de los astros.

La placa es medida en un instrumento de la más alta precisión: se anotan las situaciones de las estrellas y se les da, más tarde, la respectiva colocación en la gran carta celeste y en el catálogo general.

Es esta una labor paciente y delicada. Hay que anotar muchos millones de puntos celestes. Figuran estrellas desde la 1.a hasta la 16a. magnitud; seis magnitudes más que las más pequeñas que puede observar el ojo humano.

Quedan aún unos cuatro años de trabajo.

En nuestros tiempos nada escapa a la catalogación y a la estadística. Las estrellas tienen, también, su rol de vecindad!

Es un alto honor el de nuestro Observatorio Astronómico el tener a su cargo una misión científica de la importancia de esta.

Trabajan en la sección astro-fotográfica astronómos competentes: jefe de ella es el señor Franz Pingsdorf, recientemente contratado; el señor Federico Fanta y varias señoritas ocupadas en los cálculos. Actualmente se hacen también, estudios sobre las estrellas del polo sur para determinar los movimientos de éste.

El reciente nombramiento de los señores Obrecht y Gajardo para los puestos de director y sub-director respectivamente de este establecimiento, ha sido generalmente bien recibido, ya que ambos son personas de sólida reputación científica y su preparación es garantía de progreso para el Observatorio.

Lo Espejo se anuncia como un foco de estudio, como un moderno claustro de sabios, pendientes del centelleo de las remotas estrellas.

Cuando el vasto plan de construcciones esté terminado y en aquel sitio se hayan normalizado los servicios, será para nosotros motivo de justa satisfacción el conducir hasta allí a nuestros visitantes distinguidos para mostrarles cómo en este escondido país la astronomía tiene un hermoso templo sobre un valle que, no hace cien años, retembló con el galope victorioso de los caballos de los libertadores en la heroica jornada de Maipo.

LA CAZA DEL TIGRE

Por

Miguel de Fuenzalida

Ilustraciones de Martín

I

Estamos en Lucerna y en una bellísima noche del mes de Agosto. El gran muelle nacional, punto obligado de reunión para la brillante sociedad que de todos los confines del mundo acude en los veranos, a respirar aire fresco y a deleitarse en la contemplación de las magnificencias naturales que rodean al lago de los cuatro cantones, aún se encuentra solitario, pero los grandes hoteles resplandecen de luz. Es la hora de la comida.

Penetremos en el Schweizer Hof, cuyo suntuoso comedor presenta en esos momentos un espléndido golpe de vista. Aquella es una de esas fiestas diarias, con que se regalan los poderosos de la vida, fiestas en que no se encuentra siempre la suave y sencilla alegría que Dios parece haber reservado como un privilegio a los humildes.

Los elegantes tocados de las damas, contrastan con la severa corrección del traje de etiqueta de los varones; la servidumbre circula en silencio y respetuosa; los acordes de una magnífica orquesta se mezclan con el rumor discreto de las conversaciones; flota en el ambiente esa corrección fría, un tanto convencional que caracteriza a las grandes reuniones de gentes de buen tono.

Dos jóvenes, irreprochablemente vestidos, comen solos en una pequeña mesa, situada en uno de los ángulos del vasto salón. En el rostro y en las maneras del primero se adivina al vividor alegre y aturdido, para quién la vida no es sino una eterna orgía. El otro, de semblante pálido, aristocrático, clásicamente hermoso, lleva impresa en la mirada de sus melancólicos y soñadores ojos negros, la señal de un carácter profundamente serio y concentrado... Es sin duda uno de esos hombres, en que la vida interior es intensa, de esos que no temen la lucha y saben amar y también aborrecer.

—Me contarás, al fin, Gabriel, decía el primero, qué te has hecho en Europa... Supe en París tu viaje por los diarios de Chile. Y a fe que te esperábamos. ¡Cómo íbamos a correrla! La estación de primavera ha sido brillante como nunca en aquella soberbia capital de los placeres, pero a tí no se te vió en ninguna parte... ¿Qué has venido a hacer entonces a Europa?

—Lo que todos, repuso el otro, con una suave sonrisa. ¿No me ves aquí?

—¿Pero dónde diablos te has metido desde el mes de Marzo?

El rostro de Gabriel se sonrojó ligeramente.

—El hombre propone y Dios dispone, dijo después de una corta vacilación.

—¿Has tenido alguna aventurilla?... ¿Tu quoque Brutus? Vamos, Gabriel.... Deja misterios a un lado, y ábrete conmigo... Sabes que soy un amigo leal... Reservo mi picardía para las mujeres... Cuéntamelo todo... Al fin y al cabo, he corrido bastante el mundo, y mi experiencia te puede ser útil... ¿Quién es ella?

—Ella se llama Carmen, y es de la tierra de la luz, contestó Gabriel, en un tono que dejaba adivinar una profunda emoción.

—Hablas en jeroglífico... ¿Qué tierra es esa de la luz?

—Una cuyos misterios tú no eres capaz de penetrar, tunante incorregible... Es esa virgen tierra de América, bendecida de Dios, en que todavía los corazones saben palpitar de amor, y las imaginaciones soñar como en la edad de oro de los poetas... No, Diego de mis pecados, tú no puedes gozar ya de ese paraíso... Has probado la fruta del árbol de la ciencia del bien y del mal...

—Vamos, palomito inocente, repuso Diego... Me haces acordar aquello de:

"Bello país ha de ser
el de América, papá..."

Pero a fe que tu Carmen debe ser bellísima, pues ha trastornado una de las cabezas mejor puestas de Chile.

Gabriel permaneció un instante pensativo... Su amigo lo contemplaba con toda la seriedad de que era capaz.

Esos hombres, en apariencia frívolos, cuya vida transcurre como en un torbellino, sienten un extraño placer en penetrar los misterios que envuelven los grandes afectos.

—Te vas a reír de mí, dijo por fin Gabriel, pero no importa. Hace cinco meses que paseo en silencio mis angustias por todos los países de Europa, y estoy ansioso de un corazón amigo en quien depositarlas. ¿Quién habría de decirme qué serías tú mi confidente?

—También seré tu médico, dijo Diego. Yo sé el remedio de tu mal...

—Sí... Vas a aconsejarme el aturdimiento y el olvido... pero te equivocas... Tú no crees en el amor.

—Deja oirte primero, repuso Diego, en el tono de un maestro consumado.

II

—Como te digo, empezó Gabriel, vine a Europa a divertirme, como venimos todos. Era éste mi tercer viaje, y se me ocurrió la idea de tomar la vía de Panamá, para dar un vistazo a Lima, al Guayas y a las Antillas. No sé si he de arrepentirme toda la vida de esta resolución.

Me embarqué en el "Palena", de la Compañía Sud-Americana de Vapores. Después de doce días de viaje, hicimos escala en Guayaquil... Fué al salir del gran puerto ecuatoriano, donde comenzó mi aventura... Era ya de noche y nos habíamos detenido frente a Puná para desembarcar al práctico. La mayoría de los pasajeros estaban comiendo; en la cubierta no había más persona viviente que yo mismo. Afirmado a la baranda me entretenía viendo pasar ante los reflejos de las luces de a bordo, las aguas amarillentas del Guayas que corrían impulsadas por la fuerza del reflujo.

De pronto vi desprenderse una débil lucesita de la ribera. La lucesita fué acercándose y pronto vi un bote atestado de maletas y en cuya popa iban tres pasajeros a atracar a la escalera del vapor. Curioso de saber quiénes podrían embarcarse a aquella hora y en sitio tan desusado, permanecí sobre cubierta, aunque, como te he dicho, era ya hora sobrada de ir a comer. Subió primero un señor ya algo anciano, de rostro venerable encuadrado en blancas patillas a la española, enseguida un joven de unos treinta años, y por último ella... Apenas pude distinguir su rostro, en la semiobscuridad que reinaba sobre la cubierta del "Palena", pero te juro que bastó esa visión fugaz, para que mi corazón diera un vuelco dentro del pecho... Bajé al comedor con el alma llena de un sólo y delicioso pensamiento... Íbamos a ser compañeros de viaje...

Pero aquí comienza lo extraño de mi historia...Ni esa noche, ni en los días siguientes volví a divisar a ninguno de los pasajeros embarcados en la islita de Puná... No sé qué sentimiento, mezcla de timidez y de respeto, me impidió hacer preguntas a la servidumbre...

No era posible, por otra parte, que el mareo retuviese al anciano y su familia, en el camarote. Hasta Panamá, tuvimos uno de esos mares inmóviles, casi aceitosos, tan frecuentes en la zona ecuatorial...

Tampoco los vi durante la travesía del Istmo. ¿Habrían estado sólo de paso a bordo aquella noche? ¿Qué significaban entonces las muchas maletas que los acompañaban?

En Colón me embarqué en el "Trent", vapor de la Royal Mail... Íbamos muy pocos pasajeros, pues aquella Compañía sirve principalmente a las colonias inglesas de las Antillas... En Colón sólo se embarcaron con nosotros, un diplomático peruano y su familia, tres jóvenes costarriqueños y dos españoles, probablemente agentes viajeros de comercio.

¿Cuál no sería mi sorpresa cuando la noche en que zarpamos de Colón, al bajar al comedor encontré instalados en una mesa a los misteriosos pasajeros de Puná?

A la verdad, yo no tengo palabras para hacerte comprender esa niña adorable... Sólo en los sueños he encontrado alguna mujer que se le parezca... Su mirada parecía venir de un mundo quimérico, donde existen dichas y sentimientos aquí desconocidos, y cuando sonreía, algo del cielo



Dos jóvenes irreprochablemente vestidos, comen solos en una pequeña mesa situada en uno de los ángulos del vasto salón

mismo parecía descender sobre la tierra.

Al día siguiente, ya éramos casi amigos con el joven, su hermano. Su padre me fué por él presentado con el nombre de don Francisco Ibarra; era el tipo fiel de uno de esos honrados señores rurales, que forman la clase más respetable y asentada de la América española. Esa misma noche ya nos paseábamos sobre cubierta con la encantadora Luz.

A bordo, el amor hace rápidamente su camino... Apenas me atrevo a recordar esos días en que conocí algo que permanece para siempre ignorado para la mayoría de los hombres: la dicha... No, Diego... ella no es una simple quimera de nuestro corazón... Existe, yo te lo juro por la insondable mirada de sus ojos negros.

Había vivido casi siempre en el campo. Su padre poseía una vasta hacienda en las orillas del río Daule, la región más rica y pintoresca del Ecuador. Amaba las flores, los pájaros, las brisas tibias de aquel radiante país del sol, y al contacto de las

magnificencias de la naturaleza fecunda, su alma purísima se había elevado sobre todo lo que en nosotros existe de bajo o de vulgar. Una palabra, una sonrisa suya embellecía un paisaje, daba color a una idea, y hacía palpitar con alientos de intensa vida cuanto la rodeaba.

Juntos respiramos, sobre la cubierta del "Trent", las suaves brisas del mar de las Antillas, en esas noches lánguidas y enervantes, en que uno se cree transportado a un planeta extraño, fecundo y fastuoso; juntos recorrimos los floridos caminos de la Jamaica y las sombrías avenidas de la Trinidad, en aquel océano de fulgurante luz que se llama el golfo de Paria; juntos por fin abandonamos a las Barbadas el último jirón de la espléndida tierra de América, para lanzarnos en el vasto océano de frías brumas y recios vendavales.

Muchas veces había dicho a Carmen cuánto la amaba, que sin ella para mí la vida sería en adelante un helado desierto, como sería la tierra sin el calor del sol que en su suelo hace germinar la vida... Ella me escuchaba sonriendo, como deben sonreír los ángeles del cielo, cuando llegan hasta ellos las afanosas plegarias de los mortales... pero nada, ni una palabra respondía a mis apasionadas protestas de amor. Llegué a imaginar que esa noble niña estaba colocada más alto que las esperanzas humanas, en una región luminosa y serena, allá, mucho más arriba de nuestras pasiones y nuestros anhelos...

Por fin, una noche, al formular yo una pregunta solemne, que todos los hombres hemos dirigido alguna vez, con el alma palpitante de indefinibles ansias, Carmen bajó los ojos y de sus labios purísimos, se escapó con voz muy baja, casi imperceptible, esta sola y deliciosa palabra... "Sí"...

... ...

Al día siguiente hablé con don Pedro. En mi turbación me pareció que al escucharme, el buen anciano temblaba un poco... Pensé que era una ilusión, pero no debió ser así.

—Joven, me dijo... Crea que lo estimo, y que ninguno de los hombres que he conocido me parece más digno que Ud. de ser el compañero de mi hija en la vida... Pero permítame que nada conteste por ahora a su demanda... Más tarde, si Dios quiere, Carmen será su mujer...

Iba a abrir la boca para replicar, pero don Pedro me detuvo...

—No me pregunte nada, continuó... Si Ud. la quiere de veras, tenga confianza en Dios... y también en mí, Gabriel... Nada me es más caro que la felicidad de Carmen, y Ud. es esa felicidad... No sería yo padre si no lo hubiera comprendido... Se lo repito... Confíe Ud. en Dios y en mí...

... ...

Una semana más tarde, el vapor anclaba en Cherburgo. La familia Ibarra se dirigía a París. ¿A qué otra parte podía ir yo? Atravesamos como en un sueño, las pintorescas campiñas de la Normandía, y juntos llegamos a la estación de Saint-Lazare...

Alojaremos en el hotel del Louvre, me había dicho don Pedro.

Carmen y yo nos despedimos en el andén de la estación, con un suave apretón de manos que significaba: "hasta muy luego"... ¿Quién me hubiera dicho que aquel era un adiós eterno?...

Descendí con mi equipaje en el hotel del Louvre... A las ocho bajé al comedor y... no estaban allí... ni tampoco al día siguiente, ni entonces, ni nunca...

El ángel de mi vida se había desvanecido como un sueño...

Recorrí como loco todos los hoteles, interrogué al Ministro del Ecuador, al cónsul, a cuanto ecuatoriano se encontraba en París... Nadie sabía una palabra de la familia Ibarra... El señor Aspiazu, secretario de la Legación, llegó a decirme que no existía en su tierra ese apellido...

Entonces comenzó para mí, esta peregrinación incansable por todos los países de Europa, y hasta ayer no había encontrado el menor indicio...

III

—¿Cómo? interrumpió Diego, al llegar Gabriel a este punto de su relación... ¿Has encontrado algo?...

—Algo que bien puede ser nada, murmuró Gabriel, casi sollozando... pero en esta desesperación vivo, lo más insignificante me parece una esperanza...

Tomé ayer temprano en Lanfero, junto a las cascadas del Rhin, el tren para Constanza... En el vagón que me tocó ocupar, iba un sujeto que leía un libro en espa-

ñol... Era alto, moreno, de retorcidos bigotes, aspecto audaz y ojos de Tenorio... El tipo de Rastaquore sud-americano, avezado a la vida galante de Europa... Trabé conversación con él... Era ecuatoriano... Le pregunté por la familia Ibarra... y él sí que la conocía...

—¿Cómo?... Cuéntame eso, dijo Diego, con vivo interés.

—Pues muy sencillo... y ya te lo he dicho... Le pregunté si conocía a don Pedro Ibarra, y él por de pronto me contestó que no recordaba haber oído ese apellido, pero después de un momento de reflexión, me hizo a su vez algunas preguntas, sobre dónde y cómo había conocido yo al señor Ibarra... Yo le informé de todo...

—¿De todo?...

—Sí... le describí a don Pedro y a sus hijos... Nada más natural... El sujeto me pareció muy interesado con mi relato y hasta creí sorprender en él una emoción extraña... No te rías, pero sospeché en aquel sujeto, un posible rival... A los enamorados nos parece siempre que no hay hombre capaz de resistir a la mujer amada.

—Bueno. ¿Pero qué otras preguntas te hizo?...

—Ninguna muy extraordinaria... Me preguntó, por ejemplo, dónde y cómo me había separado de la familia... Yo le contó que en París, hace cinco meses. El se limitó a decirme que conocía al señor Ibarra, que era hacendado y que tenía fundo cerca de Balsar. En suma, detalles ya para mí harto conocidos, pero que demostraban una cosa, y era que yo no corría tras un mito... y que la familia de Carmen existe realmente...

Diego se sonrió con ingenua malicia.

—Como que ahora es de noche, exclamó, creo tener la clave del problema... ¿No has caído tú en la cuenta?...

—¡Explícate, por amor de Dios!

—No me explico. Estás enamorado y lo echarías todo a rodar... Dime. ¿Supo el rastaquore aquel, tu presunto, rival que venías para Lucerna?

—Yo mismo se lo dije.

—Bueno, ahora vas a escribir en este papel todos los datos que sepas acerca del señor Ibarra, de su familia y de su fundo. No olvides nada.

—¿Qué te propones?

—Encargarme de tu negocio y sacarte de él bien. ¿No confías en mí?...

—Ya lo creo... Eres todo un hombre, y el mejor de los amigos.

—Te ruego que no me lo agradezcas... Yo hago estas cosas por sport. Sólo pongo dos condiciones: la primera que no has de hacerme preguntas indiscretas, la segunda que me obedecerás en todo... ¿Convenido?

—Convenido.

—Pues bien, vas a comenzar a cumplir tu voto de obediencia... Son las 9¼... A las 10 sale el expreso del San Gotardo... Lo tomas esta misma noche y te vas a esperar órdenes a Airolo... Mis cartas irán dirigidas a Felipe González, español... Hotel Lombardi... Corre y no pierdas un momento.

—¡Pero qué ejecutivo te has puesto!... Ni que fueras alguacil...

—Soy, Gabriel, un poco más...
Un hombre que ve y observa...
Que siente crecer la yerba...
Soy...

—Sí, el mismo Satanás... ¿Crées que me he olvidado de don Francisco de Quevedo?...

—Bueno... Pero versos a un lado, y a la estación... Dame el papel con tus apuntes... Muy bien... ¡Adiós!

... ...

IV

Cuando, ya pasada la media noche, Gabriel descendió del tren en la estación de Airolo, estaba a punto de darse a todos los diablos.

—Bien dicen, pensaba, que el amor y el vino son los peores enemigos del sentido común. La botellita de Joanisberg que me hizo beber aquel tunante de Diego, me ha trastornado la cabeza hasta el punto de dejar como un loco mi cómodo alojamiento en el Schweizer Hof, para venirme a instalar aquí, a más de mil metros de altura, en este lugarejo, bueno a lo sumo para los tísicos... Y, estoy seguro, que se trata de una colosal broma. ¡Cómo había de perder la oportunidad de jugármela, el muy badulaque! En todo caso, esperemos, y lo que será, sonará.

Transcurrieron algunos días, durante los cuales Gabriel hubo de pasear sus esperanzas y sus cóleras por las románticas gargantas de la Laventina.

Una tarde, al regresar al hotel, le entregaron una carta. Llevaba la firma de Diego

y era muy breve. Decía sólo estas palabras:

"Querido amigo: Todo va bien. Salgo esta tarde para París; escríbeme al Hotel del Tibre, rue du Helder. Es necesario que te translades inmediatamente a Saint-Lo, departamento de la Mancha, Francia. Te dirigiré las cartas al Hotel de L'Univers. Tuyo.—Diego Cepeda."

La epístola no era nada tranquilizadora, y Gabriel casi se conformó al leerla, en la idea de que era víctima de una jugada de pésimo gusto. La fama harto bien adquirida de su amigo, autorizaba, por otra parte, las peores suposiciones.

Sin embargo, no hay tiranos más irresistibles que la esperanza y el amor. Gabriel, reflexionando a fin de cuentas, que tanto le daba vagabundear en la Suiza como en Normandía, hizo pacientemente sus maletas y se embarcó para Saint-Lo.

Había momentos en que creía en todo, hasta en el mismo Diego. Después, el escepticismo se apoderaba nuevamente de su corazón atormentado.

Una semana entera hubo de aburrirse en aquel triste villorrio de provincia, sin recibir la menor comunicación de su amigo.

Por fin, y cuando ya su paciencia no daba para más, recibió otra carta tan lacónica como la primera. En ella se le encargaba dirigirse inmediatamente al vecino puerto de Cherburgo y embarcarse, con pasaje hasta la Barbada (Antillas inglesas), en el vapor "Orotava", que zarparía dos días después.

Parecerá mentira, pero esta carta fué para Gabriel, una especie de alivio. Muy truhán era Diego, pero no tanto que le obligara a cruzar el océano, sólo para darse el lujo de reír un poco del chasco, con los amigos.

Así no vaciló, y se fué a Cherburgo, en la creencia de encontrar allí a su ingenioso burlador. Pero ni señas halló de Diego. ¿Qué hacer? No había remedio... Y, Gabriel se embarcó en el "Orotava" con rumbo a las Antillas.

No le desagradaba del todo, por otra parte, volver a cruzar esos mismos mares que cinco meses antes surcara en compañía de la bellísima Carmen, respirar nuevamente las tibias brisas de ese mar Caribe, en que su amor naciera, acercarse a la tierra luminosa, ebria de flores y de aromas, que ella respirara en otro tiempo.

Además, ¿Por qué no decirlo? El pobre Gabriel sentía una vaga esperanza de encontrar a la familia Ibarra a bordo del "Orotava". Cuando bajó al comedor la primera tarde de navegación, casi estaba seguro de que iba a ver de nuevo a Carmen... Pero en el vasto salón, sólo había ingleses e inglesas, irreprochablemente vestidos de etiqueta, y tan serios y herméticos, como si asistieran a un Te-Deum.

Un rostro, sin embargo, no le pareció completamente desconocido. Era el de un inglés más finchado y ceremonioso aún que sus congéneres. Sin duda era un gringo de agua dulce, como dicen en Chile, nacido en el Cerro Alegre... Estuvo a punto de darle un nombre... ¿Pertenecía a la casa de Morrison o a la de Huth?... ¡Quién sabe!... Pero esa cara era sin duda de Valparaíso. Sólo a cinco mil millas de Londres, se es tan completamente inglés en todos los detalles.

Gabriel se recogió a su camarote muy temprano, maldiciendo como de costumbre de su amigo Diego. Para distraer el ocio, tomó una novela y se puso a leer, medio recostado sobre el sofá... Pocos minutos después, sintió que golpeaban discretamente la puerta.

—Adelante, gritó, incorporándose.

Y allí, sobre el umbral del abierto camarote, pudo ver con sorpresa la tiesa figura del gringo de marras.

—Merecés un premio de constancia y de buena conducta, dijo el gringo con una voz que Gabriel reconoció al momento... ¡Era Diego, en persona!...

V

Los dos amigos se encerraron en el camarote. Gabriel parecía un gigantesco punto de interrogación.

—¿Qué hay de nuevo? preguntó.

—Vamos por partes, repuso Diego... Comenzaré por tu famoso rastaquore.

—¿Qué tiene que ver él, en el asunto?

—No lo sé a punto fijo, pero me estorbaba y eso basta. Desde que oí tu historia, tuve para mí uso una pequeña teoría de tu extraña aventura... ¿Quién podía ser ese señor Ibarra, que se embarca a escondidas en Puná, que no sale de su camarote en todo el viaje del "Palena", entre Guayaquil y Panamá, que sólo se muestra en público a bordo del "Trent", cuando está seguro que no hay entre los pasajeros ningún com-



Carmen bajó los ojos y de sus labios...

patriota que pueda conocerlo, que se escabulle en París, dándote una falsa dirección, y a quién, por fin, siendo un rico hacendado, ningún ecuatoriano, salvo tu rastaquore, conoce ni siquiera de nombre?

El rostro de Gabriel se había puesto lívido.

—No te alarmes, continuó Diego... No creas que pienso nada malo del padre de tu adorada. Al contrario, tengo más razones de las necesarias para imaginármelo un cumplido caballero, que por estas o aquellas razones, desea mantener el incógnito, usando de un nombre supuesto.... Acaso sea un proscripto político, acaso... pero, en fin, dejemos las hipótesis para más tarde.. El hecho es que tu futuro suegro llevaba a bordo del "Trent", un nombre que no es el suyo, y que después de su encuentro contigo, probablemente ha adoptado un tercero.

Ahora, fíjate bien en el hilo de mis deducciones. Cuando le preguntaste por la familia Ibarra al rastaquore, él te contestó en un principio como los demás, que no la conocía. Después se puso a reflexionar, y te hizo algunas interrogaciones que le permitieron establecer la identidad del señor Ibarra, con alguna persona que él conoce, y que le interesa muy particularmente. Así al menos se desprende de la relación que me hiciste en Lucerna. Es seguro además que el rastaquore por lo menos sospechaba que el caballero en cuestión, tenía razones para mantenerse de incógnito. De otra manera no se le habría ocurrido relacionar tu encuentro a bordo del "Trent", con el señor y la familia que hallaba en tales circunstancias que él conocía. Con estos antecedentes quedaba trazado mi plán de campaña. Se reducía para comenzar, a dos operaciones, ambas muy sencillas... Era la primera quitar de en medio el estorbo, esto es el rastaquore...

—A la verdad, no te comprendo, interrumpió Gabriel.

—Es que el amor te tiene sorbido el seso... Es probable, sino seguro, que el susodicho rastaquore tuviera interés en dar con el falso señor Ibarra, y que éste también lo tuviera de no encontrarse con el rastaquore. ¿Por qué hacía tantas preguntas el uno, y por qué viaja el otro, ocultando su nombre? Como yo defendía tus intereses, mi deber era impedir que el rastaquore pudiera molestar a tu futuro suegro, en caso de que realmente lo pretendiera... Decidí, pues, enviarlo a Filipinas... Así tendremos las manos libres por algunos meses...

—¿Pero cómo diste con el rastaquore? ¿La casualidad acaso?

—¡Quiá, hombre! La casualidad sólo existe en las malas novelas. Le esperé tranquilamente en Lucerna, casi seguro de que vendría. El te oyó decir, cuando le encontraste en el tren, que te dirigías allá, y como sospechó sin duda y muy fundadamente, que ibas en pos de la familia Ibarra, supuso que acaso tú tendrías algún indicio para buscarla en Lucerna. No me engañaron mis cálculos. Al día siguiente de tu partida para Airolo, me encontraba yo en el hall del Schweizer Hof, cuando llegó él... Por tu pintura lo reconocí al momento. Aún antes de subir a su aposento, pidió al conserge el libro en que se asienta el nombre de los huéspedes y pasó registrándolo cerca de media hora... Buscaba el nombre de ellos, y quizás también el tuyo. Casi estoy seguro de que preguntó por tí, pero gracias a mi buena idea de haberte enviado a Airolo, quedó en dudas acerca de tu paradero... Probablemente supuso que te encontrarías en uno de los muchos pueblecitos que bordean el lago... El hecho es que se alojó en el hotel y comenzó sus correrías... Yo tomé inmediatamente mis medidas y el golpe ha sido maestro.

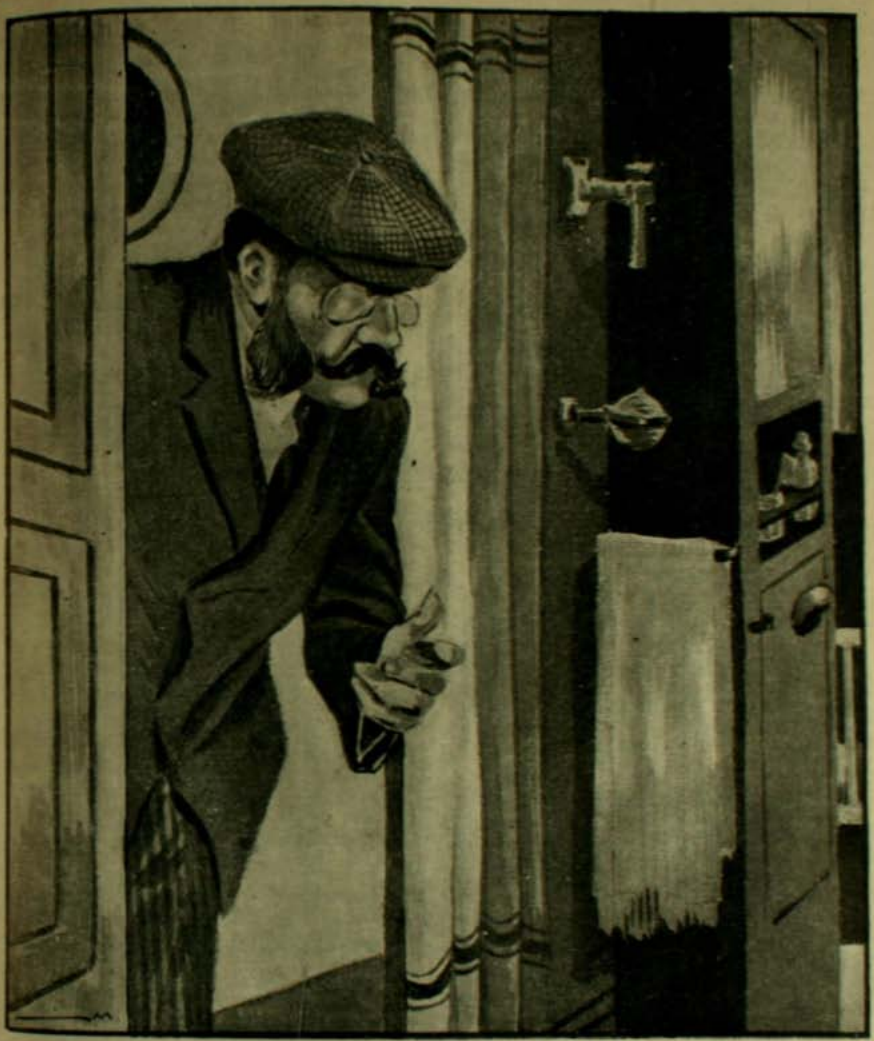
Dicen que hasta las montañas se encuentran. ¿Cómo no habían de encontrarse en una ciudad pequeña, dos hombres que tenían deseos de hablarse? El rastaquore supo que yo era chileno y me abordó en el muelle. La misma noche, y con infinitas precauciones me preguntó por tí. Le dije que habías salido a una gira por Suiza y que me habías encargado enviar tu correspondencia a Milán, donde estarías el 1.o de Septiembre. El 31 de Agosto, el hombre no pudo más y se marchó por el San Gotardo ¿Vas entendiendo?

En Milán recorrerá como en Lucerna las listas de los hoteles... Es muy probable que no dé con tu nombre, pero sí con el de la familia Ibarra, que habrá partido el día anterior...

Gabriel dió un salto de su asiento...

—¡Diego! exclamó, sabías dónde estaba la familia Ibarra y no me lo habías dicho...

—¡Tonto!... La familia Ibarra de Mi-



Y allí, sobre el umbral del camarote, pudo ver con sorpresa la tiesa figura del gringo de marras

lán, es una familia ibarra de mentirijillas... Una cómica andaluza que contraté al punto en Lucerna, y dos tenores alemanes de vaudeville... Van por mi cuenta... Desde el hotel Europa de Milán, enviarán a nuestro rastaquore a Brindisi, donde sabrá que ha llegado también con un par de días de atraso... La familia se embarcará el mismo 1.o para Manila, y, o yo estoy chiflado, o en el vapor siguiente el rastaquoc re tomará aquel camino... Son cuarenta y cinco días de viaje, ocho a lo menos de espera en Brindisi, quince para no encontrar alma viviente en Filipinas, otros cuarenta y cinco para volver a Europa, y otros tantos para llegar al Ecuador, si es que llega... Total, cinco meses, de que disponemos en absoluto.

—¿Y si ese desdichado no tiene nada que ver con nuestros asuntos?

—Pues entonces mejor para él... No hará el viaje a Filipinas. Pero, yo lo estoy

viendo atravesar el Mar Rojo. ¿Qué tal? ¿Me he portado bien, en cuanto a la primera parte de mi programa?

Ahora queda la segunda... Dar con el señor Ibarra y con Carmen, que es lo que más nos importa... es decir a ti...

—¿Has adelantado algo en ese sentido?

—No mucho, pero sí bastante. En cuanto despaché al rastaquore, me fuí derecho a París, y en un par de días supe cuanto podía saber. Allá verás la diferencia entre un hombre enamorado y uno que no lo está. En la legación ecuatoriana, sin preguntar nada a nadie, encontré todos los documentos necesarios. El guía comercial y agrícola de la provincia del Guayas, y una colección de "El Grito de El Pueblo", el principal periódico de Guayaquil.

—¿Y eso sólo te bastó?

—Pero si las señas eran mortales. El fundo de tu suegro está más arriba de Balsar: así por lo menos rezan los apuntes que me diste... Las haciendas situadas en el alto Darle, son muy pocas y no pasan de veinte; poco más allá comienza la montaña virgen. Con esos veinte agricultores apuntados en mi cartera, dí principio a las investigaciones... Recorrí las listas de pasajeros embarcados en Guayaquil y en Caraques: no aparecía en ellas el nombre de ninguno, como era de esperar... En cambio, estos tropicales son fecundísimos en materia de publicaciones sobre bellezas femeninas. ¿Conoces este retrato?

Y Diego presentó a su amigo, una hoja amarillenta arrancada del "Guía Comercial y Agrícola de la provincia del Guayas". Bajo el epígrafe de "Bellezas del cantón de Darle", aparecían unos treinta retratos de mujeres... Al pie de uno de ellos se leía: "Señorita Carmen Arocemena"...

—¡Es ella! balbuceó Gabriel.

—Ya lo creo, y este señor don Pedro Arocemena, el tercero de mi lista, es su padre, tu futuro suegro... No había dónde equivocarse, pero para mayor seguridad, antes de echarme a navegar contigo, le hice algunas discretas preguntas al amigo Asplazu.

—¿Y qué te dijo?

—Poca cosa... El señor Arocemena, es un curuchupa, conservador que diríamos nosotros... Ha estado muy metido en la política, pero vive retirado desde hace tiempo.

—Y ahora ¿a dónde vamos? preguntó Gabriel.

—Al Ecuador, repuso Diego.

—¿Ha vuelto entonces a su país el señor Ibarra... quiero decir Arocemena?

—Eso es más de lo que podría decirte... Pero, haya o no vuelto, si él quiere ocultarse, es inútil buscarlo por el ancho mundo. En cambio, allí en su tierra, en su fundo, podemos coger el hilo por el ovillo: cualquier detalle nos pondrá sobre la pista... Es una aventura que me place. Confía en mí. Yo tengo el instinto de un sabueso. El no está proscripto ahora: esto lo sé á punto fijo. Además, tengo mis razones para creer que ha regresado. Su fortuna es sólo mediocre: unas ochenta mil plantas de cacao... Salió del Ecuador, escapando de alguien, muy probablemente de nuestro rastaquore, y no es raro que haya vuelto, siquiera sea para poner en orden sus negocios, mientras el otro corre como un tonto de aquí para allá...

—Pero ¿qué misterio es este? ¡Dios mío! exclamó Gabriel.

—No te aflijas. Juraría que nada hay de deshonroso en el asunto, pero en esos bellos países del trópico, no sólo el amor es ardiente. Las pasiones todas adquieren un vigor extraordinario. La política es allí un juego de vida o muerte. ¿No has leído el relato de las atrocidades cometidas en Guayaquil el año pasado?... Acaso el señor Arocemena sea víctima de un odio de esos. Acaso también ha hecho algo para merecerlo... Siendo el mejor de los hombres, la pasión de partido, el deseo de vengar algún terrible agravio, le hayan puesto en una situación difícil... En fin, ten paciencia, y saldremos de dudas.

VI

El río Daule es uno de los más hermosos del mundo. Sus aguas tranquilas, de un tono azul verdoso, se deslizan describiendo interminables y caprichosas vueltas, por una planicie suavemente ondulada, cubierta de una vegetación espléndida. El curso superior del río se pierde casi bajo la húmeda y majestuosa selva virgen, que cubre sin interrupción las riberas occidentales de la América del Sur, desde Panamá hasta el Ecuador. Es la montaña real, desierta y salvaje, como en las primeras edades de la tierra... Allí, a no muchas horas del populoso puerto de Guayaquil, puede el viajero creerse transportado a los más remo-

tos confines de la Amazonia. Más abajo, ya cerca del pueblo de Balsar, el paisaje cambia de aspecto. Pequeñas aldeas perdidas entre el follaje, opulentas haciendas, graciosos plantíos rompen la severa monotonía de la naturaleza virgen.

En la confluencia del río Congo con el Daule, se levanta una de aquellas haciendas, la más pintoresca, sino la más rica de la comarca. Sobre una colina cubierta de vigorosa vegetación, que desciende tranquilamente hasta las tranquilas aguas del Daule, se alza un edificio de dos pisos no muy extenso pero rodeado de anchos corredores, a que prestan sombra lujuriosas enredaderas. Son las casas del fundo. Por las cercanías se agrupan en graciosa confusión hasta una docena de chozas de caña, construídas al estilo del país y casi sepultadas bajo los árboles. Más atrás se extienden algunos verdes potreros de janeiro, rodeados de floridos setos, y todavía más lejos, junto a las orillas del Congo, la sombría huerta de cacao...

Es la hora solemne y silenciosa de la siesta... El paisaje parece dormitar con sus esplendores, bajo los ardientes rayos del sol de mediodía. No se oye otro ruido que el monótono chillido de las cigarras y el suave susurro de las aguas del Daule, que se desliza presuroso por entre dos cortinas de verdura.

Bajo el amplio corredor de las casas, una joven de maravillosa hermosura, medio reclinada en un sillón de mimbre, deja vagar su mirada soñadora, desde la esbelta copa de las palmeras, hasta la azulada corriente del río... Tiene un libro sobre la falda, pero no lee... Sin duda espera a alguien.

No tuvo que aguardar largo rato: una ligera embarcación, impulsada por dos vigorosos remeros negros, describió una graciosa curva sobre las aguas del Daule y vino a detenerse junto al gracioso embarcadero de la hacienda, sombreado por dos ceibos gigantescos... Un señor de edad madura, cuyo rostro sombreaban blancas patillas españolas, saltó a tierra, y se dirigió con lento paso hacia las casas de la hacienda.

El lector ya habrá reconocido a don Pedro Arocemena, como ya antes habrá seguramente adivinado a Carmen, en la romántica beldad del corredor.

—¡Cuánto has tardado, papasito! dijo Carmen, después de besar a don Pedro en la frente... No te imaginas las angustias que paso cuando te ausentas.

La frente del anciano se contrajo dolorosamente.

—¿Y tu hermano Máximo? preguntó.

—Acaba de salir... Dijo que iba a visitar el Entable nuevo y que no volverá hasta la hora de comer.

Don Pedro se dirigió a su gabinete de trabajo. Sobre el escritorio se amontonaban confusos legajos de papeles, en cuyo examen quedó completamente absorvido, hasta que el sol hubo traspuesto el horizonte y el paisaje quedó en tinieblas.

Don Pedro encendió entonces una lámpara de petróleo y se disponía a seguir trabajando cuando se oyeron las pisadas de un caballo en las afueras de la casa. Momentos después, abriéndose bruscamente la puerta del despacho, penetró en él un arrogante mozo, con el rostro descompuesto y tembloroso ademán...

—Padre mío, exclamó... No hay un minuto que perder ¡Ese hombre está aquí!...

Don Pedro se puso lívido.

—¿Lo has visto? balbuceó.

—Es aún algo peor que esto, repuso Máximo... Hace apenas una hora, regresaba yo a casa, por el camino del Entable nuevo, cuando un desconocido me salió al encuentro; saludóme con un ademán, puso en mis manos una carta y, sin aguardar respuesta, clavó espuelas a su caballo y se internó al galope por un estrecho sendero de la montaña.

—¿Era Moncayo? preguntó el anciano.

—No, no era Moncayo, pero el papel que me dió ha sido, sin duda, dictado por él...

Y diciendo estas palabras, el joven alargó a su padre un papel sin firma, escrito a máquina...

Don Pedro leyó estas breves y enigmáticas líneas:

"Ya no volverá el señor Ibarra a pasear por Europa, ni a burlarse de quien puede más que él... Si de la fecha en quince días no cumple la sagrada obligación que contrajo, todo habrá concluído."

—¡Dios mío! exclamó el anciano, desplomándose en su sillón.

—Padre mío, dijo el joven con ternura... dime, ¿qué misterio horrible liga a Ud. con ese hombre?...

Don Pedro permaneció en silencio por algunos instantes.

—Vas a saberlo todo, dijo por fin don

Pedro, en el tono de quien ha tomado una grave resolución... Ese miserable, ese Moncayo, es dueño de mi vida y de mi honor... Tranquilízate, Máximo... Tu padre es un hombre de bien... Yo te lo juro en este momento angustioso y supremo...

Mi desgracia tuvo su origen el año antepasado... Mi padre vivía y yo desempeñaba el cargo de principal cajero en el Banco Comercial y Agrícola de Guayaquil... Muy bien conoces las relaciones de amistad que entonces nos ligaban a los dos Moncayo... Mozos ricos, bien nacidos y de modales correctos, eran recibidos en la más alta sociedad del Ecuador, y también lo fueron en casa, para desgracia mía... El mayor de ellos, Tomás, era un alegre vividor, pero buen muchacho en el fondo y honrado a carta cabal. El otro hermano, Francisco, serio, grave, reconcentrado, era el favorito de todas las madres que entonces tenían hijas casaderas... Yo mismo jamás pude sospechar las ruines pasiones que se albergaban en el corazón de ese monstruo y nunca vi con malos ojos las atenciones que prodigaba a Carmen, tu hermanita.

Una tarde, me disponía a retirarme del Banco, cuando se presentó a mi oficina Tomás Moncayo, con el rostro pálido y descompuesto... Debía pagar una deuda de esas que la juventud llama de honor... Se trataba de una suma considerable de cien mil sucres... El caso no admitía espera, porque su acreedor, un norte-americano, iba a embarcarse para los Estados Unidos la misma noche... En ese momento él no tenía dinero disponible, y aunque sus valiosas propiedades, no estaban hipotecadas, el gerente del Banco no le había permitido girar en descubierto un sólo centavo... Sucedía esto en lo más áspero de la crisis de 1908... Todas las puertas se cerraban al pobre joven, y acudía a mí en demanda de auxilio.

Te confieso: lo que Moncayo me pedía, era que cometiese una incorrección, que le admitiera un cheque sin el visto bueno del gerente... El prometía cancelármelo en el plazo de cuarenta y ocho horas... Y en realidad, yo estaba seguro de que tenía medios sobrados para hacerlo. Cometí la debilidad de acceder a su demanda... Tomé de la caja los cien mil sucres en billetes y se los entregué. El iba a firmarme el cheque, pero yo mismo lo detuve.

—Ese papel de nada me serviría, le dije, sino para patentizar la incorrección que acabo de cometer... Prefiero que Ud. sepa que si en cuarenta y ocho horas no ha regularizado este negocio, el amigo que lo ha servido perderá su reputación y cuanto tiene en el mundo...

Moncayo se retiró, llorando de gratitud...

Aquella misma noche, al llegar al Club, la sangre se me heló en las venas, al saber que un cuarto de hora antes, Tomás Moncayo había caído muerto de repente, al penetrar en su palacio de la calle de Elizalde...

Estuve a punto de volverme loco... Por la debilidad de un sólo instante, había comprometido irrevocablemente mi vida y el porvenir de mis hijos... Un rayo de esperanza cruzó, no obstante, por mi alma... Francisco Moncayo, hermano de mi deudor, era a la vez el heredero de su inmensa fortuna... No vacilé y me dirigí a él, resuelto a contárselo todo. Aquel hombre reconocería sin duda aquella obligación sagrada... y además ¿acaso no amaba a mi hija?

Aquel hombre, refinadamente hipócrita, afectó sacudir, al escucharme, la capa de helada indiferencia, que era el rasgo dominante de su carácter...

—Don Pedro, me dijo, no hable Ud. más... Basta que Ud. me pida algo, para que cuanto tengo esté a su disposición.... Pero, el amor, añadió, con aire melancólico, es egoísta... Ud. no puede ignorar los sentimientos que me inspira su hija. Perdone, pues, si aprovecho esta oportunidad para pedirle la mano de Carmen...

—Cómo podría negársela al más noble de los hombres, exclamé, arrojándome en brazos de aquel malvado...

Moncayo, después de prodigarme las más cariñosas muestras de amor filial, afectó quedar por un momento pensativo...

—Don Pedro, me dijo, en este momento, que es el más feliz de mi vida, me asalta sin embargo un triste presentimiento.... Quizás la desgracia de familia que acaba de herirme es la causa de ello... No sé por qué, no me atrevo a creer en mi dicha... Querría marchar mañana mismo a Papayal, a convencerme allí, junto a Carmen, de la realidad de mi ventura... Quiero llevar el testimonio de que el que ayer era sólo el más apasionado de dos amantes, tiene hoy día el derecho de llamarse novio de Carmen...

—Ya lo creo, pues, hombre, le repuse, va-



Bajo el amplio corredor de la casa, una joven, medio inclinada en un sillón de mimbre, deja vagar su mirada soñadora

ya no más... Yo escribiré cuatro letras a la señora..."

Yo no abrigaba la menor desconfianza... Nunca había visto a Moncayo más tierno y expansivo...

—Vaya, siéntese ahí, le dije, señalándole la máquina de escribir, le dictaré la carta, o más bien escríbala Ud. mismo... Se la firmaré sin leerla... Todo lo bueno que Ud. diga de sí mismo, lo apruebo desde luego y sin reserva...

Sin duda el gozo que sentía en esos momentos, me tenía trastornado... Por eso, quizás, no pude vislumbrar el horrible pensamiento que debió cruzar en ese instante por la mente del miserable.

Al presentarme el papel para que lo firmara, Moncayo, afectando una sencilla e inocente chanza, cubrió la escritura con el dorso de la mano...

—Quiero ver, me dijo riendo con la inocencia de un niño, si Ud. tiene en realidad fianza en mí...

Yo firmé sin vacilar. Después de un momento más de conversación, Moncayo me entregó un cheque por cien mil sucres contra el Banco... Su cuenta estaba al haber, y yo tenía la seguridad absoluta de que sería pagado.

Dos meses después murió mi padre, y yo vine a hacerme cargo del fundo de Papayal... Aquí los encontré a Uds... Moncayo venía todos los días, y por lo que pude ver, no adelantaba mucho en sus pretensiones...

Una noche me llamó aparte, en este mismo escritorio en que ahora estamos... Su rostro, alterado y descompuesto, tenía un aspecto fatídico.

—Don Pedro, me dijo... es tiempo de que hablemos seriamente... Ud. tiene contraído conmigo un compromiso sagrado.

—Ya lo tiene Ud. sabido, le repuse, para mí, Ud. es el novio de mi hija...

—Carmen, balbuceó él roncamente, no quiere ser mi mujer...

—Cosas de niña, dije; le prometo hacer en su obsequio, todo lo que sea posible... Alguna influencia tiene siempre la palabra de un padre.

—¿Y si ella persiste en su negativa? preguntó él en tono enigmático...

—Crea, señor, le contesté, que nadie lo sentirá más que yo...

Moncayo, al oír esto, cambió de tono y de ademanes.

—No es eso lo convenido, rugió con cólera... ¿Se ha Ud. imaginado burlarse impunemente de mí?... se equivoca. Yo no soy aquí el que suplica, sino el que manda y exige... No es Francisco Moncayo de los que arrojan al agua cien mil sucres, para salvar el honor de un cajero infiel y para ser víctima en seguida de los caprichos de una mujer y de la doblez de un viejo ingrato... Ahora mismo, señor mío, ahora mismo, va Ud. a ordenarle a su hija ¿lo entiende?... a ordenarle que sea mi esposa... a decirle, que si desobedece, ella, Ud., su familia entera lo perderán todo en la vida... incluso el honor...

Al oír estas palabras, la cólera me cegó...

—No haré eso, exclamé, ni ahora, ni nunca... No debo a Ud. sino el fiel cumplimiento de una deuda sagrada, pero ni eso quiero deberle... Tengo recursos ahora... Voy a pagarle inmediatamente... sus cien mil sucres... ¿Qué interés quiere Ud. cobrarme?...

—Yo no vengo a cobrarle cien mil sucres, rugió Moncayo, fuera de sí... Lo que vengo a exigirle, es la mano de Carmen... y voy a obtenerla.

—Nunca... exclamé.

Moncayo había recobrado, como por encanto, su aterradora frialdad...

—No se avance Ud. tan ligero, dijo con acento sarcástico... Oiga Ud. antes la lectura de lo que firmó en Guayaquil, esa noche memorable... Dice así...

Y Moncayo, desdoblando un papel, leyó lo siguiente:

"Devorado por los remordimientos me quito la vida, en la esperanza de que mi sacrificio borre el baldón que he arrojado sobre mi nombre. El delito que he cometido no puede tardar en ser descubierto... En este instante supremo, quiero declararlo ante Dios y los hombres... Siendo empleado del Banco Comercial y Agrícola de Guayaquil, sustraje cien mil sucres de la caja, para cubrir pérdidas en el juego, y reemplacé esa cantidad con un cheque falsificado por mí, que lleva la firma de don Francisco Moncayo. Pido a mis hijos devuelvan a su legítimo dueño, esa suma y el libro de cheques que le pertenece y que se encontrará en mis bolsillos"...

No comprendí al punto, la horrible verdad de mi situación...

—Poco vale ese papel que Ud. me hizo firmar traidoramente, dije con una energía de que no me juzgaba capaz. Todo lo



Dos individuos conversaban misteriosamente

escrito en él, es falso, y me será fácil probarlo.

—¡Falso! exclamó Moncayo, lanzando una carcajada diabólica... ¿Cree Ud., don Pedro, que yo no he tomado mis precauciones?... Sepa, señor, que hasta ahora no he puesto los piés en Guayaquil, ni mucho menos en el Banco en cuestión... Sepa que en cualquier momento puedo denunciar la estafa, con sólo pedir mi saldo y llamar la atención sobre un cheque que estaré seguro de no haber firmado, y cuya falsificación será tanto más evidente, cuanto que yo mismo lo hice exprofesamente al efecto... Y, por fin... nadie podrá dudar, cuando la confesión de su delito, se encuentra en los propios bolsillos de un suicida...

La desesperación y la cólera me tenían anonadado, y antes que pudiera hacer el menor movimiento, Moncayo, con brusco ademán, colocó sobre mis sienes el cañón de una pistola...

—El menor grito y es Ud. hombre muerto, dijo con horrible calma... Si persiste Ud. en su negativa, en pocos segundos será Ud. un cadáver, pasto de los gusanos, y su familia quedará deshonrada y perdida para siempre...

Comprendí que sólo Dios podía salvarme.

—¡Un plazo!... balbucéa... Yo hablaré a mi hija... ¡Esto sería demasiado horrible!...

—Ocho días, exclamó Moncayo, sólo ocho días... y tenga Ud. presente que su vida y su honor están en mi poder... ¡Soy un Moncayo!... ¡Nadie se burlará impunemente de mí!...

No pude pegar los ojos aquella noche cruel... No divisaba el camino de mi salvación... Iría a denunciar a las autoridades ese espantoso complot!... ¿Quién creería esa historia, a la vez tan inverosímil y tan verdadera?... Mi denuncia iba a servir tan sólo para apresurar mi deshonra... Entonces resolví huír como un loco, huír donde no me alcanzara la pistola de Moncayo, es decir la muerte y el deshonor... Huír para dar tiempo a la Providencia... Salí de aquí en compañía de Uds... oculto como un criminal, extraviando caminos, con el pretexto de una persecución política... Tú sólo supiste que el enemigo era Moncayo... Nos embarcamos para Europa, y allí nos siguió su implacable saña... Cansado de esa vida de prófugo, he vuelto aquí, a esperar el destino... Si la muerte viene, que sea en este sitio, donde han transcurrido los años más felices de mi vida. ¡Pobres hijos míos!...

Por Uds. no temo la muerte, pero sí la deshonra..

El anciano calló, mientras abundantes lágrimas rodaban por sus mejillas.

—Yo mataré a ese hombre, rugió Máximo, sordamente.

Hijo y padre se miraron... y esa mirada decía muchas cosas...

—No, dijo don Pedro... El malvado nos dá aún quince días de tregua... ¡Confiemos en Dios!...

VII

Casi a la misma hora en que tenía lugar esta escena, a muy pocos pasos de allí se desarrollaba otra de muy distinto género.

Hemos dicho que las casas de Papayal, están edificadas en la falda de una colina que desciende suavemente hasta las aguas del Daule. Un pintoresco camino, abierto entre la vegetación, conduce desde las casas hasta el embarcadero. A orillas de ese camino se alza un ceibo gigantesco. Bajo su ramaje, más sombrío aún que la noche misma, dos individuos conversan misteriosamente...

—¿Estás seguro de que Máximo recibió el papel preguntó el uno, de pronto...

Segurísimo, repuso el otro; se lo dí en sus propias manos.

—No habrá pasado un buen rato al leerlo, aquel viejo imbécil, observó el que primero había hablado, y que no era otro que el rastaquore, cuyo encuentro en un ferrocarril de Suiza, tanto había preocupado a Gabriel. ¡Con que un plazo de quince días!... ¡No soy por cierto tan mentecato... Esta vez no se escapará... Esta misma noche, cuando más confiado esté, daremos el golpe...

Moncayo dirigió sus miradas hacia las casas de la hacienda, cuya silueta se destacaba sobre el cielo tachonado de estrellas...

—El viejo se recoge muy tarde, dijo... y es mejor esperar... Aquella sombra que se mueve en la habitación es la de su hijo... Apostaría cualquier cosa a que se ocupan de mí.

—Ahora sale el muchacho, dijo su compañero, un cazador montubio, cuyos ojos tenían la singular penetración de los del gato... Se dirige hacia acá, continuó, agazapándose entre los matorrales, en los que

resplandecía el pálido fulgor de las luciérnagas...

Máximo, pues era él, se encaminó al embarcadero, pasando a pocos metros del sitio en que se ocultaban los dos miserables, y sin sospechar que dejaba atrás al cruel enemigo de su padre, subió al pequeño bote, amarrado junto a la orilla y tomando los remos, dirigió resueltamente su embarcación por el medio del río...

—¡Buen viaje! observó festivamente Moncayo... Esos niños tienen la cabeza caliente... Yo lo había previsto... Sin duda va en mi busca y esta misma noche... ¡Torpeza de muchacho!... Así no nos incomodará nadie...

—Ahora se recoge el viejo, dijo el cazador, mirando hacia la casa. Ha llegado el momento de obrar... Adelante, pues, señor Moncayo, y no olvide lo que le tengo dicho... La subida es por el tronco de la vieja enredadera del costado poniente... En aquel lado no duerme nadie... Es imposible que le oigan... Atraviesa en seguida el corredor. La puerta del dormitorio del viejo queda a pocos pasos...

—Ahora no se escapará, dijo Moncayo, mientras sus ojos brillaban en la obscuridad como los de un tigre... Tendrá su bala alojada en el cerebro, antes que tenga tiempo de decir un ¡ay!... Cuida tú de tener preparada allá abajo nuestra embarcación... que en cuanto a Carmen... si ha sido capaz de despreciarme, no lo será de impedir mi fuga.

... ...

ORIGEN DE UNA SONATA DE BEETHOVEN

Pasaba una nocne el insigne maestro por delante de una casa de la que salían del exterior los ecos armoniosos de una de sus sonatas. Detúvose un momento a escuchar, cuando oye a poco una voz de mujer que exclama:

—Oh! daría cualquier cosa por poder oir este trozo tocado por manos de un verdadero artista.

Beethoven empujó la puerta de la humilde casita y se encontró en una habitación sencilla, contigua a una tienda de zapatería.

Sentada al piano había una jovencita, y a su lado, de pie, un mocetón rubio, fornido, en traje de trabajo.

—Yo pido a Uds. mil perdones, dijo Beethoven un poco confundido, pero he sentido tocar, y como entiendo algo de música, no he podido resistir a los deseos de entrar....

La jóven se puso encendida y el mocetón arrugó el entrecejo como en són de amenaza.

—Hé oído también lo que Ud. decía, prosiguió Beethoven, que deseaba Ud... que daría cualquier cosa por oír... En una palabra, quiere Ud. permitirme que toque?...

—Muchas gracias, señor, respondió el joven, hermano de la niña, pero nuestro piano está bastante estropeado, y además no tenemos música.

—¿Qué no tienen Uds. música? Y entonces como tocaba esta señorita?

De pronto se interrumpió y quedó avergonzado y cohibido. Había fijado su mirada en la niña, que dirigía hacia él dos pupilas apagadas, sin expresión.

—Oh, ruego a Ud. me disculpe... murmuró después, no me había fijado... De modo que según eso, toca usted de memoria?

—Sí, señor, respondió la pobre ciega.

—Y donde oyó Ud. esta sonata.

—Aquí, en la calle... tenemos unos vecinos que tocan... y cuando están abiertas las ventanas... La ciega calló.

Beethoven se había sentado al piano y tocaba. Una nueva fuga, de hermosa inspiración, lo animaba todo en aquel humilde ambiente, entre la jovencita y su hermano que escuchaban entusiasmados, exáticos.

Al terminar la pieza, el zapatero se acercó al pianista.

—Quién es Ud., señor, dígamelo, se lo ruego.

Pero Beethoven no respondió. Fijó en el interlocutor sus ojos, y sonrió, con aquella sonrisa suya peculiar, dulce y melancólica a la vez.

—Escuchad, dijo, y desde la primera a la última nota ejecutó la sonata, de la que la ciega había aprendido un pequeño trozo. Un grito de alegría se escapó de los labios de la niña.

—Beethoven! Beethoven!.

—El genial compositor se levantó y se disponía a partir.

—Oh! tocadla otra vez! gritaron a una voz, suplicante los dos jóvenes.

En este momento los plateados rayos de la luna penetraron en la sencilla estancia y vinieron a besar lánguidamente la pálida faz de la desventurada ciega. La mirada del zapatero se fijó en el rostro de la jóven y exclamó.

—Pobre hermana mía!

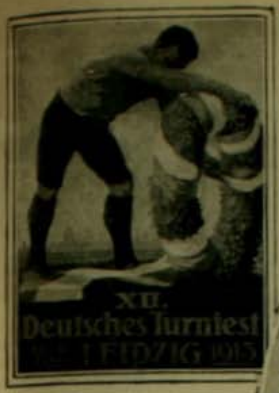
—Pues bien, ya que ella no puede ver la claridad de un rayo de luna, yo se la haré oir.

Y poniéndose a tocar improvisó aquella melodía genial inolvidable, divina, que se conocen bajo el nombre de sonata de "Rayo de luna".

RAM.

✣ ✣ ✣

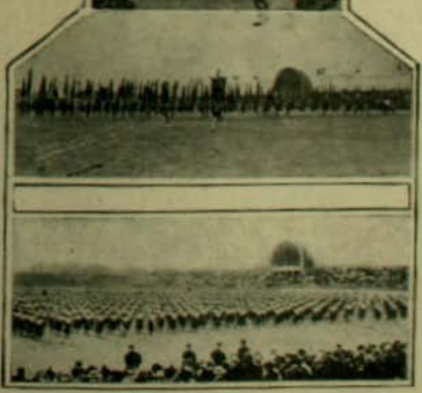
LA XII FIESTA GIMNASTICA DE ALEMANIA EN LEIPZIG











Un carro alegórico de la columna A.—Las banderas marchan hacia la tribuna real.—Ejercicios libres de las jóvenes alemanas.

La tenacidad es una de las características del pueblo alemán. En gran parte debe a esta cualidad su triunfo en el campo científico y las esferas industriales.

En los últimos decenios, los hombres de ciencias de todas las naciones, los pedagogos y los militares, se han preocupado viva e intensamente del problema de la educación física, teniendo como punto de mira lejano, la salud del pueblo, la conservación y la multiplicación de sus energías, para hacerlo más apto para las luchas que la civilización trae consigo.

Conferencias, exposiciones, revistas, polémicas y congresos, se han organizado y sostenido para estudiar este problema, se ha examinado la obra hasta hoy realizada por los diferentes pueblos y gobiernos, y se ha venido a encontrar y demostrar que los países que más energías han dedicado a la cultura física de sus hijos, son los que marchan a la cabeza de los pueblos cultos. Inglaterra y Estados Unidos, con sus juegos atléticos, deben en gran parte la energía de carácter de su pueblo, a la práctica de los ejercicios al aire libre, y a su culto por la Naturaleza. Alemania, con su idolatría nacional por el turn, (gimnasia), ha podido formar un pueblo amante por los ejercicios corporales y admirador de la fuerza y destreza humanas.

Sin embargo, ha sido Suecia, el pequeño y hermoso país escandinavo, la tierra de los fjords y de los gárds, el que ha llamado justamente la atención de los hombres de ciencia de todo el mundo, de los educadores, de los higienistas y militares, con su maravilloso sistema de educación física, que uno de sus hijos mas preclaros, Per Henrik Ling, constituyera para gloria de la nación sueca y para la salud de la humanidad.

En efecto, cuanto congreso organizado por corporaciones serias, de carácter eminentemente científico, se ha celebrado, ha constatado con nuevos es-

tudios la veracidad y la firmeza científica de las bases que Ling dió a su sistema.

Directa o indirectamente, franca o veladamente, la gimnasia sueca va siendo día a día reconocida en su verdadero valor científico. Para no ir más lejos, bastará citar las discusiones y acuerdos del reciente Congreso de Educación Física organizado por la Facultad de Medicina de la Universidad de La Sorbonne, de París, cuya autoridad, universalmente reconocida, sin discusión, ni duda, discusiones y acuerdos que en la esencia de la verdad, no son sino una bella y cierta confirmación de las verdades científicas que sirven de apoyo y base al gran edificio de Pedro Enrique Ling.

Pues bien, cuando aún los delegados que todas las naciones del orbe, habían enviado al Congreso de París, no volvían aún a sus hogares, los alemanes organizan una fiesta colosal, grandiosa, que ha tenido repercusión mundial, y que ha preocupado por el largo espacio de una semana, a este pueblo germánico, trabajador e industrioso como ninguno en la tierra, y que no pierde un momento de su labor diaria y tesonera.

Porque en realidad la 12.a fiesta gimnástica que los alemanes han celebrado en Leipzig, no tiene precedentes en el mundo, por la duración de ella, por el número de gimnastas que han tomado parte y por el interés que el pueblo alemán les ha dedicado.

Los alemanes han pensado y querido demostrar las bondades científicas de su sistema de cultura física, pero no han hecho otra cosa sino presentar de una manera soberbia y grandiosa, el inmenso amor del pueblo por los ejercicios físicos en todas sus manifestaciones: pero principalmente el cariño del pueblo *alemán* por la gimnasia *alemana*.

El patriotismo juega en esto el rol principal. Para los *alemanes* la gimnasia debe ser ante todo *alemana*, como deben ser alemanes, el canto, el vino, la fidelidad y la mujer:

Deutsche Frauen,
deutsche Treue,
deutscher Wein,
und deutscher Sang.

El alemán lleva grabado en lo más íntimo de su sér este sentimiento **outrancé** de nacionalidad, inculcado en la cuna, en el hogar, en la escuela y en la sociedad. Me atrevo a creer que una impresión frenológica debe haberse verificado a través de las generaciones del siglo pasado.

Es inútil pretender convencer a un alemán de que su sistema es anticientífico: no importa; es alemán. Si se quiere hablar con un sabio sobre la materia, es tiempo perdido; desde el preciso momento en que se aborda el asunto, el sabio pasa a ser más alemán que sabio.

Aquí me he venido a convencer que la gimnasia alemana no caerá jamás, no dejará jamás su lugar al sistema y a los métodos científicos. Será vencida en el extranjero, en todas partes abandonada; pero la gimnasia alemana será adorada, y practicada con entusiasmo dentro de la Alemania, mientras subsistan las características que han llevado a este pueblo al alto rango que ocupa en el reino de la civilización.

La suerte del Deutsche Turn, está encadenada a la suerte del pueblo alemán: mientras éste viva y florezca, vivirá y florecerá la gimnasia alemana, aunque no sea sino en tierra alemana y aún en toda tierra donde vivan dos alemanes.

Por esto, mientras en el cerebro del mundo, en la Ciudad de Luz, la gimnasia alemana quedaba fuera de la consideración científica, los gimnastas todos de la poderosa Confederación Germana se reunían en Leipzig alrededor de sus banderas y en torno del estandarte venerable del Vater Jahn (padre de la gimnasia alemana), para renovar sus votos y gritar a todos los vientos, para que los oigan de todos los rincones del orbe, que el pueblo alemán ha llegado a ser por medio de la gimnasia de Jahn, **libre, leal, laborioso y lozano**.

Con un tino admirable y con un teson, propios sólo del pueblo alemán, el directorio de la Deutsche Turnenschaft (Federación Alemana de Sociedades de Gimnasia), ha trabajado fuertemente en la organización de esta gran fiesta. El alma de todos estos trabajos preparatorios y también de los trabajos de realización de la magna fiesta, ha sido el doctor Ferdinan Goetz, presidente honorario de la Federación Gimnástica, en cuyas filas ha militado setenta años, consagrados a la propia educación física, y la dirección de la gran sociedad. Hoy por hoy, el doctor Goetz es la personalidad más sobresaliente entre los gimnastas. Cuenta 87 años de edad y se encuentra aún en la plenitud de vida, sano



Las columnas A y B pasando las arcadas de la puerta monumental de la plaza en que se arregló el campo de ejercicios



Dr. F. Goetz, presidente honorario y vitalicio de la Federación de las sociedades alemanas de gimnasia. Tiene 87 años y se conserva vigoroso y ágil. Ha dirigido los pesados trabajos de la 12.a fiesta gimnástica en Leipzig.



Los gimnastas de la región del Maine acompañando el estandarte de la Federación a través del campo de ejercicios.



Su Majestad Federico Augusto, rey de Sajonia, el príncipe de la corona y el Dr. Goetz en el palco real, presenciando el desfile de las banderas.



Ejercicio libre de conjunto de las jóvenes gimnastas alemanas

vigoroso y con gran capacidad de trabajo. El Dr. Goetz, es un anciano simpático, amable; se hace querer de cuantos le rodean. Yo le conocí en su casa de campo en Lindenau, un pequeño pueblo de los alrededores de Leipzig. Me recibió amablemente, se interesó mucho por el desarrollo de la educación física en Chile, del cual tenía muy buena idea, ya que había enviado dos representantes oficiales para ver las fiestas; pero se manifestó muy sorprendido de que siendo yo el inspector de educación física, estando en Alemania y hablando alemán, no me hubiese mi gobierno dado tambien la misma comisión, tan importante y tan barata. Y con una sonrisa semi picarezca agregó: "Son cosas de países nuevos". Yo me atreví a replicarle: "Son cosas **viejas** en países nuevos". Celebró mi ocurrencia, y me consoló dándome todas las seguridades de que se me proporcionaría las facilidades necesarias para presenciar las fiestas y poder estudiar su organización y de este modo subsanar el **olvido** chileno.

Cuando al otro día siguiente volví a Berlín, encontré sobre mi mesa de trabajo un gran paquete que contenía todo el material impreso que se había necesitado en

la organización de las fiestas, una tarjeta de honor, recuerdo de la 12.a fiesta gimnástica, una tarjeta de entrada para todas las fiestas y para un asiento de preferencia en la tribuna real, una medalla conmemorativa, una medalla insignia, un libro conmemorativo de la Federación Alemana y un plano de Leipzig, y del campo de las fiestas.

Recibí todo esto a las 24 horas de haber hablado con el doctor Goetz en su casa de campo, incluyendo en este tiempo el transcurso de una noche.

He hecho especial hincapié en este detalle, porque hizo en mí una agradable impresión y me reveló primero la incomparable atención y bondad del venerable anciano, actual padre de la gimnasia alemana, y después la admirable organización del comité de las fiestas.

El Encargado de Negocios de Chile en Berlín, señor Gana, agradeció en una atenta nota al presidente de la Federación Alemana, las consideraciones y facilidades que se habían prestado al Inspector de Educación Física de Chile.

*

Las fiestas preparatorias se han venido verificando desde el mes de Junio.

Igualmente el arreglo del campo de ejercicios con todos sus anexos ha necesitado mucho tiempo y mucha labor.

Los días oficiales de fiesta fueron, sin embargo, los comprendidos entre el Viérnes 11 y el Jueves 17 de Julio.

En todas las ciudades y en todos los pueblos alemanes, podían verse los affiches de la fiesta, en hermosos cuadros representando jóvenes de uno u otro sexo, en trajes o actitudes gimnásticos.

Desde la mañana del Sábado 12, la nueva estación central de Leipzig (hoy por hoy la más grande del mundo), se hacía estrecha para contener la inmensa cantidad de gente que por motivos de las fiestas llegaba de todas las ciudades y villas alemanas. Cada diez minutos llegaban trenes repletos de gimnastas y de visitantes. En el gran hall de la estación, esperaban a los gimnastas las comisiones receptoras y los guías que los conducían pronto al alojamiento que les estaba reservado. En todo reinaba un orden admirable, interrumpido sólo por los sonoros ¡Gut Heil! con que los gimnastas se saludaban. Alegría, camaradería entusiasmo por todas partes, insignias, pendones, banderas, estandartes, de los más variados colores, se paseaban por las calles, sirviendo de enseñas a las diversas instituciones que formadas marchaban a sus alojamientos saludándose todos y todas con un sonoro Gut Heil!

Las calles de Leipzig, profusamente embanderadas y adornadas con guirnaldas, los edificios públicos, los hoteles, con sus fachadas artísticamente presentadas y los balcones engalanados con riços y hermosos tapices y flores de todos colores. Los tranvías, los coches, los automóviles, todos los carruajes adornados con gusto y abriéndose paso difícilmente por medio de una multitud compacta, que llenaba los arroyos y las aceras. Parecía una ciudad de las leyendas orientales, una bella adornada con sus mejores galas y dispuesta con gracia y con amor a recibir al prometido de su corazón. Y por todas partes las músicas militares, las fanfarras, los tambores y los saludos gimnastas, el Gut Heil, infinitamente repetido y siempre con el mismo entusiasmo, con la misma energía!

Ya desde la una de la tarde del día Sábado se había agrupado frente a la Estación Central una enorme masa de gente, no menos de 40 mil personas, con el objeto de saludar el estandarte y las banderas de la Federación Alemana de Sociedades de Gimnasia que debían de llegar de Frankfurt am Meine, acompañados de los gimnastas de esa región. Poco antes de la hora indicada oficialmente, llegaron a la estación los trenes repletos de gimnastas, bajo la dirección del profesor Bender. En los andenes fueron saludados por la comisión de la ciudad de Leipzig. El doctor Goetz, en un corto discurso, saludó el estandarte de la Federación, a nombre de la comisión organizadora, y dió la bienvenida a los gimnastas.

En el parque que se extiende frente a la estación, se había levantado una tribuna al rededor de la cual se colocaron el estandarte y las 20 banderas de la Federación En medio de los aplausos de los miles de espectadores, el magistrado de Leipzig, señor Seifert, saludó a nombre de la ciudad las insignias y dió la bienvenida a los gimnastas del Maine en un brillante y patriótico discurso. En seguida, en medio de vivas y vítores, y acompañados por las mú-

sicas militares, el estandarte y las banderas federales fueron llevados a la Municipalidad y dejados allá en resguardo, para ser nuevamente conducidos al campo de la fiesta esa misma tarde, con motivo de la inauguración oficial de las fiestas.



El estandarte y las banderas de la Federación dirigiéndose al lugar de la inauguración de la fiesta.

El día había estado nublado y aún a ratos, una lluvia finísima había intranquilizado los ánimos y hecho temer un mal tiempo y por consiguiente un deslucimiento de las fiestas. Sin embargo, a medida que se acercaba la hora de la inauguración, el cielo iba clareando visiblemente, las nubes se alejaban de Leipzig y el sol empezaba a brillar, llevando a los corazones la alegría y dando mayor hermosura y animación al conjunto.



El desfile de la columna A a lo largo de la tribuna



El Dr. Goetz dirigiendo la palabra a los gimnastas alemanes el día de la inauguración de la fiesta.



El Dr. Goetz es felicitado por el burgomaestre de Leipzig. Al fondo el estandarte de la Federación, a la derecha el escudo.

Como a las seis de la tarde, empezaron a llegar al campo de la fiesta, las sociedades de gimnasia, con sus banderas e insignias y se colocaron al rededor de la tribuna real. Miles y miles de espectadores se congregaron allí para presenciar la entrega del estandarte de la Federación a la ciudad de Leipzig y la inauguración de las fiestas.

En la tribuna real ocupaban los puestos de honor Su Excelencia el Ministro de Instrucción Pública, Dr. Beck; el miembro del Consejo Superior de Gobierno, Dr. Lewald; el Consejero Municipal Hintze; el Mariscal General von der Goltz, como representante de la Liga de la Juventud Alemana; el Ministro de Estado Excelencia von



Los ingleses en el desfile

Podbiedlski; el presidente del Comité nacional alemán de Juegos Olímpicos y varias otras personalidades.

El consejero de Justicia, Dr. Rothe, a nombre del Directorio General de la Federación, saludó a los gimnastas y a los extranjeros que participaban en las fiestas. Luego después el Ministro de Instrucción del reino de Sajonia, Dr. Beck, en un hermoso discurso, declaró inauguradas las fiestas gimnásticas.

El doctor Goetz, hizo en seguida una reseña del desarrollo de la Federación Gimnástica Alemana, y puso de relieve su influencia en el desenvolvimiento y afianzamiento de la idea de la unidad en el pueblo alemán.

El burgomaestre de Leipzig, en nombre de la ciudad y los ciudadanos, saludó especialmente al viejo luchador y patriota, el doctor Goetz, que durante 70 años se ha consagrado a fomentar y a elevar la cultura física del pueblo alemán, y en vibrantes palabras, a nombre de Su Majestad Federico Augusto, rey de Sajonia, como reconocimiento de sus patrióticos servicios y como manifestación de simpatía por la obra de la Federación Gimnástica Alemana, le comunicó que había sido condecorado con Cruz de Oficial de la Orden de Albrecht.

En medio del mayor júbilo y de los Gut Heil, reglamentarios de los gimnastas, el doctor Goetz fué condecorado y efusivamente felicitado.

Durante la noche tuvieron lugar en los diferentes hoteles de la ciudad animadas reuniones (Kommerz), de los gimnastas.

El segundo día es el más importante de estas fiestas. Como día Domingo, el número de espectadores aumenta enormemente y los gimnastas que por una u otra causa no han podido llegar el Sábado, llegan por la mañana de este Domingo.

El tiempo es hermosísimo, y a medio día el sol quema bastante, y poco a poco el calor se hace sentir pesadamente.

Desde muy temprano empiezan las pruebas eliminatorias de los diferentes concursos, muy interesantes todos ellos y muy concurridos de competidores. El campo de fiestas presenta un golpe de vista admirable. Ocupa una extensión rectangular de 200 metros por 150, rodeado de galerías construídas de madera. De las barandas superiores de estas galerías se elevan cada 15 metros de distancia, altos mástiles donde flamean las banderas de todas las naciones que se hacen representar, en consorcio con las banderas alemanas, sajonas y de Leipzig.

El tricolor chileno, flamea también hermosa y gallardamente en este conjunto internacional.

En la ciudad se nota un movimiento insólitado, las fanfarras, los pitos, los Gut Heil, resuenan por todos lados. Los gimnastas, engalanados con sus enseñas y formados tras su estandarte, se dirigen apresuradamente al compás de sonoros cantos, hacia determinados sitios, señalados de antemano como puntos de reunión. En dos grandes plazas y en las calles vecinas, se reunen todas las instituciones gimnásticas con todos sus miembros, y organizan dos grandes columnas que, atravesando la ciudad entera, se dirigen al campo de las fiestas, para desfilar ante las tribunas repletas de gente. Como a las 10 de la mañana, ya no cabía una persona más en las cuatro tribunas que rodeaban el campo. Los alrededores también están repletos de gente. Se calcula el número de espectadores en más de 200 mil.

El sol abrasaba con su calor insoportable, y el público empezaba a impacientarse con la demora de la llegada del desfile. Algunos juegos ejecutados por los escolares de Leipzig, en el centro del campo, entretuvieron, sin embargo, a los concurrentes.

A medio día se sintieron a lo lejos los sonidos de las trompetas con que los heraldos anunciaban la proximidad de las columnas. Las dos entraron más o menos al mismo tiempo a la plaza del campo de fiesta, cada una independientemente.

La columna A, desfiló solamente por un costado, tribuna A, del campo; mientras que la columna B, desfiló ante las tribunas D, C, y B, delante de la tribuna real, donde nosotros estábamos instalados.

En la primera columna desfilaron todas las delegaciones extranjeras y de los clubs alemanes de las colonias.

Abría la marcha una banda militar, y seguían las banderas y delegaciones extranjeras.

Venían después los veteranos, en carruajes primorosamente adornados. En uno de éstos venía el Dr. Goetz.

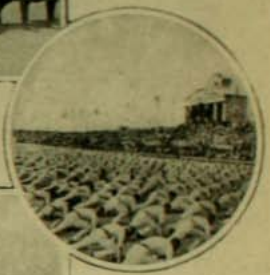
A continuación empezaron a pasar las

sociedades de gimnasia con sus banderas e insignias, acompañados por músicos militares o civiles.

Los gimnastas venían uniformados y se podía conocer por el traje el país o la región de procedencia. En interminable serie durante más de dos horas, desfilaron ante la tribuna A, más de cuatro mil sociedades y más de 35 mil gimnastas, en medio de las aclamaciones ensordecedoras de la multitud, de los aires marciales de las bandas, de los cantos de las sociedades alemanas de



Entrada de las jóvenes gimnastas al campo de ejercicios



Ejercicios libres



Los gimnastas marchando de a cuatro para ocupar sus puestos para ejercicios libres de conjunto.



Ejercicios libres



Ejercicios libres de conjunto vistos desde la tribuna A y ejecutados por 25,000 gimnastas.

canto, de los hurras y los Gut Heil, de gimnastas y espectadores. Cada nuevo Club que aparecía, era objeto de nuevas y tan efusivas manifestaciones como el que acababa de pasar, y cada nuevo carro alegórico que se destacaba sobre las multitudes, les hacía prorrumpir en delirantes ovaciones.

Simultáneamente por los otros ejes costados, las tribunas D, C y B, desfilaba la columna B, organizada en forma parecida. Los heraldos y las delegaciones clubs extranjeros a la cabeza; entre estos últimos es menester citar a los austriacos por su espléndida presentación.

Aún no terminaban de desfilar los cuarenta mil gimnastas de la columna B, cuando se produce un inusitado movimiento en la multitud. Todo el mundo miraba hacia el oriente. En el cielo, allá a lo lejos, se divisaba como un pequeño cigarro blanco, cuyas dimensiones se agigantaban por momentos. Era el Zeppelin Sajonia que a toda máquina se dirigía al lugar de la fiesta.

En pocos minutos el gigantesco barco aéreo estaba sobre nuestras cabezas, dominando con los roncos giros de las hélices las aclamaciones de la multitud. Desde las barquillas del Sajonia saludaban con sus pañuelos los tripulantes y abajo las 300 mil almas *alemanas*, reunidas por el ideal *alemán*, de grandeza, prorrumpían en estupendas manifestaciones de júbilo interminables, incomparables. Aquel momento fué verdaderamente grandioso. Yo me sentí inmensamente conmovido y comprendí en ese momento en toda su extensión la grandeza del pueblo alemán, y entusiasmado por ese espectáculo, grité con todas mis fuerzas: Yo te saludo, pueblo grande y fuerte! Nadie me oyó, ni se fijó en mí siquiera, pero yo quedé satisfecho de haber rendido homenaje sincero en tan propicio momento a este pueblo alemán virtuoso, trabajador y fuerte.

Pocos momentos después y aún el Sajonia no se perdía de vista en el horizonte, llegó el rey Federico Augusto, acompañado del príncipe heredero, y de Su Alteza el Duque de Coburgo-Gotha. Fueron recibidos por el Dr. Goetz y ocuparon el palco real, en medio de las aclamaciones y los *Gut Heil* del pueblo.

Empezaron luego a entrar al campo de ejercicios, largas columnas de gimnastas, en traje blanco, y se formaron en columnas estrechas y cerradas al fondo del campo, delante de las tribunas D, con frente a la tribuna B y a la logia real. Luego después tomaron colocación delante de estas columnas, todas las banderas de todos los clubs alemanes presentes, formados en una triple fila, que se extendía de lado a lado del campo.

Al frente de todo este conjunto se situó el estandarte de la Federación Gimnástica Alemana.

A una señal dada, toda la extensa fila de banderas avanzó en dirección del palco real, atravesando el vasto campo, en perfecta formación, al són de las músicas militares, situadas en un gran pabellón acústico en las tribunas C. Esta marcha de las banderas fué algo maravilloso, produjo un júbilo indescriptible en los miles y miles de espectadores. Más de cuatrocientas de las más viejas banderas de los clubs de gimnasia, escoltando la histórica bandera que el padre de la gimnasia alemana, F. L. Jahn, alzara en Hasenheide, en su primer gimnasio, y todas ellas precedidas por el hermoso estandarte de la Federación.

Frente a la loge real, la hermosa e imponente fila de banderas hizo alto y a una señal, todos saludaron al rey de Sajonia, y al duque de Coburgo-Gotha.

El estandarte de la Federación pasó adelante y subió a la tribuna a rendir honor a Su Majestad, mientras las demás banderas se retiraban del campo, al compás de las aclamaciones y aplausos estruendosos. Un momento de pausa y de silencio, y empiezan las bandas militares una hermosa marcha, al compás de la cual empezaron a desgranarse en filas de cuatro y en más de treinta columnas, las más de gimnastas, agrupados al fondo del campo.

Cerca de media hora se demoraron los 25 mil gimnastas en marchar adelante y ocupar las distancias necesarias, formados de a cuatro.

A una señal dada, las columnas se abrieron y cada gimnasta ocupó un lugar separado para poder libremente ejecutar los movimientos de conjunto. La orden, la señal dada para abrir las columnas, fué ejecutada con gran rapidez y precisión, lo que mereció prolongados aplausos.

Al compás de marchas o de valses ejecutados por las bandas militares, los 25 mil gimnastas desarrollaron un corto programa de ejercicios libres, que resultaron en el conjunto muy bonitos y dieron ocasión a nutridos aplausos.

Al terminar el penúltimo ejercicio, los gimnastas entonaron la hermosa y patriótica canción "Deutschland, Deutschland über alles", acompañados por todos los presentes, más de 300 mil almas, con voz fuerte y segura. Jamás me había sido dado formar parte de un coro más gigantesco, y digo formar parte, porque también de pié, como todos, sombrero en mano, uní con placer mi voz a la de todo este pueblo profundamente patriota. Los tres Gut Heil, terminaron este acto grandioso de amor a la patria, que forma la esencia del espíritu del pueblo alemán.

Esta colosal manifestación me produjo una impresión de bienestar, de gozo interno. Recordé, también, aquellas noches alegres que en franca camaradería he pasado con los socios del Club Gimnástico Alemán de Santiago, en su local de la calle San Martín.

Cuando terminados todos sus ejercicios, los gimnastas se retiraron, fueron objeto de una verdadera ovación.

Tocó el turno a las gimnastas alemanas, que en número de 4,000 más o menos, ejecutaron a su vez una serie de variados movimientos, dirigidas por el director de gimnasia señor Schützer.

Las jóvenes fueron objeto de las más delirantes manifestaciones de simpatía y aplaudidas a rabiar.

Poco después de la terminación de los ejercicios libres de las jóvenes, se retiró Su Majestad el rey de Sajonia, no sin haber efusivamente felicitado al Dr. Goetz.

En los días siguientes se desarrollaron los torneos para optar a los hermosos premios que la Federación y la ciudad de Leipzig había destinado a los vencedores.

Digna de mencionar es la sección de gimnasia militar, que se desarrolló en espléndidas condiciones el día Miércoles, habiéndome llamado especialmente la atención el rumbo práctico que se le da a la esgrima de bayoneta.

En la tarde de este mismo día, el Dr. Goetz, con toda la ceremonia del caso, hizo la proclamación de los vencedores, los cuales eran llamados en alta voz a la tribuna real, y coronados con laureles por las jóvenes más hermosas de Leipzig, y las alumnas más aplicadas de los colegios de la misma ciudad. La coronación de los vencedores es sencillamente emocionante y creo que deja huellas profundas en el espíritu. Los compañeros de Club, paseaban en hombros a los vencedores laureados, y luego después en formación, con una banda de músicos a la cabeza, recorrían la ciudad, vivando su bandera y sus campeones.

Las fiestas terminaron con hermosos y originales fuegos artificiales, en la noche del Miércoles 16, dejando en los espíritus alegría, satisfacción y confianza en el futuro de la raza alemana.

Y antes de terminar, es indispensable dejar constancia del orden admirable con que fueron organizadas y se desarrollaron las más imponentes y más grandes fiestas gimnásticas que se hayan celebrado hasta hoy. Y no hay que admirarse que haya reinado el orden y la organización, porque Alemania es precisamente la tierra de la organización y el país del orden.

G. M.

Berlín, 17 de Julio de 1913.

RECLAME ORIGINAL

La reclame que para llamar la atención no perdona medio, ha tomado un nuevo giro y ha ofrecido en Norteamérica (dónde había de ser?) un nuevo y singular espectáculo. En una calle principal de Nueva York, un señor alto y delgado parece indeciso para bajar de la acera y cruzar la calle; de pronto con la imprudencia de un hombre tímido que se resuelve, va a pasar en el momento en que el peligro es mayor, entre el laberinto de coches, tranvías, automóviles, etc., que en vano tocan sus timbres y bocinas porque el señor parece sordo.

Dos guardias se apresuran entonces a suspender la circulación de carruajes, mientras al propio tiempo un fornido mocetón que sujeta un enorme mastín de la cadena penetra en el espacio que ha quedado despejado de carruajes; el perro se enfurece y se abalanza sobre el señor alto y delgado, pareciendo que hace presa en una pantorrilla. El dueño llama a su perro en vano; el mastín hinca los dientes en su presa en la pierna del desconocido. La gente se aglomera, se arma una confusión de mil diablos; sólo una persona permanece tranquila e impertérrita: la víctima que con el sombrero en la mano ayuda a dos personas a subir al tranvía; cuando han subido, el amable incógnito, siempre con el perro pegado a la pantorrilla, echa mano a un bolsillo y distribuye entre la aglomerada muchedumbre prospectos anuncios en los que se lee: "Comprad vuestros pantalones en casa de Yukz, son irrompibles!..."

Hasta a los perros utilizan los yanquees para sus reclames!...

RAM.



Perspectiva iluminada de la Exposición Internacional Panamá-Pacífico de San Francisco 1915

MONSEÑOR

El talentoso novelista francés Henri Austruy, redactor jefe de la *Nouvelle Revue* es uno de los más espirituales humoristas. La Cruz de Caballero de la Legión de Honor que acaba de recibir, recompensa un verdadero mérito de escritor fantástico y refinado. Es sabido que M. Austruy lleva el título (pero no en la capital) de obispo de la Iglesia gnóstica de Francia, cuyo jefe supremo y patriarca, es el erudito y convencido M. Fabre des Essarts. Hé aquí de fuente cierta cómo el famoso periodista consiguió la elevada dignidad episcopal. Un día que M. Fabré des Essarts colaborador de la "Nouvelle Revue" presentaba un artículo a su redactor jefe M. Austruy, neófito al parecer de la Gnosé pidió este al patriarca un obispado, y acto continuo. El patriarca que desconfiaba un tanto de la ortodoxia gnostica de este candidato se hizo el sueco. Entonces Henri Austruy descargando en la mesa un tremendo puñetazo:

—Patriarca, nombreme Ud. obispo! ira de Dios...! o le levanto un cisma!

Y el patriarca le impuso las manos! Desde entonces M. Austruy se titula obispo de Batignolles y Clichy... Aún no ha tomado posesión de su diócesis gnóstica, pero eso no le impide de cuando en cuando de llevar guantes violeta, como un prelado de la Iglesia católica, apostólica, romana.

Un día en los almacenes del Louvre se acercó a la sección de guantería.

—Deseo unos guantes, dijo.

Y al mostrársele guantes corrientes.

—Guantes eclesiásticos, añadió con una voz un poco grave.

El dependiente, deferente, pone sobre el mostrador tres cajas. Abre una: guantes negros? M. Austruy hace con la cabeza un leve signo negativo:

—No es de estos!

El dependiente, apresurándose descubre otra caja. Son guantes rojos para cardenales. Y M. Austruy, modesto exclama con dulzura:

—Aún, no!

Entonces el dependiente abre la caja de guantes violeta y murmura respetuosamente:

—Oh! entonces son estos, Monseñor!

R.A.M.

LA SIRENA

Por

JULES LEMAITRE

Ilustraciones de Gordon

Al acercarse al islote de las Sirenas, el viento cayó y las olas se adormecieron. Mientras los marineros recogían las velas, Ulises, recordando los consejos de Circe, amasaba cera entre sus robustas manos y atascaba con ella los oídos de todos sus compañeros. Estos, después de atarlo al mástil con sólidas cuerdas, hendieron con sus remos el mar espumoso.

Las sirenas habían visto el barco desde el fondo de su gruta. Cuando estuvo al alcance de su voz, acercáronse a la orilla y se pusieron a cantar.

—Venid, caros humanos, venid!... Ningún navegante se ha acercado a nuestra isla sin atender a nuestra voz; luego se aleja lleno de alegría, conocedor de muchos secretos, pues nosotras sabemos todo lo que ocurre sobre la madre tierra.

Erguían sus cuerpos frescos y resplandecientes, y repetían su llamamiento con un ademán de sus hermosos brazos. Pero el más poderoso de sus sortilegios era su voz, dulce como una mar lechosa, penetrante como el olor de las algas, tierna como el acento de una amante.

Ulises se revolvía entre las cuerdas que le aprisionaban; pero, de antemano advertidos sus compañeros, apretaron las amarras alrededor de sus brazos y piernas.

Sin embargo, uno de los marineros llamado Euforión, pensó que bien valía oír, aunque fuera al precio de la vida, unos cantos que inquietaban a tal extremo a un hombre tan experimentado como el prudente Ulises.

Arrojando la cera de sus oídos, puso atención...

Tales cosas oyó, que se inclinó más y más sobre la borda, y poco después se sumergía en la ola amarga.

Los marineros vacilaban en abandonar a su camarada, pero Ulises les significó con una mirada que siguieran avante y doblaran el islote.

❁

... Euforión nadaba en dirección de las voces con todo el vigor que le daba su deseo.

El agua refulgente al sol, se ensombrecía al penetrar en una azulada gruta. A la entrada se erguían las sirenas, en número de siete. Semejantes a las mujeres jóvenes por el torso, tenían glaucas las pupilas, cabellos de oro verdoso, los dientes puntiagudos, la boca algo grande y un rostro infantil. Sus caderas se estrechaban bajo un cinturón de escamas, y el nadador veía agitarse a flor de agua los suntuosos reflejos de su cola de pescado.

Cuando estuvo cerca, las sirenas cesaron en sus cantos y se arrojaron sobre él dando un fuerte grito; lleváronlo al fondo de la gruta y lo depositaron sobre una saliente de roca, encubierta de osamentas. Como que tan lindas personas tenían por costumbre desgarrar los cuerpos de los náufragos y beber su sangre.

Ahora bien, una de las sirenas le había parecido a Euforión más bella que las demás y de un semblante menos impasible. Volviéndose a ella le dijo:

—Moriré contento de haber oído el canto de las hijas del mar; pero sería más feliz aún si la muerte me viniera solamente de tí.

La sirena le miró sorprendida. Era la primera vez que veía asomar un deseo y un pensamiento a la faz de un hombre. De ordinario, las facciones y los ojos de los

náufragos no expresaban más que terror, y aún, después que su esfuerzo los había rendido, ya no expresaban sentimiento alguno.

La sirena apartó a sus hermanas con un gesto y les dijo:

—El extranjero me pertenece.

Las otras se alejaron, ya fuese porque la que así hablaba tuviese sobre ellas alguna autoridad, ya porque un convenio secreto reglara el reparto de los despojos vivientes del mar.

Al quedar sola con el griego sutil:

—¿Tu nombre? le preguntó.

Y cuando lo supo:

—Euforión, yo te amo, agregó al instante. Inmortal como soy, es la primera vez que digo esto y que siento lo que significa.

—Y tú, dijo el griego, ¿cómo te llamas?

—Leucosia.

❁

Fieles al pacto convenido, las otras sirenas dejaron a Euforión y Leucosia que vivieran a su capricho.

Había detrás de la gruta una oculta pradera regada por una fuente de agua dulce. Euforión bebía de esta agua y se alimentaba con los productos del mar.

Leucosia no lo abandonaba un momento. Juntos se dejaban mecer por las olas, sintiéndose envueltos y sostenidos por su húmedo abrazo. A veces, la sirena lanzábase de lo alto de una roca; el hombre la recibía en sus brazos y ambos se sumergían en el abismo. Retozaban al sol, entre las peñas de las ensenadas, en medio a los remolinos de espuma, o bien jugaban con los pacíficos delfines, persiguiéndolos con sus jugarretas...

Al llegar la noche, y mientras las otras sirenas se tendían juntas sobre la yerba, Euforión y Leucosia se retiraban a un extremo del prado. El hombre se reclinaba a dormir en los fríos brazos de la divinidad acuática.

Sus conversaciones eran breves, a causa de que Leucosia sólo conocía las palabras que designaban las cosas esenciales en la vida de una semi-diosa marina, habitante de un arrecife del Mediterráneo. Sabía nombrar el cielo, el mar, el sol, la luna, las estrellas, las rocas, los peces y las diversas partes del cuerpo. También sabía decir: Veo, oigo, siento, amo, deseo, confío, quiero... Más, a esto se reducía casi todo su vocabulario de joven inmortal.

Un día, Euforión le dijo:

—En el momento en que os escuché desde la nave rápida, tú y tus hermanas pretendíais saber muchas cosas ignoradas de los hombres. Dímelas, Leucosia.

Ella le hizo comprender entonces que las sirenas mentían, haciéndolo así para excitar la curiosidad de los viajeros.

Y, en efecto, lo que cantaban y él oía ahora todas las noches, no expresaba conocimientos espirituales sino los sentimientos que responden a la gracia del amanecer, al esplendor del crepúsculo, a la inmensidad y a la belleza del mar,—o sencillamente a la satisfacción de poseer un cuerpo ágil e infatigable,—de tarde en tarde la punzada de un deseo que permanecía indeterminado para las ingenuas cantantes, pero que en el alma de Euforión, agobiada por los recuerdos y su experiencia humana, se precisaba dolorosamente.

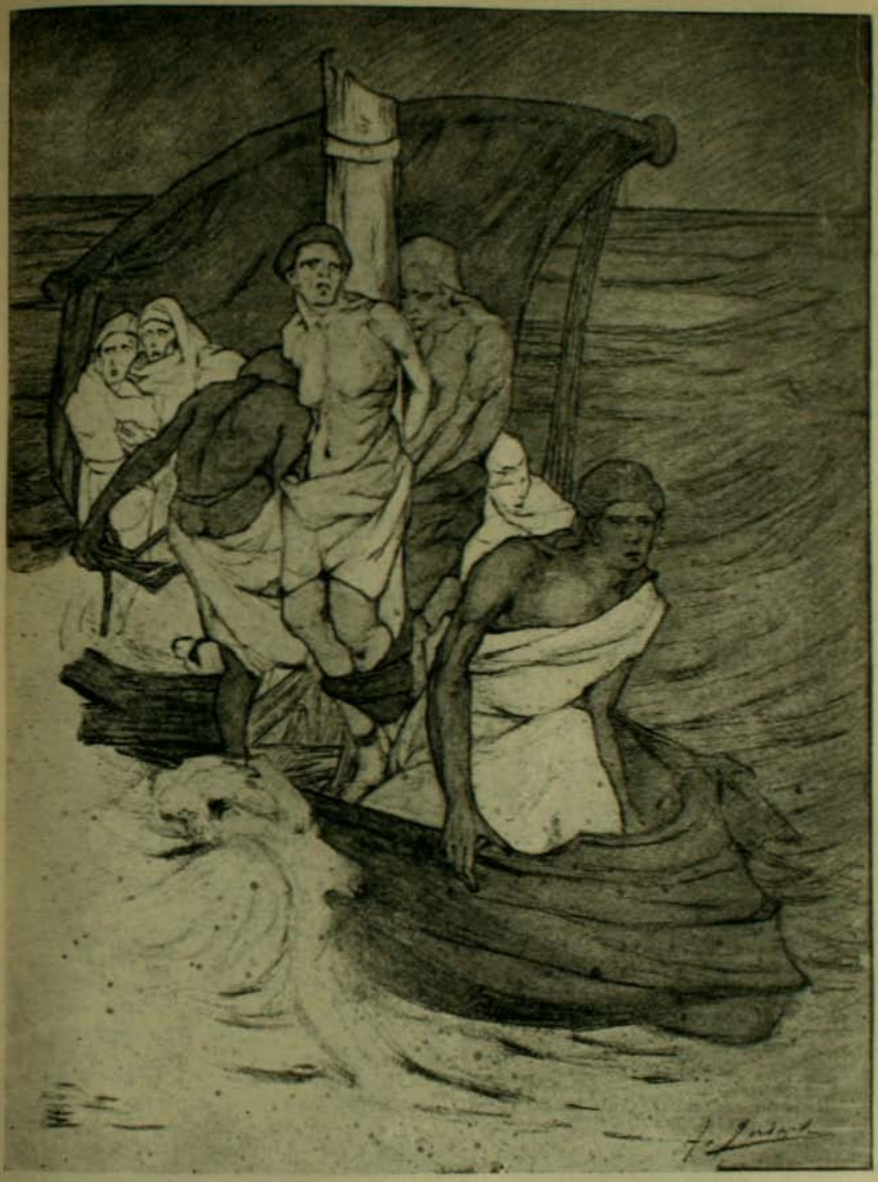
❁

Leucosia notaba estas tristezas de su amigo y las calmaba con sus frescas caricias. En el mar y al fondo de la gruta, ella era más fuerte y hábil que el hombre, le ayudaba, lo protegía a cada momento. En cambio, en la playa o en el oculto prado, viéndose obligada a caminar apoyada en sus manos y llevando a rastras su cauda inútil, ella admiraba y envidiaba los ágiles piés de su compañero. Sobre esto, tenía la sensación que él había visto más, y que su espíritu estaba poblado de imágenes y de ideas que ella no sospechaba siquiera.

El griego se decidió a instruírla y trató de hacerle concebir la vida de la humanidad en los continentes, y sobre las grandes islas. Pronto vió, empero, que ella no le comprendía, a causa de que las palabras que empleaba no se referían a ningún objeto presente.

Esto le produjo algún aburrimiento. Leucosia no tenía ya para él el sabor de la novedad. Era demasiado diferente y su alma harto elemental.

Recordaba con un pesar cada día más profundo, su vida de otro tiempo. Por la noche, en tanto que la diosa de áspera grupa dormía a su lado, volvía a ver los campos, los bosques, los ríos, los bueyes en su faena, las habitaciones de los hombres, las



tiendas de los mercaderes, los templos sobre los promontorios, los barcos en el puerto, y, en las tabernas donde se bebe vino aromatizado, las pequeñas danzantes morenas y encendidas, con flores prendidas a los cabellos... mujeres de manos cálidas y con verdaderas piernas...

Por esta época, un navío atraído por los cantares de las sirenas, vino a destrozarse en un escollo. Euforión vió horrorizado a

las graciosas jóvenes enterrando sus agudos dientes en los cuerpos de los náufragos, y con la sangre bebida, hincharse como blancos odres. Leucosia no había querido ni cantar con sus hermanas ni participar en el festín. Euforión se lo agradeció, pero al interrogarla, comprendió que se había abstenido únicamente por no disgustarle, y que, si el amor, común a la mayor parte de los animales, pudo conmoverla, la piedad, propia solamente de los hombres, seguía siéndole desconocida.

❁

Las sirenas respiran igualmente bajo el agua como al aire libre. Dirigido por su amiga, Euforión había aprendido a retener el aliento bajo el agua por más tiempo que cualquier buzo. Entreteníase con frecuencia en nadar, en compañía de Leucosia, por entre los bancos de corales y los jardines de plantas submarinas, y en distinguir si las formas que refulgían confusamente en la transparencia vítrea, eran pedrerías, flores o peces.

En uno de estos paseos descubrió al fondo de un valle marítimo los restos de un navío, y entre esos despojos, hallaron vasos, ánforas, utensilios domésticos, collares, joyas, cinturones, espejos de plata, tablillas con pinturas que representaban diversas escenas de la vida humana, y un cofre repleto de oro.

Con ayuda de Leucosia llevó a tierra estos objetos. Púsole un collar en la garganta, brazaletes en las muñecas, le estrechó el talle con un cinturón de oro cincelado, y le presentó un espejo. Notándose bella, sonrió. Luego él le explicó para qué servían los demás objetos y lo que estaba representado en las tablillas pintadas.

Esta vez Leucosia pareció formarse una idea de una vida tan diferente de la suya, y dijo con alguna tristeza:

—Me gustaría ver todo eso; pero como no soy más que una semi diosa marina, no conoceré nada más que el mar.

Ocurriósele entonces a Euforión excitar más en ella la curiosidad por la tierra, sirviéndose de esto para evadirse del islote de las Sirenas. De este modo, meditaba separarse de su amiga en el mismo instante en que ella se hacía más inteligente y comenzaba a parecerse a él.

El griego no se cansaba de inventarle historias deliciosas sobre la existencia que se llevaba entre los humanos.

—Si quisieras venir conmigo, le dijo por fin, podríamos cruzar a nado el mar hasta llegar a una ciudad que se llama Aténas, y que no queda sino a tres jornadas de aquí.

—Pero yo no podré caminar mucho por el suelo, dijo ella.

—Yo te ayudaré, respondía Euforión. Cuando lleguemos a la ciudad, un magnífico carro, como los que has visto en las tablillas pintadas, te llevará donde tú quieras. Y viviremos felices con el oro de este cofre. Pero no decía todo su pensar.

❁

Una travesía de tres días era un juego para la sirena. Ya fuese nadando a su lado, ya sostenido por ella, tampoco Euforión se sentía muy fatigado cuando alcanzaron el continente.

El sitio estaba desierto, pero una ciudad aparecía en lontananza. Un dilatado sendero áspero y polvoriento llevaba allá.

Euforión se fabricó un cinturón de follaje, a fin de presentarse honestamente ante los hombres.

La sirena comenzó en seguida a deslizarse sobre sus manos. Las piedras la punzaban y el sol en toda su fuerza la rendía.

Ya Euforión se le había adelantado bastante. Ello lo llamó:

—La tierra de los hombres es dura, dijo. Amigo, yo te he conducido en el mar: llévame a tu vez.

No tuvo valor de negarse; volvió sobre sus pasos, se inclinó y ofreció su espalda. La sirena le pasó los brazos alrededor del cuello; se alzó él, y mientras caminaba, la punta de la cola escamosa barría el polvo tras ellos.

Sudando bajo su carga, Euforión murmuraba palabras irritadas. Preguntábase qué haría de la mujer-pez en el país de los hombres.

De repente, desligó rudamente de su cuello los brazos de Leucosia, la dejó caer de golpe al suelo y se alejó a grandes pasos.

—Euforión! Euforión! gritó suplicante la sirena.

Tal era el arranque de su grito, que el hombre se detuvo conmovido.

—Ten paciencia, dijo él; voy a la ciudad y volveré a buscarte en un carro.

—No, no, gimió ella, sé que no volverás. Ya no me amas porque no soy enteramente igual a las mujeres. Gracias a mí, vives tú, y es por tí por quien yo debo morir, puesto que indudablemente los dioses me han arrebatado la inmortalidad para castigarme por amar a un hombre.

ver, me da miedo ahora... Pero como soy demasiado débil para volver al mar, llévame hasta la playa y yo volveré sola junto a mis crueles compañeras.

—¿Crueles? dijo Euforión. Otra palabra más que no habías pronunciado nunca.

—¡Ay de mí! respondió ella, tú me revelaste su significado.

Sin más decir, Euforión la tomó en sus



y lo depositaron sobre unas salientes de rocas cubiertas de osamentas

Retorciendo sus brazos, por primera vez brotaron las lágrimas de sus ojos claros. La empolvada cola, cuyos hermosos reflejos se habían apagado, golpeaba débilmente el suelo.

—¡Euforión! Euforión! compadécete, repitió.

—¿Compasión? dijo el hombre. Nunca habías pronunciado esta palabra.

—Porque no había sufrido, replicó ella. Amigo, escucha. Comprendo demasiado que seré siempre molesta para tí, y yo pasaría inquieta pensando en las mujeres que tienen piés. Además, lo que yo tanto deseaba

brazos, tan estrechamente que los sueltos cabellos de la sirena rozaban las rodillas del hombre. Ella sonreía en medio de su llanto, y sus gemidos se hicieron tan tiernos, que Euforión sintió vacilar su voluntad.

Al dejar suavemente a Leucosia sobre la playa, junto al agua:

—Amigo, adiós, le dijo.

—Ah! dijo él con un suspiro, si no te faltaran las piernas!

—¡Pero como no las tengo! Sin contar con que no las necesitaré allá dentro, sobre el líquido mar... Trataré de olvidar para volver a parecerme a mis hermanas. Por-

que si recordara, me sentiría muy desgraciada por haberte conocido y por todo lo que aprendí. Pero, ¿conseguiré olvidar?... ¡Ay! temo que no; ya no soy más que una pobre sirena repudiada...

Euforión lloraba.

—Sea lo que tú quieras, dijo. Pero, ahora, yo te amo y no quiero que te vayas sin mí. Seremos lo que dispongan los dioses... ¡Vamos juntos!...

El hombre hubiese realizado tal demencia si la bondadosa Thetis no se apareciera en ese momento a los amantes.

—Me interesáis, dijo, y os deseo el bien, porque tú, Leoucosia, has sido buena con uno de aquellos que en otro tiempo combatieron al lado de mi hijo Aquiles; porque tú, Euforión, has tenido piedad de una de mis hijas marinas en el instante en que ibas a realizar tu más caro deseo; y porque, en fin, os habéis instruído uno a otro, sea en conocimiento, sea en virtud. Podría recompensaros de diversas maneras. Podría, Leucosia, antes de dejarte partir sola, borrarte de la memoria lo que has aprendido, y que en adelante no puede sino hacerte sufrir. Podría, Euforión, darte las aletas y la figura de un delfín, conservándote bajo esa forma tu espíritu y tus recuerdos humanos, a fin de que vivas agradablemente con Leoucosia en el vasto mar. Más, quiero haceros felices según lo entendíais vosotros mismos hace un momento... Leoucosia, querida hija mía, ¿renunciarías por vivir con él, a tu inmortalidad?

—Es verdad, dijo la sirena, precisa no pensar en nada para sentir el placer de la inmortalidad.

—¡Gran favor! dijo Thétis.

—Oh; repuso Leucosia, no lo decía por vos: hablaba de una diosa menor, como yo.

—No te disculpes, hija mía. ¿Con que estamos de acuerdo en que consientes en ser mortal?

—¡Con toda mi alma!

—Sé mujer, pues, y sigue al que amas.

Thétis tocó a la sirena con su ligero tridente, y la metamorfosis se cumplió al punto.

—Hija mía, agregó la indulgente diosa, ve a pedir un vestido a la sacerdotisa del pequeño templo que se divisa a cien pasos de aquí, sobre esa colina... Y luego marchad juntos hacia la ciudad.

Euforión y Leucosia resplandecían de júbilo. Sólo Thétis tuvo al dejarlos una sonrisa algo melancólica, como si no estuviera absolutamente segura de haber hecho su felicidad.

SECRETO PROFESIONAL

Trátase actualmente en Alemania de crear una ley estableciendo el Estatuto de los artistas del teatro, agregados a los teatros imperiales, es decir artistas pensionados por el Gobierno.

Se trata de legislar sobre sus pensiones, retiros, en una palabra, sobre todos sus derechos y obligaciones. Pero hé aquí que de pronto surge ante los legisladores una cuestión delicadísima. ¿Puede obligarse a una actriz a declarar su verdadera edad?

Los legisladores opinan que sí. Ellas opinan que no; la edad de las actrices, dicen debe ser un "secreto profesional".

Tendrán los señores del Consejo Federal encargados de examinar las leyes, antes de que éstas sean sometidas al Reichstag, la galantería de contentarse con la edad supuesta o aparente de las señoras. De creer es, pero nada se sabe aún oficialmente. Una cosa puede afirmarse de antemano. Es seguro que las actrices casi todas preferirán perder sus derechos de retiro, antes que confesar su edad exacta. Que la ley les obliga bajo juramento a decir el día de su nacimiento.... Jurarán en falso. Y si se les amenaza con arresto, privación del puesto y aún con el cadalso, irán a morir con ánimo sereno. Abrigo esta convicción.

RAM.

EL CLUB DE GIMNASIA Y ESGRIMA DE BUENOS AIRES

POR

GUILLERMO MARTINEZ P



Pileta de natación en el campo de deportes del parque 3 de Febrero



Carrera de obstáculos para soldados del Ejército

Lo había oído nombrar. El malogrado maestro Cav. Orlando Cristini me habló en repetidas ocasiones; al encontrarme en la Plaza de Armas o en la Plazuela de la Moneda me repetía una y mil veces: "Aquí no se protege la esgrima, el noble arte no se cimienta; los chilenos no comprenden todavía la necesidad del ejercicio físico. La raza se hunde, se pierde y ustedes nada hacen por salvarla. En Argentina, ¡ah! allá son previsores. Desde el pueblo hasta la gente elevada cultivan su cuerpo, practican ejercicios útiles a la salud.

—¿La esgrima? preguntéle.

"Todos conocen el manejo de los armas nobles y si no, ahí tiene el Jockey Club, La Esportiva y más que todo, el Club de Gimnasia y Esgrima. Cada una de estas sociedades gasta miles de nacionales argentinos en beneficio de la fuerza, la agilidad y la salud de sus asociados. ¡Qué salones de gimnasia y de esgrima! Oh! mi amigo, ustedes, los chilenos, se han quedado muy atrás y si no se toman de la cola, y pronto, se ahogarán sin remedio."

El maestro estrechaba mi mano, se despedía, y mientras se alejaba, repetíame con su sonrisa maliciosa: "Uds, los chilenos, se han quedado muy atrás."

Yo me quedaba perplejo. Sabía que Cristini era sincero y quería a Chile y nos estimaba. Pero también sabía que en materia de educación marchábamos a la cabeza de las naciones sudamericanas. Me lo habían dicho mis maestros, lo había leído y seguía leyéndolo en la prensa diaria y lo decían nuestros colegas del profesorado: "Chile es la primera nación de la América Latina, por sus progresos pedagógicos."

Hoy, que he visitado la Argentina, que conozco sus hombres y sus instituciones educacionales, sufro la más amarga de las decepciones, y puedo decir que en 15 años Argentina se ha adelantado 50 a nosotros.

En materia de educación física, como en las demás ramas de la educación, podemos encontrar espléndidos modelos y ejemplos en la ribera del Plata.

En cuanto a la organización escolar se refiere, hace ya varios años que tienen la Inspección de Educación Física, autoridades técnicas que han colocado esta rama educacional en un alto grado de adelanto.

No es mi ánimo preocuparme aquí de la



Dr. don Ricardo C. Aldao, presidente del Club Gimnasia y Esgrima y de la Federación Argentina de Football

obra oficial, que aunque revela los esfuerzos de los hombres de Gobierno, por conservar y mejorar la salud y la energía del pueblo argentino, no es tan moralmente significativa como la acción privada, la obra emanada del pueblo para el pueblo, y que refleja, aunque en parte; pero de un modo más verídico, los anhelos de propio perfeccionamiento de un pueblo que ambiciona la más amplia hegemonía en la América Latina.

No es mi ánimo analizar aquí la obra de los miles de pequeñas instituciones de los más diferentes géneros deportivos que contribuyen a la gran causa de la vitalidad nacional argentina, ni tampoco de instituciones como el Jockey Club y la Sociedad Sportiva, que por su corte aristocrático, no pueden en realidad representar el esfuerzo popular consciente, hacia la salud colectiva, pienso detenerme a examinar la obra de una de las instituciones democráticas, de aquellas que han sido instituídas con el objeto exclusivo de propender a la conservación y desarrollo de las energías del pueblo argentino: el Club de Gimnasia y Esgrima de Buenos Aires.

Cuenta esta sociedad con un espléndido local central, situado en la calle Cangallo, a tres cuadras de la Plaza del Congreso y de la Avenida de Mayo. Una ámplia puerta da entrada al "hall", arreglado con todo confort, adornado de escudos de armas y de valiosas obras de arte.

El visitante es atendido con toda cortesía por el secretario honorario de la institución, don Jorge Alemandri. Una visita detenida al local puede ser de gran valor para los que se interesan por la educación física.

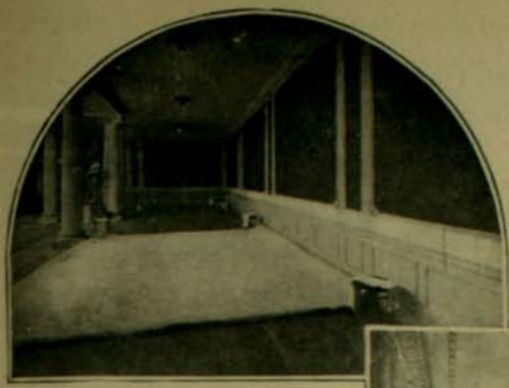
El segundo patio ha sido convertido admirablemente en un hermoso hall, destinado a la esgrima. En la vasta sala se pueden observar numerosas pedanas, espléndidamente conservadas y cuidadas. Armaduras antiguas, representando caballeros de los tiempos de capa y espada, realzan el salón y le dan un aire medioeval muy propio de una sala de esgrima.

Al lado, en uno de los que fueron anchos corredores, se han arreglado los útiles necesarios para la enseñanza de la lucha greco-romana, del box, y del moderno jiujitsu.

En seguida se pasa a un tercer hall, más ámplio que los anteriores, y destinado a sala de gimnasia. Se nota, desde luego, que está sufriendo una gran evolución: a las barras alemanas están sucediendo las escalas murales y suecas, y según me dijo el distinguido secretario, señor Alemandri, se empezaba a dar a la enseñanza gimnástica un giro eminentemente científico y el directorio de la institución, al dar cuenta a la asamblea de sus últimos trabajos, deja constancia que "la sección que está a cargo del profesor Aerts—es donde mayormente puede apreciarse sus resultados benéficos". "Las lecciones revisten siempre interés y la contracción y entusiasmo del profesor Aerts le hacen acreedor a especiales distinciones de la Comisión Directiva".

Don Carlos Aerts, de nacionalidad belga, es profesor de gimnasia sueca, contratado especialmente por el Club de Gimnasia y Esgrima.

"Con ocasión de la visita que hiciera a este país el profesor L. Kumlien, fundador del Instituto Ling, de París, se consiguió de él una demostración teórico-práctica del



Salón de lucha romana y jiu-jitzu

sistema sueco, la que sirvió para poner en evidencia sus numerosas bondades. El doctor Enrique Romero Brest, director de la Escuela Normal de Educación Física, tuvo a su cargo la parte teórica, que expuso con claridad y precisión, haciéndose ambos acreedores a efusivas y repetidas felicitaciones y aplausos."

"Un grupo de escandinavos dirigidos por el profesor L. Kumlien, ejecutaron con toda corrección y habilidad los ejercicios y juegos del sistema."

En la fotografía que reproducimos, se ha tratado de exponer todos los aparatos de que dispone la sala y por eso resulta algo confusa. Sin embargo, todos ellos pueden retirarse fácilmente y dejar el hall despejado para hacer los ejercicios colectivos en formación.

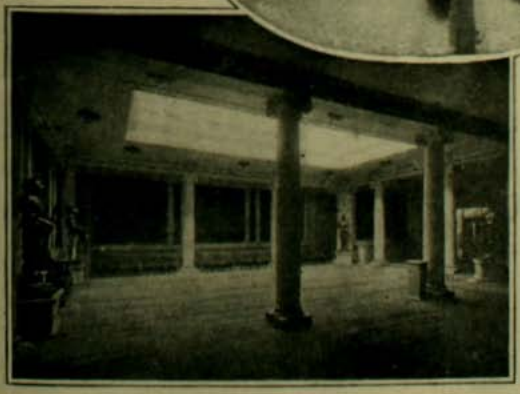


Biblioteca



Hall del Club de Gimnasia y Esgrima de Buenos Aires.

En uno de los extremos de la casa se han hecho espléndidas instalaciones para la pelota al frontón con sus líneas bien pintadas y sus vallas de alambre para detener la pelota. A todo el largo de los hall de ejercicios, se extiende una hermosa galería de comunicación, adornada con gran gusto artístico. Se ven lindas flores y plantas exóticas en valiosos jarrones; las paredes adornadas con antiguos y severos escudos de armas. Este pasillos se extiende de la puerta de entrada hasta el fondo del edificio y presenta un imponente golpe de vista al visitante.



Sala de esgrima

Como complemento de las salas para ejercicios, están las instala-

ciones de baños, que son espléndidas, dotadas de todo el confort moderno. Existen numerosos salones-vestuarios, con más de 1,500 roperos, con sus respectivos ventiladores, para secar la ropa.

Las instalaciones de toilette son higiénicas y elegantes.

En el segundo piso del edificio, se encuentran varias oficinas de orden secundario.

Pero lo más interesante son, sin duda, las oficinas de la Dirección. La secretaría está perfectamente acondicionada; luego después se entra a la sala de los premios. El visitante queda verdaderamente sorprendido al ver tal cantidad de trofeos, escudos, copas, obras de arte, medallas, coronas, etc., todo perfectamente arreglado en vitrinas especiales. Son los premios ganados por el Club y por sus socios. El cariño del socio por el Club está tan íntimamente arraigado que lo considera como su casa. Los premios que gana no le dan tanto honor a él como a su Club; no lucha para él, sino para su centro.

Por eso, la "sala de los premios", es una verdadera exposición de los triunfos del Club y una historia latente, de sus progresos. Al contemplar esa innumerable serie de premios, puede uno apenas imaginarse la labor de más de 30 años de esta institución, netamente argentina, fundada por argentinos, levantada y sostenida por argentinos, como me decía con satisfacción patriótica el secretario honorario, señor Alemandri.

Una sala contigua, extensa y severamente elegante, es la sala de sesiones del Directorio y de las diversas comisiones.

Repartida en las dos últimas salas está la biblioteca del Club de Gimnasia y Esgrima, una de las más ricas del mundo, en su género.

El Club sostiepe también una peluquería, muy bien montada.

Antes de abandonar el local, a través del cual había sido galantemente guiado por mi amigo, el señor Alemandri, fuí invitado a tomar una taza de te en la elegante confitería del local.

La sociedad tiene también diversos salones, que facilita a los clubs de sport para que celebren sus sesiones.

Pero no es esto sólo. El Club de Gimnasia y Esgrima pregona incansablemente los ejercicios al aire libre y gran parte de sus energías las emplea en ello.

Más afuera del hermosísimo Parque de Palermo, se extiende en los alrededores de Buenos Aires, el Parque 3 de Febrero. Allí el Club ha construído un espléndido estadio, con capacidad para 30 mil personas sentadas.

Al centro se encuentra un plan para foot-ball muy bien preparado y conservado.

En uno de los lados, el de la sombra, se levantan las tribunas principales, con una parte destinada a los socios del Club, con el nombre de Tribuna Oficial.

Al frente, en toda la extensión del campo, se construyeron últimamente unas nuevas tribunas principales.

En los otros dos lados se han levantado galerías populares con estrados de valor ínfimo.

Yo tuve ocasión de presenciar un gran partido de foot-ball entre uruguayos y argentinos, en este estadio. Las tribunas y galerías estaban repletas de gente y las astas que coronaban las construcciones, lucían las hermosas banderas de ambas orillas del Plata, flameando en fraternal consorcio.

Galantemente invitado a la tribuna oficial, pude observar atentamente el juego. Este partido internacional se jugaba simultáneamente con otro en Montevideo, y su objeto no podía ser más patriótico: las entradas íntegras de ambos partidos internacionales estaban destinadas a incrementar las flotillas aéreas del Uruguay y de la Argentina.

Este campo de juego tiene como anexos espléndidos baños de ducha y lluvia, con agua caliente y fría, sus salas de vestuario y un muy bien atendido restaurant de bebidas refrescantes y de te y café para el público.

No muy lejos de la cancha de foot-ball se ha hecho una pileta de natación, que a su vez ha servido de modelo para muchas otras que se encuentran esparcidas en los alrededores de la gran capital argentina.

La vista que presentamos, recuerda la inauguración de la pileta y se ve que en esa ocasión los argentinos no olvidaron la bandera chilena.

A un lado del baño de natación, el Club posee una cancha de tennis muy bien arre-



Gimnasio No. 4

glada y rodeada por altos alambres, y hermosos jardines.

Inútil será decir aquí que todas estas canchas, no sólo las aprovechan los socios del Club, sino que también son facilitadas a diversas sociedades y muy principalmente a los alumnos de los establecimientos de instrucción. Así la sociedad no sólo hace obra interna, sino también externan: Fuera de los campeonatos y competencia intersocios, organiza torneos para el pueblo, para las sociedades atléticas y deportivas, para los colegios y aún para las tropas del Ejército y Marina.



Nueva tribuna en el campo de deportes en el parque 3 de Febrero



Cancha de Tennis en el campo de deportes del parque 3 de Febrero.

Una de las figuras nos representa una clase de gimnasia al aire libre, para los niños socios del Club; en otras se puede ver a soldados en competencia, salvando obstáculos. El mismo Club, a medida de sus fuerzas, distribuye premios para dar más auje a la práctica de los ejercicios físicos.

Los socios del Club practican tambien el football rugby, en cuyo sport su team es el campeón argentino. La natación, la esgrima, el bastón, el box, la lucha greco-romana, la pelota el jiu-jitsu, son ardientemente cultivados, y para la enseñanza cuenta con los mejores profesores de Sud-América, casi todos contratados especialmente por el Club.



Cancha de pelota

En cuanto a su haber, se puede decir que la situación del Club es inmejorable, pues cuenta con un capital de 250 mil nacionales argentinos, o sea, más de medio millón de pesos chilenos.

La situación, el progreso, o el descenso de una sociedad,



Nueva tribuna principal en el campo de deportes del parque 3 de Febrero. (Durante un partido internacional de foot-ball)

da la medida del esfuerzo gastado por las personas que la dirigen.

El Club de Gimnasia y Esgrima de Buenos Aires tiene su vida asegurada en el amor de sus socios y, en especial, en el celo de los miembros del Directorio, hábilmente presididos por el Dr. Ricardo Aldao, una alta personalidad social y política, un caballero cumplido y atento, de trato fino y afable, que cautiva a cuanta persona tiene el honor y placer de tratarle. El doctor Aldao es, hoy por hoy, la más alta personalidad y autoridad sportiva en la República Argentina. A la gentileza del Dr. Aldao debo el haber podido estudiar de cerca el sport argentino, en su hermosa realidad.

GUILLERMO MARTINEZ P.

A bordo del "Thuringia".—19 de Mayo de 1913.

POLIGAMIA EXTRAVAGANTE

Es sabido que la secta de los Mormones, limitada a la región de Utah, en Norte América, profesa la poligamia. He aquí un bonito caso en su género, un caso curiosísimo que tiene, a no dudar, una innegable vis cómica. Gustavo Wesinger, joven pintor entusiasta de su arte, y con no escasos medios de fortuna, para hacerse de un nombre en sociedad, quiso hacer una excursión por países extranjeros.

En una carta dirigida a un íntimo amigo, le cuenta, entre otras cosas, cómo ha sido víctima de una bonita jugada que le hizo la hermosa Wally.

Al llegar a Utah, ese extraño país, de costumbres tan extrafalarias, se hospedó en casa de una familia compuesta de cuatro hermanas, la madre, viuda desde 5 años, y la abuela, ya setentona. Wesinger, cautivado por los hermosos ojos de la morena Wally, la pidió por esposa. Wally tenía un corazón muy sensible, y protestó que no podría separarse de los suyos.

—Está bien, dijo Wesinger, yo me casaré, por daros gusto, con vuestras tres hermanas.

—¿Y mi madre? interrogó la joven.

Wesinger arrugó el entrecejo y se quedó mirando de hito en hito a la hermosa Wally, que clavaba en él con alevosía como dos puñales, las miradas de sus ojos negros.

—¿Lo quieres irremisiblemente? dijo Wesinger.

—Sí, repuso la irresistible joven, y con un acento dulce, pero de enérgica resolución, añadió: jamás abandonaré a mi madre.

—Oh, Wally, preciso es que te ame mucho para casarme con tu madre!... A pesar de todo, Wally no parecía enteramente satisfecha.

—Amigo mío, exclamó de repente, falta la abuela.

—Ah! también, esto es demasiado. Dime más bien que me vaya con viento fresco. Prefiero...

—Wesinger, interrumpió ella, sollozando angustiada, tú no me amas.

—¿Cómo que no te amo? No es bastante que cargue con tus tres hermanas y hasta con tu madre?...

—Pero quedaría sola la pobrecita y mi corazón no me permite abandonarla. Pero, en fin, no comprendes mis sentimientos. Paciencia. Te devuelvo tu palabra, y me voy.

—No, no te vayas, Wally, quédate. Dios mío! Pues bien, si no hay otro remedio, me casaré también con la abuela.

—Muy bien, dijo Wally, con la naturalidad con que se aplaude a un gimnasta que ha dado un buen salto.

He aquí lo que pasa en este pequeño rincón del mundo, cuyos habitantes preconizan la moralidad de sus instituciones!...

Así exclama Wesinger al terminar su carta.

Pero, pareciéndole sin duda haber ofendido a su hermosa Wally, en una postdata declara que está satisfecho de poseer a su cara mitad, aunque para ello haya tenido que sugetarse a la ley general mormona, y ser marido de una familia entera.

R. M.

Un pintor patrono de la moda

(*De un estudio de E. Bertaux*)

Dando mayor actualidad a este estudio, apareció no hace mucho en París un manifiesto suscrito por un grupo de pintores franceses, encabezados por el retratista La Gándara, en que se aboga por la vuelta a la moda antigua de los trajes decorados por el pincel de los artistas.

Entre los modelos ya lanzados, llama la atención un vestido que figura una flor de lys, obra sin duda, de la fantasía de un legitimista "enragé".

I

Hace algunos años, el nombre de Sandro Botticelli estuvo en gran predicamento entre los modistos y peluqueros de París: éstos lo habían tomado de los novelistas y chroniqueurs, que por su parte lo habían adoptado como artículo inglés. El maestro favorito de las heroínas de Paul Bourget, llegó a ser el patrono de las telas impalpables de pálidos matices. Y cuando una bailarina (Cleo de Merode), tuvo la ocurrencia de ocultar sus orejas bajo las obscuras alas de su cabellera, se figuró que imitaba a las ninfas rubias que danzan con los piés desnudos entre las flores, en los frescos de Botticelli.

Ocultar las orejas era la costumbre general de las mujeres del siglo XV, no tan sólo en Florencia sino en toda Italia. Es lo menos "botticellesco" de las modas pintadas por el gran florentino. En la iglesia de Santa Novella, la joven Ludovica Tornabuoni, aparece de pie a la cabeza de las visitantes del Bautista recién nacido, llevando la trenza a la espalda. El tocado de las primeras Madonas de Botticelli es el corriente en Florencia. El pintor no ha abullonado los pliegues transparentes sobre las nucas rubias con más minuciosidad que Frá Filippo Lippi. Pero poco a poco los aderezos de las Madonas de Botticelli fueron perdiendo su forma precisa y su apretado tejido: telas sin costura y tan finas que parecen a punto de disolverse en el aire, ya no son sobre las abatidas cabezas, más que un velo irreal tejido con *hilo de la Virgen*.



"La Fortezza" (La Fuerza). Galería degli Uffizzi, Florencia.

En cuanto a sus peinados, lo más frecuente es que desprenda de la blonda masa de los cabellos, dos trenzas con las cuales juega su encantadora fantasía. Éstas trenzas voltejean sobre los hombros de las heroínas de idilios bíblicos y paganos. En la Capilla Sixtina, es una de las hijas de Jethro, de la cual estuvo prendado Moisés; en la escena del Nacimiento de Venus, es la ninfa que danza a orillas del mar. En muchas de las obras mitológicas o alegóricas de Botticelli, las dos trenzas de una ninfa o de una virtud vienen a unirse sobre el pecho, siguiendo el borde de



Una de las "Gracias". Academia de Florencia.



Terciopelo veneciano de comienzos del siglo XV. Primeros adornos de Flores naturales en el arte del tejido.

la túnica. (Véase la Fortezza, lám. I.a) He ahí una moda realmente "botticelliesca", al menos para las rubias: hacerse un collar con sus propias trenzas.

Los más sencillos peinados que se ven en Botticelli son aquellos que están más alejados de las modas florentinas. Frente al gorro blanco de Giovanna delli Albizzi, ondean las rebeldes cabelleras de las Virtudes, sin un sólo adorno, ni una sola cinta, y cuyas mismas trenzas parecen a punto de desatarse. La Palas que amansa al centauro ha dejado caer sobre sus hombros, sin ninguna coquetería, la masa de sus cabellos, al igual que Primavera sus cortos rizos y Venus la luenga cabellera rubia, que es su único vestido. Entre sus cabelleras libres y desnudas, el aire pasa y el viento juguetea: las levanta, las retuerce, las dispersa. Siguiendo con su pincel la danza de las doradas hebras, el pintor dibuja de "plein air". Es una vuelta a la naturaleza.

II

El mismo soplo pasa sobre los ropajes. Botticelli no ha pensado en detenerse a imitar el rameado de los brocados. Viste a los hombres, aún cuando ellos pertenezcan a la familia de los Médicis, con jubones cerrados de una severa sencillez. Con respecto a las figuras femeninas, el gusto del pintor se muestra por las telas ligeras y flotantes. Al escogerlas y aderezarlas, por lo común se conforma a los gustos de su tiempo, pero a veces inventa combinaciones enteramente nuevas, de una soltura y de un colorido exquisitos.

Las túnicas de sus diosas llevan mangas estrechas y abiertas en algunos sitios, para dejar pasar bullones de la ropa interior. Esta túnica, por mitad antigua y florentina, había llegado a convertirse en el traje propio de los ángeles. En su primer estilo, Botticelli hizo pasar este traje tradicional del mundo sacro a un mundo profano, y no lo modificó sino en sus obras posteriores a 1475. Desde entonces parece buscar mayor facilidad y libertad. Tan pronto suelta el cinturón para que el viento hinche a su gusto los pliegues, como el cuerpo entero aparece a través de una gasa vaporosa, y entonces toda forma de vestido se desvanece.

Por el año 1480, los florentinos han comenzado a emplear telas de una extrema finura, verdaderas muselinas. Un traje que modela el busto sin descubrir el cuerpo, tal es una de las creaciones más delicadas del artista y que ha prestado el mismo lánguido y tímido atractivo a la Virgen María y a Venus.

Esto reaparece con algunas variantes en otros cuadros alegóricos o idílicos. Es el "peinador" de las hijas de Jethro, en la Capilla Sixtina, o el vestido de Primavera. Si la ac-



Una Santa (Berlín)

titud de ésta ha sido imitada de lo antiguo, no así el ropaje: vestido de seda diáfana cuyas mangas estrechas parecen cubiertas de pétalos rosa; manto de muselina de largas mangas, festoneado y acuchillado a la moda antigua, como los trajes contemporáneos de Masaccio. Entre las vestimentas de Botticelli, las más brillantes y fantásticas, no son sino variaciones de artista sobre las modas de dos generaciones de florentinos.

III

Las diáfanas telas de que Botticelli ha hecho sus túnicas y vestidos flotantes, son blancas o por lo menos de colores claros; la mayor parte son de una sola pieza y no llevan otro adorno que un galón. Algunas solamente están decoradas con una infinidad de minúsculas figuras: en la túnica de Palas hay representados anillos con engaste de diamante, el misterioso emblema de Cosme de Médicis; en el traje de Primavera y sobre las ropas de la ninfa, que sostiene el manto de Venus, y en el propio manto, hay flores silvestres.

Botticelli ha sido el precursor lejano de los deliciosos artistas que han sembrado sobre las faldas de crinolina los "bouquets Pompadour"; pero el floreado con que el pintor florentino ha adornado los ropajes de sus cuadros, se acercaba más a la naturaleza animada, que el decorado que ha florecido en las sedas de Lyon y los "gro" de Tours. Las flores de Primavera y las del manto de Venus, no han sido cortadas como sus gemelas francesas, sino delicadamente arrancadas del suelo con sus raicillas, que todavía parecen espolvoreadas de tierra: continúan viviendo intactas sobre el aéreo tejido. Un estampado en tela, así exactamente imaginado, no se encontraría más que en Oriente.



Detalle de una sepultura



Mosaico de loza, (fayenza)



Terciopelo italiano imitado de un modelo asiático

Flores florentinas.—Guirnaldas, romanas y tapices persas



Un collar formado por las trenzas

IV

"Las fiestas italianas en su forma más perfecta, ha escrito Burckhard, señalan el paso de la vida ordinaria a los dominios del arte". Ghirlandaio no ha dado señales de



El vestido de una ninfa en el "Nacimiento de Venus".



El vestido de "Primavera". (Botticelli)

fijarse en esos espectáculos medio paganos, mientras trabajaba ante los muros de las capillas en que fijó la imagen familiar de la burguesía florentina; pero, en la obra de Botticelli, las ninfas danzantes, y las mujeres de complicado aderezo, aparecen frente al retrato serio y sencillo de una Giovanna delli Albizzi, como días de fiesta en medio de una vida afanosa y monótona.

Las modas botticellescas, que no han sido adoptadas en los vestidos y tocados de "calle", ¿han figurado en las fiestas? Es, desgraciadamente, difícil representarse esas ceremonias, que no han dejado trazas en las crónicas florentinas. Pero no es en una fiesta florentina, sino en una fiesta dada en Nápoles en 1492, para celebrar la toma de Granada, donde apareció sobre el tablado, acompañada de tres músicos, esa hermana de Primavera, ricamente ataviada y arrojando flores: la "Alegría".

Sabemos que los personajes mitológicos intervenían en Florencia hasta en los "Misterios". En el escenario en que se daba una representación de *Santa Oliva*, debía entrar una ninfa "tan ataviada como fuera posible y vestida de blanco, con un arco en la mano". Pero, ¿cuáles eran los detalles de este atavío? La primera descripción de un traje de ninfa para la escena, la da un judío de Mantua, Leone de Sommi, por el año 1565: camisa de mujer ricamente adornada, pero con mangas; "ligeramente almidonada", de manera que una vez recogida por un cinturón o una cinta de seda, forme esos pliegues ahuecados "que tienen tanta gracia"; cabellos rubios espesos, "en forma que parezcan naturales", ya sueltos a la espalda ya recogidos por un cintillo de seda, o cubiertos con esos velos ligeros y tenues, "que agregan tanta gracia al traje de ciudad"; he ahí no pocos rasgos que se diría copiados de Botticelli: el almidón que infla las telas hace el papel de Céfiro.

Para los peinados de gala, es posible recurrir a los testimonios florentinos del siglo XV, dados por los propios enemigos de esas fiestas, que fueron también los enemigos del Renacimiento. Las enormes trenzas de la "ninfa" del Museo Staedel y de la "joven" que está en Berlín, forman combinaciones caprichosas que no pueden ser obtenidas, más que con ayuda de postizos.

Es probable que algunos trajes ligeros y peinados vistosos, al gusto de Botticelli, se mostrarán en las representaciones y en los desfiles, como se ve todavía en los "Triunfos de la Castidad", pintados por discípulos de Botticelli.

La parte que el maestro haya podido tener en la organización de las fiestas de los Médicis, sigue siendo imposible de precisar. Hasta ha podido, por su parte, adoptar y transportar a sus creaciones de artista las tradiciones del teatro rudimentario y de los espectáculos caballerescos que conoció en su juventud. Las ninfas que figuraban desde 1466, en Padua, en una *"giostra"*, con los cabellos esparcidos sobre la nuca, una pluma de oro en la cabeza, armadas de arcos y carcaj, al estilo de las cazadoras, parecen haber prestado al menos su penacho (aigrette), a las florentinas del Instituto Staedel y de la Colección Cook.

Hay más. El estampado en flores naturales, que durante el siglo XV no era de uso en los tejidos de terciopelo y de seda, ha



Terciopelo persa del siglo XVI (Museo de Tejidos de Lyon).



Bordado de la época del Imperio

decorado los arneses de los torneos, antes que Botticelli los llevara a los trajes femeniles. En la *Giostra* (justa) de 1468, de que el poema de Luca Pulci ha conservado una descripción harto detallada, la gualdrapa del caballo de Lorenzo de Médicis, estaba ornada de "rosas frescas y pálidas y desfallecientes":

Luceva più che non fa la cometa
Có fresche rose e pallide e languenti
Questa ricca coverta, la quale era
Ornata allegra più che Primavera.

La funda del caballo de Benedetto Salutati era, de piés a cabeza, un verdadero jardín primaveral:

La sua coverta dal capo al tallone
Un giardino sembra nel tempo novello.
Quivi eran pomi di tanta ragione
Che Primavera non saria sì bello.

Cuando Botticelli vió los espectáculos de los torneos y sus combatientes engalanados de flores, por mano de los bordadores, tenía veinte años. En otras fiestas, procesiones o cortejos de Mayo, había visto muchachas o niños de coro sembrar de rosas las calles y caminos. La decoracion primaveral con que parece perfumar su obra, la encontró en gérmen en las fiestas florentinas.

Botticelli ha puesto atención en espectáculos que ningún otro artista del Renacimiento nos ha pintado. ¿El comprobarlo será rebajar su originalidad? ¿No ha hecho suyo ese decorado de flores naturales que, antes de él, los pintores sólo habían dibujado para los bordadores? ¿No sigue siendo en el siglo XV, y después de los tímidos ensayos de Gentile da Fabriano, el único pintor de flores silvestres?

Los "asuntos" de esas finas telas—anillos entrelazados o florecillas—no están bordados, sino pintados sobre el tejido. Se sabe que Botticelli ha pintado, no solamente panneaux y telas, sino también en seda, como otros artistas de su época, no menos célebres que él.

Los estandartes de seda de Alejandría, lucidos en los torneos, estaban bordados o pintados, indiferentemente. Verrochio pintó por lo menos dos de estos estandartes: uno para la justa de Lorenzo, en 1468, el otro para la justa de Juliano, en 1475. El estandarte mismo de Juliano, el héroe de la fiesta, fué encargado a Botticelli, quien pintó un Palas, cuyo ropaje estaba realzado de bordados.



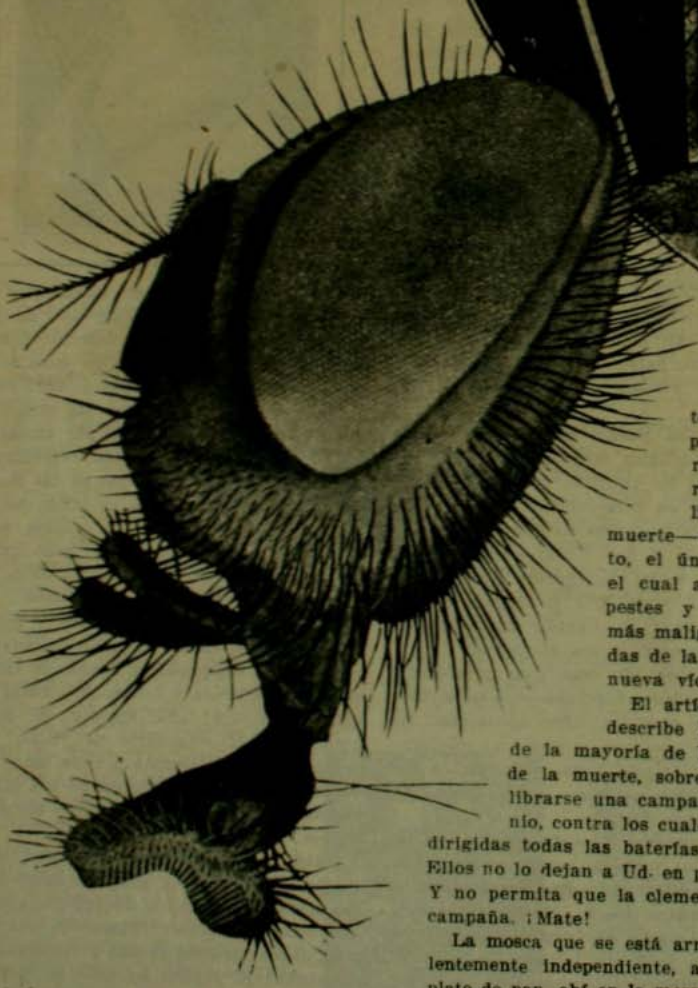
Para la decoración de estandartes "y otros paños", Botticelli empleaba un procedimiento que Vasari ha descrito, llamándolo *commesso*, estampado en mosaico sobre telas. Se trata de piezas de seda recortadas y cosidas las unas a las otras. La misma imágen se mostraba por ambas fases, como debe ser en todo estandarte o bandera. Pero, al igual que en los modernos pendones de iglesia, el tejido no daba más que un fondo: los rasgos de la fisonomía, y los pliegues del paño debían ser pintados en la seda. Vasari había visto una de estas pinturas de Botticelli, ejecutada probablemente sobre seda y perfectamente conservada: un paño de altar de San Miguel, sembrado de figuras de vírgenes "todas bellas y diferentes". Estas vírgenes eran, sin duda, ángeles. El baldaquín como el estandarte de Palas, han desaparecido. Solamente por las flores desparramadas sobre la túnica de sus ninfas, podemos juzgar a Botticelli como pintor en tejidos.

¿Han salido de su mano flores semejantes que no fueran pintadas sobre pesadas sedas de torneo o de iglesia, sino en muselinas? Al pintar Primavera, ¿ha imitado una decoración creada y realizada por él mismo? El cuadro ha dado la inmortalidad a un traje preparado para lucir en las fiestas de un sólo día?

LOS MENSAJEROS DE LA MUERTE

Por el Dr.
Henry Smith Williams

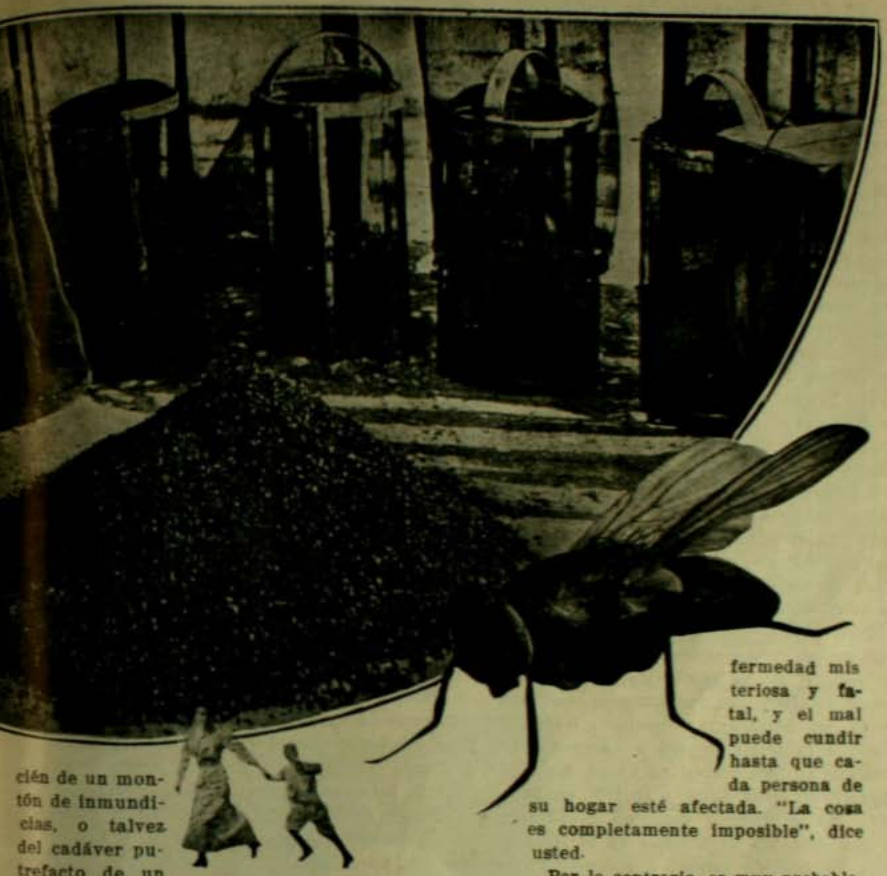




Nota del Editor: Se ha comprobado que varios insectos y roedores están ligados con la muerte—de ser, en efecto, el único medio por el cual algunas de las pestes y enfermedades más malignas son llevadas de la víctima a una nueva víctima.

El artículo que sigue, describe las actividades de la mayoría de los mensajeros de la muerte, sobre quiénes debe librarse una campaña de exterminio, contra los cuales deberían ser dirigidas todas las baterías de la ciencia. Ellos no lo dejan a Ud. en paz; persígalos. Y no permita que la clemencia apiade su campaña. ¡Mate!

La mosca que se está arrastrando, insolentemente independiente, a través de su plato de pan, ahí en la mesa ha llegado re-



ción de un montón de inmundicias, o talvez del cadáver putrefacto de un perro u otro animal. Hay miles de bacterios sobre el cuerpo y patas de esa mosca. Entre ellos hay talvez los gérmenes de fiebre tifoídea, de disentería o de tuberculósis. Ud. está al corriente de esto; sin embargo, tolera la mosca y corre el innecesario riesgo de ser su víctima.

Y no es sólo la mosca el único portaplagas que invade su hogar por su descuido o indiferencia. Observe, por ejemplo, que su perro se está rascando. Usted sabe que le molestan las pulgas, pero esto no le preocupa. Pero suponga que esas pulgas hayan saltado al perro desde un ratón que estó infectado con la peste bubónica. Suponga, luego, que uno de estos pequeños acróbatas salte al cuerpo de su chiquillo mientras juega con el perro. Como consecuencia, el chico luego desarrolla una enfermedad misteriosa y fatal, y el mal puede cundir hasta que cada persona de su hogar esté afectada. "La cosa es completamente imposible", dice usted.

Por lo contrario, es muy probable. Usted debe haber leído hace poco, de haberse encontrado un ratón infectado de bubónica. Donde se pillan uno o dos ratones enfermos, cientos de ellos habrán evitado ser vistos. En realidad, sería un absurdo suponer que las autoridades higiénicas han capturado el único ejemplar contagiado. Una vez en tierra, el ratón puede viajar ligero y lejos en trenes de carga; así que con facilidad invade el interior del país, y gracias a la agencia de la pulga la enfermedad virulenta de que sufre el ratón es luego transmitida al hombre.

El mal que mencionamos es conocido como la plaga o peste bubónica. Es una enfermedad con su historia. Cuando barrió a través de la Europa, en la Edad Media, concluyó con poblaciones enteras, y se recordaba después como la "Muerte Ne-

gra" o la "Gran Mortalidad". En una sola epidemia, en los años 1348-9, se calcula que cobró 25 millones de víctimas, más o menos la cuarta parte de la población de la Europa. La epidemia de 1665 causó 70,000 muertes en Londres e hizo que huyesen a los campos vecinos todos los sobrevivientes.

Se sabe ahora que esta enfermedad no tiene conección alguna con el desaseo o condiciones insanitarias; que su causante es un bacillus, que se desarrolla en el cuerpo del ratón casero, y que puede ser transmitido de ratón a ratón, y de este huésped al ser humano, por la pulga. Por lo tanto, cualquiera región donde se encuentren ratones, puede sufrir una invasión por esta plaga, pues el ratón, salvo en contadísimas ocasiones, no se encuentra nunca sin su parásito insecto.

La falsa seguridad sobre la cual descansamos, se debe al hecho de que no ha habido una epidemia severa de esta peste en Europa durante el último siglo. O más claro, porque ha habido un intervalo tan largo de quietud.

Pero hay bastante evidencia para probar que ahora nos amenaza una epidemia, la cual, si no es combatida, podrá fácilmente rivalizar con las antiguas, que han hecho su nombre tan temido. Hará 45 años, la epidemia empezó a desarrollarse, teniendo su foco central en China. En 1893 apareció en Hong-Kong, y en 1896 en Bombay. En el decenio siguiente causó más de seis millones de muertes en el Hindostan. En seguida empezó a aparecer en el hemisferio oeste: primero en Santos, Brasil, en 1899; luego en San Francisco.

Ya por este tiempo la Comisión Británica de la Peste Bubónica en India, había comprobado la manera del contagio de la enfermedad. Se demostró que ratones infectados podían transmitir el mal, de puerto a puerto, aún cuando no se apestase ningún pasajero a bordo. Las autoridades sanitarias de los diversos puertos, empezaron una campaña en todo el mundo contra los ratones, y lograron así evitar una epidemia general. Lo agudo que fué el peligro se comprobó luego, encontrando ratones apestados en varios puertos de mar.

Naturalmente, las autoridades de higiene están en todas partes en alerta, y el ataque sistemático mundial hecho a los ratones, no puede menos que tener buen resultado.

En puertos tropicales se exige casi siempre, que los barcos tengan anillos contraratones en todos los cabos, sogas o cadenas que den en tierra.

Pero todas estas medidas tienen que ser complementadas, con la cooperación de los dueños de casa en general, si se espera lograr la tan deseada exterminación del ratón. Y mientras no estemos completamente libres de estos prolíficos roedores, no estaremos al seguro de una visita mundial de la Muerte Negra, pues es obviamente imposible conc'uir con la pulga, mientras no exterminemos a su huésped.

Es ahora evidente que hay muchas clases de gérmenes, que no flotan en el aire, para ser diseminados por cualquier viento, sino que tienen que ser llevados de persona a persona tan definitivamente, como un hacendado lleva su grano a la siembra. Más aún, hay gérmenes, especialmente los de naturaleza animal (llamados protozoa; que deben distinguirse de los bacterios, que están clasificados en el reino animal), cuya existencia depende de los servicios de cierto tipo de insecto y que tienen que conc'uirse como raza, si este insecto no está a mano.

Toda comunidad debería preocuparse de librarse de estos bichos, concluyendo con sus criaderos. Usted puede hacer su parte echando un poco de parafina sobre cualquier poza estancada en su vecindario. También debería ver que no queden canaletas, barriles de agua-lluvia u otros receptáculos para agua, descubiertos. Un tarro de lata viejo ofrece un criadero del cual pueden salir millones de portadores de malaria.

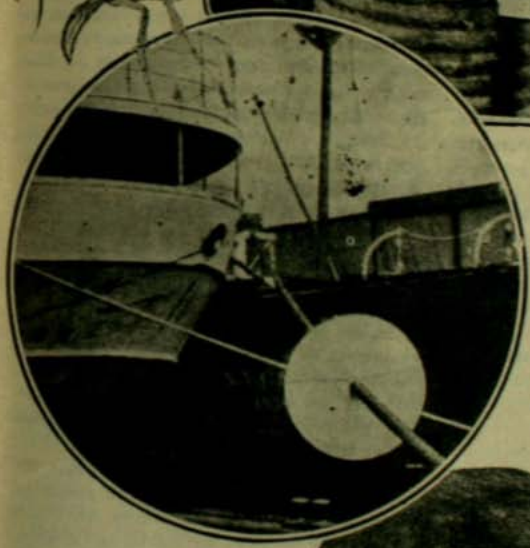
La comprobación de que el zancudo es el portador de los gérmenes de malaria sirvió para dar un aspecto de posibilidad a la teoría avanzada ya en 1848, de que la fiebre amarilla también es transmitida por un zancudo.

Los ensayos fueron tan definitivos que probaron que el portador de la fiebre amarilla era un mosquito de la especie Stegomyia. Cuando este mosquito es eliminado concluye la fiebre amarilla. Se han dado pruebas abundantes de esto. El desagüe de las pozas y pantanos y el hecho de cerrar ventanas y puertas con una fina red, ha dado por resultado el cambiar zonas mortíferas en parajes de salud y lozanía.

El dicho poco elegante pero enérgico de

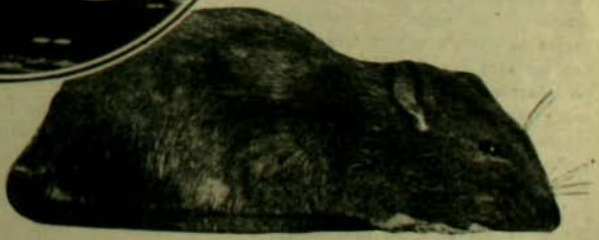
"Swat the fly!" (revienta la mosca), se ha hecho tan familiar que uno se olvida lo reciente del descubrimiento, que la mosca toma una importante mano en la transmisión de las enfermedades. Hace sólo pocos años, que se hacía caso completamente omiso de esta fuente de contagio, aún por





pueden ser llevados, como igualmente los de difteria y el cólera. Se ha probado que la mosca no solamente puede acarrear nica, sino que también ser vícos gérmenes de la peste bubótima de ella.

La mejor protección contra el peligro de las moscas, sería encontrado naturalmente en la exterminación del mismo insecto. Pero esto tiene grandes dificultades A pesar



la profesión médica. Exámenes microscópicos han probado que millones de bacterio se encuentran a veces sobre una sola mosca. En general, éstos son de especies más o menos innócuos. Que los gérmenes de tifoídea se encuentren a veces entre su número, se debe al amor de la mosca por los basurales.

Los gérmenes de la tuberculósis también

de todo, si cada ciudadano se comprometiese consigo mismo para ayudar en la tarea, luego se rebajaría enormemente la plaga de la mosca y miles de vidas humanas serían valdadas, que hoy se pierden inútilmente.

1.—Vista del costado de la cabeza de una mosca. Un colador en la punta del proboscis cuela la comida de la mosca, permite que pasen gérmenes, como la mosca sólo traga cosa líquida, los sólidos son primeros disueltos por la saliva. Esta saliva puede estar.—muy frecuentemente está—cargada con gérmenes peligrosos.

2.—Resultado de una cruzada contra las moscas en un pueblo pequeño. En pocos años el estado de la mosca ha pasado de ser un visitante desagradable que debía ser echado fuera de la pieza, a un enemigo peligroso—un verdadero mensajero de la muerte, tanto para el anciano como para el niño—que debería ser exterminado en su criadero. No espere que la mosca llegue a grande para matarla: mate a su antecesor.

3.—El portador de la bubónica—una pulga del ratón.

4.—Investigador peinado un ratón infectado para tomar las pulgas. La bubónica es una enfermedad de roedores y es transmitida al hombre por la pulga. Por lo tanto, no habiendo ratones y pulgas, no hay bubónica.

5.—Cabo de buque con su anillo contra los ratones, infestan por cualquier cosa en la cual puedan afirmar las uñas.

6.—Córralo, que se muera de hambre, mátelo. Es peligroso siempre y en todas partes. La pulga está siempre con él, y lo abandonará por usted, tan luego encuentre una ocasión.

UN NUMERO SIMBOLICO

El número siete no es solamente un número simbólico, sino un número venerado, considerado por casi todos los pueblos como prodigioso y necesario en la armonía del universo. En los más grandes descubrimientos, en las construcciones, en las obras de los antiguos los sabios no han omitido medio para ajustar sus acciones y obras al número siete. El hebreo Filón encuentra en el número seis el límite de la obra de la creación, en el cinco la armonía de los animales, en el cuatro la de los cuerpos celestes, y en el siete la mayor cantidad de misteriosa virtud que puede contener una potencia creadora. El número siete es sagrado para los hebreos y sólo por él fué posible la sagrada división del tiempo. Y el sagrado poder del número siete se ve palpablemente en los siete candelabros de oro y en las siete iglesias del apocolipsis, en las siete virtudes cardinales, en los siete pecados mortales y sobre todo en los siete sacramentos. En su *Magna moralia* S. Gregorio el grande da un significado a los sietes hijos de Jupiter.... Ven en ellos los futuros doce apóstoles pues dice el que doce es un producto de siete, en efecto las dos partes de siete, cuatro y tres, multiplicadas una por otra dan doce. Más aún sin meterse en abstracciones y enigmas matemáticas basta reseñar el número siete en las diferentes obras de la humanidad para convencerse de la importancia de este número simbólico.

Siete son los días de la semana, los colores de la luz las notas musicales, las estrellas de las principales constelaciones, los colores del iris, las claves de la música, las figuras musicales, los hijos del Orco, las vueltas del infierno las cabezas de la hidra las clasificaciones del agua, las especies del diamante los silencios musicales, las basílicas de Roma, las cuerdas de la lira, las colinas romanas, los ordenes sacerdotales, las horas del oficio, las iglesias que los peregrinos visitan en Roma las obras corporales de misericordia, las espirituales, las virtudes teologales, las columnas del famoso puente mayor del Po los meses 31 días, las puertas de Constantinopla, las colinas de Bizancio, los salmos, Siete fueron los reyes de Roma, los sabios de Egipto, las vueltas que Josué dió al rededor de Jericó, los durmientes, los poetas que florecieron en la corte de Ptolomeo, las trompetas de Jericó los hermanos Macabeos, las vacas gordas y las flacas del sueño interpretado por José; siete los años que componen el sabático de los Judíos, las especies de animales inmundos salvados por Noé, los años de esclavitud voluntaria de Jacob para poseer a Lia, siete también los de igual servidumbre de Jacob para obtener a la hermosa Raquel las últimas palabras de Jesús, los viajes hechos por el mismo.

Siete eran los diáconos de la Iglesias primitiva las zonas del firmamento según los antiguos astrónomos; los viajes de Ulises los años de reinado de David en Hebron, el día septimo fué siempre sagrado despues del trabajo; siete fueron los Dolores de María; el septimo día soltó Noé la paloma que volvió con el ramo de olivo; en el séptimo se detuvo el arca. Siete fueron los sellos del libro santo, siete los ejercitos de Federico II. Pero la tarea sería interminable y mejor es terminar.

RAM.

CUENTO ORIENTAL

(Un problema económico)

Por

Ramón Briones Luco

Refiere Sven Hedin, en su viaje de exploración a las desconocidas regiones del Tíbet que, recorriendo un día, después de fatigosa marcha, las solitarias dunas del desierto, encontró las ruinas de una antiquísima ciudad. De sus hacinados restos recogió varias tablas, en que se leían, medios borrados por los vientos del desierto y la acción de los siglos, algunos caracteres de un lenguaje arcano.

Aquella ciudad había vivido como otros grandes imperios del Asia, que ahora son páramos y soledades, en la margen rumorosa de sus ríos. El olivo, el naranjo, el álamo y el sauce le prestaron grata sombra; los barquichuelos surcaban las suaves corrientes de sus canales, y los labios amantes cambiaron más de un suspiro en las tranquilas noches, cuando el loto entreabre su blanca flor a los besos de la luna.

Más, hoy ha vencido el desierto. El agua fecundante ha desaparecido en sus arenas, ardientes y abrasadoras como el aliento de aquellos demonios babilónicos, que nacían en las llanuras desoladas y caían como espantosa pesadilla sobre las obras de Dios.

Hoy el impalpable polvo del desierto sofoca el anhelante pecho del viajero, mientras el simoun amontona a la distancia sus fúnebres torbellinos, y el camello salvaje, galopa sobre los áridos otores en que yacen en eterno sueño las ilusiones, las ambiciones y los amores de los que habían creído también perdurable el sueño de la vida.

Las tablas recogidas por el sabio explorador fueron depositadas en un museo europeo, y un viejo lingüista alemán emprendió su traducción. Contenían una extraña historieta que yo, a mi vez, he compendiado en forma que sea inteligible a la generalidad de los lectores.

"El bondadoso Ormuz, comienza la relación, al crear a los hombres, les impuso por ley el trabajo, como un supremo bien. Algunos opinan que el trabajo es un castigo; pero nuestro previsor Creador juzgaba sábiamente que el trabajo evita el aburrimiento y es el mejor acicate del progreso.

"Entregado al trabajo y a las labores de la paz, el pueblo crecía y prosperaba, en gracia de Dios. Los dolores inherentes a la naturaleza humana eran soportados con resignación. La muerte misma, que llegaba después de una prolongada vida, no revestía los caracteres de sorpresa y confusión con que se la recibe ahora; una sabia y mesurada vida preparaba a los hombres para aceptar como un beneficio el eterno reposo que ponía término a las ánsias infinitas de sus deseos.

"Y esto tenía fácil explicación: los hombres estaban desprovistos de la pasión del amor, que los divide y enemista; que despierta sus cóleras y sus celos; que estimula desequilibradas ambiciones y arruina y vicia hasta en sus fundamentos la naturaleza humana.

"El bondadoso Ormuz se encargaba de multiplicar, por medio de sucesivas creaciones, el número de sus criaturas, aliviándolas con previsora sabiduría, de las desdichas que el afán de amor procura a los hombres.

"Organizada la humanidad en tal forma, se presentaba de color de rosa en nuestro mundo contingente; el Todopoderoso descansaba envuelto en la inextinguible llama con que nuestros sacerdotes

simbolizan sus divinos atributos, y nada permitía presagiar la aparición del infortunio sobre la tierra.

"Pero... el eterno pero que acompaña a todas las cosas humanas, se presentó bajo la figura de Ahrimán (y no parece excusado advertir que este es nuestro Satán, agrega el traductor) cuya influencia maldita había olvidado, por un imperdonable error, el misericordioso Ormuz.

"Deslizándose recatadamente en las tinieblas, comenzó a soplar la rebelión en el corazón de los hombres, y a insinuarles insidiosamente que el trabajo que se les había otorgado como condición de vida, era un estéril e inútil sacrificio, con el cual se deleitaba un Creador duro y cruel; que, a causa del trabajo, se había establecido la división de clases; y que, una vez abolido, todos serían iguales; que los feos serían bonitos, que los que se pavoneaban, vanagloriándose de una insoportable superioridad intelectual, descenderían al nivel común, pues que no tendría objeto el talento.

"Con este programa tentador, no le fué difícil obtener numerosas adhesiones.

"El labriego sintió desde entonces zumbar en su oído el soplo de la rebelión, cuando hundía en el seno de la tierra generosa el arado fecundante, y envidiaba la condición del pescador, a quien bastaba tirar sus redes para recibir el fruto de su trabajo; el pescador, por su parte, aferrado al mástil que crugía al impulso del huracán, en el tumultuoso piélago, ambicionaba la existencia serena y tranquila del labrador; el herrero, cuando el golpe rudo del martillo hacía brotar en su frente el noble sudor del trabajo, decía pestes del hierro y de su descubridor; el copista envidiaba la condición del escritor; el fraguador de lecciones, la del político; el estadístico, la del estadista; cada cual se creía émulo de los padres de la patria, y en fin, como nadie estaba contento con su suerte, todos abominaban el trabajo.

"El dios de las tinieblas no ocultaba su viva satisfacción y gozaba en el círculo de sus íntimos de la mala pasada que había jugado a Ormuz, con quien comparte, según la enseñanza de nuestro gran profeta Manes, el dominio del mundo.

"Les inculcó, además, sentimientos obscuros, ambiciones inexplicables sobre la perpetuación de la especie humana, a que atendía el dios benevolente y misericordioso.

—"Hacedlo vosotros mismos,—les dijo,—y seréis dioses y creadores como él.

"Incitó así su orgullo y sazonó su discurso con titánicos proyectos, que les permitirían escalar el cielo y robar la chispa creadora de la vida.

"Sin embargo, la inagotable bondad de Ormuz, atendió en forma inesperada para aquél, el reclamo de los humanos.

—"Ya que abomináis el trabajo,—les dijo,—que yo he creído saludable para vosotros, quiero otorgaros el dón que me pedís, y aquél será abolido. La tierra producirá por sí misma sus frutos, sin necesidad de labores; los peces vendrán a nuestras manos al más ligero llamado; las aves se presentarán voluntariamente en nuestras cocinas; las parras destilarán vino, y las mieses os ofrecerán el pan elaborado y tibio; las ovejas os entregarán en las esquilas sus lanas tejidas y pintadas. ¿Tenéis algo más que pedir?

"En medio del temeroso silencio y cuando nadie se atrevía a recabar nuevos favores de la inagotable munificencia ormuziana, se elevó la melosa voz de un derviche, quien, obedeciendo a las instigaciones de Ahrimán, exclamó:

—"Queremos también substraer a vuestras divinas ocupaciones la molestia de atender a nuestra multiplicación, y que nos hagáis, sobre este punto, iguales a las tiernas palomas que vuelan apretadas sobre nuestros tejados, o como el fauno que preside los sagrados misterios de la naturaleza, en la espesura de los sombríos bosques.

—"¡Desgraciados! Meditad un poco... desistid de tan loco intento...

—"Nó, nó,— gritó la turba, agitada por un raro frenesí que Ahrimán había encendido en sus corazones. Un perfume acre flotaba en el ambiente primaveral, oloroso como la goma del incienso y de la mirra, y penetrante como el aliento embalsamado que despiden los pinos al recibir los primeros rayos del sol matinal.

"El dios benevolente accedió a las súplicas de sus criaturas; más, selló con signo irrevocable la concesión, clavando para siempre en el corazón del hombre el dardo del amor, más agudo que el aguijón con que se doma a los elefantes salvajes y más quemante que la llama.

"Las primeras generaciones de los in-

cautos rebeldes vivieron en las delicias del paraíso. La generación humana brotó a torrentes. Cada cual recogía los frutos que la naturaleza pródiga brindaba, y no había, por lo tanto, propiedad particular, ni hurtos ni robos, ni asesinatos, porque no existía la miseria; los hijos eran comunes e igualmente las mujeres. A este régimen dulcísimo de vida le llamaron comunismo, nombre que les pareció armonioso y adecuado a la comunión que los unía.

"Pero, desgraciadamente, en tan fácil multiplicación, debido a la abundancia de riqueza, sucedió que un buen día hubo muchas manos para coger un solo fruto; se produjo la primera riña; se cometió el primer crimen, y el espacio pareció pequeño. Las necesidades humanas no pudieron ya satisfacerse ampliamente, y la miseria, mónstruo desconocido en los anales humanos, se [illegible] con su descarnada faz.

Los fuertes triunfaron de los débiles, y fué necesario establecer la justicia. La tierra, fatigada con el peso del crimen y de la sangre, se mostró más avara de sus frutos, y Ahrimán venció a Ormuz.

"Los hombres comprendieron que el amor los había hecho infelices; pero el signo de Ormuz era irrevocable, y en vano clamaron porque arrancase de sus pechos el dardo doloroso que los agobiaba...."

El sabio doctor Hausenkichenküke, que tradujo este cuento de la vieja lengua persa, dice que aquí termina la parte legible de la inscripción, y que no obstante la autenticidad aparente de los vetustos caracteres, llega a dudar de la sinceridad del explorador que le proporcionó las consabidas tablas; pues, juzga, no obstante su buena fé germánica, que algún taimado lector de Malthus ha tratado de probar con este epílogo que, aunque se resuelvan todos los problemas económicos modernos, aumentando en forma no imaginada hasta ahora, los medios de producción, siempre se ha de producir al fin, con el exceso de población, la lucha fatal, que hará sobrevivir a los más aptos y eliminará a los débiles, hasta que los humanos obtengan del bondadoso Ormuz que revoque su terrible fallo y los prive de la dolorosa llama, que lleva a la humanidad, de la ilusión a la desesperación, de la esperanza al temor y del placer al llanto, por todos los ámbitos de la tierra, como a la errante Fé, perseguida por la cólera implacable de Juno.

RAMON BRIONES LUCO.

BELLEZA FEMENINA

Es evidente que la mujer española goza justamente fama de hermosa, y que no perdona medio de conservar y hacer resaltar su belleza. Brantome en sus "Damas galantes" escribe haber oído a una dama de Toledo tan hermosa como experta que la mujer para llegar a la perfección de la belleza debe poseer los treinta requisitos siguientes:

Tres cosas blancas: el corazón, los dientes y las manos.

Tres negras: Los ojos, las cejas y los párpados.

Tres rosadas: los labios, las mejillas y las uñas.

Tres largas: el busto, el cabello y las manos.

Tres cortas: los dientes, las orejas y los pies.

Tres anchas: el pecho, la frente y la espalda.

Tres estrechas: el pulso, la vida y el empeine de pie.

Tres gruesas: los brazos, las caderas y las piernas.

Tres delgadas: los dedos, los cabellos y los labios.

Tres pequeñas: la boca, la nariz y la cabeza.

Algo difícil parece que todas estas ternas puedan estar reunidas en una sola persona, a menos que no sea la belleza misma personificada; yo sé sin embargo de jóvenes chilenas que sin haber comprobado su adaptación a las reglas geométricas de Brautôme en su amenon libro sobre la mujer, puedo asegurar que son bellísimas, y justo es confesarlo, en Chile no escasea esta fruta. Por lo demás un bosque en primavera es menos hermoso, por tener menos árboles vestidos, que en el verano? Qué importa? Los que hay hermosos y cubiertos de follaje bastan para ocultar la deficiencia de los otros.

RAM.



El Capitan Conquistador

Por W. W. JACOBS

IX

El contramaestre despertó a la mañana siguiente, con absoluta conciencia de la desagradable tarea que tenía por delante, y, después de haber dado, con muy mal humor, algunas órdenes a la tripulación, y de almorzar solo, se puso a componer un telegrama para el capitán Barber. Resultó este, por cierto, un bello trozo de prosa, cuya nota principal era la resignación... En total valía dos chelines en expresiones de condolencia y cuatro peniques y medio en consideraciones religiosas. La broma salía, pues, demasiado cara, y así resolvió por fin mandar todo aquello en una carta que hizo preceder por un lacónico telegrama.

La mayor parte del día, hubo de emplearla en relatar a los preguntones el desastroso fin del capitán Federico Flower. El difunto era un favorito popular, y tanto los empleados de las oficinas del muelle, como los marinos de la vecindad, vinieron en pequeños grupos, a imponerse de los detalles y a comparar el accidente, con otros de igual género. Uno de los visitantes, fué un capitán que acostumbraba a beber tanto cuando se sentía conmovido, que fué necesario esta vez sacarlo de la goleta entre cuatro marineros.

El contramaestre permaneció meditabundo por algún tiempo después del te, tratando de hacerse el ánimo para su visita a Poplar. Llegó a pensar en salir del compromiso, con una carta, y hasta tuvo listos los materiales para escribirla, pero, recordando su promesa al capitán, los dejó a un lado y se preparó para su visita. La tripulación, que se encontraba sobre cubierta, le vió partir, y José hizo al cocinero una observación que fué ahogada en un violento acceso de tos.

La familia Wheeler, se encontraba en casa, cuando el contramaestre llegó a ella, donde le recibieron con alguna sorpresa. La señora Wheeler, hundida en su sofá, en el sitio de costumbre, le estrechó las manos con mucha amabilidad, y llamando su atención a un jovencito de desagradable apariencia que concluía en ese momento una tardía taza de te, se lo presentó como su hijo Bob.

—¿Está la señorita Tigrell? preguntó Fraser, moviendo negativamente la cabeza, al ver que la señora Wheler, hacía desocupar una silla a uno de sus pequeños, para ofrecérsela.

—Arriba está, dijo Emma Wheeler.... Iré a buscarla.

—No, mejor será que yo suba, dijo el contramaestre con calma... Es mejor que la vea a solas. Tengo para ella muy malas noticias...

—¿Sobre el capitán? preguntó secamente la señora Wheeler.

El contramaestre entonces bajó los ojos, y con acento conmovido (ya muy perfeccionado por la práctica) hizo el relato del desastre.

—¡Pobre muchacho! dijo la señora Wheeler, cuando hubo concluído... ¡Pobre muchacho!... Morir tan de repente... Supongo que no estaba preparado...

—No, dijo el contramaestre, estremeciéndose... No estaba preparado...

—¿Y Ud. no se arrojó al agua para salvarlo? preguntó la señora Wheeler.

—No, repuso el contramaestre, a lo que la señora Wheeler, aficionada como era a las novelas de a penique, suspiró, sacudiendo la cabeza.

—Allí está la pobrecita, en el piso alto, dijo con tristeza la señora Wheeler, allí está, inocente de lo que ocurre, y probablemente esperando que venga esta noche a buscarla para salir juntos... Emma puede ir a preveniria.

—Yo iré, dijo Fraser, con decisión.

—Mejor es dejar estas cosas a las mujeres, dijo la señora Wheeler. Cuando Juanito se lastimó el dedo, enviamos a Emma para que le preparara el ánimo a su padre... ¿No es cierto que lo hizo a las mil maravillas?

—Me hizo pensar todo género de cosas, con sus misterios, dijo en tono de duda, Mr. Wheeler, en corroboración de lo opinado... Primero creí que tú te habías muerto; después pensé que todos ustedes habían muerto... y mi impresión fué tal, que tuvieron que darme aguardiente para hacerme volver a mis sentidos. Cuando supe que sólo se trataba del dedo de Juanito, estuve fuera de mí de pura alegría.

—Yo iré a decírselo, interrumpió Robertito Wheeler, usando con mucha pulcritud del mantel, para limpiarse la boca, a guisa de servilleta. Yo lo sabré hacer mejor que Emma... Ella necesita de consuelo, y Emma la va a hacer llorar.

La señora Wheeler, irguiéndose en el sofá, miró al preopinante con cierta admiración, y el jovenzuelo, después de arrojar una mirada sobre la pieza de centro que adornaba la mesa, se dirigió a la puerta.

—No necesita Ud. molestarse, dijo Fraser con calma... Voy a ir yo mismo.

Los obscuros ojos de la señora Wheeler, despidieron centellas.

—Ella es nuestra alojada, dijo con tono de desafío.

—Con todo, iré a decírselo, dijo el contramaestre. El capitán mismo me encargó hacerlo así. Se comprende la estupefacción producida por estas palabras.

—Quería decir, se corrigió Fraser, al notar el efecto de su torpeza, que él me había encargado que si le ocurría cualquiera cosa, no dejara de contárselo yo mismo a la señorita Tyrell... Estoy tan conmovido que apenas sé lo que me digo.

—Va a ir Ud. a asustarla, dijo Robertito Wheeler, tratando de pasar adelante.

El contramaestre le atajó el camino de la puerta.

—¿Va Ud. a impedirme que salga de una pieza de mi propia casa? balbuceó el jovenzuelo.

—Por cierto que no, dijo Fraser, y se lanzó delante de él escaleras arriba. El joven Wheeler, después de un momento de vacilación, volvió murmurando a la sala.

La señorita Tyrell que se encontraba leyendo junto a la ventana, le levantó al ver entrar al contramaestre, y al observar que venía solo, no pudo menos de hacer un gesto de sorpresa, con lo cual el desconcierto del joven marino llegó a su colmo.

—El capitán Flower no pudo venir, balbuceó.

La niña nada



Vinieron en pequeños grupos a imponerse de los detalles

dijo, pero con sus negros ojos fijos en el ruborizado rostro del contramaestre, esperó a que continuara.



La señorita Tyrell se encontraba leyendo junto a la ventana

—Es una desgracia que no haya podido venir, prosiguió Fraser.

—Negocios... me lo imagino, dijo la niña después de otra pausa. ¿Por qué no toma Ud. asiento?

—Muy malos negocios, repuso Fraser, sentándose, con la idea de haber encontrado ya el camino para salir del paso.

—¿Ud. le ha dejado en la Foam, supongo? dijo Rosita.

—No, mucho más lejos, fué la respuesta.

—¿En Seabridge? preguntó la niña, con tono indiferente.

Fraser la miró con aire de estudiada tristeza...

—No tan lejos como Seabridge, dijo en voz baja.

La señorita Tyrell, manifestó una ligera impaciencia.

—¿Se trata de una especie de adivinanza? preguntó.

—No... Se trata de una historia, repuso Fraser, no sin sentir una secreta admiración, por su hasta entonces no sospechada habilidad, para dar malas noticias... Se trata de una historia que acaba muy mal.

La niña no comprendió.

—Si Ud. quiere decir que el capitán Fiower no desea venir aquí, y lo envía a Ud. para decírmelo, comenzó con dignidad.

—No puede venir, interrumpió apresuradamente el contramaestre.

—¿Y le ha encargado a Ud. que me lo diga? preguntó la niña.

Fraser movió negativamente la cabeza, con sombrío ademán.

—No puede venir, dijo en voz baja... Ha ocurrido una desgracia... Antenoche perdió el equilibrio en la cubierta de su buque... y... cayó al mar, concluyó nerviosamente.

Rosita Tyrell, dejó oir una leve exclamación, se puso de piés y permaneció mirando a su interlocutor, con las manos sobre el respaldo de la silla.

—¡Pobre muchacho! dijo tristemente. ¡Pobre muchacho!

Volvió a sentarse junto a la ventana, y comenzó a destrozar distraidamente las hojas de un geranio. Su rostro estaba pálido, y sus ojos negros, húmedos y compasivos... Fraser, al mirarla, no pudo menos de maldecir en su interior, al inescrupuloso capitán.

—Terrible cosa para sus amigos, dijo Rosita, al fin.

—Y también para Ud., agregó Fraser, respetuosamente.

—Estoy muy afectada, dijo Rosita con mucha calma...

—Tengo grandes esperanzas de que pueda haberse salvado a bordo de otro buque, dijo Fraser... muy grandes esperanzas... Le arrojamos un salvavidas, pero aunque echamos un bote al agua, no pudimos dar ni con él, ni tampoco con el salvavidas... Bien puede haberlo recogido algún buque, en viaje a países lejanos... Más extrañas cosas se han visto.

La niña movió la cabeza en señal de duda.

—¿Y Ud. no se arrojó al agua tras de él? preguntó tranquilamente.

—No, repuso el contramaestre, ya fastidiado con la repetición de una pregunta tan indiscreta... Necesitaba en primer lugar permanecer en el buque, y además él era mucho mejor nadador que yo. Hice lo que pude.

—Tiene Ud. razón, dijo la señorita Tyrell, convencida.

—Si algo más puedo hacer, dijo Fraser tercamente, si en algo puedo serle útil, es-

pero que Ud. me lo diga... Flower me había dicho que Ud. era sola en el mundo...

Se detuvo al ver que los labios de la niña temblaban.

—Yo adoraba a mis padres, dijo ella casi desfallecida.

—Supongo que Ud. tiene algunos parientes, dijo Fraser.

La niña movió negativamente la cabeza.

—¿Ni siquiera primos? dijo Fraser.... El tenía más de veinte...

—Tengo algunos en Nueva Zelanda, dijo Rosita recapacitando. Si pudiera, me iría para allá.

—¿Dejando sus negocios aquí? preguntó el contramaestre con ansiedad.

—Ya no tengo ocupación, dijo Rosita con una ligera risita temblorosa... Si Ud. sabe de alguien que necesite una empleada que escriba impaciente y Ud. puede avisármelo.

El contramaestre la miró sorprendido. Este era por cierto un caso peor que el del capitán Flower.

—¿Qué piensa Ud. hacer? preguntó.

—Buscar otro empleo, fué la respuesta.

—¿Y si Ud. no lo encuentra?

—Lo encontraré tarde o temprano, dijo la niña.

—Pero suponga que no lo consigue por algún tiempo, dijo Fraser.

—Sabré esperar, dijo la niña con mucha calma.

—Pero puede Ud. quedar desocupada por muchos meses, continuó el contramaestre, retorciéndose las manos... ¿qué será de Ud. entre tanto?

—Ya se lo he dicho... Esperar...

—Sí... pero ¿y en materia de dinero?

La señorita Tyrell miró al joven marino.

—Eso es negocio mío, dijo con alguna irritación.

—Y mío también dijo Fraser... Fuí amigo de Flower, al par que su contramaestre, y Ud. sólo es una niña... casi una chiquilita, agregó con impaciencia.

—Estoy bastante grande para poder cuidar de mis negocios, dijo Rosita en tono de fría política...

—Querría que Ud. me prometiese no dejar esta casa, ni tomar ninguna determinación, hasta que la vea otra vez, dijo Fraser, que estaba ansioso de consultar a su capitán, sobre esta nueva faz del asunto.

—Por cierto que no se lo prometeré, dijo la señorita Tyrell, levantándose de su asiento... y gracias por su visita.

Fraser, manoseaba nerviosamente la cadena de su reloj.

—Gracias por su visita, repitió la niña, aún de pie.

—¿Quiere esto decir que debo irme? dijo Fraser, mirándola con franqueza. Querría saber en qué puedo haberla disgustado... Cuando veo que Ud. se encuentra aquí sola, sin amigos y sin empleo, me parece mal hecho dejarla así, sin más ni más.



Si tengo nuevas noticias, ¿puedo venir a dárselas? preguntó.

La señorita Tyrell suspiró ligeramente, mirando hacia la puerta. Fraser dudó un momento, y en seguida se levantó.

—Si tengo nuevas noticias ¿puedo venir a dárselas? preguntó.

—Sí, dijo Rosita, o escribir... Quizás lo mejor sea que me escriba. Pudiera ser que no me encontrase en casa... Adiós.

El contramaestre se despidió, y bajando en cuatro saltos la escalera, se lanzó a la calle. Mientras caminaba iba poniendo en orden sus pensamientos.

—Flower es un loco, se dijo amargamente, y en cuanto a mí no sé qué calificativo

carme... Hace tanto tiempo que no digo la verdad, que he olvidado ya cuál sea la verdad y pronto diré mentiras en la iglesia, como se las he dicho a ella.

X

Al llegar al buque, buscó con ansia alguna carta, sobre la mesa de la cámara, pero no había ninguna, y sólo a la mañana siguiente recibió una carta del capitán Barber. Estaba escrita en términos de la mayor resignación, y, después de referirse a la desgracia del difunto capitán, con enérgico lenguaje, terminaba con una cita de la Sagrada Escritura y la orden de llevar el buque a Seabridge, en su nueva calidad de capitán.

Ud. será el contramaestre, Benjamín, mientras nos dirigimos a Seabridge, dijo el flamante capitán, guardándose la carta en el bolsillo.

—Muy bien, repuso Benjamín, dirigiendo a José una mirada de soslayo.

—¿Ud. será el capitán, supongo? dijo José.

Fraser, en cuyas maneras se notaba el cambio consiguiente a su promoción de contramaestre a capitán, asintió gravemente, y la tripulación, después de otro cambio de miradas, reasumió sus tareas, en silencio. La conducta de los marineros fué muy dócil, durante todo el día, y sólo en la noche, encontró el capitán ocasión de hacer respetar su autoridad.

La causa del incidente fué Mr. Guillermo Greene, un joven delgado, de ojos furtivos, que Fraser había contratado para llenar la vacante dejada por el ascenso de Benjamín. No había permanecido todavía media hora a bordo, cuando se produjo un conflicto, ocasionando por el intento del recién venido de introducir los modales de la alta sociedad en el castillo de proa.

—¿Con que Mr. Guillermo Green? repitió José, cuando el nuevo marinero se hubo presentado... Pues bien, aquí te llamarás simplemente "Guillo"...

—No veo por qué si yo le llamo a Ud. Mr. Smith, Ud. no me llame a mí Mr. Green, dijo el otro.

—¿Cómo quiere Ud. llamarme? preguntó José roncamente. Dígame míster cuanto quiera... si le da la gana, pero yo no haré con Ud. la misma cosa.

—Estoy seguro de que el cocinero, aquí presente, no se molestará si yo le llamo Mr. Fisher, dijo el nuevo marinero.

—Por cierto que no, dijo el cocinero con gratitud... Sólo que mi nombre es Disher.

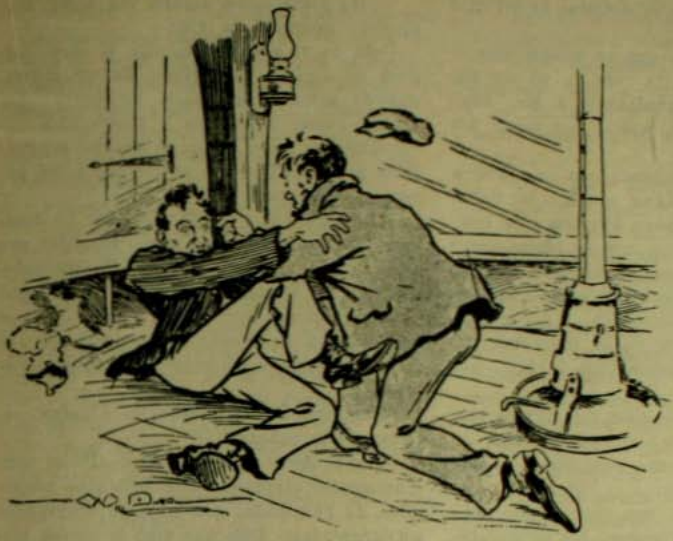
El recién venido se disculpó con una urbanidad que dejó estupefacto a Benjamín y a José... Se miraron consternados el uno al otro, y entonces Benjamín se puso de pie.

—Aquí no necesitamos misteres, dijo secamente, ni tampoco queremos tenerlos... El nombre de este diablo es Roberto, pero nosotros lo llamamos Bobito... Ud. debe, pues, enmendar el error que ha cometido... Llámelo, pues, Bobito... y desde luego.

—No tengo para que llamarlo en este



Llámalo pues Bobito, y desde luego



Se armó en el castillo de proa un verdadero campo de Agramante

momento, dijo Mr. Green suavemente.

—De todas maneras Ud. va a hacerlo, rugió José, avanzando hacia él... Dígale Bobito, Bobito, Bobito, hasta que yo le ordene detenerse.

—Bobito, dijo Mr. Green, tratando de evitar la furiosa mirada del cocinero, Bobito, Bobito, Bobito... Bob...

—Basta! gritó el cocinero, levantándose con rabia... Ud. no está rezando las letanías.

—José, satisfecho de su victoria, volvió a su sitio, cambiando una mirada con Benjamín. Mr. Green, mirando con aire de súplica al cocinero, se sentó a su lado y le ofreció una pipa con tabaco.

—¿Ha navegado usted mucho tiempo? preguntó el cocinero, aceptándole.

—No mucho, repuso el otro, con gran cortesía. He sido educado para algo muy diferente... Me ocupo en esto mientras se presenta otra cosa mejor... Encuentro muy difícil ser un caballero en el mar.

El cocinero, sin dejar de observar a José, encadenó un ligero murmullo de simpatía y dijo que él había experimentado la misma cosa.

—Tuve dinero y dejé el oficio, continuó Mr. Green, y dejé este pícaro oficio... Lo mismo haré cuando vuelva a tener dinero...

—Benjamín, dijo repentinamente José, pásame tu bota.

—¿Para qué? preguntó Benjamín, que en ese momento se había descalzado de una de las suyas.

Para darle con ella a ese imbécil, rugió el indignado marinero

Benjamín se la pasó sin pronunciar palabra, y se armó en el castillo de proa un verdadero campo de agramante. José dió con la bota en la cabeza a Mr. Green y éste excitado por el dolor, trató de defenderse como mejor pudo, en tanto que Tomás, animaba jubilosamente a los combatientes.

La colérica voz del capitán impuso silencio a los combatientes... Siguiéndose algunas explicaciones, y Fraser, después de recordar a Benjamín su nueva situación, volvió a su camarote.

No duró la calma mucho rato, y casi estalló un nuevo conflicto, a causa de que el cocinero, proporcionó un trozo de carne cruda para un ojo herido de Mr. Green, y lo rehusó para el ojo, igualmente herido, de José... Fué esta falta de consideración y no la del pedazo de carne, lo que afectó a José, pues nada le costó arrebatar el suyo a Mr. Green. El tumulto iba ya a comenzar de nuevo, cuando fué detenido por un rumor de voces irritadas que venía del muelle. Tomás, seguido por José, se dirigieron a escuchar, con el júbilo que es de suponer, un airado cambio de palabras, entre el guarda del muelle y la señora Tipping y su hija.

—Llámeme embustero, entonces, decía el viejo Jorge, con ofendido acento.

—Ya lo he hecho, repuso la señora Tipping.

—¿Por qué no nos da noticias de él? dijo su hija.

—Ya les he dicho que se ahogó, dijo el guarda, levantando la voz... Si no me creen, vayan y pregúntenselo a Mr. Fraser. Ahora él es el capitán, en lugar del otro.

Y diciendo esto, apuntó con la mano a Fraser, quien, habiendo sentido la bulla, salía a la cubierta para averiguar la causa. La señora Tipping, con los labios apretados, penetró a bordo, seguida por su hija, y se dirigió a él, mirándolo severamente.

—No sé cómo se atreve Ud. a ponerse en mi presencia, después de la indecente jugarreta de la otra noche, dijo la hija, con indignación.

—Uds. tuvieron la culpa, dijo Fraser con mucha calma... Uds. no querían irse.. Uds. no tienen derecho para venir a molestar de esa manera.

—Vendremos cada vez que se nos ocurra, dijo la señora Tipping. En primer lugar, necesitamos ver a Mr. Robinson; además, deseamos encontrarnos con el capitán Flower... Así Ud. puede no seguir obligando a ese viejo a que diga mentiras.

—El capitán Flower, se cayó al mar, antenoche, es cuanto puedo decirle, dijo Fraser gravemente.

—Nunca había topado con un sujeto como usted, exclamó la señora Tipping... Ud. es un perfecto... ¿cuál es el nombre de la Sagrada Escritura? preguntó, dirigiéndose a su hija.

La señorita Tipping, moviendo la cabeza, significó a su madre que no lo sabía.

—Bueno, eso no significa nada... Esperaré aquí hasta que vaya.

—¿Quién? ¿Ananías? exclamó Fraser, fuera de sí.

La señora Tipping, sin dignarse responder, permaneció un momento, lanzando escrutadoras miradas en torno de sí, mientras su hija, saltó a tierra y se dirigió a la oficina, donde aún trabajaban dos de los empleados... Allí, la pobre niña obtuvo la plena confirmación de la muerte del capitán y corrió a dar de ello cuenta a su madre.

La señora Tipping, que no se daba fácilmente por vencida, permaneció pensativa por algunos momentos.

—¿Qué tenía que ver el capitán Flower, con Mr. Robinson? preguntó al fin, dirigiéndose a Fraser.

—No puedo decirlo, fué la respuesta.

—¿Ha visto usted alguna vez a Mr. Robinson? preguntó la niña.

—Sí, le ví una noche, dijo el otro, después de alguna vacilación. Es un individuo de aspecto agradable, brillantes ojos azules, buena dentadura y alegre risa.

—¿Espera usted verlo de nuevo? preguntó la señorita Tipping, asintiendo a los anteriores detalles.

—No, ahora que el pobre Flower ha desaparecido repuso Fraser. Creo recordar que embarcamos algunos cajones de mercaderías suyas, cierta noche... La noche que ustedes vinieron por primera vez... No sé qué hubiera en medio del negocio, pero a mí me pareció un hombre un tanto misterioso.

—Así era, afirmó la señorita Tipping, sacudiendo la cabeza.

—Le oí decir aquella noche, dijo el contramaestre, olvidando sus recientes propósitos de enmienda, que pensaba emprender un largo viaje. Dijo que algo le estaba molestando en la vida.

—¿Lo oye usted mamá? dijo la señorita Tipping.

—Sí lo oigo, dijo la otra, en tono agresivo... Pero la muerte del capitán no me satisface... No nos lo han dicho todo. Ud. no ha terminado del todo conmigo, joven... Se lo advierto.

—Así lo espero, dijo Fraser cordialmente. Cada vez que el buque venga a Londres, tendré muchísimo placer en recibir a Uds. a bordo.

La señora Tipping recibió esta cortesía con bastante frialdad, y habiendo averiguado la suerte del capitán Flower de seis personas diferentes, y verificado la exactitud del relato con el empleado de la oficina, a a quien se presentó con mucho aplomo, como de la profesión, se fué por fin a su casa con su hija, en la cual el dolor había tomado la forma de la insolencia para con la autora de sus días.

Dos horas más tarde la Foam levó sus anclas, y después de una disputa entre Mr. Green y el guarda, a quien la urbanidad del primero se le antojara burla, comenzó a navegar lentamente río abajo. La marinería estaba tranquila como nunca, pero su buena voluntad pasó inadvertida para el nuevo capitán, preocupado como estaba, con las muchas mentiras que había dicho, y con las muchas más que aún le quedaban por decir.

—Creía que Ud. me había dicho que pensaba continuar ocupando su sitio en el castillo de proa, dijo a Benjamín, la mañana siguiente, cuando vió a éste ocupar su asiento para almorzar en la cámara.

—He cambiado de idea... Los hombres no me guardan el debido respeto, dijo el contramaestre.

Fraser se encogió de hombros.

—Se olvidan de quien soy, añadió Benjamín. Nunca he dado mucha importancia a estas cosas, pero cuando la familiaridad raya en la insolencia, bueno es recordarles quien soy... Por ejemplo, ¿qué pensaría usted de un contramaestre a quien un marinero ha pateado en la espalda?

—¿Han hecho eso? dijo Fraser con acento de horror.

—José lo hizo... Y no sé si volverá a repetir... la gracia.

—Aquí está, pues, su asiento, dijo Fraser, indicándose'lo.

Benjamín gruñó por toda respuesta, y, no siendo muy aficionado a conversar, se entretuvo a solas con su comida, y, tan pronto como la hubo terminado, salió a cubierta.

—¿Qué estabas haciendo allá abajo, Benjamín? le preguntó José con severidad, apenas hubo aparecido allí... Tu te está frío

—He almorzado con el capitán, dijo Benjamín brevemente.

—Siempre te has vuelto loco por las distinciones, Benjamín, dijo José, meneando la cabeza. ¿Cómo puede haber un individuo que abandone a sus viejos camaradas, por una lonja de tocino?

El nuevo contramaestre le volvió la espalda con altanería.

—¡Tomás! gritó secamente.

—¡Señor Benjamín! dijo el joven... ¿Qué se le ofrece? ¿Por qué mira usted así? ¿Está usted enfermo?

—¿Por qué me llamas en esa forma? preguntó el nuevo contramaestre.

—¿En qué forma? dijo el atónito Tomás.

—Vuélveme a llamar Benjamín a secas otra vez, y verás lo que te sucede, dijo el otro... Anda a limpiar los bronces.

El muchacho obedeció, no sin arrojar una mirada de envidia al cocinero, que de pie bajo el puente, limpiaba sus platos, como desafiando al contramaestre que le mandara a él también.

—¡Guillo!... dijo el contramaestre.

—¡Señor! repuso el político marinero.

—Ayuda a José a restregar con un estropajo la obra muerta, fué la respuesta.

—¡Yo! exclamó el indignado José... ¡Yo restregar con un estropajo!... ¡Benjamín!

—¡Pobre viejo! dijo el cocinero, que no había perdonado el negocio de la noche anterior.

—¿Qué están allí murmurando? ordenó el nuevo contramaestre. ¡Pronto!...

—Yo no restregaré con un estropajo, dijo José con energía.

—He dado mis órdenes, dijo el nuevo contramaestre; si ellas no son cumplidas, o si vuelvo a oir una palabra acerca de ellas, no lo pasarán ustedes bien. Estoy resuelto a hacerme respetar... Los viejos deben dar ejemplo a los jóvenes. ¿Por qué pones esa cara tan rara, José?

—Tengo dolor de oídos, repuso José con amargo sarcasmo.

—Probablemente lo tendrás, por lo mucho que cantaste esta mañana, dijo el contramaestre, adelantándose palo en mano.



¿Qué están allí murmurando?

Fraser, al subir sobre cubierta, llegó justamente a tiempo para contemplar una soberbia imitación de cierta famosa escultura representada por José, Tomás y Benjamín, pero su crítica artística fué tan cortante y destructiva, que el grupo se deshizo ante ella para no volver a formarse. Sin embargo, unidos por su odio común a Benjamín, la tripulación arregló sus discordias intestinas, y al llegar a la vista de Seabridge, tenía constituída una sociedad secreta de la cual José era el presidente perpetuo

El capitán Barber, con tanta tristeza como podía mostrar ante la aplastante noticia, esperaba en el muelle. Su rostro curtido por la intemperie, aparecía menos rudo que de ordinario, y Fraser no pudo menos de sentir honda vergüenza, al notar que los movimientos del viejo, al subir a bordo, eran más lentos y difíciles que en las anteriores ocasiones.

—¡Terrible cosa! ¡Santiago! dijo apretándole calurosamente la mano.

—¡Espantosa! dijo Fraser, enrojeciendo hasta el blanco de los ojos.

—He pedido a los guarda-costas que busquen el cadáver, dijo el viejo... Puede haber sido arrojado a la costa, y me agradaría enterrarlo en forma decente.

—Pudiera ser, dijo Fraser... No creo que haya probabilidades de que haya sido recogido por otro buque... Yo le arrojé un salvavidas.

El capitán Barber sacudió la cabeza.

—Es un caso misterioso, dijo lentamente... Un individuo que ha pasado su vida entera en el mar, va y se cae al agua, en un tiempo de calma como ése.

—Por cierto que es misterioso, señor, dijo José, que se había acercado, seguido por los demás... Puedo decirlo, porque me encontraba sobre cubierta, pocos minutos antes de que la cosa sucediera.

—Es lástima que Ud. no hubiera continuado allí, dijo tristemente el capitán Barber.

—Así es, señor, dijo José, pero el contramaestre me vió sobre cubierta y me ordenó retirarme... Dos minutos después, oí el ruido de un cuerpo que caía al mar... Era el capitán.

Se notaba en sus palabras cierta reticencia sobre la que no era posible equivocarse. El viejo, mirando las caras a su alrededor, notó que la del contramaestre estaba muy pálida.



El capitán Barber esperaba en el muelle

—¿Por qué te ordenó que te retiraras? preguntó, volviéndose a José.

—Pregúnteselo a él mejor, repuso el marinero... Yo quería permanecer sobre cubierta, pero tuve que obedecer sus órdenes. Si yo hubiera quedado allí... él no sería ahora capitán.

El viejo miró al contramaestre con fijeza... Este, después de un vano intento de soportar su mirada, bajó los ojos...

—¿Qué dice usted de esto? preguntó Barber calurosamente.

—Nada, repuso el contramaestre... Envié a José a su cama, y el capitán cayó al mar dos minutos después. Eso es todo.

—¿Cayó? preguntó el capitán Barber.

—Cayó, repitió el otro, mirando fijamente a su interlocutor.

Por algunos minutos el capitán Barber permaneció en silencio.

—Federico salvó a Ud. una vez la vida, dijo al fin.

—Así es, repuso Fraser.

El viejo dió dos o tres pasos por sobre cubierta.

—Era el hijo de mi hermana, dijo plantándose en frente del contramaestre, pero yo lo consideraba como hijo. Su padre y su madre también murieron ahogados, pero fué después de naufragar, durante una tempestad.

Fraser asintió.

—No puedo evitar que Ud. lleve el buque hasta Londres, continuó Barber... Pero no lo traerá usted de nuevo aquí... No necesito por más tiempo de sus servicios... Ni deseo verlo en mi presencia otra vez más.

—Como usted guste, repuso Fraser, fingiendo indiferencia... El buque es suyo y tiene derecho a hacer lo que mejor le parezca... Desembarcaré desde luego mi equipaje.

—¿No quiere Ud. saber los motivos de mi resolución? preguntó el capitán Barber.

El otro movió la cabeza.

—No, dijo, sencillamente, y bajó a la cámara.

Volvio pocos momentos más tarde, con su equipaje arreglado en un par de maletas, y como los marineros no le ofrecieran auxilio, las llevó él mismo a tierra, donde subió a un coche que encontró en el muelle.

Fraser, al partir en su carruaje, dirigió a la Foam una última mirada. El viejo permanecía de pie en la cubierta. Con la idea de que su situación había llegado a ser intolerable, permaneció en silencio hasta llegar a la estación, y como, después de muchos meses, disponía de un día de holganza, resolvió, por varias razones, hacer una visita a su padre en Bittelsea.

XI

El capitán Barber, se dirigió a su casa con ademán pensativo, y suspirando ante el pensamiento de lo incierto de la vida, y de la fatalidad de las cosas terrenas.

Las ventanas de la casa permanecían herméticamente cerradas, y el pabellón de Inglaterra, izado a media asta en el jardín. Se detuvo en la puerta de la casa, con extraordinario disgusto, ante la idea del amor femenino que le esparaba adentro, y pensando en su buque, ya sin capitán, se dirigió a la taberna de Thorn.

—¿Ninguna novedad, supongo, capitán Barber? dijo la tabernera, mirándolo con gran simpatía.

El capitán movió la cabeza, y después de saludar a un par de vecinos, pidió algo para beber.

—Es maravilloso como ha soportado usted esta grèsca, dijo la tabernera. Cuando mi difunto murió, estuve gritando día a día por cinco semanas, hasta que quedé en la piel y en los huesos.

—Pues bien, yo en su caso... dijo el viejo irritado, y mirando con ojos nada favorables, las ampliás proporciones de la tabernera...

—¿Cómo dice? preguntó ésta.

—Digo que yo en su lugar, repitió el capitán Barber, habría gritado cinco meses de día y de noche.

La señora no tardó en devolver el tiro.

—¿Sigue bien la señora Church? preguntó con estudiado candor.

—Perfectamente, contestó el capitán, presintiendo el peligro.

La tabernera, sonrió con exquisita amabilidad, mirando maliciosamente al infortunado capitán Barber, quien no pudo menos de pedir una explicación de este gesto.

—Sí... Sí... dijo la tabernera... Es mucha la inocencia de Ud.

—Eso no está bien, agregó uno de los concurrentes, con la mejor intención del mundo

—No sé qué pensar de lo que le sucede al capitán, dijo la tabernera.

—Ni yo tampoco, dijo otro.

—Mi señora afirma que la cosa es visible, sólo el ver cómo se miran el uno al otro, añadió un tercero.

—¿Puedo saber de qué hablan ustedes? preguntó el escamado Barber, cuyos esfuerzos para aparecer indiferente, resultaron superiores a su voluntad.

—Se trata de una pareja enamorada, dijo la tabernera.

El capitán quedó suspenso.

—¿Y por qué me movía usted la cabeza, diciéndome que eso no estaba bien?

—Pero, como usted pretende no haber oído nada, dijo la tabernera.

—Así es, dijo el capitán, dirigiéndose a la puerta, después de haber vaciado su vaso. Tengo algo mejor en que ocupar el tiempo, para perderlo en hablar sobre los negocios de mi vecino.

—Ya lo creo que tiene Ud. buen pasa-



Comprendo que Ud. sea cuidadoso, dijo el capitán Nibletts

tiempo en casa, repuso la tabernera. Si lo sabemos todo.

El enfurecido Barber cerró la puerta de un porrazo, y exitado con la disputa, correspondió secamente el saludo de un hombre de aspecto encogido y desaliñado, sentado al otro extremo de la sala.

—Buen día, capitán Nibletts, gruñó.

—Buen día, señor, dijo el otro... ¿Cómo va de negocios?

El capitán Barber sacudió la cabeza.

—Van malos como no pueden ser peores, repuso. Ya no hay esperanzas... Ando en busca de un nuevo capitán para mi buque.

—¿Qué le parece Harris? sugirió Nibletts.

—No me agrada, dijo Barber, en tono de confidencia.

—Bien, ¿y Flechter? dijo Nibletts.

—Flechter me parece aún peor que Harris, continuó el capitán Barber.

—Comprendo que Ud. sea cuidadoso, dijo el capitán Nibletts. Su buque es el más hermoso de la matrícula de Seabridge.... Todas las precauciones son pocas.

—Si no hubiera sido por las desgracias marítimas que Ud. ha experimentado, dijo el agradecido armador, bebiéndose lentamente un trago de whisky, me habría gustado nombrar a Ud. capitán.

—Gracias, dijo Nibletts, con mucha calma.

—Hubo una pausa, durante la cual ambos hombres, se entretenían contemplando los pescados embalsamados que adornaban la sala de la taberna. El capitán Barber tomó otro sorbo de whisky.

—Voy a proceder conforme a mi propio criterio, dijo Nibletts lentamente. Siempre he sido superior a los prejuicios del público. Nadie confiaría a Ud. su buque... Yo, voy a confiarle la "Foam".

El capitán Nibletts levantándose de su asiento, tomó la mano del armador, y le dió calurosamente las gracias, por la extraordinaria muestra de confianza con que acababa de favorecerlo...

En seguida, dirigiéndose a la mesa, tomó su vaso de whisky y lo arrojó al suelo.

—He bebido demasiado ya, dijo... ¿Cuándo puedo hacerme cargo?

—Tan luego como quiera, dijo su bienhechor... El viejo Benjamín está de contramaestre... Fraser se ha marchado.

El capitán Nibletts volvió a dar las gracias, y tomando orgullosamente su sombrero, salió de la taberna, no sin haber dirigido un piropo al salir a la asombrada tabernera. Hacía ya mucho tiempo que el afortunado capitán no se entregaba a ese género de expansiones.

Con el mismo buen humor, el nuevo capitán llegó hasta la Foam. Los trabajos ya habían comenzado, bajo la enérgica dirección de Benjamín. No fué pequeña la sorpresa del contramaestre al ver a Nibletts subir a bordo.

—¿En qué podemos servirle, capitán Nibletts? le preguntó en tono de protección.

—He sido nombrado capitán de este buque, repuso el otro tranquilamente.

—¿Ud?..., dijo Benjamín, en tono de efusiva admiración, al contemplar deshechas sus propias y ambiciosas esperanzas. ¿Ud. el capitán?...

Nibletts asintió, sonrojándose.

—El capitán Barber acaba de darme el destino, observó.

Benjamín suspiró, moviendo la cabeza.

—Nunca volverá el pobre a ser el mismo de antes, dijo... Se fué de aquí verdaderamente anonadado... ¿En qué estado le vió a Ud?...

—Estaba perfectamente bien, fué la respuesta.

Benjamín sacudió la cabeza, en la actitud de quien está más al corriente de las cosas...

—Será magnífico para usted, capitán, volver al mar, dijo por fin.

El capitán Nibletts, por toda respuesta, alzó su curtido rostro, respirando a boca llena la brisa marina.

—Ud. verá de nuevo la "Diadem", en el camino, continuó el ofendido Benjamín... El extremo de los mástiles sobresale justamente de la superficie del mar.

Una ligera carcajada se escapó al oír esto a uno de los de la tripulación, y Nibletts, rojo de ira, tomó el partido de meterse en su cámara. Durante el día, temiendo que su nuevo empleo se le escapara de entre las manos, transladó su equipaje al buque, y durmió a bordo aquella noche.



No quiero que Ud. vuelva a limpiar las ollas en esa forma

Durante el regreso a Londres, la sociedad secreta, discurrió varios proyectos de venganza en contra del aborrecido contramaestre, pero todos ellos fueron uno tras uno desechados como impracticables.

Entonces Mr. Guillermo Green, habiendo sabido que el contramaestre no sabía leer, hizo maravillas con un pedazo de tiza, sobre los utensilios de la cocina... Cuando el contramaestre subió a cubierta, todos los de la tripulación comenzaron a reir a mandíbulas batientes, risa que era incomprensible para el infortunado contramaestre.

—¿Qué es esto, cocinero? preguntó, señalando la escritura.

—¿Qué cosa, señor?

—Esas marcas sobre las ollas, repuso Benjamín.

—Son rayas con tiza, explicó el cocinero... Estaba limpiando la batería de cocina.

—Parecen escrituras, murmuró el contramaestre.

—No... No, señor, repuso el cocinero con sonrisa de superioridad.

—A mí me lo parecen, dijo Benjamín.

—Ud. lo sabrá mejor, dijo el cocinero humildemente. Yo no sé... Si son escrituras, ¿qué es lo que dicen?

—No digo que lo sean, gruñó el viejo... Digo que lo parecen.

Puedo asegurarle que Ud. está equivocado, dijo el cocinero... Siempre limpio las ollas lo mismo...

Y diciendo esto, colocó los objetos en cuestión, sobre la cubierta. Entonces Tomás, comenzó a leer las frases allí escritas, mirando de reojo y maliciosamente al contramaestre.

—¡Cocinero! gritó el contramaestre.

—¡Señor! dijo el otro.

—No quiero que Ud. vuelva a limpiar las ollas en esa forma, exclamó fuera de sí.

En adelante el contramaestre hubo de añadir a sus anteriores funciones, las de inspector de vajillas, lo que no dejó de merecer a los marineros algunos comentarios.

Los fatigados tripulantes de la "Foam" bajaron a tierra tan pronto como pudieron, una vez que llegaron a Londres, a fin de recobrar sus fuerzas con algunos buenos tragos de

whisky. Benjamín no los acompañó, y cuando Nibletts, pocos momentos después tomó el mismo camino, sin invitarlo a beber en su compañía, sonrió tristemente, considerando los inconvenientes de su dudoso rango.

Permaneció sentado por algunos minutos, fumando en silencio, y sintiéndose dueño y señor de cuanto le rodeaba; entonces, mientras miraba distraídamente los silenciosos y desiertos buques que le rodeaban, empezó a soñar despierto. Se vió en su debido puesto de capitán de la Foam, y a Nibletts, privado de su empleo por ebriedad consuetudinaria, viniendo a pedirle un puesto subalterno a bordo. Sus meditaciones fueron interrumpidas por un pedazo de carbón que cayó sobre la cubierta, y que pronto fué seguido por dos trozos más... Entonces vino a comprender que él, era, acaso, el objeto de tales disparos... Un cuarto trozo de carbón, mejor dirigido, acabó de disipar sus dudas. Levantóse, entonces, y sorprendió al guarda, en el acto de disparar su quinta pedrada.

—¡Hola! Viejo tuno, dijo Jorge, con mucha amabilidad. Creí que dormías.

—Pues estabas equivocado, dijo el contramaestre con acritud... No vuelvas a repetir la gracia ésta.

—¿Qué te he hecho? preguntó el otro, sorprendido con aquel tono.

—Otra vez que arrojes carbón a alguno, fíjate en quién sea éste, continuó Benjamín con dignidad... Hazlo en último caso con los simples marineros, pero un guarda no tiene derecho para bromear así con un contramaestre.

—Pero, ¿qué estás diciendo? exclamó el sorprendido Jorge. ¿No te acuerdas de lo que somos?

—Cuida de mantenerte en tu sitio, que yo sabré cuidar el mío, dijo el contramaestre con severidad.

El guarda se quedó mirándolo con sincera admiración, y, después, ubicado a su sitio de costumbre, se metió las manos en los bolsillos, pronunciando esta espantosa herejía... "Los contramaestres no valen nada".

—Ocúpese de sus propios asuntos, guarda, dijo Benjamín... Yo conozco los míos.

—Ud. no sabe de la misa la media, repuso el otro. Además, Ud. no tiene aspecto de contramaestre... Yo jamás habría arrojado pedazos de carbón a un verdadero contramaestre.

Nada más dijo, pero se quedó mirando el río, con una cara sin expresión, salvo cuando sus ojos tropezaban con el flamante contramaestre... Entonnces fingió hacer violentos esfuerzos para no soltar la risa.

Fué interrumpido en esta discusión, por un ruido de pasos y voces femeninas. Las infatigables Tipping venían a hacer una de sus acostumbradas visitas, y, sin hacer caso de él, se dirigían al extremo del muelle, discutiendo los medios de abordar la goleta.

—Mr. Fraser se ha ido, les dijo el guarda con mucha política. Ahora hay un nuevo capitán, y ese individuo alto, fino, hermoso, elegante y atrayente, desempeña ahora las funciones de contramaestre.

El aludido, se dirigía en ese momento hacia las damas en forma nada hospitalaria.

No costó poco a la señora Tipping saltar a bordo de la goleta, pues, en su impaciencia, estuvo a punto de caerse al río... Recobrada de la emoción que le produjera el peligro, comenzó a discutir la eterna materia de Mr. Robinson, con el nuevo contramaestre.

—Jamás ví a ese sugeto, dijo Benjamín pensativo, ni nunca tampoco oí hablar de él, hasta que ustedes vinieron aquí.

—Debes hacerte el ánimo... Se ha ido, dijo la señora Tipping, dirigiéndose a su hija... Nunca me he sentido tan fatigada como ahora, de ir y venir, en busca de un mito... No es digno de mí.

—Ud. no necesita venir, dijo la niña dudosa. La última vez que oímos de él fué en este buque, y ¿dónde quiere entonces que le busque? Ud. es quien ha querido encontrarlo personalmente.

—Así es, dijo la señora Tipping, en tono amenazador. Necesito tener una pequeña entrevista con ese sugeto, y la tendré, si alguna vez lo encuentro a mano.

—Si alguna vez viene a bordo de este buque, dijo el contramaestre con firmeza, yo me encargo de enviárselo amarrado.

—Le daremos nuestra dirección, dijo la señora Tipping, con prontitud.

—Aquí la tiene, continuó su hija, dándole una tarjeta.. Esta es su casa, y en cualquier tiempo en que Ud. se digne presentarse en ella, será muy bien recibido, Mr..



La señora Tipping cogió la carta

Brown, dijo el contramaestre encantado con estos modales. Mr. Brown.

—¡Benjamín! gritó una voz en el muelle.

El nuevo contramaestre, miró altaneramente a un pequeño mandadero, que acababa de llegar al costado de la goleta.

—Aquí hay una carta para el contramaestre, dijo el niño, que ignoraba los últimos acontecimientos, y la nueva situación de Benjamín. Tómela Ud.

Sólo había en el mundo de Benjamín, un sólo contramaestre posible. Tomó, pues, la carta y la hizo dasaparecer en su bolsillo.

—Léala sin ceremonia, señor, dijo la vieja, con mucha cortesía. No se moleste por nosotras.

—Se trata sólo de negocios, me imagino, dijo Benjamín, con tono de importancia.

Sacó la carta del bolsillo, rompió el sobre, e hizo ademán de leer el contenido.

—Espero no sean malas noticias, dijo la señora Tipping, notando el encendido rostro del contramaestre.

—En verdad, no puedo leer sin anteojos, dijo el contramaestre, respetando la verdad sólo hasta cierto punto.

Miró a la señora Tippinng, y vió en ella una probabilidad de salvación.

—Si Ud. me hiciera el favor de ver lo que dice, sugirió, se lo agradecería. Puede tratarse de algo importante.

La señora Tipping cogió la carta, y después de observar lo extraño de la escritura, leyó en voz alto lo siguiente:

"Querido Santiago:

Si necesitas ver a Mr. Morton, anda a Wolworth, calle Jhon No. 10, cuidando de que nadie te observe."

—Santiago, dijo el contramaestre, pasando el sobre a la vieja.. La carta, es, seguramente, para Mr. Santiago Fraser.

—Cuidando de que nadie te observe, murmuró la señorita Tupping, muy excitada, arrebatando a su madre el sobre... Vea, la dirección está escrita con letras de imprenta hechas a mano.

Madre e hija se miraron mutuamente. Sin duda, los pensamientos de la una y de la otra eran los mismos.

—Le daré la carta cuando lo vea observó Benjamín, metiéndosela en el bolsillo.. No parece importante. El no está ahora en Londres, segun creo.

—Tampoco creo yo que sea importante, dijo la señora Tipping.

—No, sin duda, agregó la niña, cuyas mejillas ardían de excitación. Buenas noches, Mr. Brown.

—Preciosa muchacha, Benjamín, ¿no es así? dijo el guarda, una vez que las damas hubieron partido... Cuidado amigo, no vayas a comprometerte en un matrimonio prematuro... Sólo comienzas la carrera de la vida... por lo menos en tu calidad de contramaestre.

XII

En feliz ignorancia de los cambios causados por su trágico y repentino fin, el capitán Flower, se encontraba sentado junto a la ventana de su mísero alojamiento de Walworth, fumando su pipa, después de almorzar, y dirigiendo sus ociosas miradas hacia el lúgubre patiecito interior de la casa. No podía menos de pensar detenidamente en el modo de pasar en la forma menos desagradable que fuera posible, los

seis meses que duraría su desaparición. Había ya mirado por centenares de veces las oleografías colgadas en las paredes de la habitación, y aún las maravillas de las frutas de cera, colocadas bajo un remendado fanal, no eran ya capaces de distraerlo.

—Iré a pasar una temporada en el campo, murmuró... Aquí me ahogo.

Cogió un trozo de pan, rompiólo en menudos pedacitos y comenzó a dar de almorzar con ellos a tres gallinas, que pasaban su precaria existencia en el patio.

—Comienzan a conocer a Ud. ya, dijo la pequeña, pero maliciosa niña de la casa, que había entrado a llevarse los restos del almuerzo. ¿Le gustan los huevos?

—Mucho, dijo Flower.

—Esa es una ponedora, muy nueva, dijo la niña, yendo a la ventana y observando a las aves con ojo crítico.

—No lo parece, repuso Flower, mirando la triste figura de las gallinas con algún interés.

—Es una espléndida ponedora, afirmó nuevamente la señorita Chiffers, y tan expedita como no puede serlo más.

—No creo que necesitaré más huevos, dijo Flower... He comido ya muchos. Tomaré mi tocino sólo.

—Como usted guste, dijo la señorita Chiffers, dejando la ventana... ¿Cómo sigue su pie?

—Mejor, dijo Flower.

—Parece más hinchado que ayer, dijo ella con mal disimulada satisfacción.

—Lo siento mejor, dijo el capitán.

La niña cogió los restos del almuerzo y salió de la sala.

Flower sacudió las cenizas de su pipa, y empezó a hojear los diarios de la mañana, en la vana esperanza de encontrar alguna relación de su muerte.

Su lectura fué interrumpida por un fuerte aldabonazo en la puerta de calle, y él arrojó el periódico, preparándose a recibir al fiel Fraser. Oyó que abrían la puerta, y en seguida los apresurados pasos de la señorita Chiffers, que corría a anunciar a su visitante.

—Le buscan a Ud., Mr. Morton, dijo la niña, penetrando en la habitación.

—Que suba, dijo Flower.

—¿Todos? preguntó la señorita Chiffers.

—¿Son más que uno? dijo Flower, con voz desfallecida.

Tres, dijo la señorita Chiffers: dos caballeros y una señorita.

—¿Darían sus nombres? preguntó el otro, palideciendo.

La señorita Chiffers movió negativamente la cabeza.

—Uno de ellos se llama Ricardo, repuso.

—Dígales que no estoy en casa, pero que volveré a medio día, dijo Flower apresuradamente.

Le dió un chelín, y la niñita, con un gesto de inteligencia, salió de la sala, cerrando la puerta tras de sí. Flower, con los nervios horriblemente excitados, oyó una acalorada discusión en el portal de la casa, y en seguida el ruido de una gran multitud que penetraba en ella, abriendo puertas a su paso, y a despecho de la indignada oposición presentada por la señorita Chiffers.

—¿Está aquí? preguntó una voz bien conocida, mientras una mano se posaba sobre la llave de la pieza del capitán.

—No, dijo la señorita Chiffers... Váyase... Este es mi dormitorio... Váyase... No se lo dicen.

Se sintió el rumor de una pequeña riña, y en seguida la puerta se abrió, dando paso a un joven elegantemente vestido, que sin



La niña cogió los restos del almuerzo y salió de la sala

hacer caso de las hermosas formas de la señorita Chiffers, que se había abrazado a sus piernas, penetró en la sala.

—¡Cómo Ricardo! dijo el capitán, levantándose. ¡Ricardo! ¡A Dios gracias, era Ud!...

—No dudo que Ud. se encuentre encantado con mi presencia, dijo Mr. Tipping friamente... ¿Qué hacía Ud. con ese cuchillo?...

—Creía que se trataba de otra persona, dijo Flower, dejando el cuchillo... Pensé que era un nuevo atentado contra mi vida.

Mr. Tipping le cogió la mano, murmurando algo que no fué oído por su hermana, que entraba en la sala, seguida por la tercera persona de la partida.

—¡Oh, Federico! dijo la niña indignada... Me admiro de que se atreva a mirarme de frente... ¿Dónde se ha metido todo este tiempo? ¿Dónde ha estado?

—Dale tiempo para pensar la respuesta, dijo su hermano, cambiando un gesto con el otro individuo.

—He estado en muchas partes, dijo Flower, mirando a los tres con desconfianza... He sido perseguido por todo el país.

—Pero, ¿por qué me dejó Ud. aquel día? preguntó la señorita Tipping.

—Es una larga historia, dijo Flower lentamente. ¿No recibió la carta que le escribí?

La señorita Tipping movió negativamente la cabeza.

—¿No la recibió, entonces? dijo Flower, aparentando sorpresa. ¿Qué habrá Ud. pensado de mí?

—Yo voy a decirle lo que pienso de usted, interrumpió vivamente Mr. Tipping.

—La escribí para explicárselo todo, dijo Flower. Salí repentinamente, al recibir una noticia espantosa.

—En tren especial, supongo, dijo Mr. Tipping con interés.

—¡Ricardo!... dijo la señorita Tipping.

—¡Bien! dijo Santiago, refunfuñando.

—¡Guarda tu lengua!

—No he tenido desde entonces un sólo instante tranquilo, continuó Flower patéticamente... Por un lado el peligro que corría..., por otro, pensando en Ud

—¿Por qué no escribió otra vez? preguntó la señorita Tipping.

—Le había pedido en mi carta, que me contestara a cierta dirección, dijo Flower, y, cuando volví a Inglatera y no encontré carta alguna, pensé que Ud. no quería perdonarme.

La señorita Tipping lo miró con aire de cariñoso reproche.

—Pero, ¿quiénes son esos enemigos? preguntó la señorita Tipping, acercándose cariñosamente a Flower.

—Un individuo que sirve al Gobierno, contestó el capitán.

Se interrumpió un momento.

—En el servicio secreto... agregó con firmeza... se ve rodeado de enemigos.

—Veremos qué hay que hacer, cuando estemos casados, Federico, dijo la señorita Tipping con ternura.

—¿Me ha perdonado Ud. entonces? preguntó Flower, creyendo haber dominado sus nervios.

—Todo, todo, se lo he perdonado, dijo la señorita Tipping, más tierna aún... Olvide Ud. sus penas... Por de pronto, Ud. no debe continuar en ese peligroso destino.

El capitán Flower sonrió melancólicamente, moviendo la cabeza, como para indicar que existen servicios demasiado valiosos para que un Gobierno pueda prescindir de ellos.

—¿Puedo ir a verla mañana? preguntó.

—¿A verme mañana? repitió la señorita Tipping sorprendida... ¿Cree Ud. que voy a dejarle aquí, rodeado de peligros? Ud. va a ir a casa con nosotros.

—Mejor será mañana, dijo el infeliz marino, con desfallecida voz.

—No lo dejaré perderse nuevamente de vista, dijo la señorita Tipping con energía... Federico y tú, Ricardo, dénse las manos...

Los dos obedecieron. Ambos estaban orgullosos de su respectivo vigor físico, y un extraño, habría podido confundir los esfuerzos que hacían el uno y el otro para deshacerse los dedos, como una muestra de sincera afección.

—Lo mejor es que Ud. deje esta casa, Federico, dijo la señorita Tipping.

Flower, poniendo la mejor cara que le fué posible, asintió con una tierna sonrisa, y siguiendo a sus visitantes, se enredó en una larga discusión con la señora Chiffers, sobre el monto de su pensión, sobre el cual la patrona tenía ideas que acreditaban más su ingenio que su aritmética.

La cuenta fué al fin arreglada, y la pequeña comitiva, se quedó en la puerta, es-



La cuenta fué al fin arreglada

perando el regreso de la señorita Chiffers, que había salido a buscar un carruaje.

—¿Y su equipaje, Federico? preguntó de pronto la señorita Tipping.

—No traje ninguno, dijo Flower apresuradamente... Cuando escapé la última vez, me dí por feliz, con escapar sólo con mi persona.

La señorita Tipping, conmovida, se colgó del brazo de Flower, con afectuosa ternura.

—Fué una suerte, poder librar la vida, continuó el verídico marino... Ni siquiera me tocaron, salvo una contusión en esta pierna, con la cacha de un revólver. Saltaba en ese momento la muralla.

—Pobre Federico, dijo la señorita Tipping, suspirando y mirándolo cara a cara.. ¿Qué gestos estás haciendo tú, Ricardo?

—Suponngo que todos tenemos derecho a hacer gestos, dijo Mr. Tipping, poniéndose serio de pronto.

—Este es el primer momento de felicidad que he tenido desde que la ví por última vez, murmuró Flower...

La señorita Tipping, le apretó suavemente el brazo.

—Me parece demasiado bueno para ser verdad, continuó el capitán... Temo que de un momento a otro va a desvanecerse como un sueño.

—Está Ud. despierto y muy despierto, dijo Mr. Tipping.

—Despierto no es la palabra, dijo el otro caballero, moviendo la cabeza.

—¡Tío! dijo la señorita Tipping, en tono cortante.

—Bien... Me callaré, dijo el otro.

—Guarde sus observaciones para cuando sean oportunas, dijo la enérgica sobrina, o si no, baje del coche y siga su camino a pie.

Así, intimado, Mr. Posson, continuó sus amenazantes murmuraciones, pero sólo en secreto, y el resto del camino hasta Chelsea, fué continuado en silencio. Llegados a Blue Post, Flower, saltó del carruaje con bien simulada presteza, y precipitándose al mostrador, apretó afectuosamente las manos de la señora Tipping, antes que ésta pudiera darse cuenta de lo ocurrido.

—Lo han traído al fin, dijo ella, volviéndose hacia su hija, y ahora espero que estés satisfecha. Este no es el sitio a propósito para hablar, vamos al salón y encerrémonos allí.

—Ahora, Mr. Robinson, dijo cuando estuvieron allí... Ahora quedo esperando sus explicaciones...

—Ya se las he dado a Matilde, dijo Flower.

—Así es, en efecto, dijo asintiendo amablemente la señorita Tipping.

—Ha pasado muy malos ratos, el pobre individuo, dijo Ricardo Tipping... Le han perseguido por toda Inglaterra.. ¿Con qué fin? Dígalo Mr. Robinson.

—Por los pícaros contra quien estoy trabajando, dijo Flower reprimiendo su cólera, con un violento esfuerzo.

—Echenles ustedes un galgo a esos bandidos, observó Ricardo.

—No estamos para bromas, dijo la señora Tipping, levantando la voz... Nada entiendo de servicios secretos ni de gobiernos... Mr. Robinson. ¿Viene Ud. dispuesto a casarse con mi hija? Porque si no, necesitamos saber la causa.

—Ya lo creo que vengo dispuesto, dijo Flower, calmosamente... Este es el mayor deseo de mi vida... Habría venido antes, pero creía que ella no habría querido contestar la carta que le escribí...

—¿Dónde ha estado Ud. y qué ha hecho todo este tiempo? preguntó la señora Tipping.

—Por ahora, repuso Flower, con apariencias de gran energía, no puedo decirlo. Se lo diré a Matilde, al día siguiente de nuestro matrimonio, si ella quiere creerme y casarse conmigo... Después, todo lo sabrán ustedes, cuando estimemos que ha pasado el peligro.

—No necesito saber una palabra más, dijo la señorita Tipping.

—No es prudente, dijo la señora Tipping, que te cases con un hombre de quien nada sabes... Es necesario, pues, que se explique. Otra cosa no sería razonable.

—Como a ustedes les parezca, dijo Flower, tratando de aparecer muy conmovido. Si Matilde lo desea, me iré inmediatamente... No le exigiré que se una con un hombre cuya vida está, por ahora, envuelta en el misterio.

—No se trata de eso, dijo la señora Tipping, con los ojos brillantes de cólera... No estamos aquí jugando con la suerte de mi hija.. Ella lleva el anillo de Ud. en el dedo... Ud. está comprometido a casarse con ella, y no puede escaparse en modo alguno... Ahora si ella...

—¿Romper yo? dijo la señorita Tipping, dramáticamente. Jamás! He hecho ya todos mis arreglos. Nos casaremos tan pronto como podamos, dejaré aquí a Ricardo como sustituto, y tomaré una pequeña taberna en el campo.

—Acuérdate de mis palabras, dijo la señora Tipping, con solemnidad. Vas a perderlo de nuevo.

—Si lo pierdo de nuevo, dijo la señorita Tipping, si esas personas que lo persiguen me lo arrebatan, o le sucede cualquiera otra cosa, Ricardo no será más mi sustituto aquí. El tío Posson, tendrá todo lo que necesita para beber y fumar, y Carlitos encontrará otro destino.



Es necesario proteger a este individuo en contra de sí mismo, dijo Mr. Posson

—Es necesario proteger a este individuo, en contra de sí mismo, dijo Mr. Posson... Es un hombre que cree de su deber huir, como lo ha hecho antes.

—Si intenta huir de Carlitos, le estorbaremos el camino, dijo Mr. Tipping. Sepa Ud. una cosa, Mr. Robinson... Si Ud. intenta escapar de las personas que lo quieren y lo vigilan, tendrá un buen juicio de policía, y veremos lo que esto le importa al Gobierno.

El capitán Flo-

wer, cómodamente sentado, murmuró algunas palabras, en ronca voz, sobre el hogar, la libertad y el peligro.

—Aquí estamos, y aquí quedaremos, dijo la señora Tipping...

Después que usted se case con Matilde, ella se entenderá con Ud. Ahora, tomaremos una taza de te.

—Antes de todo, bese Ud. a Federico, dijo la señorita Tipping.

La señora dudó un momento, pero se decidió al fin a obedecer.

—Sólo debo decir, repuso Flower, esta vez sinceramente, que tanta amabilidad me ha vencido. El día que me case, ustedes lo sabrán todo.

(Continuará).

BARBAS GIGANTES

Los cabellos y las uñas del cuerpo humano crecen sin límite. Hé aquí algunos casos de barbas fenomenales. Giovanni Adams barón de Oxenstiern nacido en Stockolmo en 1529 poseía una barba de 6 piés y 2 pulgadas (3 metros y 40 cm.) de largo, que dejaba flotar al viento con legítimo orgullo.

El caballero de Thalberg hacía con su barba dos trenzas que tocaban a tierra. Rauber, gentil-hombre alemán que vivió en el siglo XVI sugetaba los extremos de su barba al cinturón de su espada; esto no obstante aún la barba llegaba al suelo y cuando andaba tenía que arrollarla a un bastón que llevaba siempre bajo el brazo.

En 1872 se exhibía en Viena un hombre de Chicago, Adam Kerpleu, cuya barba media más de tres metros, y en la misma época en Nouremberg un viejo leñador mostraba una de un poco más de dos metros, que cuidaba con el mayor esmero.

Ignacio L'Hienfeld, actualmente residente en Austria posee una barba que le llega hasta la punta de los piés y alcanzó tal largura en dieciocho años.

Un soldado de Hannover el día de la batalla de Sedán hizo voto de no cortarse más la barba si salía con vida de la matanza. Y así fué; en 1880 la barba de este guerrero afortunado medía 1 metro 47 cm.

Pero todo esto es nada comparado con la caprichosa barba de Wolem Tapley, natural de Texas, que prolongándose en dos hermosas trenzas alcanza una longitud de tres metros 60 cm.

En Francia ha habido también algunos casos de barbas colosales. Luis Coulón, operario de los altos hornos, que nació en 1826 vive aún orgulloso de poseer la más hermosa barba, que con seguridad exista hoy día.

El "viejito" como lo llaman generalmente, vió brotarle desde los 12 años una barba abundantísima, pero el bruto de su padre se la hizo cortar inexorablemente.

A los 18 años se la dejó crecer y en sólo tres años medía ya un metro 50 cm. de largura. Volvió a cortársela, pero desde la edad de treinta años no se afeitó más y hoy tiene la respetable largura de 3 metros 30 cm. con la circunstancia de estar igual en todos sus puntos: sus bigotes extendidos miden un metro 50 cm.

La barba de otro francés, que se exhibía en Tour en 1902 Jules Dumon, traficante en ganados, llegaba hasta tres metros 65 centímetros.

Cuando se posee barbas por el estilo es preciso ser muy precavido y no distraerse un momento, pues la distracción puede ser fatal. Así lo experimentó Juan Steininger que se rompió el cráneo por haberse enredado en su barba al montar a caballo; lo mismo que un burgomaestre holandés que al ascender una escala se trabó y rodó matándose instantáneamente.

RAM.

PACIFICO

MAGAZINE



OCTUBRE
1913

Precio: UN PESO

UNA DANZA ORIGINAL



La danza del tarro de Aceite

SASSO

Ultima creación de Mme. Karsavina. Ha obtenido un éxito colosal en los principales teatros europeos.

Automóviles

"BENZ"

97 Primeros Premios en distintos concursos

RECORD MUNDIAL de velocidad (228,094 Km. por hora).

Primeros premios por menor consumo de bencina.

Primeros premios por solidez.

Primeros premios por frenado rápido.

Primeros premios por subida de gradientes.

CONCURSO ALEMAN 1913 de seguridad.

"BENZ" único premio por ABSOLUTA seguridad

Unicos Introductores:

BOZA & RIVANO

Garage: San Antonio 816. Oficina: calle Estado 29

SANTIAGO

EL DESARROLLO DE UNA IDEA



Máquinas "REMINGTON"

Las primeras en 1873
Las primeras en 1913

Cuando el mundo comercial necesitó la máquina de escribir, vino la "REMINGTON".

OTRAS SIGUIERON

Una vez construída, la fábrica "REMINGTON" iba implantando mejoras, siempre anticipando las necesidades de los consumidores.

OTRAS SIGUIERON

Hoy día la máquina "REMINGTON" ocupa el puesto de vanguardia en el mundo comercial y los que más han aprovechado de sus labores han sido los fabricantes de LAS OTRAS MARCAS, porque la "REMINGTON" creó la industria de las máquinas de escribir, abriendo camino para que las

OTRAS SIGUERAN.

Agentes exclusivos en Chile, Perú y Bolivia:

Denniston & Company

Casilla 97-D - Agustinas 1153 - Teléfono Inglés 1219

VALPARAISO: CALLE COCHRANE Núm. 664



BANCO ITALIANO

Huérfanos 830, SANTIAGO

Capital Pagado: $ 10.000,000

Oficinas Principales:

VALPARAISO

LUIS WINTER, Gerente — ARTURO LORCA P., Sub-Gerente

SANTIAGO

ENRIQUE DUVAL, Gerente — RAFAEL VALENZUELA V., Sub-Gerente

Sucursales:

VALPARAISO (Almendral), SANTIAGO (Estación), IQUIQUE, TALTAL, CALERA Y PARRAL

Agencias en el extrangero:

ITALIA
INGLATERRA
ALEMANIA
FRANCIA
URUGUAY
PERU
ECUADOR y BRASIL
REPUBLICA ARGENTINA

Ejecuta toda clase de operaciones bancarias, despacha giros telegráficos, otorga cartas de crédito y se encarga de la compra-venta de acciones y bonos, etc.

Frutos del País



Compramos, Vendemos

Recibimos a Bodejaje

Anticipamos Fondos



Besa y Cía

Santiago, Santo Domingo 897

Banco de la República



Capital totalmente pagado:

$ 14.000,000

Dividido en 140.000 acciones de cien pesos cada una

Setenta mil de estas acciones forman la serie B suscritas por capitales franceses y se cotizan en la Bolsa de París

Fondo de Reserva: **$ 3.000,000**

OFICINA PRINCIPAL: SANTIAGO

CONSEJO DIRECTIVO

Presidente

Señor GREGORIO DONCSO

Vice-Presidente

Sr. SALVADOR IZQUIERDO

CONSEJEROS:

Señores: Marcelo Benard, Eduardo Charme, Antonio Huneeus, Abraham A. Ovalle, Mauricio D'Orival, Ricardo Perez Eastman, Cárlos Riesco, Antonio Valdés Cuevas, Rafael Tagle Jordá.

Director Gerente

Señor LUIS PHILLIPS

Co-Gerente:

Sr. ALBERTO STOBER

Sub-Gerente

Sr. CARLOS A. ORREGO S.

CONSEJO LOCAL EN PARÍS

Señores Teodoro Mottet, Juan Gunsburg y Georges Benard

SUCURSALES

Valparaíso: Gerente, señor Carlos Soublette. *Rancagua:* Agente, señor Javier Gumucio. *San Fernando:* Agente, señor Agustín Marín

Agencias en el estranjero:

Londres: J. Henry Schröders & Co., Anglo & South American Bank Ltd. Emile Erlanger & Co., Swiss Bankverein

Hamburgo: Vorwerk Gebruder y Ca.

París: Heine et Cie., Benard y Jarislowski, De Neuflize et Cie. Comptoir National D'Escompte

Buenos Aires: Portalis y Cia.

Bolivia: Banco Nacional de Bolivia. Representante del Banco Hipotecario-Valparaíso

EL BANCO DE LA REPUBLICA gira letras y acepta cobranzas sobre cualquier plaza del país y del extranjero, donde haya oficina de Banco.

Recibe en custodia Bonos y demás valores, sin cobrar comisión alguna a sus Accionistas y Comitentes.

Recibe carga a bodegaje y consignación. Anticipa fondos sobre productos y mercaderías depositadas en las bodegas del Banco ubicadas frente a la Estación Central de los Ferrocarriles del Estado.

Hace toda clase de transacciones sobre productos agrícolas, maderas y animales, para lo cual ofrece a los agricultores sus secciones Tattersal y Feria de Productos y Feria de Maderas.

En general ejecuta toda clase de operaciones bancarias.

La carga debe dirigirse a los desvíos del Banco de la República.

MINERVA DE 16 H.P.



SUBIENDO LA CUESTA DE LOS QUILLAYES
(Según fotografía).

Unicos Agentes:

COMPTOIR DE LA COSTA DEL PACIFICO

CALLE SAN ANTONIO 355

SUMARIO

EJEMPLOS QUE ENSEÑAN Y ALIENTAN, *Jorge Fernández Pradel* 435
CAMPO SANTO ..... *F. Santiván* 437
Ilustraciones fotográficas
LA FORTUNA MISTERIOSA, ... *Joaquín Díaz García* 443
Ilustraciones de Pedro Subercaseaux
PEDRO ANTONIO GONZALEZ, ... *Armando Donoso* 465
UN BUEN DATO, ... *Claude Marsey* 483
LAS AGUSTINAS 487
Ilustraciones fotográficas
UN MENSAJE A GARCIA, ... *Elbert Hubbard* 492
JULIO TELLEZ ..... *J. B. C.* 495
Ilustraciones de Pedro Subercaseaux
MADRE E HIJA, ... *Julio Lemaitre* 513
TIVOLI Y LA VILLA DEL CARDENAL D'ESTE, *J. D. G.* 518
EL JUEGO Y EL PRESIDIO 526
LA INTELIGENCIA DE LAS FLORES, *M. Maeterlinck* 528
LABORATORIO QUIMICO MUNICIPAL..... 534
Ilustraciones fotográficas
LA VIDA INTENSA, ... *Francisco Rivas Vicuña* 537
Ilustraciones de Martín
EL ESCARABAJO SAGRADO..... *Henry Fabre* 549
EL CAPITAN CONQUISTADOR, (Folletín)..... 558

—La mejor manera de estimular y propender al progreso de una publicación es favorecerla incesantemente, comprándola y recomendándola a sus amigos y relaciones.

—EL PACIFICO MAGAZINE irá en cada número perfeccionando la realización de su programa.



EL MEJOR Y MAS COMPLETO

SURTIDO EN MAQUINAS Y ACCESORIOS PARA LA FOTOGRAFIA

Hans Frey

VALPARAISO: Casilla núm. 958, SANTIAGO: Casilla número 50, CONCEPCION: Casilla 943

EL MONO DEL TENOR

En un restaurant de Nimes, entra un caballero llevando de la mano un magnífico chimpancé. Al mono que se ha sentado con mucha corrección y no menos prosopopeya al lado de su amo, se le sirve chocolate. El cuadrumano lo toma con un cuidado y una gravedad que todos los presentes maravillados se levantan y se aproximan a ver tomar once al nuevo Cónsul. Encantada de su gentileza la dueña del restaurant ofrece al punto al chimpancé café con leche, frutas, carne y galletas. El chimpancé se lo comía todo con visibles muestras de satisfacción entre gestos graciosísimos que hacía las delicias de los allí presentes...

El magnífico y renombrado tenor Salignac consigue en el teatro éxitos indiscutibles. Pero en la mesa, su mono eclipsa su gloria!

Reloj de la Gran Asociación Unión Horlogere

ALPINA

Para ricos y pobres

SIEMPRE BUENO Y GARANTIDO

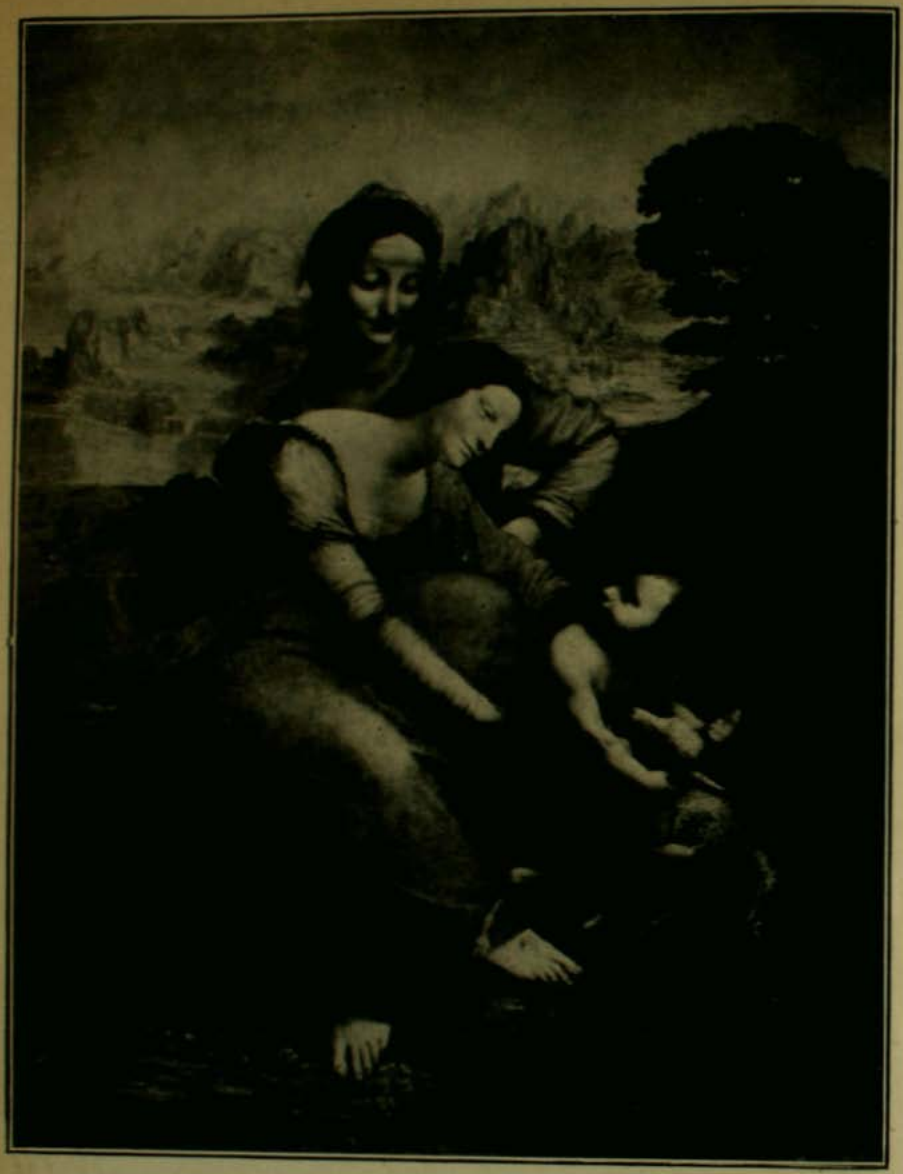


Hay de:

NIQUEL desde.... $ 15
ACERO desde..... $ 18
PLATA desde..... $ 30
ORO, señora, desde $ 75
ORO hombres desde $ 135

Alpina

Por reducir el negocio realizo un gran surtido de OBJETOS PARA REGALOS a precios sumamente ventajosos. — Casilla 526. — 323 AHUMADA, 323. — J. HUBER.



SANTA ANA, LA VIRGEN Y EL NIÑO JESUS, POR LEONARDO DA VINCI

PACIFICO MAGAZINE

— Que ayer | VOL. II.—Santiago de Chile, Octubre de 1917.—NUM. 10 | — Que mañana

EJEMPLOS QUE ENSEÑAN Y ALIENTAN

LA LUCHA CONTRA EL ALCOHOLISMO

Por

JORGE FERNANDEZ PRADEL

En todos los países, preocupa a los ciudadanos amantes de su patria y de su propia raza, el poner atajo al alcoholismo.

No deja de ser complicado el problema de la prevención y del remedio a tan funesta plaga.

Si estudiamos las causas que contribuyen a desarrollar este malhadado vicio, tenemos que reconocer que son múltiples y variadas. En las clases acomodadas suele reconocer como origen la depresión de los sentimientos religiosos y de las nociones de los deberes morales; así como el hastío de la vida, nacida a veces del inmoderado gustar de todos los placeres, y a veces de las contrariedades y amarguras que la mala salud o mil otros motivos oponen a nuestro paso por la vida. Muchas veces su origen o ha sido si no la pasión mal dominada en un principio y que se torna dueña de nuestra voluntad. En fin ¡quién no sabe lo que puede el mal ejemplo, las malas compañías, la pasión del juego, la ociosidad, el carácter melancólico, etc., etc....

En la clase obrera reconoce además varias otras causas. No negaré que la degradación a que fácilmente llega el hombre del pueblo y el cinismo que para en la borrachera frecuente y escandalosa, obedece en parte a falta de cultura y de refinamiento y de pudor. Pero ¿no explica a menudo la ida a la taberna del obrero, la pobreza y poco aseo que encuentra en su hogar?... Y ¿cómo no ver en la frecuencia de la taberna el origen del alcoholismo en el pueblo? Se impone, pues, como primer medio preventivo, que será al mismo tiempo excelente remedio, el proporcionar al obrero habitaciones higiénicas y agradables.

Entre otras causas del alcoholismo en las clases populares, hay que poner ciertos trabajos de suyo duros y provocadores del trago. Se ha podido constatar esto principalmente en los mineros y en los centros metalúrgicos y vidrierías. En estos casos el tratar de suplir las bebidas netamentes alcohólicas por otras igualmente agradables y no tan perjudiciales, es de primera necesidad. Además, en esos centros mineros e industriales es donde se ha de procurar el

cumplimiento de las leyes que restringen el expendio de bebidas alcohólicas.

¿Para qué detenernos a ponderar los efectos y frutos del alcoholismo en una raza y en una nación? Nadie duda que el panperismo, el aumento de la criminalidad, la tuberculósis y el raquitismo son los primeros frutos del alcohólico. Hay otra consecuencia terrible que conviene con frecuencia recordar para hacer concebir saludable temor de tan denigrante vicio; y esto es precisamente lo que se reconoce con el nombre de alcoholismo. Entre los que ingresan a las Casas de Orates y de alienados no hay menos de un 50 por ciento que pagan con la locura, su exceso en la bebida.

Naciones hay en que dicha proporción ha pasado del 70 por ciento. Y esto fué lo que hizo reaccionar tan eficazmente a Suecia y Noruega. Ambos países son hoy un modelo bien sugestivo y alentador de lo que puede una acción comunada y constante de los hombres sanos de una nación, y las autoridades para hacer desaparecer o reducir en grandes proporciones vicios o calamidades públicas.

En Suecia sobre todo, ha sido tan universal la cooperación de todas las buenas voluntades de la nación para poner atajo a esta plaga, que se desarrollaba terriblemente en el país, que se presta a un estudio muy especial.

Curioso es observar que medios completamentes opuestos han producido el mismo resultado. Todo enseña. Cierto exclusivismo, son contraproducentes.

Así, mientras en Gothembourg la Municipalidad, exigiendo que los sitios donde se expendían licores, fuesen espaciosos, sanos y limpios, obtenía el mismo fruto que la Municipalidad de Bergen reduciendo las tabernas al mínimo posible, prohibiendo hasta el tener asientos que faciliten la estancia de los consumidores.

Lo que hay de ejemplar y útil es, que las disposiciones de las Municipalidades han tendido lealmente no a aumentar sus entradas, sino a hacer que la venta del alcohol no deje nunca más de un 5 por ciento de utilidad al proveedor.

Para esto se ha necesitado un *control*, bien organizado y eficazmente ayudado por las sociedades de temperancia, que por todas partes han obtenido celosos adeptos.

El hecho es que en Gothembourg el flagelo del alcoholismo ha sido materialmente extinguido. En Bergen no se cuenta sino una taberna por 5,458 habitantes. Para darse cuenta de esta proporción, recuérdese que en Francia, por ejemplo, existe un *Cabaret* por cada 80 habitantes.

Vale la pena, pues, que de los muchos *delegados* que nuestro Gobierno envía a estudiar las legislaciones extranjeras, encargue a alguno de estudiar las legislaciones de Suecia y Noruega acerca del alcoholismo, y de anotar los medios de que se sirven para hacerla eficaz y obtener los resultados que ya han logrado.

Siempre queda de un ejemplo tan consolador, una alta lección y un íntimo esfuerzo capaces de alentar a los ciudadanos de buena voluntad que se interesan por el bien de nuestra raza y de nuestro país.

JORGE FERNANDEZ PRADEL.

París, Septiembre de 1913.

CAMPO SANTO





En nuestro país, en donde la naturaleza parece insinuar en todo momento una regocijada sonrisa; en donde las nubes se desperezan voluptuosamente en el cielo azul, recogiendo en sus pliegues la luminosa alegría del espacio; en donde las montañas parecen soñar, en la lejanía, un inmortal poema de serenidad y dulzura; en donde los árboles se esponjan en primavera con infinita sed del aire que satura nuestros valles y bosques; no es posible que la imaginación se detenga mucho tiempo en consideraciones profundas, ni le dé al problema de la muerte la importancia que se le concede en otros pueblos.

La vida transcurre con cierta inconsciencia pagana. Si no fuese por los ministros de la religión que se encargan, desde el fondo de sus iglesias en perpetua penumbra; de recordar que existen las tinieblas de la fosa, y si la enfermedad no nos flagelase de vez en cuando, señalándonos el inexcrutable precipicio, la vida sería una fiesta eterna.

Tal vez en ninguna parte del mundo es tan cierta como en este país, la imagen poética de "los troncos viejos que reverdecen en nuevos brotes al venir la primavera", por que en ninguna parte es más fácil el olvido y más natural la conformidad.

Si abandonamos en un día de primavera la ciudad de los vivos para visitar el Campo Santo con ánimo de mantener un diálogo mudo con los invisibles moradores de aquel recinto, recibiremos relativa desilusión.

Ya en el dintel, pasado el pórtico severo, una visión de jardín exuberante asalta los sentidos. Arboles gigantescos, avenidas sombreadas por tupido ramaje, estatuas, templetes de formas graciosas, surtidores murmurantes, parecen reunirse para lanzar un grito poderoso de vida que sorprende al visitante, disipa en su espíritu las brumas que lo aprisionaban y lo exalta a un estado de abandono perturbador. Nada hay allí que invite al recogimiento interior. Las rosas y los azahares sobrecargan la atmósfera de un perfume tan intenso y azucarado que llega a parecer tangible a la piel; ligeras pinceladas de los árboles se mezcla a los blancos de las enredaderas de rosales que trepan alborotadamente por los troncos e invaden el ramaje como abrazo triunfal de amorosas manos de mujer apasionada.

Al pasear por las avenidas umbrosas, empedradas de piedrecillas de río, se levantan a ambos lados del camino, gallardos mausoleos que más tienen de templos paganos que de construcciones guardadoras de míseros despojos de humanidad.

He buscado en el Cementerio una tumba que infundiese al ánimo, por la severidad sombría de sus líneas, la impresión austera de la muerte, el solemne pavor de la eternidad, y sólo pude encontrar mansiones agradables, en todo semejante a las de los vivos. Ya son columnas griegas que nos hablan de la sana armonía de la vida, y arcos y ojivas muzárabes que recuerdan el cálido ensueño del Oriente, o ya ligerísimas ventanas góticas que parecen esperar la aparición de una bella silueta de castellana. Era difícil encontrar uno que otro rinconcito, bajo la rumorosa copa de un árbol, en donde la paz de la soledad entreteje una canción muda en torno del túmulo sencillo que erigiera en lejanos tiempos alguno de nuestros antepasados; pero ni siquiera así, con la sencillez de un cubo de ladrillos patinados, logra la muerte enseñorearse en la idílica exuberancia del paisaje: era cuando menos, la poesía del pagano panteón francés soñado por un Musset la que da la nota típica en tales casos.

No sin algún motivo es el Cementerio de Santiago, una de las obligadas estaciones que el egoísmo de los amantes suele señalar en el itinerario de sus peregrinaciones furtivas. Después del Santa Lucía, del Parque Cousiño y de la Quinta Normal, el reposo y la soledad del Campo Santo suele perturbarse con rumor de discreteos y quién sabe, ¡si también con furtivos besos de pasión!



tado de presentar nuestro Campo Santo. También existen rincones,—habrá que irlos a buscar al fondo del Cementerio,—en donde una perpetua desolación se cierne sobre los que reposan allí eternamente. No será difícil comprender que hago referencia a la sección de nichos, y peor aún, a la de la masa anónima de los desheredados, la grande e implacable fosa común.

A pesar de las tibias ráfagas de perfume que vienen de las arboledas distantes, a pesar de la maleza que invade atropelladoramente el campo sin edificar a pesar de la alegría del sol, es angustiosa la situación de ánimo que se apodera del que recorre con la vista la interminable muralla de nichos, como monótona corrida de casillero, todos iguales, todos de idéntico color, todos con parecidas inscripciones evocativas de una vida que fué...

Y si nos resulta de una melancolía penetrante la visita de este colmenar petrificado, ¿qué palabras nos quedarán para expresar la inmensa desolación de la fosa común! Aquí el recogimiento interior se impone sin esfuerzo y el problema de la muerte se presenta con la desesperante frialdad matemática de un balance mercantil:



¡Cuántas veces no habremos oído en los labios ingenuos la exclamación de "¡Ah, el Cementerio, qué lindo paseo!"

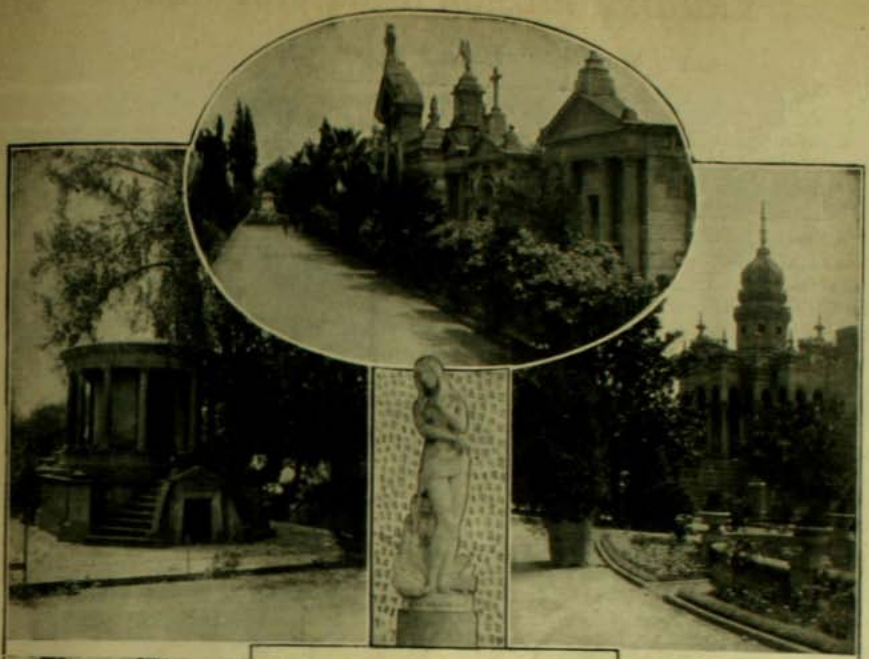
¿Es acaso por falta de respeto religioso, por el recinto de la Muerte? No. ¡Sencillamente, es la resultante de las poderosas fuerzas del medio que invaden en forma inconsciente el ánimo de los moradores de nuestra prodigiosa tierra de sol y alegría!

❦

Pero, en realidad, no todo puede encuadrarse en el marco luminoso con que hemos tra-















Debe = Haber
A = A
Vida = Muerte

Se creería percibir bajo la tierra removida, el ruido misterioso de la materia que se disgrega y que se transforma, así como un poco más allá se creería escuchar el ruidecillo alegre de las substancias que se incorporan a las raíces del vasto campo de cebada, suavemente oreado por la brisa.

Y ese ondear del aire caliente, ¿no da la impresión de una larga peregrinación de espíritus que marchan al país desconocido del "más allá".

Es la liquidación final, inevitable...

F. SANTIVAN.

1.o de Noviembre de 1913.

Galante alusión a las chilenas

De un artista y literato argentino

El señor Clemente Onelli, el popular director del Jardín Zoológico de Buenos Aires escritor original, periodista y orador, ha celebrado la belleza de las chilenas con un delicado brindis, de forma nueva, en un banquete dado al Excmo. señor Gómez Ministro de la Argentina en Chile. Este trozo literario ha quedado inédito y damos la primicia a los lectores del "Pacífico Magazine", acompañando dos páginas en que figuran algunas cabezas de jóvenes compatriotas tomadas al acaso.

"En una mesa de tanta ponderación por la presencia de hombres de Estado presentes y futuros, con la atmósfera protocolar que marca el paso hasta a los que fueron desde niños amigos del Excmo. señor Gómez, me parece un arrojo de la muchachada (la llamaré así por eufemismo) pedir que hable yo, cuya pauta de ideas de gobierno y de diplomacia son tan consonantes con las de mis súbditos, a los que gobierno sin Ministros y a los que no mando embajadas. Pero en fin, los patriarcas aquí presentes son tanto más bondadosos cuanto más gloria, cultura y progreso fomentaron en su país. ¿No es cierto mi venerado amigo, general Roca? Por lo tanto, y recordando los días inolvidables que pasé en ese altivo, hermoso y caballeresco Chile, voy a tratar de ofrecer al Excmo. señor Gómez un prontuario de pequeños consejos no contemplados en las altas regiones del protocolo. Si al llegar a Santiago vea a una mujer linda no se admire el señor Ministro, pues de chilenas lindas hay miles: y si al día siguiente vea otras más lindas, no haga atención; hay millares mucho mejores; pero, amigo Ministro, desconfíe del manto matinal, pues sienta bien, es coqueto y sugestivo desde los 18 hasta los 60 años.

Pronto se dará cuenta de que el sol chileno se maneja de diferente manera que el de aquí: nace tras de los montes y se pone en el mar; pero es siempre el mismo sol americano tan fecundo en belleza, riqueza y libertad. La palabra "roto" a pesar de ser tan usual en Chile no es quizás protocolar para un diplomático; pero el día en que V. E. se dé cuenta de cómo es fuerte trabajador, inteligente manual, valiente y ciranesco el pueblo chileno, puede ya llamar rotos a los rotos y nadie se ofenderá, pues V. E. habrá ya entrado en el espíritu de la raza. Así cuando haya intimado más con esa sociedad tan hidalga, tan obsequiosa, tan cariñosa y oiga por acaso que le digan "cuyano", es el apodo ultra amistoso del que ya fraterniza con V. E.; así como aquí al padre adorado se le llama "viejo". Y cuando, conquistado ya por completo por las bellezas impagables del suelo, por la bondad insuperable de sus habitantes, por la hermosura perturbadora de las chilenas, sienta en su alma austera y bondadosa trabajar ya demasiado los hechizos de la República "Sirena del Pacífico", pida de prisa licencia por tres meses, Excmo. señor y amigo, y venga aquí a sacudir el encanto, aquí donde la pampa inmensa y roturada borre la impresión de la majestuosa muralla andina que reduce allá al marco de vida: venga a gustar la chirimoya salteña más pequeña y más fea que la de Llai-Llai, pero de más aroma y sabor; venga a zambullirse en esta cosmopolis siempre despierta, siempre afanada, siempre inventora de negocios y de riquezas; y cuando en sus noches insomnes desfilen etéreas entre las fosforescencias de la visión, las sutiles y atanagradas siluetas de las chilenas, pronto al Co'ón: el espectáculo feérico de ese paraíso mahometano hará pensar a V. E. de ser un nuevo Aladín rodeado de las huríes de las Mil y una noche; y si el señor Ministro repite la receta por una semana, oiga mi respetuoso consejo: no haga uso de toda la licencia, vuelva de prisa a Chile; si allá volviera a ver lindas chilenas no se admire el señor Ministro; hay millares mucho mejores.

Mi pequeño manual sigue así con las mismas vicendas del conocido perrito de las monjas de Santa Clara. Si así sucediera sería una excelente oportunidad diplomática para que V. E. brinde frecuentemente en Santiago y en Buenos Aires por la fraternidad eterna de los dos países, como yo ahora lo hago.



Señora Margot Mackenna de Edwards



Sta. Josefina Vial Freire



Señora Sara Saavedra de Salinas



Señora Rebeca Sanfuentes de Edwards



Señora Rosa Pereira de Besa



Señorita Sara Riesco Valdés

LA FORTUNA-MISTERIOSA



Por

Joaquín Díaz Garcés

Ilustraciones de Pedro Subercaseaux

Marchaba de prisa, envuelto en su capa raída, escondiendo en los sucios pliegues que llegaban hasta su nariz rojiza, una barba mal rapada, más blanca que las mechas grasientas que escapaban de su sombrero. Marchaba de prisa, de vuelta de la recoba, con un cesto a medias cubierto por el amplio ruedo de la capa, como si todavía llovieran sobre él las injurias de los indios y mestizos y mulatos y españoles que en una sola cosa estaban de acuerdo dos veces por semana: en la miseria y avaricia del viejo Alonso Goygorrotea. Schaba por cada puerta una mirada obtusa de perro perseguido hacia el patio donde aún solían apostarse el calesero o los niños para gritarle a la pasada: ¡Se le ha caído un real a Su Merced! Aceleraba a veces el paso, a riesgo de rodar por los guijarros del río que pavimentaban la calzada y caer a la acequia que corría en medio con leve rumor. De pronto se coló en una tenducha obscura, de bajo techo y estrecha puerta, donde don Bernardo del Sol, detrás de su mesón, examinaba la calidad de unas telas con un cuenta-hilos, para clasificar los precios. El comerciante, sin separar su ojo gris del agujero por el cual miraba el tejido al través de un burdo cristal de aumento, alzó levemente el otro y pareció saludar con casi imperceptible movimiento de cejas. Ya sabía que en día de recoba don Alonso llegaba exánime a sentarse en el sillón de baqueta, grasiento y ennegrecido, que estaba allí en un rincón, entre sacos de maíz, garbanzos y otras semillas. Del Sol conocía la avaricia de su amigo y simpatizaba con ella. Entonces eran todos pobres o vivían como tales. Se necesitaba la fiebre de la codicia y de la

usura, la enfermedad de avaricia que aquejaba a Goygorrotea, para llamar la atención sobre algún vecino miserable y acarrearle el calificativo de avaro.

Del Sol continuaba en silencio su tarea y a cada pieza de tela que dejaba caer sobre el mesón, se difundía un olor fuerte que don Alonso respiraba con placer. Goygorrotea envidiaba la profesión del comercio, recordaba que su padre, un agudo vizcaíno, hacía de ella siempre fundado elogio, a pesar de haber muerto pobre por haber dado en prenda una factura de comercio, haber salido mal su negocio y perdido la prenda.

—Sí, señor don Bernardo, murmuró desde su sillón don Alonso,—Su merced sabe ganar una fortuna. Esa tela le ha importado uno, la vende en cuatro y si nadie más la tiene en la ciudad, la sube a veinte.

—Y si nadie la compra...

—No, señor; los hombres ni las mujeres pueden ir desnudos. Dios les manda vestirse. El comercio está amparado por el cielo. Pero los pobres que tenemos un mal pedazo de tierra donde apenas crece yerba... ¿qué hemos de hacer? Ni para comer nos alcanza, y si como esta mañana voy a la recoba y me quejo de que una gallina valga casi un real, debo recibir empellones e improperios. Ya no hay respeto por nada.

Del Sol se aprestaba a medir unas varas de lienzo a unas mujeres del pueblo que habían entrado respetuosamente, andando en puntillas, y con aire de humildad exagerada. Luego sonó en el aire como un chasquido el vigoroso tirón con que el comerciante rasgó la tela. Pagaron con lentitud y del Sol fué golpeando pieza por pieza sobre una parte del mesón, en que estaba incrustada una lastra de piedra para el efecto de probar la moneda. Las clientes esperaron con aire encogido si merecía reclamo su dinero y como don Bernardo se volviera a continuar la conversación con el viejo, se retiraron también en puntillas y cuchicheando sus comentarios.

Del Sol oía lamentarse al viejo mirándolo de cuando en cuando y sonriendo sin decir nada. No se enriquecían los agricultores, es verdad, pero Goygorrotea había recibido de su padre una capa y un par de botas como única herencia y era dueño mal que mal de cuatro o cinco haciendas en Quillota y Marga-Marga, y una del lado de Mendoza, después de treinta años de trabajo. Don Bernardo había oído que esa fortuna no podía ser menor de ciento cincuenta mil pesos; había quienes llegaban a doscientos, y si no subían, era por falta de hábito en cifras tan enormes. Además, el comerciante tenía echadas sus vistas sobre la hermosa Paz, la hija de Goygorrotea, tal vez la más rica heredera del reino. Su sobrino Ramiro era un mozo elegante y cautivador; pero no tenía en la vida más esperanzas que la herencia de don Bernardo. ¿Por qué no unir el comercio y la agricultura, realizando así las ambiciones de su amigo? Pero don Alonso callaba al oír tales proyectos y echando una mirada vaga y oblícua, murmuraba entre dientes:—Cuando me muera, Paz se irá a un convento... si la reciben, porque quedará desnuda como nació. Un pedazo de tierra vale poco en España y menos en Chile.

A medida que la mañana se encendía de sol, algunos otros clientes penetraban a la tienda. Don Bernardo medía aquí tres varas de bayeta, pesaba allí una libra de grasa, empaquetaba candelas de sebo o recomendaba a un agricultor recalcitrante la semilla de frejoles. Las monedas saltaban sobre el mesón y todas daban un sonido franco y leal de buena plata. Precaución inútil en esos tiempos, pero sagrado rito que el comerciante vizcaíno traía de la península.

Por fin, el viejo, repuesto de la persecución de la mañana, se puso de pie, escondió su cesto como pudo y salió masculando una despedida.

Por la misma puerta, una extraña figura se destacó contra la clara luz que inundaba la calle. Un señor, un verdadero señor, a juzgar por los aires y la vestimenta, se descubrió con exagerada solemnidad ante don Alonso, que salía repitiendo su saludo a del Sol. Los clientes interrumpieron su ocupación para mirarlo y admirarlo; porque, realmente, el oidor de la Frontera era digno de admiración. El movimiento ceremonioso de sus ropas, dejó flotar en la mala atmósfera de la tienda un olor a *aguas ricas*. La capa negra de paño finísimo, el traje interior de color azul obscuro y amplio cuello de terciopelo dejaban ver una camisa albísima, con encajes muy finos. La edad no era tan fácil de

calificar como el valor de su traje, hombre seco y bien rapado, con peluca empolvada recientemente, lleno de cuidadoso afeite, no parecía afeminado sin embargo. Podía tener cuarenta años o algo más. Miró el sillón de baqueta con desconfianza, y el dependiente de del Sol, un mestizo muy cortés que andaba descalzo y con las piernas desnudas hasta la rodilla, corrió a limpiarlo con un trapo. Sentóse el oidor y sólo entonces se dirigió a don Bernardo.

—Buenos días, mi señor don Bernardo del Sol...

—Buenos los tenga Su Merced. ¿Ha terminado ya la misa?

—De ella vengo. He dado los días a la señora gobernadora, que recibió la santa comunión.

—Hubo un momento de silencio. De la Fuente se miró los pliegues de la camisa, se sacudió la capa y se arrellenó de nuevo. Los clientes habían ido saliendo. Don Bernardo pareció esperar algo, porque se quedó con los brazos cruzados, mirándolo.

—¿Los negocios? Buenos, naturalmente. El oficio del comerciante es vil; pero provechoso. Los que hemos hecho en otras esferas, vivido largo tiempo en la Corte, manejado la pluma y la espada, no tenemos en estos reinos nuevos más oficio que el de bostezar. Cuando mi amigo el señor don Bernardo tenga ya algunas onzas para guardar, no es difícil que pueda ser marqués si le place. Para entonces mis valimientos en la Corte pueden serle útiles.

Del Sol sonreía leve y maliciosamente. Veía venir al oidor, hombre lleno de trampas y ávido siempre de dinero.

—Los negocios no van bien, señor oidor. El barco demora ya seis meses y las mercaderías de Lima vienen muy caras. Las cosechas han sido malas y hay pocas ventas. Dos comerciantes han realizado mercaderías, perdiendo. Si así sigue, iremos a la ruina.

El oidor movió la cabeza con incredulidad.

—Ni las mujeres ni los comerciantes dicen nunca la verdad, mi señor, o a lo menos no dicen toda la verdad. Vamos a ver, ¿a qué tiene Su Merced en un rincón del armario o debajo de la cama un cofrecito con ochocientos pesos en oro que puede colocarse a interés en un hombre de bien, que además ofrece una vajilla de plata en prenda?

—Ni ochocientos ni quinientos, créalo Su Merced.

—La vajilla vale más de mil...

—No lo dudo.

—El interés lo fijará el prestamista.

—Negocio para don Alonso Goygorrotea.

—Lo he visto salir. Llevaba un cesto bajo la capa.

—Debajo de una mala capa, puede haber... un rico hacendado.

—Avaro como un demonio.

—Pero que no deja escapar las ocasiones.

—Además, hay un Cristo de plata cincelada de valor de cuatrocientos pesos.

—¿Y la escopeta?

—Sí; la escopeta de Huntunday, que no tiene otra igual en América.

Don Bernardo sacaba sus cuentas; pero indudablemente o no tenía el dinero o dudaba del oidor, porque, después de mucho pensarlo, dijo:

—Realmente, no está a mi alcance un préstamo de esta consideración.

Un hombre penetro en la tienda con una imagen de la Virgen, colocada en marco dorado, un hombre de aire humilde y temeroso. Encontróse con la mirada del oidor y se dió vuelta rápidamente para decir a don Bernardo.

—Nuestra Señora de Copacabana no tiene todavía su altar. Es la protectora del comercio y cuenta al señor del Sol entre sus mejores devotos.

Tomó el comerciante una moneda, se santiguó con ella y la metió en la alcancía. El mendicante salió sin dar la vista a de la Fuente.

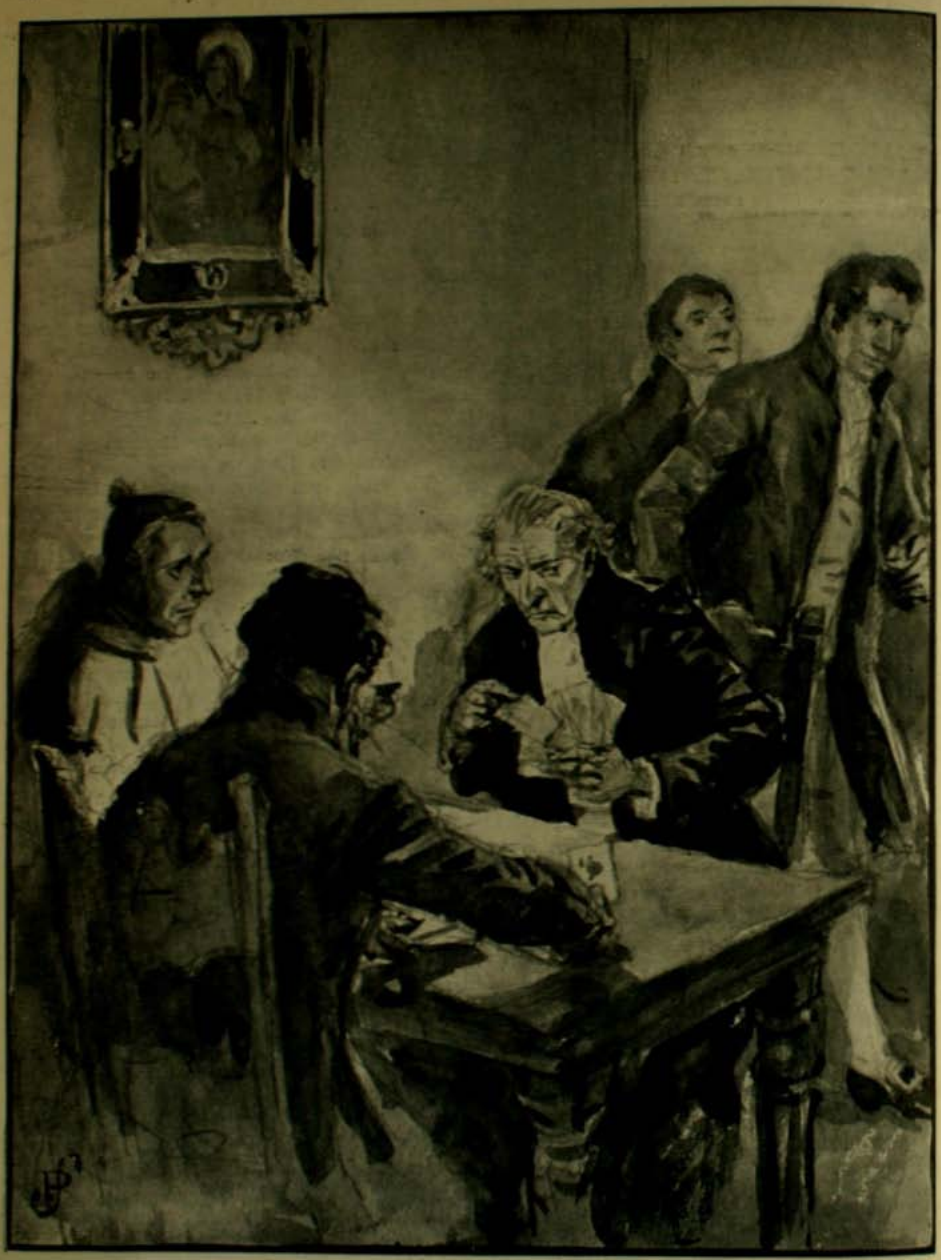
—Anoche perdió Nuestra Señora más de treinta pesos—dijo éste sonriente, cuando el hombre hubo desaparecido.

—¿Cómo dice Su Merced?—exclamó del Sol.

—Pues lo que Su Merced oye. Se jugaba en casa del boticario Cardemillo. Y Juan Benitez, el tesorero de Nuestra Señora, que juega a medias con ella, manera de tranquilizar su conciencia cuando lo desbalijan, perdió lo que llevaba. Por eso ha salido hoy en jira...

—¡Qué tiempos, señor oidor! ¡Qué desacatos se ven!

—¿Y qué desacato mayor quiere usted



Por la noche don Bernardo del Sol llegaba indefectible



mente a jugar la eterna partida de malilla.

que ver a un oidor, a un noble que al fin y al cabo es adorno de esta villa y amparo de las gentes honradas, andar de casa en casa en busca de unos pocos cuartos?

No encontraba del Sol que fueran tan pocos los cuartos pedidos, tanto más si se sumaban a otros que adeudaba ya el petimetre.

—Si su Merced quiere, le hablaré a don Alonso.

—Cuento con Su Merced, don Bernardo. No tendría sino escribir a Madrid y recibir de mis parientes tres veces esto; pero es tan largo el camino. Diga Su Merced al señor don Alonso que soy buena paga. La vajilla, el Cristo...

—La escopeta.

—No habría necesidad. Tengo tantas otras cosas, el reloj de repetición y una cadena obsequiada por Su Majestad a mi padre.

—Cuente con su servidor.

—Quede Su Merced con Dios.

Y el oidor salió erguido. Tropezó en la esquina con Juan Benítez, que le dirigió una mirada suplicante.

—No cuente a nadie Su Merced. Nuestra Señora ha pedido la revancha y esta noche se repone.

—Sinvergüenza!—murmuró con desprecio de la Fuente. Y siguió contorneándose, admirado de todos, hasta perderse de vista.

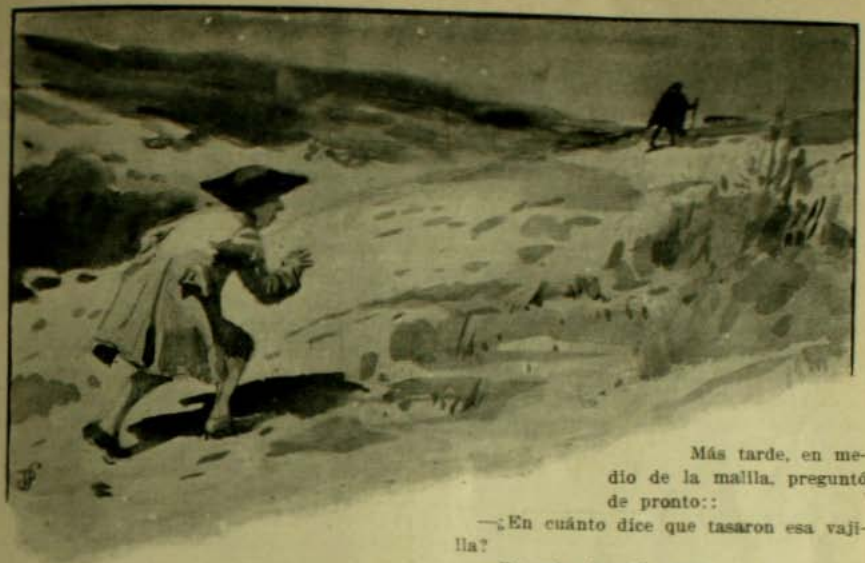
La casa de Goygorrotea no tenía como casi todas las de la ciudad, ventana alguna a la calle. El portón no giraba, sobre sus goznes enmohecidos, sino una vez al año, cuando a vuelta de vacaciones, llegaban los arrieros con bultos y cosechas. El servicio se hacía por una portezuela que daba a la calle, atravesada y por ella misma penetraba su propietario. La construcción tenía el aspecto sórdido de su dueño, descascarado el barro y la cal de la fachada, rotas las tejas, sucia la rasgada madera de la puerta, rotas las piedras de sus ángulos: abejas o avispas habían hecho sus nidos o pequeñas rucas de fango en la muralla: el musgo brotaba en la cornisa húmeda y derruída: todo revelaba en fin la avaricia del viejo desgreñado y sucio que acumulaba secretamente las onzas en un rincón de su alcoba.

Como al lado del tronco torcido y ahuecado que los años han reducido a golpes de invisible hacha, crece sobre tallo delicado y gentil, la flor brillante y perfumada del campo, Paz habitaba ese retiro con la resignación de la más pobre y desventurada huérfana. De su madre conservaba una vaga imagen. Guardaba de ella una basquiña de seda, una gran peineta, un abanico, unas caravanas de oro, una pequeña virgen quiteña y cierto lejano, dormido, inconsciente eco de la voz dulce con que cantaba en el campo las canciones de su tierra vasca. Sombra venerada de belleza y de dulzura cruzaba con un dedo sobre los labios en el fondo de su memoria. ¿Por qué pedía silencio? ¿Sobre qué?

Paz no sabía cantar. Cuando desde el corredor del rancho de la hacienda veía pasar los animales arriados en medio de una densa nube de polvo, ignoraba que eran de su padre. Habituada a sus quejas y lamentos de miseria, se creía pobre como los inquilinos indios de Marga-Marga. Con un vestido daba vuelta el año y no envidiaba a las señoritas de Santiago que ostentaban faldas de brocato y encajes de Holanda. En la ciudad encerrada en el fondo de la casa, confiada a una dueña, la Pascuala, que había venido de Lima y solicitado de don Alonso el puesto de criada de razón, por la comida y la promesa de un legado en el testamento, iba con ella a misa a muy temprana hora y ya no veía más la calle, salvo en procesiones, monjíos o solemnes fiestas de algún Santo.

Por la noche, don Bernardo del Sol llegaba indefectiblemente a jugar la eterna partida de malilla. Allí encontraba casi siempre a fray Dámaso de San Francisco, el director espiritual, podría decirse, de Goygorrotea. También iba don José Larraín el maestro mayor de sastrería, y don Santiago Ipinza, de carpintería, ambos viejos amigos de don Alonso, y contertulios desde el tiempo de la finada doña María de Gracia.

Desde hacía algún tiempo, el comerciante impulsaba a su sobrino Ramiro a acercarse a Paz. La niña había notado en la Soledad, una mañana muy de alba, la silueta espigada del galante. La Pascuala había regresado murmurando entre dientes que ese mozo era un perdido y que rondaba a la niña por interés. "¿Por interés de qué?—había preguntado ésta.—Tan pobre como soy, tan sola, tan ignorante, no se puede creer sino que ese joven caballero está equivocado."



Don Alonso seguía sus huellas, corriendo unas veces, ocultándose otras

Una noche, sin embargo, don Ramiro llegó acompañando a su tío. El viejo avaro había sido avisado, como era natural, y respondido como siempre:—"Si yo falto, Paz no tendrá con qué comer. Que no se engañe nadie. Si en un convento la reciben, allí llegará desnuda como nació."

El día del encuentro de nuestros personajes, el comerciante resolvió acompañarse del sobrino para que animara la tertulia y poder hablar con comodidad a don Alonso del negocio propuesto por el oidor. Del Sol quería estar bien con de la Fuente, y juzgaba además que las prendas, tasadas con moderación, quedarían fatalmente en poder del prestamista y bien valía la pena comprar una vajilla, un Cristo y la escopeta maravillosa en el dinero pedido. Goygorrotea escuchó la historia con un permanente movimiento negativo de cabeza.

—No, no, no. ¿Quién tiene dinero ahora? Yo lo necesito y si Su Merced puede prestármelo, le ofrezco tierras y no vajillas. No hay dinero en Chile, falta aún en España, donde no se ve el oro sino en pocas ocasiones.

Estas negativas eran acostumbradas. Del Sol le aconsejó que se viera al día siguiente con el oidor y don Alonso guardó silencio.

Más tarde, en medio de la malilla, preguntó de pronto::

—¿En cuánto dice que tasaron esa vajilla?

—En más de mil pesos.

—Difícil parece, señor don Bernardo.

Se sabía que Goygorrotea tenía mucho dinero prestado sobre facturas de comercio, cosechas y propiedades. Pero guardaba gran silencio sobre estas operaciones, que se conocían solamente por confidencias de los deudores mismos. Al caer la noche, salía por las calles a recordarles las fechas de los vencimientos y les golpeaba la puerta y amenazaba a media voz y se quejaba de pobrezas y miserias.

Don Alonso interrumpía su juego a menudo para proponer a Fray Dámaso delicados casos de conciencia, cuya resolución quería saber. Siempre terminaba preguntanto si la salvación del alma corría riesgo en tal o cual contingencia. El ejemplo se planteaba en una forma ya sacramental: "Conocí un comerciante de Lima que hizo tal o tal cosa. ¿Está obligado a restituir? Y si el dueño del dinero ha muerto y no tiene herederos, bastará entregar los caudales a los pobres? Y si no los entrega ¿puede salvarse?" El religioso sorbía una narigada de rapé, estornudaba contra el muro más vecino y se envolvía en intrincada explicación casuística. Cuando tardaba en venir la respuesta categórica, el avaro interrumpía bruscamente: "¿Qué dicen los santos padres, qué dicen los santos padres?"

Muy de mañana fué al día siguiente Goy-

gorrotea a casa del oidor, a quien hizo larga y humilde visita. Suponía de la Fuente que el viejo le era enviado por don Bernardo; pero esperaba que él hablara para conocer sus intenciones. Como nada saliera de los labios del usurero sino las habituales quejas sobre la miseria del agricultor, la pobreza de las tierras y la falta de dinero, resolvió por fin abordar el negocio.

—Nada sería más satisfactorio para el humilde hijo de un comerciante que murió arruinado y a quien Dios tenga en su santa gloria, que servir a tan encumbrado señor y a hombre de tanto valimiento. Pero...

Las miradas de don Alonso eran torvas y oblícuas, iban y venían; pero en sus continuos viajes se habían detenido en el Cristo de plata que estaba sobre una mesa arrimada contra el muro. Contrastaba la fina ejecución, evidentemente obra de artífice español, con los burdos candeleros del mismo metal, forjados en el país.

—¿Pero? decía Su Merced, balbuceó el oidor.

—Pero, sería necesario vender animales, desprenderse de objetos valiosos, perder las utilidades tan precarias del hombre de campo.

—Su Merced sabrá si vende o no,—replicó de la Fuente, fatigado de los circunloquios,—pero el hecho es que necesito esta tarde el dinero. Doy en prenda a elegir, o mi vajilla o una cadena de oro, que Su Majestad colgó personalmente a mi cuello. Allí está sobre la mesa.

Una mirada fugaz salió de los ojos mar- ... viejo hacía la mesa, rozó el objeto que yacía sobre un pedazo de brocato azul con hilos de plata y fué a rodear el Cristo erguido contra la muralla, blanqueada a la cal. Guardó silencio y juntó los párpados para dormir.

Afuera resonó el grito del aguador. Cruzó el patio una mujer descalza para abrir la puerta. Los goznes giraron. Don Alonso, como volviendo de muy lejos, dijo con voz casi desfallecida:

—Su Merced ha dicho la vajilla o la cadena. Yo no dudo de que Su Merced no necesita dar prenda alguna. Jamás habrá necesitado hacerlo. Pero los tiempos son tan miserables y apenas tenemos para comer. Don Bernardo del Sol había dicho la vajilla y otro objeto de valor, como cierto Cristo...

—He aquí la cadena, dijo el oidor.

—Extendió una larga cadena formada de eslabones largos y finos. Goygorrotea la cogió con ambas manos, la pesó varias veces, juntando los ojos.

—Tiene un gran valor de afección—dijo con un suspiro.

—¿Y el oro?

—El oro no iguala ni una mínima parte del mérito que le da el que S. M. la haya tocado con sus reales manos. Veamos la vajilla.

De la Fuente sonrió, comprendiendo que su historia del Rey no valía nada como objeto comerciable. Avanzó hasta una puerta e indicó a Goygorrotea que debía pasar. La sala vecina era obscura, el techo muy bajo. Un armario tallado a cuchillo con la impericia del obrero del país, se alzaba en un extremo. Sobre la mesa había algunos objetos de mayólica y una fuente de barro. El oidor abrió el armario y mostró una serie de platos grandes y unas fuentes groseramente labradas, que relucían con el brillo del metal pulido por el uso. Goygorrotea, tomó objeto por objeto y lo suspendió repetidas veces.

—¿Hay una escopeta?

—Hay muchas cosas, señor don Alonso, lo que falta es dinero. Venga usted tras de mí. No tengo secretos.

El dormitorio del oidor era el lujo de la vieja mansión. Dormitorio de celibatario impenitente y de petimetre, se respiraba en él cierto aroma penetrante de almizcle. Los muebles de caoba con incrustaciones de concha de perla, relucían con esmerado aseo, no aplicado en Chile al mobiliario doméstico. Algunos frascos y un espejo de origen veneciano, que habrían hecho perder la cabeza a la más rica santiaguina, se ostentaban sobre la cómoda. Sobre la mesa de noche, al lado del lecho, un marco de plata dorada con algunas perlas, encerraba un retrato de mujer. El oidor, se sintió en su santuario, midió su altura frente a la ruín y repugnante vestimenta del avaro y fué más altivo.

—Su Merced cree que todo el valor estriba en el metal, oro o plata, ¿no es verdad? Bien, Su Merced que no ha salido de esta tierra de indios, de guerra y de hambre, no sabe que ese espejo vale más que una hacienda. Dentro de este cajón, vea Su Merced estas cuatro docenas de cami-

sas de hilo de Holanda. Valen tanto como la vajilla.

—¡Cuatro docenas!—exclamó el viejo, apoyándose para no caer. ¿Y las usa todas, Su Merced?

—Todas, todas. Para eso han sido encargadas. Y aquí está la famosa escopeta.

—Pongo una condición sólo. Los ochocientos pesos deberán serme entregados hoy mismo y sin descuento. Estoy dispuesto a firmar los papeles cuando lo indique Su Merced.

—Aceptada de una parte y otra la redacción del documento Goygorrotea salió, se-



"...un esqueleto revelaba luchas antiguas en el mismo trágico sitio"

gún él dijo, a buscar manera de reunir el dinero. Marchaba corrido, como cuando volvía de la recoba, seguido por las injurias de los granujas y los ladridos de los perros.

Pues bien, escoja Su Merced lo que desee. Prefiero quedarme con la vajilla, porque su uso es más necesario.

El viejo juntó los ojos. Miró el espejo y sonrió con incredulidad.

—Solamente tomando la vajilla, el Cristo y la escopeta, podría resignarme a realizar algunos objetos y traer el dinero. Don Bernardo del Sol serviría para depositar en su poder estas prendas, que no dudo han de volver en poco tiempo a poder de Su Merced.

❦

La tertulia de don Alonso se incrementó por esos días, pues el oidor de la Fuente se dignó frecuentarla, atraído también por la belleza de Paz. Pero, aunque el viejo

avaro y la Pascuala trataran de impedirlo, don Ramiro, con la juventud impulsiva de sus veintidós años, despertaba en la niña el más profundo interés. Por primera vez en su vida echó de menos las galas y adornos femeninos. Encontró en el guardarropa heredado de su madre, sedas y encajes, algunos hilos de pequeñas perlas, galones y broches que bajo las hábiles manos de la dueña, tomaron formas seductoras.

El olor iba del grave círculo donde se hablaba de la salvación del alma, al centro que formaba la niña con la irradiación de su inconsciente belleza, observaba allá las cavilosas preguntas del avaro que despertaban curiosidad de conocer los secretos de su existencia; buscaba acá en los rasgos fisionómicos de la niña qué cosa podía haber de común entre seres tan diversos. Paz era no el candor, si no la lealtad misma. Sus ojos no parecían ingenuos, ignorantes, inocentes, sino rectos, confiados y honestos. Se había formado sola una existencia para sí misma; por primera vez la compartía, por primera vez comprendía que era bella e interesaba a los demás.

El mes de Diciembre se anunciaba con un sol abrasador y las primeras frutas, dulces y abundantes. Goygorrotea había dispuesto ya la fecha de su viaje a Quillota, el consabido viaje del hacendado. Pero algunas noches antes, a la oración, don Alonso llamó a la Pascuala y a su hija, dándoles un grito desde su alcoba. Cuando llegaron, el viejo estaba sentado en un sillón, muy pálido y desencajado.

—He creído morirme,—dijo, respirando con dificultad,—llamen a Fray Dámaso.

—Y el doctor, exclamó la dueña.

—El médico Escobedo, murmuró don Alonso, porque es *romancista*, y cobra más barato que Herrera.

En efecto, a los doctores que recetaban en latín se les hacía pagar más alta patente que a los que curaban en español.

Cuando la Pascuala iba a salir, una vigorosa seña del avaro la detuvo.

—Me siento mejor. Bastará que llamen al sangrador.

La dueña salió a la calle a ver manera de enviar un recado, cuando sintió sonar tres lentas campanadas. Eran las monjas Agustinas que llamaban ellas mismas al sangrador con el toque convenido. Bastaba, pues, correr dos cuadras y esperar a la puerta del convento, a don Cayetano. Hízolo así la limeña y a su paso oía preguntar en las puertas: "¿Qué monja se sangrará hoy?"

Media hora después, llegaba el sangrador, que era al mismo tiempo barbero, sacamuelas y boticario, con todos los útiles para aplicar sanguijuelas, ventosas, sajadas y parches. Sangró al avaro, recetó zarzaparrilla y cobró tres reales.

Dos días después—y apenas repuesto de sus males don Alonso,—emprendieron viaje a la hacienda de Quillota: padre e hija en el birlocho y la Pascuala en carreta, junto con algunos muebles necesarios.

La hacienda era muy extensa y tal vez la más bella y fértil del reino. Los cerros, cubiertos de bosques, que descendían hasta el valle, dejaban ver las praderas de pastos naturales, verdeando en toda su extensión. El trigo se mostraba vigoroso y prometía opulenta cosecha. Los indios trabajaban dócilmente, sin gran energía, pero además sin costo alguno para el propietario, que les permitía algunos animales en sus cierros. La avaricia de éste no alcanzaba a hacerse sentir en la tierra, tan fecunda era y tan maternal para todos los que se aplicaran a servirla.

Paz contaba allí con una huerta extensa donde habían acumulado los antecesores todos los árboles criollos y españoles en desorden que hoy día no provocaría admiración de nadie. Lúcumas y chirimoyas, con perales, duraznos y almendros, peumos y bellotas, con olivos y unos venerables cipreces que se creía del tiempo de la Conquista, rosales y copihues, todo hablaba del clima privilegiado de esa región.

Las tertulias de la casa de Santiago, las conversaciones con el oidor, don Ramiro y otros admiradores, habían iluminado a la niña y despertado en ella una comprensión más cierta de las cosas.

¿Cómo podía ser pobre el dueño de esa hacienda? Una palabra escapada a la Pascuala completaba una siniestra sospecha de Paz. Hablando de don Alonso había dicho en un momento de impaciencia que era capaz de tragarse el dinero para guardarlo. Fué al confesionario, único sitio de consulta y de libertad para la mujer chilena del siglo XVIII, y allí se acusó de este juicio temerario. El religioso guardó silencio y luego dijo con ademán reposado:



"...en que los fantasmas de su crimen venían hasta el borde del lecho..."

—Nadie tiene derecho a juzgar sino Dios. Comprendo que hablo con la hija del señor Goygorrotea. Algo puede hacer con dulzura y solicitud para ablandar su corazón.

Paz no tuvo ya duda ninguna. La reconocían por el sólo hecho de decir que había creído avaro a su padre. ¿Era entónces don Alonso *el avaro*, el único o el más grande avaro de la ciudad?

La residencia en Quillota convirtió a la niña en una mujer. Buscando la resolución del problema y de los misterios de su vida, desarrollaba su espíritu y lo ejercitaba en las primeras disciplinas del dolor.

❦

Fué a comienzo del siglo, es decir, por el año 1704, cuando el comerciante o falte

vizcaíno Goygorrotea llegó a Chile con un pequeño surtido de medallas, rosarios, botones, cadenas y alfileres. A los pocos meses contrajo matrimonio con una huérfana española que habían recogido los Clarisas y murió quince años después de dejar en el mundo a Alonso, su hijo, sin bien alguno de fortuna, porque, como lo dice el pueblo la codicia rompe el saco y él perdió sus economías por incrementar la riqueza hecha. Tenía el avaro no menos de setenta años y una naturaleza trabajada y miserable.

Había heredado la ambición de dinero de su padre. Fué dependiente de un comerciante, partió después a Lima y volvió con algunos artículos de ultramar. La crisis pasajera de la plaza, lo obligó a rebajar sus precios y quedó sin crédito ni honra. Aceptado, cuando le sonreía la fortuna, por el viejo Cruz, como pretendiente de María de Gracia, fué arrojado en forma escandalosa una vez conocida su quiebra. Amargado, herido en el fondo del alma, corrió a ocultarse en un rincón de montañas. De allí pasó a Marga-Marga donde algunos mineros se empeñaban por mantener pequeñas faenas para la extracción del oro. Comenzó por servirles de arriero, más tarde de proveedor de la carne y del pan y logró, con los ahorros guardados bajo tierra, comprar un pedazo de campo. Pero luego, el descubrimiento de otras minas en Petorca, movió de allí a los trabajadores y se despobló la región. Los precios del trigo, de la harina y de los animales de matanza bajaron de tal manera, que don Alonso se encontró de nuevo frente a frente de la miseria.

Aquí comienza una historia obscura, sangrienta, tenebrosa, por nadie conocida entonces, que pudo ser reconstituída más tarde por extraños sucesos que recordaremos. Un indio de Marga-Marga un indio viejo que no había querido irse a otros puntos con la faena, ni con la amenaza del látigo ni con la promesa de buenos salarios, vivía muy cerca del rancho de don Alonso y le araba la tierra en cambio de la comida. Era el indio del centro, dócil, cavilloso humilde, indiferente a todo. Como un animal doméstico se aproximaba cada día más a ese español que no llevaba armas ni le robaba sus animales, ni sus hijas. Habituado a su misantropía, al caer la tarde, cuando terminaba las tareas del campo, el indio acompañaba a su patrón en silencio y se quedaba largas horas a su lado sin que cruzaran palabra alguna.

Un día, sin embargo, ese hombre rudo y primitivo comprendió que el español sufría. No es extraño que escuchara alguna queja salida de sus labios, algún grito de desaliento o de despecho.—"Estás muy solo—le dijo en cierta ocasión,—busca una española que venga a hacer tu comida". Don Alonso comenzó entonces a hacer confidencias a su compañero de soledad. Le contó la historia de su padre y la suya. Oyó entonces asombrado de boca del indio el estupor con que el aborigen de Chile veía la fiebre del hombre blanco por el dinero.—¡Tanta sangre por el oro!—exclamaba el indio,—recordando tal vez la desaparición de su raza de toda esa fértil tierra que amarilleaba ahora con el trigo y se poblaba con el mugido de los ganados.

Cuando el empobrecimiento de la región llegó a su extremo, y Goygorrotea pensó abandonar la tierra, el indio llegó una tarde con misterio y le entregó un puñado de pepas de oro unidas unas a otras a golpe de martillo y compartidas en trozos de tamaño aproximado. ¿Eran sus economías? Pero los indios no atesoraban. Don Alonso recibió el obsequio, fué a comerciarlo en Santiago y obtuvo por él más de cuatrocientos pesos. Se ingenió para comprar animales y agrandar su propiedad, dejando sólo una pequeña deuda para un año de plazo. Esta suma bastaba entonces para adquirir una hacienda de regular dimensión.

El indio, apesar de su impasibilidad, pareció recrearse con ver en su señor más ánimos y energías. Algún tiempo después volvió con otra cantidad de oro, esta vez mayor. Entonces don Alonso sintió toda aquella imperiosa e irresistible avidez por el dinero, heredado de su padre, el desgraciado buhonero de Vizcaya. Propuso al indio un seductor arreglo a cambio de una cantidad de oro. Este guardó silencio durante muchos días, y parecía resuelto a no escuchar proposición alguna.—"No hay!—dijo al fin, urgido por Goygorrotea,—no hay más oro." Pero pocos días después, movido por algunos servicios de su patrón le prometió traerle esa noche la última cantidad que pudiera encontrar.

Allí nació la idea de un crimen, de una felonía atroz. Porque la vida de Goygorrotea estaba manchada de sangre y su alma



Abierta la puerta del birlocho y descubierto el galante, saludó con fórmula respetuosa y cortesana...

era un amasijo de remordimientos, de temores, de sordidez, de maldad. Su fortuna venía de una infamia. Del secreto de su pasado, surgía una horrible complicidad entre su oro y su corazón. Nacido en una sociedad rudimentaria donde la fortuna era el norte y guía de todos, no tenía sentimiento mas avasallador y profundo que el amor al oro. Los santiaguinos descendían unos de esos conquistadores que enloquecieron o murieron de dolor cuando Pedro de Valdivia huyó al Perú llevándoles el oro que habían juntado grano por grano lavando la arena del río o escarbando con sus cuchillos en los clavos que las vetas florecían superficialmente al sol; otros, de buhoneros o de faites que habían andado a pie desnudo sobre las asperezas de la miseria y del dolor; otros, de explotadores insaciables de la esclavitud del indio; otros, eran comerciantes pacatos que no soñaban con otro ideal que una casa o una hacienda comprada con el producto de sus privaciones. Había algunos nobles, algunos soldados, algunos hombres de letras; pero todos ellos habían bebido esta ansia de dinero que, a fines del siglo XVIII constatan las memorias de más de un viajero. La bella no era para el más valiente sino para el más rico. Hasta el abolengo podía comprarse con algún dinero. Ni concepto de patria, ni comodidades de vida, ni placeres, ni diversiones, ni siquiera un verdadero y profundo sentimiento religioso templaban esta inmoderada sed de fortuna.

Goygorrotea quería llegar a la ciudad de donde había sido expulsado con afrenta, en situación de comprar crédito, honra, felicidad y hasta reposo para su conciencia. Creía entonces que el oro, después de Dios, lo podía todo.

Nació la idea del crimen y fué puesta en práctica. El indio partió una tarde, con su largo bastón, se alejó de todo sendero frecuentado y se dirigió hacia los cerros vecinos. Era una tarde de otoño algo gris. En los matorrales cantaban los pidenes ese preludio crepuscular de nuestros campos. Don

Alonso lo espiaba con ardiente esperanza y seguía sus huellas, corriendo unas veces, ocultándose otras. Le faltaban las fuerzas; pero su codicia era más fuerte que su cuerpo.

Más de una vez, el indio se detenía a escuchar. Entonces el español se arrojaba al suelo y aguardaba algunos minutos. Al llegar al pie de una pequeña colina, se detuvo el hombre primitivo, levantó sus brazos y comenzó a murmurar en voz alta una especie de canto plañidero; se habría podido creer que oraba. ¿Era un conjuro? ¿Eran señales a algún compañero? Pero Goygorrotea conocía la soledad salvaje de esas breñas y aguardó agazapado tras del espeso monte. La plegaria o rito del indígena no le recordó ninguna de las que había aprendido en su infancia.

Continuó la marcha, hasta que no pudo ya verlo. Comprendió que había llegado al fin de su camino, y por el ruido de algunas gruesas piedras que rodaban por la pendiente, juzgó que el indio excavaba la entrada de alguna gruta. Corrió entonces y en pocos saltos lo encontró inclinado sobre el suelo, tratando de remover una enorme piedra. El ruido y la fiebre con que trabajaba le impidieron conocer la presencia del espía. Pero, de pronto, volvió la cabeza y lanzó un grito, el más agudo, el más vibrante, el más desgarrador de los gritos humanos. El infeliz parecía víctima del terror y de la desesperación. Se tomaba la cabeza entre las manos, llorando con un ronquido de ira y de horrible dolor. Goygorrotea no tuvo coraje para sostener la escena, se arrojó sobre el indio, lo estranguló con un esfuerzo supremo y, luego, terminó la obra con su puñal.

Cuando ya comenzaba a caer la noche, el español arrastró el cuerpo hasta una pendiente que caía a pico sobre el arroyo y volvió al lugar donde debía encontrarse el tesoro. La piedra que había sido ya removida varias veces, cedió el paso para un solo hombre. Don Alonso tuvo miedo y resolvió quedar allí como guardián del oro hasta que la luz viniera de nuevo en su auxilio. La noche negra y fría se pobló de clamores y de ruidos. Encima, abajo, en medio del monte, en el fondo de la quebrada, se repetían quejas y lamentos que los oídos del criminal se forjaban a su antojo. A veces eran rumores de pasos, luego sollozos sofocados, de tarde en tarde un toque agudo que parecía venir de las entrañas del cerro. Las aguas corrían por el estero asociándose a todo este misterioso concierto y multiplicando a veces sus ecos hasta el infinito.

La pesadilla fué eterna; los efectos en el espíritu del avaro, hasta el momento de su muerte. El alba le mostró más fácil entrada para la gruta y una vez en el interior, pudo ver dos cancos de barro, uno de los cuales estaba vacío y el otro contenía buena cantidad de oro, mejor dicho, fabulosa cantidad de oro. Cerca de ésta un esqueleto revelaba luchas antiguas en ese mismo trágico sitio. Durante cinco o seis horas, Goygorrotea acarreó todo el oro que parecía más puro y fácil de transportar a otro sitio apartado donde labró un foso. Había también polvo y piedras cuidadosamente seleccionadas; pero, las pepas unidas a golpes valían por cierto lo que muchos de esos trozos de mineral. Cuando ya las fuerzas le faltaron, cubrió con tierra el nuevo escondite, disimuló sus huellas, cerró de nuevo la entrada de la gruta y partió.

Antes de decidirse a comerciar con su hallazgo, Goygorrotea volvió a Santiago, para probar por última vez todas las amarguras y los desprecios de la miseria. Necesitaba apurarlos, extremarlos, para justificar así en su propia conciencia el crimen cometido. Y en realidad, halló lo que buscaba, negativa de los comerciantes para entrar en negocio con un falido, para hacerle préstamos de la más ínfima cantidad, desdén general de las familias que en otros tiempos lo habían acogido y en especial del viejo Cruz que le negara la mano de su hija.

Cuando don Alonso volvió a su tierra encontró allí la soledad más completa. La familia del indio había desaparecido. La miserable ruca estaba arrasada en el suelo y quemada. La desaparición del jefe había hecho huir a sus mujeres e hijos. Comenzó entonces Goygorrotea a transportar a su rancho, lenta y metódicamente el oro apartado. Hizo una avaluación aproximada del metal y se encontró con una fortuna. Pero, como ya la ambición no tenía límite en su pecho, volvió a la gruta para hacer una nueva cosecha de la parte más valiosa del tesoro. Pero allí sus remordimientos tomaron de nuevo forma tangible: dos cadáveres putrefactos revelaban que dos indios habían

sido degollados allí mismo, tal vez poco después de su partida. Del tesoro no quedaba nada.

Goygorrotea trataba de excusar su crimen alevoso recordando que la conquista estaba llena de asesinatos y de traiciones. Recordaba la explotación de ese mismo oro de Marga-Marga, se fortalecía con la idea de que se trataba de un hallazgo. El indio no era su dueño ciertamente. Tal vez había sido arrebatado a los españoles y, muertos sus primeros guardianes, éstos lo habían descubierto sin apreciarlo ni tener interés alguno en comerciar con él. Pero todo era inútil, el grito del indio, ese supremo grito de angustia, resonaba en su alma. Las noches eran turbadas por su llanto desesperado, por el estertor agónico de su víctima, por una banda de tétricas apariciones.

Sin embargo, en esa primera jornada de su vida, la preocupación febril de explicar su fortuna, comerciando con el metal y cambiándolo en moneda, apagaron durante un tiempo la voz de su conciencia. Llevó a Santiago una pequeña cantidad de su tesoro para que fuera acuñado y compró entonces una pequeña casa donde comenzó a ocultar el resto. Se supo que Goygorrotea había explotado con éxito un lavadero de oro; pero se conocían otras operaciones del mismo género y se sabía que muy pronto los resultados no compensaban los esfuerzos hechos. Ese mismo año se trasladó a Lima y después de vender allí otras partidas considerables, comenzó a mostrar su fortuna, comprando las tierras de Quillota y la Casa Grande de la ciudad. Muy pronto vió que le devolvían honra y consideración. Su matrimonio con María de Gracia Cruz y Ayala, no sorprendió a nadie. De esa fecha databa el corto período de esplendidez de Goygorrotea, el mobiliario y joyas que quedaban en su casa o había heredado Paz, porque, a poco de morir su esposa, se sucedieron una serie de quebrantos que hicieron temer a don Alonso que el dinero mal adquirido se escapa realmente cuando menos se piensa.

La avaricia fué el peor castigo de sus culpas. Si el remordimiento le quitaba la calma y el reposo de la noche; la codicia lo agitaba desde el alba hasta el silencio. Cuidaba cada moneda, como si fuera la última de su fortuna.

*

Paz sabía ya lo que era un avaro. Juntando todos los extremos sueltos de sus recuerdos, reconstruía el pasado; pero todavía los terrores de su padre eran para ella el más obscuro misterio. Movida por la piedad filial, por el recuerdo de la madre, buscaba la hora y la ocasión de acercársele para suplicarle se confiara en ella y creyera en la eficacia de sus consuelos. Pero don Alonso no sonreía jamás; en torno suyo no batían nunca las alas esos espíritus invisibles que mueven a la unión de dos almas. Por el contrario, parecía rodeado del vacío, de un vacío donde no flotaba sino una sombra negra.

Eternos parecieron a la niña esos meses de estío. Fuera de los capataces y arrieros que al caer la tarde pedían albergue en el corralón vecino, a la sombra de los viejos sauces llorones, nadie pasaba por esa soledad. La dueña duplicaba sus devociones y Paz la acompañaba a rezar el trisagio por la mañana, alguna novena al medio día y el rosario a la oración. Don Alonso iba a veces hasta Valparaíso movido por sus transacciones y pasaba gran parte del día en el campo vigilando su ganado, recorriendo su hacienda de más al interior. Por esos días, unos hacendados que volvían del puerto contaron que Goygorrotea había vendido Marga-Marga. Talvez le quemaba el recuerdo de sus cerros, de sus minas de oro, de la misteriosa gruta de donde venía la desgracia de su vida.

En efecto, don Alonso había encontrado en Valparaíso a un comerciante español que le ofreció darle cierta cantidad al contado y parte a censo por aquel fundo que el viejo no había visitado desde muchos años. Pero, atraído como todo criminal por el sitio del crimen, se trasladó por última vez antes de ajustar la estipulación de venta, a la miserable vivienda que albergó sus primeros trabajos. Renacieron allí con más fuerza sus terrores. La figura del indio, dócil y amigo que le ofreciera voluntariamente una parte del oro que guardaba, estaba presente a su lado. Lo veía marchar delante, al través

de los campos, con su bastón largo en una mano, deteniéndose a escuchar los ruidos o a formular conjuros contra los malos espíritus.

Una mañana volvió a recorrer el camino. ¡Cómo reconocía aún, a pesar de la invasión del monte, los senderos que habían seguido esa tarde triste! Podría tal vez colocar la planta en las huellas borradas por tantos inviernos y estaba seguro de haberse detenido a escuchar en los mismos sitios en que la primera vez lo había hecho. Llegado a la gruta, le pareció que la maleza no había borrado suficientemente su ingreso. Podría decirse que la gran piedra había sido removida de nuevo. Allí don Alonso se detuvo vacilante. El corazón le latía con violencia. ¿No habría quedado algo en el fondo de la gruta? Con la precipitación de sus entradas anteriores, ¿no habría descuidado otro depósito más oculto? ¿Podía dejar al comprador lo que hasta cierto punto era su propiedad?

Volvió a retirar la piedra, de su centro, y penetró por el hueco. Sus ojos tardaron en habituarse a la luz. Poco a poco surgieron los grandes cántaros y luego los dos esqueletos de los ejecutados, cuando se notó la desaparición de una parte del tesoro. Pero había algo de nuevo. En el otro extremo, es decir, a su espalda, cinco esqueletos más yacían tendidos, conservando aún restos de sus trajes y de podredumbre. Debió ser toda una familia de indios, porque era fácil reconocer dos niños.

El viejo se acusó también de esta nueva ejecución, sintiendo la asfixia en el pecho, y salió precipitadamente al exterior Allí quedó tendido, con una mano sobre el corazón. Había recibido en ese momento el segundo llamado de la muerte. El mismo síncope doloroso que lo había asaltado en Santiago, ahogaba su respiración anhelosa.

La estadía del pobre hombre en su hacienda, cerca de su hija, fué una continuada serie de sobresaltos. A media noche, Paz corría a despertar a la Pascuala, para ir a la alcoba del padre y ofrecerle llorosa y suplicante sus auxilios. Pero éste se negaba a todo consuelo. Las mujeres atribuían los angustiosos gritos nocturnos del viejo a pesadillas producidas por su mal... Pero, entre tanto, nada había más horrible para el desgraciado, que esas largas, eternas noches, en que los fantasmas de sus víctimas venían hasta el borde del lecho a amenazarlo. Agobiado, entristecido, reducido a extraordinaria lividez y flacura, Goygorrotea decidió volver a Santiago. Necesitaba la asistencia de fray Dámaso, sus agudas disquisiciones, en las cuales veía algún resquicio para la salvación de su alma. Necesitaba vaciar en alguien su secreto, el horrible secreto que no se había resuelto a decir nº en el confesonario. Quería devolver ese dinero a alguien, redimirse con el sacrificio de lo que más había amado sobre la tierra, con la renuncia de su riqueza; encerrar a Paz en un convento y retirarse después a un asilo para purgar sus faltas.

Muy pronto se alistó el viaje y el birlocho partió de nuevo. Era un silencio lúgubre el que reinaba entre el hombre destruído por el remordimiento y condenado a próxima muerte, y la criatura joven, sonriente, animada por la esperanza y tal vez por el amor. Los arrieros que cruzaban en sentido contrario, hacia Valparaíso, se descubrían como era su costumbre y miraban extrañados el par de ojos negros, brillantes y luminosos al lado de esas otras apagadas pupilas que se hundían bajo las cejas encanecidas. Las horas de la mañana transcurrían y el birlocho se balanceaba y saltaba sobre el pedregal del estero o las roturas del camino, en medio del polvo levantado por algún piño de animales que galopaba adelante atemorizado. Se acercaba con el calor la hora del descanso y del almuerzo. El cochero azotaba el caballo sobre el cual iba cabalgando, para alcanzar a la posada o siquiera a una quebrada donde podía encontrarse agua fresca y sombra protectora.

De pronto, los ojos penetrantes de Paz descubrieron a lo lejos un jinete que estaba al medio del camino con la mano puesta sobre los ojos para ver contra el sol.

No era un peón, ni un capataz, sino un verdadero caballero campesino. Su corazón pudo más que los ojos:

—¿Ve Su Merced, padre, allá a lo lejos?

—Veo un grupo de hombres a caballo — Delante, avanza uno...

—Me parece. Creería que es don Ramiro."

Se obscureció más aún don Alonso y guardó silencio, no sin murmurar para sí la eterna sentencia de muerte: "Paz que-

El cochero se había detenido, impuesto por una seña del joven. Abierta la puerta del birlocho y descubierto el galante, saludó, con fórmula respetuosa y cortesana y mostró la merienda preparada en el césped a la sombra de unos árboles. Don Alonso no era capaz de resistir. La niña



"...le habló al oído y le preguntó con acritud: ¿y mi legado?"...

dará desnuda como nació. Que nadie se engañe. Si la reciben en un convento, allí terminará sus días." Pero la niña no oía nada. Al frente avanzaba su porvenir... Era joven, radiante, ágil, confiado. ¿Por qué entristecerse? Sin embargo, allí iba a su lado su pobre padre, enfermo y condenado a próximo fin.

La niña se sentía halagada de verse objeto de una atención tan previsora de parte de Ramiro. ¿Cómo había sabido su viaje? ¿Qué sirviente o vaquero apostado en el fundo había transmitido la hora precisa del viaje? Eso mismo preguntó severamente el viejo a su hija. Ella lo ignoraba. No creía siquiera que la asiduidad de don Ramiro hubiera durado, a pesar de su ausencia.

saltó con agilidad de pájaro, y entre ambos le ayudaron a descender.

❦

Entre tanto, el oidor de la Fuente parecía abstraído por una curiosa tarea. En el patio interior de la casa que habitaba, sentado durante horas en una escaño de palo blanco, reunía las informes y desordenadas frases de un indio descalzo que lo servía y a quien trataba de perfeccionar en el idioma. El esclavo tenía ojos de un brillo extraordinario, verdaderos ojos de lobo, venía de los cerros, cazado a lazo por unos soldados y había sido ofrecido por muy poco precio al elegante funcionario. Como una entretención pa-

ra los largos ocios de la canícula, el señor hacía hablar a su esclavo. La falta de preposiciones, la confusa mezcla de palabras de dos idiomas diferentes, lo hacían reir. Durante algún tiempo no comprendía nada; pero poco a poco se familiarizó con sus giros, conoció el arbitrario significado que daba a ciertas palabras y comenzó a penetrar en su espíritu.

El indio contaba que su familia trabajaba en un campo; pero que un día el cacique había querido darles muerte y todos se habían dispersado por los cerros. Nada sabía de su madre ni hermanos. ¿Cuál era el motivo del odio del cacique? Poco a poco, de la obscuridad de los recuerdos de ese sér primitivo, comenzó a surgir la historia extraña de un tesoro. Había oído contar que cuando los españoles aún no llegaban a Chile, unos hombres venían desde el Perú gritando en nombre de los incas que había que pagar a los blancos el rescate de Atahualpa. Entonces fueron muchos hombres a las minas de Marga-Marga y sacaron oro y lo escondieron. Pero luego llegaron los españoles, que venían buscando en todas partes el metal amarillo y la tribu guardó con más celo que nunca esa moneda que podía algún día servir para recobrar sus tierras y adquirir caballos y bueyes. El indio había escuchado una vez que el cacique amenazaba a toda la familia porque nadie sabía explicar la muerte del padre, ocurrida años atrás, y la pérdida de mucho oro del que estaba confiado a su guarda. Entonces todos se escaparon por la montaña.

De la Fuente unió el nombre de Marga-Marga a la fortuna de don Alonso y a su carácter. Recordó sus consultas a Fray Dámaso en las noches de malilla, y llegó a pensar que el viejo Goygorrotea no podía ser extraño a ese misterio.

Se hizo repetir mil veces la historia y fué, poco a poco, con la ayuda de sus propias ideas, despertando en el indio las más olvidadas memorias. ¿De cuándo databa la desaparición de su padre. El año de la gran lluvia, ¿don Alonso iba todavía a Marga-Marga? Cuando la epidemia del **malcito**, ¿conocía ya el cacique la desaparición del oro? ¿Había oído alguna vez cuánto valía el metal acumulado?

El oidor iba haciendo un largo proceso, movido no por deseo de hacer justicia—que el indio no tenía derechos y a su juicio ese tesoro pertenecía la mitad al Rey y la otra mitad al descubridor, que era el avaro,—sino por calmar la curiosidad de su espíritu, ese afán de conocer y penetrar las vidas ajenas que era la gran pasión de la Colonia.

*

Se acercaba la Semana Santa y bajaba ya de la cordillera, por las tardes, un cierzo penetrante que deshojaba los álamos en los huertos de la ciudad.

La puerta de la casa de don Alonso estaba abierta de par en par, y era ésta la seña de su próximo fin. Postrado en el lecho, la alcoba cerrada herméticamente, como era costumbre en esos tiempos, la atmósfera pesada, la respiración del enfermo se hacía breve y anhelosa. El olor a los cocimientos de romero y borraja, se mezclaba al penetrante de la azúcar tostada para el mate de las mujeres.

Cuando don Alonso se convenció de que el sangrador no podría aliviarlo de sus dolores, acudieron al médico romancista y luego al latino, quien aplicó unos emplastos calientes, diciendo que todo era cuestión de humores malos que era necesario hacer bajar hasta los piés. Pero Goygorrotea sentía la mano del indio en la garganta; cada día apretaba un poco más... Llamó una tarde a su hija y con breves palabras, sin circunloquios, le advirtió la resolución de que a su muerte se retirara al Convento de las Clarisas, a las cuales dejaría los medios necesarios. La suplicó con lágrimas en los ojos no contrariar a su padre y orar porque Dios perdonara sus culpas.

La niña lloró perdidamente. Para sofocar sus gritos de desesperación, corrió al interior del huerto y allí, arrodillada, invocó en su auxilio a sus Santos protectores, a su madre, a las demás mujeres muertas de su familia y que habían conocido el amor en su vida. Pero, luego, con esa resignación de que la Colonia da tantos ejemplos, volvió a la alcoba del enfermo y le dijo que obedecería.

Fray Dámaso corría frecuentemente al llamado de su amigo. Resolvía sus dudas y esperaba esa confesión que aún no se resolvían a formular esos labios, guardadores

tenaces del secreto de sus remordimientos.

Pero pronto el enfermo se agravó. La mano del indio apretaba, apretaba sin cesar. Apesar de la soledad en que ese caserón viejo y arruinado había vivido tantos años, comenzaba a poblarse de vecinos y vecinas a quienes la muerte atraía como el más punzante espectáculo para sacudir sus naturalezas indolentes. Sirvientas, viejas señoras, monaguillos y gente de iglesia, algunos acreedores del prestamista, franciscanos del convento de Fray Dámaso, pasaban en puntillas por los corredores, se introducían en las habitaciones, cuchicheaban hablando de la finada doña María de Gracia, del moribundo, de la niña, del pretendiente de la fortuna, del testamento.

Esta palabra iba repitiéndose más a menudo a medida que la agonía se aproximaba. De las Monjas Clarisas mandaron una gran vela de bien morir cuya entrada sacudió a don Alonso con espasmos de terror.—"¿Tan pronto?"—preguntó al religioso.—"Se acerca la hora dijo éste".—"Quiero confesarme". Expulsados todos, Goygorrotea permaneció mucho tiempo hablando con el confesor, interrumpiendo con sollozos y ronquidos de espanto la historia del tesoro. Cuando Fray Dámaso salió, se le acercaron todos:—"Es un Santo,"—dijo.

El oidor de la Fuente penetró al patio. Iba vestido de negro con la impecable elegancia de que era único poseedor en la ciudad. Solicitó ser admitido a solas en la alcoba del moribundo y tuvo también una corta conferencia a solas, de la cual salió grave y reservado.

Vueltos a la habitación, la Pascuala, tenía la cabeza del viejo y Fray Dámaso leía.

—El testamento, don Alonso,—murmuró del Sol—que venía a despedir a su amigo

El avaro daba vuelta sus ojos en las órbitas. Le parecía que disponer del dinero era entregarlo y renunciar a su goce. Lo amaba porque le costaba sangre y dolores; lo amaba porque le quitaba la vida. Pero la mano del indio apretó aún más su garganta ya seca.

—¡Qué venga el escribano, de prisa!—rugió de pronto.

No tardó en entrar éste con la gran pluma de ganso en una mano y los cuadernos de papel en la otra.

Y comenzó entonces un dictado trágico en que la lengua se detenía luchando por no disponer del dinero; pero un impulso de miedo lo agitaba para comprar con él el perdón de su falta. Era un mercado, un regateo. "Dejo tanto para que se me digan trescientas misas en la Merced... Si no basta que se separe la cantidad necesaria. Que se me recen quinientas más en San Francisco, a cuyo convento lego la suma de diez mil pesos. Dejo tanto para la Iglesia de San Lázaro y tanto para la Soledad y tanto para que se haga una capilla en las casas de Marga-Marga, cerca de la mina de oro. El día de mi entierro se dirá una misa cantada por mi alma en cada iglesia de Santiago, cuyo precio pagará mi albacea. Dejo el resto de mi fortuna a las ánimas benditas del Purgatorio, para que se la invierta en otras misas para sacar cada día del año tantas almas como sea posible. El albacea repartirá en las iglesias las sumas como lo crea conveniente."

El indio apretaba, apretaba. La Pascuala le habló al oído, y le preguntó con acritud:

—¿Y mi legado?

—Dejo un mil pesos a la mujer que ha cuidado mi hija.

La limeña, soltó brutalmente la cabeza del moribundo

—Eran cuatro mil los convenidos. Me han engañado!

Don Bernardo preguntó entonces:

—¿Y la hija?

—"Dejo mi hacienda de Quillota a las monjas Clarisas para que la reciban en su convento."

En ese instante don Alonso se llevó violentamente las manos a la garganta, como para quitar las que querían estrangularlo. Y murió.

Una gran procesión de franciscanos, teatinos y mercedarios, delante de los cuales iba el *bayo*, cubierto de un paño negro, como era costumbre en los grandes funerales, vino cantando un lúgubre y desafinado coro, a retirar el ataud.

*

En la soledad de la casa quedó Paz, acompañada de un vecino caritativo. Era pobre, estaba condenada a morir en un convento y la abandonaba el mundo.

Quince días después el albacea comenzó

a ejecutar las voluntades del difunto, y, al caer la tarde, llevó en una calesa al convento de las Claras a la niña cubierta de manto negro.

En el claustro, cuyas campanas tañían para anunciar la muerte de la joven para el mundo, las religiosas aguardaban a la nueva hermana. La calesa se detuvo a la puerta, y el pueblo se acercó curioso, impenitente.

Pero, antes de que Paz hubiera llegado al umbral, un grupo de embozados se interpuso. Don Bernardo fué arrojado al suelo; y la niña, tomada en brazos por uno de ellos, se sintió levantada del suelo y llevada en vertiginosa carrera.

Durante toda la noche, la ciudad comentó sin dormir el extraño suceso. Un pretendiente tomaba a su novia pobre y sin recurso alguno, cuando la había creído la más poderosa heredera. Los ánimos se dividían al juzgar tan romántico acontecimiento, en una sociedad donde el dinero valía tanto más que el amor.

El oidor pasó unos días antes del vencimiento de su deuda a presentar al albacea su documento solemnemente cancelado por don Alonso, antes de morir, y retiró sus objetos dados en prenda. Al mismo tiempo, anunció a don Bernardo que había iniciado un proceso en defensa de los derechos de la señora Paz Goygorrotea, injustamente desposeída de sus bienes y que antes de poco vendría un fallo de la Real Audiencia que haría de los recién casados los más ricos y ostentosos vecinos del Reino.

Naturalmente, había resuelto guardar el secreto de la revelación de su esclavo hasta que los años permitieran apreciar el misterioso hallazgo del tesoro de Marga-Marga, como un simple hecho histórico.

JOAQUIN DIAZ GARCES.

VALOR DE ALGUNOS AUTOGRAFOS

En el Hotel Drouot, en París se subastaron últimamente algunos autógrafos de personajes ilustres y hé aquí los diversos precios que se pagaron por algunos de ellos:

Por uno de Berlioz; Partitura del aria de "Benvenuto Cellini", manuscrito firmado, letra y música, 85 francos; de Julio Claretie, un manuscrito de "Buda", con bosquejos y dibujos de Robanti, 300 francos; de la du Barry, la célebre amante de Luis XII: una orden de pago por 1,200 francos a un traficante en vinos, 50 francos; de Dumas padre: el manuscrito de "Conciencia", 400 páginas, 410 francos, de Gounod, la segunda misa para la sociedad coral, 125 francos; de Enrique III, Rey de Francia: una carta a su madre, pidiéndole ayuda, 270 francos; de Lamartine, el manuscrito de "Confidencias", 175 francos; de Pierre Loti, el manuscrito de "Piedad íntima", 112 francos; de Guy de Maupassant: el manuscrito "Grandes pasiones", 300 francos; de Massenet: la partitura autógrafa para piano de "Fedra", 410 francos; una orden de pago de María Antonieta 145 francos; dos cartas de Maquiavelo, una 415 francos y otra 640; un "en tête" de carta dirigida a Bonaparte, 70 francos; una comedia en verso de la Raquel, 152 francos; el manuscrito de "Tilleuls", de George Sand, 340 francos; el manuscrito de "Vendu", de Vigny, 400 francos; y, finalmente, una carta de Catalina de Médicis a su hijo Carlos, alcanzó el precio de 665 francos.

Esta es, a lo que se ve, la que ha conseguido dar a su autógrafo precio más elevado, siguiéndole a continuación una de las cartas de Maquiavelo, que alcanzó, como hemos dicho, la suma de 640 francos.

EN VIAJE A EUROPA

Continuamente el telégrafo anuncia, desde Buenos Aires, a los lectores chilenos de la prensa diaria, que un gran trasatlántico parte de sus *dock* repleto de lujosos pasajeros y al son de orquestas. ¡Cómo despertarán estas noticias, en quienes no han hecho el viaje, de ambiciones naturales por cruzar el baluarte de los Andes, conocer la capital argentina, de la cual le hablan maravillas y cruzar dulcemente el océano para llegar a la costa azul, a un puerto de Francia o de Inglaterra! Y efectivamente es un cuadro pintoresco, seductor, el que ofrece al caer la tarde, el gran barco pintado de blanco que desatraca de los malecones, lleno de bullicio, en medio de los saludos de las mujeres elegantes que parten y de las que quedan en tierra agitando sus manos finas y corriendo por la orilla con los pequeños pasos que les permiten los ajustados vestidos, mientras la detestable orquesta alemana estalla en una marcha de opereta brillante y sandunguera. A veces, casi siempre, una numerosa y acaudalada familia de Buenos Aires parte al Viejo Mundo a gastar rumbosamente el dinero sorpresivamente ganado en la valorización de las tierras. Como familia sud-americana, un padre moreno, una madre regordeta y ocho o diez vástagos de ambos sexos, muestran la fecundidad de las razas nuevas puesta a tributo por las necesidades de las tierras despobladas. Tan numerosas como las familias que se alejan son las familias de los deudos que despiden. Y así mientras el barco se aparta, haciendo crecer el raudal de agua que separa su casco de la tierra, una algarabía de niñas y muchachos, jóvenes y risueños se cruza de ambos lados: "¡Que no te olvides del encargo!"—"Abraza en mi nombre a la Miní, que está ya en Monte-Carlo".—"Qué no vuelvas casada, Carmencita!"—"Soy tan fea; nadie se ocupa de mí!"—"No te olvides de las perlas".—"Traerás un collar de reina!"— "Adiós".—"Hasta luego".—"Saldremos de ésta en dos vapores más.".

Y el ruido de las máquinas crece y crece y la gran mole de quince mil toneladas vira y pone la proa hacia la boca del río para salir por la calle que le trazan las boyas y pilotes rojos. Aún continúan cruzándose las recomendaciones, los encargos, las fútiles frases de cumplimiento. Muchos corren a situarse en el saliente de un molo que va a rozar el vapor, para renovar los adioses. Gente rica, rica de ayer, que aún siente la sorpresa de la fortuna, que se va feliz a gastarla en las mismas tierras viejas en que tal vez sus abuelos, sin ir más lejos, trabajaron en las alcantarillas o en barrer las calles para comer el pan de cada día.

Y qué fácil es hacer filosofías en esos momentos! Porque, por mucho que paguen esos acaudalados viajeros, hay en el mismo barco otro mundo, más humilde y numeroso que contribuye a sus gastos. Allí, al lado de la mancha blanca que forman los camarotes, los sirvientes vestidos de inmaculada tela de hilo, las mujeres en trajes de primavera o verano; hay una mancha gris, sombría, salpicada de colores sucios, son los inmigrantes que vuelven, es la golondrina del norte de España o de Italia que regresa feliz y con economías o desilusionada y vencida. A esos nadie los despide. No olvidaré en 1911, con motivo de una de estas partidas de Buenos Aires, un triste cuadro que seguí con la vista hasta que no hubo más relación posible entre el barco cuya hélice batía ya el fango del río, y la ciudad cuyas siluetas se hundían en el horizonte. En primera la orquesta tocaba desapiadadamente; abandonada la toilette de calle, comenzaban a aparecer en la cubierta las compañeras de viaje con sus graciosos gorros de lana que oprimían las pequeñas cabezas reducidas a sus propios cabellos, como la moda lo prescribe en estos tiempos, y los mozos corrían para servir refrescos que regaran las gargantas algo secas por las emociones de los adioses. Apoyado en la barandilla, miraba con los anteojos los diversos barcos que entraban o salían del río y de pronto fijé la vista en el maleçón ya apartado, donde un hombre, un italiano por cierto, de aspecto triste y pobre, enviaba con la mano sus adioses a alguien que respondía incansablemente desde el barco

Era este alguien una mujer. Una mujer pálida y delgada que oprimía en sus brazos a un niño y parecía no tener ya lágrimas después de las que ya había derramado quien sabe durante cuánto tiempo. El se quedaba en la pelea; devolvía la compañera a casa de sus padres porque el pan ganado no alcanzaba a dividirse en tres partes. Ella volvía abatida, desolada, como oveja que va al matadero. Era una boca más que iba a llegar a la escasa cocina de los aldeanos que le habían dado el sér. ¡Y volver de América a mendigar!

Las penas, los dolores, las lágrimas del inmigrante no han encontrado aún la pluma que las haga sentir en todo el mundo. Se les ve partir de Europa en largas caravanas; Se ve llegar a muchos enriquecidos y se sabe de otros que se han quedado luchando. Nadie cuenta el saldo, el saldo de los caídos en este choque de la pobreza, alucinados por los mirajes del Brasil y de la Argentina. Y al lado de la mala fortuna, se apiña un largo cortejo de otras desgracias que la distancia acumula o hace más tristes. En un viaje anterior entrábamos a Génova, avanzada ya la noche. Se consintió en el desembarco de los pasajeros y del bagaje de mano; pero no podía retirarse nada de la Aduana. El vapor atracaba. Una sombra negra movible, en el dock, fué tomando forma. Era un puñado de personas que esperaban ansiosamente. Del clamor de los saludos se destacaban voces y llamados: "¡Antonieta!", "¡Giovanni!", "¡Humberto!", "¡Livia!". Algunos se reconocían en la voz y respondían en el mismo tono elevado. Otros corrían, según creían que el barco atracaba más lejos o no. Aún estábamos a veinte o treinta metros, y el barco que venía descargando mercaderías se levantaba como una torre sobre las aguas, y así era necesario inclinarse y mirar hacia abajo. De pronto un matrimonio que desde hacía tiempo gritaba dos o tres nombres sin obtener respuesta, reconocen una silueta: "¡Madre!". "Sí, sí!" contesta una mujer. *¿Sei tú Elvira? ¿Es tú Marcello?*—"Sí," gritan ambos. ¿Dónde está el padre que no lo vemos? La mujer no responde. Las máquinas siguen roncando. La que llega grita de nuevo: "Madre! ¿Y el viejo, qué es de él?" La mujer que espera en el muelle se calla. Ellos también guardan silencio. El barco se acerca, se acerca. ¡Qué triste suele ser esta vuelta del inmigrante! ¡Cuántas veces no responde nadie a su llamado!

Es necesario decirlo todo desde luego. Para el viajero que va a Europa, Buenos Aires no ofrece interés alguno, fuera de la manifestación del extraordinario progreso material de la Argentina. La capital del Plata es grande ya, sin alcanzar a ser bella todavía. *Guarda e passa.* Además el tránsito por la vecina república es muy costoso y carece de otras enseñanzas que la mera comprobación de los estadísticos argentinos que parecen inverosímiles en el fastuoso despliegue de sus cifras. Abierto el Canal de Panamá todos nuestros viajeros preferirán instalarse en sus camarotes en Valparaíso para desembarcar en Europa sin odiosos trasbordos. Hoy día, solamente a los que sufren con la navegación puede aconsejarse abreviar el viaje saliendo al Atlántico por el Río de la Plata.

Pedro Antonio González

(Fragmento de un estudio)

Por

ARMANDO DONOSO

Corrido ya el primer decenio de la muerte de Pedro Antonio González, es hora de poder analizar serenamente lo que para la posteridad queda de tan altísimo lírico.

Su obra está ligada por raíces profundas y recias a la actual generación lírica. Ella marcó claramente el momento de transición que media entre la antigua y gastada manera romántica y la nueva orientación poética de los Bórquez Solar, de los Contreras, de los Rocuant, de los Pezoa Véliz. "Ritmos" fué el primer bello gesto de audacia lanzado en Chile por un poeta original que, apartándose de la antigua senda recorrida por versificadores ramplones, afirmaba en sus poemas un concepto nuevo y brillante del verso. Viril e imaginativo, ardoroso y magnífico, no rezaron con él la limitación de la retórica ni la pulcritud estrecha del lenguaje. Es poeta de libre vuelo: su ideal lírico acaso se podría sintetizar en una aspiración hugueana de la poesía. Grandilocuente y opulento como el cantor de "La leyenda de los siglos", persigue el ensueño de la forma amplia en cuyo molde pueda acuñar el corazón del pensamiento audaz y de la idea viril.



Pedro Antonio González. Ultimo retrato 1899

I

Nacido en el último rincón de una provincia del sur (en Nirivilo, Maule), su vida fué siempre incierta. De escolar viéronle las aulas encerrado a menudo en su extraño mutismo: la vaguedad de sus ensueños le transportaban lejos del momento y, según recuerda quien fué un camarada suyo, González parecía vivir en pleno sonambulismo espiritual, lejos de la vida y de los hombres, en extraña peregrinación ideal. De niño supo ser reservado y huraño: estudiaba con curiosidad extraña y a la edad en que otros no pasan de ser adorables e inocentes boquirrubios Pedro Antonio ya devoraba sendos tratados de indigesta filosofía. Contribuyó eficazmente en su seria orientación intelectual la influencia de un tío carnal suyo, el Padre Valenzuela, hoy Obispo de Ancud, docto polígrafo, hombre de imaginación y de muchas luces. Cerca de él el poeta aprendió filosofía y pudo leer algunas obras de la literatura sagrada. Más tarde, su radicalismo en ideas y las múltiples inesperadas circunstancias de su vida le alejaron de aquel su director espiritual. Su extremada

pobreza no le permitía mayores lujos bibliográficos que los muy escasos que le proporcionaban las bibliotecas públicas, tan reacias a las novedades del arte y del pensamiento cuanto abundantes en inútiles y abultadas colecciones de escritores roños e insípidos.

Transcurren sus primeros años de juventud. Instalado ya en Santiago, González extremó más aún su aislamiento. Escasos fueron sus amigos, pues aquel hombre de suyo hosco gustaba antes de la soledad que del bullicio de la charla locuaz. En la reclusión humilde de su retiro de bohemio escribía sus versos que acaso no soñaba publicar jamás. A no mediar la feliz iniciativa de su mejor amigo, Marcial Cabrera, que dió a luz sus mejores estrofas en "La Ley", "El Almanaque Sud Americano" y luego, más tarde, en el volumen "Ritmos", acaso aquellos sus hermosos poemas hubieran permanecido inéditos aún algunos años más. Tal era su descuidada reserva del poeta. Su naturaleza imposible e indiferente le obligaba a odiar el bullicio y las preocupaciones. Sus manuscritos, incompletos y dispersos, andaban al azar, confundidos en el desorden de sus libros y de sus papeles de profesor. El entusiasmo piadoso de sus amigos evitó, en más de una ocasión, la perdida de sus versos que algún criado distraído arrojara confundidos con papeles inútiles.

Vida triste, claudicante y menesterosa fué siempre la del poeta. Lejos de la realidad no comprendió jamás la necesidad de acorazarse para luchar contra la tiranía del diario mendrugo; fué poeta, antes que nada, como Verlaine, Villon y Zorrilla. Infantil e ingenuo cual un niño: bueno, compasivo y triste. Apenas si subvenía a las exigencias de su existencia modesta con las cortas remuneraciones de un sueldo de profesor, ganado en algunos establecimientos de enseñanza femenina. Los Liceos Santa Teresa e Isabel Lebrun de Pinochet le contaron en sus clases de castellano durante muchos años; y las buenas muchachas que poblaban sus aulas, como bandas de avecillas inquietas, tuvieron para el poeta francos entusiasmos, ardorosas alegrías, que aún recuerdan hoy, corridos los años, más de algún album de adolescencia, en cuyas hojas quedaron los versos de González como una promesa o un buen deseo.

Y, desgraciadamente, en aquellas aulas, en las cuales docenas de muchachuelas comenzaban a ensayar la resistencia de sus alas de mariposas, encontró Pedro Antonio González a la que más tarde había de ser la sombra cruel de su vida. Bondadoso e ingenuo el poeta, siempre solo, siempre triste, siempre huraño, necesitaba de la bondad de una mano piadosa que tornara afables aquellas sus horas lentas de solitario. Y entonces fué víctima de su propia inexperiencia de su ingenuidad, pues llegó a creer que la felicidad de su vida podía depender de una mujer joven, bonita y frívola, como una ola de primavera que penetrase en su cuarto sombrío. Enamorada del poeta más que del hombre, una de sus alumnas, adolescente, en plena primavera, aceptó el afecto apasionado de González, más como una ofrenda que como una estallido sincero de pasión. Se amaron ambos desigualmente, como puede sentir el amor una muchacha ardorosa de dieciocho años, ebria de sol y de vida, y como puede esperarlo un hombre indiferente, reflexivo, amargado por todas las decepciones de una existencia errabunda y pobre. Muy de mañana salía el poeta del hogar mientras quedaba en él sola la compañera de sus horas. Bebía luego González y aquel abandono se tornaba entonces en desesperanza para la esposa. La juventud alada de ella acabó por mirar con indiferencia la tristeza huraña del poeta. No tardaron mucho en llegar los primeros desacuerdos y las primeras decepciones; la vida desarreglada de González, ajena a toda norma, sus errancias sin fin, sus haberes mezquinos, sus frecuentes horas de beodo, no eran por cierto el ideal que podía perseguir una muchachuela ilusionada. El abandono es el peor consejero: y ella, desde sus primeros días de matrimonio con el poeta, se vió resignada a sufrir la soledad del esposo y la indiferencia de aquel en quien ella creyó encontrar mucho amor y mucha ternura. "No era mala yo y lo quise mucho—me decía una tarde la que es hoy una débil pecadora—pero él fué muy tonto conmigo". Y aquella muchachuela no era, desgraciadamente, una mujer superior que alcanzase a comprender la naturaleza complicada de González: demasiado mujer y demasiado débil ante las acechanzas de la miseria, soportó primero sus dolores y sus aislamientos en silencio hasta que luego la des-

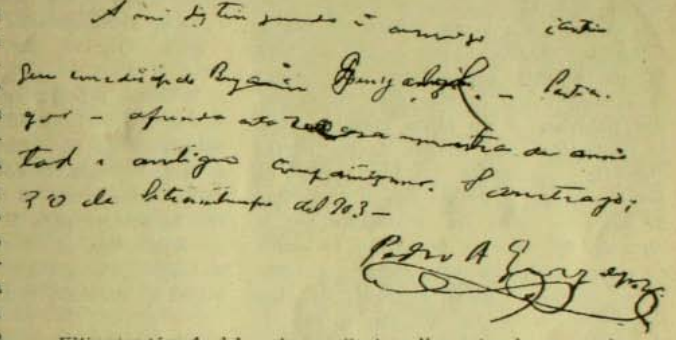
gracia irreparable de una primera debilidad, hizo de aquella muchacha ingenua una pobre mujer, flaca de voluntad y de virtud. Entonces comenzó el poeta a sufrir el más dantesco de los suplicios: su hogar duró algún tiempo conservando las apariencias de la tranquilidad, aún cuando en su interior la tragedia espiritual de sus ilusiones había tenido un desenlace prosaico. Mercó la esposa en amores pasajeros y, luego, vino el abandono brutal al poeta: le dejó ella un día, acaso por caridad de que él no asistiese a diario a la comedia de su propia deshonra. Entre tanto a través del espíritu de González, pasaban tales infortunios como rachas de dolor desencadenadas: más errante y más desilusionado que nunca entonces, apuró su lento suicidio: bebía y fumaba con exceso, sin orden, sin medida. Una antigua afección al corazón más. En vano le aconsejaban sus amigos, en vano le intimidaban los doctores: aquel hombre frío, indiferente, poco y nada parecía preocuparse del fardo de su vida. Transcurrió algún tiempo y la dolencia aquella le llevó en Septiembre de 1903 al hospital de San Vicente de Paul. Deshecho, arruinado físicamente, soportó tan sólo algunos días su espantosa enfermedad. Interrumpido completamente el funcionamiento de las válvulas auriculares del corazón, la sangre no acuía ya a través de su organismo. Y, tres días antes de irse para siempre tuvo que sorportar Pedro Antonio González, en su lecho del hospital, una muerte lenta y horrorosa: la putrefacción comenzó a corroerle un pie y luego un costado del cuerpo.

La falta de circulación en la sangre pues su ya débil corazón destrozado no tenía fuerzas suficientes para vaciarla a través de las venas, precipitó aquella decadencia lenta y desesperante.

Rodeado de algunos amigos, murió en la mañana del 3 de Octubre de 1903, en olor de sacrificio y de serenidad espiritual.

II

Quedan de la obra de Gonzalez algunos trabajos inéditos: una colección "Nuevos Ritmos", los "Himnos escolares" (actualmente en mi poder) y una serie de pequeños poemitas: "Asteroides". Durante su vida sólo apareció "Ritmos" y, más tarde, el editor Miranda reprodujo en un volumen esa su primera obra además de numerosas poesías sueltas, fragmentos de poemas, **El Toqui**, **El Proscripto**, publicados ya en periódicos y revistas.



Ultimo autógrafo del poeta, escrito tres días antes de su muerte

En el único ensayo sobre estética que publicó González durante su vida, escribía lo siguiente: "El principio originario de la Belleza es la Armonía, más la Vida". ¿Hasta dónde responde la obra del poeta a tal definición? Como hombre de ideas en muchas ocasiones hizo González de sus versos ardientes loas a la libertad, al progreso y al libre pensamiento. Algunos de sus poemas, sobre todo los de sus primeras cosechas líricas, antes que dar libre vuelo a la fantasía imaginativa, tejiendo arabescos de paradojas y metáforas, procuran hacer sentir la vida en sus más intensas manifestaciones: **El Monje** habla de los dolores de un imposible, la angustia de la lucha cruenta entre la carne que se rebela y el espíritu que la contiene; **El Proscripto** es una autobiografía ideal, en la cual el poeta recuerda sus errancias y repasa sus ideas de niño, sus sentires y sus vagas aspiraciones inquietas; **Lord Byron** constituye un bello himno a la vida, al amor y al placer; **El Toqui** es un poema heroico, loa magnífica a todas las exaltaciones del alma araucana; **París y Roma**

evoca, en un fragmento vigoroso, un canto ideológico a la libertad y a la razón. Pero no es en tales producciones donde el lirismo de Pedro Antonio González encuentra su más alta perfección. Si en ellas es posible adivinar muy de cerca al hombre atormentado, como Hugo, por todas las pasiones de su siglo, en cambio, en sus poemas de pura fantasía y de pura emoción lírica raya mucho más alta la maestría poética de González: desplegada a toda vela en el campo amplio de la imaginación su fiebre de belleza, el poeta abre las alas a las vastas latitudes, como una águila embriagada del azul infinito. Pueden entonces sus versos carecer tal vez de intensidad filosófica, pero, en cambio, todo lo que pierden subjetivamente lo ganan en musicalidad y en magnificencia verbal. Así **Dantesca** es un canto maestro hasta la perfección: una lectura de la "Divina Comedia" sensibiliza la inspiración del poeta y luego la desata en un torbellino de armonía. Todo su entusiasmo por la creación del enorme florentino se acuña en versos opulentos como gemas y sonoros como cristales: pasan a través de ellos los deslumbramientos del Dante, las visiones gigantescas, el horror del infierno, los vértigos esplendorosos, los torbellinos de las almas que se retuercen, la sublime grandeza celestial. Todo, todo el torbellino de la "Divina Comedia", en un deslumbramiento extraterreno:

¡Dante! Tu colosal deslumbramiento
carece de riberas
Sube de firmamento en firmamento,
de esferas en esferas:
Sube de cataclismo en cataclismo,
y de escombro en escombro,
y de abismo en abismo,
y de asombro en asombro!

No hay una idea central, una idea matriz en el poema, como no sea la de simple evocación del libro enorme del florentino. El poeta sólo quiso recordar su impresión de espantosa belleza y su asombro gigante y fantástico hasta lo sublime, en imágenes que no desmienten la magnificencia del enorme poema latino. Cada estrofa de González interpreta las imágenes y el simbolismo de algunos cantos del Dante: Virgilio y el poeta florentino han abandonado el purgatorio y vuelan a través del infinito. Sus siluetas enormes se le imaginan a González dos alas de una águila. Ante el pórtico del cielo se despiden ambos viajeros. Virgilio retorna solo a través de las profundidades, ebrio de la nostalgia del cielo que no han visto sus ojos:

¡Oh la dulce ternura
con que al fin de su vuelo
se despiden los dos allá en la altura
ante el místico pórtico del cielo!
¡Oh, las inmensidades
sin órbita y sin polo
cuyas profundidades
cruza Virgilio, que se torna solo!

Y Dante penetra en el Paraíso. Las visiones célicas le deslumbran. Las vírgenes cantan en un coro rutilante. Y, entre tanta magnificencia, la bondad divina le reserva al Dante la mayor de las dulzuras. Beatriz ha muerto para él en la tierra, pero la ha encontrado en el cielo, en la forma de un ángel que pasa ante sus ojos como una visión de ensueño y de gloria:

¡Dante! Por sus oídos
pasa un viento sedeño
cuajado de recuerdos y de olvidos
que flotan en la bruma de un ensueño.
Desciende columpiándose en sus ondas
al compás de una lira de alabastro,
un ángel de alas blondas
bajo el nimbo de un astro.
Es Beatriz. Es la amada virgen pálida
que él vió cruzar un día por el suelo
como la melancólica crisálida
del más hermoso querubín del cielo!

El símbolo es hermoso hasta la sublimidad. Jamás un poeta cristiano llegó a divinizar de tal modo un sentimiento ideal extraterreno. Toda la grandeza del cielo la ha comprendido el Dante con el sólo hecho de volver a encontrar a Beatriz. En su imagen adorada ha entrevisto la magnificencia y la bondad inconmensurable de Dios.

Es preciso analizar detenidamente este poema, el más bello de cuantos compuso jamás Pedro Antonio González, y es preciso recordar mucho la "Divina Comedia" para comprender todo el esplendoroso simbolismo de **Dantesca**. Cada estrofa representa una



Lecho del Hospital, en la sala de San Carlos en que murió el poeta

imagen y una evocación. El horror del infierno, la tristeza de Virgilio al regresar a la Tierra, la hermosura de Beatriz, el deslumbramiento del Dante, y la melancolía final con que ante sus ojos se aleja la prometida ideal. Sólo en quien amaba y conocía tan hondamente el enorme poema del genial florentino, es posible comprender toda la exaltación de belleza que arrancó a los tercetos de la "Divina Comedia". La cultura literaria de González era vastísima en letras clásicas: a menudo hablaba él de que sus lecturas favoritas habían sido siempre los poetas antiguos: Milton, el Dante, Byron, Goethe. Sólo así se comprende también esa su aspiración grandilocuente en el verso. Su hondo amor por las ideas universales, su concepto abstracto y metafísico del mundo, su racionalismo filosófico, derivan, seguramente, de los modelos que leía continuamente. Como Hugo acarició siempre la idea de Dios, sin definirla nunca, pero sintiéndola siempre cual una fuerza superior, justiciera y eterna: ya recuerde a Pascal, cuando pide que el hombre se asome al abismo de su propio ser, pues, "ese mundo sin nombre—es un mundo que Dios te ha revelado"; ya pide al artista, en su ideal de perfección, que haga brotar el resplandor de Dios en su alma. (El resplandor en tu alma brote); o ya procura que el poeta sondee la inmensidad y la mirada de Dios, sea su libro eterno. González, como Milton, el Dante o Hugo, buscó siempre en el símbolo de Dios la cristalización humana de sus mayores aspiraciones: su panteísmo filosófico encontró en él la limitación de toda su inquietud metafísica.

También en otros de sus mejores poemas líricos **Las Ondinas, Occidentales, Lucrecia Borgia,** es posible repasar cualidades análogas a las de **Dantesca:** verso magnífico y sonoro, grandes conceptos aislados, imaginación abundante y fantástica, rotundidad lírica admirable, rima tan rica como opulenta, colorido esplendoroso. El poeta invoca en **Las Ondinas** los sortilegios de la naturaleza en todos sus espléndidos encantos: ellos presiden en la fecundidad de la la vida y en la renovación eterna de los seres. Son los sacerdotes del misterio. Las Ondinas, deidades de las aguas, que viven en grutas marinas en las cuales la naturaleza ha trazado los arabescos de sus caprichos, entonan un himno a la primavera, porque la fresca estación es la confidente de su belleza, y recuerdan los horrores del invierno que hunde las barcas mientras ellas, en rondas de locura, y sobre las alas de los vientos, llevan a los manes de todos los nautas al alcázar de los divinos egipanes:

Su mágico alcázar se eleva en los flancos
de un terso y esbelto peñón submarino.
lo alzaron en vagos crepúsculos blancos
los pólipos todos con su arte divino.

Las ondinas sueñan con los misteriosos caprípedos, viejas divinidades de los bosques obscuros y de las montañas tenebrosas, mientras los egipanes en sus rincones silenciosos lloran la nostalgia de la tierra. Un día se hicieron al mar, dando al viento las velas latinas, ebrios de ensueño y de luz; pero, hé aquí que sobrevienen las sombras y Neptuno desencadena las iras de sus cóleras bravías. Tras el naufragio de toda esperanza, las castas ondinas se apiadan de la suerte de los prisioneros y les conducen en alas de los huracanes, a sus alcázares magníficos.

Mas, ¡ay! No podemos nosotros amarlas
[porque ellas son seres
que se desvanecen cuando uno las palpa,
[cuando uno las toca.
No tienen el fuego del beso vibrante que
[dan las mujeres,
que ponen la gloria de todas las mieles en
[su húmeda boca.

Pero ni sus caricias, ni sus amores, ni sus locuras, bastarán para consolarles. Ellos

aman la tierra, las vírgenes ardorosas que esperan en la ribera nativa el retorno de la barca que llevará de nuevo a los fugitivos a sus brazos:

Nosotros amamos sus formas mortales,
[sus formas terrenas.
Su sólo contacto nos ritma los nervios,
[como una caricia.
Su sólo contacto como una caricia nos rit-
[ma las venas.
¡Y cual su contacto no existe en tu alcá-
[zar ninguna delicia!

¿Quiso González hacer de este poema un lindo cuento simbólico, dentro del carácter mitológico? Seguramente; sus muchos conocimientos estéticos le permitían fácilmente penetrar por los más retorcidos senderos del arte, hurgando a través de la historia misma espléndidos motivos líricos. Su imaginación ardorosa le hacía fácil la creación de bellos arabescos ideológicos sobre pequeños motivos. Tal sucede también en **Occidentales**, poema fantástico, cuya riqueza verbal sólo puede ser comparada con la de **Las Ondinas**. El poeta supone al Austro monologando su rosario de recuerdos mitológico-heroicos, tal una deidad arrancada del Ramayana, que escuchase la voz de los mares y los aullidos tenebrosos del viento y adivinase en ellos fuerzas extraterrenas, voluntades conscientes de terror y destrucción. El Austro encarna, según el poeta, una deidad anciana, que ha visto nacer el tiempo y la Aurora, que ha presidido en la gestación de los mundos y ha contemplado la sombra de Dios en las aguas del Cáos. Pero el Austro es más antiguo que todo eso, tiene la edad de Dios, ya que su origen es la voz de Dios mismo cuando creó el Universo. La imagen con que el poeta expresa esta figura huguesca incomparable es cuanto de más fuertes hay en su lirismo:

Fuí la voz con que Dios dialogó con él
[mismo
en la mística noche del éter disperso.
Fuí la voz con que Dios arrancó del abis-
[mo
las miriadas de soles del vasto Universo!

El presidió en la creación, en las grandes catástrofes, en las estrepitosas maravillas de los diluvios, en las muertes de los planetas, en las catástrofes polares, en las tempestades inmensas, en los naufragios:

Yo acaudillo las nubes del trópico mismo
en mi audaz y veloz rotación meridiana,
arrastrando el inmenso temblor del abis-
[mo
en el ronco fragor de mi marcha oceana!

El ha sentido palpitar sobre su vientre el mundo, con sus sacudidas locas y las sutilimidades de sus caprichos. El vió también surgir del Ponto a la América informe, mientras crecía de polo a polo y mientras se destacaban hacia el cielo los Andes inmensos de entre las espumas, como una mandíbula formidable que quisiese morder el cielo. El vió también cuando Iberia echó sus barcos al océano en busca de las Indias lejanas; y vió crecer los pueblos indo-latinos, y a sus hijos ser grandes después de ser enanos, ser infames después de ser justos. El ha atronado, por fin, a Eridano y Orión, al Terror y al Erebo, batiendo los bronces del primer himno de libertad del Nuevo Mundo.

Fuerte de belleza y de admirable entonación lírica es el magnífico canto a **Lucrecia Borgia**. González, como artista, antes que todo admiraba en la pérfida sirena de ojos negros—según el decir de un poeta de la época—el milagro fascinador de esa belleza que siempre creyó el origen único de todas las desgracias que en su al rededor se desencandenaban, de padres a hijos, de hermanos a esposos, de amantes a criados. En sus labios ardorosos pone él la voz de sus versos que resuenan como tañidos de cuernos en la noche:

Yo soy todo, porque soy bella. Yo soy
[satánica.
Yo llevo el soplo de la soberbia borrasca
[loca.
yo llevo el soplo de la candente llama vol-
[cánica
que despedaza, que pulveriza la dura roca.

Y la fatalidad de su belleza lleva a todas partes rachas desencadenadas de do-

lores que surgen y estallan en el silencio de todas las traiciones. El tormento es su placer: se goza con perversidad en el dolor que esparce su belleza, atormentando los corazones, viendo estallar los celos y los odios que rugen:

Es mi gran triunfo ver sobre el polvo [que altiva piso
caer al hombre bajo mis plantas, rendido [y tierno;
y allá a lo lejos mostrarle el fondo de un [paraíso;
y en sus transportes, en vez de un cielo, darle un infierno.

Todo este ciclo de grandes poemas de Pedro Antonio González, que dan la medida de su temperamento de poeta, ya en plena madurez intelectual, (pues fueron compuestas entre los 30 y los 40 años) descuellan por su exaltación imaginativa y por sus virtuosidades verbales, tan insólitas como raras por los años en que fueron escritos. Los ecos de la lírica americana moderna (en su modalidad última, que muchos incomprensivos dieron en la gracia de llamar *decadente*) en aquellos buenos días en que González escribió sus mejores versos, llegaban ya a Chile en revistas y diarios: Rubén Darío, Lugones, Nervo, Valencia, musicalizaban en sus mejores estrofas abriéndose sus caminos propios a fuerza de audacia y de talento. González tuvo ocasión de conocer "Prosas Profanas", pues en algunas de sus buenas poesías de entonces advertimos ecos que hacen recordar los versos del poeta nicaragüense. Bastaría citar al azar:

Sueña sueña en los cielos extraños
donde el éxtasis tu alma dilata,

y recordar luego el comienzo de la hermosa estrofa de Rubén Darío:

Boga y boga en el lago sonoro
donde el sueño a los tristes espera...

para advertir inmediatamente que los transparentes decasílabos del autor de "Azul" despertaron un entusiasmo ardiente hasta la imitación en González, durante aquellos buenos tiempos en que él bregaba sólo en el último rincón de América, riñendo sus mejores combates ideológicos contra la estulticia y la rutina todopoderosas, mantenidas por espíritus bravamente misoneístas. Y no podía ser de otro modo: gran lector y amante de lo nuevo, no permaneció González indiferente ante los magníficos ecos trasandinos de liras bien acordadas. Antes que un alcázar hermético, fué su espíritu un jardín abierto a todas las fecundidades del cielo y de la



El poeta en su lecho mortuorio

noche: el rocío y la claridad lunar llegaron a él como una fuerza de renovación y de vida.

III

Enteramente desconocida por los contemporáneos del poeta, con la rara excepción de dos o tres amigos íntimos suyos, es la pequeña colección de "Himnos escolares", que, desgraciadamente, quedó incompleta. Era ciertamente González un poeta demasiado complicado para que sus poesías llegasen a revestir una sencillez tal que pudiesen llegar al corazón de los niños. La misma riqueza ideológica y verbal le traicionaban fácilmente: jamás hubiera podido sacrificar su magnificencia en holocausto de una sencillez inútil y perjudicial. Tal vez González tenía muy acentuadas todas las condiciones negativas de un poeta creador de infantilezas: antes que un narrativo era un lírico de alto vuelo. Y la niñez más que las imágenes sólo comprende la exposición encadenada

de hechos, las fábulas y las consejas fáciles, cuyos simbolismos apenas si caben tras el cristal de una moraleja ajena a toda clase de complicaciones ideológicas. Así, pues, el esfuerzo de González suponía un doble trabajo: simplicidad imaginativa y sencillez verbal. Felizmente, para mayor gloria de su fortuna lírica, se traicionó a sí mismo, haciendo de sus "Himnos Escolares" una serie de hermosos poemas de los cuales muchos no desmienten sus mejores creaciones. En la mayoría de ellos el verso es rico, flúido y magnífico: recorre el poeta todos los metros desde el pentasílabo hasta las complicaciones de doce sílabas. Aún cuando se advierte su esfuerzo obstinado por mantenerse dentro de los límites de una máxima sencillez, a veces las imágenes se complican y la verbosidad frondosa oculta los vuelos de la idea. Con abiertas tendencias metafísicas en sus ideologías, González no fué siempre un poeta sencillo: la lectura de sus poemas supone de parte del lector una cultura nada vulgar; aunque no abusaba de los símbolos mitológicos ni de las complicaciones retóricas, gustaba sí del lenguaje raro y del consonante rico, llegando a veces hasta intercalar versos mediocres, forzados e incoherentes, a fin de llenar una rima necesaria. Todo lo cual campea en su himnario escolar sin las exageraciones características de sus poesías de más aliento. Cuando el poeta procura alcanzar una sencillez extrema, no lo consigue: es trivial y se advierte, sin mucho esfuerzo, el retorcimiento y el artificio, como una tela deja ver por el reverso la combinación de los hilos de su tejido.

Como preliminar de los "Himnos Escolares", léese la siguiente dedicatoria: "Al laborioso y abnegado filántropo de la infancia y la juventud que buscan la vida y el porvenir en el Libro, señor don Carlos T. Robinet, tiene el honor de dedicar estos "Himnos Escolares" su modesto autor.—P. A. G." Divídese luego el libro en cuatro pequeñas secciones: Hogar, Patria, Humanidad y Naturaleza, en cada una de las cuales quiso el poeta sintetizar las obligaciones, los amores y las normas del niño. Así habla en **Hogar** del sentimiento mítico de las consejas del brujo y el duende; del sacrificio maternal que pasa ignorado ante los ojos del niño; del amor hacia el padre:

> Padre mío! Te saludo
> con ardiente regocijo.
> Aunque esté mi labio mudo
> está en él tu nombre fijo.

y del dolor sereno con que el adolescente debe recibir la noticia de su muerte cuando el padre haya descendido al sepulcro, dejando tras él una vida sin mácula, (sin dejar ninguna mancha, sobre su áspero camino); del cariño fraterno, (Tengo una hermana que adoro mucho—porque es muy pura, porque es muy buena); del amor a la cultura.

En **Patria** predomina la exaltación del sentimiento nacional, dentro de los límites humanitarios de la justicia y del buen sentido. Comienza el poeta por cantar a Arauco, en un pequeño y hermoso poemita lírico:

> No son las de Arauco
> leyendas caducas.
> Las canta el mar glauco
> al pie de sus rucas.
>
> Con su estro de acero
> el mar se proclama
> el único Homero
> de su única fama.

Luego evoca al temerario Colo-Colo cuando se dirige a una asamblea donde le aguardan los suyos: el araucano monologa en medio de las selvas seculares:

> Monologa ante su suerte
> bajo el son del soplo ronco
> con que zumba el Austro fuerte
> al chocar de tronco en tronco.

La patria y su historia deben ser para el niño una lección, tal es el sentimiento que el poeta procura invocar en sus versos. Por eso recuerda, junto con las hazañas de los guerreros los beneficios de las ciencias y del arte que ennoblecen la vida; por eso pide también que Chile y la Argentina deben vivir unidos por un sentimiento de paz, pues sellaron su unión fraternal en los campos de Maipo y en días memorables de gloria y de exaltación patriótica, y por eso también, al can-

tar a la Patria, entona sus himnos a la industria, al trabajo, a la vida y a todos los sentimientos fecundos de la humanidad.

En **Humanidad** el poeta pide que los niños conozcan y practiquen la piedad, pues sobre ella descansa una de las más altas virtudes del hombre. El hombre no ha nacido con privilegios y el más miserable tiene derecho para decirse nuestro hermano; y un pueblo que violenta los derechos y olvida tales sentimientos, no debe existir:

Pierde al fin su derecho a la vida,
pierde al fin su derecho a su nombre,
todo pueblo insensato que olvida
que es el hombre el hermano del hombre.

Termina **Humanidad** con dos salmos de vida y aliento: uno a Gutenberg:

Salve a tí, salve a tí, Gutenberg de Ma-
[guncia,
cuyo genio inmortal en sí mismo se absorbe
y a los lóbregos siglos de súbito anuncia
que ya se hace la luz en la noche del Orbe.

Cada chispa que brota del viejo alfabeto,
al moverse al impulso de tu ínclita mano
de la plancha fatal en que estaba sujeto,
es un rayo que estalla de arcano en arcano!

y otro en el cual evoca el nacimiento de las lenguas latinas, en el Lacio, y del fondo de la noche en la Edad Media:

Y en su ardiente crisol la Edad Media
[elabora
con los átomos de oro del Verbo del Lacio
el undívago efluvio, la esencia sonora,
de las rítmicas lenguas que van al espacio!

No dejó terminado González éste su libro que debía constar de otras divisiones más. *Naturaleza* pone término al volumen con una serie de poemitas, tal vez los más hermosos de todos los "Himnos Escolares". El segundo constituye una loa al sol, padre fecundo de la vida:

Eres tú quien abre y cierra
las sagradas Estaciones
que desfilan por la Tierra
como augustas Creaciones!

En seguida habla el poeta de su amor por la tierra; dirige preciosas estrofas a la luna, sencillas y musicales:

Yo te adoro blanca Luna
porque allá cuando era niño
tú nimbaste ante mi cuna
a mi madre con tu armiño.

predica un amor grande por lo pequeño, por lo minúsculo, que constituye una parte del Universo y de la vida:

Amemos, amemos las múltiples cosas
que forman la escala del vasto Universo.
Amemos las zarzas, amemos las rosas,
la hormiga y el cóndor, el aura y el cierzo.

por fin canta al Cosmos gigante, a las fuerzas supremas, donde los sabios interrogan los grandes misterios de la eterna renovación de la vida y a través de cuyo espacio ilimitado la idea arrastra su cauda de fuego.

Tal es, pues, el poeta de "Himnos Escolares". El mismo sentimiento universal que animaba sus mejores poemas de largo aliento, les da vida; las ideas son las mismas también: la ciencia, el arte y el pensamiento deben presidir en la orientación de la existencia del hombre. La naturaleza le dará las pautas de sus orientaciones. Dios será su norma. En cuanto a la forma, las estrofas del himnario muestran análogas virtudes que sus poemas de "Ritmos": el verso y la rima nun-



Nicho 1020 en la galería norte del Cementerio General

ca carecen de viril entonación: porque ante todo González es un poeta de grandes recursos, buen conocedor de los secretos armoniosos del lenguaje y de las bizarrías galanas de todos los metros. En los himnos predominan las combinaciones estróficas con versos de cinco, de ocho, de diez y de doce sílabas. Al escoger la mayor parte de estos metros, González tuvo muy en cuenta que fueren adaptables al canto, de lo cual proviene la semejanza rítmica en todos ellos que hace resaltar a través de los poemas cierta nota de monótona uniformidad. González tuvo en vista al establecer voluntariamente cierta unidad de sucesión rítmica aquello de que la cadencia ayuda grandemente las asociaciones retentivas en la memoria de los escolares: para un niño le es más fácil retener los versos de ocho y diez sílabas, que los de once y catorce. Y González, que dictó clases desde su cátedra de castellano durante muchos años, conocía sobradamente la eficacia de semejantes recursos, que la pedagogía no desdeña. Cuidando hasta los menores detalles, procuró adaptar las bizarrías de su lirismo a los caprichos de las imaginaciones infantiles: felizmente, los poemitas de su himnario brotaron de su estro ataviados con toda la magnificencia de su ropaje lírico habitual. Los escolares no habrían logrado familiarizarse jamás con ellos: no es un buen poeta, ciertamente, quien mejor pueda llegar a comprenderlos y consiga despojarse ante ellos de todas sus características para ponerse a la altura de sus mentalidades, desnudo de complicaciones, tembloroso de emoción y acorazado de sinceridad. Andersen aseguraba, a un su amigo, que lleva grandes desventajas el escritor que se dedica a componer cuentos para los infantes: "No es lo mismo—decía—escribir como un hombre y para los hombres, que pensar como un niño y para los niños, siendo un hombre."

ARMANDO DONOSO.

LA GITANA Y CANALEJAS

Es rumor que una gitana había predicho muchos años atrás a Canalejas su trágico fin. Un día mientras en compañía de su secretario Francisco Ruiz, que era su camarada desde la infancia, se paseaba por las calles de Valencia, se le aproximó una gitana ofreciéndole predecirle la suerte. Es esta una oferta que todo legítimo español no sabe rehusar. Carmen canta: "las cartas son sinceras y no mienten jamás", y de ello están persuadidos todos sus compatriotas. La adivina sacó las cartas, las extendió y leyó; sacudiendo la cabeza, tomó en su negra y callosa mano las del gran hombre y clavando en él fijamente la mirada, como tratando de hallar la confirmación o negación de lo leído, exclamó: "Juntos chicos, juntos viejos, juntos muertos", tras de lo cual se alejó metiendo en su bolsillo un duro que le dió Canalejas.

Juntos muertos: el señor Ruiz murió pocos días antes de que Canalejas fuese trágicamente asesinado!

R.

⚜ ⚜ ⚜

La caballería en el combate de Angamos

Por

J. M. ORTEGA

En ningún período de la guerra del Pacífico la opinión pública chilena estuvo tan excitada como en el transcurrido entre el 21 de Mayo y el 8 de Octubre de 1879.

El causante de esta excitación no era otro que el "Huáscar", hoy pobre casco ignominiosamente abandonado en la bahía de Talcahuano, y en aquel tiempo formidable máquina de guerra en que fundaba el Perú su orgullo y sus esperanzas de triunfo, y a la que los chilenos mismos miraban con una inquietud que casi rayaba en el temor.

Para nuestros marinos y para las demás personas que conocían a fondo el poder naval de ambos contendientes, no era el "Huáscar" un elemento bélico tan poderoso para justificar esos temores. Su rapidez en el andar era la única superioridad que tenía sobre nuestros acorazados, de modo que su captura o su destrucción era solamente cuestión de tiempo y oportunidad. Pero la imaginación popular, tan inclinada a las exageraciones, daba al buque enemigo proporciones colosales y un poder ofensivo y defensivo superior a toda ponderación.

El "Huáscar" era para nuestro pueblo una especie de fantasma de los mares, siempre amenazador, que al mismo tiempo podía presentarse en varios puntos separados por enormes distancias, rápido como un delfín, sigiloso como una serpiente y habiloso como un zorro para ocultar su pista. En vano lo perseguían con encarnizamiento el "Cochrane" y el "Blanco"; él sabía engañarlos "con la cola", y aparecía en Valparaíso cuando lo buscaban en Caldera, y resultaba estar en Iquique o en el Callao cuando creían encontrarlo en Coquimbo o en Antofagasta. No parecía sino que el diablo anduviera dirigiéndolo y que estuviese tripulado por espíritus infernales intangibles e incapturables, pero dotados de un terrible poder de exterminio y destrucción.

Su nombre era conocido por todos los habitantes y en todo el territorio de la República, así en las ciudades populosas como en las aldeas y hasta en las cabañas perdidas en los campos más lejanos. En ese invierno memorable, junto a la chimenea de los palacios, al brasero de las habitaciones modestas y a la fogata de las viviendas campesinas, no se hablaba sino del blindaje del "Huáscar", de sus cañones, de su espolón, y sobre todo de su torre de combate, a la que se atribuían colosales proporciones. El nombre de Grau sonaba en todas las bocas con el mismo tono temeroso con que sonaban hace dos siglos los de aquellos piratas desalmados que asolaban nuestras costas, y los comentarios sobre sus hazañas eran el tema obligado de todas las conversaciones, a todas horas y en todas partes. Si dos amigos se encontraban en la calle, antes de saludarse se dirigían preguntas como ésta:

—¿Qué se sabe de El?

—Dicen que anteayer pasó frente a Coquimbo con dirección al sur.

—Pues me habían dicho que andaba cerca de Talcahuano con intenciones de bombardearlo...

Y sólo después de este diálogo iban las consabidas preguntas sobre la salud de los dialogantes y de sus respectivas familias.

Los diarios, por su parte contribuían a mantener vivas y en "crescendo" estas alarmas del público. Los periodistas seguían el itinerario del buque peruano con la misma atención con que observa el astrónomo la marcha de un cometa, y no apartaban el ojo del telescopio sino para decir al país:

—Ya salió de tal parte... Ya llegó a tal otra... Latorre lo espera aquí... "El Blanco" lo acecha más allá... Ya cae en la trampa... ¡Ya se escabulló!...

Este temor, sin embargo, no era enteramente pasivo y resignado, como el que siente el niño hacia el "cuco" con que madres

y nodrizas han amedrentado su espíritu, temor sumiso, inerme, convencido de que no hay nada que pueda contrarrestar el peligro que amenaza. Era, por el contrario, un temor rebelde, airado, anheloso de venganza y hasta cierto punto amenazador. El "Huáscar" había dado y daba cada día a nuestro pueblo muchos motivos de aborrecimiento: había capturado el "Rimac", había echado a pique la "Esmeralda", había cañoneado a Antofagasta, había hundido algunos de nuestros transportes... Se le temía odiándolo de todo corazón. Los hombres, al hablar de él, mostraban al aire el puño cerrado y lo abrumaban a dicterios; las mujeres, y sobre todo las viejas, estiraban el brazo y hacían la señal de la cruz, como la hacen cuando creen ver al diablo, con la santa intención de que reviente al influjo de aquel signo bendito. Y, lo que revela mejor que nada el concepto a la vez temeroso y despreciativo que tenía nuestro pueblo sobre el monitor peruano, millares y millares de perros bravos y de quiltros sucios y despreciables fueron "bautizados", con el nombre de Huáscar por sus patriotas y enojados poseedores.

❦

Pero quien odiaba al "Huáscar" más que todos los chilenos juntos, era don Dámaso Arancibia, antiguo minero de Mejillones, cuyo nombre era muy conocido en esa región.

Aunque había residido más de treinta años en territorio boliviano, empeñado en atrapar del pelo a la calva suerte en el trabajo de minas de todas clases, don Dámaso era chileno hasta la médula de los huesos, chileno de nacimiento y de corazón, tanto más amante de la patria cuanto más tiempo había estado lejos de ella. Había sido, por otra parte, uno de los más perjudicados con las medidas tomadas por el gobierno de Bolivia en contra de nuestros compatriotas residentes en aquel litoral, medidas que fueron causa principal de la guerra y que despojaron a muchos chilenos de su fortuna, ganada a costa de rudo trabajo, con el cual habían contribuído además al progreso y a la riqueza del suelo extraño, que les daba hospitalidad. En don Dámaso habían, pues, en favor de Chile su patriotismo y su interés personal, y por eso no es extraño que acompañase a nuestras armas con todas sus simpatías y que anhelase nuestro triunfo con todas las fuerzas de su corazón.

Desde que empezó la contienda, ya no habló como antes de vetas y de filones y de cateos, sino de operaciones bélicas, y medidas estratégicas. Más de una vez, a pesar de ser un hombre gordo, y, por lo tanto, pacífico y bienavenido con todo el mundo se cruzó a bofetones con los que no pensaban exactamente como él, sobre la justicia de nuestra causa, y como no estuviera muy contento con la marcha que nuestro Gobierno había impreso a la guerra, elaboró y envió a la Moneda sobre su firma, un plan de campaña que, de haberse seguido al pie de la letra, nos habría dado la victoria mucho más pronto y con menos sacrificios que los elaborados por nuestros Ministros y generales.

Un triunfo cualquiera de las armas chilenas lo ponía loco de contento y era celebrado en su casa con banquete en regla y con música y voladores, y el más insignificante de nuestros descalabros lo tenía durante días y semanas, inapetente y de mal humor.

Con tales antecedentes, nadie extrañará que las afortunadas correrías del Huáscar, fuesen para don Dámaso motivo de constante pesadumbre y que cada uno de sus éxitos le doliera como una puñalada en el corazón. Cuando el acorazado enemigo capturó al Rimac, nuestro compatriota estuvo en cama con fiebre durante tres días, y cuando hundió en Iquique a la Esmeralda, toda la gloria de que entonces se cubrió nuestra bandera, no fué suficiente para impedir que don Dámaso sufriese un ataque al hígado que puso su vida en grandísimo peligro. Desde entonces el Huáscar fué la obsesión constante de su espíritu y el odio más grande de su corazón. Habría dado sin vacilar sus mejores pertenencias mineras, su casa en Mejillones y hasta a sus hijos y a su mujer, a trueque de verlo acribillado a balazos y hundirse después, hecho menudos fragmentos, en lo más profundo del océano.

Quiso la suerte que todos estos patrióticos sufrimientos de don Dámaso tuvieran una espléndida recompensa.

El día ocho de Octubre, poco después

del amanecer, caminaba por la orilla del mar hacia el norte de Mejillones, en dirección a una de sus minas, montado en la buena y pacífica mula que le servía para todos sus viajes mineros, cuando volviendo la vista hacia su izquierda, divisó desde una altura, un barco que navegaba a toda máquina no lejos de la costa, y luego otro que seguía sus mismas aguas. Su odio más que su buena vista le hizo reconocer en ellos al Huáscar y a la Unión, que, como se sabe, venían desde Antofagasta, perseguidos por el Blanco y la Covadonga, que luego aparecieron también a la vista de don Dámaso.

Detuvo la mula para observar aquello, con el corazón palpitante por la más intensa emoción, y vió cómo los buques peruanos ganaban distancia y se ponían ya casi fuera del alcance de sus perseguidores. Sin poder contenerse, se empinó entonces sobre los estribos y gritó a todo pulmón:

—¡Cochinos! ¡Cobardes! ¿Por qué no se paran?

Pero luego, pasando del más amargo desaliento a la esperanza más lisonjera, divisó que venían del oeste a todo vapor, el Cochrane, el Loa y el O'Higgins, a cortar el paso a los fugitivos.

Como es sabido, la Unión escapó hacia el norte, perseguida por estos dos últimos de nuestros buques; pero esto a don Dámaso le importaba poco, porque el Huáscar quedaba en el campo de la contienda y era con él, con quien nuestro héroe tenía cuentas que cancelar.

Empezó el combate y empezaron también para don Dámaso las horas más activas y emocionantes de toda su vida. No se sabe a punto fijo en qué momento entró él a tomar parte activa en la batalla; pero hay motivos para suponer que fué la primera vez que el Huáscar, forzando sus máquinas, intentó ponerse fuera del alcance de nuestras balas. Al ver aquello, don Dámaso clavó ferozmente las espuelas en los ijares de la mula, y enarbolando el chicote, corrió hacia el norte, a cortarle la retirada, gritando al mismo tiempo con voz atronadora:

—¡Atajen, atajen! ¡Al norte, niños, que se les va!

Cuando una certera bala del Cochrane barrió la cubierta del Huáscar, obligándolo a acortar su marcha, don Dámaso paró también su mula por un momento y gritó al enemigo, mostrándole el puño cerrado:

—¡Ahí tienen para principiar!

Y desde entonces no tuvo ya un momento de reposo. Anhelante, bañado en sudor, fuera de sí, siguió con cuerpo y alma todas las peripecias de la lucha, ya insultando al enemigo como un héroe de la Ilíada, ya aplaudiendo los tiros certeros de nuestros buques y estimulando a nuestros marinos con gritos y ademanes:

—¡Apúntenle bien, hijitos de mi alma! ¡Que no se les vaya, por amor de Dios!

Y les ayudaba con todas sus fuerzas y con toda la rapidez de su mula, a la cual volvía y revolvía de una parte a otra y hacía correr de aquí para allá, siempre batiendo el chicote sobre su cabeza para amendrentar con él, al apurado monitor.

Cuando el Huáscar arrió su bandera, después de dos horas de ruda batalla, don Dámaso se detuvo y contempló largo rato a su vencido enemigo, saboreando con deleite el placer de la venganza. Y después, al paso lento de su mula, que apenas podía moverse de cansada, se volvió a Mejillones, a contar a los suyos el magno suceso:

—¡Nos tomamos al Huáscar! fué lo único que pudo decir, embargado por el cansancio, y por la emoción, a los que salieron a su encuentro, a inquirir detalles de la captura.

Y a fe que jamás un jinete ha podido jactarse con mayor justicia de su participación en un combate naval.

Tal fué el papel que la caballería desempeñó en la toma del Huáscar, papel que ninguno de nuestros historiadores ha consignado en los anales de la nación. Su acción fué activa, entusiasta, laboriosa y todo lo eficaz que podía ser, dadas las posiciones en que le tocó combatir. Y también hubo por su parte sangre derramada en defensa de la Patria: la mucha que corrió por los ijares de la buena y pacífica mula del heroico don Dámaso.

M. J. ORTEGA.

EL CINEMATOGRAFO Y LA POLICIA

Sucede con frecuencia que para reproducir fielmente lugares y escenas que entran en el desarrollo de la acción, las casas fabricantes de películas, con el material necesario se transladan con los actores a los sitios más ocultos y retirados, pues cuando la representación se ha hecho en público, ha pasado no pocas veces, que por culpa de algún espectador demasiado curioso que en un momento de distracción se pone delante del objetivo, ha quedado estropeada la película. A veces hay que reproducir al aire libre escenas de robos, de riñas y los incidentes que con frecuencia ocurrían eran verdaderamente cómicos y divertidos.

En cierta ocasión, unos artistas de una famosa casa francesa creadora, pusieron en escena en una pequeña ciudad el simulacro de una pelea con las consiguientes navajadas, tiros, y carreras de los agentes del orden. Sólo que los agentes, en lugar de ser actores, previamente disfrazados de modo conveniente, eran guardias auténticos y legítimos, que creyendo de buena fe que se trataba de una riña en serio, se precipitaron sobre los contendientes con celo sin igual. Y trabajo costó para que los actores, todos desde el primero hasta el último no fuesen a dar con sus huesos a la comisaría!

Estos tomaron la cosa a risa, gozándose de que la inesperada llegada de los policías había dado a la escena mayor interés dramático.

En más de una ocasión se ha dado también el caso opuesto: malhechores verdaderos sorprendidos en infraganti delito por la policía, han conseguido huir el cuerpo al arresto, alegando en su descargo que eran actores de cinematógrafo en pleno ejercicio de sus funciones....

La frecuente repetición de tales casos, ha vuelto escamosa a la policía, que al presente lleva presos a los actores de cualquier casa cinematográfica en lo culminante de una acción criminal una irrupción de pillos en una casa de banca, una agresión o cosas por el estilo.

Algunas veces los artistas se desquitan en pacíficos ciudadanos. Hé aquí, a propósito, un caso bastante gracioso ocurrido no ha mucho en una pequeña población de Norte América.

Los actores de una casa cinematográfica había determinado representar cierta escena delante de una casa-quinta, artística y característica. Era el único punto de la población que se prestaba a servir de fondo a la representación. Pero hé aquí que el dueño de la propiedad niega a los artistas el permiso para fotografiar el edificio, ni aún pagando indemnización.

Un día, el señor aquel, mientras se paseaba tranquilamente, se siente de pronto cogido del cuello por una mano de hierro. ¿Qué era ello? Era un policía que le detenía por orden superior y le intimaba seguirle a la oficina de policía más próxima.

Después de un centenar de metros andado, el agente deja libre al detenido y revela su verdadera personalidad: era un actor de la compañía cinematográfica.

Entre tanto sus compañeros habían representado aquella famosa escena delante de la casa-quinta del hombre aquél, tan inútilmente obstinado, y poco complaciente.

✣ ✣ ✣



Cecilia Renault es la Carlota Corday de Robespierre. Por suerte o por desgracia le falló el golpe. Por lo demás escasamente dos meses después rodaba la cabeza del tirano revolucionario al golpe de la guillotina.

Son las cuatro de la tarde, una tarde tristona y lluviosa. Una joven de veinte años apenas, modestamente vestida como una obrera, avanza por la calle Saint Honoré, se detiene ante el número 384 después tras de un momento de vacilación sigue su camino. Da unos veinte pasos, vuelve atrás, echa una mirada a su alrededor y entra resueltamente en la casa. Se dirige al portero y pregunta por Robespierre. El portero le responde que no está, que ha salido, que estará en la convención o en el Comité de Salud Pública.

La joven, contrariada al parecer con la noticia, se va y desaparece, confundiéndose en la calle con la multitud.

A las nueve de la noche, vuelve a la calle Saint Honoré. Busca otra vez el número 384. Mientras camina vuelve constantemente la cabeza a todas partes como recelosa y espiando. Sus pasos parecen inciertos. Algunos *saus culotte* apartados en la obscuridad la observan y la siguen. Ya entró en la casa. La rodean y la detienen. Surgen de la sombra nuevos guardias pretorianos y se precipitan sobre la joven.

—Me llamo Cecilia Renault. Tengo veinte años. Mi padre es cartero de la calle Lauterne. Vengo a hablar con Robespierre.

—Quétienes que hablar con él. ¿Traes algún memorial o solicitudes que presentarle?

—A vosotros no os importa.

—¿Conoces al ciudadano Robespierre?

—No: precisamente vengo por esto.

—Y para qué quieres conocerle.

—Para ver si me conviene.

—¿Qué quieres decir con eso de "ver si me conviene?"

—No tengo qué daros más explicaciones. Excusáis de preguntar.

Los guardias la conducen entonces maniatada al comité de seguridad.

Ya entre las garras de aquellos tigres, Cecilia Renault, rompe el freno y desafía con el coraje de sus veinte años a aquella horda de fanáticos.

—Sí, les dice, toda mi sangre daría, si fuese necesario por tener un Rey.

—¿Y qué motivos tienes para desear todavía un tirano?

—Prefiero un Rey, quiero mejor un sólo tirano que los cincuenta mil que hoy tiene Francia.

—¿A qué fuiste a casa de Robespierre?

—Fuí a ver cómo se ha hecho un tirano.

El Comité ordena que se la registre. Se encuentran dos navajas con mango de marfil. En un envoltorio que llevaba consigo, un vestido de mujer bastante elegante, y ropa blanca muy fina.

—¿Para qué llevabas esta ropa y este traje?

—Para ir un poco mejor arreglada al sitio donde me conduzcan.

—¿De qué sitio hablas?

—De la cárcel o la guillotina.

—Quién te indujo a ir a casa del ciudadano Robespierre?

—Nadie.

—¿A quién comunicaste tu propósito?

—A ninguno.

—Tienes algún cómplice?

—No.

—¿Pensabas servirte de estas navajas para matar a Robespierre?

—No; y podéis creer lo que os dé la gana.

Siguiéronse largos interrogatorios en los días posteriores. Cecilia Renault los sufre con igual entereza y asegura que era sola, que no tenía ni cómplices ni encubridores. A los pocos días la transladaron de la Conserjería al Tribunal Revolucionario. Cuarenta y ocho acusados, entre ellos tres mujeres, se sientan en el banquillo. Allí estaba un tal Admiral, que había intentado matar de un pistoletazo al convencional Callot d'Herbois.

Se miran frente a frente. No se cono-

cen. No se han visto nunca; es la primera vez que se encuentran. El presidente del Tribunal interroga rápida, distraidamente. Hay que cumplir la fórmula. La orden que na recibido el Comité de Salud Pública, es terminante. Fouquier Tinville, en su calidad de acusador fiscal, se levanta. Habla con violencia. Acusa a aquellos 49 individuos como conjurados. "Es la conjuración, grita, del extranjero. ¿Y de qué medios se valen? Del asesinato de los representantes del pueblo, de la carestía, de la falsificación de documentos y de moneda, de la corrupción de la moral y el espíritu público, de los motines en las cárceles. Su objeto es hacer estallar la guerra civil, destruir la Convención, restablecer la monarquía o cualquier otro poder de tiranía. "Coburgo y Pitt—ruge—hé ahí los cabezas de la conjuración, la eterna amenaza de la Revolución!"

Se retiran los jurados. A la media hora, vuelven al estrado. La sentencia es de muerte para todos.

Robespierre, los miembros del Comité, tenían necesidad de aquellas matanzas en masa para galvanizar a París.

El pueblo, cansado ya de tanta carnicería, murmuraba. . Dudaba no fuese una racha de locura aquel metódico, automático, cotidiano amontonamiento de cadáveres. Robespierre quiso demostrar que las conjuraciones no eran imaginarias, que estaba amenazada la Revolución, que peligraba la vida de los representantes del pueblo.

Pero París no se conmovió. Permaneció indiferente al proceso. Y cuando las lúgubres carretas salieron de la Conserjería y desfilaron por las calles de la ciudad llevando a la guillotina 49 condenados, el pueblo, aunque acostumbrado a aquellas ejecuciones en masa, se preguntaba quiénes eran ellos. Nadie respondía. Sólo una voz dijo: "Querían asesinar a Robespierre. Son gentes pagadas por Inglaterra y los Borbones.

Era un guardia pretoriano, vestido de paisano.

Los condenados vestían un hábito rojo, como los parricidas. Y por más que ninguno lo era, seguramente les venía el hábito. ¿Pues qué? no habían, al menos, uno de ellos, Cecilia Renault, atentado contra la vida de Robespierre. ¿Y esto no implicaba un parricidio? Ya se decía efectivamente en la Convención, en el Comité, en las calles, en los clubs: "El lo quiere; él no lo quiere."

El, es decir, el nuevo monarca, la nueva realeza.

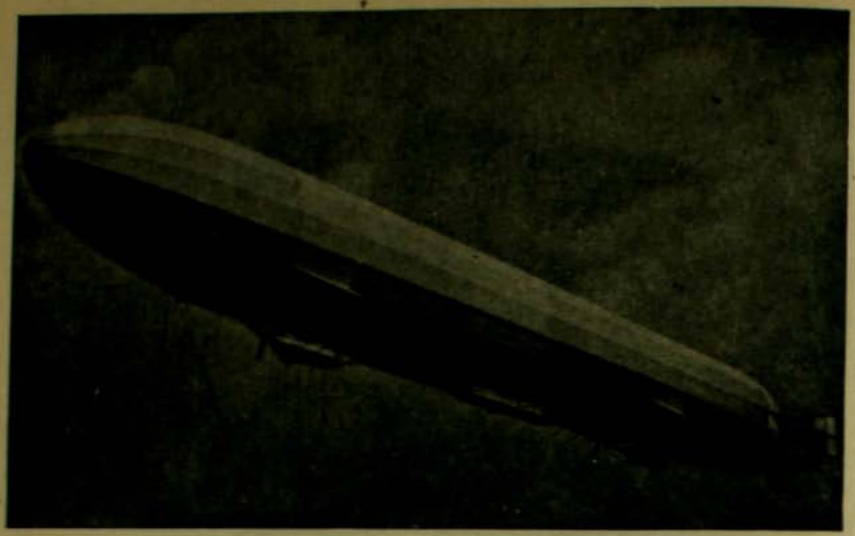
La guillotina segaba aún, pero la Revolución había terminado. Liquidado. Había muerto bajo aquel fatídico tablado, con sus hijos menores.

Las carretas con los cuarenta y nueve condenados de hábito rojo siguieron su camino por entre la turba indiferente. Se dirigieron hacia la barrera de Vincennes. Los habitantes del centro, cansados de aquellos lúgubres desfiles cotidianos, habían protestado, y Sansón había tenido que transladar allá a las afueras de París, su máquina exterminadora. La ejecución duró más de dos horas. Los espectadores se volvieron a la ciudad conmovidos.

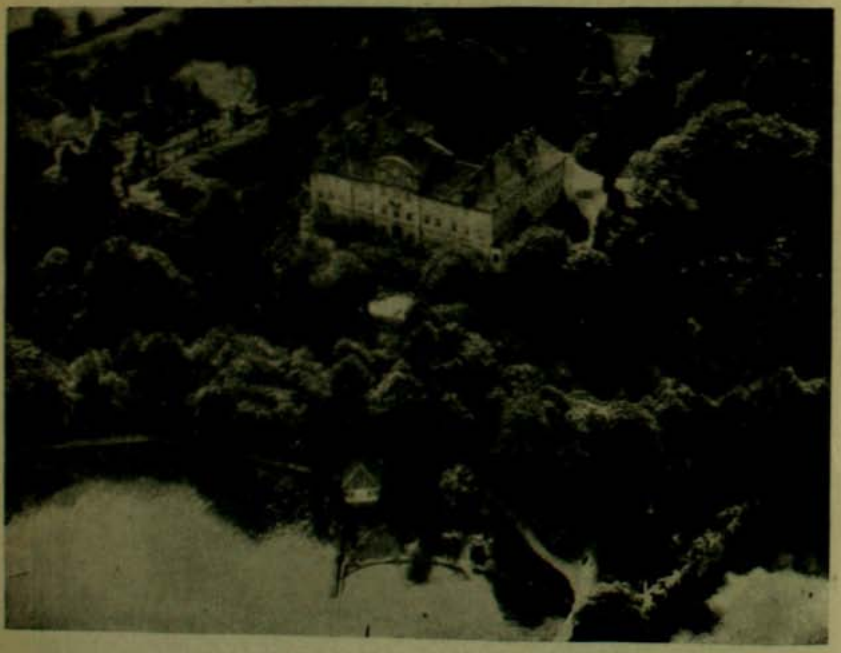
El tan elevado, en un aislamiento casi real, se creyó más seguro. No le quedaba, sin embargo, más que cuarenta y tres días de vida y de imperio. Había escapado de la navajita con mango de marfil de la joven Cecilia Renault, pero una mano invisible,—la Nemesi—lo asió, lo derribó de aquel trono de cadáveres sobre que se había sentado, y hendió en su cuello la cuchilla de la guillotina.



Conde Ferdinand von Zeppelin



Uno de los últimos Zeppelins. El "Schwaben



Isla Mainau en el lago Constanza

UN BUEN DATO

Por

Claude Marsey

—¿Con que tienes permiso?

—¡Naturalmente!

Todos los soldados de la cuadra repitieron, unos con admiración, otros con cólera y envidia.:

—¡Naturalmente!

Pero, Boirel, acostumbrado a esta clase de recepciones, no dijo chus ni mus. Se acercó a su cama, se sentó en ella, cruzó las piernas y rellenó su pipa.

Hubo un largo silencio durante el cual sólo se oía el restregar de la pasta sobre cinturones y cartucheras. ¿No era preciso lustrar todo con esmero para la revista?.

Por fin la voz de Morán, "el niño diablo", a quien se había nombrado dragoneante para reconocerle a la vez su ineptitud para los grados superiores y su buena voluntad, se levantó diciendo:

—Yo quisiera saber qué ha hecho Boirel para pillar de "buenas" a mi "Primero"!

Era la primera vez que alguien se atrevía a interrogar directamente al feliz poseedor del permiso. Este sonrió, lanzó contra la lámpara titilante y opaca una bocanada de humo y después contestó:

—La cosa es muy sencilla. Si mi jefe me concede todo lo que le pido, es porque, el otro día, lo hice ganar una apuesta.

—¿Qué es lo que nos vienes a contar, Boirel? ¿Que el jefe va ahora a las carreras?

—No, el jefe no va a las carreras. Aún los caballos mismos, me dijo ayer, no le importan un pito. Pero, en todo caso, apuesta.

—¿Con quién?

—Con el sargento segundo, con el furriel y con Bernard, el escribiente de mi capitán.

—Pero, ¿sobre qué apuestan?

—Ah, "cumpas", eso es un poco delicado. Si yo se lo dijera, Uds. irían a contarlo por todas partes. Y eso sería una estupidez.

—Seremos discretos. ¿No es cierto?

—Seguramente!

Boirel se hizo rogar un poco. Pero como en realidad estaba muy orgulloso de su rol, satisfecho sobre todo de la atención de que era objeto, expresó con una señal de cabeza que relataría los hechos.

Inmediatamente se estrechó el círculo al rededor de su cama. Cartucheras y cinturones fueron olvidados. Solamente un bretón, indiferente como de costumbre a todo lo que no fuera de su país, continuó lustrando sus correas en un rincón de la cuadra. Un confuso rumor se esparcía en el cuartel: era el momento que corre entre el parte de retreta y el toque de silencio, hora tranquila en que los soldados parecen volver a ser simples ciudadanos. Boirel, en voz baja, comenzó:

—Ya les dije que mi Primero apuesta con el segundo, el furriel y el escribiente de mi capitán. Es su único placer, su única ocupación. Diablos! en el Regimiento no hay mucho donde escoger. Pero Uds. no adivinarán jamás sobre lo que arriesgan su dinero. Se necesita ser un "peine" como Bernard para inventar cosa semejante. Apuestan sobre los oficiales... ¿No comprenden? Esperen un poco!

Echó una bocanada de humo contra el armerillo y continuó:

—Uds. saben que el coronel convoca todos los días a las once a los oficiales y que la reunión tiene lugar en la Ayudantía. Lo que ahí hacen, yo lo ignoro por completo; Uds. tampoco lo saben. Eso no importa a los simples "milicos". Lo que sí es cierto es que todos esos caballeros pasan allí una buena media hora encerrados entre cuatro paredes. Después, cuando el coronel les ha largado todo lo que tenía que largarles, todos se van. Los más apurados, aquellos que tienen apuro de irse a almorzar, salen primero. Los tranquilos vienen enseguida, despacio, serenamente. En fin, los "lateros", aquellos que siempre tienen algo que expli-

car al coronel, aparecen los últimos. Durante algunos minutos es un verdadero desfile... ¿Todavía no caen?

Nueva chupada a la pipa, lanzando esta vez el humo hacia el techo.

—Ahora, voy a explicarle. Desde la ventana del almacén de la compañía, se domina la puerta de la Ayudantía. Cuando se acerca la hora, mi Primero, el vice y los demás, aguaitan la salida de los oficiales. El primero que aparece en el corredor es el "ganador", el segundo es el placé. Basta inscribir con anticipación el nombre del "caballo" por el cual se apuesta. ¿Comprenden la cosa? Es sencillo, fácil y muy entretenido.

Boirel se calló un instante para gozar del efecto producido. Todas las miradas estaban fijas en él y aquellos que, profanos, aún no comprendían, eran los más admirados. En su rincón, el bretón continuaba lustrando sus correas.

—Todo esto, exclamó el "niño diablo", no nos explica por qué tú estás tan en la buena con mi Primero.

Boirel continuó con un tono superior:

—Un minuto, compadre Morán. La ambulancia no marcha con la descubierta. Bueno; el Primero y sus amigos habían organizado el juego según las reglas estrictas de las canchas de carreras. Desde hacía un mes funcionaba esta nueva clase de apuesta mutua.

En todo el mes los jugadores habían hecho las observaciones más curiosas y más útiles sobre cada oficial. Primeramente, había "favoritos", aquellos que siempre salen a la cabeza del pelotón: el capitán de la 5.a, un poco flaco, que nunca puede estar tranquilo; el teniente-coronel, que aborrece no almorzar a una hora fija, y el jefe del primer batallón que siempre tiene calor y sólo puede respirar al aire libre. Algunos de esos tres era el que salía primero cada día. Bueno, pero, había que contar también con los "outsiders"....

Y Boirel pronunció esa palabra religiosamente, tal como se escribe.

—Sí, los outsiders, aquellos de los cuales nunca se habla, sobre los que no se cuenta y que, un buen día, toman la punta y pegan el feroz "batatazo". Nuestro capitán era uno de esos. Nunca salía en la misma forma que el día anterior. Ah! caramba que se le tenía miedo a esa gente! Sólo mi primero se acordaba de ellos y siempre tomaba uno como ganador. Perdía, naturalmente; pero, cuando el furriel le enrostraba su mala suerte, le contestaba:

"Ya verá; uno de estos días recuperaré todo lo perdido.'"

—Pero, ¿tu permiso, Boirel?

—A eso voy Morán. El otro día, se me puso en la cabeza ir a París. El día anterior, en el tiro al blanco, yo había hecho "huevo". No era esa la oportunidad de pedir permiso. Pero, se me había metido esa idea en la molleja y tenía que realizarla. Por otra parte, quien no se arriesga no pasa el río. Contándole a mi capitán, que tenía mi hermana enferma o que mi hermano iba a casarse, quién sabe si no lograba ablandarlo. En el fondo es un buen hombre. Me decidí a ir a esperarlo afuera de la Ayudantía; el ordenanza era un buen cumpa y me dijo:

—Entra al pasadizo y te toparás con el capitán en el camino!

Hice lo que me aconsejaba. Se abre la puerta. Junto con otros oficiales sale mi capitán y, notando mi presencia, se dirige a donde yo estaba.

—¿Qué haces aquí, Boirel?

—Quisiera decirle una palabra, mi capitán.

—¿Es urgente?

—Muy urgente, mi capitán.

—Bien, sígueme.

Y me hizo seguirlo rápidamente y ¿entienden bien? Mientras los demás oficiales continuaban conversando en el pasadizo, nosotros pasamos delante de ellos y salimos al corredor. En el patio, mi capitán me preguntó:

—¿Qué es lo que hay?

—Bueno, mi capitán; es que mi hermana va a casarse y mi hermano está enfermo. Si mi capitán fuera tan bueno... yo desearía un permiso...

—¿Y por esto viene a molestarme? Caramba con el tupet! Vaya a ver al Primero. Si él quiere proponerme el permiso, yo lo firmaré; si nó, media vuelta ..!

Me quedé patitieso. Mi primero nunca me había mostrado buena voluntad. ¿Para qué probar? Pero, ya que había empezado, qué diablos!... Me dirigí al almacén, seguro con anticipación de hacerme dar con la puerta en las narices. Golpeo, abren. Mi primero, mostrándome una cara de felici-

dad, se dirige hacia mí y antes de que yo abriera la boca, me pregunta:

—¿Qué es lo que desea?

—Un permiso, mi primero.

—Todo lo que quiera, Boirel. Acaba Ud. de hacerme ganar en grande, bien puedo concederle lo que me pide.

—Y empieza a explicarme el juego. Sin saberlo, yo había hecho salir primero a mi capitán y el primero, desde hacía quince días lo estaba jugando a ganador. Ese día, gracias a mí, ganó el gran dividendo. Es un servicio que no se olvida fácilmente, parece, pues desde ese tiempo obtengo todo lo que solicito."

Boirel se calló. Además, su pipa se había apagado. En medio de un silencio de admiración, los soldados permanecían mudos. Por fin, Morán se atrevió a hablar. Alma sencilla, no había retenido sino el final de esta narración. Preguntó:

—Entonces, para conseguir un permiso ¿hay qué hacer salir primero al capitán?

—Por cierto, pues hombre!

—Bien, Boirel, yo conozco uno que será tan diablo como tú!

En este momento, el toque de silencio hizo oír sus notas largas y melancólicas a lo largo de los muros del cuartel, y el cabo de servicio gritó:

Apagar las lámparas, tropa de lateros!

Al día siguiente, después de la revista, Morán se fué a esperar a su capitán, tal como lo había hecho Boirel. Le contó la misma historia o alguna semejante, recibió idéntica respuesta y se dirigió feliz, al almacén del primero. Pero, éste lo envió al diablo con palabras malsonantes y le aplicó cuatro días de calabozo. Ese día, el primero, había jugado al cirujano.

CLAUDE MARSEY.

(Traducido para P. M.)

EL GENIO LATINO

Esta obra de Anatole France que ha aparecido últimamente podría llamarse, si prevaleciese la moda de los subtítulos: O el precio de la reconciliación.

Hé aquí su historia, que no deja de ser divertida:

El editor Lemerre reclamaba el derecho de publicar una Historia de Francia, que había obtenido, tiempo atrás, de M. Anatole France y que se preparaba a publicar en seguida. El ilustre escritor protestó: "Es ya demasiado tarde, mis ideas han evolucionado y no consiento esta publicación!" Juicio, enojosos e inútiles debates, apelación, en una palabra, deplorable conflicto entre la casa de Alfonso Lemerre, donde Anatole France había hecho *su debut* en otros tiempos, y su actual representante, M. Desiré Lemerre, hijo, que continuaba la tradición paterna y quiso arreglar, para inaugurarse este molesto incidente.

Un amigo común hizo que se entrevistaran los dos contendientes, y M. Desiré Lemerre, ofreció galantemente renunciar al proceso y restituir los originales en cuestión en ciertas condiciones muy honrosas M. Anatole France aceptó, recibió el manuscrito de que hablamos, que redujo a cenizas, reembolsó la suma percibida anteriormente de la casa Lemerre, y quedó terminado el incidente; no hubo más historias con esta vieja Historia!

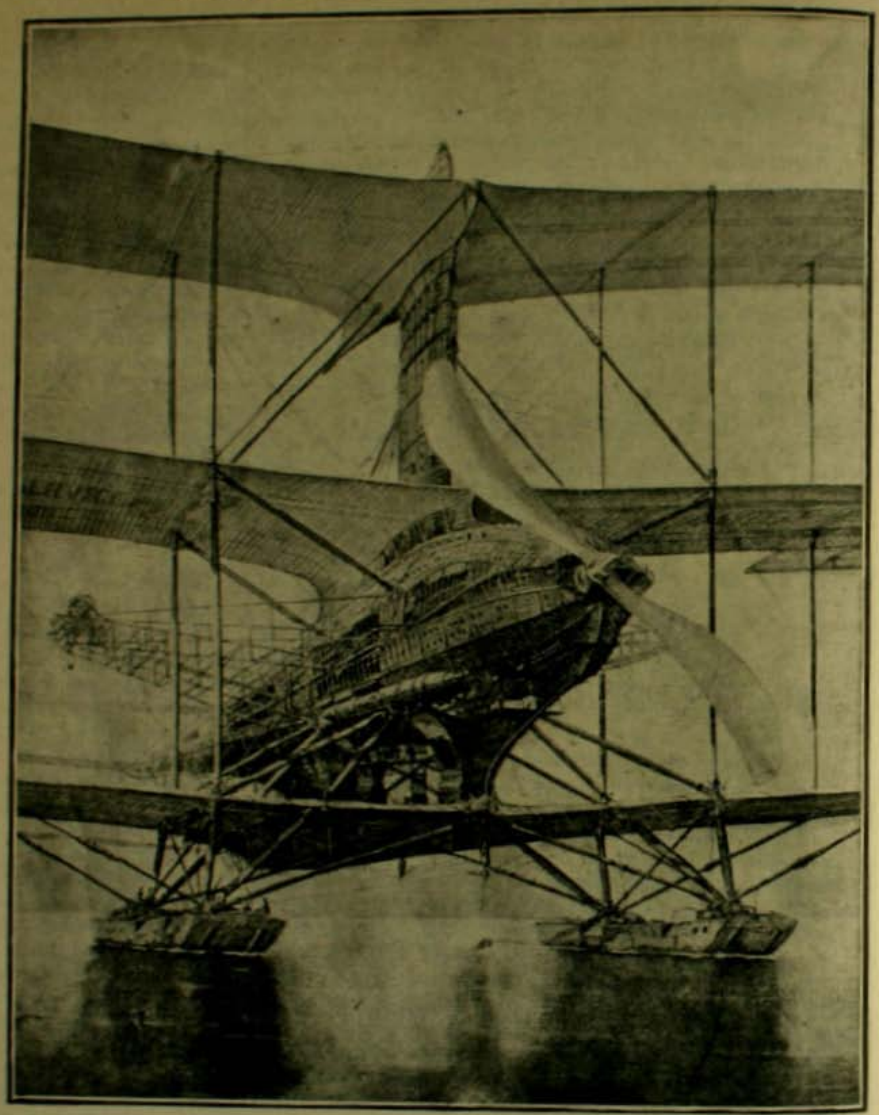
Pero M. Desiré Lemerre quiso que la reconciliación de su famosa librería con el gran escritor quedase sancionada con una colaboración.

Recordó a M. Anatole France que en sus debuts cuando el padre Lemerre le confió los primeros trabajos había escrito prefacios notabilísimos que precedían a las ediciones de los clásicos: estos fueron, puede decirse, los ensayos de Anatole France como crítico literario. ¿Por qué no reunir estos curiosos e interesantes estudios?

El maestro consintió gustoso, revisó y corrigió sus antiguos escritos y la recopilación de éstos se convirtió en "El genio latino". La obra está galantemente dedicada a M. Desiré Lemerre. La primera edición se agotó instantáneamente.

En este libro puede ya verse la seguridad de criterio de Anatole France, la originalidad de su clasicismo cuando hacía el juicio crítico de Molière, Racine, el abate Prevost, Chateaubriand, anunciaban al gran escritor que debía dominar nuestra época.

LA NAVEGACION AEREA EN 1930



Hé aquí un suelto de algún diario en 1930 Viernes 29 de Abril de 1930...

El enorme hidro-triplano puso sus máquinas en movimiento a las 6.15 P. M. Al balancearse en las tranquilas aguas del puerto, ofrecía un aspecto verdaderamente grandioso y magnífico con su enorme mole y sus inmensas alas de acero y aluminio. A pesar de su inmensa mole el monstruoso pájaro marino se deslizó suave y silenciosamente, notándose apenas el zumbido del motor bajo las aguas, y el atenuado ronquido de las hélices. De pronto al avanzar en su marcha silenciosa mar adentro, sus pasamanos desaparecieron y apareció su estructura inferior en una longitud de 250 piés, presentándose todo el aparato como un cuerpo uniforme y brillante que se disponía a emprender su viaje por las nubes. Las alas gigantescas se agitaron azotando las olas, y con la velocidad del rayo el hidro-triplano abandonó las aguas y se dirigió al espacio entre una nube de espuma.

Poco a poco fueron esfumándose sus contornos en el horizonte, después no se distinguían sino tres rayas grises en lontananza, y por fin... nada. La niebla del mar ocultó por completo al pájaro gigante y no quedó más huella de su marcha, sino la blanca estela de su breve carrera por el agua...

La primera línea aérea ha quedado inaugurada y ha quedado de hecho consagrado el más grande de los modernos descubrimientos de la ciencia y la ingeniería.

Las Agustinas

Las Reverendas Madres Agustinas se transladan al nuevo convento...—nos insinuó el Director de "Pacífico Magazine".

—¿Se transladan? ¿ellas? ¿a dónde?...

—¿Les extraña a Uds?

—¡Nos parece tan raro que las madres abandonen su casa! ¡Verdad! No se nos había ocurrido que una comunidad religiosa pudiera cambiar de residencia como cualquier hijo de vecino. Una comunidad se nos imaginaba algo así como un árbol, que, mientras mayor es su edad, más hondas son sus raíces y más difícil,—por no decir imposible,—es su translación. Porque el convento de las Agustinas es un edificio centenario...

—Tan antiguo que por esta causa cualquier día hubiera podido sepultar bajo sus ruinas a la comunidad entera... Pero admírese más; el nuevo convento es un edificio construído a la moderna, con todas las ventajas de solidez, buena disposición de departamentos, ventilación, etc., que consulta la última palabra de la arquitectura. Ha ideado los planos don Juan Tonkin ¿No lo conocen Uds?

—Ya lo creo. Aquel ingeniero que se transladó a Estados Unidos para sorprender los secretos de los yanquis y empezó por trabajar como simple operario en las construcciones maravillosas de los gigantes de la arquitectura, hasta llegar, gracias a su competencia, a los puestos más altos en la casa de que formaba parte y al raro honor de pertenecer a la Sociedad de Ingenieros norteamericanos.

—No solamente eso consiguió el señor Tonkin, pues, gracias a su seriedad, logró captarse la confianza de numerosas casas de Estados Unidos y obtuvo de ellas un crédito ilimitado, convirtiéndose en el consultor de las grandes empresas de aquel país para informar sobre los posibles negocios de Chile. Es intermediario indispensable entre los norteamericanos y nosotros.

—¿Es chileno?

—Hijo de ingleses, pero chileno de nacimiento y de corazón. Pues bien, el señor Tonkin es el ingeniero que ha dirigido los trabajos del nuevo convento de las Agustinas. Calcule Ud. si se habrá hecho lujo de construcción.

—Creo que no necesitan lujo los conventos de monjas.

—Eso es lo que dicen algunos. Pero entiendo que se trata únicamente de "lujo", de cosas indispensables, relativas a la higiene, y nada más. Deseo, precisamente, que visiten ustedes el nuevo convento e informen al público de lo que vean. Puede ser interesante para muchos, tanto más, cuanto se trata de algo que no se volverá a ver, ya que cuando se cierren nuevamente las puertas tras de las recluídas, ninguna mirada profana volverá a conocer el recinto inviolable.

* * *

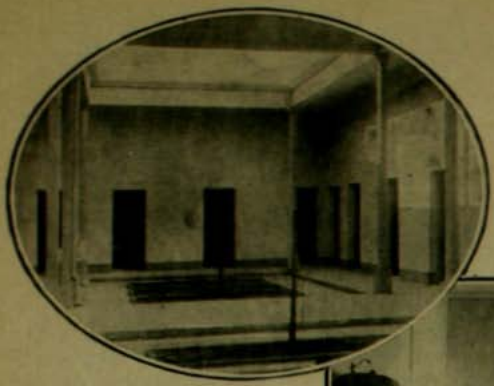
Después de este breve diálogo nos dirigimos a la oficina de don Juan Tonkin, con el fin de solicitar el permiso para visitar la obra, ya terminada, y para obtener de su amabilidad los datos precisos sobre la construcción.

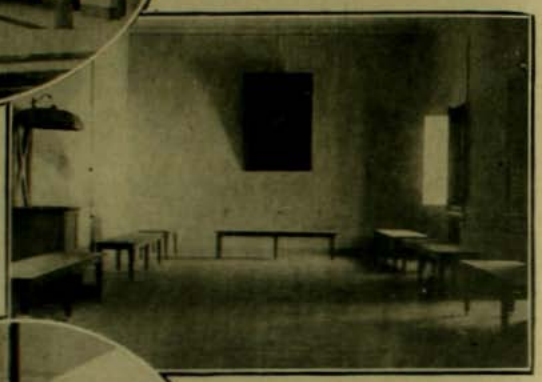
No es tarea fácil obtener audiencia del señor Tonkin, quien, como buen hombre de negocios a la yanqui, tiene sus minutos contados, y no malgasta su tiempo en dejarse reportear por los periodistas.

—Si tienen algo que decirle—nos dijo uno de sus empleados,—aprovechen el tiempo que emplea en bajar la escalera...

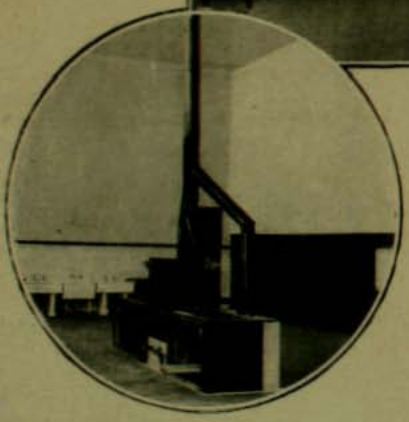
Y así fué, en efecto, como logramos cambiar las primeras palabras con el señor Tonkin: bajando los tramos que conducen desde su oficina a la calle, en donde lo esperaba un coche que debía llevarlo a una cita de negocios.

Sin embargo, después de varias embestidas, y convencidos tal vez de que si no accedía a nuestros deseos, no se vería libre de nosotros muy fácilmente, conseguimos no solamente que visitara el convento en nuestra compañía, sino también que nos diera algunos datos sobre los trabajos.





El nuevo monasterio está ubicado en la Avenida Vicuña Mackenna, esquina de Santa Isabel. La extensión total del terreno alcanza a 17,000 metros cuadrados, de los cuales 12,000 están edificados, parte de dos pisos, pero en su mayor extensión de uno sólo, y a un metro veinte de altura sobre el nivel de la calle.



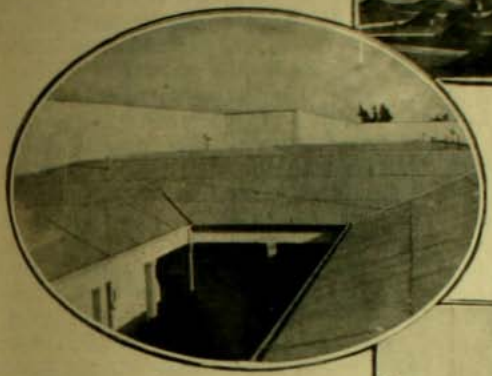
La construcción es moderna, consultando, ante todo, que resulte un edificio higiénico desde todo punto de vista. El tipo de construcción es el que se denomina en Estados Unidos de "combustión lenta", y contra terremoto. Los cimientos son de concreto armado y el esqueleto de madera protegida con asbestos, lo que dificulta a su grado máximo la posibilidad de incendio; el resto del material es varilla de fierro, tela metálica y mezcla de cemento. El edificio, totalmente estucado por dentro y fuera, está protegido con pintura sanitaria, que permite lavar las paredes. Los cielos rasos son igualmente de cemento, lo mismo que los pisos; verdad que estos últimos son también en algunas secciones de madera protegida en su cara inferior, con amianto, y en otras, cubiertos con Asbestolith, material que constituye el piso ideal, es decir, contra fuego, agua, bichos, ácidos y substancias alcalinas; siendo, al mismo tiempo, cómodo a la pisada. Los techos están también protegidos de amianto para aminorar el calor.

Los departamentos de servicios están dotados de higiénicos lavaplatos esmaltados, botaguas, refrigeradores, mesas de servicio, estantería, servicios de agua caliente y fría, Cleaners, cocinas a gas, calentadores de planchas para lavandería, depósito para conservar velas, filtros, línea Decauville, lavatorios, baños, sala de doctor, botica, calefacción, alumbrado de luz eléctrica con instalación de lámparas con globos antiofensivos a la vista en la enfermería, extinguidores químicos de fuego, jergones de goma en la enfermería para evitar ruido, esterilla metálica en la enfermería para evitar moscas y enfermedades contagiosas, máquina manual de desinfección y otras de limpiar desagües, horno a gas para hacer pan, estanque para provisión de agua potable, amplio servicio de campanillas eléctricas y teléfonos domésticos, en fin, todo lo que contribuye a hacer un edificio higiénico y el servicio interior del monasterio expedito. Un dato curioso: tiene el monasterio quince kilómetros de cañería, o

ses, lo suficiente para dar vuelta a Santiago.

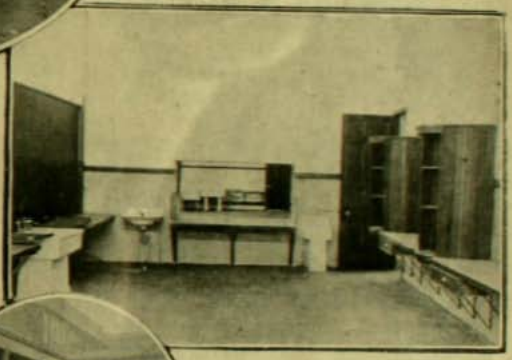
El monasterio se divide en la siguiente forma: gran claustro general, rodeado de celdas, sección de enfermería,—con su respectiva sala de operaciones y botica, baños y cocina, departamento de servicios, despensa, sala de verdura, cocina, repostero, otra sección especial de baños, departamento provisorio, sacristía grande, en donde se guardan y fabrican ornamentos de iglesia, capilla, biblioteca y sección completamente independiente para el noviciado.





En todo puede observarse un cambio considerable comparado con el sistema antiguo, en uso hasta no hace mucho en Chile; hasta la campana del monasterio se toca eléctricamente.

Una de las cosas que más llama la atención en este monasterio moderno, es la purísima claridad que lo inunda, hasta los últimos rincones. Si no fuese por la arquitectura sencilla, austera, sin un solo adorno que alegre la vista,— como conviene a las que renuncian a los placeres vanos del mundo,— se podría decir que aquella es mansión destinada a albergar un grupo de adoradores del sol. Este será el único derroche que se permitirán las eternas, enclaustradas, las que no conocerán ya más en su vida el aire libre que fluye por las ciudades y en los campos. Luz, aire. Penetra este último libremente por amplias vidrieras hábilmente colocadas y como si se temiera que fuese poco, cada pieza tiene, además, ventiladores mecánicos en los cielos, aparatitos sencillos y de poco valor.







¿Por qué se ha de privar a las prisioneras hasta de la luz y de la higiene? ¿No basta, como privación, el renunciamiento absoluto de todas las comodidades inherentes a la civilización contempo-

ránea, al placer íntimo de la comunicación con los seres queridos que se abandonaron en el mundo?

Este es el criterio que, según parece, ha informado al señor Tonkin.

—Sí—nos dijo,—he oído decir que esto era demasiado lujo para monjas. Probablemente se les querría ver habitando "casas de barro",—llamo así a las de construcción corriente,—sin limpieza y sin higiene; pero no veo por qué motivo han de vivir en casas de esa naturaleza cuando *"por el mismo precio o un poco menos"*, lo pueden hacer en una construcción como la que Uds. acaban de visitar. Tampoco se puede criticar la extensión del monasterio, so pretexto de la carestía de los terrenos ocupados, puesto que las monjas lo compraron hace once años, poco más o menos, 4 pesos el metro cuadrado.

Lo que habría sido lujo, —agregó el señor Tonkin,—sería el haber construído la obra toda de acero, como al principio le fué solicitada; se vió, con explicaciones dadas, que esto no era necesario y que podría reducirse sólo al gasto de la construcción corriente y emplear el acero únicamente en el templo, que se construirá junto al monasterio, de hermoso estilo gótico.

—¿Y cómo es posible que pueda hacer este tipo de construcción del monasterio al mismo precio de la construcción corriente?—preguntamos al señor Tonkin.

—Simplemente, es cuestión de organización—nos replicó.—El material lo importo directamente en cantidades considerables, lo que me es posible hacer por contar en Chile con construcciones por un valor aproximado de catorce millones de pesos; tengo facilidades especiales para el transporte de materiales, inclusive desvío propio en Santiago, dispongo de jefes idóneos para cada departamento de mi negocio, y he logrado formar, además, un numeroso grupo de operarios bien preparados y aptos para los distintos trabajos de una construcción, no necesitando, por consiguiente, recurrir a sub-contratistas; cuento con depósitos de arena, cantera, fábrica de elaboración de maderas, maquinaria moderna para economizar mano de obra y no tengo socio alguno financiero a quien participar en mis negocios...

Para terminar, réstanos decir que la construcción fué inspeccionada por cuenta del monasterio por el señor Neftalí Guerrero Larraín, hermano de la Rev. Madre Superiora.

No podemos menos que felicitar a la Madre Superiora y al señor Síndico don Francisco Izquierdo, por su espíritu progresista, al ordenar una obra de esta naturaleza.

Santiago, 19 de Octubre de 1913.

NONAGENARIO ROBUSTO

Dick nació hacia el año 1820 en un principado del Indostan y desde tiempo inmemorial ha venido formando parte de un célebre circo ecuestre. El es allí indiscutiblemente el personaje de más importancia tanto por su peso, como por su corpulencia, y por la largura de... su trompa.

Ultimamente el pobrecito Dick pareció a sus dueños que sufría tanto y estaba tan gravemente enfermo que para evitarle sufrimientos, determinaron matarle. Al efecto le suministraron una dosis de morfina de 255 gramos. Pero cuando Dick se la engulló, empezó a bambolear la cabeza con manifiestas señales de satisfacción. Entonces le inyectaron 26 gramos de ácido cianhídrico, cantidad suficiente para matar todos los caballos de un escuadron de caballería y hasta todos los soldados que lo componen también.

Dick ni se apercibió siquiera de la inyección; no tuvo el más pequeño disturbio en su organismo, pero cuando los *torturadores* intentaron hacer de nuevo la prueba... se desembarazó de todos con su trompa.

Pensóse entonces en aprovecharse de los vicios de Dick, de los cuales y no el menor era el de la intemperancia; se abrió un barril de Rhum y se le ofreció.

Con qué deleite absorbía el licor! En pocos minutos dejó el barril vacío! Iban ya a llevarle otro barril cuando comenzó a mover su enorme cabezota, la trompa se le ablandó, se le volvió la vista y el enorme paquidermo cayó al suelo con el fragor de una encina corpulenta abatida por el rayo ¿Creéis que estaba muerto? Nada de eso, estaba simplemente *curado*; el pobre Dick tenía una borrachera mayúscula. Pocos días después completamente curado de la *cura* hacía las delicias del público de Francfort con sus ejercicios sabios.

EN BUSCA DEL COLLAR

Nada de más actualidad, ningún *affaire* tan sensacional ha ocurrido últimamente como el robo del famoso collar de perlas avaluado en cuatro millones y destinado a adornar la garganta de la futura Emperatriz de Alemania. Sobre este asunto tan increíble como cierto, que podía dar muy bien tema para un folletín judaico policial a lo Sherlok Holmes, como dice cualquier repórter, no ha habido rincón del mundo que no se interese y preocupe. Para descubrirlo se ha puesto en juego todo lo que la astucia policial de ingleses y franceses podía sugerir, y cuanta actividad ha habido que desplegar! Ved, si no:

En las oficinas del Lloyd, en Londres:

—Un telegrama para M. Price...

—Yo soy. Venga...

Mr. Price abre y lee: "Venga Ud. urgente París, Grand-Hotel. Indicios paradero collar.—*Un Sherlok Holmes.*"

Mr. Price da al mozo de telégrafos un billete de cinco libras y sale.

. . . . . .

Oficinas de la agencia Calchas, París.

—Un telegrama para Mr. Calchas...

—Yo soy. Traiga...

M. Calchas abre y lee: "Venga urgente Londres, Royal Hotel. Datos paraderos collar.—*Un Sherlok Holmes.*"

Mr. Calchas da al mozo una moneda de veinte centavos y sale.

. . . . . .

En el Grand-Hotel, en París.

—Un telegrama para Mr. Price...

Mr. Price da un luis al mozo y lee: "Estoy en Viena sobre pista collar. Venga urgente Hotel del Prado.—*Un Sherlok Holmes.*"

Mr. Price sopla y sale

. . . . . .

En el Hotel Royal en Londres.

Un telegrama para Mr. Calchas.

Mr. Calchas da al mozo un penique y lee: "Parto New York siguiendo pista collar. Venga urgente American Hotel.—*Un Sherlok Holmes.*"

M. Calchas jura y sale.

. . . . . .

En el Hotel del Prado, en Viena.

Un telegrama para Mr. Price...

Mr. Price da un keller al mozo y lee: "Collar huyendo Bombay. Venga Hotel Francés.—*Un Sherlok Holmes.*"

Mr. Price tose y sale.

. . . . . .

En un transatlántico, vía New York...

Un marconigrama para M. Calchas.—"No se detenga en New York. Pista collar San Francisco. Venga Hotel California.—*Un Sherlok Holmes.*"

M. Calchas se marea.

. . . . . .

En el Hotel Francés, en Bombay.

Un cablegrama para Mr. Price.—"Pista segura. Collar mercado perlas Hong-Kong Venga inmediatamente. Nos encontraremos en desembarcadero."

Mr. Price se tira de los pelos.

. . . . . .

En el Hotel California, en San Francisco.

Un cablegrama para M. Calchas.—"Pista segura collar mercado perlas Hong-Kong. Venga inmediatamente. Nos veremos en desembarcadero.—*Un Sherlok Holmes.*"

M. Calchas truena y echa chispas.

. . . . . .

En Hong-Kong, en el muelle del fuerte, dos viajeros, indudablemente europeos se encuentran una mañana:

—Mr. Price!

—M. Calchas!

—Ud. aquí?

—Sí; buenos días!

—Tiene Ud. el collar.

—No; y Ud.?

—Un demonio!

Pero en ese momento se acerca un mozo:

Un cablegrama para Mr. Price y M. Calchas.—"Bravo, señores! Han batido el record de la vuelta al mundo! Bravo y gracias!—(Firmado): *Judío Errante.*"

Mr. Price y M. Calchas matan al mozo.

Un mensaje a García

Por

ELBERT HUBBARD

"Un mensaje a García" se ha traducido a siete idiomas distintos, habiéndose impreso y puesto en circulación, para el bien de los jóvenes de varios países, algunos millones de ejemplares de este interesante opúsculo. Principalmente los establecimientos bancarios, colegios, administraciones nacionales, sociedades, casas de comercio, compañías de seguros, de vapores, ferrocarriles, diarios, etc., etc., y otras instituciones, tomaron el mayor interés en la distribución de ese pequeño folleto, por la importante lección encerrada en él. Sólo el ferrocarril New York Central, uno de los más importantes de los Estados Unidos, hizo circular 200,000 ejemplares entre sus empleados.

Entre los acontecimientos ocurridos durante la guerra de Cuba, hay uno que descuella sobre todos los demás, y el nombre del individuo que lo ejecutó brilla como brilla el planeta Marte cuando está en su perihelio.

Al estallar la guerra entre España y los Estados Unidos, fué necesario establecer comunicaciones rápidas con García, jefe de los insurrectos, quien se hallaba en las regiones montañosas de la isla, sin que persona alguna pudiera precisar dónde, y en lugares a los que ni el correo ni el telégrafo llegaban.

El Presidente Mackinley deseaba, sin pérdida de tiempo, obtener la cooperación del expresado jefe. ¿Qué hacer en estas circunstancias?

Hubo quien, acercándose al Presidente, dijo:

—Hay un hombre, llamado Rowan, que, si es posible encontrarlo, encontrará a García.

Llamaron a Rowan, quien recibió una carta que debía entregar a García. Tomó el parte; lo colocó en una bolsita de hule, y la ató sobre su corazón.

De cómo a los cuatro días un bote lo desembarcó en las costas de Cuba; de cómo se internó en las selvas, y tres semanas más tarde apareció en la otra costa, después de haber cruzado un país hostil y de haber entregado a García el mensaje recibido, son cosas de las que no deseo ocuparme. Lo que quiero hacer constar es: que Mackinley entregó a Rowan una carta para que la llevara a García, y que aquél la tomó sin preguntar: ¿Dónde está García?

Hé ahí un hombre cuyas formas deberían vaciarse en bronce que inmortalizara su memoria, y cuya estatua debiera colocarse en los colegios del Estado.

Lo que necesitan los jóvenes no es sólo estudiar libros e instruirse respecto a tal o cual cosa, sino dar a sus vértebras la rigidez necesaria para cumplir fielmente sus deberes; para obrar con rapidez; para concentrar su energía y saber *llevar un mensaje a García*. El general García ha muerto, pero hay otros muchos Garcías.

Todos los que se han esforzado en llevar a buen término una empresa determinada, en la que se necesite el concurso de muchos, han tenido que comprobar, llenos de consternación, la imbecilidad de los hombres que constituyen el término medio de la humanidad, y su incapacidad y mala voluntad para concentrar su energía sobre una cosa, y hacerla.

Generalmente los auxiliares hacen los trabajos con poco entusiasmo, y es frecuente encontrar en ellos negligencia, imprudente atolondramiento e indiferencia desmedida.

Nadie obtiene éxito, sí, a buenas o malas, o por amenazas, no incita u obliga a los otros hombres a prestarle su ayuda, salvo el caso de que Dios, en su misericordia, haga un milagro y le envía un ángel de luz como ayudante.

Haga Ud. la prueba: Ud. está en su oficina y tiene seis empleados al alcance de su voz; llame a cualesquiera de ellos y dígale:

—Tenga Ud. la bondad de buscar datos en la enciclopedia y haga un resumen de la vida del Correggio.

Le responderá el empleado: Sí, señor. ¿Pero hará él lo que Ud. le ha encargado? ¡Nunca! Le mirará a Ud. como un tonto, y formulará una o varias de las siguientes preguntas:

—¿Quién era?

—¿Qué enciclopedia?

—¿Dónde está la enciclopedia?

—¿Fuí acaso contratado para esta clase de trabajo?

—¿No se refiere Ud. a Bismark?

—¿No le parece bien a Ud. que lo haga Carlos?

—¿Ha muerto?

—¿Hay prisa? ¿No puedo darlo mañana o el Lúnes?

—¿Quiere que le traiga el libro y lo buscará Ud. mismo?

—¿Para qué lo quiere saber Ud?

Apuesto diez contra uno, que después de contestarle y explicarle cómo debe encontrar los datos y para qué los necesita, irá su ayudante a pedir a otro empleado que le ayude a *buscar a García*, y que por fin volverá diciendo: que no existe tal individuo.

Pudiera ser que perdiese mi apuesta, aunque, según el cálculo de probabilidades, no debe ser así.

Si Ud. es prudente, no se tomará el trabajo de explicar a su ayudante que lo relativo al Correggio se encuentra en el índice de la letra C y no en el de la K; sonreirá afablemente y contestará: No importa, déjelo, lo buscaré yo mismo.

Esa incapacidad para obrar independientemente; esa estupidez moral; esa falta de carácter; esa mala gana para realizar con ánimo un esfuerzo cualquiera, son las causas que alejan el socialismo puro a un futuro muy distante. Si el hombre no trabaja cuando el resultado de sus esfuerzos redunda sólo en beneficio propio, ¿qué hará cuando el beneficio obtenido deba repartirse entre todos los demás hombres? Parece que la presencia de un contramaestre, garrote en mano, fuese necesaria; y el temor de que el Sábado por la noche los despidan es lo que mantiene a muchos trabajadores en sus puestos.

Publique Ud. un aviso pidiendo un estenógrafo, y se presentarán, como tales, muchos que no saben ortografía, ni conocen la puntuación, ni creen necesario saberla. ¿Puede tal ayudante escribir *una carta* a *García?*

—¿Ve Ud. ese tenedor de libros? me decía el jefe de una gran fábrica.

—Sí. ¿Qué hay respecto a él?

—Es un buen contador, pero si le mando a la ciudad a desempeñar alguna comisión, aunque pueda ser que cumpla su cometido con toda regularidad, pudiera también suceder que se detuviera en cuatro tabernas por el camino, y que al llegar a la calle principal, no se acordara ya de la comisión cuyo desempeño se le había confiado.

¿Puede a un hombre así encargársele *algo para García?*

Recientemente hemos visto manifestarse muchas falsas simpatías por los pobres empleados agobiados en los talleres por el trabajo y el calor, y en favor de los vagos que buscan honesto empleo, y con mucha frecuencia van esas simpatías acompañadas de duras palabras en contra de los patrones, sin que se deslice una sola frase en favor del jefe, prematuramente envejecido por su constante lucha para obligar a que ejecuten inteligente labor, empleados inútiles e ineptos ayudantes, que sólo esperan verle volver la espalda para holgar a su placer.

En todo almacén o fábrica se va efectuando una no interrumpida operación de selección y limpieza. El jefe despide continuamente los empleados que han demostrado su incapacidad para hacer progresar sus intereses, y contrata otros.

Por buenos que los tiempos sean, esa selección continúa siempre, pero si los tiempos son malos, ella se profundiza y desmenuza más, y los indignos e incompetentes concluyen por desaparecer, comprobándose así la mayor vitalidad y supervivencia de los más aptos. El interés personal aconseja al patrón conservar únicamente los empleados mejores.—Los que saben llevar un *mensaje a García.*

Conozco un hombre de relevantes cualidades, pero que no tiene suficiente habilidad para dirigir un negocio propio. Este individuo, a pesar de sus buenas condiciones, es un empleado inservible por llevar en sí, la malsana sospecha de que el superior le oprime o abriga al menos la idea de oprimirle. No sabe dar órdenes y rehusa recibirlas. Si se le entrega un mensaje pa-

ra *llevarlo a García*, lo más probable es que considerándole a Ud. como un explotador y ávido Shylock, le diga: Llévelo Ud.

Considera a todo hombre de negocios como un bribón, y constantemente emplea como un epíteto despreciativo el calificativo de "comercial". Actualmente este individuo vaga por las calles en busca de trabajo: y por los intersticios de su chaqueta, raída hasta la trama, sopla y pasa el viento libremente, sin que haya quién se atreva a emplearlo, porque es un verdadero foco de discordia. Es inaccesible a la razón, y sólo es capaz de impresionarle la punta de un botín N.o 44, guarnecido de fuertes suelas.

Es evidente que un individuo tan moralmente enfermo no es menos digno de nuestra conmiseración que un inválido; pero al sentir lástima por él, vertamos también una lágrima por el hombre que procura llevar adelante algún gran proyecto, por aquel que, sin descansar de sus trabajos, aunque suene el pito y toque la campana, ve encanecer sus cabellos en la constante lucha para dominar la crasa indiferencia, la negligente imbecilidad y la negra ingratitud de aquellos que si no fuera por él, carecerían de pan y de hogar.

¿He expuesto el caso con excesiva energía? Quizá; pero mientras el mundo entero simpatiza tan sólo con los desgraciados, séame permitido dar un voto de simpatía al hombre que triunfa; al que, venciendo grandes obstáculos, ha dirigido los esfuerzos ajenos y por resultados obtiene sólo como beneficio propio lo indispensable al más pobre de los mortales: alimento y ropa.

He llevado peso sobre mis hombros; he trabajado a jornal, y sé que algo puede decirse en pro y en contra de unos y otros. La excelencia no existe *per se* en la pobreza; los harapos no son certificados de honradez; y ni todos los patrones son rapaces y exigentes, ni son todos los pobres virtuosos.

Mi corazón simpatiza con el hombre que igual trabaja cuando el jefe está presente que cuando no lo está.

El hombre que tranquilamente *lleva a García* la comunicación que se le confió; el que sin hacer estúpidas preguntas; sin abrigar la intención de tirar la carta en la primera cloaca que encuentre en su camino, se pone en marcha preocupándose únicamente de entregarla; ese hombre, digo nunca se ve despedido ni necesita declararse en huelga para conseguir aumento de sueldo.

La civilización no es más que una investigación ansiosa en busca de tales individuos. Un hombre de esas condiciones obtendrá cuanto solicite. El es indispensable en toda capital, ciudad y pueblo; en toda oficina, almacén y fábrica.

El mundo ansia poseer individuos de esa naturaleza, porque *se necesita con mucha urgencia, y en todas partes* AL QUE SEPA LLEVAR UN MENSAJE A GARCIA.

EPILOGO

POR QUE LO ASCENDIERON

La escena pasa en una de nuestras grandes casas comerciales.

Un empleado maduro pide autorización para presentar una queja al Director General.

—¿Qué hay?

—Señor Director, ayer ha sido nombrado X para ocupar la vacante de Z.—Yo soy cinco años más antiguo que X, y X es 16 años más joven que yo...

El Director lo interrumpe.

—¿Quiére averiguar la causa de ese ruido?

El empleado sale a la calle y regresa diciendo:

—Son unos carros que pasan.

—¿Qué llevan?

Después de nueva salida.

—Unas bolsas.

—¿Qué contienen las bolsas?

Otro viaje a la calle.

—No se ve lo que tienen.

—¿A dónde van?

Cuarta salida.

—Van hacia el Este.

El Director llama al jóven X.

—¿Quiére averiguar la causa de ese ruido?

X sale y regresa cinco minutos después.

—Son cuatro carros cargados con bolsas de azúcar, forman parte de quince toneladas que la casa A remite a Mendoza. Esta mañana pasaron los mismos carros con igual carga; se dirigen a la estación Catalinas—van consignadas a...

El Director, dirigiéndose al empleado antiguo:

—¿Ha comprendido Ud?

JULIO TELLEZ



I

Son las once de la mañana del Miércoles 3 de Septiembre de 1925. Un sol tibio y descolorido, logra apenas transpasar las brumas que con tanta frecuencia entoldan la atmósfera del Pacífico occidental, por las alturas del desierto de Atacama. El mar está tranquilo como una balsa de aceite. El "Guillermo Subercaseaux", magnífico transatlántico de cincuenta mil toneladas, de turbina y tres hélices, el más poderoso de la Compañía Sud Americana de Vapores, surca majestuosamente las aguas en demanda del puerto, a su velocidad reglamentaria de veinticinco millas por hora.

Todo es animación sobre la cubierta del vapor. La brillante juventud de ambos sexos se divierte en una regocijada partida de Cricket marítimo... Las señoras forman corro a don Alejandro Murillo, presidente recién electo de la Sociedad Nacional de Agricultura, que, con su buen humor de costumbre, se entrega a la sabrosa tarea de confeccionar para su auditorio una reconfortante "biblia" en cognac. En un extremo de la toldilla, algunos caballeros más o menos graves, habían de política.... y del prójimo.

—Señores, grandes noticias, exclama de pronto un personaje, alto, gordo, simpático y risueño, que acaba de descender del puente. El capitán ha recibido un marconigrama, anunciando que don Julio Tellez se embarca con nosotros en Antofagasta... ¿A que adivinan a dónde va?...

—No es difícil conjeturarlo, señor don Cornelio, dice Marcos Zapata, delegado por Cochabamba ante el Congreso de la Confederación del Pacífico. Tellez va a donde Ud. y yo... a las conferencias de Tacna.

—Cuando nosotros vamos Tellez viene de vuelta, agregó maliciosamente el aludido... Las conferencias de Tacna se han cerrado anoche... Tellez estuvo allí de incógnito hasta el Lunes.

—Pero, ¿cómo lo sabes?

—Por este despacho, exclamó triunfalmente el impetuoso senador por Bío-Bío.

Y sacando un papel del bolsillo de su vestón leyó ante la atónita concurrencia las siguientes líneas:

"Antofagasta: a las 10.45—Las conferencias de Tacna han terminado anoche. Se ignora el resultado, que se mantiene en reserva. Sólo se sabe que Tellez llegó el Sábado último de incógnito, a la capital de la Confederación, que el Lunes tuvo en La Paz una entrevista privada con el Presidente Montes, y que llegará a ésta, hoy en el extra-rápido de Oruro, para embarcarse en el "Guillermo Subercaseaux" con destino a Europa. Se dice que lleva plenos poderes secretos, no se sabe con qué objeto. Reina grande ansiedad."

—Tellez a Europa... con poderes de los plenipotenciarios de Tacna... Vamos, esto es demasiado absurdo, observó el joven diputado Miguel Arrieta.

Todo había quedado en silencio sobre la cubierta del poderoso transatlántico; los jóvenes habían cesado de jugar, las

señoras de reir, y Murillo de batir su biblia.

—Todavía hay gentes, observó el señor don Cornelio, capaces de sorprenderse cuando de Tellez se trata... ¿A qué va a Europa?... ¿No recuerda, entonces, Miguel, sus viajes anteriores?... Pues esto será por el estilo... El mundo va a tener que hablar.

—Ríete cuanto quieras, repuso el diputado Arrieta, pero ni tú ni nadie podrían explicar por qué el problema de si se admite o no a la República Argentina en la Confederación del Pacífico, haya de resolverse en Europa.

—Tanto más, agregó don Fermín Vergara, cuanto que según todos lo tenemos entendido, el Presidente, los Ministros y Tellez, han resuelto *in-petto*, acerca de las pretensiones de la República Argentina.

—Eso no basta, explicó el senador de Bío-Bío... Es cierto que el Gobierno de Chile parece tener formada su opinión en el negocio, pero tengo más razones de las necesarias para creer que tanto en el Perú, como en el Ecuador y en Colombia, se piensa de muy distinta manera. Entre los Estados de la Confederación, sólo Bolivia nos acompaña. Esto complica la situación.

Don Alejandro Murillo se había acercado al grupo de los políticos.

—Nos acompañen o no, dijo el presidente de la Sociedad Nacional de Agricultura, poco importa... El artículo 47 del Pacto Federal, ordena expresamente que no será admitido ningún Estado nuevo en la Confederación, sin el asentimiento unánime de todos los Gobiernos federados... Chile debe velar por su agricultura, cuyos productos similares a los de la República Argentina, no podrían sostener la competencia, si el vasto país trasandino, viniera a apegarse a nuestro sistema aduanero... Pero no... no debemos tener cuidado alguno... Allí está Téllez...

—¡Tellez y siempre Tellez!... exclamó el recalcitrante diputado Arrieta... Me comienza a cargar ese Tellez.

El espanto se pintó en el rostro de cada uno de los circunstantes, tan luego como fueron pronunciadas esas audaces palabras... Hacía mucho tiempo que en Chile no se oía semejante blasfemia.... ¡Dudar de Tellez!...

II

En 1910, quince años antes de los sucesos que venimos narrando, Julio Tellez desempeñaba el empleo de oficial de Registro Civil en el pueblo de Chonchi, departamento de Castro, provincia de Chiloé... El Napoleón sudamericano, al igual que su predecesor europeo, había nacido en una isla apartada, pobre y bravía. De su familia no se sabía gran cosa. Su bisabuelo, Tadeo Tellez, acompañó a Menéndez en sus viajes de exploración por la Patagonia occidental y dejó la reputación de alentado e inteligente aventurero. Su abuelo, Antonio del Rosario Tellez, fué capitán del ejército de Quintanilla y se batió por el Rey, hasta que una bala le arrebató la vida en el asalto de Pudeto. Su padre, a quien este acontecimiento dejó huérfano en la cuna, llevó la existencia obscura de profesor de primeras letras en una escuela rural. Se casó ya bastante entrado en años, con la hija de un pulpero italiano, oriundo de Roma, que se decía descendiente de Cayo Mario. De este matrimonio nació Julio Tellez, allá por los años de 1880... Era, pues, un hijo de viejo.

En la capital de Chile, el futuro grande hombre apareció de improviso, a fines de 1914, trayendo un negocio de colonización y tierras. No poseía en el mundo otra cosa que esos títulos, pacientemente desenterrados, de los archivos complicadísimos de la húmeda isla de Chiloé. Los abogados de Santiago hubieron, sin embargo, de convenir en que estaban en regla... Se formó una Sociedad Anónima, y desde entonces en la Bolsa casi se olvidaron de las Llallagua... Sólo se especulaba con las acciones de la "Compañía Agrícola del Sur".

La fortuna de Tellez creció en pocos meses como la espuma. Fué un axioma en la calle de la Bandera que quien no estaba con Tellez, estaba perdido.

Ese chilote era el hijo del diablo, sino el diablo mismo. Nadie era capaz de resistir a sus seducciones, ni de comprender sus cálculos... El salitre, el estaño, las ganaderas, el cambio internacional, no tenían secretos para Tellez.

Delgado, pálido, nervioso, con la silueta de un César, solía infundir a la vez miedo y cariño. Delante de él las gentes se preguntaban si aquel sér extraordinario era algo más o algo menos que un hombre.

Su moral no era buena, ni mala... Parecía, más bien, no tener moral, de ningún género. Lo que nadie era capaz de comprender, era el fin que Tellez se proponía. Ganaba mucho y sin escrúpulos, pero era abierto, generoso, derrochador, casi hasta la locura. Sus gastos personales eran modestos, parecía despreciar el dinero, y, sin embargo, no perdonaba medios para triunfar en sus audaces combinaciones.

En Marzo de 1915, fué elegido diputado por Castro y Quinchao, y ya, en el mes de Julio, las gentes perspicaces comenzaron a comprender que la política como la Bolsa también tenía un amo. El 3 de Agosto se dictaba la ley de protección a la Marina Mercante Nacional, presentada por don Guillermo Subercaseaux. En el Club de la Unión, se dijo, sin embargo, que el verdadero triunfador en la jornada era Tellez.. El audaz especulador, había comprado secretamente y a bajo precio, casi el tercio de las acciones de la Compañía Sud Americana.

Por todas partes se gritó el escándalo; pero esto no impidió que ya en las sesiones extraordinarias de Octubre, Tellez, acaudillando una abigarrada e inverosímil mayoría, en la Cámara de Diputados, derribase el Ministerio García de la Huerta, con que había iniciado su Gobierno el Presidente Orrego (1915-1920).

El Gabinete Zañartu, que le sucedió, pertenecía a Tellez en alma y vida. No se nombraba un portero sin el visto bueno de Fray Andresito, como le decían. Pero Tellez no se limitaba a distribuir empleos públicos. Su acción fué inmensa. Dueño de la Bolsa, de los Bancos, de la prensa, de la mayoría parlamentaria, protegido por el supersticioso temor que solía inspirar, empezó a maniobrar en alta escala.

El tratado de paz y amistad con el Perú—que nos hizo definitivamente dueños de Tacna y Arica—fué firmado en Marzo de 1916. Dos meses después, se establecía la aduana libre con Bolivia... En Junio los agricultores, espantados ante el alza del cambio, producida gracias a las maniobras bursátiles de Tellez, se apresuraban a decretar la conversión a franco. En Septiembre se emprendía en vasta escala por la gran Compañía Antártica, fundada por Tellez, la colonización de la Patagonia Chilena, y aún no concluía ese año fecundo, y ya Tellez echaba las primeras bases de la Gran Combinación Salitrera, que con el auxilio eficaz del Gobierno, iba a nacionalizar en poco tiempo la gran industria del Norte.

Comenzaron entonces las complicaciones internacionales. Inglaterra y Alemania estimaron atentatorios de los derechos de sus conciudadanos, algunos artículos de la ley de nacionalización. Tellez se fué entonces a Estados Unidos y consiguió allí hacer interpretar por centésima vez la doctrina de Monroe, en un sentido favorable a la soberanía de los países americanos Pero cuando al año siguiente el Gobierno de Washington protestó a su vez por ciertas medidas tendientes a dificultar la dominación del capital norteamericano en Chile, fueron las potencias europeas, las que se levantaron para proteger nuestra independencia económica... Tal fué el doble triunfo diplomático de Tellez, cuya política desde entonces comenzó a basarse en el equilibrio perpetuo, entre las pretenciones de Norte América y las de la Europa.

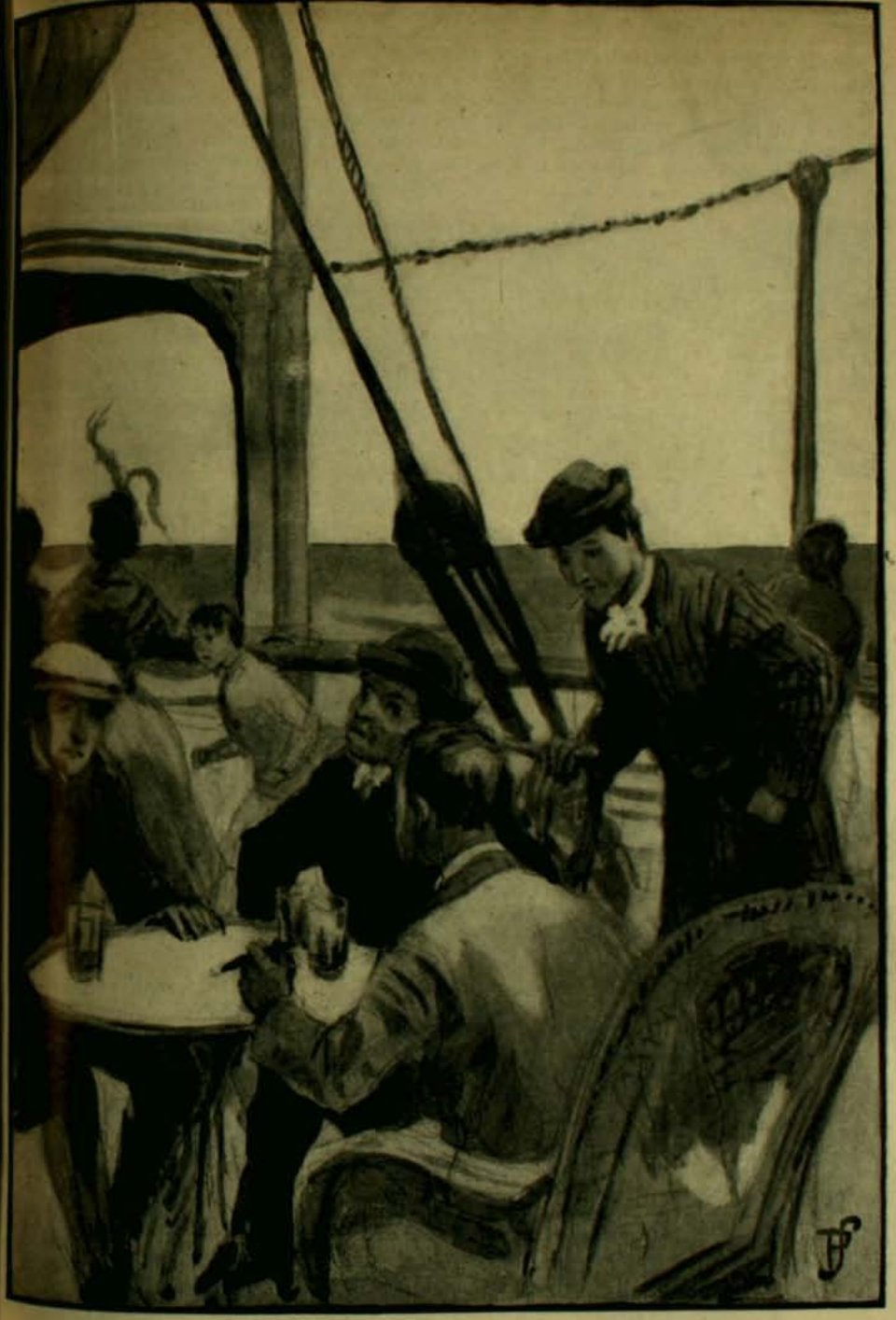
A la antigua fórmula "América para los americanos", substituyó otra que tuvo inmenso éxito... "La América del Sur para los americanos del Sur".

En Bolivia, en el Ecuador y aún en el mismo Perú, el nombre de Tellez sonaba ya casi tan alto como en Chile. Hasta en el Brasil, surgió un nuevo Conselheiro, que a la cabeza de millares de fanáticos, se levantó para proclamar Mesías, salvador de América, al ex-oficial civil de Chonchi.

En 1918, se formó la Confederación del Pacífico, entre las Repúblicas de Ecuador, Perú, Bolivia y Chile. Tacna fué declarada capital federal. Los delegados reunidos en la vieja ciudad del Caplina, ofrecieron por unanimidad la Presidencia a Tellez, pero el grande hombre prefirió continuar siendo simple diputado por Castro y Quinchao en el Congreso Nacional de Chile Fué, pues, elegido un ecuatoriano, don Máximo Robles.



"Todo es animación sobre la cubierta del vapor. La



brillante juventud de ambos sexos se divierte...

Su fortuna se avaluaba ya entonces en doscientos o trescientos millones de pesos, y prometía ser muy pronto la más grande del mundo. Casi todos los terrenos baldíos de las cuatro Repúblicas confederadas le pertenecían. El oriente Amazónico de la América andina, esa vastas selvas, casi sin valor venal, fueron compradas por Tellez, que en cambio se hizo cargo del servicio de las deudas de los Estados respectivos.

En 1920, terminaba el período presidencial de don Rafael Orrego... Chile entero aclamó a Tellez, pero el dictador no quiso aceptar, ya por que las apariencias del poder le disgustaran, ya por que apreciara demasiado esa libertad absoluta de acción que le permitía encontrarse casi simultáneamente, dirigiéndolo todo, desde las orillas del Guayas hasta el Estrecho de Magallanes.

En 1922, Colombia y Venezuela adhirieron a la Confederación del Pacífico. La República de Panamá, esa triste factoría yanqui, que tan caro ha pagado su traición a la causa de la América Latina, quiso imitar este ejemplo, pero los Estados Unidos no la permitieron. Tellez quiso acudir a Europa, pero esta vez los celos y rivalidades que existían entre las naciones del Viejo Mundo, paralizaron la acción de la diplomacia.

Fué el primer contratiempo de la carrera de Tellez.

Por ese mismo tiempo, comenzó a levantarse en la República Argentina, un partido favorable al ingreso de la gran nación oriental de la América española, a la Confederación del Pacífico. El nuevo partido llegó a dominar en 1924, y comenzaron las negociaciones. En un principio los argentinos soñaron conseguir que se designara a Montevideo como nueva capital federal.

Apoyaban esta pretensión con infinitas razones de carácter geográfico. Decían que Montevideo era el puerto de la América del Sur española, más cercano a Europa, y que se encontraba además sobre el Océano Atlántico, el mar de la civilización por excelencia, en tanto que Tacna era sólo un agujero, perdido en una remota extensión del mundo.

Un notable artículo de "El Mercurio" de Santiago, atribuído por sus admiradores al propio Tellez, rebatió victoriosamente estas apreciaciones antojadizas. Todos los puertos de la América del Sur española, salvo los de Chile y Argentina, estaban más cerca de Europa que Montevideo, desde que se había abierto el canal de Panamá. El propio puerto de Arica, que era el de la capital federal, se encontraba a la misma distancia de Europa que Montevideo, y lejos de encontrarse abierto sobre el solitario Atlántico del Sur, sin más perspectivas que las del Africa salvaje y estéril, se abría sobre las costas del más grande océano de la tierra, sembrado de magníficos archipiélagos, futuro campo de la expansión colonial de hispano América. El articulista agregaba que según los cálculos de un gran matemático, publicados dos o tres meses antes en el "Pacífico Magazine", el centro geométrico de la figura formada por las naciones hispanas de la América del Sur, se encontraba en el lago Titicaca, a pocos kilómetros de Tacna. La victoriosa refutación de "El Mercurio" terminaba con el recuerdo ditirámbico de las magnificencias de la Tacna Moderna, con su clima sano, parejo, y sus feraces campiñas, en las cuales, gracias al inmenso sifón establecido en 1920, sobre el Titicaca, podían regarse cuatro mil kilómetros cuadrados de las tierras más ricas del mundo.

Al año siguiente, esto es, en 1925, y poco antes del comienzo de nuestra relación, el problema del ingreso de la República Argentina a la Confederación había vuelto a plantearse. Tal era el motivo de las conferencias internacionales, tan bruscamente interrumpidas en Tacna en la noche del 2 de Septiembre.

III

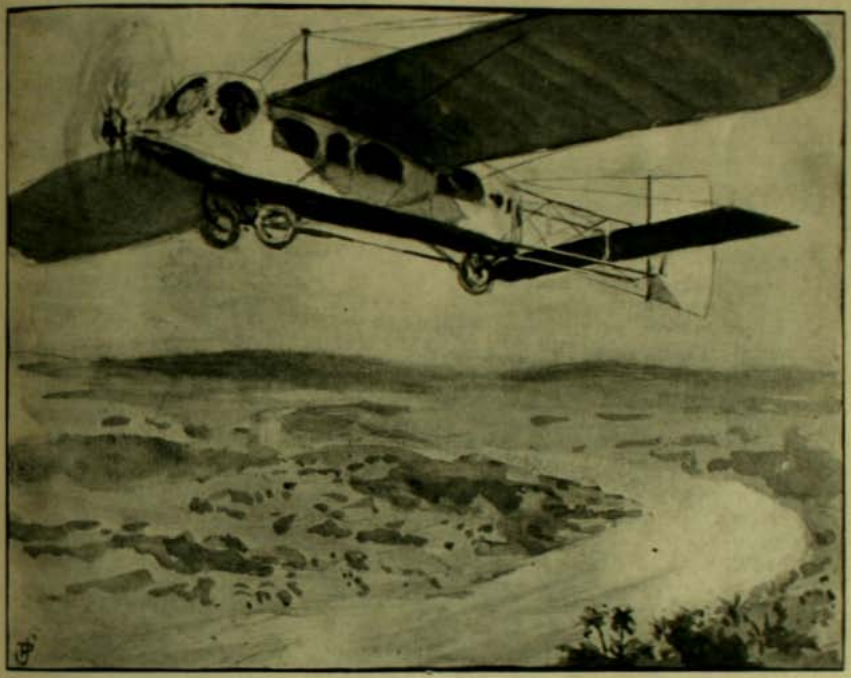
Terminaba apenas el almuerzo a bordo del "Guillermo Subercaseaux", cuando el poderoso transatlántico se amarraba en la dársena número 5 del gran puerto de Antofagasta. Magnífico espectáculo era el que presentaba la gran ciudad salitrera nacida poco más de medio siglo antes, en las riberas de un desierto inhospitalario y que emporio hoy del comercio para todo el sur de Bolivia, hasta el gran Chaco y centro principal de la industria del salitre, encerraba dentro de su vasto recinto más de trescientos mil habitantes. La an-

tes árida llanura del litoral y las partes más bajas de los cerros del desierto, desaparecían bajo un océano de verdura, gracias a los pozos artesianos abiertos en la Quebrada de la Negra el año de 1921. El barrio comercial, como en las ciudades de Estados Unidos, estaba cubierto de

—¿Y don Julio? reguntó a uno de los recién llegados el señor don Cornelio, incapaz de reprimir por más tiempo su curiosidad.

—¿Qué don Julio?... repuso el otro...

—Tellez... ¿Por quién otro podía preguntar?



"Un soberbio aeroplano surcaba los aires con rapidez vertiginosa".

rasca-cielos gigantescos, en tanto que los arrabales no eran sino una continuada sucesión de magníficos palacios rodeados de jardines, que habitaban los ricos comerciantes e industriales de aquel poderoso imperio mercantil.

Los pasajeros del "Guillermo Subercaseaux" se apresuraron a desembarcar y se dirigieron a la gran estación del ferrocarril, en espera del tren internacional que debía conducir al célebre Tellez.

Pocos minutos después, el poderoso convoy hacía resonar la vasta bóveda de cristales. . Una muchedumbre inmensa llenaba los andenes, en ansiosa expectativa. Los viajeros descendieron en animados grupos... Pero Tellez no apareció...

—No vino con nosotros... Esta mañana, al amanecer, salió de Oruro, en un aeroplano Avalos, de cuatrocientos caballos, con rumbo desconocido.

La sensacional noticia fué muy pronto conocida del público... Tellez no venía por esta vez a Antofagasta.

. . . . . .

A la misma hora en que tenía lugar esta escena, otra de muy diverso género se desarrollaba sobre las vastas llanuras amazónicas, que bordean el curso del río Tapajos. La soberbia selva ecuatorial, dormitaba silenciosa bajo los cálidos rayos del sol del medio día... Ni el más insignificante soplo de brisa, refrescaba la abrasada atmósfera. Al Norte, al Sur, en

todas direcciones, se extendía un manto uniforme de pomposa verdura.

A doscientos metros, apenas por encima de las altas capas de los árboles, un soberbio aeroplano, surcaba los aires con rapidez vertiginosa. El ronco zumbar de su cuádrupe hélice, dominaba el silencio de la naturaleza, y a su paso la calma de la atmósfera se tornaba huracanado torbellino.

La larga barquilla fusiforme del aeroplano, se dividía en cuatro compartimentos. El delantero, guarnecido de cristales, contenía al piloto, que, con las manos sobre el volante y los ojos fijos en el horizonte lejano, dirigía la estupenda máquina, al través de vasto océano invisible.

Seguía un compartimento de dos metros de ancho, por cinco de largo, destinado a sala y comedor. El otro, de iguales dimensiones, contenía cuatro lechos o literas... Por fin, la parte posterior del aeroplano, era el sitio destinado al estupendo motor de cuatrocientos caballos de fuerza, que le imprimía su loca carrera de más de doscientos cincuenta kilómetros por hora.

Al rededor de la mesa, del segundo compartimento, tres personajes sencillamente vestidos, conversaban con diferente animación con un joven de mediana estatura, espaciosa frente y mirada de águila.

—De modo, coronel, preguntó el joven, que cree Ud. poder cumplir su promesa.

Sí, señor, repuso el interpelado. Hace seis horas que hemos partido de Oruro y acabamos de pasar por sobre la confluencia del río San Manuel con el Tapajos... Nuestra velocidad ha sido, pues, de más de doscientos cincuenta kilómetros por hora, y como el "Lautaro" tiene en sus depósitos bencina para sesenta horas, no es dudoso que pasado mañana al amanecer estaremos en Londres.

Un relámpago brilló en la genial mirada de Julio Tellez.

La alegría le puso más comunicativo que de ordinario. Aquel grande hombre, en cuya fisonomía se aliaban los rasgos de Napoleón Bonaparte, con los que la tradición nos ha conservado de César, poseía una estructura moral más análoga a la del superhombre romano que a la del Emperador corso. Maravillosamente equilibrado, elocuente, caballeroso, afable e insinuante en el trato diario de la vida, nada tenía de los modales bruscos ni de las actitudes despóticas del gran conquistador del siglo XIX.

No se erguía jamás sobre el pedestal de su grandeza. Su estilo sencillo, conciso, profundamente serio, como el del ilustre historiador de los Comentarios, estaba exento de esa dramática ampulosidad que tanto prestigio valió a Napoleón entre los franceses impresionables y verbosos... Imponía por la acción más que por la palabra. En el abandono de la tranquilidad, llegaba a aparecer un hombre como los otros.

—Es indispensable, dijo, después de reflexionar un momento, que pasado mañana estemos en Londres. En Ud., coronel Avalos, confío.

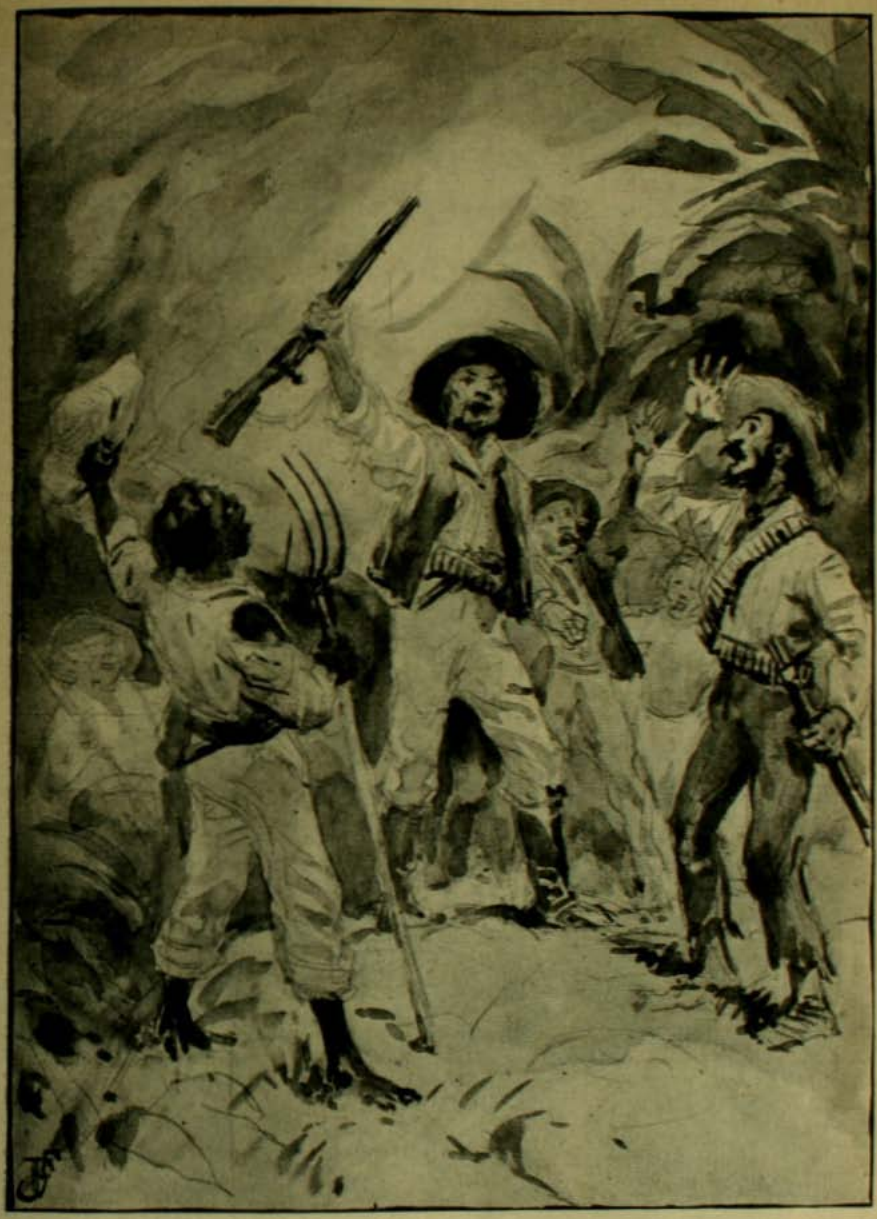
El aludido se inclinó.

—Fácil es comprender, agregó Tellez, la excitación que deben haber causado los últimos sucesos en toda la América. Es imposible que no se haya transparentado ya algo de lo ocurrido en Tacna. Por otra parte, ¿a qué ocultarlo? Lo único importante es llegar a tiempo... Y... no lo niego, coronel, cuando pienso en el estupor producido en el mundo, no hace sino muy pocos meses, por la primera travesía del Atlántico en un aeroplano, no puedo menos de abrigar mis dudas, acerca del éxito de esta tentativa... Se trata de cubrir una distancia doble o triple de aquella.

—El problema es sencillísimo, observó el coronel Avalos... 10,800 kilómetros, a 250 por hora, 43 horas y media... Nosotros tenemos bencina para sesenta.

Se produjo un instante de silencio. Manuel González, el joven secretario de Tellez, dió principio a los preparativos de almuerzo.

—Mucho hemos luchado, dijo, por esta causa—de la América del Sur, que es la de Chile y la de todos nosotros. Hace un siglo, conquistamos la independencia política, pero hemos continuado siendo simples factorías de la industria y del capital extranjeros. Mientras sólo nos dominaron las naciones de Europa, no supimos sentir el peso de esas cadenas... El europeo es afable, lleno de miramientos, civilizado desde hace muchos siglos y sabe apoderarse de todo, sin mortificar con su yugo... Llegaron después los americanos del Norte... Esos no sólo poseen toda la energía, sino también la inconsciente crueldad de la ni-



"A doscientos metros apenas, por encima de las altas copas de los árboles

ñez... No saben disimular ni su superioridad ni el desprecio que sienten por nosotros... allí tenemos la muestra de esas pobres Repúblicas de Centro América, de ese Méjico, en fin... Hasta ayer no más, el Ecuador, el Perú mismo, vieron conquistado su suelo, la herencia de su raza, sus riquezas, sus instrumentos de progreso, por esos

invasores, a quienes nada detiene, que no conocen el miedo ni los obstáculos. Han triunfado, sin disparar un tiro, por la sola fuerza del capital y de una cultura superior... Es tiempo de que esto termine... y terminará... La vida entera de todos los sudamericanos de esta generación no debe tener otro objeto.

Nada más dijo el diputado de Castro y Quinchao... En seguida, como riendo de su propio desborde, comenzó a atacar con más que regular apetito, una conserva de ave de Rancagua, que su secretario acababa de presentarle.

IV

Por cerca de un siglo la política internacional de la América del Sur no fué más allá de las fronteras del continente. Las guerras y las alianzas tuvieron constantemente lugar, entre estos países, que continuaban llamándose, acaso por irrisión, Repúblicas hermanas.

En 1903, la independencia de Panamá, abiertamente sostenida por los Estados Unidos, que pusieron entonces por vez primera la planta, en el territorio de la América austral, hizo brotar los gérmenes, aún débiles y raquíticos de la solidaridad hispano-americana, en presencia de un peligro, que la intervención yanqui en Cuba, no había bastado a revelar.

Más tarde, los acontecimientos se precipitaron... En 1912 y 1913, Méjico se vió anarquizado por la influencia norteamericana, y algunos de los países de Centro América, fueron cayendo insensiblemente, y poco a poco a la condición de protectorados, cuyos últimos vestigios de independencia no tardarían en desaparecer.

Correspondió al genio de Julio Tellez la gloria de encontrar la defensa de la América Latina, en esa Europa que tantas decepciones inspirara a los políticos románticos de 1865. Por poco previsores que fueran los Gobiernos europeos, debieron de comprender al cabo, que la dominación sin contrapeso de los yanquis en Sud América, constituía un rudo golpe para el comercio de las naciones industriales del Viejo Mundo.

Desde entonces, la política de Chile y la de la Confederación del Pacífico, dejaron de ser exclusivamente continentales, y en los nueve años corridos desde 1916 a 1925, tanto Tellez como los Gobiernos por él inspirados, siguieron una táctica de báscula, que oponiendo los Estados Unidos a la Europa, y la Europa a los Estados Unidos, fué capaz de mantener la independencia política y económica de la América austral.

En el momento de cerrarse las conferencias de Tacna, la situación era de ansiosa expectativa. Al hondo problema de la admisión de la Argentina en la Confederación del Pacífico, se unía la inquietud de una situación vidriosa, apenas disimulada, en la política general de la América y del mundo.

La causa de semejante inquietud, era ya antigua. La dominación exclusiva de los norte-americanos en Panamá y en el canal interoceánico, fué desde sus comienzos una seria amenaza para la libre competencia en el comercio mundial, y para la independencia política de los estados sud-americanos del Pacífico. Todas las convenciones internacionales celebradas con el objeto de garantizar la igualdad de todas las banderas en el itsmo, resultaron inútiles, porque el Gobierno de Washington, dueño del sitio, encontró siempre manera de burlarlas. Así, en Europa se había llegado al convencimiento de que la única solución del problema, sería arrebatar a los Estados Unidos el dominio del canal de Panamá. Se recordaba que la joven y poderosa República, no había merecido la confianza del mundo, como dueña de esa gran vía marítima, y que su conducta en nada se parecía a la muy observada en Suez por Inglaterra.

Tal era el estado de las cosas, cuando comenzaron, en Agosto de 1925, las conferencias de Tacna, cuyo objeto visible, era, como hemos dicho, la admisión de la Argentina en la Confederación del Pacífico.

Los delegados de las seis Repúblicas tenían instrucciones en el sentido de no oponerse a dicho ingreso, que sólo Chile tenía motivos para mirar con recelo.

Se suscitó entonces la cuestión capital. Los argentinos continuaban acariciando la disparatada candidatura de Montevideo.

Cuando la discusión llegaba a un período álgido, el delegado peruano, don

José de la Riva Agüero, presentó a la consideración de sus colegas, un documento diplomático de género tan nuevo, y al parecer tan extravagante, que más de alguno de los circunstantes llegó a pensar que el distinguido diplomático había perdido el juicio.

Era un cartón bastante grueso, y de forma caprichosamente irregular.

—Esta es, dijo Riva Agüero, una representación exacta del territorio de la Confederación, supuesto el ingreso en ella de las tres Repúblicas del Plata. He marcado también aquí, la situación de las ciudades principales de las nueve Repúblicas...

Nadie sospechaba a dónde iría a parar el diplomático peruano.

—Las matemáticas nos enseñan, agregó don José, que el centro de gravedad de un plano irregular, es el punto desde el cual puede suspendérsele, en forma que quede en equilibrio, esto es, en posición horizontal... Suspendamos, pues, a la Confederación desde este punto, esto es, desde Montevideo... Ustedes... lo ven.... No hay tal equilibrio... la extremidad en que están Colombia y Venezuela, caen casi verticalmente hacia el suelo, y el Cabo de Hornos, apunta más o menos al cénit... Muy lejos está, pues, Montevideo, de ser el centro geográfico de la Confederación.

Hagamos, ahora, el ensayo en Tacna... La extremidad norte se inclina todavía un poco, pero el plano resulta casi horizontal... El centro no está, pues, muy lejos de la actual capital... Ensayemos el lago Titicaca... Es evidente que "El Mercurio" tuvo razón. Este sería el centro de gravedad de la nueva Confederación, el cual no está lejos de esta ciudad de Tacna...

El delegado argentino iba a replicar,



"En usted, coronel Avalos, confío".

cuando un ujier abrió la puerta, y con la estupefacción consiguiente de todos los circunstantes, penetró en la sala Julio Tellez.

El grande hombre, simple diputado chileno por Castro y Quinchao, no tenía título alguno oficial para ser admitido en la conferencia... pero por la mente de nadie, pasó la idea de recordárselo.... Todos, por el contrario, parecían aguardar impacientes la expresión de sus deseos... o acaso una orden.

Tellez se dirigió directamente hacia el delegado argentino.

—¿Tiene Ud., preguntó con voz brava y decidida, tiene Ud. instrucciones para ceder en el asunto de ubicación de la capital?

—Debo recordar a Ud., balbuceó el delegado, que esa pregunta no está conforme con los usos diplomáticos.

—Voy a precisar el asunto, repuso Tellez, sin inmutarse... Los momentos son solemnes, no hay una hora ni un minuto que perder... Si Ud. no tiene instrucciones bastantes, mejor sería dejar por ahora el negocio del ingreso de la República Argentina en la Confederación... Hay algo más urgente e impostergable que esto...

Todos los rostros interrogaban.

—Señor delegado, volvió la voz de Tellez... La Inglaterra y Alemania acaban de negociar la neutralidad de las demás potencias europeas... Antes de cuatro días, la cuestión de Panamá va a decidirse a cañonazos en los mares del mundo... y en ella la independencia o la esclavitud de la América española. . Esta causa no puede ser indiferente a la República Argentina... Disponemos de muy pocas horas... Otra ocasión como esta no volverá a presentarse. Señor delegado, la Confederación dispone de veinte grandes acorazados del tipo "Neptunian", la Argentina de ocho . La América del Sur podría decidir el conflicto... El Brasil será neutral... Es todo cuanto se ha podido avanzar. Vengo de Río Janeiro, y voy a Londres... En Oruro me espera Avalos con su aeroplano... Ud. señor delegado llevará esta carta mía al Presidente de la Argentina... Hoy será alianza en pro de la causa común... Mañana decidiremos, después de la victoria, el problema de la Confederación.

Aquel verbo rápido, belicoso, incisivo, tenía el privilegio de arrastrar las voluntades.

Y hé aquí por qué esa misma noche del 2 de Septiembre se cerraban inopinadamente las conferencias de Tacna... ¿Cuánto tiempo había de conservarse el secreto terrible?

V

Al fondear el "Guillermo Subercaseaux" en la rada de Arica, no encontró los seis acorazados de la Confederación, que invernaban allí desde el mes de Abril. La noche anterior habían partido con destino a Punta Arenas, según se decía en la ciudad.

La noticia en sí misma no era alarmante, pues las grandes maniobras navales debían tener lugar por esos días en los mares del sur. Sin embargo, no dejaban de circular débiles pero persistentes rumores anunciadores de grandiosos acontecimientos.

Se decía, por ejemplo, que el contralmirante Aguirre era portador de un pliego cerrado de instrucciones, que debía abrir en alta mar. Las autoridades desmentían estos díceres con insistencia, y la prensa continuaba muda al respecto

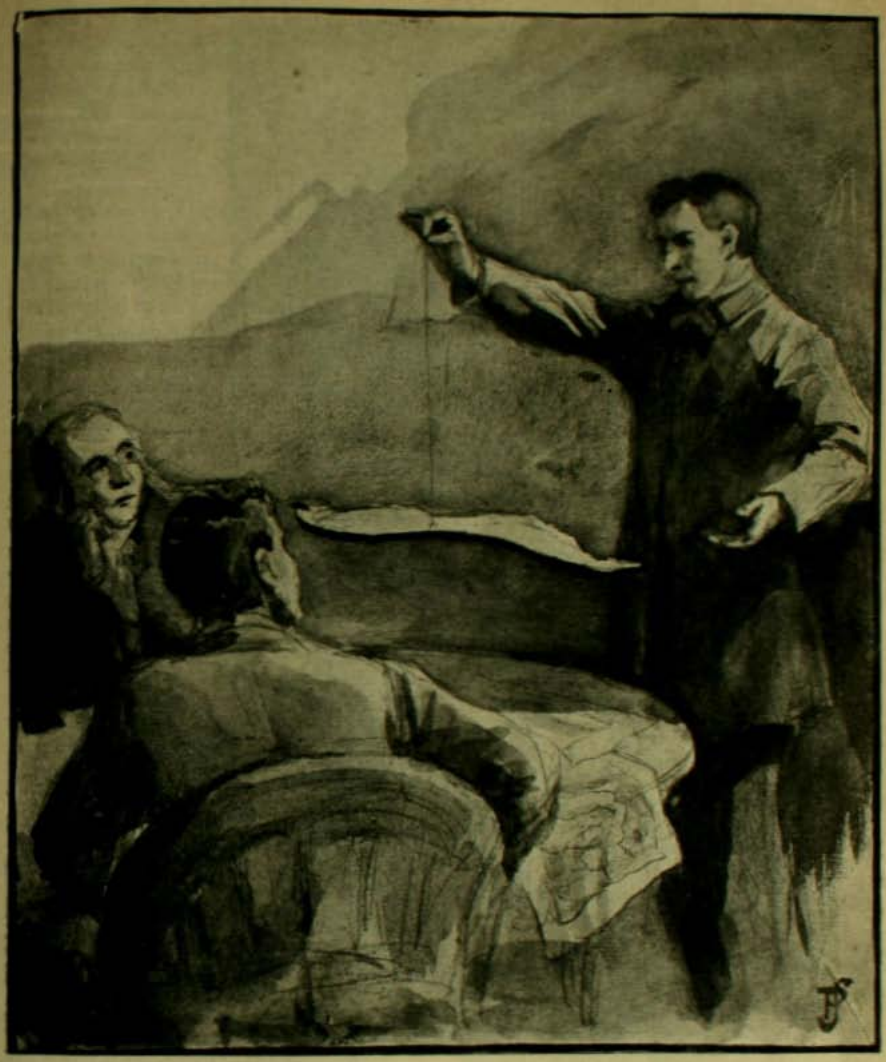
El senador por Cautín, después de desembarcar, se dirigió en compañía de Marcos Zapata, a la Agencia del Banco de Chile, institución de que era, en Santiago, uno de los más prestigiosos consejeros.

Después de los saludos de estilo, preguntó por el cambio.

—No hay buenas noticias, contestó el agente. El día de ayer fué crítico. Se han retirado más de ochocientas mil libras de la Caja de Conversión... Se espera un retiro, por lo menos igual, el día de hoy... El descuento está a seis y medio... Los bonos del cinco han bajado a 98... se dice que la causa del transtorno, nos viene, como siempre, de Europa. Los Bancos alemanes han iniciado un nuevo período de cobros violentos.

—¿Y qué nos dice Ud., preguntó don Cornelio, de la súbita partida de la escuadra de evoluciones?

—Que ha producido alguna alarma, pero no creo que haya fundamento para ello.



"Era un cartón bastante grueso y de forma caprichosamente irregular".

Son las maniobras navales de todos los años.

—¿Pero por qué esta partida sin anuncio previo?

—El Gobierno lo ha declarado oficialmente en los diarios de la mañana de hoy... Las maniobras tendrán este año la particularidad de la sorpresa... La escuadra ha tenido que ponerse en marcha, como si se trata de un caso urgente o imprevisto... Así se podrá juzgar de su estado de preparación.

El senador de Cautín sacudió la cabeza en señal de duda... "Siempre los mismos estos banqueros, se decía, verán desplomarse el mundo, sin abandonar su tranquilidad estoica. Para ellos no hay sino un cataclismo: la corrida."

Un inmenso clamor que venía de la calle, interrumpió las meditaciones de don



"Un empleado pálido y tembloroso penetró en la oficina".

Cornelio... Momentos después, un empleado pálido y tembloroso, penetró en la oficina...

—¿Qué ocurre? preguntó el argentino.

—Ocurre, contestó el empleado, que en este momento penetran en la bahía veinte grandes acorazados que llevan la bandera de los Estados Unidos

La más espantosa confusión reinaba en la ciudad... Las gentes corrían en todas direcciones. En la cumbre del morro hormigueaba una compacta multitud que interrogaba el horizonte.

El senador de Cautín corrió hacia la Gobernación. En la puerta, un centinela le detuvo.

—Soy senador, dijo don Cornelio, mostrando la medalla de oro que colgaba de su cadena.

—Tengo orden de no permitir la entrada sino a los funcionarios de Gobierno, observó con mucha política el oficial de guardia.

Habían pasado los tiempos en que a los congresales les era permitido todo.

El señor don Cornelio iba a impacientarse, cuando, felizmente para él, lo alcanzó a divisar desde el interior del edificio el secretario de la Gobernación.

—Permita no más la entrada al caballero, dijo al oficial de guardia.

Don Cornelio penetró en el despacho del gobernador, donde se encontraban reunidas ocho o diez personas, en cuyos rostros se pintaba la más viva ansiedad.

—Lo peor del caso es la ausencia de Tellez, observó el gobernador.... El no ha previsto semejante contingencia... ¡Parece mentira!...

—Pero, ¿qué puede significar esa escuadra que no se había anunciado? preguntó el senador de Cautín.

Los circunstantes se miraron las caras, antes de hablar.

—Don Cornelio es hombre discreto, observó tímidamente el secretario... Además, es tan poco lo que sabemos.

El gobernador tomó la palabra.

—He aquí los hechos, dijo. Hace poco más de una hora el vigía del morro anunció que se divisaba una veintena de humos

en alta mar. Poco después se ha reconocido que se trata de acorazados americanos... Nada más sabemos. En cuanto al resto, estamos limitados a simples conjeturas...

Los circunstantes volvieron a mirarse las caras.

—El resultado de las conferencias de Tacna, continuó tímidamente el gobernador, se mantiene en reserva, salvo para contadísimas personas. Al terminar la última sesión, Tellez, que había asistido a ella, se encerró una hora larga con los secretarios de Estado de la Confederación, y partió en seguida para Oruro... Parece que allí se encontró con un aeroplano de Avalos, en el cual ha partido... quién sabe en qué dirección.

—Pero, ¿qué tiene que ver esto con aquéllo? preguntó el impaciente senador.

—De eso hablábamos, repuso el senador. Todos creemos aquí, que la partida de nuestra división naval, con rumbo también desconocido, ha sido uno de los resultados de aquellas conferencias .. Acaso Tellez se proponía dar un golpe de mano... La tirantéz de relaciones entre los Estados Unidos y los dos grandes Estados comerciales de Europa no es un misterio para nadie. La mirada de Tellez está hace tiempo fija en Panamá!... Pero, ¡por Dios! don Cornelio... Reserva, mucha reserva. . Está de por medio la salvacion del país.

—¿De modo qué? interrogó el aludido...

—Temíamos, dijo el gobernador, con voz tan baja como suspiro... Temíamos que los Estados Unidos hayan tenído el mismo pensamiento que le atribuíamos a Tellez.

En ese mismo instante sonó un cañonazo lejano. Los rostros de los circunstantes se volvieron lívidos

Al primer estampido, sucedió un segundo, y otros más a intervalos regulares.

—La escuadra norte-americana saludó a la plaza, observó el gobernador.

En efecto, momentos después, uno de los fuertes del morro contestaba el saludo.

VI

Apenas recibida la poderosa escuadra yanqui con las formalidades de estilo, una pequeña falúa se desprendió a fuerza de remos del costado del formidable navío "Abbana". Aparte de la marinería, sólo llevaba un sólo pasajero, sencillamente vestido con traje civil.

Era un norteamericano joven, enjuto de carnes, de ojos grises y aspecto casi infantil. Saltó ágilmente el muelle y preguntó en perfecto castellano por el camino que conducía a la Gobernación.

Minutos después, era introducido a una pequeña sala, contigua a la que ya conocemos.

El gobernador lo recibió solo y sin ceremonia.

—Soy portador, dijo el joven americano, de una comunicación urgente, para el Excelentísimo señor Secretario de Estado de la Confederación, y vengo a solicitar de US. los medios de transladarme a Tacna.

—¿Trae Ud. credenciales? preguntó el gobernador, sin saber lo que decía.

—Mis credenciales, repuso el americano, son esos veinte acorazados que acaban de fondear en la bahía de Arica.

—Voy a dar órdenes para que preparen a Ud. un tren especial, balbuceó el gobernador... Estará listo dentro de pocas horas.

—Yo lo necesito, dentro de veinte minutos, repuso el otro sin inmutarse. No es menester más tiempo para enganchar un carro a una de las muchas locomotoras que he visto en la estación, con los fuegos encendidos.

El gobernador salió para dar las órdenes del caso.

—Ud. pensará sin duda que mi conducta es un tanto extraña, dijo el americáno por vía de disculpa, una vez que el gobernador hubo regresado, pero hay casos en que es imposible respetar las fórmulas... Mis instrucciones me ordenan estar en Tacna, y delante del Excmo. señor Secretario de Estado, antes del medio día.

. . . . . .

No usó de más ceremonias el extraño emisario de los Estados Unidos, para introducirse en el despacho del señor don Luis Izquierdo, Secretario de Estado y Ministro de Negocios Extranjeros de la Confederación del Pacífico.

Después de presentarse con la mayor naturalidad, el americano se limitó a alargar al Ministro un pliego cerrado.

—Volveré por la respuesta mañana a esta misma hora, dijo... y salió del despacho, haciendo una ligera inclinación de cabeza.

Sin recobrarse de su sorpresa, Izquierdo abrió el pliego, pasó la vista por los cortos renglones que contenía, y sin que se moviera un solo músculo de su rostro, se limitó a murmurar estas sencillas frases:

—Era lo que esperábamos... Pero Tellez no había previsto esta emergencia.

El Gabinete se encontraba reunido desde la mañana en el salón vecino. Izquierdo se limitó a repetir a sus colegas la observación que ya para sí había formulado.

—¿Y qué plazo nos dan? preguntó el Presidente.

—Veinticuatro horas, repuso Izquierdo. Si mañana a medio día la Confederación del Pacífico no ha declarado su neutralidad, en el conflicto que va a estallar entre los Estados Unidos, la Inglaterra y la Alemania, la escuadra del comodoro Wilson romperá sus fuegos contra la plaza de Arica, y las hostilidades quedarán rotas de hecho.

A pesar de la voz segura y de los tranquilos ademanes del Ministro, sus palabras cayeron como una bomba, causando un sentimiento de general estupor.

Varios repitieron la misma frase:

—Tellez no había previsto esta emergencia.

Sólo el Presidente de la Confederación se mantenía tranquilo.

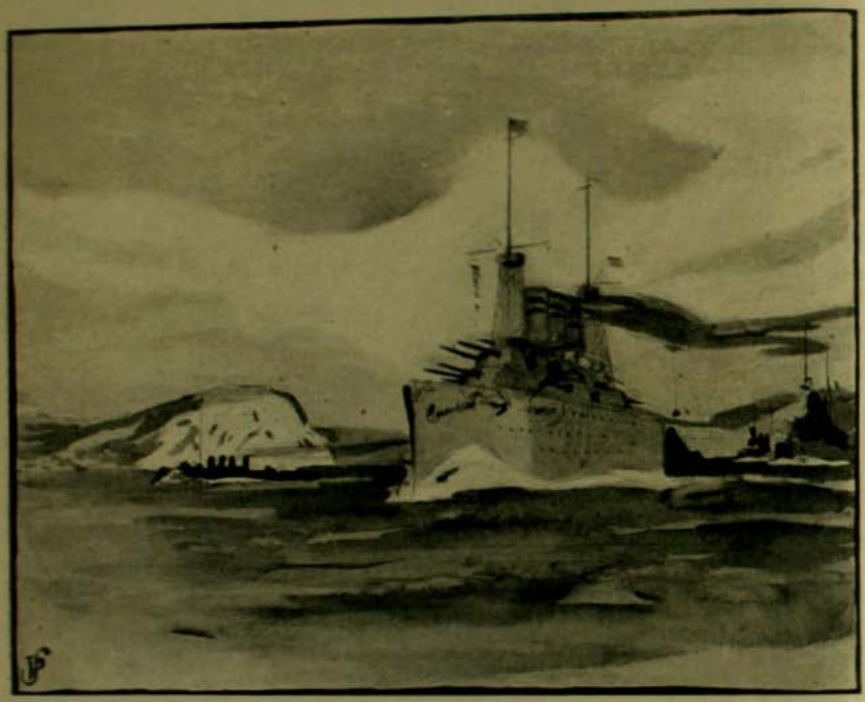
Aunque no lo hubiera previsto, dijo, por fortuna los americanos nos dan un plazo suficiente...

—¡Veinticuatro horas! exclamó el Ministro de Aduanas y Ferrocarriles, García Calderón.

—Sí, veinticuatro horas, repuso el Presidente con la misma calma. Mañana estamos a cinco... Hora es ya de hablar claro... Mañana, muy temprano, llegará Tellez a Londres, en el aeroplano Avalos. Lleva plenos poderes para concluir nuestra alianza con Inglaterra, y para quien conozca los procedimientos de don Julio, no será un misterio que de todas maneras, mañana se habrá decidido la paz o la guerra...

—¿Mañana a las doce?... objetó García Calderón.

—Si tomamos en cuenta la diferencia de meridianos, el medio día en Arica, son las cinco de la tarde en Londres. A esa hora sabremos ya a qué atenernos.



"Penetran en la bahía veinte grandes acorazados que llevan la bandera de los EE. UU."

—Pero en todo caso, observó el Ministro Izquierdo, con ademán pensativo, el hecho es que no habíamos contado con este ataque inmediato.

El Presidente y el Ministro de la Guerra se miraron.

—No es necesario ocultarlo por más tiempo, dijo el Presidente... El ataque de Arica por la escuadra del comodoro Wilson, está muy lejos de entorpecer los planes de Téllez... Antes bien los facilita... ¿No es ésa, general, la opinión de Ud?

El Ministro de la Guerra hizo un signo afirmativo.

—Muy distinto habría sido, observó, si nuestra escuadra estuviera aún en Arica, pero felizmente hace dieciocho horas a que ha partido, y está ya fuera del alcance de los cañones de Wilson.

—No hay, pues, motivo para alarmarse, dijo el Presidente. Es seguro que mañana, antes de que se cumpla el plazo de veinticuatro horas, tendremos noticias de Téllez... Según sean ellas, declararemos nuestra neutralidad o nos batiremos.

—Habrá que tener al corriente de lo que pasa a nuestra Legación en Londres observó Izquierdo, por decir algo... Es evidente que los americanos no han contado ni por un momento con nuestra neutralidad. De otra manera, no se habrían comprometido en un acto que, como el realizado por el comodoro Wilson, significa casi el rompimiento de hostilidades contra nosotros, y sin duda alguna, una declaración de guerra, para las naciones transatlánticas. Opino, por otra parte, como el señor Presidente.. Nuestra respuesta, dependerá, mañana, de las noticias que tengamos de Téllez.

. . . . . .

El resultado del Consejo de Ministros se mantenía en reserva, como era natural... y ni siquiera se supo en el público la naturaleza de la comunicación traída a bordo de veinte acorazados del tipo "Neptunian", por el comodoro Wilson.

La ansiedad no fué por ello menor. Fué imposible que no se transparentara algo de los preparativos militares, cuya actividad había redoblado desde la llegada del comodoro.

Al día siguiente, a las once y tres cuartos de la mañana, se hallaban reunidos en la sala que conocemos el Presidente y los Ministros de la Confederación

La ansiedad se pintaba en todos los semblantes. La esperada comunicación de Téllez no llegaba todavía. Un momento más, y sería necesario decidir a obscuras la gran cuestión de la guerra o la paz.

J. B. C.

(Continuará)

TERNURA FILIAL

Luis XV Rey de Francia mandó un embajador a Alsacia para que le buscara una esposa digna. Llegado a Vissemburgo el embajador se detuvo en casa de un Rey destronado que vivía en el destierro y casi en la pobreza.

Al entrar en un gran salón pobremente amoblado se sorprendió a la vista de una hermosa joven que, de rodillas ante su padre anciano y gotoso le daba de comer no queriendo confiar a nadie el cuidado de aquel ser tan querido como infortunado. La amante y solícita hija turbada a la vista de un extraño se puso rápidamente en pie y preguntó, ¿Señor, tiene Ud. padre? Y al responder el embajador afirmativamente, añadió.—"Permítame Ud. entonces que termine de dar a mi padre este alimento.

Encantado del amor filial de la hermosa princesa que con infinitas atencionesn y caricias trataba de hacer olvidar al ex-soberano, sus viejos dolores, el embajador partió a la corte germánica, donde se le dispensaron grandes honores y donde conoció muchas princesas opulentas y hermosas, pero soberbias, hipócritas y viciosas.

Entonces escribió al Rey: "He conocido muchas princesas, todas ricas, cultas y gentiles; pero he visto una, sumamente hermosa, cariñosa, llena de abnegación y la sorprendí mientras daba con su propia mano de comer a su padre enfermo. Qué me ordena Vuestra Majestad?

Y Luis XV respondió.—"Pedid en mi nombre la mano de la princesa amante que tanto quiere a su padre" De este modo por su ternura filial, por su abnegación con el autor de sus días, María Leezinska fué reina de Francia.

R.

CONOCIMIENTOS UTILES

EL LAVADO DE BILLETES EN LOS ESTADOS UNIDOS

Casi parece un imposible, pero no es así, y de allá nos viene la noticia del descubrimiento que ha sido acogido con increíble entusiasmo.

Se ha comprobado que un billete de Banco, en circulación, contiene por término medio 142,000 microbios. Experiencias hechas en Estados Unidos con 21 billetes, demostraron, según el diario "Tour du monde", que el más limpio de entre ellos, que parecía casi nuevo, contenía 14 mil bacterios, y el más sucio, 586,000.

El señor F. B. Churchill, de Shebbynille, en el Estado de Indiana, que desde hace veinte años está al frente de un establecimiento de lavandería, se lamenta amargamente de ver en circulación billetes tan sucios y peligrosos para la salud, y trató de hallar un medio contra este peligro, habiendo adquirido la certidumbre de que los billetes pueden lavarse, lo mismo que se lava la ropa blanca. Para ello se hace lo siguiente: Se meten los billetes en una cesta metálica cerrada con tres cerraduras que se sumerge en una gran tina llena de una solución de jabón y sosa.

Un mecanismo hace girar la cesta, el líquido es agitado por una corriente de aire comprimido y en pocos momentos el papel toma su blancura primitiva. Se sumerge después la cesta en otro recipiente con una solución de almidón, para dar al billete su consistencia y dureza ordinaria.

Por último, se pone en un secador movil que gira vertiginosamente, sometido a una fuerte corriente de aire.

La fuerza centrífuga expele en pocos momentos hasta la más mínima gota de agua. Se abre la cesta, se sacan los billetes, se pasan entre dos rodillos y salen blancos, limpios y flamantes como si fueran nuevos.

Muchos Bancos americanos se proponen ya implantar lavanderías de billetes. Con esto se encontrará seguramente grandes ventajas y se ahorrará tiempo y dinero al no tener que enviar los billetes viejos a Nueva York y esperar los billetes de vuelta, y la oficina de la Moneda gozará de grandísimas ventajas. Se calcula en 1,183 millones de dólares el valor de los billetes sucios que tienen que retirarse anualmente de la circulación y volverse a estampar. De éstos, por lo menos 160 millones pueden ser lavados.

El gasto del lavado es mucho menor que el de fabricación, y por lo mismo, según los cálculos, puede esperarse una economía de un millón de dólares al año, y no es poco.

La vida media o duración de los billetes era de dos años para los billetes pequeños, que son los de mayor circulación, y así sucesivamente un poco más larga para los billetes de más valor.

Con el lavado se les puede hacer durar bastante más y puede reducirse, notablemente, el número de empleados dedicados a la emisión de billetes nuevos.

Aquí, donde tan exiguo es el valor de nuestra moneda y donde tanto circulan los billetes de uno y dos pesos, verdaderos criaderos patógenos y microbianos, ¿no es de imperiosa e impostergable necesidad implantar estas higiénicas lavanderías de billetes?

¡Cuantas plagas y contagios se evitarían!...

MADRE E HIJA

Intimidades de Madame de Sevigné

Por

IULES LEMAITRE

Ilustraciones fotográficas

LA MARQUESA DE LA TROCHE A LA CONDESA DE GUITAUT

15 de Junio de 1677.

Me decíais que no se habla de otra cosa que de la ruptura de Mme. de Sevigné y de su hija, y de la repentina partida de Mme. de Grignan, después de cinco meses de estadía en París, siendo que debía pasar allí todo el año. Pero, querida mía, si no se trata absolutamente de riña, sino de algo mucho más complicado, debido al excesivo "exprit" de tan distinguidas personas. Yo estoy bien informada gracias a que he podido asistir a la comedia casi día a día, como que estoy de preferencia en la intimidad de Mme. de Sevigné, y no hay semana que no la encuentre varias veces, sea en su casa o en las recepciones.

Hablando francamente, es difícil que otra madre y otra hija se parezcan tan poco: una alegre, franca, asequible, con sus sentimientos e ideas asomados en su cara redonda y en sus ojos claros; libre y hasta cruda de lenguaje en ocasiones; la otra, fría, concentrada, presumida en sus expresiones y reservada hasta la desconfianza, y temiendo alterar su belleza a cada movimiento demasiado vivo.

Yo estaba allá cuando la condesa llegó a París. Mme. de Sevigné se arroja sobre ella como una hambrienta, y besos y caricias y lágrimas y chillidos. La hija se queda aturdida y no sabe más que decir: Ea, basta, madre mía... ea, basta... "Y la otra, vuelta a comenzar, y la hija que retrocede frunciendo el ceño, y la pobre madre que le pide perdón, mientras la "Belleza" se arregla el tocado. Evidentemente, tales transportes le parecían algo groseros, y si es cierto que le gusta verse adorada, querría serlo menos ruidosamente.

Jamás se ha visto que sus sentimientos estuviesen de acuerdo en ninguna cosa. En una sobremesa, se hablaba de la poesía épica y de los poemas de Homero. Mme de Grignan, que se jacta de no admirar sino la filosofía y la razón, no ocultó su desdén para lo que ella llamaba ficciones pueriles. La discusión se acaloró y la marquesa concluyó por decir: "Ah! pobre espíritu que no amas a Homero. Las bellezas naturales no te conmueven; necesitas el oropel o los corpúsculos" (pues ya sabéis que Mme. Grignan está encaprichada por los libros de M. Descartes, a quien ha llegado a llamar su padre). La hija no replica nada, pero recurre a su gesto de diosa ofendida; la madre palidece al verla así, sus ojos se llenan de terror y se arroja a los piés del ídolo, exclamando: "Sabes bien que no soy más que una tonta y que no hay que hacer caso de lo que digo". La misma escena media hora después, a propósito de M. Corneille y de M. Racine; y otro tanto ocurre veinte veces al día, por cualquier nada, por una cinta, un rizo o un lunar, por las familiaridades de Mme. Sevigné con la Mongobert, la doncella de la condesa, porque la marquesa se hace algo negligente con su persona, o porque le gustan demasiado las patitas de ternera o sobre las salidas y bufonadas que no puede contener.

Una tarde, el bueno de Ménage vino a sa-

ludaría, como amigo y confidente, después de haber sido su profesor de latín y respetuoso adorador. Ella lo besó en los dos carrillos, y como la condesa se mostrara contrariada: "Así se besaban, dijo Mme. de Sevigné, los primeros cristianos". Y, poco más tarde, sin duda para enmendar su acción, al dicho de Ménage: "Yo he sido vuestro mártir; y soy al presente vuestro confesor".—Y yo, vuestra virgen, respondió.

A esto, severa mueca de la condesa, y confusión de nuestra amiga, que permaneció silenciosa hasta que le vino a mientes otra crudeza.



María de Rabutin-Chantal, marquesa de Sevigné

Recuerdo una noche que se hallaba de María-Blanca, esa niña que Mme. de Sevigné, su abuela, ha criado con tanta ternura y a quien ella llama su perrita y sus entrañas. María-Blanca tiene cinco años y medio, y su madre acaba de ponerla en el convento de Santa María de la Visitación en Aix, con la idea de que tome el velo apenas cumpla quince años, pues cree necesario aliviar las cargas de la casa, que son pesadas, y reservar al heredero del nombre de los Grignan, todo lo que se pueda salvar de la ruina. Mme. de Sevigné no puede acordarse de su nieta sin sentir oprimido el corazón. Como lo demostrara con algún exceso, diciendo a Mme. Grignan: "Amad mejor a mi perrita; tened piedad de ella".—"¿Piedad?" pero si no es para compadecerla; allí se pondrá razonable". La marquesa, que es tan tierna madre, se rebela interiormente contra la rudeza de su hija, aunque no se atreve a decirlo, pero la condesa lo adivina y se da por ofendida. De este modo, además de las menudas querellas de cada día, mil sentimientos inexpresados, separan a la más amante de las madres de la más respetuosa de las hijas.

En fin, Mme. Grignan no conservaba en este último viaje ni su frescura de semblante ni su salud de antes. El clima de Provenza, que le resulta harto contrario, y seis partos en nueve años la habían agotado aparentemente. Sus mejillas estaban hundidas, la voz débil y siempre con las piernas heladas. Mme. de Sevigné no supo ocultar bastante su pesar y sus temores. Mme. de Grignan no quería confesar que estuviera enferma. Me figuro que la que fué "la más bonita muchacha de Francia", lo hacía por orgullo. Alguna culpa tiene su madre, que siempre la acostumbró a mirarse como una diosa. Ahora bien, las diosas no pueden estar sujetas a enfermedades Cuando Mme. de Sevigné le pedía noticias de "sus pobres piernas frías y muertas", le parecía a Mme. Grignan que se la insultaba. Los cuidados contínuos, ruidosos y excesivos de la madre, irritaban a la hija y las negativas de esta, su aire de indiferencia y de resignación, martirizaban a la madre.

La madre concluyó por meterse en la cabeza la idea de que su hija la detestaba, y Mme. Grignan por juzgar a su madre algo transtornada. Aquello daba pena. Una vez, en un momento de cierta calma, Mme. Grignan la dijo: "Mi corazón es para vos tal como lo deseáis y no lo creis". Mme. de Sevigné respondió: "Es tal como yo lo deseo y creo; pero os suplico me lo digáis con alguna más frecuencia". Dicho lo cual, rompió a llorar.

Todos sus amigos les decían: "Os estáis apresurando la muerte entrambas; es preciso que os separéis". Ellas mismas lo han comprendido así. La condesa ha vuelto a Grignan, y la marquesa se ha venido conmigo al campo, de donde escribe a su hija cartas apasionadas, y recibe algunas muy pasables, y todo marcha más o menos.

Corbinelli, que está con nosotros, me exponía há poco esta reflexión: "Las cosas

van muy bien así. Nuestra amiga, bella, elegante, de genio vivo, y viuda a los veintiséis años, hubiera podido cometer algún disparate. El amor maternal la ha preservado, ocupando todo su tiempo. Lo ocupa de tal modo que la pobre mujer ni siquiera es amada por su hija; que, por tal causa, el temor de desagradarla y la necesidad continua de conquistarla, mantienen su amor despierto y le impiden pensar en otra cosa. Más, para que este amor no sufra desilusión, es conveniente que el objeto esté alejado: las doscientas leguas que separan a nuestra amiga de la pedante de su hija, le permiten embellecerla más libremente, adorar sin temor la imagen que ella se forma y no chocar con el modelo. Se sabe, por otra parte, que la representación del objeto idolatrado obra sobre las potencias del alma mejor que lo haría su presencia real."

Y yo creo que Corbinelli tiene razón...

La misma a la misma

Grignan, Enero de 1695.

Mi buena amiga, pronto hará dos meses que estoy en Grignan con Mme. de Sevigné, accediendo a los ruegos de nuestra amiga. Al envejecer madre e hija, sin duda han aprendido a soportarse mejor la una a la otra, y a hacerse sufrir menos; pero, con todo, la marquesa prefiere que esté entre ellas para amortiguar los choques según vayan viniendo, y porque a su parecer tengo buen carácter y me avengo a todo, y porque esto les sirve de buen ejemplo.

La gran novedad en esta, consiste en que los Grignan acaban de casar a su hijo el marqués, con la hija de un rico agricultor, M. de Saint-Amant, comisionado de víveres en Marsella. Su hija mayor tiene dieciocho años, es bonita, amable, discreta, bien educada, juiciosa a más no poder. Se ha creído que tal partido sería bueno para sostener las grandezas de la casa de Grignan, a la que no le faltan deudas. M. de Saint-Amant ha dado 400,000 francos al contado y más de 50,000 francos en ropa blanca, trajes, bordados y pedrería. Mme. de Sevigné ha aceptado la modesta alianza con mucha llaneza, como procede en todo, saliendo del paso con un couplet del bueno de Coulanges:

Que de Adan somos parientes
por sabido es callado,
y que todos sus descendientes
manejaron arado;
sólo que, al fin de la semana,
hartos de trabajar,
unos se fueron de mañana
y otros después de merendar (*)

La píldora ha parecido amarga a Mme Grignan, y lo ha dejado notar demasiado. Ha tratado a su futura nuera con una condescendencia tan altiva, que la señorita de Saint-Amant, siendo fina y despierta de entendimiento, se ha quedado hecha una estúpida. El señor de Grignan, buena persona, pero viejo, feo y algo rudo, causaba también gran temor a la pobre niña. Por fortuna, el joven Grignan parecía bastante enamorado. Pero sobre todo Mme. de Sévigné, había simpatizado con ella, la acariciaba, le daba conversación y trataba de volverle la serenidad.

El matrimonio se celebró con gran pompa el 2 de Enero, en presencia de toda la nobleza de la provincia. Aún los días siguientes hubo gran número de visitas. Al presentarlas a la recién casada, Mme. de Grignan daba excusas y con sus monerías y el mirar meloso de sus ojillos, decía que era indispensable abonar de tarde en tarde los mejores terrenos. Esto a media voz y delante de su nuera, hasta que la pobre niña llegó a oír la mal intencionada frase, y salió en busca de Mme. de Sevigné, que se hallaba a esa hora en el jardín bajo un pabellón de enredaderas. Su gran amiga, viéndola tan transtornada, la interrogó, la confesó, lloró con ella; y como esto durara un buen tiempo, Mme. de Grignan bajó al jardín después de despedir a sus convidados, las reconoció entre la verdura deshechas en lágrimas una en brazos de la otra, y pasó de largo, fingiendo no haberlas visto. Yo temía para después alguna penosa explicación; pero no se habló más de ello.

Solamente se dice que M. de Saint-Amant, que ya había convenido en pagar

---

(*) El *couplet* original dice así:

D'Adam nous sommes les enfants,
La preuve en est connue,
Et que tous nos premiers parents
on mené la charrue:
Mais, las de cultiver enfin
La terre labourée
L'un a dételé le matin,
L'autre l'aprrès dînée.

las deudas de los Grignan, ha cerrado la gabeta al saber el dicho de la condesa...

LA MISMA A LA MISMA

Grignan, 19 de Abril de 1696.

¡Mme. de Sevigné ha muerto! y en qué tristes circunstancias!

Había dejado Grignan poco después de la boda, y cuando volví há tres semanas,



Francisca Margarita de Sevigné, condesa de Grignan

me encontré con la condesa gravemente enferma de influenza, al punto de no poder salir ya de su habitación. Mme de Sevigné pasaba junto a ella día y noche, y quién sabe si su inquietud y su desconsuelo, que no podía disimular, agravaba el estado de la enferma. En fin, las angustias por que pasaba, su exceso de fatiga y la alteración de su sangre, hicieron que nuestra pobre amiga cayera a su vez atacada de viruela. Yo la cuidé en compañía de la buena Mongobert. Mme. de Grignan se hallaba tanto más obligada a permanecer en su pieza, cuanto que se temía para ella el contagio en el estado de extrema debilidad en que se encontraba. Así, se informaba con frecuencia de su madre, y cuando la supo en peligro, dijo que iría a verla. Mme. de Sevigné, al saberlo, respondió: "No quiero que venga, porque se le pegaría mi mal". Llevé esta respuesta a Mme. Grignan, que no insistió más. Dije entonces a Mme. de Sevigné que su hija había insistido en querer visitarla, pero que no le habían alcanzado las fuerzas. Nuestra amiga pareció creerme, y dijo solamente: "Con esto, ya no la veré".

Afrontó la muerte con admirable firmeza. El último día, estando yo sola junto a ella, dijo con palabra entrecortada, sin mirarme, como si se confesara: "¡Pobre *Magueloneel*... Bastante la he fastidiado durante mi vida... Fué porque no tenía más que a ella en el mundo. Pero, en fin, la libro de mí... La he querido demasiado. Muchas veces mi confesor me privó de la comunión por considerarme únicamente ocupada y llena de ella... No fué culpa suya... Hasta de sus defectos, seré yo quien responda ante Dios... Ha crecido oyendo que era adorable, y lo era, pero no había que decírselo tanto... Harto que he sufrido por ella, esa fué mi expiación... Confío en que no le dejaré un recuerdo demasiado ingrato... Se olvida lo que nos desagradaba en los muertos, siempre que nos hayan adorado... Que trate de ser humilde... Que ame un poco a sus hijos... Paulina... la pobre María-Blanca... hasta a la pequeña Saint Amant... Qué triste es morir tan cerca de ella... y tan lejos!..." Repitió: "¡Tan lejos!... Así ha sido toda mi vida..."

Murió algunas horas después. Naturalmente, yo no comuniqué a Mme. de Grignan más que una parte de las últimas palabras.

Mme. de Sevigné fué enterrada precipitamente, por temor al contagio. No aviniéndose a depositar sus restos en la bóveda de la iglesia, abrieron una sepultura que han cerrado a cal y canto. De tal manera, esta mujer tan brillante, tan espiritual, tan buena, ha sido enterrada como una leprosa.

Recuerdo ahora que hace algunos años, el buen Corbinelli llamaba a Mme. de Sevigné "la madre-Alegría" ¡Ay! temo mucho que no haya sido sobre todo una Madre de los Dolores...

. . . . . .

JULES LEMAITRE.

✣ ✣ ✣

EL BESO BENEFICIOSO

Las excentricidades y las ideas raras van dejando de ser patrimonio exclusivo de los hijos de la Yanquilandia. Ved la muestra en una noticia que acabo de leer en uno de los diarios de París, llegados en el correo de este mes.

En una de las playas francesas, sin duda alguna la más cosmopolita y concurrida, quisieron fundar un asilo. Tratábase de encontrar para reunir los primeros fondos, un medio original... Las fiestas de caridad, las representaciones a beneficio eran cosas ya muy vistas y muy gastadas. Entonces a un señor ya viejo se le ocurrió esta idea: "Si las jóvenes más hermosas se dejaran abrazar y besar por un precio determinado!... Podría así reunirse en un momento la suma necesaria..."

Sin perder un momento se estableció la tarifa. Un beso en la frente, cinco francos; en la mejilla valdría un luis; por posar los labios en un cuello original y alabastrino habría que pagar como mínimum cien francos. El beso en los labios fué proscripto en absoluto. Una señorita muy fea salió a la defensa de esta causa, pero se le declaró inmoral e inaceptable. Y levantada la sesión las jóvenes bellas se fueron a recoger esas flores que llamó el poeta "Rosas del jardín de las caricias". En dos horas se hizo una colecta tan abundante que al punto quedó reunida la cantidad necesaria. Caballeros hubo que en extremo generosos, pagaron mucho más de lo que se les pedía y gracias a esta generosidad, gracias a la complacencia de las víctimas sonrientes, muchos pobres van a tener donde descansar y medicinarse.

Cuántas madres gritarían escandalizadas: "Besos! Mi hija recibir besos y abrazos de un cualquiera!". Y entre tanto, generalmente esas madres tan celosas de sus hijas no vacilan en llevar a estas a un baile, donde exponen su belleza y lucen inverosímiles escotes. Allí las confían en brazos de un señor de manos inquisidoras, de miradas insinuantes, tomando la palabra en su más estricta acepción.

A vista y paciencia de la mamá, la pareja baila valses y tangos voluptuosos, en que se efectúan movimientos... increíbles. ¡Qué de cosas no se permiten a los cuerpos al rítmico compás de la orquesta! Pero si por un descuido o un momento de ofuscasión el caballero afiojara su abrazo y depositase, aún cuando fuere con la mayor castidad posible, un beso en la nuca o la mejilla de una señorita, qué escándalo más monumental... Todas las contracciones y movimientos son lícitos, menos los de los labios.

Apenas si cabe explicación a las exigencias de este extraño código dictado por el pudor. Pero toda protesta sería inútil. En vano, se compararía lo que en el Japón es *decencia* con lo que en Francia constituye el pudor. En vano, se acribillaría a sarcasmos tal o cual costumbre. No pensemos más que en alegrarnos hoy por hoy. Gracias al gentil ofrecimiento de unos rostros bonitos va a abrirse una casa para la senectud desvalida. Ojalá que este ejemplo se sobrepusiera a las conveniencias sociales y lo mismo que en esa playa cosmopolita de Francia, se levantasen en las azuladas costas del mar, soberbios asilos y hospicios y no sólo en las costas francesas sino en la Europa entera y de la América. Sería el triunfo de la filantropía, y la caridad sobre la estrechez de criterio y la ridiculez de prejuicios añejos.

RAM.

TIVOLI Y LA VILLA DEL CARDENAL D'ESTE

Por J. D. G.

Ilustraciones fotográficas

Tengo por primera vez delante de mis ojos la visión precisa de la ciudad primitiva y de la ciudad histórica. Roma es demasiado compleja para abarcarla con la vista; se necesitan todos los sentidos para penetrarla: solamente cuando ha sacudido el cuerpo esos estremecimientos eléctricos de la humanidad, de la universalidad y de la muerte que exhala la capital eterna, entonces puede el viajero, pasando la vista sobre los barrios nuevos, comprender, amar y vivir los antiguos.

Pero aquí está Tivoli, al frente, sobre montañas y entre montañas; pequeña, concentrada, surgiendo en determinado y reducido espacio con una variedad limitada de colores finísimos grises y anaranjados.

Quien quiera saber rápidamente, sin definiciones, sin palabras, qué significa ese concepto histórico, hoy gastado, de *ciudad*, deténgase aquí a mi lado frente a la honda quebrada llena de vegetación obscura, en la cual saltan blancas y espumosas las cascadas que vienen a admirar los viajeros. Aquí está Tivoli, tal como la primera necesidad de agrupación humana la fundó; como las guerras, incendios y desolaciones la obligaron a recogerse; como la paz, la prosperidad y el arte la engalanaron. Campanarios, azoteas, templos en ruina, estribos macizos de piedra, puentes de grandes arcos musgosos, casas altas y angostas, agujereadas por centenares de pequeñas ventanas, viejas puertas descalabradas y negras, callejuelas estrechas, masas de cipreces obscuros, rebalsando sobre murallas de ladrillos carcomidos; hé ahí la ciudad absolutamente fija e inmóvil como una colosal agua fuerte a dos tonos, sanguínea y sepia, tan inmóvil que parecería muerta y despoblada si de los dos campaniles medioevales, no tocaran en ese momento al medio día y sus notas argentinas no llegaran a nuestros oídos como heraldos de vida.

Es una ciudad que a primera vista parece nacida junto con el solevantamiento que formó esas montañas y aplanó esas llanuras; y tan vieja, venerable e inmutable, como parece inmutable, venerable y vieja la naturaleza que la rodea con su calma milenaria.

Tivoli da la honda impresión de la ciudad primitiva, de esa primera tribu humana que buscó refugio después de una larga fuga, y trazó un muro dentro del cual dormir un largo sueño reparador, y sembrar el primer puñado de trigo. Ahí llegó un centenar de hombres, griegos o etruscos. Como la emigración, hoy día, echa sobre las playas de América el sobrante humano de estas tierras; los pueblos antiguos hacían esta obra de selección, cruel y desapiadadamente, lanzando al destierro y a la lucha contra lo desconocido, grupos sucesivos de hombres inútiles o débiles, bajo el mando de un hombre útil y fuerte. Así llegó Rómulo al Palatino; así Tiburto a Tivoli. ¿Qué bandera presidía estos primeros reducidos ejércitos de conquistadores? El hambre, el miedo, la muerte; avanzaban primero medrosos, dejando a sus espaldas el destierro y teniendo al frente la inmensidad; después se sorprendían rugiendo de hambre como los lobos; más tarde luchaban para abrirse paso, y después de probar duramente su derecho a la vida, desnudos y enfermos, descubrían el rincón de asilo, de descanso, de reproducción, que iba a ser *su ciudad*.

¡Qué distancia entre esa primera muralla hecha de piedras, de barro y de sangre, y esa usina blanca con techo rojo, donde se han juntado las cascadas de Tivoli para dar fuerza y alumbrado eléctricos a Roma, y en donde en el silencio de las noches gi-



La "ville" del Cardenal D'Este

ra la inmensa turbina y el émbolo de los dinamos marca incansablemente el tiempo como un péndulo acelerado!

El miedo a los otros hombres a quienes habían quitado el trigo en el camino, los llevó a este sitio escarpado; el miedo a los elementos los juntó en los contrafuertes de la montaña, para defenderse del viento y de las aguas; la defensa común los agrupó en viviendas montadas unas sobre otras para darse la alarma y socorrerse. De ahí, esta acumulación de casas angostas y altas, que parecen empujarse unas a otras, como ovejas despavoridas, y mirar desconfiadamente hacia el horizonte, donde entre brumas la capital levanta su línea de cúpulas

incierta y desvanecida, como vapores de la campiña romana.

El que quedaba aislado, moría; por esto Tivoli no termina en arrabales extendidos como la ciudad moderna, burguesa dominguera que busca el suburbio con el cesto de provisiones en la mano; sino que, por el contrario, se recoge de todos lados tendiendo a formar pirámide y dejando apenas entre filas y filas de casas el espacio suficiente para que pasara el carro con el agua, la harina y la carne, descascarando con los extremos del pesado eje los pórticos y fachadas de cada lado.

Cuando los enemigos llegaban al pie de los montes, griegos, romanos, hunos, godos, normandos, alemanes, españoles o franceses, éstos contaban sus fuerzas y si eran más que los de arriba, subían y los saqueaban. Otras veces, al través de las inciertas neblinas de la noche, Tivoli veía arder Roma y alejarse la horda de vengadores, olvidándola en el abrupto asilo.

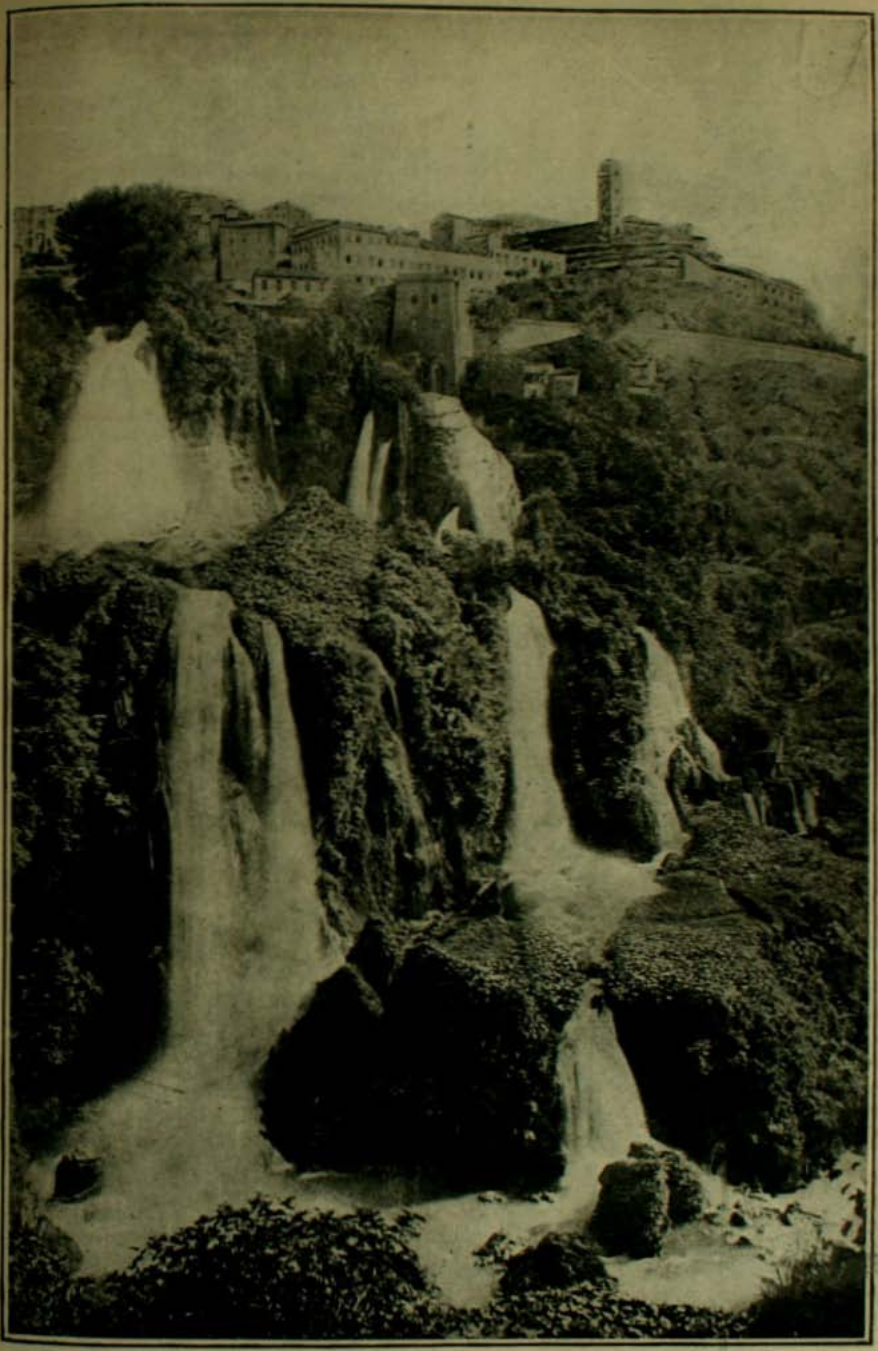
Hé ahí la ciudad, el centro en que se ha desarrollado la vida, desde el hombre primitivo al hombre que va al Congreso de La Haya.

Esas mansiones grises y rojizas, hechas con la tierra, la piedra y los musgos que colorean los cerros vecinos, han escondido en sus salas obscuras y frías todo el drama de la vida humana. A esas casas se recogía el vencido a madurar el plan de su venganza; el vencedor a reposar sobre su botín; las iras amenazantes, el gran señor a meditar el proyecto de sus ambiciones; Horacio a escribir sus odas; Adriano a construir la mansión oriental del placer, de la voluptuosidad y del reposo; el cardenal Hipólito D'Este a arrojar los brujos de la Edad Media y poblar de ninfas un jardín de rosas; el Papa Gregorio XVI, a salvar la ciudad de las avenidas del Aniene, y los ingenieros hidráulicos de Italia unificada, a colocar la planta eléctrica de Roma capital.

Pero no puedo quedar más tiempo en la contemplación de esta vieja estampa, sobria y vigorosa de líneas, deliciosa de patina y de colores muertos, solemne de armonía, de inmovilidad y de permanencia. No se puede, porque el guía perturba nuestro ensueño, rumiando entre sus mandíbulas desdentadas, nombres, datos y reflexiones anacrónicos. Una inglesa se detiene, también a la orilla del anfiteatro desde donde se domina el maravilloso espectáculo, una inglesa que parece haber ayunado desde la fundación de Tivoli (500 años antes de la de Roma, según Dionisio de Alicarnaso), y que lee en voz alta en su libro santo, de tapas rojas, el Bedecker: "Tivoli, diez mil habitantes, oficina postal y telegráfica. Hoteles de la Sibila, de la Sirena, de la Regina, de las Cascadas, de cuatro a seis liras por día."

Para tomar a Tivoli con el primer día de su historia, deberíamos acercarnos a esos templos antiquísimos, al de la Sibila y al de Vesta, que muestran sus esbeltas columnas tronchadas y los hermosos capiteles rotos; y al de Hércules y al de la *Dea Bona*, que salen a medias del suelo, como luchando contra el implacable olvido; pero el día luminoso, claro, sonriente, la música dominguera que va delante por la pintoresca callejuela, seguida de pilletes rubios y de muchachas rosadas, nos empuja hacia los jardines y el campo. Siquiera deberíamos detenernos a admirar dos campaniles negruscos, uno cortado en línea recta y el otro terminado en punta, recuerdos de la Edad Media, que contribuyen a formar desde lejos, el conjunto armonioso y casi musical de esta ciudad, al elevarse sobre los techos y romper los planos horizontales de las azoteas. Pero, desde lejos, el ruido de las cascadas invita más a oír el lenguaje de las aguas que el lenguaje de las piedras.

La Villa Gregoriana, habla de épocas muy recientes del papado. Iban ya a sonar para el Vaticano las horas tristes y Gregorio XVI no tenía el espíritu despreocupado, artístico y opulento de sus grandes antecesores del 500, Nicolás V, Julio II y León X. Su mano de gobernante se va marcando, en cambio, modesta pero sabiamente a lo largo de la campiña romana, en acueductos, en obras de regadío y de saneamiento. Donde están sus cifras y sus armas hay seguridad de encontrar la obra útil y administrativa: pero jamás las magnificencias pasadas. El papado, como aquellas madres que en el otoño de su vida dan a luz un hijo tardíamente, producía lleno de trabajos y de fatigas, su última obra monumental: San Pablo, que acababa de incendiarse en 1821. Desde entonces iba a ejercer solamente la



Las pequeñas cascadas

soberanía religiosa del orbe, y los magníficos pontífices, artistas, príncipes y constructores, pasaban a la historia para no volver. Hé aquí la última villa papal; un pequeño casino, bastaba para que el Papa tomara reposo y descendiera como un monje benedictino, cubierta la cabeza por el blanco birrete, en medio de los calurosos días de Julio, Agosto y Septiembre, por los senderos sombríos que llevan a la cascada, leyendo en voz alta su oficio en el breviario abierto. Una sola gruta obscura donde las aguas se precipitan, se revuelven en espumosos remolinos y salen lanzadas tumultuosamente, ha escapado a la piedad severa de los papas del siglo XIX, con el nombre de "Gruta de Neptuno", último resto mitológico del 1500.

La villa Gregoriana es la obra de los papas piadosos y buenos administradores. El Aniene amenazaba llevarse la ciudad en una de sus creces: el Papa Gregorio XVI lo desvía y forma la imponente cascada que recuerda a Tívoli una obra de progreso, que le da un maravilloso pedestal, convirtiéndolo en una fontana gigantesca, que produce hoy día el alumbrado y la fuerza de Roma.

La villa Gregoriana es la obra d elos pavegetación; pero simple y severa. Es el gran jardín de un párroco rico que ha sido dibujado y formado por su sacristán. Se puede rezar en ella; hasta dormir se puede, bajo los grandes y añosos árboles; pero no soñar ni amar.

La opulenta y maravillosa villa construída en 1551 por el cardenal Hipólito D'Este, gobernador perpétuo de Tívoli, cuenta todavía con la vigésima parte de sus diez mil fuentes de agua cristalina, una anacreóntica que tiene ecos deliciosos en las estatuas de mármol, en los rosales floridos, en los inmensos plátanos y cipreces, en los emparrados misteriosos y en las largas avenidas de verdura recortada y sombría.

Cien años de abandono han pasado sobre la antigua, grandiosa mansión, secando las fuentes, agrietando los arcos, descalabrando las puertas, haciendo trizaduras en los jarrones cargados de musgos y de helechos, y pasando por todas partes una mano implacable de desolación y de olvido, pero también de poesía y de misterio. Y es verdad: el ciprés ha crecido en largas, interminables puntas; el rosal ha pasado sus guías cargadas de botones sobre el sendero solitario y ha ido a anudarse en la balaustrada de una escalinata o en el pedestal descascarado de un fauno; la fuente ha caído durante siglos y por último se ha secado y en vez de brotar por el obstruído conducto, va por debajo de las hojas de acanto, rumoreando humildemente; y la yedra, imagen de esta emanación de paganismo que la Iglesia no ha podido sofocar y que se venga haciendo ostentosa manifestación en la morada de uno de sus príncipes, se alza por los troncos de los cipreces, taladra las cortezas seculares con sus raíces finísimas y confunde sus hojas con las ramas.

Y cómo sería profundo, imborrable, ese sello de sonrisa placentera, de erotismo y de alegría, de sensual satisfacción de vivir, con que se marcó esta mansión, que aún ahora, cuando el follaje ha crecido, las aguas se han estancado en superficies verdosas, los troncos se han hecho inmensos y negros, y el fin de las avenidas es casi tenebroso, aún recorre el cuerpo un temblor voluptuoso, y todavía sonríe todo con suspiros y secretos que hace que inconscientemente la madre retenga a la hija a sus costados y no abandone con la mirada la pareja de novios que baja las gradas lentamente, respirando el tóxico de las flores y de las hojas, de las aguas y de las brisas, de las sombras errantes, de las palabras y de los ecos que quedaron flotando y se anidaron quedamente en los rincones.

¿Para qué fué hecha esta villa? ¿Para orar? Como en los días de viento el humo en la boca misma de la chimenea se disipa y desaparece; en la villa D'Este no alcanza la oración a salir de los labios, porque el espíritu no puede formularla. ¿Para pensar? Como el que va a entrar al templo y escucha los acordes de la música militar y se detiene para buscar con los ojos la calle por donde se aproxima, en la villa D'Este el pensamiento se enreda en las madreselvas, flota sobre el agua, sigue el murmullo de las fuentes, cree que lo llaman de aquí, de allá, de todas partes, y por fin se cansa y se adormece. ¿Para qué entonces? En una de las salas del palacio, decoradas por Zuccari, se ve el retrato del cardenal vestí de cazador. Tal vez esta villa fué hecha para cazar.

Los pintores han acudido como peregri-



Tivoli.—Las antiguas cascadas bajo el puente Greporiano

nos a la Villa D'Este. Lo que Versailles, frío, académico, simétrico, les ha permitido adivinar, lo han encontrado aquí con toda la intensidad de la naturaleza que por primera vez se ha entregado al arte sin perder su flor de virginidad y de pureza. La turba de paisajistas bebe incansablemente, durante más de medio siglo, el color, la poesía y la calma de sus jardines; y, sin embargo, todavía quedan rincones que nadie ha descubierto, que nadie ha comprendido, donde la sombra tomada al brazo del misterio imita a los sublimes aparecidos, que en las noches de luna se abrazan bajo los emparrados de jazmines.

Cuando las diez mil pilas de la villa dejaban caer sus diez mil surtidores, y los grandes señores y las grandes y pequeñas damas descendían la escalera, entre la doble fila de cipreses solemnes y casi fúnebres, y flotaba en el aire esa inconsciencia de la vida y de la muerte, que es el alma del Renacimiento, qué risas, qué diálogos, qué sabias y filosóficas conversaciones se mezclarían a la voz poética de las aguas. El alma de Giovanni Boccacio hace evocar en este jardín rumoroso su *Amorosa Visione*, donde el poeta encontró en el templo de la Felicidad, a la Sabiduría, la Gloria, el Amor y la Fortuna. La Villa D'Este era este templo que contenía estas diosas avaras; pero su dueño, el gran cazador pintado por Zuccari, era al mismo tiempo gobernador perpetuo de Tívoli y dispensador de la indulgencia y del perdón para los que lo necesitaban.

Estas diez mil vertientes artificiales, se alineaban a veces en una sola fila, y cada una dejaba salir por la boca de un sátiro barbudo, un hilo de agua que caía sobre su fuentecita de mármol con una nota clara y argentina; se juntaban otras veces como en la fontana del órgano, y al pasar las aguas por los grandes tubos de madera, producían al morir la tarde, una música extraña y dulcísima; pero eran más elocuentes, misteriosas y poéticas sus funciones de compañeras y de habladoras imperturbables y serenas, cuando en el último rincón olvidado, frente al banco de piedra, un pequeño chorrito saltaba en una humilde bandeja de mármol, para acompañar con su murmullo a los que tenían pocas palabras que decirse.

Esta es la Villa D'Este. Perdón si ante el paganismo de este maravilloso palacio, el escritor cristiano piensa demasiado en las divinidades griegas, en el Dios Pan, en los silenos y los sátiros y cree todavía ver la sombra de Leda a la orilla de la gran fuente donde el último cisne ha muerto.

J. D. G.

Roma, Mayo de 1909.



La bifurcación del Aniene

NIÑOS PRECOCES

El niño Loló, hijo de un boticario de un pueblecito de Galicia (España), sabía apenas hablar y mostraba una gran inclinación y gusto por el ajedrez.

A la edad de 5 años comprendía perfectamente la trama del juego y jugaba con estusiasmo todas las noches una partida con su padre, jugador distinguido, a quién no pocas derrotaba. Progresaba en el juego de día en día; y en poco tiempo fué declarado campeón de ajedréz en todo el contorno. Actualmente tiene sólo siete años y no hay quién pueda derrotarlo.

América tiene la gloria de poseer el más joven jugador de billar.

Willie Hope de Nueva York cuenta quince años solamente y es ya un maestro consumado en el difícil juego de billar. Los más expertos jugadores aseguran que muy pronto será el campeón mundial.

Tiene tanto fanatismo por su arte que invierte diez o doce horas todos los días en estudiar sus carambolas y es sorprendente por la sangre fría y la seguridad que demuestra en el juego.

En un match que duró seis días consecutivos tenía por contrincante un terrible jugador norteamericano también. Jugaban dos partida cada día y Hope derrotó gloriosamente a su adversario.

El Emperador Guillermo de Alemania, que es un filarmónico entusiasta ha tomado bajo su protección a otro niño prodigio, el niño de siete años español Pepito Arriola que es un pianista notable.

Aunque apenas alcanza la octava, Pepito Arriola puede declararse ya un maestro genial de la música, y conoce perfectamente todos los secretos de la armonía. Ultimamente compuso una marcha dedicada al Emperador y una danza española que dedicó a la Emperatriz.

La pequeña María Peary, hija del famoso explorador y que cuenta sólo diez años, es sin duda la escritora más pequeña del mundo.

Ha escrito un libro "Los niños del Polo Artico" donde describe sus impresiones y la vida de los niños de aquellas regiones en que ella abrió sus ojos a la luz, pues la pequeñita Mary es la primera niña europea nacida en el círculo ártico. Los esquimales la llamaban "Ah-ri-ghi-to, o sea la niña de la nieve.

Carmen Silva a la edad de 12 años fué admitida en la Sociedad de autores dramáticos, de la que es actualmente el miembro más joven.

VIAJERO AFORTUNADO

Los viajes están en boga, y ahora más que empieza la estación propicia. Todo el mundo se apresta a viajar y procura que sus viajes sean rápidos, cómodos y baratos. Ved la graciosa aventura que le pasó a un norteamericano últimamente, que es en verdad divertida.

Las compañías ferrocarrileras de Estados Unidos permiten viajar gratis a los periodistas, con la simple presentación de su carta de identidad. Hace poco, un modesto empleado de un diario a quien una circunstancia repentina obligó a ponerse en camino y tomar el tren, resolvió hacer su viaje a cuenta de la empresa ferrocarrilera y aunque no pertenecía a ninguna redacción, subió a un coche exclamando con aire de suma importancia la mágica palabra de Sésamo: "Prensa!" Pero el jefe de tren quiso ver su carta de identidad el protestó que la había olvidado y al exigírsele que dijera al menos el diario a que pertenecía, respondió sin vacilar: "Al "New York Sun".

—Mejor ocasión nunca, respondió el jefe de tren. Su director va en el coche del lado; él puede identificar la personalidad de Ud; sin esto, yo no podría permitir a Ud.

Y echando a andar con el desconocido viajero delante, le hizo entrar en un coche salón donde un caballero de abdómen descomunal, y cubierto de brillantes, se arrellenaba en un cómodo sillón.

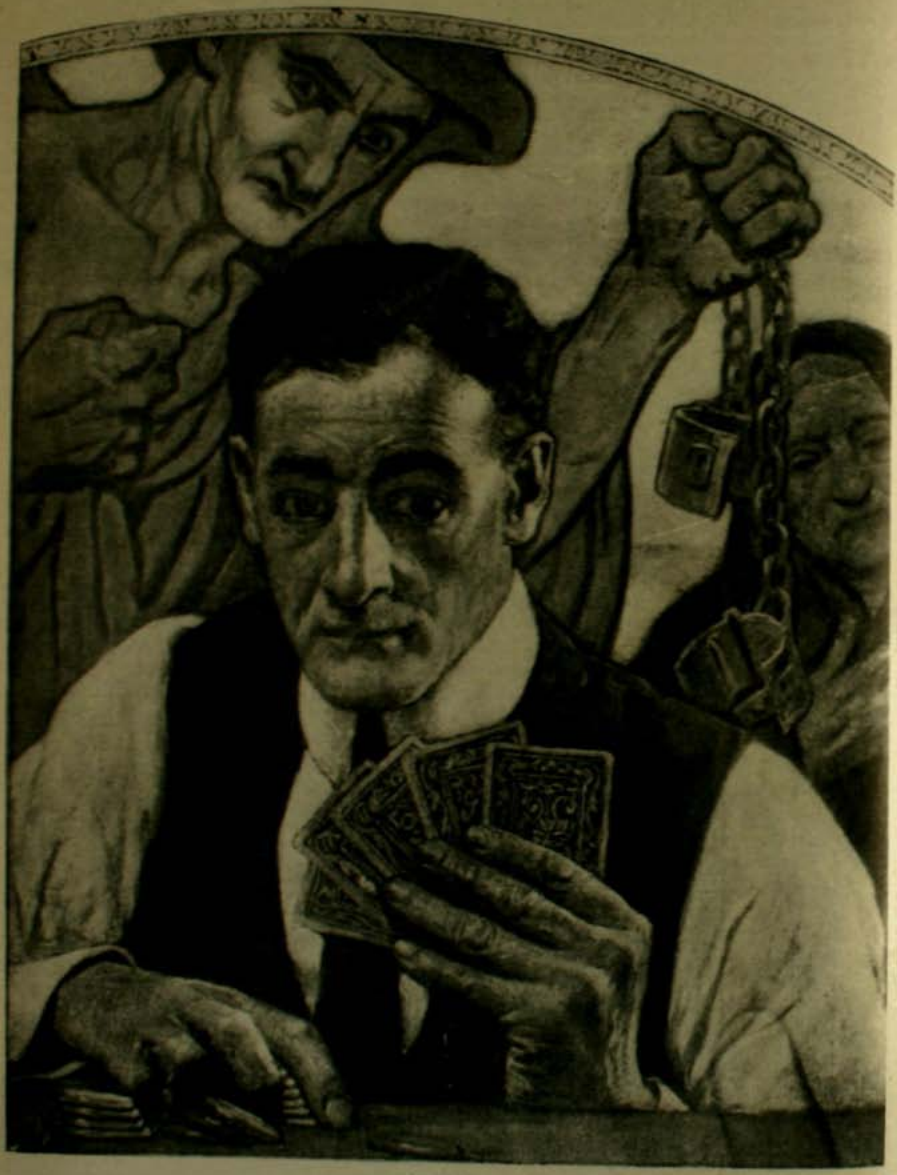
—Hé aquí, dijo a éste el empleado del tren, un caballero que dice pertenecer al *New York Sun*...

—Como no, respondió al punto el panzudo caballero; este caballero forma parte de mi redacción.

Al momento el jefe de tren se deshizo en excusas y cumplimientos y se retiró dejando a los dos hombres frente a frente, con enorme confusión del viajero sin billete que reconocidísimo al director del "New York Sun", de haberle sacado de aquel mal paso le confesó ingénuamente su supercheria.

—Está bien, está bien, respondió el importante personaje. Yo estaba tan asustado y comprometido como Ud. cuando Ud. entró. Tanto soy yo director como Ud. redactor; viajo en las mismas condiciones que Ud...

EL JUEGO Y



EL PRESIDIO

LA carta que asoma última en el naipe viene a alterar las leyes naturales que rigen los intereses de los hombres.

Ella burla los derechos de la fortuna honradamente adquirida; pone en manos de la mas veleidosa suerte el bienestar y el honor de una familia.

El jugador es siempre un fracasado, porque eso implica renunciar a la lucha por el éxito, al esfuerzo que se basa en nuestra capacidad puesta frente a frente o aliada con la capacidad ajena.

El hombre entregado al azar del tapete verde es un candidato a la ruina económica o moral; la quiebra, el suicidio o la cárcel son sus expectativas más seguras.

Ved aquí un hombre que ha jugado y ha perdido: Pudo llevarlo al garito la sombra de un buen propósito: la idea de conseguir al fin para los suyos un bienestar que sus condiciones de asalariado le negaba.

Su castigo está, pues, en comprender ya tarde que no estaba por ahí el camino del éxito.

En el juego hay siempre un ganancioso, naturalmente; pero nunca lo es por un tiempo apreciable, uno de los directamente interesados.

Se enriquece el banquero, se engalanan con el oro de la ruleta y el baccarat, las aventureras y los rufianes; sólo el jugador se arruina. El azar de la carta o de la ficha de lotería es la máscara más sarcástica de lo que llamamos suerte. Da sin discernimiento, quita sin justicia, roba siempre.



Todo esto lo ha comprendido tarde el jugador, cuando ya se encaja en su cabeza rapada la gorra del presidiario, la listada blusa y la cadena infamante.

Pero esto no le conmueve tanto como la visión del hogar deshecho, de la mujer abandonada con su criatura a todos los arranques de la desesperación, cuando no a las peores solicitaciones del vicio.

¡Y ese hombre pudo ser útil a los suyos y a su patria, sólo con examinar a la ligera la enorme, la inmensa desproporción en que se hallan los victoriosos y los vencidos del juego!

Vosotros los ilusionados con un golpe de suerte fabulosa, preguntad antes de poner vuestro dinero a la carta, al boleto hípico o a la lotería, cuántas familias han perdido el porvenir de un hijo, empleado de banco, del comercio o del fisco; cuántas inteligencias lamentablemente extraviadas han ido a meditar en una celda las consecuencias de una "deuda de honor."

Del garito al presidio gira una de las rondas infernales descritas por el Dante.

LA INTELIGENCIA DE LAS FLORES

Entre los vegetales que dan pruebas más asombrosas de iniciativa propia, las plantas que podrían llamarse animadas o sensibles tendrían derecho a un estudio detallado. Por mi parte, me contentaré con recordar las deliciosas timideces de la sensitiva, la mimosa púdica (pudorosa) que todos conocemos. Otras yerbas de movimiento espontáneo son menos conocidas, principalmente las leguminosas, entre las cuales el Hedysarum gyrans o pipirigallo, se agita de manera harto sorprendente. Esta pequeña leguminosa de Bengala, cultivada en Europa solamente en invernaderos, ejecuta una especie de danza perpetua en honor de la luz. Cada una de las partes en que se dividen sus hojas, está animada de un movimiento propio y diferente. Su sensibilidad a la luz es tal, que su danza se calma o se acelera según que una nube vele o descubra el trozo de cielo que ellas contemplan.

Se ve que estas plantas, a las cuales habría que agregar las droseráceas, y muchas más, pertenecen ya a la categoría de los seres que por poseer nervios sobrepasan un poco la valla misteriosa y tal vez imaginaria que separa el reino vegetal del animal. Sin subir hasta ellas, se encuentra tanta inteligencia y casi tanta espontaneidad manifiesta, al otro extremo del mundo que nos ocupa, en los bajos fondos en que la planta se distingue apenas del humus o de la piedra: me refiero a la fabulosa tribu de las criptógamas, sólo apreciables con ayuda del microscopio. Pasando por alto esas especies entre las cuales se cuentan las setas (callampas), los helechos y otras, hallamos entre las plantas acuáticas el espectáculo de las secretas maravillas que en ellas se operan. Los nenúfares lanzan su flor a la superficie del estanque, a desplegar allí su corola, manteniéndola arriba por medio de su interminable pedúnculo, el que se alarga cada vez que sube el nivel del agua. El falso nenúfar (*Villarsia nymphoides*), que no posee un pedúnculo dilatable, deja sencillamente que la flor suba y estalle como burbuja.

El sistema de las utriculárias es todavía más complicado. Hé aquí cómo lo describe M. Bocquillón: Estas plantas, comunes en los estanques, los fosos, los pantanos, no son visibles en invierno, a causa de que están recogidas en el fondo. En la axila de sus hojas, transformadas en filamentos ramificados, hay una especie de bolsillito, cuya extremidad superior es puntiaguda y está provista de una abertura. Esta abertura posee una válvula que sólo puede abrirse de afuera adentro. Cuando ha llegado el momento de la floración, los pequeños odres auxiliares se llenan de aire, y mientras más pretenda escaparse este aire, mejor cierra la válvula. En definitiva, esto da a la planta una gran ligereza específica y la sube a la superficie del agua. Sólo entonces se abren sus lindas florecitas amarillas. Durante los meses de verano muestran sus frescos colores en medio de los distintos vegetales; pero una vez cumplida su misión el fruto se desarrolla y los papeles se cambian; el agua ambiente comprime la válvula, la hunde, se precipita en la cavidad, aumenta el peso de la planta y la obliga a descender al fondo del pantano.

*

No podemos abandonar el estudio de las plantas acuáticas sin recordar antes sucintamente a la más romántica de todas, la legendaria valisneria, una hydrocarídea, cuyas nupcias forman el episodio más trágico de la historia pasional de las flores.

La valisneria es una yerba acuática harto insignificante, que carece por completo de la gracia del nenúfar o de otras algas. Diríase, empero, que la naturaleza se ha dado la satisfacción de inspirarle un hermo-

so capricho. Toda la existencia de la pequeña planta transcurre al fondo del agua, en una especie de semi-sueño, hasta el momento nupcial en que aspira por su nueva vida. Entonces la flor-hembra tiende lentamente la larga espiral de su pedúnculo, sube, emerge, va a flotar y desplegarse en la superficie del agua. Las flores masculinas que la entrevefan a través del agua soleada desde un bajo fondo próximo, se elevan a su turno llenas de esperanza hacia aquella que las espera balanceándose en un mundo mágico. Pero apenas han llegado a medio camino, siéntense bruscamente retenidas: su tallo, la fuente de su vida, es demasiado corto; no alcanzarán jamás el reino de la luz, único sitio donde podría cumplirse la unión de los estambres y el pistilo.

¿Es inadvertencia de la naturaleza o prueba más cruel aún? Figuráos el drama de tal deseo, lo inaccesible a punto de tocarlo, la fatalidad transparente, lo imposible sin obstáculo apreciable!...

Quedaría sin solución como tantos otros dramas de la vida, si no se mezclara un elemento inesperado. ¿Las flores masculinas tenían el presentimiento de su decepción? Siempre ocurre que guardan en su corazón una burbuja de aire, como se conserva dentro del alma un deseo desesperado de liberación. Diríase que vacilan un momento, y luego con magnífico esfuerzo—el más sobrenatural que yo conozca en los fastos de insectos y flores,—con tal de ascender hasta su felicidad, rompen deliberadamente el lazo que las ataba a la existencia. Arrancándose del pedúnculo con incomparable ímpetu, sus pétalos van entre perlas de alegría a estallar en la superficie de las aguas. Heridas de muerte, pero resplandecientes en su libertad, flotan un momento al costado de su desatenta desposada; la unión se cumple, y en seguida las sacrificadas van a perecer en la orilla, mientras que la esposa ya fecundada cierra su corola, tuerce de nuevo su espiral y desciende a la profundidad para madurar allí el fruto del heroico beso.

Aunque se afee este hermoso cuadro, rigurosamente exacto, pero visto únicamente por el lado de la luz, hay que mirarlo igualmente por el lado de la sombra. ¿Por qué no? A veces hay del lado de la sombra verdades tan interesantes como del lado de la luz. Esta deliciosa tragedia no es perfecta sino cuando se considera la inteligencia, las aspiraciones de la especie; pero al observar los individuos, se les verá con frecuencia agitarse torpemente y contrariar los fines de la especie en su plan ideal. Unas veces las flores masculinas subirán a la superficie cuando todavía no hay flores de pistilo en los alrededores. Otras veces, cuando por la bajada del agua podrían alcanzar con su tallo a sus compañeras, no por eso dejan de romper el pedúnculo. Una vez más comprobamos con esto que todo el genio reside en la especie, la vida o la naturaleza, y que el individuo es poco menos que estúpido.

Sólo entre los hombres existe la emulación real entre las dos inteligencias, tendencia más y más precisa, más y más activa, hasta alcanzar esa especie de equilibrio que es el gran secreto de nuestro porvenir.

*

Hé aquí el fondo del sistema de fecundación de la orquídea de la región flamenca; por más que cada especie y hasta cada familia lo modifique al perfeccionar los detalles, según su experiencia, su psicología y sus conveniencias particulares. Por ejemplo, la anacamptis pyramidalis, una de las más inteligentes, ha añadido a su labio inferior, o labelum, dos pequeñas crestas que guían la trompa del insecto hasta el nectario y la obligan a realizar exactamente todo lo que de ella se esperaba. Darwin compara justamente este ingenioso accesorio al instrumento usado algunas veces para guiar el hilo hasta el ojo de la aguja. Otra mejora interesante: las dos bolitas que completan las anteras llenas de polen y flotan en el pilón, son reemplazadas por un sólo disco viscoso en forma de silla. Si se introduce en la flor, siguiendo el mismo camino que debe hacer la trompa del insecto, una punta de aguja o una cerda de chancho, se constata muy claramente las ventajas de este más sencillo y práctico sistema. Desde el momento en que la cerda ha rozado el pilón, este se rompe, siguiendo una línea simétrica que deja al descubierto el disco en forma de silla, que se une inmediatamente a la cerda. Retirad ésta vivamente, y tendréis justamente el tiempo de sorprender el curioso movimiento de la silla, que, tomada de la cerda o de la aguja, repliega

sus dos alas inferiores en forma de enlazar estrechámente el objeto que la sostiene. Este movimiento tiene por objeto afirmar la adherencia de la silla, y, sobre todo, asegurar con más precisión que entre la orquídea doble, la divergencia indispensable de las anteras. Tan pronto como la cerda ha sido estrechada, las anteras se inclinan sobre la punta de la cerda, de la misma manera que en la orquídea mencionada anteriormente. Estos dos movimientos combinados se efectúan en treinta o treinta y cuatro segundos.

Una familia de grandes inventores, una extraña y rica familia americana, la de los catasetideas, ha transtornado con audaz iniciativa, cierto número de prácticas que sin duda le parecieron demasiado primitivas. En primer lugar, la separación de sexos es absoluta; cada uno tiene su flor particular. Además, el paquete de polen no espera ya incitar al insecto a que debe pegarse. Hállase replegado sobre un poderoso resorte dentro de una especie de cámara. Nada atrae al insecto de ese lado; pero apenas ha alcanzado el magnífico dintel de seda cobriza, cuando los largas y nerviosas anteras que debe forzosamente tocar, llevan la alarma a todo el edificio. Al punto se desgarra el paquete de polen, dividiéndose en dos, que arrastrados por el pedículo juntamente con el disco viscoso, son violentamente proyectados afuera. Como consecuencia de un curioso cálculo balístico, el disco es invariablemente lanzado hacia delante y va a golpear al insecto y se adhiere a él. Este, alarmado por el choque, no piensa mas que en quitar lo más rápidamente posible la corola agresiva, y refugiarse en una flor vecina. Esto es todo lo que quería la orquídea americana.

*

Para terminar con esta extraña tribu de las orquídeas, nos queda por decir algunas palabras de un órgano auxiliar que pone en movimiento todo el mecanismo: el nectario. Este ha sido, por lo demás, de parte del genio de la especie, el objeto de rebuscas, tentativas y experimentaciones tan inteligentes, tan variadas como las que modifican sin cesar la economía de los órganos esenciales.

Es sabido que el nectario es en principio una especie de larga espuela, de cuernecillo puntiagudo que se yergue bien al fondo de la flor, al lado del pedúnculo y sirve aproximadamente de contrapeso a la corola. El líquido azucarado que contiene, el néctar, es aprovechado en su nutrición por las mariposas, los coleópteros y otros insectos, y por la abeja, que lo transforma en miel.

Su papel es, por lo mismo, el de atraer los huéspedes indispensables, para lo cual se ha conformado a su talla, a sus costumbres y gustos, y está dispuesta en tal forma, que ellos no puedan introducirse ni retirar su trompa sino después de haber cumplido escrupulosa y sucesivamente todos los ritos prescritos por las leyes orgánicas de la flor.

Conocemos ya suficientemente el carácter y la imaginación fontaseadora de las orquídeas, para prever que en esto, como en todo y más que en parte alguna, su espíritu inventivo, práctico, observador y receloso, se dé entera libertad. Una de ellas, por ejemplo, la *Sarcanthus teretifolius*, no consiguiendo probablemente elaborar un líquido que secara con rapidez para adherir el pólen a la cabeza del insecto, ha salvado la dificultad concretándose a retardar en lo posible la trompa del visitante en las estrechas galerías que conducen al nectario. El laberinto que ha construído es tan complicado, que Bauer, el hábil dibujante de Darwin, debió renunciar a reproducirlo.

*

Pero sin más detenernos en variados recursos de astucia, terminemos estos cuentos de hadas con el estudio del reclamo, del cebo que emplea para atraer a los insectos el *Coriantes macrantha*. La asombrosa orquídea ha imaginado lo siguiente: su labio inferior o *labelum*, forma un pilón en el cual van cayendo gotas de agua casi pura, secretada por dos trompetillas situadas encima; cuando la taza está a medio llenar, el agua corre por un desagüe. Esta instalación hidráulica es ya harto notable; pero aquí comienza la faz inquietante, diría casi simbólica, de la combinación.

La astuta orquídea sabe que las abejas forman un pueblo innumerable, ávido y afanoso; que salen por millares a las horas de sol; que basta que un perfume vibre como un beso al borde de una flor recién abierta, para que ellas acudan en tu

mucho al festín. Hé aquí, pues, dos o tres comensales en la cámara azucarada; el local es pequeño, los invitados brutales. De tanto empujarse y atropellarse, una de ellas concluye por caer al agua, moja allí concienzudamente sus diáfanas alitas, y a pesar de sus violentos esfuerzos, no puede volar. La abeja debe salir, por consiguiente, siguiendo el conducto del desagüe, el cual es justamente del ancho necesario para que el insecto, al salir, toque la superficie pegajosa del estigma y luego los glandes viscosos de la masa de polen, que lo esperan a lo largo de la galería. Ella se escapa así cargada con el polvo fecundante, entra en una flor vecina, donde recomienza la escena del baño y de la evasión, que pondrá en contacto con otro ávido estigma el polen importado.

*

A estas pruebas de inteligencia, la vanidad un poco pueril del hombre, opone la objeción tradicional: sí, ciertamente, ellas crean maravillas, pero esas maravillas siguen siendo eternamente las mismas. La verdad que desde que los observamos, es decir, desde unos cincuenta años atrás, no hemos visto al *coryantes* o a las *catasetideas*, perfeccionar los lazos con que atrapan al insecto; eso es todo lo que podemos afirmar, lo que resulta insuficiente a decir verdad. ¿Hemos intentado las experiencias más elementales sobre lo que harían al cabo de un siglo las generaciones sucesivas de esa sorprendente orquídea "bañista", si se la colocara en un medio distinto, entre insectos diferentes? Por otra parte, los nombres que damos a los géneros, especies y variedades, concluyen por engañarnos a nosotros mismos, y creamos así tipos imaginarios, que creemos fijos, cuando no son probablemente más que los representantes de una misma flor que continúa modificando lentamente sus órganos según las circunstancias.

Las flores precedieron a los insectos sobre nuestro planeta; debieron, en consecuencia, cuando éstos aparecieron, adaptar a las costumbres de sus imprevistos colaboradores, toda una maquinaria de nuevo modelo. Este sólo hecho, geológicamente incontestable, basta para establecer entre todo lo demás que ignoramos, la certidumbre de la evolución, y esta palabra un poco vaga, ¿no significa en último análisis, adaptación, modificación, progreso inteligente?

Lo que yo mismo he recordado respecto a las cualidades de adaptación de las abejas, podría, a mi juicio, realizarse—*mutatis mutandi*—en el reino de las flores. Bastaría probablemente que el admirable esfuerzo evolutivo de las numerosas variedades de la savia fuera sometida a algunos experimentos y estudiada con más método del que podría emplear yo, profano como soy. Mientras tanto, entre muchos otros indicios que sería fácil reunir, un curioso estudio de Babinet sobre los cereales, nos enseña que ciertas plantas, transportadas lejos de su clima habitual, observan las nuevas circunstancias y sacan partido de ellas, exactamente como las abejas. De este modo, en las regiones más cálidas del Asia, el Africa y la América, donde el invierno no lo mata anualmente, el trigo se convierte en lo que debió ser en su origen, una planta vivaz como el césped. Allí se le encuentra siempre verde, se propaga por las raíces, y no da ya espigas ni grano. En la época en que de su patria tropical primitiva, vino a aclimatarse en el suelo europeo glacial, le fué preciso transtornar sus costumbres e inventar un nuevo sistema de multiplicación. Como lo dice perfectamente Babinet, "el organismo de la planta, por inconcebible milagro, parece haber presentido la necesidad de pasar por el estado de grano, a fin de no perecer del todo durante la estación rigurosa."

*

En todo caso, para destruir la objeción que refutamos, bastaría que el acto de progreso inteligente fuera constatado una sola vez siquiera, fuera de la humanidad. Pero, aparte el placer que se halla en refutar un argumento demasiado vanidoso e inútil, esto de la inteligencia personal de las flores, de los insectos o de los pájaros, tiene en el fondo poca importancia. Que se dice, a propósito de la orquídea como de la abeja, que es la naturaleza y no la planta o la mosca, la que calcula, combina, inventa y razona, ¿qué interés puede tener esta distinción para nosotros? Una cuestión mucho más elevada y más digna de nuestra atención, domina esos detalles. Se trata de sor-

prender el carácter, la cualidad, los hábitos y acaso la inteligencia general de donde emanan todos los actos inteligentes que se realizan sobre la tierra. Desde este punto de vista, es como el estudio de los seres—las hormigas y las abejas entre otros—en que se manifiestan más claramente, aparte del hombre, los procedimientos y el ideal de este genio, es uno de los más curiosos que pueda emprenderse. Es de creer, después de todo lo que acabamos de decir, que estas tendencias, estos métodos intelectuales, sean al menos tan complejos, tan avanzados, tan sorprendentes entre las orquídeas, como entre los himenópteros sociales. Agreguemos que un gran número de móviles, que una parte de la lógica de estos insectos inquietos y de difícil observación, nos escapan todavía, mientras que sorprendemos sin mucho esfuerzo todos los motivos silenciosos, todos los razonamientos estables y prudentes de la apacible flor.

MAURICIO MAETERLINCK.

TESTAMENTOS DIVERTIDOS

Hay gentes de tan buen humor que no pueden hacer nada absolutamente sin divertirse un poco, aún cuando sea en momentos que tienen que cumplir el más grave de los deberes, como es el de hacer su testamento. Así es como un rico alemán, hace pocos años, debió pasar un rato divertidísimo mientras escribía en una hoja de papel que toda su cuantiosa fortuna debería pasar íntegra a sus seis sobrinos y seis sobrinas, con la condición expresa de que los jóvenes habían de casarse con señoritas que tuvieran todas el nombre de Antonietas, y las sobrinas dieran su mano y su corazón a jóvenes que llevasen el nombre de Antonio. Además, todos estos matrimonios debían celebrarse el día mismo en que se celebra la fiesta de este gran Santo, o sea el 13 de Junio. No es difícil imaginarse las escenas más o menos burlescas y cómicas que serían consecuencia de este testamento original.

Otro testador que veía las cosas bastante filosóficamente, y que sin duda alguna gozó de antemano lo indecible con la cara que pondra su mujer al escuchar la lectura de su última voluntad, añadió a este precioso documento la cláusula siguiente: "En el caso que mi viuda vuelva a contraer matrimonio, la lego una suma doble de la estipulada más arriba, pues su nuevo marido bien merecerá al desposarla esta pequeña ayuda suplementaria."

Y no es menos curiosa la última voluntad de un irlandés que legó a una casa religiosa, por la que su esposa había tenido siempre singular predilección e interés, una suma de 25,000 pesos, pero con la condición, *sine qua non*, de que esta digna esposa pasara el resto de su vida rezando! La historia no dice si la buena señora rehusó el legado, pero es fácil imaginarse al bueno del marido frotándose las manos de gusto después de escribir el gracioso testamento y exclamando: "Oh! querida y tierna amiga, quedas bañada en devoción! Ya podrás a tu gusto elevar tu alma al Señor cuando yo no esté a tu lado, para estar siempre escuchando tus padremuestros!"

La subida norte del Santa Lucía

En vista del propósito de completar los puntos de acceso al Cerro por medio de una escalinata por el lado de la calle Tres Montes, creemos del caso exponer algunas ideas que nos han sugerido parecidas construcciones y, en especial, la **gradinata** que aparece en el grabado.

El arte y la comodidad se concilian en una arquitectura del estilo de la indicada: vuelo amplio y reposado de los tramos, descansos frecuentes y fácil acceso al plano superior.

El paseante continúa, casi sin advertirlo, su jornada de la calle a la pendiente; avanza en suave ascensión, se detiene, abarca con la mirada el panorama de la ciudad que comienza a ensancharse á sus piés, y pausadamente, sin esfuerzo ni fatiga, alcanza los puntos de más bella perspectiva.

La seca lámina del estuco de las balaustradas se refresca al contacto de los jarrones en que abren su abanico las plantas de mero adorno.

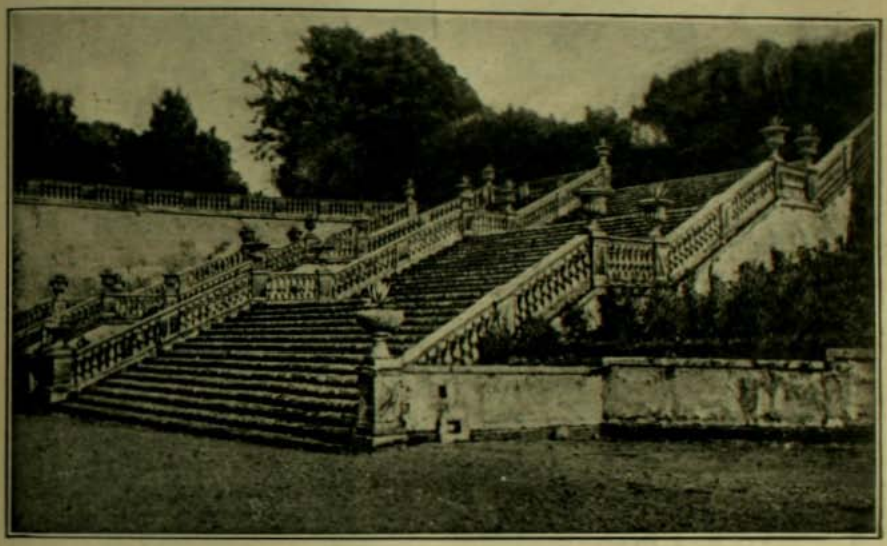
Esos arbustos distribuídos a lo largo de la escalinata que el toque decorativo que une sin violencias de contraste la calle desnuda y el cerro florido.

Hagamos algo por el estilo en el magnífico espacio que han dejado disponibles las últimas demoliciones en torno al Santa Lucía.

Por de pronto, los fondos están agotados; por lo mismo, es ocasión de estudiar con detenimiento y conciencia artística lo que es necesario hacer apenas haya dinero.

La subida que indicamos está llamada a ser la más concurrida por los paseantes de a pie. Arrancando del barrio central de la ciudad, con acceso a los puntos más bellos del cerro y un soberbio panorama a sus piés, será el punto de concurrencia de multitud de gentes y en especial de los visitantes extranjeros.

Tratándose de obras públicas, ¿cómo olvidar la recomendación del estilo? Que se respete ante todo las líneas tradicionales de nuestro más hermoso monumento natural, y que las agrias superficies de las obras de albañilería, sean cubiertas por un manto de yerba, por esa yedra húmeda y sombría que tanta falta hace en el desnudo talud del lado poniente del Cerro.



Escalinata de la "villa" Torlonia.—Frascati



Haciendo un análisis

Laboratorio Químico Municipal

Ilustraciones fotográficas.

En la organización de las dependencias municipales de Santiago, el Laboratorio Químico es una sección dependiente de la oficina de policía local, cuya jefatura tiene el doctor don Rodolfo Marín. Es pues, un anexo; pero un anexo indispensable.

Su labor es pasiva, aunque de una importancia considerable y es por ello que a la fecha se le presta una atención preferente.

En los tiempos en que la mala administración de los alcaldes contagió con su desorden los diversos servicios de la ciudad, tanto la oficina de policía local, como el Laboratorio, pasaron por períodos de un abandono casi completo. Afortunadamente, la corporación actual ha vuelto las cosas a su estado normal y los funcionarios encargados de las atenciones comunales, cumplen correctamente con su deber.

Pero el abandono en que el Laboratorio quedó por parte de los malos Municipios ha dejado en él rastros que para hacer desaparecer exigirán fuertes sumas de dinero.

Largos años ha debido funcionar con los elementos con que fué dotado en remotos tiempos y a la fecha carece de muchos que son absolutamente necesarios.

El doctor Marín, a quien visitamos recientemente, nos decía que en esta situación no es cosa fácil el hacer un análisis. Desde luego, faltan substancias, reactivos, ácidos, hornillos y retortas: todo el material de que están dotados los establecimientos de mediana importancia.

Y en tal estado se encuentra esta sección, precisamente cuando los inspectores y funcionarios de la sección de policía local trabajan con más actividad, cuando se recoge mayor número de muestras y cuando, para responder a las necesidades de una ciudad como la nuestra, sería de desear una instalación lo más completa posible.

El señor Marín nos agregaba:



El Doctor Marín en su oficina acompañado del secretario de la Inspección señor Yentzen y del primer ayudante del Laboratorio señor Jara

—Nuestras esperanzas están puestas en el empréstito que se ha solicitado, porque de él se destinarán 2,000 libras esterlinas para perfeccionar en debida forma las instalaciones actuales.

Por de pronto, se hace lo que buenamente se puede. El trabajo es lento. Hay que acudir a procedimientos engorrosos y largos para el análisis más sencillo.

No obstante, se trabaja activamente; desde el 13 de Junio, fecha en que se reorganizó el servicio, se han analizado 3,074 muestras de bebidas y alimentos recogidas en almacenes, lecherías y mercados.

El trabajo del Laboratorio es hecho por tres ayudantes, de los cuales es jefe el señor Ricardo Jara, químico competente que ha hecho estudios completos en Paris.

Esta sección cuenta también con un gabinete de microscopía, que atiende el doctor don Carlos Fernández Peña.

La sección de inspección es una de las más importantes de las reparticiones municipales, tanto por la variedad de servicios que abarca, cuanto por la atención constante que éstos requieren.

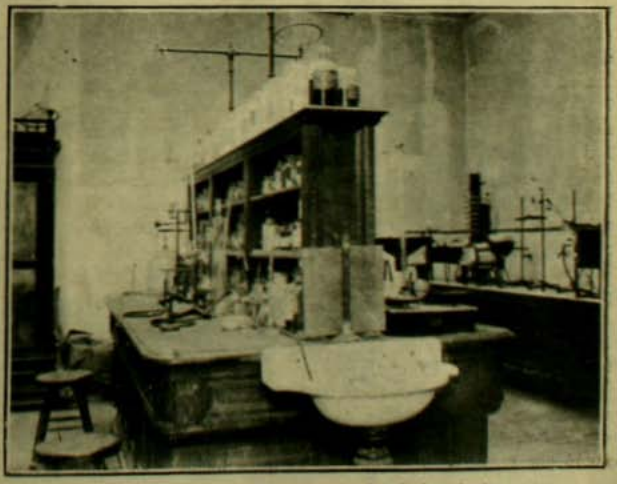
Tiene ingerencia directa sobre los puestos de leche, las fábricas y sus productos, las casas mayoristas expendedoras de artículos de consumo, los almacenes de venta al detalle, la controlación de pesos y medidas, los mercados, las cantinas, los teatros, los vendedores fijos y ambulantes, los limpia-botas, las carnicerías y chancherías, los puestos de frutas, pescado, etc.

Como se ve, sus servicios abarcan un radio de acción bastante amplio.

Y después de enumerarnos todas estas atenciones, el doctor Marín agregó:

—Además, todo lo que no se encuentra explícitamente agregado a otras dependencias y lo que la Alcaldía quiera encomendarnos.

Atienden estos servicios 14 inspectores y 6 fieles ejecutores, a cuyo sueldo se añade



Vista de una de las salas del Laboratorio

un tanto por ciento de las multas que se aplican por sus denuncios.

La labor de estos inspectores es variada y requiere actividad y rectitud.

Ellos toman en almacenes, fábricas y mercados, muestras de substancias alimenticias que, debidamente certificadas y selladas, llevan al Laboratorio para su análisis químico.

La obra realizada por el activo trabajo de la Inspección, es digna de encomio.

Se nos informó que en los primeros tiempos, es decir, en Junio pasado, a raiz de la reorganización de la oficina, el 60 por ciento de las muestras recogidas eran declaradas malas y en la leche la proporción aumentaba hasta el 80 por ciento!

Una cosa verdaderamente inaudita. Se envenenaba al vecindario escandalosamente. Se vendian las substancias más dañosas e inmundas como alimentos. La leche, a más de ser privada de su crema, era mezclada con substancias nocivas y repugnantes grasas que le daban apariencia de pura.

Poco a poco este estado de cosas ha ido mejorando; el porcentaje de adulteración en las muestras ha disminuido notablemente gracias a que las multas se aplican sin consideraciones de ninguna especie y con el mayor rigor.

Se han hecho por este capítulo, desde Junio, 1,003 denuncios a los Juzgados

El doctor Marín se nos mostró muy satisfecho de la cooperación que a esta buena obra en pro de la salud del vecindario, prestan los señores jueces del crimen, atendiendo preferentemente los denuncios que les hace la Inspección de su cargo, no obstante el gran recargo de trabajo que les abruma.

Al hablarnos de esto, se extendió en consideraciones sobre la imperiosa necesidad de crear el Juzgado de Policía Local, asunto del que ya largamente se ha hablado y escrito y cuya creación vendría a contribuir poderosa y eficazmente a la campaña saludable que se ha emprendido.

EL CARACTER POR EL SOMBRERO

Un psicólogo alemán tiene la pretensión de adivinar el carácter de cada uno según el modo de llevar el sombrero. Quiere decirse que según este observador el antiguo proverbio de "Dime con quién andas y te diré quién eres" podría convertirse en este otro: "Dime cómo llevas el sombrero y te diré quién eres". Proverbio que lo mismo podría provenir de un psicólogo que de un sombrerero.

Pero examinemos las observaciones de aquél:

El que lleva su sombrero perpendicular al eje vertical de la cabeza, es un hombre recto, metódico y... enojoso.

El hombre amable lleva el sombrero un poco sobre la oreja. Si es demasiado exagerada la inclinación, esto implica insolencia y fanfarronería, salvo el caso en que esto se haga por ocultar alguna cicatriz en la cabeza.

El que lleva el sombrero echado para atrás, es un hombre sin escrúpulos y falto de convicciones; el sombrero hacia atrás indica también deudas. Quedan notificados los jóvenes. Cuanto más hacia atrás se lleva el sombrero, más tramposo es el individuo.

Por el contrario, el sombrero echado para adelante es indicio de un carácter poco fácil de manejar, de humor pesado y un espíritu apocado.

El sombrero muy metido en la cabeza, denota firmeza y decisión.

En suma, para juzgar de una persona no hay más, según el psicólogo alemán, que fijarse en la postura del sombrero.

¿No será esto un tanto superficial?

LA VIDA INTENSA

Por

Juan Nicolás de Aguirre

(Francisco Rivas Vicuña)

DEDICATORIA

Señor don Alberto Edwards,

Presente.

Mi querido amigo:

Este apunte está hecho para tí, campeón de la vida modesta, única que puede darnos hombres sanos que apliquen nuestras leyes que son buenas.

Tu viejo amigo,

JUAN NICOLAS DE AGUIRRE.

PERSONAJES

ALBERTO RUBIO, parlamentario	30	años
DOÑA ROSA, su madre	60	"
DON ENRIQUE, viejo amigo de doña Rosa	65	"
LUIS PEÑA, secretario político de Alberto	28	"
ARTURO FUENTES, secretario comercial de Alberto	30	"
SALUSTIO CARRIZO, alcalde	40	"
SANTIAGO LOPEZ, joven acomodado de provincia	30	"
DOÑA BRIGIDA, viuda solicitante	75	"
Un criado	45	"

La escena en un gran vestíbulo moderno.—Al fondo, el saliente de una galería que comunica el vestíbulo con el interior de la casa. A la derecha del espectador puerta de entrada; a la izquierda puerta que da acceso a una habitación.—Mobiliario inglés, moderno, muy confortable. A cada lado del saliente del fondo, mesas de trabajo; un estante con archivadores en la mesa de la izquierda y uno giratorio, igualmente cargado de libros cerca del escritorio de la derecha.—Muchos retratos de mujeres en los frisos del zócalo y en las mesas del resto del mobiliario. Algunas flores, poco frescas, en los vasos. Se ve en todo él lujo dispendioso; pero se echa de menos la mano de mujer que da a las cosas, esa gentileza especial que ella sólo conoce.—Un día abrigado de fines de Agosto. Recién pasada la hora del medio día.

Ilustraciones de Martín

ESCENA I

Doña Rosa y un criado

(Alberto desde el interior al principio y luego en la escena)

CRIADO.—Ese es el dormitorio del señor.

DOÑA ROSA.—Está bien. *(Oye a Alberto que canta en el interior. Golpea suavemente en la puerta de la izquierda).*

A estas horas los pájaros no cantan, están en los campos recogiendo su sustento. Abre, mi Alberto.

ALBERTO.—*(Desde el interior).* ¡Qué buena sorpresa, madre mía! Pero no puedo abrir; estoy en el baño.

DOÑA ROSA.—Abre de todos modos; hace tanto tiempo que no te veo.

ALBERTO.—Pero, mamá, te figuras semejante inconveniencia! Distráete con alguna revista, que yo me apresuraré.

DOÑA ROSA.—Nunca tendrás tanta prisa como yo. *(Toma alguna revista, le chocan los grabados y la deja. Examina el mobiliario y los retratos con gestos de profundo disgusto).*

ALBERTO.—*(Desde el interior).* Y ¿todos por allá? Mi padre, ¿siempre tan severo?

DOÑA ROSA.—Nada te diré hasta que no salgas; primero te he de tirar las orejas.

ALBERTO.—Entonces no salgo. Ya estoy casi vestido, pero dame algunas primicias de tu viaje. ¿Esos chicos de Juana?

DOÑA ROSA.—Siempre acordándose del ingrato tío.

(Entra Alberto, fresco y muy elegante, haciendo contraste con la casi pobreza de su madre. Doña Rosa le besa repetidas veces; apoyando las manos en sus hombros, le aparta un poco, como para ponerle el rostro en plena luz y mirarlo mejor. El obedece maquinalmente a los impulsos de su madre y responde a sus caricias con abrazos ceremoniosos, casi fríos.) Déjame verte, mi Alberto, y besarte como cuando eras niño. ¡Qué cambiado estás! Pero siempre buen mozo; siempre tus ojos tan grandes, tan abiertos, que te dan tanto atractivo...

ALBERTO.—Madre, que me vas a poner vanidoso.



Abre, mi Alberto

DOÑA ROSA.— Ya te lo habrán dicho, picarón, todas esas cuyos retratos tienes ahí, sin que haya ninguno de tus viejos...

ALBERTO.—(*Golpeándose el corazón*) *Esos* están aquí, mamá.

DOÑA ROSA.—(*Dudando*) ¡Si estarán! Pero déjame mirarte aún. Estás pálido y delgado; tal vez trabajas demasiado. Debes ir a descansar con nosotros al Refugio. He venido a buscarte y te llevaré; es una orden terminante de tu padre y un deseo vehemente de tu madre.

ALBERTO.—(*Su aspecto se irá haciendo, poco a poco, abstraído, preocupado y hasta meditabundo*) Imposible por ahora, madre.

DOÑA ROSA.—¿Cómo imposible? ¿No podrás dejar tus negocios, tus amigos y tus Cámaras ni siquiera una semana para llevarnos un poco de alegría?

ALBERTO.—Imposible, como todo lo imposible. Tal vez pueda ir el próximo mes, cuando esté cerrado el Congreso.

DOÑA ROSA.—Todos los años me prometes igual cosa y el mes próximo jamás llega; las Cámaras se cierran y se vuelven a abrir y después te vas a Viña del Mar. Todos tus pasos los conocemos por los diarios; no por tus cartas, que son tan escasas y, cuando llegan, tan lacónicas.

Tus triunfos me alegran, a veces; a tu padre lo entristecen siempre. Cada vez que lee un párrafo que dice: Don Alberto Rubio dió ayer en las Salinas un gran almuerzo al que asistieron los ministros que veranean en Valparaíso y las más distinguidas damas de nuestra Sociedad, su comentario inevitable es ¡malo, malo! Si sabe que un llamado urgente de la Moneda te ha hecho venir en automóvil desde Viña del Mar a Santiago y oye los comentarios de la prensa que aplaude tu viaje y dicen que, después de ofrecer su concurso al Gobierno, el joven leader volvió como siempre al desfile de la tarde, en la playa, sin muestras de cansancio, correcto y fino con las damas e irónico con los hombres; tampoco celebra tu aventura el viejo y repite su eterno estribillo, malo, malo, muy malo!

ALBERTO.—Madre, eso es mi descanso. Seis o siete horas de automóvil por los campos refrescan mis ideas y reposan mi espíritu. Lo que es apreciado como un exceso de fatiga, es sólo un sistema de reposo.

DOÑA ROSA.—Yo, mi Alberto, gozo con tus éxitos; tu hermana se deleita como yo; los nietos quieren ser como tú, ya eres su modelo; pero tu padre no está contento. Esa no es la vida que yo deseaba para mi hijo, me contesta siempre; yo quisiera tenerlo aquí, a mi lado, cuidando nuestros campos, acrecentando nuestros bienes, y viviendo en esta atmósfera sana, en donde ni se perturba el pensamiento ni se corrompe el corazón.

ALBERTO.—Y mi cuñado ¿que dice?

DOÑA ROSA.—No toma partido entre tu padre y yo. Calla, te defiende a veces cuando tu padre se exalta y se enoja por esta vida de derroche que él no se explica. ¿Cómo paga esos gastos? dice. No será con su profesión; tú sabes que es su constante reproche el que no tengas tu diploma de abogado. En estos casos, José te defiende y le dice que gozas de gran bienestar, porque has hecho negocios afortunados, que tienes un nombre bien puesto en el comercio y que has hecho una fortunita muy superior a la que hubieras conseguido en el campo.

ALBERTO.—Es cierto, madre; no me han faltado amigos que me ayuden, modestamente al principio, más en grande después, hasta ser el hombre necesario de muchos negocios (*Acariciándola con cierta superioridad y saliendo momentáneamente de su meditación.*)

¡Suerte te dé Dios, hijo, que el saber nada te vale!

DOÑA ROSA.—Suerte, sí; pero también las oraciones de tu madre...

ALBERTO.—(*Con una caricia y un desdén*). Supersticiosa!

DOÑA ROSA.—No digas eso; ya sabía que estás algo herejote. Esto tampoco satisface a tu padre que vive lleno de zozobras por tu porvenir ¡Malo, malo! ¿Que está rico? Pues, malo; yo no sé cuál es el origen de su fortuna y ni si viene del trabajo honrado o de alguna envenenada fuente. ¿Qué tiene influencias? Malo, malo; en otros tiempos los influyentes eran hombres de grandes años y de mucho reposo, hombres religiosos y morales Esta influencia del paseo, del lujo y de la ostentación es mala, mala, muy mala y durará como la espuma del Champagne. Hoy le agradecen el placer que les procura, mañana la maldecirán por los dolores de cabeza que son su consecuencia. Y así se lleva, mi Alberto, esperando tus cartas, queriéndote mucho y diciendo: malo, malo.

ALBERTO.—¡Que rancio está mi padre! Y yo que le creía orgulloso de mí!

(*Toca un timbre*)

DOÑA ROSA.—Orgulloso, sí; pero contento, nó. De tu cuñado si que está prendado; poco a poco va ocupando el lugar que te corresponde. Es indispensable, Alberto, que vuelvas hoy mismo al Refugio con tu madre.

ALBERTO.—¡Cómo quisiera complacerte, madre! pero es imposible; tú misma lo verás.

(*Entra un criado.—Al criado*)

Almorzaremos solos, mi madre y yo. Si alguien viene, dirás que me excusen. (*Se va el criado*) Almorzaremos juntos, madre; te mostraré mi casa y te contaré en detalle esta vida de una labor más intensa que lo que cree mi padre y más útil que una estéril y monótona actividad campesina.

(*Entran Luis y Alberto*).

ESCENA II

(*Dichos, Luis y Arturo*)

(*Los recién llegados saludan atentamente.*)

ALBERTO.—Madre, te voy a presentar a mis dos secretarios. Don Luis Peña, que me ayuda en mis tareas políticas; don Arturo Fuentes, mi hombre de confianza en los negocios. (*Cambios de saludos*)

DOÑA ROSA.—Mucho gusto de conocerles, ya tenía noticias de ambos por mi hijo.

LUIS.—Yo le estoy muy reconocido, Señora; me ha tendido generosamente la mano y soy suyo en cuerpo y alma.

DOÑA ROSA.—Alberto ha cumplido su deber, me ha dicho que fué gran admirador de su padre y respeta mucho su memoria.

ARTURO.—Yo me estoy formando al lado de su hijo, Señora, y mi gran anhelo es tener algo siquiera de su clarovidencia en los negocios.

ALBERTO.—No le creas, madre; el es quien ve y yo sólo ejecuto.

DOÑA ROSA.—Ayúdenle mucho; temo que mi Alberto trabaje demasiado.

ALBERTO.—Luis, Ud. me tendrá preparado todos mis apuntes para la interpelación de hoy. Anote cuidadosamente el discurso del Ministro de Fomento y el ataque del interpelante... En esta carta están las líneas generales de mi plan de defensa ministerial, ordénelas un poco y ponga algunas frases de las suyas...

LUIS.—Bien, Don Alberto.

ALBERTO.—Y Ud. Arturo, llevará el recibo de cuatro mil libras a la casa Penny Figg y este otro (*sacando un documento de su cartera*) de cincuenta mil pesos a Charles Foreman, jefe de Clothon y Compañía; como de costumbre dará los recibos a su nombre. (*Se despide y se va con doña Rosa*)

ARTURO.—Perfectamente.

ALBERTO.—(*Volviendo desde la puerta: su madre ya habrá salido*) Vaya, Arturo, a la Bolsa y compre unas diez mil petrolíferas Rucapillán y que nadie sepa que son para nosotros. Una indiscreción puede costarnos varios puntos de alza. Después de compradas puede Ud. decir que está acordado el uso del petróleo en la escuadra (*Se va... vuelve de nuevo...*) Compre cuantas letras pueda para la próxima mala... El Ministro de Tesoro no podrá rematar letras... Tenemos por lo menos un octavo de diferencia líquida. (*Se va definitivamente. Arturo ha tomado anotaciones en su cartera.*)

ESCENA III

Luis y Arturo

LUIS.— (*Se acomoda en su mesa de trabajo a la izquierda del espectador*) Brava

jornada tendremos hoy!.... (*Subrayando algo en un boletín impreso*) Nadie tiene la audacia del tal diputado Fresno. Oye, Arturo, lo que ha dicho en la sesión de ayer (*Leyendo*): "Vieja es la frase, Señor Pre- " sidente, pero no encuentro otra ni más " parlamentaria ni más expresiva: yo acu- " so al Señor Ministro de Fomento que con " una sola plumada ha entregado a las ca- " sas Penny Figg y Clothon y Cía. todas " las aguadas disponibles en el desierto. El " decreto ya la Cámara lo conoce; si hu- " biera agua en abundancia en esa zona, " yo sería el primero en aplaudir esta pro-



Oye, Arturo, lo que ha dicho en la sesión de ayer

" tección a dos grandes empresas indus- " triales que están haciendo progresar rá- " pidamente esos departamentos; pero, " desgraciadamente, tan precioso elemento " no es abundante, es escasísimo; más aún " se puede decir que no hay más aguadas " que las concedidas...

Arturo.—¡Difícil de probarlo!

Luis.—Veamos cómo sigue este barba- rote (*Leyendo*) "Esas casas, Señores, im- " pondrán la ley en el desierto al viajero " errante, a las empresas mineras y sali- " treras, a los ferrocarriles nacionales y a " nuestro Ejército mismo si alguna vez " ¡Dios no lo quiera! tenemos que atra- " vesar esos páramos para ir a nuestra co- " secha de laureles...

Arturo.—¡Qué palabrería insoportable! Veamos cómo sigue, hasta aquí mucho ruí- do y pocas nueces.

Luis.—(*Revisando el boletín entre mur- mullos*) Todo es divagación sobre el mismo tema... monopolio irritante, extranjeris- mo invasor, factoría de la costa occidental, etc. etc... A ver, aquí hay algo.

Arturo.—¿Qué será?

Luis.—(*Leyendo*) "He aquí un documen- to Señores, que prueba que el monopolio " que denuncio no es una fantasía de mi " mente: es una realidad. Hace veinte " años, cuando teníamos gobierno que pro- " cedía con juicioso examen de los deta- " lles, se pensó en el ferrocarril del desier- " to y se encomendó al distinguido inge- " niero don Narciso Polar que estudiara " las aguadas. El señor secretario leerá, " si es tan amable, la lista de esos manan- " tiales.

Arturo.—¿Y bien?

Luis.— Sigue una lista muy larga y un comentario de Polar en que dice que no hay otros.

Arturo.—Desde entonces acá se conoce más el desierto.

Luis.—Pero sigue el energúmeno: "Mis " honorables colegas, pueden leer el artícu- " lo primero del decreto que estoy obje- " tando; contiene la misma enumeración, " no falta ni una coma. ¿No es esto una " presunción grave, precisa y concordante " que prueba que se ha querido despojar al " Estado de un bien indispensable? Cono- " cía el Ministro este documento? Es un " informe oficial y debió conocerlo y, si " lo conoció no pudo dar semejante conce- " sión. Y si no lo conocía... pero no puedo " ponerme en ese caso. Y aún así quiero " suponer que ignorará este antecedente, " pues bien, hoy lo conoce y debe dejar sin " efecto su decreto y arrostrar personal- " mente las consecuencias de esa deroga- " ción. Por este motivo; para salvar la " responsabilidad del Estado, no interpelo, " acuso."

Arturo.—Vuelta a las grandes voces. Y el Ministro ¿qué dice?

Luis.—(*Leyendo entre murmullos.*) Poco, muy poco... A ver, aquí parece estar el grano "Documento contra documento, Se- " ñor Presidente, puedo asegurar que obran " en poder del Gobierno antecedentes más " completos y más modernos que compru- " ban la existencia de otras aguadas más " numerosas y más importantes que todas " las concedidas a las casas que están dan-

do vida al desierto. Entre lo concedido y " lo disponible hay la proporción de una " gota de agua con un río caudaloso. La " Cámara puede estar tranquila, el Gobier- " no todo lo ha previsto y, al dar un vi- " goroso impulso a la industria privada, " ha tomado toda clase de precauciones pa- " ra la salvaguardia de los intereses na- " cionales. En esta ocasión, como en tan- " tas otras, el Señor Fresno demuestra sus " dotes excepcionales de tramoyista para " preparar tempestades, en esta ocasión, " como en las anteriores, la tempestad cae- " rá sobre él y sobre quienes lo acompañan " en su obra demoledora."

ARTURO.—¡Muy bien el Ministro! Fresno se queja de falta de agua ¡menudo chaparrón le va a caer! Y ¿cómo sigue?

LUIS.—Gran tumulto, todos de pié. Fresno acusa al Ministro con grandes insultos. Sólo una frase trae la redacción.

ARTURO.—¿Cuál es?

LUIS.—(*Leyendo*) "Pues bien, mantengo " mi acusación y probaré mañana que la " interpretación de ese informe es una fan- " tasía y, harto ya de atacar en el terreno " que me indicaba cierto impulso de cari- " dad, citaré al Ministro a la arena en que " se mata. Le hé de probar que la conce- " sión no ha sido desinteresada, que él " lleva una parte y que tiene socios entre " los diputados que lo amparan...

ARTURO.—¡Qué atrevido!... ¿qué más dice la versión?

LUIS.—Sobria, como siempre. Risas en los bancos de la derecha. El Presidente llama al orden al Señor Fresno. Se suspendió la sesión.

ARTURO.—Y la verdad que es para reirse. Ese loco de Fresno aún no escarmienta; se está haciendo un cuco ridículo.

LUIS.—Así, como así, la cosa no será tan fácil. Veamos su defensa. (*Examina la carpeta que le ha dejado Alberto...*) (*Suena el teléfono*)

ARTURO.—(*Yendo al aparato*). Aló, aló. ¿Con el Señor Ministro de Fomento? Sí.. sí. Sí está... Almuerza con su madre... Bueno... ¿Vendrá U? Nó... ¿qué vaya él?... Antes de la sesión. Conforme. (*Cortan la comunicación y al dejar el fono Arturo se ríe a carcajada.*)

LUIS.—Hombre ¿que te pasa?

ARTURO.—Que el Ministro está inquieto con la interpelación, que desea hablar pronto con el patrón y que, al saber que estaba con su madre, ha salpicado su conversación con mil injurias, por fin colgó el fono, diciendo: Maldita vieja! (*Sigue riendo*)

LUIS.—(*Se contagia con la risa*) Yo también me río; aquí tienes la defensa. No necesita frase alguna, el nuevo informe del ingeniero Merino es concluyente. Hay mares de agua disponibles. (*Suena de nuevo el teléfono*)

ARTURO.—Aló, aló. Sí, con el estudio de Don Alberto Rubio... Con Arturo, su secretario... Muy bien, Mr. Foreman... No, no hay cuidado. La defensa será espléndida



Aló, aló. Sí, con el estudio de don Alberto Rubio

y el Ministerio está firme como nunca.. Como no... ¿Puedo llevarle el recibo?... Veinte mil... Conforme... Adiós (*Cortan la comunicación.*)

Bueno, compañero (*Mirando el reloj*), me voy a la Bolsa y a cobrar estos recibos. No es mala dósis (*Toma su sombrero*)

LUIS.—¿Volverás antes de la sesión?

ARTURO.—Por supuesto. (*Cuando va saliendo, llaman de nuevo... Vuelve al teléfono*) Aló... Sí, señor... Su secretario.. Sí, ya voy por las cuatro mil libras. Descuide. Mr. Penny, todo irá muy bien; ese Fresno es un loco. Bien, bien... No vale la pena que se moleste... Adiós (*Cuelga el aparato y se va por la puerta de la izquierda*)

ESCENA IV

Luis, luego un criado.

LUIS.—Ordenemos bien todo esto. (*Arregla los papeles*) Pero no seamos torpes... aprovechemos la situación. (*Llama a un*

criado. Cavila un poco antes de proceder.) Y ¿si cae el Ministerio?... *(Nuevas cavilaciones; por fin se decide y escribe, leyendo al propio tiempo en alta voz.)*

Richardson: vaya a la Cámara y si el ministerio se afirma compre letras para la mala y todas las petrolíferas Rucapillán que pueda y, si ve la situación mala, venda letras y desdóbrase en todas las petrolíferas... No puedo darle más datos; juzgo mala la situación política. *(Mientras cierra la carta entra un criado)* *(Al criado)* Lleve inmediatamente esta carta al escritorio de Richardson. ¿Le conoce Ud?

CRIADO.—Sí, señor. *(Recibe la carta)* ¿Espero contestación?

LUIS.—No vale la pena. *(Se retira el criado)*

ESCENA V

Luis, Doña Brígida, Santiago, Salustio y don Enrique

LUIS.—Sigamos en la tarea. Aquí el discurso del diputado Fresno; después el del Ministro. Pongamos letras iguales a los párrafos de ataque y a los correspondientes de defensa: rojos los unos y azules los otros. Y aquí, con igual letra negra, los argumentos del patrón que amplían, precisan, más que eso, que vigorizan la defensa del Ministro. *(Suena el teléfono)*

Este aparato dará que hacer hoy... Aló, aló... Sí, Señora... Permítame voy a escribir. *(Tomando como un dictado por teléfono)* La señora de Marina y León, que no duda de su éxito en la sesión de hoy, le espera a tomar el té a las cinco y media. Estarán todas sus amigas; todas y cada una... Sí... Sí... Sí.... Adiós, Señora *(Cuelga el fono)* Si es para casarlo, mi Señora, difícil empresa. Aquí hay un ejército poderoso, numeroso y valeroso *(dirigiéndose a los retratos)* que se opone y que le ganará la batalla a la muy ilustre doña Gertrudis.

DON ENRIQUE.— *(Entrando)* Buenas tardes, Luis. ¿Y Alberto?

LUIS.—¿Cómo ha entrado Ud.? Don Alberto había cerrado su puerta para todos.

DON ENRIQUE.—Pero, yo no soy todos. Soy yo, el viejo amigo de los suyos y vengo llamado por él.

LUIS.—Pase, pase Ud. don Enrique; su patrón almuerza con su madre.

DON ENRIQUE.—*(Sale por el fondo)* Te prevengo que he dicho a los que esperaban a la puerta, gente pobre casi toda, que entraran sin temor. Yo te desenojaré al león. *(Se va)*.

DOÑA BRIGIDA.—*(Entra tímidamente por la izquierda)* ¿Don Alberto Rubio?

LUIS.—*(Sin levantar los ojos de sus papeles)*. Espérelo Ud. por ahí.

DOÑA BRIGIDA.—*(Busca el asiento más modesto)*. Gracias, señor. *(Una pausa)*. Tal vez Ud. podría evitarle una molestia al caballero; se trata de la pensión de gracia que me pagan por mi hijo...

LUIS.—Mejor se lo dirá Ud. *(Llaman al teléfono)*... Aló, aló... Sí, ¿Con Mariette? Bueno, bueno, chica... No podrá ir; está convidado a un té en casa de la señora de Marina... Yo no puedo decirle semejante cosa... Eso es otra cosa; como dictado tuyo, es diferente... Estoy listo. *(Escribe)*. que es un sin ver... pero yo no puedo decir eso... bueno... que es un sinvergüenza y que no ponga más los piés en esta casa si va al té de esas mentecatas... firmado.. Mariette... No hay de qué Adiós, encantadora. *(Mientras hablaba por teléfono ha entrado Santiago López; estará de pie en el centro de la sala)*

SANTIAGO.—¿El Señor Alberto Rubio?

LUIS.—*(Enfadado)* ¿Qué busca Ud?

SANTIAGO.—Traía esta carta de mi padre; es muy urgente.

LUIS.—¿Algún pedido de dinero!

SANTIAGO.—No, señor; mi padre está aún procesado por las falsificaciones a favor de Ud. en la última campaña electoral.

LUIS.— Yo no soy don Alberto. Espérele Ud. *(Gesto de resignación de Santiago. Se sienta cerca de doña Brígida)*.

SALUSTIO.—*(Entra por la izquierda con aire triunfante.)* ¿Cómo está Ud. don Luis?

LUIS.—¡Qué buena sorpresa, don Salustio! ¿Qué dice ese gran alcalde? *(Se levanta y va a saludarle golpeándole la espalda con cariñosa franqueza)*.

SALUSTIO.—Aquí viene el alcalde a ponerse a las órdenes del jefe y a pedirle tantas cosas que faltan en la comuna.

(Durante el diálogo de Luis y Salustio. Brígida y Santiago mirarán con asombro al grupo, como dejando constancia de la diversidad de trato que han recibido)

LUIS.—Todo se le acordará, don Salus-

tio. Ud. sabe que el patrón no tiene más que abrir la boca.

SALUSTIO.—Y no puede ser de otra manera; su bueno que le cuesta defender todos los días a los Ministros. Pero, dígame, don Luis, esa interpelación de Fresno ¿no será perjudicial?

LUIS.—Ríase, don Salustio; el Ministro está bien amparado y tiene toda la razón.

SALUSTIO.—Yo tenía algún temor; Si oyera Ud. como habla la gente

LUIS.—Exageraciones, don Salustio. Mentiras de los envidiosos.

SALUSTIO.—Mire, don Luis, en el tren pintaban la cosa tan a lo vivo que a mí mismo me dejaron chiquitito.

LUIS.—Ud. verá, cómo se defiende el hombre y como triunfa.

SALUSTIO.—¡Si no hay quién le llegue al talón a nuestro gallito!

ESCENA V:

Dichos, Alberto, Doña Rosa y Don Enrique.

ALBERTO. — (*Dirigiéndose a Salustio.*) ¡Qué buena sorpresa, mi alcalde! Madre, déjame presentarte a mi gran amigo, don Salustio Carrizo, alcalde de Curaco, sin el cual tu hijo no sería lo que es. Y Ud., Don Enrique ¿no conocía a Salustio?

DON ENRIQUE.—(*Durante el cambio de saludos. Con cierta intención*) Sí, ya había tropezado con él en tu antesala.

DOÑA ROSA.—No sé si agradecerle o reprocharle su adhesión a mi hijo: cierto que Ud. lo hace diputado; pero, en cambio, me lo ha arrebatado de casa.

SALUSTIO.—Los hombres se deben a su país, señora; nosotros hacemos también sacrificios.

DON ENRIQUE.—Pero tienen sus compensaciones...

SALUSTIO.—¿Siempre está Ud. de malas, don Enrique?

DON ENRIQUE.—No, alcalde, siempre estoy diciendo verdades y protestando de que los hombres se ocupan más de política que de trabajo.

ALBERTO.—Bueno, no disputéis.

DOÑA ROSA.—(*Con cierta timidez*) ¿Por qué no despachas a tu gente para conversar mas largo contigo? Sabes que me vuelvo esta tarde y quiero llevarte.

ALBERTO.—Eso será imposible. (*Se acerca a los visitantes, mientras Doña Rosa, don Enrique y Salustio, forman un grupo aparte*)

ALBERTO.—(*A Santiago*) ¿Qué desea Ud. joven.

SANTIAGO.—Mi padre le envía esta carta.

ALBERTO.—(*Lee rápidamente*). Y ¿qué puedo hacer yo? La ley es muy severa con los delincuentes en materia electoral y debe aplicarse con todo rigor.

SANTIAGO.—Pero, señor, mi pobre padre está aún procesado por la falsificación, en favor de Ud., de un escrutinio.

ALBERTO.—Yo no he ordenado semejante cosa; eso lo haría su padre por obtener alguna ventaja.

SANTIAGO.—(*Con entereza*) Ud. fué a casa a pedírselo.

ALBERTO.—Ud. es un insolente. Luis, haga salir a este hombre.

(*Luis acude desde su bufete y toma por un brazo a Santiago*)

SANTIAGO.—Déjeme Ud.; me iré solo: con la vergüenza en la frente: pero no sin decir antes a este señor que es un mal hombre y un ruín.

(*Alarma en el grupo del fondo; todos acuden, mientras sale Santiago*)

ALBERTO.—No se alarmen; estos falsificadores son muy audaces.

SANTIAGO.—(*Casi desde fuera*) Canalla...!

ALBERTO.—(*A doña Brígida, que estará*



Canalla...!

temerosa en su rincón) Y Ud. mi buena señora?

DOÑA BRIGIDA.—Yo venía señor, por la pensión de gracia que me pagan por mi hijo que murió en la guerra.

ALBERTO.—(*Con brusquedad*) ¿Dice Ud. que le pagan?

DOÑA BRIGIDA.—Sí señor.

ALBERTO.—¿Y qué más quiere?

DOÑA BRIGIDA.—Es muy escasa, señor; con treinta pesos no me alcanza para nada y he pedido que me la eleven a cincuenta.

ALBERTO.—Imposible, señora, el presupuesto ya no puede más.

DOÑA ROSA.—(*Interviniendo*) Pero, hijo, unos pocos pesos más...

ALBERTO.—Madre, si supieras cuántas son estas solicitantes verías que es imposible.

DOÑA BRIGIDA.—Mil gracias, Señora; pido porque no puedo hacer otra cosa y creo merecerlo; mi hijo murió cuando estaba propuesto para teniente y creo justo que me den esa pensión.

ALBERTO.—Le he dicho que es imposible, señora.

DOÑA ROSA.—Vamos, hijo, hazlo por mí.

ALBERTO.—Madre, es una regla de conducta invariable.

DOÑA BRIGIDA.—No insista, señora. (*Con las lágrimas en los ojos*) Su caridad me consuela y espero que Dios no me faltará. (*Se retira*)

SALUSTIO.—¡Qué admirable entereza de nuestro diputado! Qué hijo tiene Ud. señora!

DON ENRIQUE.—¡Pobre mujer!

DOÑA ROSA.—¡Me hubiera agradado tanto que le hubieras dicho que sí!

ALBERTO.—Madre, no es posible. Y Ud. mi alcalde ¿en qué anda por estos mundos?

(*Se retiran al fondo doña Rosa y don Enrique*)

SALUSTIO.—(*Sacando una lista*) Deseo que nos consiga unos diez mil pesos para el camino del Manzanar...

ALBERTO.—(*Apuntando en su cartera*) Manzanar... diez mil pesos. Y Ud. don Salustio, ¿en la comisión de vigilancia?

SALUSTIO.—(*Con fingida humildad*) Si le parece...

DON ENRIQUE.—(*Aparte, desde el fondo*) ¡Para éste sí que hay dinero!

SALUSTIO.—También deseamos que nos defienda en el juicio de deslindes con la comuna del Peñón, es un territorio muy rico y que aumentará nuestros recursos municipales.

ALBERTO.—Yo mismo dirigiré el juicio con el auxilio de un buen abogado.

SALUSTIO.—No pedimos tanto, señor.

DON ENRIQUE.—(*Desde el fondo*) Y no pudiste defender a tu elector.

(*Suena el teléfono. Luis, acude al aparato y ofrece el fono a Alberto.*)

LUIS.—El Señor Ministro de Fomento lo llama.

ALBERTO.—(*En el aparato*) Sí, con Rubio Bien. No tengas temor, voy en el acto. (*Salustio*) Vamos a la Cámara, alcalde. (*A Luis*) Vaya Ud. también a la sesión, por si algo se necesita. (*A su madre*). Hasta luego, mamá, ya ves que mi tiempo no es mío. Don Enrique, Ud. la llevará a pasear.

DOÑA ROSA.— No sé qué mal presentimiento tengo, hijo mío, cúidate; temo que tengas algún contratiempo.

ALBERTO.—(*Acariciándola friamente*) No temas, madre, soy más fuerte que ellos Hasta luego. (*Despedida de Alberto, Salustio y Luis*)

DOÑA ROSA.—(*Yendo hasta la puerta del vestíbulo*) Cuídate mucho mi Alberto.

ESCENA VII

Don Enrique y doña Rosa

DON ENRIQUE.—(*Acudiendo a la señora que cae postrada en un sillón*) Animo, mi amiga, ha llegado Ud. muy a tiempo para salvar a su hijo. El día de hoy es crítico, y temo que sea de crisis fatal. Si Ud. no hubiera venido yo no estaría tranquilo.

DOÑA ROSA.—Pero ¿qué teme Ud. Enrique?

DON ENRIQUE.—Lo temía todo, antes de su llegada; es decir, presagiaba de parte de Alberto alguna violencia irremediable....

DOÑA ROSA.—¡Qué horror Dios mío!

DON ENRIQUE.—Ahora, sólo creo que su pérdida política es irremediable y que vendrá a sus brazos, vencido por la vida pública, a buscar en el hogar el remedio de sus males.

DOÑA ROSA.—Pero explíqueme lo que pasa, Enrique.

DON ENRIQUE.—Vea, mi amiga, los hombres de hoy no son los de nuestro tiempo. Hacen lo que llaman vida intensa y que no

es otra cosa que esa conducta de locos que llamábamos quemar la vela por las dos puntas.

Los viejos de hoy trabajábamos en los campos o en las minas y esperábamos el fruto de la siembra o el alcance de la mina para darnos algún solaz. El viejo método es despreciado por nuestros hijos que viven en la especulación, en el fomento de los grandes negocios, como ellos dicen, que dejan sus utilidades a los que vienen de afuera a labrar la tierra que antes arábamos nosotros y que emplean a los nuestros para obtener los favores del Gobierno.

DOÑA ROSA.—¡Dios mío! ¿eso hace mi hijo?

DON ENRIQUE.—Su hijo y los hijos de casi todas las madres que no han sabido o no han podido enseñarles a vivir para el hogar.

DOÑA ROSA.—Me hace Ud. un reproche, Enrique.

DON ENRIQUE.—No, mi buena amiga, le explico una situación y Ud. bien sabe que la he admirado su constante lucha por traer a Alberto al buen camino.

DOÑA ROSA.—Y, hoy, ¿qué pasa Enrique? ¿no se puede evitar el fracaso?

DON ENRIQUE.—Todo un grupo de hombres, so pretexto de servir intereses del país ha hecho concesiones excesivas a una casa extranjera. A los ojos del público el responsable es el Ministro; pero, en el dominio íntimo de los círculos, se sabe que el interventor ha sido Alberto...

DOÑA ROSA.—¡Dios mío! ten compasión de mí!

DON ENRIQUE.—Si en la Cámara demuestran la inconveniencia del negocio y comprueban la participación de Alberto, está perdido.

DOÑA ROSA.—¡Pobre hijo mío!

DON ENRIQUE.—No lo compadezca Ud. Será un duro golpe; pero en cambio Ud. recupera su hijo. La sociedad no lo perdonará, en cambio Ud. le abrirá los brazos y al calor del hogar renacerá con un alma nueva.

DOÑA ROSA.—Sí; puede contar con todo mi perdón, con toda mi ternura más exquisita, tanto mayor cuanto más desgraciado sea.

DON ENRIQUE.—Es inteligente, es casi un niño y el contratiempo que lo espera le hará gran bien.



Calma, Rosa. Duro es el recurso de que la Providencia se vale

DOÑA ROSA.—Pero ¿no se podría evitar? Pobre mi Alberto ¡va a sufrir tanto!

DON ENRIQUE.—Tal vez lo evite; pero lo creo muy difícil. Tengo muy malas noticias.

DOÑA ROSA.—¡Hágase la voluntad de Dios!

DON ENRIQUE.—No se aflija, mi amiga. La vida modesta, que es la gran formadora de hombres, reformará a su hijo. (*Suena el teléfono*)

DOÑA ROSA.—Vea Ud. don Enrique; yo tengo miedo de recibir una mala nueva.

DON ENRIQUE.—(*En el teléfono.*) *Sí... con Enrique...* Ah! es Ud. Luis... (*Con el fono en el oído y dirigiéndose a Doña Rosa.*) Dice que la interpelación se presenta mal, que el Ministro ha estado débil y el interpelante muy audaz. En este momento termina Alberto un magnífico discurso; pero vé que hay frialdad en la Cámara... (*Una pausa*)... Bueno, tánganos al corriente.

DOÑA ROSA.—¡Qué situación! Esta incertidumbre me mata!

DON ENRIQUE.—Calma, Rosa. Duro es el recurso de que la Providencia se vale; pero piense en el resultado. Dios le devuelve a su hijo en las mejores condiciones para su regeneración. ¡Es el buen dolor!

DOÑA ROSA.—Sí, el buen dolor, pero más bien quisiera sufrirlo yo y evitárselo a él. (*Entra Arturo precipitadamente*)

ESCENA VIII

Dichos, Arturo.

DON ENRIQUE.—¿Qué sabe Ud. Arturo?

ARTURO.—(*Con cierto embarazo*) Nada de particular. (*Llaman por teléfono*) Con 4536, Señorita... Gracias... Aló, aló... Con Linford... Sí, con Arturo Fuentes... ¿Ya compró?... Diez mil... a como?... Seis y medio... Y a cómo cerraron?... ¿Un punto mas altas?... Bueno, pués trate de vender todo el lote... Imposible...

DOÑA ROSA.—¿Qué pasa, Don Arturo?

ARTURO.—Nada, señora... (*Siguiendo en el teléfono*) Pues, venda de todas maneras... Aunque sea perdiendo algo; peor será mas tarde... Y las letras... ¿Compradas también?... ¡Qué desgracia!... Cubra en parte la pérdida... Bueno, voy en el acto y mande la liquidación... (*Se va*)

DOÑA ROSA.—(*Sujetándole*) Ud. me dirá la verdad.

ARTURO.—No se alarme, mi señora, es un contratiempo, pero tiene remedio.

DON ENRIQUE.—Diga toda la verdad, Arturo, la señora está preparada para todo.

ARTURO.—(*Violentándose*) I bien, si la interpelación triunfa, el patrón está arruinado... Déjeme correr a ver si algo remedio. (*Se va definitivamente.*)

ESCENA IX

Don Enrique, Doña Rosa, luego un criado.

DOÑA ROSA.—Pobre mujer ¿dónde encontraré fuerzas para llevar mi dolor? Y mi pobre hijo... (*Solloza largamente... Don Enrique la acaricia fraternalmente... Una pausa*)

DON ENRIQUE.—Es el trance definitivo, Rosa, pero es el trance saludable después de él, la regeneración. (*Entra un criado*)

CRIADO.—Una carta para el señor de parte de Doña Gertrudis de Marina y León.

DON ENRIQUE.—¿Espera respuesta?

CRIADO.—No, señor.

DON ENRIQUE.—Está bien. (*Se retira el criado*)

DOÑA ROSA.—¿Quién es esa señora?

DON ENRIQUE.—Una gran dama que ha festejado mucho a Alberto; era un brillante partido para sus parientes... Ahora ¿quién sabe lo que dirá?

DOÑA ROSA.—Le abandonarán sin duda.

DON ENRIQUE.—Pero le recogerá su madre.

DOÑA ROSA.—¡Qué derrumbe!

(*Suena de nuevo el teléfono.*)

DON ENRIQUE.—Aló... Sí, con la casa de Alberto Rubio... Con un amigo. Y yo ¿con quién hablo? ¿Cómo dice Ud. señorita?... Mariette... (*Doña Rosa se aproxima al teléfono y oye junto con don Enrique*) Sí, soy viejo señorita, pero soy amigo de Alberto... ¿Qué lo han dejado solo? Y como lo sabe Ud.... ...Ah! por Luis... (*Sigue la conversación de Mariette, mientras don Enrique y Doña Rosa se dejan invadir por la dolorosa impresión de una mala noticia.*) Bien, adiós, señorita. (*Suena la campanilla cortando la comunicación*)

DOÑA ROSA.—¡En qué bajezas había caído mi pobre Alberto!

DON ENRIQUE.—Vea, sin embargo, Rosa, donde se ha ido a refugiar la lealtad. (*Entra Arturo*)

ESCENA X

Dichos y Arturo.

ARTURO.—(*Desalentado*) Todo se ha perdido. El diputado interpelante ha triunfado en la Cámara, exhibió documentos que comprobaban la mala interpretación del ingeniero Merino, quien no ha asegurado que haya otras aguadas sino que debe haber, que hay sin duda grandes corrientes, pero hay que buscarlas. Hizo ver que el Ministro y don Alberto son socios y clientes de las casas favorecidas. Todo esto en pocos minutos. La Cámara entera ha recibido para su examen la acusación.

DOÑA ROSA.—¡Qué horror!

ARTURO.—Y además el fracaso material..

DON ENRIQUE.—(*Alarmado*) ¿Cómo?

ARTURO.—El patrón, seguro del éxito, se comprometió en una gruesa especulación y según la liquidación que me acaban de dar le cuesta la pérdida de toda su fortuna y ¡quién sabe! si podrá pagar todo!

DOÑA ROSA.—Nosotros haremos el sacrificio. (*Entra un criado*)

CRIADO.—Una carta para don Luis Peña. (*Se retira*) (*Arturo la recibe.*)

ARTURO.—A ver si fuera una noticia salvadora. (*Lee con gesto de indignación cre-*

ciente)... Infame... Oigan Uds. Es una carta de su corredor. Le dice que ha vendido acciones petrolíferas y muchas letras y le felicita por el acierto... Hace su fortuna sobre la ruina del hombre que le había levantado...

DON ENRIQUE.—No tarda en llegar Alberto; venga, Rosa, dejémosle venir sólo.

DOÑA ROSA.—Yo quiero recibirlo.

DON ENRIQUE.—No es prudente. (*La arrastra cariñosamente*)

ESCENA XI

Arturo, luego Alberto

ARTURO.—Pobre patrón, pasó como estrella errante que se rompe en la cúspide de su trayectoria.... Y cuánta ingratitud.... Ninguno de los que él sirvió me ha querido ayudar a salir del trance... Y este canalla de Luis. ¡Y tan leal que parecía!

(*Medita un rato... Hojea sus papeles. Hace cuentas...*) Todo es inútil, no hay remedio.

(*Durante la escena ha llegado Alberto, meditabundo, con la mirada vaga y como fuera de sí. Al verlo se levanta Arturo.*)

ALBERTO.—Sí, Arturo, todo es inútil y hasta la vida misma... ¿Y mi madre? Se ha marchado o está aquí?

ARTURO.—Está en casa con don Enrique

ALBERTO.—¿Sabe lo que pasa?

ARTURO.—Creo que sí.

ALBERTO.—No podrá sostener su mirada. (*Alargando la mano a Arturo*) Adiós mi buen camarada.

ARTURO.—¿Donde va Ud.? (*Lo toma violentamente del brazo*) En los trances duros se conocen los hombres. Vea Ud. siquiera esta liquidación y su correspondencia. (*Le alarga un legajo.—Arturo lo toma maquinalmente y lo deja caer. Queda mirando los papeles en el suelo y de pronto se baja a recoger una carta; la abre, la lee y la arroja con desprecio*)

Doña Gertrudis de Marina y León que se excusa de su te por una indisposición repentina. ¡Comediantes! Adios, Arturo.

(*Entran Doña Rosa y Don Enrique*)

ESCENA XII

Alberto, Arturo, Doña Rosa y don Enrique.

DON ENRIQUE.—¿Dónde vas?

ARTURO.—A mi destino... Madre mía. (*Se echa en brazos de su madre.—Larga escena muda en que sólo se sienten los sollozos de la madre y del hijo y durante la cual Don Enrique y Arturo enjugan sus lágrimas que corren silenciosas*)

ALBERTO.—(*De rodillas*) Perdóname, madre mía; me he dejado arrastrar por un fuego fátuo hasta el abismo y me he quemado en la luz como una torpe mariposa. Ah! nó, no tengo perdón, mi falta es muy grande; he mancillado mi honor y el tuyo, he deshonrado las canas de mi padre. Déjame irme, no puedo esperar tranquilidad sino de la muerte.

DOÑA ROSA.—¡Pobre hijo mío! Llora, pide perdón; desahoga tu corazón en tu madre y no dudes que estás perdonado de antemano. Tus faltas son mías, que me dejé llevar de mis ternuras para dejarte correr la vida, como tú querías, y no como mi experiencia lo ordenaba. (*Lo alza del suelo*) Ven siéntate aquí a mi lado, casi en mis faldas como cuando eras niño. (*Lo acaricia con ternura, mientras él llora*). En medio *del silencio se siente pasar un desfile que repite con monotonía un estribillo*)



No, madre, déjeme morir, yo no puedo soportar esta vergüenza

Vocés de fuera.—¡El vendido!... ¡el vendido!... ¡el vendido!

ALBERTO.—(*Mientras pasa el desfile se incorpora, yergue la cabeza y se mesa los cabellos.*) No, madre, dejame morir; yo no puedo soportar esta vergüenza. (*Pretende escapar, lo sujetan y los demás y cae extenuado.—Su madre le humedece los labios y le besa con toda ternura.—Pasa el síncope y Alberto se asila en el regazo de su madre*)

ALBERTO.—Defiéndeme, madre, de esos perros que me van a comer ¡Ay! que no ves como me muerden las piernas! Quítame éste que me aprieta la garganta!

ARTURO.—¡Está loco!

(*Grandes movimientos de Alberto, su madre lo contiene. Don Enrique lo observa*)

DOÑA ROSA.—Ya están lejos de tí ¿no sientes como se van gritando?

ARTURO.—Sí, pero ahí vienen otros.

DON ENRIQUE.—Animo, Rosa, siga; es un mal pasajero.

DOÑA ROSA.—Ya se fueron todos. No tengas, mi Alberto, tu madre esta contigo.

ALBERTO.—Gracias, madre, qué susto he tenido (*Cae desfallecido*)

DOÑA ROSA.—Dame fuerzas, Dios mío. Un médico Enrique!

ARTURO.—Voy corriendo (*Sale*)

DON ENRIQUE.—No tema Ud. nada, Rosa, es cabeza capaz de soportar esos trances y es corazón capaz de regenerarse. Lleva buena sávia y sólo necesita vivir en su medio para crecer sano y robusto. Esta misma tarde lo llevaremos al Refugio, y allí en medio de la primavera que principia, se modelará un alma nueva, el alma suya y de su padre. Se reflejarán en su espíritu las purezas de los almendros y los rubores de los duraznos en flor y olvidará todos esos colores fuertes y esos aromas embriagantes que han corrompido su alma. Allí sanará, no sólo de esta dolencia pasajera, sino de todo su organismo y será, con el tiempo, tanto más útil cuanto mayor haya sido su dolor.

ALBERTO.—¡Los perros, mamá!

DOÑA ROSA.—Duerme, hijo de mi alma.

TELON.

BOMBAS POR CORREO

En Francia se ha realizado últimamente una tentativa criminal que por fortuna no ocasionó ninguna víctima. Un comerciante en vinos establecido en París Avenida de Alemania 139 M. Jean Grandjean recibió por correo un paquete postal, una caja de madera de ordinaria apariencia; tenía 25 centímetros de largo por 15 de alto y llevaba inscrito el nombre del destinario y esta indicación "Expedido por M. Normant".

La cajita estaba sólidamente atada y sellada.

M. Grandjean no conocía sin embargo al expedidor.

Sin desconfianza ninguna, aún cuando no esperaba ningún envío, tomó M. Jean un cuchillo y comenzó a abrir, el paquete. De pronto apercibió un resorte.

Receloso acude con el paquete sospechoso al comisario de Policía.

Nadie quiso cargar con la responsabilidad de abrir la caja y se telefoneó al momento al Laboratorio Municipal que envió uno de sus agentes.

Se hizo saltar la tapa y con unas tenazas se arrancó el resorte. Entonces se vió que este estaba en comunicación con un percutor y un tubo de vidrio lleno de ácido sulfúrico. Este tubo al quebrarse habría hecho explotar inevitablemente la bomba, por cierto una de las más peligrosas. En efecto, la caja de madera estaba en sus tres cuartas partes llenas de polvo de clorato y contenía más de treinta balas de revólver.

A pesar de las mil precauciones de reserva y discreción que se tomaron del caso y de haberse puesto en juego todos los medios imaginables para tratar de descubrir al autor del criminal intento, nada se pudo averiguar. M. Jean declaró que no sabía que tuviera ningún enemigo. Resultado que cuantas pesquisas se hicieron resultaron inútiles y sólo se han podido tener al respecto datos sumamente vagos, que no permitirá seguramente estar sobre la pista del verdadero autor del atentado.

Cuidado con los paquetes postales!...

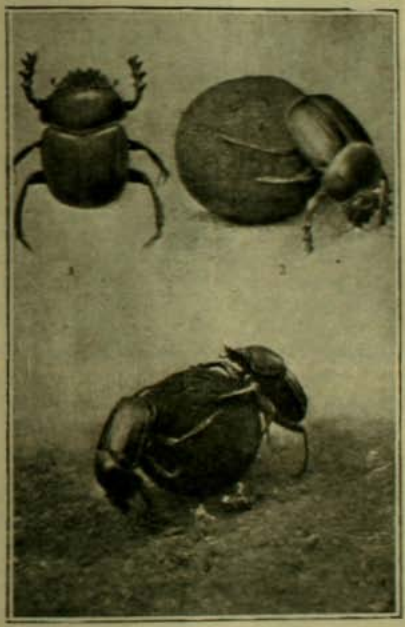
EL ESCARABAJO SAGRADO

Por

HENRI FABRE

La construcción del nido que sirve de salvaguardia a las crías, da la medida más alta de las facultades del instinto. Ingenioso arquitecto, el pájaro nos lo demuestra; y todavía más variado en sus cualidades; el insecto nos lo repite, diciéndonos: "La maternidad es la soberana inspiradora del instinto." Los insectos más dignos de atención, en el sentido indicado, son los himenópteros. Todos estos privilegiados de las aptitudes instintivas le dejan a su descendencia la mesa puesta. Y, lo que no deja de ser extraño los émulos de abejas y moscardones, clientes de los jardines, son los groseros explotadores de los desperdicios, de las yerbas contaminadas por el ganado.

Apesar de su inmunda tarea, los escarabajos ocupan un puesto bastante honroso. Por su tamaño, en general aventajado, su traje irreprochablemente lustroso, su perfil grueso y rechoncho y su curiosa ornamentación, figuran dignamente en las colecciones de los entomólogos, sobre todo cuando a la especie corriente de un negro de ébano, se juntan las especies tropicales en que fulguran los matices del oro y del cobre pulimentado.



1. *El escarabajo sagrado.*—2. *El insecto hace rodar su píldora.*—3. *Transporte en compañía.*

Son los huéspedes asiduos del ganado, y por eso varios de entre ellos exhalan un suave perfume de ácido benzoico, el aroma de los corrales. ¡Y qué apuro en torno a un mismo despojo animal! Nunca los aventureros llegados de los extremos del mundo para explotar un *placer* californiano, pusieron tanto fervor en su tarea. Antes que el sol pique demasiado, están allí por centenares, grandes y pequeños, todos revueltos, de todas las especies, apresurándose a sacar su parte del manjar común. Mientras unos trabajan en la superficie, otros abren galerías o chiflones en busca de lo más escogido; otros explotan la parte inferior para apartar su botín hasta su domicilio subterráneo Algunos más hambrientos consumen su ración allí mismo, pero la mayoría prefiere amasar un trozo que le permita pasar largos días en la abundancia, al fondo de un seguro retiro. Ciertos retardatarios llegan todavía al vuelo o pedestremente.

¿Quién es éste que trota en dirección al festín, como temeroso de llegar con retardo? Sus largas patas se mueven con brusca torpeza; sus antenillas rojas despliegan su

abanico en señal de inquieta codicia. Ha llegado por fin, no sin atropellar a varios de los comensales. Es el escarabajo sagrado, nuestro *pololo*, enteramente vestido de negro, el más grande y el más célebre de los escarabídeos. El antiguo Egipto lo veneraba y lo tenía por símbolo de la inmortalidad.

Sigamos en todas sus fases la confección de la famosa píldora alimenticia. El casco, es decir el borde de la cabeza, está erizado de seis cuchillas dentelladas angularmente puestas en semi-círculo. Este es el instrumento de sondeo y de separación, que aparta las fibras vegetales no nutritivas, va a lo mejor, lo corta y lo separa. Si el escarabajo se ocupa de su propio alimento, el reconocimiento es superficial; pero si se trata de confeccionar la papilla maternal, entonces pone en ello su rigor escrupuloso.

El casco dentellado penetra y hurga, elimina y amasa algo al azar. Las patas delanteras ayudan eficazmente en la obra, debido a que son curvas, aplastadas, provistas de fuertes filamentos y armadas por fuera de cinco robustos dientes. Una vez abierto un boquete, las patas anteriores recogen por brazadas la materia separada por el casco y la conducen bajo el vientre del insecto, entre las cuatro patas posteriores. Estas están conformadas para desempeñar el oficio del tornero. Sus piernas, sobre todo las del último par, son largas y flexibles, ligeramente encorvadas en arco de círculo y terminadas por una garra muy aguda. Basta verlas para reconocer en ellas un compás esférico de los que las ramas curvas enlazan un cuerpo globular para corregir su forma. Su tarea es, efectivamente, la de confeccionar la bola.

Brazada tras brazada, la materia se amasa bajo el vientre, entre las cuatro patas, que, por una simple presión, le comunican su propia curvatura y le dan una primera forma. Luego, poniendo en movimiento la bolita, entre las cuatro ramas del doble compás esférico, el insecto la perfecciona por la rotación. En días de mucho calor, cuando la obra apura, uno se admira de la presteza del tornero. Al principio no era más que una pequeña píldora, muy pronto está del grueso de una nuez y luego será del tamaño de una manzana. Yo he visto a algunos golosos confeccionarlas del porte de un puño. Por cierto que con esto habrá provisiones para varios días.

Ahora se trata de retirarse de la mescolanza y llevar los víveres a sitio seguro. Aquí comienzan a desplegarse los rasgos de costumbre más sorprendentes del escarabajo. Sin tardanza se pone en camino; abraza la esfera con sus dos largas patas posteriores, cuyas garras terminales metidas en la masa sirven de puntos de rotación; se apoya en las patas intermedias, y usando como palancas los brazos dentados de sus extremidades anteriores, avanza a reculones con su carga, llevando la cabeza inclinada y el tronco en alto (fig. 2).

No siempre el escarabajo ejecuta sólo el transporte de su carga: con frecuencia un camarada viene a ofrecer su ayuda. No hay en ello, según todas las apariencias, ni colaboración de sexos ni convenio previo; una tentativa de despojo, simplemente. A cada momento se presentan escenas de este género. Un escarabajo marcha tranquilamente arrastrando sus víveres, propiedad legítima, adquirida por un trabajo concienzudo, cuando otro llega al vuelo no se sabe de dónde, se deja caer pesadamente, replegando bajo los élitros sus alas obscuras, y de un revés de sus patas tira de espaldas al propietario, incapaz en ese momento de parar el ataque a causa de su postura invertida. Mientras el despojado vuelve a enderesarse, el ladrón se sube encima de la bola, en la posición más ventajosa para rechazar al asaltante. El robado da vueltas en torno a la pelota buscando un punto de ataque, y el otro gira sobre ella presentando constantemente la cara al adversario. Si en el asalto no tiene probabilidades de triunfo, el de abajo suele recurrir a la obra de zapa, con la intención de desmoronar la bola para disputarla cuerpo a cuerpo. En estos combates es frecuente que el usurpador, como luchador experimentado que es, obtenga el triunfo; y entonces no le queda al despojado otro remedio que volver pacientemente a confeccionar otra pelota. Con frecuencia ocurre que sobrevenga un tercer ladrón que robe al segundo. En conciencia, diré que esto no me ha disgustado absolutamente.

Supongamos que el escarabajo ha sido bastante afortunado para encontrar un asociado fiel, o mejor figurémonos que no ha encontrado en su camino ningún compañero que se hiciera el invitado. La cueva está pronta. Es una galería subterránea abierta en terreno blando, con más frecuencia

en la arena, poco profunda, del volumen del puño y puesta en comunicación con el exterior por un pasadizo no más ancho que la bola alimenticia. Una vez adentro esta, el escarabajo tapa la entrada con desperdicios y se sienta a la mesa. Sin paladear nada tragando por parejo, el insecto va devorando lo que el aparato digestivo del caballo o de la oveja no pudo asimilarse, apesar de su perfección. Gracias a la prodigiosa longitud de su intestino, que, plegándose sobre sí mismo elabora hasta el último átomo de materia utilizable, el escarabajo cumple esa admirable metamórfosis de la inmundicia que en tan breve plazo contribuye a la higiene general.

Por lo mismo, su organización posee un poder digestivo de que no hay otro ejemplo: una vez en su domicilio frente a la pelota de alimento, no deja de comer hasta que acaba con todo.

Un día de calor, en las condiciones más favorables a los placeres gastronómicos, he vigilado, reloj en mano, a uno de estos tragones, desde las ocho de la mañana hasta las ocho de la noche. Una vuelta entera del horario ya es bastante como glotonería; pero hay algo mejor como rapidez de digestión. Mientras que la boca traga y traga sin interrupción, por el lado opuesto, también sin tregua, la materia beneficiada reaparece convertida en una hebra negrusca, muy flexible y fácil de medir mientras está fresca. El escarabajo sólo evacua mientras come y su digestión cesa muy poco después que ha dejado de engullir. Todo esto funciona con la regularidad de un cronómetro. Cada minuto—o, para ser más precisos, cada cincuenta y cuatro segundos,—ocurre una erupción y la hebra fecal se alarga unos tres o cuatro milímetros. El total de las mensuras me da en las doce horas una longitud de 2 metros 88 centímetros.

Conocidos el diámetro y la longitud de la hebra, es fácil calcular su volumen. Sin mayores dificultades tampoco se encuentra el volumen del escarabajo, sumergiéndolo en un tiesto con agua y midiendo el líquido desplazado. Los números obtenidos no carecen de interés: ellos nos demuestran que en un día solar, el insecto consume, más o menos, tanto alimento como su propio volumen. En este admirable alambique la materia no hace más que pasar, inmediatamente despojada de sus propiedades por los reactivos del estómago. Da para pensar en la importancia del papel que tal laboratorio debe cumplir en la higiene general. La pera ovular.



1. El escarabajo sagrado rechaza y derriba a un camarada ladrón.—2. Cripta donde confecciona la pera.

Un joven pastor, encargado por mí de vigilar en sus ratos de ocio las costumbres de los escarabajos, vino a verme un Domingo, muy contento, trayéndome una pequeña pera, formada de materia poco delicada, es verdad, pero de una graciosa forma. Había sorprendido al insecto en el acto de salir de su escondijo, y escarvando en el sitio, había encontrado a poca profundidad el extraño objeto que acababa de entregarme.

¿Sería, en realidad, obra del escarabajo? ¿Tendría dentro un huevo, una larva? El pastor lo afirma. En la tal pera, reventada por descuido durante el registro, había, según mi informante, un huevo blanco, del tamaño de un grano de trigo.

Al día siguiente, de madrugada, acompaño al pastor al sitio señalado. Una vivienda de escarabajos, reconocible por la tierra suelta que hay a la entrada, aparece pronto a nuestra vista. Con mi herramienta de bolsillo el pastor levanta el terreno y pone

al descubierto el antro en cuyas tibias profundidades veo tendida a lo largo por tierra, una soberbia pera. ¡Ah, divinos goces de la verdad que de pronto resplandece, no hay cosa que pueda compararseles! El pastor reía al advertir mi sonrisa; sentíase feliz por mi satisfacción.

Resumiré lo que el porvenir me reservaba. Durante toda la estación canicular, renové casi diariamente mis visitas a los sitios frecuentados por el escarabajo. En total, han pasado bajo mis manos por lo menos una centena de nidos, y todos ellos tenían esa graciosa forma de pera; nunca, jamás la forma de píldoras, la bolita de que nos hablan los textos. Por su forma y su volumen, recuerda exactamente a esas peritas llamadas del Niño-Dios, que por su coloración, su aroma y su madurez tempranera, hacen las delicias de los niños. Su tamaño varía entre 45 y 35 milímetros de largo, y 35 y 28 de grueso.

Sin tener lo pulido del estuco, la superficie es de una regularidad perfecta y está cuidadosamente bañada por una delgada capa de greda. Esta cubierta adquiere pronto la dureza de la piedra; pero si la disecación avanza hacia el centro, el peligro se agrava para el gusanillo. La muerte es, en realidad frecuente, debido al endurecimiento de la pasta alimenticia en los veranos muy rigurosos.

¿De qué está fabricada la pasta de la pera? El pan grosero confeccionado con los desperdicios del caballo y el mulo le basta al escarabajo; pero cuando se trata de la cría es mucho más delicado. Para esto necesita una pasta harto más fina: el producto untuoso, plástico y homogéneo de la oveja. Por su blandura, este se presta mejor a la conformación de la pera, y por sus cualidades alimenticias, es el más conveniente al débil estómago del recién nacido.

¿Dónde está el huevo, en este alimento tan originalmente configurado? Lo más natural a nuestro parecer, es que ocupara el centro; pero el escarabajo, con lógica particular, tiene a b i e n colocarlo en el cuello de la pera. Cortando este pezón con cuidado, de arriba abajo, hallamos un hueco de paredes lucientes y pulidas. He aquí el tabernáculo del gérmen, la *cámara de eclosión*. El huevo, harto grande en proporción al tamaño de la madre, es un óvalo alargado, blanco, de diez milímetros de largo por cinco de ancho, más o menos. Un ligero intervalo vacío le separa de las paredes, dejándolo adherido solamente por la extremidad posterior al techo de la bóveda. Horizontalmente tendido, reposa por entero, salvo el punto de sostén, sobre un sommier de aire, el más elástico y cálido de los lechos. Advirtamos todavía que la punta de la pera, en vez de ser lisa como el resto, está formada de una materia más rala que deja al aire un acceso suficiente para la respiración del huevo.

Para conjurar los peligros de la disecación, el insecto dispone de dos medios. El primero es el de la compresión de la superficie, para atenuar la evaporación. Y como la evaporación es evidentemente proporcional a la extensión de la superficie evaporante, es necesario dar a la masa alimenticia la menor superficie posible, siempre que esta menor superficie englobe la mayor suma de materia nutritiva. Pues bien ¿cuál es la forma que en la menor superficie encierra el mayor volumen? Es la esfera responde la geometría.

El escarabajo confecciona la ración del gusano en forma de esfera, sin cuidarse por el momento del cuello de la pera. Con relación a los instrumentos de que dispone podría adoptar otra forma más sencila que le dejara más tiempo para sus distracciones al aire libre. Pero no ocurre así: el escarabajo adopta exclusivamente la esfera, tan difícil de precisar, procediendo como si conociera a fondo las leyes de la evaporación y las de la geometría.

Queda por explicar el cuello de la pera. Como todo gérmen, el de la planta como el del animal, tiene necesidad de aire, primordial estimulante de la vida: para dejar penetrar el fluído vivificador, la cáscara del huevo está acribillada de poros, y la pera donde germina el escarabajo lo mismo que el huevo. Estas condiciones de aire y calor son de tal modo fundamentales, que ningún insecto las descuida. Sea en forma de cilindro, de ovoide, de píldora, de dedal, la cámara de eclosión del huevo queda siempre cerca de la superficie. El mejor dotado en este arte es el escarabajo con su pera.

Habiendo resuelto el problema de la conservación del alimento por medio de la esfera, y puesto que el huevo necesita un estuche protector quedará dentro de una vaina cilíndrica de poco espesor, y este tubo será agregado a la esfera. El problema de la aereación queda resuelto como el otro.



Corte de la pera del escarabajo en que aparece el huevo y la cámara de eclosión.

Lo estrictamente necesario ha sido obtenido, sin preocuparse aún de la estética. La obra pasa otra vez por mano del insecto, esta vez como artista, para completar la obra grosera del razonamiento. El cilindro es reemplazado por un semielipsoide, de forma harto más graciosa; une este elipsoide a la esfera por medio de una elegante superficie curva, y el todo constituye la pera. Ahora sí que es una obra de arte, es hermosa.

El escarabajo ha hecho precisamente lo que nos dicta la estética. ¿Tendría él también idea de lo bello? ¿Sabrá apreciar la elegancia de su pera? Es verdad que no la ve, manipulándola en las más profundas tinieblas. Pero la toca. ¡Pobre tacto el suyo, rudamente envuelto en su córnea, pero no por esto insensible, después de todo, a los contornos suavemente modelados!

¿Cómo obtiene el escarabajo la pera ovular? Los materiales son traídos de lejos y son introducidos en la cueva en forma de una pelota cubierta de tierra en toda su superficie, a causa de su transporte rodante. ¿Qué va a hacer el insecto con esta esfera en que la panza de la futura pera está ya hecha. Para obtener la respuesta no tengo más que emplear el recurso que ya otras veces he puesto en práctica: capturar la madre con píldoras y todo y transportarla a mi laboratorio para vigilar de cerca los acontecimientos.

Lleno un amplio frasco de vidrio de tierra arneada, humedecida y amontonada en la forma requerida. Deposito a la madre y su píldora sobre este suelo artificial, y aguardo, colocando el aparato en una discreta media luz. Apurado por el trabajo de sus ovarios, el insecto reanuda pronto la interrumpida labor.

En ciertos casos, lo veo deshacer la pelota y esparcirla en menudos trozos. Es una medida de sabia higiene. La píldora puede contener pequeños ontófagos u otros bichos que no pudo repasar durante la fiebre de la adquisición. Estos intrusos explotarían la futura pera, con gran perjuicio del legítimo consumidor, el gusano del escarabajo. Después de espurgar los fragmentos, la hembra reconstruye la pelota, despojándola de su cáscara terrosa, y se lleva bajo tierra, donde ha de convertirla en pera lisa y llana, con excepción del punto de apoyo.

Pero en la mayoría de los casos, la bola es llevada abajo sin tocarla, y convertida en pera por simple presión, como lo prueba su superficie, cubierta aún con los granillos de polvo del camino.

Asistir a la confección de la pera no es cosa fácil, como no lo es conciliar su necesidad de proceder en completa obscuridad, con la luz que necesito para mis observaciones. Hé aquí el procedimiento adoptado. Divido el ámplio bocal con una rodela de pino provista de una abertura que facilite el paso del terreno superior a la bóveda transparente de más abajo. Durante la operación, una parte de la tierra superior se desliza por la abertura y forma un talud en el departamento inferior. Por esta pendiente el insecto bajará al punto indispensable para mi espionaje. Por supuesto que él no bajará si no halla completa obscuridad, para obtener lo cual introduzco el bocal en un cilindro de cartón cerrado por arriba; levantándolo bruscamente sorprenderé al operador en plena luz.

Llegado el momento, adelante. ¡Chas! arriba el cilindro. ¡Perfectamente! mis previsiones se han cumplido. Sorprendo al escarabajo con su larga pata sobre el contorno aún diforme de la pera. Pero, aturdido por la repentina claridad, se queda inmóvil, como petrificado. Luego me vuelve la espalda y remonta el plano inclinado en busca de la obscuridad de la galería.

Mi corta visita nos dice la primera palabra del misterioso trabajo. La píldora, netamente esférica en sus comienzos, tiene ahora un cuello hendido (fig. 4), como las paredes de un cráter poco profundo. A la tarde, nueva visita. La obra ha progresado. El cráter está más hondo, sus gruesos labios han desaparecido frunciéndose en



La píldora abierta para recibir el huevo.

forma de cuello de pera. El objeto, por lo demás, no ha cambiado de posición ni de lugar. Al día siguiente, tercera visita. La pera está terminada. Su cuello ha sido cerrado, y, por lo tanto, el huevo ya fué puesto. La obra no necesitaba ya más que la labor de pulimiento, a que sin duda se entregaba el insecto en el momento de mi aparición.

Lo más delicado del trabajo se me escapa: la explicación de las exquisitas labores de la cámara de eclosión de que antes he tratado, si se piensa en lo grosero del instrumento, su rigidez, su braceo torpe que le asemeja a los movimientos de un autómata. Ya lo hemos dicho otras veces: la herramienta no hace al obrero.

Para terminar este capítulo, un detalle sobre la cámara de eclosión. En la punta extrema del cuello de la pera, un punto se distingue siempre de una manera muy precisa: algunas briznas hilachentas lo erizan, mientras que el resto del cuello está cuidadosamente pulido. Ese es el tapón con que la madre ha cerrado la estrecha abertura, una vez puesto el huevo, y este tapón, como lo demuestra su estructura hirsuta, no ha estado sometido a la presión que ha modelado el resto de la obra.

¿Por qué este procedimiento en un sólo punto? Por su punta de atrás, el huevo se apoya sobre el tapón, el que, si estuviera comprimido, transmitiría la presión al gérmen, poniéndolo en peligro. La madre, sabedora del riesgo, agujerea, pues, la salida como con un corcho flojo: el aire se renovará mejor en la cámara de eclosión, y el huevo evitará la peligrosa comunicación del punto de sostén.

LA LARVA—LA METAMORFOSIS

La cámara de eclosión es un nicho oval de un centímetro de diámetro, más o menos. En la pared del fondo de este nicho está fijado el huevo, de forma cilíndrica y redondeada en sus extremos, de color blanco amarillento, de volumen parecido al de un grano de trigo. Las paredes de la celda están empapadas en una materia de color verde-obscuro, brillante, semifluída, una verdadera crema, destinada a alimentar a la larva en los primeros momentos. El aspecto del manjar está diciendo que se trata de una papilla elaborada en el estómago de la madre. Así como el palomo ablanda el grano en su propio buche para pasarlo en forma de lechada al pico de sus crías, el escarabajo tiene parecidas ternuras. Al dejar su celdilla, la larva del insecto encuentra a su alcance un alimento fácil que le fortifica el estómago y le permite atacar los depósitos vecinos, a los que falta ese refinamiento de preparación.

Deseoso de observar al gusano en la intimidad de su alojamiento, abro en la panza de la pera una ventanilla de un medio centímetro cuadrado. Al punto aparece en el dintel la cabeza del recluso, informándose de lo que ocurre. Reconocido lo hecho, la cabeza desaparece, y veo el cuerpo blanquecino reptar en su estrecho alojamiento. Un instante después el ventanillo se cierra con una pelota de pasta obscura y maleable, que pronto se endurece. A la segunda prueba, descubro el origen de la materia empleada: no es la cabeza lo que se presenta en la brecha tras la reptación de que hablaba; es la extremidad contraria. El gusano no va a buscar una brazada de su pasta alimenticia para tapar el agujero; no hace más que defecar sobre él. Resulta mucho más económico. Además, el cemento que emplea es de la mejor calidad, como que en seguida se pega. Así también la reparación es más rápida, siempre que el intestino tenga las debidas complacencias. Ciertamente, el gusano posee ya las cualidades del escarabajo, cuyas proezas estercolares ya conocemos; posee una docilidad intestinal que su anatomía ha de explicarnos luego.

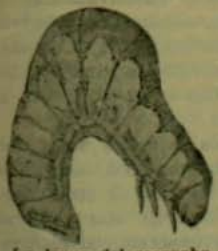
El albañil tiene su plana, o llana; el gusano, celoso restaurador de su domicilio, tiene también algo parecido. El último segmento, truncado oblícuamente, forma en la fase dorsal una especie de plano inclinado (fig. 5), un ancho disco encerrado por una rosca carnosa. En el centro del disco se abre en forma de ojal el órgano reparador. Tan pronto como ha depositado su cemento en masa, entra a funcionar el instrumento aplanador y compresor, hasta tapar bien la brecha, darle consistencia a la pasta y pulirla como el resto. Después del trabajo de aplanamiento, el gusano da media vuelta y viene a repasar la obra con su ancha frente. Un cuarto de hora más tarde, la parte reparada estará tan sólida como lo demás.

Demos ahora un sumario cróquis de la larva, sin detenernos a enumerar las articulaciones de palpos y antenas, detalles fastidiosos, de interés nulo en este caso.

Es un gusano corpulento, de piel fina y blanca, con pálidos reflejos aceitunados, provenientes de los órganos digestivos vistos por transparencia. Encorvado como un medio arco, recuerda algo al gusano del saltamontes, pero con menos gracia en la forma. Los segmentos, tres, cuatro y cinco del abdomen, se hinchan sobre el dorso, formando una enorme jiba, una hernia o bolsa tan protuberante, que la piel parece a punto de romperse a la presión del contenido. Su rasgo dominante es el de parecerse a un colegial o un soldado con su mochila a la espalda.

Con respecto a la anatomía interna del gusano, haremos notar que su estómago o ventrículo quilífico es un largo y grueso cilindro que termina en el cuello del bicho, después de un breve esófago. El estómago mide más o menos tres veces el largo del insecto. En su extremidad posterior se ensancha en forma de bolsa distendida por el alimento. El doblez del estómago es lo que hace que el dorso se ensanche en forma de jiba. El intestino está igualmente formado con sobra de vigor y longitud.

La larva engorda comiéndose las paredes de su casa. Poco a poco la panza de la pera se ensancha como una celda cuya capacidad creciera proporcionalmente al locatario. En cuatro o cinco semanas ha adquirido completo desarrollo. El gusano se convierte en ninfa. En el mundo entomológico, bien pocos insectos pueden competir en belleza con la tierna criatura que, con los élitros plegados hacia adelante y las patas anteriores estiradas bajo la cabeza, como cuando el escarabajo se hace el muerto, recuerda la imagen de una novia mantenida por sus tiras de lienzo en una postura hierática. Semi-translúcido y de un amarillo de miel, parece tallado en un trozo de ámbar. Supongámoslo petrificado por los siglos y sería una espléndida joya de topacio.



La larva del escarabajo sagrado.

En esta maravilla, un punto me cautiva sobre todo, dándome la solución de un problema de alto interés. ¿Están o no dotadas de un tarso las patas anteriores? Por una excepción bien curiosa, el escarabajo adulto y sus congéneres, están privados de tarsos anteriores. En el primer momento, diríase que esto se debe a un accidente. Siempre en contacto con las rudezas del suelo, para la marcha como para las excavaciones, las más constantes palancas de apoyo cuando el insecto hace rodar sus pildoras a reculones, las patas anteriores, están expuestas mucho mas que las otras a falsearse, por causa de una torsión de sus delicados dedos. Pero la pérdida de los dedos anteriores no es resultado de accidente individual. La prueba está aquí, en la crisálida: examino con mi lente las patas de la ninfa; las delanteras no tienen el menor vestigio de tarso, mientras que en las otras puede distinguirse, a pesar de su estado diforme. El escarabajo nace estropeado; su mutilación es innata.



Aparato digestivo del escarabajo.

¿Dónde está la causa original de la mutilación del escarabajo? Confesaré francamente que no sé una palabra de esto. De todos modos, son harto extraños estos miembros mancos; tan extraños en la interminable serie de los insectos, que han hecho caer a los más grandes maestros en errores lamentables. Oigamos en primer lugar a Latreille, el príncipe de la entomología descriptiva. En su memoria concerniente a los insectos que el antiguo Egipto ha pintado o esculpido sobre sus monumentos, cita los escritos de Horus Apollo, único documento conservado por los papiros acerca de la glorificación del insecto sagrado.

El maestro moderno, como el tratadista antiguo, se ven arrastrados por la teoría y multiplican el número de dedos sin atender a la mutilación de las extremidades anteriores. El único culpable de esto es la organización excepcional del insecto.

Con respecto a la vida íntima del escarabajo, Horus Apollo sabía más que nosotros. En particular, hé aquí lo que nos

dice: "El escarabajo oculta su píldora en la tierra, donde permanece encerrada durante ventiocho días, espacio de tiempo igual al de una revolución lunar, y durante el cual se anima la raza del escarabajo. El día vigésimo nono, conocido por el insecto por ser el de la conjunción de la luna con el sol y del nacimiento del mundo, abre esa bola y la echa al agua. De dentro del cascarón salen unos animales que son como los demás escarabajos."

Dejemos a un lado la revolución lunar, la conjunción de la luna con el sol, el nacimiento del mundo y otras extravagancias astrológicas; pero tengamos presente esto: los veintiocho días de incubación necesaria para la bola bajo tierra, los veintiocho días después de los cuales el escarabajo nace a la vida. Tengamos también presente la indispensable intromisión del agua para que el insecto salga de su cascarón resquebrajado. Hé ahí hechos precisos, del dominio de la verdadera ciencia.

La antigüedad ignoraba las maravillas de la metamorfosis. Para ella, una larva era un gusano nacido de la corrupción. No era sólo una máscara bajo la cual se elaboraba una vida superior; era un sér definitivo, soberanamente despreciable, y que, pronto, volvería a la podredumbre de que había salido.

Para la antigüedad, el escarabajo comienza a nacer a la vida desde el momento que puede ser reconocido por su forma, y no antes, puesto que entonces aparecería el gusano de filiación aún no conocida. Los veintiocho días durante los cuales se anima la raza del insecto, representan, pues, la fase ninfal. En mis estudios, esta duración ha sido objeto de atención especial. Las notas recogidas mencionan treinta y tres días para el más largo período y veintiuno para el más corto. El término medio es, por consiguiente, de veintiocho, número que aparece con mayor frecuencia que los otros. Horus Apollo decía verdad: el insecto completo nace a la vida en el espacio de una revolución lunar.

En fin, el insecto se muestra a punto, al mismo tiempo que se despierta en él la deliciosa inquietud de la libertad. Hijos de las tinieblas hasta entonces, ansían los placeres de la luz; pero la dificultad de liberarse no es pequeña. ¿Saldrá o no saldrá del cascarón natal, convertido ahora en odiosa prisión? Esto depende de las circunstancias.

En el hemisferio norte, es en Agosto generalmente cuando el escarabajo está pronto a su liberación. Pero si no sobreviene entonces una manga de agua que refresque la tierra y la ablande, el insecto no puede romper el cascarón y perece.

En mis experimentos, las cosas han pasado así. He recogido las peras ovulares con el escarabajo adulto a punto de abandonar su crema, visto lo tardío de la época. Estas cáscaras, endurecidas y muy secas, fueron depositadas en un frasco donde conservaban su aridez. Unas primero, otras después, dejaron oír en su interior el agrio rasquido del insecto, pero dos o tres días después, la liberación no había hecho progresos apreciables. En menos de una quincena, el silencio volvió a dominar en todos los cascarones. Extenuados por vanas tentativas, los prisioneros habían perecido, como pude verlo al romper la envoltura. Un minúsculo montoncito de polvo era lo único que la herramienta del escarabajo había podido arrancar a los calcinados muros de su prisión.

Otros cascarones de dureza semejante fueron envueltos en tiras húmedas y encerrados en un frasco. Cuando las hubo penetrado la humedad, les retiré la envoltura y los mantuve en el frasco cerrado. Esta vez los acontecimientos se presentaron de otra manera. Ablandado por la humedad, el cascarón se abrió al empuje del insecto que arrancaba su lomo empinándose sobre sus patas. El éxito fué completo. Para todos, la liberación llega sin tropiezos. Algunas gotas de agua les han dado la alegría de ver el sol.

Por segunda vez Horus Apollo tenía razón, si bien no es la madre, como lo dice el viejo autor, quien echa al agua el cascarón. Es la nube, la lluvia, la que cumple esa función liberadora. Efectivamente, es a comienzos del otoño, al llegar las primeras lluvias, cuando el escarabajo sale de su cueva natal y viene a animar los pastos de las sierras, como las animó en la primavera la generación precedente.

No descuidemos los primeros actos del escarabajo, al salir del cascarón; asistamos a su aprendizaje de la vida al aire libre. Después de romper una de esas cáscaras donde siento agitarse impotente al cautivo, pongo al insecto en un fanal, separado de los de su especie. Los víveres son frescos y abundantes. Ha llegado el momento, pen-

saba yo, de que se desquite de tan larga abstinencia. Pues bien, no es así: el recién nacido no hace caso de los víveres, a pesar de mis repetidas invitaciones. Necesita ante todo las caricias de la luz. Trepa por el enrejado metálico, se pone en plena claridad, y allí, inmóvil, se embriaga de sol.

¿Qué pasa por su obscuro cerebro durante este primer baño de radiosa claridad? Probablemente, nada. Es la inconsciente felicidad de la flor que despliega al sol su corola.

El insecto acude al fin a los víveres, con los que confecciona una bolita de acuerdo con todas las reglas. No hay aprendizaje: al primer ensayo obtiene la forma esférica, tan regular como después de una larga práctica. Luego abre una madriguera para comerse en paz el pan que acaba de amasar. Ya el novicio ha penetrado a fondo en su arte, sin que la más prolongada experiencia tenga que añadir nada a su educación y habilidad.

HENRI FABRE.

ALTEZA INCORREGIBLE

Su Alteza Real el duque Luis de Baviera, el decano de la familia real de Witelsboch, ha mostrado siempre una predilección singular hacia las actrices y bailarinas. Ha aplaudido a cientos, ha "distinguido" a muchas y ha desposado a dos, y si no tuviera al presente ochenta años ya cumplidos, podría aún asombrar al mundo con un tercer matrimonio.

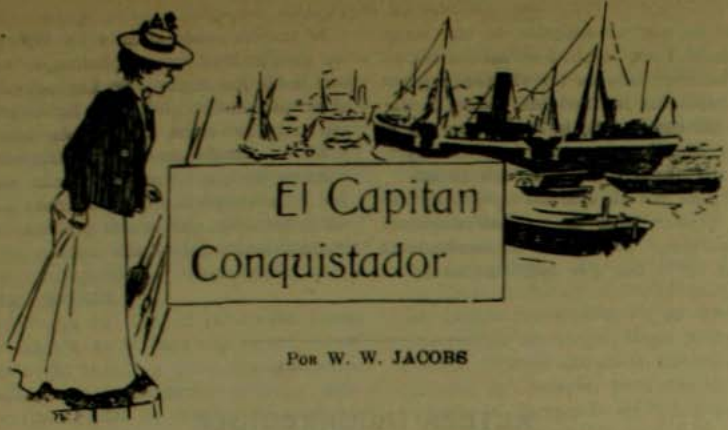
Hoy día el duque lejos de casarse, se divorcia. El divorcio es con su segunda mujer. Esta dama se llamaba Antonia Barth en los tiempos en que danzaba en la Opera de Munich; pero el duque que la adoraba no pudo hacerse a la idea de haber distinguido a una simple plebeya y obtuvo de su primo el príncipe regente Leopoldo, hoy ya muerto, que la señorita Barth fuese ennoblecida. De la noche a la mañana una generosa sangre azul circuló alegremente por sus venas hospitalarias y fué por gracia del regente, baronesa de Barthold.

El duque se casó con ella sin que la corte de Baviera levantase gran protesta. Todos sabían que este príncipe era original y algo más que original. La corte por tanto consintió y no tomó cartas en este matrimonio extraño en que el marido contaba más de cuarenta años más que la mujer... La felicidad de los esposos fué inmensa pero duró poco. Un niño vino en el mes de Mayo último a bendecir esta extraña unión; pero este niño que el duque se preparaba a adorar, no era del duque. ¿Cómo llegó éste a adquirir la dolorosa certidumbre? No se sabe, pero el duque la tuvo y al momento, con corazón de romano, decidió divorciarse.

El juicio se vió en el mes de Agosto en Munich y la baronesa, si hemos de dar crédito al relato de la *B. Z. an Mittag*, a quien dejo tranquilamente la responsabilidad de esta intrigante historia, compareció y declaró ante los jueces: "Pues bien, sí, mi hijo no es hijo del duque". Ipso facto fué declarado el divorcio en favor de su desgraciada Alteza. El proceso iba a terminar cuando el duque con evidente intención de venganza, pidió a los jueces se quitase a la baronesa de Barthold su título y la partícula de, lo mismo que el sufijo oldt que adorna aristocráticamente su apellido. Pero los jueces no han creído poder aplicar esta pena a la hermosa pecadora. Con recto criterio y buen sentido los jueces establecieron que la baronía de la baronesa le había sido otorgada por el regente y que no siendo el título del duque, el divorcio no podía producir efectos sobre él.

Y el duque se retiró del tribunal humillado y descontento. Si este príncipe tiene algo de filosofía, pronto echará al olvido este enojoso y desgraciado asunto, que es al cabo cosa nada rara aún tratándose de príncipes. Aunque algo tarde comprenderá que es peligroso desposar una mujer demasiado joven y que es una imprudencia fiarse ciegamente en aquellas de quien Shakespeare, profundo conocedor en la materia, dijo, ya que son pérfidas como la onda.

RAM.



El Capitan Conquistador

Por W. W. JACOBS

XIII

En la feliz ignorancia de que el difunto capitán de la Foam había encontrado cómodo alojamiento en Blue Post Hotel, el excontramaestre regresó a Londres por ferrocarril, con la intención de comunicarse con él, cuanto antes fuera posible. No sentía la tardanza ocasionada por su visita a Bittlesea; Mr. Fraser, padre, había conseguido, no sin muchas molestias y gastos, que se le entregara el mando de la "Swallow", desde fines de la semana.

Debido a este cambio feliz en su fortuna, se encontraba en excelente disposición de espíritu, a pesar de las indignidades que cometiera. Al llegar al muelle, los tripulantes de la Foam, que acababan de tomar su té, paseaban fumando por sobre cubierta. José vió aproximarse al joven, y golpeando su pipa, murmuró algunas palabras inentiligibles para sus camaradas.

—El contramaestre está abajo, señor, dijo Mr. Guillermo Green, contestando a Fraser. Iré a llamarlo con muchísimo placer.

Momentos después regresó, seguido de Benjamín, el cual, de pié y en actitud hierática, escuchó con calma las afanosas preguntas de su predecesor, acerca de la carta que esperaba recibir.

—No ha llegado ninguna para Ud., dijo lentamente.

En efecto, el pobre diablo había arrojado la carta recibida al río, como el mejor medio de evitar enojosas explicaciones.

—¿Esperaba Ud. cartas? agregó.

Fraser, mirando fijamente a su interlocutor, y sin contestar una palabra, se quedó pensando en la despreocupación con que se imaginaba que Flower conducía el asunto.

—Va a perder miserablemnte sus seis meses, es evidente, se dijo consternado. Podía haber tenido en cuenta que la cosa me afectaba a mí también. Habría sido muchísimo mejor decírselo todo directamente al capitán Barber.

—Si algo recibo, se lo remitiré inmediatamente, dijo Benjamín, que le había estado mirando fijamente.

—Gracias, dijo Fraser, reflexionando, y se retiró con los ojos bajos. En la oficina tampoco encontró nada. La caja de la correspondencia sólo contenía polvo.

Fracasado así su programa para la tarde, se dirigió lentamente hacia Tower-Hill, sin saber materialmente qué hacerse. Algo que dentro de su pecho, se disfrazaba con el nombre de conciencia, le decía que era su deber cumplir la promesa hecha al errante Flower, de visitar a Rosita; pero su verdadera conciencia le decía que esto era un engaño, y declinaba toda responsabilidad. Entre tanto, él caminaba insensiblemente en dirección a Poplar, torció por Liston Street, y golpeó la puerta de la casa Wheeler.

El murmullo de las conversaciones cesó instantáneamente en la sala. Un doble llamado a la puerta era raro en aquella casa, y era con frecuencia el preludio de la repentina desaparición de la parte más interesante de la familia. Un niño quedaba encargado de entretener al visitante, mientras las niñas estaban visibles.

Aquella tarde, sin embargo, las niñas se encontraban vestidas de paseo, y la puerta fué abierta sin más demora que la necesaria

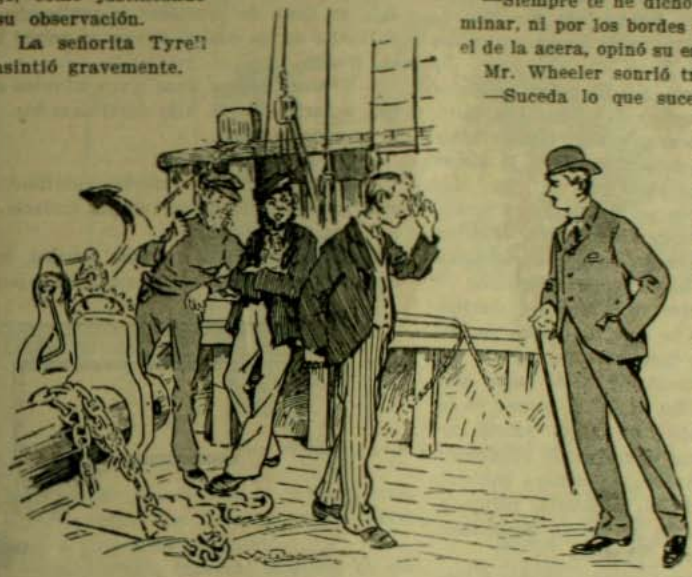
para establecer la identidad del recién venido. Rosita Tyrell abrió ella misma la puerta, mostrando en su fisonomía una ligera sorpresa.

—Buenas tardes, dijo Fraser, alargando la mano.

—Muy buenas, dijo la niña.

—Tenemos buen tiempo, dijo el embarazado ex-contramaestre... para Junio, agregó, como justificando su observación.

La señorita Tyrell asintió gravemente.



El contramaestre está abajo, señor, dijo Mr. Guillermo Green.

Es probable que dos al menos de los miembros de la familia deseaban la pronta desaparición del visitante, pero Mr. Wheeler, individuo sin tacto ni discreción de ningún género, se acercó al pasadizo, y después de estrechar la mano de Fraser, le indicó que dejara su sombrero en la percha y entrara.

—No hay noticias del capitán, supongo, preguntó solemnemente, una vez que Fraser estuvo sentado con toda comodidad.

—Ni una palabra, fué la respuesta.

Mr. Wheeler, suspiró moviendo la cabeza, mientras reflexionaba sobre la inestabilidad de las cosas humanas.

—No tenemos un instante seguro en la vida, dijo lentamente. Ayer no más, bajaba por Commercial Road, y resbalé desde la acera a la calle, antes de tener tiempo de decir Jesús.

—¿Cayó Ud? preguntó Fraser.

Mr. Wheeler movió negativamente la cabeza.

—No, dijo con mucha calma.

—¿Entonces qué?...

—Pude haber resbalado igualmente a bordo del muelle; esto es lo que quería decir, explicó Mr. Wheeler, en el tono de quien acaba de escapar de un peligro inminente.

—Siempre te he dicho que no debes caminar, ni por los bordes del muelle, ni por el de la acera, opinó su esposa.

Mr. Wheeler sonrió tristemente.

—Suceda lo que suceda, dijo con voz firme, estoy preparado, mi vida está asegurada, pertenezco a un club de socorros mutuos, y además los niños ya están grandecitos. Esto es un consuelo.

Una sensación de tristeza, invadió a todos los presentes, y Augusto Wheeler, de edad de 8 años, habiendo entendido que su papá había recibido lecciones que debía obedecer, en el sentido de dejarse caer del muelle al mar, abrió repentinamente la boca, y comenzó a manifestar su cariñoso pesar con tan temidos aullidos, que hasta los cristales de la ventana temblaron con el estruendo.

—No tengas cuidado, dijo el patrón, mientras la osa del pequeño Wheler entraba en competencia con el aullido de los lobos.... No tengas miedo, Agustito, hijito.... si no me sucedrá nada.

Estos consuelos no tuvieron efecto, y Agustito continuó chillando con el mismo ardor.

—Cállate y te daré medio penique, le dijo su hermanita.

Agustito no chilló más, pero continuó gimiendo en una voz baja, temiendo que en esta, como en otras parecidas ocasiones, se le tratara con más diplomacia que honradez. Pero aquel día tuvo su medio peni-

que, a más de otro del visitante, y así habiendo reunido su cariño filial en un penique y medio, se fué triunfalmente a un rincón, a jugar con sus envidiosos hermanos.

—La muerte, dijo Mr. Wheeler lentamente, una vez que se hubo restablecido el silencio, es siempre repentina. La más súbita de las que recuerdo, fué la de un individuo que estuvo desahuciado por más de siete años. Nadie quería creer ya en su muerte.

—Es una suerte que el pobre no fuera casado, dijo la señora Wheeler. Los marinos no debían casarse nunca. Cuando pienso que una hija mía pudiera ser la mujer de un marino, no sé lo que me pasa. Más vale cualquier cosa segura en tierra firme.

—No sé, dijo el imprudente Mr. Wheeler. Yo creo que si fuera niña, me gustarían los marinos... Tienen algo de romántico... Muchas veces quise yo mismo ser marino.

—Entonces no te habrías casado conmigo, dijo su mujer desde el sofá.

Mr. Wheeler suspiró, pero no puede asegurarse a punto fijo, si fué al pensar en lo que habría perdido o en lo que habría ganado. En seguida permaneció silencioso, dando lugar a que Fraser pudiera contemplar no sin ansiedad, a Rosita, pálida y hermosa, escuchando las tercas declaraciones de Mr. Roberto Wheeler.

—Pudiera haberme casado con dos o tres marinos, si hubiera querido, continuó la señora Wheeler, pero no quise.

Fraser murmuró algunas frases de admiración ante semejante energía.

—El primero fué Tomás Rogers, dijo la señora Wheeler. ¿Te acuerdas de él, hijo?

—¿No era un individuo de piernas arqueadas y medio bizco? dijo su marido, deseoso de complacerla.

—Nunca noté que fuera bizco, dijo la señora con aspereza. El otro fué Roberto Moore.

—Ese ya era casado a poco menos, dijo Mr. Wheeler, volviéndose hacia su huésped. Brillante partido, ¿no es cierto?

—No sé qué vieron en mí, dijo la señora Wheeler, con una pequeña sonrisa de modestia... No sería mi linda cara, por cierto.

—Tenías algo que vale más que una linda cara, querida, dijo su marido con tono afectuoso, algo que no se gasta tan pronto como aquello.

La señora Wheeler se volvió en su sofá, y habiendo sorprendido a Agustito en el acto de usar su boca como alcancía, le envió castigado a un rincón. En seguida comenzó a dirigir a los demás chiquillos durísimos cargos, y represiones, hasta que la sala se llenó de protestas y explicaciones, en medio de las cuales, Fraser se volvió hacia Rosita.

—Necesito hablar unos cinco minutos con Ud., señorita Tyrell, dijo nerviosamente.

La niña lo miró.

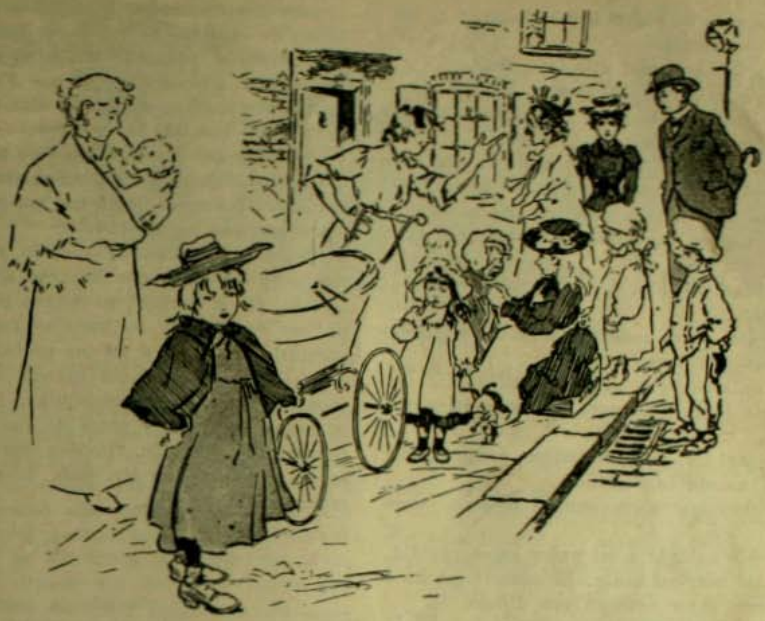
—Sí, dijo gravemente.

—Quiero decir en reserva, continuó el otro, maravillado de su propia audacia... Se trata de algo privado.

Bajó la voz hasta su tono normal, una vez que Emma Wheeler hubo abierto la puer-



Necesito hablar unos cinco minutos con Ud., señorita Tyrell



¡Pero qué enorme cantidad de niños andan por aquí

ta y echado afuera toda la gente menuda.

—No tengo hoy lista mi pieza todavía, dijo la niña tranquilamente.

—Bueno, hija, comenzó el dueño de casa.

—No te metas tú en nada, dijo con cierta aspereza la señora Wheeler. Estoy segura de que Mr. Fraser nada tiene que decir, que no pueda ser oído por nosotras... Nada que sea vergonzoso, sin duda alguna.

—Por cierto que no, dijo Fraser, con altivez, pero se trata de algo reservado... ¿Quiere Ud. ponerse su sombrero y salir un momento conmigo, señorita Tyrell?

—No lo hará, dijo la enérgica señora Wheeler... Ella no sale fuera de casa sola ni aún con Roberto, y sin embargo son como hermano y hermana. ¿No es así Roberto?

El aludido recibió la interrogación de mal humor, y en voz baja pidió a sus padres no hablaran demasiado. Entre tanto, Fraser, vió, no sin satisfacción, que las mejillas de Rosita se coloreaban vivamente.

—Voy a tomar mi sombrero... Espéreme un momento, dijo tranquilamente.

Salió de la pieza, y Fraser, sonriendo amabilísimamente a la señora Wheeler, trabó conversación con su esposo, acerca de los trabajos del muelle, hasta que la señorita Tyrell regresó, lista ya para salir.

Caminaron un corto rato en silencio. El sol se había puesto, y aún en esas estrechas callejuelas de Poplar, el aire de la tarde se sentía fresco y agradable. Mr. Fraser participó a la señorita Tyrell sus impresiones al respecto.

—Muy agradable, contestó ella, brevemente, ¿qué necesitaba Ud. decirme?

—Infinidad de cosas, dijo Fraser... Pero, qué enorme cantidad de niños andan por aquí.

La señorita Tyrell advirtió el hecho, que no podía ser más obvio.

—¿Qué necesitaba decirme? preguntó nuevamente, mirando con fijeza a su interlocutor.

—En primer lugar, dijo Fraser, necesito decirle que, aunque nada se ha sabido del capitán Flower, estoy cierto, seguro, de que no se ha ahogado.

La señorita Tyrell sacudió la cabeza lentamente.

—Además, debo decirle que he abandonado la Foam, continuó el otro. Creo que existe cierta idea de que yo mismo he arro-

jado a Flower al mar, para sucederle en su empleo.

La niña se volvió bruscamente, y su rostro se encendió.

—¡Qué absurdo! dijo indignada.

—Gracias, dijo Fraser... Si Ud. no lo cree, nada me importa lo que el mundo entero pueda pensar.

La señorita Tyrell, sin volver la cara, arrojó una mirada de soslayo hacia aquel joven que se satisfacía con tan poco.

—Espero que nunca he de oír nada malo respecto a Ud. dijo.

Fraser volvió a dar las gracias, calurosamente.

—Ud. no es capaz de nada malo, añadió la señorita Tyrell pensativa.

Continuaron su camino en silencio... Silencio indigno de parte del ex-contramaestre.

—Así Ud. está sin empleo, preguntó Rosita, no sin benevolencia.

Fraser le explicó entonces su buena suerte.

—He hablado a mi padre acerca de Ud., añadió nerviosamente. El conoció mucho a Flower, y me encargó que dijiera a Ud. que estaría muy orgulloso y contento, si Ud. se va a pasar una temporada con él a Bittlesea.

—No, gracias, dijo la señorita Tyrell.

—El aire de campo le haría mucho bien, persistió Fraser... Podría ir allí por tren, o conmigo a bordo de la Swallow, la próxima semana.

La señorita Tyrell repitió su negativa.

—Debo permanecer en Londres, para buscar algo en qué ocuparme, dijo.

—¿Qué piensa Ud. hacer? preguntó Fraser.

—Cualquier cosa que se me presente, fué la respuesta.

—¿Y entre tanto? comenzó el otro nerviosamente.

—Entre tanto, estoy viviendo con los Wheeler, dijo la niña, frunciendo los labios... Esto es lo que iba Ud. a decir, ¿no es verdad?

—No... No iba a decir nada de eso, dijo Fraser valientemente... No pensaba en ello.

—¿Volvamos? dijo la niña.

Tomaron ambos el camino de la casa, y Fraser, contemplando el pálido y soberbio rostro de la niña, no sabía qué hacerse.

—Quedaría encantado si Ud. va a Bittlesea, dijo, y estoy seguro de que Flower, si alguna vez aparece de nuevo, dirá que esto es lo mejor que Ud. podía hacer.

—Muchas gracias, pero prefiero permanecer aquí fué la respuesta, no quiero ser ingrata, pero tampoco deseo que esa gente me mortifique con su caridad.

Siguió su camino, en silencio y con el rostro vuelto hasta que llegaron a la calle Liston. En el umbral, se detuvo para despedirse de Fraser. Su cara se suavizó al apretarle la mano, y en las profundidades de sus ojos obscuros, le pareció al joven encontrar una ligera amabilidad. Entonces la puerta se abrió, y antes de que pudiera renovar su invitación, volvió a cerrarse con toda la rapidez que Mr. Rob. Wheeler fué capaz de imprimirle.

XIV

Cuando la marea está alta y el sol brillante Scabridge presenta atractivos tales, que sus habitantes se maravillan de no ver al pequeño pueblo, repleto de turistas. Por cierto que lo visitan de cuando en cuando uno o dos artistas errantes, pero como ellos



En las profundidades de sus ojos obscuros, le pareció al joven encontrar una digna amabilidad.



Se les considera más como espías que como huéspedes.

eligen para sus paisajes rincones en que la parte más progresista y moderna del pueblo, no figura para nada, se les considera más como espías que como huéspedes, y son tolerados más bien que otra cosa. Para un buen ciudadano que por una veintena de años ha deplorado la decadencia de su villa, el espectáculo de un forastero que husmea esas ruinas y procura perpetuarlas por medio de la pintura, está calculado para suscitarle extrañas dudas acerca de la capacidad y juicio del autor de tamaño desaguisado.

En las tardes de verano, cuando la marea está de baja y las alturas de la márgen opuesta del río, comienzan a teñirse de indifinibles sombras, la pequeña ciudad presenta otros atractivos al hombre contemplativo. La vida parece entonces confinada en las tabernas y en las dos otres angostas callejuelas que forman la ciudad. La avenida plantada de árboles que bordea el río se encuentra desierta y los últimos resplandores del día moribundo se reflejan en los pantanos y lodazales dejados en descubierto por la marea.

El capitán Nibletts, paseando lentamente con su pipa en la boca, sentía más o menos vagamente todo aquello. Su mirada se dirigía desde las embarcaciones del río, a los cerros coloreados al crepúsculo, y en seguida hacia el camino, en la esperanza de encontrar al capitán Barber, a quien buscaba inútilmente desde la mañana. Una señora gruesa y entrada en años, se encontraba sentada en un escaño mirando el río, y el marino se dirigió a ella, preguntándole por el perdido.

—Yo misma estoy esperándolo, dijo la señora Banks, y ahora tampoco ni Isabel aparece por ninguna parte... Salió de casa a las dos de la tarde, y todavía no ha vuelto.

Nibletts, apuntó la calle arriba con su pipa.

—La ví no hace diez minutos con el joven Gibson, dijo en voz baja.

—¿Para dónde iban? preguntó la dama, poniéndose de pié.

—No lo sé, dijo Nibletts, y me imagino que ellos tampoco lo saben, ni les importa gran cosa, el término de su paseo.

La vieja volvió a sentarse, y poniéndose la mano sobre los ojos, comenzó a escudriñar con mirada inquieta las orillas del río, hasta que la figura de otra mujer, que venía por el camino, interrumpió su pesquisa.

—Es la señora Church, dijo Nibletts.. ¿Ha aparecido? preguntó, cuando la dama se hubo acercado.

—¿El?... dijo la viuda en voz baja. ¿Quién?

—El capitán Barber, repuso el marino.

—Oh! sí, dijo ella con mucha política. Buenas tardes señora Banks.

La aludida correspondió la cortesía.

—Creíamos que el capitán Barber, había emprendido la fuga, dijo en tono chistoso.

La señora Church se permitió una sonrisa de superior clase.

—No está lejos, sin embargo, dijo con calma.

—Descansando, me lo imagino, dijo la señora Banks con intención.

La señora Church no se dió por entendida.

—Es verdad que ese terrible suceso le ha transtornado cruelmente, dijo en tono triste... ¿Y la señorita Banks? ¿Se encuentra más resignada?

La señora Banks abrió los ojos, llena de recelo.

—Se encuentra mejor, dijo, maravillosamente mejor.

Y volvió a quedar en silencio, esperando que su enemiga le proporcionase la ocasión de un desquite. La señora Church se sentó en el banco a su lado, y Nibletts, sintiendo la atmósfera algo intranquilizada, continuó su paseo.

Llegaba ya a la casa del capitán Barber, cuando vió la figura de un hombre salir de la callejuela vecina, y que después de mirar furtivamente hacia todos lados, se dirigió a la puerta. Nibletts apresuró el paso y lo detuvo.

—La señora Banks, lo está esperando, dijo, siguiéndolo hasta la sala.

El capitán Barber, se volvió, pero no repuso una palabra.

—También lo espera la señora Church, al menos así lo creo, continuó el otro.

—Capitán Nibletts, dijo el viejo en voz bajísima. Espero que Ud. no viva lo bastante para llegar a ser tan astuto, como yo he llegado a serlo.

El atónito marino murmuró humildemente que así lo creía él también, aunque la señora Nibletts, acaso pudiera tener otra opinión sobre el particular.

Desde el momento en que me levanto, hasta aquel en que me acuesto, voy haciéndome más y más astuto, continuó el capitán Barber. La señora Church no me pierde de vista ni siquiera un instante, y la señora Banks es tan mala como ella. Mientras se estaban diciendo cosas desagradables la una y la otra esta mañana, yo encontré manera de escaparme.

—Pero, ¿por qué no se deshace Ud. de la señora Church, dijo el sencillo Nibletts.

—¿Deshacerme de la señora Church? repitió horrorizado el capitán Barber... ¿Por qué no se deshace Ud. de su casa, Nibletts? preguntó como por vía de comparación.

—No tengo para qué, repuso el otro, por decir algo.

—Porque Ud. no puede hacerlo, dijo enfáticamente el capitán Barber... Pues bien, yo tampoco puedo desprenderme de la otra... Ud. sabe los sentimientos que le inspiro.

—¡Ah! ¡Sí! dijo el otro, suspirando y meneando la cabeza en señal de desaliento.

—Yo he sabido respetar esos sentimientos, continuó el capitán Barber, y la hice comprender que no podía casarme por consideración a Federico... ¿Ve Ud? Y ahora sucede que el pobre Federico ha muerto ahogado.

—Pero, ¿Ud. le ha prometido casarse con ella? preguntó Nibletts con maliciosa sonrisa.

—Por cierto que no, repuso el capitán Barber con toda claridad, pero cuando Ud. sepa de mujeres tanto como yo sé, comprenderá mis apuros... Ella está llena de ilusiones... Todos los modales de la señora Church para conmigo son los de una novia jovencita. Si ahora se encontrara aquí, ya habría puesto sus manos en una de las mías.

—Pero no lo haría delante de mí, dijo Nibletts escandalizado.

—Delante del Príncipe de Gales y de toda la familia real lo haría también, repuso el capitán Barber con convicción. Ud. no se imagina lo que me molesta esa mujer.

—Allí viene, dijo Nibletts en voz baja, y también la señora Banks y su hija.

El capitán Barber tosió, y se irguió en su asiento, tratando de aparecer indiferente, delante de las mujeres, que entraron a la pieza, manifestando el placer que tenían de verlo.

—No me daba cuenta de lo que podía haber sucedido a Ud., dijo la señora Banks, arrojándose en una silla.

—Yo sabía que estaba bueno y muy bueno dijo la señora Church, juntando las manos y mirando tiernamente al capitán. Si cualquiera cosa le hubiera sucedido, yo lo habría sabido aunque él se encontrara a cien millas de distancia.

Se sentó al lado del capitán Barber, y cogiéndole una mano con las suyas, se la estrechó efusivamente. El capitán completamente sofocado, cambió una mirada significativa con Nibletts, y emitió un involuntario gruñido.

—No se desespere Ud. así, dijo la señora Banks en tono compasivo... No sé por qué se me imagina que el pobre Federico se ha salvado.

—Así lo espero yo también, dijo el capitán con voz firme.

—Es muy posible, dijo el capitán Nibletts.

—¿Por qué no lo habrían recogido en un buque y llevádolo sabe Dios dónde? pre-



Cogiéndole una mano con las suyas, se la estrechó efusivamente.

guntó la señora Banks, lanzando una mirada a su hija y a la ama de llaves.

—He oído de un individuo que cayó al agua, dijo el capitán Nibletts, y que volvió sano y salvo veinte años después.

—¿Era casado? preguntó la señorita Banks.

—Sí, lo era, repuso el capitán, con la seguridad de un testigo en un interrogatorio judicial.

La señora Church, levantó los ojos al cielo.

—¡Cuál sería el regocijo de marido y mujer al volver a verse! dijo sentimentalmente.

—Ella murió dos días después de la vuelta del otro, dijo el capitán Nibletts con sencillez.

Siguió un helado silencio, durante el cual las tres damas, olvidando por un instante sus diferencias, miraron al preopinante con las más claras muestras de desaprobación, y la señora Banks no pudo reprimir un gesto despreciativo para la raza entera de los hombres.

—En cuanto a individuos caídos al mar y que han vuelto algunos meses después, continuó el verídico Nibletts, todos los marinos conocemos a docenas de ellos.

—Yo he conocido siete, dijo el capitán Barber, con toda la exactitud de la mentira... Es un caso común, corriente, que nada tiene de extraño.

—Así es, dijo Nibletts, con tono de competencia.

La sala volvió a quedar en silencio, y el capitán Nibletts, encontrando algo de inquisitorial en la mirada de la señora Church, se levantó para mirar una hermosa pintura en vidrio, colocada en un marco negro sobre el aparador, y después de algunas alabanzas al buen gusto de su propietario, se despidió.

—Yo voy con Ud., dijo Barber, levantándose a su vez. Tenemos que arreglar algunos asuntos, ¿no es así?...

—¿Cómo?... ¿Va Ud. a salir de nuevo? dijo tiernamente la señora Church... Ha estado Ud. todo el día andando de arriba para abajo.

El capitán Barber murmuró en respuesta algo inentiligible, y tomando su sombrero salió con Nibletts. Por un rato caminaron juntos en silencio, hasta que el último, que deseaba ir a su casa, se aventuró a preguntar dónde iban.

—Todos los sitios son iguales para mí, repuso el viejo acongojado... Sólo necesito salir... Eso es todo... Ella y la señora Banks, me perseguirán de todas maneras, y acabarán por pescarme, doquiera me oculte.

Cruzó las manos a la espalda, y, deteniéndose en una vuelta del camino, miró hacia el muelle, allá abajo. En el río se hallaban ancladas dos o tres embarcaciones pequeñas, y el murmullo de voces lejanas que venía de una lejana embarcación, sólo servía para hacer más sensible el silencio de la tarde.

—Estoy pensando en mi sobrino, dijo el capitán Barber en voz baja. Recuerdo que cuando sólo tenía tres años, yo y mis hermanas lo llevábamos por aquí en brazos.. Me parece sentir el olorcito a yerbabuena que despedía... Ahora me encuentro sólo, pero no quiero casarme. ¿Por qué?... Porque no es prudente acabar por donde todo el mundo comienza.

—Dígaselo claro a la otra, dijo el capitán Nibletts.

—No me atrevo, dijo el capitán Barber.

—Dígaselo esta misma noche, dijo Nibletts... Vamos al Thow, tómese usted un vaso de aguardiente, para cobrar valor, y salga una vez por todas de esta situación

El capitán Barber no replicó, pero continuó caminando lentamente hacia la taberna y después de corresponder los respetuosos saludos de la tripulación de la goleta, que se encontraba toda junto al meson, y de ordenar a la tabernera que les diera de beber un vaso por su cuenta, se dirigió al salón a prepararse él mismo para la próxima entrevista con la señora Church.

Las dificultades de la situación debían ser grandes, porque se bebió las copas de whisky una tras otra, y ordenó por dos veces más, que festejaran por su cuenta a los tripulantes de la goleta, quienes hubieron al fin de comisionar a Mr. Guillermo Green para que le diera las gracias, en nombre de todos, con un discursito.

—Habla muy bien este muchacho, dijo el capitán Barber, por vía de aprobación.

Bebió aún más whisky, y al ruido de una música de baile que venía de la pieza vecina, tomó un vaso y seguido por Nibletts, empezó a zapatear torpemente la danza, en medio de la habitación. Mr. Guillermo Green, a quien le encantaba rozarse con personas de elevada situación, les acompañó en el mismo juego.

Ello hizo tan buena impresión en el capitán Barber, que tomó del brazo al joven marinero, y llevándoselo a un rincón, comenzó a confiarle las dificultades de su situación. Míster Green se atrevió entonces a desenvolver algunos proyectos, para la liberación de su patrón.

El capitán Nibletts, que había salido un momento, los encontró en animada consulta. Un rayo de esperanza brillaba en las toscas facciones del viejo.

—Yo y este joven hemos pensado algo muy conveniente, dijo con voz excitada... El va ir a casa y dirá a la señora Church que yo he tenido un accidente en Carolliflown, en Mapleden, y que necesito verla, y que él tiene el encargo de conducirla... Entre tanto, yo vuelvo a casa, me echo a la cama, y no me despertará un terremoto, ni menos los golpes que ella dé en la puerta de calle... ¿Entiende Ud?

—¿Y qué resultará de ello? preguntó su atónito interlocutor.

—Al día siguiente, dijo Barber con voz temblorosa, yo rehuso creer la historia... Green, por su parte, la negará por completo, y dirá que ha visto a la patrona conversar en la puerta con álguien que la invitaba a pasear.

—No me parece una broma conveniente para una señora, dijo el capitán Nibletts. Hay más de cuatro millas de aquí a Mapleden.

—Tanto mejor, repuso el capitán Barber.

—Deme Ud. media hora no más, dijo Mr. Green, y entonces vuelva a su casa tranquilo... Encontrará el terreno despejado.

Diciendo estas palabras, tomó el cigarro que le ofrecía el capitán Barber y dándole efusivamente las gracias, salió de la taberna. Los dos capitanes aceptaron tranquilamente el tiempo convenido, y después de concluír sus bebidas, salieron a su vez, en dirección a la casa del viejo, que encontraron sumida en la obscuridad.

—Todo va bien, dijo Barber, estrechando la mano de su acompañante. Buenas noches.



Habla muy bien este muchacho, dijo el capitán Barber.

—Muy buenas, dijo Nibletts.

El viejo, no sin alguna vacilación, se acercó a su casa, y después de abrir la puerta, no con pequeña dificultad, penetró sano y salvo al interior. La casa se encontraba tranquila y obscura, a excepción de la lámpara del saloncito... Barber, después de un momento de examen, procedió a cerrarlo todo para la noche.

Por regla general, no era muy cuidadoso en esas materias, pero aquella noche, ningún carcelero habría examinado las llaves y barras con más conciencia que él. Después de dejarlo todo seguro, volvió a la sala, y encendió su pipa, para darle algunas chupadas antes de acostarse. Temeroso entonces de que la ama de llaves regresara más temprano de lo que esperaba, apagó la lámpara y continuó fumando en la obscuridad.

Concluida su pipa, subió cuidadosamente al piso alto. Al pasar por el dormitorio del ama de llaves, el corazón le dió un vuelco, al oír la suave voz de una mujer que le daba las buenas noches.

El capitán Barber, sorprendido más allá de todo lo imaginable, se encontró incapaz de pronunciar una palabra.

—Creí que se había perdido de nuevo, dijo la voz. Buenas noches.

—Buenas noches, repuso el otro. ¿Se fué la señora Banks? preguntó deteniéndose junto a la puerta.

—Se fué media hora antes de que Ud. llegara, repuso el ama de llaves. Isabel se había ido apenas Ud. llegó, pero su madre se quedó aquí... Su partida fué un tanto misteriosa, pero yo no tengo por qué mezclarme en asuntos agenos.

—¿Qué misterio es ése? preguntó el capitán.

—Un joven vino aquí, repuso la inocente mujer, y se fué con él conversando en voz baja. No sé de qué se trataba, porque la señora Banks, no creyó prudente comunicármelo.

El capitán Barber permaneció un instante anonadado y en seguida penetró violentamente a su dormitorio. Al fin y al cabo era un hombre de buen corazón, y no podía menos de suspirar, ante la idea de su pobre y vieja amiga, penosamente camino de Mapleden... En su interior, no podía menos de maldecir la torpeza de Mr. Guillermo Green.

Despertó a la mañana siguiente, después de una noche de insomnio, al ruido formidable que hacía una gran muchedumbre de gente, estacionada frente a su casa. Se sentían fuertes golpes en la puerta de calle, y la voz de la señora Church que le llamaba.

—Saltó de la cama y se asomó al balcón. Un grupo de muchachos pululaba en la calle, al lado afuera de la casa, y José el cocinero de la goleta, con las manos en la reja, miraban inquietos hacia la ventana del salón. Excitado, se vistió rápidamente y bajó al salón.

Este se encontraba repleto. La señora Banks, con apariencias de mucha fatiga, olía un frasco de sales, tendida más que sentada en el sofá, mientras dirigía furiosas miradas a Mr. Guillermo Green, que en un rincón, sonreía maliciosamente detrás del capitán Nibletts y Benjamín.

—¿Qué significa todo esto? preguntó el capitán Barber, con voz temblorosa, así que sus ojos se encontraron con los de Mr. Green.

Varios de los parientes de la señora Banks, comenzaron a hablar al mismo tiempo, ayudados por algunos vecinos. La substancia de sus observaciones era que un joven, cuyo fino lenguaje ocultaba la falsedad de su corazón, había llevado a la señora Banks, caminando cuatro millas a pié hasta Mapleden, la noche última, con el pretexto de que el capitán Barber, el cual evidentemente estaba bueno y sano, había sufrido un grave ataque en Caroliflower. Pedían la inmediata destitución del culpable y su ejemplar castigo por la justicia.

—¿Qué tiene Ud. que decir a esto, preguntó el capitán Barber al aludido, en un tono mezcla de temor y de indignación.

—No es verdad todo eso, dijo Mr. Green respetuosamente... No he dicho a esta señora nada por el estilo.

—¿Qué le dijo entonces? preguntó el capitán Barber con una voz que los circunstantes encontraron demasiado suave para el caso.

—Ella estaba aquí en la puerta cuando yo pasaba, dijo Mr. Green nerviosamente... Entonces le pedí que diéramos juntos un paseo.

—¡Embustero! exclamó la atónita señora Banks.

—Fuimos, pues, a dar una vueltecita, continuó el infortunado Mr. Green, y entonces,



Un grupo de muchachos pululaba en la calle.

supongo que ella, viendo que era más tarde de lo que ella creía, ha metido todo este alboroto.

—¡Yo! ¡A mi edad! preguntó al auditorio la indignada señora Banks.

—Ud. ha metido un alboroto, dijo Mr. Green.

—Por cierto, cuando ví cómo me habían engañado. Ud., señora Church, Ud. estaba aquí cuando él llegó.

—Yo nada sé de todo esto, dijo la señora Church.

—Pero yo insisto en que Ud. diga la verdad, repuso la vieja, enrojeciendo hasta el blanco de los ojos.

—Pero si no me he dado cuenta de nada, dijo el ama de llaves, mirando a su alrededor furtivamente. Oí que Ud. hablaba con alguien en la puerta, en voz muy baja.

—No era en voz baja, interrumpió la señora Banks.

—El hecho es que no pude oír lo que decían, y después, cuando Ud. salió, yo le pregunté si regresaba a su casa, y Ud. me dijo que sí.

—¿Está Ud. segura de que ella contestó que iba a su casa? dijo el cuñado de la señora Banks, mientras la infortunada, caía en su sillón.

—Sí, dijo la señora Church, con un ligero signo de repugnancia.

—Se siguió un silencio de muerte, durante el cual no se oía sino el resoplar de la víctima en su frasco de sales.

—Si este hombre le dijo en realidad que el capitán Barber estaba enfermo en Mapleden... ¿por qué ella no me lo comunicó? continuó la señora Church, en tono de suave protesta. A mí me correspondía saberlo antes que nadie.

—Es meter un escándalo por lo que no vale la pena, dijo Mr. Green... vió que era muy tarde y quiso echarme a mí toda la culpa.

Un testigo compasivo, acercó el frasco de sales a la nariz de la víctima, mientras sus escandalizados parientes discutían la situación, en animados cuchicheos. Las frases... "a su edad debía tener más prudencia"... "ha sido una ligereza", se oían de cuando en cuando.

La infortunada señora Banks parecía indiferente a las observaciones de sus parientes, y toda su atención se concentraba en el ama de llaves, en cuya sonrisa satisfecha, le parecía ver una explicación completa de los acontecimientos de la noche anterior... Se levantó después de su silla, y con una seguridad en sí misma, que a su cuñado le pareció muy fuera de tono, tomó el brazo de su hija, y salió de la sala. Su partida fué la señal de un desbande general. En grupos de dos y de tres, los circunstantes se marcharon, mientras el capitán Barber, acompañado de Nibletts, se dirigió hacia la goleta, buscando una oportunidad para decir a Mr. Green algunas palabras, sobre los inconvenientes de la precipitación.

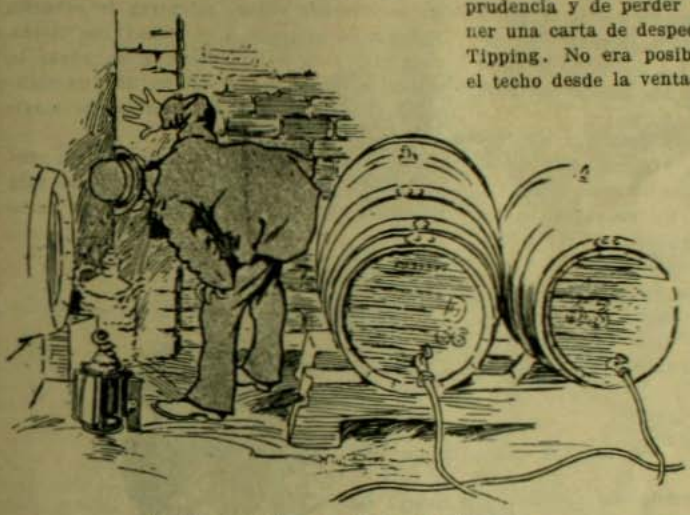
XV

El Blue-Post, en Chelsea, es una vieja taberna, agradablemente situada junto al río, y posee una extensa clientela, entre los sirvientes del barrio, y otras gentes capaces de apreciar la buena cocina, cuyo suave y delicado perfume invade todo el edi-

ficio desde el subterráneo hasta el techo.

Para muchos una prisión en semejante sitio habría constituído un celestial placer. En los signos de la canícula, la temperatura de la cueva es agradable y la cerveza abundante; en el invierno la sala de la taberna está siempre calentada por un buen fuego.

Pero el capitán Flower no se sentía feliz. Había visitado, es cierto, el subterráneo, pero sólo en la esperanza de encontrar una salida secreta; habíase instalado repetidas veces en la ventana del salón del re-



Había visitado, por cierto, el subterráneo

servado, junto a la ventana, pero su rabioso deseo de escapar de aquel sitio y de no volver jamás a verlo, no podía ser sobrepasado ni por el más testarudo antialcoholista de la cristianidad.

Su peor mortificación consistía en el insulso Porson, que había tomado por su cuenta al infortunado marino. Si salía al corredor para contemplar desde las ventanas tarda corriente del padre Támesis y los buques que la surcaban, el tío Porson, con su faz descolorida y su cuello sucio, se encontraba allí para referirle estúpidas historias marineras. Si se retiraba al patio del fondo para ver pasar, desde la puerta del fondo, la abigarrada multitud de las calles de Chelsea, el tío Porson le seguía allí, para señalarle lecheros que tenían un pasado y cocheros con leyenda.

Transcurrió la segunda semana de su encierro, antes de que se diera completa cuenta del horror de su posición. Su pié enfermo que tanto le molestara, estaba ahora mucho mejor, pero no tanto que le permitiera el lujo de una carrera a pié con Mr. Porson o Santiago, y como la familia entera, habíase dado cuenta de la mejoría, las atenciones que se le prodigaban redoblaron mucho. Le encerraban con llave en su dormitorio apenas se acostaba, cosa que hubo de descubrir la primera noche que intentó huir, después de vestirse con sumo tacto y prudencia y de perder una hora en componer una carta de despedida para la señorita Tipping. No era posible tampoco alcanzar el techo desde la ventana de su dormitorio, y en cuanto al pavimento de la calle, le ofrecía sólo la perspectiva de escoger entre su boda y sus funerales.

Entre tanto, el momento terrible se acercaba de día en día.

—El Jueves próximo, dijo la señora Tipping a su hijastra, una tarde en que todos se encontraban reunidos en la sala, el Jueves próximo serás la señora de Robinson.—La señorita Tipping que estaba al lado del capitán, le miró languidamente, reclinando su linda cabeza sobre el hombro de su prometido.

—Apenas puedo creerlo, dijo ruborizada.

Flower, a quien ocurría lo mismo, acarició la cabeza de la niña, cosa que la pareció más fácil que contestar.

—Y debo decir, observó la señora Tipping mirando a la pareja, a fuer de mujer llana y que no sé ocultar lo que siento, debo decir que antes de ser su mujer deberías haber averiguado algo más acerca de él.

—Estoy a ese respecto del todo satisfecha, dijo la señorita Tipping, sin levantar la cabeza.

—Pero corresponde a tus parientes, Matilde, estar también satisfechos, dijo el tío Porson con aire de importancia.

La señorita Tipping alzó la cabeza y favoreció al preopinante con una mirada de tal naturaleza, que éste no tuvo deseos de seguir hablando.

—Mis parientes nada tienen que ver en el asunto, dijo la niña por fin... El va a casarse conmigo y no con mis parientes...

La señorita Tipping fué interrumpida en su discurso, por la entrada de un empleado del vecino joyero, que traía cuatro piedras de diamantes, regalo de boda de Flower a su novia. La señora Tipping las había escogido, con gran desconsuelo del infortunado capitán, cuya bolsa iba vaciándose con desesperante prontitud, y a quien no le hacía ninguna gracia hacer dos regalos de boda en un sólo mes.

—Federico tiene otra cosa que no me agrada, dijo la señora Tipping, después de colocar las piedras en sus extensas faldas... Es muy gastador... No me agradan los avaros, pero tampoco los que derrochan su dinero. Estas piedras son muy bonitas, y acreditan su buen gusto, pero creo que algo más barato, habría sido lo mismo para el caso.

—Creí que a Ud. le agradaban, dijo el irritado Flower.

—No... no es que me desagraden, dijo solemnemente la señora Tipping... no son del todo malas... Hacía sólo una observación sobre el dinero que cuestan... Creo tener derecho para ello.

Flower cambió de conversación, y, volviéndose a la señorita Tipping, empezó a conversar con ella en voz baja, acerca de su futuro hogar. La señorita Tipping soñaba con una especie de Edén, con honores de taberna, y parecía difícil hablar semejante cosa.

Habían discutido ya varias veces el negocio, y el infeliz capitán estuvo en varias ocasiones a punto de querellarse con su novia, sobre la parte del país en que iban a vivir. La señorita Tipping prefería la costa del este, mientras que Flower era partidario del sur. La señora Tipping era de opinión de dejar el asunto para después de la luna de miel, pero el poético anuncio de una taberna en el Essex, sedujo a su hija, y se decidieron a visitar el sitio en cuestión.

El viaje se hizo en compañía de Dick y de la señora Tipping. El capitán, que buscaba ansioso la perspectiva de la fuga, no se cansaba de ponderar la indisposición de su pie. Sentóse con los ojos cerrados en un rincón del vagón, mientras la señorita Tipping se aferraba a su brazo, con tierna solicitud, para evitar acaso a su novio la tentación de saltar al andén de una estación, cuando el tren se pusiera en movimiento.

La "Rosa de Essex" se encontraba a cinco millas de distancia de la estación más próxima, hecho a que el anuncio no hacía referencia, acaso por economía.

—Es un sitio encantador, dijo la patrona del Hotel de la Estación, cuando le preguntaron su opinión después del lunch... Lo mejor es que vayan en un carruaje.



Mientras los novios recorrían el inmenso jardín.

Momentos después, la comitiva se puso en marcha. El capitán observó con secreto placer que el país era medio desierto, y su corazón latía precipitadamente pensando en las probabilidades de una escapatoria.

La taberna, hasta donde podía apreciarse a primera vista, era excelente. El jardín era bellísimo y la huerta muy bien provista. Flower, suspirando, hubo de convenir en que aquello era lo que precisamente necesitaban. Aún la señora Tipping, y después de una cuidadosa inspección, opinó que el sitio podía ser mucho peor; pero Santiago, con aires de competencia profesional, dedicó toda su atención a la bodega, mientras los novios recorrían el inmenso jardín cambiándose tiernísimos arrullos.

—Pensaremos el negocio, dijo la señora Tipping al propietario...

—A muchos les ha parecido muy bueno, dijo aquél, cambiando una mirada con su mujer.

—Y sin embargo no lo han tomado, repuso con cierta sorna la señora Tipping, con aire de negociante.

—Yo voy a tomarlo, dijo la señorita Tipping con decidido acento.

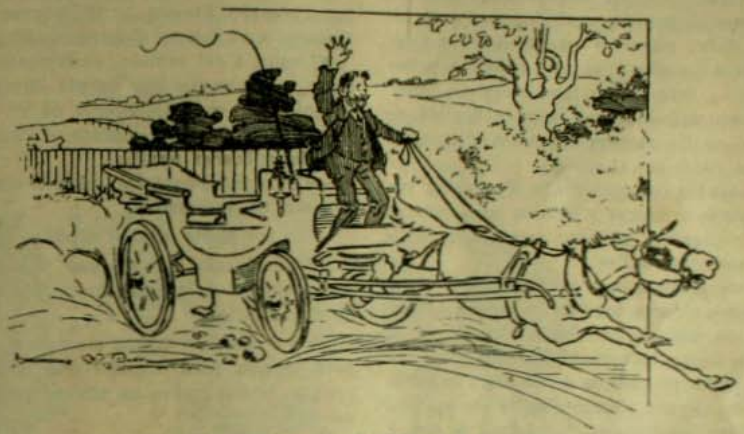
La señora Tipping suspiró ante semejante apresuramiento, pero viendo la determinación de su hija, bajó nuevamente a la bodega, acompañada de Santiago, para inspeccionarla una vez más. El capitán Flower, apoyado penosamente en el brazo de su novia, se dirigió cojeando hacia el carruaje.

—¿Está Ud. cansado? preguntó la niña tiernamente, cuando se hubieron instalado.

—Sufro mucho de la pierna, contestó el capitán con suave sonrisa... ¡Caramba!.. ¡Qué contratiempo!

—¿Qué sucede? preguntó alarmada la señorita Tipping.

—He dejado mi pipa en el jardín, dijo Flower levantándose... la pipa que Ud. me regaló... No querría perderla por nada de este mundo.



El animal se lanzó adelante a la carrera

—Voy a buscársela, dijo la señorita Tipping, saltando del carruaje, ¿Dónde cree Ud. que la dejó?

—Entre las colmenas de allá abajo, repuso Flower palideciendo, al oir que la señora y Santiago subían de la bodega... Apúrese Ud... Alguien puede tomarla.

La señorita Tipping penetró en la casa, e inmediatamente después sus parientes, salieron de la bodega, acompañados por la dueña del local.

—¡Cochero! dijo Flower, golpeando el hombro del aludido.

—¿Señor? repuso el otro volviéndose.

—Lleva esto a la niña que estaba conmigo, y apúrese Ud.

A falta de otra cosa, le pasó su petaca de tabaco. El muchacho bajó del pescante y corrió hacia la puerta en el preciso momento en que Santiago Tipping, dando un grito, se precipitaba hacia el coche. Ese grito obró sobre el capitán como por obra de magia: y tomando el látigo, dió al caballo un latigazo en que se concentraron todos sus temores de las últimas semanas, y todas sus esperanzas para el porvenir.

El animal se lanzó adelante a la carrera, mientras que Santiago Tipping, después de atropellar al cochero, se precipitó en su persecución. El camino era áspero y desigual, y el caballo a todo galope arrojaba el vehículo de aquí para allá, en formidables tumbos, a pesar de lo cual, Flower no cesaba de esgrimir el látigo con rabiosa actividad... Tipping perseguía al fugitivo desde muy cerca y el cochero iba muy poco más atrás. Flower, abandonando por un momento el caballo, casi desbocado, se levantó de su asiento y empezó a arrojar los cojines del coche a su más próximo perseguidor... Esta táctica tuvo completo éxito: el tercer cojín, que era largo y flexible, se arrolló en las piernas del joven Tipping y lo hizo rodar por el suelo.

—¡Asunto concluído! dijo Flower al ver al cochero detenerse y bajarse para prestar auxilio al caído... Nunca creí que los cojines fuesen tan útiles.

Volvió a sentarse, y perdidos ya de vista sus perseguidores, tras de un recodo del camino, se entregó, corriendo siempre, a la alegría de su inesperada libertad. Sus conocimientos en materia de coches y caballos eran de lo más elementales, y su manera de doblar los ángulos del camino brusca y determinada... Corrió, no obstante, varias millas sin sufrir accidente alguno, hasta que el caballo, fatigado ya, dejó de galopar, tomando un trote moderado.

—Ya estarán haciendo funcionar el telégrafo, pensó melancólicamente. ¡Qué cómodos eran esos antiguos tiempos, antes de que se inventaran el vapor y el telégrafo! Iré un paso más lejos y dejaré amarrada esta bestia al primer árbol que se me presente.

Pensando así animó al caballo con un chasqueido de la lengua. El carruaje, que se deslizaba por una pendiente bastante fuerte, tomó entonces su primitiva velocidad.

De pronto, otro carruaje apareció al frente en el camino... El capitán, ignorante del lado por donde debía volver, dejó la materia al albedrío de su caballo, con tan desgraciado éxito, que ambos coches se dieron un soberbio encontrón, afortunadamente de soslayo... Tan alentado era el caballo de Flower, que, a pesar de la catástrofe, se obstinaba en continuar su camino, arrastrando el carruaje, a lo que de él quedaba, pues una de las ruedas se había desprendido en el choque.

—Vea lo que hace, rugió el conductor del otro vehículo... Vea cómo me ha destrozado el coche... ¡Véalo!

Flower lo miró y repuso:

Vea Ud. el mío, dijo, ha quedado mucho peor que el suyo.

—Ud. iba por el mal lado del camino, repuso el otro.

—Ud. debió verme venir y hacerse un lado, observó Flower... El camino estaba desierto y yo iba en él primero que Ud...

El caballo del capitán, tembloroso y agitado, se mantenía aún de pie llevando los despojos del carruaje detrás de sí... Flower, cogiendo mecánicamente el látigo, dijo que iba a buscar auxilio.

—Ud. permanecerá aquí, dijo el otro hombre con un juramento.

—No por cierto, dijo el capitán.

Su adversario, sin replicar una palabra, avanzó hacia él, levantando en alto el mango de su látigo.

Flower imitó la misma maniobra, pero no tuvo tiempo para impedir que el irritado cochero le descargara un primer golpe en la cabeza.

Al sentirlo, todo desapareció para el capitán, salvo la idea de vengarse. La reciente catástrofe, sus proyectos matrimoniales, y aún sus principios de honor y de moral. No pensaba sino en descargar otro golpe más fuerte que el que había recibido.

Por un minuto o dos la batalla se mantuvo indecisa... En seguida, bajo un fuerte golpe descargado por Flower, su adversario cayó pesadamente en tierra. Durante algunos segundos, el capitán, aterrado, creyó haberlo muerto, pero el pobre caído, se levantó entonces débilmente, y cogió su látigo, subió a su carruaje y se alejó sin pronunciar una palabra.

El victorioso Flower, dirigió la vista por el camino solitario, y empezó a caminar, alejándose tan ligero como pudo del sitio del siniestro.

Pronto comprendió lo difícil que era para un capitán de buque, medio cojo, escapar a la saña de posibles perseguidores, montados en buenos caballos... En los alrededores sólo se veían campos cultivados, sin un escondrijo medianamente razonable, pero media milla más lejos se divisaba la silueta

de un bosque. Hacia él se dirigió Flower, con toda la rapidez de que fué capaz.

Sentóse en el tronco de un árbol caído y miró miedosamente en torno suyo. No sin temor observó que el bosque no era muy profundo, y se reducía a una angosta faja de pinos a lo largo del camino. Continuó, pues, su marcha por entre los árboles.

El bosque prestaba un sombra bastante agradable después del calor del día... El capitán pudo, pues, caminar con más comodidad, aunque a cada instante le parecía



¿Puedo entrar? preguntó Flower

sentir ruido de coches y caballos que se acercaban.

Al fin divisó una pequeña choza, en un claro de los árboles.

Un viejecito pequeño y reumático, se levantó a abrir la puerta y dirigió al recién venido la mirada de sus ojos enrojecidos pero penetrantes... Una mujer anciana hacía calceta en un rincón.

—¿Puedo entrar? preguntó Flower.

—Si Ud. quiere, repuso el viejo, dándole paso.

—Hace mucho calor, observó Flower, tomando asiento.

—No tanto, dijo el viejo.

—No tanto como ayer, repuso el capitán con conciliadora sonrisa.

—Pues yo siento hoy más calor que ayer, dijo el viejo. ¿Qué se ha hecho Ud. en la cara?

—Quise subir a un árbol y me caí, repuso Flower riendo... También me herí en la pierna.

—Merecía Ud. haberse quebrado también la nariz, dijo al amable huésped, por andar subiendo árboles a su edad.

—Linda casita tienen ustedes, continuó el persistente Flower.

—Para servir a Ud., repuso el viejo.

—¿Podría dormir aquí esta noche? preguntó Flower por fin.

—No, dijo el viejo, chupando un cigarro, con el aire de un hombre que ha dado clara respuesta a una pregunta difícil.

—No tenemos otra habitación que esta, agregó la vieja solemnemente... Años atrás, tuvimos cuatro y una pieza de toilette.

—Puedo dormir en el suelo, dijo Flower... Pagaré cinco chelines.

—Veamos primero la plata de Ud., dijo el viejo adelantándose.

Flower le dió la suma prometida.

—El suelo está allí, dijo el otro, echando el dinero en una vieja bolsa de cordobán.... usted puede dormir donde le dé la gana.

Flower le dió las gracias efusivamente... Estaba escuchando con ansiedad los rumores que venían de afuera... Si los Tipping y el hombre del carruaje se hubiesen encontrado, era muy probable que dieran con esa cabaña y la visitaran.

—Si Ud. me permite subir al entretecho y permanecer allí una o dos horas, dijo volviéndose hacia el viejo, le daré otra media corona.

El viejo nada contestó, pero después de alargar la mano y de recibir la suma prometida, abrió una puertecilla junto a la chimenea, y condujo a su huésped por una destrozada escalera de piedra.

—Es un sitio muy incómodo, dijo, pero creo que Ud. ha conocido otros peores.

Flower no contestó. Estaba mirando por la estrecha ventana de la guardilla. Al través de un claro de los árboles, vió dos figuras que cruzaban el campo en dirección al bosque.

—Si alguien le pregunta si me ha visto, conteste que no, dijo rápidamente al viejo. Me he metido en un mal paso, y, si Ud. me oculta aquí, hasta que pueda escaparme, no le pesará, se lo aseguro.

—¿Cuánto?... preguntó el viejo.

Flower dudó.

—Cinco libras de seguro, dijo por fin, y más si ello le ocasiona a Ud. alguna molestia... Corra ligero y prevenga a su mujer.

—No pase Ud. cuidado... dijo el viejo con mucha calma... Se lo prevendré oportunamente.

—Ya se acercan... Vienen hacia aquí, dijo Flower con impaciencia... Apresúrese si no quiere perder las cinco libras.

—Muy bien, repuso el excelente hombre... Lo haré por las cinco libras, pero no por Ud.

Bajó con mucha calma los peldaños de la vieja escalera, y el capitán, después de cerrar la puerta, quedó escuchando con la mayor ansiedad.

Se sentían algunas voces a lo lejos, y un momento en seguida, ruido de pasos que se acercaban a la cabaña.

Entonces pudo oir, con inmenso alivio, la siguiente conversación:

—¿Qué se les ofrece? preguntaba el viejo con soñolienta voz.

—Despierte Ud. tío, decía Santiago Tipping. ¿Ha visto usted un individuo por aquí? chaqueta azul, bigotes y una cicatriz reciente en la cabeza...

—No lo he visto, fué la respuesta... ¿Se ha cometido algún crimen?

Tipping contestó brevemente.

—Si Ud. lo encuentra, dijo al fin, le daré media libra esterlina.

En seguida, los hombres partieron.

Flower permaneció oculto algunos momentos más, pero cuando quedó bien convencido de que el riesgo había pasado, bajó de su incómodo escondite.

La vieja le hizo una cama en el suelo, aunque tanto él como el viejo, le aseguraron que no necesitaba molestarse. Al fin los dueños de casa se recogieron, dejando a Flower por primera vez, desde quince días atrás, medianamente tranquilo.

—Es cierto, se decía, que suelo meterme en unos berenjenales horribles, pero también que sé escaparme de ellos... No me falta ni el corazón ni la cabeza.

XVI

Despertó muy temprano a la mañana siguiente, y abriendo la puerta, permaneció junto a ella largo rato, respirando a plenos pulmones, la fresca y perfumada atmósfera del bosque.

Había olvidado su prisión en Blues-Post y sólo pensaba ahora en el tiempo ya cercano en que podría volver a Rosita y a la vida... Paseó algunos momentos por el bosque, y, acordándose de su pipa que ahora serviría quizás de último recuerdo suyo a la señorita Tipping, se sentó en un árbol caído, hasta que la voz del viejo, llamándole a almorzar, le sacó de sus ensueños.



Pensé que Ud. se había escapado, dijo el viejo

—Pensé que Ud. se había escapado, dijo el viejo.

—Pues pensó Ud. mal, repuso Flower, echando mano al bolsillo

Aquí tiene Ud. dos de las cinco libras prometidas. Le daré las otras tres cuando me vaya.

El viejo cogió el dinero.

—Tiene Ud. más dinero que sentido común, observó mientras el capitán cerraba su portamonedas.

Flower nada replicó y se puso a almorzar tranquilamente.

A la hora de comer, el viejo trajo noticias de la aldea. Todo el mundo se había puesto en campaña para dar con el fugitivo, gracias a la recompensa de dos libras esterlinas que habían ofrecido por su captura.

—Si no fuera por mí, dijo el buen anciano, en tono de satisfecha vanidad, Ud., estaría en la carcel, como seguramente lo merece... Haría Ud. bien en permanecer en esta casa por algún tiempo. El bosque está lleno de gentes que le andan buscando.

El capitán siguió este consejo, y por dos días más permaneció allí, como prisionero voluntario. Al tercer día el viejo le informó de que la excitación pública acerca de él, se iba desvaneciendo, pues todos creían que el pájaro debía ya haber volado muy lejos.

El capitán resolvió partir la noche siguiente, viajando a favor de la obscuridad, mientras no se alejara de la zona peligrosa. Ante este proyecto sintió renacer sus alientos, y para animarse más aún, compró a la vieja una botella de vino.

Todavía estaba más regocijado, al comenzar a vestirse la mañana siguiente... Pero de pronto se quedó helado al inspeccionar sus faltriqueras... Una minuciosa investigación, sólo hace aparecer un manojo de llaves y un cortaplumas.

Buscó en los demás bolsillos, y entonces, arrojándose desfallecido en una silla, empezó a pensar dónde diablos podía haber puesto su portamonedas. Su reloj de plata permanecía en el mismo sitio donde lo dejara al acostarse... pero en cuanto a dinero contante, sólo le quedaba un chelín antiguo, que colgaba de la cadena del mencionado reloj.

Concluyó de vestirse lentamente, y en seguida registró la pieza entera, buscando en los sitios más extravagantes e inverosímiles su perdida bolsa... Aburrido al fin, se sentó, esperando la aparición de su huésped... Era una complicación con que no contaba, e incapaz de sufrir por más tiempo tamaña inquietud, salió a llamar al viejo.

—¿Qué sucede ahora? preguntó éste al bajar. A juzgar por el ruido que Ud. mete, cualquiera creería que Ud. está en su casa.

—He perdido mi portamonedas, dijo Flower mirándole severamente... Me han sustraído el dinero que llevaba encima, probablemente mientras dormía.

El viejo se encogió de hombros.

—Supongo que Ud. ha perdido mis tres libras junto con lo demás, dijo rápidamente.

—¿Dónde está mi portamonedas? preguntó más irritado el capitán... No permitiré que Ud. se burle de mí... ¿Dónde está?...

—No lo sé, repuso el otro... Veo que Ud. trata de estafarme mis tres libras, y eso es todo.

El enfurecido capitán, sin contestar una palabra, subió al piso superior e inició una activísima pesquisa en el interior, en busca de su propiedad. No obtuvo, como era de esperar, resultado alguno, y bajó nuevamente a la sala.

—¿Va Ud. o no a devolverme mi dinero? preguntó, dirigiéndose hacia el viejo, en actitud amenazadora.

—Yo no tengo su dinero de Ud., repuso el otro, soy un hombre honrado.

Flower se lanzó sobre el presunto ladrón, le cogió por el cuello, y lanzándolo contra la muralla, empezó a registrarle los bolsillos.

—No lo maltrate, gritaba la mujer... Es un pobre viejo incapaz de nada malo.

—Si Ud. fuera más joven y fuerte, habría tenido que acordarse de mí, exclamó el pobre capitán, después de su inútil registro..

—Soy un hombre honrado, repuso el otro, repuesto de su pánico, al ver que su adversario no intentaba violencia alguna... Si Ud. piensa que le he robado su dinero, ya sabe lo que tiene que hacer.

—¿Qué? preguntó Flower.

—Ir a la policía, repuso el viejo, con un tono en que se descubría cierta inocente ironía.

—Sí, agregó la vieja.... Que venga la policía y registre toda la casa... He sido casada cuarenta y dos años... he tenido siete hijos... Vaya y traiga a la policía.

Flower no tuvo más remedio que conformarse. Pasó en silencio todo el día, y has-

ta se dignó cenar con sus huéspedes, pero sin dirigirles la palabra.

Dejó la casa en silencio, apenas hubo obscurecido. El viejo le sonrió, casi con amabilidad, al verlo partir. La vieja, que había permanecido nerviosa y agitada, el día entero, no pudo menos de dirigir a su cónyuge, en ese instante solemne, una mirada de admiración.



La providencia lo socorrió en dos ocasiones

Flower atravesó el bosque lentamente, y después de asegurarse de que no era seguido, se lanzó al través de los campos, guiado a fuer de buen marino, por las estrellas, en dirección a Londres.

Viajó sin ser molestado toda la noche, y pasó el día siguiente bajo un montón de pasto seco, engañando el hambre con un pedazo de pan con queso que había tenido la precaución de meterse en el bolsillo.

Así viajando de noche, ocultándose de día, llegó a la City en tres jornadas. A pesar de que no llevaba dinero, no sufrió de hambre, tanto como podía suponerse... La Providencia lo socorrió en dos ocasiones, bajo la forma de almuerzos de aldeanos, envueltos en pañuelos rojos, que encontrara en el camino.

En Strafford, empeñó su reloj y cadena, y dueño ya de dieciocho chelines, pudo tomar el tren para la estación de la calle de Liverpool. El murmullo inmenso de la City, sonó en sus oídos como el más agradable y animoso de los conciertos, y, después de proveerse de pipa y tabaco, tomó un alojamiento barato en Mile End Road... para madurar allí sus planes.

La repentina aparición de la familia Tipping, después de su carta a Fraser, le había disgustado del Correo... Estaba, pues, resuelto a no reincidir, ni aún bajo su nuevo nombre de Thompson... Decidido a ello, cenó tranquilamente, y se retiró a descansar en un lecho verdadero, después de tan fatigosa jornada.

(*Continuará*).

PACIFICO MAGAZINE

NOVIEM. 1913

Precio UN PESO



OLIO SASSO



UNA COCINERA AFLIGIDA

—¡Caramba con la cabeza de mi patrona. Olvidársele entregarme el tarro de aceite Sasso! ¡Como irá a salir esa ensalada!

Automóviles

"BENZ"

97 Primeros Premios en distintos concursos

RECORD MUNDIAL de velocidad (228,094 Km. por hora).

Primeros premios por menor consumo de bencina.

Primeros premios por solidez.

Primeros premios por frenado rápido.

Primeros premios por subida de gradientes.

CONCURSO ALEMAN 1913 de seguridad.

"BENZ" único premio por ABSOLUTA seguridad.

Unicos Introductores:

BOZA & RIVANO

Garage: San Antonio 816. Oficina: calle Estado 29

SANTIAGO

o

EL DESARROLLO DE UNA IDEA



Máquinas "REMINGTON"

Las primeras en 1873
Las primeras en 1913

Cuando el mundo comercial necesitó la máquina de escribir, vino la "REMINGTON".

OTRAS SIGUIERON

Una vez construída, la fábrica "REMINGTON" iba implantando mejoras, siempre anticipando las necesidades de los consumidores.

OTRAS SIGUIERON

Hoy día la máquina "REMINGTON" ocupa el puesto de vanguardia en el mundo comercial y los que más han aprovechado de sus labores han sido los fabricantes de LAS OTRAS MARCAS, porque la "REMINGTON" creó la industria de las máquinas de escribir, abriendo camino para que las

OTRAS SIGUERAN.

Agentes exclusivos en Chile, Perú y Bolivia:

Denniston & Company

Casilla 97-D - Agustinas 1153 - Teléfono Inglés 1219

VALPARAISO: CALLE COCHRANE Núm. 664



BANCO ITALIANO

Huérfanos 830, SANTIAGO

Capital Pagado: $ 10.000,000

Oficinas Principales:

VALPARAISO

LUIS WINTER
Gerente

ARTURO LORCA P.
Sub-Gerente

SANTIAGO

ENRIQUE DUVAL
Gerente

RAFAEL VALENZUELA V.
Sub-Gerente

Sucursales:

VALPARAISO (Almendral), SANTIAGO (Estación), IQUIQUE, TALTAL, CALERA Y PARRAL

Agencias en el extrangero:

ITALIA
INGLATERRA
ALEMANIA
FRANCIA
URUGUAY
PERU
ECUADOR
y BRASIL
REPUBLICA ARGENTINA

Ejecuta toda clase de operaciones bancarias, despacha giros telegráficos, otorga cartas de crédito y se encarga de la compra-venta de acciones y bonos, etc.

Frutos del País



Compramos, Vendemos

Recibimos a Bodejaje

Anticipamos Fondos



Besa y Cía

Santiago, Santo Domingo 897

Banco de la República



Capital totalmente pagado:

$ 14.000,000

Dividido en 140.000 acciones de cien pesos cada una

Setenta mil de estas acciones forman la serie B suscritas por capitales franceses y se cotizan en la Bolsa de París

Fondo de Reserva: **$ 3.000,000**

OFICINA PRINCIPAL: SANTIAGO

CONSEJO DIRECTIVO

Presidente

Señor GREGORIO DONCSO

Vice-Presidente

Sr. SALVADOR IZQUIERDO

CONSEJEROS:

Señores: Marcelo Benard, Eduardo Charme, Antonio Huneeus, Abraham A. Ovalle, Mauricio D'Orival, Ricardo Perez Eastman, Cárlos Riesco, Antonio Valdés Cuevas, Rafael Tagle Jordán,

Director Gerente

Señor LUIS PHILLIPS

Co-Gerente:

Sr. ALBERTO STOBER

Sub-Gerente

Sr. CARLOS A. ORREGO S.

CONSEJO LOCAL EN PARÍS

Señores Teodoro Mottet, Juan Gunsburg y Georges Benard

SUCURSALES

Valparaíso: Gerente, señor Carlos Soublette. *Rancagua:* Agente, señor Javier Gumucio. *San Fernando:* Agente, señor Agustín Marín

Agencias en el estranjero:

Londres: J. Henry Schröders & Co., Anglo & South American Bank Ltd. Emile Erlanger & Co., Swiss Bankverein

Hamburgo: Vorwerk Gebruder y Ca.

París: Heine et Cie., Benard y Jarislowski, De Neuflize et Cie. Comptoir National D'Escompte

Buenos Aires: Portalis y Cia.

Bolivia: Banco Nacional de Bolivia. Representante del Banco Hipotecario-Valparaíso

EL BANCO DE LA REPUBLICA gira letras y acepta cobranzas sobre cualquier plaza del país y del extranjero, donde haya oficina de Banco.

Recibe en custodia Bonos y demás valores, sin cobrar comisión alguna a sus Accionistas y Comitentes.

Recibe carga a bodegaje y consignación. Anticipa fondos sobre productos y mercaderías depositadas en las bodegas del Banco ubicadas frente a la Estación Central de los Ferrocarriles del Estado.

Hace toda clase de transacciones sobre productos agrícolas, maderas y animales, para lo cual ofrece a los agricultores sus secciones Tattersal y Feria de Productos y Feria de Maderas.

En general ejecuta toda clase de operaciones bancarias.

La carga debe dirigirse a los desvíos del Banco de la República.

MINERVA DE 16 H.P.



SUBIENDO LA CUESTA DE LOS QUILLAYES

(Según fotografía).

Unicos Agentes:

COMPTOIR DE LA COSTA DEL PACIFICO

CALLE SAN ANTONIO 355

SUMARIO

UN CUADRO PERDIDO 579
ROOSEVELT 581
EL ULTIMO VIAJE ..... *Ralph D. Payne* 583
Ilustraciones de Richon Brunet.
TIPOS DE BELLEZAS 597
LA NUEVA GRECIA ..... *Luis Aldunate* 602
EL SALTEO ..... *M. J. Ortega* 616
PASANDO... ..... *Angel Pino* 619
Ilustraciones de Martín
PUERTO DE VALPARAISO 623
EL CONVENTO DE SAN FRANCISC.... *Juan Gutiérrez* 627
EL CONVENTO DE SAN FRANCISCO .... *Juan Gutiérrez* 627
LA CALCHONA ..... *D. de la V.* 635
Ilustraciones de Martín
LA INDIA Y LOS SACOS DEL SALITRE ..... *A. D. G.* 640
JULIO TELLEZ ..... *J. B. C.* 647
Ilustraciones de Pedro Subercaseaux
VENDEDORES AMBULANTES ..... *E. M.* 665
EL BORDADO INCONCLUSO ..... *Daniel de la Vega* 669
LA NOVELA DE TODOS 681
LA MANO DEL MUNDO ..... *Elena Keller* 683
LOS YACIMIENTOS DE PETROLEO EN SUD AMERICA
..... *Custodio Rojas Arancibia* 687
EL PASO DE LOS ANDES EN AEROPLANO 701
EL CAPITAN CONQUISTADOR 704

—La mejor manera de estimular y propender al progreso de una publicación es favorecerla incesantemente, comprándola y recomendándola a sus amigos y relaciones.

—EL PACIFICO MAGAZINE irá en cada número perfeccionando la realización de su programa.



EL MEJOR Y MAS COMPLETO

SURTIDO EN MAQUINAS Y ACCESORIOS PARA LA

FOTOGRAFIA

Hans Frey

VALPARAISO: Casilla núm. 958, SANTIAGO: Casilla número 50, CONCEPCION: Casilla 943

Avisos y Subscripciones

Se previene a los subscriptores y avisadores de PACIFICO MAGAZINE cuyo período termina con el año, que en el curso del mes de Diciembre deben renovar sus contratos si desean seguir siendo servidos sin interrupción. Diríjanse las órdenes a los editores

Empresa Zig-Zag
Teatinos 666 - Santiago

Reloj de la Gran Asociación Unión Horlogere

ALPINA

Para ricos y pobres
SIEMPRE
BUENO Y GARANTIDO

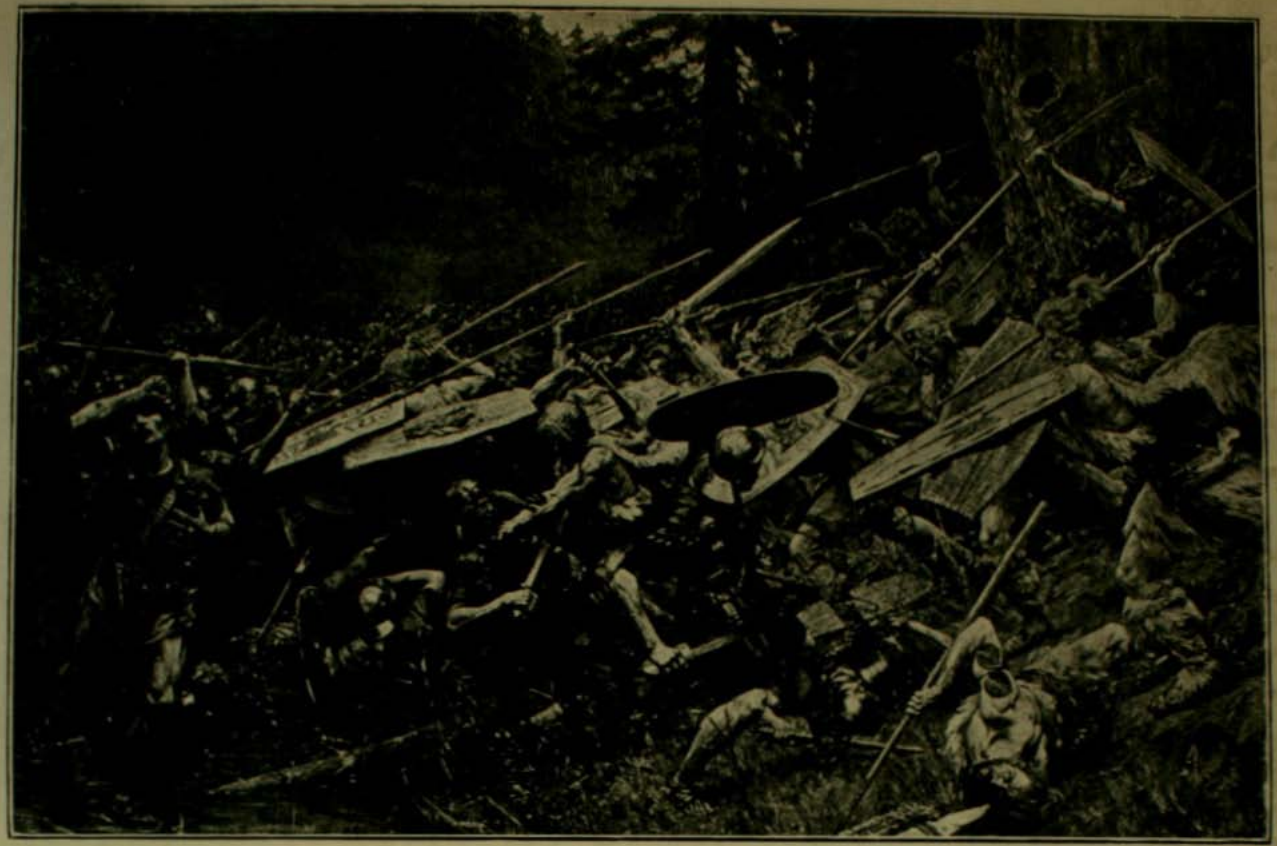


Hay de:

NIQUEL desde....	$ 15
ACERO desde.....	$ 18
PLATA desde.....	$ 30
ORO, señora, desde	$ 75
ORO hombres desde	$ 135

Alpina

Por reducir el negocio realizo un gran surtido de OBJETOS PARA REGALOS a precios sumamente ventajosos. — Casilla 526. — 323 AHUMADA, 323. — J. HUBER.



Original de Pablo Ivanovits

LA FURIA DE LOS GODOS

PACIFICO MAGAZINE

+ Que ayer | VOL. II.—Santiago de Chile, Noviembre de 1913. NUM. 11 | — Que mañana

UN CUADRO PERDIDO

La Comisión de Bellas Artes nos ha pedido que publiquemos la fotografía del cuadro "La furia de los godos", que aparece en el presente número, obra del pintor austriaco Pablo Ivanovits, conocido artista que reside en Viena.

Este cuadro fué enviado por su autor a Santiago en 1910 para que figurara en la Exposición Internacional Artística que se verificó con motivo del primer centenario de la Independencia.

Representa un combate entre romanos y godos, ocurrido en los primeros siglos de la Era Cristiana. Es una tela de gran importancia por su mérito artístico, el renombre de su autor y por su tamaño, pues debe tener seis metros de largo por cuatro de ancho, aproximadamente.

Para ser transportada desde Viena a Santiago, se embaló la tela enrollada y el marco desarmado en una caja de madera de seis metros de largo por sesenta centímetros en sus otras dos dimensiones.

Esta caja se extravió durante el viaje o a su llegada a Valparaíso, y no ha sido posible encontrarla, a pesar de las diligencias que se han practicado.

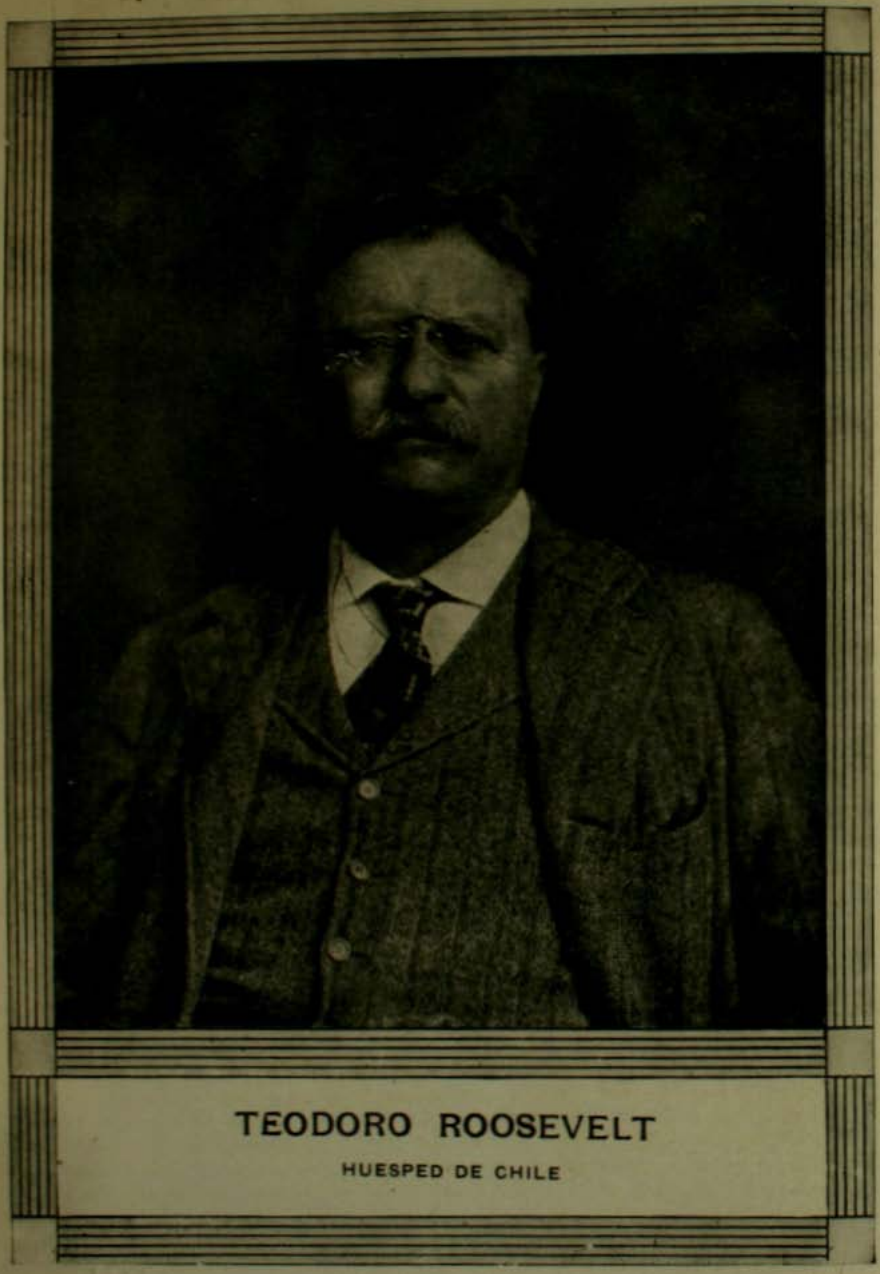
La pérdida ocurrió en tal forma que la Comisión de Bellas Artes se vió obligada a indemnizar al pintor señor Ivanovits, pagándole el valor del cuadro, ascendente a dieciocho mil francos, pues por un lamentable error el agente de aduana otorgó recibo por él, sin que en realidad le hubiera sido entregado y el seguro había sido contratado en Viena en forma tal que no se hacía responsable la Compañía aseguradora por los riesgos parciales.

Se practicaron infinitas gestiones para encontrar el cuadro, registrándose con prolijidad las bodegas del vapor que lo transportó y los almacenes de la Aduana, sin ningún resultado.

Agotadas las gestiones para encontrar esta tela, tan misteriosamente desaparecida, se ha pensado que sería oportuno dar a la publicidad la reproducción que aparece en esta edición de "Pacífico Magazine", para que pueda ser reconocida e identificada fácilmente por cualquiera persona.

Tomando en cuenta que las obras de arte no pueden permanecer voluntariamente por largo tiempo ocultas a la mirada del público, es hasta de creer que el cuadro desaparecido ya haya llamado la atención de algún curioso en la galería privada donde haya ido a parar... Hoy, que se ha convertido en una obra de propiedad nacional resulta hasta patriótico cumplir con el deber de denunciar su paradero, contando por seguro que con ello se enriquecería a nuestro Salón Oficial con una obra de gran mérito artístico, de alto valor histórico, y se pondría término al despojo legal de que el público ha sido objeto al verse privado de una obra que fué ejecutada para ser vista de todos, y no para el placer de un egoísta inescrupuloso.

La Comisión de Bellas Artes ha acordado ofrecer una recompensa de importancia a quien proporcione datos que permitan encontrarlo. Los interesados pueden dirigirse al señor presidente de la Comisión de Bellas Artes, Palacio de Bellas Artes, Santiago.



TEODORO ROOSEVELT

HUESPED DE CHILE

ROOSEVELT

La personalidad múltiple, inquieta, desbordante del coronel de voluntarios, político, presidente y escritor, pasea por estos lados de América su curiosidad insaciable y su proselitismo democrático.

La acogida que ha tenido en el Brasil, Argentina y Chile, manifiesta que Roosevelt es tan popular en este continente como entre las grandes agrupaciones humanas que se cobijan bajo la bandera estrellada.

A este ilustre "profesor de energía" no le ha bastado el estudio de la historia y de la política de estos países, sino que ha querido conocerlos íntimamente, siguiendo esa tendencia dominante en el espíritu de los hombres de acción de ponerse en contacto inmediato con la realidad.

Hablando con ruda franqueza, creemos que esta visita será recíprocamente benéfica: para el gran político norteamericano, porque le orientará definitivamente acerca de la importancia, la estabilidad y el espíritu nacional de estas naciones latinas; y beneficiosa para nosotros pues ¿qué mejor observador podíamos desear, ni qué mejor portavoz de nuestros sentimientos con respecto a Estados Unidos?



El ex-Presidente Roosevelt y S. M. el Emperador de Alemania presenciando unas maniobras del ejército alemán

Los sueños imperialistas que algunos creyeron ver tendiendo el ala sobre el hemisferio sur, se desvanecen ante la presencia honrada y franca de este huésped de Chile, agasajado por sus hombres de gobierno y acogido con interés por el pueblo.

La mirada de estadista de Roosevelt, familiarizado con todas las fases de la civilización, desde la libre democracia de su país a las élites dirigentes de Alemania, Inglaterra y Francia, podrá anotar con certeza al puesto en que nos hemos colocado por la regularidad de nuestro espíritu cívico más que por los progresos de nuestra política.

Advertirá todavía el ambiente de cordialidad en que viven con relación al chileno todas las colonias avecindadas en el país, sin animosidades ni exensiones injustas.

Chile saluda en Teodoro Roosevelt a uno de los más altos representantes de la civilización anglo-americana; a uno de los inspiradores de la política del gran país que queda al otro lado del Istmo, y que por mil razones está llamado a ser el más grande, el más poderoso amigo de estas nacionalidades.

EL ULTIMO VIAJE

Por

RALPH D. PAYNE

Ilustraciones de Richon Brunet

Pegado a la pared, con la cabeza gacha, el joven Wilson—Tomás Arbuthnot Wilson—se metió con rapidez en el vestíbulo del "Standard". Su timidez volvía a molestarle cada vez que entraba en su oficina. Por más que hiciera seis meses desde que se ocupaba como repórter de crónica, no podía aún librarse de un ligero estremecimiento nervioso, comparable al que debe agitar a un gato novicio cuando cae por casualidad en un tejado desconocido.

Los veteranos del diario sentíanse halagados por esta especial actitud de sus nuevos colegas, que revelaba hasta qué punto se daban cuenta de la importancia del famoso periódico, y, en consecuencia, de lo grave de su misión. Así y todo, en esta enorme máquina un ínfimo repórter a ciento cincuenta pesos mensuales, es un rodaje indispensable.

Por lo demás, Wilson, se sentía personalmente al abrigo de todo cataclismo. Su trabajo era demasiado obscuro para que llamara la atención de cualquiera de sus jefes. Día a día realizaba concienzudamente su monótona ronda por las comisarías, los hospitales, los amagos de incendio y las reuniones públicas de poca importancia, y luego, con el título de "Diversos", le reducían sus apuntes hechos con tanta prolijidad, a pequeños párrafos anónimos. Fué para él un acontecimiento el día en que una noticia recogida por él mismo había ocupado un buen tercio de columna del **Standard**.

Todas las tardes, a la una, apresurábase a revisar su casilla en la fila instalada a la puerta del cronista. Su corazón palpitaba con vago temor a la casi loca esperanza de que le encomendaran una "buena comisión". Algún día había de favorecerle la suerte. Ah! si le confiaran un asunto que valiera la pena! Habría que ver, sí, habría que ver! Pero nunca como esta vez era débil el sentimiento de esperanza, en este pesado día de verano, mientras Wilson abría el sobre amarillo sobre el cual estaba escrito su apellido.

Un largo, ¡oh! de estupefacción se escapó de su pecho. No conocía la letra, pero lo que le decían era extraordinario. Más extraordinaria todavía la firma: nada menos que del director del **Standard**! Wilson notó que sus dedos temblaban y que la sangre se agolpaba a sus mejillas. Bruscamente volvió la cara. ¡Con tal que ningún colega hubiera notado su agitación!... Pero nadie se fijaba en él. Dirigiéndose a la sala principal, con los codos sobre la mesa y la cabeza entre las manos, releyó la carta, moviendo los labios para delinear las palabras:

"Querido señor Wilson:

"En los tres meses que usted ha permanecido olvidado sin distracción alguna, su trabajo ha sido excelente. Aquí tiene usted, por vía de recompensa, una misión fácil que será un agradable paseo y le dará el tema de un buen artículo de redacción para el número del Domingo. El recorte adjunto del diario de hoy le dirá de qué se trata. En la Sección Grabados encontrará una máquina instantánea lista. Nuestro corresponsal en el vecino puerto ha dispuesto todo lo necesario para que vengan a buscarlo y lo lleven a bordo. El tren que sale a la una cuarenta de la Estación de Broad Street lo llevará a Lewes, dejándolo a doscientos metros del muelle. Ahí va el dinero para gastos. Procure regresar el Jueves. Tres días de navegación le bastarán. Necesitamos una descripción deslumbrante

en estilo original; color, local a voluntad.

"¡Buena suerte!"

—Ah! se habrá equivocado, exclamó maravillado el joven Wilson. ¿Un artículo de redacción para el Domingo? ¿todo un artículo? ¡Mi trabajo ha sido excelente! por consiguiente, ha reparado en él el director? y yo que creía que hasta ignoraba mi existencia! No puedo creer eso!

La esperanza y el temor se disputaban su alma en tanto que empujaba la puerta del cronista.

—Acaba de salir. Fué a almorzar con el director, le dijo el mozo. No, yo no sé dónde han ido. Dijeron que volverían a los dos y media.

Wilson dió una mirada al reloj de la oficina: no tenía tiempo de vacilar si quería alcanzar el tren que sale a la una cuarenta para Lewes. Al dirigirse al ascensor, se detuvo a leer el recorte que debía darle una explicación satisfactoria:

El último barco-piloto

"Un nuevo barco piloto será puesto en servicio a la altura de los cabos Delaware, desde la próxima semana. La desaparición de la vela y su reemplazo por el vapor es un golpe más asestado a la poesía de la azul inmensidad. Seis de los ocho esbeltos "Schooners" de la flotilla del Delaware ya han sido desarmados; sólo el "Albatros" N.o 1, cruza frente a la entrada. Este también será puesto en seco apenas el nuevo remolcador pueda, a su vez, proporcionar pilotos a los buques de alta mar.

"Todos aquellos que hayan viajado por el océano lamentarán la desaparición del "Schooners" de los pilotos. Estos pájaros de tempestad, con su ciencia acabada de la navegación, eran los primeros mensajeros de tierra. Como leves puntos blancos en el horizonte, figuraban a la vista de los viajeros, la paloma del arca."

Wilson sintió desvanecerse sus últimas dudas. Todos los términos marineros que había podido retener, "tela que se infla, jarcias que azotan, amuras barridas por el oleaje", vino inmediatamente a desplegarse en orden de batalla en su cerebro. Sí, por cierto, era ésta la fortuna esperada de una "hermosa narración descriptiva", con la que había soñado durante tantos meses: el último viaje del último Schooners de los pilotos!

Pasó como una exhalación por la sección artística, donde lo esperaba la máquina fotográfica, y salió a largos trancos en demanda de la estación. Apenas se hubo sentado falto de respiración en un compartimento del tren de Lewes, y ya su memoria se puso a barajar todas las palabras de la jerga marinera que sus lecturas le habían enseñado.

El viaje hasta la costa duraba cuatro horas. Con tiempo para reflexionar, pronto la calma y la prudencia se sobrepusieron al loco apresuramiento del primer instante. El joven repórter sintió que la inevitable reacción le sumergía en las ideas pesimistas; tuvo el presentimiento que una gran desgracia le amenazaba.

Al repechar perezosamente el tren las alturas que dominan la bahía Delaware, abrió la extraordinaria carta y se puso a repetir maquinalmente: "Querido señor Wilson"... Con la rapidez del relámpago las deducciones se encadenaron en el cerebro del joven. Hubo una conmoción, y sus ideas se revolvieron con frenético zumbido. Su hermoso ensueño se vino a tierra con las alas rotas:

—¡Gran bestia! ¡Wilson! pero, es claro, si hay otro Wilson, el gran visir del personal. ¡No! uno no debe ser estúpido a tal extremo! Ese Wilson es el que ha reemplazado al jefe de servicio en Washington durante seis meses. Oí decir la otra noche que el doctor Wilson regresaba e iba a reanudar sus tareas habituales. Ha debido llegar el Domingo, y el nuevo mozo ha puesto en mi casilla la carta que le estaba destinada. Resultado: estoy perdido!

Las lágrimas que se agolpaban a sus párpados quemaban los ojos del joven repórter, por más que las secara rabiosamente. No trató de engañarse de nuevo: ya no había duda posible. Las palabras llenas de cordialidad y el agradable paseo se dirigían al "decano" bien pagado. La única excusa del pobre James Arbuthnot era no haber divisado jamás a ese feliz mortal del doctor Wilson, cuyos despachos de Washington no traían firma y cuyo nombre, en consecuencia, no pudo grabarse muy profundamente en la memoria del que hoy era su mísero *alter-ego*.

En cuanto a las consecuencias inmedia-

tas de esta escapada, eran fáciles de presumir: apenas regresara, sería el hazmereír de la redacción, o más probablemente sería echado a la calle. No le quedaba sino una determinación: bajarse en la primera parada del tren y volver al lugar del sacrificio. Pero apenas hubo balbuceado su pregunta, el empleado le respondió:

—Oh! no tendrá usted aquí tren de subida hasta la noche. Es mejor que vaya hasta Lewes, en vez de darse un plantón en estas estaciones insignificantes.

El repórter se dejó caer en el escaño y miró por la abierta ventanilla. La brisa traía bocanadas de densos perfumes de agua salada. Por encima de los campos verdegueantes se comenzaba a percibir los reflejos del agua azul y el movimiento de lejanas velas. Un vapor del cabotaje abrumado por su carga se deslizaba pesadamente hacia el puerto, y una barca pasaba arrastrada entre remolinos por un remolcador de alta mar, mientras que un schooners de cuatro palos y con todas sus velas desplegadas, se acercaba al interior de la bahía.

Wilson recordó la ciudad que dejaba atrás con su atmósfera asfixiante, y el espíritu de uno de sus antepasados—un marino, a no dudarlo—le sugirió una resolución desesperada.

—¡Sigue avante! muchacho!

¡Pues bien, con todos los demonios! sí, iría hasta el fin de esta trágica aventura. Después de todo, era preferible volver con la "historia" y caer con la bandera al tope, que en el ridículo y con las manos vacías.

—¡Que me alcancen, si pueden! Yo me llamo Wilson, murmuró casi distintamente, y es a Wilson al que han encargado esta comisión. ¿Quién osaría pretender lo contrario?

Cuando el tren llegó a Lewes, el fugitivo echó una larga mirada hasta la playa, extrañamente irregular, y luego al mar luminoso. A tiempo de descender del vagón, un empleado de uniforme trepó la escalerilla y se puso a gritar:

—¡Un telegrama para Mr. Wilson! ¿Viene en el tren Mr. Wilson? ¡Telegrama urgente para Mr. J. A. Wilson!

Toda la sangre de "Mr. J. A. Wilson" se le agolpó a las sienes, en tanto que se perdía rápidamente tras la bodega de carga, saltando de un brinco las paralelas de los rieles, perseguido por los roncos gritos del empleado, ya furioso por no poder dar con "su" viajero.

El joven repórter se figuró que su director en persona era quien lo llamaba...

Por la calle donde iba apresurado a la playa, vió venir a su encuentro un muchacho con aspecto de grumete, que después de mirar su máquina fotográfica, dió a entender que sus primeras sospechas se hallaban de ese modo confirmadas.

—¿Usted es Mr. Wilson, no es así, señor? ¿Sí? entonces, véngase conmigo, que yo soy de la tripulación del "Albatroz".

Siempre interrogando a su conciencia, Wilson estrechó con una energía afirmativa la mano del joven lobo de mar, perfumado de sal y alquitrán, y ambos se dirigieron al muelle.

El grumete tenía larga la lengua:

—Usted tiene suerte, ¿sabe? Apenas haya subido a bordo, saldremos a alta mar. Lo que se alegran allá de volver a verlo! Esta mañana no más se contaban su historia de la *Gaviota N.o* 3, que estuvo en peligro de naufragar en el temporal de nieve del 88. Y luego el viejo Pop Markle, que no quería abandonar la cubierta de la *Fata-Morgana*, que ardía a una legua del cabo Delaware, hace dos años Figúrese que todavía hablan de la célebre noche en que usted echó al mar las palas y demás instrumentos de juego, arrojándolos por el tragaluz del camarote, y que toda la federación de pilotos tenía cara de enterradores un mes más tarde. Aún quedan dos de esos sujetos a bordo: las paradas están listas y ellos se arremangan ya. Creo que he perdido una buena hoy día. Pero tendré con qué desquitarme.

Al oir estas lamentables noticias, la garganta de James Arbuthnot Wilson se contrajo dolorosamente. Por haber querido huir de las llamas caía en las brasas. Seguramente que esos marinos despreocupados e implacables iban a echarle al agua, puesto que no salía más de poker que de otras costumbres de la vida de a bordo.

El bote esperaba junto al muelle y cuatro marineros de mala facha bracearon hasta el costado del schooner negro que balanceaba perezosamente su pulido casco al extremo del muelle. Wilson subió a bor-



De tarde en tarde uno buscaba la mano del otro, a lo que respondía una débil presión

do con tímidas precauciones y hubiera azotado la cabeza en el entrepuente si un vigoroso apretón de manos no lo hubiera inmovilizado con su amistoso tirón.

Pero casi al mismo tiempo el hombre, de cuerpo fornido y mostacho canoso, retrocedió un paso y exclamó:

—¡Me he equivocado, mil demonios! Usted no es el doctor Wilson! ¿Qué significa esto? Yo había divisado nada más que su sombrero por encima de la borda: es más o menos parecido al del doctor, pero el resto!... ¿Quiere darme un pellizco para ver si estoy soñando, tan cierto como que me llamo Mc-Call!

Metió la mano en su chaqueta azul y sacó un telegrama todo arrugado que tremoló ante los ojos de su huésped, al mismo tiempo que aullaba con voz formidable.

—Léame eso. "Doctor Wilson, del **Standard**. llegará esta tarde. Tómelo a bordo y trátelo bien."

El joven Wilson echó una ojeada a la media milla que lo separaba de la playa y se preguntó si no procedería mejor tratando de tirarse a nado. Pero el tono furibundo y el aspecto amenazador del piloto le provocaron a hacer de tripas corazón, y respondió serenamente.

—Siento mucho verlo tan alterado. Yo me llamo Wilson, James Arbuthnot Wilson, del *Standard*, y he recibido orden de tomar este buque. Ahora, si ha habido error y por tal causa soy tan mal acogido, voy a pedirle que se tome el trabajo de volverme a tierra.

Los pilotos son, por el género de su trabajo, gentes sociables. Lamentando al punto su rudeza, Mr. Mc-Call dió dos o tres palmadas en la espalda del joven, diciéndole al mismo tiempo con su voz estentórea:

—¡Vaya, no es nada, mi buen Jemmy Arbustos. No me guarde rencor. El jefe del negocio no ha podido venir; nos contentaremos con el dependiente. No tenga cuidado; vamos a ofrecerle uno de esos viajecitos en que podrá hacer humear la punta de su lápiz. En primer lugar, métase adentro y déjeme sus aparatos; vamos a obsequiarle con una chaqueta de hule y un par de botas.

Descorazonado y corrido, Wilson bajó por la escotilla en la punta de los piés, como para no llamar la atención y sin dudar que debería resignarse a nuevas pruebas. En el espacioso camarote de los pilotos, que ocupaba la mitad del ancho del schooners, cuatro hombres estaban ocupados en cambiar de ropa o en arreglar sus literas. A la vista de los botines lustrados del recién llegado, uno de ellos se enderezó con los brazos abiertos y exclamando:

—¡Hola! doctor, viejo pirata ¿eres tú? Me alegro de verte a bordo, tú comprenderás. Ah, bueno! que el diablo me....

Se quedó con la boca abierta y el aspecto alelado, mientras que por la escotilla, la voz de trueno lo informaba:

—No molesten al niño. Lo que he dicho basta. Es Jemmy Arbustus Wilson, el practicante del doctor; el chico hace lo que puede. Como el doctor debe estar todavía metido por ahí, nos manda a su pequeñuelo... Creo saber lo que digo!!

Al presentar al pasajero a la tripulación, esta no manifestó más que un moderado entusiasmo, y todos se fueron a su cama. Los pilotos reanudaron sus ocupaciones ordinarias, y Wilson acababa de sentarse, para disimular su confusión, al borde de su litera, cuando de repente un viejo, el decano de a bordo, se acercó al joven y le estrechó la mano por segunda vez.

Wilson levantó los ojos hasta la cabeza blanca del veterano y no fué poca su sorpresa al oir palabras sin hiel:

—Atiende, pequeñuelo, no hay por qué querer mal a los camaradas. Ellos están un poco picados contra una tropa de principiantes que escriben historias sin piés ni cabeza en los diarios de Filadelfia. El doctor Wilson, por el contrario, conoce a fondo a los navegantes, y habla su lenguaje. Ellos sienten simpatía por él y por todo lo que escribe. Pero, si no me equivoco, tú debes escribir en su mismo género: para esto el tío Pop Markle, como me dicen, no te dejará con cualquier viento que sople. Es el último viaje que voy a hacer. Tengo más de setenta años, muchacho; el mayor de mis niños es ya piloto; ha regresado ayer conduciendo un buque-cisterna, y su hijo cumple su año de aprendizaje. Es tiempo de que me retire. Debía haberme puesto en seco la primera pasada, pero me he dicho que debía ter-

minar mi carrera con la de mi viejo Albatroz. Subamos al puente, muchacho, que están soltando las amarras.

El repórter siguió a su nuevo tutor hasta el puente, y al aire libre, recobró su sangre fría.

El *Albatroz* huía delante del viento, que mantenía tirante el foque, mientras que la marinería izaba la escota de la vela mayor cantando un coro ronco y estridente; también ellos, aunque menos viejos que el tío Pop, sentían turbado su espíritu a la idea de que tocaban por última vez las jarcias del Albatroz. El viento refrescaba del sur, y al ponerse el buque al abrigo del cabo Heulopen, en aguas tranquilas, se lanzó a alta mar como si patinara por un pavimento encerado. Los pilotos subieron uno por uno al puente y se pusieron a trabajar entre una tempestad de gritos, ayudando a izar la gabia mayor y el cabo de mesana. La goleta se estremecía del bauprés al timón y la espuma blanca silbaba al choque del filarete del costado, mientras que por los imbornales de cubierta el agua caía de nuevo al mar con rumor de cascada.

El tío Pop Markle se palmoteó las manos y gritó con su ronca voz:

—Pónganle todo el aparejo que pueda llevar, niños! como en aquellos tiempos en que le ganábamos la delantera a ese canalla del N.o 4: nos colgábamos de los dientes a los obenques de abajo y se gastaba una provisión de trapo cada dos viajes.

El viento por el costado, el Albatroz puso proa a alta mar, y después de doblar al cabo May, enfiló al norte por sobre las ondulaciones de la marejada. Resbalando sobre las pendientes del oleaje, se lanzaba en dirección a nuevas colinas franqueadas de espuma, en tanto que el viento llenaba sus velas con alegre presión y lo empujaba vigorosamente contra la lejanía brumosa.

El joven Wilson sentía palpitar en sus venas una nueva alegría de vivir. Nuevas sensaciones le producían esta especie de embriaguez: carrera audaz y riente del pequeño schooner esbelto y bajo sobre el agua, intimidad del mar cercano, dulzura acariciante del viento, solemnidad del crepúsculo próximo a apagarse. Por nada del mundo quisiera estar lejos de allí...

La cara regordeta y brillante del cocinero, el "maestro cuque", apareció en ese momento por la escotilla y gruñó algo ininteligible.

Los pilotos obedecieron con prisa. Wilson, convertido otra vez de repente en un muchacho tímido, siguió sus pasos.

La comida vaporizaba sobre la mesa del camarote y el novel huésped echó sin disgusto una ojeada al abundante menú: jigote, carne fría, patatas, guisantes, galletas y pudding en abundancia.

El tío Pop tomó al joven bajo su protección y lo hizo sentar en un cofre vecino al suyo. El repórter se puso a comer, mientras que los pilotos interrumpían su charla con risas estruendosas. En sus esfuerzos desesperados por tomar parte en la conversación, al fin, en un momento de calma, Wilson preguntó a su vecino:

—¿Cómo se averiguan ustedes para saber que un buque necesita práctico?

—Por lo común, dijo el marinero con mucha seriedad, llevamos un loro amaestrado que vuela hasta ellos para preguntárselo. Pero, ¡ay! por habérsenos acabado los víveres en el viaje anterior, tuvimos que comerlo. Ahora tenemos intención de mandar tarjetas postales.

Esta cruel respuesta desencadenó una tempestad de carcajadas. Pero el tío Pop murmuró al oído de Wilson, contrito de su atrevimiento:

—No hay que hacer caso de Pedro Haines: es más bueno que el pan, pero le gusta bromear, chico. No hay más que devolverle la pelota, eso es lo que busca.

Pero la víctima había perdido toda su confianza en sí mismo y comenzaba a sentirse mal. El olor de los comestibles, el calor, los balances y sacudidas del camarote, todo eso abrumaba a Wilson de fatiga y descontento. Con el paso vacilante, a tropezones, se fué en busca de su coy.

Era como asestarse el golpe de gracia lo de presentarse en tan lamentable estado ante esas gentes hostiles, después de haber demostrado tantas falsas pretensiones. Pero, enfermo como estaba, no tuvo conciencia de nada hasta que, dos horas más tarde, al salir de su desvanecimiento, notó que el tío Pop le rociaba la cara con agua fría y le gritaba junto al oído:

—Despiértate y ven al puente a ver un vapor que se acerca. Esto vale la pena!

El joven salió a cubierta a tiempo que el patrón allegaba un fósforo a un trapo

empapado en aceite puesto en la punta de un palo a manera de antorcha. La goleta y el mar en derredor se alumbraron con un fulgor amarillento. Poco después, a lo lejos, brilló como respuesta una gran llama azul.

Una voz ordenó:

Arriar el bote!

Y cinco minutos después, el equipo de la canoa remaba en la obscuridad en demanda del impaciente transatlántico. Un piloto ocupaba el banco de popa.

—Ahí tiene a tu amigo Pedro Haines que se marcha, chico, dijo Pop Markle, con una sonrisa maliciosa. Yo me arreglé para que fuera él quien te dijera hasta la vista. Ya no te embromará en todo este viaje.

El viento refrescó algo las ideas del pobre Wilson y su cerebro se despertó. Pero muy pronto la bruma circulante lo obligó a buscar un abrigo abajo y se acurrucó sobre un banco, con los ojos puestos en la partida de poker en la cual su inexperiencia y su torpeza natural le impedían tomar parte. Por lo demás, nadie le pidió que tratara de jugar, y esta observación lo humilló.

Hasta el rudo Mc-Call, el que primero lo acogió a bordo, hizo en alta voz esta mortificante reflexión:

—Eso sería como escamotearle sus centavos a un niño ciego.

Pero el buen veterano de la cabeza blanca tampoco se juntó a los jugadores y dijo alegremente a Wilson:

—Tú eres demasiado joven y yo soy demasiado viejo; tú no tienes la edad y yo la tengo demás para derrochar el dinero de esa manera. En Lewes hay una viejecilla y una casita que saben guardar mis ahorros.

Una confidencia acarrea otra. Wilson desahogó su pobre corazón maltratado, y contó toda su aventura al piloto. Y al punto se sintió reconfortado por haberse despojado de su mentirosa personalidad. Los ojos azules de Pop Markle brillaron:

—Óyame, Jemmy Arbustus: es preciso que escribas una historia que deje asombrados a los de allá, a los de tu diario. No tiene más que preguntarme lo que no sepas, ya que es tan monstruosa tu ignorancia. Mis camaradas querían que yo regresara después de encontrar el primer vapor y habían ofrecido cambiar los turnos, pero yo les he dicho que por ser el último viaje, quería ir hasta el fin. De este modo, tenemos tiempo de hablar, mientras juegan los pilotos.

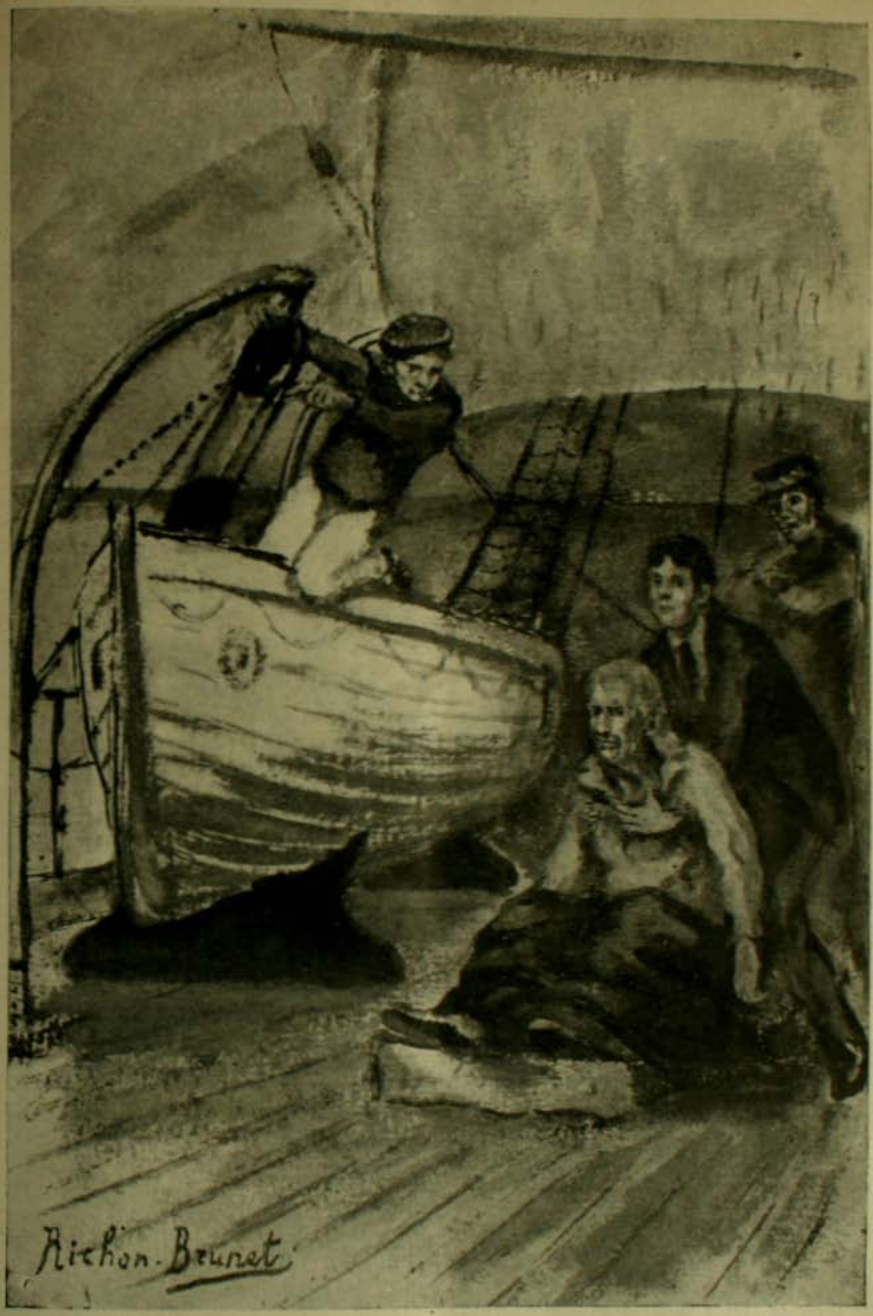
—¿Cuál ha sido su aventura más extraordinaria?

—Hola! Ahí tiene una pregunta de primer orden, chico, y que huele a repórter de lo mejor, palabras! Pues bien, nunca me ha tocado un encontrón con otro buque; pero he dado con un capitán que era un famoso idiota, figúrate mucho más de lo que tú has podido ser: eso te servirá de consuelo!... A poco más de cincuenta millas de los cabos, subo a bordo de una barca italiana. El capitán me dice que va a Wilmington, y me pregunta si puedo pilotearlo. Tomamos un remolcador en la costa, e íbamos remontando tranquilamente el río, cuando ocurre que este gran estúpido me deja comprender en la conversación (hablaba poco, pero bien, como vas a verlo), que su puerto de destino era Wilmington, Carolina del Norte. "¡Buena la has hecho, pobre diablo, le dije; estás por llegar a Wilmington, Delaware!" Esto lo vuelve todavía más loco que antes, y echando de nuevo el remolque al agua, se puso a jurar como si el buen Dios no estuviera para otra cosa, apenas le señalé en la carta el sitio en que se encontraba. Se había llegado a la costa a ojos cerrados, en busca, no de su puerto, sino de un piloto que lo sacara de apuros. Y en seguida se había largado para el primer Wilmington que encontró! ¡Y vaya que no eran dos Wilmingtons que estuvieran vecinos! Ya ves que hay otros peores que tú que andan navegando, Jemmy!

Wilson sonrió y sacó su libreta de apuntes. El viejo piloto tomó en serio su misión y se puso a contar una tras otra un montón de anécdotas a cual más divertida. Y llegó hasta obligar a los jugadores de poker a contar también sus propias aventuras. Y Wilson seguía incansable haciendo correr su lápiz.

A la hora del almuerzo hubo otro asiento vacío, pues un nuevo práctico había encontrado al amanecer buque que pilotear.

El viento había saltado al nor-este y el Albatroz parecía sostenerse con sus dobles rizos en lo alto de las vergas. El barómetro bajaba, y el patrón no opuso di-



Wilson y el capitán vinieron a incorporarlo sobre almohadas

hcultad cuando los pilotos le pidieron que se inclinara un poco más sobre alta mar.

—Que corra hasta que reviente! gritó Mc-Call; en este viaje cada cual debe encontrar un barco: apuesto contra tus botas a que el **Albatroz** volverá vacío.

El mar se defendía pesadamente de los primero azotes del viento.

A pesar de las dificultades y a fuerza de audacia, se pudo dar piloto a un transatlántico que se encontró al atardecer.

Los tres pilotos restantes hicieron durante la comida las más sinceras protestas de amistad a Wilson, mientras que todos se aferraban al borde de la mesa.

El schooner continuaba danzando inconsideradamente.

El repórter comenzó a ver diseñarse en su espíritu la historia, llena de interés personal y de color local. Al día siguiente escribiría su introducción, y la idea de que él, tan indigno, iba a llenar las majestuosas columnas de su diario, le oprimía el corazón de confusión y alegría. Su emoción era la del comediante novicio que va a salir a escena.

Cerca de media noche, James Arbuthnot Wilson olvidó enteramente sus proyectos literarios. Encima de su cabeza sentía un estrépito alarmante.

El viento se había convertido en una brusca y terrible tempestad de verano.

La goleta, puesta a palo seco y con todas sus escotillas cerradas, bailaba como una botella bien tapada sobre montañas de agua bramadora.

Con el estómago oprimido y la cabeza atontada, Wilson se fué a despertar al viejo Pop Markle, que roncaba tranquilamente en la vecina litera.

—¡Cállate, nuestro **Albatroz** está más seguro que un gran navío. Tiene que rugir, brincar y escupir hasta que esto acabe. Pero, sin embargo, si quieres tranquilizarte, voy a dar una vuelta por cubierta.

El piloto se puso rápidamente su traje de tela encerada y desapareció.

—Es un bonito juego, dijo al bajar. Pero no hay mar gruesa que se tenga para nosotros! Llueve duro y parejo, el viento sopla sin tregua; Mc-Call está de guardia con el capitán. Tú corres aquí menos riesgo que en las oficinas del **Standard**. No tengas miedo, por lo menos aquí no perderás tu puesto.

Un poco reconfortado, Wilson trató de dormir. Era esta una aventura demasiado tremenda para un novicio y había tal vez más color local del necesario... Más entrada la noche, soñó que el doctor Wilson le hundía entre burlas la cabeza en el agua, hasta ahogarlo.

De repente un estrépito espantoso, como la explosión de un gran cañón, resonó en sus oídos; es lanzado con la cabeza para adelante al medio del camarote y recibido sobre la espalda del viejo Pop Markle, que suelta un rosario de inofensivos juramentos. El piso de la cámara se inclina verticalmente, mientras que Wilson, derribado de nuevo, se arrastra en cuatro piés. Todavía una sacudida más terrible, y antes de que la lámpara colgada del techo se estrellara contra los sostenes del puente, el joven vió que el anciano perdía el sentido.

Tomándole de una mano, subió con él la pendiente del piso y se aferraron a las patas atornilladas de la mesa.

Oían a los otros pilotos correr apresurados a la escala de cubierta, hacer saltar a golpes la escotilla mientras expresaban en sus exclamaciones el temor de verse encerrados: al otro lado del tabique resonaba el agua que entraba a torrentes, y los gritos ahogados de la tripulación.

Momentos después, mientras el viejo y el joven procuraban encontrar a tientas el camino de la escala de popa, el agua forzó la puerta delantera del camarote. Envueltos y proyectados de un sólo golpe al otro extremo, medio asfixiados, aún se debatieron sostenidos por el instinto de conservación.

Wilson pudo tomarse de un barrote de la escala y con su brazo libre atrajo al tío Pop hasta ese refugio.

El joven repórter, que sentía a la muerte morderle los talones, no quería darse por vencido.

Sin ningún propósito de heroísmo, echó al anciano delante de él escala arriba: fué éste su primer impulso, de amigo que ayuda a su amigo en un momento de peligro, sin tiempo para meditar lo que hace.

El agua ya le llegaba hasta la cintura cuando pudo escalar con gran trabajo los bordes de la escotilla, llevando al anciano a horcajadas sobre sus hombros. Estaban medio bloqueados en la estrecha sa-

lida. Precisamente en el mismo instante, un marinero prendió la antorcha. A su fulgor amarillento el viejo Pop Markle vió a los dos pilotos y dos marineros—dos solamente—atropellándose sobre la única canoa que quedaba en los pescantes.

Uno de los marineros se puso a hacer frenéticas señales al viejo y hasta se adelantó en su socorro.

En el mismo instante, el schooner, levantado por el mar de fondo, se inclinó como fatigado y casi sin vida, mientras que una montaña de agua negra se abatía sobre su casco destrozado. La ola barrió la canoa y los hombres, saltó hacia adelante y se tragó la silueta sombría que blandía la antorcha.

Los dos hombres, siempre metidos en su escotilla, recibieron terribles asaltos, pero estaban sólidamente anclados.

Una vez que la masa devastadora hubo desaparecido, la noche pareció más negra, el silencio más grande: sobre el puente de la goleta ya nadie gritaba.

A fuerza de tratar de moverse, el viejo piloto consiguió zafarse de allí y alcanzó un salvavidas. A su vez, Wilson pudo salir y aferrarse de un mazo de tablas apoyado contra la barra del timón... A sus oídos llegó el silbato de auxilio de un vapor y un grito apenas perceptible, que el viento traía de lejos. Pop Markle se puso a buscar algo entre las tinieblas, gruñendo siempre, y concluyó por anudar un cabo al rededor del tragaluz destrozado—las tablas a que se aferraba Wilson.

—Agárrate, chico, dijo entre dos resollidos, que he amarrado nuestro cabo a la boya salvavidas. Seguro que vamos a partir con la primera ola... ¡Dios mío, ahí viene!

La goleta agonizante les pareció hundirse bajo sus piés, y pegados a su débil esquife, fueron arrastrados bajo el temporal arremolinado, por esa misma ola que acababa de hundir al *Albatroz*, como si llevara un lastre de piedras.

Tirados de aquí para allá, dados vuelta, los dos hombres lucharon por recobrar la respiración, hasta el momento en que recobrando el equilibrio su esquife, salieron de nuevo a flote.

Todavía se hundieron en un enorme remolino negro y luego se elevaron sobre una cresta dentellada, cuya espuma estuvo a punto de sofocarlos.

Al fin calmó el viento.

Las olas que un momento antes se rompían sobre el desgraciado **Albatroz**, no eran ya más que grandes ondulaciones no contrariadas por ningún obstáculo. De esta manera los dos náufragos podían mantenerse fuera del agua y respirar. Aún hallaron medio de pasar el trozo libre del cabo bajo sus brazos, en espera de lo que pudiera venir.

Con los ojos acribillados por la salpicadura de las olas, veían ahora confusamente los fuegos del vapor que había venido a abrir el costado del schooner de los pilotos. Alejábase del lado del viento mientras sus cohetes de señales rayaban con un arco rojo las tinieblas, y veíanlos describir un círculo buscando inútilmente el barco que habían abordado. En tanto que el viento los arrastraba con rapidez, el viejo piloto y el joven repórter trataron de gritar, pero el ruido de sus roncas voces les pareció tan ridículamente débil que se callaron. A tiempo de toser para librarse del agua salada que les oprimía la garganta, vieron extinguirse el último cohete, el humo del vapor disminuir en la bruma y convertirse en pequeños puntos vacilantes que al fin desaparecieron también.

Hasta el amanecer no pronunciaron una palabra. De tarde en tarde uno buscaba la mano del otro, a lo que respondía una débil presión. Con esto sabían que la muerte no había posado todavía la garra sobre la minúscula balsa.

Al mismo tiempo que se mostraba la aurora grisásea, el viento saltaba al sur y el mar, volvía a su calma de verano, a pesar de un ligero oleaje.

Nunca el eterno milagro de la aurora había tenido por testigos dos corazones tan agradecidos.

La juventud del uno le había permitido conservar el vigor de su espíritu, pero el anciano estaba a punto de sucumbir a la fatiga y al agotamiento. Para aliviarlo un poco, el joven colocó la boya sobre los escombros esparcidos, en tal forma que flotando más alto, el anciano pudiera apoyar los codos en ellos.

—Todos los que no murieron o se ahogaron en su puesto, no sabían nadar, o por lo menos gran cosa, suspiró el anciano. Los conocía a todos desde mocosos... De la tropa, no quedamos más que nosotros.... los que menos valíamos, muchacho. Tú hu-

bieras podido tal vez ponerte a ganar tu vida regularmente. Por mí no tengas cuidado... Tenía que llegarme mi vez... Mi buena vieja tiene su casita, y luego tendrá su pensión de la Caja de Pilotos... Sin contar con que hay otros dos pilotos en la familia... ¿Te arrepientes tú de no haber dejado al doctor Wilson que cumpliera su comisión?

El joven se rebeló:

—¡Pero si todavía no estamos muertos! y si salimos bien de esta aventura, su recuerdo nos acompañará toda la vida. No puedo creer que el buen Dios nos haya salvado del naufragio para dejarnos morir en una mañana de verano como esta...

Seguían flotando, ahora en silencio, mientras el sol de Junio se elevaba sobre sus cabezas: el calor y la sed vinieron a aumentar sus torturas.

La resistencia física del anciano le permitía soportar una prueba como esta Aferrábase a la vida con la misma bravura con que siempre lo había hecho. A pesar de hallarse fuera de la ruta del tráfico de los cabos Delaware, él confiaba todavía, sobre todo en la salvación de su joven compañero.

Seis horas después del hundimiento del **Albatroz**, la canoa de un brick desmantelado que volvía cargado de sal de la isla Turca, encontró un trozo de obra muerta, al que estaban ligados un anciano de cabellos blancos y un mozo imberbe. Aún se hallaban demasiado débiles para poder hablar. El capitán inglés los hizo echar a la cama y les hizo tragar ron puro de Jamaica.

Wilson fué el primero en recobrar el conocimiento, pero no pudo levantarse y hubo de contentarse con la noticia de que el piloto "estaba vivo". Solamente a la noche pudo arrastrarse hasta el camarote donde reposaba su compañero.

El rostro curtido del viejo estaba singularmente pálido. A pesar de todo, el tío Markle quería hablar, lo que sólo pudo hacer con voz ronca y desfallecidamente

—¡Que Dios bendiga sus pobres almas! Todos eran vecinos míos! Y bien, Jemmy, ¿has comenzado a escribir tu historia para el diario?... La ves pequeño, hay algo que va mal en mi cascarón ¡vaya! creo que me he roto algo cuando estuvimos encerrados en la escotilla. Dime entonces, ¿qué vamos para casa? ¿Y tú estás bueno, bien plantado?

Wilson trató de disimular su ansiedad, poniendo toda su atención en cuidar al piloto como mejor pudo. Sus inexpertos cuidados eran recibidos con una dulce resignación. Sin embargo, poco a poco el viejo piloto dejó notar cierto signo de impaciencia, y bruscamente preguntó:

—¿Por qué no te pones a escribir tu historia en vez de perder tu tiempo en mi viejo casco? Yo quiero conocerla de tu mano. Es preciso que ese doctor Wilson y una pila de bodoques no tengan ocasión de reirse a costa nuestra... ¡Yo revisaré lo que tú escribas!

. Wilson se resignó a comenzar. El capitán le facilitó un libro de bitácora a medio escribir y un trozo de lápiz, y el repórter se sentó junto al lecho del piloto, con las cejas fruncidas por el esfuerzo y la voluntad. Su vacilación era tan evidente, que el piloto no quitaba sus ojos de él y concluyó por decirle:

—No tienes facha de navegar viento en popa, Jemmy. ¿Quieres dejarme ver un momento?

Wilson le pasó el libro y esperó tembloroso de ansiedad. Estaba orgulloso de sus párrafos de introducción y se jactaba de haber sorprendido el verdadero sentido de la tragedia del último barco-piloto, el mismo que el mar se había tragado a su vista.

El viejo leía con la frente arrugada y luego dejó el libro sin decir palabra.

—¿Hay algo que no está bien? interrogó Wilson.

—Tú comprendes, respondió el tío Pop, yo no he tenido más que una instrucción de escuela primaria, y luego he estado cincuenta años en el mar. Por consiguiente, no soy juez competente. Entre lo que has escrito, hay cosas demasiado bonitas para mí. Esas palabras de diccionario son demasiado imponentes, y los versos de poesía tienen aspecto de dorado a fuego.... Diantres! cada cual en su oficio.

El joven e ingenuo repórter puso una cara tan humillada, que el viejo piloto se compadeció de él e hizo una cantidad de elogios que contradecían lo que acababa de decir.

Wilson dejó el libro a un lado y subió al puente. Se daba cuenta, todavía vagamente, de que su método literario merecía

tales críticas. Sus antiguas dudas, su falta de confianza en sí mismo, volvían a apoderarse de él. Resolvió por esto descansar un día y recomenzar en seguida su historia.

A la mañana siguiente el brick luchaba con un viento arremolinado, y los cabos Delaware estaban todavía a doscientas cincuenta millas. Se llevó un colchón al puente y se tendió sobre él al anciano, bajo un toldo. Al notar que el brick avanzaba tan lentamente hacia Lewes, hacia su casa, se sintió más débil y comenzó a impacientarse. Wilson seguía triste, pensando en la suerte de su compañero. No tenía valor para ponerse, en estas circunstancias, a escribir su historia.

Después de medio día el capitán inglés vino a sentarse al lado del anciano y se puso a interrogarlo sobre la pérdida del **Albatroz**. El piloto comenzó su relato por la partida para el último viaje, y más de una vez le faltó el aliento antes de llegar a la pérdida de su buque, a la muerte lamentable de sus camaradas y al salvataje del más joven y el más viejo de sus tripulantes. Como la historia estaba contada con tanta sinceridad, no hubo una sola digresión inútil.

Wilson tuvo como una revelación y recogió el Diario de a bordo. Comprendía que era de su deber escribir lo que acababa de oir. Cuando el anciano hubo concluído, la venda cayó de los ojos de Wilson: acababa de comprender—¡y a qué precio!—lo que vale la sencillez, la cualidad superior que los hombres de letras tardan años en reconocer.

Aprovechando el sueño que se abatió sobre el tío Markle al fin de su relato, el joven pudo bajar a su camarote y ponerse a escribir.

La historia no terminaba tal como el piloto la había contado, pero la trama pertenecía al viejo inculto. Al día siguiente, cuando el joven la leyó en voz alta, el semblante de Pop Markle se iluminó, y el piloto sacó esta conclusión:

Cualquier marino, sea el que fuere, comprenderá esto, hijo mío. Hay ahí un relato tan endiabladamente rudo y sencillo, como si yo mismo lo hubiera escrito. Los pilotos saborearán tu historia y no perderás tu puesto, ya verás, chico!

Pasó el tercer día, y luego el cuarto; el viento contrario tenía al brick siempre lejos de los cabos Delaware. El piloto insistía en que lo llevaran al puente cada vez que lucía el sol, para buscar en el horizonte el faro de Henlopen. En cuanto se despertaba, poníase a hablar de su familia con su joven camarada. Todos sus pensamientos iban hacia ella.

—No espero llegar vivo, pequeño, dijo cuando el sol del quinto día se elevó sin que apareciera la tierra; tú serás el único sobreviviente del **Albatroz**. Esto será lo que dé más relieve a tu historia. Ni mi hijo, camarada; pudiera haber hecho por mí algo mejor que lo que tú has hecho. Si a medio día, no estamos a la vista de los cabos, me escribirás una carta para María... María es mi mujer, una buena mujer, hijito. A ella tendrás que entregarle la carta. No te costará nada dar con la casa. Sobre todo, no te olvides de dar una vuelta por el jardín y de echar una ojeada a mis legumbres... Uno de mis hijos debe estar en casa: él se ocupará de llevarme al cementerio. El capitán me ha prometido anclar el tiempo necesario para mandarme a tierra.

Ahogando sus sollozos en la garganta, Wilson trató de alegrar al anciano, pero los ojos azules descoloridos del tío Markle, permanecieron serenos en presencia de la muerte. La carta fué escrita, y Wilson bajó sollozando a buscar un sobre en el escritorio del capitán. Después el piloto trató de firmar, sosteniendo el lápiz entre sus gruesos dedos nudosos y ennegrecidos, mientras que Wilson lo ayudaba a trazar las siguientes palabras con una escritura harto temblorosa:

"Tu Seth que te ama".

Esa misma tarde, una pequeña punta de tierra, como un dedo que hace una señal, rompió la radiosa línea del horizonte por el oeste. Seth Markle oyó los gritos de los marineros reunidos en la proa con la esperanza de ser los primeros en llevarle la tan deseada nueva. Wilson y el capitán vinieron a incorporarle sobre almohadas sobre el castillo de popa.

—El faro de Henlopen, murmuró, y Lewes justamente detrás de la punta.

A este soplo de esperanza, la llamita de vida se reanimó un poco, pero luego se debilitó más y más... Después de un largo silencio, el anciano trató de hablar. Wilson puso el oído junto a su boca, todavía

de expresión enérgica, y oyó vagamente estas palabras:

—Dile que tú has sido... muy bueno... para mí... Espero... que la historia saldrá bien... El último viaje... ¡Oh, María, debes esperarme en el extremo del cabo!...

Vivió hasta el crepúsculo, pero no habló más, salvo una vez en que Wilson creyó oirle: "¡María!", con una voz como un soplo.

Luego el atormentado semblante se puso infinitamente sereno.

El brick se puso al abrigo de la costa al amanecer del siguiente día.

Wilson bajó a tierra y descubrió la casita con su magnífica huerta, y vió a una anciana de dulce semblante, que leyó la carta mientras él se paseaba sin ruido entre las hileras de maíz, observando con emoción lo bien que habían sido cuidadas por la amante esposa.

Una vez que se impuso de la carta, María Markle fué hacia él, y echándole los brazos al cuello, lo besó a través de sus lágrimas. En seguida se fueron al pabellón del lado, donde vivía el hijo mayor. Allí los dejó Wilson, pero antes de partir les dijo:

—Era el mejor amigo que he tenido en mi vida. Volveré pasado mañana si ustedes me permiten acompañarlos a la iglesia.

Detuviéronlo en las calles, pues la nueva se había esparcido y otras viudas de pilotos y de marineros se estrechaban junto a él. Después de hablarles con la mayor prudencia y dulzura, los dejó a solas con su duelo y corrió al telégrafo a expedir este despacho para el director del *Standard*:

"Acabo de desembarcar. Soy el único sobreviviente del schooners-piloto Albatroz, hundido en un abordaje hace ocho días. Me presentaré a medio día con mi narración."

En el tren Wilson añadió un capítulo a su historia: los últimos días del piloto Seth Markle. El lápiz se le escapaba de las manos y sentía un temblor en todo el cuerpo, al recordar las palabras y la cara de su viejo y bondadoso crítico. Empero, terminó valerosamente, enjugando sus lágrimas, el epílogo de este viaje supremo. Cansado a más no poder, cerró el viejo libro de bitácora y se apoyó en el respaldo. Pasaba de nuevo ante la luminosa ribera que le había dado la primera visión de la bahía. Fué a la vista de este espectáculo cuando se decidió a seguir adelante antes que retroceder. Le pareció que la semana que acababa de transcurrir había durado años y años. Había partido niño y volvía ya hombre.

Al entrar en las oficinas del *Standard*, la primera persona que encontró el joven repórter fué un hombre grueso y calvo, de facha original, el cual le dijo:

—Ah, ¿supongo que sóis el joven héroe? Habéis tenido una gran suerte! Me alegro que hayáis salido bien. Soy el doctor Wilson. Dadme en seguida vuestras notas para escribir la narración. Mañana, anuncio llamativo, y el Domingo, la historia en sitio de preferencia.

El joven Wilson, con una seguridad desconocida en él, miró al doctor, se echó atrás todo lo que pudo y respondió con una manera desdeñosa:

—No, gracias. Eso no me conviene. Mi historia está ya escrita y ha de pasar por la vista del director tal como está. Voy a entregársela al momento.

—Váis a cometer una gran tontería, interrumpió rudamente el doctor Wilson. Comprendo que se os haya mareado un poco el seso con los acontecimientos. Pero si queréis conservar vuestro puesto, haréis bien en sacar esas notas sin meter tanta bulla. El jefe nos ha dicho que de todas maneras os daría una reprensión. Si me dáis los papeles, yo hablaré en favor vuestro.

El joven Wilson ni siquiera respondió, y casi atropelló a su superior, que permaneció estupefacto por tal insolencia. Un momento después, el director vió presentársele un intruso que le declaró sencillamente:

—Aquí está mi narración, señor. Dará seis columnas, y está lista para mandarla a componer. Ni el doctor Wilson, ni nadie, la corregirá mientras no la hayáis leído.

El director miró al joven que, con las ropas en desorden, lo miraba a los ojos; examinó el traje manchado por el agua de mar, el rostro quemado por la intemperie, sonrió y dijo:

—Leeré su historia, señor Wilson. Váyase a su casa y vuelva a las seis. Entonces hablaremos. ¿Le ha tocado pasar por terribles pruebas, no es así? No tenga

ningún temor con respecto a su relación. . .

Al entrar poco más tarde James Arbuthnot Wilson en la oficina del director, el poderoso personaje le estrechó la mano, exclamando:

—¡Pero, cómo es, hijo mío, que yo no supe antes que usted podía escribir historias como esta? Si es la aventura viviente! ¡Es una obra maestra! ¿Quién le ha enseñado a escribir de esta manera?

El rostro del joven se contrajo y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—El hombre, dijo, que me ha dado esa lección, ha muerto a la vista de su hogar. Y si usted me lo permite, yo querría disponer de un día para volver a Lewes, soy... soy el único sobreviviente del Albatroz!

RALPH D. PAYNE.

Traducido para P. M.

TRIBULACION



¿Se educan los hombres? ¿Se perfeccionan? ¿Evolucionan en el sentido de lo que llamamos el bien?

Buscamos a los buenos: hablamos a los buenos: llamamos a los buenos... pero los buenos, los de nuestros ideales, los de nuestra inclinación sentimental, siempre estarán con nosotros; no necesitan de nuestra voz.

Busquemos a los malos: llamemos a los malos; hablémosles con el corazón... ¿Nos escucharán? ¿Responderá su corazón al nuestro? Probemos a llamarlos dulcemente, a hacernos entender con mesuradas y conciliadoras razones... ¿Pero serán justos nuestros reproches, nuestras recriminaciones, nuestras violencias, si no nos escuchan los que llamamos malos porque sean fatalmente de corazón sordo de nacimiento?

VICENTE MEDINA.

Rosario de Santa Fe, 1913.

NUESTRA PORTADA

El cuadro de Lynch que adorna la cubierta del "Pacífico Magazine" es una de las obras de más bello colorido en nuestra pintura, una nota primaveral que dice muy alto de la juvenil imaginación del artista y de la gracia de nuestra naturaleza, su inspiradora.

El original de esta esmerada reproducción está en poder del Club de la Unión de Santiago.



Jenny, canadiense



Ulana, polaca



Carmen, española



Kalinka, griega



Alice, inglesa



Margherite, italiana

TIPOS DE BELLEZAS

El notable dibujante norteamericano W. T. Benda, ha tratado de refundir en algunos tipos generales los rasgos dominantes de la belleza femenina en ciertos países de raza blanca.

La empresa era atrevida, y como artística al fin, deja ver más el carácter del genio del autor que esos distintivos puramente ideales de la nacionalidad.

Ved, si no, estas cabezas de líneas admirables, en que los cabellos sueltos o retorcidos cubren como la cimera de un casco el óvalo de los rostros. La mirada es grave, como casi siempre lo es en las bellezas, o cuando más ligeramente risueña. Hay algo de extático y místico en esas fisonomías de líneas puras, tras de las cuales la imaginación se complace en poner un alma tan hermosa y un espíritu tan noble como las formas de su envoltura carnal.

Los rasgos que nos hemos acostumbrado a considerar peculiares de cada raza se mezclan aquí en combinaciones desconcertantes. Hay ojos de oriente, profundos y voluptuosos en un marco de líneas griegas o sajonas, y bocas de corte fino e irónico bajo unas cabelleras de ensueño.

Pero, en general, la belleza de estos prototipos de la gracia femenina no llama a la voluptuosidad. Su encanto seduce serenamente, como en las bellas pinturas y las bellas estátuas de la mitología. Toda perfección parece llevar en sí, como un privilegio o una fatalidad, ese misterio que aleja todo amor apacible.

Junto a las figuras aéreas de las rubias del Norte, personificaciónes melancólicas de las Ofelias y Eleonoras de sus poetas, las morenas de las tierras del Sur respiran cierta gracia diabólica, ya expresada en la estrofa de Gautier:

Carmen est brune. Un trait de bistre
cerne son oeil de gitana.
Ses cheveux sont d'un noir sinistre;
sa peau, le diable la tanna!

Las bocas pequeñas y de labios carnosos y encendidos, los ojos grandes y negros como los cabellos, esas son las mujeres del sur europeo.

La belleza de las mujeres del oriente de Europa y de las comarcas occidentales de Asia, muestra rasgos más acentuados, algo marmóreos en su blancura y en cierta rigidez que preside sus gestos de sultanas.

La yanqui parece ser el producto de una feliz combinación de la esbeltez sajona y la gracia latina, tipo escultural y magnífico.

La americana del sur participa de la languidez del clima, corregida a veces por las misteriosas corrientes de energía exterior que la fusión de razas ha vaciado sobre este continente.

Ensoñativa y ardiente a la vez, es uno de los tipos de mujer que más fácilmente se han plegado a la vida europea, sin perder por esto sus virtudes propias. Bellezas espléndidas y fecundas, que la maternidad no gasta sino a la larga, y que saben armonizar la fiebre de la vida elegante con las apacibles horas del hogar, en medio a los cuidados que otras generaciones menos invadidas por lo exótico, les legaron como la más noble ciencia.

"La belleza femenina no es privilegio de ningún país", ha dicho en ocasión reciente un entendido, que no podía ser otro que un gran duque ruso. Es verdad; pero puede señalarse una vaga línea de diferenciación que por lo menos indica cuál de esos tipos se acerca más a nuestro ideal, ya en lo espiritual, ya en lo físico.

La mujer de Oriente, misteriosa hasta hace poco, ha dejado de serlo desde la invasión del ferrocarril y con los últimos cambios políticos y sociales. Su tentador velo de misterio, que tanta poesía podía insinuarnos, ha caido, para que caiga con él una de las bellas mentiras de los poetas persas o árabes.

En efecto, las Zobeidas apasionadas o terribles de cualquier escena de las Mil y una Noches, han dejado de ser lo para convertirse en creaturas tímidas casi montaraces y sin sombra de espiritualidad, o bien en la dama educada a la europea que habla



Juanita, americana

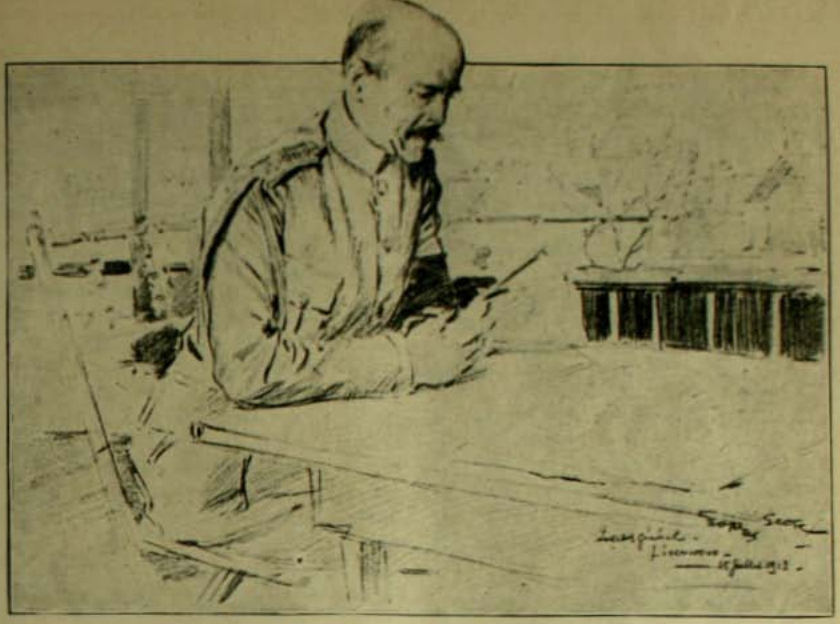


Zobeida, siria



Lalla, circasiana

varias lenguas y lee novelas de Montepin. Polacas altivas, anhelo de los cosacos en las antiguas guerras religiosas; griegas de porte estatuario; sirias que con sus brazaletes, su embozo flotante y sus *ojos de gacela* parecen ilustraciones de los idilios bíblicos; inglesas finas y fuertes, con el sol en los cabellos y el cielo en los ojos; italianas de pasiones violentas y ardorosas como sus pupilas, con la cutis dorada por el sol del mediodía que hace fermentar el Falerno y exalta las cabezas tan pronto hacia el amor como a la muerte; admirable galería que hace pensar en la fantasía de la naturaleza, tortura de artistas, y bendecir a Dios en sus obras....



El Rey Constantino estudiando la carta. (Retrato hecho del natural por Georges Scott en el cuartel general de Livounovo

La nueva Grecia

Por

Luis Aldunate

Ilustraciones fotográficas

De todos los países que tomaron parte en el sangriento conflicto de los Balkánes, al cual ha venido a poner feliz término el reciente Tratado de Bucarest, la Grecia es, sin duda alguna, el que más laureles ha sabido conquistarse.

La Grecia ha asombrado al mundo con la pujanza, la virilidad, la organización militar y política de que ha dado pruebas. Para los que no se habían preocupado de seguir con ojo atento los progresos de todo orden alcanzados por ese pequeño país en los últimos años, es decir, para la inmensa mayoría, los triunfos militares de la Grecia han sido la más grata de las sorpresas. Y digo la más grata, sin temor de equivocarme, porque estoy cierto de que en nuestra mentalidad de latinos, nuestros votos han debido acompañar forzosamente a la nación que fué, hace veinte siglos, la inspiradora de Roma, la cuna de la civilización y de la cultura del más grande de los imperios que haya conocido la historia.

Estábamos, todavía, bajo la penosa impresión que nos produjeran los reveses de

ese pueblo, inteligente y altivo, en su desgraciada campaña contra la Turquía de 1897. Su resurgimiento, las pruebas de vigor y de disciplina de que acaba de dar elocuente testimonio, han sido, pues lo, repito, una revelación para el mundo.

Basta echar una rápida ojeada sobre la historia contemporánea de la Grecia, desde 1821, época en que inició contra la Turquía la campaña de su independencia, hasta nuestros días, para darse cuenta cabal de la suma de energías y de perseverantes esfuerzos que ha necesitado desplegar para redimirse de la esclavitud del turco y para reconstituir su nacionalidad de una manera definitiva y vigorosa. Y no parece sino que la Grecia hubiera tenido la visión profética de su prosperidad presente. No de otra suerte se explica su porfiada lucha contra el yugo extranjero, el tesón admirable con que, a despecho de dificultades sin cuento, ha perseguido su reorganización política, militar y económica, hasta hacer, en menos de un siglo, de una raza dispersa y perseguida, un pueblo nuevo, potente y progresista. El porvenir de la raza helénica parece asegurado; la nueva Grecia puede levantar orgullosa la frente y proclamarse la digna descendiente de la Grecia de Homero y de Pericles.

Fué en 1821, cuando los griegos se levantaron en armas contra la Turquía, después de cerca de cuatro siglos de opresión. El 7 de Abril de ese año se apoderaron de Atenas, y, pocos meses más tarde, proclamaban en Piadha su independencia. Alarmado el Gobierno de la Sublime Puerta, envió contra ellos un ejército a las órdenes de Ibrahim Pachá, quien no tardó en reconquistar el territorio sublevado y en sembrar la desolación y la muerte entre sus desgraciados y heroicos habitantes. Las represalias de los turcos asumieron un carácter tal de ferocidad que la opinión pública europea se conmovió y (lo que seguramente no habría pasado en nuestros días), decidió a las potencias a intervenir.

El 20 de Octubre de 1827, las escuadras francesa, rusa e inglesa, destrozaron a la escuadra turca en la batalla de Navarin y un cuerpo de ejército expedicionario francés, obligó a Ibrahim Pachá a retirarse en desorden, abandonando sus conquistas. Por otra parte, la guerra que en 1828 estaba a punto de estallar entre la Rusia y la Turquía, favoreció la causa de la independencia griega. Un protocolo firmado en Londres, en el mes de Marzo de 1829, dispuso que la Grecia sería erigida en monarquía hereditaria tributaria de la Turquía, y poco después, en Febrero de 1830, un nuevo protocolo firmado, asimismo, en Londres, declaró a la Grecia reino soberano. Por último, un Tratado celebrado en Mayo de 1832, entre la Grecia, la Baviera y las tres potencias que habían intervenido en favor de aquélla, designó al príncipe Othon de Baviera como rey de Grecia.

Desde que volviera a la vida de nación soberana, la Grecia tendió a realizar, poco a poco, la idea pan-helénica, tratando de arrebatar al Sultán los territorios habitados por griegos, que los protocolos de Londres habían dejado en poder de la Turquía.

Pero no fué afortunada en sus propósitos. Las mismas potencias que le ayudaran a libertarse del yugo musulmán, le cruzaron, en diferentes ocasiones, el camino, temerosas de las consecuencias que pudiera acarrear a la Europa un excesivo debilitamiento de la Turquía.

Durante la guerra de Italia, se produjo en el nuevo reino una recrudescencia del sentimiento pan-helénico, que trajo como consecuencia la caída del Rey Othon, que por motivos de política internacional se había manifestado hostil al movimiento de su pueblo. La Asamblea Nacional eligió en su reemplazo al príncipe Jorge de Dinamarca, que estaba destinado a ocupar el trono de Grecia por más de cincuenta años, hasta morir traidoramente asesinado en las calles de Salónica, en los momentos mismos en que se abría para su patria y para su dinastía, la era de brillantes triunfos que han llevado a su hijo, el Rey Constantino, al pináculo de la gloria militar.

Fué sólo en 1879, después de la guerra ruso-turca, cuando la Grecia, que se había visto forzada a permanecer neutral, obtuvo su primer ensanchamiento territorial en el Epiro y en la Thessalia. La anexión de la Rumelia Oriental al Principado de Bulgaria, que se llevó a efecto en 1885,—merced al golde de estado de Philippópoli, produjo en Grecia una efervescencia tal, que las potencias europeas se vieron obligadas a intervenir **manu**



Las líneas de cruces representan las fronteras de los Estados Balkánicos antes de la guerra. Las rayas representan esas mismas fronteras según las estipulaciones del reciente tratado de Bucarest.

militari para impedir que los griegos terciaran en el concicto.

El patriotismo exaltado de los griegos, la aspiración suprema de ese pueblo, inspiradora de su política, que los empujaba fatalmente a procurar el engrandecimiento patrio con la anexión de los territorios poblados por hijos de su raza, los debía arrastrar diez años más tarde, en 1897, al más doloroso de los fracasos.

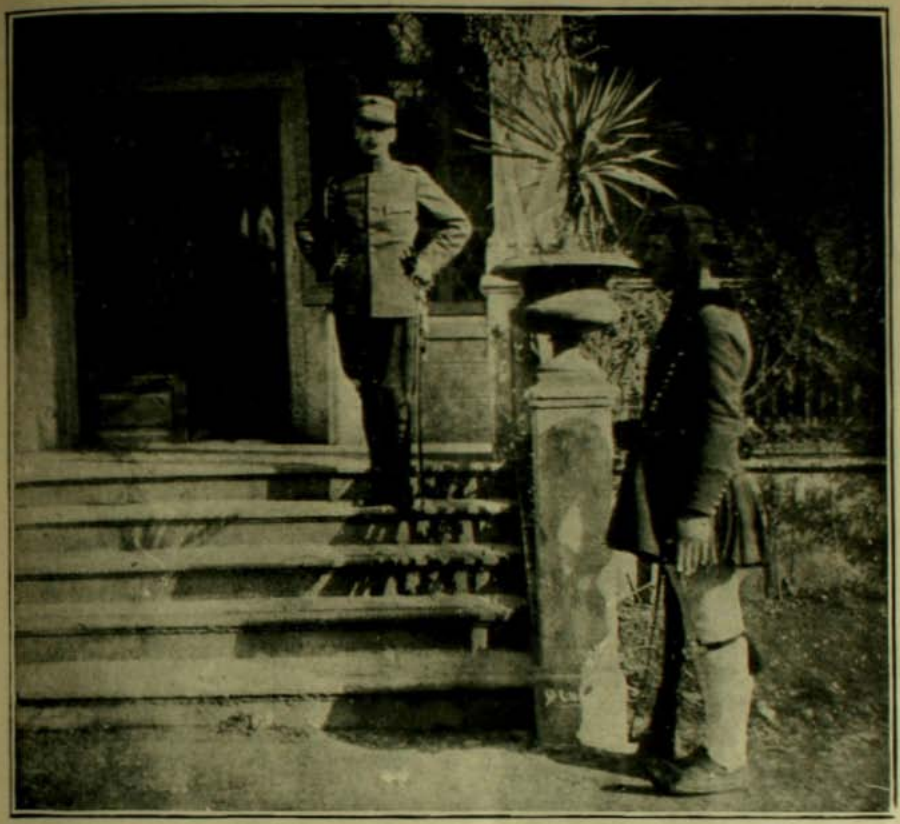
Sabidas son las causas que provocaron el estallido de la guerra greco-turca de ese año. La isla de Creta, cuya población es helena en su mayor parte, estaba, sin embargo, sometida desde 1669 a la dominación otomana. Los abusos de toda especie de los funcionarios turcos y de las guarniciones albanesas, los impuestos con que agobiaban a los desdichados habitantes de esa isla, las horribles crueldades que cometían con ellos, los habían inducido en diferentes ocasiones a rebelarse contra el régimen ominoso que los oprimía. De 1823 a 1889 hubo no menos de siete intentos de revueltas que fueron todos ellos ahogados en sangre. La última de esas revoluciones y la más importante de ellas, fué la que estallara en 1896, provocada por el partido griego pan-helénico, que era el más numeroso y el de más prestigio en la isla.

La Grecia intervino entonces y envió a Creta al coronel Vassos, en Febrero de 1897, para que se pusiera al frente de las fuerzas sublevadas. La guerra con la Turquía fué la consecuencia inmediata de esa intervención. Esa guerra fué un desastre para la Grecia; su ejército fué destrozado por el ejército turco y el Gobierno griego fué obligado a pagar una indemnización de cuatro millones de libras turcas y a consentir en una rectificación de fronteras en beneficio de su enemigo victorioso. Pero, si el prestigio y la prosperidad de la Grecia salieran mal parados del conflicto que ella misma provocara, tuvo siquiera el consuelo de ver conseguido en parte, el objeto que la indujera a inmiscuirse en la revolución cretense. Las potencias europeas, cansadas de ver eternamente en el tapete de la política internacional la cuestión de Creta, obligaron al Sultán a darle a la isla un gobernador cristiano y designaron para ese cargo al príncipe Jorge de Grecia, hijo del Rey de los helenos.

El rudo golpe que significó para la Grecia su derrota de 1897, le aconsejaba abandonar, por algún tiempo, sus ideales de expansión y consagrarse a la ingrata pero indispensable tarea de restañar sus heridas y de adoptar una política de moderación en sus relaciones con los demás países, que le permitiera dedicar por completo sus esfuerzos a la consolidación del orden interior, convulsionado por los acontecimientos que acabamos de relatar, y al restablecimiento de sus fuerzas económicas, asimismo gravemente comprometidas, por las estériles agitaciones de una política más idealista que conforme a los intereses permanentes del país.

Y a fe que esa tarea no era sencilla. Los plenipotenciarios de Londres de 1830, que dieron a la Grecia independencia y soberanía, fueron mezquinos, sin embargo, con ella; crearon un reino pobre, escaso en territorio y más escaso aún en población. Un reputado internacionalista francés, M. de Gobineau, aseguraba "que la Europa había construído el reino de Grecia con la intención evidente de hacerle la vida imposible". Si había exageración en esa boutade, no era menos cierto que el nuevo reino, con los seiscientos mil habitantes que le fueron concedidos, no estaba llamado a prosperar con rapidez, sino más bien a vegetar económica y políticamente. La misma exigüedad de territorio que indujo al Gobierno de Atenas, desde sus primeros pasos, a provocar el ensanchamiento de sus fronteras, contribuía a dificultar todo desarrollo, ya que los reveses de sus armas en el exterior, repercutían necesariamente en la política interna del país, imposibilitando su crecimiento económico y redundando en desprestigio de la corona.

Durante largos años, la estabilidad del Gobierno ateniense fué el juguete de las agitaciones patrioteras y de los sinsabores que le ocasionaba una política exterior poco discreta. Para complemento de males, su política interna era aún más desgraciada; el caudillaje imperaba sin contrapesos; no había partidos de doctrinas, sino grupos parlamentarios designados por el nombre del jefe a quien obedecían, sin otro programa que el logro de las ambiciones del caudillo o de los apetitos presupuestívoros de sus afiliados. El sistema de rotación ministerial que nosotros nos enorgullecíamos de haber in-



El príncipe Nicolás de Grecia, hermano del Rey Constantino

ventado, funcionaba en Grecia, mucho antes que en Chile, con los mismos admirables resultados. Como el país era pobre, la política era considerada la más lucrativa de las industrias.

No era, pues, de extrañar que con un régimen parlamentario falseado de esa manera, con una política reducida a una lucha de influencias y de intrigas en que dominaban los intereses de círculo, la Grecia no hiciera grandes adelantos en la senda del progreso.

Bajo el punto de vista económico, la situación de ese país, políticamente mal construído, no era tampoco muy halagadora. El territorio concedido a la Grecia de 1829 era pequeño y poco abundante en riquezas naturales. Su población, aparte de ser irrisoriamente escasa, había sido desvastada por las constantes luchas a que la empujaba su espíritu belicoso. Durante buena parte del siglo XIX, la Grecia no conoció la actividad productora, las fecundas labores de la paz que hacen a un país grande y dichoso; los griegos nacieron pobres y arrastraron, hasta hace pocos años, una vida pobre y difícil en medio de las crisis económicas provocadas por el régimen de curso forzoso y su inevitable cortejo de calamidades.

La política internacional griega, que había sufrido, entre muchas otras desilusiones, dos grandes fracasos, el primero con motivo del tratado que puso término a la guerra de 1878, y que dejó bajo la dominación otomana la mejor parte del Epiro, y el segundo con ocasión de la guerra contra la Turquía de 1897, no desistió por eso

de sus ambiciosos proyectos, sino que, por el contrario, concentró sus esfuerzos, concreó todas sus energías a obtener la anexión de la isla de Creta al territorio nacional. La especie de autonomía que las potencias habían concedido a esa isla después de la segunda de esas gueras, no satisfacía la patriótica aspiración de los griegos. Creta era tierra griega por excelencia, era como un lugar santo de la patria griega, en su suelo se había incubado y había nacido la antigua civilización de los helenos; la madre no se daría reposo mientras no arrancara a la hija predilecta del poder de la madrastra; la Grecia no se daría tregua mientras no desapareciera de las fortalezas de Creta el odiado estandarte de la Media Luna.

Puede afirmarse con absoluta certidumbre, que el resurgimiento de la Grecia que su prosperidad actual, que sus triunfos militares mismos, se deben, en buena parte, a se anhelo supremo del alma griega, a esa idea dominante que informaba su política: la anexión de Creta. En esa escuela de voluntad y de patriotismo se formaron los hombres y se forjaron los instrumentos que habían de preparar y dellavar a término la grandeza de la patria helena que hoy nos es dado contemplar. Pero, si aún después de sus recientes triunfos, la Grecia no ha visto realizado el más ferviente de sus anhelos, ya que la suerte futura, la nacionalidad definitiva de las islas del mar Egeo, así como la cuestión de la Albania, ha quedado reservada a la decisión de las potencias europeas, según acuerdo tomado en la reciente conferencia de Londres; es de esperar que ese anhelo se vea pronto satisfecho y que los plenipotenciarios de la Europa, inspirándose en sentimientos de humanidad y, más que nada, de justicia, devuelvan a la Grecia ese florón de su corona, que por tantos títulos le pertenece.

Los desastrosos resultados de la guerra contra la Turquía de 1897, se dejaron sentir en Grecia, con marcada intensidad, durante largos años.

Las exquisitas susceptibilidades del amor propio nacional, herido en sus ilusiones y en su orgullo, produjeron conmociones internas que no hacían sino empeorar la situación general del país. La pobreza era extrema: el descontento contra el Gobierno y, en especial, contra la corona, a quien el pueblo achacaba sus desgracias, era muy hondo. Se acusaba al Rey Jorge de ineptitud y de desidia, se le enrostraban hasta sus viajes al extranjero en busca de salud; la irritación popular llegó a extremos tales que el soberano estuvo tentado, en más de una ocasión, a abdicar su cetro.

Por fortuna para la Grecia, ese malestar político, social y económico, hizo crisis en 1909. La revolución de los jóvenes turcos determinó esa crisis. A ejemplo del Austria y de la Bulgaria, que aprovecharon de esa revolución para declararse, ésta, independiente, y para apoderarse aquélla, definitivamente, de la Bosnia y la Herzegovina, los griegos creyeron llegado el momento de vengar sus humillaciones y sus derrotas, anexándose, por fin, la isla de Creta. Pero si el nuevo Gobierno de la Turquía se había visto abandonado de la Europa y forzado a consentir en el formidable zarpazo del Austria, no estaba dispuesto, ni con mucho, a permitir que la Grecia, país pequeño y débil, se aprovechara de la angustiosa situación creada por el nuevo régimen. Muy por el contrario. El flamante Gobierno turco que había roto con las antiguas tradiciones y que sentía temblar el terreno bajo sus plantas, necesitaba mostrarse fanático para que no se le tildara de ateo y necesitaba, sobre todo después de su desairada actitud en la cuestión de Bosnia y Herzegovina, hacer gala de chauvinismo para que se le creyera patriota. Los jóvenes turcos declararon que estaban dispuestos a morir hasta el último, antes que a arriar el pabellón otomano en la isla de Creta.

Ante una actitud tan resuelta, el Gobierno de Grecia vaciló en su propósito y optó por postergar, una vez más, la realización de sus deseos. Por débil y anarquizada que estuviera la Turquía, no se sentía con fuerzas para provocarla a una nueva guerra; estaban frescos, todavía, los dolorosos recuerdos de 1897. El pueblo griego, sin embargo, desaprobó la prudencia de sus hombres dirigentes y achacó a falta de patriotismo lo que no era sino prueba de cordura. El descontento popular, atizado por vientos de indisciplina que soplaban entre ciertos elementos militares, asumió tales proporciones que nunca estuvo la Grecia más cerca

de su ruina. Animados con el ejemplo de la revolución turca, los oficiales del ejército y de la armada griega, creyeron llegado para ellos el turno de intervenir en la cosa pública y organizaron la famosa Liga de 1909, verdadera revolución militar, cuyo pretexto ostensible era la introducción de reformas preconizadas como indispensables, pero que tenía, en realidad, por objeto la satisfacción de propósitos menos levantados. Lo que principalmente perseguía la Liga eran innovaciones de carácter profesional, que redundaran en beneficio de los coaligados. El ejército miraba con malos ojos que los príncipes de la familia real ocuparan los puestos de mayor expectación; los jóvenes oficiales de marina, por otro lado, no querían continuar sirviendo a las órdenes de jefes de la antigua escuela, sin gran preparación militar, llegados a los más altos grados del escalafón, antes que hubiera sido creado el Colegio Naval.

Nos saldríamos del marco de este pequeño trabajo, si intentáramos analizar, siquiera en sus grandes líneas, la labor de la Liga. Bástenos saber que bajo la presión de esos curiosos reformadores que invadieron los pasillos del Parlamento y las antesalas de los Ministerios, se dictaron, sin orden ni concierto, y sin el estudio y detenimiento necesarios, una serie de leyes y de medidas de carácter administrativo que no tardaron, felizmente, en ser derogadas.

Esa especie de dictadura militar, tuvo a la Grecia, como dijimos hace un instante, al borde de la ruina. El diádoco o príncipe heredero, renunció al puesto de generalísimo y se marchó al extranjero, y el Rey, desalentado con el triste espectáculo de un Gobierno impotente, de un Parlamento incapaz y de un ejército indisciplinado, estaba a punto de abdicar. Fué aquel un momento de gran peligro nacional. Por fortuna para la Grecia, surgió entonces el hombre que debía sacarla del cáos, el estadista de gran talento y de mano férrea que las circunstancias requerían para encauzar el movimiento de reformas que estaba en los espíritus y para dirigir con firmeza el timón de la nave que se encontraba desamparada y a merced de las olas. Ese estadista fué Venizelos "el hombre del Destino", como lo llaman sus compatriotas, que entró al Ministerio en Octubre de 1910 y que, de entonces a hoy, en tres años escasos, ha tenido la suerte de contemplar a su país renaciendo, como el Fénix, de sus cenizas y el orgullo de decirse que esa resurrección es en gran parte su obra.



Salónica.—Vista de los malecones

La subida de Venizelos al poder marca la era del resurgimiento definitivo de la Grecia. Venizelos era de origen cretense y había tomado parte activísima en todos los movimientos a favor de la anexión. Su popularidad era inmensa, por ese motivo, y, por ese motivo también, el Gobierno del Sultán miraba con malos

ojos su designación como jefe de Gabinete. Pero, el nuevo premier, tan prudente como hábil, supo esconder su juego y adormecer las suspicacias de la Puerta a fin de poder consagrarse con tranquilidad a la obra de depuración política y de reorganización administrativa y militar, que se imponía con caracteres de urgencia.

Comprendiendo que era llegado el momento de echar por tierra todo el viejo sistema, si se quería concluir con la anarquía y con el desorden, que tantos males habían causado al país, Venizelos se lanzó valientemente por el camino de las reformas. Valiéndose de su influencia y de su prestigio, hizo que el Parlamento, sesionando como Asamblea Legislativa, votara, el 15 de Junio de 1911, una nueva Constitución. En esa nueva Carta se mantenía el sistema de la Cámara única, pero se creaba un Consejo de Estado con amplias facultades; se excluía de las funciones legislativas a los militares y a los administradores de sociedades que tuvieran relaciones de negocio con el Estado y se proveía a la independencia pecuniaria de los miembros del Parlamento, fijándoles un sueldo a título de indemnización. La calificación de las elecciones quedaba confiada a un tribunal especial que diera absolutas garantías de imparcialidad y de corrección en sus procedimientos. Se declaraba, asimismo, que los funcionarios nombrados en concurso serían inamovibles.

Tales eran algunas de las principales disposiciones de la Constitución de 1911.

Como puede verse, no se trataba de modificaciones de detalle; se trataba de modificaciones substanciales, destinadas a extirpar de raíz una larga serie de abusos y de corruptelas de todo orden, que traían gangrenada la administración, maleados los caracteres y desprestigiado el país.

Los politiqueros que vivían de esos abusos o que los explotaban en obsequio de sus ambiciones, se alarmaron y declararon a Venizelos una guerra sin cuartel. Pero, felizmente, la obra del primer Ministro fué sancionada por la nación, la gran interesada. Las elecciones generales de 1912, enviaron al Parlamento ciento cuarenta y siete venezelistas, digamos así, en un total de ciento ochenta y un diputados. Algunos de los antiguos grupos quedaron reducidos a una representación irrisoria. Otros desaparecieron por completo. Así fué como, gracias a la destreza y al patriotismo de un hombre eminente, pudo la Grecia concluir con la demagogia y entregarse de lleno a la tranquila reorganización de su vida pública.

Venizelos no fué menos afortunado en su política exterior, que en sus reformas de orden interno. Persuadido de que no era llegado, todavía, para su país, el momento de romper lanzas con la Turquía, encaminó todos sus esfuerzos a calmar la excitación de los ánimos, no sólo en Grecia, sino también en Creta, en donde la exaltación al poder de un hijo de esa isla era considerada como prenda cierta de su pronta anexión a la madre patria. Venizelos consiguió su objeto y lo consiguió sin que su prestigio sufriera y sin que disminuyera, en un ápice, su popularidad. El pueblo griego comprendió el pensamiento de su gran Ministro y sacrificando sus ansias patrióticas en aras del bien público, aprobó su actitud. Todavía se recuerda, con dolor, en Aténas, el día en que los diputados enviados por Creta, fueron detenidos en las puertas del Palacio de la Boulí, en donde funciona el Parlamento, por una fila de soldados con bayoneta calada. Todos los ojos estaban llenos de lágrimas; no hubo, sin embargo, violencias ni manifestaciones de ninguna especie. Pueblo y soldados dieron ese día un ejemplo de patriotismo y de valor cívico digno de los tiempos heroicos de la Grecia.

Mientras así apartaba el peligro de un estallido inmediato para el cual no se encontraba preparado, Venizelos trabajaba sin descanso para poner a su país en situación de afrontar con ventaja y con gloria los grandes acontecimientos históricos que se diseñaban ya en el horizonte de los Balkánes. El príncipe heredero fué colocado, de nuevo, a la cabeza del ejército, cuya reorganización había sido confiada a una misión militar francesa, presidida por el general Eydoux. Gracias, pues, a los inteligentes y perseverantes esfuerzos del hombre que tenía en sus manos las riendas del Gobierno, la Grecia pudo figurar con honor en la admirable coalición balkánica de 1912.



Carga a la bayoneta contra las posiciones búlgaras por el 1.º Regimiento griego en el combate de Lahana

El rol de la Grecia, sus triunfos militares en la guerra, o, mejor dicho, en las dos guerras balkánicas, que acabamos de presenciar, son demasiado conocidos para que necesitemos insistir en ellos. Lo que hoy debe preocupar a los que se interesan por la suerte de ese país, son las consecuencias de aquella lucha, las proyecciones que ella puede tener para el porvenir de la nación helena.

Desde luego, es dado asegurar que de los campos de batalla que el ejército griego regara con su sangre, ha brotado una Grecia nueva, más grande moral, territorial y económicamente hablando, que la Grecia fabricada por los plenipotenciarios europeos de 1830.

En la Grecia de hasta hace pocos años reinaba el hastío y el desaliento; nadie tenía fe en nada, nadie creía ni en los políticos, ni en el ejército, ni en la administración. Hoy ese mismo país se siente unido y grande, tiene conciencia de su fuerza y confianza en los hombres que han hecho su grandeza. Este primer fruto de sus victorias, no es, tal vez el menos importante. Las revoluciones morales son a veces las más fecundas en beneficios para los pueblos. La Grecia futura será lo que la antigua Grecia imperial. Sus sueños, quizás sus ambiciones, han de abarcar todo el vasto imperio del helenismo triunfante, todas aquellas regiones en que domina la raza griega como el Epiro, como las islas egeas, como la Tracia, como la Anatolia. Feliz si logra dominar sus impaciencias y marchar con paso lento, pero seguro, a la conquista del ideal helénico. Nada conserva y fortifica tanto las energías de un pueblo como el tener ambiciones pátrióticas que satisfacer.

El territorio griego se ha acrecentado también debido al triunfo de sus armas. Por desgracia, los problemas territoriales que más hondamente afectan el interés nacional de la Grecia y el amor propio de sus habitantes, están aún en suspenso después de firmada la paz de Bucarest. La nacionalidad del Epiro y de las islas del mar Egeo y, por consiguiente, la eterna cuestión de Creta, pende, como lo sabemos, de la consideración de los plenipotenciarios que la Europa delegara a la conferencia de Londres. La Grecia tiene todavía, a estas horas, la espada de Damocles suspendida sobre su cabeza. Si, como es de esperarlo, predomina el espíritu de nacionalidad y de justicia en el ánimo de los representantes europeos, la Grecia habrá triunfado una vez más y esas islas de las cuales se ha dicho que son más griegas que la Grecia misma y que claman porque se las anexe al reino helénico, verán colmadas sus aspiraciones. Si, por el contrario, el fallo le fuese adverso, la Grecia, así queremos creerlo, sabrá amordazar su justísimo despecho y confiada en el porvenir brillante que la aguarda y en la justicia de su causa, esperará tranquila el triunfo de su derecho.

Otro punto negro que se cierne sobre el futuro dé la nación griega y que, como el problema del Epiro y de las islas Egeas, está sometido al estudio y a la resolución de los conferencistas de Londres, es la cuestión de la Albania. Las intromisiones de las grandes potencias en los asuntos de los países pequeños, así como suelen ser beneficiosas para estos últimos, revisten en muchos casos caracteres de irritante arbitrariedad. La creación de una Albania independiente puede contarse entre estos últimos. El Austria, que no abandona por un instante su política de expansión territorial y comercial hacia el Oriente europeo, ha exigido, de acuerdo con la Italia, su aliada, que ese rincón de los Balcanes sea erigido en Estado autónomo, a expensas de sus vecinos. La intención es transparente. El Austria ha querido, sin duda alguna, al emancipar ese pequeño territorio habitado por hombres de distintas razas, de distintas lenguas y de distintas religiones, crear un foco de futuras discordias que la obligue algún día a intervenir en ellas y a llevarse, en premio de sus desinteresados servicios, la parte del león entre las garras. Las fronteras de la nueva Albania no se han determinado aún, pero es evidente que su extremidad meridional ha de ocupar regiones incontestablemente griegas.

No exagerábamos, pues, al afirmar que la Grecia tiene aún problemas de vital importancia para ella, pendientes de los intereses encontrados o de las combinaciones más o menos sutiles de las cancillerías europeas.

Pero, si por el lado del Epiro y del Egeo, la Grecia no puede contar, por aho-



El Rey Constantino en el taller del pintor Georges Scott en París.

ra, sino con expectativas más o menos fundadas de expansión territorial, ha ensanchado, en cambio, de manera considerable y definitiva sus fronteras, en virtud del Tratado de Bucarest y de los acuerdos europeos que le precedieron. La Grecia ha avanzado hacia el norte de una manera formidable. Hoy su territorio llega hasta muy cerca de Monastir en sus deslindes con la Servia, abarca todas las regiones que rodean el golfo de Salónica, así como la ciudad de este nombre, la más importante de la antigua Turquía Europea, después de Constantinopla, continúa hacia los golfos de Orfano y de Cavalla, y dejando dentro de su jurisdicción las ciudades de Seres y de Drama, alcanza hasta las cumbres de las montañas de Wrundí y de Bus Dagh, que la separan de Bulgaria.

Es preciso tener a la vista una carta geográfica de los países que actuaron en la guerra balkánica, con la designación de sus antiguas y de sus nuevas fronteras, para formarse una idea exacta del considerable crecimiento de la Grecia, que es, a no dudarlo, el que más positivos resultados ha obtenido de aquella guerra, exceptuando, por cierto, a la Rumania, que tuvo el talento de triunfar sin desnudar el sable.

Mejor todavía que en el mapa, podremos apreciar la importancia de los territorios adjudicados a la Grecia, en un cuadro estadístico publicado por el "Times" de Londres, en el mes de Septiembre último. En ese cuadro aparecen confrontadas las poblaciones de los distintos países beligerantes, antes de la guerra y después del Tratado de Bucarest. De esa exposición resulta que la Bulgaria, que contaba en 1912 con cuatro millones y medio de habitantes, tiene hoy cinco millones y medio; que la Servia ha aumentado, así mismo, en un millón el número de sus pobladores, y que la Grecia ha pasado de dos millones setecientas mil almas a cuatro millones y medio, o sea, que ha beneficiado de un aumento de población sensiblemente superior al de los otros dos países. Verdad es que esos cálculos pueden sufrir modificaciones, porque en ellos se atribuye toda la Tracia a la Bulgaria y las islas del Mar Egeo a la Grecia, pero, aún así, aquellas cifras sirven para que nos formemos una idea aproximada de las ventajas que sus éxitos le han valido al pueblo griego.

Basta, me parece, al objeto de demostrar esas ventajas, la suscinta enumeración de los nuevos territorios ocupados por la Grecia y la elocuencia de las cifras suministradas por el gran periódico inglés. El análisis de las estipulaciones contenidas en el Tratado de Bucarest, nos llevaría más allá de los límites útiles y nos obligaría, so pena de quedarnos tan a obscuras como antes, a hacer, previamente, un estudio geográfico detenido de las regiones a que ese pacto se refiere. En efecto, el Tratado de Bucarest se reduce a una serie de convenciones bilaterales, consagradas, casi exclusivamente, a las nuevas demarcaciones de fronteras. Esas convenciones son cuatro y se celebraron entre la Bulgaria y la Rumania, entre la Servia y la Grecia, entre la Bulgaria y la Grecia, y entre la Grecia y la Servia, respectivamente.

Las victorias de los griegos y sus adquisiciones territoriales, han de traer co-

mo consecuencia necesaria un considerable mejoramiento de su situación económica. En 1911, último año de su vida económica normal, la Grecia era un país agrícola que no alcanzaba a alimentarse a sí mismo. Entre sus importaciones de ese año, que llegaron a la suma de 175 millones de francos, el trigo, por ejemplo, figuraba por cuarenta millones y los animales o productos animales por más de veinte. Los nuevos territorios anexados, modificarán ese estado de cosas, ya que comprenden regiones muy fértiles, especialmente aptas para el cultivo de cereales y para la crianza de ganados.

Las reformas políticas de 1911 han contribuído, también, y de manera muy eficaz, a la prosperidad material del país. La confianza en el nuevo régimen y en los nuevos hombres, había empezado, aún antes de la guerra balkánica, a producir sus saludables resultados. El capital extranjero comenzó a afluir hacia la Grecia y hoy son numerosas las empresas mineras o industriales que el oro francés, belga o americano, han contribuído a fundar en un país de minas, pero de minas en su mayor parte inexplotadas, en un país hasta entonces sin industrias y en el cual los objetos manufacturados representaban un grueso porcentaje de su importación total.

La actividad económica, que las reformas políticas y los éxitos militares han provocado en Grecia y que tenderá a acentuarse más y más cada día, se ha traducido, además, en una serie de proyectos para la construcción de ferrocarriles y de diversas otras obras públicas, urgentes e indispensables, que la pobreza del país y su anarquía política y administrativa impedían llevar a efecto. A estas horas, deben estar empezados o por empezarse muy próximamente, los trabajos destinados a unir los rieles griegos con el ferrocarril que viene de occidente y que atraviesa la Europa desde París hasta Constantinopla. La Grecia ha vivido en un aislamiento muy perjudicial a sus intereses, debido a la deficiencia de sus medios de comunicación; sus ferrocarriles no se tocan con las redes ferroviarias de sus vecinos, y, hoy mismo, el extranjero que quiere llegar a Atenas, tiene que hacerlo por el mar.

Veamos, ahora, cuáles han sido para la Grecia las consecuencias financieras de las dos guerras en que se ha visto empeñada, primero contra la Turquía en 1912, y después contra la Bulgaria en el presente año. Según cálculos oficiales, los gastos que esas guerras le han impuesto al país, alcanzan a la cifra de 410 millones de francos. La Grecia no omitió sacrificios para prepararse a la lucha y para triunfar en ella. Sus soldados no tuvieron que sufrir del frío ni del hambre; fueron de todos los mejores equipados y los que mejor se alimentaban. Sus grandes encargos de armamentos, así como las requisiciones que el Gobierno se veía en la necesidad de hacer, se pagaron siempre al contado. Otro tanto puede decirse de sus adquisiciones para la Armada.

Antes de la guerra, la deuda pública de la Grecia ascendía a la suma de 970 millones de francos y su servicio exigía un poco más del veinte por ciento de las entradas de la nación. Hoy, aumentada en cerca de la mitad de aquella suma, el servicio total de la deuda griega habrá menester del treinta por ciento de las rentas nacionales.

La situación financiera de la Grecia, que ha servido siempre puntualmente su deuda desde que la ley de 26 de Febrero de 1898, confirió su administración a una comisión internacional, no tiene, pues, nada de alarmante. Si hoy sus compromisos son mayores, sus recursos también lo son. El aumento considerable de la riqueza pública, compensa, con exceso, el aumento de su deuda. Se le espera, sí, un período de transición, delicado, ya que no peligroso, puesto que la inflación de los gastos es inmediata, mejor dicho, está ya producida, en tanto que el desarrollo de la riqueza es lento. Pero, los actuales dirigentes de ese país, que tantas pruebas han dado de cordura y de previsión patriótica, sabrán sacarlo airoso de esas dificultades del momento.

Tócale ahora, a la Grecia, aprovechar los frutos de su admirable esfuerzo. Harta de gloria y de laureles, consolidada la unión entre el Rey y su pueblo, entre las clases que dirigen y las clases que producen, agrandado su territorio, aumentadas su población y sus riquezas, sólo resta buscar en el trabajo y en la paz, el afianzamiento de un bienestar tan duramente ganado y la satisfacción de las nobles ambiciones de la raza helénica.

LUIS ALDUNATE.

BABILONIA REVELADA

Ultimos descubrimientos en la capital de Nabucodonosor

Los alemanes vienen haciendo, desde el año 1899 una serie de excavaciones en la Mesopotamia, para poner al descubierto las ruinas de las antiguas ciudades babilónicas, y los resultados que hasta ahora han obtenido son muy satisfactorios y compensan evidentemente los esfuerzos que, para sostener estos trabajos, está haciendo la Sociedad Orientalista Alemana. Llevan ya descubiertas las ruinas de Abu Habbá, Fara, Babilonia y Assur, capital de la antigua Asiria, y si en unas se han encontrado poco de interés, los hallazgos hechos en otras son realmente sensacionales.

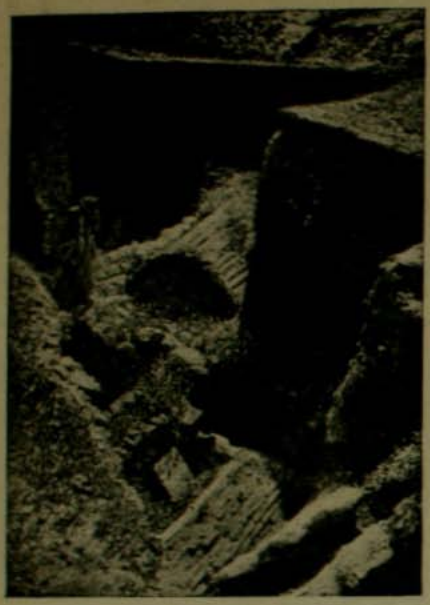


Vista general de las ruinas de Babilonia

Las primeras excavaciones se hicieron en Abu Habbá, pero sólo se encontraron algunas paredes de casas sin interés ninguno, y los trabajos cesaron en seguida. Procedióse entonces a trabajar en una colina que cubría las ruinas de Fara y en nueve meses, con unos doscientos obreros, se descubrieron las ruinas de un palacio, numerosas tabletas de barro cocido con escritos cuneiformes, muestras de alfarería y algunas vasijas de barro.

El sitio prometía grandes sorpresas; se hallaron inscripciones demostrando que la ciudad se llamó en la antigüedad Surippak, y se encontró una alcantarilla de arco, descubrimiento notabilísimo por ser opinión general entre los arquitectos que el arco es de origen romano. Este sin embargo, data del año 4500 A. de C., cuando todavía los semitas no ocupaban la Mesopotamia. Desgraciadamente, ocurrió una riña entre algunos obreros árabes y uno de ellos fué muerto, lo que hizo que las autoridades turcas prohibiesen la continuación de las excavaciones en aquel sitio.

Ante este contratiempo, los alemanes se transladaron al sitio donde estuvo Babilonia, sobre la orilla izquierda de Eúfrates y a unos cien kilómetros al sur de Bagdad. Allí era seguro encontrar algo de interés dados los descubrimientos hechos en el mismo sitio. Hace ya cerca de un siglo, los ingleses lleváronse al Museo Británico inscripciones babilónicas con el nombre de Nabucodonosor, y desde entonces los árabes no han dejado de visitar las ruinas para aprovechar



Ruinas de una tumba asiria

los ladrillos. Hillá, una ciudad de diez mil almas, está enteramente construída con ladrillos de la antigua Babilonia, y el mismo material se ha empleado para construir una presa de riego en el Eúfrates.

Las ruinas de Babilonia están cubiertas por tres grandes colinas y varias otras más pequeñas, todas ellas rodeadas por una especie de muro de tierra que se cree corresponde a las antiguas murallas.

Herodoto cuenta que estas murallas tenían cien metros de altura y veinticinco de espesor, y otros autores añaden que estaban flanqueadas por doscientas cincuenta torres y tenían cien puertas. Los alemanes apenas han podido encontrar algunos restos de esta maravillosa obra de defensiva. En cambio, en las colinas han hecho muy notables descubrimientos. En la más septentrional, que todavía lleva el nombre de Babil, se cree hubo una gran torre, que debió ser la que dió pie a la historia bíblica de la torre de Babel. Al pie de la colina, se ha encontrado la entrada de grandes arcadas, que algunos suponen eran las que sostenían los famosos jardines pensiles.

Pero los descubrimientos más importantes se han hecho en la colina central, que los árabes llaman El Ksar, esto es, la Fortaleza. Antes de que llegasen los alemanes, los naturales del país hallaron allí un enorme león de granito en actitud de despedazar a un hombre.

Los alemanes lo han colocado sobre una elevada plataforma de ladrillos, como si estuviese custodiando las ruinas. En el mismo sitio han encontrado un monolito negro, que los antiguos babilonios llevaron a su capital como trofeo de guerra desde la ciudad hetea de Karkemis. La cara anterior de este monumento es plana, y lleva esculpida la figura de un guerrero heteo; la cara posterior, convexa, está cubierta de inscripciones heteas que no se han descifrado todavía.

La misma colina cubría las ruinas del palacio de Nabucodonosor. Apenas se han encontrado más que los cimientos, hechos de ladrillos, cada uno de los cuales tiene grabados debajo el nombre y los títulos del gran rey. Las habitaciones eran numerosas, pero muy pequeñas, algunas apenas mayores que el espacio que ocupa una cama moderna. En una de ellas, más grande que las demás, había una suerte de plataforma o estrado de ladrillo, lo que ha hecho creer que se trata de la sala del trono. También se ha encontrado una calle que conducía desde el palacio al templo, y a la que se entraba por la puerta de Ishtar, que afortunadamente se conserva casi intacta. Tiene esta puerta doce metros de altura, y está formada por seis torres cuadradas, de ladrillo, llenas de relieves de toros, leones y animales fantásticos, cubiertos de azulejos azules, blancos y amarillos que conservan toda su brillantez.

Debajo de la colina más meridional, conocida con el nombre de Amran, se han encontrado cimientos del templo famoso de Esagil, que parece tenía gran parecido con el templo judío de Jerusalén.



El león de granito hallado por los árabes

EL SALTEO

Más huraños y silenciosos que de costumbre se levantaron aquella mañana Petronila y Pedro María. Habían pasado despiertos gran parte de la noche, discurriendo sobre la realización de un proyecto ya largo tiempo pensado y madurado entre los dos: el de vender el Maravilla, el más viejo de los bueyes de la yunta, casi inútil ya para el trabajo, y reemplazarlo por un novillo de dos o tres años, haciendo de modo que les sobrara algún dinero para cancelar deudas urgentes y para comprarse alguna ropa, de que tenían gran necesidad.

Apenas abrieron la puerta de la vivienda, penetró por ella el primer rayo de sol iluminando directamente "la mesa de los santos", en la cual descansaba sobre una peana un viejo y ahumado crucifijo cubierto con un velo negro para librarlo de las moscas y del polvo. A su alrededor, y como formándole corte, estaban San Antonio con el niño en brazos; San Isidro puesto de manta, con sombrerito de paja y actitud de arrear una yunta de bueyes de greda, y un Angel de la Guarda, con el traje hasta la rodilla y con las alas abiertas, todos en bulto y tan viejos y sucios como el Cristo crucificado. De las paredes, siempre frente a la mesa, pendían, en marcos de hojalata, Nuestra Señora del Carmen sentada entre nubes sobre el purgatorio, del cual iban saliendo, ayudados por ella, los pecadores ya purificados; Santa Filomena, con los ojos doloridos clavados en el cielo y con la palma del martirio, terciada sobre el pecho a modo de fusil, y San Pedro, el patrono venerado de ambos cónyuges, que tenía a su derecha el gallo malhadado que le recordaba eternamente aquel momento de culpable debilidad en que negó por tres veces a su Señor.

El resto de la habitación sólo revelaba miseria y abandono. En un ángulo estaba el lecho, sucio y revuelto, sobre un catre de madera sin pintar, debajo del cual se ocultaba un hacinamiento de inmundicias, y en el otro un montón de papas y varios sacos de legumbres; de las vigas colgaban ristras de ajos y de cebollas, cueros de ovejas y lazos y coyundas, y de clavos encajados en las paredes pendían herramientas tomadas de moho, atadillos en trapos sucios, y hasta un tarro de sebo para carretas que infestaba todo el cuarto con su mal olor. Sólo al lado de la mesa de los Santos, bajo una menguada ventanilla que daba hacia el corral, había algo que podía llamarse un mueble: una caja de madera barnizada donde se guardaban, probablemente, la manta dominguera de Pedro María y el manto y el vestido negro de su mujer

Después de domeñar un poco con los dedos las rebeldes y canosas greñas, Petronila cayó en la cuenta de que habían dormido mucho más que de costumbre y dijo a su marido:

—Hombre que se te hace tarde! Pero antes que acabes de ensillar la yegua, ya tengo yo el agua caliente para el desayuno.

Y, animada de febril actividad, juntó astillas y virutas y encendió el fuego en un extremo del corredor, soplándolo con la falda y esquivando el rostro para librarlo del humo espeso que arrojaban los tizones a medio encender.

Pedro María, entre tanto, salió hacia el potrero caminando con lentitud y dando en su cigarro de hoja fuertes chupetones que hundían profundamente la piel arrugada de sus mejillas.

Media hora más tarde, la yegua estaba ya ensillada y atada a uno de los postes del corredor, y los dos bueyes, como adivinando que se quería separarlos para siempre, estaban echados muy juntos y se acariciaban con cariñosos lengüetazos, sobre el estiércol del corral. Cuando Pedro María trató de apartarlos, el Clavel se empeñó a toda costa en seguir a su compañero, y fué necesario que interviniese Petronila. Armada de un palo, arrinconó al que debía quedarse hacia un ángulo del cercado, arreó hacia fuera al viejo Maravilla, cerró tras él la puerta de trancas, y se quedó allí mirando cómo su marido emprendía la marcha, llevándose delante de sí al viejo buey que durante más de diez años les había ayudado a ganarse el pan. Al verlo perderse a lo lejos en un recodo del camino, no pudo contener un suspiro y se enjugó algo como una lágrima con el borde del vestido.

Hacia la tarde, el día se puso sombrío y tempestuoso, y al llegar la noche gruesos y aislados goterones anunciaban la próxima tormenta. Un viento huracanado le-

vantaba nubes de polvo, sembraba los caminos de hojas y ramas arrancadas de los árboles, y hacía crugir y tambalearse los carcomidos horcones en que se afirmaba la casa del inquilino.

Petronila aguardaba con inquietud la vuelta de su marido. Había encendido el fuego dentro de la habitación y puesto sobre los tizones cruzados la olla de greda en que hervía a borbotones el caldillo de papas para la cena. El humo envolvía la mesa de los santos, sobre la cual ardía el chonchón de parafina, y se escapaba en nubes azuladas por las rendijas del techo y de las paredes y por el portillo que daba hacia el corral. De cuando en cuando la mujer abría la puerta y aplicaba el oído hacia el camino.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Y este hombre que no llega todavía! ¡¿Que no se habrá puesto a tomar! ¡¿O no lo habrá encontrado el Jote por ahí? ¡Virgen santa del Carmen, San Antonio bendito, tráiganlo con bien!

Y volvía a acurrucarse junto al fuego y a revolver la olla y soplar los tizones, para incorporarse otra vez al cabo de un momento y repetir sus plegarias, dirigiéndolas principalmente a los santos varones de su altar, que por su sexo le parecían los más capaces de librar a su marido de las garras del Jote, el terrible bandido que desde hacía algún tiempo sembraba el terror en aquellos contornos.

Al fin los santos le oyeron. Después de haber abierto las trancas del camino, Pedro María penetró al patio, encerró en el corral el novillo recién comprado, desensilló la yegua, entró a la casa sacudiendo el agua de su manta, y tomó asiento junto al fuego, al lado de su mujer.

—¿Cuánto te dieron por él? preguntó esta con ansiedad.

—Doscientos cincuenta.

—¿Y cuánto te costó el novillo?

—Ciento ochenta no más. Está todavía medio **chucarón**. Con lo sobrante le pagué algo a don Juan de Dios y algo traje para acá.

Y sin hablar más empezaron a comer. Como si el tiempo sólo hubiera esperado, para desatar sus iras, que Pedro María llegase a su casa, una nubada furiosa se descargó en esos momentos, golpeando las tejas del techo como el redoble de un tambor. Y entre los silbidos del viento y el caer violento del agua, marido y mujer creyeron oír de pronto el galope de caballos que se acercaban a todo correr. El perro, echado en el corredor, al lado de la puerta, gruñó sordamente.

—¿No será el Jote, Pedro María? preguntó la mujer con voz angustiada y con los labios trémulos y descoloridos por el terror.

—El no más es, dijo el marido. Andaba en la feria sacando noticias y me vió cuando vendí el buey. Y agregó con calma:

—Aguaita por las rendijas mientras yo guardo la plata.

Y apagó la luz de un soplo, y mientras Petronila le volvía la espalda al mirar hacia el patio por los agujeros de la puerta, él recorrió de puntillas las paredes de la habitación, a la luz vacilante de los tizones, se detuvo un momento frente a la ventanilla y volvió después a sentarse al lado del fuego.

Casi al mismo tiempo un empujón furioso dado desde fuera hizo saltar lejos la débil tranca y abrió la puerta de par en par, dando paso a dos hombres envueltos en ponchos de castilla y armados de carabinas.

—¡Enciendan la luz! ordenó uno de ellos, y Petronila le obedeció temblando.

—¿En cuánto vendiste el buey?

—En doscientos pesos, señor, respondió Pedro María.

—¡Mentira! Lo vendiste en doscientos cincuenta y pagaste ciento ochenta por el novillo. ¿Dónde tienes la plata que te sobró?

—La pagué toda en la tienda de don Juan de Dios.

—Otra **coila**, Pedro María. Entrégala por bien y no te hacemos nada.

—Juro por Diosito que no tengo un cobre

Sin dejarlo terminar la frase, el bandido se echó sobre el viejo campesino e intentó derribarlo; pero éste se resistió con una energía de que nadie lo hubiera creído capaz. Por algunos momentos hubo allí junto al fuego una lucha feroz. El viejo era fuerte y se defendía con maña. Con una zancadilla bien aplicada, logró echar a tierra al bandido y ponerle en el pecho las dos rodillas. Estiraba ya la mano abierta para hacer presa en su garganta y apretársela hasta ahogarlo, cuando el otro bandido le descargó con la culata de la carabina un golpe en la nuca y lo tendió en el suelo sin sentido. Un momento después estaba ata-

do de piés y manos y con la cabeza sumergida en un charco de sangre, mientras que el Jote, limpiándose el sudor y la ceniza que le cubrían el rostro, decía a su compañero:

—Vamos a registrar. Amarra a la vieja para que no arranque.

Y registraron a conciencia los dos bandoleros. Primero los bolsillos de Pedro María, que volvieron uno por uno, después los forros de la chaqueta y del pantalón, y, por último, las botas y el sombrero.

Petronila fué desnudada también, a pesar de sus clamores de misericordia. Y en seguida buscaron en el lecho, cuyas piezas aventaron en distintas direcciones, en las vasijas de barro, en el arcón de madera, en los sacos de legumbres y hasta debajo y entre las ropas de San Isidro y de San Antonio. Cansado al fin el Jote de tanta inútil diligencia, dijo de pronto.

—Estamos haciendo leseras. Vamos a hacerles soltar la pepa. Oye, Pedro María, ¿donde está la plata?

Y como no obtuviera respuesta, sacó un puñal y lo clavó en uno de los muslos del campesino, que volvió en sí con un gemido.

—¿Donde está la plata?

—La pagué en la tienda.

—Pero algo te quedaría.

—No me quedó nada.

Exasperados por aquella tenacidad, los bandidos pusieron en juego con los dos infelices todas las torturas que pudo inventar su salvaje imaginación. Los colgaron de las vigas por las muñecas, que crugían y se descoyuntaban cada vez que, soltando la cuerda de pronto, hacían llegar de golpe a las víctimas al nivel del suelo; les arrancaron puñados de cabellos, les pincharon todo el cuerpo con la punta de los puñales y les retorcieron los tobillos hasta dislocárselos, repitiendo la pregunta a cada nuevo martirio:

—¿Dónde está la plata?

En un momento de debilidad, dijo Petronila.

—Yo no sé donde la tiene Pedro María. ¡Hombre, por Dios, entrégala más bien, antes que nos maten!

Pero el viejo no respondió. Hosco, ceñudo, bañado en sangre y en sudor, respiraba trabajosamente, con los dientes apretados, y sólo los separaba de vez en cuando para decir:

—¡No tengo nada, no tengo nada! Furioso Jote y ya fuera de sí, dijo a su ayudante:

—Calentémosle los piés.

Y tomando entre ambos el cuerpo casi inanimado de Pedro María, le supultaron los dos piés en el rescoldo ardiente y amontonaron los tizones encendidos alrededor.

Un grito horrible, no un grito humano, sino un bramido, un alarido espantoso, un aullido de fiera, mezcla de rabia y de dolor, desgarró entonces el pecho del infeliz, y sobreponiéndose al ruido de la tormenta, se esparció por el aire, extendiéndose por los campos vecinos. El perro, al oirlo, lanzó también un alarido agudísimo, prolongado y lastimero, que fué contestado, al cabo de algunos instantes, por todos los canes de la vecindad. Aquellos gritos asustaron a los mismos bandidos.

—¡A caballo, pronto! gritó el Jote a su compañero, temiendo que acudiese gente en auxilio de las víctimas.

Y un momento después ambos malhechores se alejaban a escape en la obscuridad, amparados por el ruido de la lluvia y por los silbidos del huracán.

Durante largas horas, un silencio y una quietud de muerte reinaron en la habitación, sólo interrumpidos de vez en cuando por los débiles gemidos de Petronila y por los ayes que el dolor arrancaba a Pedro María cada vez que intentaba aflojar sus ligaduras. Lo consiguió al fin, después de sobrehumanos esfuerzos; pero cuando intentó ponerse de pie, sus tobillos dislocados lo obligaron a caer de nuevo. Entonces, arrastrándose sobre las rodillas y los codos, con el rostro bañado en sangre, con las manos hinchadas, con los piés convertidos en llagas, salió lentamente, rodeó la casa y llegó al corral. Media hora más tarde estaba de vuelta, hecho un pingajo horroroso de sangre, lodo y estiércol, y trayendo entre los dientes un trapo sucio y mojado. Lo desdobló lentamente entre mortales torturas, a la luz vacilante del amanecer, y una sonrisa indefinible animó su rostro al ver que estaba allí intacto su tesoro. ¡Eran dos billetes, uno de cinco y otro de diez pesos, los que Pedro María había defendido contra el Jote a costa de tan horribles martirios!

M. J. ORTEGA.



ENA DE SEN

Por redimir el mundo—la humanidad doliente—
expira el dulce Cristo en una cruz de espino;
porque la verdad triunfe Galileo consiente
perecer por la Ciencia desafiando al Destino.

Así la virgen gala, ardiendo en amor patrio,
a Dios ofrece presto su carne en sacrificio;
¡Dios libre a la Bretaña!—dice a los piés del atrio—
y con la faz sonriente acércase al suplicio.

Ena se transfigura. Gozosa y delirante
sumérgese en la hoguera, cuyo fuego crepita
a la luz del crepúsculo que los contornos baña.

Y entonces de lo alto baja un coro tremante;
baja, y en la penumbra su antífona recita
y pregona a los vientos:—¡Libre sea Bretaña!

HORACIO OLIVOS Y CARRASCO.

PASANDO

Por
ANGEL PINO

Ilustraciones de Martín

Un mes de pesadilla, una eterna pesadilla. "El cloroformo en acción..." "Los caftens invaden los barrios centrales y raptan numerosas personas conocidas" "Los apaches extranjeros y chilenos dan de puñaladas al salir de los biógrafos". "Diversas bombas estallan en parajes solitarios." "Cae el Ministerio." "Se descubre a un hombre vestido de mujer". "Se sospecha que numerosas damas rubias sean hombres". "Se reune la Convención Liberal". "El cambio baja". "Estalla una huelga de carácter fotográfico-subversiva en Valparaíso". "Se intenta dejar al Ministerio sin éxito alguno". "Un grupo de oradores anarquistas acompañado de numerosa fuerza armada vá a situarse todas las noches al pié de la estatua de O'Higgins". "Se intenta dejar a todos los Ministros menos uno". "Se descubre una industria doméstica de petardos y bombas de dinamita". "El cambio baja otra fracción". "Se susurra que es probable la dimisión de S. E." "Treinta anarquistas son aprehendidos". "Se trata de organizar un Ministerio, dejando a un solo Ministro de los antiguos". "El cambio baja aún otro poco". "Se anuncia la venida de Mr. Roosevelt y no hay quién lo reciba". "El anunciado equilibrio de los presupuestos resulta un déficit franco". "El juez larga diecinueve anarquistas y quedan catorce adentro". "Un nuevo empeño para organizar Gabinete, sin ningún Ministro de los pasados, sale fallido".. "La San Juan de Dios anuncia al público que liquida su negocio". "Un Ministerio listo para jurar no jura". "El cambio baja todavía". "El diputado Alarcón se queja de que se moleste a los inofensivos destructores sociales en sus aquelarres de la Alameda". "Dos Ministerios son organizados al mismo tiempo y ninguno llega a la meta". "Se remata la Laura Wendell y nadie ofrece nada". "Un Gabinete universal surge como el mundo, del caos".

¿No es para quedar enfermo del corazón? ¿Hay nervios que resistan un mes entero de emociones que comienza ya tan mal, por el día de difuntos? "Riamos, comamos, pongámonos gordos—y si algo nos dicen hagámosnos sordos", como decía un amigo cínico que se declara a sí mismo "puerco de la



piara de Epicuro". Cuando se sufre tanto en vida y se sabe que después de la muerte nos espera el detestable carro mortuorio que la competencia de las pompas fúnebres va emplumando y abigarrando cada vez más, realmente dan ganas de que llegue luego el tango a Chile y no se nos vean ni los tacos de tanto bailar.

—Desde luego, para que no tengamos la



suerte de Carlo-Magno—como decía alguien.

—¿Qué le pasa a Carlo-Magno?

—Que está enterrado desde hace más de mil años el pobre!

Esperemos que el mes de Octubre, el mes de las guindas y de las frutillas nos sonría más, apesar de que hoy día cuesta una guinda tanto como un rubí en los tiempos pasados. Esperemos que el cloroformo se desvanezca, el cambio cambie y el Ministerio dure. Esperemos que con la nueva ley de casas de prendas pasen por un reloj su valor y algo más encima. Esperemos aunque no llegue nada, porque quien espera, desespera.

+

La geografía nacional nos ha enseñado que el país es una faja de tierra larga y angosta, bañada por el Pacífico en toda su extensión. De esta base hemos partido para creer que el pescado debía ser un artículo al alcance de todos los chilenos. Porque si la faja es angosta y el Pacífico está poblado por toda clase de peces, es evidente decíamos que un pescado debe costar poco más que respirar aire.

Pero no era así. La corbina pasó a ser tan rara y tan estimada como una langosta de Juan Fernández. El congrio colorado escaseó también y su precio batió el record de altura. Peces viles, de mala familia, mal mirados hasta entonces en los círculos marítimos y terrestres, comenzaron a ser recibidos en las mejores cocinas. Ese pez que por despreciable no tiene nombre alguno y al cual se designa especialmente con el adjetivo de "pescada" y otros llamados "blanquillos", comenzaron a introducirse en nuestros estómagos y a producir tal vez la gran depresión de caracteres que se observa en el país.

Cuenta Vicuña Mackenna que, a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX el pescado tenía un derecho municipal y sólo se permitía su expendio a día fijo en la calle llamada de la Pescadería, después Nevería y hoy creemos que 21 de Mayo. La venta se abría por la tarde, en la hora misma en que el esquilón de la Catedral comenzaba a llamar en cada Jueves a la Escuela de Cristo fundada por Alday. Cuando se oía en las casas el toque, resonaba éste en los estómagos y gritando *¡a pescado! ¡a pescado!* salían hasta los más encopetados caballeros y volvían con enormes corbinas o congrios de Cartagena *arrastrando por las veredas*.

Grandes debían ser las piezas por cierto y bien merecedoras del esquilón de la Catedral aunque no resonara especialmente para ellas. ¡Cómo cambiaron los tiempos! El pecesillo de hoy día cabe en una taza de lavatorio. Es un pez que se ha despreciado como la moneda sin dejar de costar su equivalente.

Pués bien, el señor Alcalde nos ha sometido al suplicio de Tántalo. Se ha abierto en el mercado un puesto en que, gracias a su paternal administración, se vende pescado muy barato. Rodeado de sus hóstiles rivales, el pescado barato desaparece



inmediatamente de las mesas y queda sólo el caro. Hasta se teme que lo compren los mismos competidores. Las dueñas de casa famélicas llegan junto con el despertar del alba y apenas alcanzan el último miserable pescadillo barato. En cambio al lado se ostentan insolentes los congrios a seis pesos y las corbinas a diez.

Ya sabemos que hay pescado barato y pescado caro. Esto es un consuelo.

Pero sabemos al mismo tiempo que el pescado barato "se ha concluído" y que, como antes y como siempre, hay que comprar del caro. Y esta es una desilusión.

Sin embargo, según las mejores informaciones, se sabe que el mar está lleno de pescado no sólo barato sino gratis. La cuestión es pescarlo y traerlo.

✚

Desde lejos Chile parece un país de animales. Quiero decir, un país abundante en caza y pesca. Desde luego, por algo se cree que hemos colocado en nuestro escudo una especie de caballito de ajedrez que llamamos Huemul y un ave de rapiña, el Cóndor. Además la expresión "por la razón o la fuerza" tan semejante en su laconismo y rudeza a aquella otra de los ladrones de camino: "la bolsa o la vida", da la idea de un país gobernado por Nemrod en persona.

Así no sería raro que el conferencista y cazador de leopardos Mr. Roosevelt, se haya hecho alguna ilusión sobre las cacerías que podría realizar en el país. Desgraciadamente el Huemul está agotado, la última chinchilla está protegida por una ley del Congreso y los huanacos escupen sin distinción de los méritos del huésped, lo que podría obligar a nuestra cancillería a dar explicaciones en caso que los americanos sepan que el ex-Presidente ha recibido un salivazo en la cara.

Todo esto me inquieta. Sí, según se dice, el ilustre americano será alojado en el Gran Hotel ya tendrá entretención en la cacería de pulgas, chinches, cucarachas y demás acompañantes obligados de la hospitalidad nacional. Pero necesitamos fieras, fieras de tamaño natural, verdaderas y auténticas fieras. Y de esas ya no quedan sino disecadas y muy mal disecadas.

Pero por lo menos el ex-Presidente podrá darse el placer de cazar las gallinas de sus propias cazuelas.

✚

La Municipalidad necesita nuevas rentas y debe procurárselas en especial sobre todo aquello que sea alimento de la vanidad y contribuya a afear las calles.

Por ejemplo, yo sería implacable con las Pompas Fúnebres que cada día ostentan carrozas de un carácter más vejatorio para la dignidad de los fieles difuntos y de sus herederos.



Antes nos marchábamos los santiaguinos a la otra vida en esos sencillos coches de la Beneficencia que tanto servían para el acaudalado propietario como para el modesto cliente de una casa de préstamos. Pero ahora ya no hay decoro alguno para el muerto. Desde el momento en que se fallece, la más atroz cursillería cubre nuestros restos mortales y un penacho de plumas negras corona de ridículo la modesta existencia que hemos llevado sobre la tierra.

La competencia entre una casa y otra va complicando las carrozas y levantando las plumas. Un extranjero creería que ese carro que conduce a un simple nicho al empleado de una zapatería, lleva a lo menos los restos de algún soberano del centro del Africa.

Sabemos que hay capitales alemanes dispuestos a entrar en una sociedad de pompas fúnebres que piensa arruinar a todas sus rivales. Hemos leído un prospecto y, realmente, dan ganas de morirse.

La nueva sociedad, conociendo el caracter humano, ha suprimido la segunda y tercera clase. La más baja categoría es de primera. Sobre ésta se presenta la "superior" y más arriba la "extra-fina". Las tres clases tienen llantas de goma en las ruedas porque un muerto debe gustar la suavidad del movimiento precisamente desde el instante en que es insensible a todo placer. Junto con el carro, la empresa ofrece mortajas de última moda ya sean en forma de hábitos de religiosos para los que pretenden pegársela a San Pedro y hacerse pasar por frailes muertos en olor de santidad, ya en otras variadas y multiformes combinaciones.

La Sociedad que sabe muy bien que muchas veces un muerto de segunda clase metido en una carroza de primera no dispone sino de un acompañamiento de tercera, ofrece deudos vestidos de luto a precios de costo y fuera de toda competencia. Los deudos de barba y levita se cotizan con una tarifa especial y llevan un taximetro en la parte posterior para fijar el costo. Pero lo que, indudablemente, constituye la fuerza de la nueva Compañía funeraria, es el repertorio de discursos fúnebres que ofrece a la elección de los oradores. Estos discursos han sido encargados a nuestros mejores literatos y hay algunos de ellos que harán llorar con verdaderos rugidos de dolor a la concurrencia alquilada. La empresa arrienda también oradores de diferentes fuerzas.

No hay duda alguna de que la Municipalidad puede obtener una entrada por esta bárbara industria de los funerales ostentosos. Este es un siglo de salvajismo en las costumbres y hay que hacerlo pagar muy bien pagado.

✚

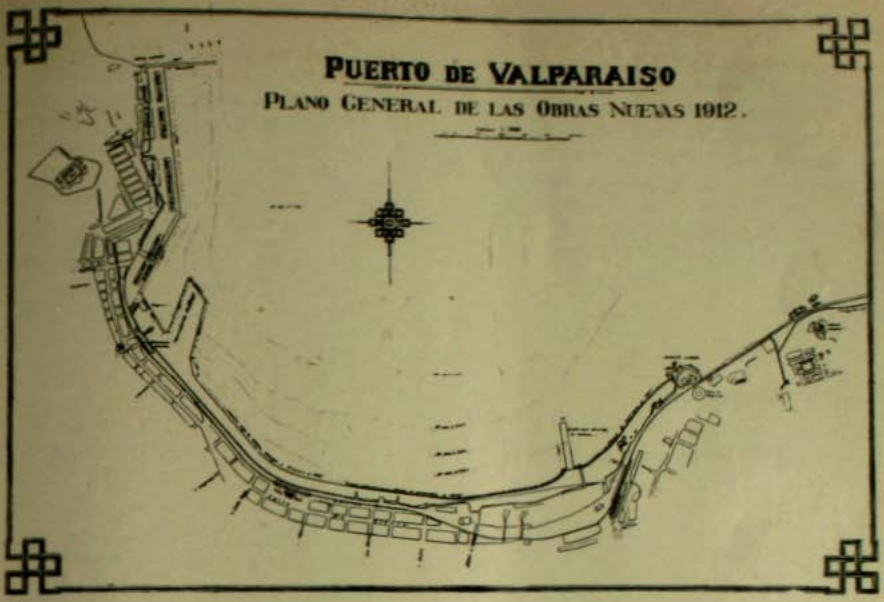
Pasando, y como quien se acuerda de algo poco importante, es necesario advertir que con el próximo número de Diciembre, que será un número excepcionalmente interesante, se acaba la subscripción del *Pacífico Magazine* por el año 1913 y comienza desde Enero la del año 1914.

El público reconoce, apesar de ser descontadizo en estas materias, que hemos hecho un esfuerzo y cumplido las promesas formuladas en nuestro programa.

El *Pacífico Magazine* no ha hecho "réclame" alguna. La Prensa nacional que no ha dejado jamás sin un párrafo de saludo al *Co-co-ro-có*, al *Qui qui ri qui*,, a la *Chispa Roja* y al *Gallo* y a cuanto periodicucho sin importancia ha aparecido en Chile, no se ha ocupado para nada de nuestra revista. Sentimos, pues, sobremanera deber declarar que, a pesar de ese silencio, nuestra revista ha alcanzado una gran circulación y ha asegurado su vida. Es bien acogida en los hogares y penetra en todas las ciudades del país. Esperamos seguir contando con esta poderosa ayuda de nuestros lectores.

ANGEL PINO.





LAS OBRAS EN EJECUCION

En Febrero de 1911, la Comisión de Puertos elevó a la consideración del Supremo Gobierno y éste prestó su aprobación a un proyecto de obras portuarias para Valparaíso, estudiado y formulado por aquella Comisión y que consulta las siguientes obras:

1.o—Un rompeolas de mil metros de longitud, constituído por dos trozos rectos que abrigan una superficie de 88 hectáreas de agua. El primer trozo, de 300 metros de largo y orientado de oeste a este, arranca de la costa en Punta Duprat y alcanza hasta la meseta submarina que forma el fondo de la bahía a profundidades variables de 45 a 60 metros; el segundo, se dirige de NO a SE, tiene 700 metros de largo y está ubicado en toda su longitud en profundidades de 45 a 55 metros. En la construcción de la superstructura de este rompeolas, se recurrirá al empleo de cajones monolíticos de diez mil toneladas de peso.

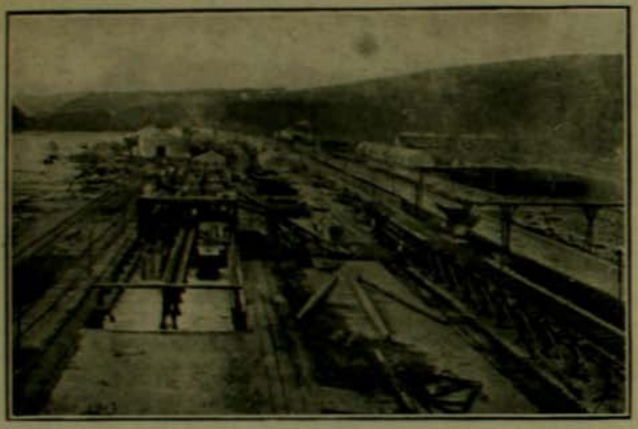
2.o—1,920 metros lineales de malecones de atraque, que se desarrollarán a lo largo de la costa desde el arranque del rompeolas hasta enfrentar el pasaje N.o 5, englobando en ellos el espigón que se proyecta frente a la calle de Urriola. Estos malecones ofrecerán a su pie profundidades de agua de doce metros, y podrán, por lo tanto, atracar a ellos los mayores barcos a flote. Estarán dotados de 22 grúas rodantes, 38 cabrestantes, 57 bitas de amarra, 170 arganeos, 20 escalas de servicio y una escalera para botes; y a su servicio quedarán afectadas las 15 hectáreas de terrenos que se ganan al mar con su construcción y sobre las cuales se proyecta establecer 23,500 metros lineales de vías férreas, 163,000 metros cuadrados de calzadas pavimentadas, y galpones y almacenes con una superficie total de 66,000 metros cuadrados. Toda la utilería enumerada será movida por electricidad.

3.o—Desde el término de los malecones hasta el Fuerte Andes en una longitud de 2,400 metros, 11 hectáreas de nuevos terrenos, protegidos de las aguas, en sus primeros 745 metros por un malecón

fundado en 8 metros de agua, y en el resto, hasta el Fuerte Andes, por un talud de enrocados.

4.o—Frente a la estación del Barón, un muelle de 200 metros de largo y 30 de ancho, fundado sobre gruesos tubos de concreto y dotado de los aparatos de descarga y de transporte necesarios para la movilización de 240 toneladas de carbón por hora.

En Mayo de 1912, el Supremo Gobierno contrató con los señores S. Pearson and Son, de Londres, la ejecución de las obras



Vista general de las faenas en las Salinas

portuarias en referencia, por la suma alzada de $ 32.763,630, oro de 18 peniques y en el plazo de siete años, contados a partir del 11 de Mayo de ese año. El muelle para carbón deberá quedar terminado en el plazo de tres años.

En el contrato Pearson se desglosaron, sin embargo, las siguientes obras del proyecto oficial:

a). El segundo trozo del rompeolas, cuyo costo excedía la suma autorizada por la ley. Parece, por lo demás, prudente esperar a que se disponga de la experiencia recogida en la ejecución del primer trozo del rompeolas, que llegará en su extremo a profundidades de 53 metros, antes de emprender la construcción del segundo trozo, que debe calificarse de obra excepcional por su altura hasta hoy nunca alcanzada en obras similares y por la naturaleza deleznable del terreno que deberá sustentarla;

b). Parte de la utilería, para la cual se han abierto nuevas propuestas en Septiembre último.

Se ha estimado que la capacidad de las obras consultadas en el proyecto completo de la Comisión de Puertos, responde a las siguientes características del tráfico, admitidas como probables para 1915, tenida cuenta de la influencia del Puerto de San Antonio, que en esa fecha habrá entrado ya en explotación y atraído hacia sus malecones gran parte de la mercadería voluminosa y de poco valor que trafica actualmente por Valparaíso:

Movimiento marítimo, 3.700,000 T. R. N.

Movimiento comercial, 1.180,000 toneladas.

Coeficiente de carga, 0.32.

Número de naves, 1.180.

Es del caso observar que, según datos de la estadística Comercial de Aduanas, durante los años 1911 y 1912 se han movilizado por Valparaíso 1.530,000 y 1 millón 650 mil toneladas de mercaderías, respectivamente, habiendo, por lo tanto, alcanzado ya a la cifra prevista para 1915, que sería de 1.600,000 toneladas si a la cifra apuntada más arriba agregamos la cuota de 420,000 toneladas atribuída para esa fecha a San Antonio con cargo al tráfico actual de Valparaíso.

Esta constatación permite anticipar que, junto con entregar al comercio las obras en curso de ejecución, será preciso proveer a su inmediato ensanche, comenzando, naturalmente, por realizar el programa completo de la Comisión de Puertos, en orden al molo de abrigo, esto es, por dar al molo en referencia su longitud total de 1,000 metros.

La terminación completa del rompeolas debe primar sobre todas las otras obras de fomento del puerto de Valparaíso, ac-

tualmente en estudio aún sobre la construcción de la doble vía o de una segunda línea entre ese puerto y Santiago.

Para formarse una idea de la magnitud de las obras contratadas y en actual ejecución, damos aquí algunas cifras de los cubos que será preciso poner en obra:

Terraplenes de toda clase, incluso en el núcleo del rompeolas, 2.300,000 m³.

Piedrecillas, bolones y enrocados, 1 millón de metros cúbicos.

Hormigón, en bloques, cajones y armado, 350,000 m³.

Acero y fierro, 11,550 toneladas.

Las canchas de construcción de estas obras están ubicadas en la playa denominada de Las Salinas, a unos tres kilómetros al Norte de Viña del Mar, y cubren una superficie de 30 hectáreas. Actualmente dan ellas trabajo a 500 operarios y contienen las siguientes principales instalaciones:

Una central de fuerza de 750 HP., con cinco dinamos de 100 Kwtts, cada uno, para el suministro de energía y luz a todas las faenas;

Una instalación de aire comprimido compuesta de dos compresores Igersoll-Rand, de 155 HP. cada uno, con una red de canalizaciones a las canteras, en donde funcionan cinco perforadoras;

Talleres de herrería y carpintería dotados de las maquinarias necesarias para toda suerte de reparaciones y armaduras corrientes, y anexa a ellos una fundición con capacidad productora de cinco toneladas por semana.

Una bodega de cemento capaz de almacenar dos mil toneladas de este material;

Una cancha de 310 metros de largo, para la fabricación de bloques artificiales, dotada de una gran grúa eléctrica de pórtico, de 50 toneladas de poder y 30 metros de trocha de dos chancadoras eléctricas capaces de producir en conjunto 65 toneladas de piedra por hora, y de dos concreteras, también eléctricas, que producen cada una 150 metros cúbicos de este material por jornada de diez horas;



Otra vista general de las faenas en las Salinas



Muelle de servicio en las Salinas

Diecisiete grúas rodantes, de las cuales doce a vapor de 10 toneladas de poder para el servicio de las canteras, y cinco eléctricas de 15 a 60 toneladas para las necesidades generales de las faenas;

Ocho kilómetros de vías férreas de trocha ancha, para la circulación de 5 locomotoras y 160 carros de 10 toneladas, que se ocupan principalmente en el acarreo de los materiales para la obra desde la cantera hasta el muelle de servicio;

Un muelle de 200 metros de largo, fundado sobre pilotaje de concreto armado y dotado de cuatro grúas: dos eléctricas de 15 toneladas de poder, para el carguío de la piedra de los carros en los ganguiles que han de llevarla al pie de la obra; otra de 60 toneladas, también eléctrica, para el carguío de los bloques artificiales, y la última a vapor y de 15 toneladas;

Un campamento con capacidad para 300 operarios, y 9 casitas para mayordomos de cuadrilla;

Distribución de agua potable para todas las necesidades de las faenas, captada por dos bombas eléctricas.

Aparte de estas instalaciones, la Empresa constructora dispone para su trabajo del siguiente material a flote:

Dos ganguiles a vapor de 500 toneladas;

Un ganguil remolcable de 400 toneladas;

Dos remolcadores;

Una lancha de acero de 300 toneladas, para el transporte de los bloques artificiales, (muy pronto dispondrá de otra del mismo tipo);

Una draga de doble mandíbula;

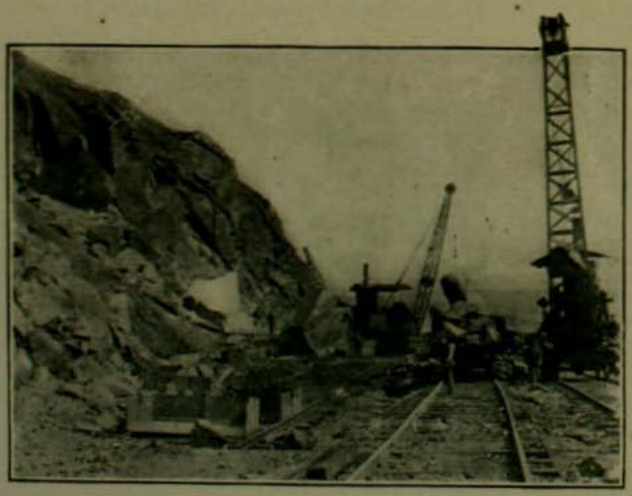
Una grúa flotante de 60 toneladas de poder;

Dos lanchas de madera, de 100 toneladas, y

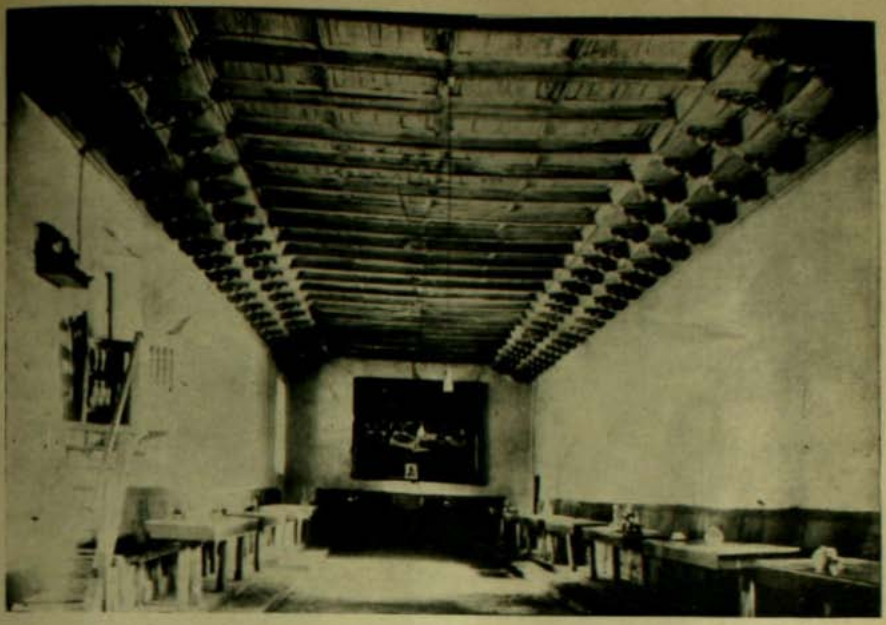
Cuatro lanchas de madera, de 60 toneladas.

La implantación de estas canchas de construcción, cuya importancia es considerable y a las cuales se refieren las cuatro fotografías que acompañan a esta relación, ha absorbido, como era natural, todo el tiempo transcurrido desde la fecha inicial del plazo de construcción. En las obras mismas, se ha hecho poco todavía: el dragado para la fundación de los malecones denominados de la Aduana se ha iniciado en Abril del presente año; en Agosto se arrojó la primera lanchada de material para la construcción del rompeolas, y el andamiaje del muelle para carbón se ha comenzado recientemente.

Pero aquellas instalaciones están ya terminadas y en situación de producir desde ahora un trabajo intenso, y es de esperar que la construcción de las obras del puerto entre, por lo tanto, en un período de franca actividad.



Cantera de las Salinas



Refectorio.

El convento de San Francisco

Por

JUAN GUTIERREZ

Ilustraciones fotográficas

Curioso es imaginarse que en medio de la inestabilidad de las cosas y costumbres de nuestra tierra, haya todavía una orden religiosa, que desde hace cientos de años, viva y descanse tras de las sombrías paredes de un convento.

La actividad bursátil y comercial ha creado un ambiente en este viejo Santiago, bajo el cual se desdeña cuanto nuestros abuelos españoles nos legaron, y esta ciudad de casas solariegas con zaguanes sonoros y amplios patios, multiplicando ventanas y angostando puertas, se ha transformado en una especie de museo grotesco de todas las arquitecturas del mundo.

Lo antiguo se demuele para darle forma nueva, y este afán demoledor reviste los caracteres de una verdadera rabia. El avance sobre la Alameda de las Delicias de la torre de piedra de San Francisco, que vió consolidarse la Conquista, es hoy por muchos considerado como una vista de mal tono entre la pila de palacetes de ladrillo que ayer no más levantó una fortuna improvisada.

A pesar de todo la iglesia y el convento franciscanos se mantienen en pie desde hace tres siglos y medio.

La fuerza de la costumbre hace tal vez que miremos con cierta indiferencia esos muros centenarios. Fuera de esto, las exigencias de la vida actual, junto con los mosaicos del piso y los ventiladores eléctricos, llevan el "confort" al propio sagra-

do recinto de la religión, y esa iglesia es ahora desdeñada por la buena sociedad y casi enteramente desconocida de las nuevas generaciones.

Sin embargo, como semilla que cae en tierra generosa, vive todavía en el espíritu del pueblo por medio de sus cuentos y tradiciones.

Todos en nuestra infancia hemos oído contar a la vieja ama de llaves la historia del burro aquel que salía muy de mañana por la puerta trasera del convento, camino de la plaza de abastos y regresaba a buen paso por las calles del centro, con las árgenas cargadas con todo aquello que la piedad del pueblo obsequiaba a los padres franciscanos.

También con gusto recordamos al hermano Nicolás que después del rosario, leía desde el púlpito la vida del Santo Seráfico a una reunión de viejas soñolientas:

Nuestro Padre San Francisco vestía con humildad y pobreza y comía como bestia. Nuestro Padre San Francisco acostumbraba dormir sobre una vieja desnuda... (y después de un rato mojándose el dedo en saliva y doblando la hoja)... tarima.



Interior de la Iglesia de San Francisco

Apenas fué fundada esta ciudad de Santiago, Pedro de Valdivia, para pagar a Nuestra Señora del Socorro las victorias obtenidas sobre los indígenas, dió comienzo a la construción de una ermita en donde se venerase la imagen. El sitio era pintoresco, frente al cerro de Santa Lucía; un brazo del Mapocho arrastraba sus aguas muy cerca de los muros de la capilla.

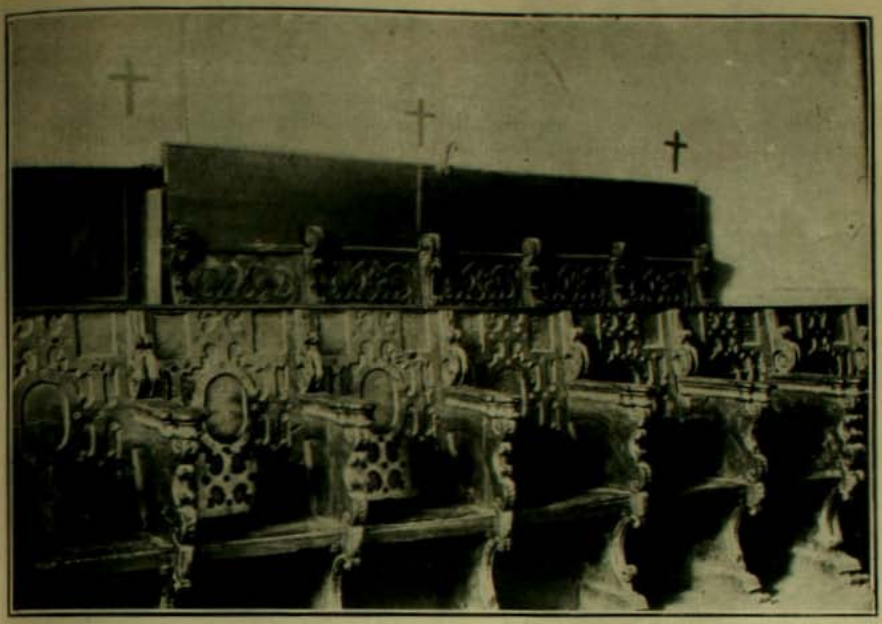
Los curas de Santiago eran dueños de la ermita y las pocas señoras de la ciudad atravesaban diariamente el río en sus mulas enjaezadas para pedir a la virgen milagrosa que intercediera por sus deudos que combatían en Arauco.

Muerto Valdivia trágicamente en 1554, quedó el gobierno del sur en manos de Villagra y el de Santiago bajo la dependencia de Rodrigo de Quiroga. Este siempre gran amigo de frailes, antes que Villagra regresara del sur, cedió la ermita de Nuestra Señora del Socorro, a cuatro padres franciscanos que venían del Perú a fundar convento a este país aún no conquistado.

Un gran alboroto formaron los curas de Santiago, pero en vista de las circunstancias por que atravesaba la colonia con la muerte de su primer fundador y la derrota de sus armas, la tranquilidad se restableció y los frailes comenzaron a levantar poco a poco su convento.

No se sabe cuánto tiempo duró en pie la ermita de Nuestra Señora: ya sea porque fué destruída por algún temblor o porque no prestaba las comodidades suficientes, los padres decidieron reemplazarla por un templo mejor.

En Agosto de 1577, se llevó al Cabildo de Santiago la denuncia que los franciscanos, en la construcción de la nueva igle-



Parte del Coro



Celda del V. Fr. Pedro Bardesi



Imagen de Nuestra Señora del Socorro

sia se habían salido del límite señalado hacia la parte de la Cañada.

El padre guardián pidió entonces excusas al Ayuntamiento, por haberse salido cinco piés de lo reglamentado, diciendo que lo había hecho porque era terreno sin valor situado a extramuros de la ciudad y que pertenecía al cementerio de indígenas que él mismo administraba. Esta excusa fué aceptada y los franciscanos continuaron su iglesia.

Sin embargo, la obra no fué duradera, porque desde 1575 comenzaron a sucederse temblores de regular intensidad, los cuales terminaron en uno acaecido el 7 de Agosto de 1582, que no dejó en pie ningún edificio de tapias ni adobe en toda la capital del Reino.

En Febrero de 1585 el guardián del convento, para adelantar los trabajos de la nueva iglesia de piedra que había comenzado a construir, hizo una información que acreditaba la suma pobreza del Reino que no podía costear una obra de esa naturaleza, y significando lo necesario que era, porque todo edificio de adobe era totalmente destruído por los temblores.

Sólo en 1590 el gobierno español socorrió a los padres con 600 pesos anuales, sacados de los indios vacos del Perú durante dos años, y durante cuatro años de los oficios vendibles de Chile.

Gracias a esta ayuda fué adelantando la construcción de la iglesia y como se vé, en la inscripción que se conserva en uno de los corredores del claustro:

> Colocóse el Santísimo Sacramento en los dos tercios de ella que se acabaron día de San Lino, Papa, en 23 de Septiembre del año 1597.—Acabóse de todo punto dicha iglesia el año 1618..

Estos son el convento y la Iglesia que se conservan hasta el día.

Tan sólo al estudiar con algún detenimiento la construcción de la iglesia nos damos cuenta de su magnitud, sobre todo si se considera la época remota en que fué ejecutada.

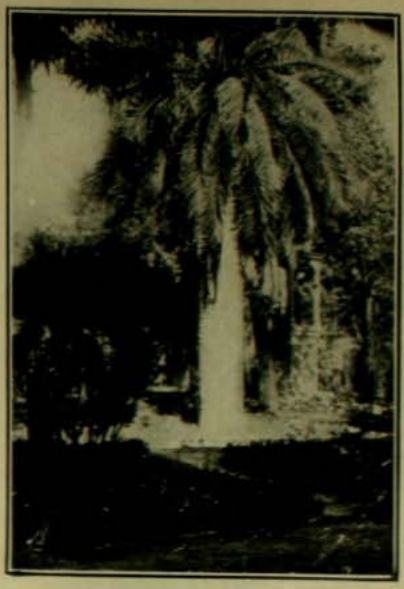
Los muros son de piedra pulida y alcanzan en la torre más de dos metros de espesor y cerca de 15 de altura; los artesonados del techo y la sillería del coro son de madera tallada cuidadosamente.

La energía de miles de hombres a través de largos días coloniales representa este templo: Bloques de piedra arrastrados por indios sedientos desde Huelen hasta el pie de la antigua ermita; tintinear de martillos en la piedra vibrando sobre la ciudad adormecida; bosques enteros transportados desde la Dehesa en carretas perezozas; y artífices españoles bajo las arcadas del convento inconcluso tallando la madera olorosa.

Todo esto nos imaginamos al considerar la iglesia franciscana. Desgraciadamente el estuco y los rosetones de yeso, el dorado y las pinturas, desfigurando la forma primitiva del templo, le quitan la majestad



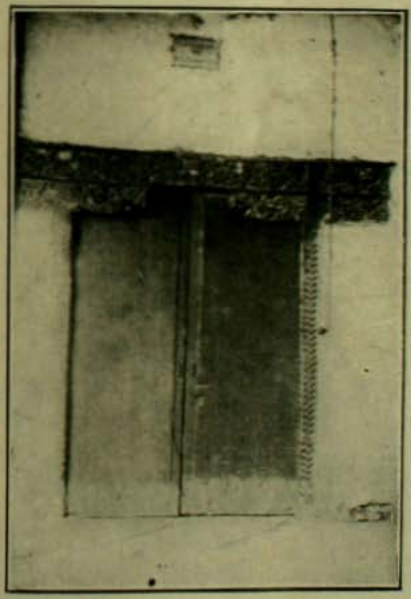
Corredor del Convento



Palma del patio

que debe infundir una obra de tales proporciones.

La iglesia tiene muchas otras curiosidades: en el centro, hacia la izquierda, está la puerta de la bóveda en donde descanzan los restos de la mitad de nuestros abuelos, que piadosamente se enterraban con el hábito de Nuestro Padre San Francisco desde el siglo XVI al XVIII —Reposa allí el cuerpo del siervo de Dios Bardesi.—ya próximo a ser canonizado— —cuya sotana fué despedazada en mil partes por una muchedumbre fanática, que quería guardar una reliquia de aquel santo.



Puerta del refectorio

Sobre el altar mayor se alza Nuestra Señora del Socorro, fiel compañera de Valdivia en su carrera militar.

Es una imagen de cuerpo entero tallada en madera, con el perfil griego de las vírgenes del Renacimiento. A pesar de sus vicisitudes de otro tiempo, cuando siguió a los rudos conquistadores en sus campamentos y en sus batallas, con el reposo de tres siglos a la media luz de una iglesia, conserva todavía en estado perfecto el esmalte de su rostro.

La Virgen del Socorro es sin disputa la mejor reliquia histórica que guardan



Primer álamo que vino a Chile

los franciscanos y una de las más antiguas de Chile.

Al salir de la iglesia al convento sentimos esa frescura agradable y ese olor húmedo de jardín abandonado que, junto con el silencio rústico de los corredores que se prolongan indefinidamente, nos hacen comprender la paz de Santiago durante los siglos coloniales.

Sobre las paredes del primer claustro está la vida del fundador de la orden en cuadros antiguos con curiosas leyendas.

Cuántas veces, el día de San Francisco, cuando los padres dan acceso al convento, con nuestros interrogadores ojos de niño, hemos deletreado esas leyendas extrañas que comienzan por aquella: doña Picha va a alumbrar.

El segundo claustro semejante al primero, aunque sin arquería, es el que está destinado a desaparecer con la venta que han hecho los padres. La vida de San Diego, ya en pésimo estado de conservación, adorna las paredes blanqueadas.

Al fondo, por una puerta hecha en 1632, se entra al refectorio ya demolido al presente: es una sala enorme con dos filas de bancos y mesas y un púlpito, desde donde se hacen lecturas piadosas durante la comida de los padres.

Entre los cuadros místicos y en el cruce obscuro de los corredores, tanto en uno como en otro claustro, están los retratos de los varones más distinguidos de la orden franciscana.

La pintura corroída y el epitafio altisonante, es lo único que nos queda de aquellos hombres que gastaron sus fuerzas en distintas esferas de la vida.

Allí está el padre Tobar, que en 1598 murió en Villa-Rica, ultimado por los indios; el padre Fuenzalida, que en muy corto espacio de tiempo predicó ante el Rey de España, con asombro de aquellos cortesanos; el padre Baeza, que jamás tuvo otra cama que el coro; el padre Agüero, soldado de desgarrada vida que más tarde fué un santo.

Y así van pasando ante el curioso visitante estos y muchos otros que cruzaron por los mismos *claustros*, rozando la sotana gris con los pilares...

Hacia el poniente de ambos se encuentra la sección destinada a los servicios de la orden, que muy pronto desaparecerá. Es un sitio apacible con muchos arbustos enmarañados y tanto cantar de pájaros que parece estar situado muy lejos de una ciudad populosa. Aquí se conserva la única muestra de las antiguas celdas del convento, demolidas en 1891: tiene apenas la altura de un hombre, una puerta angosta y dos ventanillas estrechas. En ella murió en 1710 ese Santo llamado el "Siervo de Dios", cuyas virtudes todo el mundo conoce.

Estas son, revistadas muy a la ligera, las curiosidades que guarda el Convento de San Francisco. Las celdas actuales y otras dependencias en uso, han sido transformadas, perdiendo, por consiguiente, su interés histórico.

La iglesia, es un museo de recuerdos coloniales y debería ser conservada a toda



Patio del Convento

costa como el único monumento del siglo XVI que en Chile nos queda.

Aquel que visite el Convento de San Francisco con ánimos de estudio, podrá formarse una idea clara de la vida y usanzas de los siglos coloniales: allí todo es evocador, desde la piedra de sus muros hasta la de los epitafios, como aquel que nos hace murmurar en el silencio de una escalera:

Por cierto que mal haría
El que por aquí pasase
Sin que Señora os rezase
Siquiera un Ave María.

Y en medio de este Santiago bullicioso, entregado a las agitaciones de la Bolsa, podemos encontrar todavía la paz de años pasados, porque el ruido de la ciudad activa parece recogerse y quedar prosternado ante las paredes de este convento.

JUAN GUTIERREZ.

XI—1913

SECRETOS DEL CINEMATÓGRAFO

Las ilustraciones que presentamos en esta página muestran cómo el cinematógrafo puede reproducir escenas a primera vista maravillosas y supernaturales. En el grabado superior, se muestra una película cinematográfica en la cual una mujer, probablemente una Sirena, nada en medio de plantas marinas y de peces, en el seno de las aguas. El grabado inferior da la clave de este hecho al parecer extraordinario. La artista se ha posado en una alfombra cuyo fondo representa el mar y arrastrándose sobre ella imita los movimientos de una nadadora. Los progresos del arte cinematográfico cada vez asombran más al público.





LA CALCHONA

Cuando terminé mis exámenes de segundo año en el Seminario de Valparaíso, Juanito Ortega, condiscípulo mío, muy querendón y generoso, me convidó a pasar las vacaciones en el fundo "La Retuca", que en aquellos tiempos era propiedad de su padre.

Confieso que me intimó la invitación, pues hasta esa edad yo no había recibido ningún convite, y menos el de pasar dos meses lejos de la casa paterna. Pero las recias argumentaciones de Juanito, y sus sabrosos proyectos, concluyeron por ir poniéndome, poco a poco, de su parte. Lo difícil era convencer a mis padres, y así se lo comuniqué a mi compañero, pero como él tenía para todos los problemas un inagotable optimismo, se propuso firmemente conseguirme el permiso. Fué a casa; habló con mis buenos viejos, y después de prometerles que cuidaría de mi salud y de mis costumbres (!), consiguió que yo me viera de pronto con dos meses de vacaciones campesinas por delante, y con la compañía de un chiquillo a quien quería mucho, y que tenía un corazón sano y fresco, que al reir, parecía saltársele cantando por los ojos...

Arregló mi madre las maletas, y una mañanita de sol dijimos adiós a Valparaíso, acompañados de un viejo mozo de la casa de Juanito, que había de llevarnos al fundo. El viaje nos pareció brevísimo, pues por las ventanillas del vagón sorprendíamos maravillosos paisajes, que en nuestro interior, revolvíamos con los más ilusionados proyectos.

Descendimos en Quilpué, en donde nos esperaba un coche. Cuatro horas de marcha calurosa y pesada bajo el sol, y llegamos a "La Retuca", cuando ya comenzaba a atardecer. Una callada y abrumadora melancolía me golpeó la frente, ante la vista de los campos durmiéndose a la caída de la tarde. Entró el coche a un patio enorme, a donde salieron a recibirnos los padres de Juan y su hermana Marta una chiquilla de trece años, fresca y bonita, que llevaba en los ojos una gloria de regocijos serranos.

Pasamos a quitarnos el polvo, a una habitación que nos habían preparado y mientras nos ocupábamos en nuestra sencilla toilette de provincianos, Juan me propuso ir esa noche a visitar a Emiliano, un antiguo peón del fundo, que quería entrañablemente a mi amigo.

En efecto, así lo hicimos. Después de la comida, durante la que don Antonio, que así se llamaba el padre de Juan, contó innumerables cuentos de aparecidos, salimos, prometiendo regresar temprano— eterna y nunca cumplida promesa de colegiales.

Era una noche callada de verano. Las estrellas parpadeaban más que nunca brillantes y enigmáticas. En la paz solemne del campo, el espíritu parecía agigantarse.

Echamos a andar por un camino angosto que se veía exageradamente blanco bajo el claror de las estrellas.

—¿Tienes miedo?

—Pchs! ¿Yo?... nó...

Los árboles fingían a lo lejos agrupaciones fantásticas, cosas extáticas y negras, que cobraban en la noche, un encanto poderoso y brujo.

—Está lejos el rancho de Emiliano.

—No, cinco cuadras.

Apuramos el paso. Las casas estaban distantes ya, y en esa soledad llena de sombra, tuve, no lo niego, un poquito de miedo.

Después de cinco minutos de marcha, llegamos a la vivienda de Emiliano. Era un rancho pequeñito y bajo, alzado en la falda de una colina graciosa. Golpeamos, y los golpes sonaron enormes en el silencio de la noche.

Una mocetona fuerte y alta, salió a abrir.

—¿Quién es?

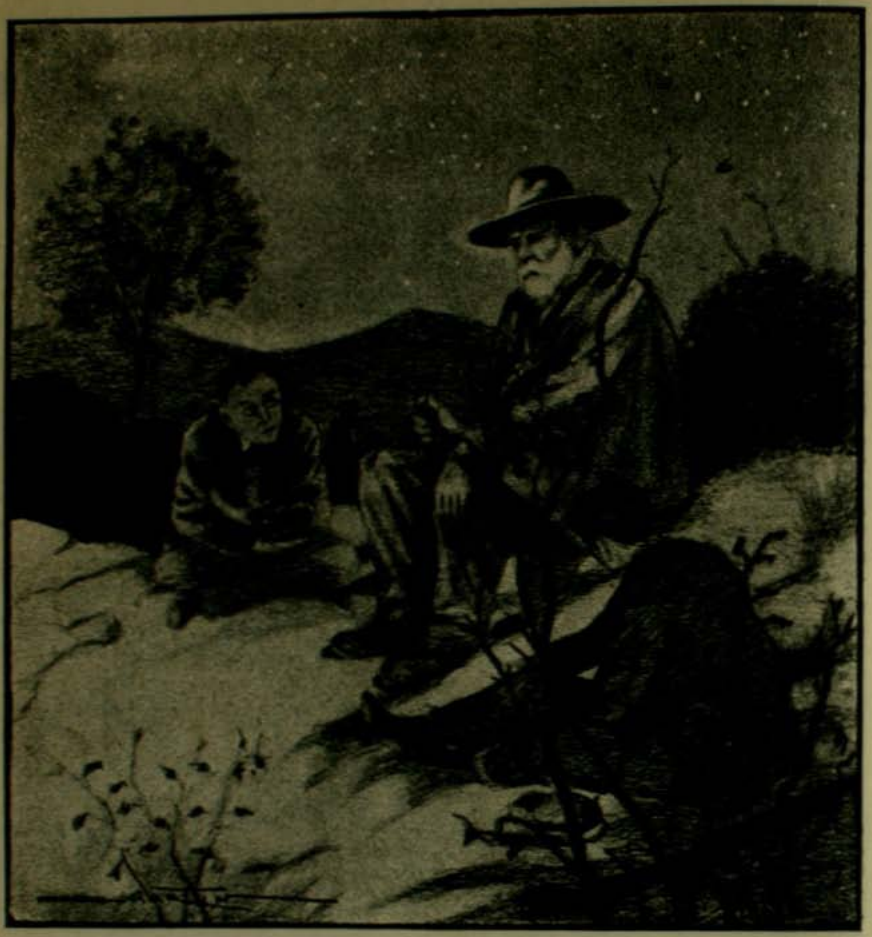
—Yo, Juan.

—¡Patroncito, Ud. aquí!

Y sus labios frescos rebosaron frases halagadoras y cariñosas, con esa sinceridad fragante de la gente serrana.

—¿Está Emiliano?

—Acaba de salir. Creo que fué a la Quebrada de la Calchona a esperar a Pedro.



Nos sentamos al borde del camino

—¿Te atreves?—preguntó Juan.

Y como en su pregunta había todo un desafío de varonil gallardía, contesté, fanfarrón y despreocupado:

—Vaya! Si es por mí, vamos donde tú quieras.

—¡Que están locos!—exclamó admirada la mujer de Emiliano.

—¿Locos? ¿Por qué?

—¿Se atreven a ir a la Quebrada?

—Pues es claro!

Y el asombro de la mocetona espoleó nuestro valor. ¡No hay un hombre que no tenga bravos desplantes de héroe, si entre el peligro y él, hay unos ojos estupefactos de mujer!

—¡Buenas noches! Que no les suceda ninguna desgracia.

Y echamos a andar bajo la noche estiva. El miedo había desaparecido vanidosamente, ante el asombro de la campesina. ¿Miedo? ¡Vaya! ¡Eramos hombres!

—¿Está lejos la Quebrada?—pregunté yo, pues sentí más pavorosa la soledad cuando se cerró la puerta del rancho.

—¿Lejos? No. Unas tres cuadras.

—¿Y por qué eligen esa quebrada para punto de reunión?

—Porque ahí se juntan los caminos de varias haciendas.

No hablamos más. El nombre de la Cachona me había poblado la cabeza de pavores de leyenda. Recordé los maravillo-

sos cuentos oídos a una crédula sirvienta de mi casa, que explicaba con una seriedad convencedora, los orígenes de este animal siempre envuelto en el inquieto encanto de la brujería nocturna.

La Calchona, según aquella criada enamorada de la novelería popular, era una oveja que entraba a las casas de los campesinos en busca de comida; y casi siempre se les aparecía a los viajeros nocturnos allá en la paz de los caminos solitarios. Algunos peones de mi pueblo, me habían jurado que la conocían y que al andar no hacía ruido, y que tenía unas lanas tan largas que le arrastraban por el suelo. Y como los datos que daba la gente serrana no coincidían entre sí, ese animal de leyenda y de cuento, cobraba en mi espíritu un indefinible misterio de alucinación.

—¿Por qué vas tan callado?

—Por nada.

—¿Tienes miedo a la Calchona?

—Miedo, no; pero me interesa saber el origen del nombre de la quebrada

—Te lo contará Emiliano.

—¿Verdad?

—Sí.

Faltaba poco ya. La quebrada, entre dos cerros enormes, que se veían solemnes en la obscuridad, estaba cerca.

—¿Bajamos?

Había que bajar a la quebrada. Dudé.

—¿Hay que bajar?

—Naturalmente.

—Bueno, bajemos.

Como los árboles se agrupaban más y más, el pavor de los paisajes crecía.

—¿Y encontraremos a Emiliano?

—Supongo.

Mi valor ya se había fugado en completa derrota. Ah! Las mansas noches del verano, tienen una estupenda y solemne brujería!

De pronto Juan se detuvo, y silbó prolongadamente. Esperamos un instante. En el silencio, oía el latir de mi corazón. Un silbido contestó a lo lejos.

—El es.

Echamos a andar, y pronto llegamos al sitio donde se cruzaban los caminos. A un lado, la quebrada se abría insondable y negra.

Junto a una cerca, divisamos un bulto.

—¿Emiliano?

—Sí. ¿Pedro?

—No, Juan.

—Patroncito, llegó.

—Aquí estoy, pues Emiliano.

—¿Con quién viene?

—Con un compañero.

En la obscuridad se abrazaron el labriego con el colegial, y la ternura fragante de ese abrazo espantó de mi espíritu toda superstición.

—Tú esperabas a Pedro, ¿verdad?

—Sí, patrón, pero parece que no viene. Si su merced quiere, podemos ir al rancho.

—No. Está tan lindo esto.

—¿Y no tuvieron miedo para venir?

—Miedo, ¿a quién?

—A la Calchona, pues.

—¿Que es verdad?

—Como no, patrón.

Juan le manifestó al peón mis deseos de conocer el origen del título de esa quebrada, y como la noche estaba tan serena y tan tranquila, nos sentamos al borde del camino, y viendo encenderse y apagarse la brasa del cigarro de Emiliano, oímos esta narración, narración de misterio y ensueño, perfumada como el corazón de la sierra.

En los comienzos del año 1902, llegó a trabajar al fundo un peón llamado Elías González, acompañado de su mujer, Rosalía, una mocetona fresca y bravía, que siempre parecía llevar en los labios una copla de pasión. Jóvenes eran ambos, y se adoraban. Hicieron su rancho en el Campo Bajo, y eran perpetua envidia de los tristes, y ejemplo de los enamorados. Fuerte y laborioso era Elías, y ella una magnífica hembra reidora. Nadie como ellos bailaba mejor la cueca, cuando las fiestas nacionales coronaban las chozas con banderas, y las gentiles ventoleras de Septiembre oreaban las blancas melancolías serranas.

Nadie sabía sus historias. Eran trabajadores y honrados, y eso bastaba.

La vida humilde y monótona del campo perfumaba sus vidas regocijadas. Al amanecer partía Elías a su trabajo, en donde las duras horas de labor le sabían a fiesta con el recuerdo de Rosalía, y a la caída de la tarde, cuando regresaba rendido ya, siempre esperaban amorosos esos benditos brazos de mujer, para que él apoyara su cabeza cansada....

—Son muy felices!—comentaba la gente

—Son muy felices!

Pero como la felicidad se aburre pron-



La Calchona, el animal de fantasía y de cuento, entraba sigilosa al rancho

to de estar a nuestro lado luego emigró del rancho.

Comenzó a murmurarse entre la peonada que—¡oh, credulidad campesina!—Rosalía era o estaba embrujada. ¿Quién fué el primero que trajo la noticia? ¡Vaya a saberse! La cuestión es que de labio en labio, de imaginación en imaginación, de credulidad en credulidad, la noticia fué volando, saltando, creciendo de una manera asombrosa, hasta que toda la hacienda lo supo, y una semana después no había ya inquilino que no jurara por todos sus recios convencimientos religiosos que Rosalía era bruja.

Y tanto corrió la noticia, y paseó por todos los caminos, y entró a todos los ranchos, que un día, sin que nadie se diera cuenta de que se derrumbaba el torreón de una dicha, llegó a oídos de Elías. ¿Su mujer, bruja? ¡Qué divertido! Los primeros días reía. Pero tal fué la testarudez de la murmuración, que Elías, poco a poco, fué abriendo su alma a la interrogación de la duda.

Y la fragante felicidad que alegró su rancho, batiendo sus alas transparentes, emprendía la fuga para nunca volver!

Elías comenzó a espiar a su mujer. De día sería imposible, pues todo encanto y brujería abre sus alas sólo de noche. Y eligió las noches para sus investigaciones. Se sentaba junto a la puerta del rancho, y sentía pasar las horas dormilonas y largas, mirando el lento caminar de las estrellas.

La impaciencia de la espera y de la duda parecían crecer en la sombra, y el pobre corazón empequeñecido y angustiado, ya creía haberse olvidado para siempre de las horas claras de la pasada felicidad.

Aquella noche, Elías se había sentado algo alejado de la puerta de la choza, y como el dolor es poco amigo de la atención, su espíritu supersticioso volaba lejos. Las noches sin luna, en el campo son graves y solemne, angustiadoramente solemnes, y están siempre saturadas de un inmenso misterio de donde arranca toda la locura y la superchería de la imaginación popular.

Un ruido manso y suave le hizo despertar de su loca ensoñación. Tembló. Un animal, una especie de oveja y de perro, salía de la choza. Quedó frío. ¿Sería acaso un sueño? Le vió pasar cerca de él, produciendo un ruido manso y suave, y luego perderse en la inmensidad de la noche...

Pasadas las primeras locuras del terror, trató de encontrar una solución lógica a la salida de ese animal; pero todo era inútil, aquello no era un acontecimiento vulgar, ni tampoco una alucinación. Había en todo aquello una estupenda y pavorosa brujería!

Perseguido por una ansia loca de conocer la verdad, de romper esa obscuridad de alucinación, corrió a la choza, entró al cuartito de su mujer, y a la claridad cobarde de las estrellas que entraba por un ventanillo, vió la cama vacía...

La realidad le hizo temblar. Aquello era horroroso. Su mujer se había marchado. Y el gentil palacio de sus ilusiones se derrumbó de un golpe, en la sombra de su espíritu. Entonces llegó el despecho como una puñalada. Encendió luz y el humilde lavabo de campesinos, vió varias cajas de pomadas rojas, pequeñas escobillas y lancetas de desconocida utilidad.

Era cierto. ¡Bruja!

Su alma de labriego, abierta a todas las supersticiones, ardió de cólera ante el engaño en que había vivido. Desgraciado para siempre! Cogió las cajas de pomadas, y decidido, las arrojó a una acequia cercana, especie de arroyuelo murmurador, que conocía la blanca historia de su ya muerta felicidad.

Y pasaron las horas de abatimiento infinito...

Cuando comenzaba a llegar el primer claror del amanecer, un pequeño ruido le despertó de su borrachera de espanto doloroso. La Calchona, el animal de fantasía y de cuento, entraba, sigilosa, al rancho. Elías se ocultó. La oveja recorrió todas las habitaciones, se llegó al lavabo, hizo ruido, volvió a recorrer las piezas, y luego, huyendo apresurada, se perdió por el camino, bajo las últimas sombras del amanecer...

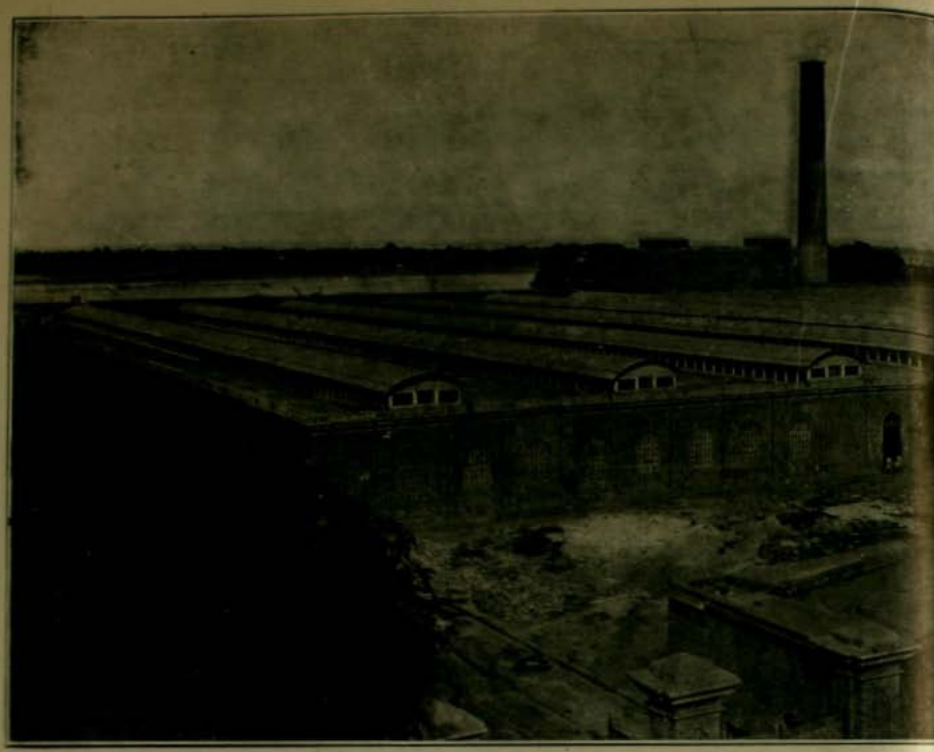
—Al día siguiente—concluyó Emiliano—hallaron el cadáver de Elías en esta quebrada, y la Calchona viene todas las noches por aquí...

—Volvamos al rancho—invitó Juan.

—Volvamos.

Arriba, las estrellas parpadeaban, más que nunca brillantes y enigmáticas...

DANIEL DE LA VEGA.



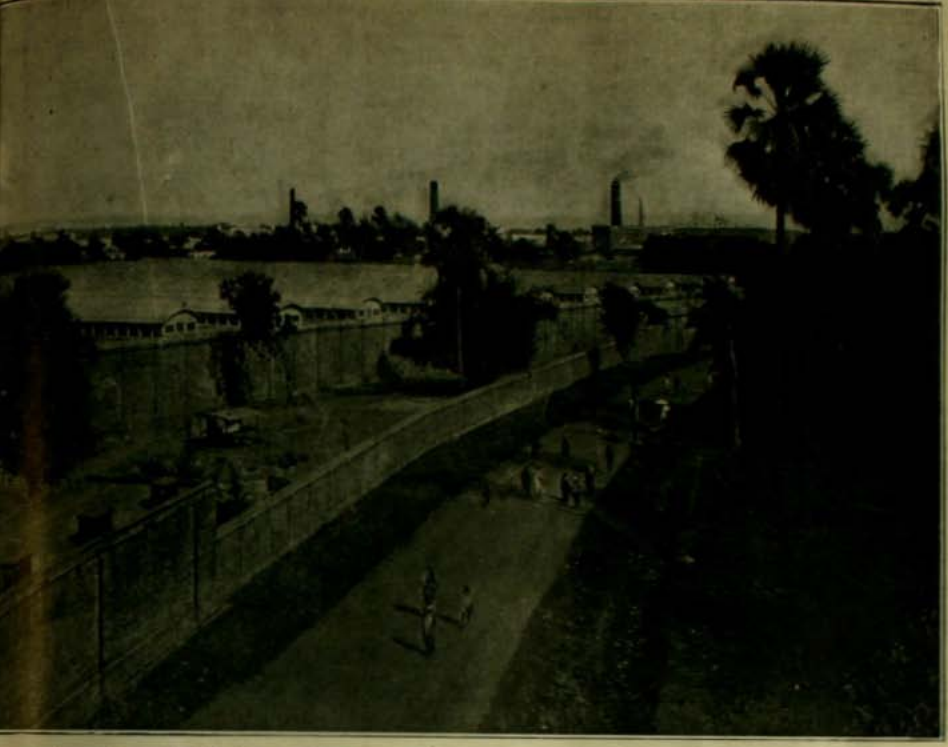
Vista general de numerosos telares y manufactura

La India y los

La enorme fábrica de tejidos cuya fotografía se presenta en esta página a los lectores del **Pacífico Magazine**, es solamente una de las 43 que elaboran el yuto para hacer telas y sacos en 37,316 telares. Estas fábricas, situadas en Calcutta, capital de la provincia de Bengala, emplean anualmente 4.700,000 bultos de fibra o sea más de la mitad de la cosecha. El resto es exportado al extranjero. Para dar una pálida idea de la magnitud de esta industria, diremos sólo que ellas se extienden hasta 30 millas a lo largo de las riberas del Río Hooghly, brazo del Ganges. La producción de yuto en la provincia de Bengala, es, como queda insinuado, de 9.500,000 bultos de 400 libras cada uno y su precio medio de $ 50 oro de 18d.

La diversidad de los climas vincula a los países más alejados con lazos comerciales. La India, llena de encantos naturales, de eterna verdura, de exuberante vegetación, y sobrepoblada de hombres, y la Pampa desnuda, cuyo silencio rompe sólo el polvorazo de las faenas, se encuentran unidas por el yuto y los sacos para el salitre. Así, Chile ha pasado a ser el más grande importador de yuto elaborado de la India y paga un pesado tributo a los especuladores del saco hecho.

Entre los problemas industriales dignos de atención, figura este. Pueda ser que los datos fidedignos lanzados como una semilla en el surco que nos ofrece el **Pacífico Magazine**, despierten interés por traer al país una parte de la industria de los sacos, aquella que los Estados Unidos y la Argentina han encontrado también adap-



e satisfacen la exportación de los sacos de yuto

sacos del salitre

table a sus condiciones y propicias para la economía nacional.

Chile ocupa en la actualidad el primer lugar como importador del yuto manufacturado, sacos en especial y también tela. En el cuadro adjunto puede apreciarse la cantidad y valor de estos, comparados con la de los Estados Unidos y Argentina que, hasta hace dos años sólo, eran infinitamente mayores, dadas sus producciones agrícolas. En el último año, es decir, en 1912, solamente, aumentó la importación a Chile en 10.000,000 de sacos, debido a mayor demanda para la producción de minerales y también de salitre.

Nuestros industriales deberían fijar su atención sobre la pérdida de dinero que representa para la economía nacional la introducción de los sacos hechos y observar cómo la Argentina y los Estados Unidos han implantado en el territorio la industria de tejer el yuto importado o de hacer los sacos con la tela traída de la India. Este último ramo es tan simple como no puede serlo más y ocupa mujeres y niños, lo que daría mayor comodidad a los hogares en los asientos mineros y salitreros, dejando utilidades considerables en el país.

Esta utilidad es mucho mayor de lo que puede aparecer a la simple vista, porque el saco hecho es un artículo cuyo precio está sujeto a grandes fluctuaciones, por el juego de bolsa, mientras el yuto sin tejer y aún la tela, escapan a los acaparamientos y especulaciones. Para las fuertes e imprevistas demandas de sacos, los corredores y agentes de negocios ob-

tienen también grandes primas que recargan los precios.

No puede dudarse un momento de que estamos rezagados en esta materia y que bastaría escojer en el norte, en la vecindad de un puerto donde sea posible, obtener una caída de agua de moderada fuerza, el lugar ventajoso a la instalación de una fábrica de sacos, para ver, como ha ocurrido en la Argentina, disminuir el número de éstos y aumentar el del yuto o el de la tela lista para hacerlos. Cuando hemos estudiado la industria, se ha partido siempre del cultivo del yuto en el país.

Este es un problema en el cual no deseamos entrar, y que no conocemos. Han escollado en él los primeros estudios y cálculos hechos. Pero la fabricación de sacos, importando la materia prima o tejida de la India, está ensayada con éxito en el Brasil, Argentina y Estados Unidos, y no presenta dificultad alguna. Además de las economías que hemos indicado en este negocio, creemos que debe tomarse en cuenta la de los fletes, pues el yuto puede adquirirse, sin esperar las fluctuaciones ventajosas de precio de los sacos, los que requieren en seguida viaje rápido, si no en barcos veleros que vengan a la costa de Chile, reduciendo así en mucho el valor del artículo.

Hé aquí el cuadro, aunque no tan completo, como habríamos deseado:

Argentina

	1907-08	1908-09	1909-10	1910-11	1911-12
Sacos hechos...	425.000	172,000	410,000	858,300	1.350,000
Yardas de tela..	176.480,300	193.805,000	180.244,900	161.916,000	131.468,500

Chile

	1907-08	1908-09	1909-10	1910-11	1911-12
Sacos hechos...	27.224,800	22.942,600	41.008,643	41.192,700	32.332,690
Yardas de tela..	1.346,750	380,000	1.058,700	1.184,200	508,000



Interior de un telar y fábrica de sacos

Como se vé, mientras en la Argentina la importación de tela es enorme y la de sacos muy reducida, en Chile contra 32 millones de sacos en el año 1912, se han introducido sólo 508,000 yardas de tela para re-



Después de una cacería. Carro usado para llevar las piezas a la ciudad

tobos y otros usos. Estas cifras constituyen una lección.

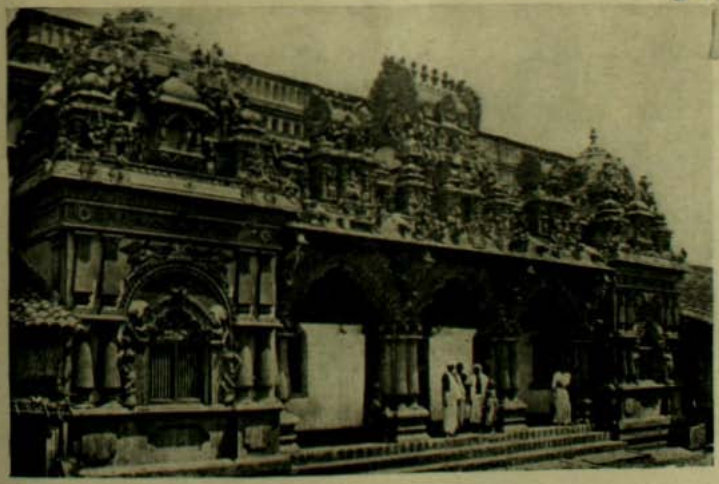
Los sacos de los minerales y del salitre vienen de las orillas del Hoogly, como hemos dicho. Allí está la ciudad de Calcutta, centro de más de 1.800,000 habitantes, de los cuales hay al rededor de 50,000 ingleses y 25,000 extranjeros, en la mayoría alemanes y griegos. La capital de la India fué trasladada a Dehli y Calcutta, sin perder nada de su importancia, está regida por un gobernador provincial que ejerce sus funciones en la provincia de Bengala. *The city of palaces!* fué llamado por los escritores ingleses, y, realmente,



Niña indú, perteneciente a la nobleza. Es costumbre en la India que las niñas contraigan matrimonio a los seis años y sigan en la casa de sus padres hasta los dieciséis en que son devueltas a sus maridos.



Tipo de indú, (sirviente doméstico)



Templo indú en Calcutta, en que se venera a Budha

sus cuarteles principales justifican este nombre ambicioso. Pocas entradas de ciudad son más hermosas que las de la capital de Bengala; delante, un



Adiestradores de elefantes



Domador de pequeños animales y reptiles, con los que ganan su vida exhibiéndolos.

campo verde, extenso y plano, donde se levantan fortificaciones; a la derecha, la línea de los palacios de *Chowringhee Road;* a la izquierda, el Ganges cargado de buques y, como fondo de cuadro, el palacio del gobernador general, de una arquitectura tal vez incorrecta, pero cuya enorme masa es de un aspecto grandioso. El primer aspecto de Calcutta es realmente espléndido; pero no hay que marchar mucho, como pasaría entre nosotros, para encontrar calles miserables y habitaciones inmundas.

Cualquiera que sean los destinos reservados al imperio inglés en la India, la entrada a Calcutta hace pensar en una de las empresas más grandes de la historia moderna. Ya no parece que una revolución interior pueda



Costumbre de los indúes. Según la religión de estos, los cadáveres de los que mueren son quemados y las camisas son repartidas entre los deudos, pues creen que los que mueren se acuerdan de los vivos y les hacen mejorar la suerte y los negocios.



Noble. Esposa del Marajarah Gooch-Behar residentes en Calcutta



Prestidigitadores ambulantes, los cuales dicen la buena ventura.

Entre tanto, la serie de trabajos políticos y militares emprendidos en esas vastas regiones, serán de las empresas más grandes que una nación haya jamás realizado



Dalhansie Square. Plaza principal, Calcutta. El edificio de cúpula es el de Correos con más de cien años de antigüedad.

arrebatar el territorio indio al cetro de Inglaterra; pero si ésta perdiera el dominio de los mares, una invasión extranjera podría cambiar allí la faz de la gran colonia.



Elefantes pastando Pertenecen a la *escolta del marajarah, Gouch* Behar de Calcutta, *los cuales tomaron parte en la coronación de los Reyes en* 1911



Bailarina indú, preparándose para salir a escena

Calcutta se divide en tres partes, la principal o la City donde está el gran comercio y los Bancos, cuyos hermosos edificios son comparables sólo a los mejores de las capitales europeas. La segunda donde se agrupa el comercio al por menor, joyerías, hoteles, restaurants y residencias particulares, ostenta no menos lujo que aquélla. Los hoteles están construídos con toda la magnificencia oriental, pavimentos de mosaico y mármoles obscuros, fantástica e inquieta arquitectura, muchos tienen capacidad hasta para mil familias, pues por el clima se usan departamentos espaciosos con baños y ventilación eléctrica, donde caben algunas personas.

La tercera parte de la ciudad es la ocupada por los nativos. En ella se conservan los estilos primitivos y sobresalen en éstos los templos, de uno de los cuales presentamos una fotografía a nuestros lectores. Las residencias de los Rajhas o nobles son suntuosos palacios orientales que parecen al europeo pinturas de escenografía, con muebles, cuadros y tallados hechos por eminentes artistas del país.

Las alfombras indias modernas, exportadas a Inglaterra, de donde se reparten en las casas acomodadas de todo el mundo, provienen, en su mayor parte, de Agra, distante 30 millas de la ciudad. Las imitaciones de tapices persas se hacen en tal forma, que ya los entendidos dudan en absoluto de la procedencia de piezas llamadas persas. Agra presenta imponentes ruinas de enormes fortificaciones que datan de 1500.

El clima de Calcutta y sus alrededores es caluroso sobremanera. En los meses de Abril y Mayo no llueve y el calor se hace insoportable y los casos de insolación son muy frecuentes. De Junio a Octubre es la verdadera época de las lluvias; pero, no obstante, la temperatura llega a 40°; desde entonces hasta Marzo baja a 30° y la estación es llamada fría.

Para Chile hay otro interesante problema que resolver en la India, y es el empleo de los coolíes, trabajadores sobrios y baratos, que posiblemente solucionarían en las salitreras el problema de los brazos. Cuando se prohibió la trata de negros y la esclavitud de éstos, Inglaterra facilitó la emigración de coolíes a diversas colonias, donde el trabajo sufría una verdadera crisis. El coolíe fué útil en todas partes. Si se ve cierta debilidad en este elemento humano, observándolo en la India, es a causa de la falta de alimentación a que está sujeta por su religión, la cual no le permite sino un puñado de arroz con agua, cuyos defectos de nutrición son reconocidos. Pero, mejor alimentado y con el bajo salario de 1 a $ 1.60 papel por día, podrá hacer muchas de las tareas del salitre que ocupan brazos excepcionalmente vigorosos para más árdua labor.

Es probable que el coolíe sufra un poco en el cambio de temperatura de las tardes de la Pampa. Y por esto convendría ensayar con una centena de trabajadores. Hay empresarios que han hecho ofertas muy razonables al Gobierno y entendemos que el señor Fisher tiene en su poder en Iquique algunas comunicaciones que, en diversas épocas ha recibido el Ministerio.

A. D. G.



Cremación de cadáveres. Es costumbre en la India, en los tiempos de epidemia recoger los muertos de las calles y quemarlos, para evitar la propagación de ellas

JULIO TELLEZ

Por J. B. C.

Ilustraciones de Pedro Subercaseaux

VII

En 1925 los periódicos si querían vender muchos números y ganar dinero necesitaban tener una bandera y una fe, no negativas, abstractas e impalpables, sino vivientes y vigorosas. Mejor dicho, el periodista entonces necesitaba creer en Tellez y seguirle. De otro modo el público le abandonaba.

Y por eso "El Independiente" arrastraba una vida raquítica. Su redactor y propietario, don Javier Eyzaguirre, a pesar de sus distinguidos talentos, era por su desgracia el sobreviviente ya casi único de esa generación regañona, maldiciente, enemiga del género humano y de todos los Gobiernos que por tantos lustros dominara en la prensa chilena. "El Independiente" no se atrevía por cierto a atacar de frente a Julio Tellez; nadie tenía hígados para tanto. La personalidad del genial diputado por Castro y Quinchao era más inviolable en 1925, que lo fuera la de don Juan Luis doce años antes. Pero el periódico aquel se permitía sus reticencias y sus reservas, y aquello bastaba para retirarle el favor del público.

El 5 de Septiembre la edición de "El Independiente" parecía un verdadero arco-iris. La mitad de su primera página la ocupaban enormes letreros en todos colores, anunciando la inesperada presencia de la escuádra del almirante Wilson en Arica. Comentarios de apenas disimulada malevolencia adornaban aquellas noticias, que el público conocía ya desde el día anterior.

En el antiguo patio del Club de la Unión, cuyos socios aún no se habían puesto de acuerdo sobre nuevo local, un grupo de políticos comentaba el artículo de "El Independiente".

—La maldad no consiste sólo en el fondo, sino principalmente en la forma.... decía uno de ellos. Vean ustedes, las letras amarillas que anuncian lo que han dado en llamar la desaparición de Tellez... ¿Por qué han escrito en verde la frase? "Si se levantara el espíritu público!" Todo está perfectamente calculado para producir una impresión malsana.

Es de advertir que por esos años, los literatos decadentes que escribían en los periódicos, no sólo tenían sentimientos azulez o esperanzas glaucas, sino que, auxiliados por los progresos de la mecánica tipográfica, imprimían sus diarios en colores con que pretendían evocar ciertas sensaciones en el lector. ¿Lo conseguían?.. No lo sabemos.

—Todo el veneno del artículo está en la cola, como en los escorpiones, observó don Víctor Robles. Oigan ustedes:

"El gran acontecimiento de ayer (esto en color de hormiga), encierra una lección de alta transcendencia. Los pueblos no deben olvidar jamás el ejercicio de su soberanía, aún cuando la Providencia les depare, como a nosotros, un estadista genial.... los hombres... aún los superhombres, son mortales, y bien puede también suceder que en los momentos críticos, se encuentren ausentes... por casualidad..." Estas últimas palabras están irónicamente impresas en color granate.

—Pero, preguntó don Francisco Rivas Vicuña, ¿se sabe al fin algo de Tellez?

—Dicen, repuso misteriosamente otro de los circunstantes, que se ha marchado a Europa en... aeroplano.

En todos los semblantes se dibujó un gesto de duda. Por grandes que fueran ya entonces los progresos de la aeronavegación, aún parecía inverosímil que un estadista se embarcara en tal forma, para tan largo viaje.

En ese momento el cañón del Santa Lucía anunció las doce... Transcurrieron todavía algunos minutos... La animación seguía en aumento... Don Eleodoro Matte penetra como una bomba en el patio del Club.

—Caballeros, exclama, sin darse tiempo para tomar alientos, han llegado noticias de Arica...

Todo el mundo le rodea.

VIII

Hemos dejado al Presidente y a los Ministros de la Confederación del Pacífico, esperando a las once tres cuartos de la mañana de ese mismo 5 de Septiembre, la hora de las supremas decisiones... Faltaban pocos minutos para el medio día y Tellez no daba señales de vida.

La ansiedad era extrema.

—¿Qué haremos? preguntó nerviosamente García Calderón, si dan las doce y no tenemos aún noticias de Tellez?

El Presidente se limitó a contestar con un gesto que podía significar muchas cosas a la vez.

—No se ha podido obtener en toda la mañana, comunicaciones cablegráficas con Europa, dijo Izquierdo... Es de temer que los norteamericanos hayan cortado los cables.

—Nos queda el inalámbrico, observó García Calderón.

El Presidente y el Ministro de la Guerra se miraron las caras.

—Tampoco nos queda, dijo este último... Por una u otra razón, las estaciones intermedias de Maracaibo y Cumaná, están interrumpidas desde ayer por la tarde.

—¿Vamos entonces a resolver la cosa a obscuras? insistió muy agitado García Calderón...

—No tan a obscuras, repuso Izquierdo, haciendo un gesto que quería parecer una sonrisa...

—¿Accederemos a las exigencias de los americanos? preguntó García Calderón...

—Es lo que vamos a estudiar en los diez minutos que nos quedan... ¿Qué opina Ud., Ministro? añadió, dirigiéndose a Izquierdo.

—En la duda... abstenerse, contestó este último... No podemos lanzarnos a obscuras en semejante guerra... Otras ocasiones habrá...

—Pienso lo mismo, dijo don Rafael Elizalde, Ministro de Correos y Telégrafos...

—No nos queda otro camino, añadió García Calderón.

El Ministro de la Guerra paseó por sobre sus colegas de Gabinete una mirada de desafío...

—Apuesto, dijo, a que van ustedes a cambiar de opinión en pocos segundos... Señor Presidente, añadió, creo que es llegada la ocasión de hablar.

El Presidente hizo un signo afirmativo.

Entonces, con voz tan baja que parecía un suspiro, el Ministro de la Guerra, dejó escapar de sus labios un estupendo y trágico secreto...

—Ya no es, como ustedes ven, concluyó, el tiempo de retroceder....

En todos los rostros se pintaba el estupor.

El ujier anunció al enviado americano.. El reloj del Palacio de Gobierno daba en ese mismo instante las doce del día.

Después de los saludos de estilo, el joven enviado, con el mismo tono breve y tranquilo que usara el día anterior, pronunció estas únicas palabras:

—Excmo. señor, dijo, vengo por la respuesta a la comunicación que tuve el honor de depositar en sus manos el día de ayer.

Se siguió un breve instante de silencio.

—La respuesta del Gobierno de la Confederación, dijo el Presidente, no es dudosa.... El gran problema del Istmo de Panamá que va a resolverse a sangre y fuego, entre las grandes potencias comerciales del Sur, interesa en primer término a la América del Sur... Es nuestra propia independencia económica lo que va a decidirse por las armas... Nosotros no podemos ser indiferentes en semejante contienda... El precio de nuestra neutralidad no podría ser sino el reconocimiento por parte de los EE. UU. de nuestro condominio en Panamá.

—No tengo instrucciones para tratar, ni siquiera para discutir, repuso con voz ronca el joven americano... Vengo sólo a escuchar una respuesta... ¿Declara la Confederación del Pacífico su neutralidad en el próximo conflicto de los EE. UU. con las monarquías de Europa?... ¿Sí o nó?

—No, contestó con voz firme el Presidente...

—Siento declarar, dijo solemnemente, el

enviado, que desde este momento estamos en guerra.

—Así sea, dijo el Presidente...

Y con gran estupefacción de los circunstantes, hizo un ademán que pareció a todos extraño e inexplicable... Alargó su mano derecha y oprimió nerviosamente el botón de un timbre eléctrico sobre la mesa de su despacho...

—La guerra no está ya sólo declarada, dijo el Presidente... Ella ha empezado... En estos momentos los cañones de Arica rompen los fuegos sobre vuestra escuadra.

—¿Cree el señor Presidente, dijo palideciendo el enviado americano, cree estar dentro del derecho de gentes?

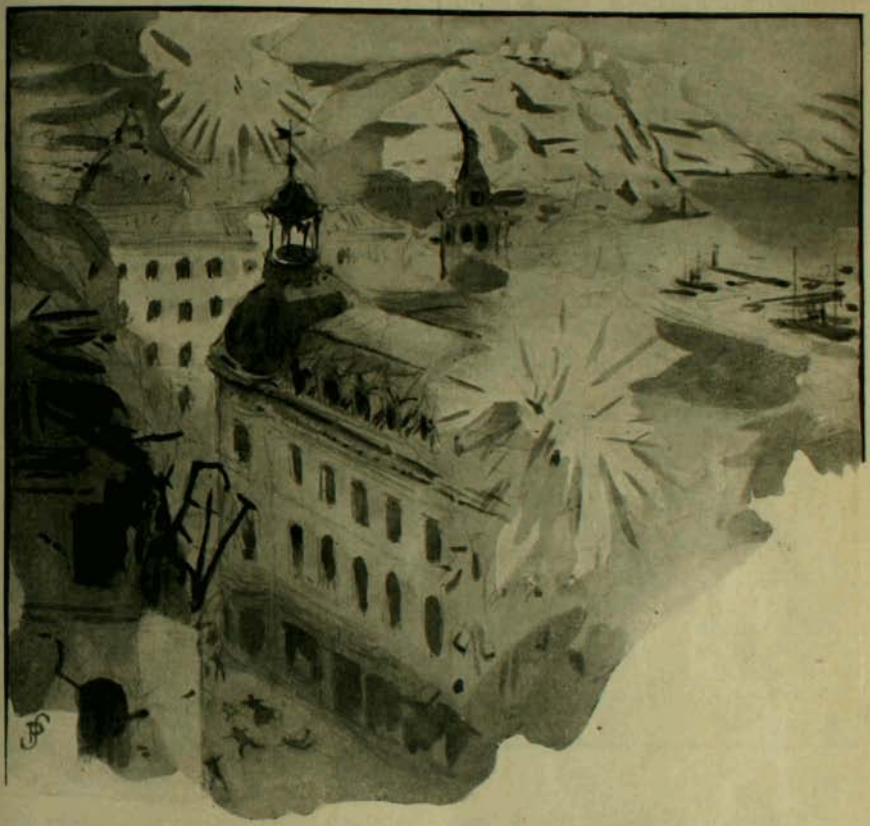
—Sí, repuso el Presidente, desde que estamos en guerra... Vaya Ud. con Dios...

. . . . . .

A la misma hora en que se desarrollaba en Tacna la anterior escena, una de muy distinto género tenía lugar en el aire.

El gran puerto del distrito federal de la Confederación era una plaza fuerte de primer orden. Aparte de los casi inexpugnables cuarteles del Morro, se sucedía sobre la plaza y la isla de Alacrán, una línea no interrumpida de poderosas baterías a flor de agua.

El coronel Barceló, comandante militar de la plaza, rodeado de su estado mayor, espiaba desde las primeras horas de la mañana los movimientos de la escuadra norteamericana.. cuyos fuegos estaban encendidos.



El colosal combate se había empeñado en toda la línea



A las primeras luces de la aurora

No faltaban en el grupo algunos cucalones entre ellos don Carlos Larraín Claro y el hermano del jefe, don Luis Barceló.

—Si se mantuvieran quietos siquiera hasta las doce, dijo Larraín, podrían pasar un mal rato... Diez cañones apuntan en este momento a cada acorazado.

—No espero que cometan semejante imprudencia, dijo el coronel Barceló, consultando su cronómetro... Son las once y treinta y cinco.

—Es lástima, dijo el Intendente General del Ejército, don Pedro Rivas, que no se nos haya autorizado para adelantar los acontecimientos siquiera algunos minutos.. Un ataque sorpresivo sobre la escuadra fondeada, nos habría asegurado la destrucción de media docena de buques por lo menos.

—De todos modos nos corresponderá la iniciativa del ataque, dijo el coronel Barceló... El timbre del Presidente sonará en el mismo instante de la declaración de guerra... He aquí que el "Oregón" se pone en movimiento, añadió dirigiendo su anteojo hacia la escuadra...

Uno tras otro, los poderosos acorazados iban dejando sus fondeaderos y ordenados en tres líneas imponentes, comenzaron a



Al día siguiente todo estaba listo

navegar rápidamente, con la precisión de una escuadrilla de evoluciones.

Todos los anteojos se dirigían hacia la escuadra.

—Se alejan, no cabe duda, dijo después de algunos minutos el coronel Barceló con cierto desaliento. Las instrucciones de los fuertes son precisas. Deben seguirlos con sus cañones en puntería fija, mientras estén en alcance... Y en cuanto suene el timbre....

Miró su cronómetro una vez más; eran las once y cincuenta y cinco minutos.

Los buques americanos seguían alejándose con una velocidad que no podía bajar de veinte nudos... La distancia que los separaba de la plaza era en ese momento de dieciocho o dieciocho mil quinientos metros.

Entonces sonó el agudo repicar de un timbre en cada uno de los fuertes de Africa.. Era la señal...

Un horroroso estruendo se siguió... Ciento cincuenta bocas de fuego, vomitaron casi al unísono, sus enormes proyectiles sobre la escuadra del comodoro Wilson...

Los norteamericanos parecían aguardar el ataque... Casi inmediatamente de los co-

tados de los buques surgieron blancos penachos de humo... Unos minutos más y una granada estalló en el mar a veinticinco metros del estado mayor de Arica... Un casco se llevó por los aires el sombrero de don Luis Barceló...

—Aviso a los cucalones... dijo tranquilamente su hermano.

. . . . . .

El colosal encuentro se había empeñado en toda la línea...

—Si Arica puede resistir siquiera por cuarenta y ocho horas, la América se habrá salvado, dijo Larraín Claro a Luis Barceló, mientras ambos volaban en automóvil, a razón de ochenta y cinco kilómetros por hora, con dirección a Tacna.

IX

Trasladémonos ahora a esa tierra extraña perdida en las soledades del Océano Pacífico, que llevó en tiempo antiguo el nombre de Rapa-Nui y que se designa hoy con el de Isla de Pascua.

Colinas suavemente onduladas antiguos cráteres semi-destruídos por las aguas, ni un árbol, ni un arbusto. Un suelo cubierto de yerbas eternamente verdes, atmósfera húmeda y tibia, y viviendo allí un pueblo de misteriosos orígenes, que ha olvidado su vieja cultura y no ha sabido aún adoptar otra nueva. Tal es la Isla de Pascua.

Colocada fuera del camino de los navíos, sólo llega a sus costas el escampavía de la República que hace mensualmente el viaje entre Valparaíso y Hanga Roa. Vive, pues, allí casi como en otro planeta, una sociedad compuesta de una media docena de funcionarios o administradores chilenos y algunos centenares de indígenas raídos por la lepra, y embrutecidos por el alcohol.

Aquella tarde, la del 4 de Septiembre de 1925, la población entera de la isla se había congregado sobre las faldas verdosas del cráter de Panakao... Un hecho absolutamente extraordinario e increíble acababa de producirse... Allá hacia el S. O. se divisaba una enorme bandada de aves monstruosas, gigantescas libélulas, más rápidas que el viento de los huracanes... Los pobres indígenas creían estar en presencia de lo sobrenatural... Ni sus más viejas leyendas de los tiempos obscuros, hablaban de esas aves monstruosas...

Aquel fenómeno era, sin embargo, producido por el ingenio del hombre... La escuadrilla de aeroplanos mandada por el general Pacheco, el valeroso aviador de las mesetas de Bolivia, acababa de aterrizar en las llanuras que espaldean la mansión de Vai-Mú.

En cuanto hubieron aterrizado las poderosas máquinas, el general Pacheco, acompañado de una media docena de oficiales, se dirigió a la casa del gobernador de Hanga Roa.

—Supongo que todo esté listo, preguntó a aquel funcionario.

—Recibí antes de ayer las instrucciones por el inalámbrico, contestó el aludido... Se me ha ordenado proceder con la mayor cautela.

—El viaje es tan secreto, dijo el general Pacheco, que no se han perdonado precauciones a fin de que permanezca ignorado por el mayor tiempo posible... Aún cuando la estación de voladores se encuentra en pleno desierto y a treinta kilómetros de Lagunas, que es el pueblo más próximo, hemos partido de noche, y la luz del día nos ha sorprendido a setenta millas de la costa... A Dios gracias, en todo el trayecto no hemos tenido a la vista un sólo buque.

—¿Y se puede saber el objeto de la expedición? preguntó el gobernador.

—Yo mismo lo ignoro, dijo Pacheco... Mis instrucciones me ordenan tomar en Pascua, cargas completas de benzolina, y no abrir el pliego número 2, sino al partir nuevamente... el 5 de Septiembre al amanecer... Es necesario, pues, activar los preparativos...

. . . . . .

Aquella noche transcurrió en un trabajo incesante...

Cada uno de los cincuenta aeroplanos del general Pacheco fué minuciosamente revisado y dotado de todos sus pertrechos. A las primeras luces de la aurora del día siguiente todo estaba listo...

El general Pacheco, abrió con mano temblorosa el sobre del segundo pliego de instrucciones.

Contenía sólo estas breves líneas:

"A las cuatro de la mañana del 6 de Septiembre de 1925, el comandante de la primera división aérea se encontrará, con las luces apagadas, y armado en combate, por los 8° 55' de latitud N. y 80° 19' de

longitud del oeste de Greenwich. Allí recibirá instrucciones por el inalámbrico."

Pacheco se inclinó sobre un mapa...

—¡Panamá!... exclamó...

X

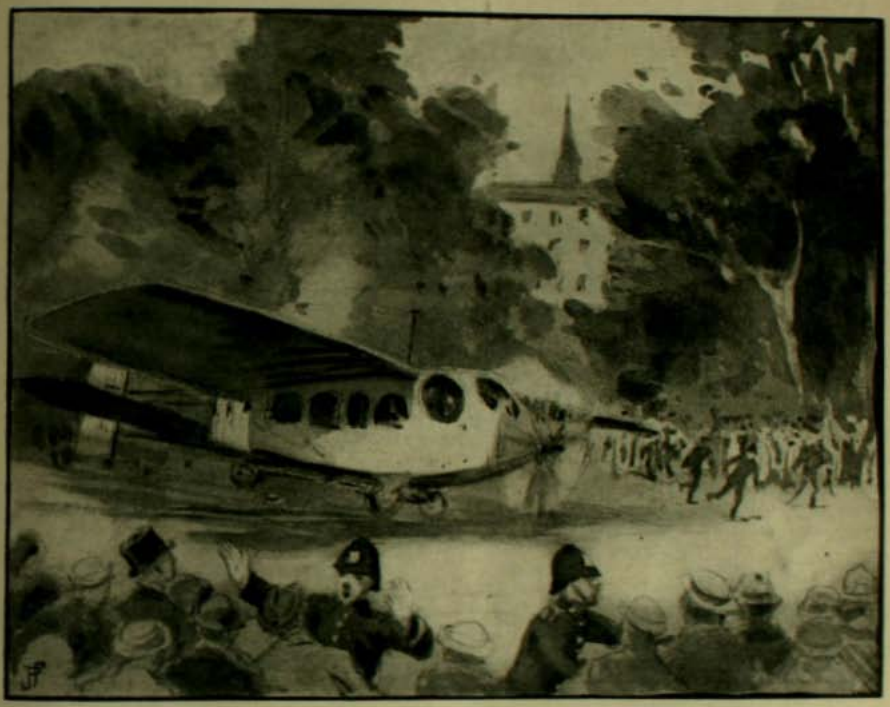
Cuando Julio Tellez aterrizó en Hyde Park, el gran paseo londinense se encontraba cubierto de compacta muchedumbre.

¿Esperaban acaso en Inglaterra al audaz genio político de la América del Sur?.. No, por cierto. El viaje de Tellez sospechado en Chile apenas, no era conocido en Europa.

Pero se había anunciado que aquella mañana debía aterrizar en Londres, el aviador inglés Burnett, que ensayaba un triplano capaz de transportar cuarenta pasajeros a dos mil millas de distancia en el espacio de diecinueve horas.

La llegada de Tellez produjo pues un desengaño general. El aeroplano no era el de Burnett, y para los ingleses no existía en ese momento otro aeroplano que el de Burnett.

El diputado por Castro y Quinchao, bajó tranquilamente de su esquife aéreo, tomó un automóvil de alquiler y se hizo conducir a Grovesno Square 31, residencia de Sir Eduardo Lipton, canciller de Inglaterra.



Cuando Julio Tellez aterrizó en Hyde Park, el gran paseo londinense se encontraba cubierto por compacta muchedumbre

No fué pequeña la estupefacción del conserje, cuando a esa hora tan inusitada (eran las siete de la mañana), se le presentó un desconocido, pidiendo se le introdujera inmediatamente a la presencia de tan elevado personaje.

—El señor no da audiencia a estas horas, le dijo secamente aquel cancerbero británico.

—No importa, repuso el otro... Dígale que quien quiere verlo es Tellez... Julio Tellez... Lo entiende Ud., embajador extraordinario de la Confederación del Pacífico.

El conserje vacilaba.

—¡Por San Jorge! exclamó Tellez, anonadando a su interlocutor con una de sus miradas de fuego... Pase usted ese recado... Vea que hablo en serio...

—Voy, señor, repuso el otro, como vencido por un poder magnético.

Diez minutos después, Julio Tellez y Sir Edward Lipton se encontraban sentados frente a frente...

El canciller no se cansaba de contemplar a su interlocutor... ¡Aquel era Tellez!...

—He aquí mis credenciales, dijo este último.

Sir Edward Lipton se limitó a arrojar una ligera ojeada sobre los documentos presentados.

—Parece, dijo Tellez, que la guerra es un hecho entre los Estados Unidos y el Imperio Británico, unido con la Alemania.

El canciller quiso hacer un signo negativo...

—Si el asunto se mantiene en reserva, lo mismo da, agregó Tellez... Hablemos en el supuesto de que ello ocurra. Las dos escuadras europeas son ligeramente superiores a la de los Estados Unidos... No niego que haya alguna ventaja, pero está lejos de ser decisiva, sobre todo para una guerra cuyo teatro será la América... No, no creo que S. E. esté en el caso de desdeñar las proposiciones que voy a hacerle.

Tellez, como se ve, era un diplomático *sui generis;* no perdía el tiempo en preámbulos. Sir Edward Lipton le dejaba decir, aún cuando lo que estaba oyendo salía por completo de todo lo que hasta entonces hubiera podido imaginar.

—Una alianza ofensiva y defensiva con la Confederación del Pacífico, en ningún caso puede dañar los intereses de la Gran Bretaña, continuó imperturbable el diputado de Castro y Quinchao. El problema de Panamá tarde o temprano, y más bien temprano que tarde, habrá de resolverse a cañonazos... Es cuestión de vida o muerte para el comercio europeo.

—¿Y si tuviera otra solución?... murmuró sir Lipton, en tono ambiguo.

Tellez miró de alto abajo a su interlocutor....

—A eso iba, continuó... ¿Querría decirme S. E. a cuánto ascienden las libras ofrecidas por Inglaterra al Gobierno y a los políticos de Colombia por la concesión del canal de Atrato?... Yo he perdido la cuenta... Pero, no olvide S. E. dos cosas... la primera es que Colombia forma parte de la Confederación del Pacífico; la segunda que los EE. UU. no se dejarán arrebatar, con derecho o sin él, el monopolio de que hoy gozan.

—No me refiero a eso, contestó con mucha calma, sir Edward Lipton... ¿Cree Ud. tener el privilegio de las sorpresas? Conozco el contrato secreto celebrado entre el Gobierno de Colombia y un sindicato de capitalistas de Francia, Inglaterra y Alemania, sindicato de que Ud., señor, forma parte... No, no me refería a eso...

—Entonces, en verdad, no entiendo lo que S. E. quiere decir, dijo Tellez, sin perder la tranquilidad.

—Ya nos entenderemos, observó el canciller de Inglaterra, con un sí es no es de ironía...

—De modo, dijo Tellez, que S. E. no quiere oir hablar de alianza.

—¡Oh!... Eso no, repuso el canciller... Una alianza no se rechaza jamás, pero... Vamos a cuentas... ¿Qué entiende usted ofrecernos y cuáles son sus condiciones?... Nadie tampoco ofrece alianzas por pura filantropía.

—S. E. conoce los recursos militares y navales de la Confederación.

—Perfectamente, repuso Sir Lipton... No son los de una potencia de primer orden.. Supongo que esto no le ofenderá a Ud.... Pero vamos al grano ¿Cuáles son sus condiciones?

—Voy a exponerlas por su orden y con entera claridad, dijo Tellez... La zona actualmente poseída por los EE. UU. en el Itsmo, será devuelta a la República de Panamá. La administración del Canal será tomada por los Estados aliados durante un período que permita la conclusión del canal de Atrato... Los buques de las tres potencias gozarán de idénticas franquicias... Lo mismo se observará respecto del futuro canal de Atrato... Panamá quedará libre para ingresar o no en la Confederación del Pacífico... Su independencia respecto de otras potencias será garantida... ¿Me explico?

Sir Edward Lipton se sonrió.

—A las mil maravillas, dijo... La Confederación quiere la parte del león... Ya ve Ud. si tenía o no motivos para no avalanzarme sobre una alianza tan costosa.

—No olvide S. E., dijo Tellez, con más gravedad que la hasta allí empleada, que



El Canciller pasó su vista por el mensaje sin poder disimular un gesto de contrariedad

somos los dueños de casa... que Panamá es América... y América latina... que es la puerta natural de nuestro territorio.

El canciller iba a replicar cuando se abrió bruscamente la puerta de la sala, y penetró en ella un tercer personaje.

—Señor, dijo alargando a Sir Lipton un papel... He aquí un despacho urgente.

El canciller pasó su vista por el mensaje, sin poder disimular un gesto de contrariedad. Tellez continuaba sonriente y tranquilo.

—Está bien, dijo Sir Lipton a un empleado. Puede Ud. retirarse.

El canciller de Inglaterra y el diputado de Castro y Quinchao volvieron a quedar solos.

—Ya puedo hablar con entera franqueza, dijo Sir Lipton, midiendo, sin embargo, sus palabras. Preguntaba a Ud. con toda intención hace un momento, lo que la Confederación del Pacífico podía ofrecernos... Ud. no me entendió, cosa muy explicable... Ud. ha salido de su país antes de poder conocer algunos detalles de que voy a imponerle... Ayer se ha presentado en Arica una poderosa escuadra norte-americana... Nuestras informaciones me permiten asegurarle que esa escuadra ha sido portadora de un ultimátum... La Confederación debe decidir hoy la paz o la guerra... ¿Qué importancia tienen entonces los ofrecimientos de Ud. o sus exigencias? Decidamos esto u lo otro, el hecho es que la Confederación se encontrará hoy en guerra con los Estados Unidos, sin que nosotros podamos influir en lo más mínimo en su decisión. . ¿Qué importancia vuelvo a repetirlo, tienen entonces sus ofrecimientos?...

Tellez había escuchado todo esto sin pestañar.

—Va Ud. a verlo, dijo con sencillez. Son las nueve de la mañana... Quiere esto decir que en Arica son las cuatro... Faltan dos horas para que amanezca... La solución puede depender de un cablegrama mío... No he tomado la rápida vía de los aires sólo por fantasía.

—Hé aquí lo que entonces Ud. ignora, dijo Sir Lipton. El cable está interrum-



La marinería Sud-Americana la ocupó sin

pido con América desde la media noche... y en este momento acaban de anunciarme que tampoco funciona el inalámbrico, por medio del cual esperábamos comunicaciones.

—¿Y qué concluye de esto, S. E? preguntó Tellez.

—Lo siguiente, repuso Sir Lipton... Si en Tacna se han decidido por la paz, nada más queda que hacer... Si por la guerra, las fuerzas navales de la Confederación habrán sido destruídas antes de que nosotros hayamos podido intervenir... Los americanos han jugado bien su sorpresa... Yo lo siento tanto como ustedes... Dos escuadras han salido para el Pacífico del Sur... la una a imponer la neutralidad, la otra a sorprender a la vuestra en sus evoluciones en la bahía de Ancud... Ya ve Ud. que no tenemos más que hablar, por ahora.

Tellez se lo tuvo por dicho, pero continuó sonriendo.

—Está bien, murmuró, mañana en la tarde, o pasado mañana, nos veremos... Mi



...sistencia poco antes de las diez de la mañana

dirección será el Hotel Savoy... Hasta la vista...

Y con sin igual aplomo, el estupendo personaje, se despidió del Ministro, y después de bajar en dos saltos la escalera, se dirigió tranquilamente a pie por Regent Street hacia el hotel que acababa de indicar.

Escogió su departamento, se dió un baño tibio y se sentó en seguida a despachar con la mayor sangre fría un *breakfast* a la inglesa.

XI

El canciller de Inglaterra tardó largo rato en reponerse del desagrado que le causara la extraña visita de Tellez. Los estadistas europeos despreciaban y aborrecían a la vez a aquel individuo raro, semi-bárbaro, salido repentinamente de la obscuridad en esa América tumultuosa e infantil, que por tanto tiempo consideraran una tierra de tráfico, análoga al Congo o al Senegal.

¡Cuánto daño no había causado ya a los intereses comerciales de la Europa, ese César de ópera-cómica, enemigo endemoniado de los extranjeros, boxer al estilo de la China, heredero genuino de los Rozas y de los Guzmán Blanco!

Y ahora ese hombre, como para hacer gala de su falta de respeto a todas las tradiciones, a todos los usos establecidos, se le presentaba en su casa a las siete de la mañana, después de batir un record en aeroplano, a ofrecer su alianza a la Corona de Inglaterra, con la misma llaneza con que hubiera podido ofrecer un cigarro a un antiguo condiscípulo.

¿Qué alianza era posible entre las grandes y orgullosas monarquías europeas, y ese Estado monstruoso y abigarrado, nacido como los hongos de la eterna anarquía sudamericana? El caso era seguramente *choking*. ¿Iba Inglaterra a armar sus escuadras para que el señor Tellez reemplazara a los Estados Unidos en el dominio de Panamá?

—Absurdo, idiota, se repetía Sir Edward Lipton.

Todo aquel día lo empleó el canciller en importantísimas conferencias. La situación internacional era alarmante... La presencia de la escuadra americana en Arica significaba que la gran República esperaba una agresión y quería prevenirla; la falta de noticias, originada por la interrupción de las líneas cablegráficas e inalámbricas, no hacía sino aumentar las incertidumbres y los temores.

Sin embargo, ni en todo ese día ni en el siguiente pensó en llamar a Tellez...

—Bien se está en el Savoy, como un perfecto rastá que es ese individuo, pensaba... ¡Alianza!... En nuestras antiguas guerras coloniales, los rajahs de la India fueron a veces nuestros aliados... Se batían por ser nuestros súbditos y no los del gran Mongol o los de Francia... Así comprendería yo una alianza con ese Tellez... Pero... más vale reirse.

El 6 de Septiembre llegó a Londres, S. M. Guillermo II, emperador de Alemania, con el pretexto de pagar al Rey Jorge una visita de cortesía, pero la prensa europea no hacía misterio sobre la importancia de ese viaje... Sin duda el problema americano marchaba rápidamente a un desenlace sangriento.

En la tarde de aquel día, el canciller pasó a visitar al emperador, que se hallaba en el nuevo palacio de Green Park.

La conferencia no terminó sin que se hablara de Tellez. Las prevenciones del emperador alemán, en contra del político sudamericano, eran aún más acentuadas que las del estadista inglés. Aquel soberano tan celoso de su dignidad, como del poderío y supremacía de su nación, no podía olvidar los golpes asestados por Tellez, al comercio alemán, a la navegación alemana y a los barcos alemanes, en los últimos dos lustros.

—Pienso en todo como S. E., dijo el emperador al canciller. Las fuerzas de la Confederación no son, sin embargo, del todo despreciables... Su Ejército se provee en Alemania, y como S. E. sabe, nuestra industria es la primera del mundo en este ramo.

—Sus buques son construídos en Inglaterra y tampoco son malos, agregó el canciller, a quien la *plancha* de su real interlocutor había llegado a lo vivo.

—Pero los buques Armstrong y los cañones Krupp de Tellez no pueden ahora servirnos de mucha ayuda, dijo el emperador. Los americanos son dueños del Istmo, y pueden, por tanto, impedir toda tentación de aunar nuestros esfuerzos con los de la Confederación del Pacífico. Además, es indudable que ya a estas horas la escuadra norteamericana habrá sorprendido y antiquilado a los buques de esos mulatos del Sur... Más vale no pensar en el negocio.

La conversación tomó otro giro.

—¿Ha conferenciado S. E. con el Embajador de los Estados Unidos? preguntó el emperador.

—Sólo hace hora y media, repuso el canciller... Volvió a repetir sus protestas pacíficas, y quedó de enviarme esta misma noche un memorándum con nuevas proposiciones de arreglo... Temo, sin embargo, que cualesquiera que ellas sean, siempre podrán los Estados Unidos burlarlas, mientras continúen dueños de la soberanía del canal.

—Y, ¿cómo explica el Embajador la demostración naval en Arica? Este hecho parece en contradicción con sus declaraciones en favor de la paz.

—Sin embargo, repuso confidencialmente Sir Lipton, la explicación de semejante paso es muy sencilla... Parece que la Con-

cillería norte-americana abrigaba vehementes y bien fundadas sospechas en el sentido de que Tellez pretendía por un medio u otro precipitar un rompimiento entre nosotros y los Estados Unidos... En favor de la misma paz han querido, pues, destruir un peligro.

—El cual no era, por cierto, imaginario, agregó el emperador... El extraordinario paso dado por Tellez confirma ampliamente el modo de ver de la Cancillería norte-americana.

—Sea lo que fuere, concluyó Sir Edward Lipton, los preparativos continúan aquí co-



Jorge V, en presencia de toda su Corte y del Emperador de Alemania, a bordo del "Royal Sovereign" confirió a Julio Tellez las insignias de la Orden de la Jarretiére

mo en Alemania, con toda actividad. Estamos en todo momento listos para cualquiera emergencia.

Aún no había concluído el canciller de pronunciar estas palabras, cuando penetró respetuosamente en la sala un ayuda de campo del emperador.

—El Primer Lord del Almirantazgo, solicita entrar, dijo...

—Adelante, contestó Guillermo II.

Lord Conyngham, pálido y tembloroso, se inclinó respetuosamente ante el emperador.

—Con perdón de V. M., dijo, pero si me he atrevido a interrumpir así vuestra conferencia, es porque acaban de recibirse noticias de la mayor gravedad. Las comunicaciones cablegráficas con América acaban de restablecerse... y por la vía que menos esperábamos... Se traduce en estos momentos un despacho cifrado que viene por la vía directa de Colón... Hé aquí los primeros párrafos...

El emperador y el canciller se inclinaron al unísono sobre aquel trozo de papel.

Se siguió un instante de estupor.

—¿Está todavía, Tellez, en Londres? preguntó Guillermo II.

El canciller asintió con un movimiento de cabeza, y como interpretando el pensamiento de todos, tocó un timbre. Un secretario se presentó.

—Vaya Ud. al Hotel Savoy, pregunte por Mr. Julio Tellez y tráigalo inmediatamente... Dígale, añadió, como corrigiéndose, que S. M. el emperador de Alemania y yo lo necesitamos con urgencia.

Los circunstantes aprobaron con la mirada.

—Es el mismo diablo, murmuró para sí el canciller. Ahora recuerdo que me había citado para hoy en la tarde.

XII

¿Qué decía el despacho cablegrafico, autor de un cambio tan súbito?

Vamos a reproducirlo textualmente.

"Colón, 6 de Octubre, a la 1.55 P. M.—Señor Primer Lord del Almirantazgo.—Londres.—Tengo instrucciones de mi Gobierno para poner en conocimiento de S. E. los hechos siguientes:

"Hoy al amanecer se presentaron sorpresivamente delante de Panamá, quince acorazados de la Confederación del Pacífico, y una escuadra aérea de cincuenta aeroplanos de gran poder. Estas fuerzas rompieron inmediatamente sus fuegos contra la plaza. La resistencia habría sido larga y obstinada y el resultado dudoso, pero a las dos horas de haberse iniciado el combate, estalló el parque norte-americano de Pedro Miguel, y pocos minutos después, dos de los tres fuertes que guarnecían la ciudad, volaron por los aires. Los panameños, desde hace largos años, irritados por la absorbente dominación extranjera, tenían preparado sigilosamente un complot para destruir el poder militar de sus conquistadores. Los mismos habitantes de la ciudad, aunados, entregaron la plaza a la marinería sud-americana, que la ocupó sin resistencia poco antes de las diez de la mañana. A medio día los aeroplanos del general Pacheco tomaron tranquilamente posesión de Colón, completamente desguarnecido, pues todas las fuerzas americanas se habían concentrado desde el amanecer en Panamá. El coronel Robertson, jefe de la guarnición de la zona, se ha retirado hacia la Chonera Se le persigue activamente. La zona entera del Canal está en poder de la Confederación. Es cuanto tengo que comunicar a S. E.—Aguirre."

La extraña comunicación fué leída por décima vez en presencia de Tellez.

—¡Panamá tomada en seis horas! ¡Fuertes que vuelan, polvorines que estallan! Todo esto parece una leyenda absurda, un sueño insensato, un cuento bueno para niños, dijo Sir Lipton, sin volver de su asombro.

Tellez se encogió de hombros.

—Hay dos hechos indudables, sin embargo, repuso: el primero que yo sabía que esto iba a suceder hoy mismo. ¿Recuerda Ud. mi cita?... El segundo es que ese cablegrama viene de Colón y que los americanos no lo han puesto. ¿No habían ellos interrumpido todas las comunicaciones cablegráficas con América, ya que merced a la imprevisión de los Gobiernos europeos, todos ellos estaban en sus manos?

—¿Pero cómo pudieron ocurrir tales sucesos, preguntó Guillermo II.

—Para comprenderlos, Sire, repuso Tellez, es necesario haber vivido en Panamá... No hay en América ni en el mundo un pueblo más desventurado... Otras na-

ciones gimen también bajo el dominio extranjero, pero son dueños al menos del pan que se llevan a la boca y del aire que respiran... ¡Qué caro ha pagado Panamá su traición a la causa de su raza y de la América Latina!... Aquel país vendió por un plato de lentejas no sólo su independencia, sino también el derecho a vivir. El yanqui, como todo anglo-sajón, es orgulloso, cree como en un dogma en la superioridad incontrastable de su raza... Pero los ingleses son siquiera cultos y bien criados... El americano aplasta brutalmente.

¡Pobres panameños! Los conocí hace años, cuando conservaban aún algunas ilusiones. Los jóvenes del Itsmo esperaban encontrar trabajo bien remunerado en las obras del canal. Juraban por los Estados Unidos. Aunque en ese tiempo no era aún general la moda de raparse el bigote, ellos la seguían, para parecerse a los americanos. Pero tenían el cutis moreno, hablaban mal el inglés y no eran ciudadanos de los Estados Unidos... Hasta los porteros de las oficinas y los amanuenses vinieron de otros climas... Los "nativos", los indígenas, como despreciativamente los llamaban los orgullosos hombres del Norte, fueron perdiendo poco a poco sus antiguos medios de vida, vencidos por la competencia implacable de sus dominadores.

Es preciso ser humillado y pisoteado así, es preciso sufrir el hambre y la impotencia, para odiar como esos hombres odian ¿Y se admira Vuestra Majestad, de que en un momento crítico vuele un polvorín y un par de fuertes?... Ah, Sire, yo había esperado y preparado un poco más... No basta en nuestro siglo para dominar un país, ser dueño de la tierra, es necesario tener también algún imperio sobre las almas, es a lo menos indispensable no ser el objeto de un odio, como es el que ahí palpita.

—Así y todo, observó el emperador con ademán pensativo, apenas se concibe cómo en un país militarmente organizado, pudo fraguarse una conspiración de ese género.

—¿No cree Vuestra Majestad en los milagros del amor? preguntó Tellez.

Guillermo II hizo un gesto de asentimiento...

—Entonces, ¿por qué no creer en el odio? repuso Tellez... El es todavía mucho más fuerte...

Un largo y significativo silencio siguió a estas palabras. Todos pensaban profundamente.

—¿Y cuál es, en el concepto de U... Mr. Tellez, la situación militar del Itsmo? preguntó el Primer Lord del Almirantazgo.

—Los Estados Unidos tenían ant. quince o dieciocho mil hombres y nov.ta cañones de fortaleza de gran calibre, repuso Tellez. Después del descalabro sufrido, la situación no puede ser sino la siguiente: El coronel Robertson, retirado a la Chonera, debe conservar a lo menos ocho mil hombres más o menos bien organizados. Si se han cumplido, como lo espero, mis instrucciones, a nuestras tropas de desembarco y marinería, que ascienden aproximadamente a otro tanto, debe haberse ya reunido la división colombiana que tenía órdenes de embarcarse en Buenaventura ayer por la noche... Tendremos, pues, en Panamá unos veinte mil soldados por ahora... De los fuertes no haremos cuenta, porque dada la forma del ataque sólo deben quedar restos de ellos... No nos servían de gran cosa... El coronel Robertson no puede, con todo, pensar en atacarnos, y, por el contrario, los nuestros deben haber abierto contra él una campaña rápida y ofensiva....

—Perfectamente, interrumpió Sir Lipton, pero los americanos pueden recobrar el Itsmo antes de cuarenta y ocho horas.

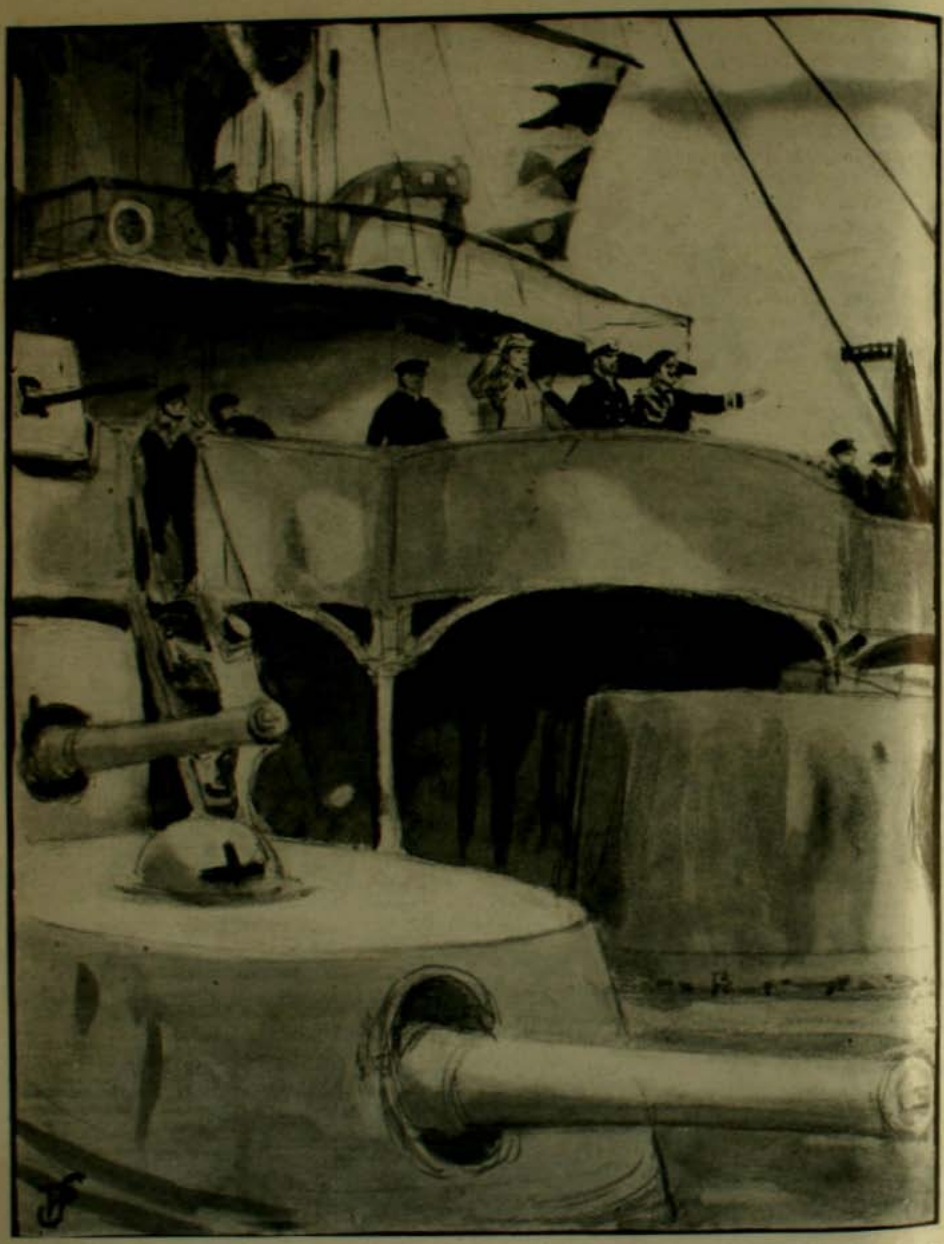
—Sólo los aeroplanos pueden llegar en ese tiempo al Itsmo y aún en menos, dijo Tellez.

—Está bien, pero esos aeroplanos... observó Guillermo II.

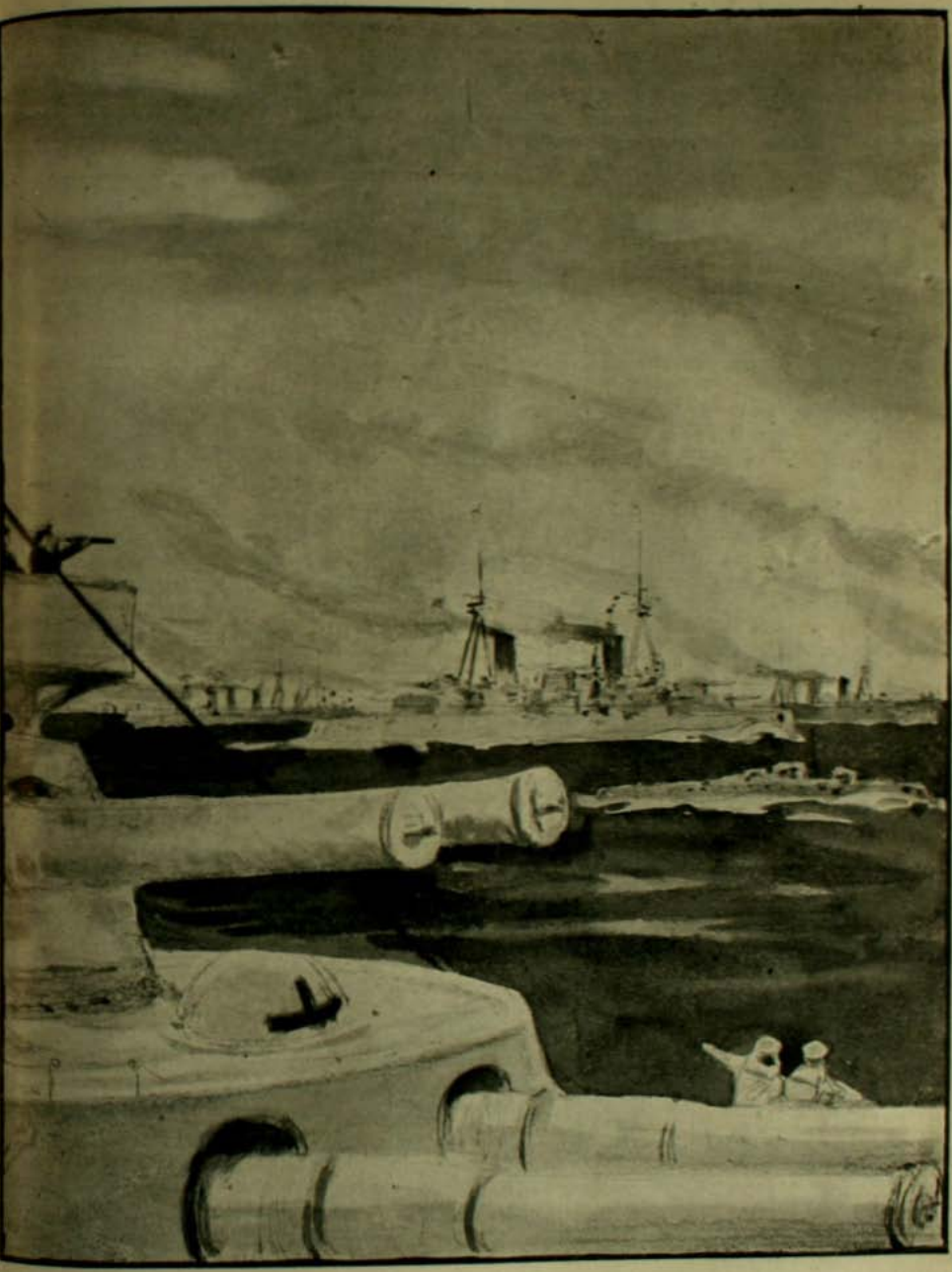
—Tienen doscientos en Mobile, prosiguió Tellez... A estas horas pueden estar ya alistándose y si parten esta tarde, llegarían mañana con el alba al Itsmo... Muy bien, pero, ¿qué pueden hacer los aeroplanos, sin el apoyo de una escuadra? No tienen fuertes que destruir; eso ya está hecho, ni pueden conducir tropas de desembarco. Dispersando nuestras fuerzas en las selvas del Itsmo, después de destruir a Robertson, cosa que ya debe estar hecha o a punto de hacerse, los aeroplanos sólo podrán destruir inútilmente pueblos y caseríos desguarnecidos e indefensos, contra todas las prescripciones del derecho internacional... No, los americanos no lo harán.

—¿Y la escuadra? preguntó el primer Lord del Almirantazgo.

—Los Estados Unidos poseen sesenta



Su sueño



ba a realizarse

Neptunians, dijo Tellez. Veinte en el Pacífico, atacando los fuertes de Arica, y cuarenta en el Atlántico, distribuidos en tres divisiones: una en Portland (Maine), otra en Savanah (Georgia) y la tercera en Nueva Orleans (Luisiana). La última no puede operar sola contra la nuestra, dueña del canal... Consta sólo de ocho Neptunians. Tendría que unirse con la de Savanah, flota de veintidós acorazados. Aún así, sin tropas de desembarco, sólo podrían dominar la costa antillana de Panamá... Sus buques no podrían penetrar en el canal, cuyas esclusas están en nuestro poder, y cuyas aguas serán ya esta noche una verdadera red de bombas submarinas. Para conseguir tan triste resultado, desguarnecerían las costas más vitales de los EE. UU., las más cercanas a las escuadras de Europa.

La división del comodoro Wilson, actualmente en Arica, no podrá operar sin conjunción con la otra al través del canal... eso es claro. En nuestra mano está el impedirlo... Consta esa división de veinte Neptunians, pero tengo fundadas esperanzas de que ahora sean algunos menos... Los fuertes de Arica, no disparan con balas de algodón, a pesar de que pertenecen a una potencia de segundo orden.

Al oir estas últimas palabras, Sir Edward Lipton se sonrojó.

—La Confederación cuenta con otros tantos buques, continuó con la mayor inocencia Julio Tellez, y espera a Wilson en Panamá!....

—Pero los Estados Unidos prepararán ya un ejército de desembarco para enviar al Itsmo, observó el Primer Lord del Almirantazgo.

—Por cierto, repuso Tellez, y si andan listos pueden estar allí en unos... quince días frente a Colón... Pero, ¿no es verdad, añadió, que antes de ese plazo las escuadras de Alemania e Inglaterra estarán también allí?

—Es verdad, contestaron, casi al mismo tiempo Guillermo II y el canciller de la Gran Bretaña.

. . . . . .

Al día siguiente tuvo lugar en Portsmouth una conmovedora ceremonia... Jorge V, en presencia de toda su corte y del emperador de Alemania, a bordo del Royal Sovereign, buque almirante de su escuadra, confirió a Julio Tellez, las insignias de la Orden de la Jarretiere.

Era el primer extranjero no soberano, que recibiera tan alta distinción.

Y el diputado por Castro y Quinchao, se durmió aquella noche pensando que su sueño iba a realizarse.

En unión de las dos más poderosas escuadras de Europa iba a combatir en el mar de las Antillas por la gran causa de la independencia de la América latina.

(Concluirá)

J. B. C.





El frutillero

VENDEDORES AMBULANTES

El grito desapacible que nos despierta cada mañana ofreciéndonos cualquier producto de la tierra o de la industria humana, es como la voz del tiempo que nos anuncia la vuelta de cada estación con sus frutos peculiares y sus especiales menesteres.

Del "mote pelao" a las "castañas cocidas" hay la misma distancia que entre las cálidas siestas del verano y las frías veladas del invierno. El primero nos recuerda que llegan los alegres días de pleno sol en que el cuerpo se emborracha de calor y los ojos de luz; días en que son una caricia las sombras de la alameda y un néctar milagroso las frescuras de una bebida simple y sana. El otro nos evoca las noches melancólicas en que el viento barre de las calles la animación de los grupos humanos y los lleva a amontonarse junto a un rescoldo en habitaciones no siempre bastante limpias ni bastante abrigadas.

La reglamentación del comercio y la multiplicación de los emporios de provisiones por los diversos barrios de la ciudad, han traído la muerte de muchas de esas humildes industrias callejeras. La congestión del tráfico en ciertas calles y la severidad de las ordenanzas han limitado la parte explotable, han regimentado a los vendedores ambulantes, han obligado a sucumbir o a desterrarse hacia los suburbios al de la clase ínfima. El vendedor de maní tostado y de cande suizo, con sus carritos casi elegantes y sus ingeniosos artefactos, han hecho huir avergonzados al motero con su viejo canasto de mimbres y al botellero con su saco al hombro.

Los que vendían zapatos junto a la antigua pila de la plaza, y que tan mala pasada le jugaron a Martín Rivas, se han establecido ahora con tienda de importaciones donde el cuero de nuestros animales criollos recibe los timbres de una ejecutoria yanqui. Se ha barrido las calles de las humildes figuras de otro tiempo, pero no ha ganado con ello el bolsillo del consumidor.

Desde los primeros tiempos la vida santiaguina dividió a los habitantes en dos porciones que se distinguían entre sí por esta importante diferencia: unos poseían haciendas o chacras vecinas a la ciudad y recibían cada mañana de ella los productos más escogidos; los otros compraban a los inquilinos y medieros de los anteriores el sobrante de esos productos.

En los comienzos de la primavera, pasa-

dos los *meses azules* de las penurias invernales, repartíase por la ciudad el grito clamoroso de los vendedores ambulantes de verduras y legumbres que anunciaban la abundancia y la baratura de los tiempos viejos. Las cebollas de lechoso tallo, gruesas como el dedo apenas; las papas de piel rosada como la carne de una criatura, todo el surtido de legumbres de una tierra pródiga, a cuartillo el almud.

Junio y Julio, los meses más celebrados del año, recien habían pasado con sus escuadrones de pavos conducidos por la vari-



El complicado mecanismo para el maní tostado

lla del vendedor a través de las calles más aristocráticas de la ciudad. Con una rama de perejil en el pico, aparecían las cachacientas aves, días después, en la mesa de los Juanes, Buenaventuras y Enriques de la patriarcal existencia de esas épocas.

Venían luego los tiempos de la horchata vendida en el cántaro de greda de Talagante, el "belao cantao" que hoy anuncia solamente el mugido de un cuerno. El frutillero que pasaba arreando su burro; el mismo que debía traer en seguida las brevas de Pascua y los duraznos de Enero. El arriero de holgados bombachos y de bonete maulino había pasado ya con su carga de chirimoyas de Quillota.

Ante las casas en que la indiecita permanecía al agualte sin descanso, desfilan el velero con sus ristras de bujías de sebo pendientes del palo que contrapesa en sus hombros; el yerbatero con su bolsa repleta de flatos y ataques biliosos; el dulcero con sus alfajores y bizcochuelos mosqueados; el sandillero portador de las lepidias provocadas por el fruto precoz.

Todo esto pasaba en los tiempos en que el comercio defendido por fuertes capitales aún no salía de su cuenta a disputarse en las calles a los clientes, enviando los elegantes triciclos que hoy vemos sortear los obstáculos del tránsito; cuando aún no soñaban los portales de Sierra-Bella verse convertidos en el Fernández Concha del día, atestado de pequeños puestos de frutas en que la belleza de los productos, el arte de su presentación y el precio andan juntos allá por las nubes...

El vendedor ambulante es el tipo más simpático de la "fauna" callejera. Su voz persuasiva, casi mendicante, ofrece al transeunte apresurado lo que este puede necesitar, para sus necesidades del momento: un par de cordones para zapatos, un vaso de aloja o un paquete de turrones para el niño que marcha de mala gana a nuestro lado.

Junto a él pasan todas las fastuosidades, todas las ambiciones, y él sigue siempre con su sonrisa modesta, su mano estirada en el ademán de ofrecer o pedir algo. Y mientras los demás progresan, amasan una fortuna, la pierden y la vuelven a ganar, él sigue siempre el mismo, con sus ropas de diario y su delantal brillante por el uso; porque sus ganancias son exiguas como su comercio y apenas le permiten apartar cada noche del capital realizado, los centavos que pide el sostén de la familia.

Entre estos modernos mercurios incansables en recorrer la ciudad, hácense notar los brillantes carritos de los vendedores de maní. Las ingeniosas maquinillas que imitan locomotoras, bombas contra incendio, faros y otros objetos de alta mecánica, hablan por todo un capítulo de psicología popular.

La diosa *Réclame*, de nombre galo pero nacida en Yanquilandia, aguza su ingenio en los avisos de los periódicos, en los carteles de las calles y triunfa plenamente en estas complicadas ruedecillas y poleas, que tienen a los ojos del vulgo todo el encanto



El motero

de las miniaturas y la seducción de lo misterioso.

Un volante no mayor que una rueda de máquina de coser arrastra en sus giros las poleas de un juego de transmisiones que podría servir a la más importante fábrica de Liliput.

El engranaje hace voltear con pausa el cilindro donde se tuestan las insípidas cápsulas del maní, exhalando en torno un perfume de fruta asada, de aceite y de bencina.

Aquel cilindro hermético, los escapes de vapor y el silencioso rodaje de toda la máquina, hacen más por la venta de la mercadería que cuanto podría conseguir el más sugestionador de los charlatanes.

Otro tanto hace el cilindro vertical de los barquillos. De los números repartidos al rededor de la ruleta, el único 20 tienta por su misma singularidad, y el jugador que mueve una vez la barba de ballena, se empecina en que ha de detenerse sobre aquella cifra esquiva. Los cincos siguen a los cincos, del bolsillo del comprador al del godo que espera flemático la parada de la aguja en alguno de los 1 ó 2 que hormiguean al borde del disco.

El grito del "casero" ha resonado a la puerta; el carretón o el caballo de carga se ha detenido frente a la casa, en espera de la sirvienta que venga a recibir su habitual ración de mercadería. El caballo o el burro que acompaña al vendedor se ha parado en seco, sin necesidad de la menor advertencia de su amo, con la regularidad de un buen burócrata que mide su tiempo entre la oficina y su casa.

No hay "carestía" sin regateos, ni compra que no se haga con la tácita seguridad de haber engañado al vendedor, sin perjuicio de gritarle lo contrario una y mil veces. Por lo general, cada cual trata de engañar al otro, y así la negociación es siempre equitativa.

—¿A sesenta la cuartilla? No embrome, casero. Le daré treinta, y no hablemos más.

Y si es tan vieja que no tema confesarlo, la sirvienta agregará:

—¡Cómo cambian los tiempos! Si parece que era ayer no más cuando hacíamos un rico puchero con medio real!

—Así sería, pues, misiá Domitila, pero es que entonces la cuadra de tierra valía veinticinco pesos al año, y un buey treinta pesos. Ahora los patrones atracan duro, y, pa que vea, los de casa han agarrao el gus-



Los canarios de la suerte

to por el té y otra cantidad de vicios de rico...

Con lo cual se le da una amistosa palmada en el anca a la bestia, y vamos andando hasta completar el paseo que realiza día a día a través de la ciudad, sin faltar ninguno mientras la tierra produzca algo.

❦

Hé aquí que el vendedor ambulante llega a los barrios obreros, donde la cité y el conventillo albergan todas las gradaciones



Vendedoras de camisas a orillas del Mapocho

de la pobreza, desde la que vive limpiamente y hasta con cierto lujo exterior, hasta la que se abandona a la mugre y a la muerte.

De algunas ventanas entreabiertas se tiende un brazo medio desnudo, que indica un sueño tardío y una vida de inercia o algo peor. Discretamente el vendedor pasa lo que le piden y sigue su camino. Esa señora no encuentra nada caro, pero rara vez tiene dinero para pagar comestibles.

Otra dama sale a la puerta a poco andar. Viste con excesiva elegancia, que el canasto colgado de un brazo corrige violentamente. Con su piel al cuello, su manguito colgante y el zapato de charol, denuncia una obrerita de casa fuerte que deja hecha sus compras antes de marchar a la tienda.

El vendedor callejero penetra al fondo del suburbio, bordea los baches y los montones de cieno de las vías en perpetua compostura y se detiene ante la puerta carcelaria del conventillo, cuyas celdas se enfilan hacia adentro con uniformidad fría y antipática.

Aquí es un pobre entre pobres—algunos mucho más pobres que él mismo;—su situación no es ya del que defiende su mercancía de los dengues de la avaricia, sino la situación del que contemporiza con la necesidad sin recursos. Su mano, que solía ser dura en los barrios lujosos, se abre aquí en ocasiones, con esa fácil simpatía que nace entre necesitados.

❦

Al falte clásico que voceaba por calles y caminos las "cosetienda", ha sucedido el turco incansable y sobrio como los camellos de sus colonias. El gusto del pueblo por los abalorios, la rebaja en el precio y la baratura ordinaria, han encontrado su hombre.

Pero apenas triunfa el turco, dispútanle la clientela el italiano que pasea por calles y plazas su encatrado repleto de insignificancias,—¡Todo a cuarenta!—y los presuntos marineros con facha de contrabandistas que, con su camisa azul-marino, su jerga inglesa y su bolsa de casimires se atrapan al comprador gesticulando, contando con los dedos y lanzando miradas maliciosas o furibundas.

Todos se disputan la moneda que el comprador retiene cada vez más fiojamente mientras le llega el momento de sucumbir a la tentación del artículo o a la sugestión del vendedor; la moneda que este ve como supremo fin de sus andanzas.

E. M.

EL BORDADO INCONCLUSO

Por

DANIEL DE LA VEGA

Comedia estrenada recientemente en el Palace



Al artista

N. YAÑEZ SILVA

En testimonio de sincera admiración

D. de la V.

Ilustraciones fotográficas

PERSONAJES

LUCIA.
SAMUEL.
DOÑA BERTA.
ALICIA.
ESTER (criada).
JUAN.
UN CRIADO.

ACTO UNICO

La escena representa una salita íntima de casa provinciana. Al fondo una ventana que dá a un jardín. Una puerta a la izquierda que comunica con el interior de la casa, y otra a la derecha que da a la calle. En una de las paredes habrá un espejo. En el centro de la sala una mesa con algunos libros y útiles de costura

PROLOGO

La monótona vida provinciana
rueda olorosa, tímida, inocente,
llora un cantar, resonga una campana
y las tardes se apagan mansamente.

Las muchachas detrás de los balcones
contemplan florecer las primaveras,
y entretienen sus locos corazones
con quimeras, quimeras, y quimeras...

¿No viene el novio? Y tienden la mirada
sobre las soledades de la vía...
¿Viene el novio?—preguntan—¿viene?... ¡nada!
Y suspiran—¡No viene todavía!...

Todo es monótono en el pueblo. Todo
duerme una siesta blanda y conventual,
todo sigue rodando de igual modo,
igual la angustia y el paisaje igual...

Alguna vez penetra en una casa
el amor loco, lírico y triunfal;
deja en el aire ensueños... pero pasa...
Y el pueblo sigue exactamente igual...

¿Pasó el amor?—pregunta la campana;
Un curioso pregunta: ¿Quién lo vió?...
¿Pasó el amor? Y en la quietud poblana
Ninguno sabe si el amor pasó...

Pero el poeta que escribió este cuento
dice que cuando empieza a atardecer,
los corazones saben que en el viento
hay humedad de llanto de mujer...

Sobre este asunto rueda la historieta
tejida con vellones de emoción.
la escucharéis de labios del poeta
como de corazón a corazón.

ESCENA I

Lucía y Ester

ESTER.—(*Poniendo en orden los libros de la mesa*). ¿Y qué edad tenían entonces?

LUCIA.—(*Sentada junto a la mesa, bordando una rosa*). Samuel, doce; yo, diez. Me acuerdo perfectamente de los trajes que usaba, de las blusas marineras, los cuellos azules y las gorras con letras doradas...

ESTER.—¿Vivían cerca?

LUCIA.—Nuestras casas estaban casi juntas. Eran dos propiedades que adquirió mi tío un año antes de morir. Caserones viejos con grandes patios con palmeras.

ESTER.—De esas casas me ha hablado la señora.

LUCIA.—Mamá les tenía mucho cariño. Samuel vivió en ellas hasta que cumplió catorce años. ¿Lo conociste tú entonces?

ESTER.—No.

LUCIA.—Era un chiquillo muy simpático, muy loco, y sobre todo perezoso. No

estudiaba, no quería estudiar. A veces yo le aconsejaba: Estudia, Samuel, pronto tendrás que ganarte la vida con tu trabajo, y si no estudias...

ESTER.—¿Y le hacía caso?...

LUCIA.—¿Si me hacía caso? ¿A qué te refieres tú?

ESTER.—A que si le obedecía.

LUCIA.—¡Ah!... no... me hablaba de las partidas de foot-ball, de los estrenos teatrales, y de muchísimas tonterías que le llenaban la cabeza de humo... ¡Y tan enamorado!

ESTER.—¿Enamorado?

LUCIA.—Si tú hubieras visto que ojazos nos ponía al hablar... ¡paliquero como ninguno!

ESTER.—Y yo que lo creía tan serio.

LUCIA.—¿Serio? A los quince años tuvo un amorío célebre con la domadora de un circo inglés. ¡Si tú lo hubieras conocido!

ESTER.—¿Y escribía ya?

LUCIA.—Es claro. Me acuerdo de un madrigal que empezaba

Deja besarte en los ojos
para sentirte dormida...

ESTER.—Versos que serían para Ud., naturalmente.

LUCIA.—(*Sonriendo*). Cállate, tonta.

ESTER.—¿Soy indiscreta?

LUCIA.—No... indiscreta no...

ESTER.—Entonces, permítame ser curiosa.

LUCIA.—¿Qué quieres saber?

ESTER.—Si eran para usted esos versos.

LUCIA.—¡Vaya!... te lo diré... creo que sí...

ESTER.—(*Maliciosa*). ¿Cree?

LUCIA.—Es claro. ¿Va una a estar segura de eso?

ESTER.—¿Por qué no?

LUCIA.—Tú no conoces a los hombres...

ESTER.—Pero Ud. podría saberlo.

LUCIA.—¿Cómo?

ESTER.—Si le concedió lo que pedía....

LUCIA.—¿Lo que me pedía?

ESTER.—Sí. Besarla en los ojos...

LUCIA.—¡Vaya! Nunca... ¡Piden tanto los hombres!

ESTER.—¿Y don Samuel pidió mucho?

LUCIA.—Mucho, pero todo imposible.

ESTER.—¿Imposible?

LUCIA.—Todo.

ESTER.—¿Ud. recuerda los versos?

LUCIA.—Algunos....

ESTER.—Todos no.

LUCIA.—No...

ESTER.—¡Qué olvidadiza!

LUCIA.—Si no sé si los recuerdo.

ESTER.—Pruébelo.

LUCIA.—¡Qué exigente eres!

ESTER.—Pero, señorita, como no los va a recordar...

LUCIA.—Espérate... algo... empezaban así...

Deja besarte en los ojos
para soñarte dormida,
deja beber en tus labios
todas mis risas perdidas...

ESCENA II

Dichos y Alicia

ALICIA.—Versos del primo, ¿eh?

LUCIA.—(*Sorprendida*). ¡Ah! ¿Eras tú?

ALICIA.—No te asustes, hermanita, a tu edad es perdonable eso y mucho más...

LUCIA.—¿Por qué lo dices?

ALICIA.—Por nada.

LUCIA.—Creí que te molestaba que recordara versos de Samuel.

ALICIA.—¿Molestarme? Pero si yo también lo hago, y creo que tú no te pondrás celosa.

LUCIA.—(*Bruscamente*). ¿Celosa?

ALICIA.—No te ofendas.

LUCIA.—No me ofendo, pero creo que tus palabras...

ALICIA.—No seas loca, yo te explicaré. (*Dirigiéndose a Ester*). Sal, tú. (*Sale Ester*).

LUCIA.—¿Es tan serio lo que tienes que decirme?

ALICIA.—Serio, no, pero me gustan poco las criadas para confidentes.

LUCIA.—¿Es un reproche?

ALICIA.—Déjate de sensiblerías. Te gusta Samuel, ¿verdad?

LUCIA.—Demasiado audaz la pregunta.

ALICIA.—Contéstame, ¿te gusta Samuel?

LUCIA.—¿Gustarme?... te diré francamente... algo... sí... ¿y por qué me lo preguntas?

ALICIA.—Después lo sabrás.

LUCIA.—¡Difícil me parece!

ALICIA.—Dime, ¿y no les has olvidado en estos dos años que no le has visto?

LUCIA.—Pero ¿a qué vienen estas preguntas?



"Pero el poeta que escribió este cuento..."

ALICIA.—Contéstame. ¿No le has olvidado en...

LUCIA.—No.

ALICIA.—¡Qué rara eres!

LUCIA.—¿Por qué? No te has fijado que la distancia hace más codiciable las cosas y las personas.

ALICIA.—¡Puede ser!

LUCIA.—Lo es.

ESCENA III

Dichas y doña Berta

DOÑA BERTA.—¿Siempre discutiendo?

ALICIA.—(*Cogiendo un libro de la mesa*). No, mamá, leíamos versos del primo.

DOÑA BERTA.—Perdiendo el tiempo... de esta manera se comprende que Lucía no concluya su trabajo.

LUCIA.—Pero, mamá, si es tan difícil.

DOÑA BERTA.—Qué va a ser difícil. Cuando yo bordaba terminaba tres paños a la semana.

ALICIA.—Bueno. Concluyan la polémica, que voy a leer.

DOÑA BERTA.—¿Versos?

ALICIA.—Sí.

LUCIA.—Lee esos de la vida gitana.

ALICIA.—¿Cuáles?

LUCIA.—Los de las golondrinas.

ALICIA.—Ah! ya. (*Buscando las páginas*). Diecinueve, veinte y dos, treinta y cinco... aquí está (*Leyendo*). Errancia gitana.

Golondrinas viajeras
formamos nuestros goces
con luces de quimeras
y temblores de adioses.

En esta edad traviesa
nuestras almas se abrasan
en la vaga tristeza
de las cosas que pasan...

Y mueren los amores,
y del pasado cálido
no restará mas que
un puñado de flores
y un recuerdo muy pálido
de la que ya se fué...

LUCIA.—Esos versos retratan a Samuel.

DOÑA BERTA.—Saben ustedes dónde los escribió.

LUCIA.—¿Dónde?

DOÑA BERTA.—En Méjico.

ALICIA.—¿En Méjico?

DOÑA BERTA.—Es claro; cuando tuvo la donosa ocurrencia de echarse a vagar con esos titiriteros enamorados de la luna.

ALICIA.—Ah! sí... locuras de la edad.

DOÑA BERTA.—¿De la edad? Si tiene veinticinco cumplidos, y todavía nadie le saca de la cabeza los viajes y la bohemia. Anda a ver, Alicia, si regaron las plantas del corredor.

ALICIA.—Sí, mamá, están regadas.

DOÑA BERTA.—Anda a ver.

ALICIA.—¡Pero si las reguó yo!

LUCIA.—Mamá, que son las cuatro.

DOÑA BERTA.—Tú sabes que Samuel dice que los artistas y los aristócratas deben llegar atrasados a todas partes.

ALICIA.—Eso si el tren le oyera.

DOÑA BERTA.—Tu primo es poeta, y los poetas son capaces de empalicar a un ferrocarril.

ALICIA.—Hablas mal de los poetas, mamá.

LUCÍA.—Si no fuera por ellos...

DOÑA BERTA.—¿Qué sucedería?

LUCIA.—Nada.

DOÑA BERTA.—¿Entonces?

LUCIA.—Si no fuera por ellos que llenan de versos nuestras vidas recluídas, las tardes parecerían más largas y más tristes.

ALICIA.—Romántica estás, hermana.

LUCIA.—Puede ser, Alicia; romanticismos míos que son tuyos también.

ALICIA.—¿Míos?

LUCIA.—Tuyos también. Yo sé que en las tardes más nubladas y frías, cuando te encuentras sola, rompes a cantar... ¿por qué cantas?

ALICIA.—Canto... porque sí...

DOÑA BERTA.—Esa es la razón de los niños... porque sí...

LUCIA.—Y la de los poetas, mamá. Porque la poesía es una cosa inexplicable, que nos habla al oído tan quedo, tan quedo, que una no sabe lo que dice, pero lo adivina... y apasiona y encanta sólo porque sí...

DOÑA BERTA.—Te diré que la poesía me molesta desde que Samuel se ha empeñado en vivir vagando.

LUCIA.—Pero, mamá, ¿qué culpa tiene él?

DOÑA BERTA.—¿La tenemos nosotras?

LUCIA.—Nosotras no. Samuel ha nacido con el corazón viajero, y naturalmente no puede vivir en este rincón provinciano mirando como se van los trenes y las golondrinas...

ESCENA IV

Dichas y Ester

ESTER.—(*Entrando apresurada*). ¡Señora! ¡El coche! Debe ser el señorito Samuel!

(*Todas se ponen de pié*).

DOÑA BERTA.—¿Ya? ¿Dónde?. (*Sale*).

LUCIA.—Si es hora... las cuatro.

ALICIA.—No sentimos el tren. (*Sale arreglándose el peinado*).

LUCIA.—(*Ansiosamente a Ester*). ¿Lo viste tú?

ESTER.—No, pero supongo que será él.

LUCIA.—(*Arreglándose el peinado frente al espejo*). Asómate... ¿es él?

ESTER.—(*Asomándose a la ventana*). Todavía no se ve. ¡Pero, señorita, Ud. está muy nerviosa!

LUCIA.—(*Riendo*). No tonta, nerviosa no... ¿Dónde está mamá?

ESTER.—En la puerta.

LUCIA.—¿Viene?

ESTER.—No se ve aún.

LUCIA.—¿Y Alicia?

ESTER.—Ahí está, pero....

LUCIA.—¿Qué?

ESTER.—¡El señorito Samuel! Sí, es él!

LUCIA.—(*Mirándose el vestido*). ¡Y yo así!

ESTER.—¿Y qué tiene?

LUCIA.—¡Una facha lamentable, hija!

ESTER.—¿Quiere cambiar traje?

LUCIA.—No, voy así. (*Sale*).

ESTER.—(*Dirigiéndose al público*). ¿Os lo ha dicho a vosotros? Supongo que no... Tampoco me lo ha dicho a mí... Pero está tan nerviosa y tan alegre... Estos últimos días ha pasado leyendo sus versos... Pero... no os lo digo... La señorita Lucía me acusaría de indiscreta... Vosotros lo sabéis, ¿verdad? (*Sale sonriendo*).

ESCENA V

Doña Berta, Alicia, Lucía y Samuel

DOÑA BERTA.—Entra. Vendrás muy cansado.

SAMUEL.—No, tía, absolutamente.

ALICIA.—Pero el viaje fué largo.

SAMUEL.—La costumbre, prima, ¿te cansas tú de permanecer aquí?

LUCIA.—Algunas veces.

SAMUEL.—Ah! tú... algunas veces te fastidias ¿eh?

DOÑA BERTA.—Pero, siéntate, niño.

SAMUEL.—(*Sentándose*). A tu edad es natural eso; pero no es fastidio; es el poquito de impaciencia que llevan todas las muchachas en el corazón... ¿Te gustaría viajar, Lucía?

LUCIA.—¿Viajar?... Sí...

ALICIA.—¿Vienes a contagiarnos de tu mal?

SAMUEL.—No. Respeto esta tranquilidad provinciana, pero...

DOÑA BERTA.—En ella te fastidiarías.

SAMUEL.—Sí; no lo puedo negar, me fastidiaría.

ALICIA.—Poco favor le haces a nuestro pueblo.

SAMUEL.—No creas. El pueblecito es pintoresco, y las poblanas son bonitas...

ALICIA.—¿Galanterías?

SAMUEL.—Nada de eso. Aquí los días de sol han de ser triunfales, pero las tardes y las noches....

DOÑA BERTA.—Yo mato las horas tejiendo.

SAMUEL.—No sé tejer, tía...

ALICIA.—Yo leo tus versos a Lucía ¡muy bonitos!

SAMUEL.—¿Galanterías?

ALICIA.—Nada de eso.

LUCIA.—Fíjate, Samuel; y yo tengo el buen humor de estar cuatro meses bordando esta misma rosa.

SAMUEL.—(*Mirando el bordado*). ¡Pero qué bien bordas, prima!

LUCIA.—¿Galanterías?

SAMUEL.—No, lo digo de verdad. ¿Y para quién es esa rosa? ¿para mí?

LUCIA.—Si tú la quieres...

SAMUEL.—¡Vaya una pregunta!

DOÑA BERTA.—¿Y para qué la pides?

SAMUEL.—Conozco el valor de una rosa bordada por manos de mujer.

ALICIA.—No seas paliquero, primo.

SAMUEL.—No, Alicia. Mientras las mujeres trabajan, ponen sobre su labor vellones de ensueño En cada bordado hecho por manos femeninas hay más lirismo y espiritualidad que en un madrigal.

DOÑA BERTA.—¿Romanticismo de hoy?

SAMUEL.—No tía, muy antiguos. ¿No se han fijado Uds. que todas las costureritas que se divisan detrás de las ven-



LUCIA.—"No seas paliquero, primo".

tanas de las grandes casas de modas, tienen ojos de ensoñadoras?

DOÑA B.—¡Niño! ¿Te has dedicado a las costureritas?

LUCIA.—¿Con qué esas teníamos?

ALICIA.—¡Te vendieron tus romanticismos, primo!

SAMUEL.—¡Pero Uds. las provincianas son muy celosas!

LUCIA.—¿Las cosmopolitas no son así?

SAMUEL.—No digo eso, Lucía, pero me extraña esa creencia infundada de ustedes.

DOÑA B.—Con tu permiso, Samuel, yo sigo mi tejido. (*Cogiendo la labor*).

SAMUEL.—Lo tiene tía. (*Dirigiéndose a Lucía*). ¿Y tú no continúas la rosa? Te lo exijo, porque me pertenece.

LUCIA.—Aún es mía.

SAMUEL.—Y me contarás en qué has pensado mientras trabajabas.

LUCIA.—¡Vaya! Eso no.

SAMUEL.—¿Por qué? Tienes secretos para mí?

LUCIA.—Secretos, no, pero...

SAMUEL.—¿Pero qué?

LUCIA.—Pero no te los quiero decir.

SAMUEL.—Y a otra persona, ¿se los dirías?

LUCIA.—Sí.

SAMUEL.—¿Y a mí no?

LUCIA.—No.

SAMUEL.—¿Nunca?

LUCIA.—Tal vez... algún día...

SAMUEL.—Siquiera me dejas el consuelo de saber algún día lo que has pensado bordando esa rosa.

DOÑA B.—Uds. están empalagosamente románticos. Voy a ver si esta (*Señalando a Alicia*), regó las plantas del corredor. (*Sale*).

ESCENA VI

Los mismos, menos doña Berta

ALICIA.—Si las regué, mamá. Ahora pueden proclamar la República del Romanticismo.

SAMUEL.—La proclamamos; y Lucía comenzará por confesarme en quién ha pensado mientras trabajaba.

LUCIA.—Te he dicho que a tí menos que a nadie.

SAMUEL.—¡Caprichosa!

ALICIA.—¿Y por qué, entonces, tú no nos cuentas tus secretos?

SAMUEL.—Si yo no tengo secretos.

ALICIA.—Tus aventuras, tus viajes.

SAMUEL.—Los contaré cuando me formalice.

ALICIA.—¿Y cuándo será eso?

SAMUEL.—Nunca.

LUCIA.—Tiene gracia tu ofrecimiento.

ALICIA.—¿De manera que no piensas retirarte a una vida tranquila?

SAMUEL.—No, prima, no podría.

ALICIA.—¿Pero por qué?

SAMUEL.—Por que no; porque la bohemia está en la sangre; es tán hermoso marcharse... de cualquier modo que sea, pero marcharse... irse...

LUCIA.—¡Qué loco eres!

SAMUEL.—No es locura. Dime, cuando miras en las tardes desde la ventana como pasan y pasan los trenes, ¿no sientes deseos de marcharte también?

LUCIA.—Mira... no sé... pero me parece que sí...

SAMUEL.—Y en el otoño, cuando emigran los pájaros, y ves que se van alejando, que se van perdiendo en el horizonte, ¿no sientes una tristeza muy honda?

LUCIA.—Pero qué preguntón eres, Samuel.

SAMUEL.—Respóndeme, ¿no envidias a los pájaros que se van?

LUCIA.—No.

SAMUEL.—Mentirosa.

LUCIA.—(*Sonriendo*). ¿Y cómo lo sabes?

SAMUEL.—Ahí está la ciencia de los poetas. Ya ves como acerté.

LUCIA.—Eso, ¡quién sabe!

SAMUEL.—¡Porfiada! Mujer al fin.

ALICIA.—Cuidado, caballero, más respeto para el sexo.

SAMUEL.—No te enfades, primita, que tú todavía no eres mujer.

ALICIA.—¿Cómo que no?

SAMUEL.—Aún no eres bastante hábil en el llorar y en el mentir.

ESCENA VII

Dichos y doña Berta

DOÑA B.—(*Entrando*). Sí lo es.

ALICIA.—¿Por qué?

DOÑA B.—Las plantas del corredor están completamente secas.

ALICIA.—Pero, mamá...

DOÑA B.—(*A Samuel*). Me dirás tú si no es hábil en el mentir. Los claveles que me mandó Carlota, da pena verlos.

SAMUEL.—Alicia, te doy el título de mujer.

DOÑA B.—Pero no le des el título de jardinera, pues es pésima.

almas, decir adiós a pueblecitos que apenas divisamos desde la ventanilla de un vagón en marcha... vivir siempre yéndose... marchándose...

DOÑA B.—¿Y acaso eso no fastidia?

SAMUEL.—Fastidiar, no. Pero a veces también siento vagos deseos de tener un rinconcito mío, en donde hayan



SAMUEL.—Para amparar nuestras dos penas bajo un solo consuelo

SAMUEL.—Ay, tía! Si en las Universidades pensaran como Ud., no tendríamos doctores.

ALICIA.—Pero si yo no quiero ser jardinera.

SAMUEL.—La jardinera es Lucía. Cuatro meses que cultiva una rosa de gloria.

LUCIA.—Y sólo para ti.

SAMUEL.—Gracias, prima.

DOÑA B.—¿Empezaron ya las frasecitas? No sean niños, ¿de qué hablaban?

ALICIA.—De que Samuel no piensa formalizarse jamás.

DOÑA B.—¿Pero es posible?

SAMUEL.—Sí y nó. Esta vida loca y revuelta me enloquece y apasiona, porque es algo venenoso y cautivador vivir dejando siempre atrás trozos de objetos familiares... Cosas con olor a hogar...

DOÑA B.—¿Y no has pensado en tener una casa?

SAMUEL.—Sí.

ALICIA.—Ah! Con que me engañabas!

SAMUEL.—Ahora último lo he pensado mucho.

DOÑA B.—¿Mucho?

SAMUEL.—Sí, tía, pienso casarme.

DOÑA B.—¡Tú!

SAMUEL.—Yo.

DOÑA B.—Chico, tú sabrás.

SAMUEL.—Sí, tía, lo he pensado mucho.

ALICIA.—¿Y se puede saber quién es ella?

SAMUEL.—Te proclamo toda una mujer.

ALICIA.—¿Por qué?

SAMUEL.—Por lo curiosa.

ALICIA.—¿No se puede saber entonces, quién es ella?

SAMUEL.—Sí. Una muchacha francesa que conocí durante mi último viaje al sur.

DOÑA B.—¿Aventuras?

SAMUEL.—Nada. La historieta de amor más vulgar que Uds. pueden imaginar, sin melancolías ni plenilunios. Pero cuando se comienza a ver cercano los treinta años se siente deseos de tener un rincón de olvido, y se da uno más prisa en cazar la felicidad... Yo lo he pensado mucho. Es el primer problema que me ha hecho meditar en mi vida. Es una buena muchacha. Creo que me hará feliz...

LUCIA—(*Soltando de súbito la labor*). ¡Pero qué torpe!

DOÑA B.—¿Qué te pasa?

LUCIA.—Me he pinchado. (*Oprimiéndose la mano*).

ALICIA.—En qué pensabas, alma de Dios?

SAMUEL.—Eso es lo que no quiere decir.

LUCIA—Porque a ti no te interesa.

ALICIA.—¡Pobre Lucy! ¿Te duele?

LUCIA.—¡Vaya una pregunta!

SAMUEL.—Yo seré tu enfermero.

LUCIA.—¿Tú?... no.

SAMUEL.—¿Por qué?

LUCIA.—Por que no!

SAMUEL.—¡Qué caprichosa eres!

LUCIA.—Puede ser.

DOÑA B.—¿Comenzaron ya?

SAMUEL.—No, tía.

DOÑA B.—Los jóvenes de hoy llenan las horas con palabrería y discusión.... Ustedes son insoportables. Nosotros no éramos así.

SAMUEL.—Es mal del siglo.

DOÑA B.—Que ustedes no tratan de remediar.

SAMUEL.—No podríamos.

DOÑA B.—¿Por qué?

SAMUEL.—Porque las juventudes de hoy tienen más experiencia que las de ayer, y por lo tanto son más desconfiadas y más nerviosas. Los jóvenes de hoy somos viejos desencantados con sangre moza en las venas... A veces en nuestros paliques apasionados sorprendemos ternuras de abuelo, y en nuestros labios cuadra tan bien la agilidad de un piropo como la prudencia de un consejo...

DOÑA B.—Y sobre todo el palique. Alicia, vé a ver si Ester ha preparado el chocolate. (*Sale Alicia*).

ESCENA VIII

Los mismos, menos Alicia

SAMUEL.—¡Qué mala idea tiene formada de nosotros!

DOÑA B.—Pero si tú mismo te confiesas.

SAMUEL.—Lo que me demuestra sincero.

DOÑA B.—¿Tú eres sincero?

SAMUEL.—Sí.

DOÑA B.—Entonces me vas a decir qué tomas, ¿chocolate o te?

SAMUEL.—Me es indiferente, tía.

DOÑA B.—Y tú, Lucía, no piensas ponerte nada en la mano.

LUCIA.—Un poco de alcohol.

DOÑA B.—Pues anda a buscarlo.

LUCIA.—Si no sé en dónde está.

DOÑA B.—Creo que lo dejé en el dormitorio de Alicia. (*Llamando*). ¡Alicia! (*Dirigiéndose a Samuel*). Bueno, ¿en qué quedamos? ¿chocolate o té?

SAMUEL.—Me es indiferente, tía.

DOÑA B.—¡Pero qué porfiado eres!

SAMUEL.—No se preocupe de mí, que todo lo que viene de su mano lo encuentro bien.

DOÑA B.—Galanterías a mí. (*Llamando*) ¡Alicia!

LUCIA.—¿En dónde se ha metido Alicia?

DOÑA B.—Tendré yo que ir a buscarla. (*Sale*).

ESCENA ULTIMA

Dichos, menos doña Berta

SAMUEL.—¿Me perdonas, Lucía?

LUCIA.—¿De qué?

SAMUEL.—De que te haya herido por trabajarme el bordado.

LUCIA.—¡Vaya! Tú no eres culpable.

SAMUEL.—Naturalmente, culpable no soy, pero temo que me guardes un secreto rencorcillo...

LUCIA.—Rencor, no, si la torpe fuí yo...

SAMUEL.—¿Por qué?

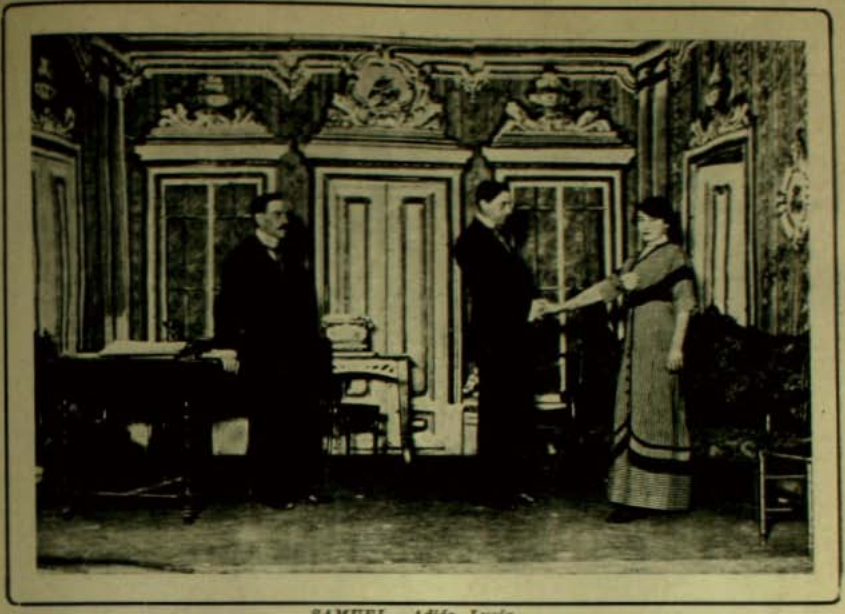
LUCIA.—Por soñar locuras...

SAMUEL.—Supongo que ahora me contarás qué locuras son esas.

LUCIA.—No!

SAMUEL.—Eres implacable; pero ¿concluirás el bordado?

LUCIA.—Tampoco.



SAMUEL.—Adiós, Lucía.
LUCIA.—Felicidad, Samuel!...

SAMUEL.—(*Extrañado*). ¿Pero por qué?
LUCIA.—Por que no.
SAMUEL.—Lucía, tú me guardas rencor.
LUCIA.—No.
SAMUEL.—Pero a ti te pasa algo, estás muy rara, tén confianza en mí, cuéntame, ¿qué tienes?
LUCIA.—Nada.
SAMUEL.—Entonces, concluye la rosa.
LUCIA.—Te digo que no.
SAMUEL.—¿Nunca?
LUCIA.—Nunca.
SAMUEL.—Pero qué caprichosa eres. (*Toma el bordado y lo observa*). Yo no te conocía.
LUCIA.—Tienes razón, no me conocías...
SAMUEL.—La primita loca y dócil de hace ocho años, ha cambiado mucho...
LUCIA.—La han hecho cambiar...
(*Un instante de silencio*)
SAMUEL.—(*Llevando el bordado*). ¡Hubiera sido tan bello!
LUCIA.—Verdad... ¡Hubiera sido tan bello!
SAMUEL.—Mira. Dámelo así. Se lo llevaré a mi futura mujercita para que tenga un recuerdo tuyo.
LUCIA.—¿Para qué?... Acaso ella tenga también entre sus recuerdos un bordado inconcluso como el mío...

TELON

CUADRO SEGUNDO

(Han transcurrido tres años. En la casa de Lucía pasa la escena. Salita de recibo elegantemente amueblada. Una mesa al centro con revistas, periódicos, y recado de escribir).

ESCENA I

Samuel y criado

CRIADO.—Pase, señor.
SAMUEL.—¿Está Lucía?
CRIADO.—Sí, señor, voy a avisarla.
SAMUEL.—Supongo que no estará ocupada.
CRIADO.—Creo que no, señor; tenga la bondad de tomar asiento.
SAMUEL.—¿No sale Lucía en las tardes?
CRIADO.—No. El señorito llega pronto y trabajan.
SAMUEL.—(*Sorprendido*). ¿Trabajan?
CRIADO.—Sí, señor.
SAMUEL.—¿Y qué trabajan?
CRIADO.—El señorito trae papeles de la oficina, y aquí se pasan las tardes encerrados entre números.
SAMUEL.—¿Lucía también trabaja?
CRIADO.—Sí, señor.
SAMUEL.—¿Y no sale?
CRIADO.—Nunca.

SAMUEL.—Ve a llamarla.
CRIADO.—Voy, señor. (*Sale*).

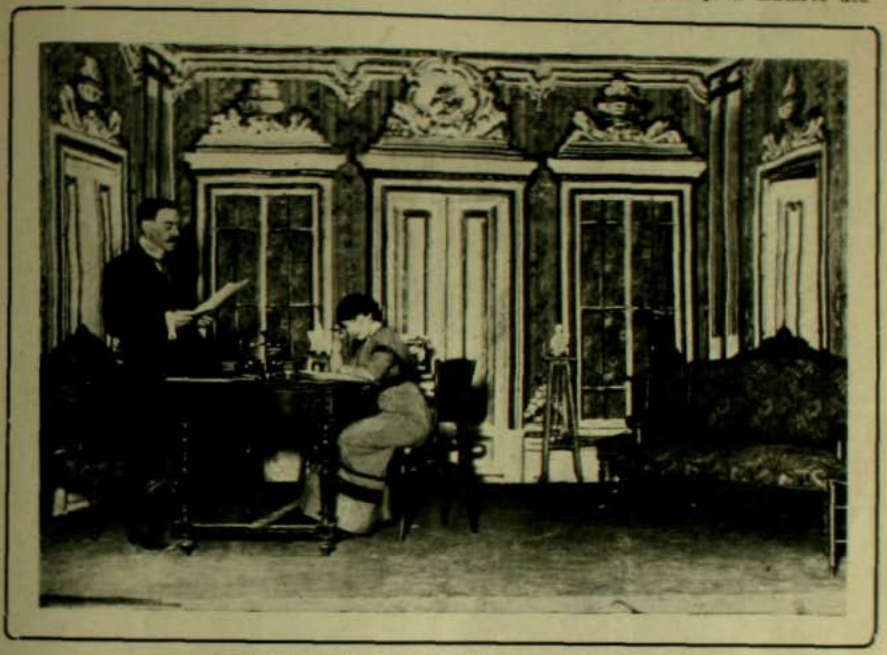
ESCENA II

Samuel y Lucía

LUCIA.—Buenos días, Samuel.
SAMUEL.—Hola, prima, buenos días.
LUCIA.—¿Cómo fué este milagro?
SAMUEL.—¿Milagro, Lucía?
LUCIA.—Es claro, no creí que vendrías a verme.
SAMUEL.—¿Por qué?
LUCIA.—Por que .. por que nó.
SAMUEL.—¡Vaya! Tenía muchos deseos de verte otra vez. Mi visita de ayer fué demasiado breve.
LUCIA.—Se te agradece.
SAMUEL.—¿Has sabido de la tía?
LUCIA.—Sí. Ayer fuí a casa. Ella no sabía que tú estabas aquí.
SAMUEL.—Y tú se lo dijiste.
LUCIA.—Es claro. Pero siéntate!
SAMUEL.—(*Sentándose*). Te encuentro más delgada.
LUCIA.—Lo mismo yo a ti.
SAMUEL.—Pero para estar así yo tengo causas... los viajes... las inquietudes...
LUCIA.—El amor muerto...
SAMUEL.—Eso ya pasó... ¿Y tu marido?
LUCIA.—Debe llegar pronto.
SAMUEL.—Yo sólo lo conocí ayer.
LUCIA.—Lo sabía. Pero, cuéntame como te fué en el viaje.
SAMUEL.—Novelería, Lucía, pura vida de novela. Después de la ruptura, tratando de curarme radicalmente, he viajado estos tres años.
LUCIA.—No creí que se iba a deshacer tu boda.
SAMUEL.—¿Por qué?
LUCIA.—Te ví tan ilusionado la última vez que fuiste a vernos.
SAMUEL.—Entusiasmado, dices bien, pero la vida se encarga de barrer todos los entusiasmos.
LUCIA.—¿Pesimista, ya?
SAMUEL.—Pesimista no, pero con un poco menos de fuegos artificiales en la cabeza.
LUCIA.—En tres años...
SAMUEL.—En tres años se puede vivir mucho, Lucía.
LUCIA.—Lo sé.
SAMUEL.—Todavía no lo puedes saber tú.
LUCIA.—¿Por qué no?
SAMUEL.—Porque no has sufrido.
LUCIA.—¿Tanto me conoces?
SAMUEL.—¡Ya lo ves!
LUCIA.—Creo que estás equivocado.
SAMUEL.—¿Me vas a confesar que eres una mártir?
LUCIA.—(*Riendo*). No, eso no, pero...
SAMUEL.—¿Pero qué?
LUCIA.—¿Te interesa mucho conocer mis secretos?
SAMUEL.—Sí, porque te quiero.
LUCIA.—No te los diré.
SAMUEL.—Sí.
LUCIA.—No te los diré.
SAMUEL.—Dímelo, Lucía, ¿acaso no tienes confianza en mí?
LUCIA.—Confianza, sí...
SAMUEL.—Entonces, confiésate conmigo. Nosotros tenemos derecho a decirnos lo que callamos ante los demás. ¿No eres feliz?
LUCIA.—Me lo preguntas tan de improviso que me da miedo contestarte.
SAMUEL.—No seas tonta. Si tienes penas, contándolas se quitan. En las confesiones se echa a volar el alma, la pobre alma delirante que siempre llora por volar...
LUCIA.—Poeta, siempre poeta.
SAMUEL.—Y contigo más poeta que con nadie, porque a tí te quiero con cariño fraternal y también con un manso amor de novio adolescente.
LUCIA.—¡Tonto!
SAMUEL.—Sí, Lucía, te quiero así, y por lo mismo te pido que me digas si eres feliz.
LUCIA.—¿Para qué deseas saberlo?
SAMUEL.—Para amparar nuestras dos penas bajo un sólo consuelo. Sé buena, Lucía; confiésate conmigo, tal vez cuando me vaya sentirás el dolor de no haber desahogado el alma...
LUCIA.—¡Samuel!
SAMUEL.—¿Eres feliz, Lucía?
LUCIA.—¿Por qué nó?
SAMUEL.—Te pido una respuesta.
LUCIA.—Te la doy.
SAMUEL.—¿Eres feliz, Lucía?
LUCIA.—Sí.
SAMUEL.—¿Feliz?
LUCIA.—No, Samuel, no soy feliz.
SAMUEL.—¿Ves?
LUCIA.—No lo he sido nunca...
SAMUEL.—¿Ves?
LUCIA.—¿Y qué quieres?

SAMUEL.—Tu marido te adora.
LUCIA.—Sí, me adora.
SAMUEL.—¿Y tú?
LUCIA.—¡Samuel, fíjate en lo que me preguntas!
SAMUEL.—Dime, ¿le quieres tú?
LUCIA.—(*Vagamente*). Sí...
SAMUEL.—Sé franca... ¿le quieres?
LUCIA.—¡Samuel!
SAMUEL.—¿Le quieres?

yo me fuí sin verlo... que esas tus manos piadosas, bordando, me esperaron llenas de ternura, de esa misma ternura que yo fuí a buscar en donde no la había, y en donde nadie me esperaba.
LUCIA.—¡Qué culpa tienes tú!
SAMUEL.—La tiene la vida. Te encendió de sueños la cabeza mientras bordabas en tu ventana, para matarte des



JUAN.—(Dictando). *Marzo, 400 pesos, 10 centavos.*

LUCIA.—Es bueno, es muy bueno, pero no he podido, no he podido quererle nunca...
SAMUEL.—¿Y por qué te casaste?
LUCIA.—¿Y qué hacía?
SAMUEL.—Esperar al que habías de querer.
LUCIA.—¡Esperar! Pobres de nosotras las mujeres, que vivimos en perpetua espera, esperando siempre al novio que soñamos una tarde después de leer una novela, y el novio no llega o llega demasiado tarde...
SAMUEL.—¿Y tú esperaste?...
LUCIA.—Bien lo sabes tú.
SAMUEL.—Ahora que la felicidad es imposible, me duele espantosamente el pensar que el amor pasó a mi lado y pués todas tus ambiciones, al lado de un hombre vulgar que ríe y que no sueña, y que cree que te hace feliz porque no sabe que sus labios llaman felicidad lo que tus ojos traducen resignación.
LUCIA.—Samuel, no seas cruel con Juan.
SAMUEL.—Lo soy porque te quiero, y porque pienso que por un capricho del amor que llega siempre tarde, no fuimos felices nosotros cuando...
LUCIA.—(*Interrumpiéndole*). ¡Loco!
SAMUEL.—Loco, sí, por ti. Y ya que la vida en los dos ha dejado inconcluso el bordado de nuestros sueños, y ya que tenemos que vivir lejos uno del otro y siempre fastidiados por la monotonía de no sufrir de amor, vengo para

que me digas que me quieres... y me voy...

LUCIA.—¡Samuel!

SAMUEL.—Sí, sé buena. Sincérate. Deja volar el alma deseosa de volar, y tal vez esta hora de dulce intimidad, iluminará de consuelo todo tu futuro.

LUCIA.—O de arrepentimiento.

SAMUEL.—No, Lucía, tú no eres sincera, tú, por los deberes que te impuso otro corazón, sacrificas los deberes del tuyo.

LUCIA.—¿Del mío?

SAMUEL.—Sí, amar.

LUCIA.—Y si lo sabes, ¿por qué no callas?

SAMUEL.—Porque quiero que seamos un instante felices.

LUCIA.—¿Para vengarte de la vida?

SAMUEL.—Para vengarme de la vida.

LUCIA.—¡Qué cosas me pides!

SAMUEL.—¿Quieres? (*Se acerca y le toma las manos*).

LUCIA.—No seas loco!

SAMUEL.—¿Quieres?

LUCIA.—¡No seas loco!

SAMUEL.—La felicidad... y después... ¡Qué importa!

(*Se escuchan pasos afuera*)

LUCIA.—¡El!

SAMUEL.—(*Soltándola*). ¿Quién?

LUCIA.—Juan!

ESCENA III

Dichos y Juan

JUAN.—Buenas tardes.

LUCIA.—Buenas.

(*Juan y Samuel se saludan ceremoniosamente*).

JUAN.—Siéntese... ¿Está fatigado aún?

SAMUEL.—(*Sentándose*). He descansado algo.

JUAN.—¿Hermoso el viaje?

SAMUEL.—Sí... algo...

JUAN.—Yo recorrí ese trayecto hace tres años cuando iba comisionado por el Gobierno para estudiar la explotación del salitre.

SAMUEL.—En esa época era mucho más pintoresco.

LUCIA.—Ah! Yo lo conocí también entonces... Era muy bello!

JUAN.—¿Pero cómo en tres años ha cambiado tanto?

SAMUEL.—Es verdad... sólo en tres años... pero ha cambiado mucho...

JUAN.—Es posible que yo vuelva a hacer ese viaje, pues una casa exportadora de vinos que acaba de fundarse con un fuerte capital, es posible que me comisione para hacer una completa estadística de la producción vinícola anual.

LUCIA.—¿Y harás este año el viaje?

JUAN.—La casa importadora sólo espera solucionar un pleito que tiene con el banco, sobre una venta de acciones, para enviarme.

LUCIA.—Entonces tendrás que esperar.

JUAN.—Puede ser. (*A Samuel*) ¿Y Ud. piensa seguir viaje?

SAMUEL.—Sí, pasado mañana.

LUCIA.—¿Tan pronto?

SAMUEL.—Sí, porque tengo que arreglar varios asuntos en Santiago. (*Consultando el reloj*) Y tengo que marcharme.

LUCIA.—¿Ya?

SAMUEL.—Sí. Sólo he pasado a saludarlos porque el tiempo me falta, y además sé que Uds. trabajan en las tardes.

JUAN.—Sí, trabajamos, pero eso no quita.

SAMUEL.—Ruego que me perdone.

LUCIA.—Si tú te empeñas.

SAMUEL.—Por el tiempo, Lucía.

JUAN.—No queremos, entonces, quitarle el tiempo. En la vida hay que ser puntual.

LUCIA.—Aunque la vida no lo sea.

SAMUEL.—Bueno, señor, me tiene a sus órdenes. (*Se despide*). Adiós Lucía...

LUCIA.—Felicidad, Samuel!...

ESCENA IV

Dichos menos Samuel

JUAN.—(*Cerrando las puertas*). Trabajaremos.

LUCIA.—(*Sentándose junto a la mesa*). Bueno.

JUAN.—(*Tomando algunos papeles*). Quedamos en las ventas del año 1910.

LUCIA.—Sí.

JUAN.—¿Lista?

LUCIA.—(*Preparándose para escribir*). Sí.

JUAN.—(*Dictando*). Enero, 544 pesos, 60 centavos.

LUCIA.—(*Escribiendo*). 544 pesos, 60 centavos.

JUAN.—Febrero, 866 pesos, cero centavos.

LUCIA.—866 pesos, cero centavos.

JUAN.—Marzo, 400 pesos, 10 centavos.

LUCIA.—400 pesos, 10 centavos...

(TELON LENTO)

LA NOVELA DE TODOS

"... Cuando me decidí a correr a la reja del huerto para decir la palabra de reconciliación, ya él se alejaba oculto por las tapias del camino Una preocupación retuvo nuevamente la voz en mis labios: ¿tendría que gritar para ser oída, y no sería esta una mayor humillación? ¿cómo sonaría ese llamamiento, angustioso, imperativo o casi indiferente? Y al fin no dije nada mientras él se perdía a la distancia, sin una mirada de adiós para aquellos sitios confidentes.

Entonces comprendí que había una fatalidad interpuesta entre nuestros destinos. Yo debí adivinarlo mucho antes, en la banalidad que disfrazaba la verdadera intención de nuestras charlas, en la cautela con que aventurábamos cualquier frase cariñosa temiendo el despertar de nuestro orgullo, en la terca ironía que venía a alterar la ingenua seriedad de nuestros pensamientos.

Nuestro amor tan sereno y profundo en la ausencia, enmudecía como avergonzado al mirarse reflejado en otros ojos; y al enmudecer él, cortaban los largos silencios las querellas del amor propio y las observaciones íntimas en que el espíritu implacable iba comprobando las vulgaridades, los defectos, toda esa miseria que el trato frecuente se complace en ir anotando, a pesar de nuestro corazón.

¿Es el mismo? interrogaban mis sueños, y esquivaba la mirada que buscaba en mis ojos respuesta a una duda semejante Bajo la mueca de despreocupación—aquella nerviosa sonrisa que parecía desafiar y pedir perdón a la vez—una verdadera angustia precipitaba el fin de nuestras citas. Y cada vez nos alejábamos con la impresión de no habernos dicho más que tonterías, y que todo quedaba por decir.



Sin las cartas que seguían a nuestras entrevistas como el servidor fiel al señor que ha olvidado lo más importante en su empresa, esas reticencias habrían continuado siendo otros tantos enigmas en nuestro amor. Sin ellas hubiéramos seguido en nuestro penoso mutismo, y nunca las cosas bellas que imaginábamos o sentíamos en presencia, habrían hallado franca expresión

¡Nuestras cartas! ¿Podíamos encontrar confidente más fiel, un amigo común que mejor nos comprendiera?

Y, sin embargo, todas esas frases mudas que el papel nos transmitía no lograban desarmar las prevenciones de nuestras entrevistas, ni hacían menos banales las charlas que ocupaban aquellas inquietas horas.

Sí; estoy cierta de que la idea que cada cual se tenía formada del otro, superaba en mucho a la impresión que nos daba la realidad.

Sutilizábamos en demasía. La ingenuidad de nuestro amor de muchachos no resistió a esos ataques porfiados y menudos. Cuando dejamos de vernos, después de un rompimiento ceremonioso, como los que ocurren en las novelas, creí que habíamos reconquistado la tranquilidad de ambos. Yo esperaba que pasara cierta inquietud que había dejado la ruptura, inquietud más mortificante por lo vaga, como esos peligros que no sabemos de dónde llegarán.

Lo he pensado mucho. Acaso sea eso lo mejor. ¿Por qué nó? El convento que me hubiera horrorizado a los 20 años, hoy me parece el retiro más apropiado al tumulto de mi corazón. Soy como una convaleciente que necesita reposo, silencio, paz".

. . . . . .

Aquí se interrumpen las confidencias de la que es ahora sor Inés de Jesús.

E. M.



ELENA KELLER

Elena Keller, de 32 años de edad, sorda, muda y ciega desde los diecinueve meses a consecuencia de una enfermedad, ha sido desde que se inició su educación el asombro del mundo. Se graduó en el Colegio Radchiffe en 1900, y ha llegado a ser una de las más educadas e inteligentes mujeres del mundo. Su última, y por muchos respecto, la más extraordinaria de sus hazañas fué su exhibición como cantatriz en el Harvard Medical School. Antes de cantar la señorita Keller pronunció un discurso en inglés, algunos de cuyos trozos repitió en francés y alemán.

No hay problema humano en que este extraordinario sér no tome algún interés.

LA MANO DEL MUNDO

Por

ELENA KELLER

Ilustraciones de Franklin Booth



Escribo esto sentada en una casa agradable, en un estudio asoleado de anchas ventanas lleno de plantas y de flores. Me siento segura ante la necesidad y la miseria. En medio de este ambiente confortable siento el tacto de una mano invisible; pero poderosa, que todo lo sostiene: es la mano que me hizo mis vestidos, que colocó el techo sobre mi cabeza y que imprimió las páginas que leo. ¿Qué es esta mano que me protege? En vano ruge el viento frío contra mis ventanas, ella conserva el calor junto a mí. ¿Quién me conduce en cada paso que doy en la obscuridad y nunca me falta? Doy gracias a la mano benéfica que constituye mi alegría y mi descanso. Puedan los corazones humanos sentir mis palabras sobre *la mano del mundo.*

Todo nuestro bienestar terrestre depende de esa mano. Sobre ella está fundada la sociedad y sus instituciones. Las industrias y el progreso son conducidos por una mano, una super-mano, una máquina cuyo poderoso brazo y delicados dedos la mano humana inventa y construye. Ella forma los planos y los proyectos y los ejecuta; convierte el barro en paredes y los árboles de la selva se convierten en techo de nuestras habitaciones, obliga al trabajo a los titanes de acero, jamás fatigados. La comunicación entre espíritu y espíritu, entre escritor y lector, se hace posible por la maravillosa extensión del poder de esa mano, por las elaboradas multiplicaciones de los dedos que se mueven de mil maneras. Ha tocado una de esas grandes prensas de imprimir en las cuales un río de papel corre sobre los tipos para ser enseguida, cortado, doblado y amontonado con maravillosa precisión. Entre mis pensamientos y las palabras que leéis en estas páginas han intervenido miles de manos y cientos de palancas de acero han ido de un lado a otro en un ritmo laborioso.

¡La mano del mundo! Pensad como lleva las aguas para formar un canal entre dos mares y detiene la furia de esas mismas aguas con pensamientos vigilantes incorporados en brazos de piedra. ¿Qué es el cable telegráfico sino la mano del mundo extendiéndose entre las naciones ya amenazantes, ya abrazadas en fraternal concordia? ¿Qué son nuestros buques y ferrocarriles sino los piés del hombre hechos rápidos y ligeros por la obra de sus manos? La mano captura los vientos, el sol y el rayo y los hace servir de comisionistas de su comercio. Bajo sus golpes irresistibles las montañas se convierten en polvo.



Han edificado grandes ciudades y no tienen un techo seguro sobre sus cabezas

Levanta fábricas y palacios y gigantescas catedrales.

En la mano del mundo son visibles los hechos de la biología, de la historia y de toda la existencia humana desde que el primer pulgar supo vibrar con el pensamiento. Cada mano lleva el sello de su nacimiento; pues por las líneas del pulgar cada cual puede ser identificado desde la infancia hasta la vejez. Al través de la desgracia y de la prosperidad, al través del atraso y del progreso la mano guarda su identidad. Aún ahora, cuando el incesante tumulto del mundo se hace confuso y clamoroso, cuando la labor del individuo se pierde en las complejidades de la producción, la vieja mano humana símbolo de la raza puede ser discernida como señora y guía de todo cuanto la rodea.

Estudiad la mano y encontraréis en ella la verdadera imagen del hombre, la historia del crecimiento del desarrollo humano, la medida de las grandezas y debilidades del mundo. Su valor, su seguridad, su pertinacia hace todo el bienestar de la raza humana. Cada día miles de individuos suben a los trenes y se confían a la mano que conduce las palancas de la locomotora. Semejante responsabilidad alarma la imaginación. Pero más profundo es el pensamiento de que todos los destinos de nuestra vida diaria dependen de incontables manos obscuras que nada dejarán de su existencia en el porvenir.

En **Sartor Resartus** Carlyle expresa nuestra obligación hacia las olvidadas manos de los obreros.

"Es venerable para mí la áspera mano que nos hace dueños del cetro del planeta. Miserable hermano mío, en tí yace una forma creada por Dios. En tí se concentran los consuelos y desfallecimientos del trabajo y tu cuerpo, como tú alma, no se hizo para conocer la libertad."

¿Pero dónde están esas deformidades y desfallecimientos del trabajo? Millones de manos están a nuestro servicio que no tienen ni corazón, ni nervios. El hombre vive cautivo de su propia máquina, como el cautivo encadenado tras de las murallas de la prisión que él mismo ha construído. Los instrumentos se multiplican, ellos se incorporan más y más la inteligencia del hombre; no sólo ejecutan labores pesadas sino que imitan muchas de las más difíciles destrezas de la mano. Aún la forma creada por Dios está inclinada. Innumerables almas aún están privadas de libertad.

Una vez yo me regocijé, cuando oí de una nueva invención para el agrado del hombre. Educada por la religión, alimentada por buenos libros no podía sino creer que todos los hombres tenían acceso a los beneficios del genio inventivo. Cuando oí que las locomotoras habían doblado en tamaño y velocidad pensé: "El alimento de los campos de trigo llegará más barato ahora, a los pobres de la ciudad." y me alegré. Pero la harina cuesta más ahora que antes del descubrimiento de estos grandes ingenios. ¿Por qué la mejora de los métodos de transporte y de molinería no mejora el alimento del pobre? Yo suponía que en nuestra civilización todos los avances beneficiaban a cada hombre. Yo creía que cada uno era dueño de su propia condición y que si éstas no eran siempre las mejores al menos eran siempre tolerables, así como mi propia enfermedad es tolerable.

Pero los años corren y, mientras más leo más conozco de los misterios y desgracias de los pobres no siempre debidas a sus propias faltas y que multitudes de hombres por alguna razón extraña no tienen parte alguna en los decantados progresos del mundo. Jamás olvidaré el dolor que sentí al examinar las estadísticas de la ceguera, sus causas y conexiones con otras calamidades que afligen a millares de mis semejantes. Supe como los obreros son destrozados por la máquina que dirigen. Era claro que el beneficio de la máquina no alcanza al trabajador sino al dueño de la máquina. El obrero no aprovecha del incremento de la producción debido a la mejora de los métodos y, lo que es peor, así como el águila es cazada con la flecha hecha con su propio plumaje, la mano del mundo es herida por su propia ciencia. La máquina multipotente desplaza a la verdadera mano que la creó.

Paso tras paso mis investigaciones sobre la ceguera me condujeron al mundo industrial. ¡Qué mundo es ese! ¡Cuán diferente del mundo de mis creencias! Un mundo de miseria y degradación, de ceguera y pecado. Un mundo luchando contra los elementos, contra lo desconocido, contra sí mismo. ¿Cómo reconciliar este mundo de los hechos con el brillante mundo de mi imaginación Mi ceguera ha sido iluminada con la luz de la inteligencia y el mundo iluminado de afuera gime en ceguera social. Al principio esta idea me hizo desgraciada; pero un estudio más profundo restauró mi confianza. Al conocer los sufrimientos de los hombres supe que su poder aunque nunca completamente victorioso sigue siempre conquistando. Cada victoria es para la humanidad. El gran corazón del mundo se ha demostrado igual a la prodigiosa tarea con que Dios lo dotó sin desalentarse por las dificultades. murmura: "No desmayes. En el futuro Ese corazón escucha una voz secreta que está la tierra prometida."

Cuando pienso en las maravillas que ha realizado la mano del hombre, me regocijo. Veo en ella la imagen y el agente de la *mano* que todo lo ha creado. Toma sus creaturas, sus triunfos desde el nacimiento de la raza. Nada en la tierra es tan poderoso y tan terrible como el poder de nuestras propias manos para nuestro bien o nuestro mal. Todo lo que el hombre hace es la mano manifiesta, creadora y destructora, instrumento de orden y demolición. Mueve una piedra y el universo sufre un cambio. Mueve un poco de tierra y nuevas bellezas de flores y frutos se exhalan de ella y la fertilidad reemplaza al desierto. Con nuestras propias manos nos levantamos los unos a los otros a las alturas de la ciencia y con las mismas nos precipitamos en la muerte. He estado delante de un cañón que me dijeron podía destruir en pocos minutos una ciudad y sus habitantes. Cuando supe el costo del cañón pensé: "Con el trabajo gastado en este cañón se pudo construir una ciudad limpia, calles y cómodos edificios". ¡Manos mal dirigidas que destruyen la imagen de Dios, manos benditas que la purifican y ennoblecen!

¿Por qué, pregunté, a la literatura de nuestros días, por qué tantas manos de trabajadores viven en la miseria? con sus manos han edificado grandes ciudades y no tienen un techo seguro sobre sus cabezas. Con sus manos han abierto minas y extraído con la fuerza de sus cuerpos el calor del sol encerrado en las entrañas de la



Desde un mundo de sueño me he sumergido en un mundo de hechos

tierra y tienen frío. Sacan también el oro y los diamantes y les falta un pedazo de pan.

En nuestros molinos, factorías y minas alimentan las máquinas; pero las máquinas no los alimentan a ellos. ¡Oh, naturaleza humana! Las manos que construyeron el *Mauritania* son incapaces de salvar su vida.

He aquí ahora el tercer mundo que he descubierto. Desde un mundo de sueños me he sumergido en un mundo de hechos y de allí he vuelto a salir a una sociedad que es todavía un sueño; pero que tiene sus raíces en el presente.

Pero la mano humana llegará en este momento a detener mi imaginación. La mano, mientras prepara el futuro risueño que el corazón del mundo desea, enjuga las lágrimas de los que sufren, el sudor de los que trabajan, acompaña a los débiles en el dolor a los ciegos en la obscuridad!

Traducido para P. M.

UN ASILO PARA COMERCIANTES ARRUINADOS

En la fundación de muchas instituciones benéficas desempeña tanto papel la gratitud como la benevolencia y la caridad. En la historia de las casas para pobres y desvalidos se encuentran muchos ejemplos de hombres y mujeres que impulsados por la gratitud debida a su buena suerte decidieron repartir sus riquezas a perpetuidad con sus prójimos menos afortunados fundando alguna casa para ellos.

Dudoso es, sin embargo, que en los anales de la caridad se encuentre una historia más romántica que la referente al Colegio de Morden, situado en las inmediaciones de Greenwich y destinado a "caballeros" venidos a menos. En el colegio, que indudablemente se califica de tal no llamarlo asilo, por ser palabra depresiva para los recogidos en él, hay cuarenta y una plazas que se conceden, cuando hay vacante, a "caballeros" de buena reputación, viudos o solteros, cuya edad no exceda de sesenta años y que hayan sido comerciantes o industriales o que hayan dirigido alguna empresa durante 10 años por lo menos y que se hayan arruinado por desgracias o accidentes.

El Colegio de Morden fué fundado por Sir John Morden, ocho años antes de su muerte, acaecida en 1708.

Sir John era comerciante y por circunstancias singulares se creyó arruinado.

Después de pasar bastantes años en Turquía, donde hizo una fortuna considerable, decidió volver a Londres y embarcó todas sus mercancías en tres barcos, que cual los de Antonio, en "El mercader de Venecia" no llegaban nunca, hasta que después de algún tiempo hubo que darlos por perdidos.

Como consecuencia de esto, el antes rico comerciante se vió reducido a la pobreza y tuvo que ganarse la vida dedicándose a corredor de otro comerciante.

Sir John vivió luchando por espacio de diez años, al cabo de los cuales supo con gran sorpresa que los barcos tan largo tiempo perdidos habían llegado a puerto y en la alegría del momento hizo voto de construir un asilo para comerciantes arruinados.

En cuanto arregló sus asuntos compró una casa en las cercanías de Greenwich y estableció el colegio. El primitivo se componía de una capilla en el centro y habitaciones para doce residentes, que comían juntos en un refectorio común. Pero desde entonces acá la fundación ha variado mucho. Hoy tiene plazas para cuarenta y un residentes, cada uno de los cuales dispone de unas cuantas habitaciones independientes, amuebladas, si el residente no tiene elementos para ello, con muebles por valor de 65 pesetas. Además de la asistencia, carbón, leña y luz se les da en dinero 2,610 pesetas anuales y un extraordinario de 125 para el lavado y planchado de la ropa.

Los fondos de la institución permiten pagar pensiones de 2,000 pesetas a 125 comerciantes más que viven independientemente y seis pensiones de 750 pesetas a seis viudas de comerciantes arruinados.

Sir John Morden invirtió en esta caritativa institución la cantidad de 50.000 duros.

LOS YACIMIENTOS DE PETROLEO EN SUD AMERICA

Por

CUSTODIO ROJAS ARANCIBIA

Ilustraciones fotográficas

Importancia del petróleo.—Valor económico de algunos yacimientos.—Formación geológica y su distribución geográfica en la América del Sur.

Preocupados desde hace varios años del estudio de la industria del petróleo, hemos logrado recopilar las obras que tratan de los yacimientos petrolíferos del Perú, Bolivia y la Argentina, y los informes de los geólogos y técnicos que han reconocido los presuntos yacimientos de Chile. Nos ilustran también sobre la materia algunas obras francesas que dan a conocer los que se explotan en el mundo entero. Todas ellas, agregadas a las publicaciones sobre geología y mineralogía de los sabios que han estudiado el territorio chileno, tales como el abate Molina, Gay, Philippi, Pissis, Domeyko, Zunt y San Román, y el conocimiento personal que tenemos de algunas regiones del país, nos han llevado al convencimiento de que Chile cuenta también con tan valioso combustible.

Deseando contribuir con nuestro modesto contingente a poner de manifiesto su descubrimiento en Chile, hemos reunido algunos antecedentes sobre la importancia del petróleo, valor económico de algunos depósitos, la formación geológica, y su distribución geográfica en Sud América. Los damos a la publicidad junto con un mapa, en el que se indican los distintos puntos de los yacimientos ya reconocidos, especialmente los de los países limítrofes al nuestro, y los probables de Chile, haciendo de ellos una ligera relación.

Y aprovechamos esta oportunidad para dar un voto de aplauso a todos los esforzados y patriotas chilenos que en el sur del país dedican su tiempo, dinero e iniciativas a la investigación de un combustible cuyo descubrimiento y explotación preocupan actualmente a todas las naciones y muy especialmente a los poderosos "truts" del petróleo.

Importancia del petróleo

Prepárase actualmente en el mundo entero la más transcendental de las evoluciones, con motivo de estudiarse el reemplazo del carbón de piedra por el petróleo en los buques de guerra y naves mercantes.

La Inglaterra ha designado una comisión de sus hombres más preparados para que dictamine sobre las ventajas del nuevo combustible, la que ha llegado a conclusiones que importan el destierro del carbón en la marina inglesa.

Anotaremos algunas de las ventajas reconocidas por la indicada comisión:

Un buque que emplee petróleo requerirá sólo 30 fogoneros en vez de los 300 que exige el carbón actualmente;

Una flota con calderos a petróleo podrá encontrar en cualesquier punto del océano buques petroleros que se acerquen a los blindados, les pasen una manguera y un tubo flexible, a través de los cuales el aceite pasa de los estanques del uno a los del otro, de noche o de día, sobre la marcha, sin perder tiempo;

El record del aprovisionamiento lo obtuvo el "King Eduardo VII", que embarcó 1,450 toneladas de carbón en tres horas y media, cuando en quince minutos habría tenido a su bordo su equivalente en petróleo;

El espacio ahorrado en los buques a petróleo equivale al 33 por ciento y al 40 por ciento sobre el anterior, cuando se



Distribución geográfica de los yacimientos petrolíferos en Sud América

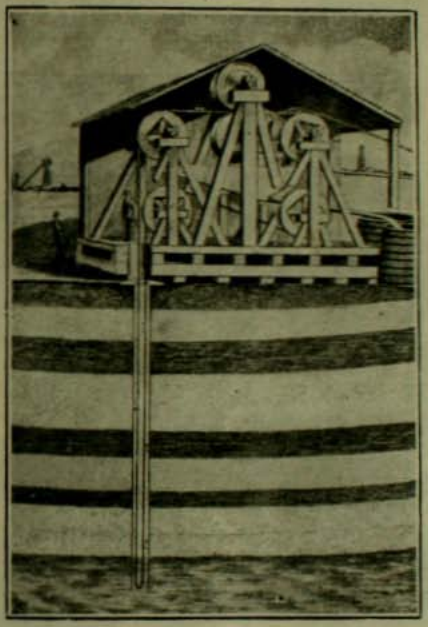
usan máquinas de combustión interna. Esta economía en peso y espacio podría aprovecharse en mayor espesor del blindaje o en mayor poder de la artillería

El distinguido ingeniero alemán Diesel, (1), autor de la máquina que lleva su nombre y aplicada a la combustión interna, dice lo siguiente: "El radio de acción de un buque provisto de estas máquinas sería tal que podría navegar el mundo, pelear una batalla y regresar a su base sin haber tenido que tomar una libra de combustible".

Los marinos norteamericanos estiman que el petróleo es 50 por ciento más eficaz que el carbón y calculan que 9 libras de petróleo equivalen a 14 de carbón.

A todo esto agréguese la rapidez en la movilización y en la ofensiva, sin dejar siquiera una cola de humo en el horizonte que advierta su presencia al enemigo. No está tampoco expuesto a inflamarse ni a deteriorarse.

Manifestadas a la ligera las ventajas que ofrece el petróleo sobre el carbón de piedra en la navegación, estudiaremos en seguida las que reportarían a las industrias que se explotan actualmente en el Desierto, y, siendo la del salitre la principal, comenzaremos por ella.



Uno de los sistemas para extraer el petróleo

Desde hace ya algún tiempo, se usa el petróleo importado de los Estados Unidos y del Perú, en varias oficinas salitreras de Tarapacá, Tocopilla, Antofagasta y Taltal, es decir, en toda la región salitrera, y, en vista de los buenos resultados por ellas obtenidos, muchas otras se preparan también para hacer los cambios necesarios en los calderos, a fin de substituir el carbón de piedra por el petróleo.

El uso de este combustible les reporta una economía considerable, que se obtiene con su precio más bajo, con la menor cantidad que se consume, con el reducido número de trabajadores que se requiere para su manejo, consiguiéndose, además, una presión fija, a medida de las necesidades, y la limpieza más esmerada.

Todo esto se alcanza actualmente con el petróleo importado, artículo que deja utilidades enormes a los productores, a los vendedores y a las compañías de transportes de mar y tierra.

Servida con petróleo producido en la región (en los yacimientos que damos a conocer más adelante), la industria salitrera podría beneficiar, con utilidades enonrmes, todos sus caliches, sin desperdiciar nada, ya que el petróleo podría conseguirse a bajo precio, transportándolo por cañerías desde los mismos yacimientos hasta las máquinas de elaboración.

El petróleo será, pues, el factor buscado con tanto empeño para obtener el abaratamiento de la producción del salitre, y contribuirá en alto grado a alejar el peligro de la competencia del salitre sintético que elaboran diversas compañías europeas.

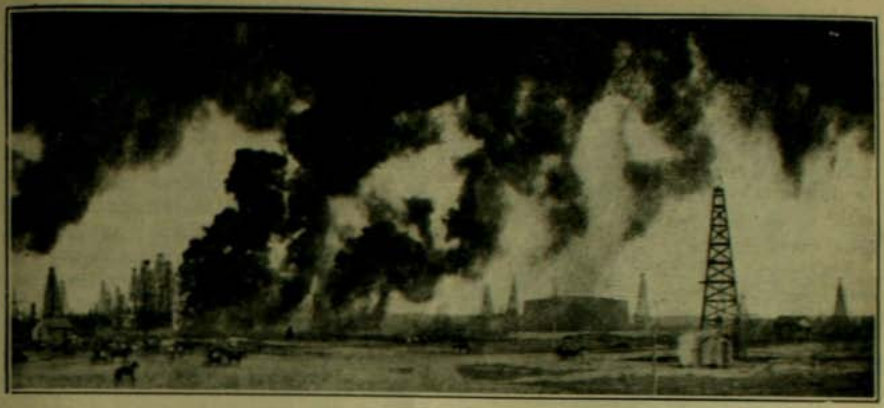
Fuera de la aplicación del petróleo ya estudiada, se presenta el consumo que harán los Ferrocarriles del Estado, el de Antofagasta a Bolivia, el de Arica a La Paz, Longitudinal y ramales de la costa, los que, tomando el petróleo a bajo precio en el punto que se estimase más conveniente para los depósitos, ahorrarían el combustible de subida, pudiendo, en consecuencia, rebajar en una fuerte proporción los fletes a la costa y a Bolivia.

(1). Desaparecido trágicamente hace pocos días.





El incendio de un pozo de petróleo semeja una escena del fin del mundo





El incendio de un pozo de petróleo semeja una escena del fin del mundo

Se ve, pues, el gran desarrollo que alcanzarían las industrias salitrera y minera con la explotación de un combustible que se transporta por cañerías y que se aprovecha como tal en su estado primitivo y después de extraídos de él los infinitos sub-productos que tienen subidos precios en el comercio mundial.

De estos, mencionaremos solamente los principales. Son:

Esencia de petróleo o naphta; éter de petróleo o rigolena; gasolina; bencina; esencial mineral; trementina artificial; photógeno o kerosene; parafina o belmontina; vaselina; aceite lubricante; alquitrán; coke; etc., etc.

Indicaremos también las operaciones en que la industria ha aplicado con éxito el petróleo:

1.o—En la fundición de toda clase de minerales;

2.o—En el beneficio del salitre;

3.o—Para generar vapor en las locomotoras y naves mercantes y de guerra, automóviles, aeroplanos, etc.;

4.o—Para calentar los hornos de panaderías;

5.o—Para fabricar el gas de alumbrado;

6.o—Para usarlo como aceite iluminante, igual que el kerosene;

7.o—Para usarlo como aceite de engrase (los que son espesos);

8.o—En las cocinas del servicio doméstico;

9.o—En la calefacción de las habitaciones;

10.o—En la pavimentación de las ciudades (los de base de asphalto).

11.o—En la medicina; y

12.o—Como desinfectante y exterminador de moscas, mosquitos, etc.

Valor económico de algunos yacimientos de petróleo

Resumiremos algunos datos que pueden servir para la apreciación del valor de los yacimientos.

Costo de un sondeo de explotación de 500 metros, $ 10,000 oro.

Número de pozos por hectárea, a 30 metros de distancia, 8.

Rendimiento de pozos por hectárea al año, 6,000 toneladas.

Sondeos productivos: estudiada bien una región, se admite que de 10 sondeos, 7 son productivos.

Vida de un sondeo, 5 años.

Valor de la tonelada de petróleo en Antofagasta, moneda chilena, $ 53.00.

El costo medio de producción en los Estados Unidos era de $ 2,44, oro, pero desde 1910 viene reduciéndose por los perfeccionamientos que se introducen en las maquinarias de extracción y elaboración.

La profundidad de los pozos es muy variable. Se ha encontrado petróleo desde la superficie hasta los 3,000 metros de profundidad. Recién abiertos son generalmente pozos fluyentes; esto es, el petróleo es forzado en el tubo y sube a la superficie sin presión artificial; pero esta presión natural disminuye y es necesario suplirla con la acción de bombas.

Un mismo pozo produce diferentes clases de petróleo, en color y espesor, siendo más obscuro y más pesado gradualmente.

La producción mundial de petróleo, avaluada en toneladas, ha sido la siguiente en los años que se indican:

1870.	700,000
1880.	3.900,000
1890.	9.800,000
1900.	20.238,672
1906.	28.119,328
1907.	35.193,607
1908.	37.970,647
1909.	39.897,385
1910.	43,514,285
1911.	46.195,126
1912.	47.097,000

Los Estados que produjeron esta última cantidad son los siguientes:

Estados Unidos. .	29.663,000
Rusia.	9.263,000
Méjico.	2.100,000
Rumania.	1.806,000
Indias Holandesas	1.520,000
Galicia.	1,180,000
Indias Inglesas. .	900,000
Japón.	250,000
Alemania. . . .	140,000
Diversos Estados .	275,000
Total. . . .	47.097,000 toneladas

La importación de petróleo crudo o en bruto en 1912 por los puertos de Arica a

Taltal, fué la siguiente, según la Estadística Comercial de 1913, primer semestre, avaluándose en kilos:

Arica	700
Pisagua	16.010.300
Iquique	63,247,900
Tocopilla	57.066,500
Antofagasta	37.897,700
Taltal	56.622,500
Total	230.845,600 kilos,

que, al precio de 53 pesos la tonelada, da una suma de $ 12.234,785, que hoy se pagan a los productores extranjeros.

El tonelaje de carbón de piedra desembarcado por los puertos de Antofagasta, Mejillones y Coloso en 1911, según la misma Estadística, fué:

Antofagasta	126,609
Mejillones	140,997
Coloso	60,138
Internado a Bolivia	23.008
Total	350,752

toneladas, que, al precio de $ 60, da la suma de $ 21.045,120.

Para terminar este capítulo, daremos una idea más de la magnitud de esta industria, reproduciendo en seguida lo que dice la Revista de Geología y Minas de Buenos Aires sobre el valor de algunos terrenos petrolíferos de Rusia: "En Balahany, por una hectárea de tierra se paga la friolera de 300 a 500,000 francos; en Sabountchy, 800,000 francos; y en Bibi-Eybat, 1.300,000 francos. Una Compañía Inglesa compra 100 hectáreas en 5 millones de rublos, cava un poco del que surge petróleo y revende algunas semanas después el mismo terreno en 12 millones de rublos a otra Sociedad, la que descubre una nueva fuente, y revende, a su vez, en 16 millones de rublos a una tercera compañía. Convertidos en francos, representan, sucesivamente, 13, 32 y 43 millones de francos.

¡Parece fantasía, pero es la verdad!"

DISTRIBUCION GEOGRAFICA DEL PETROLEO EN SUD AMERICA

Argentina

Esta nación posee yacimientos reconocidos y estudiados por distintos ingenieros y geólogos en el norte, centro y sur del país. Los del norte se encuentran en las provincias de Jujuy y Salta, en los puntos conocidos con los nombres de San Pedro, Laguna de la Brea, Garrapatal, Río de las Piedras, Santa Bárbara, Gallegua, Yavi, Barro Negro de Tejada, Tartagal Aguaray, etc., internándose la región petrolífera hasta el departamento de Santa Cruz de la Sierra en el Chaco boliviano.

La formación petrolífera de esta región, según el geólogo L. Brackebusch, "cubre directamente las areniscas coloradas, o queda separada de ellas por un cuarcita muy duro, que encastra a veces restos de plantas, pero indeterminables. Sobre esta arenisca descansa el gran complejo de dolomitas, calizas, oolitos, margas y conglomerados que alternan entre sí; de manera que no hay zonas fijas de una y otra clase de rocas. Las calizas que alternan con las dolomitas son, en estado fresco, de un color gris, a veces obscuro azulado. Estas capas son estratificadas, contienen fósiles (pescados), así como insectos fósiles. En todas partes, en donde estos fósiles se hallan, las calizas se distinguen por su contenido notable de aceite mineral. En muchos puntos se puede ver cómo el petróleo gotea de las rocas bituminosas y se infiltra en otras capas que alternan con las calizas, entre las cuales predominan margas blandas, de color colorado hasta gris azulado, o conglomerado de material medio suelto."

Los del centro están en la provincia de Mendoza, tales como los depósitos de "Cacheuta", frente al departamento chileno de Los Andes, estudiados por el geólogo señor Rodolfo Zuber. Según él, "se ve que en varios cortes geológicos las capas que reposan inmediatamente sobre el melafiro de Cacheuta, consisten en tobas y margas. Estas tobas, generalmente grises, en raras partes verdosas o coloradas, son el producto de la descomposición de rocas vecinas más antiguas, principalmente del melafiro, descomposición producida por



Geysers de Copacoya

el agua del mar, que en aquellas épocas remotas tocaba el antiguo peñasco de Cacheuta. La estratificación de estas tobas se hace más y más perfecta hacia arriba, convirtiéndose en un sistema de margas claras; intercaladas por capas de areniscas, descansa un grueso depósito de esquistos bituminosos y obscuros. En estos terrenos se conocen desde mucho tiempo manantiales de petróleo que salen de las capas de dicha formación. Este líquido mineral, brotando desde siglos atrás, ha perdido la mayor parte de sus componentes volátiles; así es que se ha formado capas grandes y gruesas de alquitrán sólido (asfalto). Buscando la proveniencia de estos manantiales, se la encuentra en las areniscas intercaladas por margas. Junto con el petróleo se hallan en las mismas capas numerosas vertientes de agua sulfurosa y poco salada, hecho conocido en todos los terrenos petrolíferos Las arcillas y esquistos bituminosos de esta formación contienen en algunas partes delgadas capas y fragmentos de lignita de muy poco valor. **Las arcillas negras impregnadas de petróleo fueron aquí consideradas muchas veces como carbón de piedra e indujeron a varios mineros a cavar en los terrenos en cuestión."**

Más al sur, en el departamento de San Rafael, frente a Curicó, se conocen los yacimientos del cerro del "Alquitrán" y los del cerro de "Los Buitres", estudiados también por el señor Zuber, el que considera que su formación es la misma que la petrolífera de Cacheuta. A 15 leguas hacia el oeste del pueblo de San Rafael, frente a Talca, el mismo autor reconoció otra vertiente petrolífera, en un punto llamado "Las Aucas", entre el "Río Diamante" y el "Arroyo Colorado". El petróleo espeso brotaba con agua sulfurosa de las capas idénticas a las de Cacheuta (Triásico Superior), atravesadas por un gran filón de una roca traquítica, formando un cerro elevado y áspero, llamado el "Cerro de la Brea".

En el sur se conocen los de la "Sierra Lotena", en el Neuquén; los del "Arroyo Blanco", cerca de Chos Malal y los de "Comodoro Rivadavia"', sobre la costa del Atlántico, donde una perforación practicada en busca de agua, dió petróleo a los 535 metros de profundidad, y se explotan actualmente con resultados provechosos 13 pozos.

El Gobierno argentino ha destinado la cantidad de 15 millones de nacionales para compra de perforadoras y reconocimientos de sus yacimientos.

Perú

Los yacimientos del Perú están igualmente repartidos tanto en la costa, a orillas del mar, como sobre la altiplanicie de la cordillera, y al norte, centro y sur del país.

Los del norte, se encuentran en toda la costa, desde el paralelo 6°10' de latitud sur hasta los confines con el Ecuador, abarcando una longitud de más de 300 kilómetros, manifestan lose las emanaciones naturales de petróleo en diversos lugares y siendo explotadas con éxito desde muchos años atrás por distintas compañías y particulares y tienen como principal mercado de consumo las salitreras de Tarapacá y Antofagasta.



Fuente ardiente de Copacoya.—Antofagasta

La zona total de estos yacimientos está atravesada por una cadena de cerros situados muy cerca de la costa, tomando su origen en la Punta Pisura, bahía de Sechura, dirigiéndose al S. E., después al E. y terminando en el desierto de Sechura, cerca de las salinas del mismo nombre.

La parte plana de esta región, por el lado del desierto, está en algunos puntos cubierta por una gruesa capa de salnetrón, que sólo contiene pequeñas cantidades de nitrato de soda y en su mayor parte compuesta de bancos de arcilla ferruginosa, de yacimientos de alumbre, yeso y sal de cocina, material inagotable en las extensas salinas de Sechura. Encuéntrase también extensos mantos de azufre.

En la planicie llamada "Reventazón", sucede que la fuerza de los gases subterráneos de petróleo han levantado el terreno de distancia en distancia, por una especie de solevantamiento vertical, esparciéndose sin cesar el petróleo emitido, del interior a la superficie, y del centro a la circunferencia, formando grandes bancos o mogotes de esta substancia, que se ha endurecido por la acción atmosférica. Estos volcanes en miniatura, que en Piura se conocen con el nombre de "Piedra Brea", están en constante actividad, muy especialmente los que se encuentran próximos a los cerros. En la falda de algunos de éstos, se observan grietas por donde sale el petróleo mezclado con agua salobre.

La temperatura de las excavaciones que se han practicado, ha sido bastante elevada, y el olor desprendido de esas excavaciones es el mismo que se escapa del kerosene.

La zona petrolífera del centro se encuentra a 100 kilómetros al interior de Lima, a inmediaciones del pueblo de la Oroya, a 4,000 metros de altura sobre el nivel del mar, en medio de los terrenos fuertemente accidentados de la cordillera de los Andes. Se conoce una poderosa formación calcárea que se presenta con capas de arcillas y areniscas impregnadas de petróleo. Se ha constatado la existencia del petróleo en las sierras de las provincias de Huancavélica y Jauja.

La región petrolífera del sur se encuentra en la altiplanicie del lago Titicaca, formada entre las cadenas oriental y occidental de la cordillera de los Andes, con alturas superiores a 4,000 metros sobre el nivel del mar y reconocida en una extensión de 150 kilómetros de largo, comprendiendo parte de los departamentos de Cuzco y Puno.

El principal centro es el distrito de Pusi, en cuyas inmediaciones existe un manantial natural de aceite, usado por los indígenas para el alumbrado. Los terrenos son bastante quebrados y forman una serranía que circunda el lago Titicaca Están constituídos por areniscas rojas y blancas y por conglomerados ferruginosos; en concordancia con esta estratificación, se encuentran calizas grises y claras, buzando con 45o al nordeste.

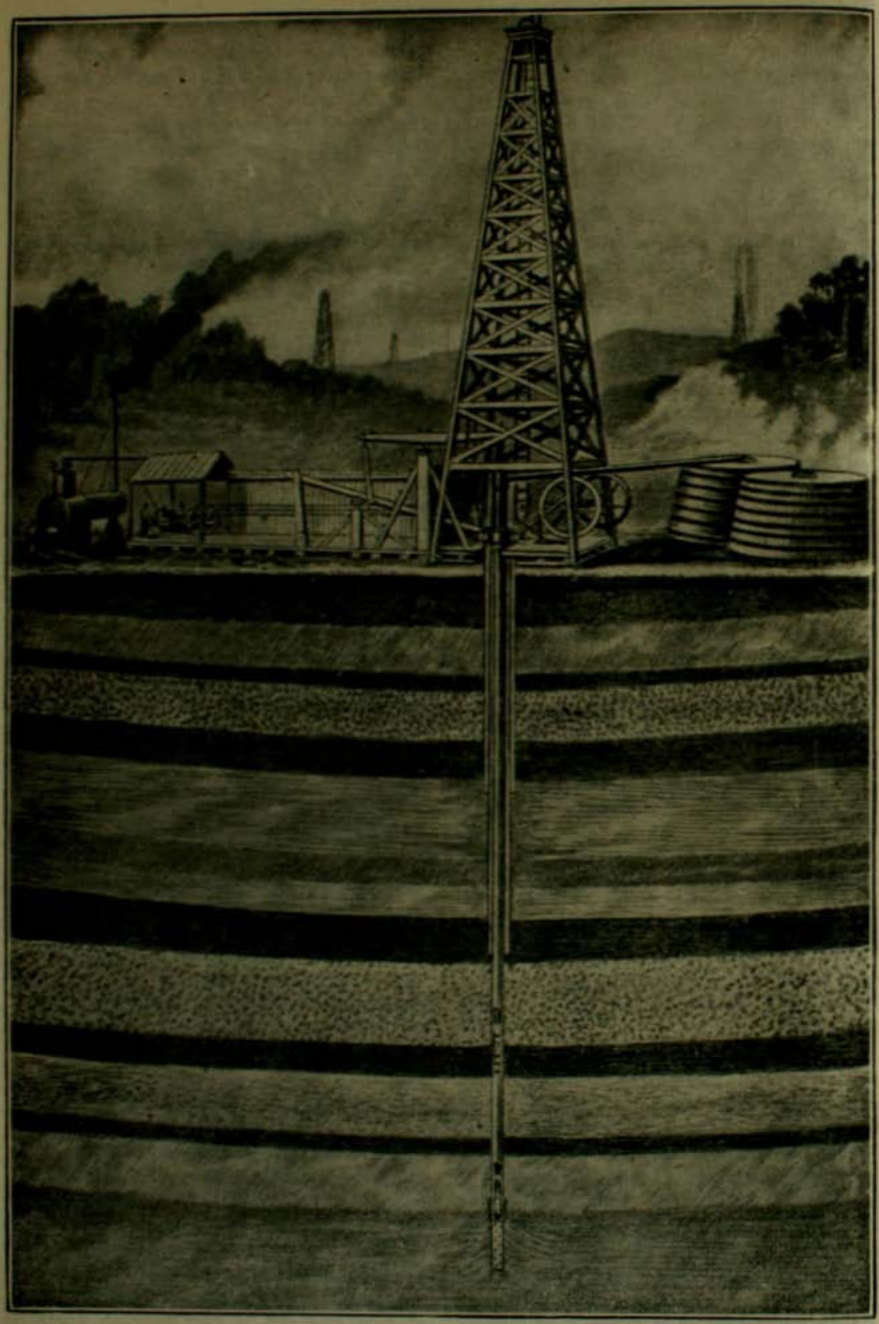
Sobre la base de la eyección natural del petróleo de Pirin (25 kilómetros al norte de Pusi), se formó la "Compañía Titicaca Oil Co.", con capitales americanos, la que ha abierto varios pozos con el siguiente resultado: El primer pozo dió agua salada artesiana a los 213 metros; el segundo se obturó con varias substancias incrustantes; el tercero daba algo de petróleo. el cuarto dió aceite surgente a los 36 metros de profundidad, llegando a producir hasta 2,500 galones diarios; los demás pozos abiertos han dado también petróleo.

En el punto llamado Pallpata el terreno está constituído por calizas negruzcas y cuarcitas blancas, casi verticales y dirigidas de norte-noroeste a surdeste, sobre la que descansa una formación de areniscas verdes con estratos horizontales. En las inmediaciones de la región se encuentran tufos rioliticos.

El geólogo Steimman dice que el petróleo de esta zona yace en las areniscas del cretáceo inferior.

Bolivia

La República de Bolivia posee yacimientos petrolíferos desde sus deslindes con la Argentina hasta el departamento de Santa Cruz, que deslinda con el Brasil. Los puntos en que se conocen manantiales naturales de petróleo son los siguientes: Yacuiba, Concepción y Tarija, en el sur; que son la continuación norte de los yacimientos de Jujuy en la Argentina Tomina, Acero, Tarabuco y Tucurú, en el



Extracción a vapor del petróleo por medio de un tubo de hierro que se sumerge de 1,000 a 2,500 piés de profundidad

centro; Buena-Vista, Espejos y Tumupasa, en el norte, y en varios parajes del Chaco

En Calacoto, punto situado en la región de Corocoro, provincia de Pacajes, en los deslindes con el departamento de Tarata, y en las proximidades de la línea férrea a La Paz, se han encontrado hace poco tiempo manantiales de petróleo, que han dado en análisis hasta 45 por ciento de kerosene.

El historiador Dalence, en su Ensayo Estadístico de Bolivia del año 1852, dice lo siguiente:

"Hay en Tarija varias minas de asphalto o pez mineral, que a los principios del siglo XVII descubrió nuestro Barba y que ha vuelto a hallarlos un brasileño avecindado en aquellos valles. Hoy se mira con indiferencia este objeto, pero llegará a conocerse su importancia cuando los bolivianos, más instruídos sobre nuestros verdaderos intereses, cubramos con nuestras barquillas las aguas del Tarija, Pilcomayo y Paraguay, a fin de salir por ellas al Atlántico, exportando nuestras riquezas para tornar después importando las extranjeras que necesitamos: este tiempo llegará y entonces Tarija se encaramará al puesto que la Naturaleza le tiene destinado."

Un mapa de Bolivia, anexado a la Memoria del Ministerio de Justicia e Instrucción del año 1912, demarca como petrolífera toda la región comprendida entre los grados 17 y 22 de longitud y 65 a 68 de latitud y a una altura sobre el mar de más de 4,000 metros.

Confirma esta información el ingeniero don León Mousnier, que ha estudiado la mayor parte de los yacimientos y que describe uno de ellos como sigue:

"Del flanco de una colina, insignificante en altura, se producía un escape de líquido, acompañado de un ligero ruido parecido al de una máquina de vapor, y esa particular boca o válvula de escape botaba por un orificio natural, entre dos capas de pizarra occidada de hierro, una vez agua, otra vez kerosene, y así, sin discontinuidad, repitiéndose el fenómeno como cada cinco minutos, alternábase con perfecta regularidad el agua y el kerosene.

"Transcurridos algunos meses, envié a ver si el fenómeno seguía, y el empleado regresó con la mala noticia del derrumbe del cerrito; efectivamente, más tarde comprobé que una AIZA grande había tapado la vertiente y terminado con el fenómeno. Los que conocen Bolivia saben que esas aizas y derrumbes de cerros se producen a cada rato y hacen como imposible de reconocer zonas enteras; es, pues, un terreno en constante movimiento y revolución.

"¿Qué concluirán los sabios del fenómeno anterior?—No lo sé;—lo que sí para mí el hecho me parece probar que esa boca de escape o vertiente, debía estar en comunicación, si no directa, a lo menos muy próxima a la cuenca principal, y que por presión interior del agua almacenada en el mismo depósito con el kerosene, y debajo de la masa aceitosa por diferencia de densidad, eyectaba al exterior una cantidad pequeña de aceite libre a la superficie y en seguida el agua se precipitaba en el canal desalojado por el kerosene, en la misma cantidad que este."

"De esta misma capa propagada al oeste, procede el petróleo que por infiltraciones, fallas o grietas, al través del sistema de Salta, se eleva hasta 4,000 metros de altitud, como en Tejada, puna de Jujuy; en tanto que en el Aguaray y Tartagal, el mismo kerosene se halla como a la superficie, y en Santa Cruz está casi a flor de tierra; lo mismo que en las llanuras, lo que prueba que el kerosene del norte de Bolivia está más cercano del SITU de producción."

Casi todos estos yacimientos se encuentran ya en poder de particulares y fórmanse sociedades para hacer perforaciones y poner de manifiesto la importancia de los depósitos.

Sindicatos ingleses y americanos, argentinos y peruanos, jestionan su adquisición, comprendiendo que tan valioso combustible llevará a la minería de Bolivia un desarrollo colosal, pues con petróleo podrán beneficiarse los numerosos yacimientos de plata, cobre, fierro, manganeso, zinc, bismuto, wolfran y estaño, que constituyen la riqueza mineralógica de Bolivia, al mismo tiempo que librará al país del fuerte tributo anual que paga al extranjero por su internación de combustibles y lubricantes.

Chile

Veamos ahora las informaciones que se conocen sobre los presuntos yacimientos del país.

Principiando por el norte sabemos que en Tacna y Arica se han hecho muchos pedimentos de cabón de piedra y de petróleo. Este combustible parece encontrarse en unas vertientes naturales situados en la región cordillerana, en las proximidades de la quebrada de Palca. La situación de este yacimiento demostraría estar en relación con los ya nombrados de Calacoto (en Bolivia), que ocupan la parte oriental, siendo la continuación al sur de los del Cuzco y Puno, en la altiplanicie del Titicaca.

En Tarapacá se han encontrado últimamente indicios de petróleo en la quebrada de Majala, situada entre Huatacondo y Pica, en las caídas de la cordillera. Las manifestaciones que se han reconocido son algunas substancias bituminosas con desprendimiento de ácido carbónico.

En Antofagasta se conocen los de Copacoya y Sierra Chile. El primero se encuentra situado como a 100 kilómetros al oriente del pueblo de Calama, y los técnicos que lo han estudiado dicen de él lo siguiente:

El geólogo don Ellis Jansson: "En fin, tomando en cuenta todos los diversos fenómenos que aquí se presentan, no se puede menos que reconocer que corresponden en muy alto grado a fenómenos que acompañan a yacimientos de petróleo, ya reconocidos en muchas otras partes de la tierra. La formación del terreno es muy favorable las rocas que lo constituyen tam bién lo son, a lo menos en la extensión que es posible estudiar sin trabajos especiales, y en fin, en la presencia del agua salada, de los geysers, de las salsas, de la erización, de materia aceitosa, de ácido sulfhídrico y de todo esto en sitios favorables, todo me parece indicar que no es de ninguna manera atrevida o sin fundamento la creencia de encontrarse aquí un yacimiento de petróleo."



Salsas o volcanes de barro de Copacoya—Antofagasta

El químico analítico señor J. B. Mac. Donald, certifica haber encontrado en las muestras de barro tomadas por él en las salsas o volcanes de barro de Copacoya, "una substancia grasosa, a cual he probado ser residuo de petróleo, y existe en casi todos los volcanes de barro en el distrito."

El ingeniero señor J. W. Abd-El-Kader, confirma la opinión del geólogo señor Jansson y demuestra la facilidad que hay para tender una cañería-pipe-line-desde los yacimientos a la pampa salitrera.

El jefe de la Comisión Exploradora del Desierto, don Francisco J. San Román, en los tomos 1.º y 3.º de sus obras, hace una interesante descripción de los geysers, salsas o volcanes de barro de Copacoya. Dice así: "En un espacio circular de 10 metros de diámetro, cerrado hacia el oeste por un barranco y abierto en el sentido opuesto, hierve un charco de agua de intenso color azul, como si la saturara el sulfato de cobre, sobre un fondo de fango negro y fétido, con el olor característico del hidrógeno sulfurado y con manchas amarillas de azufre precipitado al estado nativo. Agitan la superficie de este estanque nauseabundo infinitas burbujas de gas, impregnando el aire ambiente hasta hacerlo casi irrespirable, y lo pueblan de pequeños penachos blancos de vapor y de agua, como abriéndose paso con dificul-



Geysers de Copacoya.—Antofagasta

tad a través de la masa fangosa. Por el lado abierto de estanque, en un suelo de limo arcilloso, abren concavidades de forma cónica, verdaderos embudos o conos invertidos, por cuyo orificio estrecho, obstruído por un barro rojo, espeso, de arcilla pegajosa, se escapan bajo fuerte presión los gases, formando burbujones enormes que estallan con detonaciones secas y arrojan contra las paredes, y a veces fuera del recipiente, una granizada de la materia pastosa, humeante y fétida."

En el yacimiento de la Sierra Chile, la formación geológica y las substancias que lo componen son análogas a las de los depósitos petrolíferos de Virginia, Pensylvania, Washington y otros de Estados Unidos; iguales a los de Boryslaww y Sloboda Rumgurka, de Galicia; de Rimnica Vulcea Moreni, Baicoi y otros de Rumania; lo mismo que a los de la Rusia Asiática, Siria, Persia, Argelia, Abisinia, el Canadá, y a los existentes al pie de los Andes, peruanos y bolivianos.

El autor de este trabajo, conocedor de la Sierra Chile, y en vista de las analogías que ha encontrado con las que describen las obras científicas que estudian esta clase de formaciones, no cree aventurado predecir que allí se halla un importante yacimiento petrolífero, que tiene de largo más o menos 80 kilómetros, por 7 u 8 de ancho.

En Atacama se encuentra otro yacimiento con caracteres análogos al anterior, y en el que las substancias que lo componen están teñidas de varios colores: blanco, rojo claro, amatista y amarillo de ámbar, por los betúmenes o hidrocarburos de que están impregnadas.

En la provincia de Colchagua, en la región de la cordillera, se encuentran calizas negras bituminosas, esquistas y substancias penetradas de betún, que por el calor producen gas combustible y arden con llama larga. Han sido clasificadas como **Pisafalto** o betún viscoso, el que difiere del petróleo sólo en su consistencia.

En Talca y Curicó se encuentran en varios puntos los indicios clásicos del petróleo, tales como la **brea** mineral, que los indígenas llamaban **Upe** y lo usaban para embetunar tinajas, y que no es otra cosa que petróleo condensado por la acción atmosférica. Frente a Curicó, como se ha dicho, están los yacimientos argentinos del cerro del Alquitrán y de Los Buitres, vecinos al volcán de Peteroa o Planchón, y frente a Talca el de Las Aucas.

En la provincia de Cautín, en Lonquimay, se encuentran yacimientos de esquistos oleaginosos, que al contacto de una vela producen llama y tienen un pronunciado olor de petróleo. Se ha reconocido el yacimiento de los esquistos en una extensión de 20 kilómetros.

En Llanquihue, en la región de Ancud y Carelmapu, la Compañía Petróleos del Pacífico es la que ha efectuado mayores reconocimientos, encontrando a profundidad indicios evidentes de la existencia del petróleo. Se han hecho tres pozos, alcanzando a hondura de 1,270 piés con la sonda Raky, de propiedad fiscal. Se confía que llegando a los 3,000 piés se encuentre el valioso combustible. En algunas de las pertenencias de la Compañía propietaria de esos terrenos, el líquido aceitoso está a la vista y el gas combustible se utiliza en las necesidades de las faenas mineras.

En Chiloé, la Compañía Petróleos de Chiloé, ha hecho reconocimientos en Manao y Linao y ha alcanzado a una hondura de 1290 piés, trabajos que ha tenido que abandonar por accidentes sufridos en las perforadoras, de propiedad fiscal. Se gestiona el aumento de su capital para adquirir maquinarias propias y seguir a mayor profundidad.

En Magallanes, las Compañías Sud Americana y Patagonia de Petróleos, reconocen desde hace algún tiempo yacimientos con emanaciones de gases combustibles, considerados como indicios de la existencia de petróleo. Los puntos donde se encuentran son los siguientes: Agua Fresca, Punta Arenas, Río de las Minas, bajo de las Piedras, Pecket, Harbour, Isla Riesco, Quemas Malas, etc.

En la Tierra del Fuego, en el lugar denominado Boquerón, se desprenden en abundancia gases con olor de keronese y arden con llama amarillenta. Otras emanaciones tienen olor de hidrógeno sulfurado, y en las aguas de los alrededores sobrenadan partículas de azufre.

Tales son las informaciones que hasta hoy se conocen sobre los presuntos yaci-

mientos petrolíferos de Chile. No dudamos de que en alguno de ellos brotará repentinamente el valioso combustible, llevando la riqueza y bienestar a la región en que esto se produzca, máxime si sucede en los del norte de la República, con lo que se conseguiría que quedaran en el país las cuantiosas utilidades que hoy van al Perú y Estados Unidos, por cuanto no habría competencia posible, dada su situación. El terreno se presta para el transporte de petróleo por cañerías, pues no hay montañas o cerros que atravesar para llegar a la pampa salitrera, de cuyas oficinas no distan más de 150 kilómetros. Cabe advertir que en Rusia y Estados Unidos la red de cañerías sube de 4.000 millas y atraviesan ríos y montañas y hasta se construyen aéreas.

Extendiéndose estas hasta la línea del ferrocarril longitudinal, tendría comunicación ferroviaria con todo el país, pudiendo, entonces, surtir de petróleo, con fletes reducidos a toda la región salitrera, ferrocarriles y establecimientos de fundición de minerales que se fundarían para explotar con combustible barato, los numerosos yacimientos de plata, cobre y fierro que abundan en todo el desierto.

La iniciativa particular y los capitalistas, apoyados por el Gobierno, tienen en la industria del petróleo, la resolución de un problema de alta conveniencia para los intereses del país en general y provechosa en sumo grado para los descubridores e industriales que exploten tan valioso combustible.

El dominio de los aires, de que se jacta la humanidad en estos momentos, debe a uno de los derivados del petróleo, la bencina, el éxito que hoy alcanzan los dirigibles y aeroplanos. La invención y perfeccionamiento del motor de gasolina y su aplicación a los coches y canoas automóviles, ha anulado las distancias. Le llega, pues, al petróleo la época de su reinado y atrasada quedará la nación que no lo posea y utilice.

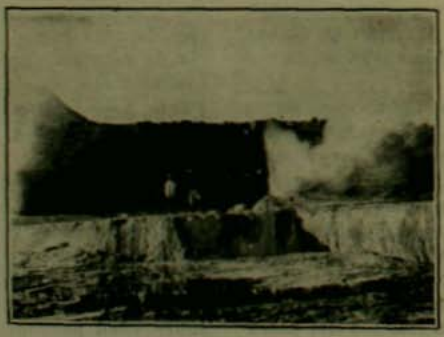
Damos término a este estudio reproduciendo uno de los acuerdos tomado por el Congreso Científico Internacional Americano, celebrado en Buenos Aires en 1910, que dice así:

"El Congreso cree conveniente que los Gobiernos americanos resuelvan, a toda costa, el problema del petróleo en todos aquellos puntos en que existen manifestaciones de este *líquido*."

Hacemos votos porque así lo haga nuestro Gobierno, para el bien de la República.

Antofagasta, Noviembre de 1913.

CUSTODIO ROJAS A.



Geysers de Copacoya



Las Cuevas

El paso de los Andes en aeroplano

Ilustraciones fotográficas

Próximamente, este mismo verano, habrá de realizarse por dos conocidos aviadores la tentativa de transmontar la cordillera por Uspallata.

Newbery y Figueroa serán los campeones de esta doble prueba, que cada uno tratará de cumplir en sentido opuesto: aquél, viniendo de la Argentina, este, yendo de Chile.

La proeza, de cumplirse esta vez, sería única en su género; la altura y lo dilatado de la travesía, constituyen un record incomparable con el del paso de los Alpes. De los Andes a Mendoza el aviador debe salvar una distancia de 200 kilómetros, sin descenso posible, cerniéndose sobre gargantas caprichosamente onduladas, sobre montes abruptos y sobre abismos sin cuento.

Las ráfagas violentas y heladas de la región de las nieves eternas, azotarán el frágil aeroplano como a una arista llevada por el huracán. La refracción de la nieve, las nieblas en que se arrebujan las alturas, las ráfagas inesperadas que soplan del fondo de las gargantas de la cordillera, todo y nada puede hacer fracasar la tentativa, a pesar de la destreza y el arrojo del aviador. Contar con la calma absoluta de todos los elementos, sería confiar en lo imposible, pretender demasiada fortuna.

Pero, en cambio, qué magnífico espectáculo bajo sus miradas, si es que los aviadores tienen tiempo de admirar lo que ven. Remontando con la cinta fulgurante del río, extiéndense por ambas márgenes los potreros color de esmeralda, cuya mancha de tonos tiernos y cambiantes, sube hasta media falda de la montaña.

De allí en adelante el granito asoma a flor de tierra, con su azul de pizarra veteado de blancura por las nieves del último temporal. Paralelas al río parecen arder allá abajo las líneas de los rieles por donde pasa el transandino.

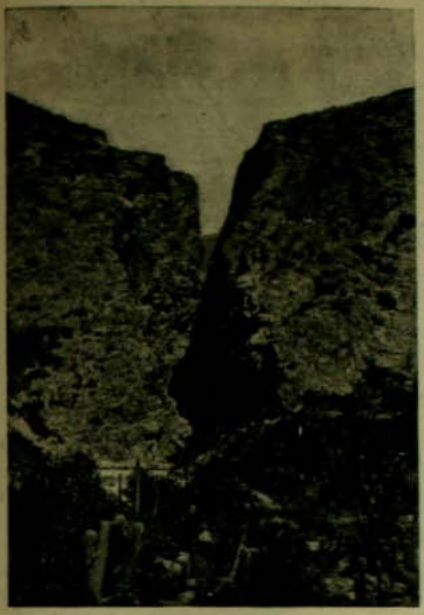
Más arriba espejean los tableros azula-



Cerros del Tolorza



Uspallata



Uspallata

dos de los glaciares, se abren las grietas sombrías de los precipicios y surgen los picos nevados, recortándose en el azul con la nitidez de líneas de un diamante.

Por último, al salvar la cumbre, se destaca allá por el norte, el Aconcagua, irguiendo su alba testa a siete mil metros de altura. Quedan atrás, hundidos en la pendiente occidental, las cumbres hace poco eminentes, y una línea obscura y brumosa que ciñe el horizonte: es el Pacífico.

El vértigo de la altura, la opresión del aire enrarecido; demos todos los contratiempos por salvados, y todavía quedarán muchos obstáculos temibles.

Ninguno de los dos pretendientes del record, ha experimentado en pruebas de tanto alcance, si bien hay que señalar en el ingeniero Newbery la ventaja de sus excursiones a grande altura en aerostato. La hazaña de Figueroa en su viaje Valparaíso-Santiago, ida y vuelta, no presentaba tampoco dificultades parecidas a las que deberá vencer en la travesía de la cordillera.



Aconcagua.—Laguna Negra



El Capitan Conquistador

Por W. W. JACOBS

XVII

Es una de las primeras reglas de la economía doméstica, que las familias más numerosas habiten las casas más pequeñas, circunstancia que no deja de ser molesta cuando las personas grandes desean discutir negocios de estado. Algunas logran conservar cierto secreto, mediante el uso de sentencias fragmentarias, acompañadas de gestos y signos, y con la substitución de los nombres propios por letras práctica, esta, ocasionada a mucha confusión y escándalo cuando los nombres de varios amigos empiezan con la misma letra. Otros mejoran la ortografía de la familia en forma que, por cierto, no imaginan, deletreando ciertas palabras importantes en vez de pronunciarlas. Los niños suelen aprovechar tanto de estas lecciones prácticas, que más de una de esas conversaciones misteriosas, ha tenido su fin en la corrección por parte de los chicos de la ortografía de los grandes.

Pocos secretos existían en la familia Wheeler pero aquel día los niños estaban seguros de que acontecimientos misteriosos altamente interesantes, flotaban en el aire. La señorita Tyrell había permanecido fuera de casa desde la mañana. La señora Wheeler parecía esperar ansiosa su regreso, con intento de tener una conversación privada con ella, y toda la familia deseaba estar presente para el caso. El señor Roberto Wheeler había partido a su trabajo aquella mañana, en un estado que la familia, muy aficionada a símiles comparada el de un oso con dolor de cabeza. Las atenciones fraternales de Emma Wheeler subían de punto y como una de las muchachas se permitiera cierta observación respecto de Roberto, se la envió a concluir el almuerzo al repostero. En consecuencia nadie faltaba en la sala a la hora del té, y cuando llegó Rosita, todos esperaban que la sesión comenzara por un discurso pronunciado desde el sofá en que yacía la señora Wheeler.

—Lleva a pasear un rato a los niños, Belinda, dijo la señora, una vez que el té hubo terminado.

—Tengo que estudiar mis lecciones dijo Belinda.

—Las estudias a la vuelta, dijo la señora Wheeler.

—No tendré tiempo, repuso Belinda, tomando sus libros del estante... Mis lecciones me ocuparán toda la tarde... Son muy largas esta noche.

—No importa, anda no más donde te mandan, persistió la señora.

—Cuando quiero salir Ud. no me lo permite, dijo Belinda en són de protesta.

—Obedece a tu madre, mandó Mr. Wheeler, en tono magníficamente austero.

—Necesito estar tranquila un momento, dijo la señora Wheeler... A tí mismo, Pedro te haría bien un poco de aire fresco.

—Iré a fumar mi pipa al repostero, dijo Mr. Wheeler, que tenía sus ideas propias, en cuanto a distracciones higiénicas.

—Llévate tu pipa a la calle, dijo la señora Wheeler, en tono significativo... ¿No me has oído Belinda?

Belinda se levantó miedosamente, y tomó sus libros, volvió a colocarlos en el estante, y colocándose su sombrero, se



Belinda, tomando sus libros volvió a colocarlos en el estante

detuvo junto a la puerta, preguntando a sus hermanitos con aspereza si salían o nó. Al fin toda la partida hubo de seguirla y cerraron la puerta de calle con tanto estruendo, que la señora Wheeler hubo de hacer algunas observaciones sobre el mal genio que su prole había heredado, sin duda de su esposo.

—¿Dónde va, Rosita? preguntó, al ver que la niña se levantaba para seguir a Mr. Wheeler. Necesito hablar con Ud. un momento.

Rosita volvió a sentarse y esperó con paciencia.

—Necesito hablar acerca de Roberto, dijo la señora Wheeler, muy impresionada. Ud. sabe que él nada tiene de oculto para su madre. Me ha hablado de todas las niñas que conoce, y aunque muchas han deseado pescarlo, a él no le ha gustado ninguna...y en realidad no son dignas de él.

La señora calló un momento, y Rosita Tyrell se creó obligada a murmurar, una palabra de afirmación esperando la continuación del discurso.

—El ha sido siempre un buen hijo, prosiguió la señora con ternura... Nunca me ha dado qué hacer, y siempre se ha conducido como un caballero. Lo primero que ganó, fué para comprarle un bastón con empuñadura de hueso a su padre.

—Así es, dijo Rosita una vez más.

—Las mujeres nunca le han agradado, dijo la señora Wheeler, moviendo la cabeza. Antes que Ud. viniera, salía a pasear con una todos los Domingos, pero después no ha vuelto a hacerlo. Aquí lo embromamos siempre por esto.

—Es muy joven aún, dijo Rosita.

—Tiene veintitrés años, y ya es buena edad para casarse, dijo la señora Wheeler... El me ha hablado de Ud., porque no tiene secretos para su madre. Me contó que se le había declarado a Ud. la otra noche, y Ud. le había contestado que nó.... Yo le dije que todas las niñas obraban de la misma manera y que Ud. cambiaría luego...

—Esa fué mi última respuesta, dijo Rosita Tyrell, apretando severamente los labios... No tengo sino una palabra.

—Todas las niñas dicen lo mismo al principio, dijo la señora Wheeler, haciendo los más heróicos esfuerzos para reprimirse... Wheeler tuvo que declararse conmigo cinco veces.

—Yo sé lo que me digo, dijo Rosita en tono inflexible... No cambiaré de modo de pensar.

—Quizás es demasiado pronto para tratar de este asunto estando tan reciente la muerte del capitán Flower sugirió la señora Wheeler.

—Ello nada tiene que ver en el asunto, dijo la niña. No me casaré con su hijo en ningún caso.

—No es bastante digno de Ud., dijo la otra con los ojos brillantes de cólera... En mi tiempo los mendigos no eran tan exigentes.

—Tampoco lo son ahora, dijo Rosita en voz baja, pero, como Ud. sabe, yo tendré un empleo desde el Lúnes, y podré pagarle a Ud. mi deuda, aunque, es verdad, nunca dejaré de agradecer a Ud. sus bondades para conmigo.

—No es a mí a quien tiene algo que agradecer, dijo la señora Wheeler. No la habría tenido ni por un momento en mi casa, si Roberto no hubiera pagado por Ud.

—¡Roberto!... exclamó Rosita, levantándose de su asiento.

—Sí... Roberto, dijo la otra en tono melodramático... El, que no es digno de ser su marido, en opinión de Ud.

—No lo sabía, dijo la niña bruscamente... Debían habérmelo advertido... Habría preferido vagar en las calles... y lo haré desde este momento...

—No sé dónde irá Ud., así no puedo menos de deplorarlo por Ud., dijo la señora Wheeler... Estas palomitas inocentes, suelen escoger siempre lo peor.

—Lo siento mucho, murmuró Rosita.. No quería por nada del mundo aparecerle ingrata.

—Es Ud. muy amable, dijo la señora Wheeler. ¿Está Mr. Fraser en Londres?

—No lo sé, dijo la niña, dirigiéndose hacia la puerta.

—Seguramente que estará, dijo la señora Wheeler maliciosamente... Por cierto que es bastante estúpido el orgullo de ciertas gentes.

La señorita Tyrell la miró en silencio por algunos instantes; salió en seguida de la sala, pero en medio de la escalera volvió a bajar, al oír un golpe en la puerta. La abrió lentamente y con horror descubrió a Mr. Fraser, de pie sobre el umbral, sonriendo de un modo que quería ser amable, pero que sólo era inquieto y agitado.

—¿Está allí Mr. Fraser? preguntó ásperamente la voz de la señora Wheeler.

—Yo soy, dijo Fraser resueltamente, estrechando la mano de Rosita y entrando en la sala.

—Sospechaba que Ud. no estaba muy lejos, dijo la señora Wheeler, con voz desagradable. Rosita le esperaba a Ud.

—No sabía que Mr. Fraser iba a venir, dijo Rosita, mientras el infortunado joven, dirigía sus ojos de la una a la otra... Supongo que venga a verlos a Uds... No ha venido a verme a mí.

—A eso he venido, a verla a Ud., dijo Mr. Fraser con calma... Necesito...

Pero ya la señorita Tyrell había subido la escalera, dejándolo al otro frente a frente del enfermizo y malicioso rostro que yacía en el sofá.

—¿De qué se trata? preguntó el joven.

—Nada de particular, dijo la señora Wheeler.

—¿No está bien la señorita Tyrell?



¡Roberto!... exclamó Rosita, levantándose de su asiento

—Hasta donde puedo saberlo, su salud está buena, fué la respuesta.

—¿Y Mr. Wheeler? ¿Está bueno? preguntó Fraser, después de una larga pausa.

—Bien, muy bien... gracias, dijo la señora Wheeler.

—¿Y la señorita Wheeler, y Roberto, y toda la familia? dijo Fraser...

—Muy bien todos, repuso la señora Wheeler.

Con esto la conversación pareció agotarse, y el pobre joven, sentado allí en silencio, no sabía sino contestar la mirada hostil e impaciente de la señora Wheeler Mientras trataba de comprender la súbita desaparición de la señorita Tyrell, oyó sus pasos en la escalera, y pocos momentos después la niña volvió a penetrar en la sala.

—Adiós, señora Wheeler, dijo gravemente.

Adiós, repuso la señora, en un tono suave, aunque otra mujer habría dicho "Vaya Ud. con Dios".

Los ojos de la niña se fijaron un momento en Fraser. En seguida se despidió

de él también, y abriendo la puerta salió a la calle.

Fraser, perplejo, miró a la señoraWheeler, y levantándose bruscamente, al ver pasar a Rosita frente a la ventana, salió a su vez.

—Adiós, señora Wheeler, murmuró, y con la vaga idea de que algo malo se ocultaba allí, se precipitó tras de la niña.

—Necesitaba decirle algo, señorita Tyrell, comenzó Fraser.

—Estoy ahora muy ocupada, dijo Rosita con voz tranquila.

—No comprendo la conducta de la señora Wheeler, dijo Fraser... Supongo que no le fastidian a Ud. mis visitas.

—Oh, no, dijo la niña... Venga Ud. cuando quiera, pero hoy estoy muy ocupada... Venga mañana.

Esta hospitalidad parecía excesiva.

—¿Ha dejado Ud. a los Wheelers? preguntó de pronto.

—Sí, dijo Rosita sencillamente.

—¿Entonces, por qué me dice que venga mañana? preguntó Fraser.

—Ellos tendrán mucho gusto de verlo, dijo la señorita Tyrell.

—¿A dónde se va Ud? preguntó Fraser.

—La señorita Tyrell nada respondió, pero su mirada fué de tal suerte, que al otro no le quedaron alientos para repetir su pregunta . Continuaron un momento en silencio.

—Adiós, dijo ella, de pronto.

—No me voy todavía, repuso Fraser con fingida sorpresa.

—Señor Fraser, dijo la niña, enrojecida por la cólera, ¿quiere Ud. entender que deseo estar sola?

—No, repuso Fraser, con energía.

—Un caballero, no habría necesitado ni la mitad para comprenderlo, dijo Rosita temblando.

—A Dios gracias, no soy un caballero, dijo Fraser con mucha calma.

—Si yo tuviera padre o hermanos, Ud. no procedería así, dijo la niña.

—Muy cierto, dijo Fraser amablemente... Precisamente porque no los tiene, me veo obligado a velar por Ud.

La señorita Tyrell, que había comenzado a serenarse, volvió a montar en cólera.

—¿Qué derecho tiene Ud. para mezclarse en mis asuntos? preguntó con brusquedad.

—Ninguno, dijo Fraser, pero sin embargo voy a hacerlo. Si Ud. deja a los Wheelers, ¿a dónde piensa ir?

La señorita Tyrell, no contestó una palabra.

—¿No puede Ud. decírmelo? preguntó el otro.

—No voy a ninguna parte, dijo Rosita, deteniéndose. Tengo un empleo desde el Lúnes próximo, y ahora voy a pedir que me empleen desde luego.

—¿Y esta noche? sugirió el otro.

Me pasearé por la calle, dijo la niña. Ahora que ya lo sabe todo, ¿quiere Ud. marcharse?

—¿Pasearse? repitió Fraser. ¿Pasearse toda la noche? Ud. no puede hacerlo... ¿Quiere que le proporcione un poco de dinero? Ud. me lo pagará cuando quiera.

—No, muchas gracias.

—Hágalo por consideración a mí.

La señorita Tyrell se encogió de hombros.

—Soy malo para andar a pie, replicó el otro.

La respuesta que flotaba en los labios de la señorita Tyrell, no salió de ellos. Continuó la niña caminando en silencio, como si no conociera al hombre que marchaba a su lado, y cuando él trataba de conversar, no obtenía contestación alguna. Un reloj marcaba las siete.

En esta forma tan sencilla, atravesaron la Commercial Road y Aldgate, pasaron por la calle de Fenchwech, y mezclados con la multitud pasaron el puente de Londres. Siguieron en la misma dirección hasta Kenmington; después la niña volvió hacia la City. Fraser, al contemplar el pálido perfil de la niña, se atrevió a hablar otra vez.

—¿Quiere Ud. que vamos a Wapping, y toma Ud. un camarote por la noche? preguntó ansiosamente. El contramaestre anda afuera, y podrá Ud. disponer de él como de cosa propia.

La señorita Tyrell, siempre mirando hacia el cielo, no se dignó responder, pero hizo otra tentativa para sacudirse de aquel porfiado hombre de mar... Aligeró, pues, el paso, y Fraser se quedó atrás.

—No soy capaz de marchar a su lado, dijo en voz baja, pero la seguiré de atrás.



Mezclados con la multitud, pasaron el puente de Londres

En esta forma continuaron por calles más y más angostas. Había ya obscurecido y casi todas las tiendas estaban cerradas. La marcha de la señorita Tyrell ya no era tan segura. Una o dos veces se detuvo para tomar aliento; Fraser, a su vez, se paraba, contemplándola con una mirada que Flower no habría aprobado de haberla podido ver.

Al fin, en una tranquila calle, al respaldo de Stratford, la niña no sólo se detuvo, sino que empezó a caminar en dirección opuesta. La niña parecía pronta a desfallecer. El la tomó entonces del brazo.

—Váyase, dijo ella en voz baja.

—No me iré.

—Ud. parecía querer marcharse...

—Soy un imbécil, dijo Fraser con vehemencia.

El brazo de la niña temblaba... A la luz de un malvado farol, vió los ojos de la niña vueltos hacia él.

—Estoy muy cansada, dijo la niña. ¿Va Ud. a abandonarme ahora?

Usted sabe que nó, dijo Fraser con sencillez.

—Nunca lo habría perdonado si Ud. me hubiera abandonado, dijo la niña... Estoy tan cansada que apenas puedo tenerme en pie... ¿Quiere llevarme a su buque?

Caminaron lentamente hasta el fin de la calle, pero el tiempo parecía a Fraser demasiado corto... Tomaron un destartalado carruaje que los condujo hasta el muelle.

Llegados al buque, con el auxilio de la hija de un marinero, y otra mujer que había procuraron atender a la pobre niña, cuya fatiga no era tanta, que no pudiera admirar las bellas líneas del vaporcito.

Fraser la condujo al camarote, y dejándola en el sofá, volvió hacia arriba, en busca de algo que comer. En el castillo de proa, echó una ojeada sobre la dormida tripulación, y descubriendo al cocinero lo sacudió vigorosamente.

—¿Necesita Ud. al cocinero? preguntó una voz.

—Sí, dijo Fraser, removiendo nuevamente al dormido.

El pobre cocinero no está nada bien, dijo el otro marinero... Ha ido a divertirse, y estos individuos que no acostumbran a beber, no sirven para nada.

—¡Diablos! dijo el capitán, después de convencerse de que sería inútil toda tentativa para despertar a aquel borracho... ¿Y el camarero?... ¿Dónde está el camarero?

—Un pequeño bulto se levantó.

—Dame un poco de sopa, pronto... dijo Fraser.

—¿Sopa, señor? dijo el muchacho, sorprendido.

—Apúrate, dijo el capitán... y lávate la cara primero y peinate un poco.... Arriba... ¡Pronto!...

El pobre muchacho, suspiró lleno de desconsuelo, y comenzó a vestirse.

—Haz también café, dijo Fraser, saliendo.

—¡Guillermo! gritó el muchacho.

—¿Qué quieres? repuso un marinero.

—Ayúdame a despertar a este chancho borracho, dijo el joven, señalando indignado al cocinero... Tendré que hacer todo el trabajo.

—¡Déjalo en paz! dijo Guillermo. El cocinero se ha portado muy generoso esta noche, y al fin y al cabo, la amistd es la amistad.

—Esto es lo que se saca con no emborracharse, dijo el joven filósofo, mientras se lavaba la cara con un poco de té frío... Tiene uno que hacer el trabajo de los demás.

Subió a la cocina, y después de encender fuego, bajó al camarote, donde, con la sorpresa que puede imaginarse, vió al capitán sentado junto a una linda muchacha, que dormía recostada en el respaldo de su silla.

—El cocinero sentirá mucho haber perdido esta ocasión, murmuró mientras comenzaba a arreglar la mesa. Volvió a ver como seguía su fuego y en seguida bajó al castillo de proa para comunicar a Guillermo la sensacional noticia.

A Fraser, aquello de estar guardando el sueño de su huéspeda, le parecía un delicioso idilio. Que Rosita Tyrell estuviera en su camarote mirándolo como su único amigo, le parecía increíble. Un repentino recuerdo de Flower, reprimió por un instante el ardor de sus pensamientos. ¿Qué sería de aquel marino errante?

Estas meditaciones fueron interrumpidas por la entrada del muchacho, que traía la cafetera, seguido por Guillermo, con el resto del servicio.

—Casi me había quedado dormida, dijo Rosita, cuando Fraser la despertó suavemente.

Se sacó el sombrero y el paltó, y Fraser, tomando ambas prendas las colocó sobre una silla. Entonces Rosita bebió algunos sorbos de café, y se declaró muy aliviada.

—He sido muy dura con Ud., dijo suavemente, pero la señora Wheeler estuvo muy insolente, y me decía que yo vendría a donde Ud... Por eso me porté así.

—La señora Wheeler... comenzó Fraser, pero se detuvo...

—Al fin y al cabo era la verdad, dijo Rosita, porque yo vine donde Ud.

—Pero vino en una forma bastante original, dijo Fraser... Las piernas me duelen horriblemente.

La niña sonrió suavemente y acabó por reir a carcajadas. En seguida sus ojos se nublaron y su rostro se obscureció. Fraser, no hallando que hacer, después de excusarse, salió a la cubierta, con gran desagrado de Guillermo y del muchacho que no lo esperaban.

Rosita se había serenado, reposándose en la cámara, y le dió efusivamente las gracias, cuando puso a su disposición su propio camarote. En cambio, Guillermo y el muchacho ofrecieron los suyos al joven capitán, pero él declinó este honor, prefiriendo pasar la noche sobre la mesa de la cocina, lo que no dejó de causar algún embarazo al cocinero, cuando a la mañana siguiente fué a preparar el almuerzo.

Rosita presidió nuevamente el dicho almuerzo, y el paseo que tuvo lugar en seguida para buscar un alojamiento a la señorita Tyrell, figura entre los más queridos recuerdos de Fraser. Caminaron juntos al través de las calles, y cuando al fin hallaron el deseado departamento, el joven capitán se sentó en el más confortable de los sillones, para escuchar las palabras de su amiguita.

—No vaya Ud. a cambiar de residencia, sin avisármelo, dijo él, levantándose para partir.

La señorita Tyrell, hizo con la cabeza un gesto negativo y sonrió con los ojos a su compañero.



No dejó de causar algún embarazo al cocinero

—Ud. sabe que no lo haré, le dijo suavemente.

Lo acompañó hasta la puerta, y no la cerró hasta que el otro se hubo marchado. Fraser, con la cabeza ardiendo, regresó a la Swallow.

XVIII

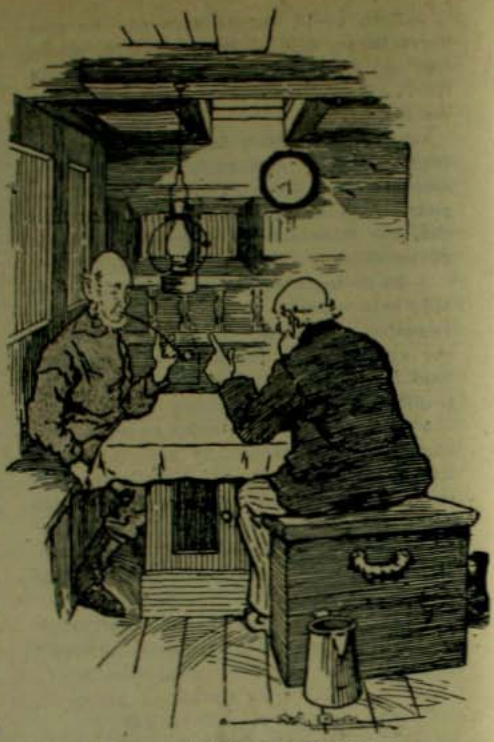
El principal resultado de su gira nocturna con Mr. Guillermo Green, fué para la señora Banks un amargo resentimiento contra su antiguo amigo, el capitán Juan Barber. A pesar de todas sus protestas, Mr. Green continuaba formando parte de la tripulación de la "Foam", y se paseaba por Scabridge en pleno día, mientras ella sólo se atrevía a salir, después de puesto el sol, y no podía menos de estremecerse, cada vez que le dirigían un cortés "buenas noches". Consideraba que la negativa del capitán Barber de despedir a Mr. Green, era un ultraje hecho a su veracidad, y sus ojos brillaban llenos de furia cuando el viejo marino aseguraba que al acceder a lo que ella solicitaba, echaría por tierra la veracidad tradicional de los hombres de mar.

Sus angustias en nada se disminuían, con la actitud de su hija, la cual no ocultaba que su creencia en la versión de su señora madre, acerca del incidente, dependería del modo con que fuera tratado Mr. Frank Gibson. Para colmo de males, los pocos vecinos que prestaban fe a su relato, parecían convencidos de que ella trataba de envolver en sus redes amorosas al capitán Barber.

Con el fin de desvanecer tan calumniosa imputación, y a fin de arrostrar la causa del tratamiento que recibiera del capitán, la señora Banks efectuó un notable cambio de frente, y sin darle el menor aire, comenzó a ayudar a las pretenciones matrimoniales de la señora Church.

Aplastado por las zalamerías que lo envolvían, el orgulloso armador, se dirigía más frecuentemente que antes, al capitán Nibletts, en busca de consuelo y simpatía. El pobre diablo, en su gratitud, pasaba horas y horas, imaginando medios para libertar a su benefactor, medios que este escuchaba con impaciencia y rechazaba con viveza.

—No, no está bien eso, Nibletts, le dijo una tarde en que ambos conversaban en la penumbra del camarote. Nada hay que hacer.



No, no está bien eso, Nibletts

Si algo hubiera, yo luego lo habría descubierto.

—Así lo creo, dijo el pobre capitán Nibletts, pensativo.

—Nada es capaz de darme alguna seguridad, agregó el capitán Barber.

—Es evidente, repuso Nibletts.

—Evidente, pero lamentable, agregó el capitán Barber. En lugar de la dulce y amable mujer, todo sonrisas que antes era, el temor de perderme la ha transformado en un monstruo de celos y mal genio... Es mi amor el que ha efectuado este espantoso cambio.

¿Ud. no la ha escrito, supongo? preguntó Nibletts, adaptando un rostro todo malicias y sospechas.

—El capitán Barber movió majestuosamente la cabeza.

—Si Ud. pensara antes de hablar, Nibletts, no olvidaría que las gentes no

acostumbran a escribirse, cuando viven en la misma casa.

El capitán Nibletts se excusó.

—Lo que quería decir, agregó, es que si ella no tiene una promesa de Ud. por escrito, el negocio no vale nada. Supongo que Ud. no ha hablado del asunto a nadie sino a mí.

El capitán Barber asintió.

—Bueno, olvídelo todo, entonces, dijo Nibletts.

El capitán Barber parecía no comprender.

—Olvide Ud. su compromiso, agregó Nibletts suspirando; olvide Ud. todo; olvide la muerte del capitán Flower, y esté como si nada hubiera ocurrido. La gente luego se dará cuenta de lo extraño de su actitud, y yo entretanto, haré correr la bola de que el dolor lo ha hecho a Ud. perder la memoria.

—Estaba pensando en ello, dijo el capitán Barber, sin respeto alguno por la verdad.

—Creía, en efecto, habérselo oído, repuso Nibletts.

—Si yo le hablé de esto el otro día, afirmó Barber; pero a la verdad no sé cómo comenzar.

Los nervios del capitán Nibletts apenas podían soportar tamaña responsabilidad.

—Es un plan de Ud., capitán Barber, dijo resueltamente, y nadie mejor que Ud. puede determinar los detalles de la ejecución... En verdad sólo necesitaría Ud. de mucha memoria, para recordar que no debe tenerla.

—Repita Ud. eso, dijo el capitán Barber.

El capitán Nibletts lo repitió, y el capitán Barber, después de vaciarse el contenido de su vaso, se despidió solemnemente, y se dirigió con lento paso hacia su casa. La señora Church vino a abrir la puerta. Un murmullo de voces que salía de la pieza vecina, indicaba la presencia allí de la señora Banks, y de' ahora inevitable Mr. Gibson.

—¿Dónde está Federico? preguntó en cuanto hubo tomado asiento.

—¿Quién? dijo la señorita Banks, estremeciéndose.

—¿No ha llegado todavía? preguntó Barber mirando a su al rededor con cara de espanto... ¿Y la Foam?

Los circunstantes cambiaron miradas de consternación.

—¿Está vivo entonces? preguntó la señora Church.

—Vivo... repitió el capitán Barber ¿Por qué no había de estarlo? ¿no estaba vivo ayer?

Se produjo un silencio solemne, y el capitán Barber vió con delicia, al través de sus párpados entreabiertos, retratarse en los ojos de todos, la ansiosa expectativa de un triste y cruel acontecimiento.

—Espero que habrá ido a casa de ustedes, dijo el malvado Barber a la señorita Banks.

Gibson tosió medio confundido.

—Iré a ver, dijo la señorita Banks, apresuradamente. Vamos, mamá.

Las dos damas, seguidas por Mr. Gibson, marcharon con gran presteza. El capitán Barber permaneció en su asiento con los ojos fijos en la alfombra.

—¿Se siente Ud. mal? le preguntó tiernamente la señora Church.

—Bien, patrona, repitió el tío Barber con severidad.

—¿Patrona? dijo la señora Church en tono de cariñoso reproche... Hace dos horas me decía Ud. Laura. ¿Que ha estado en el Thorn?

—¿Qué es eso de Thorn? preguntó el capitán Barber, que estaba decidido a olvidar tanto como fuera posible, como lo más seguro para el éxito de su plan.

—La Taberna del Thorn, dijo impacientada la señora Church.

—¿Dónde está? preguntó ingeniosamente el capitán Barber.

La señora Church se quedó consternada.

—Al fin de los chalets, frente al Swan

—¿Qué Swan? preguntó el capitán Barber.

—La Taberna del Swan, dijo la señora Church, conteniéndose a duras penas.

—¿Dónde está? volvió a preguntar el capitán Barber

—Al frente de la del Thorn, al fin de la calle, dijo la señora Church.

—Bueno... ¿Y qué decía Ud?

—Nada, repuso bruscamente la señora Church, y comenzó a servir la cena.

El capitán Barber, mientras pensaba en la subsecuente realización de sus preguntas, engullía lo que había en la mesa, que



¿Sólo tenemos pan con queso? preguntó

consistía sólo en un poco de pan con queso. Ya iba a preguntar por la gallina fiambre y el tocino, sobrantes de la comida, cuando se contuvo.

—¿Sólo tenemos pan con queso? preguntó.

—Esto es todo, repuso la señora Church. Pan, queso y cariño.

—¿Qué tuvimos de comer? preguntó Barber.

—Salchichas, contestó la señora Church, pero nos lo comimos todo.

—¿Dónde está la cerveza? preguntó el capitán Barber, medio disgustado por el queso.

—Ud. tiene la llave de la alacena, dijo la señora Church.

El capitán Barber, que comenzaba a impacientarse, negó el hecho.

—Se la dí esta mañana, dijo la señora Church. No sé qué iba Ud. a hacer con ella.

—No me acuerdo, dijo el capitán Barber, esta vez con toda sinceridad.

—Pero, ¿qué ha hecho su memoria? dijo suavemente la señora Church.

—¿Mi memoria? repuso el otro, pasándose la mano por la frente... ¿Por qué me lo pregunta?

—No me parece tan buena como de costumbre, dijo la dama... No importa, mi memoria bastará para los dos.

Había en esta última frase, cierta intención que hizo estremecerse al capitán. Nada dijo, pero después de comerse en silencio su frugal cena, subió a su dormitorio para reflexinar acerca de su situación.

Porque si su memoria era mala, la de la señora Church, parecía poco útil. Al día siguiente, a la hora de comer, ella dijo que la noche anterior le había advertido que no iba a comer en casa, y no había nada por tanto que llevar a la boca. Se fué, pues, al Thorn, donde, mientras se engullía un trozo de carne salada, maldijo al ingenioso Nibletts, que a esa hora navegaba ya en la Foam con rumbo a Londres.

La señora Banks vino al día siguiente con su hija, a condolerse con el ama de llaves por la desgracia del capitán, conocida ya en todo Seabridge. La señora Church, que la había aceptado como dicha, aunque con restricciones mentales, se llevó el pañuelo a los ojos.

—¿Cómo se siente Ud., capitán? preguntó la señora Banks al enfermo, en el tono con que se dirige la palabra a un sordo perdido.

—Muy bien, repuso brevemente Barber.

—Esa es su debilidad, dijo la señora

Church... No quiere darse cuenta de su enfermedad... Pretende que no me conoce.

—¿Quién es Ud? preguntó el capitán

—¿No recuerda Ud., dijo la señora Banks, que va a casarse con ella, el primero de Octubre?

—Yo no tengo ningún apuro, observó el ama de llaves.

—No... Pero si él dijo Octubre, en Octubre será, dijo la señora Banks.



Mi memoria es muy buena... yo no olvido nunca

—Nunca he dicho, interrumpió desventurado marino.

—Parece que le vuelve la memoria, dijo en voz baja la señora Banks.

—Pobre amigo mío, suspiró la otra.

—¿No lo recuerda Ud? volvió a preguntar la señora Banks. El otro día, al salir de la iglesia, me dijo Ud. que iba a casarse en Octubre con la señora Church.

—No me acuerdo, balbuceó el desdichado capitán.

—Octubre me parece demasiado pronto, dijo la señora Church, sobre todo, como está de luto por su sobrino.

—No hay razón para esperar más, dijo la señora Banks... Y si él lo ha decidido...

—Nunca he dicho una palabra de semejante cosa, interrumpió el capitán Barber, con ronca voz.

—Muy bien, dijo la señora Banks, con indulgencia. ¿Qué traje piensa Ud. ponerse el día de la boda? añadió, dirigiéndose al ama de llaves.

El pobre capitán tuvo que escuchar helado una larga discusión sobre el traje de su improvisada futura.

—También yo y Frank estamos pensando en Octubre, dijo Isabel, hablando por primera vez.

—A principios de Octubre, añadió la vieja.

La señora Church la dirigió una mirada de gratitud.

—¿Por qué no haríamos una doble boda? dijo con sencillez.

La voz del capitán Barber fué ahogada por una tempestad de aclamaciones. Isabel besó a la señora Church, y continuaron discutiendo la delicada cuestión del **trousseau**. El propietario de la casa, el dueño de las sillas en que todos estaban sentados, trató en vano de poner término a la escena. En veinte minutos todo quedó arreglado, hasta la fecha exacta de la doble y próxima ceremonia. El capitán comprendía que un hombre sin memoria es un hombre sin influencia. Hubo un momento en que Isabel quiso preguntar su opinión al pobre viejo, pero su madre la detuvo, indicándole que cualquier cosa que el otro dijera, la habría olvidado antes de media hora.

—Es una lástima la memoria de Ud., capitán Barber, dijo la señora Banks, al despedirse. Comprendo la falta que le está haciendo... Mi memoria es muy buena... Yo no olvido nunca.

La víctima, cerrando la puerta tras del verdugo, volvió a la sala, para pensar en los medios de escapar de la situación en que lo habían colocado el ingenio del capitán Nibletts, auxiliado por el ingenio de la señora Banks.

XIX

Los enemigos de la medicina, preconizan como sistema para curar todas las enfermedades, el abstenerse de toda comida por algún tiempo, bebiendo sólo agua pura. Se dice que ello limpia los ojos y la cútis, y proporciona al paciente una sensación de alivio y bienestar, no sospe-

chadas por los que nunca han seguido semejante régimen. No hay, sin embargo, regla sin excepción, y el capitán Flower no se encontraba aliviado en ninguna manera.

Hacía quince días que había llegado a Londres. Los pocos chelines obtenidos de su reloj se habían evaporado en menos de una semana. Estaba debiendo su alojamiento, y no tenía cómo pagar ni un trago ni un plato de comida.

El tiempo le iba pareciendo tan largo, que Rosita, Seabridge y la Foam, se perdían para él en las brumas de un lejano período de su existencia. A riesgo de ser descubierto, había rondado sin éxito la casa de los Wheeler, noche tras noche, en busca de la niña, por quien sufría tantas desventuras. Nervioso y descorazonado, incapaz de soportar por más tiempo situación tan penosa, determinó encaminarse a Wapping, para tratar de ver a Fraser.

Escogió una noche en que, según sus cálculos, el buque debía estar en el muelle... No lo encontró sin embargo allí... Entonces se dirigió a su antigua conocida, la taberna de la torre de Jarmouth.

La sala estaba llena... Entre la abigarrada muchedumbre descubrió, al través de la puerta entreabierta, el rostro de José. Su vista y la del pan con queso que tenía delante, ejerció en su ánimo una fascinación irresistible... El capitán cogió por la solapa a uno de los sirvientes, y lo llamó misteriosamente afuera.

—¿Hágame un favor? le dijo.

—¿Qué se le ofrece? preguntó el otro bastante extrañado.

—Dígale a ese sujeto alto, que un amigo, desea verlo aquí en la calle, repuso Flower, señalando a José.

Mientras el mozo corría a desempeñar su comisión, el capitán se apartó un poco de la puerta. Algunos segundos después el mensajero regresó.

—Dice que si desea hablarle, entre para dentro, fué la respuesta.

—No puedo, dijo Flower.

—¿Por qué no? preguntó el otro mientras una horrible sospecha cruzaba por su cerebro. ¿Es Ud. abstinente?

—No, dijo el capitán, pero no puedo entrar.

—Pues el sujeto aquel no quiere salir.

—Necesito, no obstante, hablarle, repitió el capitán, reflexionando.

—Un rayo de luz iluminó su cerebro.



Descubrió al través de la puerta entreabierta, el rostro de José

—Dígale que lo necesita la señorita Flower dijo.

—¿La señorita qué? preguntó el otro.

—La señorita Flower, repitió el capitán.

—¿Dónde está?

—Dígaselo no más, y le daré una propina. El lo entenderá.

Fué una desgracia para el mensajero, que el capitán hubiese contado excesivamente con la inteligencia de José, porque cuando hubo dado su recado, en tono de confidencia, recibió por toda respuesta un bofetón que le tendió cuan largo era.

No por eso cesaron las risas que provocara el recado, lo que en nada aminoró la cólera del marino.

—Así aprenderás a no venir a burlarte de mí! gritó.

—Ese fué quien me ordenó dar el recado, dijo el golpeado camarero, señalando a Flower.



No seas tonto, José, dijo el capitán

El marino volvió los ojos hacia el capitán, y entonces, con el pasmo de toda la concurrencia, huyo calle arriba, como alma que lleva el diablo, seguido por el capitán y por Mr. Guillermo Green

—¡Favorézcanme! exclamaba lleno de terror.

—No seas tonto, José, dijo el capitán.

—¡Favorézcanme! repetía el marino.

—Te digo que no seas tonto, repitió Flower... ¿No me conoces?

—Creía que Ud. se había ahogado, dijo temblando José... Lo tomaba a Ud. por un fantasma.

Por toda respuesta el capitán le dió un apretón de manos, que hizo sentir al otro, con demasiada elocuencia, que se las había con un vivo.

—Estoy convencido, dijo apresuradamente.

—Me sacaron del agua y fuí conducido en un velero hasta Riga, dijo el capitán, pero por ciertas razones me conviene, que mi salvación continúe siendo secreta.... No debes, pues, decir una palabra a nadie. ¿Lo entiendes?

—Sí, señor, repuso José... ¿Has oído, Guillermo? Ni una palabra.

—¿Quién es este sujeto? preguntó el capitán, a quien no le agradaba el nuevo e inesperado confidente.

—Es el nuevo marinero, señor, dijo José... Respondo por él.

Flower lo miraba con recelo, pero los ojos de Mr. Green acabaron por tranquilizarle.

—Es un caballero, dijo José.

—Nosotros pensábamos, yo al menos así lo creí, dijo José, que el contramaestre lo había arrojado a Ud. al mar intencionalmente.

—Uds. siempre fueron unos tontos, contestó el capitán.

—Así es, repuso humildemente José.

Los tres continuaron caminando, mientras el marinero, repuesto de su sorpresa, refería al capitán las incidencias ocurridas.

—El Swalow acaba de fondear, dijo para concluir, si quiere, voy a ver si está a bordo Mr. Fraser.

El famélico capitán hubo de esperar todavía unos veinte minutos, en el saloncito privado del bar Waterman.

Al fin llegó Fraser. La entrevista de ambos amigos fué calurosa, y el pobre Flower pudo al fin saciar su hambre.

—Ha pasado Ud. días muy malos, dijo Fraser, una vez que el capitán hubo concluído el relato de sus aventuras.

Flower sonrió.

—Lo peor fué la pérdida de mi dinero, dijo... Pero José me ha referido que Isabel va a casarse con Gibson. Así, al fin de cuentas, la cosa ha salido a la medida de mis deseos.

—Así lo creo, dijo Fraser.

—Se ha apresurado demasiado, continuó Flower... Al fin y al cabo mi muerte es muy secreta... Su madre debe haber influído en ella... ¿Y cómo está Rosita?

Fraser le refirió sobre el particular.

—No pude dejarla en mejores manos, Santiago, dijo el otro cuando el ex-contramaestre terminó su relato... Ella se lo agradecerá a Ud. tanto como yo.

—Ha llegado Ud. a buen tiempo, dijo Fraser. Una semana más y la habría perdido.

—¿Perdido? preguntó el capitán temblando.

—Está por marcharse a la Nueva Ze-

landa, repuso Fraser. Se encontró el otro día con un viejo amigo de su padre, el capitán Martín del Golden Cload, y le ha ofrecido un pasaje. Zarpan el Sábado del muelle Alberto.

Flower quedó consternado.

—No se irá, dijo.

Fraser se encogió de hombros.

—Procuré disuadirla, dijo, pero no me fué posible. Dice que nada tiene ya que hacer en Inglaterra donde ya no tiene un amigo para protegerla.

—No se irá, repitió Flower. Iré a verla mañana por la noche. Vaya Ud. primero y prepárele el ánimo... Procure hacerlo con prudencia. El amor es tan delicado e impresionable.

—Pero, ¿qué le digo?...

—Dígale que me he salvado, y nada más. Yo haré lo demás... Pienso... embarcarme con ella para Nueva Zelanda en el Golden Cload.. Allí nos casamos, y volveremos cuando las cosas no tengan remedio.

—¿Qué va a pensar el capitán Barber? murmuró Fraser, cuando hubo recobrado el uso de la palabra.

Los ojos de Flower brillaron.

—Tengo arreglada una historia... dijo. Naufragar dos veces es tan fácil como naufragar una sola... Puedo decir que supe en Nueva Zelanda el matrimonio de Isabel Lo cambiaré todo perfectamente.

El capitán Fraser, contempló con admiración a su rival.

—Necesitan marineros en el Golden Croad, dijo.

—Bueno, préstame entonces una o dos libras... Iré con ellas a engancharme... Con dinero se va a todas partes... Gozaré a bordo al menos por tres meses en la compañía de Rosita... Déme su dirección... Mañana estará allá a las siete de la tarde.

—Nos habíamos olvidado, de ese par de marinos que ha visto a Ud., observó Fraser. Pueden haber escuchado nuestra conversación.

Si la repiten en Seabridge, estoy perdido, dijo Flower con ademán pensativo. Creí que José estaba sólo cuando lo llamé.

Fraser reflexionó un momento, jugando con la cadena de su reloj.

—Los llevaré a mi buque, dijo por fin... Necesito un par de marineros. Así podré vigilarlos, y mejor es que naveguen hacia Bittlesea que hacia Seabridge.

Veinte minutos después, todo estaba



No se irá, repitió Flower

arreglado, con gran satisfacción de José y de Mr. Green, felices de cambiar la rudeza de Benjamín por la amabilidad del capitán Flower.

Flower fué muy puntual la tarde siguiente, y después de estrechar calurosamente la mano de Fraser, que salió a abrirle, entró sólo a la habitación de la señorita Tyrell. Fraser, fumando su pipa, esperó un cuarto de hora, y en seguida salió a su vez, en el preciso momento en que Flower hacía una inútil tentativa para abrazar a Rosita.

El capitán acababa de iniciar su relato de sus aventuras, que no fué interrumpido por la entrada de Fraser.

—Cuando salí a la superficie, continuó lentamente, y ví al buque alejarse en la obscuridad, nadé hacia él con todas mis fuerzas, guiándome por los gritos de a bordo... Iba ya a sumergirme y a perder-

me para siempre, cuando dí con un salvavidas... Alcancé apenas a asirme de él, cuando perdí el sentido.

La señorita Tyrell, dejó oír una exclamación compasiva. Fraser se creyó obligado a producir un ruido que podía tener análogo significado.

—El resto fué como un sueño, prosiguió Flower, estrechando la mano de la niña... A veces mis ojos estaban abiertos y a veces no... Ví a los marineros buscarme, sin poder articular un grito... Poco a poco todo quedó en silencio... El cielo se puso gris y el mar brumoso... Creí que todo había concluído para mí... El sol se levantó al fin... Yo permanecí flotando sobre las aguas, y el rostro de mi Rosita parecía resplandecer delante de mis ojos.

—Magnífico!... dijo Fraser involuntariamente.

—Entonces, determiné vivir, repitió Flower... Aparté de mis ojos el cabello que los cubría, y traté de mover mis entumecidos miembros... Entonces suspiré, y nada más horroroso que ese suspiro, en la vasta soledad de las aguas.

El verídico capitán se detuvo para tomar aliento.

Fraser, aprovechando la pausa, salió de la sala, murmurando algo ininteligible.

—No quiero escuchar tantos sufrimientos, observó Rosita.

—Así lo creo, dijo Fraser, cuya elocuencia se había helado, pero poco más me queda que decir. Fuí recogido por un buque ruso, en viaje para Riga, y allí a su bordo permanecí por algún tiempo, en el delirio de la fiebre. Cuando me restablecí, me contraté como marinero en un buque, y regresé a Inglaterra... donde he llegado sólo ayer.

—¡Qué terrible historia! dijo Rosita, en el momento en que Fraser volvía a entrar en la habitación.

—Espantosa, dijo el último.

—¿Y ha vuelto Ud. a su buque? preguntó Rosita.

—Aún no lo he visto, dijo Flower dudoso... Voy a embarcarme en otro buque, que se apresta para una larga travesía.

La niña le miró espantada.

—En la fragata Golden Cload, que parte para Nueva Zelanda, dijo Flower, saboreando el efecto de sus palabras... Vamos a navegar juntos.

Rosita Tyrell se estremeció.

—Nos casaremos en Nueva Zelanda, continuó Flower, y volveremos en seguida a Inglaterra... Recobraré mi buque.... Ahora está él a cargo de otro sujeto que había perdido su reputación en un naufragio... Es preciso darle ocasión al pobre diablo de que la recupere... Entre tanto, veremos el mundo. Vamos a tener una deliciosa luna de miel.



Rosita permaneció silenciosa

—¿Qué dirá el capitán Martín? preguntó la niña un tanto perpleja.

—No tenga cuidado, repuso Flower riendo... Me he contratado con un nombre supuesto. Me llamaré allí Roberto Orth.

Rosita permaneció silenciosa. Por un

momento sus obscuros e inescrutables ojos se posaron en Fraser. En seguida se dirigió a Flower.

—Ud. sabe mejor lo que es necesario hacer, dijo.

—T o d o queda por mi cuenta, dijo Flower.

Se siguió un largo silencio. Rosita, con el rostro apegado a su mano derecha, miraba la calle solitaria. La sala se obscurecía con la aproximación de la noche.

—¿Y Ud., Santiago, dijo Flower. ¿Zarpa m a ñ a n a temprano?

—A las seis, fué la respuesta.

—Nosotros partiremos el Sábado a las siete, dijo Flower, tomando nuevamente la mano de la niña.

—El capitán Martin es hombre de disciplina muy estricta, observó Rosita.

—Pero no podrá impedir que nos veamos, dijo Flower... Buenas noches, Santiago; la primera vez que Ud. nos vea, seremos una pareja de casados..

—Buen viaje, y pronta vuelta, dijo Fraser. Adiós.

Rosita Tyrell le alargó su manecita y eso fué todo.



¡Mr. Fraser! dijo una voz que pretendía aparecer severa

XX

En el próspero puerto de Bittlesea, el capitán Fraser, paseando a lo largo del muelle el funesto Sábado, oyó sonar las siete de la tarde en el reloj de la vieja torre. En su imaginación oía los gritos de mando a bordo del Golden Cload. En su cubierta le parecía divisar a Rosita Tyrell, despidiéndose maliciosamente del gigantesco Londres.

Para allá partieron esa misma tarde. Su primera noche en aquella ciudad la empleó en calcular a la pluma, la situación probable del Golden Cload. Dibujó a Rosita, inclinada sobre la barandilla hacia la popa, y a Flower dirigiéndole miradas asesinas desde la rueda del timón. Después subió a cubierta, y mientras encendía su pipa, recordó aquella inolvidable noche en que Rosita fué por vez primera a bordo de la Foam.

La segunda noche, sintiéndose incapaz de permanecer encerrado en el buque, salió a dar una vuelta por las calles. Pasó frente a la casa de los Wheeler, y se dirigió en seguida al último alojamiento de Rosita.

No pudo resistir el deseo de visitar aquel departamento tan lleno de recuerdos.

—Creo que dejé aquí mi pipa la otra noche, dijo a la muchacha que le abrió la puerta.

—No la he visto, repuso ella.

—¿Puedo subir a buscarla? preguntó Fraser, ofreciéndole algunas monedas de cobre.

La muchacha le dejó libre el paso y aún le ofreció ayudarle en sus pesquisas... pero él la dijo que no se molestara.

La sala mostraba algunos signos de abandono. El adorno de papel de la chimenea se había caído, y la mesa estaba cubierta de polvo... De pronto los ojos

del marino cayeron sobre un bulto que yacía en el suelo... Eran unos guantes de algodón olvidados allí en la prisa de la partida. Los desarrolló, mirándolos con melancólica ternura. En seguida los guardó reverentemente en el bolsillo. Entonces pareció caer en cuenta de que alguien lo miraba con asombro desde el umbral de la puerta.

—¿Mr. Fraser? dijo una voz que pretendía aparecer severa.

Mr. Fraser dió un salto en la silla, y permaneció inmóvil contemplando a la recién llegada, con regocijado estupor.

—Pensé que Ud. se hallaba en el Golden Cload, murmuró.

La señorita Tyrell movió negativamente la cabeza, mirando al suelo.

—Me dejó el buque, dijo pensativa.

—¿La dejó el buque? exclamó el otro... ¿Y Flower? ¿también se quedó en tierra?

—Temo que no, repuso la señorita Tyrell, más pensativa todavía.

—¡Dios mío! Nunca imaginé nada semejante, dijo Fraser... ¿Cómo pudo suceder?

—Me distraje un momento, el Sábado por la tarde. Tenía todo mi equipaje arreglado .. Pero eran ya pasadas las siete, y era ya inútil pensar en el viaje. Ud sabe que los buques no esperan.

Fraser la miró asombrado. En su imaginación veía aún la cubierta del Golden Cload; pero el sitio de Rosita estaba vacío, y Flower en lugar de cambiar miradas con ella, se paseaba lleno de ira y desesperación.

—¿Y había renunciado Ud. su empleo en la City? preguntó Fraser al fin.

—No, dijo sencillamente.

—¿Entonces Ud. no tenía intención de partir? preguntó el malvado Fraser.

—Devuélvame Ud. mis guantes, antes de que se me olvide, repuso friamente la señorita Tyrell por toda contestación.

Esta vez, tocó a Fraser el turno de sonrojarse.

—Los había recogido para guardárselos, dijo... Vine a ver si había dejado aquí mi pipa.

Hubo una pausa, durante la cual, la señorita Tyrell, se sentó tranquilamente, contemplando a Fraser, con entera tranquilidad.

—Entendía que Ud. había renunciado su empleo, dijo por fin el capitán de la Swallow. Me alegro de que no sea así.

La señorita Tyrell nada contestó.

—¿No tenía Ud. intención de irse? volvió a preguntar el marino.

—No estaba muy segura, dijo pensativa la señorita Tyrell... No había aceptado definitivamente la invitación del capitán Martin.



Bajó resueltamente la escalera, seguida por el joven marino

La cabeza de Fraser ardía, y en vano trataba de recordar los términos exactos en que ella le hablara de su intención de emigrar, y cómo él había combatido aquel proyecto. Comenzó a darse cuenta en forma vaga, de que hubo siempre en los términos de la niña algo de misterioso que no acertaba a explicarse... Pero Rosita aparecía tan sencilla y buena, que concluyó por rechazar de su mente la idea de un engaño.

—Me parece que Ud. siente que yo no me haya ido, dijo de pronto la señorita Tyrell.

—Lo siento por Flower, repuso Fraser.

—Estará de vuelta dentro de seis meses, dijo Rosita con sencillez... El tiempo pasa pronto. No estaré cuando regrese tan vieja que ya no pueda casarme... Quizás ha sido para mejor. No me agrada que me apuren.

—¿No le agrada qué? dijo Fraser.

—Que me apuren, repitió la niña, mirando el suelo.

Se siguió otra pausa. La niña se dirigió a la ventana y empezó a contemplar la calle.

—Parece que el día está muy hermoso, dijo sin volver la cabeza.

Fraser vaciló. La política y la inclinación batallaban en su pecho con su conciencia del deber.

—¿Quiere Ud. que demos un paseo? preguntó al fin.

La señorita Tyrell, dió vuelta al fin la cara, mirándolo con aire de sorpresa.

—No, gracias, dijo con un tono que indicaba reprobación.

—Creía que Ud. lo deseaba, dijo Fraser.

—Siempre se avanza Ud. demasiado, dijo la señorita Tyrell... Pasear juntos... no estaría bien.

—No veo mal alguno en ello, repuso Fraser. Ya lo hemos hecho otra vez y Flower lo supo.

La niña movió la cabeza.

—No, dijo con firmeza.

Con gran sorpresa suya, el asunto pareció terminar aquí. El ruido de la calle hacía aparecer por contraste el aposento aún más triste y silencioso. La señorita Tyrell, meneando los labios, no podía menos de considerar el raro caso de estúpida virtud que tenía delante.

—Espero que no estará privándose de pasear por consideración a mí, observó por fin.

—No, dijo Fraser.

El joven marino se levantó confundido, y después de un supremo esfuerzo, decidió irse, y murmuró algunas palabras al efecto. Rosita le estrechó la mano con paciencia. Es triste cosa ser un hombre tac fino y bien puesto, con tan poca inteligencia de las cosas. Algo de todo esto, se mostró acaso en sus ojos.

—¿Se va Ud? preguntó la niña con alguna sorpresa.

—Así lo creo, murmuró el otro.

—Eso quiere decir que Ud. desea dar un paseo, dijo la niña resignadamente. ¿No querrá Ud. dejarme sola, supongo?. Vamos, pues.

La señorita Tyrell, dejó por un momento la sala, se puso el sombrero y los guantes, y bajó resueltamente la escalera, seguida por el joven capitán.

(Continuará).



PACIFICO MAGAZINE



OLIO SASSO


OLIO
SASSO
EL MEJOR
ACEITE DE OLIVA
GARANTIDO PURO
F.LLI SASSO, FIGLI

Automóviles

"BENZ"

97 Primeros Premios en distintos concursos

RECORD MUNDIAL de velocidad (228,094 Km. por hora).
Primeros premios por menor consumo de bencina.
Primeros premios por solidez.
Primeros premios por frenado rápido.
Primeros premios por subida de gradientes.
CONCURSO ALEMAN 1913 de seguridad.
"BENZ" único premio por ABSOLUTA seguridad

Unicos Introductores:

BOZA & RIVANO

Garage: San Antonio 816. Oficina: calle Estado 29

SANTIAGO



BANCO ITALIANO

Huérfanos 830, SANTIAGO

Capital Pagado: $ 10.000,000

Oficinas Principales:

VALPARAISO

LUIS WINTER — Gerente

ARTURO LORCA P. — Sub-Gerente

SANTIAGO

ENRIQUE DUVAL — Gerente

RAFAEL VALENZUELA V. — Sub-Gerente

Sucursales:

VALPARAISO (Almendral), SANTIAGO (Estación), IQUIQUE, TALTAL, CALERA Y PARRAL

Agencias en el extrangero:

ITALIA
INGLATERRA
ALEMANIA
FRANCIA
URUGUAY
PERU
ECUADOR
y BRASIL
REPUBLICA ARGENTINA

Ejecuta toda clase de operaciones bancarias, despacha giros telegráficos, otorga cartas de crédito y se encarga de la compra-venta de acciones y bonos, etc.

Frutos del País



Compramos, Vendemos

Recibimos a Bodejaje

Anticipamos Fondos



Besa y Cía

Santiago, Santo Domingo 897

Banco de la República



Capital totalmente pagado:

$ 14.000,000

Dividido en 140.000 acciones de cien pesos cada una

Setenta mil de estas acciones forman la serie B suscritas por capitales franceses y se cotizan en la Bolsa de París

FONDO DE RESERVA: **$ 3.000,000**

OFICINA PRINCIPAL: SANTIAGO

CONSEJO DIRECTIVO

Presidente

Señor GREGORIO DONCSO

Vice-Presidente

Sr. SALVADOR IZQUIERDO

CONSEJEROS:

Señores: Marcelo Benard, Eduardo Charme, Antonio Huneeus, Abraham A. Ovalle, Mauricio D'Orival, Ricardo Perez Eastman, Cárlos Riesco, Antonio Valdés Cuevas, Rafael Tagle Jordán,

Director Gerente

Señor LUIS PHILLIPS

Co-Gerente

Sr. ALBERTO STOBER

Sub-Gerente

Sr. CARLOS A. ORREGO S.

CONSEJO LOCAL EN PARÍS

Señores Teodoro Mottet, Juan Gunsburg y Georges Benard

SUCURSALES

Valparaíso: Gerente, señor Carlos Soublette. *Rancagua:* Agente, señor Javier Gumucio. *San Fernando:* Agente, señor Agustín Marín

Agencias en el estranjero:

Londres: J. Henry Schröders & Co., Anglo & South American Bank Ltd. Emile Erlanger & Co., Swiss Bankverein

Hamburgo: Vorwerk Gebruder y Ca.

París: Heine et Cie., Benard y Jarislowski, De Neuflize et Cie. Comptoir National D'Escompte

Buenos Aires: Portalis y Cia.

Bolivia: Banco Nacional de Bolivia. Representante del Banco Hipotecario-Valparaíso

EL BANCO DE LA REPUBLICA gira letras y acepta cobranzas sobre cualquier plaza del país y del extranjero, donde haya oficina de Banco.

Recibe en custodia Bonos y demás valores, sin cobrar comisión alguna a sus Accionistas y Comitentes.

Recibe carga a bodegaje y consignación. Anticipa fondos sobre productos y mercaderías depositadas en las bodegas del Banco ubicadas frente a la Estación Central de los Ferrocarriles del Estado.

Hace toda clase de transacciones sobre productos agrícolas, maderas y animales, para lo cual ofrece a los agricultores sus secciones Tattersal y Feria de Productos y Feria de Maderas.

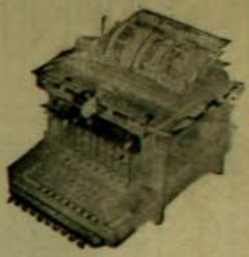
En general ejecuta toda clase de operaciones bancarias.

La carga debe dirigirse a los desvíos del Banco de la República.

EL DESARROLLO DE UNA IDEA







Máquinas "REMINGTON"

Las primeras en 1873
Las primeras en 1913

Cuando el mundo comercial necesitó la máquina de escribir, vino la "REMINGTON".

OTRAS SIGUIERON

Una vez construída, la fábrica "REMINGTON" iba implantando mejoras, siempre anticipando las necesidades de los consumidores.

OTRAS SIGUIERON

Hoy día la máquina "REMINGTON" ocupa el puesto de vanguardia en el mundo comercial y los que más han aprovechado de sus labores han sido los fabricantes de LAS OTRAS MARCAS, porque la "REMINGTON" creó la industria de las máquinas de escribir, abriendo camino para que las

OTRAS SIGUERAN.

Agentes exclusivos en Chile, Perú y Bolivia:

Denniston & Company

Casilla 97-D - Agustinas 1153 - Teléfono Inglés 1219

VALPARA SO: CALLE COCHRANE Núm. 664

MINERVA DE 16 H.P.



SUBIENDO LA CUESTA DE LOS QUILLAYES
(Según fotografía).

Unicos Agentes:

COMPTOIR DE LA COSTA DEL PACIFICO

CALLE SAN ANTONIO 355

SUMARIO

EL NIÑO EN EL ARTE MODERNO. . . . . *Austin Chester* 723
PASANDO. . . . . *Angel Pino* 731
Ilustraciones de Martín.
DIA DE PASCUA. . . . . *Roberto Orihuela* 737
Ilustraciones: juguetes alemanes y vieneses.
HISTORIA MARAVILLOSA. . . . . *Pierre Frondaie* 742
Ilustraciones de André Hallé.
DE VALPARAISO A TRIESTE. . . . . *Enrique López Maquieira* 746
GLOSA AL MARGEN DE BILBAO Y SU TIEMPO. . . *Félix Nieto del Río* 756
EL FERROCARRIL LONGITUDINAL. . . . . *Augusto Millán* 762
LA CACHETONA DE YAÑEZ. . . . . *M. Magallanes Moure* 768
EL EXPERIMENTO. . . . . *Miguel de Fuenzalida* 770
Ilustraciones de Gordon.
LA ENSEÑANZA DE LA PUERICULTURA. . . . . *Fernando Santiván* 777
EL VIAJERO. . . . . *Mauricio Level* 784
EL NIÑO MILAGROSO. . . . . *M. J. Ortega* 792
BARRIOS DE PESADILLA. 795
JULIO TELLEZ. . . . . *J. B. C.* 801
Ilustraciones de Pedro Subercaseaux.
LA VIDA DE UN GRAN SABIO. 811
PARA VIVIR CIEN AÑOS. . . . . *Dr. Pascault* 814
LA CASA DE HUERFANOS. 827
LA VIDA EFICAZ. . . . . *Juan Nicolás de Aguirre* 833
LAS IDEAS DE JULIETA. . . . . *Jules Lemaitre* 845
EL CAPITAN CONQUISTADOR. . . . . *W. W. Jacobs* 849



EL MEJOR Y MAS COMPLETO

SURTIDO EN MAQUINAS Y ACCESORIOS PARA LA FOTOGRAFIA

Hans Frey

VALPARAISO: Casilla núm. 958, SANTIAGO: Casilla número 50, CONCEPCION: Casilla 943

EN CHILE HAY 4.000.000 HABITANTES

SE CALCULA QUE SOLO 50,000 de estos habitantes podrían gastar $ 100 en un objeto de lujo

Si Ud. tiene algo que vender y desea alcanzar la atención de la clase pudiente, le damos datos de su interés:

PACIFICO MAGAZINE es la única revista de interés general, editada en la República, que se venda a $ 1.

LECTORES PUDIENTES

PACIFICO MAGAZINE no registra en su lectura temas sensacionales. Sus páginas son sanas e interesan sólo al que tiene una educación más que regular.

LECTORES INTELIGENTES

PACIFICO MAGAZINE es EXIGIDO por el interés que encierran sus páginas y es leído con atención de tapa a tapa.

LECTORES QUE EXIGEN LO MEJOR

USTED PUEDE encontrar lectores pudientes, pero no siempre inteligentes. Para clientes que reunan estas cualidades y que EXIGEN LO MEJOR, avise Ud. en PACIFICO MAGAZINE.

Para protección del avisador y del lector, PACIFICO MAGAZINE rehusa todo aviso que pueda considerarse inconveniente.

SI UD. TIENE ALGO QUE VENDER, tome datos de nuestra CIRCULACION y TARIFA.

CALIDAD y CANTIDAD

PACIFICO MAGAZINE



TIEMPO DE ACOSTARSE

PACIFICO MAGAZINE

+ Que ayer | Vol. II.—Santiago de Chile, Diciembre de 1913. N° 12 | — Que mañana

EL NIÑO EN EL ARTE MODERNO

Por

AUSTIN CHESTER

Lo que constituye al verdadero artista sabemos que no es el proceso, ya sea lento o ligero, sencillo o complicado, por el cual él ha obtenido su resultado sino que el éxito completo de la obra acabada. Especialmente resalta esta verdad, cuando estudiamos las distintas maneras en que artistas de temperamentos opuestos tratan el mismo tema.

Tomando la niñez o juventud como nuestro tema, se verá que los pintores cuyos cuadros reproducimos sólo están de acuerdo en el asunto escogido, pues cada uno llega a su objetivo por una senda propia y, partiendo de una base completamente distinta de los otros. Aunque cada artista aporte a su obra sinceridad de observación, imaginación artística y una mano privilegiada, unos demuestran la feliz facilidad del bosquejo, mientras otros hacen valer el estudio profundo y todo el esplendor de un acabado complejo.

Si el escritor encuentra difícil en el empleo del arte literario encontrar la frase o palabra que sintetice su idea teniendo a su disposición toda la riqueza del idioma, tanto en palabras como en conceptos ya existentes, cuanto más dificultoso se hace para el artista el descubrir el color y tono exacto que necesita, pues para esto, sólo puede contar con sus dotes innatas y tiene que combinar sobre su paleta el equivalente del "*mot juste*" antes de poder aplicarlo a su tela.

El gran poeta Wordsworth anhelando otro medio para describir al pequeñuelo, ha dado a la literatura inglesa estrofas inmortales en las cuales diseña esa espiritualidad propia del niño. Wordsworth conocía gracias a su gran corazón y a su intuición de artista, la existencia abstracta que lleva el niño, el caso omiso que hace del pensar, y su alta indiferencia por los asuntos prosaicos de un mundo ordinario.

En la pintura sólo un cuadro de un niño, ese conocido bajo el nombre de la "Madonna Sistina" por Rafael—puede decirse que posee esa mirada de inocencia espantable que describe Wordsworth.—Ese sólo nos hace ver que el Cielo realmente nos cobija en nuestra infancia y que a esa edad están los ojos abiertos para ver visiones a las cuales después son ciegos, y que, usando una paradoja, el misterio de la vida es más profundo en sus primeros desplayes.

Hay una exaltación y una gloria en la impresión del Niño Santo que coloca a este cuadro en primera fila entre las obras maestras de este gran artista. El niño que se representa especialmente en este cuadro poseía una sabiduría sagrada que es negada al niño en general, pero aún el niño más tosco participa de esta mirada medio espiritual, medio humana y totalmente contemplativa que nos presenta Rafael.

Si Pater tiene razón, que el fin del arte no es nuestra educación, ni aún el estímulornos a miras más elevadas, si no que el de abstraernos por un momento de la rutina de la vida,—entonces la edad de la niñez es un objetivo muy apropiado para el pincel del pintor, pues la vida del nene es una entidad en sí completamente despre-



Seguidilla



Maternidad

ocupada de efectos exteriores; es una unidad que en sí mismo encuentra la alegría y el contentamiento.

Sterne declara que los primeros cinco años de la vida de un niño son pasados con un babero al cuello, cuatro más se pasan en llegar de la inocencia al interés en cosas fuera de sí; uno y medio en principiar a formar sus ideas, mientras los siete años restantes empleados en lidiar con las dificultades del Griego y del Latín lo colocan en el dominio del hombre y entonces es ya el poder mental y no el del alma el que traslúce por sus ojos. No nos extrañe entonces que durante las primeras etapas de su viaje por la vida, su madre que ve que el niño anda de por sí en mundos que ella no realiza e imaginándose que aún está en su visión algo del misterio de ese mar de inmortalidad que lo ha traído, intente suavizar la infiltración de lo prosaico combinándolo con romanticismo, y que ella cante al nene esos simples y dulces arrullos que son más antiguos que el saber humano, pues el idioma de la cuna pertenece a la cultura primitiva del mundo.



Por esta y todas las mercedes

De ilustraciones de este período pasado por el niño con el babero al cuello el cuadro de Frank Bramley titulado "A la luz del fogón" es un ejemplo exquisito. Aquí encontramos, por medio de su arte, un cuadro de amor maternal y de esa adoración dulce y tolerante de la abuelita quien, al mirar al hijo de su hija, recuerda días lejanos y siente rejuvenecer su alma. La escena que ha pintado Mr. Bramley, pertenece a la vida de toda mujer: En "A la luz del fogón", se trata de una escena dulcemente patética y humana que se presta felizmente al arte de Mister Bramley, que trata siempre sus temas con luz atenuada y suaves sombras.



Murillo.—Desposorios de Santa Catalina



Clavel, azucena, azucena, rosa

templándolo todo con su imaginación. Este cuadro fué probablemente pintado cuando Bramley era uno de los que formaban la colonia de Newlyn, pues el interior de la casita que forma el fondo a las figuras es similar a muchos que se encuentran en la costa de Cornwall.

"*Bed-time*", "Tiempo de acostarse", o mejor aún al tiempo de hacer "tuto", es un cuadro de la misma hora y reune las mismas cualidades de intimidad que el de Mr. Bramley. La joven madre aprieta al niño contra su pecho con el mismo abrazo amoroso y la abuelita se ha transformado aquí en aya, pero el niño es, en ambos cuadros, el objeto de la adoración de las mujeres.

De un tono suave, cariñoso y dulce en su desarrollo y decorativo en el diseño, el "Tiempo de hacer tuto" logra reunir una feliz combinación de sentimiento con estilo. Este cuadro, comprado últimamente por el Gobierno italiano, está ahora en la Galería Nacional en Roma.

"Master Baby" o sea "Su Majestad el nene", por Sir William Quiller Orchardson, tiene en verdad el babero bajo su barbita. Este es uno de los grandes cuadros exhibidos por este artista de inmensa capacidad, pues Orchardson fué uno de los hombres que a fines del siglo pasado lograron levantar al arte inglés a una posición de respeto. "Master Baby", con su dibujo intachable, su talento y desarrollo, puede servir de modelo a muchos buenos artistas. Tan poco intrusiva es su técnica, que no nos apercibimos de ella y sólo vemos la escena de vida que representa.

No contemplamos el cuadro del nene riente y juguetón, sino que el movimiento que demuestra; no es ninguna hermosura especial en la madre, de temperamento nervioso y receloso, que atrae la atención de su primer hijo con un bonito abanico, el que notamos, sino que la naturalidad tan completa y espontánea de la figura; resultando un conjunto que no nos parece ya un cuadro ideado sino que una escena verdadera tomada de la vida diaria.

Podemos, por medio del arte, acompañar al niño durante casi cada hora de su vida cuotidiana. Se nos muestra desayunándose en el cuadro "Porridge" de Miss Lovering, lo vemos (oyendo el suave "urru-rrurru pata") mientras se adormece en su cuna para su siesta en "June at the farm" por Mrs. Stanhope Forbes; lo vemos jugando en "Globitos de jabón" por Miss Flora Reid; lo vemos enfermo y triste en "La Vigilia" por



La suerte de la olla



¿Amigos o contrarios?



Llegada oportuna

R. Gemmell Hutchison; y lo encontramos en su baño en "Maternidad" por Mr. Fred Elwell; y es esta, tal vez, su hora más atractiva. "El Amanecer" trata también de este período de la vida del niño, como igualmente "Alegrías que ahora descansan" por Lee Hankey; si tuviésemos espacio para enumerar los podríamos citar el nombre de mil cuadros que han tomado por tema la vida juvenil.

La edad comprendida entre los cinco y los nueve años, es tal vez para el niño la época más feliz de su vida. Es también la más atrayente para el artista. Un vivo e interesado estudiante de sus mayores, un imitador de sus peculiaridades, un mímico inconsciente, él se ríe de la vida y hace mofa de hechos y cosas prosáicas. Su día es uno de imitación constante, y según va aprendiendo y dándose cuenta de todo, también lo va imitando, ya sea en sus juegos, en su conversación, o en su imaginación.

Durante este período lo vemos un gran aficionado a la bulla en cuadros como el de "Un desfile de juventud", por F. C. Gotch; en el misterio de la oración en "Oración matutina", por miss Ida Lovering, en el cual las figuras arrodilladas envueltas en sus blancas camisitas forman el campo de lucha entre la luz de la lumbre y la luz crepuscular; y dando gracias en "Por ésta y todas las mercedes, buen Dios, te agradecemos", por Fred Elwell. Lo vemos también ganándose su pan diario en cuadros como "Al costado de la Montaña-Engelberg", por Juana de Aly; en "La vendedora de fósforos", por N. Sansen; y en "Forasteros en tierra extraña", un cuadro de pequeños músicos itinerantes, por Albert Starling, y que ha sido comprado por la ciudad de Liverpool. Lo encontramos gastando sus ochavos en "¿Qué compraré?", y después lo vemos, no muy honrado, en el lindo cuadro de Mazotta (que también está en la galería de Liverpool), titulado "Una ventaja mezquina", donde se le presenta sirviéndose a hurtadillas de una hirviente olla mientras su abuelita hecha una cabeceada o siestecilla.

Pero, generalmente, tratándose de esta edad, encontramos al niño jugando. Fred Morgan nos ha dado muchos de estos cuadros "Naranjas y limones", "Al escondite", "Seguidilla" y "Con cuidado", son algunos de sus títulos. En "La muñeca nueva", resal-



Una ventaja mezquina



Andréa del Sarto.—Virgen y niño



El Rafael.—La Virgen del pajarito



Carlos Dolci.—La Virgen con el niño



Rafael.—La Virgen de la Silla

cuela, digamos de los nueve a los doce, tenemos muchas ilustraciones, pero casi todas tratan de los alegres juegos juveniles. Cuadros como "El aro de rosas" y "Naranjas y limones", por Fred. Morgan, nos hacen ver juegos que son, a excepción del "Arbusto de mora", los más populares entre los niños de esta edad.

A las puertas ya de la conciencia y pensar propios, están los niños en "Clavel, azucena, azucena, rosa". Este cuadro que es, hasta hoy, el punto culminante de la imaginación de Mr. Sargent, fué pintado hace veinticinco años. En él encontramos equiparadas las cualidades técnicas y de poesía. Esta tela, por su brillante individualidad, llamó altamente la atención de los críticos hacia el arte de Mr. Sargent. Durante va-

la diferencia entre el juguete de la niñez de vida holgada y el de la menesterosa, la una cuida una muñeca lujosamente ataviada, mientras la otra se consuela con un atadito de trapos. Hay ilustraciones muy agradables de este período en varios de los cuadros de Mrs. Seymour Lucas. "Pequeño y de ninguna reputación", nos muestra un alegre picaronzuelo de los arrabales, mientras "The Distaff", "Nuestras abuelitas" y "El primer capítulo", nos llevan a un ambiente más elegante.



La hora de los niños

*

De los dos años cuando el muchacho recién empieza a ir a la es-

rios años la popularidad de que ha gozado Mr. Sargent como retratista, amenazaba hacerle perder el exquisito romanticismo que motivó este cuadro, su primer éxito. A pesar de que sus retratos muestran mucha decisión, mucho vigor, y un estudio prolijo del carácter íntimo de sus clientes, su gusto innato por el romanticismo ha triunfado, y lo vemos ahora volviendo lentamente a sus primeros amores en el arte.



Su Majestad el nene

De los siete años pasados en el colegio y en la lidia con el Latín y el Griego, tenemos algunos excelentes cuadros, desde el ideado "Los bañistas", por Fred. Walker, hasta los tipos verdaderos de Mr. Fred. Elwell, Creswell Desmond y H. S. Fuke.

A esta edad ya empiezan los niños a sentir el efecto del mundo que los rodea, pero todos estos cuadros nos recuerdan que los niños tienen un carácter y un sér esencial de cada uno; que ellos son amables o tercos de por sí, y según escribía Charles Lamb: "El espíritu o carácter de un niño es una cosa demasiado seria para permitir que sea considerado como un mero apéndice de otro sér, y para ser, por lo tanto, querido o despreciado, a voluntad; para mí tienen su tronco y raíces propias, y los pongo en el mismo nivel que a los hombres y mujeres."

Charles Lamb reconocía que no hay nada más bello en la tierra que el niño que respira sin pensar y siente la vida corriendo por sus venas, mientras los artistas todos han diseñado ese retraimiento curioso que acompaña al niño desde su tierna edad hasta que su desarrollo mental lo obliga a abandonar la adolescencia y entrar al dominio del hombre.





Pasando

Por

ANGEL PINO

Ilustraciones de Martín

La visita de Mr. Roosevelt ha sido uno de los acontecimientos culminantes del año. El anuncio de su viaje, su presencia entre nosotros y el recuerdo de su estadía, han provocado en todas aquellas personas que se creen con una misión especial de la Providencia para esclarecer y guiar al mundo con su talento, el deseo de analizar la famosa doctrina Monroe. Cuanto veo tanta versación y tanta presunción y tantas otras cualidades terminadas en *ón*, al rededor de un mismo sujeto de estudio, mi espíritu tiende siempre al campo imaginativo y risueño. Leyendo las disquisiciones de don Marcial Martínez, sobre este tema, y la Alsacia y Lorena, las cuales han llamado profundamente la atención del kaiser y de M. Poincaré, no puedo menos de recordar a un señor que al oir hablar de la doctrina Monroe, creyó que se trataba de una nueva plaga de las plantas, y decía a sus amigos:

—¡Cómo irán a subir las papas, hijita, con esta *doctrina del monroy!*

Y, a mi modesto entender, no estaba descaminada, porque, tal como marchan las interpretaciones, esta fórmula ha hecho toda la evolución del monroy. Este gusano se presenta generalmente en las plantas treparadoras, y afecta el mismo color de las hojas con una falacia digna de la primera inofensiva apariencia de la declaración: "*América para los americanos*". Pero el monroy tiene además un pequeño cuerno sobre la extremidad inferior que clava, según dicen, cuando se siente tocado. No hay duda de que las aplicaciones de Blaine, el mismo Roosevelt y Knox, hicieron ver que la verdadera interpretación de la doctrina era la de "*América para los norte-americanos*". Hoy día, después de los discursos de Roosevelt, el monroy se cambia en la gentil mariposa nocturna que se enreda sentimentalmente en las madreselvas y los jazmines



del jardín. En efecto, ¿qué es hoy día la vieja fórmula? ¡Una frase romántica! Una declaración de amor y de solidaridad fraternal hasta la muerte. He aquí al monroy que termina su evolución. La frase no significa otra cosa que la unión de los países del continente, bajo el impulso y dirección de los más organizados, para rechazar todo intento de ocupación, colonización o ataque europeo. ¿Pero Europa deseaba ocuparnos, colonizarnos o invadirnos? No se sabe a punto fijo. La doctrina Monroe es una declaración preventiva.

Hasta hace poco nos azotaban como a niños de escuela con la frase de Monroe.

Hoy día Roosevelt ha cantado al pie de la ventana de la América Latina una serenata al claro de luna.

Creemos en la serenata, recordando los azotes.

Oigamos la endecha amorosa, el pasa-calle que se aleja, sobándonos la parte dolorida, donde todavía arde la roncha rojiza.

*

Durante mucho tiempo los vecindarios de Santiago, Viña del Mar y Valparaíso, tuvieron el peor pavimento que se ha conocido en el planeta. No era ese pavimento la superficie natural de la tierra, que es relativamente plana y que constituye el primer pavimento de toda colectividad humana. No; aquellas calles inolvidables eran una sucesión no interrumpida de pequeñas zanjas y caprichosas protuberancias, tan infinitamente variadas que los inventores de montañas rusas, olas giratorias y otros espectáculos para ferias populares no habrían podido discurrir nada más *descuartizante*. El transeunte que pasaba dentro de un coche a todo escape se encontraba balanceado, golpeado, sacudido, solicitado por fuerzas contrarias en todas las direcciones. El centro de gravedad, las fuerzas centrífugas y centrípetas, los golpes secos en las posaderas que estrellaban la cabeza en el techo del vehículo, o los contra-golpes en la copa del sombrero que, además de meter éste hasta la boca para sofocar los gritos de protesta, aplastaban a la víctima contra el asiento; hacían de la jira en coche no sólo el más riesgoso y mortífero de los viajes sino el más aventurado y audaz de los sports conocidos. Hoy día admiramos a Figueroa porque intenta atravesar los Andes. ¡Oh, prodigios de la costumbre! Entonces nadie admiraba a los bomberos que, para trasladarse de prisa al lugar de un siniestro, se lanzaban al galope tendido de los caballos por toda la ciudad sin exhalar una queja, sin recoger siquiera los miembros perdidos o estancar la sangre que les brotaba por boca y oídos.

Pues bien, como aquí vivimos de reacciones y la más célebre frase lanzada por un hombre público ha sido aquella: "el exceso del mal traerá la reacción", no pudimos salir de aquel pavimento para hombres de la edad de piedra, sin pasar de un sólo salto



a este otro pavimento para hombres de la edad del algodón. De la piedra de río, al asfalto de roca planchado como una pechera de camisa, han transcurrido en Europa la Edad Media, las guerras de religión, la revolución francesa y las campañas napoleónicas. Entre nosotros, no ha pasado otra cosa que un empréstito y un decreto.

Ya no está bien, no es mirado como decoro de familia, vivir en una calle sin subsuelo de concreto. Pero si sobre este subsuelo hay adoquines, la dignidad sufre al compararse con la gente que vive sobre verdadero asfalto, es decir, sobre la superficie pastosa y ondulada donde las patas de los caballos marcan la herradura y las ruedas dejan largas estrías y hasta los tacos de las señoritas escriben la ondulada curva de sus anemias disfrazadas bajo el colorete.

Sin embargo, la prensa ha registrado informes y documentación diversa para probar que si no es oro todo lo que reluce,

tampoco es roca lo llamado con este pomposo nombre.

Se cree que el asfalto de roca, tanto por su color como por su escasa consistencia es chocolate Mennier reducido a polvo. Y esta aseveración está comprobada por el hecho de un padre de familia que se sumergió en una calle y, al llegar a su casa, fué lamido por las tiernas criaturas que gritaban "¡cocoa! ¡cocoa!"

*

La Cámara de Diputados se ocupa de las contribuciones que deberá pagar todo santiaguino, por tener el placer de vivir en una cuidad que no parezca chilena. Los empresarios de pompas fúnebres resisten todo encarecimiento de los funerales. Parece ser que para enterrar a un hombre hay un precio de costo, y que, todo lo que sea levantarlo es colocarnos en el riesgo de que la gente se resista a morir. Y ¡Dios mío! si así, muriendo cada cual a su turno, aún nos hacen falta vacantes ¿qué sería si muchas personas no pudieran fallecer por no tener en qué caerse muertos?

Es necesario estudiar contribuciones que no pesan sólo sobre determinadas personas. Desde luego el impuesto de perros me parece equitativo. Todo perro debe tener un dueño. No se permite el perro *res nullius*. Todo dueño de perro debe aplicar en la asentadera del suyo una etiqueta de la oficina municipal respectiva con un número bastante visible para que los inspectores municipales puedan verlo desde lejos y anotar las infracciones del animal. Además podrían emitirse estampillas de contribución sobre los vestones, sombreros, corbatas y hasta zapatos nuevos. El que quiere azul celeste que le cueste,—dice el refrán—y aquí pedimos árboles, flores, pavimento caro y todo cuanto en otras partes se pide, pero se paga en oro.

Hasta ahora no se ha estudiado un impuesto municipal que me parece perfectamente lógico y puede ser productivo. La ocupación de la vía pública es y debe ser una empresa exclusivamente edilicia. Los mozos que se detienen en la calle de Huérfanos a ver pasar las buenas mozas, deberían estar todos ellos provistos de una patente o placa metálica fijada al lado del corazón. No debería permitirse a una persona el derecho de detenerse en la vereda o de detener a otro transeunte sin haber pagado su correspondiente patente de lata, y ésto sin hacer juego de palabras. Hay personas que mueven los brazos como aspas de molino mientras marchan. Necesitan de una verdadera hélice o propulsor para ganar terreno. Esta clase de transeuntes debe pagar una contribución. Los conferencistas de esquina que trazan planos en el suelo con su bastón o hacen aspavientos tales que dañan e interceptan el tráfico tan intenso en esos puntos, deberían tomar asimismo su patente. ¿Y cómo no dar patentes de tontos? ¿Y de porfiados?

Cuando se principia a estudiar el tema de las entradas municipales la imaginación encuentra millones por percibir. La estampilla sobre los polvos de arroz dejaría en Santiago tanto como el impuesto de exportación del salitre. No dejaría poco la contribución sobre matrimonios, si bien se considera.



A la señorita sobrina de Mr. Roosevelt se le preguntó cómo lo había pasado en Santiago, en relación con Río y Buenos Aires:

—"Muy bien, dijo—aunque no podría establecer comparaciones, pues es ésta la primera ciudad en nuestra jira, donde hemos estado en un hotel". Un hotel es siempre un mal necesario por limpio, confortable y elegante que sea. Pero un hotel chileno, como no sean los de Valdivia al sur, es la mayor calamidad que puede caer sobre un hombre. Ser condenado a hotel en Chile, es como cadena perpétua en otros países. Pues bien, recordemos que no hubo en Santiago un

vecino generoso que ofreciera su casa al ilustre huésped para evitarle las terribles noches de un siniestro alojamiento chilero. ¿Que no hay pulgas en el hotel ese? ¡Qué ha de haber! ¡Ca! "Si se las comen las chinches", como decía aquella hotelera del cuento.

Un diario de Valparaíso, un gran diario por cierto, dió cuenta en la *Vida Social*, y no comprendemos por qué no lo hizo en los *Hechos de Policía*, del regreso al país de un empresario de hotel que ya creíamos ido para siempre. Pues no señor, el hombre vuelve ¿ y cómo creen ustedes que vuelve? ¿Con un gran bagaje de muebles, colchones, sábanas, baños, gobernantes y sirvientas suizas, cocinero titulado y mil toneladas de polvos de persia? Pues no; viene *lleno*, así lo dice el empresario en un reportaje; pero lleno.... de ideas y de observaciones. Es verdad que el redactor del diario se pasma de admiración ante esta abundancia de ideas; pero nosotros diremos francamente, y sin rodeos, que después de leerlas dan ganas de apalearlos a los dos, al hotelero y al periodista.

Yo había llamado genéricamente "hoteleros marselleses" a los empresarios de alojamiento en Santiago—no porque tenga muy mala idea del hotel marsellés, puesto que en Marsella los hay muy malos; pero también los hay buenos, a diferencia de esta pobre ciudad, donde hay sólo de dos clases, los malos y los peores,—sino porque en general los puertos que miran hacia el oriente y reciben la navegación de los mercados exóticos se han familiarizado con el hotel con bichos. Pues no había andado yo tan descaminado, ya que el empresario de hotel recién vuelto declara que ha ido a estudiar ¿dónde creen ustedes? ¡A Tolosa!

Paciencia, y matar pulgas. Seguiremos durante diez años mas sujetando al extranjero al suplicio del hotel chileno con reminiscencias tolosanas. Seguirán los maridos que alojan en estas casas inhospitalarias obligados a abotonar y desabotonar los centenares de broches de los vestidos de la mujer, porque en el maravilloso establecimiento no hay sino mozos de cordel al servicio de los pasajeros. Seguirán éstos abriendo de par en par las ventanas del cuarto aunque se les congele el alma, para ventilarlo cada vez que entra el sirviente a dejar o llevarse algo, que siempre deja cualquiera cosa aunque más no sea el penetrante olor de un animal anti-diluviano. Seguirán perdiéndose los cigarros, los cortaplumas, el dinero, los útiles del *necessaire* y las pequeñas alhajas olvidadas.

Y cuando llegue un huésped de distinción o muchos huéspedes, como pasará con la próxima conferencia pan-americana, los volveremos a alojar en la misma forma en que lo hicimos con Mr. Roosevelt.

Como yo he escrito ya unas dos docenas completas de artículos sobre hoteles un señor extranjero, de cierto país meridional, que no hay para qué nombrar, vino hace poco a verme y me ofreció asociarme a la empresa de un Hotel para Extranjeros que tenía proyectado.



—Mi negocio, me dijo, se basa en un aprovechamiento de todos los elementos, circunstancia y materia que generalmente se desperdician. El verdadero hotelero debe tomar muy en cuenta la circunstancia especial de

su clientela que, como es toda ella transitoria y no vuelve por regla general, puede ser sometida a todo género de explotaciones. Mi plan consiste en un hotel modelo que lograra la protección del Gobierno. La servidumbre no sería pagada. Por el contrario,



yo obtendría de ella una participación de sus utilidades. Un cartel fijado en cada habitación y que diga: "El propietario no responde en absoluto de los valores y objetos que no hayan sido depositados en su poder"; ofrecería al personal un seguro campo para el pillaje. Los mozos se pagarían saqueando las maletas y bagajes de los pasajeros y tendrían obligación de participar con un veinticinco por ciento al establecimiento. ¿Cómo tendría yo la comprobación de sus utilidades? En una forma muy sencilla. El pasajero robado reclama siempre. Yo tomaría nota de sus reclamos, por ejemplo: *"Pieza número 22*: desaparecidos un par de zapatos, una pulsera de oro, dos camisas, una navaja de afeitar, etc." Entonces se llama al mozo, se le hace exhibir los objetos y se tasan de común acuerdo. Esto en cuanto a la servidumbre.

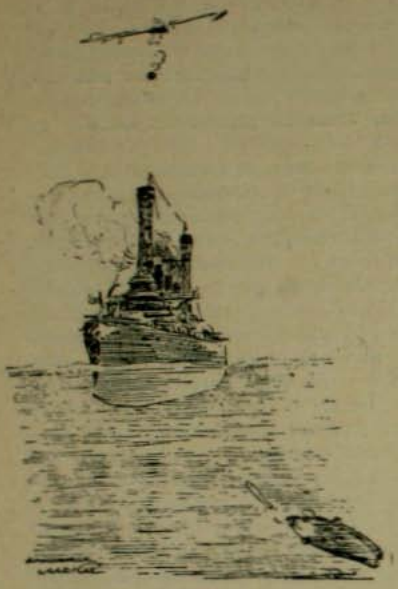
"La cocina de un hotel, económicamente manejado, debe ser un verdadero laboratorio. El pasajero es un sér esencialmente gruñón. Tiene un paladar estragado y se queja de todo. Hay que variar los guisos y su apariencia hasta el infinito, para lo cual un armario de colorantes, inofensivos para la salud, ofrecerá al cocinero la oportunidad de ser un verdadero pintor. Otro principio de mi cocina es el movimiento perpétuo de la materia prima por medio de *la recuperación*. Los caldos sobrantes volverán a ser sopas y salsas hasta su total consumo o evaporación. La restauración de los caldos es un arte que debe conocer todo buen hotelero. La carne debe ir sufriendo también transformaciones continuas y graduales, desde el bisteque hasta las croquetas. Las migas de pan vuelven de la mesa hasta el sarten cada día."

"No hay que olvidar también el tercer precepto de mi cocina: no debe colocarse nunca en la mesa ni menos en el *Menú* aquellos productos del día que sean más codiciados. Por ejemplo, en tiempo de espárragos se sirven sólo espárragos en conserva y se declara *extra* al espárrago fresco. En tiempo de fruta toda fruta es *extra*. En realidad es *extra* todo lo que pide el pasajero y, para obligarlo a pedir, hay que darle todo lo obligatorio de mala calidad."

He quedado encantado con la proposición del empresario y creo que, si realiza su intento, tendremos un hotel hospitalario sinembargo que los actuales del país.







El comandante del Dreadnought.—¿Qué habría hecho Arturo Prat en este caso?

Parece que uno de los ramos del comercio en que los sistemas de venta a plazo han dado peor resultado en los críticos días que atravesamos, es el de automóviles. Existe una enfermedad del automóvil, como existe una neurastenia o una arterio-esclerosis. Es una fiebrecilla que da por las tardes y que ataca a las mujeres de toda edad, y a los jovencillos sin experiencia de la vida. Cuando un automóvil está en la vidriera, lustrado, destellante, con los bronces y metales pulidos, los cristales transparentes, los cueros recién barnizados, el enfermo siente el ataque agudo. El comerciante que lo ve entrar le ofrece llevarse el coche pagando una miseria al contado, el enfermo sucumbe y vuelve a su casa metido dentro de la portentosa *limusina*. Ahora bien, el mundo se ve pequeño, pequeñito, mirado al través de una ventanuela de automóvil. Todo sonríe hasta la primera descompostura. Pero luego el diferencial, el depósito de la bencina, los neumáticos, todo comienza a necesitar cambios y reparaciones. El chauffeur estrella el coche contra un farol. Las reparaciones cuestan un dineral y el automóvil no está aún pagado.

De aquí vienen las dificultades: al agente de automóviles cobra y el comprador a plazo no paga.

Entonces recuerda aquel los sabios cuadros que vió en su niñez en la tienda de todo comerciante.

"Yo vendo al contado". "Yo vendí a crédito....!"

El mes prometía terminar con el paso de la Cordillera por Figueroa; pero la gran esperanza se ha desvanecido. Figueroa había dicho: "O pasaré las nevadas cumbres o la cordillera será mi tumba". El destino cruel le ha impedido realizar el dilema: ni ha pasado ni ha muerto. Esto prueba que no basta el coraje sino además la ciencia. Además yo aconsejaría al aviador decir menos frases. Recuerde que Prat preguntó sólo si había almorzado la gente. Un aviador que, como Chávez, no dice otra cosa que *¡largar!* y parte y pasa los Alpes y cae con una ala rota en Domodosola, inspira admiración; pero cuando se dicen tantas cosas hasta los hechos quedan ahogados en palabras. Este es un consejo de un admirador que, precisamente por ésto no quiere asociarse a la adulación universal.

ANGEL PINO.



Día de Pascua

Por

Roberto Orihuela

Ilustraciones: juguetes alemanes y vieneses

25 de Diciembre

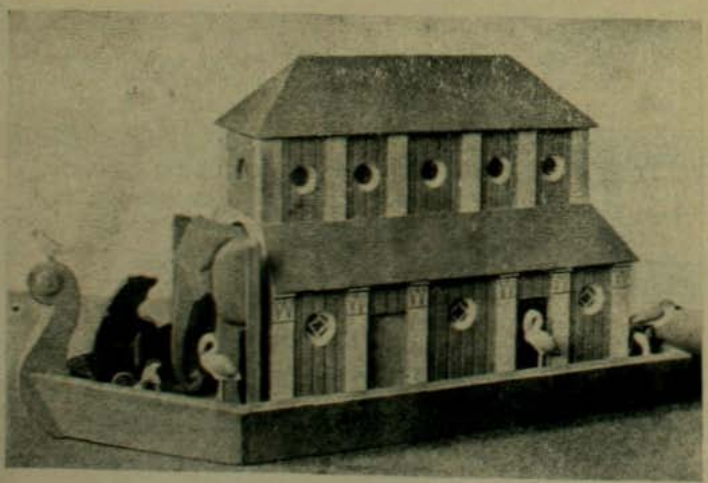
ES ya llegado el día de Pascua; día simbólico de tantas cosas hermosas: infancia, inocencia, gracia sencilla, pureza inmaculada... Es el día de Pascua evocador de cabelleras rizadas, de labios que balbucean interrogaciones ante el pavoroso enigma de la vida que se abre ante los ojos sorprendidos de los niños, de risas y lágrimas infundadas, de bracitos que se tienden hacia la madre. Es día de Pascua. Es el día de los niños y es también el día de los juguetes. Unos y otros completan una misma cosa de adorable fragilidad ante la cual la sabiduría del hombre es bien poca cosa.

En este tiempo el niño y el juguete tienen un imperio indiscutible: la gravedad del padre desaparece por unas horas para poner su corazón junto al corazón del hijo y sentirle más que nunca cerca de sí.

Es esta una fecha que jamás pasa desapercibida para los pequeños: las tiendas de juguetes se encargan de recordársela.

El arte frágil que en las grandes fábricas se aplica a la confección de esos graciosos muñecos, constituye la más alta aspiración de los niños. El rostro inanimado del fantoche toma para ellos vida propia: a ellos se les habla, se les riñe, se les acaricia; en ellos se depositan los más tiernos afectos, a ellos hacen depositarios de sus pequeños infantiles secretos.

Pero estamos en un tiempo en que todo cambia, todo evoluciona, todo se transforma: hasta el juguete. El antiguo muñeco de ojos pintados en la burda tela, de brazos colgantes, de oscilantes piernas deformadas, ha cedido su puesto de preferencia en los afectos del niño, al sujestivo aeroplano, a la complicada máquina de vapor con su pequeño hornillo de alcohol, a la diminuta locomotora con todo un largo tren de pequeños vagones, al carroussel mecánico. Y es que en el reino de los juguetes se está copiando constantemente





lo que pasa en la vida real. Las ambiciones y anhelos de los grandes, tienen su eco en el inquieto pensamiento de los niños.

Es tiempo de Pascua. ¡Qué hermosas están las vidrieras repletas de juguetes! Contra sus grandes vidrios los pequeñuelos aplastan sus naricillas, chispeantes los ojos, palpitante el corazón con la avidez de poseer todos sus tesoros, de marearse con el desfile de los pintados muñecos, de las frágiles máquinas, de los soñados aeroplanos...

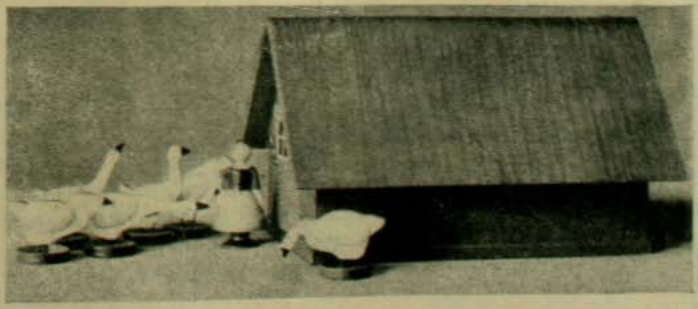
Cuando el año está por terminar, las madres dicen a sus hijos:

—Si te portas bien, eres obediente, aprendes tu lección y tomas toda la sopa, cuando llegue la Pascua te compraré hermosos juguetes.

Desde entonces, la Pascua constituye toda la ambición del niño. Y cada día pregunta anhelante:

—¿Cuándo es Pascua?

Pascua es alegría, es vida joven que se anuncia para el futuro, es esperanza, es un bello y adorable gesto de niño.



Hasta los grandes nos sentimos contagiados en el ambiente de regocijo que trae la Pascua, soplo que todo lo invade, que penetra en todos los rincones, que refresca las almas poniendo en ellos algo de sencillez infantil, de bondad, de piadosa ternura para todos. Y es que recordamos nuestros días de la infancia, aquellos en que éramos felices, seguramente porque los vivimos insconcientes de todas las penas y de todas las amarguras de la vida que es dura, fatigosa y traicionera.

No vienen hasta nuestro país los Reyes Magos a filtrarse





por las ventanas para depositar en los zapatitos colocados en las chimeneas los regalos de Pascua, son las madres las que reparan el olvido de los buenos viejos llenando las manitas de sus hijos con hermosos juguetes.

No se podría decir que es lo que proporciona mayor placer al niño: recibir el muñeco, destrozarle para indagar con creciente sorpresa que su vientre está lleno de aserrín; que sólo un pequeño tornillo aprisiona la cuerda del diminuto automóvil; o que es un resorte el que hace cerrar los ojos a la primorosa muñeca de ensortijados cabellos.

En el niño está en constante actividad ese espíritu de in-

dagación que después, cuando hombre, le lleva a realizar portentosos descubrimientos.

El juguete y el niño son dos cosas que se hermanan porque ambas son frágiles, ambas son delicadas y graciosas. Y la alegría y el bullicio constituyen su mejor característica.

Pobre del niño que no juega, que no grita, que no alborota, que no llena la casa con su vocesita plateada, porque seguramente estará enfermo o habrá nacido anormal. La verdadera alma de la casa estará en la risa loca del pequeño, y la alegría de los padres será su alegría. La humanidad se perpetúa y se regocija con él. Y la Pascua es la más genuina, la más verdadera fiesta del niño.

En esta fecha evocamos más fuertemente la pasada infancia y bien quisiéramos volver a ser niños para, en un día como hoy destrozar juguetes y asomarnos trémulos de emoción a las adornadas vidrieras...

Es Pascua y ella nos ha traído un poco de alegría y esperanza.

ROBERTO ORIHUELA





yo escuchaba a éste; era un viejo marinero cocido y recocido en la sal del mar.

HISTORIA MARAVILLOSA DE UN GRAN BARQUICHUELO

Por

PIERRE FRONDAIE

Ilustraciones de André Hallé.

Desde luego declaro que el recuerdo que deseo estampar aquí, a la vez ingénuo y profundo como un cromo primitivo al margen de un sueño, no está hecho para seducir a los caballeretes que se dicen espíritus desprejuiciados, endurecidos en el orgullo de no creer en nada. Tampoco ha de gustar a los filósofos de la razón pura ni a los astrónomos que interrogan a los cometas. Esto me lo contaron en una aldea bretona, junto a la playa sembrada de arenas de oro, ante un crepúsculo lleno de recogimiento, cuando el sol parecía un rey magnífico que recibiera en el momento de entrar al lecho el homenaje de una corte de nubes elegantes, vestidas de color de rosa en algún castillo aéreo.

El que me contó esto fué un viejo marino de color de bronce, tostado y retostado por todos los rayos de los trópicos que le habían dardeado durante muchos lustros.

Ahora bien, se trata de la historia verídica de cierto barquichuelo, tan viejo, tan viejo, como pude admirarlo en la misma iglesia del pueblo: un barquito que ni cuando nuevo fué más bonito que cualquier otro; un juguete para chiquillos, groseramente esculpido y nada sorprendente, os lo aseguro. Pero la madera envejece como los hombres, y ahora, con su aspecto venerable de reliquia, ganado en los largos siglos que había pasado en la iglesia, el barquichuelo parecía un abuelo pequeñito, encantador antepasado de esos grandes veleros siempre parecidos que salen a alta mar.

Su aventura o su leyenda no se ha desvanecido en la memoria de las gentes. De viejos a jóvenes, va pasando y conservándose



A menudo el tiempo, bueno hasta entonces, nos puso mala cara

dose. La tradición oral cumple con su deber. La historia que me contaba el marino se la había oído a su abuelo, y este último se la aprendió a su padre, el propio héroe del caso. Ahora, yo la escribo poco más o menos como la obtuve, imaginando por comodidad que el que habla es el primer narrador, que fué marino bajo el reinado de Luis XIV:

Durante el invierno de 1698, regresábamos de un viaje a las Antillas, en un brick tripulado por una decena de hombres comandados por mí, y no faltaban sino unas horas para ver asomar por el horizonte las peladas costas de Bretaña. De repente el tiempo que había estado hasta entonces sereno, nos puso mala cara, y luego no sé por qué disputas de los vientos, el mar se agitó furibundo, con una de esas cóleras que hacen temblar a los más viejos lobos del mar. El sol se ocultó tras las nubes como para no ver el desenlace, mientras nosotros danzábamos sobre el oleaje como gallardetes. Los mástiles se rompieron de golpe, y tres marineros de entre los nuestros, Fingoël, Pornicais y Pernavan, se fueron a echar un trago con los peces, para no volver jamás a gozar del mundo. Quedamos siete a bordo, yo el único casado.

La tempestad siempre creciente dió el golpe de gracia al buque. Apenas nos embarcamos en el bote salvavidas, el brick se hundió entre las olas, como si no hubiera esperado más que nuestra partida para sucumbir, con un gemido profundo de su casco, como un estertor humano.

Pero no por estar embarcados en el bote salvavidas dejábamos de estar a merced de la furia de las olas, y sólo Dios sabe cuánta era su rabia. Los febles maderos se interponían malamente entre la muerte y nosotros. Algunos minutos después que el brick, nuestra embarcación se hundió a su vez, y quedamos nadando en el gran charco. ¡Ah, señor! Al debatirnos entre la tempestad, teníamos el aspecto de contrabandistas en la montaña, tan pronto en el fondo de la concavidad de la ola como en la cresta de un tumbo. Sólo que con este juego nuestras fuerzas se agotarían pronto.

Cuando ya desesperanzados de salvarnos por la distancia a que quedaba la tierra, cada cual comenzaba a encomendarse a Dios, el milagro se produjo. Pero, fíjese, un verdadero milagro, como los que hay en los libros junto a los retratos del buen Dios, un milagro como el de navegar de frente con viento de proa: en medio del huracán apareció un pequeño barco!! ¿De dónde venía? Surgió a nuestros ojos como salido del mar o caído del cielo. La agitación de las olas no contrariaba en nada su marcha, avanzando contra el oleaje con tal seguridad, que las aguas parecían calmarse a su paso.

El mismo instinto nos hizo nadar hacia él a los siete a un tiempo, y el barquito, cuyas velas se agitaban como las alas de un arcángel, se detuvo a acogernos. Izán-



Surgió a nuestros ojos, salido del mar o caído del cielo

donos por un cabo que pendía a lo largo del casco, pudimos subir a cubierta, y antes que hubiéramos podido darnos cuenta del prodigio, el barco había vuelto a partir con rumbo a la costa. Entonces tuvimos oportunidad de mirar en torno nuestro, y si otro contara lo que voy a decir, yo no le creería! Cómo era posible que estando recién en el agua pronto a morir con mis camaradas, estuviéramos ya a la vista del pueblo! Siete testigos del milagro!

Nunca ningún marino había navegado en barco semejante. Su eslora era de quince metros, su ancho de tres. No había una sola escotilla, ni una escalera para bajar al interior. Y por otra parte, el barco no era hueco, sino macizo, como tallado en un solo trozo de madera. ¿Y quién gobernaba el misterioso salvador? Ni un individuo de tripulación, ni cuerdas izables, ni timón ni nada de qué poder servirse. Cerca de la rueda de gobierno, un gran piloto de madera esculpida groseramente miraba al frente y parecía comunicar al barco las órdenes de un elemento todopoderoso. Las velas cosidas al mástil con torpes puntadas, parecían despreciar al viento que burbaba como un lobo al rededor de ellas. Habíamos caído de rodillas, trastornados a la idea de vernos en manos de Dios mismo.

Navegábamos hacia tierra con rapidez prodigiosa, cuando de repente se nos escapó un nuevo grito de terror: el barco iba derecho sobre un canal formado por dos líneas de rocas, canal tan estrecho que apenas dejaría pasar un bote. La destrucción del milagroso casco era fatal. Pues no: bruscamente nuestro buque se redujo guardando proporciones exactas y haciéndose tan pequeño que hubimos de estrecharnos unos contra otros



Jamás ningún marino había navegado en semejante buque.



Nuestro refugio se había reducido

para conservar nuestro sitio. A lo lejos aparecía la costa bretona. Ahora corríamos hacia ella con la rapidez de una bala, ya definitivamente salvados!

El buque seguía disminuyendo de tamaño, hasta que ya a un centenar de metros de la playa, nos fué preciso echarnos al agua. Nuestro refugio se encogía bajo nuestros pies; habíamoslo sentido estremecerse y volver a su tamaño natural. Cuando lo hubimos abandonado y llegado nadando a la playa, se había hecho tan minúsculo como los juguetes que se labra en la aldea para los niños...

Verdaderamente locos de alegría, trastornados por el estupor y el reconocimiento, nos precipitamos a su encuentro. No estaba ya más que a algunos metros de distancia y surcaba un mar tranquilo, con el aspecto de un rey de las aguas. Nuestros semblantes se bañaban en lágrimas y dirigíamos al cielo gritos de infinita alegría! ¡Era ese barquito para muñecas, ese juguete el que se había puesto a crecer para salvar a unos hombres! No podíamos dudarlo, puesto que estábamos allí, de pie y vivientes sobre las playas; puesto que en lugar del buque de porte normal no había más que uno minúsculo! No podíamos dudarlo, pero así nos mirábamos en el límite extremo de la exaltación.... En fin, yo entré en el agua hasta media pierna, tomé entre mis manos el milagroso objeto, y llevándolo delante, a cabeza descubierta, tomamos el camino de la aldea. A menos de una legua de allí, sabíamos que ella nos esperaba, con sus humildes techos.

...No decíamos ya una sola palabra. Anochecía. Las estrellas se iluminaban en lo alto y aparecía la luna tan serena, tan apacible, que parecía el rostro de una santa.... Una hora después llegábamos, y el milagro se explicó. ¡Ah, señor, cuando digo se explicó, es preciso entenderse. Se explicaba para nosotros los marineros, que en cuanto a los burlones de la ciudad... ¡Ah, cuando pienso en ello, cómo me río de ellos! Bien, he aquí nuestra explicación: yo la doy a la buena de Dios: el buque que nos puso en salvo, era el buque de mi hijo, un lindo muchachito de diez años. La víspera, cuando la tempestad comenzó su danza, el niño había tenido esta inspiración en su plegaria: ofrecer a la Virgen su buque nuevecito, su juguete favorito, regalo de Navidad. Había creído agradar al cielo con ese sacrificio, y el cielo le había oído. Nuestra Señora había extendido sus brazos... y el buque había crecido, había extendido sus brazos... y había ido en nuestra busca y nos había salvado... luego de terminada su divina misión, había vuelto a ser pequeñito, pequeñito.... Entonces, en compañía de toda la aldea que entonaba cantos de regocijo, lo llevamos a la iglesia y lo colocamos detrás del altar. Desde ese día, la vieja iglesia se convirtió en Nuestra Señora del Barquichuelo.....

He ahí la historia: Valga lo que valga, por lo menos tendrá el mérito de no ser psicológica...

PIERRE FRONDAIE



DE VALPARAISO A TRIESTE

Nueva Línea Austro-Húngara

Por don

ENRIQUE LOPEZ MAQUEIRA

Ministro Plenipotenciario en Austria-Hungría

Uno de los diplomáticos más activos, inteligentes y finos del país es el señor López Maqueira. Ha logrado en 3 años de trabajo realizar el desideratum que muchos de nuestros plenipotenciarios habrán abrigado sin éxito: una línea de navegación directa a Chile que grava con insignificante suma al Erario. Hay que advertir que el señor López Maqueira no cuesta nada al presupuesto: es un Ministro "ad-honorem"

I

Con motivo del contrato subscrito últimamente entre el Gobierno de Chile y la Compañía Austro-americana, que fué ratificado por las Cámaras de Senadores y Diputados, creemos que será de interés conocer algunos datos de la potencia marítima y financiera de la Compañía citada, y del desarrollo y beneficios que esta línea de vapores podrá crear entre Chile y el Imperio Austro-Húngaro, ya que por primera vez tendremos relaciones directas.

La Compañía Austro-Americana ha hecho un camino rápido en el desenvolvimiento de sus negocios y en el progreso de su flota.

Posee hoy transatlánticos como el "Kaiser Franz Joseph I" con un andar de 18 á 19 millas, y que a principios del presente año batió el record, haciendo su viaje desde Trie-

te a Buenos Aires en 18 días, 16 desde Nápoles, y 13 días desde Barcelona.

Esta Sociedad fué fundada el año 1903, con la fusión de los seis vapores pertenecientes a la antigua Austro-American y los trece de la Casa Fratelli Cosulich, que les fueron comprados a la Sociedad encomandita Schenker, Consulich y C.ª el año 1901, y que a su vez los había obtenido de armadores ingleses de Glasgow, que ejercían el comercio con estos vapores, pero con bandera austriaca. En 1902 se liquidó la Sociedad Sckenker, Cosulich y C.ª y se fundó la actual "Unione Austriaca di Navigazione" con todos los vapores de la Sociedad en comandita y de los Fratelli Cosulich, formando así un total de 19 vapores.

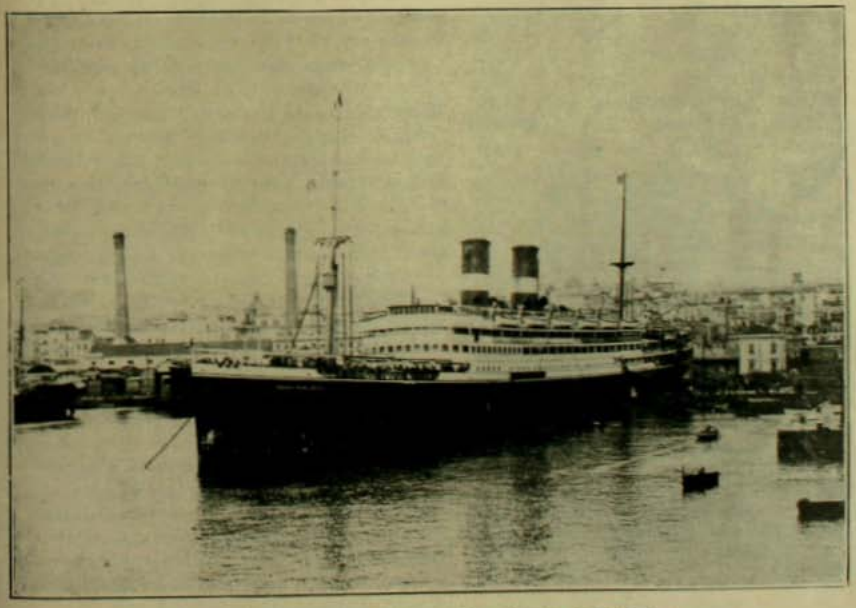
Durante el año 1902 todos los viejos vapores de la ex-A. A. se vendieron y se comenzó la construcción de los nuevos. En 1905 se estableció la primera línea de pasajeros entre Trieste y New-York y en 1908 la línea al Mar del Plata. En el presente año se inauguró una nueva línea de pasajeros, entre Trieste y el Canadá. Además de las tres líneas mencionadas, posee la Austro-American líneas con vapores de carga para Philadelphia y New-Orleans, y también para Saranoh y Galveston.

El gran desarrollo de esta Compañía en el corto de espacio de apenas 10 años, se debe principalmente a los señores Cosulich, descendientes de familias de marinos, capitanes ellos mismos, y cuyos hijos siguen la carrera de sus padres y abuelos. En esa familia todos trabajan en el mar, salvo... aquellos que obligados por los años toman un puesto en la dirección de la Sociedad, donde aún desarrollan sus energías. Debido a su inteligente dirección han formado, como decíamos, en el corto tiempo de diez años, la poderosa compañía que cuenta actualmente con treinta y dos transatlánticos y cinco en construcción, que serán destinados, según noticias recibidas, a la nueva línea entre Chile y Trieste. El capital social se eleva a 32 millones de coronas, o sea unos 35 millones de nuestra moneda.

Cuenta también la Compañía Austro-Americana con un gran establecimiento, en Trieste un verdadero palacio para recibir y alojar a los inmigrantes que se dirigen tanto al norte como a Sud-América.

Así mismo posee astilleros propios, donde se construyen actualmente sus cinco vapores.

Esta compañía marítima que es hoy la segunda del Imperio, ha merecido siempre protección del Gobierno de Austria-Hungría.



Un transatlántico de la Compañía saliendo de Trieste

el cual coopera así al gran esfuerzo de esos marinos que solamente deben su situación al empeño, a la energía, a su propio valer, y a esta ambición patriótica: ver que la bandera del Imperio flote por todos los mares

II

Contrato con el Gobierno de Chile

Creemos también de interés dar a conocer los detalles del contrato firmado entre nuestro Gobierno y la Compañía Austro-Americana. Se obliga la Compañía a establecer una línea de navegación a vapor entre los puertos de Trieste y de Arica, con escala en Venecia, Nápoles, Barcelona, Buenos Aires, Valparaíso, Antofagasta, Iquique y Arica. En su viaje de regreso en Santos, siempre que se tenga unas mil toneladas de salitre para ese puerto; y últimamente se convino también, en hacer escala en Patras en las mismas condiciones que Santos. Patras es el segundo puerto de Grecia, en cuyo futuro desarrollo tanto se espera después de sus gloriosas conquistas últimas. Los lectores del "Pacífico Magazine" no habrán olvidado el interesante artículo de don Luis Aldunate "La nueva Grecia", publicado el mes anterior.

El contrato durará 5 años, prorrogables por otros tantos, siempre que ninguna de las partes lo desahucie con seis meses de anticipación. Para responder a su cumplimiento, la Compañía Austro depositará en la Tesorería de Chile en Londres la suma de 100 mil francos. Por ahora hará un viaje mensual, pero es de esperar que suceda con esta línea, lo que ocurrió con la inaugurada en 1908 a Buenos Aires. El desarrollo del comercio entre Austria-Hungría y la República Argentina ha marchado en



Salón de fumar



Salón

tal progresión, que habiéndose iniciado esa línea, también con un viaje mensual, ahora se despachan, entre vapores de pasajeros y de carga uno cada cinco días desde Trieste al Brasil y Buenos Aires.

Se han contemplado en el citado contrato algunas medidas muy previsoras y que evitarán falsas interpretaciones, origen siempre en los contratos con el Fisco de presentaciones judiciales, que desgraciadamente, en el mayor número de casos se resuelven en contra de los intereses fiscales. Las tarifas, por ejemplo, e itinerarios se harán de común acuerdo entre el Gobierno de Chile y el representante de la Compañía. Las divergencias a que diere lugar la interpretación del contrato serán resueltas sin ulterior recurso por un tribunal de árbitros compuesto de un representante por cada una de las partes y del Presidente de la Corte Suprema de Chile, tribunal que decidirá por mayoría de votos. La conveniencia de esta cláusula es tan manifiesta para el Gobierno, que no es menester insistir sobre ella. Hay otra cláusula importantísima, de sumo interés para nuestro comercio en general y particularmente para la agricultura. La Compañía con el fin de facilitar la exportación de productos chilenos se obliga a reservar todo el tonelaje que sea solicitado oportunamente en cada viaje para embarcar otros productos nacionales fuera del salitre con destino a los países consumidores.

No se ha descuidado tampoco por parte del Gobierno una futura inmigración de esas razas fuertes, que componen el Imperio austro-húngaro, y de las cuales tenemos algunos núcleos en las salitreras y otros repartidos desde Punta Arenas a Tierra del Fuego, donde forman una colonia

de cinco mil eslavos. Se llegó a una tarifa mínima de £ 8, que es la más económica que se registra, como precio de pasaje por inmigrante, sobre todo si se toma en cuenta que tienen en los vapores de la Austro-Americana alimentación buena, baños, camarote, es decir, toda clase de comodidades, y que la distancia hasta nuestras costas es la más larga.

Por fin, figuran en el ya citado contrato, las rebajas del caso para los empleados públicos, y la conducción libre de todo gasto de la correspondencia y demás efectos postales que las distintas oficinas de los puertos de escala puedan entregar para Chile o recibir de Chile.

Por todos estos servicios abonará el Gobierno de Chile a la Compañía Austro-Americana la suma de £ 7,200 anuales, o sea 600 por cada viaje. Si el desarrollo comercial entre el Imperio Austro-Húngaro y Chile obligara a la Compañía a aumentar su número de vapores, ello no significa que el Gobierno tenga la obligación de pagar 600 libras por cada nuevo viaje: el compromiso fiscal durante cinco años es solamente de 7,200 libras anuales.

Veamos ahora las expectativas comerciales para ambos países con esta línea de navegación.

III

Expectativas para ambos países

Las relaciones muy cordiales que han unido la monarquía y nuestra república no han podido desarrollarse en sentido comercial por la falta casi absoluta de comunicaciones directas. Con la apertura del Canal de Panamá, el año próximo será para el comercio del nuevo continente de tanta o más importancia de lo que el año 1869 fué para el comercio oriental con motivo de la entrega al tráfico del Canal de Suez. Lo mismo que en ese año, el venidero, señalará un nuevo y vasto horizonte para el comercio mundial. Todas las naciones marítimas se preparan; las demás siguen con atención el gran movimiento. Las que no tienen marina mercante, o que poseen una muy reducida, no se han quedado sin hacer algún esfuerzo, convencidas de que es uno de los factores más importantes para llegar a la independencia económica que necesita todo país. El Imperio austro-húngaro ha hecho un gran esfuerzo en ese sentido, con una protección decidida y eficazmente positiva en apoyo de su marina mercante. Chile, en cambio, no ha seguido este movimiento mundial, buscando su independencia marítima-comercial, y hemos seguido entregados a una o dos compañías de vapores, dueñas de todos los fletes, es decir, dueñas de nuestra exportación. Con la línea directa, la monarquía austro-húngara tiene grandes expectativas de colocar sus productos en Chile, los que hasta ahora hemos recibido por intermedio del comercio de Hamburgo. Visitando algunas fábricas más de una vez al preguntar si tenían agencias en Chile, se nos contestaba: "Nosotros vendemos para Chile por intermedio de la firma X de Hamburgo o Bremen. Mientras no tengamos comunicaciones directas no es posible hacerlo de otra manera"... Darse cuenta exacta del movimiento comercial entre Chile y Austria-Hungría y formar la estadística, no es tarea fácil, porque muchos productos del Imperio figuran como producción alemana, y viceversa, muchos artículos chi-



En la cubierta del vapor "Kaiser Franz Joseph I"



Mapa que representa en claro todos los paises que están servidos por comunicaciones



directas con Chile y en obscuro la parte del mundo que será servida por la nueva línea



Sala de música

lenos no aparecen como tales sino como producción del país de tránsito. Sin embargo, trataremos de dar alguna luz sobre las expectativas comerciales para los dos países una vez establecida la línea.

Chile ha exportado al Imperio, a pesar de las dificultades de fletes, durante el año 1911, los siguientes productos, en quintales métricos:

Miel, 2,332; cueros, 301; fosfatos, 3,000; manganeso, 1,446; lanas, 1,322; bórax, 32,020; y por fin el salitre, que figura en ese año por 548,164 quintales métricos. Pero en realidad la importación en el Imperio fué de 657,814 quintales métricos. El año pasado, 1912, aumentó a 900 mil q. m., de los cuales solamente la décima parte llegó directamente.

Trataremos este interesante punto más adelante.

El Imperio es gran consumidor de cobre, pero no figuramos ni con una tonelada. Sin embargo, se consume cobre de Chile, pero remitido de Alemania, y como tal figura en la estadística. Así, otros artículos chilenos.

Las expectativas para Chile con la línea Austro-Americana, son bien claras.

Primeramente debemos tener presente que no abandonamos el sur de Chile, ni nuestro puerto austral Punta Arenas, ya que la apertura del canal de Panamá acorta la distancia de Europa a Valparaíso en 2,000 millas y natural será que sea esa ruta la preferida y no el Estrecho de Magallanes. Luego después podremos desarrollar nuestro comercio con la República Argentina, porque habrá fletes para Buenos Aires, siendo obligación de la Compañía hacer escala en la capital de la República vecina. Nuestro activo cónsul señor Irienríquez, en su interesante reportaje publicado en "El Mercurio", hacía notar últimamente que no era posible pensar en colocar salitre ni estimular las ventas sin tener fletes directos. Ha habido casos, y más de una vez en que para enviar salitre a la República Argentina, se ha remitido este producto desde Hamburgo.....

En la misma situación nos encontramos con el Brasil, y con España, Italia, en la parte bañada por el Mediterráneo, y Austria-Hungría en el Adriático. Tenemos fe en las buenas expectativas para Chile con esta línea directa, en que nuestros productos, y sobre todo el salitre, encontrarán enorme campo de desarrollo comercial; y en que podremos llegar a luchar (pues hay mucho que hacer en este sentido), en mejores condiciones, abaratando el artículo con fletes más reducidos.

El menor costo del salitre en Europa ya és un elemento de concurrencia en el supuesto de que el salitre artificial pueda ser más tarde un competidor serio del nitrato.

Las expectativas para la Monarquía en el desarrollo de sus industrias y venta de éstas en Chile, no son menores: en 1911 recibimos: azúcar, 5,504 quintales métri-



Una calle de Nápoles

cos; malta, 1,588; obión 14, (polvos contra insectos 10); parafina, 8,322 piezas; licores 49, cajones aguas minerales, 827; linos, 356; telas de algodón, 329; sombreros de fieltro, 1,497; Id. de lana, 21,029; papelería, 1,452; objetos de cauchú, 43; muebles, 192; vidrios y cristales, 13,646; trabajos de alfarería, fierro, producciones en metal, maquinaria, barnices, pinturas, velas y jabones. Si a todos estos artículos de gran consumo en Chile, se les rebajan los gastos de ferrocarril y otros a Hamburgo o Bremen, no hay duda que podrían competir ventajosamente con los productos similares de otros países, puesto que aún con los mayores gastos y dificultades de transporte, han podido llegar a venderse en Chile.

Una industria que ha tomado grandes proporciones es la producción del cemento Portland, sobre todo en la Dalmacia. Con un servicio directo entre los puertos de la Monarquía y Chile, esta industria podría ser un buen factor para la exportación. Hamburgo, por ejemplo, exporta más de dos millones de quintales de cemento, destinados a los países situados en la ruta hacia Chile y para nosotros mismos. Esa es una base enorme de carga, para muchas naves, las que después pueden volver con salitre. En otras ocasiones, las industrias de la Monarquía nos han enviado vagones para los ferrocarriles, y le queda reservado todavía, fuera de los anotados, una vez que tengamos las comunicaciones directas, enviar artículos como perfumes, artículos de cuero, productos químicos, conservas, y otros que representan la industria pequeña.

IV

Mercados salitreros en España, Italia, Austria-Hungría, los Balkanes y Rusia

Para formarnos una idea más exacta no bastaría sino echar una ojeada al mapa q e insertamos y podemos con claridad ver el campo, vastísimo, enorme de los mercados que tenemos reservados para nuevos consumos, que hasta hoy no tienen comunicaciones directas con Chile, y que debemos impulsar con todas nuestras fuerzas. La línea Austro-Americana sólo en parte podrá servirlos, porque para abastecer esas enormes regiones, necesitamos no de una línea sino de muchas.... Ojalá que el Gobierno que hoy comienza a inspirarse en una política comercial salitrera, impulsara una línea de navegación italiana, y otra española por ahora. Cada una de esas naciones necesita su línea, el salitre tiene en cada una consumo actualmente y campo de desarrollo casi indefinido.

Comencemos por España: de los datos recogidos por el señor Bertrand, confirmados por el jefe de nuestra Sección Comercial del Ministerio de Relaciones, señor Eduardo Carrasco, insertados en el mensaje que presentó el Gobierno con motivo del contrato con la Austro-Americana, resulta que España tiene diez millones de hectáreas cultivadas, y sólo importa cinco mil toneladas de salitre por cargamentos directos. Su consumo ha sido alrededor de cuarenta y cinco mil, que han llegado a las diferentes faenas agrícolas con recargo de 10 y 20 francos por tonelada, que representa el flete por ferrocarril, ya que no tiene comercio directo con Chile por la parte de su costa bañada por el Mediterráneo. El señor Echeverría, nuestro cónsul en Londres en su última conferencia sobre salitre nos decía, a propósito de España, que ya se había lanzado por la firma Pearson y Co. la instalación de una gran fábrica de salitre artificial (1) No es aventurado pronosticar que España podría ser un consumidor anual de 100,000 toneladas de salitre, necesitando solamente para esto una línea de vapores.

Bastará hacer notar para confirmar nuestros datos que España consume actualmente 575,000 toneladas de otros abonos.

Cualquier sacrificio por parte del Gobierno sería ampliamente remunerado: cuántos millones en sus entradas representaría para el Fisco la diferencia del derecho por cobrar!...

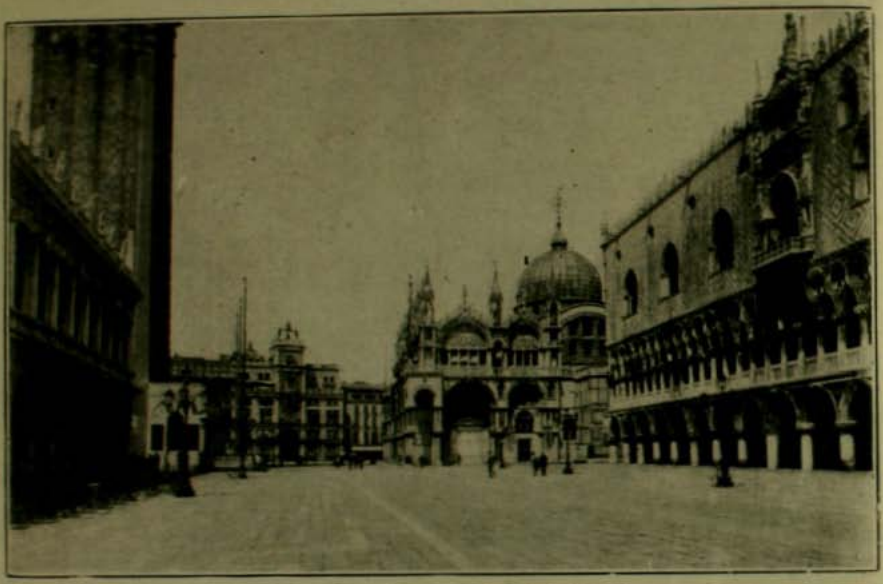
La Italia, tomando por base los datos, anteriormente anotados, tiene una extensión de quince millones de hectáreas cultivadas y sólo consume al rededor de 60 mil toneladas, recibiendo sólo 20 mil directamente de Chile. También se ha calculado que así como su consumo es ahora de 4 kilos por hectárea, podría subir a 10 kilos, siempre que pudiera recibir el artículo por vías directas.

(1) Esta firma Pearson no es la misma que construye el puerto de Valparaíso.

Entremos ahora a analizar el consumo en Austria-Hungría, base de nuestra primera línea al Mediterráneo y el Adriático. Las regiones de la Monarquía tributaria de Trieste y Fiume o sea de los dos puertos principales de Austria y de Hungría, cuentan con 25 millones de hectáreas cultivadas, llegando su consumo en 1912 a 90,000 toneladas. De estas solamente 10 mil llegaron por vía directa, las 80,000 restantes, desde Hamburgo por vía del Elba y ferrocarril. Habiendo hecho nosotros estudios especiales del consumo en la Monarquía primeramente por deber y después por el natural interés en nuestra industria salitrera, podemos asegurar que el consumo subirá en tiempo no lejano a 200,000 toneladas.

El Gobierno de la Monarquía en su sincero interés por desarrollar el comercio con Chile, ha concedido para nuestra industria la tarifa mínima de bodegaje para que los productores o vendedores de salitre en Trieste puedan formar su stock permanente. Consiste la concesión en dos meses libres de bodegaje y luego después un bodegaje reducido a pequeñísima cantidad de 10 heller por tonelada y por mes o sean 11 centavos nuestros. Hay un trabajo aún que hacer para fomentar las ventas del salitre, abaratando su costo, y es la reducción del valor del flete por los ferrocarriles, trabajo ya iniciado y del cual esperamos resultado favorable tan luego como nos sea posible continuar esas gestiones.

Nos permitiremos recomendar a nuestros Ministros en el Extranjero hagan estas mismas gestiones. La rebaja de las tarifas de los ferrocarriles no reducen las rentas de éstos, porque en cambio aumenta el acarreo.



Venecia: San Marcos y el Palacio Ducal

En el artículo 9 del contrato se obliga la Compañía Austro-Americana, con el fin de facilitar la exportación de nuestros productos, a establecer tarifas acumulativas. Esto significa que podemos obtener conocimiento o póliza directa hasta el Mar Negro, a esas vastas regiones de la Rusia, que anotamos en el mapa, y que representan hoy día la enorme cifra de 43 millones de hectáreas cultivadas y que necesitan salitre.

Con verdadera sorpresa tomarán conocimiento nuestros lectores, de que para esos 43 millones de hectáreas cultivadas, sólo se han remitido 30,000 toneladas de salitre y de estas, aparece increíble o irrisorio

el dato, pero es exacto, sólo mil toneladas llegaron al Mar Negro por vía directa.

Rumania, Grecia, Bulgaria, Servia, Asia Menor, Siria, no consumen salitre por la imposibilidad de obtenerlo a un precio comercial. Sin embargo, la extensión cultivada de esos países alcanza a 16 millones de hectáreas.

Nos queda el Egipto, donde podríamos tener un mercado para 300,000 toneladas y apenas consume 30,000, siempre por las mismas razones....

Los países del norte de la Europa, con sesenta y dos millones de hectáreas cultivadas, consumen gran parte de nuestra producción, más o menos 24 kilos por hectárea, mientras tanto la parte de los países bañados por el Mediterráneo, el Adriático y el Mar Negro, con una cifra de 190 millones de hectáreas, sólo consumen 1 kilo por cada una.

A primera vista se comprende la importancia de las comunicaciones directas, porque si a esas cifras sólo le aplicáramos un kilo más de consumo por hectárea, nuestra producción aumentaría en 200,000 toneladas y aquí cabe preguntar una vez más: no compensaría al país cualquier sacrificio, desarrollar nuestra marina mercante, subvencionar otras Compañías en condiciones aceptables, para cobrar el Fisco el derecho correspondiente que sería de 12 millones de pesos de 10 d? ¡Qué enorme entrada, y qué gran ayuda para cubrir nuestros déficit!

Todo chileno que aspira a la independencia comercial del país, a la riqueza nacional, está obligado a trabajar en el desarrollo de nuestra gran industria que sería nuestra salvación económica, porque nos permitiría hacer frente a todos los compromisos.

Sin necesidad de nuevos empréstitos, ni de ir a golpear la puerta en nación alguna para obtener dinero, con una buena política comercial salitrera lo tendríamos en las propias fuentes de entradas que nos permitirían al mismo tiempo mirar con seguridad en el porvenir del país.

ENRIQUE LOPEZ MAQUIEIRA.

GLOSASAL MARGEN DE BILBAO Y SU TIEMPO

Por

Felix Nieto del Río

No insistiré en lo que tanto se le ha dicho a Donoso; que mejore su estilo. Al lado de buenas páginas tiene pasajes de extrema rudeza y, junto a giros fáciles, casi recreativos, hace gala de embrollos, ripios y languideces que perjudican el concepto y desorientan al lector. Debiera pulir con mayor cariño sus trabajos, un mozo que comienza a labrarse en las letras chilenas y aún fuera de Chile reputación de criterio y de laboriosidad. No se le exige elegancia, (rara avis!); pero sí nitidez tanto para el agrado en la asimilación como para encauzar sin fatiga el curso del pensamiento. Donoso tiene el defecto de no tornear los períodos, de no alinear con armonía sus frases y, por eso, suelen resultarle tiradas ásperas donde se ve la costura gruesa de una mala aguja. No temo ser duro en este punto, pues conozco el anhelo de perfección que persigue Donoso y sé que, amortiguada un poco su actual ansiedad mental, dedicará algún tiempo a la bella retórica en beneficio propio.

Pero todo esto importa menos que el interés de fondo ofrecido por BILBAO Y SU TIEMPO, ya que con este libro Donoso nos lleva a una época de suma significación en nuestra historia social. Aquellos años de intensa vida nacionalista en que comenzaba ya a endurecerse la mezcla que unía los sillares del monumento constitucional son, mirados desde este agitado pórtico del siglo XX, un curioso capítulo de psicología.

No se conformaban los hijos de los revolucionarios de 1810, de esos hombres turbulentos y audaces, con llevar la vida tranquila de un régimen organizado. Muy cercanos estaban todavía los hechos heroicos de la Independencia, muy frescos los recuerdos y no extinguidos aún en las lenguas el vituperio a la tiranía y los vítores a la libertad, para que una juventud llena de ímpetus generosos, no quisiese luchar en cualquier campo por cualquier ideal. La independencia estaba hecha; la Constitución, tras de amargos tanteos, dictada; las doctrinas del gran Portales habían dado ya un vigoroso impulso al país; ¿Qué le quedaba, entonces por hacer a la juventud? Ni llegaba hasta ella el deplorable ejemplo de la anarquía en que los otros países sud-americanos perdían su sangre; ni surgía en medio de la prudencia pública, dificultad alguna de orden internacional; ni había en el Gobierno violación de garantías. ¿A donde llevarían, pues, su actividad, los hombres nuevos del 45 que fueron después los gloriosos viejos del 79?

No quedaba para unos sino el vasto camino de las ideas y del estudio y para otros el del trabajo material que levantaría de la ruina el patrimonio menoscabado en bien de la patria o por la zaña monárquica. Pero si es cierto que muchos se acogieron a las ventajas de la paz a fin de cultivar en silencio sus espíritus, o prosperar en riqueza, otros, menos previsores o más vehementes, creyeron hacer obra de progreso volviendo los ojos a la efervecencia europea y sacando de ella filosofías inaplicables en el país más solido, mas cuerdo y feliz del Nuevo Mundo. Y es este un reproche que quiero hacerle a Donoso. Debió recalcar más en su libro la verdadera situación de Chile como individualidad internacional; debió probar nuestro prestigio cada día creciente de país serio y valeroso; demostrar cómo, reinando el orden llevando la Constitución plena marcha de protección a las libertades públicas, al desarrollo de la cul-

tura, al perfeccionamiento social y al engrandecimiento interior y exterior de la República, la obra revolucionaria de Bilbao resultaba un mero manifiesto de exal-



Armando Donoso

tación mental. Pero Donoso, obligado como estaba a extenderse con especial esmero sobre la época inmediatamente anterior, y contemporánea de Bilbao, no se detuvo lo suficiente en este punto y, aunque sabe muy bien apreciar la medianía o mejor dicho la inferioridad intelectual del personaje, y su atolondramiento ideológico, también es verdad que pasa casi en alto o niega lo que realmente tiene mayor transcendencia en el pensamiento del famoso agitador: su socialismo y su deliberada intención revolucionaria.

"Yo me atrevería, dice Donoso, a calificarle de un precursor ardiente del socialismo en Chile: socialismo que, si no es original en él, por lo menos encontró en Bilbao un decidido apóstol que lo aplicase a la sociabilidad nacional".

Y termina allí el capítulo, cuando el desarrollo de este punto habría sido la gran ocasión para hablar de Bilbao en su mayor significación. Posteriormente Donoso vuelve algo sobre el tema (1) pero sin hacer de él gran caudal.

Los detalles biográficos, la parte anecdótica, su vida posterior, tienen seguramente menor importancia para la historia sociológica de Chile que ese brusco y desaliñado artículo sobre la Sociabilidad Chilena. Donoso parece no haber querido dar un alcance mayor a este escrito, quizas en aras de la amenidad de su libro; porque el libro es ameno, gradualmente interesante y dispuesto a una amable lectura.

Estoy de acuerdo con Donoso en que la alarma de la Curia hizo la celebridad de Bilbao, cuyo nombre, sin la excomunión, habría pasado pronto al olvido. "Suelen a veces las persecuciones encarnizadas hacer que hechos insignificantes adquieran proporciones enormes", dice el autor. Aunque, como dejo dicho, la actividad de Bilbao no es *insignificante*, sino considerable, creo, sin embargo que la Iglesia debió hacerse sorda al grito "pobre en ideas, vago, nebuloso e incoherente" de un mozalbete que, muy lejos de revelar sabiduría sólo mostraba su inexperiencia y su histeria. El silencio le hubiese hecho bien a él apartándolo de la carrera de grande hombre y de mártir que se imaginó seguir y hubiese hecho bien a la Iglesia y al país, evitándoles a aquella un paso en falso y a este un mal rato. Se le persiguió y con esto se le cortó el camino de la reacción. De otro modo, la misma regresión mística en que cayó después no se la habrían perdonado los liberales.

Estaba en el Perú Bilbao, enamorado de la Azucena mística, Rosa de Lima, cuando tuvo el instante más amargo y el más feliz de su existencia, los dos en uno: Charles Mazade, en la Revue des Deux Mondes, la primera tribuna literaria del mundo, comentaba su personalidad. ¿Qué honra mayor podía caberle a un mozo de 31 años, excomulgado, exilado, y ambicioso?

Siento que Donoso, aunque no deja ningún tópico de importancia sin esbozar siquiera, no haya conocido a tiempo este artículo admirable de Mazade. Estoy seguro que le habría dado un punto de vista para juzgar a Bilbao aún mejor de lo hecho, porque el escritor francés, contemporáneo de los sucesos, imparcial y muy bien ra-

(1)Capítulo "El Ideólogo—Su concepto de la historia y de la Política".

ferido en cuanto a cosas de América, abordó el punto con tal amplitud que sorprende y satisface. Voy a reproducir sus conceptos principales tanto para revelar al público qué opinión se merecía Bilbao ante un juez competente, cuanto para descargar mi responsabilidad por lo que de blasfemia tuvieren estas líneas contra el dioscecillo liberal. También con esto ayudará a salvar el criterio de Donoso ante el grupo de póstumos admiradores de Bilbao para quienes el libro no será muy halagador.

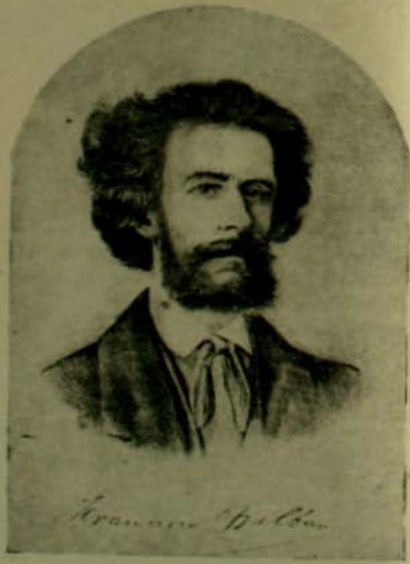
Examina Mazade las circunstancias que pudieran justificar la transplantación de las doctrinas socialistas francesas al suelo americano y no encuentra una sola favorable. Al contrario. Todo en este Continente era adverso al trastorno.

Siendo el socialismo considerado filosóficamente, el fruto de una civilización extrema y corrompida, propio a su vez de una sociedad concentrada, agitada por el bienestar y los placeres, devorada por antagonismos terribles, atacada de malos humores y de *plenitud*. ¿Cuál de estos caracteres encontraría en América, a principios del siglo XIX un profesional del socialismo? ¿Dónde estaban los antagonismos de clase, donde la plétora de población, las discusiones entre patrón y obrero, el odio al capital? La población diseminada, escasa y perezosa, la falta de comunicaciones, el estado primitivo en el desarrollo moral, intelectual o financiero y, sobretodo, la profunda fe religiosa de todas las clases de ciudadanos, eran elemento de orden y no de desorden, de tradición y no de innovación.

Sarmiento (recordado por Donoso), el mismo que defendió a Bilbao cuando el Arzobispo de Santiago excolmulgó los BOLETINES DEL ESPIRITU, nos deja un seráfico cuádro de la vida de entonces. Júzguese por él hasta donde aberraban los apóstoles americanos de la revuelta social:

"Me encontraba, dice Sarmiento, en la casa de un estanciero cuyas dos ocupaciones favoritas eran la oración y el juego. Había construido una capilla donde los domingos por la tarde recitaba él mismo el rosario. El sol caía al ocaso: los ganados que volvían del campo llenaban el aire con sus balidos. El dueño de casa, hombre de sesenta años en cuya noble fisonomía se revelaba la raza europea por la blancura de su piel, el azul de sus ojos y lo espacioso de su frente, rodeado de unas cuantas mujeres y de algunos campesinos que habían dejado sus cabalgaduras a la puerta, alternaba paternalmente sus oraciones. Acabado el rosario seguían otras preces. El estanciero pedía a Dios lluvia para los campos, fecundidad para el ganado, paz para la República, seguridad para los viajeros... Parecíame aquellos tiempos de Abraham."

Así era la vida común en nuestras tierras de entonces, cuando el trabajo reclamaba brazos y no brazos el trabajo; cuando se producía poco porque se necesitaba poco; cuando las llanuras pedían a gritos el arado y la semilla, mientras los hombres descansaban soñolientos en sus hamacas colgantes bajo las frondosas palmeras. Aquello sagrado que el europeo llamaba "derecho al trabajo" y por el cual iba a las barricadas y al saqueo, en América no tenía sentido. ¿Derecho al trabajo? ¿qué era eso? Sólo conocíamos y exigíamos el derecho a la pereza; Unicamente la tierra virgen y fértil reclamaba ese derecho. Y si no ¿por qué, le preguntaría Sancho a Bilbao, por qué esa inmensa emigración a nuestro



Francisco Bilbao

continente si no era el Continente de la vida fácil y de las bellas esperanzas?

"Es mentira, escribía, Felix Frías, desde "París al Mercurio de Valparaíso, hablan- "do de la *Influencia de las ideas demag-*

" gicas francesas en las Repúblicas Españolas, es mentira que el pueblo en América reclame la libertad ilimitada de la " prensa, porque ese pueblo no sabe leer " es mentira que reclame la libertad amplia " de los clubs, porque no sabe hablar y " ni siquiera comprende lo que se le habla. " El pueblo no sabe nada de todo eso y " hasta ignora su propia ignorancia."

Pero Bilbao no vió nada claro. Su espíritu confuso, no le dejaba calma para un razonamiento. Su estilo mismo, como lo hace notar con acierto Donoso, era un reflejo de su tiniebla interior iluminada sólo por los destellos de la histeria. Estudiante, místico, masón, poeta, deista, tribuno, lo intentó todo... y no comprendió nada. Sólo supo prepararle días tristes a su patria, tomándola como campo de ensayo.

"Chile y Nueva Granada, dice Mazade, " han tenido el privilegio de ser el teatro " de esta curiosa experiencia socialista. En " Chile el socialismo ha quedado como una " facción que logró hacer descender al gobierno hasta el campo de la guerra civil, " pero sin vencerlo; en Nueva Granada es " partido dominante y se ocupa en gastar un " ridículo lenguaje de humanitarismo (1).

"¿A qué deben estos dos países esa recrudescencia democrática? Tal vez a un " grado más considerable de cultura intelectual, lo que no significa otra cosa que " un mayor contacto con los movimientos " del pensamiento europeo en unos cuantos individuos. Pero ¿qué estado parecía " más al abrigo que Chile? Dos palabras " pueden resumir su Historia contemporánea (1851): veinte años de paz y de prosperidad coronado veinte años de prudencia y de buen Gobierno, que han valido a este país la reputación de ser la " primera de las Repúblicas sud-americanas.

"Chile, continúa Mazade, desde 1830, no " ha tenido sino dos presidentes, Prieto " y Búlnes. Montt recien elegido, es el ter- " cero. Este período de veinte años forma " lo que podría llamarse el imperio de " la política conservadora de Chile; " política inaugurada y seguida por los " hombres más eminentes, los Prieto, los " Búlnes, Portales, éste la más recta " cabeza política del Nuevo Mundo desde " la Independencia y que antes de morir " dejó fundada sólidamente la estabilidad " interior de su patria."

En ese período de prestigio estaba Chile cuando apareció Bilbao que arrastró tras de su célebre proceso y de su varonil figura a todo ese núcleo en el cual reclutaron las filas de la SOCIEDAD DE LA IGUALDAD, los periodistas de El Progreso y de La Barra, los discípulos de Louis Blanc, de Proudhon, de Lamennais, de Michelet, de Fourrier, de Quinet y hombres políticos que llegaron hasta aceptar un ridículo sobrenombre, como lo hicieron Vial, Errázuriz, Lastarria, Bello, Recabarren, Santa María y otros que hacían de progresistas. "El castigo " de estos hombres entre los cuales algunos " han sido Ministros, escribe Mazade, es el " haber quedado entonces eclipsados por la " mediocridad de Bilbao el joven Hércules del socialismo chileno".

"Bilbao, prosigue, es una de las más curiosas figuras de la América actual. Es " el tipo juvenil y rutilante de esas imaginaciones casi locas del todo, que abrazan frenéticamente los caprichos y los " sueños más monstruosos de nuestra civilización. Educado en Europa, *il a lu les maitres du genre, il est façonné à leur pensée et a leur style: nul mieux que lui ne sait exécuter les variations d'usage sur la sainte République, les frères et les amis, le Christ fils du charpentier et rédempteur social.* Tiene la idea fija del " proletario y del aristócrata, y el éxito de " este pequeño energúmeno ha consistido en " presentarse un momento a la curiosidad " pública, en una ciudad como Santiago, " donde no hay industria, ni comercio, ni " entrada y salida de naves, ni siquiera " teatros que impidan a los habitantes ir " a buscar la comedia en la calle pública..."

No vacile, pues Donoso en calificar de socialista a Bilbao y reconozca cuanta ingerencia tuvo en los sucesos demagógicos de su tiempo como principal caudillo agitador, junto con su amigo Arcos, cuyo cerebro, mejor conformado que el de Bilbao, era

(1) No está demás recordar que el señor Juan Ignacio Gálvez, cuando vino a fundar en Santiago una sucursal de la Unión Latino Americana, decía ser él el fundador del partido socialista en Colombia. Cómo sabe, el socialismo fué llevado a ese país, a mediados del siglo XIX, por el General López y sus secuaces. Por otra parte, tan extemporáneo era el socialismo de López como el de Gálvez, y tal vez más éste que aquél, en un país sin industrias, sin ferrocarriles, sin armamentos, sin grandes capitales, sin centros de población, atacado del terrible mal del desierto, como casi todas las naciones indo-españolas.

acaso el inspirador más inmediato de éste.

Otro punto de gran interés en el libro que anotó, es el que se refiere a la intención revolucionaria de Bilbao y de la Sociedad de la Igualdad. "Mucho distaba esta, dice Donoso, de haberse fundado como cree un escritor chileno contemporáneo, don Alberto Edwards, con el pretexto de ilustrar a las masas, pero que en realidad tenía por objeto prepararlas para la sedición y los trastornos. Nada más injusto y arbitrario que este juicio: la Sociedad de la Igualdad jamás estimuló ni alentó propósitos de revuelta, etc." Y al final del capítulo, Donoso escribe algo contradictoriamente: "Mas como toda historia romancesca, la página de la Sociedad de la Igualdad, tuvo su epílogo trágico, sangriento y doloroso: fué éste la Revolución del 20 de Abril de 1851".

Lo que dice respecto de las buenas intenciones de la Sociedad, lo asegura también Donoso de Bilbao personalmente.

Hay que estar con don Alberto Edwards al creer que Bilbao, Arcos y los cofrades de la Igualdad, no eran unos simples teorisantes, platónicos amigos del pueblo. Las lecciones prácticas de sus maestros en las carnicerías parisienses de 1848 eran demasiado elocuentes para no impresionar y guiar a esa turba de románticos lectores de Mirabeau y de Sieyes que el año 51 vieron en la candidatura de Montt el tipo contrario a toda iniciativa popular, a todo libertinaje público. No iban ellos a calmar sus ideales en una ocasión tan brillante de llevarlos al combate, ni fué tan torpe el Gobierno para no calcular a tiempo de donde y por qué iba a estallar la chispa de la discordia civil. Sólo la buena fe puede tratar de desvirtuar la inquina que contra las instituciones guardaba la muchachada altanera de los años 48 y 51. No se comprende la incubación de una idea sin la esperanza de la acción y hemos de convenir en que estos caballeros no hacían especulaciones de matemáticas puras en sus afiebradas reuniones. Nadie que ha alimentado en su mente el fuego de teoría reformista o reaccionaria ha desesperado de encontrar el momento propicio para encajarla en la práctica y con frecuencia, cuando este momento tarda en llegar, se le precipita.

Bilbao y la Sociedad de la Igualdad querían la Revolución social o la simple guerra civil con el instinto irresistible con que el fanático Ravaillac necesitaba asesinar a Enrique IV. Aquellos y éste cumplieron esa orden imperiosa de sus convicciones.

Va Donoso contra la opinión de Edwards y, sin embargo, gasta páginas en demostrar cómo Bilbao que había vivido en París cerca de Quinet durante la revolución, insinuó la idea de un movimiento semejante en Santiago movimiento que en su "inexperiencia de soñador adivinaba muy fácil y seguro". Bilbao sabía que el ejército simpatizaba con los igualitarios, sabía cómo estos habían influído en las provincias con la oquedad de sus arengas y escritos. Bilbao no era un inocente. Y Donoso dice: *"Entonces era preciso aprovecharse de ese estado propicio y tentar los primeros avances subversivos"*.

Desde su refugio de la Hacienda de las Palmas, el jefe de los igualitarios, procuraba alentar a los dispersos: pero no los alentaba a la paz. "En su último escrito (cito a Donoso), después de ser disuelta la Sociedad de la Igualdad, Bilbao escribía: Que nuestra palabra cunda por debajo de la Tierra y llegará día en que la tierra se levante. Guerra al despotismo, guerra incesante: Que no viva tranquilo. Mostrar en cada momento que somos buenos ciudadanos. Cada socio procure pasarse y comunicarse estas líneas. Yo trabajo sin cesar. "Los ánimos no decaían. Más esforzado que nunca comprendía Bilbao, añade Donoso, que del peligro (¿De qué peligro?) es posible sacar energías sobrehumanas para levantar a un pueblo. Y la revolución era para él una medida de salvación".

Ugarte por un lado, Bilbao por otro, Lillo por aquí, Recabarren por allá, Urriola, Videla y todos los demás, proclamaban la revuelta y preparaban las armas dando así cima a sus sueños demagógicos.

¿Dónde está, pues, esa pléyade de ángeles, amigos de la instrucción popular, del bienestar obrero, de la libertad de imprenta y de los paseos cívicos? que en el momento del peligro violan su inmaculado programa de mansedumbre. ¿Cuáles son los filósofos teóricos que no planeaban escenas de sangre y de saqueo?

"La desgracia del socialismo chileno, dice el citado Mazade, está en no haberse contentado con predicaciones y exhibiciones y de haber querido muy luego de venir algo palpable y real. El socialismo de Santiago, fabricó balas y cartuchos". Pero bas-

taría leer en Donoso las elegantes páginas que consagra a contar la jornada de Abril para saber a qué conclusiones llegaron los bondadosos igualitarios.

A Dios gracias, el Gobierno sofocó la revuelta y la demagogía aplazó sus teorías hasta las vergonzosas cargas de Octubre de 1905.

Si el espacio no me faltara podría aún considerar a Bilbao en su aspecto de propagandista de la unión americana, una manifestación más de su inquietud intelectual y de su absoluta falta de lógica. Pero el tema es vasto; y la caracterización de Bilbao que ha logrado fijar Donoso en su libro con tan especial talento, me sugiere reflexiones que exigirían larga tarea. No he pretendido hacer crítica, sino comentar. Sé que el libro de Donoso pudo ser más extenso. Los críticos lo juzgarán más al menudeo. Entretanto, a mí sólo me cabe felicitar al autor de BILBAO Y SU TIEMPO por el éxito de su nuevo libro, animarlo a seguir el estudio de la historia nacional y desearle que salga sano y salvo de las consecuencias que pueda acarrearle el haber analizado bien la personalidad de ese enfermo que, como el loco de la leyenda, puso fuego al templo de Diana, para lograr la celebridad.

FELIX NIETO DEL RIO.

8 de Diciembre de 1913.

RECETAS DOMESTICAS

Elixir dentífrico.—Entre los dentífricos más populares en Inglaterra hay uno que se prepara disolviendo sencillamente en un litro de alcohol de 90 grados

Salol	50 gramos
Sacarina	5 "
Tintura de vainilla	5 "
Esencia de menta	5 a 10

La cantidad de menta se regula según el gusto del consumidor. La mezcla se agita hasta la disolución completa y se filtra. Se emplea echando unas gotas en un vaso de agua.

El permanganato de potasa arrastra todas las impurezas de los filtros sucios. Se hace pasar por ellos una solución de permanganato hasta que salga perfectamente limpios.

Para limpiar el papel de las paredes.—En un poco de agua hirviendo se disuelve un terrón de sosa del tamaño de una nuez. Cuando se enfría el agua se emplea para hacer una masa con una libra de harina próximamente y se trabaja hasta que quede perfectamente suave y nada pegajosa. Con las cantidades mencionadas hay para limpiar el papel de una habitación de dimensiones regulares. La masa se divide en cuatro partes, una para cada lienzo de pared y se aplica frotando con ella el papel, en la misma dirección siempre. La sosa contribuye a facilitar la limpieza.

Para quitar de la ropa blanca las manchas de tinta de máquina de escribir se bañan en trementina por espacio de veinticuatro horas las partes manchadas, se lavan luego con agua de sosa hirviendo, se aclaran y se ponen a secar las prendas.

Cuando los tubos de los quinqués están muy ennegrecidos y nos basta el agua sola para limpiarlos, se echa a ésta un poco de espíritu de vino.

Las huellas que dejan los dedos en las puertas y en los armarios se quitan frotándolas con una franela mojada en parafina. Para quitar el olor de este producto se frota la puerta con una franela limpia húmeda.

El linoleum se barre muy bien revistiendo las palmas de la escoba con un paño suave, húmedo. Este sistema evita el fregado frecuente.

El Ferrocarril Longitudinal

Por

AUGUSTO MILLAN I.

Impresiones del viaje de inauguración. La unión de los rieles en Yerbas Buenas. Proyecciones de la nueva vía.—La voz de los "desterrados" del Norte.— Manifestaciones de júbilo.—Espíritu de nacionalidad—El despertar de la región.—Minería —Vida social.—Un héroe de la obra.—El burro— Algunos detalles de la magna obra.

Ilustraciones fotográficas

Con sencillo ceremonial, casi sin más solemnidad que la que daba el acto de majestad del desierto, se realizó hace poco uno de esos hechos que marcan etapas en la vida de los pueblos. Tres clavos de plata fijaron la eclisa del trozo de riel que unirá para siempre en sólido brazo de acero los más apartados confines de nuestro territorio.

De un golpe de martillo ha salido de la obscuridad de lo olvidado el antiguo asiento minero de Yerbas Buenas, situado en el límite de las provincias de Coquimbo y Atacama, en donde se unieron los extremos de las secciones Norte y Sur del Ferrocarril Longitudinal, y sobre cuya arena uno de los Secretarios de Estado formuló la promesa de que la atención suprema se volvería, después de tantos años de abandono, hacia la región que ha sido, largo tiempo, la caja de la República.

✣

Económicamente, la nueva vía ha sido extensa y variadamente discutida; pero nadie podrá negar la importancia que ella tiene, bajo otros aspectos, para la vida nacional.

Más que los discursos oficiales, más que cualquier documento, cuadro estadístico o folleto de propaganda, hablaba al respecto, a los que asistieron a la ceremonia inaugural, el júbilo de los pueblos cercanos.

Como factor de nacionalización, el rol que corresponde al ferrocarril es considerable. Han vivido hasta hoy los pobladores de nuestra vallosa zona Norte en completo aislamiento, agotados bajo la traidora caricia del sol y del viento de la pampa, escasamente alimentados y mal alojados en campamentos de madera y zinc. Han necesitado de todo el inagotable amor patrio de nuestra raza para recordar que pertenecían a un país que nunca llegó hasta ellos para regar sus suelos calcinados, para iluminar sus espíritus, o para defenderlos de inicuas explotaciones.

✣

Aparte de las grandes manifestaciones sociales de la provincia de Atacama y de las ciudades de La Serena y Ovalle, el viaje inaugural tuvo, a este respecto, sentidos detalles.

En una pequeña estación de nombre indígena, una anciana recorría rápidamente las ventanillas del tren, tratando de ver "como era el Ministro".

El pueblo de Illapel, diezmado por la peste, supo olvidar su situación, y, con su banda de músicos a la cabeza, esperaba el convoy ministerial, en los andenes prolijamente desinfectados.

Los habitantes de la región, dominando la apatía característica de nuestro pueblo, se agolpaban en los caminos al paso del tren y adornaban sus ranchos con pequeñas banderas, cuyos colores parecían no haber flotado jamás al viento del desierto.

En todas partes, el convoy embanderado,



Las delegaciones de Coquimbo y Atacama se encuentran en medio del desierto



Burros vaciando su preciosa carga en la cancha de metales de una estación

los acordes del himno patrio, quebrándose en las breñas, ponían en las almas una embriaguez extraña y las lágrimas nublaban involuntariamente las pupilas.

✣

Todos estos son síntomas. Hay que considerar lo que representa la nueva vía para los pueblos del norte, hasta hace tan poco privados de todo contacto con la sociabilidad de su propio país.

Es innegable que los hechos dejan grabado en las cosas su lenguaje de siglos. Cualquiera explicación habría sido pálida ante el aspecto desolado de los caseríos perdidos en el fondo de los valles y separados unos de otros, por la interminable aridez de montes y llanuras sin fin.

Hablaba claramente a nuestro afán observador el sabor casi colonial de esas poblaciones, en un tiempo fuente de la riqueza chilena y hoy concentrados en una vida monótona y obscura.



Paisajes de la línea.—Cerros de Las Palmas

Hasta la misma señorial ciudad de La Serena parece haberse quedado a un lado en el rápido avance del progreso general y guarda su altivo porte arcáico como un vestigio de pasadas edades.

La cuna de esa sociedad tradicional y severa, famosa por la hermosura de sus hijas, conserva todo el sello venerable que imprimió tan hondamente en nuestra tierra la mano del conquistador. Aún hoy día se revuelven allí los claveles, en una verdadera algarabía de colores, en el fondo de los clásicos patios andaluces, y los viejos aleros muestran al aire su envigado que cortan a trechos los graves portales de piedra labrada.

✣

El tren que asorda las gargantas escarpadas que en incesante ondulación cruza la línea, es un heraldo del ansiado resurgimiento de la principal industria regional: la minería.



Asistentes a la kermesse ofrecida por la sociedad de La Serena



Durante la unión de los rieles.—Los convoyes oficiales frente a frente



En el sitio de la ceremonia inaugural, en Yerbas Buenas.—Esperando la llegada del tren ministerial



Durante el banquete ofrecido en el Club Seren



Las dificultades de la obra.—Pueden verse desde el mismo punto, cuatro trozos de la vía

Al impulso poderoso del ferrocarril, volverán a emprenderse las labores abandonadas por la imposibilidad de los transportes; los mineros sentirán revivir en sus espíritus la pasión de otros tiempos y tomarán de nuevo el camino de los cerros, en busca del "reventón" o el "rodado" que ha de darles la fortuna; retornará la antigua vida en los poblachos casi muertos, en que la yerba había empezado a cubrir los trapiches abandonados.

Ya se advierten los primeros síntomas; en las flamantes estaciones del Longitudinal, pueden verse ya sobre las inevitables canchas de minerales, los preciosos montones de piedras policromas arrancadas a los flancos de los cerros vecinos y que ahora pueden llegar hasta las fundiciones, sin tener que viajar días enteros a lomo de mula al través de la llanura caldeada por un sol implacable.

—Decididamente, si la especie humana contara la gratitud entre sus cualidades, me decía un ingeniero, la primera estatua que se erigiría en estas regiones sería la del burro.

En efecto, este paciente compañero del hombre ha sido eficaz cooperador en las tareas del Longitudinal y no es exagerado decir que tal vez sin su ayuda la magna obra no habría podido realizarse.

Tropas de los simpáticos cuadrúpedos han proporcionado el agua, los materiales y los víveres durante la realización de las faenas, llevándolos al través de distancias increíbles, y en condiciones que ningún otro animal habría soportado.

Insensible a las privaciones y a los malos tratos, se le veía allí, donde cualquier bestia de carga habría perecido, saborear resignado la madera de los cajones de mercaderías o los papeles viejos, esparcidos por los improvisados campamentos.

Precisamente, en los momentos en que tales ideas cambiábamos, pasaba una tropa



El Ministro y comitiva en el momento de colocar los pernos de plata



La comitiva ministerial de regreso al Sur



Viaducto semi-circular en Cogotí.

de burros, cargados con barras de acero cuya excesiva longitud hacía más grotescas sus diminutas figuras. Y les encontré un aire grave, que imponía, como si irradiara de ellos algo de su importante misión.

La obra misma del Longitudinal es francamente hermosa. Su audacia seduce y habla muy alto de la pujanza de sus constructores.

La línea se extiende en una extensión de más de quinientos kilómetros al través de los más variados accidentes naturales. Es por esto una de las pintorescas del país.

A cada paso el tren franquea un viaducto, cruza un puente, salva una alcantarilla o se pierde en las negruras de un túnel.

Los cordones transversales que hasta aquí habían sido el más infranqueable obstáculo de un ferrocarril al Norte, han impuesto su capricho al trazado de la vía; el sonido que hace la cremallera al funcionar acompaña casi constantemente al viajero y hay puntos en que la línea remonta desde el fondo de un valle hasta 1,416 metros sobre el nivel del mar.

Con la terminación de las secciones recientemente inauguradas puede decirse que han quedado unidos por el riel Arica y Puerto Montt; la vía férrea, especie de espina dorsal del territorio, alcanza una longitud de 3,400 kilómetros y al par que uno de los más bellos triunfos de la ingeniería moderna, un legítimo orgullo para cualquier país de la tierra.

AUGUSTO MILLAN I.

Diciembre 1913.

"La Cachetona" de Yáñez

(Párrafos de una carta)

Por

M. Magallanes Moure

Puedo al fin, señora, cumplir la promesa que la hiciera esa noche que en apacible charla comentamos el último estreno de Yáñez Silva. Tengo una hora libre y sosegada, tengo a la mano una pluma, un tintero y algunas carillas de papel y, lo que es más decisivo que todo, tengo deseos de escribir.

Trataré, pues, de complacer a usted y para ello no me detendré a considerar la comedia en su aspecto literario o teatral, que ya estuvimos de acuerdo en no conceder importancia a lo que en realidad no la tiene, pudiendo tenerla, indudablemente, si el autor, en vez de fabricar muñecos mecánicos, desprovistos de vida propia, nos hubiera puesto por delante hombres y mujeres de carne y hueso.

Además, no tocaré, señora, la falsedad exterior de la obra, por cuanto ya ha sido ella puesta en evidencia por los críticos de profesión y aún por aquella parte del público que sabe distinguir, dentro del convencionalismo teatral, lo que se apoya en la realidad y lo que no es sino producto de la imaginación, a veces pobre, del autor.

La crítica, y si no la crítica, la mayoría del público, y usted, y yo, hemos convenido en que son desconocidos en nuestro medio ambiente tipos como las Valdemar, las Vallecas, Valentín, Rafael, y no sigo citando por no copiar todo el reparto. Acaso la Invitada 2.a, acaso el Joven 1.o pudieran contarse entre los personajes cogidos del natural. Los otros, los que actúan,—e incluyo en ellos al celebrado Jujú—son, como usted lo dijo con tanta gracia, para ser colgados en un Arbol de Navidad.

Pero toda esta falsedad externa fuera cosa de cancelarse con una frase o con un gesto si bajo ella no existiera la falsedad interna, aquella que informa el asunto mismo de la comedia. Aún siendo un grave defecto teatral, la inverosimilitud de los personajes no habría alcanzado a producir alteración en el ánimo de usted, y menos en el mío. Un defecto, más o menos literario, no me parece que merezca la indignación de nadie, salvo sean los críticos, que para eso están, para indignarse por lo que a nadie ofende.

Pero ya no se trata de juzgar escenas y diálogos. Lo que nos interesa es ir al fondo y desentrañar el significado de la obra.

Desde luego, salta a la vista que el autor se propuso justificar ante el público la sonriente vida de ese grupo de jóvenes y lujosas damas que nuestra sociedad conoce con el nombre de cachetonas, apodo que siempre, desde que lo oí por vez primera, me pareció, señora, grosero y antipático.

Una de ellas, Clara Valdemar, explica al comienzo de la obra el por qué de esa vida que tanto choca con las austeras y un tanto mojigatas costumbres de nuestra sociedad. La explicación de Clara da la intención del autor. Esas damas son alegres, aman la vida, gozan con lo que ella tiene de agradable, libres de prejuicios y de gazmoñerías, porque su salud, su falta de preocupaciones, su hermosura y su temperamento, en fin, las inducen a considerar que la vida es todo lo contrario de un valle de lágrimas. Es una explicación que ya usted y yo nos habíamos dado con toda naturalidad. ¿Qué mal hay en ser alegres y amar la vida y tomar de ella lo mejor? No tienen, pues, razón de ser, las censuras y los anatemas que el elemento triste vierte sobre el buen regocijo de las jóvenes señoras. En esto el autor acertó—acaso porque no era difícil acertar y todos habríamos quedado convencidos de la injusticia de la sociedad para con las cachetonas que él nos presenta, si el abogado de la defensa hubiera ajustado el desarrollo de su alegato a este parlamento.

Pero, sea por descuido o por torpeza, la idea capital se le escurrió, se le perdió de vista y hénos aquí que, a pesar de la buena intención del comediógrafo, la exhibición de las señoras Valdemar a lo largo de la pieza nos deja el convencimiento de que aquellas damas no pasan de ser unas vulgares coquetas, sin delicadeza y, lo que es peor, sin dignidad. Porque, como usted decía, mi ocurrente amiga, la idea capital del autor y la dignidad de esas mujeres se fueron de bracete por el foro apenas comenzó la comedia.

La verdad es que esas Valdemar no sólo no son unas aristócratas, pero ni siquiera son unas decentes. No hay decencia,—la observación también es de usted—en dejarse sobar por unos *siúticos* (Rafael y Valentín) y llegar al tuteo repentino con ellos y a corresponder en cierto modo sus avances, cuando lo único que se desea es poner en ridículo a los atrevidos. Las mujeres finas, inteligentes, de corazón, y especialmente las mujeres de nuestra sociedad, por cachetonas que ellas sean, no aceptarían el sacrificio que les impone el autor, aún cuando ese sacrificio trajera por resultado que el ridículo cayera sobre los dos siúticos de la obra y uno más. ¡Fuera un premio demasiado mezquino para tamaña abnegación! Las mujeres distinguidas no han menester de ponerse en ridículo ellas mismas para atraer la risa del auditorio sobre el tipo jactancioso que las molesta: a veces les basta un gesto de desprecio, y eso es definitivo; a veces, un aplauso exagerado, y esa exageración en el aplauso también es definitiva. ¿Verdad, señora?

Afortunadamente, aquí todos nos conocemos, en nuestras costumbres y en nuestros caracteres; todos, menos ciertos autores que yo no sé por qué circunstancia especialísima se empeñan en imaginar lo que tal vez no les fuera del todo imposible observar. ¡Es tan sencillo, y más para un escritor de la distinción de Yáñez Silva, estudiar a nuestra aristocracia en el ambiente que le es propio! Ni habría, creo yo, casa solariega, de esas de pendón y caldera, que se negara a abrir sus puertas a nuestro autor, una vez conocidos, es claro, sus propósitos de servir al mejor conocimiento de nuestra clase alta por parte de nosotros, los de la clase media.

Aquella noche rozamos, en nuestra charla, otro aspecto de "La Cachetona", pero fueron tan de ligero nuestros comentarios, que me parece indispensable, si he de cumplir la promesa que hice a usted, darles ahora mayor desarrollo.

Dijela, amiga mía, que desde la primera representación de la obra me había causado indignación—es algo extraordinario en mí, bien lo sabe usted—el recurso de que echó mano Yáñez para establecer el contraste entre la vida alegre, liviana, descocada de esas sus cachetonas y la vida opaca cursilona y olor a tierra que hace en general nuestra clase media. No hay duda de que el autor quiso, arreando hacia el escenario el rebaño de las Vallecas, exaltar la libertad de espíritu, la cultura, la distinción de las Valdemar. Pero tampoco hay duda de que, también en esto, Yáñez anduvo desgraciado, porque pretendió caricaturar los sinceros sentimientos de la clase media, a la cual el mismo autor de la obra pertenece, y esa caricatura, en vez de hacer reir, lleva al ánimo un sentimiento de piedad hacia esas pobres gentes que reciben pinchazos de todos, sin haber dado mayores motivos para ello.

Esa doña Jesús Vallecas, que se enamora de un elegante porque tiene las pestañas largas nos es presentada por Yáñez como la figura representativa de una clase social que en verdad se merece un mayor respeto de parte del autor. ¿No lo cree usted así, señora?

Esa doña Jesús Vallecas encarna, a pesar de la mala intención que Yáñez tuvo para con ella, el cariño espontáneo, verdadero, sin cálculo, sin prudencia, que puede llegar a ser ridículo, como lo es efectivamente en la gorda cincuentona, pero que en todo caso es respetable, porque es sincero. Las frases de amor—nada más que frases—que doña Jesús endereza al elegante de las pestañas largas son, en toda su comicidad mucho menos repugnante que las pasividades mal simuladas de las Valdemar. Y esto es muy sencillo de comprender: las frases de doña Jesús corresponden a un sentimiento, las caricias de las Valdemar son el producto de una falsedad.

. . . . . .

¿Ha observado usted, señora, cuán verdadero es aquello de que la ambición, etc?

M. MAGALLANES MOURE

EL EXPERIMENTO

Por

Miguel de Fuenzalida

Ilustraciones de Gordon

I

Las ocupaciones íntimas de Felipe Manso fueron siempre para nosotros un misterio. Sabíamos, sí, que en su casa tenía instalado un laboratorio o cosa por el estilo, y que probablemente el objeto de sus trabajos era la química.

En sus conversaciones, nunca mencionaba para nada las ciencias físicas. Rico, solterón, bien nacido, parecía no vivir sino para el cultivo del espíritu y para el placer. Todas las tardes nos reuníamos con él y juntos un buen grupo de amigos, ya registrábamos los anaqueles de las librerías, ya disertábamos sobre política e historia, ya por último, nos bebíamos algunos cocktailes en la mesilla de un restaurant.

Los gustos literarios de Felipe no podían ser más refinados. Yo le reprochaba, sin embargo, su inclinación a lo que era snob y moderno y su desdén por lo antiguo. En un tiempo le dió por la filosofía. Juraba por Metchnikoff y otros sabios que como él han intentado hacer del internacionalismo una esperanza y casi una religión. Pero esta moda pasó de su espíritu como las otras.

II

La noche del gran experimento, éramos cinco y comíamos en el Restaurant de la Quinta Normal. La mayor parte de los temas se habían agotado. La luna brillaba en un cielo purísimo y aspirábamos con delicia las tibias y perfumadas emanaciones del verano. Sentíamos intensamente el placer de vivir. Acaso por eso cruzó por entre nosotros la idea de la muerte.

—Ella es la gran niveladora, dijo el doctor Arana, entre los sorbos de champaña. Para los felices de la tierra, es el temor que acompaña a esas dichas, y es la esperanza para los que sufren... Para todos es la paz, el descanso, el fin...

Julián Velásquez se escandalizó.

—¿De quién lo sabes? dijo; ustedes, los médicos, son sólo los encuadernadores del libro de la vida, pero de sus misterios no alcanzan más de lo que alcanza el pobre obrero, del espíritu que encierran las obras de Aristóteles, cuando las encuaderna.

Nos reímos. El doctor Lagrange, salió a la defensa de su colega.

—Podemos, sin embargo, dijo con énfasis, enseñar a los hombres muchas verdades consoladoras... y digo verdades, porque son hechos positivos, innegables, no fantasías. Sabemos que la materia y la vida son eternas.

—Ya lo creo, repuso Velásquez... Tu cuerpo y el mío habrán de corromperse... En esa podredumbre pulularán gusanos, que a su vez se transformarán en alados insectos, y la vida, la actividad y el amor surgirán de nuestros inanimados despojos. Conozco la parábola... Esa es la inmortalidad que ustedes nos ofrecen.

—La ciencia no puede ir más allá, sentenció gravemente el doctor Arana.

—Eso es según y conforme, dijo Felipe Manso, que hasta entonces permaneciera en silencio. Cierto es que, si después de la muerte queda algo de nosotros, fuera de la materia que se descompone, no es un hecho que podría probarse experimenta-

mente, aunque los muertos regresaran del otro lado de la tumba.

—Siempre tus paradojas, observé, por decir algo.

—Felipe tiene razón, dijo con gran extrañeza nuestra el ortodojo Velásquez. Ya el Evangelio lo ha enseñado; ¿no recuerdan ustedes la parábola del rico avariento?

"Hay una sima impenetrable entre nosotros y vosotros, de manera que los que quisiesen pasar de aquí a vosotros, no pueden, ni de ahí pasar acá.

"Y dijo: Pues te ruego, padre, que lo envíes a casa de mi padre. Porque tengo cinco hermanos, para que les dé testimonio, no sea que vengan ellos también a este lugar de tormentos."

"Y Abraham le dijo: "Tienen a Moisés y los profetas: óiganlos."

"Mas él dijo: No, padre Abraham; mas si alguno de los muertos fuese a ellos, harán penitencia."

"Y Abraham le dijo: Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco conocerán aún cuando alguno de los muertos resucitare."

—He ahí una verdad vieja y sublime, dijo Manso. ¿Cómo podrían los muertos probar su existencia real, de modo que la ciencia nada pudiera objetarles? Se nos aparece por ejemplo aquí el fantasma de un muerto y nos habla y cuenta del misterio de más allá, ¿qué dirían ustedes? Estoy cierto de que explicarían el fenómeno, con frases científicas, dentro siempre de la hipótesis materialista. Alucinación, telepatía, sugestión, ¿qué sé yo?

—Pero un fantasma no es un muerto que resucita, repuso el doctor Lagrange.

—Pero si un muerto resucitara en carne y hueso, nos hablarán Uds. de una catalepsia o de otro fenómeno por el estilo, y no estaríamos más adelantados, objetó Manso.

—El cataléptico nada recuerda de su sueño, dijo el doctor Arana, pero tu muerto resucitado supongo que algo tendrá que contarnos del mundo de más allá.

—Lázaro, el resucitado del Evangelio nada dijo, observé yo... El mundo nada supo por él del gran problema.

—Es cierto, agregó Velásquez... y el mismo Evangelio nos explica el por qué "Hay una sima impenetrable entre ésto y aquéllo"...

Felipe Manso reflexionó un momento

—No lo niego, dijo por último... Pero si la vida eterna se ocultará acaso siempre a los ojos mortales, la ciencia puede probar que existe en nosotros algo más que la materia...

Los dos médicos negaron con energía

—Yo mismo puedo probarlo, agregó Manso, después de una ligera vacilación... ¿Quieren ustedes que hagamos un pequeño experimento?

Nos miramos espantados... Creímos que nuestro amigo se había vuelto loco.

—Vamos a casa, dijo Manso... Se los probaré.

Lo seguimos, sin darnos exacta cuenta de lo que estábamos haciendo.

III

Felipe Manso nos recibió en un dormitorio amueblado con severa elegancia. Por la gran ventana abierta penetraban las más suaves emanaciones del jardín, iluminado por la luna llena.

—¿Quién quiere morir? preguntó resueltamente el dueño de casa, abriendo el cajón de su velador.

Nos estremecimos... Acaso aquel insensato buscaba un revólver. El doctor Lagrange y yo nos acercamos para desarmarlo en caso necesario.

Pero Manso, sólo sacó una caja de fósforos... Encendió una vela... Su rostro estaba tranquilo y sonriente... No... ese hombre no estaba loco... Nos tranquilizamos.

—¿Morir para resucitar? añadió Manso.

Todos permanecimos en silencio.

Lo esperaba, dijo nuestro amigo, con la mayor naturalidad... Entonces moriré yo... Déjenme hacer mis últimas disposiciones.

Por nuestra mente cruzó la idea de un suicidio refinado y macabro... Esos intelectuales suelen tener caprichos tan raros.

—Tranquilícense Uds., continuó Felipe Manso... Vale la pena agonizar y morir a trueque de explorar siquiera las fronteras del más allá.

Y diciendo estas palabras, se pasó la mano abierta por la frente... Nadie se suicida así.

Le vimos palidecer primero... Sus ojos



No había duda... Felipe Manso agonizaba

se nublaron en seguida... Sin duda iba a caer... Velásquez y yo le sostuvimos y le recostamos sobre el lecho.

No había duda... Felipe Manso agonizaba...

—Es un ataque de **comatosis**, gritó el doctor Lagrange tomándole el pulso... Una inyección... pero ¡Pronto!... y tomando su sombrero se dispuso a lanzarse a la calle.

—Ya es tarde, observó tristemente el doctor Arana.

Nos volvimos... Felipe Manso había dejado de respirar.

Sobre su rostro, densamente pálido, corrían aún las gotas del sudor de la agonía... Sus miembros habían adquirido la rigidez cadavérica... Nunca vi un muerto más muerto.

Los médicos lo examinaron minuciosamente... Velásquez y yo llorábamos en silencio.

—Todo se acabó, dijo el doctor Lagrange. ¿Cómo ha podido suceder esto?

—Habrá que avisar a la familia, dijo en voz baja el doctor Arana... pero, ¡Dios mío! ¿qué es esto?

Un objeto pequeño yacía en la cama al lado de la mano derecha del cadáver... Era de seguro el instrumento de la muerte.

Examinamos aquello. Era un trozo de una substancia cristalina, desconocida, de consistencia análoga a la del alcanfor, que desprendía un aroma enervante y extraño.

El doctor Lagrange se inclinó sobre la frente del cadáver...

—Huele a eso, dijo... Se ha muerto con ese terrible compuesto, que la ciencia ha ignorado hasta ahora... Mientras velamos el cadáver, cualquiera de nosotros puede ir a avisar y dar parte de lo que ocurre.

—Esperemos, dije yo...

Los tres amigos me miraron, como interrogando.

—El ha hablado, continué yo, de morir para resucitar... ¿Quién sabe?.. Una esperanza...

El doctor Arana movió tristemente la cabeza.

—Imposible, murmuró... Veamos, sin embargo.

Por más de media hora los dos médicos examinaron detenidamente el cuerpo inanimado de nuestro amigo...

—Ya está poniéndose frío, observó el doctor Lagrange... No hay esperanza... El calor es la vida...

Cubrimos con un velo el rostro del difunto... Nos sentamos tristemente al rededor de la mesa... Sólo la pálida luz de la vela, alumbraba aquella escena.

—Habrá que avisar a la familia, observó nuevamente el doctor Arana.

—Aguardemos hasta mañana, dije yo, siempre supersticioso... Los padres de Manso vivían en Concepción... Dejemos que duerman en su feliz ignorancia, siquiera esta noche.

Mis compañeros nada replicaron...

Dieron las doce y luego la una en la vecina iglesia. El cielo comenzaba a empañarse.

De pronto todos lanzamos un grito de horror.

El muerto se había incorporado en la cama.

IV

No hay aplomo comparable al de los médicos. El doctor Lagrange se levantó de su asiento y se dirigió hacia el resucitado con los brazos extendidos, en actitud protectora y paternal.

—No se incorpore Ud. le dijo con suavidad... Puedo hacerle daño... Acaba Ud. de sufrir un ataque bastante grave.

El ex-difunto sonrió.

—El caso fué peor que eso, según lo tengo oído, dijo... O yo estaba muerto... o Uds. se equivocaron en el diagnóstico...

—La ciencia... comenzó a balbucear el doctor Arana.

—Dejemos la ciencia a un lado, por ahora, repuso Felipe Manso, con bastante buen humor... Sé que la ciencia no es infalible ni mucho menos... ¿Por qué pronuncia entonces con seguridad tan rotunda, la última palabra sobre lo más profundo de los arcanos de la vida?

Los dos médicos se miraron, encogiéndose de hombros.

—¡Qué diablos! continuó Felipe Manso; discutiremos ahora el punto... Creo traer algunas nuevas luces sobre él...

—Ud. no es de la profesión, objetó tímidamente el doctor Lagrange, que, como todos los médicos, tenía horror a la intromisión de los profanos, en el santuario de la medicina.

—Pierda Ud. cuidado, dijo Manso, con orgullosa ironía, la profesión... no pienso ejercerla; pero nadie me prohibe charlar un poco... Pero antes necesito refrescar algo la garganta.

Se levantó como si nada hubiera sucedido, y abriendo una alacena, sacó una botella de whisky, y algunos vasos y frascos de soda.

—De modo continuó el resucitado, dirigiéndose al doctor Lagrange, de modo que Ud. sostiene ahora que yo no he estado muerto.

El aludido reflexionó un instante.

—Lo sostengo, dijo... La muerte es el fin de la vida, la desintegración de los elementos que componen un sér organizado... Ud. continúa vivo... por tanto, no ha podido morir.

Los circunstantes nos miramos las caras. El raciocinio del doctor parecía no admitir réplica. Felipe Manso no se inmutó.

—La muerte es, además, otra cosa, dijo, es la separación de la estructura corporal del hombre y de su espíritu..... aquella se desintegra y perece, ésta subsiste... Lo que yo sostengo, es que en mí esa separación se ha producido, aunque sólo por algunas horas... Se trata en último caso de un género particular de muerte...

—Cuestión de nombres, dijo el doctor Arana. Nosotros llamamos a eso catalepsia.

—¿Ven y oyen los catalépticos? preguntó Manso.

—A veces, repuso el doctor Lagrange.

—¿Pero ven y oyen lejos de su cuerpo? insistió Manso.

Los médicos volvieron a mirarse.

—El caso no se ha presentado hasta ahora, dijo el doctor Arana, pero no es imposible, ni sale del marco actual de la ciencia. La visión a la distancia, la telepatía, y hasta las apariciones de difuntos a muchos kilómetros del punto en que han muerto, son fenómenos que hoy parece difícil no admitir. Pero todo ello nada prueba acerca de la supervivencia del espíritu. El cerebro humano es una pila muy poderosa, cuyas facultades aún nos son mal conocidas... No repugna,

puea, que pueda vibrar a la distancia, como un aparato de telegrafía inalámbrica, hasta el momento mismo de su disolución final.

Manso sonrió irónicamente.

—Lo raro es, dijo, que esas fuerzas desconocidas se manifiesten precisamente cuando el organismo humano va a perecer.

—Misterios, dijo el doctor Lagrange.

—Algo hemos adelantado, continuó imperturbable Felipe Manso... Bueno es que admitan siquiera que no todo lo saben... que hay misterios.

Una interrogación me quemaba los labios.

—¿Y qué nos dices, pregunté, qué nos dices del mundo de más allá?

—Te contestaré con el Evangelio, repuso Manso: "Hay una sima impenetrable entre esto y aquello"... Mi alma se ha separado de mi cuerpo... De ello estoy convencido... pero no he penetrado en las regiones de más allá...

La respuesta era desconcertante. Nos miramos las caras.

—Voy a referirles mi caso, dijo entonces solemnemente el amigo Manso, después de beberse un buen trago de whisky con soda.

V

—No he de decirles por ahora, empezó, el cómo he llegado a obtener los resultados fisiológicos que Uds. han presenciado. Ni siquiera tengo decidido que el mundo los conozca alguna vez... Bastará a Uds. el hecho y el experimento...

No es ésta la primera vez que muero, o, para hablar como los doctores aquí presentes, no es la primera que caigo víctima de un ataque cataléptico.

Lo que quisiera explicarle son mis sensaciones, cuando, después de una corta agonía, mi alma o lo que sea se separa de mi cuerpo... Esta es, a lo menos, mi hipótesis.

Este mundo material que nuestros sentidos perciben mientras estamos vivos, continúa siendo sensible a mi espíritu, pero lo siento de diverso modo... No veo con los ojos, no escucho con los oídos, no palpo con el tacto... Se me aparece como en los sueños, como en la visión a la distancia, como en los fenómenos telepáticos... No es eso precisamente, pero no encuentro otra manera de explicarme dentro del lenguaje de las sensaciones humanas.

La primera vez que me vi en tal estado, recordé a Pointing, ese físico inglés que creía que la materia entera son huecos, partes vacías del éter... y que el éter, lo suprasensible, diré yo, es mucho millones de veces más denso que el plomo y el platino...

Pointing se acerca a la verdad, pero no más que se acerca. Ese mundo que ha llamado suprasensible no es más ni menos denso que éste, es otra cosa del todo diferente, pero aparentemente más real... El espíritu sumergido en él, percibe a la materia, como nosotros percibimos los fantasmas, las sombras, los reflejos...

La vista de mi propio cadáver no me causa en ese estado sensación alguna penosa... No me parece una cosa más mía que los demás objetos del mundo material... Si las comparaciones fueran posibles en este orden de cosas, diría que así debe mirar el polluelo los restos del cascarón de que acaba de salir.

—¿Y no te causa repugnancia, pregunté, la idea de volver a penetrar en el cascarón?

—Nada puedo decir a ese respecto, continuó Manso, las sensaciones de aquel mundo nada tienen de común con las de éste... las ideas comunes de placer y dolor desaparecen o se transforman de tal modo, que no he llegado aún a analizarlas... Por otra parte, esa vuelta es inevitable... Cuando deja de obrar sobre mi cuerpo la acción de mi específico la reintegración de mi antigua personalidad se efectúa sin que medie ningún acto de la voluntad.

El doctor Lagrange lanzó una mirada de triunfo.

—Entonces, dijo, eso que Ud. llama su espíritu, continúa preso de la materia y dependiendo de ella... Me lo había figurado.

—No es eso, continuó el imperturbable Manso, la separación, mientras dura, es completa y absoluta, aunque no eterna como lo es con los demás muertos.

—Eso es lo que a Ud. le parece, repuso con cierta sequedad el doctor Lagrange.

—Sí: es lo que me parece, agregó en



Vi a mi padre extremecerse

tono no menos cortante Felipe Manso, pero creo que mi testimonio es de más valor que el de los que no han hecho el experimento.

Los médicos se limitaron a encogerse de hombros.

—El hecho innegable, continuó Manso, es que mientras mi cuerpo yace inerte y mi cerebro sin vida, veo, oigo, percibo y pienso... Ya sé lo que Uds. van a decir, pero no es eso... Las sensaciones de que hablo, no son como en los sueños simples, reflejos de sensaciones anteriores, porque ellas tienen por objeto, cosas que suceden después de la muerte... Voy a probarlo...

Y Felipe Manso, refirió en sus menores detalles cuanto hiciéramos mientras su cuerpo era cadáver.

—Sin duda el cerebro, observó sentenciosamente el doctor Arana, pone en estado particular de catalepsia, medios sensitivos distintos de los analizados hasta ahora por la ciencia, aunque el caso, no deja de tener analogía con los fenómenos telepáticos, la visión a la distancia, y otros hechos que ya conocemos.

La seguridad dogmática, el sin igual aplomo de esos hombres en presencia de un suceso tan anormal y extraordinario, comenzaba a molestarme. Velásquez experimentaba un sentimiento parecido.

—¿Puede tu espíritu, pregunté, alejarse de su cuerpo en ese estado que el doctor llama catalepsia?

—¿Alejarse? contestó Manso, la palabra en ese otro mundo no tiene el sentido que aquí le damos... Es... no... no es posible explicar lo que es... Voy, sin embargo, a intentarlo...

En cierta ocasión y fué la primera en que mi espíritu se alejó, como dices, de mi cuerpo, me encontraba, (aunque esto sea sólo un modo de expresarse bastante imperfecto), en esta misma pieza y junto a mi cadáver. Mi pensamiento se trasladó a la casa de mis padres en Concepción.. Yo fuí con mi pensamiento, o mejor dicho, yo era ya sólo mi pensamiento. Atravesé como una vibración lo que en aquel mundo no puede llamarse espacio.

Allá en Concepción, y digo allá en el sentido terrestre de la palabra, ví la casa paterna... Mi padre estaba sentado en el corredor... No vió mi espíritu, pero sin duda por su cerebro, pasó una especie de recuerdo, un reflejo de mi persona, algo, en fin... Lo sentí estremecerse, pero no pude penetrar en su alma, aprisionada por la envoltura mental...

El perro de la casa empezó a aullar... No sé si esto último sería una simple coincidencia.

—Con ese sistema, observó irónicamente el doctor Lagrange, podría Ud. trasladarse a los planetas y a las estrellas... En ese mundo, la distancia no existe, y para el pensamiento no está más lejos Saturno o la Nébula de Onsir, que los baños de Apoquindo o la plazuela de Yungay.

—Lo he intentado, observó Manso, con cierta tristeza, pero ha faltado a mi pensamiento el punto de apoyo, algo de que asirme... Pero, no rían Uds... no sé explicar exactamente lo que me faltaba... Allá en el otro mundo también hay clientes y por tanto misterios.

Velásquez habló por vez primera, después del maravilloso suceso.

—Dios no ha querido, dijo, que el hombre, mientras viva o esté ligado a la vida, traspase los límites de lo cognosible... Hay una sima impenetrable para los mortales, entre esto y aquello...

VI

Al día siguiente me encontré con el doctor Lagrange en el Club de la Unión.

—¿Qué le parece, le pregunté en voz baja, el extraordinario suceso de anoche?

—Ya tiene un nombre en la ciencia, ya se lo he dado, contestó con su imperturbable aplomo... Es una catalepsia lúcido-telepática.

Nada contesté, pero al regresar a mi casa no pude evitar que vinieran a mi espíritu, aquellas palabras del Evangelio.

"Tampoco creerán aún cuando alguno de los muertos resucitare".

MIGUEL DE FUENZALIDA.

La Enseñanza de la Puericultura

En un grupo de amigos se discutía no ha mucho la verosimilitud de carácter de uno de los tipos pintados en la más reciente de mis modestas producciones.

—No es posible,—se me objetaba,—que existan en nuestro país individuos con idealismos apostólicos, como los que procura Ud. retratar. Ese desinterés, esa ingenuidad e inquietud del tipo en cuestión, es simplemente un producto ruso trasplantado a Chile con todos sus fermentos utopistas. Aquí somos, ante todo, prácticos, materialistas, utilitarios. Mire usted en derredor, ¿encuentra a un hombre de carne y hueso que se parezca al suyo? ¿Dónde existe una persona que dedique todos sus desvelos, desinteresadamente al bien común?



Una lección práctica

Al escuchar tan calurosa objeción sentí que me invadía profunda amargura.

¿Sería verdad lo que aseguraba mi escéptico contradictor? ¿No podemos contar con el desinterés y la abnegación de vuestros conciudadanos?

Pero en ese momento acudieron a mi memoria un sinnúmero de personas conocidas, caballeros andantes del civismo, de la honradez y del progreso. Y vi aparecer a un almirante retirado que dedica esfuerzos ciclopeos al mejoramiento físico de nuestra raza, y más allá vi aparecer la estrafalaria cabeza barbada de un doctor que pierde la voz en tesonera campaña en pro de la Educación Nacional, y detrás de ellos seguían escritores que dedican su vida a propagar sus ideas y a perder dinero con sus libros; a pintores que mueren de miseria al pie de los cuadros que representan toda su sed de ideal, y le seguían ilusos que fundan colonias comunistas en los arrabales de la ciudad, ansiosos de un poco de la justicia que les niega la suerte, y les acompañaban maestros de escuela que flagelan con el hambre sus cuerpos en aras de la instrucción popular, e inventores obscuros que trabajan con entusiasmo digno de mejor suerte en algún quimérico adelanto mecánico, que jamás ha de tener realización...

Todo eso, ¿no es puro, santo, ingenuo idealismo? ¿No hay en cada una de esas almas un apóstol?

Más tarde he podido comprobar en más de una ocasión que no estamos desprovistos de hombres sanos y desinteresados, apesar de todos los pesimismos y de todos los desaciertos que nos rodean.

Y últimamente, visitando uno de los establecimientos de la Sociedad de Instrucción Primaria, e imponiéndonos de la labor realizada por esta sociedad, he visto una vez más cuánto puede la dedicación y el entusiasmo de un grupo de compatriotas que nada tienen de ese egoismo feroz que se atribuye con demasiada ligereza a nuestra raza entera.

La Sociedad de Instrucción Primaria sostiene en la actualidad cuatro escuelas con una asistencia media de 1,400 alumnos; una de ellas, solamente, la escuela Francisco Arriarán, cuenta con 450 alumnas, que reciben esmerada educación bajo la vigilancia de su directora señorita Margarita Escobedo. La sociedad tiene un presupuesto de gastos de $ 179,146, de los cuales sólo $ 27,489 corresponden a contribución fiscal.

La Escuela Francisco Arriarán de la cual deseo preocuparme especialmente, pasó a manos de la Sociedad hace unos veinticinco años y ha alcanzado a un estado de progreso que ya se lo desearían muchos establecimientos fiscales.

Posee, fuera de su programa correspondiente a las escuelas primarias, un excelente curso de economía doméstica, con clases prácticas de cocina, cursos de costura, de francés, y de puericultura.

—¿De Puericultura?—interrogamos con sorpresa a la Directora que nos daba bondadosamente todos estos datos.—¡Pero si no se enseña puericultura en ningún establecimiento de Chile!

—Nosotros la enseñamos desde hace ocho años. Verdad que esta clase se debe a la iniciativa y al desinterés de la doctora Eva Quezada Acharán, quien ha dado sus lecciones gratuitamente durante ocho años...

—¿Hay quién haga clases gratuitas? ¡Existe la abnegación en esa forma!

—¡Ah, señor!—respondióme la directora —¡Cómo se vé que no conoce la Sociedad de Instrucción Primaria ni a ninguno de sus miembros! Aquí casi todo se hace sólo con ayuda de la buena voluntad. Y si hubiera conocido a uno de sus socios más entusiastas, a don Carlos Toribio Robinet!

—¿Robinet?

—Sí; aquí se le recuerda como si hubiera muerto ayer. El 6 de Noviembre fué el aniversario de su muerte y las profesoras, en compañía de algunas niñas de la Escuela, fuimos a depositar flores en su tumba. No dará Ud. un paso en esta escuela sin que se encuentre algo que lo recuerde. ¿Vé esos bancos viejos?... Pues eran del antiguo Congreso. El día del incendio, se apareció con ellos don Carlos Robinet, y me dijo: "he salvado de las llamas a estos pobres asientos; algo estropeados están, pero componiéndolos un poco, pueden servir para alguna clase escasa de mobiliario..." Y los pocos libros de nuestra biblioteca, y esto y lo de más allá.... ¡Qué hombre! Si parece que no se preocupaba de otra cosa que de *su escuela*, como la llamaba. Los establecimientos de instrucción eran casi una manía en él. No podía pasar delante de una escuela, sin detenerse un momento a visitarla, a imponerse de sus necesidades, a procurar, en seguida, remediarlas!

—¡Si hubieran muchos hombres como él en nuestro país!—la interrumpimos con un dejo de desolación en la voz.

—Los hay, sí señor, los hay—exclamó la señorita directora con energía—No tan entusiastas tal vez como el señor Robinet pero tampoco mucho menos. Sólo que los mejores no son siempre los que más alarde hacen de sus bondades, y ellos pasan por lo común desapercibidos. Vea, por ejemplo, el caso de la señorita Quezada Acharán:

—¿Ella fué la iniciadora de la clase de Puericultura?

—Sí, señor. A su vuelta de un viaje que hizo a Europa, volvió entusiasmada con la enseñanza que se hacía en Francia de ese ramo y, convencida de los beneficios que podría prestar en nuestro país, propuso al gobierno por diversos conductos que se estableciera la clase en los liceos de niñas y en las escuelas primarias; pero sus consejos fueron desatendidos. Entonces se dirigió a la Sociedad de Instrucción Primaria, ofreció hacer clases gratuitas, y la Sociedad le dió facilidades para que cumpliera sus propósitos. La señorita Quezada no solamente atendió su curso sino que adaptó a Chile las lecciones que recibiera en París del célebre profesor Binard, y compuso un texto para sus alumnas. Habría continuado sus clases si deberes de familia no la hubiesen llamado a Valparaíso. La despedimos con una significativa fiesta organizada por sus propias alumnas de quienes se hizo querer entrañablemente.

—¿Y ahora el curso?...

—Lo he tomado a mi cargo y no se suprimirá de ninguna manera, porque estamos penetradas todas de su gran importancia. El señor José A. Alfonso, vice-presidente de la Sociedad, en su discurso-despedida a la señorita Eva Quezada, dió algunos datos sobre la mortalidad infantil y la necesidad de la Puericultura que merecen ser recordados como un estímulo para los que deseamos que estas clases se multipliquen en nuestros establecimientos de instrucción.

Y la señorita Directora nos muestra el folleto en que se inserta el discurso del señor Alfonso y lee algunos párrafos:

—"¡Qué catástrofe, que inmensa y continuada hecatombe constituye para Chile la mortalidad infantil!"

"En el enorme porcentaje de más de *treinta por mil de la mortalidad general* de la República—porcentaje por lo menos



doble del normal en los demás países, con condiciones naturales menos favorables a las de Chile—en esa ya enorme porcentaje corresponde la mayor parte a las guaguas, a los niños.

"Leyendo un diario de esta capital, mis ojos cayeron en la lista de las defunciones, en que tan pocas veces nos fijamos, y me llamó la atención el dato con que terminaba la lista: "35 *niños de menos de un año*", decía así en general y en bulto. Me fijé más y vi que la mayor parte de los demás nombres que formaban la fúnebre lista, correspondía a niños de dos, tres, hasta de nueve años. Conté entonces el número total de defunciones de ese día, y eran 64, de las cuales correspondía a los niños el número abrumador, de 52, o sea, más del ochenta por ciento.

"Me dije yo: esto será sólo lo extraordinario; no puede ser tanto el número corriente de defunciones infantiles, por mayor que fuera mi desconfianza en la materia.

"Me fijé deliberadamente en el diario del Martes siguiente, 17 de Diciembre. La lista de defunciones se componía de un número total de 58, en el cual correspondía 47 a niños inferiores a seis años, o sea, de nuevo más del 80 por ciento! Y ese día había una siega de treinta menores de un año."

Más adelante el señor Alfonso nos muestra un cuadro todos los días repetidos y que es la causa exacta de esta abrumadora mortalidad infantil.

"Hará apenas una semana, dice, golpeaba las puertas de mi casa un matrimonio que venía de un campo vecino a Santiago. Llevaba en sus brazos la madre una pequeña criatura, reducida a un triste conjunto de huesos y de piel, al parecer de pocos días, y que tenía, sin embargo, once meses: tan agotada y a mal traer se encontraba, por un manifiesto catarro, de esos tan frecuentes en los pequeñuelos, y respecto de cuya curación y régimen hay en

el pueblo la más completa y absoluta ignorancia. Por lo que hace, v. g., al caso a que me refiero, la madre decía que se trataba simplemente de una frialdad... Y, como ésta, tenía las más grotescas ideas en cuanto al régimen de alimentación y cuidados de su hijo, tan grotescas que moverían a risa, sino fueran, por sus consecuencias, profundamente tristes y profundamente trágicas. Se le dió a esa infeliz madre una serie de indicaciones para la curación y régimen de su niño; pero, estoy cierto que su ignorancia la llevó derechamente a una de esas llamadas médicas en los campos, especie de supervivencia de la brujería medioeval, médica a que aludía frecuentemente la pobre mujer en el curso de la conversación, con una confianza tan ciega en ella como alarmante para los que nos damos cuenta de estas cosas."

.....

—Ud. comprenderá—agrega la señorita Directora—que después de conocer estas cosas, sería verdaderamente criminal permitir que se abandone en nuestra escuela una clase que tantos beneficios puede prestar a sus educandas.

—¿Y en qué forma se hace actualmente la clase?

—Se enseña a las jóvenes del sexto año, que son las únicas que componen el curso, todos los menesteres necesarios para la higiene del niño y de la madre; se les enseña a preparar los vestidos al recién nacido, a confeccionarles el alimento para el caso en que la madre no tenga leche suficiente, a preparar el baño, etc., etc.

—¿Y las niñas [illegible] el desarrollo de la clase?

—Lo toman casi como un juego, como una distracción. Se emplea generalmente para las lecciones una muñeca que reemplaza al niño, a la cual se viste y se cuida como si en realidad fuera un sér vivo. En la actualidad nos suele servir el niño de la portera, un bebé de pocos meses...

—¡Qué divertido!

—¡Y qué útil!—agrega sentenciosamente nuestra interlocutora.—Varias personas que han tenido ocasión de visitar la clase, se han ido encantadas y algunas, como la señora visitadora de Liceos, señora Guillermina von K. de Froémel, autora de un texto de higiene que se emplea en la mayoría de los establecimientos de instrucción del país, ha escrito especialmente para nosotros un interesante estudio sobre la crianza de los niños con leche de vaca.

La señora Directora rebusca entre sus papeles y alarga un manuscrito que nosotros nos permitiremos insertar a continuación en nuestra revista por tratarse de un estudio interesantísimo y útil para las madres de familias.

Al retirarnos de la Escuela Arriarán nos sentíamos revivir: es cierto que existen verdaderos apóstoles obscuros, almas generosas que dedican sus desvelos a obras de interés general, inflamadas por el más puro sentimiento humanitario, pese a todos los que creen que en nuestra tierra sólo existen el materialismo y la mezquindad!

F. SANTIVAN.

✚

Hé aquí el artículo de la señora Froémel:

Colaboración a la clase de Puericultura de la Escuela Francisco Arriarán

Cómo pude criar a mi hija con leche de vaca

Al ver la imposibilidad de tomar una ama de leche, ya que mis ocupaciones no me permitían vigilarla como es necesario para que no sufra la salud de la criatura, y al saber que todos los médicos se pronunciaran en contra de que yo misma la criara, puesto que ni mi sistema nervioso ni mis pulmones se encontraban en muy buen estado de salud, tuve que resolverme forzosamente a alimentarla con leche de animales. Consultè a varios médicos y al señor Klein, jefe de la botica alemana Greve, que me dió instrucciones de una "enciclopedia de las ciencias farmacéuticas", y fueron éstas últimas según las cuales he procedido y con el mejor resultado posible.

1.º El aseo de los utensilios

Compré una olla de fierro enlozado en perfecto estado, la llené hasta la mitad con "soda para lavar" y hasta arriba con agua. Esta solución me sirvió para lavar las mamaderas.

Compré unas escobillas especiales con

mango de alambre grueso que venden en las droguerías para poder limpiar bien el interior de los frascos y mamaderas.

Compré varios tapones de goma de los que sirven para tapar los frascos en que se esteriliza leche; también varios de los que llaman "chupones" y una escobilla suave como aquellas que se usan para lavarse las uñas de las manos.

Compré unas cuantas botellitas de las que se venden para esterilizar la leche.

Diré aquí, de paso, que había hecho, con mi primer niño, el ensayo de alimentarlo con "leche esterilizada", pero no tuve buen resultado, en primer término porque siempre y a pesar de atenerme a las instrucciones con la mayor estrictez, se rompían los frascos durante la larga cocción en el baño de maría, y en segundo término, porque la leche no resultó ni de buen gusto, ni le probó bien al niño.

"Enseñé a la sirvienta, que me había de ayudar en el cuidado de la criatura", la manera escrupulosa de asear todo lo que se iba a usar para preparar el alimento de ésta, cómo había de lavar primeramente con soda, después de esto enjuagar varias veces con agua pura la olla y demás tiestos, los frascos y los tapones de ellos. Le mostré cómo se daba vuelta a los tapones y a los chupones de goma sin romperlos para poderlos asear en ambos lados y cómo se guardaban estos objetos de goma en un jarro con agua limpia, el cual, naturalmente, no se usaba para ninguna otra cosa.



Dra. doña Eva Quezada A.

2.° Los alimentos para la criatura

Estos fueron: en primer lugar la leche. La compré al pie de la vaca; con este fin hice un trato con una mujer que pasaba en las mañanas muy temprano por la calle para llevar sus vacas a la Alameda donde vendía la leche; ella llamaba a la puerta y se le tenía listo el tiesto para que ordeñara la leche en él; se tapó la leche y, en cuanto se había prendido el fuego en la cocina, se la puso a cocer, fijándose en dejarla hervir durante 10 minutos por lo menos, revolviendo con una cuchara de madera que no se usaba para ningún otro objeto. En verano la hicimos hervir siempre hasta 15 minutos.

En segundo término, "harina de avena". La compré en los almacenes ingleses en unas latas bien cerradas en que se mantiene en muy buenas condiciones. De esta harina tomé, para un día entero, una sola cucharada de comer llena pero no combada; la eché a hervir con ¾ litro de agua durante unos 40 minutos a fuego lento hasta que se espesara; en seguida lo vacié a un embudo, en que había colocado un trapo, para que se filtrara a un frasco; demás me parece decir que el embudo y el trapo se sometían al mismo aseo escrupuloso como todo lo demás. Como el líquido quedó muy espeso, se demoró a pasar el frasco, y después de filtrado, quedó una cosa parecida a Emulsión de Scott, que conocerán. Entre tanto, en tercer lugar "el azúcar". No usé la corriente, puesto que ésta contiene muchas veces cal y otras falsificaciones que pueden dañar la salud de la criatura, sino compré en las droguerías "azúcar de leche" que, comprada por mayor cantidad, no salía muy cara y es la que más conviene a las criaturas. De ella tomaba graduando según las necesidades, de a una cucharadita de te por cada ración y aún más cuando notaba que le gustaba más dulce la leche; esto es lo bueno que esta azúcar no hace daño aunque la guagua tome mayor cantidad de ella; y, en último lugar, "espíritu de menta". Como notara que la leche de vaca produjera con frecuencia flatos a la criatura, agregué, por cada ración, una

o dos gotas de espíritu de menta; esto lo compré también en las droguerías y lo manejaba en un frasquito con tapón de vidrio con un aparato para contar las gotas, a fin de no poner más ni menos que lo dicho; tuve la satisfacción de ver que con este medio tan sencillo se evitaba toda molestia a la criatura. Tanto el azúcar como el espíritu se agregaban al frasco de la harina de avena, nunca a los frascos con leche.

3.° La conservación de los alimentos

La leche se repartía, después de su cocción, en tantos frascos como raciones se preparaban. La mayor parte del tiempo se compraban dos litros de leche y se repartían en ocho frascos de 250 gramos cada uno; naturalmente que, al principio, los frascos eran más pequeños y por consiguiente, la cantidad total también. En el principio también se agregaba agua en mayores cantidades, de una cuarta parte y disminuyendo a un quinto, y así sucesivamente hasta dar leche sola. Pero el azúcar de leche siempre se disolvió primero en agua hervida. Los frascos se guardaban en una tinita con agua fría, a la cual, durante todo el verano, se agregaba hielo, con lo cual obtuve que jamás se me cortara la leche ni le faltara alimento a la guagua. Uno de los frascos contenía la cocción de harina de avena con el azúcar disuelta en agua hervida y con el espíritu de menta. Tanto este frasco como también los de leche, estaban tapados por tapones de goma de los que se usan para esterilizar la leche. Así que se usan 9 fras-



cos iguales diariamente, que se desocupan paulatinamente. Inmediátamente después de vacío un frasco, se le echaba un poco de solución de soda y agua hervida para evitar que se seque en él algún resto de leche. Nunca se le dió a la criatura leche sobrante de una a otra vez, estos sobrantes se los tomó el gato de la casa, pero hay que advertir que no era frecuente el caso de que la guagua dejara sobrante.

4°. El modo de administrar el alimento

En lo posible me he atenido a horas fijas para dar el alimento a la criatura, guiándome por las épocas en que más frecuentemente manifestara hambre. Entonces se vaciaba el contenido de un frasco en una cacerolita de tamaño proporcionado para él; se agregaba "dos cucharadas de comer". (Una cucharada equivale a 15 gramos), de la "avena con azúcar y menta" (dejando el frasco respectivo bien tapado después de sacarle la ración indicada) y se colocaba en un anafe haciéndolo hervir. En cuanto había hervido un momento, se sacaba y se echaba nuevamente al frasco de leche o a uno destinado para mamar; se le puso un chupón que, sólo en este momento, se sacaba del agua y, después de probar la temperatura, se le daba el alimento a la criatura. Para probar la temperatura, me puse el frasco sobre un párpado cerrado y, si lo aguantaba, la temperatura era buena.

Hubo también un frasco para dar "agua" que beber a la guagua; he notado que, después de tomar leche, bebía con gusto un buen trago de agua fresca; naturalmente hay que fijarse que no sea brusco el cambio de temperatura entre ambas bebidas.

La criatura se ha alimentado de esta manera hasta enterar un año y durante todo este tiempo no ha sufrido ninguna enfermedad del tubo digestivo ni constipado alguno si no prosperó perfectamente, aumentando de peso como si se hubiera criado por leche humana.

Después se le dieron sopitas, huevos del día, y harina lacteada cocida en leche, pasando, poco a poco, a la alimentación de los otros niños mayores que ella.

Muchas veces, amigos, médicos, se admiraron del espléndido resultado de la crianza artificial de esta niña y me confesaron que no habían conocido otro caso igual; debo decir que yo creo que el secreto del éxito estaba principalmente en el aseo perfecto en cuanto a todo lo que se acercaba a los artículos alimenticios que se le administraba a la criatura.

GUILL. VON K. DE FROEMEL.





Una vecina entraba una o dos veces al día

EL VIAJERO

Por

MAURICIO LEVEL

Por espacio de dos semanas el niño no mejoraba.

Su mal lo había atacado bruscamente a la cabeza, luego en los riñones, en seguida a las piernas. En este momento aparecía estirado, con la respiración anhelante y los ojos obstinadamente fijos en la ventana, por donde entraba la pálida luz de los días de nevazón. Su anciano abuelo, sentado a la cabecera, estrechaba su manito entre las suyas, mirando también el cielo entoldado de nubes, que limitaban el horizonte. El viejo no decía palabra. Una vecina entraba una o dos veces al día, haciendo resonar sus chanclos en los ladrillos, pues nevaba con tal fuerza que no podía dejarse los zuecos a la puerta. Oíase algunas frases cambiadas en voz baja:

—¿Cómo sigue el niño?

—Siempre lo mismo...

—¿Y la fiebre?

—¡Igual!

—¿El doctor no ha venido aún?

El anciano meneaba la cabeza con desconsolamiento. Acaso podría venir el médico? Allá abajo, en la aldea, pudiera ser que la circulación no estuviera todavía interrumpida. La nieve que subía sin cesar, obstruía las callejuelas, cerraba las puertas, y con mayor razón aquí, a mil quinientos metros, en la montaña! ¿Dónde estaban los caminos?... Ni él mismo, que desde hacía sesenta años no se alejaba de su cabaña, hubiera podido decirlo. Otros años, por más crudo que fuera el invierno, todavía podía adivinar en una ondulación más brusca de la nieve, la punta de roca que en el verano mostraba desnuda su masa negra, y el torrente que corría haciendo rodar sus guijarros. Por esta vez, el invierno había puesto por completo

sobre la tierra su misterio inmenso, impenetrable y blanco.

Una vez que hubo salido la vecina, el cuarto volvió a su silencio. De tarde en tarde el niño decía entre sollozos:

—Sufro, abuelo...

Y el abuelo respondía:

—No es nada, hijito, ya pasará.

En una ocasión agregó con intención de darle ánimos:

—Ten paciencia; mañana es Navidad. y el buen Dios te sanará!

El chico dejó de lamentarse para murmurar:

—¡Navidad!... ¡Navidad!...

Luego volvió a repetirlo, con tanta frecuencia y tan fuerte, que no se supo si deliraba ya o estaba todavía desvelado. Con la cara vuelta para la pared, repetía sin descanso esa palabra, que le evocaba visiones de dulces y juguetes. La noche pasó. Al ruido que hizo la vecina al entrar a la mañana siguiente, el niño se agitó, sin dejar de hablar.

—¿Está peor? preguntó ella.

—Sí, indicó el anciano.

—¡Y ese médico que todavía no viene!

—¡Ay! suspiró el abuelo, nada podría hacer ahora. Pero, por lo mismo que ya no hay esperanza, no quiero que mi chiquillo me deje con pena. ¡Sufre tanto!

—No hay para qué imaginarse tal cosa; los niños no se dan cuenta de su estado.

—No es eso lo que me atormenta. Oigalo.

El niño decía agitándose en su cama:

—¡Es Navidad!

—Usted lo oye, está pensando en la fiesta de esta noche. mientras vivió su madre, no dejó nunca de poner juguetes en sus zapatos. Después me tocó a mí pensar en ello; me preparaba con tiempo y los ocultaba en un canasto hasta el último momento... Por causa de su enfermedad, yo me he olvidado, pero él se acuerda!

—No es que se acuerda; habla así a tontas y a locas...

El viejo meneó la cabeza:

—Eso no! Si no se ha muerto esta noche, al sonar las campanas de la aldea, él las oirá y se pondría a llorar, figurándose que se le ha echado en olvido. Y yo no puedo admitir eso...

—Cómo remediarlo, insinuó la vecina

—Atienda, dijo el viejo. Si Ud. se queda con él sin abandonarlo un momento, yo bajaré a la aldea y estaré de vuelta antes de las 8.

—¡Qué está diciendo! con esta nieve!

—Conozco el camino.

—Pero a su edad y con este frío.

—Cuando se quiere una cosa, ni la edad ni el frío se toman en cuenta. Solamente necesito saber que usted no lo abandonará, ni siquiera un minuto... Si se despierta le dará un poco de tisana, si llora le cantará una canción, si preguntara por mí, le dice que he ido a buscar tabaco y mantiene su manita entre las suyas, pues así está acostumbrado...

—Vaya! como está todo en orden en casa, si eso le apura...

—Yo se lo agradezco infinito, dijo el abuelo, poniéndose de pie.

Tomó del rincón del armario su bolsa con dinero, besó al niño y salió en la punta de los pies, caminando con rapidez por temor de que la vecina se arrepintiese.

Afuera la nieve caía tan espesa que no se veía a tres pasos adelante. Todavía no eran las dos de la tarde y ya el cielo estaba obscurecido por el crepúsculo.

El anciano caminaba con débil paso, tanteando el terreno con su bastón. De tarde en tarde ponía una mano por encima de sus ojos, con el propósito de romper la cortina de nieve que caía sobre ellos. Pero las plumillas caían del cielo como si salieran de un saco inagotable, y por todas partes la nieve cubría senderos, caminos y hondonadas, formando una llanura que subía insensiblemente.

Caminó largo tiempo en esta forma, y la noche había cerrado desde hacía dos largas horas, cuando percibió las primeras luces de la aldea. Esto le hizo sentirse por de pronto más animoso, y apuró el paso.

Al entrar en el primer bazar que halló a mano, una espesa capa de hielo cubría su barba y bigote, con tanta persistencia que de primeras no pudo hablar. Pero pudo sonreir, y después de romper la escarcha con el revés de su mano, preguntó:

—Muéstreme los juguetes que tenga: son para un niño de siete años.

Ninguno le parecía ni bastante bueno ni bastante lujoso, mientras les daba vueltas y vueltas entre las manos.

—¿No tiene algo mejor?

Hiciéronle ver polichinelas vestidos de colores deslumbrantes, cornetas de gran



No se moleste por mí, viajero, y déjeme dormir donde estoy

valor, cajas de soldados: y gozando por anticipado con la alegría del nieto, tomó todo lo que le presentaron.

—Este... aquél... y ése también....

Sus ojos vigilaban que nada fuera olvidado. En esto un reloj dió la media.

y recordando que sólo le quedaba el tiempo justo para subir, el anciano preguntó:

—Basta con eso; ponedlo todo en un paquete. ¿Cuánto vale?

Pagó y partió. Había gastado sus economías hasta el último centavo, pero ¿qué importaba eso si muy luego, a la vista de tanto juguete, el chico iba a recobrar su sonrisa?

Atravesó la aldea con paso ágil, y no contuvo su marcha sino en mitad de la cuesta, que comenzaba a ascender, suavemente al principio. Los vehículos y cabalgaduras habían endurecido la nieve lo suficiente para no resbalar mucho. Pero luego las huellas desaparecieron y el suelo comenzó a ponerse tan falso, que el anciano tuvo que detenerse por momentos, hundiendo el bastón en la nieve y levantándose ayudado de las manos casi tanto como de las piernas.

Transcurrida una hora, detúvose a enjugarse la frente, y volvió a repechar. El deseo de encontrar vivo a su niño le hacía olvidar todo lo demás. Tropezando, resbalando y cayendo de rodillas, lograba al fin levantarse. A veces sentía hasta ganas de detenerse un poco a recobrar el aliento; pero acordábase del gran sueño que lo sorprende a uno sobre la nieve apenas deja de avanzar, ese sueño tentador de que no se despierta ya. Y por más que no temiera a la muerte por sí mismo,—¿de qué priva a ella a los viejos?—quería llegar allá arriba para contemplar por última vez acaso, la alegría de su nieto.

Un perro aulló. El anciano miró en derredor y puso oído a cualquier rumor. Cerca de él, a su derecha, una cabaña en que no había reparado antes, se redondeaba en la obscuridad. Al llamar a la puerta, una mujer entreabrió y dijo:

—¿Quién es?

—Quería descansar un momento, respondió el viejo.

—Descanse aquí adentro, indicó la mujer.

El entró, y tal era su cansancio, que se dejó caer sobre un banco. La mujer se sentó sin dejar de amamantar a una guagua. Tres niños muy pequeños se estrechaban cerca del brasero en que brillaban algunos carbones. Apenas recobró el aliento, el anciano dijo:

—Dispénseme. Estaba demasiado cansado para darle las gracias al momento.

—No valía la pena, respondió la mujer.

El añadió:

—¿Está usted sola con sus niños? El hombre estará seguramente trabajando en el pueblo?

—Se fué al monte con las primeras nevazones, hace ya un mes, y no lo han visto más, murmuró la mujer.

El no supo más que exclamar, juntando las manos:

—¡Dios mío! ¡cuántas miserias hay!

Con el movimiento que hizo, el saco de juguetes cayó y se entreabrió. Los niños abrieron tamaños ojos mirando aquellas lindas cosas. Uno gritó:

—¡Los regalos de Pascua!

—Los regalos de Pascua, repitieron en coro.

—El mayor los hizo callar y se volvió a un lado. Y el abuelo pensó: "También ellos esperaban la Nochebuena": y tomando al azar tres juguetes del saco, se los dió a los tres niños. En el mismo instante sintió vigorizarse su corazón, sus piernas más ágiles, y tímido, avergonzado de haber sido tan bueno, sin atreverse a mirar esa dicha, sonrió a la madre, y se fué sin hacer ruido.

Caminó nuevamente largo tiempo, sin rumbo, hallando y perdiendo la huella. Por segunda vez el cansancio lo invadió y lo hizo pensar:

—¡Siquiera hallara donde descansar como denántes!

En el mismo instante, creyó percibir una débil claridad. Reuniendo sus últimas fuerzas, llegó ante una cabaña todavía más pobre que la primera.

—¡Abranme; tengo mucho frío . .

Un hombre le respondió desde el dintel:

—No hace mucho más calor adentro que aquí sobre la nieve, pero entre no más. . .

No había fuego, y un cabo de vela ardía vacilante, con una llama que despedía grandes destellos y luego casi se apagaba. Unas sombras minúsculas tiritaban en un rincón.

—Esos son mis niños, dijo el hombre en voz baja. Tienen frío, tienen miedo, y no se atreven a hablar porque su madre va a morir. Se les ha dicho, y aunque no lo comprenden, lloran.

La madre estaba tendida en la cama, y el anciano vió en la pared una imagen que se agitaba con el movimiento de la luz. Tendió los brazos a los niños, pero

éstos retrocedieron, temerosos de todo esta noche. El murmuró:

—Acérquense.

—Por lo común, no son tímidos, dijo el padre; vaya, acérquense, hijos míos...

Los niños se adelantaron. El anciano tomó al más pequeño de los cuatro entre sus rodillas, y lo acarició como pudiera haberlo hecho con su propio nieto. En seguida, para consolarlo, en vista que lloraba aún, tomó un juguete de su saco, se lo puso entre los brazos y le dió los demás a sus hermanos. Los niños sonrieron y el padre lloraba ahora.

—Echó una mirada a su reloj: las once de la noche.

—¡Ya! se dijo: ¿Cuánto se tarda de aquí al rancho de la señal? Allí vivo yo.

—Una hora larga cuando es de día y se conoce bien los atajos.

¡Una hora! Apurándose, tal vez llegara todavía a tiempo... Y recogiendo su saco, su bastón y su abrigo, abrió suavemente la puerta y se puso en camino. Pero esta vez apenas había andado cien pasos cuando tuvo que detenerse. La nieve hacía tan pesadas sus botas, que le faltaban fuerzas para levantar los pies. Se puso a llorar, pensando que no llegaría ya, sonarían las campanas y el niño se despertaría sin encontrar su caricia. Hizo un esfuerzo y hubo de detenerse desgarrazonado. Una gran tristeza bajaba hasta él, ¿A qué volver a casa, puesto que había regalado todos sus juguetes? Siquiera hubiese guardado uno solo, el más pequeño, el menos bonito—para un niño que no se fija demasiado en los detalles! Una idea le cruzó por la mente:

—Si volviera atrás... si pidiera a los niños que me devolvieran juguetitos, nada más que uno, el más feo, para mi nieto?

Pero pensándolo mejor vió que sería triste, que estaría mal hecho, que el más humilde de esos juguetes era tal vez aquel que los niños querían más, y que no tendría valor después de haberlos hecho sonreir, de verlos llorar. Volvería solo, con las manos vacías, al lado de la cuna de su nieto. Y con gran trabajo, arrastrando



El viejo cayó de rodillas y con la frente en tierra murmuró: ¡Señor, Jesús!

apenas su fatiga, volvió a emprender la marcha.

La media noche sonó en la aldea. Para dejar pasar la canción de las campanas, el aire se hizo más ligero, casi tibio. Seguro que en este momento el niño se despertaba. A esta idea, el anciano se puso a llorar. Pero, estando sentado en la nieve, le pareció que unos pasos se acercaban a él. Al levantar los ojos vió un desconocido a su lado, que le dijo:

—¿Por qué llora, abuelo?

Y el abuelo contó la causa de su pena al desconocido. En realidad, no era que lamentase lo que había regalado. Lamentaba sencillamente no haber tenido más para haber conservado algo. El viajero movió la cabeza al cielo, y al terminar le dijo:

—Tómese de mi brazo y subamos juntos.

—¿Con qué fin? dijo el anciano; ya no llegaremos esta noche. La cuesta está ahora más pesada que antes. No se moleste por mí, viajero, y déjeme dormir donde estoy. Ya hace mucho que dieron la media noche. Mi chico debe haber muerto, y yo no tengo ya necesidad de ir allá.

El viajero sonrió:

—Pero si la media noche ha sonado recién. Oiga las campanas!

—Por lo visto es cierto, balbuceó al levantarse el viejo. Se tomó del brazo del viajero y dió un paso, luego otro. Movía sus piernas sin trabajo, y al mismo tiempo que repechaba el camino, se admiraba de sentir la nieve tan suave bajo sus pies. Marchaba con un paso tan libre, que se sentía capaz de caminar así todo un día y toda una noche. El camino subía, sin embargo, pero hubiérase dicho que era ella la que corría bajo sus pies. El viajero hacía oir de tarde en tarde su voz suave. Hablaba como si conociera a su compañero desde mucho tiempo, desde siempre.

—Aquí es menester volver a la izquierda, dijo el abuelo.

—No, es siempre derecho.

—Pero...

—No tema nada, ya llegaremos.

El viajero se detuvo, como un niño que después de cometer una falta, teme llegar a casa de sus padres:

—Llegamos... llegamos... y mi niño no tendrá nada, puesto que he regalado sus golosinas... sus juguetes...

—¡Es una ocurrencia suya, abuelo! ¿Los juguetes? están todos ahí, en su saco. Mírelos.

Y mientras el viejo balbuceaba confundido ante tal maravilla, su compañero lo empujó suavemente:

—Entre, ya está en su casa.

—Con que es verdad, murmuró el viejo; de veras que es mi casa y que ésta es la puerta. ¿Usted conocía por lo visto otro camino?...

—Yo conozco todos los caminos, abuelo. Entre.

El anciano puso su mano temblorosa de emoción sobre el tirador de la puerta.

—Entre; no tenga temor.

La puerta se abrió sola, sin miedo. El niño dormía en su cama. La vecina, que tejía en su cabecera, sonrió al anciano y le dijo en seguida:

—Temprano se bebió una gran taza de caldo. Ha dormido desde que anocheció, sin delirar. Véalo, se ríe. Toque sus manos como están frescas... Es seguro que está salvado.

Y como en este momento un fuerte rumor de campanas invadiera la habitación, el pequeño se despertó, tendiendo los brazos, y el viajero que sonreía sobre el dintel de la puerta, dijo:

—Aquel que da a otro más pobre que él, aquel que en el dolor se compadece de los dolores del prójimo, y que sabe olvidarse entre los demás que sufren, es también aquel que el Señor prefiere y no olvida.

El viejo cayó de rodillas y con la frente en tierra murmuró:

—¡Señor, Jesús!

—¡Vaya, papacito, qué hace así!—¿A quién le habla, mientras que su nieto le tiende sus bracitos? dijo la vecina con dulce voz.

—Ustedes no ven nada entonces? Allí, en el dintel de la puerta... ¿No han oído?

—Yo no veo más que la nieve, y sólo oigo a las campanas. Usted ha soñado.

—Será que he soñado sin duda, murmuró el anciano al levantarse.

Pero acababa de comprender que el dulce viajero era el buen Dios en persona que había estado visible para él sólo por esta noche.



LA FURIA



DE LAS RUEDAS

EL NIÑO MILAGROSO

Por

M. J. ORTEGA

Poco después de mi llegada a la aldea, oí hablar del Niño Jesús de doña Margarita, el más famoso operador de milagros de aquellos contornos. Antes que al médico o al boticario, a él acudían los enfermos en busca de alivio o de curación para sus males; antes que al juez y a la policía, a él se le encargaba la pesquisa de los robos y el descubrimiento de los objetos robados; al Niño de doña Margarita se encomendaban los que tenían que emprender viajes largos o peligrosos, y hasta los que deseaban cosas no muy lícitas, como ganar un pleito injusto o que no fuese aprehendido un deudo o un amigo perseguido por la justicia, ofrecían al Niño sus votos, consistentes en un trajecito nuevo, en una joya de escaso valor o en velas de cera de las que ardían casi constantemente frente a su altar, en casa de su dueña. Las muchachas casaderas, sobre todo, fundaban en el Niño sus más firmes esperanzas de matrimonio, y lo que revela más que todo el poder casamentero del pequeño taumaturgo es esta frase, corriente en el pueblo, con la cual se indica que una aspirante a la coyunda matrimonial debe perder ya toda esperanza de hallar marido:

—A esa no la casa ni el Niño de doña Margarita...

Deseoso de averiguar el origen de aquella fama, recurrí a doña Margarita misma para pedirle que me contase el primer milagro de su Niño; pero la anciana señora, después de ruborizarse como una muchacha de quince años, me dijo sonriendo:

—¡El primer milagro! Todos lo saben en el pueblo, y cualquiera podrá contárselo mejor que yó.

Preguntando aquí, inquiriendo allá, tomando de éste un cabo y de aquél el otro, pude por fin reconstruir la historia de aquel prodigio. ¡Será mucho atrevimiento ofrecer esa historia a mis lectoras, como modesto aguinaldo de Pascua y para inclinarlas a buscar la ayuda del Niño de doña Margarita contra las penas amorosas que afligen su corazón!

*

Cuando Margarita regresó de la ciudad, en cuya escuela superior había permanecido durante dos años, como pupila en casa de la maestra, todo cambió en la casita de aquellos aldeanos, como al influjo de un hada risueña y benéfica. Julián, el padre, tuvo que aflojar los cordones de la bolsa para comprar algunos muebles que hacían falta; el aseo más esmerado empezó a reinar en todas partes; las paredes interiores fueron blanqueadas con cal; las ventanas ostentaban vidrios nuevos y limpios y blancas cortinillas; el jardín abandonado que se extendía frente a la casa volvió a producir rosas y claveles; las enredaderas del corredor, regadas y guiadas con esmero, medraron otra vez y revistieron los pilares; el corral fué relegado a un sitio lejano; el patio se barrió todos los días; las herramientas de labranza se guardaron en un cuarto de donde sólo se sacaban cuando era necesario; todo en fin, se transformó y se embelleció bajo la mano delicada y cuidadosa de la joven.

La quinta, es decir, aquella hectárea de terreno ubicado a pocas cuadras del pueblo y que formaba la única fortuna de la familia, mejoró también. Las papas aquí, los frejoles más allá las hortalizas y los árboles frutales todo prosperaba maravillosamente bajo la azada laboriosa de Julián y el escardillo de Catalina, su mujer. La sola arboleda llegó a producir casi tanto como el resto del terreno; pues las frutas y la frescura de aquel sitio atraían allí todos los domingos de primavera y de verano, en alegre romería, a las familias más notables de la aldea. Cuando el año era favorable, el ajuste de cuentas dejaba

algunos pesos sobrantes que pasaban al fondo del badí, destinados a poner casa a la niña cuando hallara un mozo honrado y trabajador con quién casarse.

Pero la transformación mas notable había sido la de Margarita. La escuela de la ciudad la recibió a los quince años, tosca, tímida y apocada, y la devolvía al hogar en la espléndida florecencia de los dieciocho, convertida en una joven de cultivada inteligencia y de una belleza corporal que la colocaban muy por encima de todas las muchachas y aún de las señoritas más copetudas de la aldea. El óvalo perfecto de su rostro ligeramente moreno, sus ojos melancólicos y dulces, sombreados por largas pestañas, sus dientes blancos e iguales, su boca graciosa siempre sonriente, sus manos bien formadas y la negra y sedosa cabellera que sombreaba su frente cargada de buenos pensamientos, todo le daba un aire distinguido y seductor, que despertaba no poca envidia entre las que en el pueblo presumían de hermosas y que llenaba de orgullo el corazón de Julián y de Catalina.

Poco expansivos en la expresión de sus afectos, los dos aldeanos, al verla tan hermosa y tan buena, no podían librarse del deseo de manifestarle su cariño, cada uno a su modo:

—Hija, ¡cómo engordas! le decía Catalina y la estrechaba amorosamente contra su pecho. Y Julián, fingiendo descubrir un insecto o una hojilla seca en la cabeza de su hija, se permitía a veces acariciar con sus toscos dedos, estremeciéndose de placer y de orgullo, aquella cabellera fina y ondulada.

*

Una desgracia inmensa cayó de pronto en medio de aquella felicidad: Margarita fué deshonrada.

El autor de su desdicha era Bernardo, el joven farmacéutico establecido en el pueblo desde hacía dos años. De trato afable y de figura interesante, había logrado fácilmente insinuarse en el ánimo de Margarita, interesar poco a poco su corazón y hacerse amar, por último, con toda la confianza y el abandono de un alma incapaz de albergar perfidias y que no recela tampoco de la perfidia de los demás. Al darle su corazón, Margarita le entregó también su honra, confiada en una promesa de matrimonio cuyo cumplimiento huyó Bernardo, primero con evasivas y después con ruda franqueza.

Cuando en el pueblo se descubrió la deshonra de Margarita, su desgracia despertó en muchas envidiosas íntimo y maligno regocijo. Bernardo creció en el concepto de las orgullosas aldeanas, porque había sabido vengarlas a todas de la belleza y la distinción de la joven que, sin ser "de familia", tenía la osadía de ser mas hermosa y más instruída que las señoritas de abolengo y de fortuna. Muchas madres, que antes lo consideraban un mal partido para sus hijas, lo habían aceptado gustosas por yerno después de aquella hazaña. Sólo Margarita y sus padres, agobiados por la pena y la vergüenza, se recluyeron en su modesta casita donde nació aquel niño que debía ser para la joven estigma eterno de su deshonra.

Y aquella triste noche buena, Margarita, después de haber arreglado como todos los años sobre la mesa de su habitación un sencillo Nacimiento, con el Niño Jesús al medio, rodeado de flores y de luces, se sentó allí al lado, y mientras mecía suavemente con el pie la cuna de su hijo, se abismó en fija y dolorosa contemplación del Niño Dios, que con sus brasitos levantados y su cara sonriente, parecía enviar al alma atribulada de la joven un rayo de alegría y de esperanza.

El sonido de las campanas llegó de pronto a sus oídos. Daban en la iglesia el primer repique para la misa del gallo. Aquellos sones avivaron sus dolorosos recuerdos. Su memoria reconstruyó con exacta fidelidad la historia entera de su amor: las primeras palpitaciones deliciosas de su corazón enamorado, sus dulces ilusiones de dicha futura, en un hogar honrado, con Bernardo por esposo; sus entrevistas con éste, en las noches del verano anterior, a la luz de las estrellas, en el huerto sombrío de su casa; su caída, la desesperación que sintió, al verse abandonada, el dolor mudo y sombrío de sus padres, la vergüenza que ahora cubría su hogar y fijó por fin sus ojos en aquel niño que, inocente de toda culpa, dormía allí a su lado, en su cunita blanca y mullida.

De repente su rostro experimentó una transfiguración y sus ojos brillaron con un destello de fe y de esperanza. Se le-

vantó apresurada, sacó a su hijo de la cuna, lo colocó sobre el musgo, al lado de Jesús, los contempló a ambos fijamente con los ojos arrasados en lágrimas, y gritó al fin con acento inspirado:

—¡Tuyo, Jesús; será tuyo para siempre! Le pondré tu nombre y le enseñaré a amarte sobre todas las cosas. ¡Pero devuélvele a su padre!

Y medio loca de dolor, inclinó la cabeza entre ambos niños y repartió entre ellos, durante largo rato, sus besos y sus lágrimas.

*

Aquella noche Bernardo vagaba pensativo por las calles solitarias de la aldea. Pensaba en Margarita, y procuraba ahogar con su orgullo los remordimientos de su conciencia. "Es buena y hermosa, se decía, pero ¡es hija de labriegos! Si yo no la hubiese amado, habría sido otro. Es la suerte común a todas las muchachas de su clase."

Pero estas reflexiones no lograban tranquilizarlo, y así, cabizbajo y con las manos cruzadas a la espalda, andaba cuadras y más cuadras, buscando en el cansancio físico un alivio a las inquietudes y torturas morales que lo asediaban.

De cuando en cuando llegaban también a sus oídos el repique de las campanas y la algarabía de pitos, cohetes, flautas y acordeones con que los muchachos aguardaban en la plaza la misa del gallo.

Inconscientemente se acercó a la iglesia. El Nacimiento se ostentaba en la nave central. Allí estaba el Niño en medio del pesebre, entre su madre y los ángeles, que lo adoraban; entre la mula y el buey, y que lo miraban tiernamente y lo acariciaban con su aliento. Al rededor de este grupo veíanse árboles, pájaros, luces y flores, en revuelta y pintoresca confusión.

A la vista de aquello acudieron a la mente del joven los dulces recuerdos de su niñez, cuando acompañado de sus hermanas y hermanos iba con su madre a contemplar el Nacimiento en la iglesia de su pueblo; la vuelta a su hogar, los regalos que allí le aguardaban y que llenaban de gozo su sencillo corazón. Comparó ese cuadro de dicha doméstica con la frialdad y el abandono de la trastienda de su botica, donde vivía solo, sin un afecto sincero que derramara sobre su vida un poco de felicidad.

Salió de allí más conmovido que antes de entrar. La Virgen, amorosamente inclinada sobre el Niño, antojábasele Margarita inclinada sobre la cuna de su hijo. Esta visión le persiguió largo rato. Las facciones del hermoso semblante de la joven se confundían en su imaginación con las del rostro noble y augusto de María. Pareciale que su hijo sería también igual a aquel bello niño acostado en el pesebre, rubio, mórbido y sonriente.

Arrastrado de un modo irresistible por esta obsesión, volvió a la iglesia y pasó allí una larga hora en muda contemplación, de la cual no logró distraerlo ni el bullicio de los fieles, que iban poco a poco llenando el templo por acercarse ya la hora de la misa del gallo, ni las ingenuas exclamaciones con que los niños y las niñas expresaban su admiración por la belleza del Nacimiento. Insensible e indiferente a todo lo que no fueran sus pensamientos, allí permanecía de pie, afirmado en un pilar, con los ojos clavados en el poético grupo de la Madre y el Niño, que para él no eran ya inanimadas figuras sino seres vivos, llenos de amor y de ternura. Poco a poco sentía su corazón invadido por un enternecimiento dulce y doloroso a la vez. Por fin, sus ojos se llenaron de lágrimas, y entonces, animado por firme y súbita resolución, salió de la iglesia y tomó el camino de la casa de Margarita.

Cuando llamó a la puerta, Julián y Catalina acudieron a abrirle.

¡Julián, exclamó el joven, vengo a pedirle la mano de su hija!

Un grito de dicha suprema respondió desde el interior a estas palabras. Margarita, desmayada de felicidad, apoyada su rostro entre la cabeza del Niño Jesús y la de su hijo, Bernardo se arrodilló a su lado, y al mismo tiempo las campanas de la iglesia echadas a vuelo anunciaron al mundo que en ese momento los ángeles cantaban en los cielos.

¡Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad!

Tal fué el milagro o tal es la tradición.

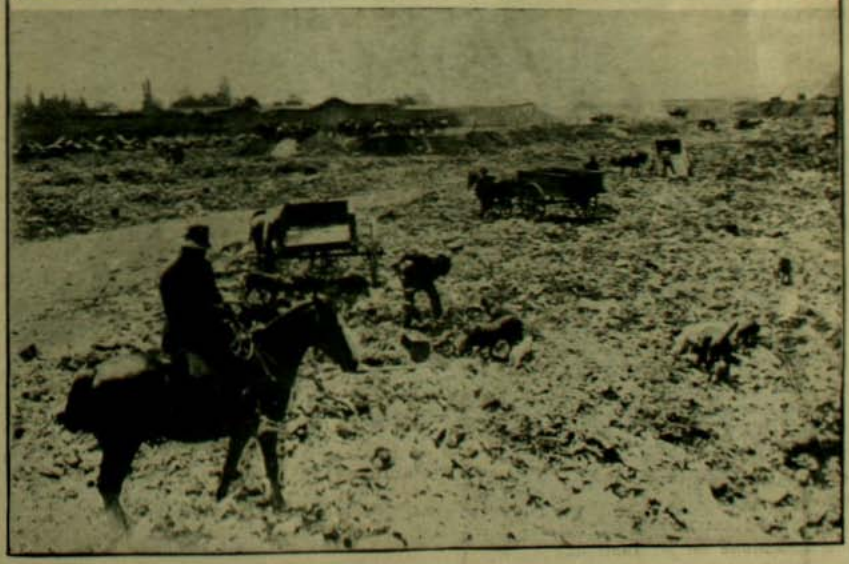
M. J. ORTEGA



BARRIOS DE PESADILLA

MISERIA Y PESTILENCIA

Ilustraciones fotográficas



El basural de Santiago



Interior

—¿Conoce Ud bien Santiago?

Muchos responderían que sí, y para probarlo hablarán de escondidos rincones del Cerro Santa Lucía, que pasan desapercibidos para la mayoría de los visitantes; de avenidas que están al fondo de la Quinta Normal; de una antigua iglesia del barrio Bellavista; de una original construcción que está en...

—Si Ud. conoce bien Santiago, ¿dónde está el monumento a Caracas?

Y es indudable que el interrogado preguntará:

—Pero, ¿tiene monumento Caracas? ¡la capital de Venezuela!... No lo sabía.



Apesar de la miseria hay sonrisas





Una vendedora

Tiene un monumento y casi nadie lo sabe.

Y de nuevo preguntamos.

—¿Conoce Ud. bien Santiago? ¿Conoce todos sus barrios?

Y nos dirán:

—¡Son tantos! Es mucho preguntar.

Tal vez no sean muchos. No se conocen porque el santiaguino sabe poco de su ciudad. Sólo el centro lo atrae; en él gira todos los días del año. Sólo el centro. ¿Y los barrios apartados? ¿Y los barrios pobres?

Deberían conocerse siquiera por lo que importan en la salubridad general. Pero hay quienes creen que desde que se dictó la ley de habitaciones para obreros, los barrios inmundos desaparecieron por completo; que ahora sólo existen citées y pasajes muy limpios, muy sanos.

Alguno hace una concesión y confiesa que aún quedarán conventillos; uno que otro; muy pocos!

Y se asombrarán si nosotros decimos que existen barrios en los cuales la miseria y la suciedad han llegado a límites extremos. Que hay barrios con centenares de viviendas ante las cuales un conventillo resulta confortable.

—Pero eso será...

—No muy lejos. Alguno está a no más de veinte cuadras de la Plaza de Armas.

Hemos estado en ellos. Hemos recorrido sus callejuelas inmundas, y, al abandonarlos, nos pesaba una angustia enorme.

Son muchos. Hacinamiento de casuchas en las cuales sólo se concibe la vida como una perpetua pesadilla. No son viviendas, son guaridas, menos aún, madrigueras. Cuatro latas oxidadas, algunas tablas carcomidas, varios sacos aportillados y bajo ese conjunto, sostenido milagrosamente, hacen vida grandes y chicos, hombres y bestias. Los hombres como las bestias. En el espacio de seis metros cuadrados duermen el padre, la madre, los hijos, amigos o parientes, el cerdo, varios perros y algun gato.

Es sencillamente horrible.

Vuelan sobre esos campamentos de miserias millones de golondrinas que tienen alimento fácil en los mosquitos que viven de la eterna putrefacción.

Al verlos revolotear sobre nuestras cabezas en ese conjunto pestilente, hasta sus siluetas obscuras y rápidas nos parecían sombras de murciélagos!

✦

Poco más al poniente de la estación de fuerza de la Empresa de Tranvías, se diseña el futuro Bosque Centenario ideado por el Intendente de Santiago, don Pablo Urzúa. Ese bosque empieza a ocupar el espacio que ha servido y aún sirve de botadero de basuras. Queda aún una gran extensión vecina al pedregoso lecho del Mapocho en donde arrojan su carga los carretones de la Policía de Aseo.

Sobre ese fétido basural ejercen su industria ceñtenares de infelices.

Se les vé desde lejos inclinados sobre el suelo, con un gancho de fierro hurgando afanosamente. ¿Qué recogen? De todo: huesos, trapos, papeles, fierros. Recogen de todo. Todo lo van guardando en sus profundos sacos. Fábricas hay que compran todo eso. Lo que las familias arrojan de sus casas con repugnancia, llega allí y gentes hay que eso recogen y guardan en sus sacos.

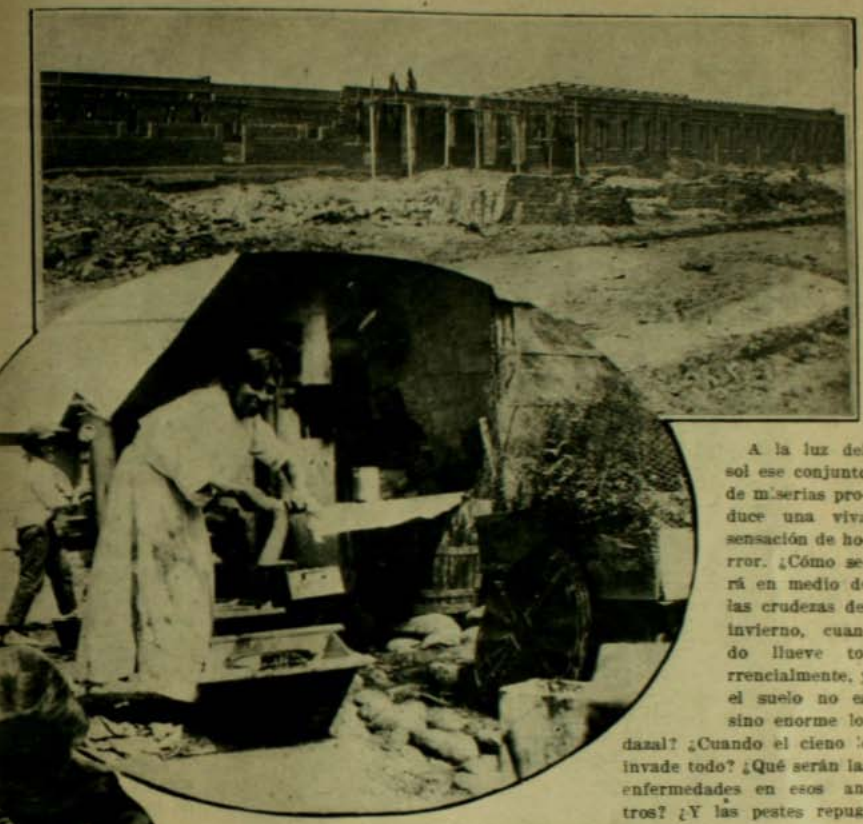
Sobre esa extensión pestilente, son muchos, hombres, mujeres y niños los que ganan la vida hurgando el inmundo hacinamiento.

La vía férrea que une las estaciones de Mapocho y Yungay, pasa encima. Divide el campo dejando: al norte, el basural y al sur las viviendas.

Se ha construído ese barrio con lo que han proporcionado los carretones de la Policía de Aseo...



Los viventes sin casa, sin educación, sin cultura



La nueva ciudad obrera que surge

A la luz del sol ese conjunto de miserias produce una viva sensación de horror. ¿Cómo será en medio de las crudezas del invierno, cuando llueve torrencialmente, y el suelo no es sino enorme lodazal? ¿Cuando el cieno lo invade todo? ¿Qué serán las enfermedades en esos antros? ¿Y las pestes repugnantes.

Y aún no hemos preguntado, ¿qué será de la moralidad y de las costumbres? ¿Y de la educación de los centenares de pequeñuelos que allí viven apiñados como bestiezuelas?

Son muchas las preguntas que pueden hacerse!

Dividen esas viviendas agrupadas, callejones horribles que en la noche deben ser pavorosos . Y hacen su negocio comerciantes para los cuales la pureza de los alimentos es una fantasía.

Se desprende de todo ese barrio de inverosímil miseria, algo como un vaho pestilente. Y no es más que uno de tantos!

En la calle Antofagasta, en los confines de la calle Bascuñán Guerrero, hacia el extremo de la Estación Alameda, en las cercanías de la de Yungay, existen otros barrios semejantes.

El santiaguino no sabe nada de esto. Es excusable; pero si de ellas se le habla, hace un gesto de duda.

Todo esto puede existir, dice, en los arrabales de las





desde la terraza del Club Hípico, preguntamos con secreto orgullo al extranjero su opinión sobre el Cerro Santa Lucía y hasta discutimos si es o no anticuado el monumento de la Plaza de Armas. Y después de todo esto seguimos ignorando que estamos rodeados de horribles centros de infección, de miles de infelices que viven sobre la podredumbre que la ciudad arroja, se puede decir, detrás de sus puertas.

grandes ciudades europeas, en París, en Londres; pero en Santiago...

¿Y la ley de habitaciones obreras? ¿Y los consejos e instituciones de higiene y salubridad?

Aquí tenemos, agrega, conventillos sucios; pero estos barrios!...

Y termina:

—Y si existen, ¿qué hacen las autoridades?

—¿Qué hacen?...

Este es un estado de cosas que viene de muy atrás.

Nos creemos en el mejor de los mundos; miramos admirados la cordillera nevada

En los trenes, miles de viajeros al salir de la Estación Mapocho o al llegar a ella, tienen por largos minutos el horrible panorama de ese pestilente basural, y de sus vecinas viviendas.

Se dirán que es un barrio pobre. Desde la ventanilla de un tren en marcha no se puede saber más. ¿Y de cerca? ¿Qué cuadros de infinita miseria se pueden contemplar en el interior de esas casuchas?

Quién lo sabe!

JULIO TELLEZ

Por J. B. C.

Ilustraciones de Pedro Subercaseaux

La misma noche del día en que se inició el bombardeo de Arica, comenzaron en Santiago los desórdenes. El cable estuvo corriente hasta las seis de la tarde; a esa hora quedó interrumpido, y la incertidumbre vino a agravar los temores de la situación.

El espíritu de oposición y crítica, tan enérgicamente comprimido durante tantos años por los fabulosos éxitos de Tellez, levantaba ahora de nuevo la cabeza. La policía tuvo bastante trabajo para disolver los grupos sediciosos que se formaban en los barrios apartados de la ciudad. Algunos agitadores italianos y españoles fueron presos.

A las nueve de la noche, el gran diario "Chile Nuevo", órgano oficial de la política de Tellez, lanzó a la circulación un suplemento gratis, que fué leído con avidez.

"¿Por qué pueden vencernos los yankees?" se preguntaba en su encabezamiento aquel pedazo de papel.

"Nada temeremos, decía, ni de los cañones ni de los ejércitos, ni de los acorazados de la gran República del Norte. Los que nos gobiernan no son niños y *"todo lo tenían previsto"*.... Pero nuestro peor enemigo somos nosotros mismos... No sabemos mostrar calma y fortaleza en los momentos difíciles, y ¿habrá alguien bastante extraviado para creer que el desorden interno puede remediar algo?

"Imitemos a los ingleses... Tengamos presente la conducta de esa gran nación cuando la guerra de Sud Africa. El Gobierno que había creado el conflicto sin estar suficientemente preparado, pudo convocar a nuevas elecciones en los momentos de los peores desastres, y los electores ingleses se precipitaron en masa para afianzar en las urnas a los gobernantes de la derrota... Era la hora de la acción y no la de la justicia... Esta vino más tarde, después de la victoria.

"Vencer a todo trance, debe ser nuestro único pensamiento, y Chile no perecerá."

La Federación de Estudiantes tenía organizado un gran meeting, para las diez de la noche, con el objeto de pedir la caída del Ministerio, la separación de la Iglesia y del Estado y el castigo de un sargento de policía, acusado de exceso de severidad en la represión de un desorden en el barrio de Barrancas.

La reunión tuvo gran éxito, y los manifestantes dieron muestras de tanta cultura como pudiera esperarse. Llamó, sobre todo, la atención el discurso de don Belarmino Parraguez, ex-pedagogo, destituído el año anterior por el Gobierno.

"Se nos arrastra a la barbarie; se nos tiene ya sumergidos en ella, vociferaba el elocuente tribuno, entre los aplausos de la turba estudiantil... ¿Qué significan esos decantados progresos con que el Gobierno pretende adormecer al pueblo?... ¡Bellotas para los cerdos de la piara de Epicuro!... Nada para el eterno espíritu del hombre... nada para la emancipación de las conciencias... ningún golpe asestado a la ignorancia y a la superstición...

"Hemos llegado felizmente al término ineludible de este gran paréntesis de nuestra vida intelectual y moral... El despotismo va a desplomarse víctima de sus propios errores. Acaso van a sufrir con ello los mismos intereses materiales en este pequeño rincón del mundo... pero la humanidad, la gran familia de que todos formamos parte... la civilización y el progreso, van a obtener una gran victoria... Aunque sea el cañón extranjero quien nos traiga ese supremo bien... no debemos creer que lo pagamos muy caro...

Al llegar el orador a ese párrafo audaz, se dejaron oir algunos silbidos, pero la gente menuda aplaudió con frenesí... Al fin y al cabo eran los educandos del propio Parraguez.

"Nuestras provincias septentrionales están invadidas y en pocas horas el cañón norte-americano va a reducir a la nada, esas soberbias regiones estériles, en que un Gobierno estúpido ha concentrado todas las energías del alma nacional.... ¡Polvo y vanidad!... Tales serán los únicos frutos que nos quedarán a la postre, de la dominación que nos aplasta...

"Sea permitido a una víctima del despotismo el levantar su voz en esta hora solemne... Como ese hombre poderoso que desde tierra extranjera, contempla impasible la ruina del Estado que él preparó... yo también os llamo a la guerra... ¡Guerra!... ¡Guerra!... pero a la ignorancia, a la supercheria, al atraso y a la tiranía... Nuestras armas no son los cañones fratricidas, sino el periódico y el libro... nuestro escudo... la conciencia humana... y esto matará a aquello"..

¿Hubo chilenos para aplaudir semejante discurso? Si los hubo por cierto.... de los educados por Parraguez...

El ex-pedagogo fué llevado en triunfo... Un matancero del cuadro, encabezaba la reunión agitando un estandarte en que se leía en letras rojas esta simpática divisa... "Instrucción Popular"!..

.. ..

de cultura no terminen sin vidrios rotos.

De pronto el cielo pareció iluminarse Un fulgurante rayo de luz, desprendido del techo de la imprenta amenazada, dibujó en las sombras de la noche un castillo de fuego... Cuarenta mil miradas se dirigieron hacia arriba... Allá en las nubes se leían estas palabras:

"Chile Nuevo"

"¡Panamá ha sido ocupada por nuestra escuadra!"

Se produjo un hondo silencio en la poco antes bulliciosa reunión... Todavía alguien intentó gritar, pero de todos los ámbitos de la populosa ciudad, se levantaba ya un gigantesco clamor de ¡Viva Chile!...

Parraguez se deslizó prudentemente por una calle atravesada...

*

Lord Ramsden, almirante de la escuadra británica, era el inglés más callado y taciturno, de cuantos vieran la luz bajo el nebuloso cielo de Albión. Por reacción natural, Tellez, que, en ocasiones normales no era muy hablador, sentía irritada su locuacidad al contacto de aquel gringo mudo y solemne.

En la noche misma de la salida de Plymouth, hubo Consejo de Guerra a bordo del "Royal Sovereign", buque almirante. Allí Tellez se lo habló todo. Lord Ramsden y el príncipe Eitel, jefe de las fuerzas alemanas, se limitaron a aprobar con sendos movimientos de cabeza los planes del diputado por Castro y Quinchao.

Concluído el Consejo, Tellez invitó a Lord Ramsden a jugar un cacho en la cámara del comandante. El inglés aceptó, aunque el acto le pareciera un tanto "improper".

Lord Ramsden hizo cuatro series Tellez tiró a su vez, y al primer golpe de dados, hizo cinco ases.

—He perdido, dijo tranquilamente.

—Al contrario, repuso el inglés con toda gravedad.

—En Chile, objetó Tellez, el que hace cinco ases al primer tiro, debe pagar, sin apelación, una botella de champagne... Aquí no estamos en Chile, pero como si lo estuviéramos... Mozo... Trae un Cordon Rouge.

Lord Ramsden no hizo objeción.

—Nosotros, los chilenos, dijo Tellez, nos parecemos a ustedes los ingleses, en que necesitamos beber un poco, para alegrarnos y aún para tener ideas... En ayunas somos malhumorados e insoportables.

Por toda respuesta Lord Ramsden, se bebió un vaso de un sorbo.

—¿Y qué le parece nuestro plan de guerra, señor almirante? continuó Tellez.

—All right, repuso Lord Ramsden.

—Sí... muy bueno, pero los norte-americanos no son de despreciar... Al fin y al cabo son hijos de ingleses, dijo Tellez. Todos los pueblos son valientes, cuando llega la hora del peligro, pero sólo hay dos que en mi concepto poseen esa cualidad en alto grado: la Inglaterra y Chile... Cuando menos la historia de ambas naciones me confirma más y más en esta idea. ¿Quién venció al genio de Bonaparte? No fué por cierto el dinero de los ingleses... Ellos lo derramaron a manos llenas durante su lucha titánica de veinte años en contra de Napoleón y de la Revolución Francesa, sin cosechar sino derrotas y desengaños... Pero cuando en España primero y en la Bélgica en seguida, opusieron al gran capitán del siglo XIX sus propios soldados, y no ya libras esterlinas, el coloso hubo de derrumbarse.

—¡Oh! yes!...

—Porque no fué el talento de Wellington, el que venció en Waterloo. El duque de fierro era un general bastante mediano... pero conocía a sus soldados. "Aquí lo mismo que en España, les dijo, el secreto de vencer es no dar jamás la espalda al enemigo... Los soldados que vais a combatir no son otros porque los mandó Napoleón! Y así fué: las profundas combinaciones del gran estratégico, se estrellaron contra el indomable valor de los ingleses, que supieron morir sin retroceder un paso.

Lord Ramsden, asintió con la cabeza.

—Nosotros también tuvimos un Wellington... El general Baquedano... Acaso Ud. no le conozca ni de nombre y es una lástima... El llamaba francesadas a la estrategia, y no supo sino una táctica... la de mandar el ataque de frente y a paso redoblado... Es que si Wellington conocía a los ingleses, Baquedano no ignoraba a los chilenos... Los generales valen como los políticos, tanto más, cuan-

to mejor conocen a los hombres que deben mandar.

Lord Ramsden, por toda respuesta, se echó al cuerpo otra copa de champaña.

—Pero hay otra cosa, continuó Tellez, que no debe olvidarse en la guerra, y es el adversario. Nosotros vamos a combatir contra los norte-americanos, contra esos descendientes de ingleses, que sin duda no son indignos de sus padres... ¿Conoce Ud. almirante la teoría de la selección?

Lord Ramsden no se dignó contestar.

—Pues es muy sencilla, dijo Tellez... Aplicada al caso presente, la selección no puede haber sido desfavorable para los Estados Unidos. ¿Qué ingleses emigraron a América durante los siglos XVII y XVIII? No fueron seguramente los más perezosos, ni los más débiles, ni los de menos iniciativa. Fueron, por el contrario, hombres animosos, que no quisieron doblegarse ante las persecuciones religiosas, y bastante alentados para buscar fortuna más allá del océano.

—¿Y entonces? preguntó Lord Ramsden.

—Entonces, repuso Tellez, quiero decir que debemos poner el cuero tieso, como dicen en Chile, y sobre todo no intentar imposibles. Ni la Inglaterra, ni la Alemania, ni la Confederación del Pacífico, pueden soñar en vencer a los Estados Unidos dentro de su territorio, en el centro de sus recursos y de su poderío. Hace siglo y medio, cuando las colonias inglesas sublevadas contaban sólo cuatro millones de habitantes, supieron conservar su independencia, obligando a retirarse a los ejércitos de la metrópoli.

Lord Ramsden se creyó obligado a pronunciar entonces unas cuantas palabras.

—Vamos entonces a perder el tiempo, dijo sencillamente.

—No por cierto, arguyó Tellez, pero no vamos a conquistar los Estados Unidos, sino a defender la independencia de Panamá y la de la América del Sur. Conseguido este resultado, nuestro plan de operaciones estará concluído. Las instrucciones de nuestros Gobiernos son harto claras al respecto.

—Temo que lleguemos demasiado tarde para defender a Panamá, dijo Lord Ramsden.

—Entonces la ocuparemos de nuevo, repuso Tellez con calma sublime.

Un ayudante, penetró en ese momento en la cámara.

—Se está recibiendo, dijo, un marconigrama cifrado para Mr. Tellez.

El aludido se levantó como movido por un resorte y salió disparado en dirección a la oficina del inalámbrico. Lord Ramsden no pestañeó.

. . . . . .

Veinte minutos después, el diputado de Castro y Quinchao regresó a la cámara en compañía del príncipe Eitel, que había abandonado apresuradamente el lecho en simple *pijama*.

—¿Tiene Ud., almirante, preguntó Tellez, un hidroplano de quinientos caballos que pueda armarse en tres cuartos de hora?

Lord Ramsden inclinó afirmativamente la cabeza.

—Le ruego me lo facilite, continuó Tellez... Voy de viaje... Y, entre paréntesis, ¿a qué altura nos encontramos?

—A los 35° 55' de latitud, 28° 05' de longitud, contestó Lord Ramsden sin titubear... Tenemos todavía setenta horas hasta las Barbados... ¿Y a dónde se marcha Ud?

—A Washington, repuso Tellez.

*

El secretario de Estado del Gobierno de la Casa Blanca no se daba un instante de reposo. Apenas dormía tres o cuatro horas en la noche, y sin embargo estaba tan atrasado en sus cuentas con el tiempo, como suelen estarlo con las suyas en el Banco los corredores en tiempos de crisis.

La situación era difícil. Los norte-americanos son demasiado soberbios y confiados en sí mismos, para perder la cabeza ante los peligros exteriores, pero Mr. Robinson, no podía ignorar que cualquiera que fuese el resultado de la guerra, el Gobierno del partido progresista, fundado 15 años atrás, por el ahora anciano estadista y presidente, Mr. Teodoro Roosevelt, no resistiría a las consecuencias de la inmensa aventura en que se había embarcado.

En la grande y trágica hora de las grandes responsabilidades, el propio Robinson, el apóstol del imperialismo agresivo, comprendía que el intento de cerrar con llave y bajo cañones la puerta comercial de todo un mundo, excedía en



Matanza de americanos en Méjico

arrojo y acaso en imprudencia, a cuanto intentaran hasta la fecha las naciones más poderosas del mundo.

Se había comenzado por poner manos violentas sobre el patrimonio territorial de una nación amiga, sin invocar otro derecho que el de la fuerza... El despojo de Colombia era el de todo un continente, el de toda una raza... Sud América, débil entonces, pareció resignarse, y cuando se abrió por fin el canal de los dos mares, gobiernos y pueblos, se regocijaron del progreso alcanzado.

Mientras la prudente administración de los demócratas yankees se limitó a conceder a los buques americanos ventajas moderadas que no excluían la competencia de las otras naciones, en el tráfico del istmo, de Europa, la América del Sur y la Confederación del Pacífico, no sintieron mayores alarmas.

Sin embargo, los celos y las rivalidades comerciales permanecían latentes, sobre todo en las grandes naciones del Viejo Mundo. Méjico y Centro América, gobernados por medio de simples procuradores indígenas, instrumentos ciegos del Gobierno de Washington, que los derribaba al primer intento de independencia, habían ya cerrado sus mercados por medio de tarifas prohibitivas, a la industria de Europa. La situación era prácticamente la misma en Panamá, y sin el advenimiento de Tellez, sin su gran obra de la Confederación del Pacífico, la independencia comercial de Sud América, no habría conocido mejor suerte.

Las tarifas de la Confederación, inspiradas en un proteccionismo prudente, eran iguales para todas las naciones, y en balde los activos y celosos agentes del Gobierno de los Estados Unidos, habían intentado conseguir privilegios en favor de las mercaderías yankees, de acuerdo con la nueva fórmula de la doctrina Monroe, adoptada en la Casa Blanca.

Los habituales recursos usados por los Estados Unidos, el fomento de revoluciones, el soborno de congresales, se estrellaron contra la acción infatigable de Tellez, y su inmenso prestigio.

Fué en 1923 cuando el anciano Roosevelt, elevado dos años atrás a la Presidencia, se decidió a cortar por lo sano. Lo que no podía obtener por medio de tarifas de privilegio en las repúblicas sud-americanas del Pacífico, lo obtendría con el manejo del canal de Panamá.

La ley Roosevelt cerró prácticamente el paso del istmo no sólo a las naciones no americanas, sino a las mercaderías de procedencia europea.

El Congreso de la Confederación contestó alzando en igual forma las tarifas aduaneras, para los productos norte-americanos. Roosevelt, a su vez, cerró las puertas de los Estados Unidos a las procedencias de la Confederación.

La lucha parecía desigual: la agricultura de los Estados tropicales de la Confederación, cayó en una espantosa crisis, mientras la guerra de tarifas, cerraba los mercados yankees y encarecía la vida y la producción. Fué un terrible momento para la supremacía de Tellez.

Ahora el conflicto iba a resolverse por las armas... Y, justo es decirlo, en los Estados Unidos nadie dudaba sinceramente del éxito... El país estaba unido como una barra de acero. Los demócratas, que tanto combatían la política de Roosevelt y Robinson, les ofrecían ahora su concurso entusiasta. El honor del país estaba de por medio.

Ni un solo norte-americano dejó de afectar desdén por la sorpresiva toma de Panamá. "Antes de quince días, será otra vez nuestro", se limitó a decir al unísono la prensa yankee, y en efecto los preparativos de la gran nación fueron formidables; al parecer nada era capaz de resistirlos.

Pero el éxito del audaz golpe de mano fraguado por Tellez, tuvo proyecciones que en un principio nadie pudo sospechar.

En Méjico, la nación entera se levantó como un solo hombre en contra de la dominación extranjera. El Presidente Hinojosa fué despedazado materialmente por las turbas enfurecidas, que lo acusaban de vendido al Gobierno de Washington. En ocho días, doscientos mil norte-americanos, hombres, mujeres y niños, fueron desollados en las diversas ciudades mejicanas, sus propiedades arrasadas, sus ferrocarriles destruídos, sus fábricas y sus minas entregadas al saqueo y al incendio.

Esta explosión terrible de pasiones, por largo tiempo comprimidas, causó en Estados Unidos más sensación, que el hecho de armas ocurrido en Panamá. La prensa norte-americana nada dijo, sino para excusar tan vergonzosos horrores, pero la

opinión sensata se decía al oído, lo que por decoro nacional no podía estamparse en letras de molde.

He aquí, pensaban, centenares de miles de víctimas inocentes; he aquí ingentes capitales convertidos en humo; he aquí el odio declarado de todo un continente, por haber los Estados Unidos intentado salirse de sus grandes tradiciones de respeto al derecho, y a la libertad, a la independencia de los pueblos. La conquista por el dollar, la dominación económica, no es más respetable en el siglo XX, que lo fué en el anterior el despotismo de la espada y del fusil. La prosperidad que buscábamos por medio del monopolio irritante, aplastando a los débiles con el taco de la bota, se ha convertido en ruinas, en desolación y en sangre. ¿Qué sacaremos de nuestras victorias después de la guerra?... Mayores odios... enconos más irritados. La política de Robinson nos ha conducido al terrible dilema de ser o los amos de la América latina, por la espada y la guerra, o de vernos excluídos del comercio del continente.

Tal era el sentimiento dominante en los Estados Unidos y Robinson no lo ignoraba.

Nada había sabido resistir al imperialismo americano, ni a las ambiciosas miras de su caudillo, hasta el día funesto en que desde el seno de una isla húmeda, selvática, semi-bárbara, perdida en los confines antárticos del mundo, surgiera ese individuo estupendo, que parecía no dudar de nada, y que se multiplicaba como un genio sobrenatural, cada vez que era necesario asestar un golpe a la conquista anglo-sajona de la América.

¡Cómo detestaba Mr. Robinson a Tellez! Se lo imaginaba nervioso, populachero, charlatán, desbordante de quimeras y de frases de ropa hecha, dominando a las muchedumbres de mestizos ignorantes e impresionables, que en su concepto formaban la América española, por la facundia hueca y las promesas pomposas.

Porque el desprecio que siente el yankee hacia sus hermanos del Sur, adquiría en Mr. Robinson los caracteres de una enfermedad.

—Sí!... decía aquella tarde el secretario de Estado, paseándose por su despacho... lo aplastaré... No desafiará impunemente ese Napoleón de Opera Cómica, ese dictadorcillo de las ridículas repúblicas del trópico, el poder de los Estados Unidos.

Y, uniendo la acción con la palabra, Mr. Robinson se precipitaba sobre un Tellez imaginario y hacía ademán de estrangularlo.

De pronto vió abrirse la sala de su despacho; alguien atropella al edecán de servicio, y penetra tranquilamente a la habitación.

En presencia de ese desconocido, el Ministro comprime su furor...

—¿A quién tengo el honor de hablar? pregunta con tono de tranquila dignidad... ¿Cómo entra Ud. así?

—El edecán se negó a pasar a S. E. mi tarjeta, repuso el desconocido, no me ros sereno.

—Tenía orden de proceder así.... dijo el secretario de Estado... No estoy visible...

—Ni yo soy hombre de hacer antesalas, repuso el intruso. Necesito hablar urgentemente con S. E... Algunas horas más y ya será tarde...

—¿Está Ud. loco? preguntó el Ministro.

—Puede ser, repuso el desconocido... Aquí tiene S. E. mi tarjeta.

Mr. Robinson lanzó una mirada sobre aquel trozo de cartulina... En ella se leía este nombre

"Julio Tellez"

Hay rasgos de audacia, que por su enormidad misma, paralizan a los caracteres mejor templados. Mr. Robinson se quedó inmóvil, sin saber qué hacer.

En honor de la verdad, su primer movimiento no fué el más generoso... Quiso arrojarse sobre él impávido y derribarle allí mismo a bofetones... En seguida pensó llamar a la guardia para prenderlo... Al cabo no optó ni por lo uno ni por lo otro... La dignidad de su puesto, la orgullosa alma de su espíritu anglo-sajón, le detuvieron; aunque la presencia de ese hombre en ese instante y en ese sitio, le hacían las veces de un atroz insulto.

Tellez esperó tranquilamente, y sin pronunciar una palabra, el desenlace de la crisis. El Ministro, más pálido que una hoja de papel, fué el primero en romper el silencio.

—No creo, Mr. Tellez, dijo con amarga

ironía, que la situación que Ud. parece ocupar en la América del Sur, le coloque por encima de las conveniencias internacionales y del derecho de gentes... El país de Ud. está en guerra con el mío... Ello parece absurdo, pero es la verdad... Ud. no viene ni puede venir aquí en carácter alguno diplomático; no lo ampara inmunidad alguna... Yo puedo tratar a Ud. hasta como un espía... y en todo caso como un atropellador y un insolente...

Tellez no se inmutó.

—Es la verdad, dijo con sencillez... S. E. tiene razón que le sobra... Pero si hombre alguno puede colocarse fuera del derecho de gentes, hay casos en que todas las fórmulas valen muy poco... Yo no tengo en mi país posición oficial... soy un simple diputado, y no del Congreso de la Confederación, sino del particular de Chile.... En el momento actual, puede Ud. darme o negarme el carácter que prefiera... Yo me considero agente confidencial... Tengo poderes que voy a exhibir...

La cólera del Ministro había llegado a su colmo...

—No los exhibirá usted, dijo... No quiero escuchar a usted una palabra más.

—En dos horas más, dijo Tellez, las esclusas del canal de Panamá, van a volar por los aires, al impulso de cien toneladas de dinamita... Con algunas palabras que S. E. me escuche, ello puede evitarse.

—La cabeza de Ud. responderá de ese atentado brutal, vociferó Mr. Robinson... No sobrevivirá Ud. a las esclusas del canal.

Tellez no pestañeó.

—Conforme, dijo; puede S. E. descuartizarme si quiere, pero con todo, responderá algún día ante su país de la pérdida de todos los titánicos esfuerzos que le cuesta esa obra colosal. Y si S. E. cree que tamaño sacrificio queda compensado con mi cabeza, veo que ésta vale bastante, en concepto de un estadista como S. E.... Ello me honra infinito.

—Ud., exclamó Mr. Robinson, es en América el desorden, la guerra y la locura... Ud. ha sacrificado a su orgullo y a su odio, la obra de progreso y de civilización en que los Estados Unidos se han empeñado, en pro de ese desventurado continente... Su desaparición, se lo confieso, me consolaría en parte, de la pérdida que el mundo, y mi país van a experimentar a consecuencia de la barbarie de Ud...

Tellez permaneció tan impasible como antes...

Si S. E. juzga, dijo, que la opinión norteamericana participa del modo de pensar de S. E.. abramos estas puertas y que las palabras de S. E. resuenen en toda esta gran República... Entonces, señor, acaso no sería S. E., en el concepto de sus conciudadanos, el que aquí representa la civilización, el progreso, la prosperidad de la América, y los intereses de los Estados Unidos...

—¿Y es don Julio Tellez quien representa todo eso? ¿Es don Julio Tellez quien viene a dar lecciones al Canciller de los Estados Unidos... Lo repito: está Ud. loco...

—A los locos se les compadece y no se les odia, ni se les fusila, dijo Tellez tranquilamente... Señor, agregó con entonación suave y melodiosa, loco o cuerdo, oígame S. E.... Hasta ahora el honor de los Estados Unidos está incólume... Seguro estoy también de que esta gran nación sabrá mantener en lo futuro muy alto ese honor. Va a iniciarse una lucha larga y sangrienta... Quiero suponer que los Estados Unidos sean en ella vencedores, que puedan dominar por el fuego y el hierro a todo el continente... que la Europa quede vencida y resignada... ¿No es verdad, señor, que es mucho suponer?... Pues bien, aunque así sea, ustedes no dominarán sino sobre cadáveres y ruinas... La América del Sur, no quiere ser esclava sino libre.... La sangre que está corriendo en Méjico nos lo está mostrando con terrible elocuencia... S. E. responderá ante la humanidad de tales desastres....

—El dado está tirado, y ya no es tiempo de retroceder, repuso Mr. Robinson con acento sombrío.

—Vuelva S. E. a llamarme loco, dijo Tellez, con infinita tristeza, pero yo creo traer a S. E. el secreto de llegar a ser desde hoy el hombre más grande de la América... He dicho que traigo poderes... Ellos son suficientes para firmar una paz, tan honrosa para los Estados Unidos, que el nombre de Robinson, será colocado en lo futuro al lado del de Monroe... S. E.. y yo vamos a dictar ahora mismo las bases inconmovibles sobre que reposará en adelante el derecho público de la América y la paz del mundo... Vamos a servir a la humanidad.

Extraño efecto el de esa palabra en los labios de aquel hombre formidable. Mr. Robinson, a su turno se iba sintiendo presa de la fascinación irresistible que irradiaba de la personalidad de Tellez.

—Hable Ud.... señor... dijo, después de una corta vacilación; le escucho.

—Los Estados Unidos, dijo Tellez, por su situación geográfica, necesitan y tienen el poder y el derecho de exigir una comunicación marítima exclusivamente suya, entre sus costas del Atlántico y sus costas del Pacífico. Los aliados le reconocen este derecho con todas sus consecuencias, esto es, la soberanía del Canal y de su zona : la facultad de imperar para su tránsito las tarifas que crea convenientes en protección de su comercio...

—¿Entonces, por qué estamos batiéndonos? preguntó estupefacto Mr. Robinson.

—Era lo que yo me preguntaba hace treinta horas a bordo del Royal Sovereign, y no encontrando al problema una respuesta satisfactoria he venido, y aquí estoy, repuso Tellez. ¿Puede alguien negar a una nación soberana el derecho de abrir un canal de navegación, en su propio territorio, y cobrar en seguida a quien se le dé la gana, las tarifas que mejor les parezca?... No, y mil veces no...

—Eso es lo que yo he venido sosteniendo, desde que ocupo la secretaría de Estado, dijo Mr. Robinson, con visible satisfacción.

—Lo reconozco, dijo Tellez, por eso, si a S. E. le parece bautizaremos esta doctrina, con el nombre de la doctrina Robinson... ¿No le decía yo a S. E. que iba a convertirse en el rival de Monroe.

El aludido no cabía de satisfacción en su pellejo.

—La doctrina Robinson: convenido, dijo.

—Bien, continuó Tellez, si S. E. quiere podemos dejar establecido este principio en el encabezamiento de las bases proyectadas.

Y el diputado de Castro y Quinchao se sentó a escribir con la mayor desenvoltura...

—¿Qué le parece a S. E. la redacción? preguntó en seguida alargando el borrador a Mr. Robinson.

El aludido, leyó por dos o tres veces lo escrito.

—No veo, dijo, por qué no se menciona en esta declaración el caso presente, el derecho actual de los Estados Unidos en Panamá.

—Si S. E. se empeña estableceremos ese derecho como un corolario de la declaración general...

Mr. Robinson frunció el ceño.

—Eso quiere decir, observó, que podrían presentarse otros casos.

—Ya lo creo, repuso Tellez. Venga S. E. a la ventana. ¿Ve S. E. a ese individuo pequeñito que fuma un cigarro muy grande, junto a la esquina de la Avenida Pensilvania...? Pues ese es el chico Undurraga, secretario general del canal marítimo a nivel que vamos a abrir en territorio de la Confederación, por el río Atrato... S. E. comprenderá que es muy justo, se apliquen a ese canal los mismos principios que el de Panamá.

—De modo, dijo Mr. Robinson, que los propietarios de ese canal, la Confederación del Pacífico, en una palabra ¿pretenderá imponer también allí tarifas a su albedrío?... Mi gobierno difícilmente consentirá en semejante cosa... Un canal a nivel, junto al nuestro de esclusas! La competencia sería ruinosa.

—Pero, ¿y la doctrina Robinson? preguntó Tellez con exquisita suavidad...

—Sí, pero supongo que habrá medio de arreglar estas asperezas entre naciones amigas, dijo el autor de la citada doctrina.

—Los hay, repuso Tellez... La Confederación del Pacífico está dispuesta a conceder a los buques de los Estados Unidos iguales franquicias que a los suyos propios en el futuro canal del Atrato...

—Declarémoslo así, dijo Robinson.

—Pero en cambio, los Estados Unidos, nos concederán recíprocamente la misma ventaja en Panamá...

El autor de la doctrina Robinson, no tuvo más remedio que contestar afirmativamente.

—Redactaré entonces, dijo Tellez.

Dos minutos después, el Secretario de Estado hubo de leer lo siguiente:

"Como corolario de la anterior doctrina los Estados Unidos en el canal que actualmente poseen en territorio sujeto a su soberanía en el istmo de Panamá, gozan del derecho de establecer a su voluntad las tarifas y condiciones de tráfico de

buques en el expresado canal. El mismo derecho gozarán los ex-propietarios del Canal proyectado sobre el río Atrato, que se abrirá en territorios pertenecientes a la Confederación del Pacífico, esto es a saber dicha Confederación, S. M. el Emperador de Alemania y S. M. el rey del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda.

"Por concesión especial, los buques que naveguen bajo el pabellón de cualquiera de las altas partes contratantes, gozarán de idénticas franquicias, tanto en el Canal de Panamá como en el futuro canal del Río Atrato."

—Me parece, dijo Mr. Robinson con ademán pensativo, que esto se parece terriblemente, a lo que Uds. los aliados, exigieran antes de iniciarse la guerra...

—Vea, S. E., lo que es la manera de pensar las cosas, repuso Tellez... Nos íbamos a romper la cabeza y estábamos de acuerdo... Porque todo este tratado no es sino la consecuencia lógica de la doctrina Robinson.

—Así es, observó el aludido, tragando mucha saliva.

. . . . . .

Media hora después el telégrafo se encargó de esparcir por todos los ámbitos del mundo la gozosa nueva de la paz.

Julio Tellez, recibió millares de felicitaciones, y una carta encomiástica de don Juan Enrique Lagarrigue.

Pero no es la historia de sus triunfos sino la de sus trabajos la que nos habíamos propuesto referir.

J. B. C.

NUEVO DESCENSO AL CRATER DEL VESUBIO

El profesor Alejandro Malladea, ayudante del Observatorio del Vesubio, acaba de realizar una nueva arriesgada prueba en el interior del volcán.

En Mayo de 1912 el valeroso sabio había bajado ya al fondo del cráter, que en esa época presentaba condiciones de acceso relativamente fáciles. Durante la erupción de 1906, el cono de cenizas se hundió y sus escombros formaron al fondo de la cavidad una especie de plataforma que cubría las materias incandescentes de las grandes profundidades. En tanto que las lavas no se encuentran excesivamente impelidas del interior, sólo asoman por las grietas unos escapes de vapor azufrado, las fumarolas, que salen del fondo o de las grietas de las paredes del cráter.

El profesor Malladra alcanzó al borde de este orificio y pudo fotografiarlo, para lo cual debió bajar a una profundidad de doscientos cincuenta metros.

Las paredes de la entrada erizadas de estalactitas de lava reciente. En su borde la temperatura era intolerable, parecida a la que se desprende de la boca de un horno de fundición. Su intensidad llega a tal extremo que no pudo medírsela. El termómetro de máxima fué bajado a 50 metros atado a un cable metálico; esta cuerda fué retirada completamente oxidada y sin termómetro. Se bajó después un cable equivalente al que se había amarrado muchos cilindros de metales variadamente fusibles: el cable fué rápidamente devorado por los ácidos y no pudo sacarse más que una pequeña parte.

En la gran fumarola amarilla se obtuvo una temperatura de 330 grados.

En fin, y este es el resultado más interesante de la exploración, se ha constatado que el Vesubio se encuentra en la faz *hawaiana*, es decir, una faz en que aparecen lavas muy fluídas y a una temperatura extremadamente elevada, tal como se observa en el volcán Kilauea, de Hawai. Esto se ha comprobado principalmente por la forma de la lava, delgada como filamentos, y que por esta razón se ha ganado el nombre de cabellos de Peleo."

LA VIDA DE UN GRAN SABIO

J. H. Fabre, el anciano naturalista de Serignan, de quien esta revista ha publicado tan hermosos trabajos, es uno de los primeros sabios de nuestro tiempo. La fama de un hombre es difícil de medir pero puede asegurarse que la de Fabre es muy limitada, en proporción a su mérito. Aunque los sabios se inclinan ante la superioridad de la ciencia del modesto entomólogo, aunque los biólogos le ensalzan y aunque le conoce y le aprecia cierto público, hay mucha gente que no le conoce o le conoce mal.

La vida de Fabre es una de las más interesantes que pueden contarse. Es una vida sencilla; es la historia humilde y trágica de una lucha obstinada entre dos adversarios irreductibles; por un lado las más precarias condiciones en la lucha por la existencia, y por otro la fuerza irresistible de una vocación que le llevaba al estudio del mundo de los seres animados y en particular de los insectos.

Nació el 2 de Diciembre de 1823 en Saint Leons, y desde muy pequeño le entusiasmaron las ciencias naturales. Pero sus padres eran unos pobres aldeanos que no podían pagarle la pensión en el colegio de Rodez. A fuerza de inteligencia y de trabajo logró conquistar una beca en la escuela normal de Avignon. A los diez y ocho años era profesor de la escuela de instrucción primaria de Carpentras y estudiaba sólo para llegar a ser licenciado y profesor de física y química en un colegio de Ajaccio (Córcega). Después explicó las mismas asignaturas en Avignon, donde pasó treinta años hasta que al fin pudo retirarse a su casa con su mujer y sus hijos, y 1,600 francos de retiro.

Sus primeros trabajos, que desde el principio llamaron la atención de los maestros de la ciencia, aparecieron en los "Annales de sciencies naturelles". A éstos siguieron otros que causaron admiración, pero si su autor quería vivir tenía que dedicarse a hacer investigaciones de química industrial: consiguió fabricar con una pureza completamente nueva la alizarina, principio tintóreo utilizado en la industria de la rubia, y los primeros ensayos le permitieron entrever como consecuencia de su descubrimiento alguna ganancia que le asegurase la independencia de la vida y la tranquilidad para los estudios entomológicos a los cuales venía dedicando todos los momentos libres que le dejaban las ocupaciones indispensables para ganar el sustento. Pero en el momento preciso de obtener el producto de sus trabajos se descubrió la fabricación artificial de la alizarina y echó por tierra sus esperanzas industriales. Entonces se decidió a pedir a su pluma aquella independencia para la vida material que sus retortas le negaban y comenzó a escribir los "Recuerdos entomológicos". El éxito renovado al aparecer cada nuevo tomo convirtió poco a poco la serie en la obra capital, y a los ojos de todo el mundo, en la obra entera de Fabre.

El subtítulo que el entomólogo pone al conjunto de su "Recuerdos" expresa admirablemente su carácter, porque los presenta como "estudios sobre el instinto y las costumbres de los insectos", lo cual promete a la vez preocupaciones teóricas y observaciones. Al pronto y juzgando muy superficialmente parece que estas últimas deben ser lo esencial de la obra y que hay que considerar al autor como un admirable narrador de anécdotas o, si se quiere, como un cronista de los insectos, pero al leer sus páginas se echa de ver en seguida la elección, el método y la resolución que presiden a todas estas investigaciones, las cuales pueden parecer casi como incoherentes y que, por el contrario, son profundamente sistemáticas y están sólidamente ordenadas.

Aunque Fabre no sale jamás, por decirlo así, del mundo de los insectos, tiene entre éstos sus preferencias. Se ocupa poco de los insectos sociables y de los que son notables especialmente por su belleza, como los lepidópteros. Los que le atraen son

M. HENRI FABRE



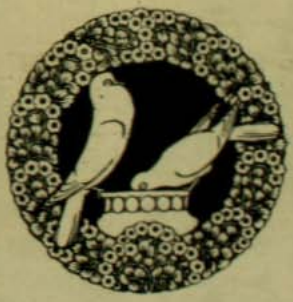
Famoso Entomologista francés

aquellos que manifiestan aptitudes técnicas singulares, en apariencia inexplicables, o que poseen costumbres de aspecto anormal. A éstos los sigue de cerca durante años enteros, unas veces en su medio natural y otras en el laboratorio. Le interesan su modo de alimentarse, su actitud con la progenitura y su vida sexual. Aparte de algunos asuntos accesorios, estas son las tres grandes preocupaciones de su estudio. Saber por qué y cómo fabrica el escarabajo bolas de diverso tamaño con excremento de mula, asno o caballo, o cómo tal "Cerceris" caza tal "Buprestido" y lo lleva a su antro, donde lo guarda para comérselo como una conserva en vivo, paralizada por medio de la inyección de un veneno en su sistema nervioso; observar cómo prepara la madre el alimento para las larvas futuras, de qué modo dispone sus huevos, cómo nace el insecto, cómo crece, cómo se metamorfosea y cuáles son sus aptitudes; saber que los diversos insectos tienen amores diferentes; que las cantáridas son de una cortesía encantadora, mientras que las hembras del escorpión y de la Mantis religiosa, tímidas ante sus pretendientes los matan o los devoran vivos cuando llegan a ser sus esposos, esto es lo que importa a Fabre. Para llegar al conocimiento verdadero de tales hechos mulplica no sólo sus observaciones, sino sus experiencias.

De paso busca y encuentra las condiciones internas o externas de los fenómenos observados, descubre hechos fisiológicos admirables y los expone con estilo vivo y nervioso. Con él se recorre lo más imprevisto y lo más conmovedor de los mundos y parece que este paseo es el verdadero objeto y el verdadero placer del sabio.

Fabre es un observador tenaz y sagaz, un artista que sabe evocar para los demás lo que ha visto él solo, y es a la vez un filósofo que quiere comprender lo que ve, que reflexiona constantemente sobre el espectáculo y que ataca en realidad, por las tres direcciones dominantes de su observación los más altos problemas de la biología. El subtítulo de su obra nos indica muy bien su idea fundamental, la gran cuestión que le obsesiona y que precisamente determina la elección de sus estudios: la cuestión del instinto.

Su incansable actividad para el estudio es hija de su desconfianza en las doctrinas de los demás. El, que por las escaseces de sus medios, pudo entregarse a la desesperación resignada y contentarse con las doctrinas ya establecidas, no ha querido la abundancia del comerciante, ni las cómodas seguridades que sirven de blanda almohada a más de una reputación bien fundamentada; quiere verlo todo, comprobarlo todo y el resultado de esta característica de su carácter, es su magna obra.



PARA VIVIR CIEN AÑOS

La higiene en 22 mandamientos

Dedicada a los niños

Por el

Dr. PASCAULT

Traducida, corregida y adicionada por el Dr. Ramón Corbalán Melgarejo.

Miembro de la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile, presidente del Consejo Superior de Higiene.

LOS VEINTIDOS MANDAMIENTOS DE LA HIGIENE

(Para aprenderlos de memoria)

1 REGLAS PARA LA VIDA	*Dedicarás ocho horas al trabajo, al sueño y al solaz, respectivamente.*
2 REGULARIDAD	*Te acostarás y te levantarás temprano, igualmente.*
3 ABLUSIONES ..	*Todas las mañanas te lavarás de la cabeza a los pies, rápidamente.*
4 LIMPIEZA	*Te limpiarás los dientes, la boca, las orejas, y asimismo las uñas y los cabellos.*
5 ENDURECIMIENTO	*No temerás el calor ni el frío; pero sí los enfriamientos.*
6 VESTIDO	*Usarás ropa interior limpia, vestido amplio y liviano.*
7 RESISTENCIA	*Conseguirás mucha resistencia por ejercicios frecuentes.*
8 PUNTUALIDAD	*Ezonerarás el cuerpo a hora fija, exactamente.*
9 ASEO	*Quitarás el polvo, frotando con un lienzo húmedo.*
10 LUZ	*Inundarás de aire y de sol las piezas de tu vivienda.*
11 SALUBRIDAD.	*Respirarás un aire bien puro, conservando la boca herméticamente cerrada.*
12 INMUNIDAD ..	*Alejarás todo parásito para evitar enfermedades virulentas.*
13 COMIDAS	*Escogerás tus comidas con precaución y discernimiento.*
14 SOBRIEDAD...	*Observarás sobriedad, pero más estrictamente en verano.*
15 MASTICACION	*Mascarás bien los alimentos, y tragarás lentamente.*
16 MODERACION.	*Beberás agua pura a sorbos, solamente al fin de las comidas.*
17 REGIMEN	*Tomarás tres comidas cotidianas; la de la tarde poco abundante.*
18 ABSTINENCIA	*Te abstendrás de carne en la tarde, porque causa envenenamiento.*
19 TEMPLANZA..	*Te privarás resueltamente del alcohol y del tabaco, porque son venenos.*
20 AIREACION...	*Por fin, dormirás en la noche con la ventana ampliamente abierta.*
21 PREVISION...	*Cuando enfermes te cuidarás sin retardo, inmediatamente.*
22 SALUD INTEGRA	*Así conservarás la salud y vivirás hasta cien años.*

LA SALUD FISICA

Es mejor prevenir que curar

Cada cual puede tener influjo y dominio sobre su salud. Cuando enfermamos es, casi siempre, por culpa nuestra, porque hemos abierto la puerta a la enfermedad, ya por ignorancia, ya por imprudencia o por hábitos desordenados,—principalmente por ignorancia.

Se desconoce que *el hombre no se nutre sólo con alimentos*, sino también con aire y luz.

Se desconoce que *el hombre se envenena*

en cada instante de su vida con ciertos alimentos, y con los residuos que provienen de la función de sus órganos. Todo lo que exhala y secreta (aire de la respiración, sudor, esputos, orinas...) es un veneno para él y sus semejantes.

Se ignora que el hombre se fatiga y se agota más pronto de lo que debiera, no solamente cuando trabaja más de lo que le permiten sus fuerzas, sosteniéndose artificialmente con excitantes, como el alcohol, sino también cuando trabaja muy poco y enerva el cuerpo en la ociosidad.

Todos los excesos de más o de menos le son nocivos.

Ahora bien; cuando el hombre se alimenta insuficientemente, o se envenena, fatiga o agota más o menos, está a punto de enfermar: apenas bastará que coja un enfriamiento, o halle en su camino un gérmen de enfermedad, un microbio o un bacilo cualquiera.

Como se ve, el mal no viene por sí sólo: nos acomete porque estamos preparados para recibirlo; porque cuando gozamos de buena salud, no hemos tomado ninguna precaución, a fin de adquirir o conservar la resistencia que nos habría permitido evitarlo.

Para precaverse contra las enfermedades hay, pues, un remedio casi infalible, cual es, *cuidarse cuando uno está sano*, no con medicamentos, sino observando las reglas de higiene que vamos a exponer en este librito.

Las explicaremos con la mayor sencillez posible para que sean fácilmente comprendidas de los niños, (1) a quienes dedicamos este "código de sanidad", deseando que aprendan en él todos los preceptos necesarios para conservarse en buena y vigorosa salud, y vivir largos años.

Combate el mal antes que se arraigue: muy tarde, serían inútiles los recursos de la medicina.

REGLAS PARA LA VIDA

1. Dedicarás ocho horas al sueño, al trabajo y al solaz, respectivamente

Si quieres conservarte sano desarrolla a un tiempo el cuerpo y la inteligencia. El que no cultiva sino la inteligencia, debilita el cuerpo, y se vuelve incapaz de resistir las enfermedades. El que no ejercita sino los músculos enerva el espíritu, y se rebaja al igual del bruto.

Varía tus ocupaciones: no hay nada mejor para evitar la fatiga. Si estudias en los libros, alivia el espíritu en juegos al aire libre (7) (2). Si haces trabajos manuales, descansa el cuerpo por lecturas instructivas o amenas. Pero no permanezcas jamás en la inacción: *la ociosidad desgasta más que el trabajo.*

Cuando llegues a la edad adulta, es prudente consagrar *ocho horas* al trabajo; *ocho horas* al solaz (entretenimientos, cuidados higiénicos y comidas); *ocho horas*, poco más o menos, al sueño, nueve horas a lo más; siete horas por lo menos, antes más que menos. Esto no es tiempo perdido, pues trabajarás mejor al día siguiente.

Para los niños el tiempo destinado a sueño y a los entretenimientos, deberá ser más largo, tanto más cuanto más jóvenes sean.

En el período de quince a veinte años es muy recomendable intercalar el aprendizaje de un oficio en la educación de los jóvenes.

Todos los psicólogos han observado que la destreza de la mano ejerce una influencia beneficiosa en la precisión de las ideas y la energía de la voluntad.

Por otra parte, al mismo tiempo que tempera la actividad de la inteligencia, y la perfecciona, el trabajo manual completará la educación armónica del joven, a quien suministrará la facultad de ganar para vivir en cualquier circunstancia difícil, y contribuirá así a formar, por excelencia, el tipo del hombre libre.

El hombre ha sido hecho para trabajar, como el pájaro para volar.

LA OCIOSIDAD DESGASTA MAS QUE EL TRABAJO

2. Te acostarás y levantarás temprano, igualmente

Está en la naturaleza del hombre trabajar en el día y dormir en la noche. Trasnochar nos fatiga doblemente, nos causa una anemia rápida y una vejez prematura.

Así, pues, acostarse temprano; los niños deberán hacerlo inmediatamente después de comer (antes que la digestión haya comenzado); los adolescentes y los adultos dos horas, a lo menos, después de comer (cuando la digestión esté ya muy avanzada), esto es, a las diez de la noche a más tardar.

Levantarse temprano—a las cinco de la mañana, en verano; a las seis o siete, en invierno; si uno se despierta un poco antes, *hacer lo posible por no volverse a dormir.* Es menester aprovechar el aire de la mañana, incontestablemente más vivificante que el del medio día. Todos los que llegaron a viejos fueron madrugadores.

Levantarse tarde es casi tan dañoso a la salud, como acostarse tarde. Muchos de los que se quejan de cefalalgia, fatiga o inaptitud para el trabajo, falta de apetito, estreñimiento, etc., deben sus malestares a ese hábito detestable. Levantarse tarde hace enfermos y perezosos.

REPOSA PARA TRABAJAR MEJOR

---

(1) La higiene de los adultos no difiere de la de los niños, sino por algunas reglas especiales cuyo lugar no corresponde aquí.

(2) Los guarismos entre paréntesis remiten al número de orden de los **mandamientos.**

LAS TRASNOCHADAS ACORTAN LA VIDA (Bacon)

3. Todas las mañanas te lavarás de la cabeza a los pies, rápidamente

Se desconoce la importancia del cutis o se la olvida.

Cuando se unta enteramente un animal con barniz, muere *envenenado*. La causa de ello es que con la transpiración se expelen muchos *venenos* líquidos o gaseosos. Además, el sudor al evaporarse nos refresca cuando tenemos demasiado calor. Por otra parte, el cutis respira como los pulmones; ayuda al corazón, regularizando la circulación de la sangre. En fin, nos vigoriza por las sensaciones que nos da: ¿Conoces algo mas fortificante que un aire fresco o muy frío? ¿que una ducha o una loción?

Es, pues, cosa importante que cuidemos el cutis. Lávate todas las mañanas con bastante agua la cara, el cuello, las manos, etc. (7bis).

Cada semana toma un baño jabonoso de 34 a 35 grados, de diez minutos, a lo más; o hazte, por lo menos, una jabonada general.

Pero esto no basta: el cutis no está verdaderamente limpio, sino cuando lo hace por sí mismo, secretando el sudor. En verano, se transpira fácilmente; pero no en invierno. Entonces haz una carrera, lo más a menudo posible, para provocar la transpiración; en seguida, sécate a toda prisa.

Limpiarlo, aún no basta: ha menester *nutrirlo con aire* (puesto que respira) *y luz*. De donde la necesidad de baños de aire (7bis) y vestidos que dejan libremente pasar esos elementos esenciales a la vida. (6).

SI AMAS TU VIDA, CUIDA DEL CUTIS

4. Te limpiarás los dientes, la boca, las orejas y asimismo los cabellos y las uñas

La higiene está compuesta de cuidados minuciosos. Observa, pues, todos los que te indicaremos aquí; te evitarán muchos malestares y numerosas enfermedades.

1. Cuidados de la boca. Muchas enfermedades son causadas por seres pequeñísimos, visibles solamente al microscopio, que se denominan microbios, bacterios, bacilos... Ahora bien: la boca encierra miriadas de microbios, algunos de éstos muy nocivos: tales como los de la difteria (membrana), neumonía, erisipela, etc.

Si el individuo es suficientemente vigoroso esos microbios no causarán enfermedades, pero si *cariau los dientes*, descomponen los restos de los alimentos que, después de la comida, permanecen detenidos en los múltiples rincones de la boca. Los dientes se vuelven entonces dolorosos (*dolores de muelas*); a menudo determinan abscesos; en seguida, se quiebran. Perder los dientes parece nada; en realidad, es un *desastre*; porque sin ellos es imposible mascar convenientemente. Pues bien: el alimento imperfectamente mascado, daña al estómago, y no se aprovecha. (15).

Enjuágate la boca después de cada comida y, *sobre todo, antes de acostarte*, porque si aquélla no está limpia, los microbios gozarán a sus anchas toda la noche.

Usa en primer lugar el mondadientes de pluma de ave, y nunca uno metálico. En seguida, con un cepillo untado en buen jabón blanco frota en todo sentido, a fin de limpiar los dientes, fortificar las encías y desgrasar la lengua. Por último, enjuágate con elixir dentífrico.

Hecha esta limpieza, private de tomar dulces entre las comidas; de lo contrario, sería menester empezar de nuevo.

Evita llevar a la boca los dedos, el portaplumas o el lápiz. Estos objetos no están nunca limpios.

Por precaución consulta a un dentista cada seis meses. Sólo él puede descubrir una cárie que principia. Gastar en el cuidado de la boca, es el dinero mejor empleado.

II. Cuidados de las orejas.—Enrolla un poco de algodón hidrófilo bien limpio sobre un fósforo; mójalo en alcohol o agua de Colonia, y con él frota suavemente el interior de las orejas.

III. Cuidados de los cabellos—No los tengas demasiado cortos. Cada mañana desenrédalos, primero, con un peine ralo o escarpidor; péinalos suavemente con otro fino o espeso (no importa que arranques algunos; volverán a salir más tupidos después); por último, frótate la cabeza reciamente con un cepillo duro y muy limpio; cada quince días jabónala en agua caliente; en seguida, sécala bien, y unta los cabellos con brillantina, si están demasiado secos.

IV. Cuidados de las uñas.—Deberás conservarlas cortas, jamás *de luto*, si no quieres ser tenido por un niño mal educado.

V. Cuidados intimos.—Si los microbios viven en la boca por miriadas, son todavía mucho más numerosos en el estómago, en los intestinos y en la vecindad de los orificios por los cuales expelemos los residuos sólidos y líquidos de la digestión.

Así que hayas concluído tu compostura, no olvides de retirarte al tocador para sentarte sobre la palangana especialmente destinada a este uso, y lávate ampliamente.

La boca es el Paraíso de los microbios

PRESERVAR LOS DIENTES ES CUIDAR DEL ESTOMAGO

5.—No temerás el calor ni el frío; pero sí los enfriamientos

Las enfermedades causadas por el frío son raras; las que provienen de los enfriamientos son numerosas y a menudo graves

No tengas, pues, mucho miedo al frío; pero sí teme los enfriamientos.

Deberás temerlos, sobre todo, cuando estás transpirando, o aún ligeramente húmedo. Entonces, múdate de vestidos y de ropa interior; o sécate, poniendo el cuerpo al sol, la cabeza a la sombra. En todo caso, *evita con cuidado colocarte en una corriente de aire;* por ejemplo, entre una puerta y una ventana abiertas.

Si estás empapado de lluvia, más bien que pararte, continúa andando hasta que puedas quitarte los vestidos mojados, o introduce bajo éstos una hoja de papel espeso.

Si tienes sed, cuando estás bañado en sudor, acuérdate *a tiempo* que es peligroso tragar bruscamente un vaso de agua fría; bébela a tragos, dándole tiempo para calentarse en la boca, o mejor toma una bebida tibia, y te refrescará lo mismo, sin exponerte a ningún riesgo.

Un medio sencillo de precaverse contra los enfriamientos, *es endurecerse*, hacer de modo que el cutis sea menos sensible a los cambios de temperatura.

Para *endurecerte* sal en todo tiempo; acostúmbrate a no temer el frío, ni el calor, (a menos que sean muy extremos), ni el viento ni la lluvia.

Por otra parte, *aprende a cobrar afición al agua fría*: te fortalecerá, te dará mejillas sonrosadas y brazos vigorosos.

Para esto, en todas las estaciones, lociónate en la mañana de la cabeza a los piés con una toalla húmeda (7 *bis*). En verano, báñate en agua fría.

Para que un baño frío sea saludable, no lo tomes en ayunas, ni menos de tres horas después de una comida abundante; meterse en el agua inmediatamente después de haber comido, es querer matarse. Si uno está transpirando, no debe esperar secarse. Así es como se coge una enfermedad.

Echate, pues, al agua con resolución, y de golpe; zambúllete completamente.

En seguida, ejercítate en nadar; saberlo, puede serte útil en muchas circunstancias de la vida.

No prolongues tu baño más de diez minutos, o quince, a lo más; termínalo cuanto antes, si no entras en calor después del primer calofrío. Vístete rápidamente, y haz la reacción por una caminata a buen paso.

Ultima recomendación. Ningún baño frío, si estás indispuesto o muy fatigado.

Muchas personas se resfrían, y atrapan catarros, dolores de garganta o de oídos, únicamente por el frío a los piés. *Conservo, pues, siempre los pies calientes.*

Para conseguir este objeto, mantiénelos secos (médias y calzado secos y limpios); y *endurécelos.*

Para *endurecerlos*: en todas las estaciones, por la noche, antes de acostarte, sumérgelos un instante en agua muy fría, y sécalos, restregándolos vigorosamente con una toalla áspera.

Acostúmbrate, en verano, a andar con sandalias, sin medias; no hay nada más fortificante.

El baño frío no es beneficioso, sino cuando se tiene el cuerpo caliente, mientras y después de él.

EL CALOR DEBILITA, ENERVA.

EL FRIO FORTIFICA, VIGORIZA

6—.Usarás ropa interior limpia, vestido amplio y liviano

Hay, además, otro medio de fortalecerse que consiste en abrigarse moderadamente en invierno.

Estudiemos, pues, lo concerniente a los vestidos.

Ropa interior.—Es su objeto, sobre todo, absorber el sudor, a fin de precavernos contra los enfriamientos.

Para esto, la camisa de algodón es suficiente a las personas sanas. Si uno transpira abundantemente, o está expuesto por oficio, a la humedad, a la lluvía, o a las corrientes de aire, conviene llevar debajo una camiseta de algodón o de hilo.

La franela preserva mejor todavía, pero tiene el grave inconveniente de volver el cuerpo muy sensible. Si quieres ser rudo y fuerte, no te acostumbres, pues, a la franela; déjala para los valetudinarios, para las personas propensas por su desgraciado temperamento a los catarros y reumatismos.

Vestidos—Es su objeto mantenernos abrigados, en invierno, y frescos en verano.

Para tenernos abrigados deben ser hechos de tejidos de lana (paño o punto), flexibles y livianos, de color obscuro, de preferencia azul.

La lana (franela delgada), es, igualmente, el tejido que en verano protege mejor contra el calor y los enfriamientos, comunes en esta estación. He ahí por qué los árabes usan el albornoz de lana, y los ciclistas el calzón de punto, con mallas anchas. Sin embargo, para trabajar bajo la influencia de un calor excesivo, se puede adoptar el hilo o el algodón, con tal que se vuelva a usar la lana, en el reposo. Color claro, blanco puro, o blanco tirando al amarillo o gris.

Los vestidos deben ser amplios (sin embargo, no demasiado en invierno), a fin de dejar penetrar el aire en todas partes, y de no estorbar ninguna de nuestras funciones. *Nada que constriña;* ni cuello alto que estrangule; ni cinto para el hombre (usar tirantes). Para la mujer nada de corsé o uno bajo apoyado en las caderas; ni ligas.

Sombrero de paja, en verano; de fieltro blando, en invierno. En todo tiempo liviano, que no comprima la cabeza y con alas bastante anchas. No te lo pondrás jamás en casa; y fuera de ella no tiene otro ob-

jeto que resguardarte del sol ardiente, del polvo o de la lluvia.

En verano, sandalias (5) o zapatos de lona; en invierno, calzado de cuero, con cordones, tacón bajo, punta redondeada, bastante largo y ancho para que los dedos estén cómodamente. Repetimos una vez más: *nada que oprima*. Zapatillas de caucho cuando el suelo está húmedo; zuecos, en el campo.

Regla general.—Abrígate poco en las habitaciones; ni mucho más fuera de ellas si caminas; pero abrígate bastante cuando permanezcas inmóvil (en carruaje, por ejemplo).

Reglas particulares a las estaciones.—Cúbrete ligeramente, *en verano; en invierno*, con moderación, lo preciso para abrigarte; pero no para transpirar caminando, porque así atraparás seguramente, cualquier día, un enfriamiento. Por la misma razón no uses impermeables (vestidos con pieles o con caucho), salvo, naturalmente, contra la lluvia. Ni pañuelo de seda, ni bufanda, si quieres evitar los resfríos. No te abrigues con demasiada anticipación *en otoño;* los primeros fríos te curtirán; no te descubras demasiado temprano, *en primavera*: los primeros calores son traicioneros.

Limpieza.—Es inútil lavarse el cutis si uno tiene vestidos sucios.

Cambia, pues, de ropa interior cada dos días, a lo menos; y más a menudo, si transpiras abundantemente.

En las mañanas cepilla prolijamente tus vestidos delante de la ventana abierta, a fin de no respirar el polvo que es no sólo sucio, sino también nocivo (9).

UNA CAMINATA RAPIDA, ABRIGA MEJOR QUE UN SOBRETODO

AL ENTRAR LA PRIMAVERA, NO TE DESABRIGUES CON DEMASIADA ANTICIPACION.

7.—Conseguirás mucha resistencia por ejercicios frecuentes

No basta para conservarse sano estar limpio por fuera; es menester también estarlo por dentro.

La limpieza interna se obtiene por el ejercicio. En efecto, la máquina humana, como cualquiera otra, se embota en la inmovilidad. El ejercicio, (la carrera, sobre todo), hace circular la sangre muy rápidamente; de este modo, efectúa un verdadero lavado de todo nuestro organismo, e impide la formación de residuos. Nos precave así contra una categoría entera de enfermedades, (obesidad, gota, arenillas, diabetes, arterio-esclorósis), que, aunque no causadas por microbios, son molestas y a menudo peligrosas.

Además, el ejercicio desarrolla en nosotros la fuerza muscular y la resistencia a la fatiga. El individuo entrenado (habituado al ejercicio), es capaz de suministrar una suma de trabajo mucho más considerable que el que vive, ordinariamente, en la inacción. Resulta que puede ganarse la vida con menor esfuerzo y mayor holgura.

Mira, pues, el ejercicio como un deber *de cada día*, necesario para conservarte en perfecta salud, y ponerte en las mejores condiciones de luchar por la existencia.

El niño hace ejercicio cuando corre, salta, trepa, lucha con sus camaradas.... cuando juega con el aro, en la barra, a la pelota, etc.

En los recreos, no imites al hombre serio que conversa caminando a paso grave; juega a tus anchas: ello es propio de tu edad.

Desde diez a doce años, la bicicleta podrá también divertirte; pero no ensayes andar con velocidad o hacer muy largas carreras: se resentirá tu corazón.

Más tarde será excelente bogar; asimismo patinar en invierno; y en verano hacer largos paseos a pie, jugar tennis, y ejercitar todos los deportes al aire libre. La esgrima y el baile son menos buenos, porque se practican en habitaciones donde se respira aire viciado. Tienen el mismo inconveniente el palo, el boxeo, la *savate;* pero estos ejercicios son eminentemente útiles para defenderse cuando uno es agredido. En fin, no menosprecies la jardinería: es un trabajo de lo más sano y entretenido, para quien sabe deleitarse en las cosas de la naturaleza.

No hagas un ejercicio violento después de levantarte de la mesa; cortarías tu digestión. Modérate, si te fatiga con extremo, si es seguido de disminución del apetito, de insomnio o fiebre. Es menester no abusar de las mejores cosas. Modérate, sobre todo, si estás obligado a trabajar mucho intelectualmente; cuando el cerebro está *muy* fatigado, el ejercicio no lo alivia: lo agota todavía más.

La mayor parte de los ejercicios que acabamos de enumerar, tienen un inconveniente: no ponen en acción la totalidad de los músculos del cuerpo. Este resultado no puede obtenerse, sino por una *gimnástica metódica*.

Conságrale, pues, un cuarto de hora cada mañana. ¿Es demasiado exigirte un cuarto de hora para desarrollar la fuerza, la salud y la belleza?

A CADA EDAD CORRESPONDE SU GENERO DE EJERCICIO

EL EJERCICIO ES UN VERDADERO BAÑO INTERIOR

Dr. Montenis.

8.—Exonerarás el cuerpo a hora fija, exactamente

El ejercicio no hace sino lavar la sangre. Esto sentado, importa mucho limpiar también los intestinos.

Cuando los residuos de los alimentos se detienen ahí mucho tiempo, se descomponen y nos envenenan sin que nosotros lo sepamos. Habitúate, pues, a tener una deposición cotidiana y suficiente. Con este objeto acude al retrete, aún cuando no tengas deseos, todos los días, *a la misma hora;* de preferencia en la mañana, poco después del desayuno. Si algunos esfuerzos moderados no surten efecto, difiere el acto para el día siguiente, *a la misma hora*. Persevera y comprobarás pronto que la necesidad se hace sentir a la hora antedicha; que se vuelve imperiosa como el apetito, cuando uno se sienta a la mesa.

Es muy recomendable para ayudar a la exoneración del vientre, beber en ayunas un vaso de agua fresca, o comer uvas o una naranja. En ayunas también, házte fricciones del vientre con una toalla mojada en agua fría, y practica gimnástica metódica (7 bis).

Come abundantemente en el desayuno. Acostúmbrate a alimentos laxantes en todas las comidas: pan moreno; legumbres verdes y frutas frescas, en verano; nueces, ciruelas, miel, pan de especias, en invierno; mantequilla o leche cuajada (queso blando) en el desayuno y en las once, (17).

HAY TRES SIGNOS DE BUENA SALUD: CABEZA FRIA, PIES CALIENTES, Y VIENTRE LIBRE.

9.—Quitarás el polvo frotando con un lienzo húmedo

Se tiene el hábito muy arraigado de respirar el polvo, a lo cual no se da ninguna importancia. Esto es un error, porque él transporta innumerables microbios; se han contado dos millones en un gramo de polvo, proveniente de una pieza habitada. Por cierto, esos microbios no son todos perniciosos. Los que el viento levanta de las carreteras han sido muertos por el sol; pero la mayor parte de los que se depositan en nuestras habitaciones, viven ahí mucho tiempo, tres meses, y aún más los microbios de la tuberculosis, difteria, neumonía y cólera-morbo, etc.

Es menester, pues, primero: alejar de nuestras habitaciones todo lo que pueda contener esos huéspedes maléficos: colgaduras, cortinas de camas y de ventanas; sobre todo, tapices clavados (con ellos el aposento mejor tenido, no es casi más limpio que la calle); segundo: al practicar la limpieza doméstica, no levantar el polvo. Usar un lampazo o un cepillo mojados para el piso y un paño húmedo para las paredes; enjugar suavemente los muebles, en lugar de sacudir el polvo a plumerazos; y en seguida quemar el polvo así recogido.

Recomendación muy importante: *nunca escupas en el suelo*, ni en tu casa ni en la calle, porque cuando los esputos se desecan, los gérmenes de enfermedades que contienen (especialmente de la tuberculosis), volejean en el aire, y van a contaminar a las personas que los respiran.

CUANDO ESCUPES EN EL SUELO, ES COMO SI LO HICIERAS EN LA BOCA DE TU VECINO.—Dr. Hericourt.

10.—Inundarás de aire y sol las piezas de tu vivienda

El hombre no se nutre sólo con alimentos, sino también con aire y luz. El sol, que mata los microbios, le alienta y vigoriza, y como la planta, aquél languidece, se debilita y enferma en la sombra.

No vaciles, pues, cuando seas adulto, en hacer cualquier sacrificio para tener una vivienda asoleada; es dinero ganado de antemano, porque economizarás gastos de médico. Que las ventanas sean anchas y alcancen hasta el techo, y no pongas en ellas ni tapicerías ni cortinas, sino sólo cortinillas; que las paredes y los techos sean blancos o apenas teñidos, pintados al aceite o con cal, mejor que tapizados con papeles, que se ensucian o se rasgan. Pero, cualquiera que sea tu vivienda, haz de modo que en ella circule el aire constantemente.

Donde tengas chimeneas, guárdate de taparlas o de bajar la cortina; aquéllas desalojan el aire viciado a centenares de metros cúbicos por hora.

Cuando el frío o la humedad te obligue a encerrarte, no olvides, cada vez que salgas, de establecer corrientes de aire, que sanearán tu vivienda en tu ausencia. Cuando hace calor, vive día y noche con la ventana ampliamente abierta (20). Báñate de aire y de sol: es la alegría, es la salud.

ALLI DONDE EL SOL Y EL AIRE NO LLEGAN, ENTRARA LA ENFERMEDAD

11.—Respirarás un aire bien puro, conservando la boca herméticamente cerrada

Se puede fácilmente vivir dos días sin comer, pero no dos minutos sin respirar. Es, pues, más necesario respirar bien que comer bien.

Para respirar útilmente, es menester, primero: saber respirar; segundo: respirar aire puro.

SABER RESPIRAR.—Cada órgano tiene su función: la boca está destinada para comer; la nariz para respirar. Acostúmbrate, pues, a respirar por la nariz; así te preservarás de muchos resfriados y anginas.

Diez veces en el día, a lo menos, harás respiraciones profundas (7 *bis*.), para desarrollar los pulmones: un pecho amplio nos asegura salud y larga vida.

RESPIRAR AIRE PURO.—Para esto es me-

nester, no solamente ventilar las habitaciones por medio de las ventanas y chimeneas (10), sino tambien evitar todo lo que pueda viciar el aire.

Así, pues, no conservos en las piezas ni agua de tocador o de vajilla, ni desperdicios de ninguna especie. No consientas tampoco los animales domésticos, porque el aire que exhalan, es un verdadero veneno; ni caballerizas en las casas, ni estercoleros en los alrededores. En invierno desconfía de aparatos de calefacción con gas o petróleo, de caloríferos con aire caliente, y aún de braseros y rejuelas (braserillos).

Ningún calorífero móvil, sobre todo. Volver al calorífero común, con hogar abierto sobre el cual hierve permanentemente una cacerola llena de agua. Cuando se pueda pagar el lujo, es preferible la chimenea; basta para suministrar los 14 o 16 grados necesarios en una habitación. Este modo de calentar jamás ha asfixiado a nadie.

EL AIRE IMPURO ENVENENA DE UNA MANERA LENTA, INSIDIOSA, PERO SEGURAMENTE.

12.—Alejarás todo parásito para evitar enfermedades virulentas

Los animales domésticos no solamente nos acarrean perjuicios, viciando el aire que respiramos, sino que también nos transmiten a veces enfermedades, algunas de éstas muy peligrosas. Así es cómo el perro y el gato pueden, lamiéndonos, transmitirnos la rabia. Acostándolos en nuestras camas, nos arriesgamos a coger la tuberculosis, la sarna, o la tiña. Transportan algunas veces en sus pelos gérmenes de viruela, sarampión, escarlatina..., que respiramos, al acariciarlos. Esto no quiere decir que debamos privarnos de esos amables compañeros; pero es necesario alejar a los que no conocemos o a los que parecen enfermos.

El caballo o el buey nos comunican indirectamente el tétano, y ciertas difterias las transmiten las gallinas o las palomas, y las cotorras una variedad de neumonía infecciosa. Las moscas depositan sobre nuestros alimentos microbios de la tuberculósis, de la fiebre tifoídea o del cólera-morbo. Cuando nos pican, pueden inocularnos el carbuncio; de igual modo que ciertos mosquitos los gérmenes de la fiebre intermitente o de la fiebre amarilla. Por fin, algunos insectos (pulgas, piojos, chinches), nos comunican la peste bubónica y ciertas formas de fiebre tifoídea y de tuberculosis. Investigaciones recientes han comprobado que las chinches pueden también inocularnos la lepra.

DESCONFIA DE LOS ANIMALES Y EXPULSA LOS PARASITOS POR UNA LIMPIEZA METICULOSA DE TU PERSONA Y DE TU CASA.

13—Escogerás tus comidas con precaución y discernimiento

Se dice a menudo que el estómago es caprichoso. No lo es de suyo, pero se vuelve fácilmente cuando se le hace digerir siempre las mismas cosas. *Aprende, pues, a comer de todo*: te servirá en muchas ocasiones de la vida.

Poder comer de todo no nos dispensa, sin embargo, de escoger, aún teniendo libertad para alimentarnos a nuestro gusto. La regla más importante que debe observarse para escoger los alimentos, es la siguiente: *Preferir los alimentos nutritivos* a los que excitan.

Se cree comunmente que un alimento es tanto más nutritivo, cuanto más fuerzas nos comunica inmediatamente después de haber sido ingerido. *Esto es un error.* El café, por ejemplo, tan pronto como es bebido disipa la fatiga, y permite continuar el trabajo interrumpido. Sin embargo, es apenas nutritivo, porque sería imposible vivir mucho tiempo únicamente con esta bebida. Las fuerzas que da el café, son, pues, en gran parte ficticias.

Ocurre de igual modo, con el te, el alcohol y las bebidas espirituosas, como el vino; y también con la carne y el pescado que, aunque bastante nutritivos, no lo son suficientemente para compensar la actividad que nos hacen gastar; en efecto, los enfermos que no comen sino carne, a causa de no poder digerir ninguna otra cosa, están siempre flacos y fatigados.

Desconfía, pues, de los alimentos o bebidas que reaniman casi inmediatamente las fuerzas. Estos son *excitantes* que, a la inversa de los alimentos nutritivos, nos hacen gastar *más materiales nutricios que los* que ellos nos proporcionan, y, por consiguiente, nos consumen y acortan la existencia.

COME DE TODO Y NO ABUSES DE NADA

Si quieres vivir mucho, no comas carne sino con moderación, (18); no bebas alcohol (19); no bebas vino, café o te, sino cuando tengas que hacer un esfuerzo (16)

La base principal de tu nutrición la constituirán los alimentos siguientes. En su mayoría son *muy nutritivos* y te darán fuerzas reales:

1.o PAN.—*Moreno*, es más nutritivo, digestible y sabroso que el blanco. Debemos desechar este último, porque contribuye incontestablemente a causar el estreñimiento, fuente de tantos malestares y enfermedades en los tiempos modernos. El pan blanco se hace con harina muy cernida, esto es, privada del salvado, el cual contiene gluten o materia azoada, fosfatos alcalinos y sales calcáreas, indispensables a la constitución de los huesos, dientes y al mantenimiento del organismo. Se sabe hoy que la falta de buena mineralizacion del medio interno, predispone a la tuberculósis. Cabalmente por esto, en la actualidad, se pres-

criben sales calcáreas para realizar una de las mejoras terapéuticas contra la temible enfermedad. El profesor Gautier atribuye principalmente al consumo del pan blanco, la debilidad de la salud general, en Europa.

2.o Farináceos: macarrones, pastas alimenticias; arroz y harinas de trigo, cebada, avena, maíz, en sopas o en entremeses; papas, castañas; legumbres secas (lentejas, guisantes, judías (fréjoles), habas).

3.o Legumbres frescas: (zanahorias, nabos, espinacas, coles, puerros, etc.), ensaladas cocidas y crudas. Agréguese a estas legumbres, sobre todo en invierno, mucha *mantequilla*, grasa, tocino o aceite.

4.o Huevos; leche, bajo todas sus formas, entre éstas, los quesos.

5.o Frutas frescas, bien maduras y azucaradas (cerezas, fresas, ciruelas, uvas, manzanas, etc.). No comas sino las que conoces bien, y no te tragues jamás los huesos.

6.o Frutas secas, (nueces, pasas, ciruelas, higos, y dátiles); y *manjares azucarados*, miel, confituras; no abuses de ellos, porque son extremadamente nutritivos.

Observaciones importantes: La mayor parte de los alimentos que acabamos de enumerar, son mucho más baratos que la carne, el alcohol o el café. La abstención de los excitantes aprovecha, pues, tanto al bolsillo como a la salud. Es asunto digno de considerar.

LA ALIMENTACION EXCITANTE FATIGA Y DESGASTA; LA NUTRITIVA, SOSTIENE Y NUTRE.

14.—Observarás sobriedad; más estrictamente en verano

Hay casi siempre en los alimentos dos partes que considerar: una para nuestras necesidades reales; otra para la golosina. Sólo la primera es necesaria a la vida; la segunda, mantiene las enfermedades presentes, o prepara las venideras.

Para estar seguro de no exceder la parte de las necesidades reales, te bastará:

1.o Mascar perfectamente, y sin beber; por lo menos, al principio de las comidas (15).

2.o Limitar en cada comida el número de platos a dos; tres, a lo más (17).

3.o Excluir los manjares que incitan a comer sin ganas; las bebidas que estimulan a beber sin sed (16). Por consiguiente, nada de cocina refinada ni con especias; poca sal; ni pimienta, ni mostaza, ni pepinillos, etc.

4.o Acuérdate que para el que tiene buen diente, comer bastante, ya es demasiado. Levántate, pues, de la mesa con un poco de apetito.

Como las tres cuartas partes de los alimentos son utilizados en mantener el calor del cuerpo humano, se requiere indispensablemente ser aún más sobrio en el verano que en el invierno. La mayoría de las enfermedades que se atribuyen a los calores se deben, en realidad, a los excesos de alimentación o a los abusos de las bebidas frías. En verano, quédate, pues, más que nunca con apetito y... con sed.

La miseria, cercada de todos sus horrores, no ha enviado tanta gente al sepulcro como el exceso en el comer. Esto quiere decir que la disolución aplicada a la mesa, la idolatría de la gula, es más funesta a la humanidad que la desolación del hambre, porque no hay vicio, aunque sea fastuoso, al cual la naturaleza no ponga delante su esqueleto.

LA GLOTONERIA HA MUERTO MAS HOMBRES QUE LA ESPADA

15.—Mascarás bien los alimentos y tragarás lentamente

Si comer poco es provechoso, masticar mucho lo es más. En efecto, ello es de tal manera esencial a la digestión, que sería tiempo perdido escoger la comida, limitar el número de sus platos, si no se mascan suficientemente los alimentos.

Los alimentos mal triturados fatigan el estómago a la larga; y cuando uno lo advierte, es tarde para remediarlo; en lugar de ser asimilados, fermentan en los órganos digestivos, y nos envenenan; en fin, no nos aprovechan. La imperfecta masticación prepara y mantiene tantas enfermedades como la glotonería.

Aprende, pues, a mascar; decimos "aprende", porque estamos seguros que no lo sabes. *Aprende a mascar el pan*, primero; lo demás vendrá espontáneamente. Cómelo aparte, (sin mezclarlo a los otros alimentos) y por grandes bocados; tritúralo con paciencia treinta, cuarenta veces; paséalo por la boca para que se impregne de saliva; no lo tragues, sino cuando esté transformado en una papilla.

Obra de igual modo con todos los alimentos y bebidas; mastica la leche, agitándola largamente en la boca cerrada; mastica las sopas, los purées, los picadillos, etc. Por fin, masca sin beber; por lo menos, al principio de las comidas; sólo de esa manera la masticación es realmente perfecta.

MAS VALE NO COMER, QUE NO MASCAR

16.—Beberás agua pura por sorbos, solamente al fin de las comidas

El objeto de los alimentos es nutrir, y el de las bebidas, refrescar. Ahora bien: nada apaga mejor la sed que el agua pura.

No te creas obligado a beber vino, sidra, cerveza, café o te, para obtener fuerzas. Puedes pasar sin ellos. Fija la atención en

los animales: beben agua, y son más vigorosos y más sanos que nosotros. En todo caso, no tomes ninguna de esas bebidas antes de los doce años; no son saludables para los niños.

Bebe, pues, agua; agua pura, si está bien limpia; en caso de duda o de epidemia, agua hervida, o una infusión enfriada de regaliz, tilo, hojas de grosella, etc., más bien que agua filtrada.

Con una alimentación sencilla y con pocos condimentos, bastarán un vaso o dos para saciar tu sed. Bébelos al fin de las comidas a tragos, poco a poco, y dejando tiempo al agua para entibiarse en la boca.

Sin embargo, si tienes en el día sed ardiente, bebe ya una media hora antes de las comidas, ya tres horas después; o de nuevo por la mañana, en ayunas; pero siempre pausadamente.

Cinco sorbos de agua tomados en cinco minutos, quitan la sed mejor que un gran vaso, tragado de una vez.

EL AGUA PURA ES EL MEJOR ANTIDOTO DE LA SED

Brillat-Savarin.

17.—Tomarás tres comidas cotidianas; la de la tarde poco abundante

Deben disponerse las comidas de manera de no tener jamás demasiado apetito al sentarse a la mesa. Para esto bastan, generalmente, tres comidas al adulto; cuatro son necesarias para el hombre que hace trabajos de fuerza, y para el niño.

Por la mañana, *comida confortable*. En verano, pan y frutas frescas. En invierno, ya sopas, después pan y mantequilla o queso, o compotas; ya café con leche, o leche azucarada, o leche cuajada y pan con mantequilla; ora pan y frutas secas (13) o miel con una infusión caliente.

A las once de la mañana o al medio día, *comida substancial*. Una legumbre fresca, primeramente; después, ya farináceos (13), ya huevos, ya carne o pescado (18); por fin, un sólo postre. A las cuatro de la tarde, si hay costumbre, las once: pan y frutas, o mantequilla, queso, leche cuajada, miel, chocolate... y un vaso de agua o de leche.

A las siete de la tarde, comida ligera: sopa espesa; después, legumbres o ensaladas, (se pueden suprimir, si uno está fatigado o padece habitualmente de insomnios), entremeses o postres; ni carne ni pescado; raramente huevos; nunca café ni te.

QUIEN DUERME, COME; Y QUIEN COME DEMASIADO, DUERME MAL

Lavarse las manos antes de las comidas; después, enjuagarse la boca. Entre las comidas, beber si uno tiene sed (16); pero no comer nada sólido, so pena de interrumpir la digestión. .

CUANTO MAS VIANDAS SE SIRVEN A LA MESA, ES MAS NECESARIO TOMAR REMEDIOS.

18.—Te abstendrás de carne en la tarde, porque causa envenenamiento

Hay varias clases de venenos. Unos, matan en algunas horas; otros, se contentan con alterar lentamente nuestras funciones vitales. La carne es uno de estos últimos. No es sólo un excitante que agota, sino también un veneno insidioso, y que vence a la larga.

Tenemos la prueba de lo que afirmamos en el hecho siguiente: muchas personas, de cierta edad, andando padecen anhelación o latidos cardíacos, y en la noche, despiertan con ahogos; pero apenas dejan de comer carne, ven desaparecer esos malestares.

Las jaquecas y la fatiga *de la mañana* con boca amarga y fetidez del aliento, son causadas, muy a menudo, por los venenos de la carne. La razón es que, durante el sueño, los órganos encargados de destruir esos venenos descansan, como todos los demás, y no nos protegen contra ellos.

Por esto decimos: nada de carne ni pescado en la tarde; poca carne a medio día (cien gramos poco más o menos); y que sea muy fresca, sobre todo, en orden al consumo de ternera, puerco, carnizas, (sesos, lechecillas, hígado, riñones, tripas), salchicería, conserva, caza y pescado.

Para los niños hasta seis o siete años, a lo menos, la carne será ventajosamente reemplazada por leche, huevos, quesos legumbres secas y buen pan, ya moreno, ya completo.

MAS VALE EL REGIMEN QUE LA MEDICINA

19.—Te privarás resueltamente del alcohol y del tabaco, porque son venenos

El alcohol es un veneno del cuerpo: mata a traición; a su paso por el hígado y los riñones altera grave e irremediablemente estos órganos, y además, prepara el camino a la tuberculosis y a la arterio-esclorósis.

El alcohol es un veneno del sistema nervioso: embrutece la inteligencia, y conduce a la locura; agria el carácter; arrastra a la violencia, y a menudo, también al crimen.

El alcohol es un veneno social: degrada los individuos, y los arroja en la miseria. Aniquila la raza: considera lo que son los niños y nietos de los bebedores.

Pero no creas que sólo los borrachos están expuestos a esos peligros. Uno se vuel-

ve perfectamente alcohólico sin jamás embriagarse: simplemente por el uso habitual, cotidiano de bebidas, que contienen alcohol. Cabalmente esto es lo que el profesor Grasset, de Montpellier, llama el alcoholismo insidioso e inconsciente de las clases elevadas.

Jamás bebas vino ni aguardiente, en ayunas; *sobre todo, ningún aperitivo* antes de las comidas; ni en el curso de éstas, vino puro; ni licores después, sino café azucarado, si tienes necesidad de confortarte (13). *Las bebidas llamadas higiénicas son alcohólicas*: un litro de vino común, dos de cerveza y tres de sidra, contienen tanto alcohol como un vaso de aguardiente.

El tabaco es menos temible que el alcohol; sin embargo, es un hecho comprobado que debilita la memoria, altera las funciones digestivas, y puede determinar perturbaciones graves del corazón y de la vista.

Por otra parte, ¿por qué fumar? Para "imitar a los demás", responderás tú. ¿No sabes que "imitar a los demás" es propio de personas sin voluntad? Repara en los adultos que han contraído este hábito fatal: deben renunciar a él, a causa de los males que acarrea para la salud; a menos que hayan tomado las precauciones siguientes: no aspirar jamás el humo; abrir las ventanas mientras fuman; no fumar jamás en ayunas.

EL ALCOHOL CONDUCE A LA MISERIA, A LA LOCURA Y AL CRIMEN

20.—En fin, dormirás en la noche con la ventana ampliamente abierta

Ha llegado la hora de acostarse. Veamos como debe ser la habitación, donde respirarás durante *el tercio del día* consagrado al descanso.

Escogerás para dormitorio una pieza que dé a la calle (o por lo menos, a un patio aireado y asoleado), y tanto como sea posible, orientada al norte, y no esté situada en el piso bajo.

Ni alcoba ni cortinas en la cama. Catre de fierro o bronce; *somier* metálico; un solo colchón (la cama blanda, enerva), una almohada de poco espesor; coberturas livianas y abrigadoras; un edredón, (a falta de él, un diario grande), de medio cuerpo abajo solamente. En esta habitación no consentirás flores, plantas, animales ni perfumes de tocador (11).

Antes de acostarte, enjuágate la boca (4); quítate la ropa interior del día, la franela si la usas, y pónte una simple camisa de dormir, de algodón, y no de lana, con cuello ancho y puños estrechos. No acostumbres gorro de noche, ni pañuelo de seda ni escarpines; una bolsa a los pies sí, a pesar de las fricciones (5), no consigues calentarlos.

Por fin, abre completamente las celosías y ventanas, en verano; sólo éstas últimas en invierno; protegiéndote, en caso necesario, por un biombo al pie de la cama. No las mantengas cerradas, sino en tiempo de frío extremo o humedad penetrante; entonces haz la ventilación por la chimenea (10) o por una pieza vecina.

Pero aún así y todo, haz la ventilación, porque el aire que exhalan los pulmones, es un veneno muy nocivo para respirar.

EL QUE DUERME HABITUALMENTE EN UNA PIEZA CERRADA, ENVENENA UN BUEN TERCIO DE SU EXISTENCIA.

21.—Cuando enfermes, te cuidarás sin retardo, inmediatamente

Observando nuestras reglas de higiene, te preservarás ciertamente de la mayor parte de las enfermedades; pero las circunstancias de la vida son a veces tales que fuerzan a separarse de ellas. Por ejemplo, puedes verte obligado a aceptar una mala alimentación o a fatigarte con exceso; entonces tu organismo se vuelve incapaz para rechazar el mal que le acecha.

En verdad, no ha menester que seas aprensivo, y te quejes de la más leve dolencia; pero *tan pronto como te sientas seriamente aquejado*, no vaciles en llamar médico. Cuidándote en seguida con inteligencia, evitarás a menudo una enfermedad larga, ruinosa para el cuerpo y el bolsillo.

Por otra parte, no prolongues un mal, aún insignificante, que se obstina en no curar; pueden resultar, de un día a otro, complicaciones temibles: un oído que supura provoca una meningítis; un resfriado que se descuida, degenera en enfermedad pulmonar, etc., etc.

En fin, cuando estés enfermo no temas sólo por ti, sino también por tus acompañantes, y los demás. Acuérdate que todo lo que secreta el cuerpo, es un veneno que transmitirá tu enfermedad a lo lejos, si no se toman las precauciones necesarias de desinfección. No propagues, pues, tu enfermedad.

NO DESCUIDES UNA ENFERMEDAD QUE COMIENZA; DESCONFIA DE UNA ENFERMEDAD QUE NO TERMINA.

22.—Así conservarás la salud y vivirás hasta cien años

Han observado los biólogos que en los animales que viven en estado salvaje y mueren de muerte natural, la duración de la vida es igual a cinco o seis veces la duración del crecimiento.

El hombre demora más o menos veinte años en crecer y llegar a su completo desarrollo. Normalmente debe, pues, vivir cin-

co veces veinte años, esto es, cien años, como mínimo.

Efectivamente, cuando el hombre ha escapado a los accidentes o enfermedades; cuando sabe cuidar el cuerpo y la mente, vive cien años y más: hay ejemplos auténticos de individuos que vivieron ciento cuarenta y ciento cincuenta años.

En verdad, no todos los hombres, al nacer, están destinados a alcanzar estas edades avanzadas. De igual modo que uno nace pobre o rico en dinero, otro nace pobre o rico en años para gastar.

Felizmente, los hombres de contextura delicada prolongan su existencia, si saben economizar sus pequeñas reservas vitales. Pero, *cosa notable*, la mayor parte de los ricos mueren relativamente temprano, y los que llegan a centenarios, son la rarísima excepción. De igual modo que la enfermedad, la muerte no viene, generalmente, por sí sola. Los ricos apresuran su llegada malgastando a tontas y a locas el grueso "capital de vida" que habían heredado de sus padres: son pródigos, que merecen su suerte.

TODO EL SECRETO DEL ARTE DE PROLONGAR LA VIDA, ES DE NO ACORTARLA.

CONCLUSION

Dijo un filósofo mucho tiempo há: *"el hombre no muere; se mata."* (Séneca).

Se mata por los excesos de todas clases que le agotan prematuramente; excesos de más o de menos en el comer o en el beber, en el trabajo o en el descanso, en los placeres, etc. Se mata, descuidando de mantenerse limpio exterior e interiormente; viviendo privado del aire puro y de la luz solar.

Para preservarte de enfermedades y alcanzar larga vida, sé, pues, limpio en todas partes, moderado, en todo.

OBSERVA EN TODO UN JUSTO MEDIO

APENDICE

Atenciones higiénicas de la mañana (7 bis)

(Adición al mandamiento 7)

A.—Te levantarás *tan luego como te hayas despertado bien*, porque no es saludable hacerlo amodorrado. Deshace vivamente la cama para que las sábanas y coberturas se ventilen, dos horas, a lo menos.

B.—Después aprovecha de que estás bien caliente para hacerte una loción general. Quítate la camisa; moja enteramente en el agua fría una toalla áspera, tuércela de manera que quede sólo húmeda, y frótate con rapidez, primero, la cara, el cuello, el pecho y el vientre: después, los brazos, los sobacos, las espaldas (echando la toalla oblicuamente sobre cada hombro) y la cintura; por fin, los muslos, las piernas y los pies. Sécate, frotando en el mismo orden, con otra toalla áspera; insiste particularmente en los pies, y para que se calienten del todo, pónte las zapatillas.

C.—En seguida, si no has dejado abierta la ventana en la noche, como te lo aconsejamos antes (20), ábrela completamente, salvo que esté helando afuera, y toma un baño de aire, haciendo gimnástica.

D.—GIMNASTICA METÓDICA.—Es su objeto desarrollar los músculos que, en la vida intensa y febril moderna, permanecen habitualmente inactivos, (músculos del pecho, del vientre, de las espaldas y de la cintura), y favorecer las grandes funciones de la respiración, de la circulación y de la digestión.

Es menester ejecutar cada serie de ejercicios, primero: una vez solamente; después, dos o tres veces, a lo más. Lo esencial es no hacer mucho, *sino practicar todos los días*. Ejecuta los ejercicios, lenta, (ocho a diez movimientos por minuto), regular, enérgica y completamente (tan amplios como te sea posible). Suspéndelos, si te causan latidos cardíacos: no llegues jamás hasta la fatiga.

Entre cada serie de ejercicios, haz algunas respiraciones profundas.

1.o.—RESPIRACIÓN PROFUNDA.—De pies, posición del soldado sin armas, los brazos caídos a lo largo del cuerpo, *los hombros aplanados* (echados atrás, pero sin esfuerzo), la cabeza recta (Fig. 1) inspirar *por la nariz* (11), lenta y profundamente, llevando las manos a las caderas, y volteando un poco la cabeza atrás (Fig. 1 bis).



Fig. 1

1.—Posición del soldado sin armas, hombros aplanados, la cabeza recta.



Fig. 1 bis

1 bis.—Postura de las manos en las caderas, ligera inclinación de la cabeza hacia atrás.

Retener la respiración cuatro a cinco segundos. Exhalar el aire (expirar) lenta y completamente, volviendo la cabeza y las manos a la posición primera. Hacer así tres inspiraciones profundas; después, tres respiraciones ordinarias; duración total: medio minuto.

2.o.—De pies, alzar los brazos, bien extendidos, verticalmente por encima de la cabeza (inspirar); inclinar ocho o diez veces el tronco hacia adelante, esforzándose por tocar en el suelo con las puntas de los dedos, *sin doblar las rodillas* (expirar) (Figura 2 bis); después, enderezarse, encorvando la cintura (inspirar).



Fig. 2

2.—Extensión vertical de los brazos



Fig. 2 bis

2 bis.—Inclinación del tronco hacia adelante

3.o.—De piés, alzar los brazos, bien extendidos, en cruz (inspirar). Inclinar francamente el tronco, diez veces, sobre el costado derecho, después sobre el costado izquierdo. (Fig. 3).



Fig. 3

3.—Extensión de los brazos en cruz y flexión del tronco sobre el costado.

4.o.—De pies, brazos en cruz (inspirar). Torcer fuertemente el cuerpo diez veces hacia la derecha, después hacia la izquierda, de manera que se pueda mirar tras de sí. Mientras dura este ejercicio, las piernas y las caderas deberán estar inmóviles. (Fig. 4).



Fig. 4

4.—De pies, brazos en cruz (inspirar). Volver fuertemente el tronco diez veces hacia la derecha, después hacia la izquierda, de manera de mirar tras de sí.

5.o.—De espaldas, en el suelo, los pies metidos bajo un mueble (a modo de cuña), cruzar las manos tras la nuca (inspirar). Enderezarse, en otros términos, sentarse



Fig. 5

5.—De espaldas en el suelo, los pies metidos bajo un mueble, cruzar las manos bajo la nuca; sentarse, después volverse a tender, etc.



Fig. 6

6.—De espaldas, las manos bajo la nuca, inspirar; las piernas levantadas, describir grandes círculos sin tocar en el suelo, ocho o diez veces en cada sentido.



Fig. 7

7.—De espaldas, los brazos en cruz, levantar enérgicamente las piernas extendidas y juntas por encima de la cabeza.

(expirar); después volverse a tender (inspirar), ocho a diez veces. (Fig. 5).

6.o.—De espaldas, las manos bajo la nuca (inspirar). Levantar las dos piernas, bien extendidas y describir con ellas grandes círculos, sin tocar en tierra, (Fig. 6),



Fig. 8

8.—Andar sobre las manos y en las puntas de los piés

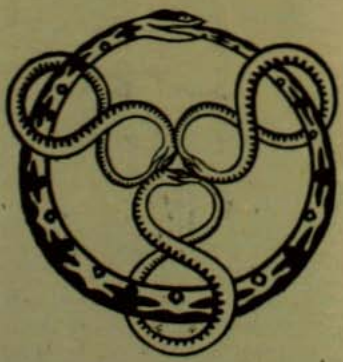
ocho a diez veces en cada sentido. Al principio hacer este ejercicio alternativamente con cada pierna.

7.o—De espaldas, los brazos en Cruz, levantar enérgicamente las piernas, extendidas y juntas, por encima de la cabeza. (Fig. 7).

8.o.—Terminar andando a gatas, esto es. sobre las manos y en las puntas de los pies, sin doblar las rodillas (Fig. 8.)

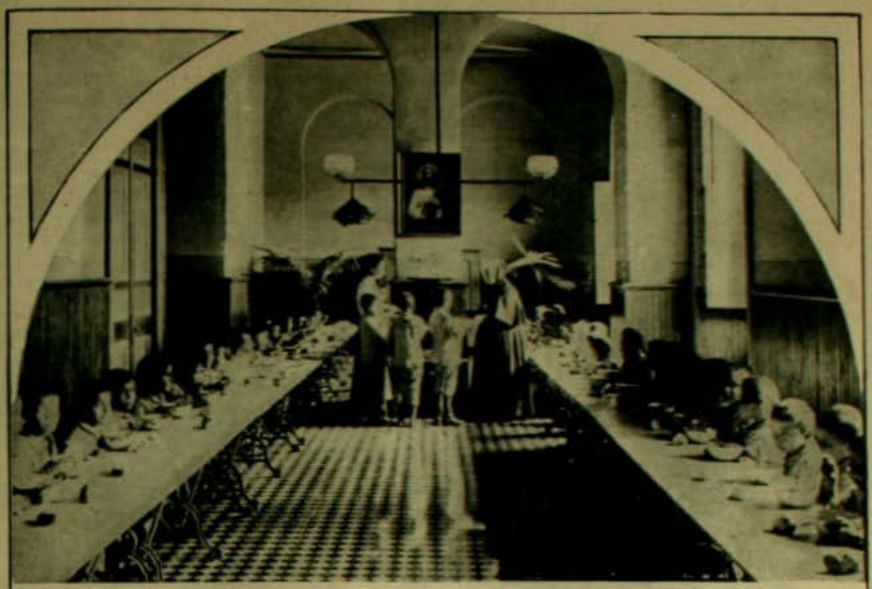
E.—Pónte la camisa; cepilla tus vestidos (6). Después, haz tu compostura. Jabónate en gran cantidad de agua la cara, el cuello y las manos (con una toalla y no con una esponja, forzosamente sucia). Péinate y límpiate las uñas y las orejas (4). Cuando la temperatura no es muy fría y uno está bastante habituado al baño de aire, toda esta compostura, se puede hacer, así como la gimnástica, en el traje de Adan. Por último, vístete sin perder el tiempo.

F.—Desayúnate tranquilamente; enjúgate la boca (4). Un cuarto o media hora después, acude al retrete (8). En seguida, procede a los cuidados íntimos, según lo hemos dicho anteriormente (4).



Símbolo de la longividad.

Los tres ochos del 1.er mandamiento



LA CASA DE HUERFANOS

En la parte alta de la ciudad, en medio del más hermoso barrio de Santiago, se encuentra un establecimiento que, no obstante prestar servicios inapreciables, es poco conocido: la Casa de Huérfanos. La orden a que pertenecen las santas mujeres a cuyo cuidado está, ha dado nombre al vecindario y a la comuna: la congregación de la Providencia.

Primitivamente la casa de expósitos debe haber ocupado algún viejo edificio de la calle de Huérfanos, dando nombre a esta vía. Esta no es más que una lógica deducción. Puede imaginarse la pobreza de aquel asilo, como el actual, destinado a salvar la vida de millares de pequeños seres, a los cuales la inhumanidad de los padres o exigencias de ningún modo excusables, arroja a la orfandad. La Casa de Huérfanos es hoy un grande y hermoso establecimiento, digno de ser conocido, no tanto por las buenas condiciones materiales en que se mantiene, como para apreciar la inagotable caridad de las buenas monjas a cuyo cuidado está: para tributar justa alabanza a la dedicación piadosa e inquebrantable de ellas hacia los infelices que recoge la misericordia cristiana.

❁

Hacia el año 1853, siendo Presidente de la República el Excmo. señor don Manuel Montt, llegó incidentalmente a Valparaíso un grupo de monjas de la Providencia. Súpolo el jefe de la Nación, supo que su ministerio consistía, de preferencia, en atender asilos de huérfanos, y quiso que aquellas santas religiosas no abandonasen el país y en él desempeñaran su misión. Dióles todas las facilidades necesarias y las monjitas, alentadas con la esperanza de realizar en esta República una obra meritoria y grande, aceptaron las proposiciones del eminente estadista.

Todas ellas eran canadienses, y, radicadas en Chile, tomaron este país como su patria y se establecieron definitivamen-

te al cargo de las casas de expósitos. A aquellas religiosas canadienses se sucedieron otras chilenas y hoy, la congregación, formada por monjas de nuestra nacionalidad, sólo conserva como preciosa reliquia, a una sola de aquellas venerables fundadoras de la orden, elevada al cargo de superiora general: sor Bernarda Marín. Es ya muy anciana. Ha visto con justa satisfacción progresar y extenderse por todo el país la obra de caridad que fundó con sus compañeras hace medio siglo. Ha visto formarse a su lado a muchas religiosas continuadoras de su misión, y bien puede hoy descansar, con los merecimientos que le han dado tantos sacrificios y las virtudes de tan noble ministerio, rodeada del entrañable amor de sus hermanas de congregación, espíritus modelados, casi se puede decir, por sus piadosas manos, que huelen a santidad.

❁

En días pasados visitamos la Casa de Huérfanos. Nos llevó hasta ella el deseo de dar a conocer la obra humanitaria que realiza, aún sabiendo que este elogio público nada significa en el alma de las religiosas que hacen el bien únicamente por amor a su místico esposo.

Es una enorme construcción moderna, situada en un extensísimo terreno.

La madre superiora del establecimiento, sor María de Jesús, nos acompañó por patios y dependencias, haciéndonos ver toda la casa. Son ocho enormes patios, otros tantos más pequeños e innumerables habitaciones.

La casa se divide en dos secciones: sección lactancia, para los menores de 5 años, y sección casa, para los mayores de esta edad.

La segunda de ellas se subdivide, naturalmente, en hombres y mujeres.

Generalmente el niño llega al asilo contando pocos días. Se le da cuna en los **pesebres**, nombre que allí tienen los departamentos de la sección lactancia. Luego después, si está sano, se entrega a una ama que lo saca del establecimiento y lo cría en su casa. Son generalmente estas amas, buenas mujeres campesinas que, habiendo perdido a su hijo, crían a un huérfano y reciben la retribución mensual que les da la casa. Cuando el niño enferma es vuelto a los pesebres, hasta su completa curación. En todo caso, debe ser presentado en el asilo cada tres meses, por lo menos.

A los cinco años el pequeño vuelve definitivamente al establecimiento e ingresa a la sección casa. Se principia su instrucción primaria en las diversas clases que atienden monjas y normalistas.

Los hombres permanecen en ella hasta once años. Después de esta edad salen del establecimiento y pasan a otro situado más al oriente, a cargo de los RR. PP. Escolapios. Allí principia su educación manual.

Si bien estos talleres son una sección de la Casa de Providencia, se mantienen en completa independencia en cuanto a su reglamentación y servicios.

El niño empieza a hacerse hombre y adquiere un oficio. Salen de estos talleres para colocarse en fábricas o establecimientos industriales, para ingresar a las bandas del Ejército o para fundar un hogar, muchas veces con una huérfana, como ellos.

Las mujeres quedan en la sección casa, atendiendo a los cuidados del establecimiento y de los pequeños, cosiendo y lavando su ropa, haciendo la comida o el aseo.

Cuando tienen 18 ó 20 años, las monjas las colocan en el servicio doméstico de casas honorables. Frecuentemente ocurre que en esta condición toman estado y forman una familia feliz y honrada.

❁

Dándonos todas estas explicaciones, la reverenda madre superiora nos mostraba toda la casa. Las salas se sucedían una tras otras: los pesebres, la botica, la enfermería, los comedores, los dormitorios, los baños, las salas de clase, la cocina, la lavandería, el salón de actos, las salas de costura, hasta llegar al fondo del edificio. Es una interminable serie de enormes salones y de anchos corredores, circundando los amplios patios. Y por todas partes, hasta en los más escondidos rincones asombra un aseo absoluto. Los pisos están encerados y relucientes, las pinturas rigurosamente limpias y llena ese conjunto de secciones, una infinidad de pequeñuelos inquietos que observaban con creciente sorpresa a nuestro fotógrafo, para



Fachada de la Casa e Iglesia

tomar después actitudes graves al ser retratados.

En algunos patios estaban en recreo, y su alegría sana y bulliciosa ponía dentro de esos patios protectores de su orfandad, una nota característica de la inconsciencia de una edad que ni siquiera presiente los futuros sufrimientos de la vida.

Poco después entraban a sus comedores, recién salidos del baño.

Los fondos, al pasar a nuestro lado, nos envolvían en un fuerte olor a comida suculenta y bien guisada. Vimos servir los platos, llenos de una apetitosa cazuela bien provista de carne. En enormes fruteras se amontonaban una gran cantidad de nísperos.

Sor María de Jesús nos dice que la fruta se reparte abundantemente durante toda la estación.

La casa cuenta, a más de un extenso parque, de unas 12 ó 14 cuadras de chacra de las cuales, varias están plantadas de viña y de árboles frutales de toda especie. Estos terrenos producen la verdura necesaria para el consumo de la casa, en tal forma que no es necesario comprarla afuera en ninguna época.



Taller de costura. Confeccionando ropa a los más pequeños.



El Parque. Al fondo el carroussel recientemente inaugurado



Uno de los grandes patios de recreo

El presupuesto de gastos asciende, anualmente, a más de $ 400,000, de los cuales el Gobierno da como subvención $ 20,500. El resto se obtiene de la renta que dan varios fundos legados al establecimiento en distintas épocas, y que mantiene arrendados la Junta de Beneficencia, principal autoridad de este asilo.

La madre superiora nos muestra todas las dependencias, con una bondad inalterable, sin arredrarse ante el diluvio de preguntas que le hacemos.

Es esa una pequeña ciudad infantil que no carece de nada, pues hasta posee un hermoso carroussel, instalado en el parque—que fué inaugurado no hace mucho—y una amplia sala de espectáculos, dotada de escenario y de cinematógrafo.

Los pequeños huérfanos, viven allí felices, sanos y atentamente cuidados por las piadosas monjas, a las cuales ayuda un personal de normalistas, sirvientes y amas, extraño a la comunidad y debidamente renumerado, y cuyo número alcanza a 100 personas.

Tienen dentro de ese vasto edificio el hogar que les robó la inhumanidad de sus padres, y que les da caridad pública y el amor de las religiosas que lo atienden.

❁

El administrador de la Casa de Huérfanos, el respetable caballero don Carlos Irarrázaval, quien le dedica una constante atención.

Sor María de Jesús nos dió rápidamente algunas cifras generales:

El número de monjas en la casa es de 30. Están en la sección lactancia 813 guaguas, criándose fuera del establecimiento, y en la sección casa 671 niños de ambos sexos.

En los talleres de los Padres Escolapios hay más o menos 250 jóvenes salidos del asilo.

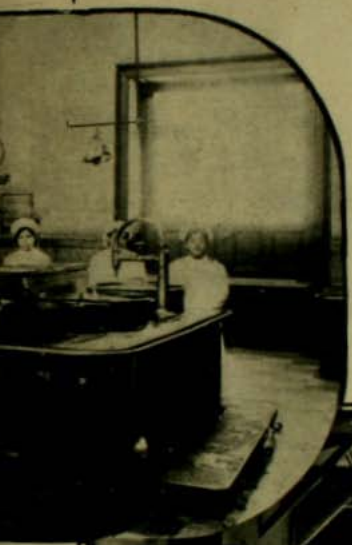
Los pesebres tienen un número muy reducido de pequeñuelos y que son únicamente los que están enfermos o recién entrados a la casa.

La mortalidad en estos, de muy grande que era en un principio se ha reducido enormemente, gracias al empeño que gastan los médicos del establecimiento, señores Enrique Morel y Carlos Smith, y a la aplicación de medicamentos especiales, que combaten con resultado asombroso ciertas peligrosas enfermedades infantiles.

La mortalidad en la sección casa es menor del 1 por ciento al año.

La Comunidad de Providencia tiene establecimientos análogos en Valparaíso, Temuco, Limache, Antofagasta, Serena, Ovalle, Vicuña, Linares, Concepción y Coronel, donde mantiene un hospital.

En Santiago atiende seis casas diversas: asilos de viudas, casas de ejercicios, etc. Las monjas hacen su noviciado en la casa matriz, situada cerca del Seminario, de la cual es superiora local la Rv. Madre sor María Elvira. De ella, terminado el período reglamentario, se reparten a los diversos establecimientos de beneficencia que hemos enumerado.



❁

Terminábamos de visitar las más apartadas secciones. Sor María de Jesús nos hablaba de asuntos generales. Nos decía:

—Cada día aumenta el número de los entrados. El mes pasado ascendió a 83. Si vieran Uds. cómo llegan los pobrecitos! Marcados indeleblemente con la huella hereditaria de todos los vicios, de las más horribles enfermedades. El porcentaje de des-



Uno de los pesebres



Niñas en clase

Niños en clase

cendientes de alcohólicos es enorme. Antiguamente casi todos eran recibidos en los tornos; hoy casi no tienen razón de ser los que hay instalados en diversos puntos de la ciudad. Las madres los traen personalmente con un cinismo que espanta.



Enfermería

Existe la creencia general de que el que sale de la casa, conserva hacia ella un permanente horror. Muy lejos de eso; los huérfanos que la abandonan, al ser hombres, vuelven a ella frecuentemente a visitarla y a recordar su niñez. Las mujeres más aún, constantemente vienen en busca de consejos, de protección, o simplemente para hacer presente su cariño hacia las monjas y el personal. Estas visitas son un dato elocuente que habla del tratamiento que estos infelices reciben en la casa.

Antes de despedirnos, solicitamos de la madre superiora, su permiso para retratarla. Diecinueve años consagrados a esa santa tarea, le dan méritos sobrados para figurar al frente de la casa. Inútil fué nuestro empeño.

—El público no tiene para qué saber quien cuida de estos niños. La obra se hace y eso es lo único que interesa, nos dijo.

Pero con mal disimulada satisfacción nos mostró los retratos de los protectores de la Casa, y el de sor Bernarda Marín.

Y al hablar de la anciana monja, fundadora de la Orden, que hoy soporta el peso de ochenta y tantos años de sacrificios, su voz, antes reposada, tomó entonación de entusiasmo y algo como el anhelante acento que traduce el secreto deseo de alcanzar tantos merecimientos y virtudes como los de esa venerable reliquia humana.

LA VIDA EFICAZ

Por

Juan Nicolás de Aguirre

(Francisco Rivas Vicuña).

DEDICATORIA

Señor don Joaquín Díaz Garcés,
Presente.

Mi querido amigo:

Recibe esas notas que te envío y que espero estarán en perfecta armonía con la intimidad de tus sentimientos. No ignoro que nuestros ideales de la hora actual son diferentes; pero no dudo que, poco a poco, nos iremos acercando, ya que nuestra orientación, tiende hacia un punto bien definidos: el progreso nacional ligado al triunfo de las ideas y enteramente desprendido del éxito de las ambiciones personales.

El país necesita ese acercamiento de todos los hombres de buena voluntad y yo, en especial, anhelo que lleguemos, tú y yo, a una perfecta comunión de ideas.

Tuyo afmo. amigo,

JUAN NICOLAS DE AGUIRRE.

PERSONAJES

ALBERTO RUBIO, maestro de escuela retirado	55 años
RITA LOPEZ, su esposa	45 "
MARTA RUBIO, hija de ambos	20 "
SANTIAGO LOPEZ, hermano de Rita	50 "
BENJAMIN, hijo de Santiago López y novio de Marta	25 "
JOSE ALVARADO, candidato a diputado del partido progresista	30 "
FRANCISCO GAMBOA, candidato a diputado del partido civilista	30 "
JOSE NUÑEZ, pequeño agricultor	60 "
ADOLFO, jardinero	
UN CRIADO, niños del pueblo	

La escena en nuestros días en las casas de EL REFUGIO, predio rústico en las vecindades de una aldea de nuestras provincias.

En el primer término, un parrón que cruza toda la escena y en cuyos extremos sendos templetes romanos abrigan un busto de hombre, el de la derecha, y un bajo relieve con una figura de mujer, el de la izquierda.

Detrás del parrón una frondosa arboleda con una avenida central hasta una verja blanca que cierra la carretera del fondo. A lo lejos, la campiña con los tintes de oro de las mieses maduras en medio de las esmeraldas de los pastales; más lejos aún, árboles diseminados que se van concentrando, poco a poco, hasta llenar las faldas de la cordillera cuyas nieves dominan el paisaje y forman la orla de encajes de un cielo muy azul.

En el campo se divisan hombres, mujeres y niños limpiando los sembríos. En la escena Alberto y Rita bajo el parrón; el primero leyendo un periódico y la segunda haciendo un tejido. Modestísimamente vestidos, cubren sus cabezas con anchos sombreros de paja que los abrigan del sol, cuyos rayos, filtrando por la enramada, dan vida al ambiente y ponen como manchas de oro en los vestidos obscuros, en los periódicos, en los tejidos, en las mesitas y sillas del parrón y hasta en el suelo mismo. En la arboleda el jardinero Adolfo llena cestos con frutas. Es la hora de la mañana que precede a la llegada del sol al cénit; la luz es viva, la temperatura suave aún, la brisa apenas sensible y el silencio es muy grande.

ESCENA PRIMERA

Alberto, Rita, Adolfo

ALBERTO.—(*Termina su lectura, y, dejando el periódico sobre la mesa, muestra un semblante lleno de nobleza y tranquilidad, una frente espaciosa coronada por cabellos blancos como su hermosa barba y unos ojos de mirar muy dulce y apacible. Con voz muy suave, casi cariñosa, pero sin afectación, se dirige a Rita*).

Progresamos, hija, progresamos. Estos diarios están llenos de buenas noticias.

RITA.—¿Qué dicen?

ALBERTO.—Se anuncia una cosecha espléndida en todo el país. El Director General de Agricultura dice que los resultados están superando a toda expectativa y cree que nuestra exportación de cereales doblará las cifras de años anteriores.

RITA.—¡Bueno! qué vengan los años de las espigas granadas y de las vacas gordas!

ALBERTO.—Vendrán, mi Rita, gracias a las

sabias medidas que implantan los hombres que han venido, como el José bíblico, a reemplazar a los viejos Ministros de Faraón. ¡Cuánto tiempo se perdió y cuántos males ocasionamos! ¡Aún golpean en mi conciencia aquellas malas leyes!

(Pasa como una nube por su semblante; Rita, que le estará observando, se acerca y le acaricia).

RITA.—Vamos, desecha tus ideas negras. Me has prometido no recordar ese pasado que llenó de amargura tu alma y debes vivir sólo en la hora presente, llena para ti de satisfacciones. Has expiado todas tus faltas y has recompensado con exceso el mal que, inconscientemente, pudiste hacer.

ALBERTO.—Eso mismo me aflige, Rita. El bien actual y el mal anterior no me recuerdan a los que reciben beneficios sino a los que dañé con mi cooperación a los malos gobiernos.

RITA.—Exageras, mi Alberto. Todo lo has remediado, así los grandes infortunios como los pequeños dolores. Mi propio hermano Santiago, a quien humillaste en una ocasión y que llegó a casa cubriendo tu nombre de maldiciones, hoy es tu admirador sincero y sólo tiene para ti palabras de gratitud y de cariño. Mi padre, gracias a tus cuidados, llegó a olvidar los sinsabores de aquella prisión que sufrió por tu culpa en unas elecciones y te dió, como a un hijo, las mejores ternuras de su alma.

ALBERTO.—Esas mismas bondades me representan las injusticias cometidas que me clavan como una corona de espinas.

RITA.—No debe ser así; tú mismo has trocado en rosas las espinas que pudieron herir a otros corazones y no es posible que sigas sufriendo.

ALBERTO.—*(Devolviéndole sus caricias)* —Tú has sido, mi buena amiga, el consuelo y la redención de mi vida, y mientras más quiere tu bondad apartarme todo remordimiento, más me duelen esos recuerdos de oprobio, esos días de vergüenza.

RITA.—No insistas, Alberto; tu generosidad ha sido superior a tus faltas. Si algún desagrado ocasionaste a tus padres, en unos pocos años de juventud, en cambio, cuántas satisfacciones les diste cuidando de ellos en este Refugio que ellos construyeron para ti, que tu hermoseaste para solaz de su vejez y que has convertido en templo de su memoria.

El mal ejemplo que pudiste dar, lo has compensado consagrando veinte años, los mejores de tu vida, a la modesta labor de maestro en esta escuela de campo, formando miles de corazones bondadosos y haciendo de este valle un semillero de virtudes.

ALBERTO.—Tus caricias concluirán por consolarme.

RITA.—No mis caricias sino tu propia conciencia. Vamos, deja a un lado esos recuerdos y sigue contándome las buenas noticias. *(Le acaricia y vuelve a su tejido).*

ALBERTO.—Muy complacido se muestra el Director de Agricultura del progreso, de las nuevas empresas de vergeles, de la costa cuyo comercio de frutas con los Estados Unidos crece de día en día; sobre todo pondera el éxito de la colonización en los valles patagónicos. Deja la impresión, Rita, de que el país ha crecido. Las buenas leyes han sido fecundadoras como el sol. ¡Lástima de tiempo perdido!

RITA.—¿Vas a volver a tus penas?

ALBERTO.—No, no mi Rita.

RITA.—¿Qué otras novedades hay?

ALBERTO.—Muy buenas expectativas en todas las provincias para los candidatos de la nueva doctrina.

RITA.—También tendrán buena cosecha de votos.

ALBERTO.—Se cree que triunfarán en número suficiente para tener mayoría en ambas Cámaras, sin necesidad de alianzas que obliguen a sacrificios parciales del programa.

RITA.—¡Qué buena cosa! Y eso es obra tuya!

ALBERTO.—¡Simple grano de arena! *(A Adolfo).* Date prisa con tus canastos, que no tardan en pasar los chicos de la escuela; escoge la fruta más bonita y la más madura para que no se enfermen esas criaturas.

ADOLFO.—No tenga cuidado, patrón; los duraznos están que da gusto.

ESCENA SEGUNDA

Dichos y Marta

MARTA.—(*Alta, morena de grandes ojos negros, muy vivos, modestamente vestida con un traje que le permite lucir un cuello hermoso y lindos brazos. Entra trayendo plantas cubiertas de flores y seguida de un criado que empuja una carretilla igualmente cargada de plantas*). Papá, mira qué hermosas flores le traigo a mis viejitos; son dalias nuevas cultivadas por su nieta para ellos. (*Alberto y Rita se paran a contemplar las flores*).

RITA.—¡Qué hermosa esta de un morado casi negro! Y esta otra de un rojo tan oscuro! Qué bendición de Dios!

ALBERTO.—(*Acariciando a su hija*). ¡Si te vieran los viejos, jardinerita!

MARTA.—(*Con una sonrisa y mirando hacia arriba*). Si me ven, papasito, y hasta creo que, por la noche, vienen a cuidar mis plantitas.

RITA.—Te ayudaremos en la tarea. (*Ella y Alberto descargan la carretilla y llevan las plantas a los templetes*).

MARTA.—Así no, papá, tú no sabes nada de estas cosas. No pongas los colores obscuros cerca del abuelito; recuerda que le gustaban todos los matices rosados. Déjame esas para mi viejita, que deliraba por los colores encendidos.

ALBERTO.—En todo piensas, chiquilla.

RITA.—Y esta tan blanca, ¿dónde la dejo?

MARTA.—Esa... esa... (*Con cierta turbación y ruborizándose*)... déjala sobre la mesa con esa otra de un rosado que apenas se nota.

ALBERTO.—¿No son para los viejos?

MARTA.—Sí, como no.

RITA.—¿Por qué no las colocas?

MARTA.—(*Durante la escena estará de rodillas en los templetes, sacando las plantitas y colocándolas en la tierra por sus propias manos*). No seas indiscreta, mamá; déjalas ahí, ya verás, ya verás...

ALBERTO.—¡Qué picardía preparas!

MARTA.—Una gorda, muy gorda.

RITA—¿Qué será?

MARTA.—Ese es mi secreto.

ALBERTO.—Ya adivino; las vas a mandar al cementerio.

MARTA.—(*Siempre en su tarea*). Frío, frío, como el agua del río.

RITA.—Es un regalo para el nuevo maestro de escuela.

MARTA.—He dicho que son para los abuelitos. (*Ha terminado de arreglar un templete y queda el criado terminando el trabajo; se dirige al otro, y, de pasada, con un gracioso mohín le replica a su madre*).

RITA.—¿Vas a ponerlas en los retratos de la salita?

MARTA.—No seas preguntona, mamasita.

ALBERTO.—Han de ser para los retratos de mi escritorio.

MARTA.—Tampoco adivinas, señor papá.

RITA.—(*Con cariño*). Muchachita insoportable. ¡Qué misteriosa estás!

ALBERTO.—(*Del mismo modo*). Caprichosa está la jardinerita.

MARTA.—Todo tiene su tiempo y yo tengo mis secretos.

RITA.—¡Secretos con tus padres!

MARTA.—No te impacientes, mamasita, pronto lo has de saber. (*Vuelve después de terminar su obra, a contemplar el efecto*). ¿Está bien, papá?

ALBERTO.—¡Muy hermoso, hija mía!

MARTA.—(*Se acerca al templete de la izquierda*). ¿Te gustan mis flores, mamita?... ¿Verdad que son hermosas? No como las que tú cuidabas y las que tú mereces: pero las cultivo con tanto gusto para ti....

RITA.—¿Quiéres callar, chiquilla? Nos vas a hacer llorar.

MARTA.—Todavía no; tengo que pedirle su opinión a este caballero. (*En el templete de la derecha*). Y Ud., viejecito, ¿cómo encuentra sus dalias de colores claros?... Cuando estas dejen de florecer, le voy a poner unos juncos como el oro y unos jacintos como la plata.

ALBERTO.—(*La ha seguido cariñosamente con la mirada y, en esta frase, estará cerca de ella y la abraza tiernamente*). Bueno, bueno, mi Marta, no hagas llorar a tus viejos. (*Se siente un rumor lejano de voces infantiles*). Ahí vienen los chicos de la escuela y hay que distribuirles su fruta.

ESCENA TERCERA

Dichos, Adolfo y los niños de la escuela

ADOLFO.—(*Viene desde el fondo con un gran cesto de frutas*). Aquí está el regalo de los chicuelos. ¡Qué bendición de duraznos, misiá Martita!

MARTA.—(*Observa el canasto, coge una fruta y se la lleva a los labios*). ¡Qué ricos, Adolfo!

RITA.—¡No las comas así, con pelos!

MARTA.—(*Gozosa*). Son mejores, mamá.

ALBERTO.—Pero no es propio, Marta; y además es poco limpio.

ADOLFO.—(*Como ofendido*). Tengo las manos limpias, patrón, y les he pasado un paño.

ALBERTO.—(*Tirándole suavemente la oreja al jardinero*). No lo digo por eso, buen Adolfo. (*El rumor de voces se ha ido acercando y los chicos llegan a la puerta donde los recibe Rita. Los chicos entran por grupitos, pobremente vestidos, llevando su bolsita de libros cuyo contenido se apresuran a sacar para cambiarlo por fruta. El rumor se hace general en medio de los ¡Buenos días, don Alberto! Salud, misiá Rita! Dios la guarde, misiá Martita! y otros saludos de los niños, a los que responden los personajes llamando a cada uno por su nombre. Rita, desde la puerta, mira hacia la carretera, y, viendo que no vienen más chicos, entra en escena. Todos los muchachitos estarán bajo el parrón*).

RITA.—Ya no vienen más.

ALBERTO.—Empecemos la distribución. (*A un chico*). Llena tu bolsón; pero no lo aprietes mucho para que no revientes la fruta y manches después tus libros.

EL CHICO.—(*Obedeciendo*). ¿Así estará bueno, don Alberto?

MARTA.—Todavía te cabe otro. (*Le completa su ración*).

RITA.—Ven tú, chiquelín; yo te daré tu negocio.

MARTA.—Y yo a este otro.

UN CHICO.—Deme Ud. mi parte, misiá Martita.

MARTA.—Ven, golosín. (*Los muchachos se agrupan alrededor del canasto con cierto orden al principio, concluyendo por llenarse apresuradamente los bolsillos, en medio de pequeñas riñas y de las risas de Rita y Marta*).

ALBERTO.—Calma y más orden; no peleen; hay para todos.

UN CHICO.—(*Empuja a otro*). ¡Ese duraznо era mío!

OTRO CHICO.—¡Yo lo vi primero!

MARTA.—Ni tuyo, ni tuyo; me lo voy a comer yo.

LOS CHICOS.—¡Viva misiá Martita!

UN CHICO.—(*Estará mirando el parrón*) ¡Qué bonitas las uvas!

OTRO CHICO.—Están verdes todavía.

RITA.—Cuando maduren serán para ustedes.

ALBERTO.—No veo a Pedro Manrique.

UN CHICO.—Está enfermo, don Alberto.

RITA.—(*Al mismo*). Toma, llévale su ración y dile que luego iremos a verle.

MARTA.—(*Después de una ojeada al grupo*). También falta Segundo Labra.

UN CHICO.—Se quedó arrestado por hablador.

OTRO CHICO.—Y el que habló fuiste tú.

EL PRIMER CHICO.—Y tú también.

ALBERTO.—Y la pagó el pobre Segundo.

RITA.—Díganle que pase en la tarde por su ración.

(*Los chicos principian a retirarse conversando bulliciosamente, despidiéndose hasta el siguiente día y dando las gracias. Uno de ellos se ha quedado el último y vuelve, cuando todos se han ido, y entrega un papel a Rita con timidez*).

CHICO.—Mi padre me pidió que le diera a su merced este papelito para el patrón.

RITA.—¿Qué le pasa a tu padre?

CHICO.—(*Lloroso*). Ahí lo verá.

MARTA.—No te aflijas; papá lo remediará todo.

ALBERTO.—(*Después de leer el papel, acariciando al chico*). Le dirás a tu padre que puede estar tranquilo que le defenderemos y no le quitarán su terrenito. Que venga esta tarde a hablar conmigo, trayéndome todos sus papeles. ¡Pobre viejo! A ver si repites, chico. (*Durante esta escena, Rita, Marta y Adolfo estarán arreglando el desorden que han hecho los niños*).

CHICO.—Dice don Alberto que le lleve los papeles esta tarde y que no le quitan el terrenito.

MARTA.—(*Desde lejos*). ¿Quiere que le escriba, papá?

RITA.—Yo lo haré.

CHICO.—No se moleste, misiá Rita; si no se me olvida

ALBERTO.—Bien, chiquitín; dile a tu padre que venga pronto.

CHICO.—(*Enternecido*). Gracias, su merced (*Se va*).

ADOLFO.—(*Aparece por el fondo con un granuja de la oreja*). Mire, patrón, el ladroncito que se había quedado aquí.

RITA.—No le vayas a lastimar, Adolfo.

ADOLFO.—Unos huascasos le voy a dar.

MARTA.—No harás eso.

ALBERTO.—Ven acá. (*El chico se acerca escondiendo la cara. Alberto le registra los bolsillos y le saca toda clase de fruta*). Mira si eres tonto; has robado la fruta verde que te iba a hacer daño. Si encontrabas poco lo que te dieron ¿por qué no pediste más? No sabes que es para ustedes toda la arboleda? Arroja esa fruta que no está buena. Adolfo, escógele unos buenos duraznos

ADOLFO.—El patrón será la perdición de estos chiquillos. (*Se aleja regañando*)

RITA.—Haces mal en tomar lo ajeno, chiquitín.

MARTA.—Para otra vez, pedirás.

CHICO.—(*Sollozando*). Sí, misiá Martita.

ALBERTO.—(*Dándole la fruta que ha traído Adolfo*). Toma y no vuelvas a robar

CHICO.—No, don Alberto.

ADOLFO.—Si otra vez te encuentro, te castigaré solito. (*El chico llora*).

MARTA y RITA.—(*Como defendiendo al chico y llevándolo hasta la puerta*). Si no lo va a hacer más.

CHICO.—Nunca más.

ADOLFO.—(*Yendo a su trabajo*) ¡Así te irá conmigo si te pillo!

ALBERTO.—¡Pobrecito! robó tal vez para llevar más a su casa o porque tiene en su alma algún mal germen que es preciso arrancar con suavidad, como la maleza de las flores, con mucha suavidad para no dañar la plantita. (*Se sienta y queda un rato en una ligera meditación, observando el paisaje del fondo. En la puerta Rita y Marta explorando la carretera con la mirada. Se oye una exclamación de Marta*).

MARTA.—¡Ahí viene!

ALBERTO.—Debe ser su Benjamín; ya es la hora.

ESCENA CUARTA

Dichos y Benjamín

RITA.—Ya llega, Benjamín.

ALBERTO.—¡Si traerá buenas noticias del pueblo!

RITA.—No lo dudes, Alberto; toda la campaña de esta elección ha marchado tan bién y los partidarios tienen un entusiasmo tan decidido que no se puede desconfiar del éxito. (*Entran Marta y Benjamín. El es un mozo alto, bien formado, vestido con extremada sencillez*).

BENJAMIN.—Buenos días, tíos.

ALBERTO.—Muy buenos, Benjamín. ¿Qué noticias me traes de tu padre?

BENJAMIN.—Muchas y buenas, por lo demás, él vendrá pronto, trayendo el resultado de la entrevista que celebra con los candidatos.

RITA.—En tu casa, ¿todos bien?

BENJAMIN.—Sí, tía; muy atareados con los trabajos de toda suerte.

MARTA.—(*Habrá estado durante este principio de la escena cerca de las plantas que dejara aparte anteriormente*). Señor primo y señor novio, antes de entrar a tu charla, ven a cumplir los deberes de la casa. ¿Ves esas lindas plantas que tienen los viejos?

BENJAMIN.—¡Qué preciosas son!

MARTA.—Pero dí algo más; no seas frío. ¿Qué no sabes que son cultivadas por mí?

BENJAMIN.—¡Por eso son tan bonitas!

MARTA.—¡Y no se te ocurre más! En castigo, ven tú mismo a colocar estas dos en su sitio. Si yo las cuido, por lo menos te darás el trabajo de ofrecerlas. (*Benjamín toma las plantas y obedece las órdenes de Marta*).

ALBERTO.—Se despejó el misterio.

MARTA.—¡No te dije que no adivinabas!

RITA.—¿Ese era el secreto?

MARTA.—Ese, mamá, ¿que te parece de poca importancia? Pero, ¡qué poco diestro eres, Benjamín! (*Va a ayudarle*).

RITA.—Si tú haces las cosas, él no aprenderá.

BENJAMIN.—Están muy bien plantadas, tía.

RITA.—Déjale hacer, Marta.

MARTA.—Ya está; ahora que has cumplido tu deber te dejo en tus noticias. Apuesto a que tienes ganas de alguna golosina en el almuerzo.

BENJAMIN.—¡Por cierto! Hace días que estás hablando de una torta nueva.

MARTA.—Para esto tienes elocuencia.

RITA.—No seas insoportable, chiquilla.

MARTA.—Déjame fastidiarle un poco; este caballero tiene dos novias: la señorita campaña electoral, que le merece todas sus atenciones, y esta pobre tonta.

BENJAMIN.—Marta, tú haces ricos dulces y ofreces lindas flores; yo no sé sino hablar y escribir, y a mis viejos y a ti les ofrezco mis discurso y mis artículos.

ALBERTO.—¡Toma! Ya estás pagada!

RITA.—Vamos, locuela, se presenta mal la disputa para ti. (*Se van. Marta sale haciendo cariñosos gestos de amenaza a su novio*).

ALBERTO.—Y bien, Benjamín, cuéntame las últimas incidencias.

BENJAMIN.—La reunión de anoche de los civilistas los ha dejado poco satisfechos.

ALBERTO.—Los diarios dicen, sin embargo, que tuvieron mucha gente.

BENJAMIN.—Sí, tío; pero su programa no ha dejado contento a nadie. Las mismas ideas rancias; los mismos propósitos poco definidos y, sobre todo, los mismos hombres cuya intervención en los negocios públicos ha sido hasta ahora un fracaso.

ALBERTO.—Tienen más ambiciones personales que anhelos de verdadero patriotismo.

BENJAMIN.—Así lo estima el público.

ALBERTO.—¿Y los progresistas?

BENJAMIN.—Descontentos también. Su reunión de esta mañana ha sido llena de novedades. Los oradores del candidato han debido aceptar las réplicas de la concurrencia. Luis Torrealba, desde la platea del Teatro, refutó todo el programa de Alvarado y, más que eso, le demostró el fracaso de su aplicación y, en cambio, le hizo ver los espléndidos resultados que está dando la aplicación de nuestro sistema.

ALBERTO.—¿Sería una sesión turbulenta?

BENJAMIN.—Nada de eso, tío. Parece que hubo cierta altura de miras, y que, a la postre, los progresistas, viéndose perdidos, buscaron una franca aproximación a los nuestros.

ALBERTO.—Bueno, muy bueno. Casi todos ellos son hombres de trabajo y están más cerca de nosotros que de los civilistas.

BENJAMIN.—Muy mal nos trataron estos en su reunión. Nos llamaron elemento disolvente, ambiciosos de una situación que no nos corresponde, verdaderos asaltantes de los poderes públicos y otras lindezas del mismo jaez. Esta conducta torpe es la que más ha influído en el enfriamiento de los electores.

ALBERTO.—¡Pobres hombres! Son buenos, son honrados; pero son inútiles. ¿Quién dirá que esas nieves de la cordillera no son blancas, brillantes y purísimas? Pero, ¿quién dirá que son útiles allí donde están? Para serlo deben ser derretidas por el sol y bajar, torturándose por la falda de la montaña y los pedregales del torrente, hasta derramarse fecundas en la llanura. Así están ellos: buenos y honrados, como esa nieve es blanca y pura, se quedan, sin embargo, en su cumbre y no se dejan abrazar por el sol de la caridad para bajar hasta el pueblo y remediar sus miserias a través de todas las molestias de la lucha con los intereses creados y, muchas veces, del combate con aquellos mismos a quienes se quiere favorecer.

BENJAMIN.—Así es, tío, su egoísmo los ha perdido.

ALBERTO.—Y nos perderá a nosotros si desmayamos en una tarea en que el esfuerzo debe ser incesante. ¿Ves, hijo mío, esos labradores que trabajan el campo del frente? Ahí están constantemente limpiando sus sembríos de la mala yerba, y, por cierto, tendrán una buena cosecha. Si llegan a descuidarse, confiados en su primer esfuerzo, les invadirá la maleza y perderán sus frutos. Así debemos vivir en nuestro partido, siempre cuidando el campo y, sobre todo, Benjamín, vigilándonos mucho a nosotros mismos, a fin de que no invada nuestros corazones el abrojo de la ambición personal, que ahoga los frutos de la idea pura.

Yo me envejezco decidida y rápidamente; tu padre también necesita des-

canso y tú, que has de continuar nuestra propaganda, recuerda lo que te digo: toma ejemplo de los civilistas, perdidos por el abandono de la idea, que se hace infecunda en la atmósfera de las ambiciones mezquinas; considera el fracaso de los progresistas por la falta de una idea moral sustentadora de su programa y observa que nuestro éxito se debe, sencillamente, a esa base que nos da unidad y a nuestro esfuerzo actual. La base es perdurable de modo que la victoria definitiva sólo consiste en la constancia de nuestra acción.

BENJAMIN.—No dude, tío, que lucharemos siempre, pues la esencia de nuestro programa es la perfección incesante que le asegura su idea fundamental.

ALBERTO.—Así lo espero, Benjamín, y confío en que Dios me dará vejez suficiente para ver el triunfo de las nuevas generaciones. Y, volviendo a nuestro principio, ¿cómo estimas la situación del momento?

BENJAMIN.—Creo que los progresistas nos pedirán nuestro concurso para su candidato y que análoga cosa harán los civilistas.

ALBERTO.—Y nuestros propios trabajos, ¿cómo marchan?

BENJAMIN.—Todos los labradores han contestado nuestras preguntas, pidiendo un candidato nuestro y ofreciendo toda clase de recursos. El entusiasmo es efectivo y ardiente.

ALBERTO.—¡Buenas gentes! Aquí viene Santiago.

ESCENA QUINTA

Dichos y Santiago

SANTIAGO.—Preciosas nuevas traigo, Alberto.

ALBERTO.—¿Terminó la reunión de los candidatos?

SANTIAGO.—Han quedado el civilista Gamboa y el progresista Alvarado consultando a sus amigos en conjunto.

BENJAMIN.—¿Hicieron proposiciones, papá?

SANTIAGO.—Sí, ambos solicitan nuestros sufragios para la diputación y nos ofrecen la totalidad del Municipio.

ALBERTO.—¿Llegaron a definir la situación?

SANTIAGO.—No. Les expuse claramente el estado de nuestras fuerzas. Con honradez y claridad les manifesté, nominalmente, todas nuestras adhesiones de grandes y pequeños, cada una de ellas valorizada tanto por el número de votos como por los demás recursos para la campaña.

ALBERTO.—¿Sería para ellos una revelación?

SANTIAGO.—Y una decepción.

BENJAMIN.—¿Te discutieron nombres, papá?

SANTIAGO.—Uno que otro; pero debieron convencerse de que tenemos la mayoría absoluta de los sufragios y que, de todos modos, ganaremos el gobierno local y obtendremos el triunfo del diputado.

ALBERTO.—¿Tú no hiciste proposiciones?

SANTIAGO.—Pedirles tan sólo que, en vista de una situación tan clara, evitáramos la lucha, a fin de no distraer a las gentes de las faenas agrícolas, tan intensas en estos días.

BENJAMIN.—¿No aceptaron, por cierto?

SANTIAGO.—Lejos de eso, insistieron en dar la batalla, contando con un gran derroche de dinero.

ALBERTO.—Felizmente pasaron ya esos tiempos en que el cohecho era la base electoral.

BENJAMIN.—Esa ha sido su gran campaña, tío.

ALBERTO.—No, Benjamín; el pueblo ha abierto los ojos y se ha dado cuenta de que él mismo forjaba las cadenas de su opresión.

SANTIAGO.—Les he hecho ver que nuestras gentes son incorruptibles y como último término, me propusieron que designáramos nosotros el candidato, civilista o progresista, que tomáramos la mayoría del gobierno local y que nos darían garantías de apoyo en algunos puntos de nuestro programa.

ALBERTO.—Es el comienzo de la retirada.

BENJAMIN.—Cederán, finalmente.

SANTIAGO.—Así lo creo. Mi última palabra fué ofrecerles toda clase de garantías para sus hombres y decirles que iremos a nuestro candidato propio, el que debe ser designado por votación previa de nuestros correligionarios, he-

cha por el sencillo medio de los boletines postales que ya estamos recibiendo y de los cuales les mostré algunos ejemplares.

ALBERTO.—¿Cuándo se hará nuestro escrutinio?

BENJAMIN.—El plazo vence hoy, y ya se han recibido casi todas las respuestas.

ALBERTO.—Y, en definitiva, ¿cuál ha sido el resultado de la reunión?

SANTIAGO.—Quedaron en consulta, como te dije, y comprometidos a enviar su respuesta aquí. (*En este momento se oye una campanilla y entra Marta por la izquierda*).

ESCENA SEXTA

Dichos y Marta

MARTA.—La política les servirá de almuerzo. ¿Qué no han oído la campanilla? Vamos, papasito. ¡Ah! tío Santiago, Ud. almuerza con nosotros.

SANTIAGO.—Por supuesto, chiquilla. ¿Hoy será el día de la torta de que habla este goloso?

BENJAMIN.—No, papá; recién han plantado los damascos para la mermelada.

MARTA.—Pues, señor escéptico, sufrirás el suplicio de Tántalo, verás la torta y no la probarás.

ALBERTO.—Ya lo has reñido bastante.

BENJAMIN.—Confieso mi pecado; creo en la torta.

MARTA.—Tendrás un pedacito chiquitín, hasta ver si el arrepentimiento es sincero y firme el propósito de enmienda. Pero, vamos a almorzar.

SANTIAGO.—¡Qué agradable sería almorzar aquí, debajo del parrón!

ALBERTO.—Buena idea, ¿qué te parece Marta?

MARTA.—Espléndido. ¡qué buenas ocurrencias tiene el tío Santiago! Tú no imaginas eso, Benjamín... Pero nos vamos a demorar algo más.

BENJAMIN.—Te ayudaré a poner la mesa.

MARTA.—Será el fin de tu penitencia; ven para que nos despachemos pronto. (*Se va con Benjamín*).

SANTIAGO.—¡Qué simpatía de muchacha!

ALBERTO.—Es la alegría de esta casa.

ESCENA SEPTIMA

Dichos José Núñez, luego Marta, Rita y Benjamín

(*Rita, Marta, Benjamín y un criado en los afanes de aderezar el almuerzo en dos mesitas. José Núñez toca la campana en la puerta de la carretera; un primer golpe, tímido, no se oye; un segundo más fuerte obliga a Santiago a mirar*).

SANTIAGO.—Es el pobre José Núñez.

ALBERTO.—Adelante, amigo José; entre sin temor.

JOSE.—(*Entra con timidez*). Buenos días, don Alberto.

SANTIAGO.—(*Le golpea cariñosamente el hombro*). ¿Qué dicen esas cosechas, mi viejo?

JOSE.—Para otros, don Santiago.

SANTIAGO.—¿Cómo es eso?

JOSE.—(*Con el sombrero en la mano entrega tímidamente un legajo a Alberto*). Ahí lo verá Ud. Aquí traigo los papeles que me pidió el patrón.

ALBERTO.—(*Recibiendo el legajo*). ¿Qué te dijo el chico? (*Examina los papeles*).

JOSE.—Que su merced mandaba que trajera mis papeles y que no me quitarían el terrenito.

SANTIAGO.—¿De eso se trataba?

JOSE.—Sí, patrón; me quieren dejar en la calle. (*En este momento lo divisa Marta que está en su tarea de la mesa*).

MARTA.—¿Por aquí, mi viejecito?

JOSE.—Sí, misiá Martita, en busca de auxilio.

RITA.—¿Cómo está la Margarita, José?

JOSE.—Alentada, patrona; gracias a Dios no nos falta salud a los pobres.

MARTA.—(*A Benjamín*). No seas desatento, ofrece un vaso de vino a José.

BENJAMIN.—¿Blanco o tinto?

JOSE.—Como Ud. guste, don Benjamín.

BENJAMIN.—Aquí tienes blanco.

JOSE.—(*Apura el vaso, limpiándose la boca con la manga*). ¡Qué fresquito!

ALBERTO.—Y bien, José, el caso es que el comerciante que te vendió tus máquinas y otros efectos te demanda porque no has cubierto el precio, ni aún con toda la cosecha que entregaste

JOSE.—Eso es, patrón. Pero lo que yo no entiendo es que cuando subscribí el papel me dijeron que eran doscientas libras, que valían cuatro mil pesos

El papel era a seis meses, que se vencieron para la Pascua, y me mandaron esta carta, en que dicen que las libras valen más y que la cuenta es de cinco mil y pico de pesos. Yo fuí al pueblo y les dije que me esperaran hasta la cosecha y me contestaron que como no, pero que me comprometiera a venderles el triguito.

SANTIAGO.—¿Y así lo hiciste?

JOSE.—Sí, señor; pero les pregunté que a cómo estaba el trigo y me dijeron que a catorce pesos. Entonces les dije que cosecharía como cuatrocientas fanegas y se quedaron muy contentos.

ALBERTO.—¿Y fué buena tu cosecha?

JOSE.—No tanto, señor. Fuera de semilla y lo que dejamos para el gasto, les pasé para la bodega como trescientas cincuenta fanegas y me escribieron que el trigo valía diez pesos, no más, y que les debía como mil ochocientos pesos y que tenía que pagar.

SANTIAGO.—¡Cómo abusan de estos pobres!

ALBERTO.—¡Ay de los verdaderamente responsables que se llevan jugando con el cambio!

JOSE.—Eso mismo de cambio me dijeron y yo no entendí. El caso es, patrón, que estoy demandado y el receptor me dijo que si no pagaba me quitarían el terrenito.

RITA.—(*Durante su trabajo en las mesas habrá estado atenta al relato de José.*) Y tu vieja, ¿ha sabido todo eso?

JOSE.—Como no, misiá Rita, y no se cansa de llorar y todos los niños andan como la noche obscura. Tantos años trabajando, dice la Margarita, para que, al último, se lleven otros los padecimientos de los pobres.

RITA.—No te aflijas, José. Guardarás tu fundito, lo hermosearás cada día más y todo se arreglará. ¿No es verdad, Alberto?

ALBERTO.—Sí, hija mía. Esos hombres, José, te cobrarán lo justo y te devolverán lo que te han arrebatado. Tu trigo vale cerca de cinco mil pesos, y las máquinas sólo cuatro mil, de modo que tienes que recibir buenos billetes. Voy a escribir muy seriamente a esa casa abusadora; pero, mientras tanto, vas a llevar un escrito al Juzgado.

BENJAMIN.—Yo lo haré, tío, impugnando la liquidación de la cuenta.

MARTA.—Eso está bien dicho. Si libras a José, te perdono definitivamente y hago una torta sólo para tí.

BENJAMIN.—Ven por aquí a las dos de la tarde, José, para firmar el escrito y llevarlo al Juzgado después.

JOSE.—Muchas gracias, señor. Adiós patrón. Hasta la vista, misiá Rita.

ALBERTO.—Oye, no te vayas tan de prisa. ¿Cómo andan tus recursos?

JOSE.—¡Cómo será, pues, señor!

ALBERTO.—(*Le pasa unos billetes*). Toma, lleva esto para tus trabajos. Me lo devolverás cuando te paguen esos pícaros.

JOSE.—(*Humildemente*). ¡Dios lo bendiga, don Alberto!

ALBERTO.—Anda, anda, hombre; todos debemos ayudarnos.

RITA.—Tranquilízate, José, y anda a consolar a los tuyos.

JOSE.—Mil gracias, misiá Rita.

MARTA.—(*A José que va saliendo*). Váyase corriendo, para que almuercen de buen humor.

JOSE.—(*Desde la puerta*). ¡Dios la bendiga, misiá Martita, y al señor don Benjamín!

SANTIAGO.—¿Cuándo se organizará definitivamente la defensa de los hombres de trabajo?

ALBERTO.—Cuando ellos mismos se convenzan de que no deben descuidar de sus deberes cívicos.

MARTA.—(*Acariciando las barbas de su padre*). Y que no se olviden de almorzar a tiempo, papaíto.

ALBERTO.—Bien, almorcemos. ¿Cómo has distribuído los asientos, tiranuela?

MARTA.—En esta mesa mamá, Benjamín y tú. En esta otra, el tío Santiago y yo.

BENJAMIN.—¿Qué no era completo el perdón?

MARTA.—Sí; pero a plazo. ¡Cuando libres al buen José!

RITA.—Anticípale algunos días.

ALBERTO.—También me empeño y garantizo el éxito.

SANTIAGO.—Transijamos. Esta mesa de tres, para Marta, Alberto y yo. En la otra, Benjamín y Rita.

MARTA.—Mejor es mi transacción. Aquí papá, mamá y el tío, y en esta mesita Benjamín y yo: eso sí, como es perdón anticipado, voy a poner entre los dos

este gran florero. (*Risas de todos, suena la campana de la calle. Aparecen los candidatos Alvarado y Gamboa. Va a recibirlos Santiago. Ligero movimiento de los demás para retirarse. Alberto los tranquiliza*).

ESCENA OCTAVA

Dichos, Gamboa y Alvarado

(*Durante la escena, Rita y Marta preparan dos nuevos cubiertos en la mesa de tres asientos. Cambios de saludos de los visitantes. Santiago hace las presentaciones*).

SANTIAGO.—La señora de Rubio, mi hermana Rita, don Francisco Gamboa, don José Alvarado. Mi sobrina Marta.

ALVARADO.—¿La señorita es la novia de nuestro amigo Benjamín?

MARTA.—(*Con cierta satisfacción*). Sí, señor.

GAMBOA.—Hemos venido a perturbarles en su almuerzo.

RITA.—De ningún modo. Estos señores, ¿nos harán la honra de almorzar con nosotros?

ALBERTO.—Sin duda; puede serles agradable cambiar de decoración.

ALVARADO.—Y muchísimo más almorzar en tan deliciosa compañía.

RITA y MARTA.—(*Al mismo tiempo*). Con perdón de ustedes. (*Se van a preparar los nuevos asientos*).

GAMBOA.—Ya sabrá, don Alberto, que hemos tenido una conferencia con su cuñado Santiago y estará impuesto de los detalles.

SANTIAGO.—Le he referido toda nuestra entrevista y además le he anunciado que ustedes tendrían la amabilidad de traer las últimas proposiciones.

ALBERTO.—Conozco todos los pormenores y me ha sido muy satisfactorio saber que todos los partidos tienen los mismos anhelos de orden y tranquilidad. (*Durante la escena Benjamín, llamado por Marta, le ayuda en sus afanes y recibe sus constantes riñas cariñosas por sus pequeñas torpezas*).

ALVARADO.—Hemos estudiado con detención la comarca, y, por lo que hace a las fuerzas progresistas, debo dejar constancia de que conservamos los mismos elementos dirigentes de nuestra última campaña.

SANTIAGO.—Hay, sin embargo, señor Alvarado, algunos que hoy nos acompañan. Los grandes agricultores de la subdelegación de Temenhue están ahora con nosotros.

ALVARADO.—Es verdad; pero ellos no han figurado nunca entre nuestros directores. Su situación ha sido muy inferior a la de los jefes locales.

ALBERTO.—Pero han llegado, señor, a constituir un núcleo muy importante y su influencia se debe al bienestar de que gozan por las aplicaciones de nuestra doctrina.

ALVARADO.—Reconozco el hecho, don Alberto. En resumen, expongo nuestra situación con toda claridad: conservamos todos, o casi todos, nuestros jefes y los mismos elementos de que ellos disponían.

SANTIAGO.—Es una apreciación exacta.

GAMBOA.—Por lo que hace a los civilistas, don Alberto, tampoco ha cambiado su situación teórica. Empero, debo confesar con hidalguía, que, si bien nuestros elementos siguen representados en los registros de las propiedades de nuestros amigos, sus fuerzas, en realidad no les pertenecen. Sus haciendas están explotadas por arrendatarios y ellos, cuando algo se han reservado, han guardado sus parques para la época de verano. Los hombres que hacen producir la tierra se limitan al cumplimiento estricto de sus obligaciones mercantiles y no tienen comunión de ideas con sus patrones. Es sensible; pero es la verdad. La indiferencia de los nuestros nos ha hecho perder el campo.

ALBERTO.—No podía ser de otro modo, señor Gamboa. El servicio de una idea necesita una atención constante y mucha abnegación.

GAMBOA.—Yo, por mi parte, he renunciado a la lucha y he recibido autorización para proceder de acuerdo con Ud.

ALVARADO.—En igual situación me encuentro yo, siendo más precisas mis instrucciones. Debo retirar mi candidatura y ofrecer nuestro concurso a Ud. personalmente.

GAMBOA.—Eso está en perfecta armonía con la norma de conducta que me he trazado.

ALBERTO.—(*Con gran dulzura*). Es una gran satisfacción para mis amigos; pero, desgraciadamente, no puedo acep-

tar tan honroso ofrecimiento. Me he trazado un rumbo del cual no deseo apartarme; quiero trabajar por nuestra doctrina en la modestísima esfera de acción de mi hogar y de los jóvenes amigos que he formado en veinte años de atención a la escuela de mi aldea.

ALVARADO y GAMBOA.—(*Al mismo tiempo*). Su nombre es la condición indispensable de nuestro acuerdo.

SANTIAGO.—Debes aceptar, Alberto.

ALBERTO.—Sabes, mejor que nadie, que mi resolución es inquebrantable. Quiero hacer ante vosotros una dolorosa confesión cuya amargura puede ser el alivio definitivo de mis remordimientos. Yo dejé el Congreso en situación que fué para mí un oprobio y una vergüenza...

ALVARADO—Nadie recuerda semejante falta, imputable sólo a la exuberancia de su juventud.

GAMBOA.—Hoy es usted un modelo de patriotismo.

SANTIAGO.—Todo lo has reparado.

ALBERTO.—No, señores, fué una situación de oprobio y de vergüenza y yo mismo me he impuesto el único castigo que satisface a mi conciencia. Guardo para mí todo el trabajo y todo el sinsabor y quiero las recompensas y las situaciones brillantes para los corazones inmaculados. (*En este momento entran Rita y Marta*).

ALVARADO.—Ud. nos ayudará, señora, a decidir a su esposo. Todos, amigos y enemigos, le pedimos que sea nuestro diputado.

RITA.—Acepta, mi Alberto.

ALBERTO.—(*Con cariñosa severidad*). ¡Qué agravio te he hecho, mujer, para que me apartes del Refugio en que dejo correr apacible mi vida, a tu lado, y en medio de los recuerdos de mis padres que consuelan la amargura de mis malos años!

RITA.—Te he dicho que exageras tu falta y que necesitas cambiar de horizonte por ti y por tus doctrinas.

ALBERTO.—(*Acariciando a Rita*). Aquí están el campo de mi doctrina y el remedio de mis males.

GAMBOA.—Y Ud., señorita Marta, ¿no quiere cooperar a nuestra obra?

MARTA.—(*Con muchísima ternura*). Complace a estos caballeros, papasito, y a tu Martita también y a todos los pobres a quienes ayudarás mejor estando más arriba.

ALBERTO.—Hija de mi alma, no digas eso. La posición de los hombres es la que les otorga su propia conciencia. Cumpliré tus deseos de servir a los humildes; pero será desde aquí, viviendo cerca de ellos, que es como mejor se conocen sus necesidades.

ALVARADO.—Su resolución no puede ser inquebrantable, don Alberto, pues su candidatura es la base del arreglo.

GAMBOA.—Su persona es nuestra única garantía de que su programa, que todos aceptamos, se verifique sin sacudidas bruscas y sin perturbaciones peligrosas.

ALBERTO.—Hay entre nosotros, hombres que os dan iguales seguridades. Aquí tenéis a Santiago, ha sido mi compañero en la vida buena y honrada. ¿Por qué no buscáis el acuerdo sobre su nombre?

ALVARADO.—Si su voluntad es inquebrantable, don Alberto, aceptamos con el mayor agrado.

SANTIAGO.—Tampoco es mi rumbo, caballeros, yo, como Alberto, quiero vivir en este rincón, que lo fué de mis miserias y que es hoy de mis alegrías. He trazado mi conducta sobre la suya y sólo deseo esta quietud del espíritu que es la fuerza de nuestra acción.

MARTA.—(*Con gracia juguetona*). Mala suerte con los hombres; creo que tendréis que ofrecernos la candidatura a nosotros. ¿Aceptas, mamá?

RITA.—Por supuesto.

GAMBOA.—No es posible, señor, colocarnos en este conflicto.

SANTIAGO.—En verdad, no hay conflicto; nosotros respondemos del candidato que elijan los nuestros.

ALVARADO.—Sabemos que será don Alberto.

ALBERTO.—No podré aceptar esa manifestación cariñosa de los amigos.

GAMBOA.—Designarán después a Santiago.

SANTIAGO.—Repito que mi caso es el del Alberto.

GAMBOA.—Aún hay otra persona. Entre sus hombres hay un profesional joven, modesto, a quien adoran sus partidarios y que es la encarnación de sus doctrinas. Les propongo, como última base de arreglo, la candidatura de Benjamín.

MARTA.—(*Alarmada*). ¿Qué es eso? Yo voto en contra; Benjamín es mío, mío solamente.

RITA.—Yo tampoco quiero que nos dejen sólos.

ALBERTO.—Y yo deseo que Benjamín sea el candidato. Respondo de su proceder, confío en la sinceridad de su convencimiento, sé que su amor a la causa supera a su amor propio y no dudo que su éxito será el de nuestros ideales. Además, señores, la Providencia permite que por mi propia mano corrija el mal irreparable que causé. Hubo un tiempo, años de corrupción y de maldad, en que un hombre seducido por mí, llegó hasta falsear la voluntad popular para darme una investidura parlamentaria que no había alcanzado. Su falta, que era mía, lo llevó a la cárcel y a mí a los honores. Fuí un ingrato y le abandoné en las sombras de una prisión que comprometió su vida. Su hijo, Santiago López, fué a pedirme amparo y le arrojé de mi casa. Dios castigó mi falta de piedad, y, en su infinita bondad, quiso iluminar mi mente. He tratado de reparar: Ese hijo amante es hoy mi mejor amigo, su hermana es mi esposa y su propio hijo es el novio de ese pedazo de mi alma. Hasta aquí ellos han sido mi consuelo; para que mi perdón sea definitivo, quiero que vaya al Congreso Benjamín, cuyo abuelo fué más digno de ese puesto que el hombre por quien se sacrificó.

(*Rita, Santiago, Marta y Benjamín se abrazan de Alberto. Larga escena de ternura a la que no son indiferentes Gamboa ni Alvarado*).

ALVARADO.—¿Aceptará Ud. este regalo para su canastillo de bodas?

MARTA.—Si Benjamín quiere...

ALBERTO y SANTIAGO.—Acepta, Benjamín.

BENJAMIN.—(*Aún muy emocionado*). ¡Hágase la voluntad de Dios!

MARTA.—¡No irás nunca a Santiago sin mí!

BENJAMIN.—¡Jamás!

RITA.—Y, ¿nos dejarás a nosotros?

MARTA.—(*Cariñosa*). ¿Irás lo menos posible?

BENJAMIN.—Sólo cuando el deber lo exija y, ansiando volver a este rincón de mi dicha

MARTA.—Por si me faltas, voy a guardar la torta hasta que hagas un año de prueba.

SANTIAGO.—¿A mí también me vas a castigar?

MARTA.—No, tío, le daré todas las tortas que quiera.

(*Se siente rumor de niños*).

ALBERTO.—Ya vuelven los chicos a la escuela.

ALVARADO.—¡Qué bullicio traen!

SANTIAGO.—Voy a ver. (*una pausa*). Vienen formados y con banderas. Ya están aquí.

(*Entran los niños*).

NIÑOS.—(*Ya debajo del parrón*). ¡Viva nuestro maestro, viva el diputado don Alberto Rubio!

ALBERTO—No es a mí a quien debéis aplaudir; estos caballeros han designado a un antiguo alumno de vuestra escuela, a Benjamín.

NIÑOS.—¡Viva don Benjamín López!

BENJAMIN.—Gracias, chiquitines; véis cómo la buena enseñanza abre todos los caminos.

MARTA.—El gran camino de estos es el del huerto. Vengan a la fruta (*Los deja en el huerto y los chicos se entregan con toda libertad a la cosecha de los árboles*).

ALVARADO.—¡Así hemos debido trabajar nosotros!

GAMBOA.—¡Tendremos que hacernos corazones nuevos!

ALBERTO.—Basta tener la voluntad decidida de enmendar los errores.

RITA.—(*Que habrá llenado unas copas*). ¡Sea la primera a la salud del candidato.

ALVARADO.—¡Por que no le falte la torta!

MARTA.—Si la conducta es buena.

GAMBOA.—¡Por los novios! (*Alberto y Santiago estarán juntos contemplando la escena*).

BENJAMIN.—Señores, no debemos brindar por la obra si no por los artistas. ¡Por nuestros padres!

ALBERTO.—¡Al fin siento aliviada mi alma de sus dolores!

(*Se sientan para almorzar, en medio de las alegres bromas de Marta c su novio y del coro de los niños, cuyas risas en el huerto llegan como zumbidos de abejas en las flores*).

TELON

Mi Ruca.—A 15 de Octubre de 1913.

LAS IDEAS DE JULIETA

(Cuento para niños)

Por

JULES LEMAITRE

Ilustraciones de Gordon

A los diez años de edad, mi ahijada Julieta es una niñita muy razonable. Como le regalara el día de su santo un hermoso ejemplar de los *Cuentos* de Perrault, al volverla a ver le pregunté:

—¿Has leído mi libro?

—Sí, padrino.

—¿Y lo has hallado entretenido?

—Es claro, dijo haciendo una mueca.—Pero no falta donde escoger.

—¿Qué quieres decir con eso, Julieta?

¡Vaya! que hay historias muy bonitas, historias que acaban bien...

—¿Es decir?

—Es decir, historias en que los que han sido malos son castigados, y aquellos que han sido buenos son recompensados. Por ejemplo; la Bella Durmiente del Bosque, Cenicienta, Riquet el Copetudo, terminan muy bien. Pero las otras...

—Explícate, Julieta.

—Vamos a ver, padrino, ¿acaso apruebas el final de la Caperucita Roja? Ahí tienes una niñita que es comida por el lobo; ¿por qué? porque ha sido atenta con él y porque en seguida se ha entretenido recogiendo castañas. Y la abuela que también es comida por el lobo, ¿acaso ha hecho algo malo?

Pasa como con la mujer del ogro, en Pulgarcito. La tal mujer del ogro es bien buena. Al ver a Pulgarcito y sus hermanos se pone a llorar y les dice: ¡Ay! pobres niños, donde habéis caído!" Los lleva a calentarse junto a un buen fuego, y cuando vuelve su marido, los hace esconderse debajo de la cama. Ella es quién decide al ogro a no matarlos hasta la mañana siguiente, y les lleva de merendar. ¿Y con qué es recompensado su buen corazón? A la mañana siguiente encuentra degolladas a sus siete hijas y "nadando en su sangre." ¿Puede ser justo eso? Sé perfectamente que las ogritas no eran nada bonitas y que prometían ser malas. Pero, sea como fuese, ella las quería así, puesto que era su madre."

Julieta dice estas últimas palabras con mucha expresión, como en el teatro.

¿Eso es todo, Julieta?

—Oh, dijo meneando la cabeza con un temblor de todos sus rizos,—no tendría cuando acabar si lo dijera todo.

—Tenemos tiempo.

—Pues, bien, exclamó después de un momento de reflexión, hay unos, como te he dicho, que son castigados sin haber hecho absolutamente nada: pero también hay otros que son castigados, no injustamente ¿me entiendes? pero mucho más de lo que merecían.

—¡Qué vamos a hacerle! así es la vida.

¿Cómo dices?

—Nada. Continúa.

—Un caso más, ¿qué ha hecho la esposa de Barba-Azul? Ha sido curiosa, desobediente... Y todavía pudiera alegarse que tenía harto derecho a meterse donde quisiera, puesto que era dueña de casa... ¿Acaso no está bastante castigada con el miedo que tuvo en el cuarto de abajo, y al ver en seguida la llavecita manchada de sangre, y que la sangre no quería salir?...

"No, parece que eso no era bastante, agregó Julieta con un tono sarcástico. Faltaba todavía que su marido la tomara con una mano de los cabellos, mientras que con otra levantaba su sable para cortarle la cabeza... La suerte que al fin llegaron sus dos hermanos... Pero: ¡que debió sufrir la pobrecita! Todo: por una desobediencia insignificante.

"¡Y en las Hadas, pues! Por supuesto que Panchita es tonta y orgullosa: pero ¿no parece suficiente castigo el que vea a su hermana menor echar a cada palabra, perlas y diamantes, y casarse con el hijo del rey?...

Te repito que no me gusta Panchita... Pero irse a morir al fondo de un bosque y no poder siquiera lamentarse sin vomitar sapos y culebras, eso es ciertamente demasiado cruel.

¿Por lo menos, Julieta, aplaudes el éxito del marqués de Caravaca y de su fiel Gato con botas?

—Oh, sobre eso también habría mucho que decir... Se les prohibe a los niños que mientan, se les azota cuando lo hacen, y tu famoso Gato no hace más que mentir de la mañana a la noche... Y además, ¿por qué comerse al ogro que lo había recibido cariñosamente en su castillo? Fué tontería la del ogro, volverse ratón por vanidad; pero eso no era una razón... Y ese badulaque del marqués de Caravaca, que llega a ser tan rico sin haberlo ganado con su trabajo. ¿puede ser eso justo?

"Ya ves, padrino, son bonitos tus Cuentos de Perrault, pero eso da a los niños ideas falsas..."

Algunos días después de esta conversación, precisamente la víspera de Nochebuena, Julieta reunió a sus amiguitas Nina, Chela, Tato, Queta, Juanita y Yoyo, para contarles cuentos, uno de sus mayores placeres.

Seis pares de límpidos ojos se fijaban sobre Julieta y seis bocas de rosa bebían sus palabras.

Julieta decía:

"Por aquel tiempo, Jesús nació en un pesebre, entre el asno y el buey. María y José estaban junto a él, y los pastores y los reyes magos vinieron a adorarle.

"A la misma hora, Caperucita Roja, sin acordarse ya de su encuentro con el lobo, se entretenía en recoger castañas, en correr tras las mariposas y en hacer ramos de flores.

"No había advertido ella que se hacía noche. El bosque estaba obscuro. Comenzaba a encontrar muy pesado el canasto que llevaba al brazo, con una galleta y un molde de mantequilla. Al notar que había perdido



el camino, se puso a llorar; pero notando lejos una lucesita, caminó en su busca... y llegó al pesebre donde estaba acostado Jesús en su cuna.

"Al pronto se quedó sorprendida, pero viendo sonreirle al Niño Jesús, se acercó a besarlo y ofreció a la Virgen su galleta, la mantequilla y las flores. La Virgen le dió las gracias y le dijo: "Has hecho bien en venir, chiquitina: de lo contrario te hubiera comido el lobo. Pero no ha podido siquiera comerse a tu abuelita, porque un hombre lo ha visto en el momento que trataba de entrar y lo ha corrido a pedradas.

"Entonces la Virgen pidió a uno de los pastores que acompañara a la niña hasta la casa de sus padres, que estarían con cuidado. Y uno de los reyes magos encontró tan simpática a Caperucita, que quiso adoptarla por hija. "Vaya a decírselo a mis padres", dijo Caperucita. Y el rey mago fue, adoptó a Caperucita Roja y la llevó a su corte con su padre, su madre y su abuelita."

* *

"Eso no es todo, prosiguió Julieta. Cuando Caperucita Roja hubo salido del pesebre, la mujer del Ogro llegó bañada en llanto.

"Contó sus penas a la Virgen, y que había encontrado degolladas a sus siete hijas. Después de haber hablado al oído al Niño Jesús, la Virgen le respondió: "Vuelva a su casa, pobre mujer, que encontrará a sus siete hijas vivitas en su cama; estarán más bonitas que antes y en vez de sus dientes largos y sus narices picudas, tendrán dientes menudos y nariz agraciada. Pero recomiende mucho a su marido que no mate más niñitos.—No dejaré de hacerlo, Señora, contestó la mujer del Ogro. Sin contar con que mi marido está muy apesarado de haber muerto a sus hijas por equivocación, y creo que su pena lo hará enmendarse.—Si es así, dijo uno de los reyes magos, yo lo tomaré a mi servicio, y será uno de los guardias de mi palacio.

"La mujer del Ogro dió repetidas gracias y se fué bien contenta.

"Luego entró al pesebre la señora de Barba-Azul, con el cabello suelto y una llavecita en la mano. Contó su aventura a la Virgen y lo que temía al regreso de su marido. La Virgen tomó la llavecita manchada de sangre y la hizo tocar por el Niño Jesús, y la sangre desapareció al momento.

"Y la Virgen devolvió la llave a la señora de Barba-Azul, la cual se lo agradeció mucho. La señora de Barba-Azul regresó a su casa, sin que su marido supiera nunca que le había desobedecido. Fué pues muy atento con ella; pero como había hecho la maldad de matar a sus primeras mujeres, murió días después en un accidente de caza.

"Y Panchita, la hija orgullosa que estaba condenada a vomitar sapos y culebras a cada palabra, vino a su turno al pesebre de Belén. Se dirigió a Jesús, se arrodilló, y temblando por lo que sin duda iba a ocurrir, dijo: "Jesús ten piedad de mí". Pero, en vez de víboras y sapos, fueron rosas de Pascua lo que salió de su boca...

"Tan pronto como Panchita, llorando de reconocimiento, se hubo retirado, un gentilhombre se presentó ricamente vestido y cubierto con un sombrero con grandes plumas. Al acercarse gritó a los pastores: Paso, villanos, paso al marqués de Caravaca." Y acercándose a la cuna se sacó por último el sombrero y dijo al Niño Jesús: "Te presento mis saludos, primo mío".

"Señor marqués, le dijo la Virgen, tenga la amabilidad de volverse a su casa. Por lo demás, Ud. no es tal marqués, puesto que es hijo de un molinero. Ud. no es tampoco de los amigos de mi hijo, porque no es de los humildes de corazón, y no ha adquirido su fortuna sino por las mañas y las mentiras de su Gato. ¿No le da vergüenza, deberle todo lo que es? Vuélvase a su casa, joven. Mientras venía para acá, su hermoso castillo se ha evaporado, y no hallará más que los cimientos. Pero si se pone a trabajar de buena gana, le prometo en nombre de mi hijo que se ganará muy bien su vida y no será pizca de desgraciado.

"Y el marqués salió entre las risotadas de los pastores y magos.

Y no hay más".

Nina, Chela, Tato, Queta y Yoyo quedaron encantadas con estos relatos.

* *

Yo lo había oído desde mi rincón, fingiendo leer el diario. Cuando Julieta hubo terminado:

"Has hablado bien, le dije. Acabas de expresar tus pueriles invenciones, con la dulzura y la gracia de una mujer de Francia, la delicadeza de una conciencia lentamente depurada por generaciones de exce-



lentes arios de los cuales eres lejana descendiente...

—No entiendo lo que estás diciendo, padrino.

—Da lo mismo, Julieta. Sólo que no has hablado de las hadas que aparecen en los Cuentos de Perrault. Ellas también fueron a adorar a Jesús al pesebre. Iban magníficamente vestidas, una de oro, otra de plata, la tercera de seda carmesí, la cuarta de terciopelo real, y las demás por el estilo, resplandecientes de pedrería, lo que formaba un hermosísimo espectáculo, que a ti te costará menos imaginar que a mí describirlo... El Niño Jesús recibió su homenaje, y luego cambió a las hadas en santas y las repartió por campos y bosques. Ahí cuidan ellas de las yerbas y de las flores con que hacen remedios y de los manantiales que curan las enfermedades; protegen a los viajeros, y apartan el ganado de las plantas venenosas y enseñan a cantar a los pájaros.

"Y fué una de ellas la primera que habló a tu grande amiga Juana de Arco, bajo el árbol de las hadas..."

Traducción especial para P. M.



El Capitan Conquistador

Por W. W. JACOBS

XXI

El verano pasó rápidamente, sobre todo para el capitán Barber, que decía no haber conocido en su vida un verano más corto. Pero aunque su memoria había mejorado un tanto, no era todavía de las mejores, y muchas cosas, a que la señora Church se refería heroicamente con bastante frecuencia, parecían escapársele.

Olvidó por ejemplo que debía casarse en el mes de Octubre, en cuanto hubieran concluído las amonestaciones.

El día de la boda lo encontró resignado pero confundido. El aire de la mañana era áspero y frío, impregnado de un leve perfume de hojas secas que se mezclaba con el aroma de los crisantemos en flor. La casa amaneció tan limpia como una tasa de plata, compitiendo con la cubierta de la Foam, que había sido lavada cuidadosamente aquella mañana en celebración del fausto suceso. La tripulación, después de terminadas sus tareas, se vestía apresuradamente sus vestidos de gala.

Benjamín, el contramaestre, soberbiamente adornado con un descomunal sombrero de copa, traje negro y relucientes y crugidoras botas nuevas, se paseaba orgullosamente por la cubierta. Su aspecto, sin necesidad de las banderas que engalanaban la goleta, bastaba a anunciar la festividad.

Tres o cuatro jornaleros que pasaban por el muelle, se sintieron absortos de tanta magnificencia, y siguieron su camino sin dirigirle la palabra, pero un pescador, más atrevido, juzgando que la similitud de oficios le permitía alguna confianza, trabó conversación con el contramaestre.

Charlaron por largo rato acerca de un tío de Benjamín, tío que sólo viniera al mundo, después de la promoción del contramaestre y que había mandado un bergantín.

En lo más interesante de su narración, la voz vino a faltarle, al contemplar delante de sí y sobre cubierta, la figura del robusto marino Jones, con la cabeza también cubierta de un estropeado y antiguo sombrero de copa, cuidadosamente cepillado. Para evitar la mirada del contramaestre, el marinero se cruzó de brazos, en actitud de contemplar la corriente del río. Las palabras temblaban en los labios del contramaestre, y fué incapaz de continuar contestando las preguntas del marinero, sobre su tío el capitán. Detrás de Jones, aparecieron en el castillo de proa otras cabezas, coronadas también por sendos sombreros de copa.

—¿Pero qué sucedió entonces? preguntó el pescador, deseoso de continuar la interrumpida conversación.

El contramaestre no se dignó responder, y dirigiéndose hacia los marineros con airado ademán, preguntó a Jones qué significaba todo aquello...

—¿Significa qué cosa? preguntó Jones, sorprendido...

—Esos sombreros, dijo el contramaestre balbuceando.

Los cuatro lo quedaron mirando con toda estolidez, estrechamente agrupados entre sí, para comunicarse su fuerza moral, y defender mutuamente sus cabezas...



Un pescador trabó conversación con el contramaestre

—¡Tanto sombrero de copa!... dijo el pequeño marino, mirando alternativamente al contramaestre y a los marineros... En verdad no lo entiendo.

—¿Y el capitán Barber? preguntó el contramaestre muy impresionado.

—Se encuentra muy nervioso, dijo Niblets. Estuvo rabiando por más de cinco minutos, sin poder abotonarse el cuello, y entonces vino a caer en la cuenta de que no había puesto la collera en el ojal.

Momentos después el capitán salió nuevamente de su camarote, resplandeciente desde la cabeza hasta los pies.

La tripulación bajó a tierra, y atravesaron la calle del pueblo, seguidos por un escuadrón de muchachos, que contemplaban irónicamente tanta magnificencia. Más de una pelotilla vino a rebotar sobre las flamantes chiteras.

Aunque Seabridge permanecía en una relativa calma, la casa de la señora Banks, se encontraba en fermentación. Muchas mujeres, con alfileres en la boca, se dirigían de una a otra novia, dando término a los últimos preparativos. La señorita Banks vestía de satín blanco y se estaba quieta. La señora Church, con su vestido color de heliotropo, miraba sin cesar hacia la calle, yendo y viniendo a asomarse a la ventana.

—Las dos deben sentarse, dijo al fin una de las acompañantes... Todo lo que tienen que hacer ahora es esperar a los caballeros.

Se susurraba que la demora de Mr. Gibson, provenía de que había ido en busca del capitán Barber, y como el tiempo siguiera transcurriendo, cierta inquietud comenzó a difundirse por la reunión, y más de una mirada compasiva se dirigió hacia la señora Church. Las concurrentes se disputaban los sitios de la ventana, pero ni señas se veían del capitán Barber.

—Ya era tiempo de que estuviesen aquí.

—Nos los hemos puesto para la boda, dijo Jones, pensando que con esto lo explicaba todo.

—Pues se los van a sacar ustedes inmediatamente, dijo el contramaestre en tono decisivo... Yo no les permito llevarlos.

—Con perdón de Ud., dijo Jones, con mucha política... Nos hemos proporcionado estos sombreros para la boda, y queriendo Ud. o no, los llevaremos.

Y diciendo estas palabras, se sacó el objetado artículo de la cabeza y lo limpió con mucho cuidado, con la manga de su chaqueta, en tanto que el furioso contramaestre se lanzaba briosamente al asalto contra los otros tres. Tomasito, cuyo sombrero le entraba hasta los ojos, se sentía comparativamente seguro, pero el cocinero, consciente de que el suyo apenas se le sostenía en la cabeza, dió prudentemente algunos pasos hacia atrás. En este preciso instante apareció sobre cubierta el capitán Niblets.

dijo al fin la señora Banks, con voz grave.

Por fin una niña llegó corriendo a anunciar que la comitiva se acercaba. Uno o dos minutos después, ella fué visible desde la ventana. El capitán Barber, espléndidamente ataviado, precedía el cortejo, el cual terminaba a la cola con los tripulantes de la Foam y sus flamantes sombreros de copa. Así que se acercaron, pudo verse que el rostro del capitán Barber estaba muy pálido, y que sus manos temblaban, pero entró a la casa con paso firme, sin necesidad de ayuda.

Le hicieron una espléndida acogida. Las damas jóvenes le sonrieron, las de mediana edad le tomaron por su cuenta, y las viejas manifestaron, si cabe aún, más entusiasmo. El recibió con digna serenidad tantos homenajes, sentado en una silla.

—¿Quién le puso a Ud. en la cabeza la idea de casarse? preguntó una lindísima curiosa.

—La señora Chuch, repuso el ex-marino, con magnífica sencillez.

—Por cierto, dijo la dama, pero, ¿fué un amor a primera vista, o fué creciendo poco a poco en su corazón, sin que Ud. se diera exacta cuenta?

El capitán Barber se ruborizó.

—Creció sin que yo me diera cuenta, repuso.

—Supongo, dijo una dama de temperamento romántico, que Ud. sospechaba desde el principio lo que tenía que suceder...

—No, señora dijo el capitán con acento tembloroso... Nadie se sorprendió más que yo mismo.

—Extraño caso, murmuraron a la vez varias voces.

Una niña terrible de diez años, la más pequeña de las damas de honor, se subió a las rodillas a hacer comparaciones entre ambas novias, que no podían menos de arrancar a Mr. Gibson una sonrisa.

—Es tiempo de que vamos andando, dijo la señora Banks, levantando su voz sobre el susurro de las conversaciones. Capitán Barber, Ud. y Mr. Gibson con los demás caballeros, deben ir adelante de nosotras a la iglesia.

Los hombres obedecieron dócilmente y en silencio solemne formaron de nuevo su pequeño cortejo, cerrado por los tripulantes de la Foam.

Hasta el día de hoy el capitán Barber no sabe exactamente lo que le ocurrió en aquellos solemnes instantes, y no acepta tampoco la relación que de todos los sucesos hace el capitán Nibletts, que considera sólo como el aborto de una imaginación desordenada. Niega también la verdad del aserto que circulara aquella noche en Seabridge, según el cual, al hacérsele en la iglesia cierta pregunta terrible, prescrita por el ritual de los matrimonios, él contestó, en lugar de un sencillo "sí"..., estas palabras... "Así lo supongo"....

Salió del templo, zumbándole los oídos y con una niebla delante de los ojos... Algo iba colgando de su brazo, y de cuando en cuando se lo estrechaban... Al fin descubrió que ese algo, era la señora Barber.

De los hechos y dichos de la tripula-



El capitán Barber, metido en un hermoso traje, marchaba a la cabeza del cortejo



Algo iba colgando de su brazo

ción de la Foam aquella noche, más vale no hablar. Baste decir que cuando los marineros llegaron a bordo, sólo Tomasito llevaba aún su chistera en la cabeza... Orgulloso con esta circunstancia, se acostó con ella puesta y se quedó así perfectamente dormido... Su sueño no debió ser de los mejores, porque a eso de las cuatro de la mañana, cambió la marea, se produjo un movimiento en la goleta, y el único sombrero de copa sobreviviente a bordo, cayó también al agua, y se fué flotando mansamente a merced de las ondas.

XXII

A un hermoso Octubre, sucedió un triste y húmedo Noviembre; un mes de brumas y nieblas, en el cual muchos buques de todos tamaños y naciones, tripulados por innumerables marineros, subieron y bajaron las turbias aguas del río, en demanda de los países más remotos.

Más de tres meses habían transcurrido desde que el Golden Cloud, iniciara su larguísimo viaje; tres meses durante los cuales, Fraser, a despecho de su buen sentido práctico, fué un visitante asíduo de Rosita Tyrell y la había ayudado en la busca de nuevos alojamientos, a fin de evitarla las atenciones de Mr. Roberto Wheeler, el cual, habiendo descubierto su nuevo domicilio, había reanudado sus múltiples avances amorosos.

En una o dos ocasiones la niña lo había acompañado a bordo del vaporcito. En tales circunstancias, Mr. Guillermo Green se creía obligado a guiñar significativamente un ojo a Mr. José Smith, y a hacer en seguida comentarios sobre el significado más o menos probable de tales visitas.

—Harían una hermosa pareja, dijo José con solemnidad.

—¿Y qué será del capitán Flower? sugirió Mr. Green... El es evidentemente de quien hablaban la otra noche, y Tomasito les oyó referirse a él dos o tres veces.

José suspiró. Estaba comenzando a cobrar estimación a su nuevo capitán, desde que había descubierto cuán infundadas eran las siniestras sospechas, que contra él atribuyera... Además, sentía una admiración fanática por Rosita Tyrell.

—Ahí está la clave del negocio, dijo al fin.... Si juzgáramos por las apariencias, el capitán Flower conoce el medio de enamorar a dos y a tres mujeres al mismo tiempo.

Dichas estas palabras se encaminó a la bodega, mientras Mr. Green murmuraba que en realidad no se puede servir a dos amos al mismo tiempo.

Algunas semanas después el recuerdo del capitán Flower vino de nuevo a saltarle y muy a pesar suyo, gracias a un periódico que el ingeniero había llevado a bordo. Sin darse el tiempo para reflexionar, salió sobre cubierta y se dirigió derecho hacia el capitán.

—El periódico dice que el Golden Cloud ha naufragado, señor, dijo respetuosamente.

—¿Cómo? preguntó Fraser con tono indiferente.

—El Golden Cloud, señor; el buque en que se embarcó el capitán Flower, dijo José.

Fraser lo miró severamente.

—¿Cómo sabes que el capitán Flower?... preguntó.

José miró en torno suyo en busca de

auxilio. Pero Mr. Guillermo Green, que podía haberse prestado, se encontraba en esos precisos momentos entretenido en bañar el gato, a pesar de las fervientes protestas del animalito.

—Dilo con mil diablos! ¿Cómo lo sabes? repitió Fraser.

—Guillermo me lo ha dicho, repuso José rápidamente.

Llamado Mr. Green a cuentas, abandonó el gato más que ligero, y se dirigió donde el capitán, mientras José, enteramente confiado en las facultades de su amigo, esperaba tranquilamente el desenlace de la escena.

—Sí, señor, yo se lo dije a José, contestó con una mirada de represión a su acusador. Me encontré con el capitán Flower aquella noche, y él mismo me lo dijo... Siento mucho ver ahora en este papel que su buque se ha perdido.

—Así será, dijo Fraser, volviéndole la espalda.

Los dos hombres se retiraron poco a poco. Mr. Green trató de manifestar su desagrado por la conducta de José, pero este supo atajar sus reproches en otros tantos cumplimientos.

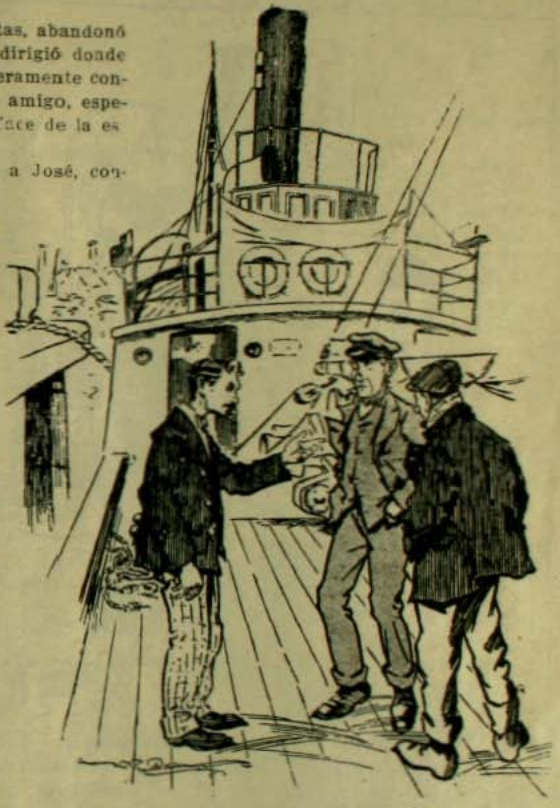
—¡Quién fuera como Ud., Guillermo! dijo con envidia... Me habría metido a abogado o procurador, o a algo por el estilo.

Los días y las semanas pasaron, pero nada se decía aún del Golden Cloud. Fraser compraba el diario todos los días, cuando bajaba a tierra, pero en vano, hasta que una mañana, en Bittsea, en la crónica del "Daily Telegraph", saltó a su vista el nombre del buque náufrago... Entonces, con el corazón palpitante de emoción, leyó lo siguiente:

El buque náufrago Golden Cloud

Río Janeiro, Jueves.

La barca Foxglove, en viaje de Melbourne para Río Janeiro, acaba de llegar a este puerto con cinco hombres, los únicos sobrevivientes de la fragata Golden Cloud, que zozobró a consecuencias del choque con un vapor, cuyo nombre se ignora, a diez semanas de Londres. Los nombres de los tripulantes sobrevivientes son Smith, Larsen, Petersen, Collins y Gooch. Ninguno otro ha salvado."



¿Y qué será del capitán Flower? sugirió Mr. Green

Consternado leyó el párrafo una y otra vez, deletreando cuidadosamente los nombres de los marinos salvados. En seguida salió a cubierta y dirigiéndose hacia José, le señaló con dedo tembloroso, el pasaje fatal... José lo leyó lentamente.

—¿No se encontraba entre ellos el capitán Flower, señor? preguntó.

Fraser movió la cabeza, y ambos hombres permanecieron por algunos instantes en silencio.

—Por esta vez está bien muerto y no hay lugar a equivocación dijo José por fin... Era un excelente marino, y el mejor y más amable de los capitanes.

Devolvió el periódico y se fué a su trabajo a conferenciar con Mr. Green, que



El periódico dice que el Golden Cloud ha naufragado

lo estaba esperando. Fraser, de regreso a su camarote, después de meditado maduramente, escribió a Rosita Tyrell, comunicándole la noticia, e incluyéndole un recorte de la sensacional noticia.

La fué a ver tres días más tarde, y no fué poca su sorpresa al encontrarla, culpándose a sí misma de la muerte del marino.

—No había oído hablar siquiera del Golden Clond, si no hubiese sido por mí, dijo temblando... Su muerte pesa sobre mi conciencia.

Fraser intentó confortarla, diciéndole que en todo ello debía verse el dedo de la Providencia, que a ella había querido salvarla de una muerte cierta, permitiendo que se quedara dormida el día del embarque.

La niña movió negativamente la cabeza.

—El se metió de marinero por ir en el mismo buque que yo, dijo sollozando... Ningún otro hombre habría hecho tanto por mí y yo... yo...

Ud. se quedó dormida, observó Fraser por vía de consuelo.

La señorita Tyrell hizo un gesto de impaciencia, pero escuchó llena de esperanza las observaciones de su amigo, en orden a la posibilidad de que Flower se hubiera salvado en otro buque.

—Veré los periódicos todos los días, dijo ella.

Pero nada vino a realizar esta perspectiva, y al fin de un par de semanas, hubo de perder toda esperanza. Fraser sentía mucho el trágico fin de su desventurado amigo, con tanta mayor razón cuanto que no podía menos de notar un cambio notable en sus propias relaciones con Rosita Tyrell.

Había desaparecido de ella toda confianza, como si la niña quisiera demostrarle que, roto el vínculo que antes les uniera, nada justificaba la continuación de tales relaciones... Las visitas se hacían más y más difíciles y ceremoniosas... Por fin, él dejó de verla en uno de sus viajes a Londres, y al siguiente no la encontró en casa . Pasó una quincena antes que pudiera verla y el encuentro resultó embarazoso para ambos.

—Sentí mucho no estar en casa, la última vez que vino a verme, dijo Rosita.

—Eso no significa nada, repuso Fraser.

La conversación comenzó a decaer....

La señorita Tyrell miraba distraídamente por la ventana.

—No sé en verdad, comenzó Fraser... Su voz se hizo balbuciente.

—No sé en verdad, repitió, si debo quedarme o irme.

—Haga lo que guste, contestó ella con seguridad.

—Yo lo que deseo es hacer el gusto de Ud., dijo Fraser.

La niña le miró con gravedad.

—Su lenguaje no es siempre de lo más conveniente, dijo... Acaso no soy yo una buena compañera.

Fraser negó enérgicamente.

—No es esto todo, dijo con lentitud.

Rosita nada replicó y hubo otro largo silencio. Entonces Fraser le alargó la mano.

—Adiós, dijo con forzada calma.

—Adiós, dijo la niña, sonriendo.

—Necesito decirle algo antes de irme, dijo Fraser, deteniéndose en el umbral... y se lo diré.

La señorita Tyrell esperó con paciencia.

—La quise desde el momento en que la vi por vez primera, dijo Fraser, y la querré hasta que muera... ¡Adiós!

La estrechó nuevamente la mano, y bajó lentamente a la calle. En la puerta se detuvo una vez más a contemplar a Rosita... Miró a la calle... y todavía mucho más lejos... La niña aún permanecía donde él la dejara... Le pareció que el brazo de Rosita hacía un movimiento... Volvió atrás rápidamente... La señorita Tyrell le miraba sorprendida.

—Pensé que Ud. me llamaba, murmuró....

—¿Pensó que yo le llamaba? repitió la niña.

—...Así lo imaginé, murmuró Fraser, la miró y ella bajó los ojos ante los suyos. Entraron nuevamente en la casa.

—No podía dejarlo ir de esa suerte, dijo la señorita Tyrell por vía de explicación, una vez que ambos estuvieron en la sala.

Fraser vió que Rosita sonreía... Se acercó a ella y la dió un beso... La niña, temblando, por algo que podía ser indignación, escondió su rostro en el pecho del marino.

Por un rato permanecieron en silencio... Entonces Rosita, desprendiéndose de los brazos que la aprisionaban, retrocedió un paso...

—Eso no está bien, dijo... Ud... se olvida...

—Al contrario, dijo Fraser, eso está perfectamente... No hay en el mundo una cosa mejor.

Rosita movió gravemente la cabeza.

—Desde el principio todo ha ido mal, dijo, y a consecuencia de ello el capitán Flower ha muerto... Nunca fué mi intención embarcarme en el Golden Cloud, y... sin embargo... lo embarqué a él... Y ahora ha muerto... El quería navegar junto a mí, y mientras él se ha ahogado... yo estoy junto a Ud... He sido muy mala...

Fraser protestó, y tomándola de la mano, la atrajo junto a sí.

—El fué muy bueno con mi padre, dijo Rosita, luchando débilmente... No sé si puedo hacer lo que hago.

—Sí... que puede Ud. dijo Fraser con



Comenzaron a divagar sobre el futuro



Los tripulantes no habían necesitado que nadie se lo dijera para saberlo

vehemencia... Yo no la perderé a Ud. jamás... Nada gana Ud. con mirarme así... Es ya tarde.

La besó nuevamente, espantado de su propia audacia y del enérgico modo con que iba conduciendo las cosas... Sentía, sin embargo, un secreto pesar, al ver como ya no tenía miedo de Rosita Tyrell.

—Le prometí a mi padre, dijo la niña, casarme con él... pero ahora...

—Ahora ello no es posible, dijo Fraser.

Se sentaron junto al fuego, y allí comenzaron a divagar sobre el futuro... Era un amplio futuro, y en él se comprendió al propio capitán Flower.

—Si a pesar de todo, estuviese vivo, dijo Rosita con sincera energía, me casaría con él, si él lo quisiese.

Fraser asintió.

—Si volviera, dijo deliberadamente, yo mismo se lo contaría todo... Era su propio deseo el que yo cuidara de Ud.... a falta suya... Nada tengo, pues, de que reprocharme... Si él no hubiese muerto, nunca habría yo dicho a Ud. una palabra de mi amor.... Ud. lo sabe.

—Lo sé, dijo Rosita suavemente.

Su mano temblaba en la de su novio, pero muchos miles de millas más lejos, el capitán Flower, desde la cubierta de un ballenero, escrutaba ansiosamente el horizonte en busca de un buque que lo condujera de regreso a Inglaterra.

XIII

El tiempo que tantos milagros obra, acabó por desvanecer las últimas dudas de Rosita, en lo tocante a la suerte del capitán Flower, y apremiada por las instancias de Fraser, había consentido en casarse en el mes de Junio. La única razón para escoger este mes, fué el estar ya muy próximo. El compromiso no se había hecho público, y sólo lo conocían el padre de Fraser y los tripulantes de la Swallow, los cuales no habían necesitado que nadie se lo dijera para saberlo.

El muchacho fué el primero en descubrirlo. Según su propio indignado relato, bajó una vez a la cámara a sus quehaceres, y de allí hubo de salir más que ligero. El capitán castigó su intrusidad, con tres semanas de trabajo forzado.

Faltaban sólo dos días para la boda. El Swallow se encontraba fondeado en el río, y con su cubierta vacía, salvo Mr. Green, el muchacho y el gato. Fraser había ido a tierra a sus preparativos de matrimonio y Rosita Tyrell, con todo lo que poseía en la tierra, encerrado en un par de baúles, soñaba en la cámara con el porvenir.

Un bote atracó al costado del vapor, y Mr. Green, al asomarse a la borda, divisó la larga figura de José subiendo por la escalera. Su apariencia era alarmante y a Mr. Green no pudo menos de chocarle que un marino viejo y curtido como aquel trajera impresa en el rostro, las señas de un terror femenil.

—Manda a ese chiquillo a la bodega, dijo José rápidamente.

—¿Por qué? preguntó el interesado, en tono de rebelión...

—¡Vete abajo! repitió José... si no quieres que te haga obedecer a puntapiés.

El muchacho, después de algunas observaciones sobre los derechos del hombre en general, y sobre los de los muchachos en particular, tomó la soleta, y José, cogiendo del brazo al sorprendido Mr. Green, lo llevó aparte.

—Eres un individuo digno de toda mi confianza, dijo José a su interlocutor.

—Ud. me hace justicia, contestó el otro con modestia. ¿De qué se trata?

Por toda respuesta, José señaló la cámara, con tal expresión en las facciones que Mr. Green se preparó para escuchar la más horrible de las noticias.

—Todo se acabó, dijo el gigantesco marinero, con poético acento...

Poned los vestidos de la boda en papel de envolver, y decidle a las campanas de la iglesia, que no sigan tocando... El capitán Flower ha vuelto...

—¡Cómo! exclamó el atónito Míster Green.

—Lo he visto, dijo José. Me dirigía al muelle a conversar con el viejo Jorge, cuando lo vi con él. El, sí que no me vió, porque yo me vine corriendo tan ligero como pude... Estamos lucidos.

Mr. Green permaneció anonadado.

—Sólo dos días más y se habían casado, dijo José... ¡Qué contratiempo!... Mucho me alegro de que esté en salvo, pero debió haber aguardado para aparecerse siquiera algunas horas.

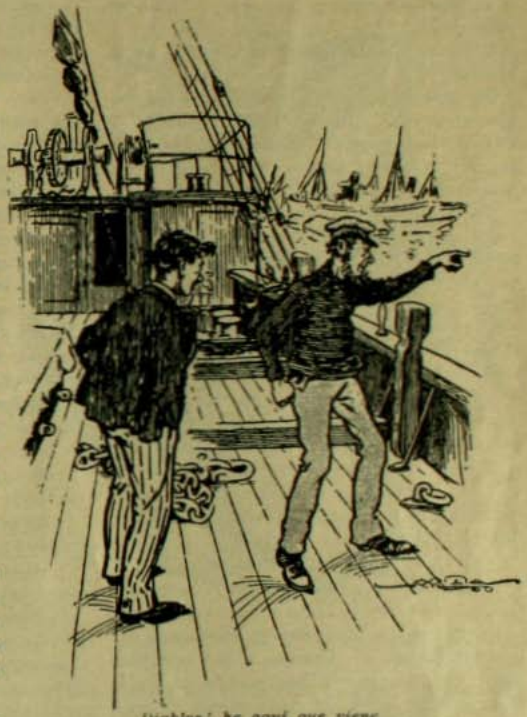
—¿Y Jorge? ¿Estaba muy asustado? preguntó Mr. Green.

—¡Qué le importa a él! dijo José.. ¿Está Ud. o no dispuesto a trabajar en pro de nuestro capitán?

Mr. Green tosió confusamente.

—No haré nada que no sea digno de un caballero, observó... No me apartaré de la rectitud de mis principios.

—Muy bien, repitió José... ¿Es o no el capitán Fraser nuestro capitán? Muy bien... nuestro deber, nuestra rectitud, como dices, nos obliga a auxiliarle.... Previa además en esa pobre niña... Es fácil ver que está enamorada de nuestro capitán hasta los tuétanos... y es tan linda.... tan encantadora, que si me ordenara echarme de cabeza al mar, la obedecería sin réplica.



Diablos! he aquí que viene

—No te sería difícil nadar hasta la playa, asintió Mr. Green.

—Van a casarse el Jueves por la mañana, continuó José, y ahora llega ese diablo del capitán Flower para echarlo todo a perder.

—Es una linda muchacha, dijo Mr. Green... siempre tiene una sonrisa amable para todo el mundo.

—Ese Fraser vendrá a bordo, tan cierto como que las gallinas salen de los huevos, continuó José, ¿qué hacer?

Cruzó sus brazos pensativo, mirando hacia el muelle.

—Sólo se necesita un poco de astucia—Guillermo,—dijo en seguida.

—Hagámosle beber por tres días, murmuró Mr. Green, en una voz tan baja, que casi esperaba que José no la oyera.

—Eso es todo lo que se te ocurre, repuso el indignado marino... ¡Lucidos estamos!... Pero... ¡Diablos!... Hé aquí que ya viene... Por Dios, discurre algo... y no hagas ruido, no sea que la niña se despierte.

Y diciendo estas palabras, apuntó hacia la playa.

Su amigo pudo ver entonces un bote con sólo un pasajero que se dirigía al vapor... Cuando la cabeza del capitán Flower, asomó por la borda, ambos marineros dieron muestras de indignación y de horror.

Es la propia voz de Ud., capitán, dijo José, mientras Flower le estrechaba la mano... No pensé jamás volverle a ver en este mundo... Lo creía ahogado desde hace muchos meses.

El recién venido, aunque bronceado por el sol de los trópicos, parecía gozar de cabal salud.

—He estado en peligro, por cierto, dijo moviendo la cabeza... Pero no he nacido para ello... La gran cosa, José, es saber mantener la cabeza fuera del agua.

—Sí, señor, dijo el marinero..., pero supimos que Ud. había naufragado en el Golden Cloud.

—Es la verdad, dijo Flower con aire de importancia.. Zozobramos a algunas millas de toda tierra... La noche era obscura, pero la mar estaba en calma.. Con todo, pude ver la sombra del estúpido vapor que nos partió por medio, alejarse rápidamente, como si nada hubiera ocurrido... Pude asirme de un salvavidas pero no logré alcanzar ninguno de los botes... A la mañana siguiente cuando ya empezaban a faltarme las fuerzas, me recogió un ballenero... Pasé a bordo de él cuatro largos meses, hasta que nos pusimos al habla con la barca California, que me condujo a Inglaterra... Desembarqué hoy en la mañana en el Dique Alberto, y héme aquí sano y salvo.

José, mientras miraba lleno de turbación hacia la cámara, felicitó ardientemente al feliz náufrago, en tanto que Mr. Green, significaba con repetidas exclamaciones su admiración sincera. Flower paseó su mirada por la cubierta.

—¿Dónde está Fraser? preguntó.

—Ha ido a tierra, dijo José, apresuradamente... No sé a qué hora regrese.

—No importa: lo esperaré, fué la respuesta. Jorge me ha dicho que va a casarse el Jueves.

José guiñó un ojo.

—Así he oído, señor, dijo indiferentemente.

—Y el capitán Barber también se ha casado, según dice Jorge, agregó Flower. Supongo que es la verdad.

—Así lo he oído, dijo José nuevamente.

Flower, sumergido en sus pensamientos, dió algunas vueltas por la cubierta. Había llegado a Londres hacía tres horas, y encontrándose con la nueva de que Rosita no vivía ya en su antigua casa, no sabiendo cómo encontrarla, y sin tener noticias de su nuevo alojamiento, había ido a buscarlas al buque de Fraser.

—Bajaré a la cámara y lo esperaré, dijo a los dos hombres.

Y se dirigió lentamente hacia el camarote en que se encontraba Rosita... Los dos marineros se cambiaron miradas de desesperación... Entonces, en el instante en que iba a bajar, José lo detuvo por el brazo.

—Ud. no puede bajar allí, murmuró en voz baja.

—¿Por qué no? preguntó el otro forcejeando por desasirse. ¡Déjame!...

—Hay una dama allí abajo, dijo José por vía de explicación.

—Bien!... Pero yo no voy a comérmela, dijo el indignado Flower... No vuelvas a ponerme las manos encima o te arrepentirás... ¿Quién es?

El marinero titubeó... Entonces, con súbita inspiración, nacida de los recuerdos que conservaba de las aventuras de otros tiempos, guiñó su ojo a Mr. Green y respondió con mucha calma:

—Es la señorita que acostumbraba a ir a la Foam a preguntar por Mr. Robinson...

—¡Cómo! dijo el desventurado Flower, retrocediendo rápidamente e interponiendo los mástiles, la chimenea y el puente entre la cámara y él... ¡Cómo demonios no me lo habías dicho antes!

—No creí tener por qué meterme en lo que no me importa, dijo José humildemente.

—¿Y qué está haciendo allí? preguntó

Flower... ¿Va a casarse con Fraser?...

José asintió en forma un tanto dulcitativa.

—Sí, señor, dijo al fin.

—Sí, señor, agregó Mr. Green, sintiendo instintivamente que una mentira de tales proporciones requería auxilio.

Flower permaneció mudo de admiración por algunos segundos.

—No le digan a Fraser que he estado aquí, dijo por fin.

—No señor, dijo José con toda sinceridad.

—Lo veré en dos o tres días más, una vez que se haya casado... ¿Me entiendes, José?

—Sí señor, repuso el marinero... ¿Quiere Ud. que lo desembarque.

José bailaba de impaciencia, porque Fraser o Rosita podían de un momento a otro, aparecer y destruir todos sus planes, pero antes que Flower hubiera respondido, Mr. Green lanzó una exclamación desesperada, y el capitán, aguijoneado por el vivo recuerdo de sus aventuras del año anterior, desapareció rápidamente por la escalera del castillo de proa, en el preciso momento en que la señorita Tyrell aparecía sobre cubierta. José cerró la escotilla más muerto que vivo.

Inconsciente del interés que estaba despertando, Rosita Tyrell, cansada de la soledad del camarote, tomó asiento en una silla de lona, y se dispuso a gozar tranquilamente de la calma de aquella tarde de verano. José vió la derrota en el momento de la victoria; de un momento a otro el desbarrajado Tomasito podía revelar al crédulo Flower el importante secreto de estado.

—Házla salir de aquí, gritó a Mr. Green. ¡Pronto!

El aludido no hizo movimiento alguno. Miró a la inconsciente Rosita, y después a la nerviosa figura sentada en la escotilla... Su cerebro parecía no funcionar... De pronto recordó cierta hazaña que un marinero llevara a cabo dos o tres semanas antes y que le había costado el empleo, y se le ocurrió repetirla.

Por un momento el atónito José le contempló sin comprender su plan, pero cuando hubo penetrado en él, su admiración por el talento de su amigo creció inmensamente. Mr. Green se dirigía hacia proa, haciendo zig-zags a tropezones más que a pasos, con una sonrisa estúpida estereotipada en los labios... Desde la cocina marchó con infinitas precauciones hacia el lado del vapor, en que se encontraba Rosita, y plantándosele delante, la sonrió. La niña, después de mirarlo, dió rápidamente vuelta la cabeza... Entonces Mr.



Impartiendo a Jorge apremiantes instrucciones

Green dió término a su escena de solemnidad, tropezando en la rueda del timón, y cayendo cuan largo era sobre la cubierta... La niña entonces se levantó de su asiento y desapareció en la escotilla de la cámara.

Mr. Green hizo entonces señas a José, el cual se oponía a levantar la escotilla... temblando de impaciencia.

—Llévame luego al muelle, José, balbuceó el no menos impaciente capitán... No deseo encontrarme con Fraser, y debo ir a prevenir al viejo Jorge que no diga nada de mi aparición hasta dentro de dos o tres días.

El marinero obedeció con la mejor vo-

luntad, como es de suponer, cambiando una mirada de triunfo con Mr. Green. Su triunfo fué en cierto modo modificado con las preguntas que le hizo Flower en el camino, pero supo contestar a todas satisfactoriamente, y dejó a su pasajero en el muelle, impartiendo a Jorge apremiantes instrucciones en el sentido de que si la palabra es plata, el silencio es oro.

José trató con Tomasito sobre algunos de los principales puntos del negocio a su vuelta a bordo, aunque la necesidad de usar cumplimientos y consideraciones con un grumete, era demasiado amarga para su orgulloso temperamento.

—Te portarás bien, como que eres y has sido siempre un excelente muchacho, le dijo con amable sonrisa... y no dirás una palabra de lo que ha sucedido esta tarde, y aquí tienes seis peniques para tus gastillos.

Tomasito cogió la moneda y se la metió en el bolsillo, suspirando con aire pensativo.

—Aquí tienes tabaco, agregó Mr. Green, alargándole su petaca; puedes llenar tu pipa sin cumplimientos.

—¿Es muy importante? preguntó el niño...

—Importantísimo, repuso José... No puedes imaginarte hasta qué punto lo es. ¿No es cierto, Guillermo?

Mr. Green asintió.

—Vale más que seis peniques entonces, observó Tomasito.

—Mira, dijo José, reprimiéndose como pudo... Si te estás quieto por tres días, seré tu amigo por toda la vida... y Guillermo también... ¿No es así?

Mr. Green, con una sonrisa de extraordinaria condescendencia, contestó afirmativamente.

—Bueno, dijo el aludido... Vamos a cuentas... Uds. van a darme cada uno otros seis peniques, desde luego, a cuenta de esa amistad que estoy cierto va a producirme muchas libras esterlinas.

El muchacho, al decir estas palabras, miró a sus interlocutores con indomable energía y aguardó con paciencia todo el tiempo, que la emoción les impidió hablar. José fué el primero en recobrar el uso de la lengua, y Tomasito hubo de soportar heroicamente una descripción de sí mismo, capaz de ruborizar a un pescado.

—Seis peniques cada uno, repitió con sencillez... No necesito amigos capaces de hablar de ese modo para ahorrar seis peniques.

Mr. Green, con un sarcasmo que ni Tomasito ni José entendieron, le dió en monedas de cobre la suma prometida. Su amigo le imitó y Tomasito, contento de haber vendido a buen precio su conciencia, se alejó suspirando.

Fraser llegó a bordo muy poco después, y Mr. Green, recordando su celebrada escena de borrachera, esperó nerviosamente las consecuencias... Pero, como ninguna sobreviniera, confió a José su firme convicción de que la señorita Tyrell era una mujer por la cual podía darse la vida, y que Fraser era digno de ella.

La impaciencia de José duró todo el tiempo que el vapor estuvo anclado en Londres, y sólo cuando zarparon comenzó a serenarse...

—Nos quedan aún tres días, dijo a Mr. Green... Quisiera que ya hubiesen transcurrido.

El capitán Flower, que se había alojado en el Hotel de las Tres Hermanas, en Aldergate, por razones muy diferentes, deseaba lo mismo. Su idea era buscar a Fraser inmediatamente después del matrimonio para pedirle la dirección de Rosita. En su natural vanidad temía que la señorita Tipping, insistiera en cambiar de novio, si antes de la boda llegaba a saber su salvación. En tales circunstancias, trató de dominar su impaciencia lo mejor que pudo, y a fin de evitar que su existencia fuera conocida antes de tiempo, postergó el escribir a su tío, hasta la víspera del matrimonio de Fraser.

XXIV

Echó al correo su carta en la mañana, y después de almuerzo tomó el tren para Seabridge, donde lo esperaba la recepción que por muchos meses él había soñado. La nueva de su resurrección había trascendido por toda la aldea, y buena parte de los vecinos se encontraban en la estación para darle un apretón de manos.

Hasta la quinta del capitán Barber, su viaje se convirtió en una verdadera entrada triunfal. En el centro de una masa compacta de entusiastas, apenas pudo recibir la cariñosa acogida del capitán, y el casto saludo con que la señora Barber, creyó deber inaugurar sus relaciones de

tía... Al fin pudo verse libre, y tomándose del brazo del capitán y de su esposa, continuó su camino escoltado por el resto de la concurrencia.

Una vez solos dentro de la casa, la señora Barber, que tenía su modo especial al tratar a los náufragos, colocó a Flower frente a un trozo de carne fría y de una taza de café. Sólo cuando hubo concluído su frugal refrigerio y cargado su pipa, el tío Barber le pidió que narrara sus aventuras, cuyas más terroríficas escenas se había preparado a escuchar, bebiéndose dos jarros de cerveza fuerte.

El sobrino condescendió... Hasta Riga pudo servirle el mismo cuento que antes le sirviera con Rosita; inventó en seguida una colisión en la noche, entre el buque que lo traía de Riga y el Golden Cloud, colisión que le permitió explicar como pudo saltar de ese buque al otro. Había en ello una pequeña dificultad, porque semejante cambio de buques no estaba en las ideas del capitán Barber, muy rígido en materia de tradiciones marítimas. Pero Flower salvó el escollo, explicándolo todo con la fiebre que cogiera en Riga... El hecho es que el capitán Barber se dió por satisfecho, y escuchó en silencio el fin de la historia.

—¡Cuánto ha sufrido Ud., dijo temblando la señora Barber. Pero al fin ha vuelto Ud. sano y salvo después de un año de ausencia... Podría escribir un libro sobre el particular.

—Todo entra en el deber de un marino, dijo el capitán Barber, moviendo la cabeza... Lo escribirá, estoy seguro.

Su esposa se levantó para limpiar la mesa. El viejo cerró la puerta una vez que ella hubo salido, y apuntando hacia la cocina, sonrió significativamente a su sobrino.

—¡Maravillosa mujer! dijo...

—¿Cómo? preguntó Flower.

—Me he casado con ella, dijo el viejo, riéndose... No te imaginas lo inteligente que es... Siempre la tuya es buena opinión, pero nunca creí que lo fuera tanto

—Mucho me alegro, dijo el otro.

—Hay buenas y malas noticias, continuó el capitán Barber, moviendo la cabeza... Tengo una muy mala para ti.

Flower esperó...

—Isabel se ha casado, dijo el viejo muy bajo... Casada con ese estúpido de Gibson... Adiós, lo sentirás, estoy seguro.

El sobrino miró el suelo.

—Lo había oído, dijo afectando hondo pesar... El viejo Jorge me lo dijo.

El tío Barber, respetando aquel dolor, permaneció un instante en silencio.

—Yo siempre estoy pensando en tu bien, le dijo por último; hay por allí una sobrina de tu tía. Yo no la he visto, pero tu tía se deshace en elogios de ella... Así



Hablo de tu tía, la mujer de este tu tío

estoy seguro que va a convenirte... Le pediré a tu tía que hable en tu nombre... Tu tía dice...

—¡Pero cuantas tías para tan poca cosa! exclamó Flower con irritación.

El viejo, frunciendo el ceño, miró a su sobrino con aire de ofendida sorpresa.

—No estás en tus cinco sentidos, le dijo; tus desgracias te han perturbado el seso... Hablo de tu tía, la mujer de este tu tío, que tanto se desvela por tu porvenir.

—Así es; no lo recordaba, dijo Flower... No debí expresarme como lo he hecho, pero me encuentro un tanto fatigado.

—Así lo veo, dijo el capitán Barber amablemente, pero tu tía es una maravillosa mujer... Tiene la cabeza muy bien organizada para los negocios... Estoy en

tratos para comprar una goleta, que será para ti, si no prefieres la Foam.

Flower le dió las gracias calurosamente, y pocos momentos más tarde, al regreso de la señora Barber, el náufrago pudo darse cuenta, no sin sorpresa, de la evidente felicidad del matrimonio de que él era el primer responsable. Tuvo que repetir el relato de sus aventuras una y otra vez, y el capitán Barber produjo no poca confusión en la mesa, con su afán de representar al Golden Cloud en su vaso de cerveza y al buque desconocido que le hundiera con la fuente del guisado. Flower no sabía qué admirar más, si la prudente manera con que la señora Barber recobró el guisado, o la prontitud con que su tío se apresuró a tapar con un plato, una mancha fresca que produjera en el mantel, en medio de sus marítimos entusiasmos.

Terminada la cena, el ex-capitán de la Foam se sentó silencioso, pensando en Rosita, no sin abrigar algunos temores de que la niña le hubiese seguido a la Nueva Zelandia en otro buque. Esta idea le puso nervioso, y la inquietud se le hizo insoportable. Tomó su sombrero y salió a la calle.

Seabridge le parecía extraño, después de su larga ausencia, y en el presente estado de su ánimo también melancólico. Apenas se veía una alma, y no se escuchaba otro ruido que el murmullo de voces que salía por las ventanas de la taberna de Thom.

Permaneció un rato mirando desde el muelle las sombras indecisas de dos o tres pequeños barcos anclados en el río. La Foam se encontraba en su sitio de costumbre, y un reguero de luz mostraba que en la cámara había gente. Se dirigió hacia ella, y pisando sin hacer ruido, llegó hasta Benjamín, muy ocupado en parchar un par de viejos pantalones. Supuso que el viejo conocería algunos detalles acerca del futuro matrimonio de Fraser, y quería hacerle algunas preguntas para satisfacer su curiosidad.

El tema favorito de Benjamín eran las torpezas de su tripulación, y las medidas que un contramaestre enérgico debe tomar para evitarlas y corregirlas. Así no fué sino de muy mala gana que descendió a tratar del matrimonio de Fraser, acerca del cual, habían llegado a sus oídos algunos débiles rumores. Era evidente que salía muy poco, y Flower apesar de todo su tacto no pudo sacar nada en limpio.

—¿Has visto otra vez más a esas mujeres que acostumbraban a venir al buque en demanda de Mr. Robinson? preguntó sin prudencia alguna.

—Vinieron la noche después que Ud. se cayó al mar, repuso el viejo. Estuvieron muy políticas conmigo, y me pidieron que fuera a verlas cada vez que lo deseara. No me agradan mucho las visitas, pero hace dos o tres meses, fuí una noche, creo que fué en Marzo, a una taberna que tienen en Chelsea, a ver si habían sabido algo del dichoso Robinson.

—¡Ah! exclamó Flower.

—Me encontré, continuó Benjamín, con que esa gente ya no se acordaba para nada bueno de ese Robinson. Creo que la niña dijo que esperaba hubiera recibido su castigo.

Flower se sobrecogió, pero enseguida sonrió amablemente.

—Probablemente la niña ha encontrado otro novio, dijo.

Benjamín dejó oír un gruñido.

—No lo extrañaría, observó, porque ella parecía estar muy preocupada de un tal Arturo... Pero esa fué la última vez que las ví... No fueron capaces de ofrecerme un trago, y aunque me ofrecieron la casa, sin duda fué sólo por cumplimiento.

Flower se despidió del contramaestre y después de dar una vuelta por sus antiguos departamentos, saltó nuevamente a tierra. Estuvo por largo rato paseando la calle sin objeto, no sin arrojar de cuando en cuando una mirada a la luz que salía de la ventana de los Gibson.

Con el sol de la mañana, su humor mejoró notablemente y después de almorzar a todo escape, se fué a la estación y tomó un boleto para Bittlesea. La pequeña plataforma estaba llena de rosas, y todo el ambiente perfumado con las suaves emanaciones de esa bella mañana de Junio. Flower se metió en una callejuela y allí se puso a discurrir los medios de obtener una entrevista privada con la hermosa novia... No dejaba de preocuparlo la idea de que la felicidad de su amigo pudiera ser enturbiada por el espectáculo de dolor que sentiría su novia, de ver de nuevo y vivo a su antiguo amante.

El cortejo nupcial había entretanto de-

jado la casa, pocos momentos antes de su llegada a la estación, después de una mañana agitada y febril, durante la cual los señores Smith y Green, cohibidos por la etiqueta, no podrían acudir a los líquidos habituales, con que en otras ocasiones templaban sus nervios. Ambos se esmeraron toda la mañana en no perder de vista a Tomasito, por quien habían concebido repentinamente una encubierta afección, que el objeto de ella no dejó de aprovechar.



Le indicó la casa con la punta de su pipa

Se sintieron más tranquilos cuando salió de la casa el cupé que conducía a Fraser y a su padrino, y más tranquilos aún cuando el padre del novio apareció con Rosita Tyrell del brazo. La niña, ligeramente sonrosada, rabiaba de alegría, y no dejó de sonreír al grupo de marinos, lo que originó una disputa entre José y Mr. Green, pues cada uno de ellos pretendía que la sonrisa era exclusivamente para él. Tomasito disimuló la contienda afirmando con mucha fatuidad que él era el favorecido.

Cuando Flower llegó, la calle estaba ya desierta y la casa había vuelto a su acostumbrada quietud. Un viejo cuyo interés por los matrimonios había cesado tres días después del suyo propio, le indicó la casa con la punta de su pipa. Era un edificio antiguo, de ancho portalón y vastísimo umbral, en el que una sirvienta parecía aguardar algo con impaciencia.

—¿Vive aquí el capitán Fraser? preguntó Flower después de arrojar una prudente ojeada a las ventanas.

—Sí, señor, dijo la sirvientita; se ha ido a casar en este mismo momento.

—Tá si que debías casarte uno de estos días, dijo Flower que estaba de muy buen humor.

La niña se sonrojó, opinando que no le corría prisa.

Flower estaba ansioso... Deseaba, si era posible, ver a Fraser y tomar el primer tren de vuelta.

—Supongo que el capitán está muy contento, dijo.

—Mucho que sí, asintió la sirvientita, pero nervioso.

—¿Y la señorita Tipping? preguntó Flower.

—¿La señorita qué...? repuso la niña, con una sonrisa superior... La señorita Tyrell querrá Ud. decir.

Flower la miró espantado.

—No... Hablo de la señorita Tipping, dijo secamente... Hablo de la novia... ¿Está también por acá la señorita Tyrell?

La niña se sorprendió a su vez.

—La novia es la señorita Tyrell, dijo acentuando fuertemente la última palabra. ¿Quién es esa señorita Tipping?

—¿Cuál es el nombre de pila de la novia? preguntó Flower tomando ferozmente la mano de la sirvienta.

Estaba cierto de la respuesta, aún antes de que la asustada niña hubiera acabado de pronunciar el nombre de Rosita... Sin oír una palabra más se lanzó corrien-

do a la ventura, pero que tuvo que volver para preguntarle a su interlocutora por el camino de la iglesia.

—Siga derecho, y después vuelva a la izquierda contestó la sirvienta, en quien luchaban la curiosidad y el temor.—¿De qué se trata?

Pero Flower ya iba corriendo como alma que lleva el diablo, sin dejar de pensar confusamente al mismo tiempo que corría. Supuso primero que José se había equivocado, pero como recordara en seguida los embarazados modales del marino, y la prisa que parecía haber tenido de desembarazarse de él, comprendió que era víctima de una jugarreta. Falto de aliento, perplejo entre la sorpresa y la cólera, se detuvo un momento. Volvió en seguida a emprender de nuevo la carrera y al volver una esquina se encontró frente a frente de la iglesia.

Un pequeño grupo de pueblo se hallaba reunido en el pórtico. Flower llegó sin alientos y penetró en el templo. Las bancas estaban ocupadas por algunos espectadores, pero en el altar no había nadie.

—Los novios han entrado a la sacristía, después de la ceremonia, le afirmó una vieja, que esperaba a los novios con una gran bolsa de arroz.

Flower se puso densamente pálido. ¡Ya era tarde! No pudo menos de pensar amargamente en sus trágicas aventuras del año que acababa de transcurrir. Sentía un peso horrible en su corazón, y cuanto estaba sucediendo le parecía sólo una pesadilla. Miró la calle radiante de sol, y el grupo del pórtico, admirándose confusamente de que una niña coja, apoyada en muletas, sonriera tan complacida, como si la boda fuera la suya propia, y que la cara de una vieja llena de arrugas, se incendiara en ese momento con el recuerdo de la juventud perdida. El mundo todo entero le parecía desolado y falto de realidad, y sólo entonces vino a caer en la cuenta de que ya no era necesario su viaje a Londres en busca de Rosita, y que el interés de su vida se había disipado. Se internó tranquilamente entre los espectadores y esperó no sin cierta dignidad.

Transcurrió un largo rato. Los caballos piafaban de impaciencia haciendo resonar los plateados arneses. Los espectadores se estaban quietos. De pronto se produjo un movimiento.

Miró entonces hacia la puerta de la iglesia y vió salir a Fraser erguido y sonriente, llevando del brazo la pequeña mano de Rosita. La novia mantenía bajos los ojos y sonreía plácidamente, pero al atravesar la puerta dirigió a su novio una mirada, como nunca Flower había visto otra igual... Un momento después los recien desposados vieron al desventurado capitán de la Foam.

Rosita con un grito reprimido de alegría y sorpresa, desprendió a medias su brazo del de su marido. Fraser miró a su amigo, como se mira al que se levanta de la tumba.

Por un momento se contemplaron el uno al otro sin decirse una palabra... En seguida Fraser, siempre con su novia al brazo, avanzó hacia él... Flower sin dejar de mirarlo, retrocedió un paso, y movido por un impulso súbito, tomó un puñado de arroz del saco de la vieja, y lo arrojó encima de los novios.

Después dió vuelta la cara y marchó a pasos rápidos camino de la estación.

FIN